


historia del mundo



TOMO 7

José Pijoan

historia del mundo

SALVAT EDITORES, S. A.

BARCELONA • MADRID • BUENOS AIRES • MEXICO • CARACAS • BOGOTA • QUITO • SANTIAGO • RIO DE JANEIRO

Depósito Legal B. 36.601 - 1969 (VII)
IMPRENTA HISPANO-AMERICANA, S. A. – Mallorca, 51 - Barcelona (1970)
PRINTED IN SPAIN

DIRECTOR: JUAN SALVAT

DIRECTOR EDITORIAL: AMANCIO FERNÁNDEZ TORREGROSA

COLABORADORES CIENTÍFICOS DEL PRESENTE VOLUMEN:

P. B. Pere BOHIGAS, profesor de la Escuela de Bibliotecarias y conservador de la Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona.

J. F. José FLORIT, profesor de la Universidad de Barcelona.

R. G. Ramón GRAU, licenciado en Filosofía y Letras.

A. J. Antoni JUTGLAR, profesor de las Universidades normal y autónoma de Barcelona.

M. L. Marina LÓPEZ, licenciada en Historia.

José Antonio MARAVALL, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de la Real Academia de la Historia.

H. P. Helena PUIGDOMÈNECH, profesora de la Universidad de Barcelona.

C. P. Carlos PUJOL, doctor en Filosofía y Letras.

J. R. Juan REGLÁ, catedrático de la Universidad de Valencia.

J. V. Juan VERNET, catedrático de la Universidad de Barcelona.

CARTOGRAFÍA Y CUADROS FUERA DE TEXTO: RAMÓN GRAU-MARINA LÓPEZ

COMPAGINACIÓN: GODOFREDO EDO

COLABORADORES CIENTÍFICOS DE TODA LA OBRA

Dr. D. José ALSINA CLOTA, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. José BASABE, profesor de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Pere BOHIGAS, profesor de la Escuela de Bibliotecarias y conservador de la Biblioteca Central de la Diputación de Barcelona.
Sr. D. José FLORIT, profesor de la Universidad de Barcelona.
Sr. D. Miguel GIL GUASCH, director técnico del Museo de Artes Decorativas de Barcelona.
Dr. D. Francisco GOMÁ MUSTÉ, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Pedro GRASES, doctor en Filosofía y Letras (Venezuela).
Sr. D. Ramón GRAU, licenciado en Historia.
Dr. D. Antoni JUTGLAR, profesor de la Universidad Autónoma de Barcelona.
Srta. Marina LÓPEZ GUALLAR, licenciada en Historia.
Dr. D. Juan MALUQUER DE MOTES Y NICOLAU, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Srta. Nieves MALUQUER, licenciada en Historia.
Dr. D. José Antonio MARAVALL, catedrático de la Universidad de Madrid y académico de la Real Academia de la Historia.
Sr. D. Pedro MOLAS RIBALTA, profesor de la Universidad de Barcelona.
Srta. María Luz MORALES, escritora y publicista (Barcelona).
Sr. D. Antonio PALUZIE BORRELL, secretario de la Sociedad Astronómica de España y América.
Dr. D. Augusto PANYELLA, director del Museo Etnológico de Barcelona.
Dr. D. Luis PERICOT GARCIA, vicepresidente del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
Sr. D. José M.ª PISA, licenciado en Teología.
Sr. D. Alberto M. PRIETO ARCINIEGA, profesor de la Universidad de Granada.
Srta. Helena PUIGDOMÉNECH, profesora de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Carlos PUJOL JAUMANDREU, doctor en Filosofía y Letras.
Dr. D. Juan REGLÁ CAMPISTOL, catedrático de la Universidad de Valencia.
Dr. D. David ROMANO VENTURA, catedrático de la Universidad de Barcelona.
Dr. D. Ernesto de la TORRE VILLAR, director de la Biblioteca Nacional de la Universidad de México.
Dr. D. Federico UDINA MARTORELL, catedrático de la Universidad Autónoma de Barcelona, director del Archivo de la Corona de Aragón y del Museo de Historia de la Ciudad de Barcelona.
Sr. D. Pedro VEGUÉ, director técnico del Gabinete Numismático de Cataluña (Barcelona).
Dr. D. Juan VERNET GINÉS, catedrático de la Universidad de Barcelona.



INDICE



historia del mundo

SALVAT



INDICE



Combate entre bandas de "condottieri" (una de las versiones de la batalla de San Romano, por Paolo Uccello, conservada en los Uffizi, de Florencia). Los "condottieri" eran guerreros profesionales que, bajo la dirección de un jefe, formaban compañías que vendían sus servicios militares al mejor postor, por lo general una ciudad. Algunos de estos jefes llegaron a dominar en la ciudad que les había contratado e instauraron en ella su dinastía.

Tiranías y humanismo del siglo XIV. Cola di Rienzo. Petrarca

Durante la Edad Media, los personajes capitales en la escena del mundo habían sido Dios y el alma; a mediados del siglo XIV el protagonista es el hombre, el conjunto humano, extraña mezcla de espíritu y materia. Este mecanismo formidable desea la gloria y llega a veces al superhombre, pero cae otras veces en desórdenes que hacen de él un monstruo. Por sus caídas, tanto o más que por sus grandezas, el hombre empezó a ser lo más interesante para el hombre; se observan sus acciones como un vasto panorama inexplorado; su potencialidad parecía inagotable para el bien y el mal; el hombre empezaba a pretender la superación de su propia naturaleza. No es que se desconociese por ello el valor de otros factores; a menudo en estas páginas tendremos que hacer alusión a la supervivencia de los conceptos medievales de Dios y el alma. Dios continuó siendo el creador y sustentador del universo; sólo algunos eruditos de los siglos XIV y XV, muy pocos, abrigaban sus dudas acerca de la cosmografía celestial, con un empíreo para los bienaventurados poblado de personas felices. El alma era todavía la partícula divina que sobrevivía después de la descomposición del conjunto humano, cuando la materia volvía a disolverse en ceniza. Pero alma y cuerpo reunidos formaban una combinación tre-



Vista de Florencia, en la que destacan la catedral y su elevada cúpula, obra de Brunelleschi.

menda, capaz de los más altos conceptos y heroismos, y también capaz de las más bajas pasiones.

Durante la Edad Media el estudio del hombre había consistido principalmente en el estudio de su alma; la ciencia humana había sido más bien una psicología que una antropología; ahora lo admirable empezaba a ser el compuesto de músculos, inteligencia y voluntad. Su belleza física y sus virtudes sociales interesaban ya tanto como la parte espiritual. El alma participaba en la acción, animándola, regulándola; pero era el cuerpo el que le daba las ocasiones de obrar, y

RENOVACION DE LA LITERATURA Y LAS ARTES EN EL SIGLO XIV

Años	Literatura	Arte
1296		Construcción de la catedral gótica de Florencia.
1300	Muere Guido Cavalcanti, máximo representante del "dolce stil nuovo".	
1301		Pisano da fin al púlpito de Pistoya.
1302	Exilio de Dante.	
1303	Fundación de la universidad de Roma.	
1305		Giotto da fin a la Capilla de la Arena.
1309		Construcción del gótico palacio de los Dux en Venecia.
1310		Fachada de la catedral de Orvieto.
1312	Dante escribe **El Infierno.**	
1313	Nace Boccaccio.	
1315		Duccio pinta "la Maestà" de Siena.
1317	Dante escribe el **De Monarchia.**	
1318	Fundación de la universidad de Treviso.	
1321	Muere Dante.	
1324	Escritos de Dino Compagni, cronista florentino.	
1325		El músico Francisco Landino desarrolla el acompañamiento instrumental en las canciones profanas.
1334		Construcción del "campanile" de Florencia.
1337		Muerte de Giotto.
1341	Coronación de Petrarca.	
1342	**De contemptu mundi,** de Petrarca.	Frescos de Lorenzetti en San Francisco de Asís.
1343		Nace Andrea d'Orcagna.
1349	Fundación de la universidad de Florencia.	
1353	**El Decamerón,** de Boccaccio.	
1357	**Los Triunfos,** de Petrarca.	
1360	Boccaccio escribe una vida de Dante.	
1361		Final del coro y transepto de Santa María la Gloriosa de Venecia.
1366	**Rerum vulgarium fragmenta,** poesía de Petrarca en italiano.	
1373	Florencia crea una cátedra de interpretación de Dante, cuyo primer titular es Boccaccio.	
1374	Muere Petrarca.	
1375	Muere Boccaccio.	
1377		Nace Brunelleschi.
1386		Nace Donatello.
1387		Se empieza la construcción de la catedral de Milán.
1388		Construcción de San Pedro de Bolonia.
1391	Fundación de la universidad de Ferrara.	
1403		Ghiberti empieza los bajos relieves del baptisterio de Pisa.

aun la estimulaba con reacciones favorables y contrarias. Los primeros humanistas, sin perder su fe en Dios y en el alma, comprendían que el cuerpo humano era el laboratorio indispensable para sus manifestaciones aquí en la tierra, y concedían al cuerpo una atención y dignidad que no le habían reconocido los doctores escolásticos de los siglos precedentes.

El cuerpo era objeto de todos los cuidados; incluso cuando se hallaba reducido a cadáver: se le enterraba, se le embalsamaba y se le hacía objeto de solemnes exequias que duraban, a veces, varias semanas. En ocasiones, el esqueleto, descarnado, descansaba en un sepulcro principal, y las entrañas se conservaban en otro lugar; incluso a veces existía un tercer enterramiento para el corazón. Se establecían mandas y rentas para exequias perpetuas y aniversarios.

La devoción se había humanizado también. El misterio de la Trinidad no preocupaba tanto como antes a las mentes; en cambio, se mostraba cada día mayor confianza hacia los santos y la Virgen. Abundaban las cofradías bajo la advocación de un santo patrón por el que se tenía predilección, a veces no justificada más que por su rareza.

Ciudad italiana del siglo XIV, representada en un fresco de A. Lorenzetti (Palazzo Pubblico, Siena). En esta visión ideal de la ciudad bien gobernada se pueden apreciar las trazas aún góticas de los edificios, cuyo piso inferior se dedica a talleres. En las figuras humanas se distinguen las diferentes modas de mediados de dicho siglo.





Triunfo de Federico de Montefeltro, duque de Urbino, en un carro arrastrado por los caballos blancos de la Fama, que al mismo tiempo le está coronando, por Piero della Francesca (Uffizi, Florencia). Conseguir el triunfo personal, por cualquier medio, fue una de las mayores ambiciones del hombre renacentista, pues le proporcionaba la gloria, un tipo de inmortalidad a nivel humano.

Los príncipes creaban Ordenes militares puramente honoríficas bajo el patronazgo, también, de la Virgen o de un bienaventurado, las cuales servían de pretexto para banquetes, cortejos y exhibición de insignias y estandartes. No había excelencia que no se adjudicara a María; se insistía en el dogma de su Concepción Inmaculada y se proponía el de su Asunción. Una congregación de Marsella, los victorinos, sostenían que Moisés vio en la zarza ardiente, no a Jehová, sino a la Virgen María ya con su hijo en brazos. Hasta los burgueses y artesanos se asociaron en compañías, o *puys* (en Francia), para celebrar certámenes poéticos en honor de la Madre perfecta, modelo de mujer: no la ideal de los trovadores, sino una dama doméstica, burguesa, que cría a su hijo y cuida del hogar.

El pensamiento medieval, escolástico e imperialista, que el Dante había glorificado (con sus aspectos teológico y caballeresco), no sucumbió gradualmente, ni tampoco de un modo heroico. En lugar de ceder el puesto a la nueva concepción moral y política, se atrincheró en los antiguos principios de la caballería feudal. Los siglos XIV y XV viven un verdadero Renacimiento romántico en que se glorifica lo que aún queda de feudalismo. Los antiguos señores, impotentes contra el creciente poder de la monarquía, parodiaban la vida aristocrática en pequeñas cortes locales, de las que sólo algunas tuvieron originalidad suficiente para renovar lo antiguo, intensificando ciertos aspectos estéticos y sociales. Tales fueron, por ejemplo, las cortes de los duques de Borgoña, de Anjou y Berry, en Francia. Torneos y fiestas y cortes de amor sustituyeron a las verdaderas actividades del genio medieval.

Los torneos, preparados durante meses, se convocaban por medio de heraldos que repartían, en sus viajes, carteles de desafío. La fiesta (porque se trataba, al fin y al cabo, de una fiesta) comenzaba después de fastidiosas ceremonias, y acababa con la concesión de un premio: una flor, una banda o el beso de la hermosa que presidía los combates desde un palio de honor. Tanta falsedad no satisfacía plenamente. Mientras en los gremios ciudadanos fermentaba un espíritu de descontento, que a veces se desbordaba en motines callejeros y en verdaderas guerras. En ciertos países, como en Flandes, la exigencia de los burgueses, que reclamaban la libertad de federación de los municipios, constituyó un peligro para la monarquía. Los príncipes raramente atendían a las justas demandas de sus vasallos: tan imbuidos estaban de espíritu caballeresco, que consideraban al plebeyo como incapaz de raciocinar. Se llamaban: el *Fuerte*, el *Malo*, el *Sin Miedo*, el *Cruel*, el *Temerario*. Por excepción, a Carlos V de Francia se le llamó el *Prudente*, y a Martín I de Aragón, el *Humano*.

En aquel momento final de la Edad Media que es el siglo XV, lo que importaba era la victoria, el triunfo, la gloria, el poder, aunque se obtuvieran de un modo vergonzoso. Las víctimas (a veces poblaciones enteras) excusaban fácilmente a sus verdugos porque éstos eran fuertes. Europa asistió a un verdadero espectáculo gladiatorio en que la mejor arma era la ambición y el mejor derecho el triunfo. Para vencer se tenía, a menudo, que fingir; y astucia y disimulo fueron cualidades tan necesarias como la energía y la magnanimidad.

Los rencores entre príncipes, originados por meras rencillas personales, desencadenaron en el siglo XV conflictos en los que se sacrificó gran parte de la riqueza acumulada por las monarquías de la Edad Media. Hubo en España guerras por minucias fronterizas entre Castilla y Aragón; hubo gue-



Tabla de un díptico de la Anunciación, por Simone Martini (Musées Royaux des Beaux-Arts de Belgique, Bruselas). Uno de los rasgos más típicos del incipiente humanismo fue el de humanizar la devoción, la cual depositaba cada día mayor confianza en la Virgen y los santos.



Sin duda, en la Europa del siglo XIV la transformación profunda se da en el sector oriental con la aparición de los turcos.

EUROPA OCCIDENTAL. Los problemas exteriores parecen cancelarse en esta zona ante la urgencia de la crisis interna. Es el caso del enfrentamiento entre Francia e Inglaterra (guerra de los Cien Años), que, tras la brillante ofensiva de Carlos V de Francia y la firma de treguas en 1380, parece haberse resuelto a favor de Francia. Sólo cuatro plazas quedan bajo el dominio inglés.

Pero no es una época pacífica. En cada país se encona un conflicto interno que tiene un aspecto territorial: la lucha entre monarquía y feudalismo, el intento de los monarcas de incorporar al "dominio real" –territorio de gobierno directo del monarca– los grandes señoríos del país.

Esta política de reagrupación cuesta reveses a Castilla, que paraliza la Reconquista (subsistencia del reino de Granada) y, sin embargo, se propone otros objetivos poco afortunados (derrota de Aljubarrota al intentar absorber a Portugal). En el caso de Aragón nos encontramos ante una verdadera expansión imperialista: conquista de Cerdeña, recuperación de Sicilia en 1390, pretensiones a Nápoles, incursiones por el Mediterráneo oriental.

ITALIA Y ALEMANIA. Para Italia y Alemania son de señalar la extremada parcelación política y la falta de definición de un núcleo nacional en torno al cual realizar el estado moderno. Las brillantes ciudades italianas se desvinculan por completo del Imperio y llevan una vida propia: extensión de Venecia y Milán. En Nápoles empieza la rivalidad entre los Anjou y la casa de Aragón. Alemania ve aumentar las posesiones de la casa de Luxemburgo con la asociación de Hungría.

BALCANES. Variaciones sensibles se han producido en los Balcanes. El hecho dominante, aún más por su futuro, es la formación del estado turco. Apoyados por los turcomanos, hermanos de raza y con idéntico afán combativo, los osmanlíes han pasado los Dardanelos y han comenzado la conquista sistemática de los Balcanes: reducción de Bizancio a tres enclaves; desaparición de Bulgaria; empequeñecimiento de Servia.

En el Asia Menor la situación no es tan diferente. Aunque el prestigio de los osmanlíes ha extendido su influencia a varios principados turcomanos, algunos de éstos son muy poderosos y se alían con los mongoles para subsistir.

EUROPA NORORIENTAL. Sin que los acontecimientos balcánicos susciten reacciones visibles entre los estados eslavos, éstos practican un extraño vaivén: se unen y separan sucesivamente. ¿Afán de expansión? ¿Conciencia de tener enemigos comunes? ¿Política feudal? Un poco de todo; pero también países sobre un espacio aún no definido históricamente, indecisos ante varias posibilidades.

Así Polonia, unida a Hungría durante doce años (1370-1382), fusionada luego con Lituania. Unión duradera esta vez. El monarca común, Ladislao II Jagellón, aúna los afanes nacionalistas de ambos países y concentra su fuerza en la lucha contra la Orden Teutónica y la cruzada contra los turcos. Hungría, en vísperas de un difícil futuro, tiene fronteras comunes con los turcos y oscila entre Polonia y Alemania. En 1382 se acoge a la protección del Imperio: su rey es Segismundo, de la casa de Luxemburgo, rey de Bohemia y emperador. También en el Norte, la reina Margarita de Dinamarca impone la Unión de Kalmar: un soberano común para los tres países nórdicos.

COLUCCIO SALUTATI

"En esta ínclita ciudad, flor de la Toscana y espejo de Italia, émula de aquella gloriosísima Roma de la que desciende, y de la que sigue las antiguas huellas combatiendo por la salvación de Italia y por la libertad de todos, aquí en Florencia, me ocupa una tarea continua e ingente. No se trata de una ciudad cualquiera; yo no me limito a comunicar a los países vecinos las decisiones de un gran pueblo: mi deber es mantener informados, de todos los acontecimientos, a los soberanos y príncipes de todo el mundo."

Así empieza una carta de Coluccio Salutati a un amigo, escrita el 17 de noviembre de 1377 en medio del clamor de la guerra contra el papa Gregorio XI y cuando las luchas entre las distintas facciones están a punto de estallar en la sangrienta revuelta de los Ciompi.

Desde el 15 de abril de 1375, Coluccio Salutati era canciller de la República florentina, es decir, tenía a su cargo toda la política exterior: "Un canciller que permanece todo el día en Palacio, que escribe todas las cartas y epístolas que de parte del Común se mandan a los príncipes del mundo y a cualquier Señoría o persona privada". La redacción de cartas de este tipo es función delicadísima de un secretario permanente de asuntos exteriores, con mayor o menor relieve según quien sea el canciller. La forma de las relaciones oficiales con las demás potencias, entre ellas la Iglesia, podía adquirir un peso decisivo. Entraban en juego no sólo la ciencia jurídica, el juicio político, la habilidad diplomática, sino también la penetración psicológica, la eficacia literaria, la capacidad propagandística. Eneas Silvio Piccolomini (Pío II) elogia la sabiduría de los regidores de la democracia florentina que habían elegido siempre a los más grandes humanistas como cancilleres, subrayando el acierto de haber encargado misión tan delicada a especialistas que eran a la vez personas de gran prestigio.

La función política de Coluccio Salutati tuvo probablemente importancia decisiva en aquella renovación del saber iniciada por Petrarca. El Humanismo se afirmó en sus orígenes en el terreno de las artes del decir, de la lógica y de la retórica, y unido a éstas, de la moral y de la política. Que un admirador de Petrarca, embebido de cultura clásica, apasionado y afortunado descubridor de textos antiguos, llegara a ser canciller de una gran república, tuvo como consecuencia inmediata que las formas, y a través de ellas todos los modos de la vida política de un gran país, tomaran un sello original, al mismo tiempo que ligó estrechamente una corriente cultural poderosamente renovadora a una específica vocación civil.

Al estudiar la cultura florentina de finales del siglo XIV y principios del XV nos sorprende su vinculación, su *engagement* político: las "letras" se solidarizan siempre a una concepción del mundo, a una visión de la función del hombre considerado como ciudadano. Precisamente por aquel entonces la cultura florentina ejerce una especie de hegemonía en Italia y allende sus fronteras. En la guerra contra Gregorio XI, o en la lucha a muerte contra Gian Galeazzo Visconti, al que la tradición atribuye la frase de que las epístolas de Salutati eran más peligrosas que un ejército entero, Salutati elabora la imagen de Florencia heredera de la antigua Roma republicana, baluarte de libertad, maestra e incitadora de la Roma moderna. En algunas de sus cartas oficiales, parece resonar el tono apasionado de Cola di Rienzo o de Petrarca, con la diferencia de que la misión de Roma es ahora asignada a Florencia. En nombre de la libertad, "aquel valor que por sí solo hace que la vida sea digna de ser vivida", Florencia se convierte en la patria ideal de todos los hombres, como lo había sido Atenas en la antigüedad. La elaboración de esta imagen, ligada a la propaganda para la difusión de nuevos estudios, fue decisiva para la historia del renacimiento del saber antiguo. Petrarca había muerto en 1374; desde 1375 a 1406, Salutati toma su puesto de guía de la intelectualidad italiana más abierta: investigador e ilustrador del saber latino, pregonero de la filosofía y de la poesía griega, maestro en todo, es a la vez uno de los artífices de la política exterior de Florencia, entonces una gran potencia. Vida política y vida del pensamiento aparecen felizmente unidas. Desde el principio, pues, el Humanismo, los *studia humanitatis*, están estrechamente ligados a la vida civil, los clásicos son educadores de un pueblo y alimentan una nueva práctica política. La voz de Coluccio Salutati anuncia una nueva etapa de la vida humana y, sin haber producido obras comparables a las de los grandes trecentistas tan amados por él, une inseparablemente el nombre de Florencia y el de su pueblo a la difusión de la cultura humanística.

H. P.



Triunfo de la duquesa de Urbino, acompañada por las Virtudes, por Piero della Francesca (Uffizi, Florencia).

rras entre Castilla y Portugal por si una princesa era de sangre real o espuria.

Para mantenerse y hasta justificar su posición, los príncipes y señores de la época habían de dar en grande, como en grande habían recibido. Los artistas debían crear siempre algo mejor para conquistar el derecho a la fama; los eruditos tenían que estudiar el pasado y superarlo. Empezaba el culto de los grandes hombres, y los más fáciles de imitar eran –¡cosa extraña!– los antiguos griegos y romanos. Sus historias estaban escritas en latín y griego; pero los textos clásicos presentaban infinidad de ejemplos de vidas verdaderas que eran los más accesibles, a pesar de ser remotos en la Historia. Los áridos textos medievales contenían noticias de hechos, pero no transmitían los detalles de la vida de los grandes hombres. En cambio, Cicerón, Livio, Séneca, Plutarco, daban retratos vivos de héroes que fueron ensalzados por la fama, y entraron en la lucha deliberadamente para obtener un triunfo que les diera esta inmortalidad, tan apetecida, que es la gloria. Y he aquí cómo, de manera indirecta, se llegó al Renacimiento, o resurrección de la mentalidad clásica; pretendiendo rehabilitar al hombre, se buscaron modelos en los antiguos, y se creyó dignificar a la humanidad rehabilitando la antigüedad.

Las monarquías del siglo XIV y sobre todo del XV fueron autoritarias. Cuando les convenía, los reyes convocaban Cortes o Parlamentos, pero eran asambleas sin facultad para proponer; sólo podían censurar a la corona o denegar los auxilios pecuniarios que pedía el monarca; éste, si le parecía bien, podía contraer deudas y obtener así los recursos que le eran negados. También empezó a usarse el término *razón de Estado*... y si el Estado entonces no era idéntico al monarca, era ya por lo menos idéntico a la monarquía.

Al mismo tiempo, los reyes también se manifestaban como humanistas. Carlos V de Francia, después de comer, quería oír hablar de batallas y aventuras, de *nouvelles de toutes manières de pays*. Por la tarde le presentaban objetos exóticos, telas de oro, arneses de campaña... Leía las bellas historias de los *Dichos y hechos de los Romanos*, sentencias de los filósofos y libros de ciencias. "Y vivía de esta manera –dice su biógrafo–, no tanto por el gusto que él encontraba como para dar ejemplo a sus sucesores." Esto es, buscaba ya el premio de la fama. Gran constructor, Carlos V de Francia reformó el Louvre y los otros palacios reales. El inventario de su biblioteca incluye cinco ejemplares de Marco Polo, Ovidio, Lucano, Valerio Máximo, Livio, Josefo y Aristóteles, cuya *Política* tomó el rey como guía para su gobierno.

Los triunfos individuales se sublimaron como triunfos simbólicos del Amor y de la Muerte. Aparecían en cortejos y cabalgatas civiles, y sustituían a las procesiones medievales de clérigos llevando reliquias e imágenes de santos. Cada una de las Virtudes tuvo su carro triunfal, del que tiraban animales adecuados, con sus emblemas propios y cortejos de seguidores. La Fama iba arrastrada por caballos blancos; la Pureza tenía por corceles dos unicornios... Pronto aparecieron en tales cortejos los dioses del Olimpo, identificados con las virtudes humanas, los cuales bajaban a la tierra en carrozas algo infantiles. Aquello parecía un entretenimiento intelectual, como los torneos eran un entretenimiento caballeresco.

En ideas políticas, a mediados del siglo XIV, en Francia, aparecen los libros de Oresmes y Mézières. En ellos se discute ya el peligro de la tiranía. "Cuando los actos del

Soldados de una compañía italiana, representados en un fresco de Anduino da Forlì que narra la vida de san Cristóbal (Capella Ovetari, Padua). Obsérvese que el fondo figura una ciudad renacentista completamente ideal.



INFLUENCIAS
BIZANCIO
ANTIGÜEDAD
PALEOCRISTIANO
GÓTICO FRANCÉS
SIGLO XV

FLORENCIA Y ROMA
CIMABUE (1240-1302)
Pietro CAVALLINI (1250-1334) 1291. Frescos del Trastevere; 1293. Sta. Cecilia. 1316-1334. Mosaicos de S. Pablo de Roma.
GIOTTO DI BONDONE (1266-1337)
Taddeo Gaddi (1330-1366)
Bernardo Daddi (h. 1350)
Maso di Banco (h. 1350)
Francesco Tarini (1350)
Nardo del Cione (h. 1337)
Andrea Orcagna (h. 1357)
A. da Firenze (1333-92)
Agnolo Gaddi (-1396)
Spinello Aretino (-1410)
Masolino-Masaccio
Fra Angelico

SIENA
Tradición local, bajo influencias bizantinas y romanas
GUIDO DA SIENA (1250-60)
DUCCIO DI BUONINSEGNA (actividad entre 1278-1319) La Maesta (1308-11)
Simone MARTINI (1315)
Pietro LORENZETTI (-1345)
Ambrogio LORENZETTI (-1347)
Taddeo di Bartolo (1348-1422)
Sassetta

Otras escuelas
VENECIA: tradición bizantina
GIUNTA PISANO (h. 1250)
B. BERLINGHIERI
Paolo y Marco VENEZIANO (1335-1352)

EUROPA
1324-1329: Altar de Klosterneuburg.
Corte del duque de Berry
Melchior BROEDERLAM (1351-1409)

DINÁMICA ESTILÍSTICA DE LA PINTURA ITALIANA DEL SIGLO XIV Y SUS CONEXIONES CON EL ARTE BIZANTINO Y EL GÓTICO FRANCO-ALEMÁN.

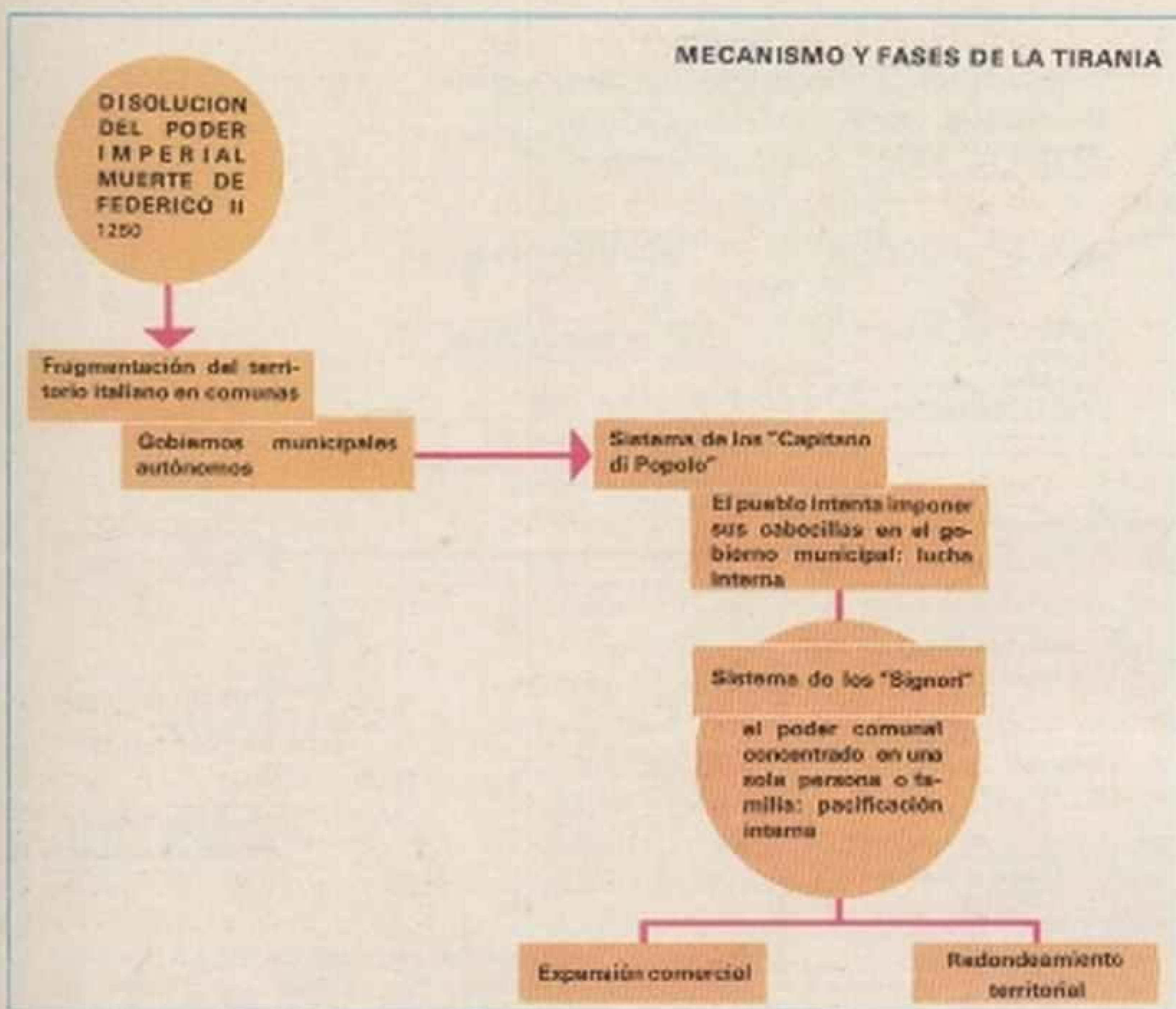
príncipe no procuran el bien común del pueblo, sino su provecho personal, debe llamársele tirano, porque no *señorea* justamente."

Pero donde los tiranos surgieron con más originalidad y atrevimiento fue en Italia. Los tiranos del siglo XIV, en Italia, eran aventureros que, con perseverancia y falta de escrúpulos, conservaban su hacienda, ciudad o provincia, valiéndose de las mismas artes o mañas empleadas para conquistarla. Algunos, una vez conquistada, la vendían a otro tirano vecino por unos cuantos millares de ducados, y acaso con este dinero levantaban un ejército para tomarla otra vez; pactos, tratados y promesas sólo se cumplían cuando ello redundaba en beneficio de ambas partes.

Los tiranos de la Italia del Renacimiento solían vivir rodeados de esbirros, que los admiraban por su audacia y los seguían por su munificencia. Sus dádivas y sus fortunas des-



Erasmo da Nardi, "il Gattamelata", "condottiere" que puso sus fuerzas al servicio del papa Martín V y después al de los venecianos. Donatello fundió para Padua su magnífica estatua ecuestre, costeada por el hijo del "condottiere".



lumbraban a las poblaciones, que, ante aquel espectáculo de prodigalidad, olvidaban los crímenes que habían facilitado el encumbramiento de sus señores. Se cuenta que uno de estos tiranos solía hacer su aparición solemne, sentado en el marco de una ventana de su palacio, como una figura revestida de oropel y galas. Sus vasallos miraban tal ostentación con paciencia, pues sabían que, si la criticaban, el tiranuelo podía doblegarlos con ejecuciones y castigos. Algunos tiranos se alababan de haber inventado nuevos métodos de tortura y se transmitían como secretos de familia las fórmulas de sus infalibles venenos. Todo era permitido, y hasta apreciado, porque estos excesos eran una manifestación de fuerte personalidad.

La defensa de la tiranía fue hecha más tarde por Maquiavelo en *El Príncipe*, pero ya en el siglo XIV empezó a teorizarse acerca de la forma de gobierno personal. Un cultísimo humanista de Florencia, Coluccio Salutati, hacia el año 1370 escribió casi una apología del *Tirano*. Coluccio, que era un funcionario de la República florentina, no aprobaba empero la tiranía cuando el tirano era *superbo* y gobernaba injustamente; pero no insistía en exigir que fuese elegido por el pueblo o poseyera el poder por haberlo heredado de sus mayores. Por ejemplo, absolvía a César de su ambición, y aprobaba que Dante hubiese colocado a Bruto y Casio, los asesinos de César, en lo más profundo del infierno. El libro de Salutati está lleno de improperios contra Cicerón porque era republicano. Le dice a Cicerón, *a quien tanto admiro:* "¿Por qué me hablas así, Cicerón?... ¿No te acuerdas de lo que tú mismo has escrito?... Si en tu tiempo, Cicerón, hubieseis tenido un verdadero príncipe, no habría habido guerra civil ni desórdenes en Roma". En una palabra, Salutati desaprueba la tiranía, pero admira a César y critica a Cicerón por no haber apoyado al tirano. Su principal razón es que, si no hubiera sido César el tirano, hubiese sido Pompeyo. He aquí un humanismo del que bien puede decirse que ya es cesarismo sin ambages.

Otro tratado, *De la Tiranía*, escrito hacia el 1357 por Bartolo, profesor de Derecho en las universidades de Pisa y Perugia, define al tirano diciendo que es el que gobierna sin ley. Hay tres clases de tiranos: los que lo son manifiestamente; los que niegan serlo y lo son, y los que lo son a la callada, sin negarlo ni afirmarlo. Según la opinión de Barto-



lo, empréstitos, contratos y tratados firmados por los tiranos no obligan en absoluto a los pueblos al cesar la tiranía. Los tiranos que lo son veladamente, son los que hoy en día llamamos *caciques*, o jefes políticos, y Bartolo dice que son los que más abundan, "porque si es casi imposible encontrar un individuo sin defectos, es también raro encontrar un gobierno sin tiranías".

Los tiranos trataban de transmitir el poder a sus hijos, lo cual estaba casi en contradicción con los principios mismos del régimen. ¿Cómo podía pretender que se reconociera la autoridad hereditaria quien había empezado por forzar el acceso al poder con sólo el derecho del más fuerte? Generalmente, la vida familiar de los tiranos era irregular; algunas veces preferían los bastardos a sus hijos legítimos. De ahí se originaban ocasiones de luchas y guerras. A la amiga la hacían cantar por sus poetas áulicos y la enterraban en magníficos y ricos mausoleos.

La obsesión por evitar la tiranía aparece en las *Ordenanzas* que dio el cardenal Gil de Albornoz a los territorios pontificios de Italia. Fueron publicadas el año 1357 y sirvieron para la gobernación de los estados del papa hasta 1816. Su extraordinaria eficacia exige que prestemos un poco de atención a estas *Ordenanzas* y a su autor. Como arzobispo de Toledo y primado de España, Albornoz había intervenido en campañas contra los moros de Andalucía. A los cincuenta años de su edad, retirado en Aviñón, fue enviado por el papa a Italia para acabar con los que en Roma y en el resto de las tierras de la Iglesia se habían rebelado contra el papado. Cruzó los Alpes en 1353, armado sólo de una bula papal y seguido de un tropel de gente armada que no podía llamarse un ejército, apoyándose en unos cuantos tiranuelos cuyo título legalizó y aniquilando a otros que no quisieron reconocer su autoridad. Es también digno de nota que, al ser acusado de haberse apropiado caudales en lugar de rendir cuentas, Albornoz envió al

Triunfo de Venus, fresco de Francisco del Cossa en el palacio Schifanoia, de Ferrara. Los triunfos del Amor y de la Muerte fueron la sublimación de los triunfos individuales de los hombres renacentistas del siglo XIV.

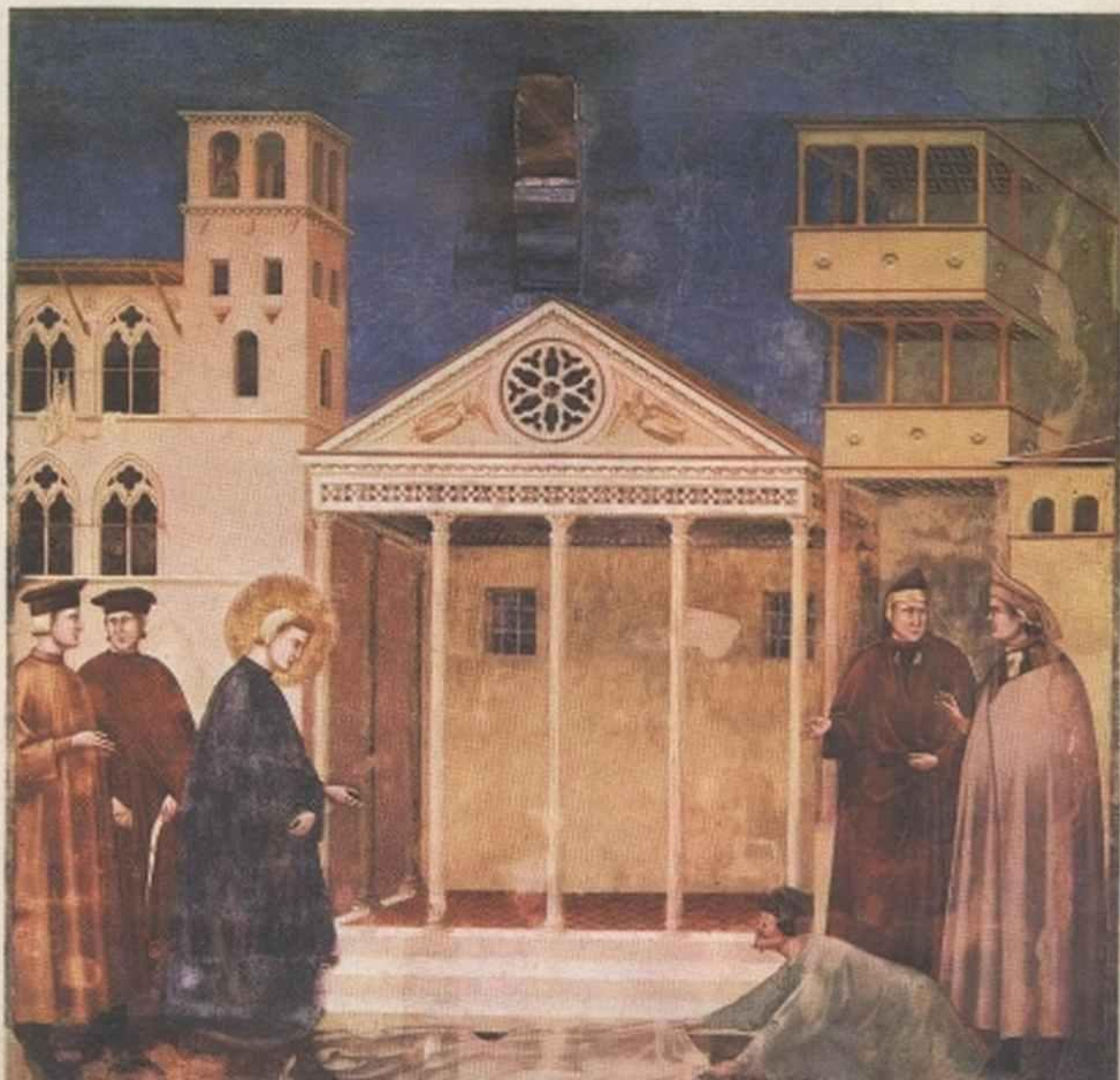




papa, a Aviñón, una carreta cargada de llaves, diciéndole que no podía presentar mejores comprobantes del empleo de fondos que las llaves de las ciudades que había conquistado. Una baladronada que prueba claramente que el cardenal Albornoz se hallaba también contaminado de humanismo, lo mismo que los tiranos a quienes combatía con tanto ardor.

El régimen político impuesto por Albornoz en los territorios pontificios está lleno de previsiones para evitar que se levanten nuevos tiranos. Dividió el Estado en varias provincias, cada una regida por un rector, nombrado por el soberano, que en su caso era el papa. Los rectores elegían siete jueces, que venían a formar un consejo, análogo al de las futuras Audiencias de los virreinatos españoles de América. Cada juez percibía un sueldo anual de cien ducados, y por ningún concepto podían ser ciudadanos o habitantes de la provincia, para que no pudieran hallarse interesados en los negocios que habrían de resolver. El texto original de la Constitución de los Estados Unidos establece una restricción semejante al prohibir que los senadores sean ciudadanos de los estados que van a representar en el Congreso. El rector es también el que elige al mariscal, pero en ningún caso podía elegir a uno de

Bartolomeo Colleoni (Colección Gioviana, Florencia), "condottiere" italiano que estuvo al servicio del rey de Nápoles, de los Sforzas, de Venecia, de Milán y otra vez de Venecia.



San Francisco honrado por sus conciudadanos; fresco de Giotto en la basílica superior de Asís. Este pintor cuatrocentista italiano fue el primero en abandonar los modelos bizantinos y copiar del natural, al paso que creaba una iconografía nueva, relativa a la vida de san Francisco.

sus parientes. La hueste armada del mariscal nunca puede exceder de 200 hombres de a caballo. Los cargos eran por pocos meses, para que los funcionarios, pasando de una a otra provincia, uniformasen la administración y para que no entraran en deseos de gobernar tiránicamente.

En las *Ordenanzas* de Albornoz hallamos lo que se llama *sindicación*, la primera idea de las famosas *residencias* de las leyes españolas de Indias. He aquí el párrafo de estas *Ordenanzas* referentes a la sindicación: "Ordenamos que tanto los jueces como los mariscales, al acabar sus servicios, comparezcan en persona delante del rector y allí den cuenta cabal de lo que han hecho durante su oficio. Deberán contestar a los cargos que se les hagan y darán cumplida explicación de sus relaciones con individuos, comunidades y el gobierno. El tiempo que deben emplear en defenderse será proporcionado a la duración de sus servicios: si fue de seis meses será de diez días; si de un año, quince días, y si más de un año, veinte días. El oficial cuyo cargo va a cesar deberá anunciarlo al tesorero del rector con un mes de anticipación, para que éste pueda notificarlo a todas las partes interesadas con ocho días de tiempo, y enviar éstas representantes o síndicos que puedan tomar parte en la acusación".

En las *Ordenanzas* de Albornoz se faculta al rector de la provincia para convocar una asamblea de notables; pero ésta no tenía ni carácter representativo ni autoridad legislativa. La misma falta de Parlamento encontramos en las Indias españolas, donde el virrey era otro rector.

Que la tiranía o el poder absoluto era inevitable en el siglo XIV, lo prueba el episodio de Cola di Rienzo, quien años antes había pretendido restaurar el poder de Roma desde Roma, esto es, haciendo otra vez a Roma cabeza del Imperio. ¿Pero con quién: con el papa o con el emperador? Nunca lo puso en claro. Con todo, Rienzo deseaba algo más que su propio engrandecimiento. Era romano, de origen plebeyo, pero había estudiado y llegado a ser notario, sentía un amor intenso y verdadero por la vieja Roma, había explorado cuidadosamente sus ruinas y hasta llegó a hacer una primera colección de copias de las inscripciones de sus numerosos monumentos. Llevado por su humanismo romántico, logró instaurar su tiranía en la urbe, aunque tomando el clásico título

MILAN Y VERONA EN EL SIGLO XIV: LOS VISCONTIS Y LOS SCALIGERO

1302	El güelfo Guido de la Torre expulsa de Milán a Matteo Visconti, vicario imperial.
1304	Alboino della Scala es nombrado "capitano" del pueblo veronés.
1307	Guido, nombrado "capitano" del pueblo milanés.
1308	Guido, "capitano" vitalicio. Fase de expansión: dominio de Plasencia.
1311	El emperador Enrique VII restaura a los Visconti.
	Cangrande, hermano de Alboino, le sucede como "capitano" y es nombrado vicario imperial. Domina Vicenza, Padua y Brescia.
1320	Galeazzo, hijo de Matteo, es nombrado vicario imperial. Extiende la soberanía a Cremona.
1329	Azzon, hijo de Galeazzo, es señor de Milán. Domina Vercelli.
	Lucca y Giovanni, tíos de Azzon, le suceden. Extensión hasta Génova y Bolonia.
1329	Mastino II, dueño de Verona. Ocupación de Treviso.
1354	Partición del estado milanés entre los hijos de Stefano, cuarto hijo de Matteo.
1387	Gian Galeazzo se hace con el poder.
1387	Antonio della Scala, nieto de Mastino, es expulsado de Verona por Gian Galeazzo.



Cangrande della Scala (Colección Gioviana, Florencia).

Condotta

CONDOTTIERI Y COMPAÑIAS DE VENTURA

Al principio de su existencia, los Comunes proveían a sus operaciones militares defensivas y ofensivas mediante la llamada a las armas de sus propios ciudadanos, agrupados según los barrios de la ciudad y reunidos bajo el mando de los magistrados comunales.

Esta milicia ciudadana era completamente voluntaria y tanto el armamento como la propia manutención corrían a cargo de sus miembros (algo parecido al "somatén" catalán). Estaba formada por caballeros bien armados e infantes con armamento ligero, que eran los que predominaban, puesto que la milicia a caballo, además de ser más costosa, era propia de los feudatarios, que sólo en parte dependían de la ciudad. No hay que olvidar que la llamada a las armas perjudicaba a los ciudadanos, que debían descuidar sus propios asuntos, es decir, que esta milicia comunal, mal adiestrada, ocasional e insuficientemente armada, no se prestaba a guerras largas y difíciles, y aún más cuando la milicia a caballo se fue perfeccionando y armando en modo tal, que los infantes no estuvieron ya en condiciones de oponerle resistencia alguna.

Pronto, pues, los Comunes tuvieron que recurrir a soldados mercenarios, dirigidos por señores feudales movidos por un afán de lucro o por el ansia de aventura. En un principio se trataba de hombres reclutados separadamente o en pequeñas compañías, contratados únicamente cuando la ocasión lo requería. A veces, los *podestà* forasteros o los capitanes, también forasteros, llegaban a la ciudad que los había contratado con una pequeña tropa de mercenarios a sus órdenes. Poco a poco, y mientras los ciudadanos cesaron casi por completo de prestar sus servicios, los mercenarios fueron formando compañías cada vez mayores bajo la dirección de un jefe que, con todos sus hombres, se ponía en *condotta* (contrato) al servicio de una ciudad: de ahí el nombre de *condottiero*. Estas grandes milicias que se trasladaban de un lugar a otro de Italia o de un país a otro fueron llamadas Compañías de ventura.

Con su compañía, creada frecuentemente con la ayuda financiera de algún banquero o mercader, los capitanes de ventura se vendían al mejor postor, así que generalmente traicionaban sin ningún escrúpulo a quien los había contratado, pasándose al enemigo siempre que éste les ofreciera una suma mayor. Ávidas de botín, a veces mal pagadas o casi siempre pagadas con retraso, compuestas en buena parte de los desechos de la sociedad, gente feroz y sin escrúpulos, sin ningún lazo moral con los países que atravesaban, es natural que estas compañías fuesen un verdadero azote para éstos: saqueos, violaciones, estragos de todo género, jalonaban su paso. En los grandes estados, por ejemplo, en Francia, fueron pronto contenidas y eliminadas; pero en Italia, dividida en gran número de estados mayores, menores y mínimos, en perpetua guerra entre sí, se impusieron y se convirtieron en una especie de estados errantes y devastadores.

Los pueblos más pobres de la Europa de entonces (suizos, gascones, ingleses y alemanes) encontraron en el ejercicio de las armas una fuente de ganancias y fueron los primeros en proveer de material humano a las Compañías de ventura. En Italia, durante mucho tiempo las Compañías estuvieron formadas casi exclusivamente por gente extranjera y mandadas casi siempre por capitanes también extranjeros. Famosos fueron: Guarnieri de Urslingen, un duque alemán que llevaba escrito en letras de plata sobre la coraza "Enemigo de Dios, de piedad y de misericordia" y que fue jefe de la "Gran Compañía", o el ex templario provenzal Jean de Montréal, Fra Moriale, o el más conocido John Hawkwood, el Agudo, de nivel moral muy superior al de los demás.

La primera Compañía de ventura italiana, la Compañía de San Jorge, estaba mandada por Alberico de Barbiano y en ella se formaron otros grandes *condottieri*: Braccio de Montone, llamado Fortebraccio, y Muzio Attendolo Sforza, que a su vez crearon escuela, la *braccesca* y la *sforzesca*, pues fueron verdaderos maestros en el arte de la guerra, tanto en táctica como en estrategia.

Los mayores *condottieri* se presentan, ya lo hemos dicho, como verdaderas potencias militares; están en situación de ambicionar no sólo mayores honores (una estatua ecuestre como la de Colleoni o la del Gattamelata no les bastaba), sino incluso el dominio político personal, la señoría, el título de príncipe. Alguno de estos aventureros se convierte en verdadero hombre de estado: el hijo de Muzio Attendolo Sforza, Francesco, hombre extraordinario, llega a duque de Milán en 1450, por aclamación popular.

Las rivalidades y ambiciones de los *condottieri*, sus éxitos seguidos de rápidas caídas, llenan la historia italiana de finales del siglo XIV y principios del XV, constituyendo uno de sus aspectos más característicos. Pero el cinismo, la falta de escrúpulos, la volubilidad de estos hombres, que se hace evidente en las continuas traiciones, chantajes y robos, revelan aquella sustancial debilidad de los estados italianos que los desastrosos acontecimientos de los primeros decenios del siglo XVI pondrán de relieve.

H. P.



El cardenal Gil de Albornoz recibe las llaves de las ciudades sometidas (miniatura del "Registrum Recognitionum", Archivo Secreto Vaticano). El pacificador de Italia preparó la vuelta del papado a la ciudad de Roma.



Monumento en Roma a Cola di Rienzo, el tribuno que quiso restaurar la Roma clásica. Hecho prisionero y condenado a muerte, se le perdonó la vida. Acompañó al cardenal Albornoz en su expedición a Roma, donde fue reinstaurado con el título de senador y murió asesinado en un motín.

de tribuno. Se firmaba: *Nicolás, severo y clemente tribuno de la paz, justicia y libertad, defensor de la Sacra República Romana.*

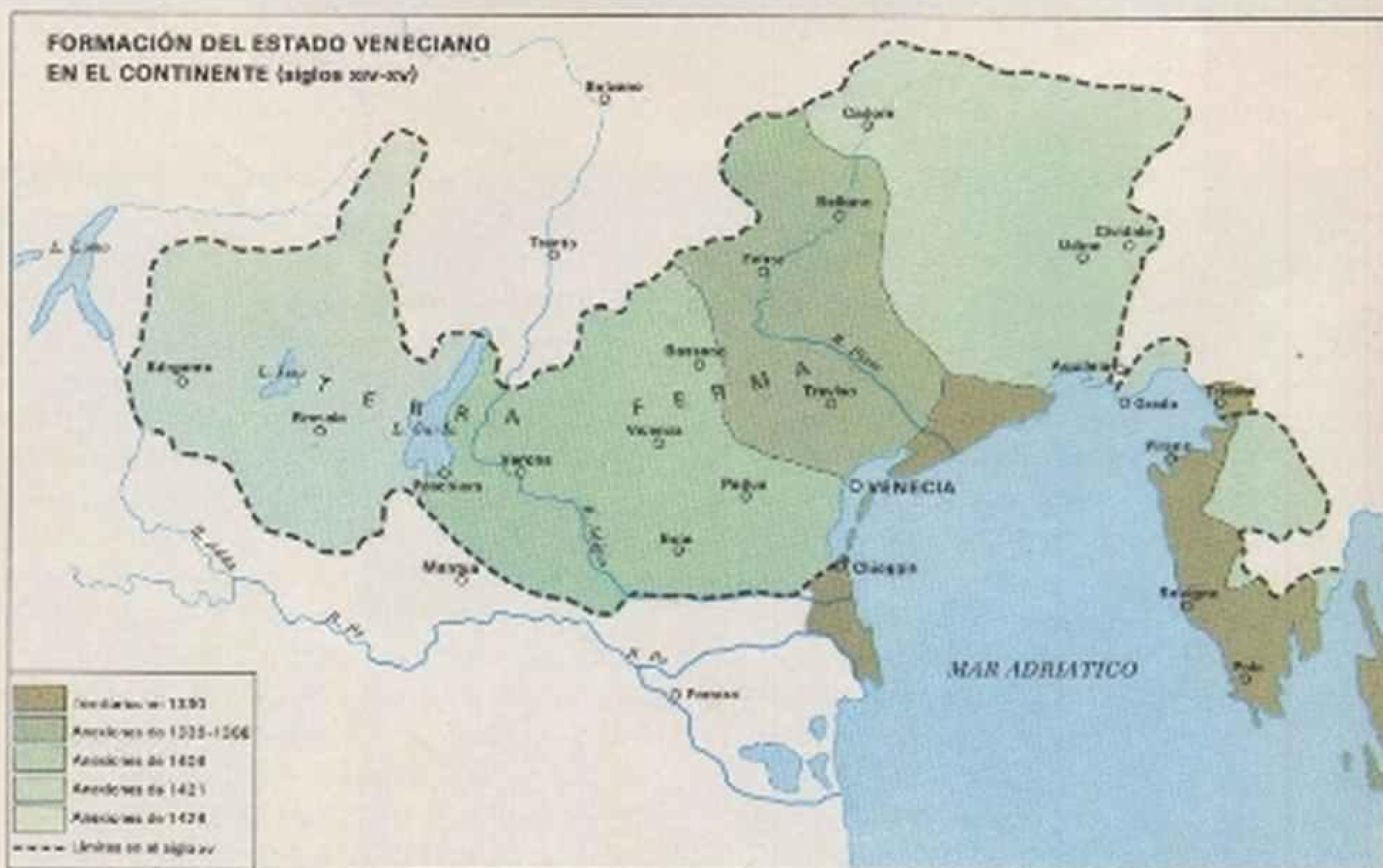
Después de haberse hecho fuerte en Roma, Cola di Rienzo invitó a los otros tiranos y gobiernos de Italia a confederarse y constituir la unidad italiana, bajo los auspicios de Roma, *caput mundi*. Rienzo encontró para esta prematura restauración histórica tales simpatías, que demostraban que el terreno por lo menos estaba bien preparado. Por ejemplo, Petrarca, que seguía con gran interés desde Aviñón la aventura de Cola di Rienzo, le escribió en esta ocasión una carta que no puede ser más entusiasta. Empieza así: "Me propongo escribiros cada día, no porque crea tener derecho a que me contestéis, siendo vuestras ocupaciones tantas y tan varias..." "Yo veo claramente que estáis colocado en un pináculo, expuesto a todas las críticas, no sólo de los italianos, sino de toda la raza humana, y no sólo de los que viven ahora, sino también de las generaciones futuras. Comprendo que habéis tomado una espléndida y honrosa responsabilidad, y que estáis ocupado en una tarea inaudita y gloriosa. La posteridad os recordará perpetuamente. Habláis con firmeza inconmovible desde la roca capitolina. Al rumor de que ha llegado una carta vuestra, la gente se reúne con más interés que si hablara el oráculo de Delfos... Las gentes no saben qué admirar más, si vuestras palabras o vuestras acciones; por el amor a la libertad os parecéis a Bruto, pero por la elocuencia, a Cicerón", etc. Petrarca, que escribía esta carta



Galeazzo Maria Sforza, por Antonio del Pollaiuolo (Galería de los Uffizi, Florencia). Este duque de Milán (1444-1476) se caracterizó por lo tiránico de su gobierno; murió asesinado.

desde la corte pontificia de Aviñón, no deja de recordar a Rienzo que debe restaurar la majestad de la vieja Roma, pero sin dejar de prestar el debido acatamiento al papa, pontífice romano. En cambio, Cola di Rienzo quería llamar a Roma a los príncipes candidatos al Imperio, y allí, después de oírlos, decidir él, Cola di Rienzo, cuál era el que tenía mejores títulos para ceñir la corona imperial.

Por algún tiempo, Cola di Rienzo deslumbró a las gentes con sus restauraciones de la Roma pagana; pero pronto se encontró rodeado de descontentos. Fue excomulgado y tuvo que escapar a Nápoles y después a Bohemia, donde residía un emperador débil y vacilante; éste, en lugar de descender a Italia y rescatar a Roma, como le proponía Rienzo, permitió que el arzobispo de Praga encarcelara al tribuno y después lo enviara a Aviñón, para que fuese juzgado por el papa. La sentencia de un tribunal de cardenales fue de pena capital, pero no se cumplió, pues intercedieron Petrarca, el emperador Carlos IV y el propio arzobispo de Praga. En el año de 1354 Rienzo volvió a Italia con el séquito del cardenal Albornoz, quien le reinstauró en Roma, si bien esta vez con el



La talasocracia veneciana, basada en el dominio de puntos claves en la ruta marítima del Mediterráneo oriental, crea en los siglos XIV y XV un estado continental entre los Alpes y el Po que compensará —en parte— el avance turco en Oriente. La concentración de territorios es fenómeno general en Italia en esta época y se realiza en provecho de Venecia, el papa, Milán, Saboya y Florencia principalmente. Los frecuentes conflictos italianos tienen como objetivo fundamental el redondeamiento territorial.



Escuela de justadores (miniatura del manuscrito 9.017, folio 240, de la Biblioteca Real de Bruselas). Las cortes, tanto de grandes reyes como de pequeños príncipes, organizaban magnos torneos o justas para diversión de una sociedad cada vez más refinada.

título de senador. Su segundo gobierno fue de una duración mucho más corta que el primero y murió asesinado en un motín.

Pero nada explicará tan bien qué es el humanismo de la Italia del siglo XIV como una breve exposición de la vida y las ideas de Francesco Petrarca. El padre y el abuelo de Petrarca eran florentinos y fueron expulsados de su patria por el mismo bando que obligó a Dante a emigrar. Petrarca recordaba haberle visto en su casa del destierro, pero dice que Dante era más joven que su abuelo y más viejo que su padre, y, por tanto, difícilmente pudo fraternizar con ninguno de los dos. Pese a la comunidad de gustos y desventuras del Dante con sus progenitores, sorprende que Petrarca no leyera *La Divina Comedia* hasta que, ya casi viejo, su amigo Boccaccio le mandó, desde Florencia, un manuscrito del poema del Dante, precedido de una epístola preliminar en verso.

En su respuesta a Boccaccio, dice Petrarca que, habiendo deseado siempre poseer libros de todas clases, "había sentido una extraña indiferencia, completamente ajena a su modo de ser, por este libro que no le era difícil procurarse". Petrarca añade que nada se había escrito en lengua vulgar que superase a este monumento de la literatura universal que es *La Divina Comedia*. Reconocía la superioridad de Dante por sus escritos en lengua vulgar, pero encontraba el latín de éste más que deficiente, crimen imperdonable para un humanista como Petrarca.

En realidad, encontramos en la indiferencia de Petrarca por Dante el recelo que inspira, en una época de renovación, la apoteosis de un tiempo pasado.

El contraste entre Dante y Petrarca señala ya el salto que dio la humanidad en cosa de cincuenta años; porque *La Divina Comedia* fue escrita después del 1300, y Petrarca

Ludovico Sforza, el Moro, de Milán. Gobernador en nombre de su sobrino Gian Galeazzo, le suplantó finalmente. Se alió a Carlos VIII de Francia y le abandonó después para entrar en la liga de Venecia. Luis XIII le atacó y Ludovico se refugió en Alemania. Allí reunió un ejército de mercenarios con los que intentó recuperar Milán. Entregado por sus soldados a Francia, murió encerrado en un castillo de este país.



formuló sus juicios acerca de Dante medio siglo más tarde. Continuando la historia de Petrarca, diremos que su padre, desterrado, se trasladó a Aviñón y allí pasó él sus primeros años. En su autobiografía llamada *Carta a la posteridad*, Petrarca refiere:

"En la ventosa Aviñón y en Carpentras pasé cuatro años aprendiendo gramática, lógica y retórica, tanto como mi edad lo permitía, y tanto como estas disciplinas se enseñaban en las escuelas; ya sabrá el lector cuán poco era. Después marché a Montpellier para estudiar leyes, pasando allí cuatro años, y tres en la universidad de Bolonia. Aprendí algo de Derecho romano, y creo que hubiera sido un abogado distinguido si hubiese continuado los estudios; pero me pareció penoso esforzarme en aprender un arte como el Derecho, que no podría practicar honestamente. Porque si hubiese inten-



Carlos V de Francia (miniatura del ms. Cotton Tiberius B. VIII, fol. 66; British Museum, Londres) en la ceremonia de su coronación. Este rey fue, junto con otros soberanos europeos, personaje digno de recibir un sobrenombre que patentizara sus cualidades humanas.

tado ser un abogado escrupuloso, ciertamente me hubieran tomado por idiota..." De manera que, según su propia afirmación, Petrarca regresó a Aviñon, a la edad de veintidós años, sin haber terminado sus estudios.

Sin embargo, aquel mal estudiante, con la protección de la familia Colonna, continuó su educación viajando. El primer paisaje que le impresionó profundamente fue un valle del Pirineo, donde pasó un verano con sus protectores. Fue un verano de juventud, en compañía de personas cultas, que Petrarca, en su vejez, dice que no puede recordar "sin que se le escape un suspiro". Después visitó a Paris, el Rin y Colonia, donde buscó las ruinas de la antigua ciudad romana; por fin, Italia y Roma. Acabada su formación intelectual, se retiró a un lugar llamado la Vaucluse, a quince millas de Aviñon, donde compró una pequeña hacienda y vivió en la soledad, leyendo los clásicos y cultivando su jardín. Allí escribió la mayoría de sus canciones y concibió el proyecto de un gran poema en latín: *Africa,* tomando por asunto las campañas de Escipión.

Sus poesías, y sobre todo sus cartas y ensayos, habían circulado con tanto éxito, que en 1340, cuando Petrarca tenía sólo treinta y seis años, recibió, en un mismo día, dos invitaciones, una de la universidad de Paris y otra de la sombra de Senado que todavía subsistía en Roma, para coronarle como poeta laureado. Decidióse por Roma; la ceremonia de su coronación, en el imperial Capitolio, fue objeto de otra de sus famosísimas cartas.

Desde este momento, Petrarca es el personaje más admirado de Europa entera. Pero es una gloria innegable de Petrarca el no haber experimentado envanecimiento, ab-

SEÑORIAS Y PRINCIPADOS

Para comprender la aparición del régimen señorial hemos de prestar antes atención a las crisis de los "Comunes", ciudades libres, herederas de la *polis* griega o la *civitas* latina.

Es evidente que las instituciones de un país, dividido a lo largo de casi toda su historia, como es el caso de Italia, no pueden ser caracterizados brevemente. Tendremos que generalizar, aun cuando sepamos que no existe un tipo único de Común ni tampoco de señoría.

Los elementos que constituían el Común se mantuvieron en una situación de equilibrio mientras éste fue de tipo consular, es decir, regido por magistrados representantes del pueblo, elegidos por éste, por períodos breves que nunca excedían de un año.

Por distintos motivos (la brevedad de la duración de los cargos, el que sólo una élite pudiera acceder a ellos, etc.), este equilibrio vacila, y es entonces cuando, para hacer frente a la inestabilidad, se recurre al nombramiento de un *podestà*, casi siempre forastero, que predominará sobre los demás miembros del gobierno, aun cuando sea solamente una especie de árbitro ejecutor de las deliberaciones del consejo y responsable del cumplimiento de los estatutos ciudadanos.

Pero llega un momento en que la ruptura del equilibrio es inevitable y empieza el proceso de adaptación a la constitución del régimen señorial. La alta burguesía, que se cree mal representada, presiona por medio de sus asociaciones: las artes mayores; el pueblo, igualmente inquieto, hace lo mismo a través de las artes medias y menores. Entonces el *podestà* u otro magistrado ciudadano (el capitán del pueblo o el titular de una dignidad análoga representante de la parte popular) convierte su cargo temporal en vitalicio; también puede ocurrir que, en las luchas entre facciones de un mismo Común, la vencedora proclame señor a su jefe; o bien que tal situación de rivalidad obligue a los ciudadanos a elegir como señor a alguien que esté por encima de tales facciones. La asamblea del pueblo tenía siempre que ratificar el hecho, es decir, que el principio sobre el que se basaba la señoría no era distinto del de los Comunes: consentimiento y voluntad del pueblo. Naturalmente, bastaba en estos casos la sumaria aclamación de la asamblea general, convocada bajo la presión de la facción vencedora, con lo cual esta ratificación era pura comedia.

El señor, una vez conseguida su elección vitalicia, trata generalmente de convertir el cargo en hereditario, destruyéndose con tal limitación el proceso de desarrollo y educación política emprendido por los Comunes.

En aquellos Comunes en que no existía una organización corporativa fuerte, donde los intereses de la clase media no estaban organizados, por ejemplo, Ferrara, la que será luego cuna de la espléndida literatura épica renacentista, el paso de Común a señoría no se ve ensombrecido por contrastes de tipo social, como sucede en Florencia, donde la lucha política es una lucha de intereses de clases. Recuérdese la revolución de los Ciompi (cardadores de lana) en 1378, momento en verdad de crisis general: 1358, Jacquerie en Francia; 1381, Lollardi en Inglaterra. Los Ciompi, capitaneados por Miguel de Lando, un cardador, logran instaurar durante cuatro años, hasta 1382, una especie de dictadura popular al incorporar a las veintiuna artes existentes y participantes en el gobierno de Florencia, tres artes más, llamadas "del pueblo de Dios".

Esta transformación, que se inicia a mediados del siglo XIII en la Italia septentrional con la señoría de los Visconti en Milán, va extendiéndose a lo largo del siglo XIV hacia la Italia central, donde aparentemente no ataca las estructuras comunales ni la libertad popular. En general, y sobre todo en las llamadas criptoseñorías, como la de Cosme de Médicis en Florencia, instituciones y magistraturas republicanas se mantienen por un período más o menos largo, pero se van vaciando de contenido, pierden su autonomía; el poder señorial en su fundamento efectivo y en su funcionamiento fue, pues, monárquico y absoluto.

Junto con la concentración y absolutismo del poder, la señoría se caracteriza, aun cuando haya surgido como consecuencia de la victoria de una facción sobre las demás, por la eliminación del gobierno de partido y por la tendencia a anular las diferencias de clase. La más perjudicada es la nobleza, mientras la alta burguesía, aunque pierde libertad y la participación en el gobierno, encuentra en la señoría la seguridad y la tranquilidad social que tanto convienen a sus intereses mercantiles. El pueblo, que en el Común no participaba o participaba muy escasamente en el gobierno, encuentra ahora algún beneficio en la señoría, a la que respalda, siendo el apoyo que ésta necesita para atajar el descontento, las agitaciones y conjuras de ciertas grandes familias apartadas de la señoría. Cuando el 26 de abril de 1478, en Santa María del Fiore, la catedral de Florencia, y en el momento de la elevación, los esbirros de la familia Pazzi, coligada, bajo la protección del papa Sixto IV, a otros enemigos de los Médicis, apuñalaron a Giuliano y Lorenzo de Médicis, causando la muerte del primero e hiriendo levemente a Lorenzo, el pueblo de Florencia reaccionó de manera violentísima y al grito de: *"Palle, palle"* ("bolas, bolas", alusión al escudo de los Médicis), aniquiló a los conjurados, que habían esperado, por el contrario, cooperación o como mínimo pasividad. Represiones y venganzas sangrientas coronaron el fracasado intento, que hizo a Lorenzo señor aún más absoluto de Florencia.

También las ciudades menores y los burgos sometidos a las ciudades principales encontraron ventajas en la transformación del gobierno de éstas de comunal a señorial. Del estado comunal, que coincidía con la ciudad, se llega al estado regional, con sede en la ciudad principal, pero que, sin identificarse con el gobierno de ésta, es algo común a todo el territorio.

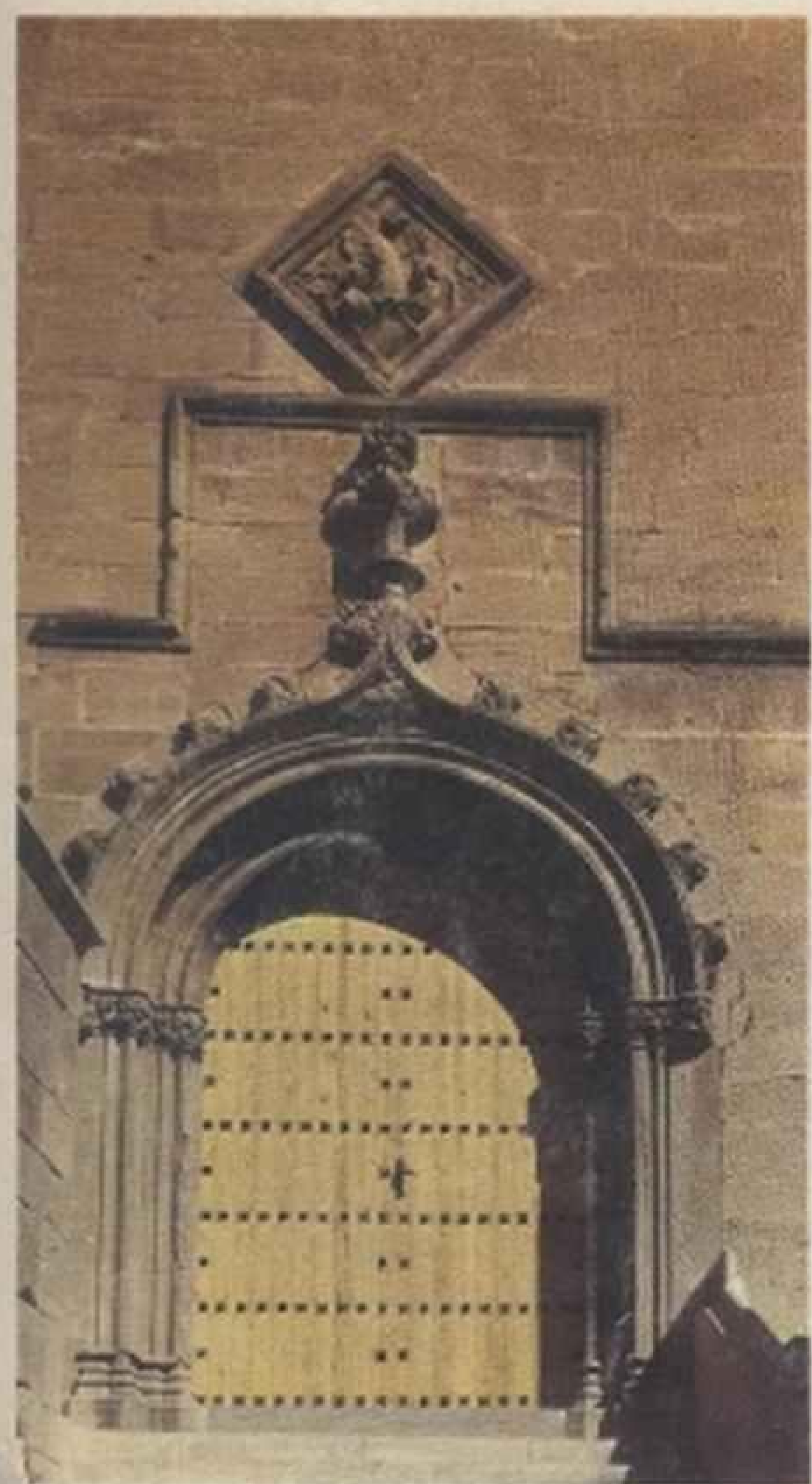
La señoría, que se transforma en principado con la concesión a los vicarios imperiales o pontificios (el emperador o el papa, si la ciudad estaba en el estado de la Iglesia, ratificaban la elección de los señores, haciéndolos sus vicarios) de un título nobiliario, es el primer paso hacia el estado moderno, tanto por la extensión como por la organización del gobierno.

H. P.

sorto enteramente en sus estudios y sus escritos. Estuvo por encima del común de las gentes; fue otro caso de personalidad extremada y superior; no tiranizó a nadie, y llegó hasta a olvidarse de sus contemporáneos, viviendo independiente en un mundo ideal, poblado de griegos y romanos, a quienes escribía cartas como si pudiesen contestarle a vuelta de correo.

He aquí la carta que escribió a Homero, al recibir una traducción de *La Ilíada* en latín:

"No tuve la fortuna de aprender el griego, y la traducción latina que de vuestros poemas hicieron los romanos se ha perdido, por negligencia de sus sucesores... Para comunicarme con vos he tenido que esperar más tiempo del que Penélope esperó a Ulises.



Puerta del palacio del rey Martín de Aragón en el monasterio de Santa María de Poblet (Tarragona). Este rey ha recibido de la historia el dictado de "el Humano".

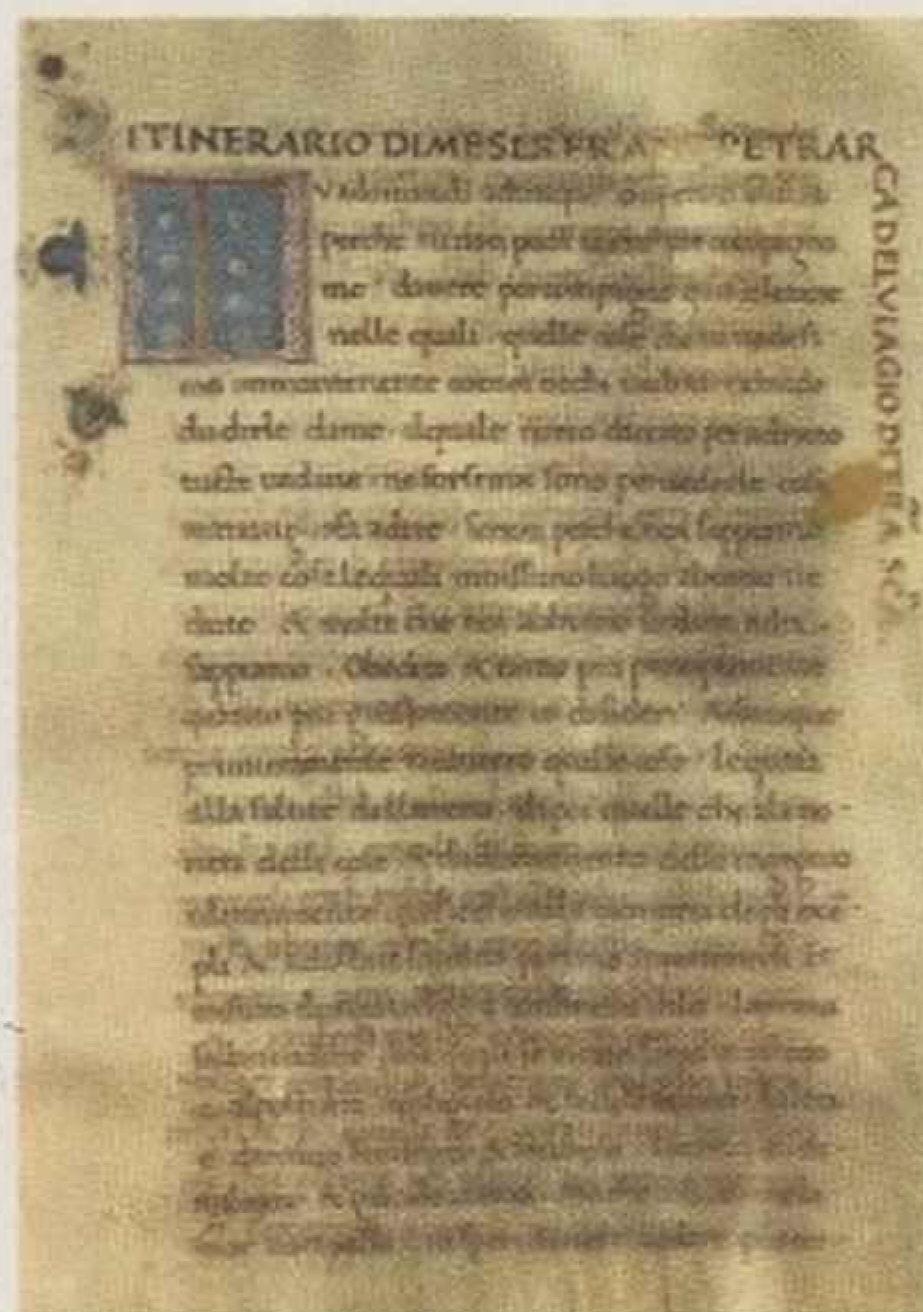
Casi había perdido ya toda esperanza". En esta fantástica epístola, Petrarca se queja a Homero de vivir rodeado de bárbaros (por tales tiene a los que no son italianos o romanos). "Quisiera que estuviésemos separados de ellos, no por los Alpes, sino por el océano, porque ellos casi no han oído hablar de vos ni de vuestros libros. Ved si no es una cosa misera esta fama por la que nos afanamos." Las cosas que Petrarca comunica a su vate corresponsal del otro mundo, o sea Homero, no pueden ser más juiciosas. Le dice que si Virgilio no habla nunca de él, Homero, es porque pensaba mencionarle con gran elogio al terminar *La Eneida*. Pero aún le tranquiliza mas diciéndole que Horacio y Ovidio hablan de él con intensa admiración. "Flaco –o sea Horacio– os llama a vos, Homero, el mayor de los filósofos." Las confidencias de Petrarca con Homero acaban por pedirle que salude a Orfeo, Lino y Eurípides, y como fecha y dirección añade textualmente: "Escritas en el mundo de los vivos, en la ciudad de Milán, el 9 de octubre del año 1360 de esta última edad del mundo."

A Cicerón le trata Petrarca con mucha más confianza que a Homero. Petrarca encontró en Verona un manuscrito con las cartas auténticas de Cicerón a sus amigos, y tiene por tanto bastante información para criticarle. "¿Qué locura te hizo lanzarte contra Antonio? Tal vez dirás que tu amor a la República. Pero la República había ya caído en irreparable ruina, como tú mismo reconocías. Puede ser que un sentimiento del deber, el amor a la libertad, te obligara a

***Virgen de la leche*, por Andrea y Nino Pisano (Museo Nacional de San Mateo, Pisa). Andrea Pisano, escultor del siglo XIV, quizá se relacionó con los célebres pisanos que renovaron la escultura italiana en el siglo XIII. Trabajó en el baptisterio de Florencia y en el "campanile" de su catedral. Su arte, de exquisita perfección, se vio influido por Giotto.**



Francesco Petrarca, según un cuadro de pintor anónimo conservado en los Uffizi, de Florencia.



Página del "Viaggio di Terra Santa", de Petrarca. Pergamino del siglo XV (Biblioteca Central, Barcelona).

obrar como tú obraste, aunque sin esperanza. Esto lo podemos muy bien comprender en un gran hombre. Pero, entonces, ¿por qué te hiciste amigo de Augusto? ¿Y cómo podrás excusar a Bruto?" "¡Ah, cuánto mejor no hubiera sido para un filósofo meditar pacíficamente lejos de la ciudad, y no haber sido cónsul, ni haber encontrado un Catilina que te llenara la cabeza con el humo de la ambición!... Escrita esta carta en el mundo de los vivos el 16 de junio de 1345 de este Dios que tú no conociste."

A pesar de preferir la soledad y la quietud, Petrarca continuó viajando y estudiando a las gentes. Admiraba el mundo bello con la fruición de un espectador moderno. Su predilección por el arte clásico no le impidió comprender la belleza de la catedral de Colonia y de la iglesia de Aquisgrán, donde está enterrado Carlomagno, "a quien veneran las gentes bárbaras". En Colonia se regocija contemplando el hormiguero de gente paseando por la alameda del río, pero lamentaba sobre manera que no hubiera en aquella ciudad ninguna copia de Virgilio, "aunque sí muchos Ovidios". Petrarca aprovechaba cuantos viajes hacia fuera de su patria para explorar cuidadosamente las bibliotecas.

Además de viajero curioso, Petrarca ha conseguido el título de primer alpinista europeo, por una carta en que describe su ascensión al *Mont-Ventoux* (Delfinado). "Quería experimentar –dice– la sensación que produce una gran altitud... Recordaba, además, lo que escribe Tito Livio de Filipo de Macedonia, que subió al monte Hemón (Tesalia), desde el cual creía poder ver el Adriático y el mar Negro." Petrarca y su hermano fueron a dormir al pie del monte y la ascensión se hizo al amanecer. "El aire era excelente: nos complacía la sensación de nuestro cuerpo ágil y vigoroso, con la inteligencia despejada." Los diferentes episodios de la jornada, la depresión e irritabilidad causadas por la fatiga, la pereza producida por la altitud, y, por fin, el goce de descansar tendidos en la cumbre, están descritos por este precursor nuestro de una manera que calificaríamos de moderna.

Las cartas y ensayos latinos de Petrarca nos interesan hoy tanto o más que sus poesías en lengua vulgar, pero no fue así durante varios siglos. Nuestros abuelos y tatarabuelos no leían de Petrarca más que sus canciones en vida y en muerte de *Madonna Laura*. En ellas se poetizan las visiones de una mujer que algunos creen que fue una ficción puramente imaginaria del propio poeta. Pero, por otros, Laura se ha identificado desde muy antiguo con una dama casada con el señor de Sade. Tuvo varios hijos,

Federico de Montefeltro, duque de Urbino, por Piero della Francesca (Galería de los Uffizi, Florencia).



y la fecha de su muerte parece coincidir con una nota obituaria que escribió Petrarca en su manuscrito de Tito Livio. Más tarde se dijo que aquel año se secaron todos los laureles de Italia. Más sorprendente todavía parece el amor de Petrarca cuando nos enteramos que el poeta había tenido dos hijos naturales de una mujer que nos es completamente desconocida. Sea quien fuere, Laura aparece en las canciones de Petrarca sin ningún simbolismo metafísico, y esto la distingue grandemente de la Beatriz del Dante, que representa el conocimiento teológico. Laura no es más que una mujer; sus características son sus gestos, su ademán femenino, su gracioso saludo, el dulce mirar y la voz suave. Un cabello dorado, besado por el céfiro, bastaba para revelar toda la belleza de la mujer, paralela a la grandeza intelectual del hombre. La sublimación de Laura es otra manifestación de humanismo: la pareja está formada; el genio, el tirano, el déspota, se dignifica por una sublime compañera, que es espejo de honor, pureza y gallardía. Y es precisamente ella la que confiere el lauro, que viene a querer decir la fama, el deseado triunfo de la vida activa.



Sepulcro del papa Martín V (San Juan de Letrán, Roma). Fue elegido en el concilio de Constanza y se le considera como el primer papa renacentista. En 1420 restableció en Roma la corte de los pontífices.

BIBLIOGRAFIA

Arnold, R.	*Cultura del Renacimiento*, Barcelona, 1928.
Bosco, U.	*Petrarca*, Bari, 1961.
Burckhardt, J.	*La cultura italiana del Renacimiento*, Madrid, 1946.
Garin, E.	*L'Umanesimo italiano*, Bari, 1964.
Huizinga, J.	*El otoño de la Edad Media*, Madrid, 1961.
Nolhac, Pierre de	*Pétrarque et l'humanisme*, París, 1892.
Orsi, P.	*Historia de Italia*, Barcelona, 1960.
Renouard, Y.	*Les hommes d'affaire italiens du Moyen Age*, París, 1940.
Simeoni, L.	*Le Signorie*, en *Storia politica d'Italia*, Milán, 1950.
Volpe, G.	*Il Medio Evo*, Florencia, 1965.



Castillo de Sirmione, edificado por los Sforza para la defensa de sus posesiones en Lombardía.



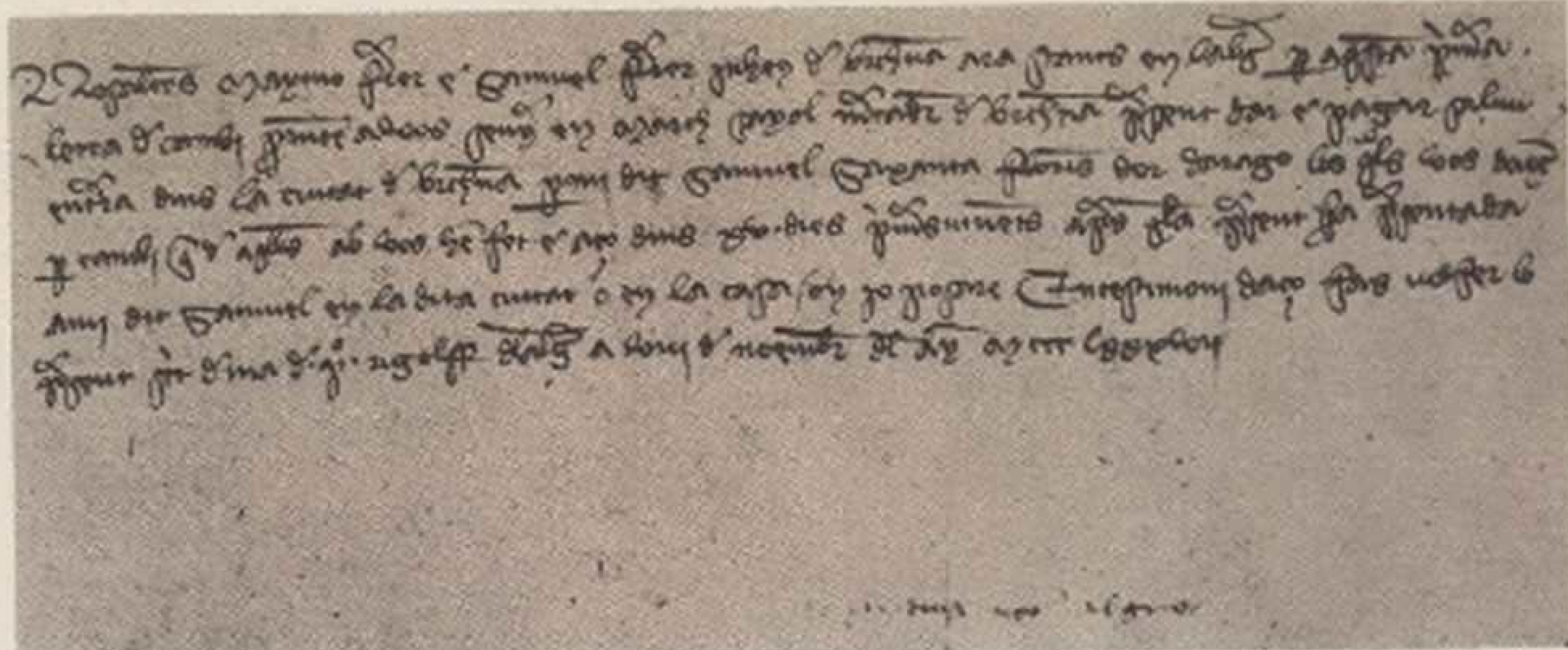
El cambista y su mujer, por Marinus Reymerswaele (Museo del Prado, Madrid). Un factor que, junto con el cambio de mentalidad política y artística, define el comienzo de los tiempos modernos es el movimiento de la moneda. Proveniente de las industrias mineras, agrícolas, textiles, etcétera, el dinero circula en mayor abundancia que en el Medievo y condiciona un nuevo estilo de vida, característico del hombre moderno.

El capitalismo inicial y la formación de la sociedad moderna

por ANTONI JUTGLAR

Al situar la complejidad de fenómenos, causas y condicionamientos que contribuyeron a la superación del Medievo y a la definición de la Modernidad, se subraya que el movimiento general de la etapa renacentista supone la manifestación de un proceso de gran amplitud, promovedor de grandes transformaciones y en el seno del cual se integran tres corrientes capitales: por una parte, la que conduce a la afirmación de la monarquía autoritaria y del estado moderno; por otra, la que consolida el empuje cultural del Renacimiento y del movimiento humanista; y, asimismo, el trascendental fenómeno de crecimiento y evolución económicos que, de la revolución comercial y urbana (entre los siglos XI y XII), conduciría –en la segunda mitad del siglo XV– a la plena definición del

Letra de cambio librada en Argel en 1387 por unos comerciantes catalanes (Instituto Municipal de Historia, Barcelona). La intensificación del comercio interregional trajo consigo la complicación de las formas de pago. La tierra, que hasta entonces había sido el primitivo valor de cambio, dejó paso a la moneda de valor real y a los papeles de comercio, cuyo valor derivaba de unos acuerdos y unas firmas.



capitalismo inicial. En resumen, tres corrientes, tres fenómenos, con un denominador común (el que define precisamente la característica dinamizadora de la Edad Moderna): el de la valoración creciente de la *racionalidad*.

Ciñéndonos ahora a la aparición y definición del capitalismo, es preciso insistir en la importancia del mencionado factor de racionalidad, que será, evidentemente, el que otorgará a la nueva técnica de la economía su carácter más revolucionario y dinámico. Y a ello habremos de referirnos con cierto detalle más adelante.

Junto a esta característica debe apuntarse el desarrollo de una fenomenología fundamental para la plena aparición de la realidad capitalista, en el sentido correcto y estricto en que debe ser entendido. Nos referimos a la creciente complicación de la economía mercantil y monetaria, a través del aumento constante del tráfico comercial, de las relaciones interregionales, de las operaciones dinerarias, con su secuela de préstamos, letras de cambios, pagarés y demás variedades, que acabarían constituyendo la plataforma de constante desarrollo de las actividades bancarias. En efecto, la complicación apuntada debía incidir, necesariamente, en la introducción de elementos de racionalización, que ordenasen y diesen agilidad a la vida económica (contabilidad, etc.).

De esta forma, una vez más, el tránsito de los tiempos medievales a las etapas de la Modernidad aparece, no como un fenómeno de ruptura, sino como el resultado de un constante y dinámico proceso de crecimiento. Así, si el Renacimiento no fue la negación del Medievo, sino su más lógica y legítima superación, el capitalismo no aparece como una espontaneidad negativa respecto al pasado, sino como el resultado —maduro y poderoso— de un proceso de crecimiento medieval.

Aspecto de Brujas (Bélgica). A partir del siglo XIII, las ciudades de los Países Bajos experimentaron gran desarrollo y vivieron una etapa de continua activación económica.



Si, desde un principio, la revolución comercial y urbana (animada por las cruzadas) potenciaría actividades tan varias como las de las *commenda*, las *sortes*, etc.; daría una envergadura extraordinaria a las figuras de los antiguos traficantes de los "mercados": *negociatores*, *mercerii*, etc.; otorgaría, cada vez más, una mayor importancia a la circulación dineraria, etc. Si, desde los siglos XI y XII, asistimos a una reanimación tan sustancial de la vida económica, paralelamente a la restauración (lenta pero progresiva) de la seguridad y de las formas eficaces (y menos injustas cada vez) de autoridad, era lógico que tales fenómenos dibujaran –de forma más o menos patente– una plataforma *precapitalista*, de la que partirían las condiciones más adecuadas para la plena definición del primer capitalismo.

En la trayectoria que conduce a la creación de la mencionada plataforma deben tenerse en cuenta tanto factores demográficos como el sustancial movimiento de aumento de población en la Europa del siglo XIII, como el auge de las grandes ciudades mercantiles del Mediterráneo, el desarrollo de la Hansa, el florecimiento de las ciudades de los Países Bajos y el norte de Francia, etc., y en esta línea (a pesar de los estragos terribles de la peste negra, de la guerra de los Cien Años y otros fenómenos análogos, paralelos, subsidiarios y derivados), a partir del último tercio del siglo XIV hasta los inicios de la segunda mitad del siglo XV el conjunto de Europa va a vivir una etapa de continua reactivación económica, en la que intervinieron diversos factores.

Por una parte, la acumulación de capitales, provenientes en buena parte de las actividades mercantiles, permitió una serie de inversiones agrícolas que consintieron la difusión de las áreas de cultivo, junto con la mejora de la producción de determinados cultivos (cereales especialmente), al tiempo que comenzaba a difundirse y organizarse una creciente especialización agrícola (viña, olivo, huerta, fruticultura, etc.). En una perspectiva paralela, la inversión de capitales facilitó la intensificación de la ganadería (favorecida en diversas regiones por el uso de prados cerrados y por la gran trashumancia, así como por la protección de los soberanos). En el terreno minero, las inversiones dinerarias incrementarían la explotación de diversos yacimientos, especialmente en Sajonia, Bohemia, Tirol, Estiria, litoral cantábrico castellano, Inglaterra, Pirineos, regiones alpinas, Lombardía, Turingia, Bohemia, etc. El desarrollo minero incrementó la industria metalúrgica, apareciendo, por ejemplo, los primeros altos hornos, etc.

Paralelamente, las guerras, por ejemplo, desplazaron la industria lanera hacia nuevos emplazamientos, al propio tiempo que aparecen nuevas modalidades y especializaciones. Así, en Flandes, Brabante y Hainaut sustituirán a los antiguos monopolios flamencos; Inglaterra comenzará a promocionar y "racionalizar" su industrialización textil, especialmente en Bristol, Londres y Winchester; asimismo la producción textil de diverso tipo aumenta en Francia, Italia, Cataluña y Castilla, etc. El desarrollo textil fue acompañado del aumento de otras actividades más o menos artesanales y, en conjunto, todo este incremento de la producción incidiría de forma sustancial en el desarrollo global de la vida mercantil.

***Huida a Egipto*, por Giovanni di Paolo (Pinacoteca de Siena). Los trajes que visten las santas personas nos dan una idea de la moda del siglo XIV en los medios campesinos de Italia.**



EL MUNDO ARTESANAL Y LA CONFIGURACION DE LA PLATAFORMA PREINDUSTRIAL

Sagazmente (aunque ello sea bastante discutible) señalaron, hace ya varias décadas, autores como Max Weber que "la fábrica no es una creación del artesanado y a expensas suyas, sino que nace independientemente pero junto a él, dedicándose, sobre todo, a nuevas formas de producción o a la fabricación de productos nuevos, tales como tejidos de algodón, porcelanas, brocados de oro o sucedáneos, ninguno de los cuales era producido por los gremios". A pesar de ello –y porque afectaba a la base de la organización del trabajo–, los gremios y corporaciones lucharon contra la fábrica y contra su precursor, el taller cerrado, haciéndolo por razones de principios, puesto que veían en ellos una amenaza, originada por el posible incremento de la nueva forma de producción. Paralelamente se ha insistido en el hecho de que no puede decirse que la fábrica naciese del taller doméstico, sino coexistiendo igualmente con él.

Por otra parte, describiendo el panorama que caracterizaba a la Gran Bretaña del siglo XVIII, en la etapa inmediatamente anterior a las grandes innovaciones del industrialismo, diversos estudiosos como Cole han subrayado que el capitalismo de aquella etapa difiero, en gran manera, del actual, "pues era comercial por esencia más bien que industrial. Su principal fundamento no era la ocupación directa de gran número de trabajadores en las fábricas, sino el control en gran escala que tenían los comerciantes sobre la compra y venta de artículos, fabricados de acuerdo con las condiciones de la producción en pequeña escala". Es decir, el típico capitalista del siglo XVIII era básicamente un hombre de negocios y, sobre todo, un comerciante ocupado en el tráfico con el extranjero. Asimismo, las grandes compañías por acciones de la época no eran en su mayor parte empresas industriales, sino operaciones y aventuras fundamentalmente comerciales. En resumen, hasta muy entrado el siglo XVIII la forma "normal" de hacerse rico no era fabricando artículos, sino comprándolos de los manufactureros y revendiéndolos a mayor precio del de compra. El capitalismo comercial –no hace falta insistir en ello– nació, pues, antes que el capitalismo industrial, que sólo llegaría a ser el sistema dominante, en la economía, con el advenimiento de la revolucionaria era de las máquinas.

Aparecen, pues, apuntados unos problemas, unas realidades y unas relaciones, de entre las cuales es interesante subrayar el papel que irá desempeñando el complejo y antiguo mundo artesanal a lo largo de los tiempos modernos y especialmente en el momento en que se configurará plenamente la plataforma que debía preceder al éxito final del maquinismo. En este sentido, escribiría Morazé: "En el siglo XVIII, la mayoría de las fabricaciones y de las ventas se hacen aún dentro del marco de las pequeñas empresas. El maestro trabaja con uno o dos oficiales... La mayoría de los objetos se fabrican aún bajo los propios ojos del comprador. Los obradores eran mucho más numerosos que los almacenes actuales. Aunque el consumo fuese mucho menor, en París podían contarse tres veces más de los que hoy existen. Había, pues, una gran dispersión: la masa total de estos pequeños patronos formaba el armazón de la burguesía". Encontramos, pues, una continuidad del mundo artesanal, que será clave en la configuración de la plataforma preindustrial.

La suma de pequeños patronos, de maestros artesanos, representaba un factor de inmovilismo: velaban cuidadosamente por la seguridad de su estado. Cada negociante, cada artesano, vigilaba al otro y se aseguraba –por ejemplo– de que a su vecino no se le ocurriría hacerle la competencia a través del anuncio (que estaba prohibido) o por medio de una alteración de los precios; o bien de que no atraería fraudulentamente al cliente a su propio negocio; o de que sus productos tenían la calidad reglamentaria; etc. Si ocurría algo en tal sentido, ponían todo su empeño para restablecer el orden, que era la garantía de su derecho y de su porvenir, tal como se comprueba a través de disputas que hoy nos parecen mezquinas y que nos revelan los infinitos procesos corporativos. El hecho es que se trataba del bienestar, de la tranquilidad de todos los maestros artesanos.

Las instituciones debían ser, pues, los fieles guardianes de lo que Morazé denomina "la tranquila felicidad del conjunto de los maestros". Añadiendo: "Las descripciones que poseemos de la vida de antaño están de acuerdo en considerar como muy mediocre la vida material del burgués medio: pobreza del mobiliario y de la vajilla...: exigüidad del alojamiento, mal ventilado y que no suele tener, tras la tienda, más allá de una o dos habitaciones. Las herencias son poco importantes. En realidad, se vive al día: la fuerte natalidad, aunque compensada por una fuerte mortalidad infantil, cuesta cara. No puede uno permitirse demasiado el lujo de pensar en el mañana. ¿Para qué, además? ¿No tendrán los hijos un oficio cuyo valor se halla garantizado por la ley? La imprevisión no es el defecto de esta época, es su cualidad. Es el signo de una confianza total en el porvenir, confianza también en la solidez de las instituciones, de los dogmas religiosos y políticos".

Se creía, pues, en una solidez esencial, puesto que de ella se esperaba el mantenimiento de la seguridad presente. Por ello no existía en aquella época la preocupación, tan común en nuestros días en el medio y pequeño comercio, por ahorrar un pequeño capital o por conseguir un seguro, que sirvan para garantizar una vejez tranquila. Se trabajaba hasta el fin con una normal despreocupación. En fin, habían, pues, como diría Morazé, "pocos ahorros, pocas inversiones: el crédito no encuentra alimento entre la gente humilde. La prudencia es una virtud moderna (contemporánea)". Lo importante era el mantenimiento del sistema establecido.

Si tal era la vida de los maestros en el régimen económico de los tiempos modernos, cabe preguntarse: ¿cuál era la condición de los oficiales? A partir del análisis del sistema gremial, nos encontramos con la menos que mediocre realidad del obrero, del oficial agremiado, que ofrece sus servicios y discute su salario con el maestro; una vez llegado a un acuerdo, se contrata por un año o por medio año. Paralelamente, el sistema de trabajo está presidido por el signo de la monotonía; en el taller, por ejemplo, el horario se halla regulado por la hora que da la iglesia o la torre de la ciudad. La gente se levanta temprano y trabaja todo el día; lógicamente, más en verano, menos en invierno. Asimismo, la forma de trabajar se halla determinada y regulada de modo estricto: todo el mundo trabaja al mismo tiempo y de la misma manera. Al mediodía, el oficial toma el alimento que le proporciona su maestro o que le trae su mujer. Por la noche, come en la mesa del maestro y duerme en su casa...

En conjunto, el mundo artesanal de los tiempos modernos no ofrecía perspectivas precisamente agradables y en este sentido autores diversos como Morazé o Vicens Vives han subrayado el hecho de que tal régimen pareció muy soportable mientras la vida estuvo impregnada de misticismo. En este sentido, por ejemplo, la oración no era una simple formalidad, sino que espiritualizaba una tarea abrumadora. Y además contaban con numerosos días festivos, que eran saboreados con gran intensidad y delectación; con una auténtica embriaguez que, en vano, el reglamento procuraba atemperar. Este régimen, evidentemente, no podía resistir al progreso de la idea de libertad individual y acabaría sucumbiendo. Se trata, pues, de comprender el impacto que en la plataforma preindustrial jugaría una nueva noción de progreso, cuyas consecuencias serán fatales para el conjunto sociopolítico del Antiguo Régimen.

A. J.



En efecto, según ha quedado apuntado precedentemente, fueron los capitales conseguidos por los mercaderes en sus operaciones comerciales los que animaron buena parte de la actividad económica en los sectores agrario, ganadero, minero e industrial. Una vez más aparece de manifiesto que la acción comercial es el motor dinamizante de un tipo de economía que gira en torno a una institución denominada mercado y que no fue el desarrollo agrario, minero o industrial el que determinó el gran florecimiento comercial y financiero, sino al contrario.

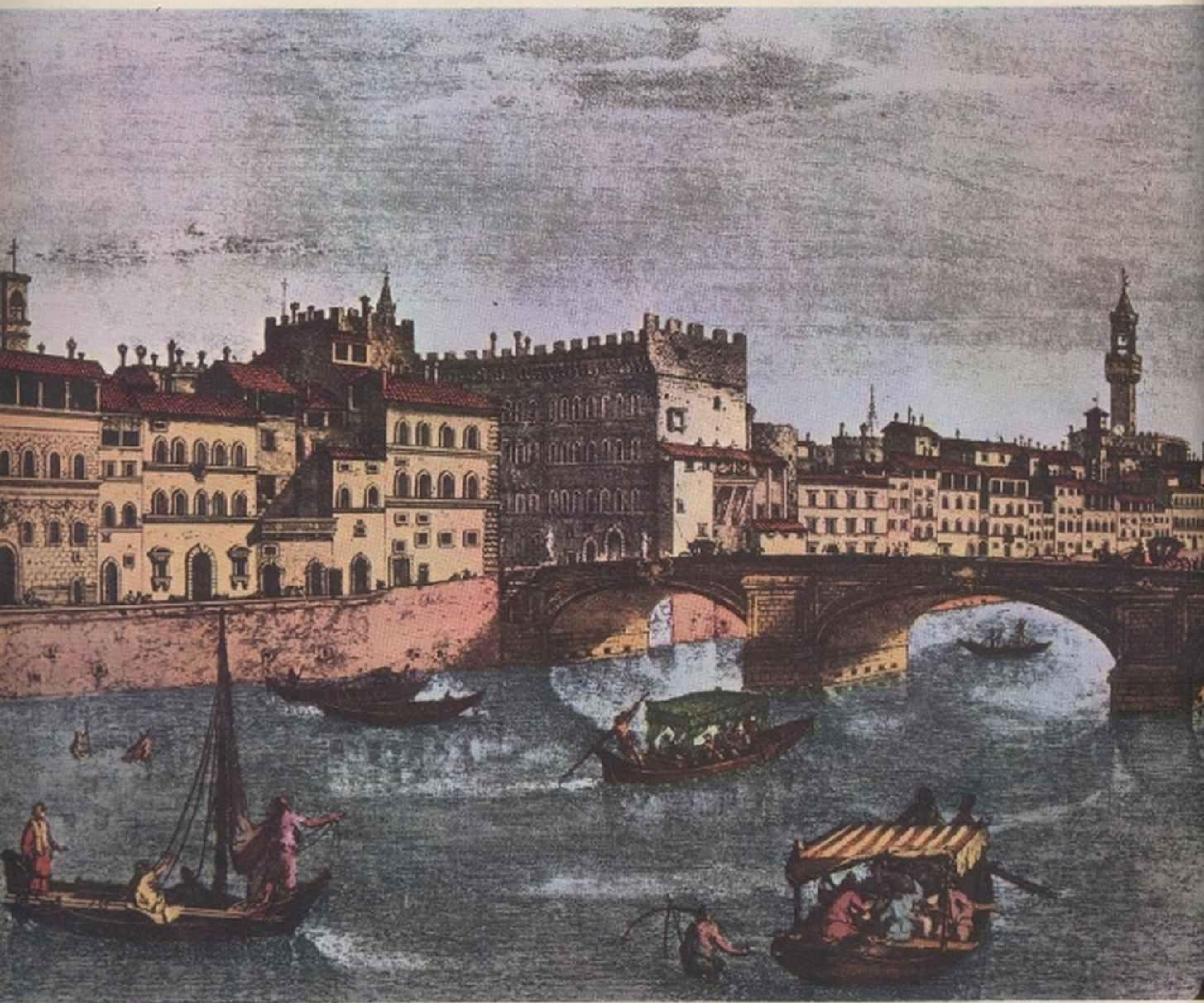
Tal consideración pone de manifiesto, a su vez, la naturaleza de uno de los ingredientes básicos para el desarrollo de la plataforma precapitalista. Nos referimos a la evolución y penetración de la idea de *lucro*, a la que hacemos particular referencia en capítulos anteriores. En efecto, frente a la condena eclesiástica de la usura, las diversas promociones de mercaderes y negociantes fueron empapándose de las excelencias de una "praxis" que abría perspectivas insospechadas y cada vez mayores a la posibilidad de obtener dinero a través del juego del propio dinero.

La acción del dinero produciendo dinero (y produciéndolo en una proporción y con una continuidad prácticamente imposibles de agotar) debía también tener, como es sabido, una repercusión fundamental en la definición del capitalismo, en que el propio concepto de capital (como sinónimo o análogo de dinero o de moneda) es sumamente significativo. La nueva economía tiende a concretarse, a consolidarse, en torno al dinero contante y sonante (frente al antiguo valor económico que era la tierra) y en torno a los hombres que lo poseen y lo manejan: los burgueses, y más concretamente aún, en torno a los grandes burgueses, los descendientes de las oligarquías (patriciado urbano).

En conjunto, el desarrollo de las actividades industriales y el volumen cada vez mayor de las operaciones mercantiles –controlado de forma más o menos directa por



Escena de esquileo (miniatura del Breviario Grimani: Biblioteca de San Marcos, Venecia). Los capitales acumulados por el mercantilismo se dirigieron, entre otras inversiones, a la ganadería, en especial a la producción de lana, la cual dio origen en Flandes a centros industriales que se vieron desplazados después por las guerras.



Vista de Florencia, según un grabado del siglo XVIII. La concentración del poder dinerario y la mayor complejidad de la empresa dieron origen a grandes compañías que pronto adquirieron proporciones extraordinarias, como, por ejemplo, la de los Médicis de Florencia.

las minorías anteriormente citadas— determinaron una creciente concentración de poder dinerario y una mayor complejidad de la empresa o entidad mercantil, tipificada, por ejemplo, por la formación de grandes compañías o firmas comerciales, que pronto adquirirían unas dimensiones y una importancia extraordinarias al girar fuertes capitales a través de una organización técnico-administrativa muy avanzada. De esta forma, por ejemplo, apareció la compañía alemana de Ravensburgo, con ramificaciones en Francia, Italia y países hispanos. Los fabulosos Albizi, Pazzi y Médicis de Florencia, los Fieschi, Doria, Grimaldi y Spínola de Génova, etc. Y de esta forma también florecería la suerte de los grandes especuladores como Jacques Coeur, cuya red de negocios, fabulosísima, podía quedar simbolizada en un triángulo que tendría sus vértices en Famagusta (Chipre), Barcelona y Gante.

Paulatinamente, factores jurídicos, políticos, bélicos, técnicos, etc., fueron confluyendo en el marco de la plataforma precapitalista, acelerando un proceso de transformación económica sumamente sugestivo. En este sentido debemos destacar ahora, por ejemplo, la creciente vinculación de los inte-



reses de los reyes, príncipes y papas con los negocios de los grandes banqueros y financieros, paralelo al aumento de la preocupación por parte de los soberanos y titulares del poder por aumentar la solidez de su sistema de garantías jurídico-políticas, que giran en torno a la figura del *privilegio* (a la que nos referimos en capítulos anteriores y a la que deberemos hacer mención de nuevo, en este mismo capítulo). Sistema de garantías que, a través de la multiplicación de una serie de disposiciones y ordenanzas (verdaderos modelos de política proteccionista), no sólo van a favorecer el desarrollo de la economía, sino que, además, van a comprometer a los gobernantes en la nueva orientación de la misma.

Significativas muestras de la nueva orientación precapitalista, que apunta hacia nuevos horizontes y perspectivas, pueden serlo, por ejemplo, la aparición de las grandes empresas bancarias, de carácter más o menos público (*Casa de San Giorgio*, en Génova; Banco de Venecia; *Taules de Canvi* de Barcelona y Valencia, etc.); el uso ordinario de la letra de cambio y del cheque; la adopción de formas de contabilidad por partida doble; la estructuración de grandes empresas internacionales, mantenidas a través de una tupida y ágil red de delegaciones, agentes y representantes, y articuladas a través de una constante, minuciosa y detallada correspondencia, etc.

En similar plano debe situarse en esta plataforma precapitalista (apta para promocionar toda suerte de innovaciones rentables) la profunda variación de las grandes y tradicionales rutas mercantiles, junto con una verdadera revolución de los medios de transporte, en especial los marítimos. En este sentido, las mismas circunstancias que, en el siglo XIV –por ejemplo–, habían contribuido a cortar las tradicionales rutas caravaneras que unían el mundo del Extremo Oriente con los puertos del Mediterráneo oriental, se vincularían a un proceso irreversible que, paulatinamente, insensiblemente, iría traspasando el centro de gravedad de la vida económica del Mediterráneo al océano Atlántico.

El proceso que debía efectuar tal traspaso del centro de gravedad, insistimos, fue prácticamente imperceptible y no puede separarse de otro igualmente paulatino y difícil de ser captado en la época, que conducía al desplazamiento del peso sociopolítico y económico de la Europa del sur (en definitiva, de la Europa mediterránea) hacia el centro y el norte. En esta línea debe situarse, por ejemplo, el enriquecimiento de las ciudades helvéticas, suabas y de la cuenca del Rin.

Paralelamente, uno de los factores más decisivos para la nueva orientación fue el provocado por la fluida navegación a través del estrecho de Gibraltar, en cualquiera de sus direcciones. Así, mientras del Atlántico y del Cantábrico se bajará al Mediterráneo, por ejemplo, en busca de trigo, bajeles mediterráneos comerciarían cada vez más con el mundo atlántico.

La navegación atlántica, por otra parte, comportaba la exigencia de realizaciones técnicas nuevas. Así, pongamos por caso, las antiguas embarcaciones mediterráneas (que, en general, no desplazaban las cien toneladas) van a encontrarse superadas por la *coca* vasca, las *carracas* y las galeras *da mer-*

Galeras mediterráneas del siglo XVI *(detalle de un fresco en el Palacio del Viso del Marqués, en Ciudad Real). El desplazamiento del comercio hacia el Atlántico redujo el papel marítimo de la galera, navío que no se adaptaba bien al océano.*



cato, que –debido a su gran capacidad de carga (que podía ascender hasta las mil toneladas)– resultaban mucho más apropiadas y mucho más rentables para la navegación y el comercio atlánticos.

Por otra parte, en el inicio de una nueva y apasionante etapa de la historia humana, el océano Atlántico ofrecía extraordinarias y codiciables perspectivas para la búsqueda de nuevos mercados de aprovisionamiento, de nuevas rutas comerciales, de nuevos e inexplorados territorios. El aliciente de la exploración geográfica y de la conquista de ignotos países despertará asimismo las vocaciones marineras de los países ribereños, especialmente de Portugal y de Castilla, que a través de sus primeros tanteos exploratorios y conquistadores (Madera, 1421; Azores y Cabo Verde, 1460; conquista de Canarias, exploración de las costas africanas hasta el golfo de Guinea, etc.) fueron colocando los decisivos hitos que facilitarían muy pronto la colosal y trascendental etapa de los grandes descubrimientos, en la última década del siglo XV y primeras del siglo XVI. Al mismo tiempo, la canalización comercial de nuevas mercancías más o menos exóticas (tales como polvo de oro, goma arábiga, esclavos, periquitos, monos, etc.), canalización promovida por italianos (especialmente genoveses), determinó el auge de puertos ya propiamente atlánticos, como Sevilla, Cádiz y Lisboa. Puertos que, muy pronto, iban a empalmar con la prosperidad de los negocios realizados desde Burdeos, París, Nantes, Brujas, Londres, Amsterdam y Amberes, etc.

Isla de Flores, en las Azores (mapa de las islas de 1587; Palacio Pitti, Florencia). El descubrimiento y conquista de las islas del Atlántico facilitó la canalización comercial de mercancías más o menos exóticas hacia Europa.



Casi insensiblemente fueron confluyendo una serie de factores y variando una serie de actividades y técnicas hasta aparecer el primer capitalismo propiamente dicho. De hecho, a partir de la segunda mitad del siglo XV puede hablarse ya, con plena propiedad, de funcionamiento del capitalismo inicial. En efecto, desde mediados del siglo XV, los fenó-

menos complejos de la vida económica presentan ya un ritmo claramente distinto y renovado, fruto del mismo movimiento, del mismo espíritu inquieto, dinámico e individualista que llena el conjunto de las manifestaciones renacentistas; del mismo ímpetu que engendró el estado de la monarquía autoritaria, en el terreno político; del mismo ímpetu sustentador de una posición individualista y subjetiva y defensor de una ciencia experimental y racionalista, en el campo cultural. Fruto, en fin, del mismo movimiento, que, en religión, abrió un profundo cisma en el conjunto de la mítica y tópica Cristiandad. En efecto, las corrientes mencionadas, en el campo de la economía, inauguraron y promovieron una nueva tipología, un nuevo tipo de actividad económico caracterizado, básicamente, por tres factores esenciales:

1. Actividad económica tipificada por el afán de lucro.
2. Espíritu de empresa.
3. Racionalización creciente de la producción, el comercio y el negocio.

Asimismo debe subrayarse que dicha nueva tipología era, en realidad, la resultante de la fusión de dos espíritus y de dos prácticas distintas. Una fusión aparentemente antinómica y paradójica y cuya plataforma paradójica veremos aparecer siempre a lo largo de toda la historia del capitalismo. Por una parte, nos encontramos con el dinamismo, el sentido renovador y arriesgado del espíritu de empresa, conquista y lucro, propio de la espiritualidad y manera de ser renacentista. Por otra –y encajando en realidad perfectamente–, se observa el mantenimiento del antiguo espíritu de conservación de lo ya obtenido; del espíritu de garantías, privilegio y ordenancismo que hemos señalado como características básicas de la actividad burguesa en la baja Edad Media.

Precisamente cuando ambos tipos de factores se integren en una unidad común y

Muelle del puerto de Bristol (Inglaterra), según un anónimo del siglo XVIII (Galería de Arte, Bristol). Esta es una de las ciudades inglesas que primero promocionaron la industria textil. Para ello hizo falta inhibirse de las fórmulas antiguas y buscar, con absoluta libertad de iniciativa, nuevos cauces para aumentar las ganancias.



Carraca utilizada para el transporte de tropas en la campaña de Túnez del emperador Carlos V (detalle de uno de los tapices de la "Campaña de Túnez" conservados en el Alcázar de Sevilla). Este tipo de buque, que ya se empleaba en la Edad Media en el Mediterráneo, daría origen en el Atlántico al galeón, la nave de transporte por excelencia del comercio atlántico.



–además– se pase a organizar el intercambio y elaboración de productos de una nueva y peculiar forma, entonces puede hablarse ya de la clara aparición y definición del fenómeno capitalista.

La organización nueva del intercambio y elaboración de los productos se efectuará ahora de tal manera que, de grado o por fuerza, colaboran (diferenciadamente) en el mercado dos grupos (dos grandes sectores) distintos de la población:

Por una parte, el núcleo que posee (que es propietario de) los medios de producción.

Por otra, el sector (el más numeroso) que suministra el trabajo.

Tal colaboración y acción, en el nuevo marco de la organización de la producción, se encuentra enmarcada y dirigida por las severas reglas del racionalismo económico, dibujando un mecanismo típico, de gran importancia y trascendencia histórica, cuyo funcionamiento y evaluación deberemos analizar en diversas ocasiones a lo largo del presente trabajo.

Con respecto a cuáles fueron los factores que en mayor grado influyeron y dinamizaron dicha transformación de la economía precapitalista en capitalista se ha venido discutiendo mucho. Y, sin duda, una de las cuestiones más polémicas es la referente a la *acumulación del capital* en manos de grandes empresarios y comerciantes.

Evidentemente, sin dicha acumulación no podría explicarse la aparición de la economía capitalista y por ello interesa saber a fondo cómo se produjo. Para ello deben tenerse en cuenta principalmente una serie de fuentes de riqueza tales como la acumulación de los beneficios comerciales efectuados a lo largo de la baja Edad Media; la acumulación de las rentas procedentes de la explotación de fincas rústicas y urbanas; los lucrativísimos resultados del préstamo a interés; la intervención de los grandes mercaderes y financieros en la recaudación de impuestos (pontificios, reales, principescos, etc.); la rentabilísima explotación de diversos filones metalíferos, etc.

Por otra parte, reconocida, por ejemplo, la evidente y fundamental importancia de la acumulación de beneficios comerciales, es preciso, para comprender el problema de las raíces del capitalismo, centrar la atención en realidades nuevas, presentadas y planteadas por otros factores que serán los que, precisamente, otorgarán a la nueva fenomenología capitalista sus facetas más características.

Así, pongamos por caso, es interesante comprobar cómo la fusión de elementos antiguos y nuevos (medievales y modernos, estáticos y dinámicos) –que hemos situado en el marco de una dialéctica permanente del capitalismo, en donde coexistirán el más abierto y lanzado sentido del riesgo y de la renovación con el más cerrado espíritu conservador y el más mezquino afán de seguridad– presenta una de las características más significativas en el funcionamiento de las explotaciones de metales preciosos, apoyadas en la garantía y la autoridad del privilegio.

En efecto, la continuidad de este factor sigue siendo el eje de la vida económica y



Cádiz en el siglo XVI, según "Illustriorum Hispaniae urbis" (Biblioteca Nacional, Madrid). La ruptura de las rutas caravaneras de Extremo Oriente con los puertos del Mediterráneo oriental iría traspasando la vida económica de este mar al océano Atlántico, lo cual determinaría el auge de los puertos atlánticos.

Vendimia en las cercanías de una ciudad medieval a finales del siglo XV (miniatura del Breviario Grimani; Biblioteca de San Marcos, Venecia). A mediados de este siglo, el proceso económico del capitalismo inicial se aceleró para culminar durante los siglos siguientes en el capitalismo moderno. Para ello hizo falta la colaboración del propietario con la mano de obra del campesinado.



se encuentra indisolublemente vinculado al desarrollo del primer capitalismo. En este sentido, el privilegio sigue siendo la medida del progreso económico: ninguna nueva industria, ninguna nueva actividad, puede manifestarse sin estar reconocida y debidamente autorizada. Al mismo tiempo, la complicación creciente de las actividades económicas favorecería la "normalización" mencionada, a la vez que la abundancia de metales preciosos animaría el mundo de los negocios e interesaría al poder público en su funcionamiento.

En este sentido, tal como antes hemos apuntado, la transformación de la economía se encontró acelerada decisivamente por el descubrimiento y explotación (a mediados del siglo XV) de una serie de ricos filones argentíferos en el centro de Europa, sobre todo en Alemania, Tirol, Bohemia y Hungría. El rendimiento de dichas minas fue fabuloso y, como resultado del mismo, la circulación monetaria (que desde el siglo XIII se encontraba francamente restringida a causa de la exportación de metales finos a Oriente, por el comercio de Levante) experimentó un brusco desarrollo, que –a su vez, y lógicamente– comportó un considerable aumento

Modas de finales del siglo XV, representadas en una miniatura del Breviario Grimani (Biblioteca de San Marcos, Venecia).



Paisaje con san Humberto, por Jan Mostaert (colección Frans Meulens, Bruselas). En la indumentaria del santo y del caballero podemos apreciar la moda masculina del siglo XVI en los países del centro de Europa, núcleo de los cambios profesionales y económicos que empiezan a mediados del siglo XV.

Soldado alemán del siglo XVI, por Durero (Pinacoteca de Munich). El mantenimiento de los ejércitos permanentes requería partidas dinerarias importantísimas del primer capitalismo.



en los precios, que habían sufrido una disminución desde mediados del siglo XIV. Estos fenómenos iban a plantear muy pronto una serie de problemas económicos y sociales que tipificarán parte del desarrollo de la primera etapa capitalista y que se encontraron gravemente (y decisivamente) potenciados, en el siglo XVI, con la llegada de las grandes masas de plata y oro de las colonias españolas en América.

Las referencias al papel del privilegio en la explotación de los metales preciosos nos introducen en el tema de la importancia decisiva del factor privilegio en el desarrollo del primer capitalismo. Al propio tiempo, debe señalarse que la institución del privilegio se extiende prodigiosamente y se consolida al socaire del mismo crecimiento capitalista. Dicha relación es básica para comprender la sociedad y la economía modernas, de tal modo que constituye una de las claves mismas de los tiempos modernos. La creciente y complicada actividad capitalista de empresarios, mercaderes y especuladores requería, por ejemplo, grandes garantías y la seguridad de que el soberano (y los instrumentos de autoridad de la época) aseguraría continuamente y respaldaría las nuevas y diversas formas de adquisición de riqueza en manos de determinadas y poderosísimas minorías.

En el seno de este amplio marco general se desarrollaron distintas líneas que condujeron a la tipificación del primer capitalismo. Así, consecuencia inmediata del aumento de circulación monetaria fue el hecho de provocar una coyuntura favorable para las transacciones mercantiles, al propio tiempo que –en el desarrollo y tipificación capitalista– intervino la misma plataforma de autoridad que debía garantizar el funcionamiento eficaz del sistema privilegiado.

Lógicamente, la coyuntura favorable en el mercado tuvo su raíz decisiva en la ampliación de la demanda como derivación de las mismas fuentes de riqueza que hemos señalado y del aumento de moneda citado. Como consecuencia, y también como consecuencia del refinamiento en las costumbres introducido por las modas renacentistas, el consumo de los productos de lujo adquirió unas proporciones y una magnitud hasta entonces desconocidas.



De hecho, nos encontramos ante un complejo juego de relación entre lujo y capitalismo, de indudable importancia en el desarrollo de este último. Las grandes cortes de la época (pontificias, reales, principescas) se lanzaron a un pugilato en el que rivalizaron en gastos lujosos de todo tipo: mobiliario, vestuario, mesa, decoración, etc., de tal forma que los presupuestos destinados a tales fines crecieron de modo prácticamente fabuloso.

El lujo cortesano, a su vez, fue imitado por los sectores más pudientes de la sociedad, especialmente por los poderosos burgueses "nuevos ricos" del tipo de Jacques Coeur, que se complacían en hacer alarde de su capacidad de poder gastar fabulosas sumas de dinero. Como muestra de ello, es conocido, por ejemplo, el hecho de que Coeur (a mediados del siglo XV) poseía diez fastuosos palacios y mantenía un tren de vida tan fantástico, que prácticamente superaba al de la corte real. Asimismo, el mimetismo creado en torno a los fenómenos anteriores promovió una serie de esfuerzos en favor de manifestaciones de lujo y ostentación por parte de diversos sectores más o menos acomodados.

De manera especial, las ciudades, los grandes centros urbanos de la época, aumentaban día a día su demanda de productos, al propio tiempo que patentizaban su importancia demográfica (en la segunda mitad del siglo XV existían en Europa 14 ciudades con una población superior a los 100.000 habitantes). Sucesivamente, los núcleos urba-

Escena de caza y comida campestre en la corte de Juan Sin Miedo de Borgoña (Musée de Versailles). Obsérvese el lujo de las vestimentas, factor muy importante en el desarrollo capitalista.



DESARROLLO CAPITALISTA Y EVOLUCION MONARQUICA

En el XI Congreso de Ciencias Económicas, de Estocolmo (1960), se comentó un *rapport* de J. Vicens Vives referente a la estructura administrativa estatal en los siglos XVI y XVII, en el que señalaba que en la Europa agraria del Renacimiento y del Barroco (incluso en aquellas monarquías occidentales donde aparecen algunas concentraciones capitalistas, comerciales o industriales) la autoridad se estratifica por lo menos en tres zonas, subrayando que "el tercer estrato corresponde al propio nivel principesco y refleja la mentalidad de los grupos administrativos (no siempre idóneos con la evolución del principio de la monarquía absoluta)". Unos grupos de los que se sirve el poder para practicar su política, dibujando una dinámica que no representa un progreso constante: "Hay altibajos y retrocesos importantes. Ello depende —escribía— de la posibilidad en que se halla la monarquía de solventar las contradicciones económicas, sociales y políticas... Ningún caso más ejemplar que la contradicción interna de la monarquía española del siglo XVI, basada en la máxima concentración de poder en la cúspide y en la mínima irradiación del mismo hacia la base".

Por otra parte, autores como Morazé habían planteado la cuestión algunos años antes en términos análogos, precisando asimismo algunos matices interesantes a dicho respecto: "La realeza, aliada natural de los burgueses activos e industriosos, sostiene sus empresas y les concede a su vez garantías... Así, en esta época el crédito inseparable de toda actividad comercial no es crédito monetario, sino más bien un crédito político y religioso. Es un acto de fe hacia la autoridad, más bien que hacia la riqueza. Por ello llamaremos a este régimen económico el régimen del privilegio". Dicho régimen privilegiado se prolongó, como es sabido, hasta finales del siglo XVIII. Se trata, pues, de algo que tiene una importancia excepcional: el privilegio, en definitiva, es la medida del progreso, de modo que ninguna nueva industria, ninguna nueva actividad, podía realizarse sin estar reconocida y debidamente autorizada. Ello representaba un enorme trabajo administrativo que costaba caro y no bastaba para su mantenimiento el antiguo sistema de ingresos señoriales, al propio tiempo que la evolución, por ejemplo, de las necesidades de la guerra abrieron el camino al impuesto permanente que proporcionaría la plataforma esencial de los recursos estatales. Con referencia a esta evolución financiera de la monarquía, ha subrayado Morazé que "las prácticas presupuestarias se fijan poco a poco, y a medida que el Estado halle más fácilmente el medio de equilibrar sus ingresos y sus gastos le será menos necesario proceder a modificaciones de la ley de la moneda. El tipo del interés disminuye, estimulando el brillante renacer de la prosperidad económica; el aumento de la circulación monetaria, provocado por la gran abundancia de metales preciosos que España extrae del Nuevo Mundo, distribuyéndolos por Europa, anima a su vez el negocio, que se convierte, bajo el impulso de ambos factores, en uno de los principales recursos del reino".

Todos estos factores conducen a reafirmar una tesis fundamental para la comprensión de la formación y el desarrollo del capitalismo, que debe ser planteada abiertamente. En primer lugar, debe desvanecerse un malentendido. Así, se ha hablado con demasiada frecuencia de la oposición entre el período medieval, era de las transformaciones lentas, y el período moderno, caracterizado por las revoluciones económicas. En realidad, no existe ninguna solución de continuidad entre la época medieval y la época moderna. En este sentido, se ha afirmado taxativamente: "Hasta el siglo XVIII, todos los negociantes... quieren, sobre todo, asegurarse una posición ventajosa y tienen plena conciencia de que disponer de una fortuna no basta para hacer duradera una situación. Por ello desean hacer intervenir en sus negocios a la autoridad real, que les garantizará una mayor seguridad... Esta inquietud del espíritu comercial contribuye, desde luego, al robustecimiento de la autoridad real, que tiende poco a poco a convertirse en el árbitro de toda la organización económica". Una autoridad creciente que representa, por otra parte, un límite a la influencia transformante de las técnicas y de la moneda, ya que —por ejemplo— el perfeccionamiento que pueda aportar a su trabajo e, incluso, la propia riqueza del artesano no son suficientes para asegurar un éxito mientras no haya recibido la consagración por parte de la autoridad soberana. Por ello se ha escrito que la ley y la autoridad continuaron (en el siglo XVII y también en el XVIII) siendo un factor esencial del progreso económico.



Mostrando un claro ejemplo de la estrecha trabazón entre el desarrollo capitalista y la evolución, pueden aducirse, por ejemplo, trabajos como los de Max Weber, que escribió: "La intendencia del ejército se convirtió en cliente de la industria a medida que fueron desarrollándose los grandes ejércitos mercenarios, siendo el desarrollo de estos suministros tanto mayor cuanto más progresaba la disciplina militar y la racionalización del armamento, así como la técnica de los ejércitos. En la industria textil resultó decisivo el suministro de uniformes...; para la industria siderúrgica fue, a su vez, importantísima la fabricación de fusiles y cañones, así como para el comercio, los suministros de vituallas. Junto al ejército fue desarrollándose también la marina"...

El proceso de relación entre la acción monárquica y el desarrollo capitalista es, pues, evidente. Así, siguiendo la línea de exposición de Weber, es posible —por ejemplo— comprobar como el desplazamiento cada vez mayor de los buques de guerra fue uno de los factores que contribuyeron a la creación de un mercado para la industria, ya que mientras en los barcos mercantes el tonelaje se modificó relativamente poco hasta fines del siglo XVIII, y todavía en 1750 la mayoría de buques mercantes que arribaban a Londres desplazaban un promedio de 140 toneladas, en el mismo siglo XVI fueron frecuentes los barcos de guerra que llegaron a tener hasta 1.000 toneladas de desplazamiento, siendo dicho tonelaje normal en el siglo XVIII. Más aún: "Las necesidades de la marina como las del ejército —escribió Weber— crecieron todavía más con el incremento y la extensión de los viajes realizados por los barcos de guerra (también de los mercantes), especialmente desde el siglo XVI; si hasta entonces la duración del viaje a Levante era usualmente de un año, los barcos en lo sucesivo permanecieron más tiempo en el mar; la extensión simultánea de las expediciones por tierra hizo necesario el abastecimiento con viandas, municiones, etc.; finalmente, aumentó desde el siglo XVII la rapidez en la construcción de naves y armas de fuego"...

En resumen, una variada y compleja gama de interrelaciones, influencias, dependencias, intereses y presiones hizo posible —durante más de dos siglos— un importante proceso de crecimiento (con factores paralelos), en el seno del cual se observa fácilmente como el desarrollo del capitalismo mercantil fortaleció el auge del poder monárquico, al propio tiempo que el aumento constante y decidido de la autoridad monárquica repercutía directamente (y provechosamente) en la expansión capitalista.

A. J.



Interior de una cámara mortuoria ("Dormición de la Virgen", por Antonio da Fabriano; Pinacoteca de Fabriano, Italia).

nos acrecentaron la demanda de productos alimenticios (tanto del país como exóticos), así como de productos refinados, etc., al mismo tiempo que se elaboraba entre los sectores acomodados un nuevo estilo de vida, en el que los productos superficiales y accesorios iban adquiriendo categoría de necesarios.

En esta misma plataforma, la evolución y complicación de la monarquía autoritaria contribuía a dinamizar a su vez el juego capitalista. La nueva organización era cada vez más cara, exigiendo para su eficaz sostenimiento cuantosísimas (y cada vez mayores) sumas de dinero. El rey, el príncipe, en suma el titular de la soberanía, para poder ejercer y mantener efectivamente su autoridad debía servirse de una serie de instrumentos, especialmente del ejército permanente y de la burocracia. Como es lógico (y dejando ahora al margen consideraciones en torno a las relaciones entre el desarrollo y evolución de los factores guerreros en esta época y el desarrollo del capitalismo inicial), el mantenimiento de los ejércitos permanentes y el pago de los sueldos devengados por una burocracia cada día más numerosa representaban —en la práctica— partidas dinerarias importantísimas, cuya realización lógicamente debía tener una repercusión trascendental en la evolución general del panorama económico del primer capitalismo.

En resumen, con el propósito de sintetizar y plantear el marco global de una fenomenología histórica de importancia fundamental, se ha señalado acertadamente que el desarrollo del gran Renacimiento, la posibilidad de una difusión cultural del renacentismo y del humanismo a gran escala, con sus



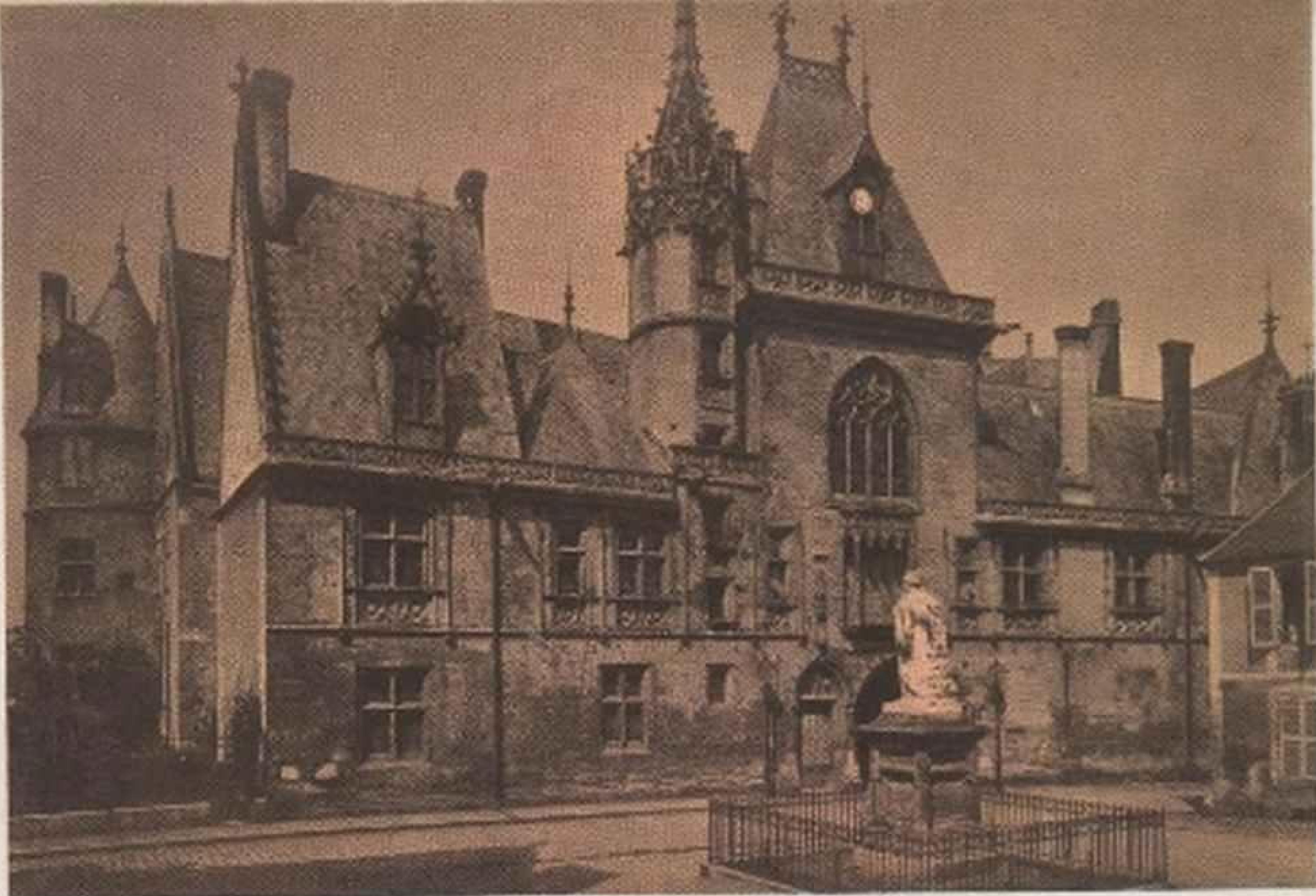
Comida en un palacio real ("Santo Tomás de Aquino comiendo con san Luis, rey de Francia", por Niklaus Manuel; Kunstmuseum, Basilea). El mobiliario, la decoración y el vestuario aquí representados exigieron gastos cuantiosos, que movilizaron muchísimo dinero.

diversas manifestaciones externas (palacios, iglesias, pinturas, esculturas, orfebrería, apoyo a intelectuales y artistas, etc.), fue posible gracias al fantástico enriquecimiento experimentado por diversos núcleos sociales de Europa a partir de la segunda mitad del siglo XV. Un enriquecimiento acrecido, de manera esencial, por la fabulosa aportación de los grandes descubrimientos geográficos, en especial por el descubrimiento de América. Y en este sentido hemos apuntado que el empuje experimentado por la actividad económica (impulsada por el creciente desarrollo del capitalismo inicial) se encontró, muy pronto, extraordinariamente acelerado por el gigantesco tirón provocado por la afluencia de las riquezas obtenidas en los nuevos países, sobre todo a partir de 1530, cuando, a través de España, empezaron a llegar masivamente a Europa los tesoros acumulados primero por los antiguos imperios indígenas (azteca e inca, principalmente) y, después, los frutos de la intensiva explotación de las minas argentíferas de México y el Perú.

Tal como muy bien se ha estudiado, la afluencia masiva de dichos metales preciosos causó un impacto tan intenso que en pocos años aceleró y alteró la vida económica de Europa occidental, la cual entró en un complicado período de brutal revolución de los precios, constituyendo una dramática etapa histórica en la cual –por vez primera– un importante sector de la sociedad humana iba a enfrentarse, sobrecogido, con uno de los fenómenos del capitalismo: el problema de la *inflación*.

Evidentemente, buena parte de la fenomenología de los tiempos modernos se encuentra vinculada a la aventura económica del

Palacio de Jacques Coeur en Bourges. Este financiero francés, que, como otros de diversos países, se complacía en hacer alarde de sus gastos, llegó a poseer diez palacios de este tipo. Su tren de vida superaba al del propio rey de Francia.



afrontamiento de la inflación y de la revolución de los precios que acabamos de apuntar. En primer lugar debe destacarse que la etapa de expansión y de euforia económica provocada por la afluencia masiva de los tesoros americanos duró hasta 1610, aproximadamente. Ello influyó –de manera sensible y determinante– en la orientación y realización de las actividades comerciales, marítimas y financieras, siendo preciso, por ejemplo, construir flotas capaces que regularmente, desde Europa, se desplazaron a América y a Asia. Fue necesario, asimismo, adelantar importantes sumas de dinero para la financiación de los viajes, para adquirir géneros para la ida y para comprar las mercancías a la vuelta, etc. En resumen, la economía capitalista con tal ímpetu y con tales fenómenos recibió

EL DESARROLLO DEL CAPITALISMO Y SUS INCIDENCIAS SOBRE EL MUNDO COLONIAL



Detalle de un muelle veneciano (pormenor del "Embarco del Dux", de Bassano; Museo del Prado, Madrid). Apréciese la extraordinaria actividad del primer término, debida al gran aumento de la demanda de vituallas originada por el crecimiento de la población y su concentración en las ciudades.

un empuje y una orientación aún más definitivos y característicos.

Es decir, sólo los grandes capitalistas, herederos y continuadores de los hombres de negocios y de empresas del siglo XV, tenían capacidad financiera suficiente para hacer frente a las nuevas inversiones. Sólo ellos podían sostener el nuevo choque con la inflación y la revolución de los precios. De esta forma, pues, la economía y la sociedad de Occidente se adentraban por rutas extraordinariamente significativas y determinantes. En dicha coyuntura, por ejemplo, se acabó de perfilar el papel fundamental de las finanzas en la actividad general de cualquier sociedad y así vemos como los banqueros alemanes –Fugger, Welser– y genoveses aseguraron a España y Portugal, hasta mediados del siglo XVI, la financiación de sus empresas coloniales, siendo sustituidos después por los flamencos, que demostraron su gran capacidad al crear en Amberes la primera capitalidad financiera del mundo moderno.

En efecto, en la mencionada ciudad de Amberes se constituyó la primera gran *Bolsa* moderna de mercancías (1531), representando el punto culminante de las evoluciones sufridas por las antiguas grandes ferias internacionales, especializadas, de Europa occidental. Asimismo, en Amberes se puso en marcha una compleja e importantísima organización financiera, que mantenía –por otra parte– estrecha relación con los poderosos burgueses castellanos establecidos en torno a Medina del Campo (y vinculados al gran tráfico internacional de la lana merina).

En esta perspectiva –y situando la clave de fundamentales cuestiones históricas–, es preciso insistir en el hecho de que el eje fi-



Pieza de orfebrería mixteca (Museo Nacional de Antropología, México). La masiva aportación de metales preciosos procedentes de América contribuyó al gran auge de la actividad económica mundial.



La mina, por Hendrik Met de Bies (Galleria degli Uffizi, Florencia). Junto con los negocios mercantiles, fue la minería uno de los factores esenciales en el desarrollo del capitalismo.

nanciero Amberes-Medina (en estrecho contacto, asimismo, con Sevilla) desempeñó un papel básico en la colonización de la América hispana, al propio tiempo que constituyó un mecanismo capital para la configuración de las nuevas orientaciones del desarrollo mercantil e industrial del centro y del norte de Europa, incluidos los propios países bálticos. Como fácilmente puede comprenderse, el mencionado eje Amberes-Medina (comprometido en demasía con la política imperialista de Felipe II) debía entrar en crisis bastante pronto. Y así ocurrió alrededor del año 1575, dejando paso –y ello es muy significativo– a la configuración de la larga etapa de predominio de la ciudad de Amsterdam, en el corazón de las Provincias Unidas, protestantes y abiertamente decididas a liberarse de la ocupación española.

Señalado el hecho clave de que la expansión económica del siglo XVI tuvo, como ha podido apreciarse, un signo fundamentalmente mercantil y financiero, es preciso insistir en la interrelación de diversos factores y en el hecho de que el desarrollo del comercio y de las finanzas influyó en el incremento de la actividad de otras ramas económicas y que diversos sectores de la industria y de la economía experimentaron una movilización importante en esta etapa.

Por otra parte, sin embargo, es preciso (prosiguiendo las referencias a las repercusiones negativas de la inflación y la revolución de los precios) situar el reverso de la medalla. En primer lugar, respecto a diversas realidades agrícolas e industriales es preciso efectuar algunas matizaciones sustanciales, que ayudarán a comprender adecuadamente fenómenos posteriores. Así, por ejemplo, si bien es cierto que, a mediados del siglo XVI, la economía agraria de los países mediterráneos pudo recuperarse respecto a etapas anteriores, un nuevo descenso demográfico y –de manera especial– el comienzo, muy pronto, de un largo período de aridez acabaron con dicha recuperación y ejercieron, como es lógico, una influencia decisiva en la nueva orientación de la agricultura europea: Sicilia dejó de ser el clásico granero mediterráneo y empezó el predominio europeo de los cereales provenientes de Alemania, Polonia y Rusia.

Paralelamente, con referencia a las actividades artesanas e industriales, si bien las crecientes necesidades derivadas de la complicación del negocio colonial dieron paso, al iniciarse la segunda mitad del siglo XVI, a una gran actividad productora en Castilla e Italia, muy pronto se acusaría la fuerza, decisiva e irreversible, de la nueva orientación atlántica y septentrional de la coyuntura histórica, de forma que muy pronto dicha actividad castellana e italiana se mostró pasajera, mientras que –al finalizar la centuria– Flandes, Holanda, Francia e Inglaterra seguían dominando la industria europea. Quedó así ratificada una línea de declive mediterráneo, que sufrió una inflexión definitiva a partir del momento en que el viaje de Vasco de Gama a la India señaló el comienzo del desplazamiento de la vieja ruta de la pimienta, controlada hasta entonces por los venecianos.

El análisis propuesto debe abordar ahora el reverso de la medalla, profundizando en los efectos negativos del impacto de los metales preciosos, la inflación y revolución de los precios. Centrando debidamente la cuestión, es preciso destacar, en primer lugar, que la expansión capitalista –además de in-

fluir de manera decisiva en la orientación empresarial y las formas de organización del trabajo– desempeñó, a través de las repercusiones del movimiento de alza de precios, a lo largo del siglo XVI, un destacado papel social.

Entre otros efectos, por ejemplo, quebrantó la relativa fuerza de la nobleza de segunda categoría (hidalgos, caballeros, *donzells*, etc.), al propio tiempo que redujo a la miseria a la mayoría de los artesanos y sometió a los campesinos a una segunda servidumbre de la gleba. Incluso los maestros de los gremios y corporaciones más acreditados se vieron gravemente afectados por los resultados negativos de la inflación, que favorecía tan sólo a las minorías más privilegiadas de la sociedad europea, de forma que (tal como sucedió en España) los grandes señores terratenientes se enriquecieron aún más con respecto a etapas anteriores, al tiempo que los grandes empresarios capitalistas y los miembros más acomodados de las burguesías mercantiles y financieras, relacionados –más o menos directamente– con el estado, el ejército y la burocracia, amasaban grandes fortunas.

Estos datos permiten introducirnos en el eje de una fenomenología clave en la historia general europea del siglo XVI: la misma que da una dimensión socioeconómica importante a las convulsiones de la Reforma y las luchas religiosas. En efecto, la acumulación de hechos negativos desencadenados desde la segunda mitad del siglo XV iba a endurecer y a agravar problemas que aparentemente sólo tenían una base teológica y mística. Así, como es sabido, la ruina de los nobles de segunda categoría había de proporcionar al movimiento de la Reforma uno de los cuadros iniciales más sólidos, característicos y combativos, ya que los caballeros alemanes, los *hoberaux* franceses, la *gentry* inglesa, etc., abrazaron en masa las confesiones evangélicas y análogas, entre otros motivos por la posibilidad de reclamar las tierras eclesiásticas. Gracias a este hecho surgieron las poderosas fuerzas militares del protestantismo (tropas de la Liga de Esmalcalda, etc., o de los "hugonotes", etc.) y fue posible que se consolidaran las perspectivas políticas del movimiento reformista.

Sólo en España (y aun difícilmente, y para ello el texto de *El Lazarillo de Termes* constituye un documento testimonial de primer or-



Pareja de campesinos alemanes de 1525, según un grabado de Urs Graf (Kunstmuseum, Basilea). La transformación económica del capitalismo inicial, que contribuiría a la Reforma, provocó una revuelta de campesinos alemanes que fue vencida por los príncipes, quienes organizaron las cuestiones del agro de modo que condujo a aquéllos a una nueva servidumbre de la gleba.



Vista lateral de la catedral de Amberes (Bélgica). En esta ciudad se constituyó, en 1531, la primera gran Bolsa moderna de mercancías.

EL CRECIMIENTO CAPITALISTA Y LA CONFIGURACION DEL LIBERALISMO EUROPEO

Con gran visión de la fenomenología que (durante una larga y compleja etapa de la modernidad) afectó a las nuevas mentalidades occidentales y a la evolución general de la sociedad y la economía, autores como Morazé han hablado de la configuración de la nueva noción de "libertad" en el ámbito de la vida de los negocios y, en este sentido, se ha señalado, por ejemplo: "En 1661 los comerciantes de París escribían al ministro (Colbert) que sus vecinos los holandeses sabían por experiencia que la libertad concedida a las mercancías o a las personas hacía florecer el comercio". En esta línea, la crítica del sistema corporativo y del monopolio fue transformando, a su vez, la estructura misma de la vida económica. En materia económica, en efecto, la autoridad poco a poco dejó de basarse en el privilegio real para apoyarse en la competencia de los técnicos y los comerciantes. Esta idea de libertad se extendió no sólo entre los medios filosóficos, sino que llegó también a los ministerios. Poco a poco, el progreso sólo pudo ya concebirse como libertad económica. "Desde luego —escribirá Morazé—, los privilegiados se defendieron y todavía se impusieron a sus adversarios... El siglo XVIII es la época de lucha entre el conjunto de los antiguos privilegios y la idea de que la autoridad en materia económica debe ser independiente de la autoridad política y descansar sobre el valor de las actividades humanas".

Paralelamente, señalarán otros autores, como H. J. Laski, que el liberalismo, "aún en su triunfo, no aparece como un cuerpo de doctrina o práctica netamente logrado... Quiso reivindicar el derecho del individuo a labrar su propio destino, sin miramiento para ninguna autoridad externa que pretendiese limitar sus posibilidades; pero se encontró con que tal propósito llevaba consigo un desafío implícito de la comunidad a la soberanía. Buscó salida contra todas las trabas que la ley imponía al derecho de acumular la propiedad, y tropezó con que este derecho llevaba en su seno, como agente autodestructor, el fomento de toda una clase proletaria". Fenómenos todos ellos que conducen a preguntarse en qué consiste el liberalismo. En este sentido debe subrayarse que el condicionante base que produjo el liberalismo fue la aparición de una nueva sociedad económica hacia el final de la Edad Media, al propio tiempo que aparece claro que el individuo a quien el liberalismo ha tratado de proteger es aquel que, dentro de su cuadro social, es siempre libre para comprar su libertad..., "pero ha sido siempre —dirá Laski— una minoría de la humanidad el número de los que tienen los recursos para hacer esa compra. Puede decirse, en suma, que la idea de liberalismo está históricamente trabada, y esto de modo ineludible, con la posesión de la propiedad".

Efectuadas las anteriores precisiones en torno al alcance y la situación del credo o de la ideología liberal, que empalman con los conceptos de libertad económica y auge de la propiedad, apuntados anteriormente, aparece claro un proceso de crecimiento innegable, de tal modo que al pasar del siglo XV al XVI, y más todavía al XVII, núcleos cada vez más amplios de hombres ven ampliarse los horizontes y las posibilidades de creación; aumenta el reconocimiento de la dignidad inherente a la persona humana; crece la indignación frente a los dolores inútiles que antes se le infligían; crece también el amor a la verdad por sí misma y el propósito de experimentación al servicio de dicha verdad; siendo patrimonio todo ello de una herencia social que, sin ellos, hoy aparecería muy menguada. En esta perspectiva, autores como Laski precisarán asimismo: "El liberalismo surgió como una nueva ideología destinada a colmar las necesidades de un mundo nuevo... Tengamos en cuenta los descubrimientos geográficos; luego, la ruina de la economía feudal, y después, el establecimiento de nuevas Iglesias que no reconocen ya la supremacía de Roma; la revolución científica que trastorna las perspectivas mentales; el volumen creciente de los inventos técnicos, que es causa de nuevas riquezas y aumentos de la población... Sobrevienen las hazañas colonizadoras de España y Portugal, primero, y luego de Francia e Inglaterra, y de aquí brotan nuevos hábitos y esperanzas. Estos hábitos y esperanzas entran en conflicto con las ideas y prácticas tradicionales, remodelándolas a tal punto a lo largo de tres centurias, que los rasgos característicos de la sociedad difícilmente serían ahora reconocibles para un observador de la Edad Media".

Nos encontramos, pues, ante un fundamental proceso, que —en líneas generales— coincide con lo apuntado por alguno de los grandes renovadores de la historiografía española, como es el caso de J. Vicens Vives. En este sentido, es menester destacar, una vez más, que la sociedad de los tiempos modernos es ya una sociedad diferente, y que sabe que es diferente. Está dotada de un sentido de expansión antes desconocido, posee un aliento especial, una ilusión, que serán prendas de una humanidad que se siente lanzada a una reconstrucción de sus cimientos sociales. Ahora bien, ¿cuál era la esencia de esta nueva sociedad? "Ante todo —escribe Laski—, según creo, su redefinición de las relaciones de producción entre los hombres... El espíritu capitalista comienza a adueñarse de los hombres hacia fines del siglo XV. ¿Y qué significa esto? Pues nada menos que el objeto principal de la acción humana era la búsqueda de riqueza".

Ha surgido un elemento nuevo: mientras para la Edad Media la idea de adquirir riquezas se encontraba limitada por un conjunto de reglas morales impuestas por la autoridad religiosa, en adelante tales normas y las instituciones, hábitos e ideas de ellos derivados se consideran improcedentes. Son juzgados como restricciones. Se los elude, se los critica, se les abandona francamente, porque sólo sirven para obstaculizar el aprovechamiento de los medios de producción. Hacen falta, por tanto, nuevas concepciones que legitimen las nuevas oportunidades de riqueza que se han ido descubriendo poco a poco en las épocas precedentes, y la doctrina liberal acabará siendo la justificación filosófica de dichas concepciones.

Las referencias anteriores apuntan, por otra parte, a una cuestión fundamental en la historia del capitalismo y en la creación de la plataforma que haría posible el éxito final de la revolución burguesa. Nos referimos a la coincidencia, en un momento dado, de los objetivos de los capitalistas con los anhelos de los intelectuales. Así, mientras, por una parte, se ha señalado —caso de Brinton— que "es importante y algo embarazosa... la posición general de los intelectuales en nuestra sociedad occidental a partir de la Edad Media", por otra, los nuevos horizontes que, a lo largo de los tiempos modernos, se irían configurando acabarían por decidir a los burgueses capitalistas a adoptar el liberalismo de los "filósofos" como ideología esencial para su triunfo completo y final.

A. J.



den) conseguirían los nobles de segundo grado superar su crisis, sin dejar –por otra parte– de mantener realidades tan negativas como la del hundimiento de la nobleza catalana que (con la excusa de las discusiones entre *cadells* y *nyerros*) pasó a animar el bandolerismo endémico que durante dos siglos desangró al Principado.

Los míseros *hidalgos* castellanos fueron los únicos en encontrar fórmulas de posible solución de su problemática –con manifestaciones de rebeldía o rebelión tan características como el movimiento de las *Comunidades*– gracias a la emigración al Nuevo Mundo (atraídos por el espejuelo y el reclamo de un amplio panorama de aventuras y de riquezas) o a través del recurso paralelo, consistente en enrolarse en los ejércitos ejecutores, en Europa, de la política imperialista de Carlos V y de Felipe II.

Por otra parte, movimientos mediterráneos hispanos, como el de las *Germanías*, distintos evidentemente de la rebelión nobiliaria castellana, deben ser estudiados en relación con la oleada convulsiva de reacciones de los más distintos sectores sociales (al margen de la ínfima minoría de grandes privilegiados) que se agitaron como resultado de los efectos negativos del alza del coste de vida y de la revolución de los precios.

Complementando estas breves referencias socioeconómicas –y volviendo de nuevo al análisis de los sectores sociales que más decisivamente configuraron los cuadros protestantes– no puede olvidarse que, por motivos muy concretos y comprensibles, los núcleos más radicales del protestantismo se reclutaron entre los pequeños burgueses y artesanos centroeuropeos que –por ejemplo–, en Alemania, Suiza, Países Bajos y regiones renanas, constituyeron la plataforma social básica del movimiento *anabaptista*, que predicaba el reparto de los bienes conforme a los preceptos del Antiguo Testamento. Es-

El puerto de Sevilla en el siglo XVI (detalle del cuadro "Vista del Guadalquivir y Sevilla", atribuido a Sánchez Coello; Museo de América, Madrid). El eje Amberes-Medina del Campo-Sevilla desempeñó un papel básico en la colonización de la América hispana.



las mismas doctrinas revisionistas sirvieron también de punto de apoyo fundamental para la ideología combativa que animó la rebelión de los campesinos alemanes en 1521.

No obstante –como es sabido–, el movimiento de revuelta rural fue finalmente vencido por los príncipes (grandes beneficiarios de la inflación, según hemos apuntado antes, así como de las secularizaciones eclesiásticas), quienes consolidaron –desde el Vístula hasta el Rin– una opresiva organización agraria, tipificada por una segunda servidumbre de la gleba.

En resumen, complicadas por las consecuencias socioeconómicas del impacto de los metales preciosos y la subsiguiente revolución de los precios, las innovaciones económicas y el crecimiento del capitalismo no significaron un hundimiento del feudalismo en su aspecto social, que –en este terreno– salió más bien fortalecido de la prueba, posibilitando la coexistencia de factores y realidades antiguas y modernas en el seno de un concreto orden social, político y económico, centrado en torno de la fenomenología del desarrollo de las ideas y las realizaciones de la monarquía autoritaria, de los valores renacentistas y de las nuevas perspectivas capitalistas.

Sólo cuando la coexistencia entre lo antiguo y lo moderno, cuando los intereses del capitalismo se conviertan en decididamente incompatibles con la fórmula (de raigambre feudal) del privilegio, cuando el absolutismo del poder monárquico llegue a impedir el pleno desarrollo de las actitudes individualistas iniciadas con el Renacimiento, etc., en-



Casa del gremio de armadores en Gante (Bélgica). La aparición del primer capitalismo fortaleció la actividad de los gremios, hasta el punto de que muchas ciudades construyeron en esta época sus edificios gremiales.



Escudo del gremio de zapateros (Museo Histórico de la Ciudad, Barcelona).



Díptico con los retratos de los miembros de un gremio alemán del siglo XVI (Germanisches Nationalmuseum, Nuremberg). En esta época, los miembros más importantes de los gremios consiguieron privilegios que confirieron a sus cargos mayor autoridad.

tonces, y sólo entonces, sobrevendrá la crisis de un orden considerado ya como antiguo –"Antiguo Régimen"– y se planteará abiertamente la revolución burguesa, entrando el mundo occidental en una etapa histórica muy distinta.

En este sentido, es fundamental insistir en el primordial papel desempeñado por el privilegio en esta época. Así, por ejemplo, a lo largo del siglo XVI contemplamos cómo muchas ciudades construyen sus grandes edificios gremiales y que, en todas ellas, el número de corporaciones y gremios aumentó. Es decir, con la aparición y desarrollo del primer capitalismo, no sólo el gremialismo no murió, sino que, de acuerdo con los intereses de los dirigentes de la economía, se adaptó e incluso adulteró (permaneciendo) en un proceso paralelo a las "trampas" de los poderosos, sirviendo básicamente, en todo caso, a los particulares intereses del pequeño núcleo de un dirigente y controladores.

Durante dicha centuria, mientras por una parte se asiste a una preocupación clara de los gremios por renovar y ratificar sus privilegios (cartas, patentes, etc.) y por obtener sustanciales ratificaciones de su estatuto jurídico, por otra parte, el régimen privilegiado –al multiplicarse– lejos de debilitarse se fortaleció. De forma que sus prescripciones se fueron haciendo más rígidas, al propio tiempo que la línea de las distinciones sociales se iba dibujando de modo más tajante, paralelamente al hecho de que la jerarquía interior gremial se iba complicando a través de la distinción o separación entre antiguos y nuevos miembros.

Asimismo, en el interior de este marco complejo se hicieron más acentuados el mimetismo y la tendencia aristocratizante de los sectores burgueses, paralelamente al hecho de que –siguiendo la trayectoria jerárquica que hemos señalado– el magistrado más importante del gremio acostumbró disponer de "libertades", de privilegios, que conferían a su cargo mayor autoridad. En este aspecto, pues, la antigua corporación medieval, lejos de disolverse, quedó francamente robustecida. Ello se debió al hecho de que hasta el advenimiento de los nuevos vientos y circunstancias del siglo XVIII (con raras excepciones anteriores), todos los empresarios, todos los especuladores, todos los negociantes, deseosos de obtener, aumentar y consolidar lucra-

Casa de las Corporaciones, en Bruselas.



Azulejo con el escudo del gremio de panaderos (Museo de Cerámica, Palacio Nacional de Montjuich, Barcelona).

tivas posiciones económicas –"libertades", ésta será la palabra usada–, buscaron ante todo la manera de asegurarse una posición ventajosa dentro del sistema establecido, teniendo plena conciencia de que el hecho de disponer de una fortuna no era condición suficiente para convertir en sólida y duradera una concreta posición económica.

Para conseguir los objetivos deseados –y en un complejo proceso que señala la conversión definitiva de la economía y el mercado urbanos en economía y mercados nacionales– efectuaron una serie de combinaciones tendentes (especialmente) a hacer intervenir a la autoridad real en sus negocios, concibiendo a dicha autoridad como única fórmula con capacidad de garantía y de seguridad para



cualquier tipo de empresa. Paralelamente, cada gremio, cada corporación concretos, quisieron disponer de eficaces medios de defensa legal contra aquellos gremios o corporaciones cuya competencia temían, ya que –por sí solas– se consideraban incapaces tanto para mantener la posición adquirida como para conservar la superioridad técnica en cada ramo o especialización.

De este modo se comprueba, una vez más, la compleja red de interrelaciones que vinculan la definición y el crecimiento del capitalismo inicial con los orígenes de la sociedad moderna y la evolución de la monarquía autoritaria. En definitiva, el mismo afán de seguridad, la misma inquietud del espíritu comercial y especulador contribuyeron a dibujar una nueva sociedad, en la que era fundamental la consolidación y el robustecimiento de la autoridad real, que –poco a poco, y en un proceso constante– tendió a convertirse en el árbitro definitivo de toda la organización social y económica. Una consolidación y un robustecimiento que, por otra parte, se vieron sumamente favorecidos, en toda Europa, por la fenomenología compleja del siglo XVI, en especial por las inquietudes e inseguridades provocadas por las luchas religiosas, así como por las gravísimas alteraciones y desorientaciones originadas por las fluctuaciones de la moneda y de los precios a que anteriormente nos hemos referido.

En resumen, de forma paulatina y casi insensible –pero dibujando un proceso fundamental e irreversible–, la plataforma económica de la baja Edad Media desembocó en el primer capitalismo, trascendental fenómeno económico inseparable de los restantes movimientos fundamentales que definieron la Modernidad (monarquía autoritaria, Renacimiento, humanismo, etc.) y que dibujó las bases sobre las cuales se asentaría durante varias centurias la sociedad moderna de Occidente, hasta la crisis política del Antiguo Régimen y el impacto económico de la revolución industrial.

Luis XII de Francia marcha contra Génova (Bibliothèque Nationale, París). La caballería renacentista, que vivía de recuerdos medievales, desaparecería bien pronto ante las armas de fuego.



BIBLIOGRAFIA

Artola, M.	*Textos fundamentales para la historia,* Madrid, 1968.
Braudel, F.	*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II,* México, 1953.
Brinton, C.	*Anatomia de la revolución,* Madrid, 1958.
Carande, R.	*Carlos V y sus banqueros* (2 vols.), Madrid, 1943-1949.
Cole, G. D. H.	*Introducción a la historia económica, 1750-1950,* México, 1957.
Chaunu, P.	*Seville et l'Atlantique, 1504-1650* (7 vols.), París, 1955-1957.
Dauphin Meunier, A.	*Histoire de la banque,* París, 1959.
Hamilton, E. G. H.	*American treasure and the price revolution in Spain,* Cambridge (Mass.), 1943. – *War and prices in Spain, 1651-1800,* Cambridge (Mass.), 1947. – *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica,* Madrid, 1948.
Hauser, H.	*Les débuts du capitalisme,* Paris, 1928.
Laroque, P.	*Les classes sociales,* París, 1959.
Morazé, Ch.	*Principios generales de historia, economía y sociología,* Barcelona, 1952.
Nef, J. U.	*La naissance de la civilisation industrielle et le monde contemporain,* París, 1954.
Pernoud, R.	*Histoire de la bourgeoisie en France* (2 vols.), París, 1960.
Perroux, F.	*El capitalismo,* Barcelona, 1954.
Sombart, W.	*El moderno capitalismo,* Buenos Aires, 1958.
Vicens Vives, J.	*Historia general moderna* (tomo I), Barcelona, 1951. – *Historia económica de España,* Barcelona, 1959. – *Coyuntura económica y reformismo burgués,* Barcelona, 1969.
Vilar, P.	*Crecimiento y desarrollo. Economía e historia. Reflexiones sobre el caso español,* Barcelona, 1964.
Weber, M.	*Historia económica general* (2.ª ed.), México, 1956.



Los contadores, por M. van Reymerswael (Musée Royal des Beaux-Arts, Amberes).



Poggio a Caiano, casa de campo de los Médicis, donde se reunía la Academia platónica.

El Renacimiento italiano en el siglo XV

Ya hemos visto como el humanismo del siglo XIV trajo consigo un deseo de hacer revivir la mentalidad clásica. Petrarca, escribiendo cartas a Homero, quería asemejársele en lo posible; Cola di Rienzo, admirando a Bruto y César, creía ser más romano que los próceres que le observaban desde las siete colinas. Pero Rienzo y Petrarca eran menos griegos y menos romanos precisamente porque querían romanizarse o helenizarse. Este sentido arqueológico de la vida, esta erudición del Renacimiento, no tenían nada de clásico. Como dirá Goethe, "los antiguos eran modernos cuando vivían". Sin embargo, el espíritu humano a veces hace sus mayores progresos por los más extraviados caminos. Para conocer a aquellos griegos y romanos, admirables capitanes, estadistas y poetas, hacía falta desenterrar mármoles y descifrar manuscritos, aprender lenguas muertas, estudiar, investigar y comparar. Y he aquí el verdadero renacimiento: no de lo que renació (que no renació nada), sino de las facultades puestas en juego para hacer renacer, que se avivaron con aquel esfuerzo de la mente.

Por lo pronto, hubo que aprender el griego, que muy pocos entendían en el Occidente latino en tiempos de Rienzo y Petrarca. El primer maestro de griego que llegó a Italia era un bárbaro calabrés llamado Pilato, que había residido algún tiempo en Constantinopla. Hizo, para Petrarca y Boccaccio, una deplorable traducción de Homero en prosa latina.



Cuadro III de la "Historia de Nastagio degli Honesti", por Botticelli. Esta historia es uno de los cuentos del "Decamerón" de Boccaccio, serie de cien narraciones de asunto por lo general escabroso, pero expuestas con una ingenuidad que sorprende por lo pulcra. Esta serie, realizada por el gran pintor Botticelli, es una prueba del favor de que gozó la obra del literato entre los hombres de su época.

Mucho más culto era ya Manuel Crysoloras, de Bizancio, a quien los florentinos hubieron de llamar para que enseñara griego en su universidad. Residió en Florencia tres años, desde el 1397 al 1400, despertando tal entusiasmo, que sus discípulos aseguraban que cada noche solían soñar lo que habían aprendido aquel día. Uno de ellos, Leonardo Bruni, intentó traducir fragmentos de Platón, Aristóteles, Demóstenes y Plutarco. Desde entonces Florencia se puso a la cabeza del movimiento de restauración de los estudios griegos. A Crysoloras sucedió un tal Argyrópulos, que enseñó griego en Florencia por espacio de quince años. Análogo interés se contagió a otras ciudades de Italia. En Roma un aventurero, Jorge Trapezus, tradujo algunos de los Padres de la Iglesia griega y algo de Aristóteles; pero debió de ser erudito de pocos escrúpulos porque, en el texto de Aristóteles, hizo que éste citara a Cicerón. Trapezus tradujo también las *Leyes* de Platón, tan de corrido y tan mal, que otro griego de Roma, el cardenal Bessarión, dijo que en la traducción se habían deslizado tantos errores como palabras contenía. A mediados del siglo XV se enseñaba el griego en Padua y Venecia, pero tan sólo en Florencia se estudiaba el griego como el verdadero camino de salvación, como el principio de una nueva y esplendorosa era, como la única manera de conseguir una vida civilizada.

Simultáneamente se hacían esfuerzos para depurar el latín y devolverle la claridad y belleza de los modelos clásicos. Se admiraba a Plinio el Joven por sus cartas. Cicerón especialmente era el juez supremo; en casos de duda, un texto de Cicerón equivalía a una sentencia. A mediados de siglo, Lorenzo Valla escribió su tratado *De Elegantiis Latinae Linguae*, que alcanzó sorprendente popularidad. Trataba de delicadezas de frase, de puntos de gramática, de sinónimos. El libro de Valla estaba todavía de moda al introducirse la imprenta en Italia. Acaso su dominio del latín hizo que Lorenzo Valla se atreviera a señalar los puntos flacos del famosísimo documento llamado *La donación de Constantino*. Con *La donación* se había tratado de justificar, en la Edad Media, el derecho de los obispos de Roma al territorio pontificio; pero señal irrefragable de que habían empezado nuevos tiempos fue que, al probar Valla la falsedad de *La donación*, en lugar de ser excomulgado, se le nombró oficial de la curia romana.

He aquí ya la crítica literaria y filológica empezando su moderna etapa. El tratadito analítico de Valla era una obrita insignificante, y el punto debatido de poca importancia, pues nadie iba a disputarle al papado

sus derechos sobre Roma y su territorio, pero Valla probó que los helenistas y latinistas de su época podían hacer algo más que leer los clásicos: eran capaces de analizarlos, con espíritu independiente de la autoridad establecida por la tradición. Pronto se empezó a notar que la mayoría de los textos (aun de autores relativamente modernos, como Dante) habían sido adulterados y convenía cotejar los manuscritos para restablecer fielmente el texto original.

Además, los eruditos florentinos emprendieron búsquedas y exploraciones en archivos y bibliotecas para descubrir antiguos manuscritos, que revelan ya el mismo ardor de investigación de los críticos de nuestros días. Cuando Boccaccio visitó Montecassino, la gran abadía benedictina, porque de ella se hablaba en *La Divina Comedia*, quiso ver la biblioteca, pues sabía que contenía cosas muy notables. "Puedes visitarla –le dijo un monje–; la encontrarás abierta." Boccaccio, con asombro, vio que la biblioteca de Montecassino era una estancia donde crecía la hierba, y que los libros, en el mayor desorden, estaban cubiertos de polvo; algunos habían sido destrozados, para recortar el pergamino en pequeños trozos donde escribir oraciones. Esto es sólo un aspecto del humanismo de Boccaccio. Además de su amor a la cultura, superior al de las gentes de su época, Boccaccio fue realmente genial en concebir la variedad de la naturaleza huma-



Giovanni Boccaccio (Galleria degli Uffizi, Florencia). Este escritor italiano, de azarosa vida, es, junto con Petrarca, el máximo literato del primer renacimiento italiano. Sus poesías amatorias, como las dedicadas a Fiammetta, y sus prosas italianas ("Decamerón", "Corbaccio") y en latín ("De claris mulieribus") le convierten en un clásico de todos los tiempos.

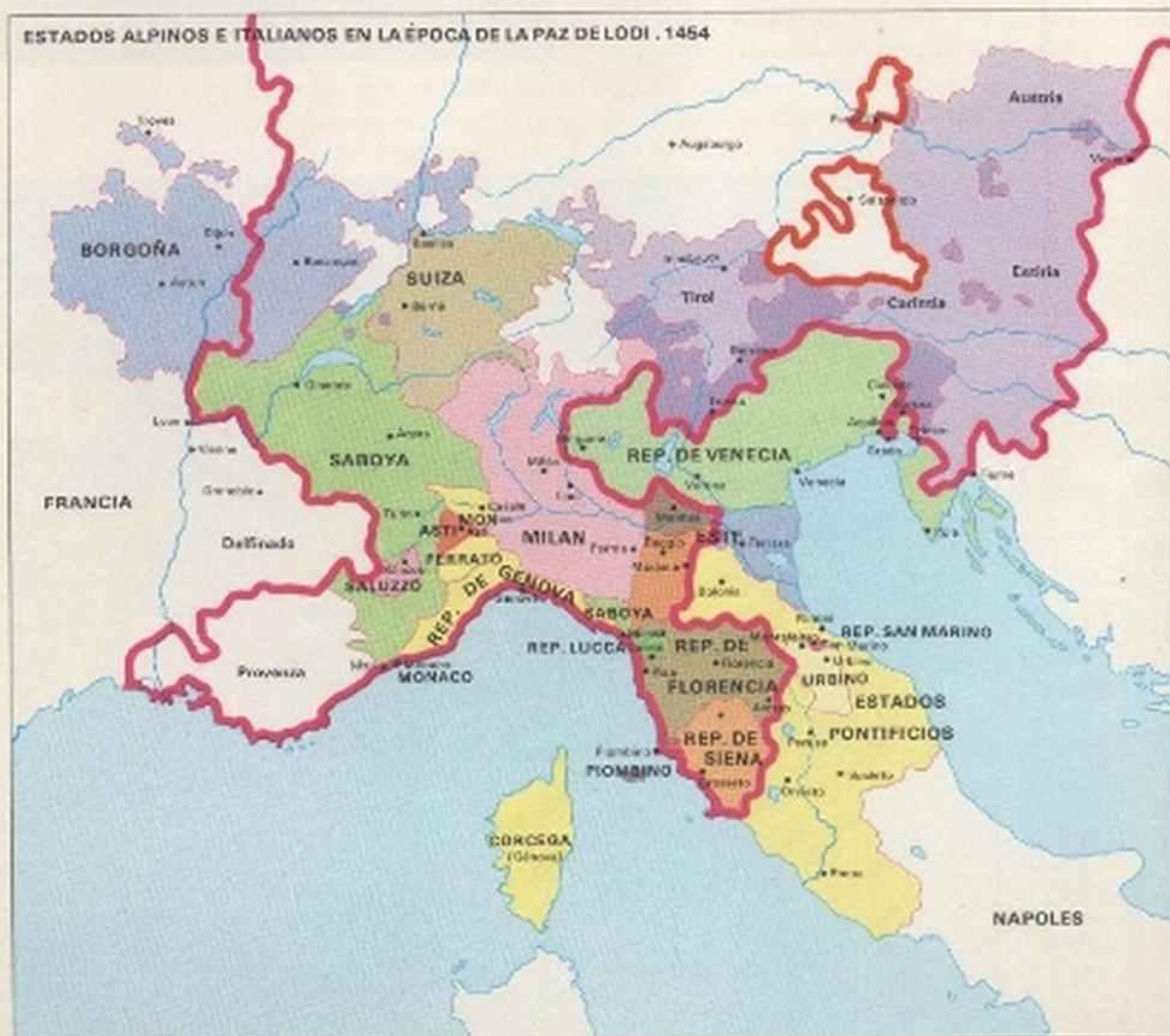


El famoso Ponte Vecchio de Florencia, la ciudad de la erudición y el arte renacentistas.



Cosme de Médicis representado como un rey mago en la decoración de Benozzo Gozzoli de la capilla del palacio Medici-Riccardi, en Florencia. Cosme de Médicis fue el gran mecenas florentino; reunió una gran biblioteca, fundó la Academia platónica y formó un círculo de excelsos artistas.

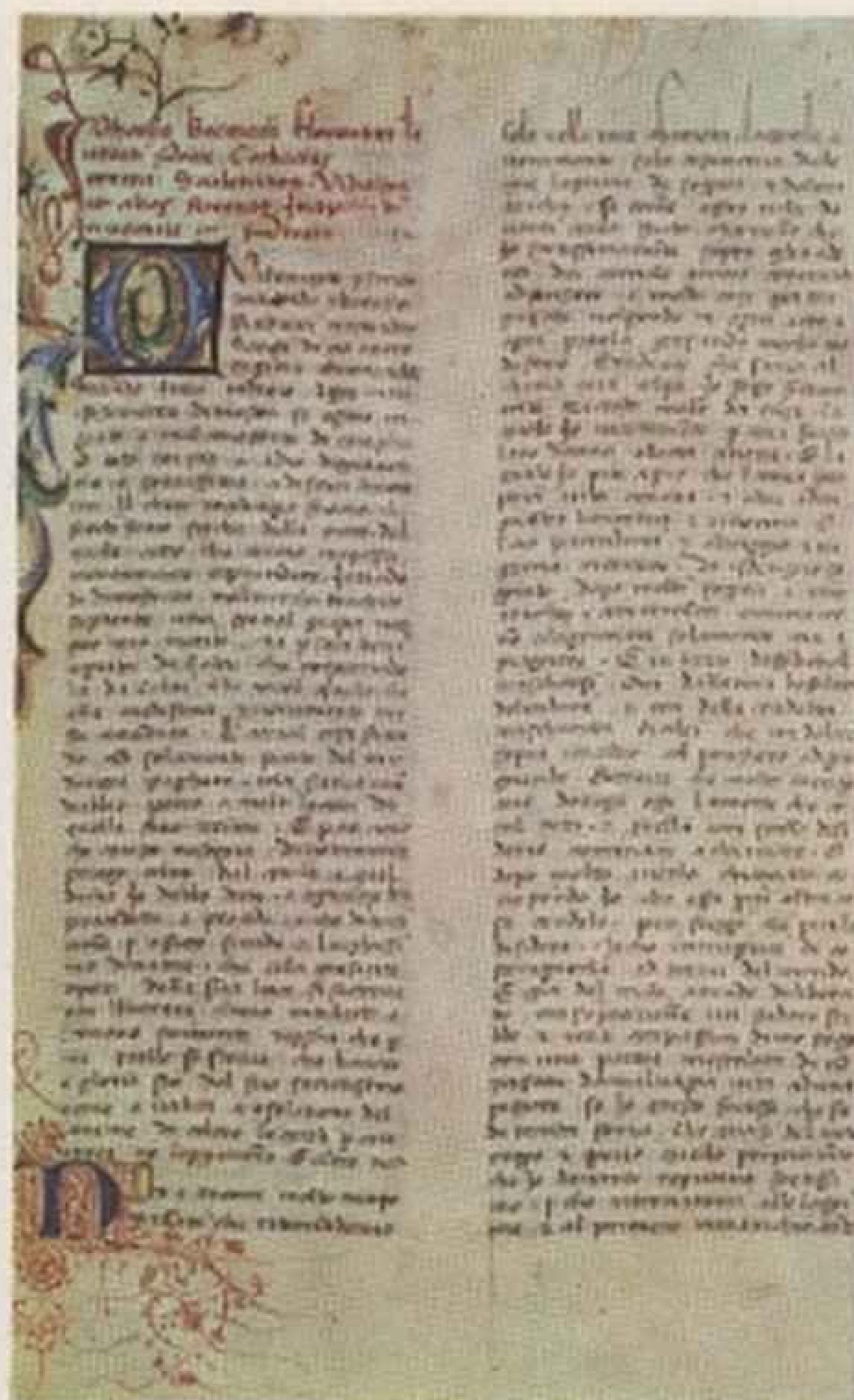
na. Su modernidad se hace patente si le comparamos con Petrarca. En las canciones de Petrarca, el poeta y su adorada son todavía prototipos del hombre y la mujer en un estado de elevación moral que no se da en la vida sino con grandes intermitencias. Pero Boccaccio en sus escritos, especialmente en el *Decamerón*, introdujo el hormiguero de los humanos, cada uno con su individualidad diferenciada. Esto es lo que hace tan moderno al *Decamerón*, libro de relatos, algunos de ellos vulgares, otros casi obscenos, que, no obstante, representa un gran progreso en la historia de la humanidad por su eclecticismo estético. En realidad, el *Decamerón* es un clá-



La primera mitad del siglo XV presencia en Italia y los Alpes la consolidación de algunas fuerzas que van a desempeñar un importante papel en la historia moderna: la política de redondeamiento territorial en los estados italianos llega a un equilibrio estable en la paz de Lodi (1454). Venecia, Milán, Florencia, los estados pontificios y Nápoles son las cinco grandes potencias. Saboya, con la posesión de Niza, llega al Mediterráneo y se afianza lentamente, aunque va a tener que retroceder ante Suiza por el Norte. Con ello (siglo XVI), la vocación italiana de Saboya se verá confirmada. Sin contacto directo –y en fricción– con estos dos países se halla Borgoña, núcleo meridional del vasto estado de los grandes duques de Occidente. Al norte de Venecia se va edificando el poder territorial de los Habsburgos, que serán en el siglo XVI la potencia dominante en esta parte del mundo.

sico de la humanidad renaciente. Luciano y Apuleyo lo habrían admirado, mientras que hubieran hallado incomprensible la *Comedia* de Dante y monótonas las *Canciones* de Petrarca.

Otro ejemplo del poco respeto con que se conservaban los antiguos libros en los conventos, al final de la Edad Media, es el que cuenta el erudito florentino Poggio Bracciolini, en una carta en que explica cómo descubrió un manuscrito de Quintiliano en la abadía de Saint-Gall, en Suiza. "El monasterio de Saint-Gall –dice Poggio en su carta– queda a unas veinte millas de distancia de la ciudad. Fui allí en parte para distraerme, en parte para ver si había libros. En la biblioteca, llena de polvo y suciedad, encontré el texto de Quintiliano entero y en buen estado. Los libros estaban en la sala baja de una torre oscura y húmeda que debió de haber servido de cárcel en la Edad Media." Parecióle a Poggio que el manuscrito de Quintiliano le llamaba, tendiéndole las manos: "Magnífico, pulcro, elegante y urbano, Quintiliano no podría haber resistido mucho más tiempo la infame prisión en que le habían encerrado, ni la salvaje incuria de sus carceleros ni la



Página de un manuscrito italiano que contiene el "Corbaccio" de Boccaccio (Biblioteca Central, Barcelona). El "Corbaccio" es una virulenta sátira contra el sexo femenino.

RENACIMIENTO

El Renacimiento no es reflejo de un renacer de toda la sociedad en todos sus aspectos, sino que, por el contrario, es un hecho cultural de gran magnitud, cuyos efectos actúan cada vez con mayor fuerza, con repercusiones cada vez más amplias, pero en forma gradual y a medida que avanza el tiempo.

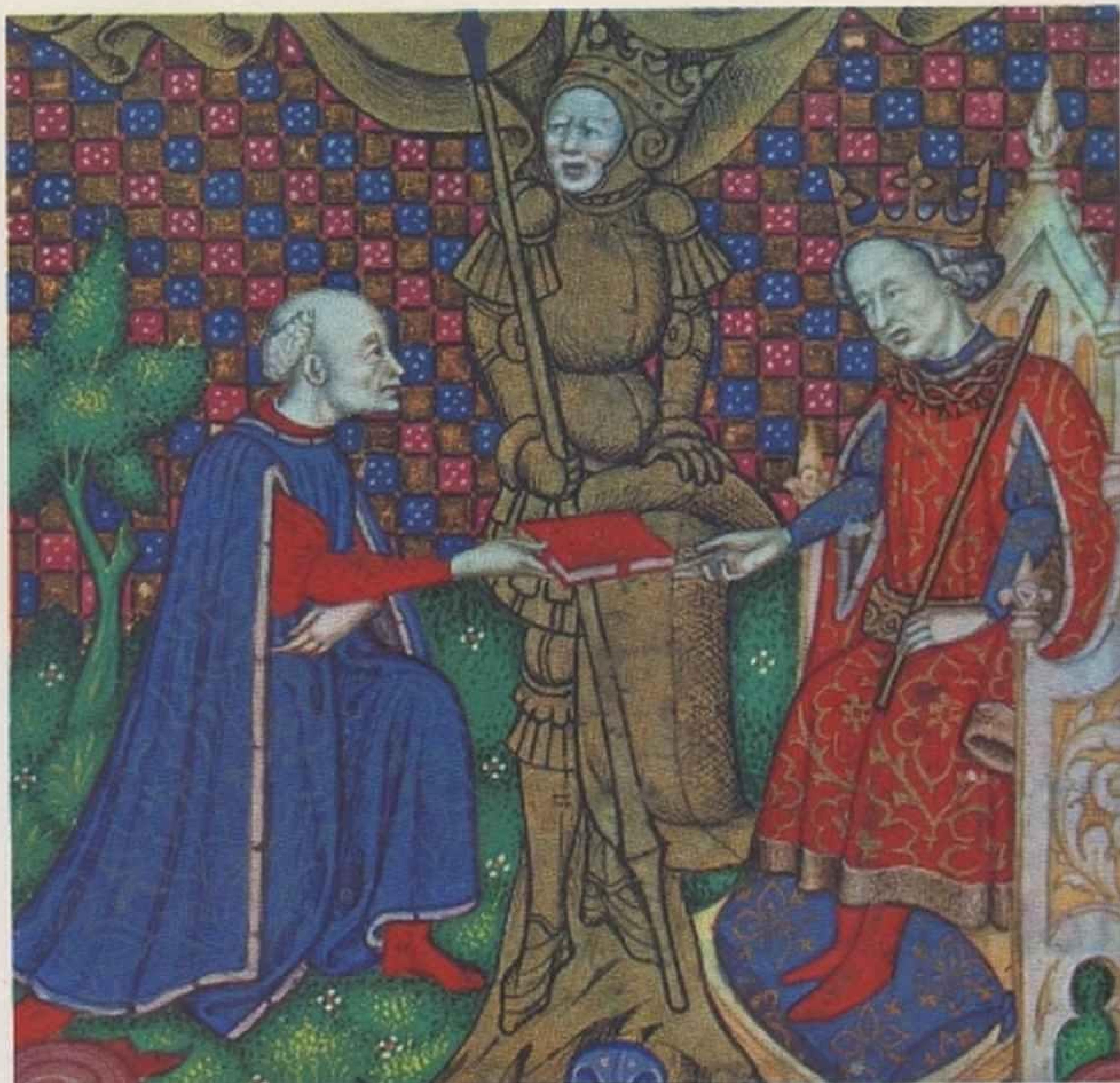
El verdadero sentido del término Renacimiento se encuentra únicamente en el terreno de la cultura: es un hecho de cultura, una concepción de la vida y de la realidad, que actúa en las artes, en las letras, en las ciencias y en las costumbres, sin que a este florecimiento cultural le corresponda ningún momento feliz ni en política ni en economía. A la par que en todas las cortes italianas la pintura, la escultura y la arquitectura alcanzan su máximo esplendor, al mismo tiempo que la producción literaria se hace cada vez más refinada y se formulan ideales educadores de singular altura, la economía ciudadana sufre grandes sacudidas, el desarrollo industrial queda estancado, la libertad comunal desaparece y la Iglesia se corrompe cada vez más.

En otras palabras, si se quiere hablar de renacer, de despertar, de vida nueva, y precisamente en Italia, donde el fenómeno nació y se desarrolló de manera más vistosa, hay que hacerlo únicamente en el terreno cultural: esta renovación positiva parece actuar sólo en este sentido, sin inmediata correspondencia con otros planos en los que existen cambios y a veces muy profundos, pero no todos, o al menos en aquel momento, positivos.

De hecho el mundo que se refleja en las grandes obras o en las grandes figuras del primer Renacimiento es un mundo más a menudo trágico que alegre, más a menudo duro y cruel que pacífico, más enigmático que límpido y armonioso. Leonardo da Vinci está obsesionado por visiones catastróficas y fija en sus dibujos y descripciones un universo que muere. Alberti nos habla de la ciega fortuna que ataca y aniquila la virtud de los hombres y de las familias. Maquiavelo es el teórico de una humanidad radicalmente mala, empeñada en una lucha sin piedad y enfrentada siempre a soluciones crueles. Savonarola y Miguel Angel están llenos ambos, si bien en forma distinta, de un sentido trágico de la vida y de la historia, y es que la vida y la historia del siglo XV, tan rico en documentos que prueban la grandeza del hombre, eran verdaderamente trágicos en una Italia devastada por las continuas guerras, ensangrentada por conjuras, con príncipes que asesinaban o eran asesinados, con capitanes de ventura que en su vertiginosa escalada accedían a los tronos para ser depuestos con igual velocidad, con tenebrosísimas figuras de papas, cuya diplomacia, cada vez más sutil y astuta, no llegaba a colmar las exigencias de su mente aguda, mientras los principales estados veían como se resquebrajaba su poder, se debilitaba el comercio, se agotaban las fuentes de riqueza.

La grandeza trágica de Miguel Angel y el desencantado realismo de Maquiavelo constituyen, más que la gracia mórbida de Rafael o el refinamiento de Castiglione, la expresión emblemática de una civilización que buscaba refugio en el mundo de los cuadros de Botticelli o de los versos de Poliziano, y olvido en la irónica nostalgia de la poesía épica: de un mundo que quería aprovechar la juventud, la alegría, porque no tenía fe en el sombrío porvenir. "Cuán bella es la juventud, esta juventud que se va. Quien quiera ser feliz, séalo: el mañana es inseguro", cantaba Lorenzo el Magnífico.

H.P.



Francesco Filelfo presenta una de sus obras a Alfonso V el Magnánimo (miniatura de un manuscrito que perteneció a la biblioteca de este rey; Biblioteca Universitaria de Valencia). Filelfo fue uno de los primeros italianos que aprendieron el griego, para lo cual pasó a Constantinopla. Volvió trayendo consigo gran número de manuscritos y un catálogo de libros existentes en las bibliotecas bizantinas.



PROLOGVS.

MARSILIVS FICINVS IVLIANO MEDICI. V. MAGNANIMO. S.D

Página de las "Epístolas" de Marsilio Ficino, impresas en 1495 (Bibliothèque Nationale, París). El humanista Marsilio Ficino fue educado especialmente para entender la filosofía griega y se dedicó activamente a la traducción de obras de aquel idioma.

bajeza del lugar". Poggio copió el manuscrito de Saint-Gall en treinta y dos días, remitiendo inmediatamente el precioso texto al canciller florentino Leonardo Bruni; éste diole las gracias en una carta en que se leen párrafos como el siguiente: "Como Camilo fue llamado el segundo fundador de Roma, vos podéis recibir el título de segundo autor de estos libros que habéis descubierto. Gracias a vos, tenemos ahora a Quintiliano completo; antes poseíamos sólo la mitad del texto, y aun corrompido y defectuoso. ¡Oh, preciosa adquisición!"

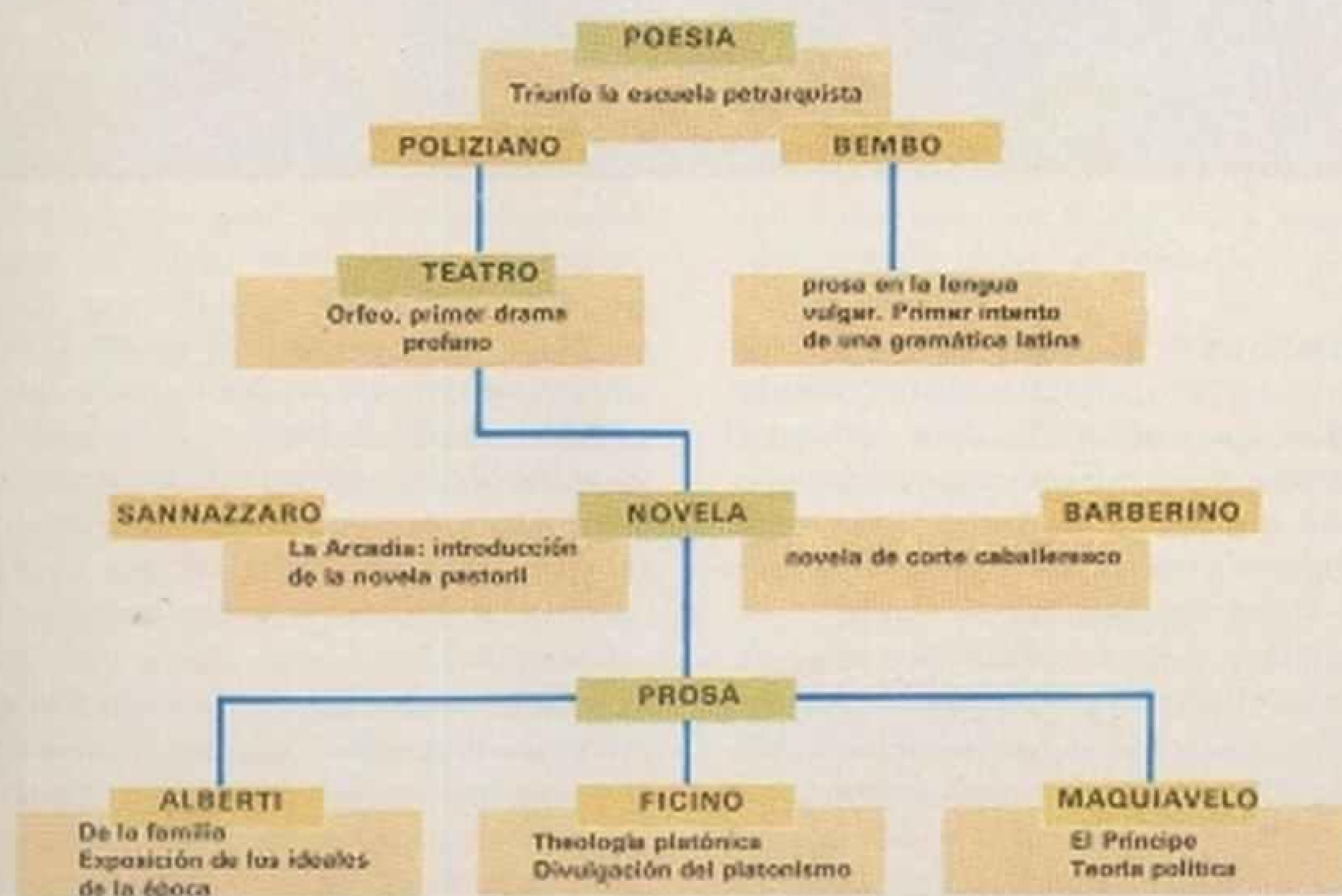
Poggio descubrió y copió también los manuscritos de Lucrecio, Columela, Silio Itálico y Vitruvio. En la catedral de Langres encontró un nuevo discurso de Cicerón, y en la librería de Montecassino, manuscritos de Frontino, Amiano Marcelino, Probo y Eutiques. A veces se hacía dar o vender los originales, pero en una carta a un amigo suyo de Florencia, Poggio explica cómo trató de sobornar a un monje de Hersfeld para que, fraudulentamente, le procurara manuscritos

CRONOLOGIA ESENCIAL DEL CUATROCIENTOS FLORENTINO

1403 Ghiberti empieza los bajos relieves del baptisterio de Florencia.
1404 "Porta della Mandorla" en Santa María dei Fiori.
1406 Pisa cae bajo el dominio de Florencia.
1409 Concilio de Pisa: cisma tricéfalo.
1410 Donatello: **San Marcos.**
1416 Donatello: **San Jorge.**
1418 Brunelleschi: Proyecto de la cúpula del Duomo.
1422 Masaccio: Frescos de la capilla Brancacci.
1431 L. della Robbia: **La cantoria.**
Lorenzo Valla: **De voluptate.**
1434 Cosme de Médicis toma el poder.
1438 Fra Angelico comienza los frescos de San Marcos.
1440 Brunelleschi: Palazzo Pitti.
Michelozzo: Palazzo Medici.
1444 B. Rosellino: Sepulcro de Leonardo Bruni.
Lorenzo Valla: **Aelegantiae linguae latinae.**
1447 Donatello: **Gattamelata.**
1453 Piero della Francesca comienza los frescos de Arezzo.
1454 Paz de Lodi.
1456 Marsilio Ficino: **Institutiones Platonicae.**
1458 Eneas Silvio, papa (Pío II).
1459 Benozzo Gozzoli: Decoración de la capilla de los Médicis.
1484 Fundación de la Academia Platónica.
1467 F. Filippo Lippi: **Coronación de la Virgen.**
1468 Benozzo Gozzoli: Pinturas del Campo Santo de Pisa.
1476 Verrocchio: **David.**
1477 Botticelli: **La Primavera.**
Conjuración de los Pazzis.
1483 Verrocchio: **Duda de Santo Tomás.**
1486 Ghirlandajo: Frescos de Santa María Novella.
1490 Savonarola, prior de San Marcos.
1491 Ghirlandajo: **Visitación.**
1492 Muerte de Lorenzo el Magnífico.

de Livio y Amiano Marcelino. De una manera especial, era por entonces deseadísimo un manuscrito de Livio con el texto completo. A mediados del siglo llegó a Roma un danés que aseguraba que en un convento cerca de Röskilde se custodiaba el tan codiciado texto de las perdidas *Décadas* de Livio. Al enterarse Poggio de ello, no paró hasta que hizo enviar por el papa una persona a Dinamarca, para comprobar lo que se decía. Por su parte, Cosme de Médicis encargaba a su agente en Lübeck que tratara a toda costa de adquirir el misterioso manuscrito de Röskilde. Pero ni el agente del papa ni el de los florentinos pudieron encontrar lo que falta todavía del texto de la *Historia Romana* de Livio.

Igual o mayor esfuerzo se hacía en Florencia para conseguir manuscritos griegos. Constantinopla estaba todavía en poder de los cristianos y era naturalmente el lugar adonde acudían los florentinos para adquirir libros. Se cuenta que un florentino, Giovanni Aurispa, regresaba de Constantinopla con 238 manuscritos griegos, y como perdiese una parte de ellos en un temporal, del disgusto se le volvieron blancos los cabellos. Los eruditos florentinos se esparcieron por toda Italia; eran solicitados, por su elegante estilo,





Lorenzo el Magnífico, por Vasari (Galleria degli Uffizi, Florencia). Era nieto de Cosme de Médicis y había heredado de su abuelo las mismas aficiones que aquél por la cultura.

para desempeñar el cargo de secretarios o cancilleres, se les pagaban buenos sueldos, y doquiera que fuesen, llevaban consigo el entusiasmo por los nuevos estudios. Además, empezaba a aparecer en Florencia el *mecenismo* literario y artístico que los Médicis, más tarde, practicaron en tan grande escala.

El primer gran mecenas florentino fue Palla de los Strozzi, de quien dice uno de sus protegidos "que envió a buscar a Grecia infinidad de volúmenes que antes no teníamos. A él debemos que se haya salvado la *Cosmografía*, de Tolomeo, con el mapa o pintura que la ilustraba. Asimismo nos procuró las *Vidas* completas de Plutarco y una copia integra de Platón. La *Política*, de Aristóteles, no se encontraba en Italia hasta que Micer Palla la envió a buscar". "Apasionadísimo por los libros, Micer Palla mantenía copistas en su casa, y con ellos fundó la más notable librería en Santa Trinidad, que estaba en el centro de Florencia y era accesible a todo el mundo."

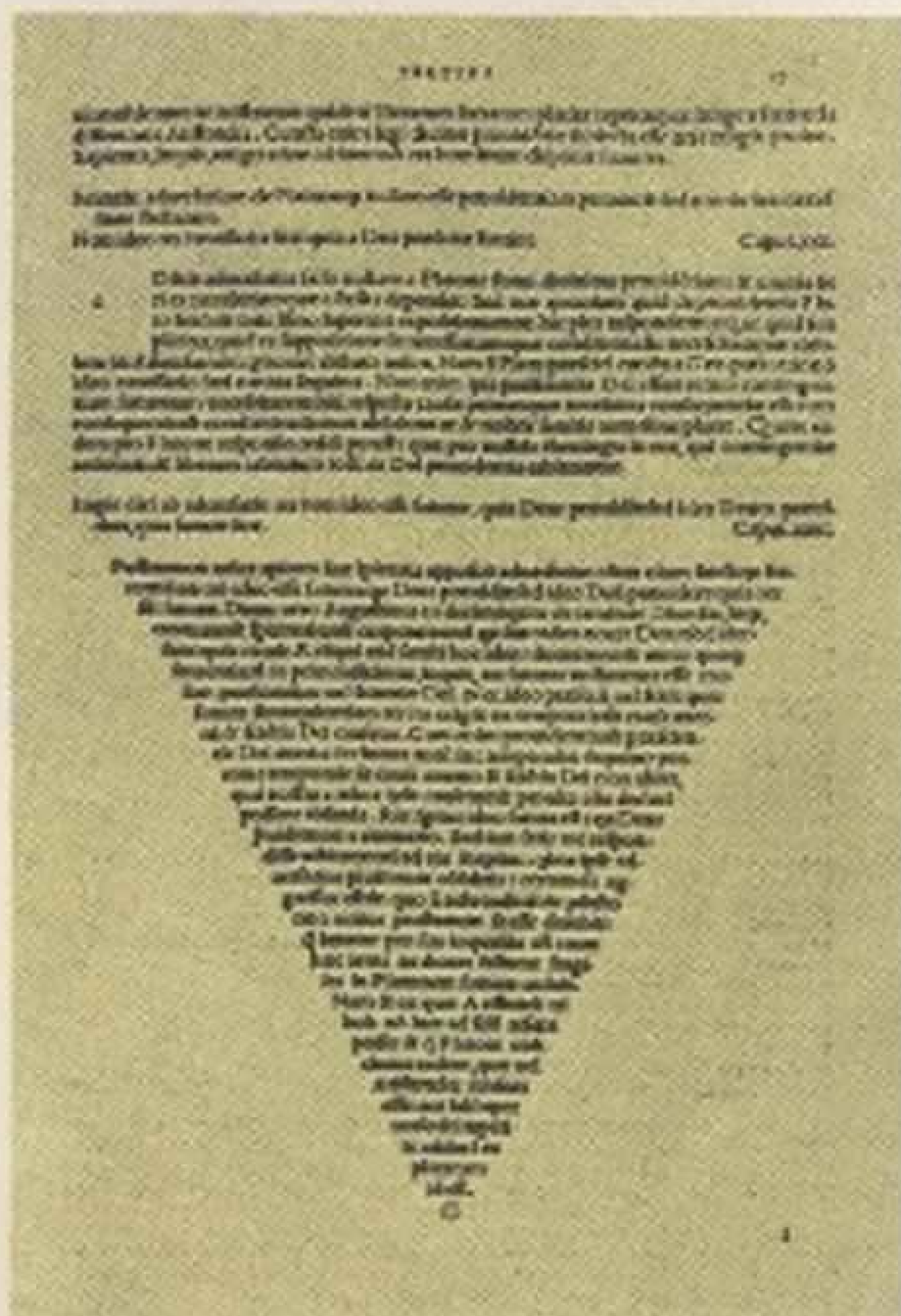
De no haberse formado este grupo de estudiosos florentinos antes de la caída de Constantinopla, se hubiera corrido grave riesgo de perder no poco de lo que sobrevivía de la literatura griega. Un erudito de este grupo, Francesco Filelfo, emparentado con el ya citado profesor de griego Crysoloras, pasó a

Constantinopla y allí redactó un catálogo de los libros que vio en las bibliotecas bizantinas hacia el año 1425. En la lista de Filelfo ya no encontramos más que siete dramas de Eurípides; cataloga los historiadores griegos que tenemos hoy, y no más, con algunos poetas y oradores; pero no aparece allí ni un solo autor que hoy no tengamos; evidentemente, los helenistas de Florencia consiguieron todo lo que se podía obtener en Constantinopla antes de la toma y saqueo de la ciudad por los turcos. Filelfo regresó a Italia por la vía de Hungría, llegando a Venecia con su colección de manuscritos griegos el año 1427. Era todavía algo temprano para Venecia, y no encontrando allí comprador, Filelfo pasó a Bolonia y después a Florencia. En Florencia logró vender su colección, pero se peleó con Poggio y tuvo que marcharse, vagando errante por Italia hasta que en 1453 el papa Nicolás V le llamó a Roma.

El comercio de manuscritos labró la fortuna de algunos, pero también arruinó a otros que se apasionaron por coleccionar sin tener suficientes recursos. El más famoso de estos coleccionistas, casi maniático, que tantos servicios prestaron a la causa del Renacimiento, fue el florentino Niccolò de Niccoli, que llegó a reunir ochocientos libros: probablemente la mayor biblioteca poseída por un particular en el siglo XV. Uno de sus libros era un manuscrito griego con siete tragedias de Sófocles, seis de Esquilo y *La Argonáutica* de Apolonio de Rodas. Niccoli experimentaba tan vivo deseo de propagar el conocimiento de los clásicos que, al ocurrir su muerte, se averiguó que tenía prestados más de doscientos volúmenes. Quería no sólo conocer la antigüedad, sino vivir como *un antiguo*. "Nunca pensó en casarse –dice su biógrafo– para poder seguir más libremente sus estudios. Vestía una túnica de púrpura que le llegaba hasta los pies, comía en platos y vasos antiguos." A la muerte de Niccoli sus manuscritos fueron comprados por Cosme de Médicis y formaron el primer núcleo de la Biblioteca Medicea, que instaló en el convento de San Marcos. Algunos llevan todavía la inscripción: *Ex hereditate doctissimi viri Nicolai de Niccolis de Florentia*. Un erudito al servicio de Palla Strozzi, el maestro de sus hijos –Tomaso Parentucelli–, hizo el catálogo crítico de la biblioteca de Niccoli y añadió, a la lista de los libros de éste, los títulos de los que faltaban y que hubiera deseado adquirir para completar la colección de los clásicos. Este catálogo sirvió después para formar las bibliotecas de Urbino y Pésaro, y como quiera que Parentucelli llegó a la más alta dignidad de la Iglesia, puesto que fue el papa Nicolás V, no hay que decir que sirvió también



Vaso de Lorenzo de Médicis (Museo degli Argenti, Florencia).



"Comentarios a Platón", del cardenal Bessarión (Bibliothèque Nationale, París). El arzobispo de Nicea Juan Bessarión tomó parte en el concilio de Florencia como miembro de la Iglesia oriental y se adhirió después a la latina, que lo hizo cardenal y patriarca de Constantinopla. Tradujo a Aristóteles y Jenofonte al latín. Contribuyó poderosamente al conocimiento de la cultura griega por Occidente.



Anunciación, por Fra Angélico (Museo del Prado, Madrid). Fra Angélico representa, en la primera mitad del siglo XV, la pintura de más devota espiritualidad.

este catálogo suyo a los que le ayudaron a formar la Biblioteca Vaticana.

Nicolás V había nacido en Sarzana, cerca de Génova, pero puede considerarse como un erudito del grupo florentino. Cuando era solamente un estudiante andariego, ya contrajo deudas para comprar libros. Solía decir que, si algún día fuese rico, lo gastaría todo en libros y paredes. Al ascender al solio pontificio pudo entregarse sin restricciones a su pasión nobilísima. Envió copistas y emisarios por toda Europa para procurarse manuscritos. Además, estimulaba con largueza a los que traducían autores griegos: al que tradujo a Polibio le retribuyó con quinientos ducados, por la traducción de Estrabón pagó mil, y ofreció diez mil florines por una traducción de Homero, en verso latino, que no llegó a realizarse. A la muerte de Nicolás V, la Biblioteca Vaticana tenía más de cinco mil manuscritos; era ya la colección de textos más importante de toda Europa. Nicolás V quería que fuese el ornamento principal de Roma, como la biblioteca de los Tolomeos había sido el principal monumento de Alejandría. Las tumbas de los apóstoles parecían quedar en segundo lugar; desde ahora, lo principal tenía que ser mármoles, estatuas y paredes, o grandes obras edilicias, y sobre todo libros. Sus copistas y amanuenses trabajaban como esclavos, casi sin tiempo de comer ni dormir, pues el papa, insaciable, les pedía siempre nuevos manuscritos. Cuando a Nicolás V le sucedió el primer papa Borgia, Calixto III, que era un teólogo de la antigua escuela, cuéntase que se escandalizó al entrar por primera vez en la Biblioteca Vaticana, exclamando: "¡Santo Dios, en qué cosas se han gastado los caudales de la Iglesia!" Sin embargo, el sucesor de Calixto III, el famoso Pío II, fue un *renaciente* más extremado todavía que Nicolás V; no había manera de detener el movimiento de restauración clásica.

Para dar idea del contenido de una bi-

LORENZO VALLA Y LA FALSA DONACION DE CONSTANTINO

Lorenzo Valla (1407-1457), uno de los más altos espíritus del humanismo cuatrocentista, mostró la posibilidad de unir cuanto de más característico tenía la nueva cultura con las más profundas necesidades religiosas del siglo. Cristiano sincero, en su famoso libro sobre el verdadero bien *(De vero bono)* defiende la santidad de la vida mundana, con sus alegrías y placeres, combatiendo la inútil ascética, la estéril y a menudo falsa castidad monástica y toda desvalorización de la vida y de la belleza del mundo.

Historiador y filósofo insigne, en 1440 extiende la famosa *declamatio, De falso credita et ementita Constantini donatione,* en la que demuestra la falsedad de la pretendida donación constantiniana, negando todo fundamento jurídico al poder temporal de la Iglesia.

Evidentemente esta famosa *declamatio* fue un escrito de ocasión. Valla escribió el opúsculo para aportar nuevos argumentos a la polémica de Alfonso de Aragón, de quien era entonces secretario, contra el papa Eugenio VI, pero si bien el escrito respondió a las exigencias políticas del rey napolitano, respondió aún más a las exigencias culturales y políticas del mismo Valla.

En Valla no encontramos únicamente una rara pericia histórica y filológica: encontramos la invocación a la unidad espiritual de los hombres contra las divisiones alimentadas por el desmesurado afán de poder; hay una llamada a la paz cristiana, una exigencia de que la religión sea experiencia interior y a la vez fraternidad humana. Su vida es una continua polémica contra el Medievo, del que decía: "Ha deformado no sólo los clásicos, sino también el cristianismo", y contra el catolicismo vulgar de las leyendas y supersticiones, contra el cristianismo bárbaro que había perdido su original pureza, contra la Iglesia que había olvidado su antigua misión espiritual y universal para hacerse potencia terrena, agitada por facciones y pronta a la división y a la guerra.

Valla une su exigencia reformadora en el terreno religioso a la restauración de la tradición clásica, y para ello se vale ahora de la filología. Para él, como para Poggio o Poliziano más tarde, la filología adquiere un valor muy particular: es el camino que nos lleva a la comprensión del pensamiento; en la historia de una palabra, en su valor reconquistado, se encuentra la historia de una relación humana esencial, se descubre la historia de una institución, de un concepto, de una costumbre, de una forma de vida. La filología es la crítica que transporta al mundo de la actividad humana cualquier teoría, que repone en su tiempo justo cualquier documento, doctrina, dogma o autoridad; la filología humanística emprendió y justificó una labor crítica profunda y sin prejuicios; instauró el hábito mental de colocar y llevar de nuevo a los tiempos y ambientes en que nacieron todos los textos, incluso los consagrados por la más antigua veneración, comprendidas las escrituras sagradas de todas las religiones.

Valla quiere aferrar el sentido preciso, primitivo, de las expresiones; llegando a la valoración originaria de la palabra, pretende determinar el alcance, la intencionalidad, la fuente de donde ha surgido el pensamiento que en ella se encarna. Quiere, como dice Erasmo, su gran admirador, ver únicamente con sus propios ojos, o sea, con los ojos de la razón, limpios de todo presupuesto.

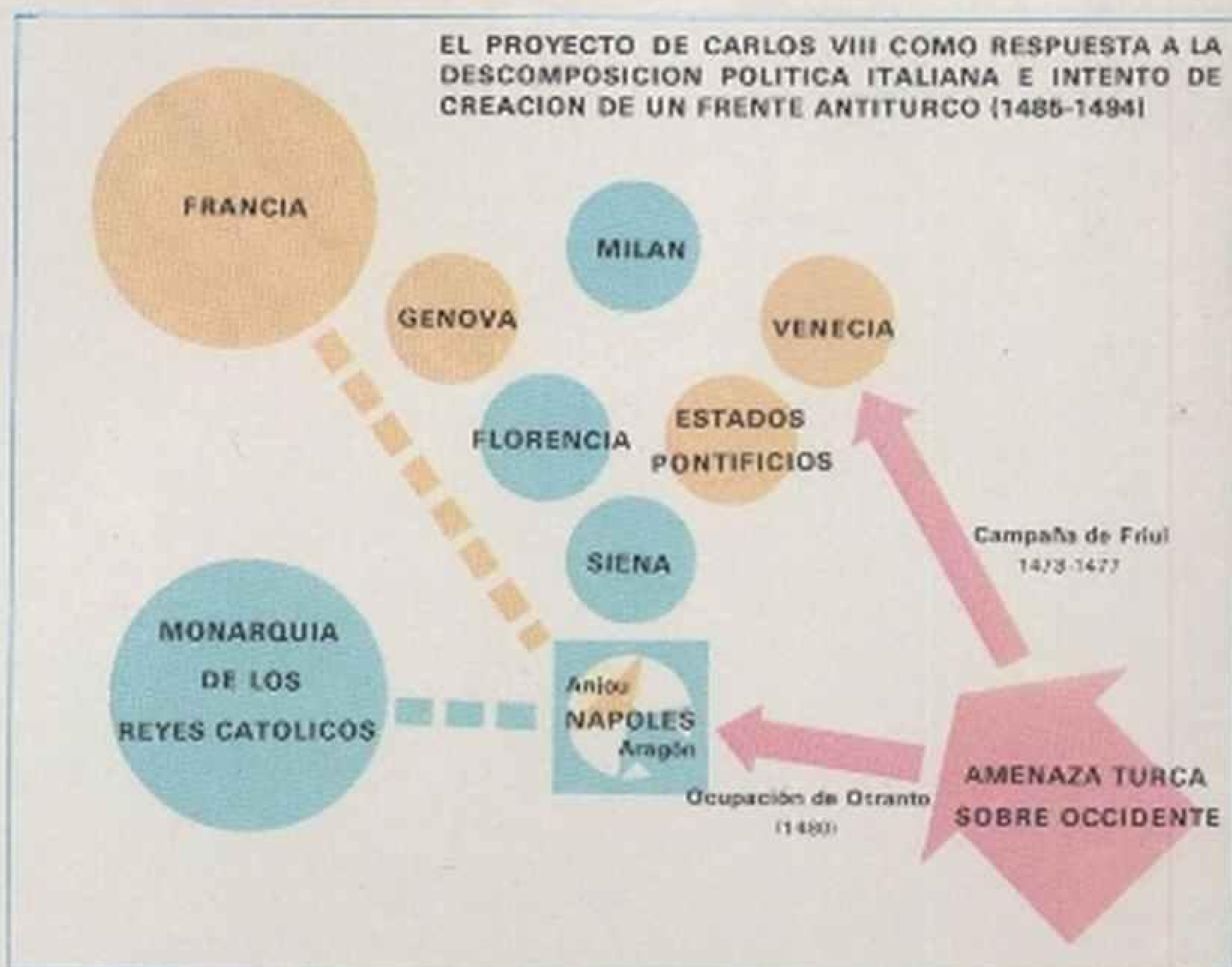
El Cusano había ya demostrado (más adelante lo probará también Pío II) que la *Donatio* era falsa, que no pertenecía a la época de Constantino, alegando el silencio de las fuentes narrativas de la época. Ahora Valla se vale de la filología para demostrar aún con mayor evidencia la falsedad del documento.

No puede ser clásico, no puede provenir de la cancillería imperial y ser anterior al Medievo todo lo que conceptual o estilísticamente recuerde un modelo bíblico. Tanto en los episodios de la *Donatio*, calcados de la Biblia, como en el lenguaje ampuloso y nada clásico de Constantino, como en la actitud misma de los personajes que tomaron parte en el acto de la pretendida donación, Valla ve una prueba concreta, irrecusable, de falsedad.

La filología se convierte, pues, en un arma que libera el espíritu humano de una secular prisión bárbara, que le permite remontarse a una civilización mal comprendida en la Edad Media. Lo importante verdaderamente no es el hecho de que Valla probara la falsedad de un documento que ya se tenía por falso, sino los medios que utilizó, su método científico.

H.P.

Después de la toma de Constantinopla y el afianzamiento turco en los Balcanes, Mahomet II realiza incursiones en la propia Italia: la campaña de Friul (1473-1477), contra Venecia, y la ocupación de Otranto (1480), en el reino de Nápoles. En la península, a pesar de ello, no se llega a un entendimiento entre los distintos estados: bien al contrario, cuando en 1485 se desencadena un conflicto interno en el reino de Nápoles –nobles angevinos contra el rey aragonés–, toda Italia se alinea en uno u otro bando. Los dos bloques políticos más potentes de Occidente, Francia y la monarquía de los Reyes Católicos, se hallan también interesados en el conflicto napolitano por razones dinásticas. Punto débil en la defensa de Occidente, Italia pasará a una nueva etapa de su historia bajo la tutela de Francia o de España, quienes piensan en Nápoles como plataforma para una "cruzada contra el turco": expedición de Carlos VIII (1494).



blioteca del siglo XV, extractaremos el catálogo de la que formó el duque de Urbino, con un gasto de 30.000 ducados. En primer lugar, sorprende encontrar en Urbino catálogos de las bibliotecas hermanas: de la del Vaticano; de la de los Médicis, en Florencia; de los Visconti, en Pavía, y hasta de la de Oxford. La Biblioteca de Urbino contenía, para empezar, varios centenares de manuscritos de teología y patrística. Había una colección completa de las obras de santo Tomás de Aquino, otra de san Alberto el Magno y otra de san Buenaventura. Entre los clásicos encontramos, en el catálogo de Urbino, un Menandro completo, que ahora ha desaparecido. Se decía en el catálogo que había también *todas* las odas de Píndaro y *todas* las tragedias de Sófocles. Los Padres de la Iglesia griega estaban espléndidamente representados; como es natural, poseía una magnífica colección de autores latinos, y hasta de *modernos* como Dante, Petrarca y Boccaccio. Había asimismo en Urbino sesenta y un manuscritos hebreos.

La demanda de libros, a mediados del siglo XV, debió de estimular la invención de la imprenta. He aquí cómo explica un contemporáneo la formación de una nueva biblioteca en el convento de los dominicos de Fiésole, cerca de Florencia: "Cosme de Médicis me mandó llamar –dice Vespasiano da Bisticci– y me preguntó qué plan yo recomendaría para proveer de libros la biblioteca de la abadía de Fiesole. Yo le dije que el método más rápido era hacerlos copiar; él me insinuó si yo podría ocuparme en dirigir estas copias, a lo que contesté afirmativamente. Entonces me dijo que dejaba este asunto por completo a mi cuidado, y para el dinero, don Angelo, prior de la abadía, podía girar cuanto quisiera contra su banco, pues sus giros siempre serían pagados. Como, además, Cosme de Médicis deseaba que la biblioteca se formara con toda la rapidez posible, yo contraté cuarenta y cinco copistas, y en veintidós meses copiaron doscientos volúmenes, siguiendo la admirable lista de libros preparada por el papa Nicolás V".



Poliziano, Marsilio Ficino, Gentile de Bicchi y Cristoforo Landino, representados por Ghirlandaio en un fresco de Santa María Novella de Florencia.



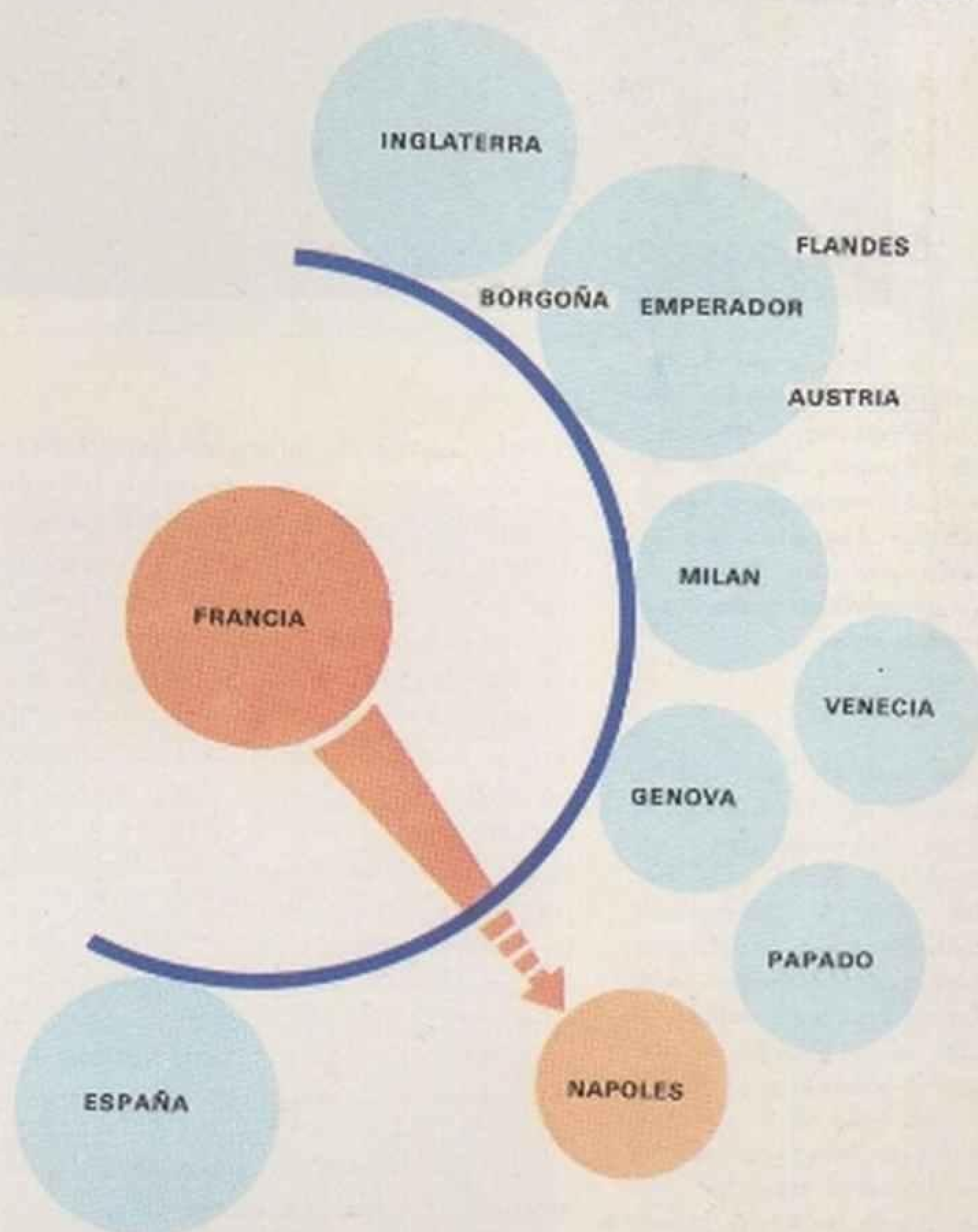
Giovanni Pico della Mirandola (Galleria degli Uffizi, Florencia). Dotado de portentosas cualidades intelectuales, estudió lenguas clásicas y semíticas, derecho, letras y filosofía. En sus obras intentó conciliar a Platón con Aristóteles y la teología cristiana con la filosofía griega.

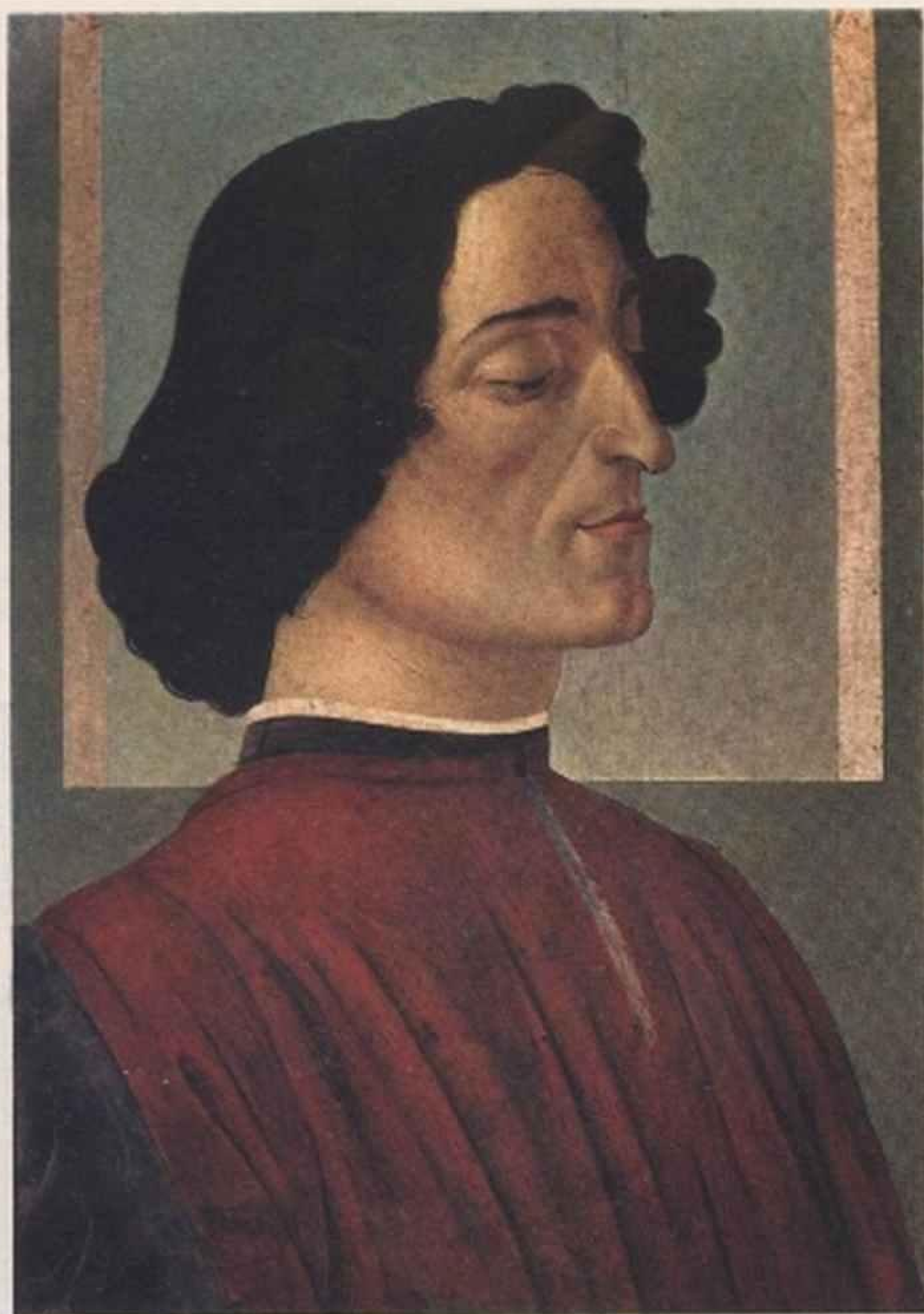
El celo renacentista de Cosme de Médicis no se reducía a una maniática afición por los libros, sino que igualmente se interesaba por todas las ciencias y las artes. "Cuando hablaba con un erudito –dice Vespasiano–, Cosme de Médicis manifestaba saber casi tanto de literatura como de negocios; con los teólogos discurría de teología, y con los músicos y astrólogos, de música y astrología. En arquitectura era un experto consumado, y lo mismo en pintura y escultura." Con las obras iniciadas por Cosme de Médicis se engalana todavía hoy Florencia; los monumentos que pagó, los artistas que protegió, y que le devolvieron centuplicado, con cuadros y estatuas, lo recibido, transformaron la ciudad en un santuario de belleza admirado desde entonces.

El nieto de Cosme, llamado Lorenzo el Magnífico, que le sucedió en la dictadura ilustrada que representaba el partido de los Médicis, tenía las mismas aficiones que su abuelo, y hasta puede ser considerado como un verdadero poeta.

Pero ni el dinero de los mecenas florentinos ni la exquisita sensibilidad de los artistas de Florencia hubieran podido cambiar a Europa entera sin los estudios y el interés que sentían por el renacimiento de la mentalidad clásica. Por esto tuvo tanta importancia la fundación por Cosme de Médicis de la Academia Platónica florentina. En un principio no fue más que un cenáculo de amigos para discutir temas literarios, y no trascendió de la camarilla de eruditos afectos a los Médicis; pero fue imitada en otras ciudades de Italia y más tarde en todas las naciones de Europa. La gran eficacia de la Academia florentina debióse principalmente a su desmedida ambición. Quería ser platónica, esto es, continuación de la Academia fundada por Platón en el barrio del Cerámico, de Atenas. *En el mundo del* espíritu no cuenta para nada la cantidad, sino la calidad; la fuerza de uno solo puede cambiar al universo entero, y un verdadero apóstol derrotar ejércitos de escépticos y pesimistas. El milagro de mover montañas con la fe se repite en los grandes momentos de la historia. La audacia de llamar platónica a la reunión de amigos de Cosme de Médicis llevó a cabo uno de estos prodigios.

El rápido triunfo de Carlos VIII en su campaña napolitana precipita la consolidación de una unión antifrancesa de carácter defensivo: la liga de Venecia, en la que los pequeños estados italianos pudieron contar con el apoyo de Fernando el Católico y el emperador Maximiliano, y en 1496 también con el de Inglaterra. Con ello se completaba por primera vez el cerco político en torno a Francia, tan característicamente utilizado por Fernando el Católico y los Habsburgos. A pesar del éxito de Fornovo (1495) en la retirada, la liga de Venecia significó el fin de la política imperialista de Carlos VIII.





Giuliano de Medici, por Sandro Botticelli (Academia de Carrara, Bérgamo). Nieto también de Cosme, heredó el mando de Florencia junto con su hermano Lorenzo. Murió asesinado por los Pazzi y por ello en adelante gobernaría Lorenzo solo.

Algo debió de influir en que los florentinos se sintieran sucesores de los filósofos de Atenas el comprender que la gran herencia de la antigüedad había ido a parar a gentes que no la merecían ni la comprendían. El año 1438 se reunió en Florencia un concilio ecuménico, para reunir la Iglesia griega y la latina, con asistencia del papa y del emperador de Constantinopla. En el séquito del emperador venían los doctores griegos, repletos de vanidad, con ojos pintados y voces ahuecadas, hablando un griego corrompido, arrastrando mantos y cubiertos de insignias. Todo lo más que podían hacer los sofistas bizantinos era enseñar unos rudimentos de gramática y proporcionar textos, y esto ya lo habían hecho. La verdadera interpretación y resurrección de la antigüedad tenían que hacerla los eruditos de Florencia.

Empero hasta para formar la Academia Platónica florentina sirvió, con sus extrañas paradojas, uno de estos fantásticos bizantinos. Se llamaba Gemistos y había nacido en Constantinopla, pero después de haber viajado por el Asia, había ido a establecerse en el lugar donde había existido la antigua Esparta. Allí se lanzó a inventar una nueva religión, más satisfactoria que la que ofrecía la corrompida Iglesia bizantina. Gemistos, que no era un místico ni un pensador original, no pudo hacer más que una mezcla de la religión persa de Zoroastro con el paganismo y el platonismo. Escribió un libro, *Las Leyes*, *Nóμοι*, según el cual el Supremo Hacedor es Júpiter, que a veces llamamos Ser, Voluntad, Actividad y Poder; éste crea las ideas, o dioses secundarios, y éstos los planetas, de los que salen los demonios, y así, por una serie genealógica, llegamos a los hombres, animales y plantas.

Gemistos vino a Italia con el séquito del emperador para asistir al concilio de 1438, y aunque no consiguió convertir a nadie a su religión, pudo convencer a Cosme de Médicis y a sus amigos de la importancia de los principios metafísicos que se contenían en los escritos de Platón. Mientras estuvo en Florencia, Gemistos redactó dos tratadítos, uno acerca de la fatalidad y libre albedrío, y otro sobre las diferencias entre Platón y Aristóteles. Gemistos atacaba a Aristóteles por ateo e inmoral, interpretando, en cambio, a Platón con un fuerte color teológico. La polémica era peligrosísima, porque Aristóteles, desde los tiempos de santo Tomás, había sido el cimiento más sólido de la escolástica católica y la escolástica musulmana; en cambio, Platón, tanto en el Islam como en el catolicismo, ofrecía amplio pasaporte a los que querían entrar en especulaciones racionalistas.

Gemistos residió en Florencia hasta el año 1440, habiendo preparado, antes de ausentarse, al joven letrado que debía ponerse a traducir las obras completas de Platón; éste era un tal Marsilio Ficino, hijo del médico de Cosme de Médicis, y habíasele educado especialmente para entender la filosofía griega. Durante doce años, Cosme pudo colaborar con Ficino en su traducción de Platón, de la manera que él lo hacía, interesándose en la labor y animándole con sus consejos. Marsilio Ficino asegura que Cosme de Médicis era tan agudo y capaz de entender materias filosóficas como prudente y decidido en la política.

A pesar del mal ejemplo de Gemistos, Marsilio Ficino se conservó como católico practicante. A la edad de cuarenta años tomó órdenes, haciendo acaso reserva mental. Cuando Cosme de Médicis le llamó para confesarse en su lecho de muerte, hablaron más de Platón que de penitencia. Para Marsilio Ficino, Sócrates y Platón habían sido tan dignos de recibir la revelación de la ver-

EUROPA EN EL SIGLO XV

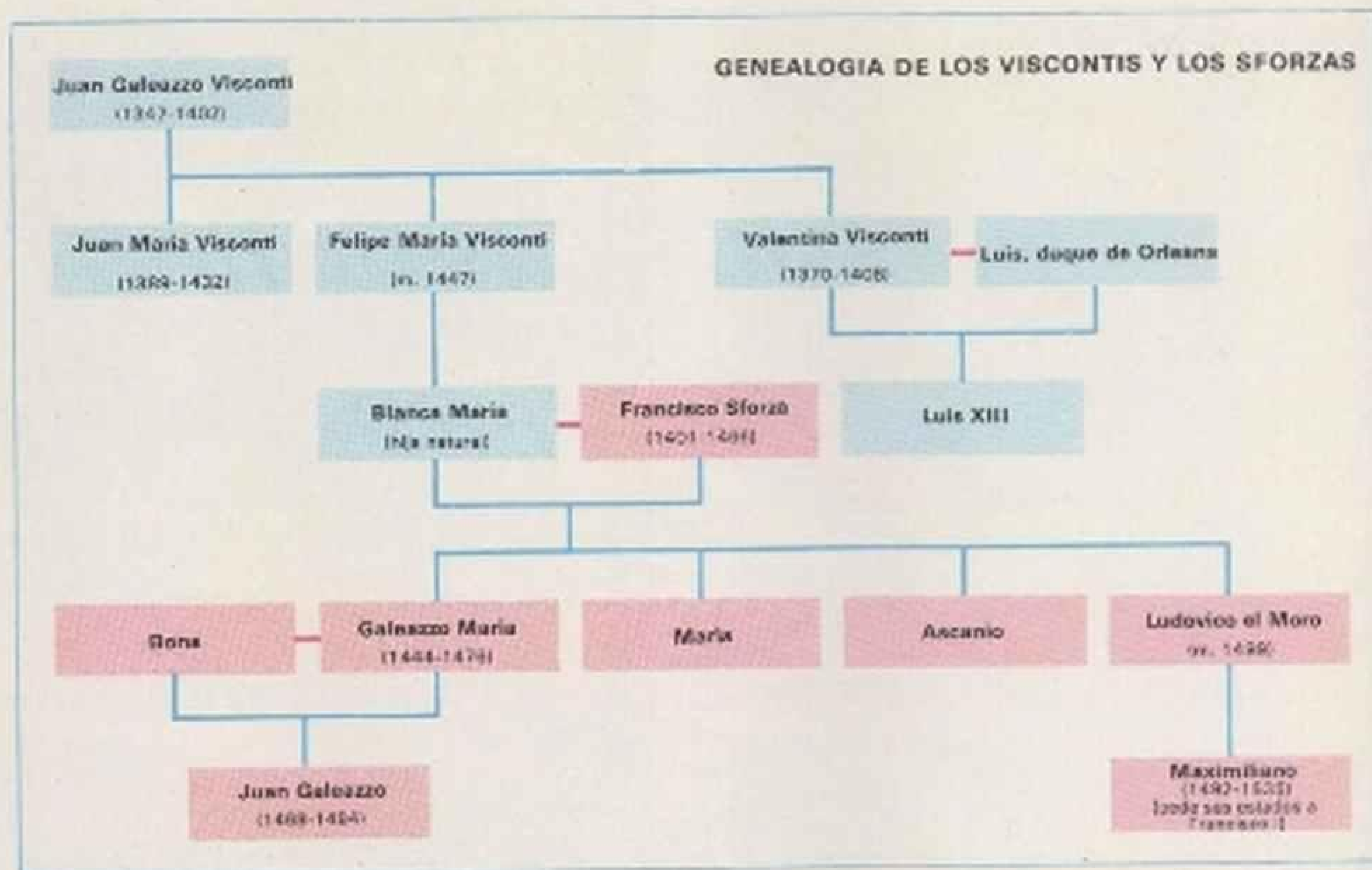
dad como los mismos evangelistas. Según él, la Iglesia, aceptando a las sibilas y poniéndolas al lado de los profetas, había, de hecho, canonizado a Platón. Después de la traducción de Platón, Marsilio Ficino acometió la de Plotino y la del tratado de las *Hierarquías celestes*, del seudo Dionisio Areopagita. Además, Ficino compuso una *Doctrina Platónica de la Inmortalidad*, en la que se hallan incluidas algunas de las deliciosas conversaciones de los miembros de la Academia Platónica florentina.

Generalmente, los académicos de Florencia se reunían, para leer las obras de Platón, en una de las *villas* que los Médicis tenían en las afueras de la ciudad. Allí había siempre una lámpara encendida delante de una estatua del filósofo de Atenas y sus aniversarios se celebraban con ceremonias y panegíricos. Un año se leyó *El Banquete*, de Platón, en la comida de costumbre, y uno de los académicos hizo la parte de Agatón, otro la de Aristófanes y otro la de Sócrates; es probable que

LEONIS BAPTISTAE ALBERTI DE REAEDIFICATORIA LIBER DECIMVS ET VLTIMVS QVI OPERVM INSTAVRATIO INSCRIBITVR.

I DE OPERVM VITIIS EMEN...

Inicio del décimo tomo de la obra de L. B. Alberti "De re aedificatoria" (primera edición, 1485) (Bibliothèque Nationale, París). Alberti, arquitecto que recibió educación humanística, perteneció también, tras varias vicisitudes, al círculo de los Médicis, y tuvo oportunidad de exponer sus ideas en esta obra y en "I cinque ordini architettonici". Su tesis consistió en recabar para el arquitecto la creación de formas basadas en la lucubración estética y en el rigor del cálculo.





Busto policromado de Niccolò da Uzzano, por Donatello (Museo Nacional, Florencia). Uzzano fue un prócer florentino que desempeñó elevados cargos en Florencia. Donatello, que le hizo este magnífico retrato, es el promotor del renacentismo escultórico en su patria y en toda Italia.

Alcibíades fuese el propio Lorenzo de Médicis, nieto del gran Cosme.

Entre los que frecuentaban el palacio de los Médicis, en Florencia, había un joven de elevada alcurnia, copiosa fortuna y hermoso continente, que se llamaba Pico della Mirandola. "Era alto y modelado finamente –dice uno de sus contemporáneos–; había en su cara el resplandor de algo divino. Era agudo y tenía una memoria prodigiosa; en sus estudios era infatigable; en sus juicios, perspicaz y elocuente. No se podía decir lo que era más extraordinario y singular en Pico della Mirandola: si sus talentos o su bondad. Se había familiarizado con todas las ramas de la filosofía y hablaba casi todas las lenguas conocidas."

Pico della Mirandola había empezado su educación en la universidad de Bolonia, donde había aprendido las lenguas clásicas, el hebreo y el árabe, además de matemáticas, lógica y filosofía. De Bolonia marchó a París, con objeto de perfeccionarse en la especialidad de aquella universidad, que era la teología. De allí regresó a Florencia y Roma, donde compuso un tratado de novecientas tesis en defensa del misticismo platónico. Filósofos y teólogos se creyeron desafiados por aquel escrito de Pico della Mirandola y encontraron más fácil obtener del papa una excomunión que refutar sus centenares de argumentos. No obstante, Pico logró del papa Alejandro VI, el segundo Borgia, su rehabilitación, sufriendo los siete años de su excomunión sin claudicar ni protestar un momento, con una conducta piadosa y ejemplar en sus devociones.

Después de haber asimilado todos los conocimientos de su época, Pico della Mirandola quiso penetrar en el terreno prohibido de las ciencias ocultas y la cábala. Por entonces le pareció haber descubierto el sentido profundo de la filosofía, que no podía percibirse por la lectura superficial y aun razonada del texto. Su última tesis iba a ser ésta: "La filosofía busca la verdad, la teología la descubre y la religión la posee". Lo que iba a ser religión para Pico della Mirandola quedó sin aclarar; murió joven todavía, a la edad de treinta y un años, dejando a la posteridad la gloria de haber sido el intelecto más poderoso de su tiempo.

Si Pico della Mirandola era el más joven de los eruditos que formaban el grupo de la Academia florentina, el más viejo era Cristoforo Landino. Era profesor de retórica en la universidad y se había especializado en el estudio de Horacio y Virgilio. Había traducido a la lengua vulgar la *Historia Natural*, de Plinio; había comentado a Dante y Petrarca, y en especial por este trabajo la República le había hecho donación de una casa en los suburbios.

Uno de los escritos de Landino, titulado *Discusiones camaldulenses*, nos ha conservado unos diálogos o conversaciones de algunos de los eruditos del grupo de los Médicis. Landino nos explica cómo, sin premeditación, marchó un día, acompañado de su hermano, a visitar un santuario de san Romualdo, el santo fundador de la Orden de los camaldulenses. En el santuario, los hermanos Landino encontraron una comitiva formada por



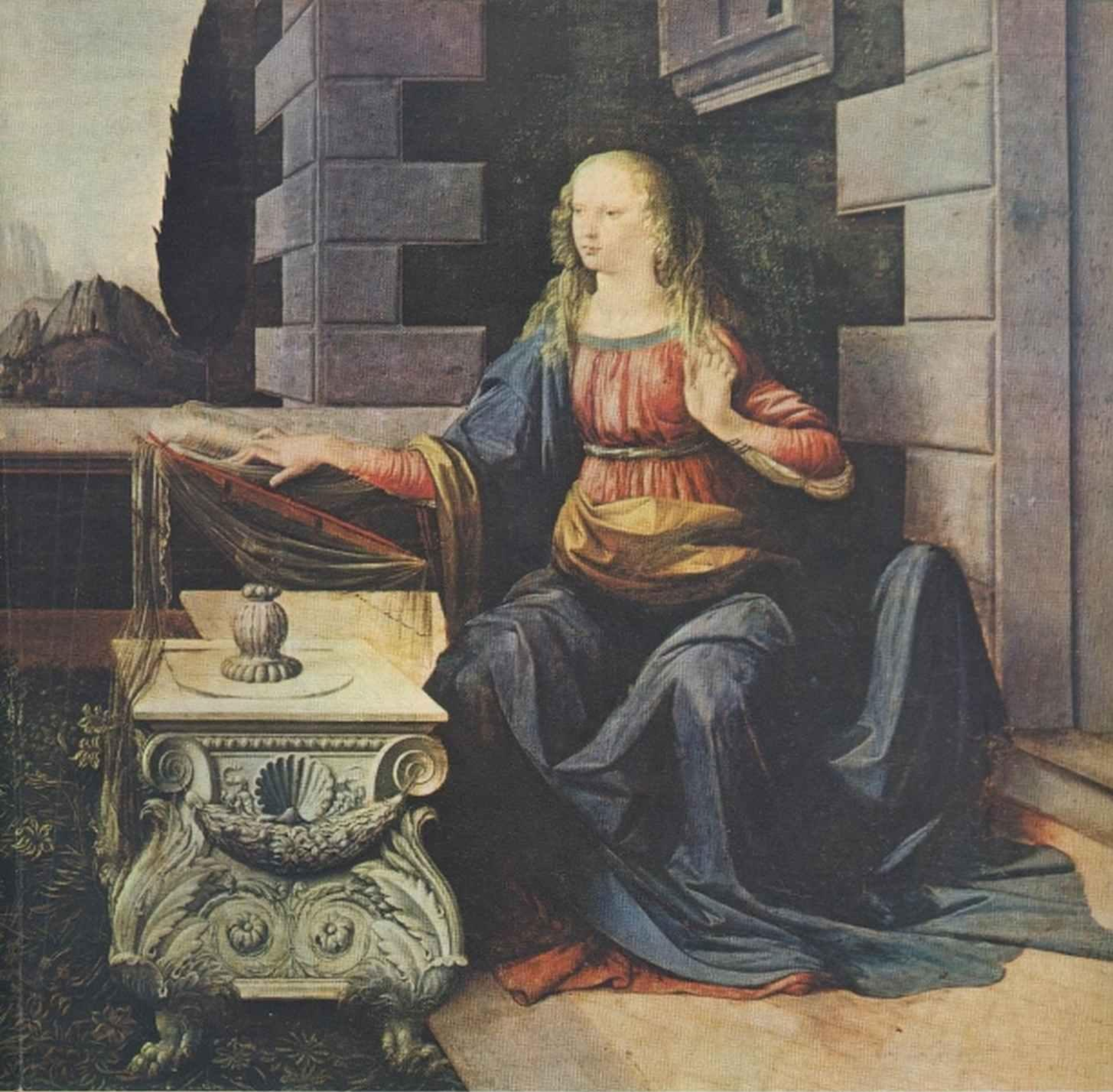
Templo de San Andrés, en Mantua, obra de L. B. Alberti. En esta obra, como en las diversas que realizó (templo malatestiano de Rímini), Alberti pudo desplegar la amplia gama de sus ideas arquitectónicas. En realidad, su arquetipo de iglesia consistía en una planta abovedada y una cúpula.



Anunciación, de Leonardo da Vinci (Galleria degli Uffizi, Florencia). La pintura del siglo XV florentino termina con la producida por el genio atormentado de Leonardo.

los nietos de Cosme de Médicis, acompañados de cinco jóvenes más pertenecientes a la aristocracia florentina. El grupo se completó con la llegada del traductor de Platón, Marsilio Ficino, y del arquitecto y filósofo Leon Battista Alberti.

La conversación a la sombra del santuario de san Romualdo duró varios días. Leon Battista Alberti empezó haciendo el elogio de la vida contemplativa, βίος θεωρητικός, o vida teorética, y Lorenzo de Médicis argumentó en favor de la βίος πρακτικός, vida práctica o activa. Alberti probó que la soledad y la meditación eran los caminos para llegar a la verdadera superioridad intelectual, pues sólo en tales condiciones el hombre se halla en comunicación directa con la naturaleza y logra obtener posesión completa de sus facultades mentales. Lorenzo de Médicis hizo ver que estas facultades no llegan a completarse hasta que su constante ejercicio las obliga a manifestarse en todo su valor. El filósofo debe mezclarse con las gentes para difundir entre ellas sus talentos y ayudar a sus semejantes. Los oyentes convinieron en que un hombre que posea talento y bondad debe so-



meterse regularmente a las dos disciplinas, *teorética* y *práctica*. En los dias siguientes se trató de aplicar esta doctrina, comparando la poesía de Virgilio con la filosofía de Platón.

La personalidad de Leon Battista Alberti servirá también para que el lector se haga cargo de la clase de talento que se iba elaborando en la escuela de Florencia. Poseia Alberti gran fuerza física y habilidad no escasa para toda clase de ejercicios corporales. Se aseguraba que los caballos más indómitos temblaban en cuanto él los montaba, acaso aplacados por el magnetismo del jinete. Parecia dotado de tal capacidad de comprensión, que no se explica sino como intuición. A la edad de veinte años compuso una comedia, en latín, que más tarde se tomó por antigua. Componia melodías, pintaba, era gran arquitecto, y su tratado de arquitectura todavía se lee con interés. Su talento tenia algo de anormal; cuando era niño perdió en gran parte la memoria, a causa de una enfermedad, y tuvo que aprender de nuevo, aunque dedicándose a otros estudios. Hizo descubrimientos de óptica y mecánica, pero además poseía facultades raras para adivinar el pen-



samiento y los secretos de la fisonomía humana. Decíase que estaba tan compenetrado con la naturaleza, que, cuando llegaba el otoño, lloraba inconsolable al ver secarse las vides y caer las hojas de los árboles. A menudo, en medio de sus trabajos arquitectónicos, hablando con operarios y albañiles, se quedaba extático, pensativo, como en mística contemplación.

Alrededor de estos humanistas, renacentistas, bibliófilos y eruditos florentinos, se iba formando una sociedad refinada. Las mujeres mismas cooperaban, por lo menos como espectadoras interesadas, al apasionado intento de restablecer la mentalidad clásica. Asistían a las fiestas del cenáculo literario de los Médicis, servían de modelo a los pintores y, con su ejemplar liberalidad, animaban elocuentemente a los creadores de una vida nueva.

Ya se comprende que con este nuevo tipo humano, con estos nuevos intereses, por lo que hemos dicho de sus estudios y de sus conversaciones, el Renacimiento florentino

Alfonso el Magnánimo, V de Aragón y I de Nápoles, según pintura conservada en el Kunsthistorisches Museum de Viena.

Fachada de Santa María Novella, en Florencia, terminada por L. B. Alberti. La parte baja es del siglo XIII y la superior quedó sin terminar. Alberti la coronó con un frontón y lo flanqueó por dos cuerpos sinuosos que ocultan las dos naves laterales del templo. El resultado estético es perfecto.

iba a inaugurar un nuevo período de actividad científica. Se había empezado con textos clásicos, y de ellos se pasaba casi insensiblemente a la mecánica y a la óptica, y a un contacto directo con la naturaleza sin la barrera de la autoridad y la tradición y sin el estorbo del guía molesto de la antigüedad griega y romana. Pero de este salto, del estudio de los textos a la grande investigación de los hechos, hablaremos luego:

Queda ahora sólo un punto que es fuerza precisar para que no crea el lector que el Renacimiento italiano del siglo XV se redujo a lo que hizo y pensó una camarilla de eruditos florentinos. El entusiasmo por el renacimiento de la antigüedad clásica se manifestó igualmente en otras partes de Italia; es cierto que el primer impulso salía de Florencia, pero fue recibido con los brazos abiertos en Milán, Nápoles, Venecia y, sobre todo, en Roma. Ya hemos dicho que Tomaso Parentucelli, uno de los eruditos del grupo florentino, fue elegido papa y tomó el nombre de Nicolás V. A él y sus sucesores Pío II y Sixto IV se debe el engrandecimiento de la Biblioteca Vaticana. Pío II, además, fundó en Siena una biblioteca en la catedral, que se conserva aún intacta. Está decorada con frescos del Pinturicchio que representan escenas de la vida de Pío II antes de ser papa, y en el centro de la estancia, extraordinario adorno para una biblioteca catedralicia, mandó poner el grupo clásico de las Tres Gracias, desnudas, labradas en mármol.



Alfonsí napolitano de Alfonso V el Magnánimo (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

El Castel Nuovo de Nápoles, donde el conquistador del reino, Alfonso V, el Magnánimo, de Aragón, reunió otra corte renacentista semejante a la de los Médicis en Florencia.

LA EDUCACION EN EL RENACIMIENTO

A través de la progresiva expansión del movimiento renovador, nacido en Italia, de aquel humanismo que rompió con los moldes de la tradición medieval, nace una nueva educación, una nueva imagen del hombre, una nueva concepción del mundo.

Frente a la pedantería, a la mecánica repetición, al uso de áridas complicaciones que apagaban el espíritu y mortificaban la naturaleza física del hombre, aparece la nueva formación, entendida como armonía de la mente y del cuerpo.

Una generación, la de los primeros humanistas, había logrado transformar radicalmente los estudios creando verdaderamente hombres nuevos. A principios del siglo XV, con el entusiasta descubrimiento del mundo clásico, habían emprendido la renovación de la cultura y de la educación.

Uno de los más destacados renovadores de la enseñanza fue Guarino de Verona, nacido en 1374, quien, después de haber permanecido cinco años en Constantinopla para perfeccionar sus conocimientos de griego y de haber enseñado en Florencia, Venecia y Verona, se trasladó a Ferrara en 1429, y allí hasta su muerte (1460) se dedicó a transformar la cultura y contribuyó a la reforma del "Estudio general" inaugurado en 1442 bajo los auspicios de Leonello de Este.

La escuela de Guarino es importante por dos aspectos: ilustre maestro de griego, sintió igual interés por textos científicos que por los literarios y se ocupó por igual de médicos (Celso) y geógrafos (Estrabón) que de filósofos o poetas. Contribuyó así a dar un sello original al Estudio y en general a toda la vida de una de las ciudades más característicamente renacentistas: Ferrara. Aún más: transformó radicalmente los métodos de enseñanza, fijó los cánones de la misma, consignados por su hijo en un breve tratado, *De ordine docendi et discendi*, destinado a una gran difusión.

A su escuela, famosa en toda Europa, asistían numerosos extranjeros que propagaron por todo el continente sus ideales educativos, sus métodos, su cultura. El mismo Vittorino de Feltre, de quien hablaremos más adelante, había sido alumno de Guarino en Venecia.



Guarino se relaciona claramente con la tratadística del primer humanismo cuatrocentista de inspiración "civil"; traduce a Plutarco y hace de él una especie de canon pedagógico moral; exalta y comenta el escrito de Pier Paolo Vergerio el Viejo sobre *Las costumbres puras y los estudios liberales de la adolescencia*, compuesto entre 1400 y 1402 en la atmósfera de la docta Florencia y destinado a ser una especie de breviario educativo europeo.

Filólogo insigne, convencido del gran valor del griego y de su cultura, Guarino fue un gran educador, que unió siempre estrechamente las "letras" a las "ciencias". Estaba convencido de que la nueva cultura sólo podía impartirse en nuevas escuelas; no sentía ningún entusiasmo por la universidad, en la que él mismo había enseñado como maestro de retórica, y por esto se empeña en crear nuevas instituciones docentes y en transformar las que ya existían, a la par que impulsa la formación de la primera gran tratadística pedagógica de la edad moderna. El maestro de Verona y Vittorino de Feltre estructuraron un tipo de colegio-internado (el *contubernium*) destinado a formar las clases dirigentes de los nuevos estados y los futuros educadores y hombres cultos. En 1408, un profesor de retórica, Gasparino Barzizza, célebre por sus estudios ciceronianos, había intentado ya algo parecido, en Padua, para los nobles venecianos.

Guarino inaugura en 1420, en Verona, una escuela pública por encargo del Común y una escuela particular de pago, en su propia casa, para alumnos forasteros y de la ciudad. Este colegio tenía plazas limitadas y los precios eran muy elevados; ayudaban a Guarino, su mujer, sus hijos y algunos colaboradores externos: la escuela era alegre y familiar; los estudiantes, amigos; éstos, una vez alcanzado cierto grado de capacidad, se convertían en colaboradores. Los ejercicios físicos, los paseos, la natación, la caza y la danza alternaban con las lecciones; el plan de estudios era orgánico y preciso en su progresión. Guarino "leía" por las mañanas un autor latino, por las tardes uno griego. A medida que la preparación lingüística se perfeccionaba, se conocían nuevos autores y se escogían textos más especializados hasta llegar a las grandes filosofías de Platón y Aristóteles.

Digna, sin duda, de gran relieve en la escuela de Guarino es la apertura no sólo a los hijos de grandes familias, sino también a jóvenes modestos, que se convertirán a su vez en maestros, pero sobre todo queda en primer plano el basar toda preparación específica en una común formación humana. La universidad es una escuela que forma especialistas: médicos, juristas, teólogos; en cambio, el "gimnasio" humanístico quiere suscitar en todos los hombres la humanidad: *hominibus humanitatem*, por citar las palabras mismas de Guarino. El estudio de las lenguas antiguas, de las obras maestras paganas, de las grandes obras de ciencia y pensamiento, unidas a la vida en común del *contubernium*, a los ejercicios armónicos del cuerpo, es preliminar a cualquier especialización; esto debe constituir la sustancia humana del hombre, la base común necesaria a la vida ciudadana, a la obra mundana.

Contemporánea a la de Guarino, la escuela de Vittorino de Feltre, situada en la *Giocosa* (la casa de los juegos), una finca puesta a su disposición por Gianfrancesco Gonzaga, marqués de Mantua, en 1423, está también dedicada a proporcionar enseñanzas "con toda amenidad" y en perfecta "libertad" a ricos y pobres. La enseñanza, dirigida siempre al conocimiento de las obras clásicas, está constantemente unida al ejercicio practicado como juego o competición, en una atmósfera de afectuosa familiaridad.

De nuevo en primer plano la preocupación humana: *Omnis humanitatis pater* es el lema grabado al dorso de una medalla en la que Pisanello reprodujo el rostro del "maestro", y es probablemente aquí, en este ideal de educación universalmente humana, donde queda mejor expresado el significado del humanismo renacentista.

El éxito de estas escuelas, de estos colegios organizados por los humanistas, hizo sentir sus efectos en las viejas universidades, que lentamente fueron aceptando los nuevos métodos y los nuevos estudios.

Las disciplinas "reales", las matemáticas y la astrología, desbordan los límites angostos del *cuadrivium* medieval y toman un lugar prominente, al mismo tiempo que las investigaciones de "gramáticos" e "historiadores" como Valla o Poliziano asumen una importancia insospechada, incluso en el campo de las ciencias jurídicas.

Sin ninguna duda, la escuela humanística que caracterizó a Europa entre los siglos XVI y XVIII se empezó a definir en la Italia del siglo XV en el punto de confluencia entre la tratadística ético-política y la acción práctica de los nuevos maestros. Era aquella educación humana que antes que el especialista quería formar al ciudadano capaz de contribuir a la administración pública, dotado de las virtudes necesarias al regidor y al defensor de la patria. Era aquella educación que enseña, antes que cualquier otra disciplina, el oficio de hombre.

H.P.

En Roma se fundó también una Academia romana por Pomponio Leto, la cual empezó a funcionar ya a mediados del siglo XV. En Nápoles el rey de Aragón Alfonso V, el Magnánimo, demostró el mismo interés por apadrinar la cultura clásica renaciente que el que manifestaban los Médicis en Florencia. El famoso Pontano, cuyo nombre tomó después la Academia napolitana, sobrevivió a su señor, el rey Alfonso, pues no murió hasta el año 1503, dejando en Nápoles una escuela de poetas y eruditos comparable a la de Florencia. La Academia de helenistas, de Venecia, fue inaugurada en 1500, y el que puede considerarse como su fundador, Aldo Manuzio, ya pertenecía a otra época. Era un impresor famoso, del que hablaremos más adelante.



El cardenal Eneas Silvio Piccolomini, después papa Pío II, dirigiéndose al concilio de Basilea. Fresco de Pintaricchio en la catedral de Siena.

BIBLIOGRAFIA

Berenson, B.	*The Italian Painters of the Renaissance,* Londres, 1954.
Burckhardt, J.	*La cultura italiana del Renacimiento,* Madrid, 1946.
Ferguson, W. K.	*The Renaissance in Historical Thought. Five Centuries of interpretation,* Boston, 1948.
Garin, E.	*Il Rinascimento italiano,* Milán, 1941. – *Scienza e vita civile nel Rinascimento italiano,* Bari, 1965. – *Medioevo i Rinascimento,* Bari, 1954.
Hay, D.	*The Italian Renaissance in its Historical Background,* Cambridge, 1961.
Martin, A. von	*Sociología del Renacimiento,* México, 1946.
Sapegno, N.	*Historia de la literatura italiana,* Barcelona, 1964.
Vicens Vives, J.	*Historia general moderna. Del Renacimiento a la crisis del siglo XX,* Barcelona, 1968 (5.ª ed.).



Lorenzo el Magnífico, por Verrocchio (National Gallery of Art, Washington). Este escultor florentino sobresalió particularmente en los trabajos en bronce, al que infundió nerviosismo y profundidad.



Vista de Brusa, en Asia Menor, una de las ciudades conquistadas por Orkán y que convirtió en capital de su reino. Destacan las edificaciones de la Mezquita Verde y el Mausoleo Verde. En Brusa están enterrados los seis primeros soberanos turcos.

Avance de los turcos en Europa en los siglos XV y XVI

Plinio menciona ya a los turcos; los incluye entre los pueblos trashumantes que viven al norte del Bósforo; *vastas sylvas occupant*, dice Pomponio Mela hablando de ellos. Gentes de raza turania, muy mezclada con sus vecinos arios, permanecieron inactivas hasta que las hordas de mongoles las empujaron a las tierras del Asia Menor. Aprovechándose de la destrucción del califato de Bagdad por los mongoles, un grupo de turcos empezó a establecerse sólidamente en la frontera de Armenia. El primer caudillo de estos recién llegados se llamaba Ertogrul; él fue, según se cuenta, quien tuvo la visión de la media luna que iba creciendo de los pechos de su enamorada, y que tenía que ser el símbolo de la nación turca. El hijo de Ertogrul, Osmán, es venerado todavía por los turcos como el fundador de la nación; de aquí que éstos se llamen *osman-*

RELACIONES DE ESPAÑA CON LOS TURCOS DURANTE LA EDAD MEDIA

El interés de las gentes de la península ibérica por las cosas del Asia Central, y muy en concreto por los turcos, parece venir de muy lejos. La imitación, a veces servil, que los reyes de taifas hicieron de las modas del califato abbasí les llevaron a introducir entre sus esclavos a los turcos ogguz, quienes, posiblemente, llegaron en manos de los mercaderes que monopolizaban el comercio con el Asia Menor; más tarde encontramos otros turcos o mongoles sirviendo como soldados tanto en los ejércitos de Granada como en el castellano y, finalmente, llega el primer contacto directo entre las gentes de la península y las del Asia Central. Enrique III el Doliente, que había oído hablar de las hazañas de Tamerlán, envió a éste una embajada, presidida por Ruy González de Clavijo, que llegó a Asia en un momento del máximo interés histórico: en el del enfrentamiento del turco otomano Bayaceto con el señor de los nómadas del Asia Central. Y la embajada castellana se enteró al detalle de los acontecimientos que le tocó vivir hasta el punto de que su relación del viaje aún hoy constituye una notable fuente de conocimiento de la historia de esos acontecimientos. "Las razones por las que el turco y Tamorlán -dice- se conocieron y el segundo fue a luchar a tierras turcas y a pelear con el primero, fue esto: un caballero llamado Tratan, señor de esta ciudad de Arzinga, tenía sus tierras fronterizas con las del señorío de Bayaceto. Y el turco, codiciando estas tierras, le envió a decir que se le atributase y que le entregase el castillo fuerte de la tierra. Tratan dijo que le placía de conocerle señorío y de darle tributo, pero que no le entregaría la fortaleza. El turco envió decirle entonces que le convenía de dársela, y que si no lo hacía, que había de perder toda la tierra..." Pero Tratan, lejos de arredrarse, pidió auxilio a Tamorlán y "Bayaceto, que nunca había oído de Tamorlán, a no ser en aquella hora, y teniendo que no había en el mundo hombre más poderoso que él, acogió esto con tan grande saña que era maravilla..." y le desafió. Los dos ejércitos, después de una serie de maniobras, terminaron por chocar. "Como no se podían avenir el turco y Tamorlán, reunieron sus gentes. Tamorlán, que la tenía más presta, partió de Persia y se vino para Turquía... y llegóse a tierra de Arzinga y a la ciudad de Samastra. Cuando el Bayaceto supo que Tamorlán estaba en su tierra, dejó el camino que traía y la impedimenta de su hueste en un castillo llamado Angora, y tomó su gente y fuese para Tamorlán. Este que supo el ardid del turco, dejó aquel camino que llevaba y tomó a la izquierda por una montaña. Cuando el turco llegó a par de Samastra, supo como Tamorlán había dejado el camino que llevaba y había tomado otro, pensó que huía y fue en pos de él cuanto más pudo. Tamorlán, en cuanto hubo estado ocho días en las montañas, volvió al camino llano y se fue al castillo de Angora, donde el turco dejó su impedimenta y robósela. Al saber que Tamorlán estaba sobre Angora, anduvo el turco cuanto más pudo, y cuando llegó, traía la gente cansada. Tamorlán había hecho aquel rodeo para desordenar sus planes, y allí tuvieron que pelear y fue vencido y preso el turco."

J. V.

lies, que quiere decir descendientes de Osmán; pero como los europeos pronunciaron *Otmán*, por este error se les llama *otomanos*. Entre las reliquias del tesoro de Constantinopla se guarda el sable de dos filos y el estandarte de Osmán, u Otmán, al lado del manto del profeta Mahoma.

Orkán, hijo de Osmán, consiguió extender su autoridad hasta el Bósforo. A mediados del siglo XIII conquistó a Nicea (llamada desde entonces Isnik), Nicomedia y Brusa, de la que hizo su capital. En Brusa fueron enterrados los seis primeros soberanos turcos; sus sarcófagos están rodeados de más de quinientas sepulturas de bajaes, santones, poetas y jurisconsultos. Otro centro de la primitiva civilización turca fue Nicea. La iglesia donde se había reunido en 325 el gran concilio ecuménico convirtióse en mezquita y se fundó allí una escuela de derecho y teología que todavía subsiste. En fin, Orkán preparó las conquistas de sus descendientes con la creación de la milicia profesional turca: los batallones de jenízaros. Para formarlos se seleccionaban a los



La Mezquita Verde en la antigua Nicea, ciudad también conquistada por Orkán.

más robustos niños cristianos, del botín de las ciudades o del mercado de esclavos, y se los educaba según los principios del Islam y para la vida militar. El escoger a hijos de cristianos para pelear contra cristianos no se hacía por simple rencor, sino porque se necesitaban muchachos "sin familia, para que pertenecieran enteramente al monarca". Tales personas debían reclutarse entre esclavos, y como el Islam no admite esclavitud de los creyentes, había que buscarlos entre los cristianos. Pero se hacían libres al crecer dentro del Islam, en tanto que adquirían hábitos guerreros. "¿No ha dicho por ventura el profeta que todos, al nacer, nacemos mahometanos? No habrá, pues, más que beneficio para ellos al devolverlos a la verdadera religión, aunque no fuera ésta la que practicaron sus padres." Tales son, por lo menos, las palabras del santón que aconsejó a Orkán la creación del cuerpo de jenízaros. El nombre es una corrupción latina de *Yengi-Cheri*, que quiere decir, en turco, soldados nuevos. Al principio sólo se agregaban cada año mil soldados al cuerpo de los jenízaros, pero poco a poco se fue elevando la cifra de los reclutas, y algunos años estas levas llegaron a los cuarenta mil bisoños. Esto explica la fuerza militar de Turquía, y también su debilidad, porque dependía de unas milicias adiestradas en el arte de la guerra, pero sin vínculos de raza ni familia, y casi sin religión. Los jenízaros se jugaban la vida por espíritu de cuerpo, pero, si se rebelaban, dejaban al estado turco completamente indefenso. Existía en ellos algo más que el pundonor del soldado, orgulloso de pertenecer a la milicia: había cierto odio de casta, con una mentalidad casi salvaje, que los hacía irresistibles en el combate. Con estas milicias sin patriotismo, aunque bien disciplinadas, Turquía llegó a ser una de las potencias militares de Europa hasta mediados del siglo XVII.

El episodio del paso, por los turcos, de la ribera asiática a la de Europa es, en la leyenda, una novela de aventuras. Una noche del año 1357, reinando todavía Orkán, su hijo Suleimán cruzó el Helesponto en unas armadías, acompañado sólo de sesenta jenízaros. Ya en la costa europea, sorprendió a las gentes de la población bizantina de Tzimpo, llevándose las barcas que había en el puerto. Estas embarcaciones de pescadores fueron la primera armada turca. La realidad es que en la lucha entre Juan Cantacuzeno (Juan VI) y los Paleólogos, el primero, cuya hija casó con el propio Orkán, llamó



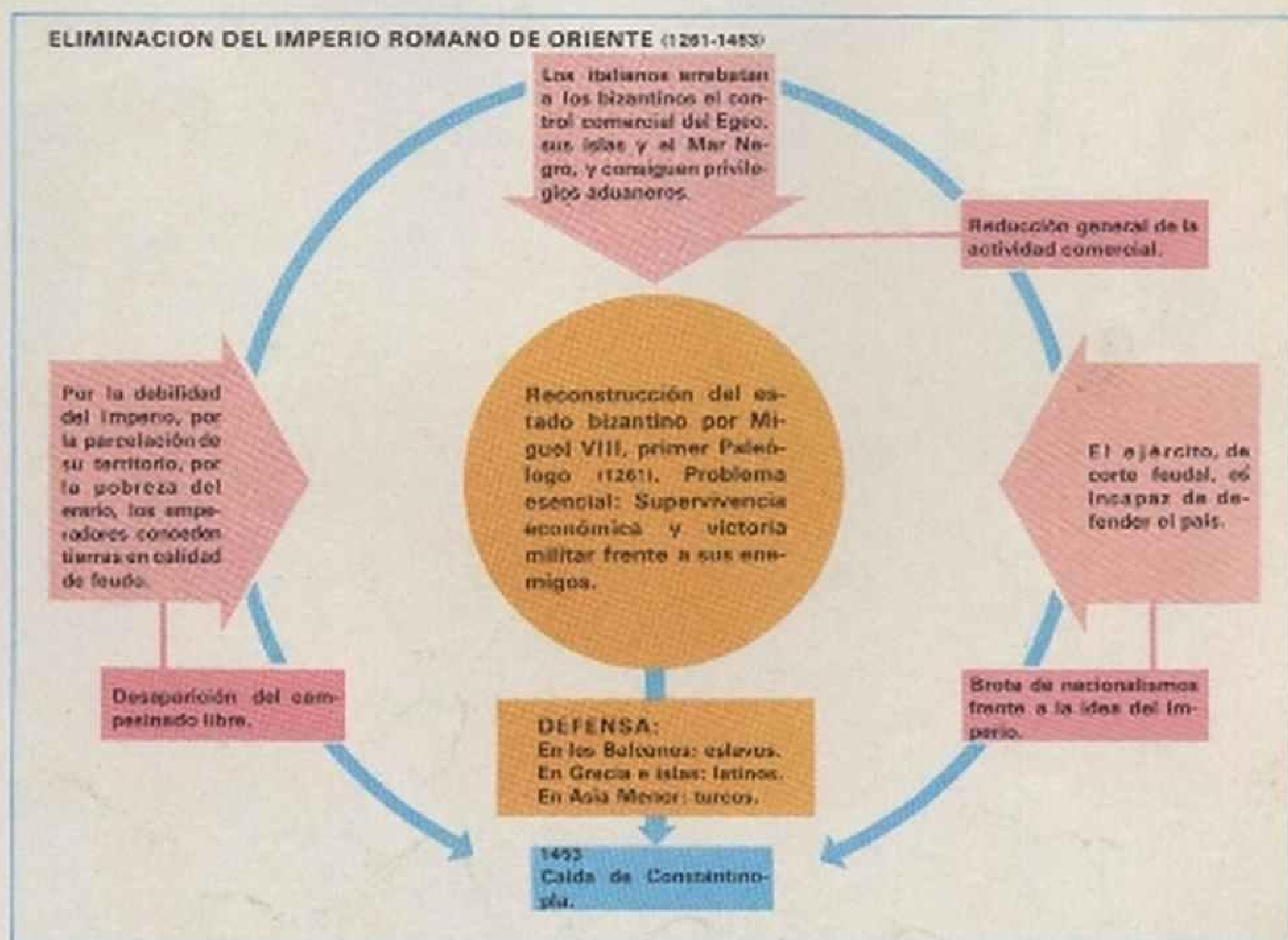
Desfile actual, realizado en Esmirna, que evoca el paso de los antiguos jenízaros, la tropa escogida creada por Orkán y en la que residió durante siglos la fuerza militar de Turquía.



en su ayuda a los turcos y consintió su establecimiento en la costa europea, en Tzimpo. No fue posible arrojarlos después y desde allí se extendieron hasta Gallipoli. No satisfecho con la posesión de Gallipoli, Suleimán, casi sin el consentimiento de su padre Orkán, fue conquistando tierras y ciudades en Europa; a su muerte, de una caída de caballo, en el año 1359, había llegado hasta Rodosto. Su hermano Murad, que sucedió a Orkán, continuó las campañas de Suleimán en Europa, conquistando a Adrianópolis. La estratégica situación de Adrianópolis decidió a Murad a trasladar allí la capital. Brusa quedó como una ciudad santa del Asia, y Adrianópolis, en Europa, fue la sede del gobierno hasta que un siglo después, en el año 1453, con la caída de Constantinopla, los turcos pudieron establecerse en el prestigioso solar de la antigua Bizancio.

Si se conocen los detalles de la historia de esta época, no parecerá extraño que los turcos tardaran casi un siglo en trasladar la capital de Adrianópolis a Constantinopla, separadas por poco más de doscientos kilómetros. Pero no fueron los emperadores bizantinos los que les detuvieron: fueron los servios y los mongoles, los unos amenazando desde el Occidente y los otros atacando por el Oriente, quienes impidieron el avance de los turcos. Hacía ya tiempo que la pequeña nación servia venía engrandeciéndose a expensas de Bizancio cuando los turcos se

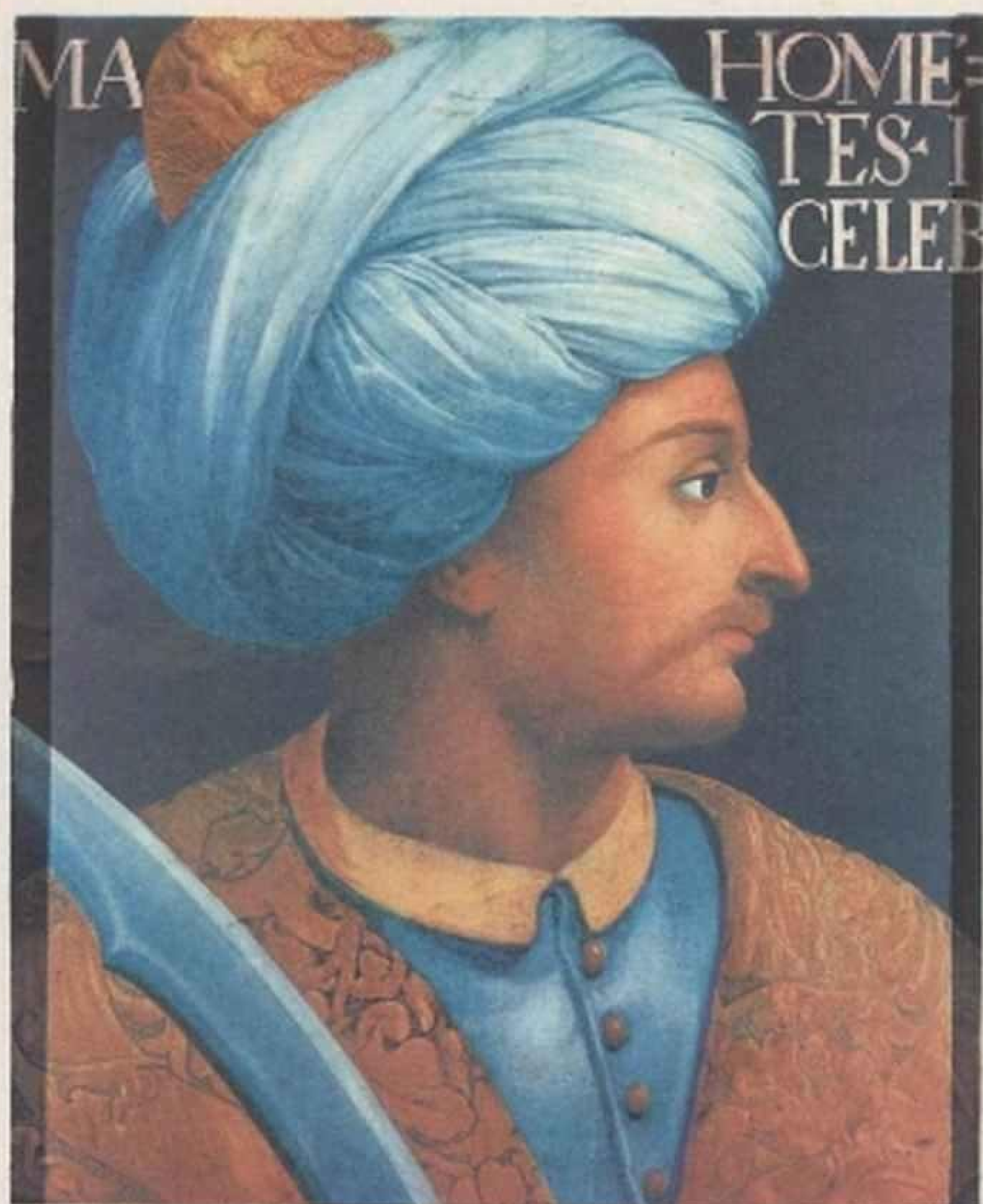
El sultán Murad I (miniatura turca del ms. 140; Bibliothèque Nationale, París). El hijo y sucesor de Orkán continuó las conquistas de su padre y hermano por Europa y se apoderó de Adrianópolis, adonde trasladó su capital. También luchó contra servios y búlgaros. Destrozó a los primeros en Kossovo y ocupó a Tirnovo, la capital de los búlgaros.



establecieron en Europa. El choque entre servios y turcos era inevitable desde la conquista de Adrianópolis. En 1387 los turcos habían sido derrotados por los servios, pero éstos fueron finalmente vencidos en 1389 en la llanura de Kossova. La batalla de Kossova es uno de los grandes jalones de la historia. Para reparar el daño sufrido en Kossova, servios, búlgaros y albaneses han venido luchando hasta nuestro siglo. La jornada de Kossova fue fatal hasta para los turcos vencedores, pues el sultán Murad fue asesinado por un servio. Lázaro, rey de los servios, hecho prisionero por los turcos, fue ajusticiado. La muerte de los dos monarcas debía naturalmente paralizar a ambas naciones por algún tiempo. Además, por Oriente aparecían otra vez los mongoles, reavivadas sus energías con la personalidad poderosa de Tamerlán. Cuando el hijo de Murad, Bayaceto I, comenzaba a avanzar otra vez hacia Hungría, viose obligado a retroceder para detener al Gran Khan, que estaba ya en el Asia Menor. El choque de turcos y mongoles prodújose en el llano de Angora el año 1402. Y he aquí otro jalón de la historia: Bayaceto fue vencido y cayó prisionero, pero la batalla hubo de ser tan sangrienta, que Tamerlán no se sintió con fuerzas para continuar atacando hacia Occidente y regresó para conquistar la China, última aventura de su vida, en la que halló la muerte.

Bayaceto murió, según se dice, encerrado por Tamerlán en una jaula de hierro. Había dejado cinco hijos, todos pretendientes al trono. Sus discordias retardaron también el avance turco. Uno de los hijos de Bayaceto se apoyaba en el espectro de emperador bizantino que reinaba dentro de los muros de Constantinopla. Otro se alió con el déspota que todavía gobernaba a los servios. Otro en Asia... Desde 1402 a 1421, Turquía vivió un período de guerras civiles: las de los hijos de Bayaceto. Por fin uno de ellos, llamado Mohamed I, consiguió recobrar los estados de su padre y prepararlos para su mayor engrandecimiento. Murió en 1421, nombrando sucesor a su hijo Murad, llamado el segundo, que sólo contaba dieciocho años.

Irritado por los auxilios que el emperador había concedido a su tío y a su hermano, Murad II puso el primer sitio a Cons-



Mohamed I (Galleria degli Uffizi, Florencia). El sucesor de Bayaceto tuvo que luchar contra sus hermanos para hacerse con el poder y reconstruir los estados de su padre. Las relaciones con Constantinopla fueron pacíficas durante su reinado.



Mausoleo de Mohamed I en Brusa.

tantinopla. Esta vez los turcos hubieron de retirarse, y el pueblo de Bizancio lo atribuyó a haberse aparecido una Virgen, vestida de color violeta y rodeada de una aureola de luz, en la brecha de las murallas. Lo cierto era que un nuevo peligro se cernía sobre los turcos por el Norte. Conmovido Occidente por la amenaza turca, el papa Eugenio IV convocó una cruzada, y un ejército, mandado por Juan Hunyadi y Ladislao de Polonia, acudió en socorro de Constantinopla. Pero los cruzados fueron vencidos por el sultán en la batalla de Varna (1444).

Episodio heroico de esta época es la resistencia del legendario Skanderbeg, cuyo nombre viene de Iskander-Bey, o Alejandro-Bey, como le llamaban los turcos. Había sido enviado con sus hermanos, como rehén, a la corte de Murad II. Convertido al mahometismo, era el preferido del sultán, que le animaba llamándole otro Alejandro (o Iskander) el Grande, que es como se habla de Alejandro en el Alcorán. En un momento propicio, Skanderbeg escapó de la corte turca, arrancando antes, a la fuerza, una orden del ministro del sultán para que le entregaran las llaves de la capital del Epiro. Skanderbeg reunió a todos los caudillos montaneses del Epiro y de Albania, y durante un cuarto de siglo desbarataron, uno tras otro, a todos los ejércitos turcos enviados para subyugarlos.

El hijo de Murad, Mohamed II, se decidió a emprender la conquista de Constantinopla el año 1453. Mandó fundir cañones colosales, reunió una flota de doscientos ochenta navíos, y su ejército se aumentó hasta doscientos cincuenta mil jenízaros y voluntarios. Mohamed II poseía una educación excepcional para un monarca turco. Con aficiones científicas y literarias, creía poder augurar las fechas que serían favorables para sus empresas militares. Además del turco, hablaba el árabe, el persa, el hebreo, el griego y el latín.

Dentro de la gran metrópoli regida por el emperador Constantino Paleólogo, todavía muy joven, las fuerzas militares eran muy reducidas. Pero su pueblo contaba, naturalmente, con la protección de las divinas po-



La restauración de los Paleólogos no hizo que Bizancio recobrara su posición de gran estado único a caballo entre el Asia Menor y los Balcanes. La característica de estas zonas siguió siendo la fragmentación política y la extrema variabilidad de las fronteras todavía durante un siglo. Para las ardorosas e inquietas tribus turcomanas es un momento de apogeo; demasiado alejados los sultanes mongoles para poder controlarlos, sin ninguna defensa en Asia Menor, erran libremente y dejan sentir su amenaza sobre las últimas dependencias bizantinas: Trebisonda, Armenia. Cada grupo, cada jefe, se talla un pequeño estado. Entre éstos destaca por su proximidad a Constantinopla el pequeño territorio que ocupan los turcos u osmanlíes.
En el norte de los Balcanes, Hungría y Polonia parecen muy próximas a los países occidentales. Como en aquéllos, sus monarcas tratan de afirmar su autoridad contra la nobleza feudal; se vive una época nacionalista, muy brillante culturalmente (fundación de la universidad de Pécs en Hungría y Cracovia en Polonia), y el país se extiende.
Hungría, bajo Luis el Grande, alcanza su máxima extensión: tiene bajo vasallaje a Valaquia y Moldavia, y lucha en Dalmacia por expulsar a Venecia. Polonia, cuyo rey Casimiro el Grande cede Silesia a los alemanes, conquista Galitzia y Volinia a los principados rusos. Sobre éstos, organizados en pequeños principados independientes, pesa también el afán expansivo del ducado de Lituania.

testades, y en particular *la Panagia*, o Madre de Dios, que ya se había aparecido cuando el ataque de Murad II. "Mi confianza está en Dios –respondió el emperador bizantino al sultán turco–; si a Él le place amansarte, yo me alegraré de tu amistad, y si Él te entrega a Constantinopla, me resignaré a sus decretos; pero mientras yo no vea clara su voluntad, mi deber es vivir y morir defendiendo a mi pueblo."

Constantino Paleólogo esperaba, además, auxilio de la cristiandad occidental. Había enviado delegados, que no pudieron conseguir del papa más que la promesa de que predicaría una cruzada si los griegos definitivamente, y sin reservas, se reunían a la Iglesia latina. Pero esto no era cosa fácil. Algunos cismáticos habían caído ya bajo el yugo turco, y para ellos la unión de las Iglesias no tenía el mismo interés político que para los griegos de Constantinopla. Los emperadores, sin embargo, no cesaron de esforzarse para conseguir la unión, que era el preliminar de la cruzada. Ya en 1369 el emperador Juan V Paleólogo había visitado a Roma, consintiendo en besar las sandalias del pontífice. Su hijo Manuel no sólo fue a Italia para implorar alianzas, sino que hasta visitó con idéntico fin las cortes de Francia e Inglaterra. Juan VIII Paleólogo, en el concilio celebrado en Florencia el año 1439, asintió a todo lo que le pedían, y los representantes del papa y del patriarca se abrazaron en la catedral de Florencia. La escena se repitió después en la iglesia de Santa Sofía, al regresar el emperador del concilio. Así, pues, a pesar del disgusto que causó a la mayoría de los griegos ver mezclar en la comunión el agua con el vino, y las hostias de pan sin levadura, algunos aceptaron de buena fe las proposiciones del papa. Puede decirse que la cuestión religiosa no hubiera sido obstáculo para el socorro que se pedía en Oriente, pero a mediados del siglo XV el papado atravesaba una crisis de autoridad, y aunque el pontífice hubiese querido, su intervención

Skanderbeg, el legendario jefe de la resistencia albanesa a la ocupación turca.





Murad II (Galleria degli Uffizi, Florencia). Irritado el sultán por el apoyo que Constantinopla prestó a su tío y a su hermano, que le disputaban el trono, decidió acabar de una vez con la sombra de Imperio griego. Constantinopla resistió el asedio y Murad asoló la península de Morea. A pesar de este fracaso, el sultán de los turcos derrotó en Varna a los cruzados que, al mando de Juan Hunyadi de Hungría y Ladislao de Polonia, acudían en socorro de Constantinopla.



La fortaleza de Rumeli-Hissar, elevada en la orilla europea del Bósforo por Mohamed II para cortar las comunicaciones de Constantinopla con las zonas del Norte y del mar Negro.

NOTAS SOCIOECONOMICAS DEL IMPERIO TURCO

A los cautivos de la Sublime Puerta les extrañaba en el siglo XVI el peculiar sistema de gobierno y organización social de la pujante Turquía. Pero creían poder adivinar las dos grandes líneas del mismo: 1.º todos los súbditos eran esclavos del soberano; 2.º los turcos tenían aversión a los grandes edificios de tipo privado. La primera observación aparece reiteradamente en los textos de la época. Así, el *Viaje de Turquía* dice: "Juan: Espántame decir que todos sean allá esclavos, si no el Rey'. –Pedro: Todos lo son, y muchas veces veréis uno que es esclavo del esclavo del esclavo..." Naturalmente, esos mismos cautivos se plantearon el valor de un ejército constituido por milicias esclavas –al fin y al cabo, los jenízaros lo eran– y no siempre acertaron a comprender las causas de sus victorias: faltos de conocimientos históricos, no se dieron cuenta de que a lo largo de los siglos han existido varios estados administrados y dirigidos por esclavos. Pero la raíz del problema –aunque los políticos y eruditos de la época no la adivinaron– radica en la segunda observación: en el poco apego de los turcos por los bienes inmuebles, reflejo de su originaria procedencia nómada. La técnica de gobierno implantada por la Sublime Puerta no se diferenciaba, en esencia, de la que un propietario de ganados utiliza con sus reses: lo único que importa es sacar el máximo provecho. De aquí que un funcionario desafortunado pagara con su vida, y sin recibir explicaciones, sus errores, igual que si fuera un animal; que la familia imperial, por línea femenina, tuviera una ascendencia de esclavos; que los hermanos y parientes del nuevo soberano fueran ejecutados para que no pudieran tener ambiciones; que los jenízaros (cuerpo de élite formado por los niños cristianos arrancados a sus padres en la tierna infancia, convertidos al Islam y educados en una disciplina feroz) no tuvieran posibilidades de contraer matrimonio hasta que las fuerzas físicas empezaban a declinar y que el terreno conquistado fuera visto como una gigantesca granja en la que lo de menos era la extensión territorial y lo de más los beneficios que producía; en ella los operarios eran cristianos, judíos y los musulmanes que no pertenecían a la familia del señor, es decir, que no eran turcos. Todos ellos, agobiados de impuestos –más reducidos para los últimos–, tenían que rendir el máximo y carecían prácticamente de derechos frente al estado, aunque los tuvieran extensos y reglamentados dentro de su respectiva comunidad. En justa correspondencia, el estado les concedía la gracia de no admitirlos en las filas del ejército.

J. V.

en favor del Imperio bizantino no hubiera sido muy eficaz.

Mientras en Constantinopla se debatía si *debía preferirse el turbante del turco al sombrero del cardenal*, y si Santa Sofía había quedado o no profanada por la comunión con los latinos, Mohamed II iba asentando sus baterías de cañones contra la muralla que defendía la capital por la parte de tierra. Hacía poco que el empleo de la pólvora había sido enseñado a los turcos por renegados cristianos, y en esta ocasión les sirvió de mucho, aunque no fuera más que para darles ánimo con estrepitosas descargas.

Por fin, el sultán imaginó desmoralizar a los griegos introduciendo su armada dentro del Cuerno de Oro; éste estaba cerrado por una cadena y bien defendido. Mohamed II ordenó trasladar por tierra ochenta galeras, haciendo construir unos terraplenes con tablones engrasados en la península que por el Norte cierra el puerto de Constantinopla. Los buques, colocados sobre unos andamios con ruedas, fueron arrastrados por los jenízaros. Se habían extendido las velas, y el viento, soplando favorable, ayudaba a los que tiraban de las cuerdas. La operación del transporte se realizó en una sola noche.

Con estas pruebas de tenacidad, y con este alarde de recursos ilimitado, el sultán trató de intimidar al último de los emperadores bizantinos para obligarle a capitular. Hacía cincuenta días que duraba el sitio, y la artillería turca, por fin, había destruido cuatro torres. Pero en este momento angustioso el descendiente de los césares romanos se mostró digno de su cargo, prefiriendo morir en la brecha a rendir Constantinopla a los mahometanos.



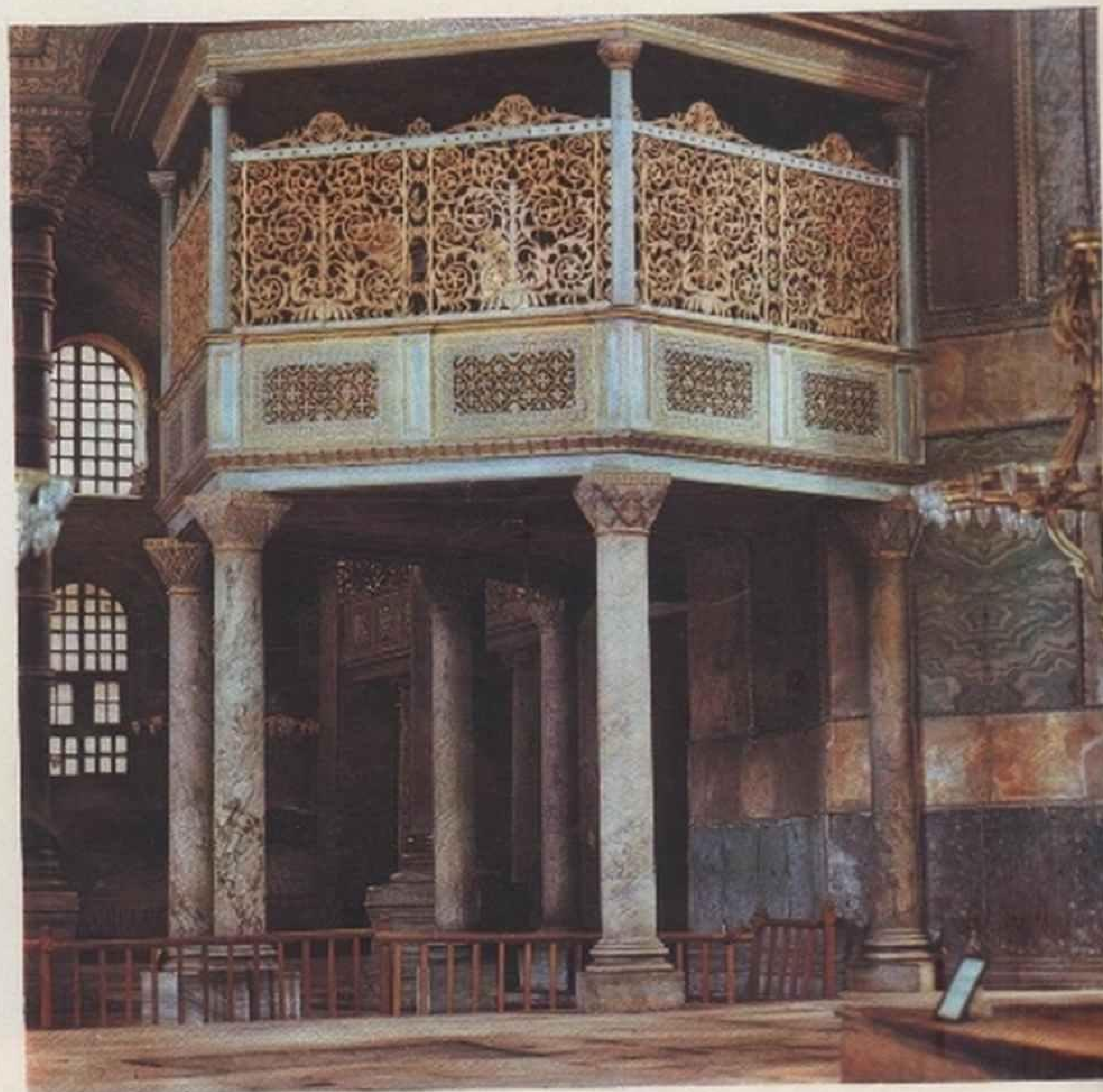
Mohamed II, el conquistador de Constantinopla (Galleria degli Uffizi, Florencia).

Convencido Mohamed II de que los augurios eran favorables para el día 29 de mayo de 1453, ordenó el ataque general para este día. "La ciudad será mía y sus edificios no deben destruirse –dijo el sultán al ofrecer Constantinopla al saqueo de sus tropas–, pero os entrego sus habitantes y sus tesoros. Sed ricos, gozad del premio al valor." Por su parte, el emperador bizantino trató también de animar al puñado de defensores que le rodeaban con una oración que mejor parece un discurso fúnebre que la arenga de un caudillo.

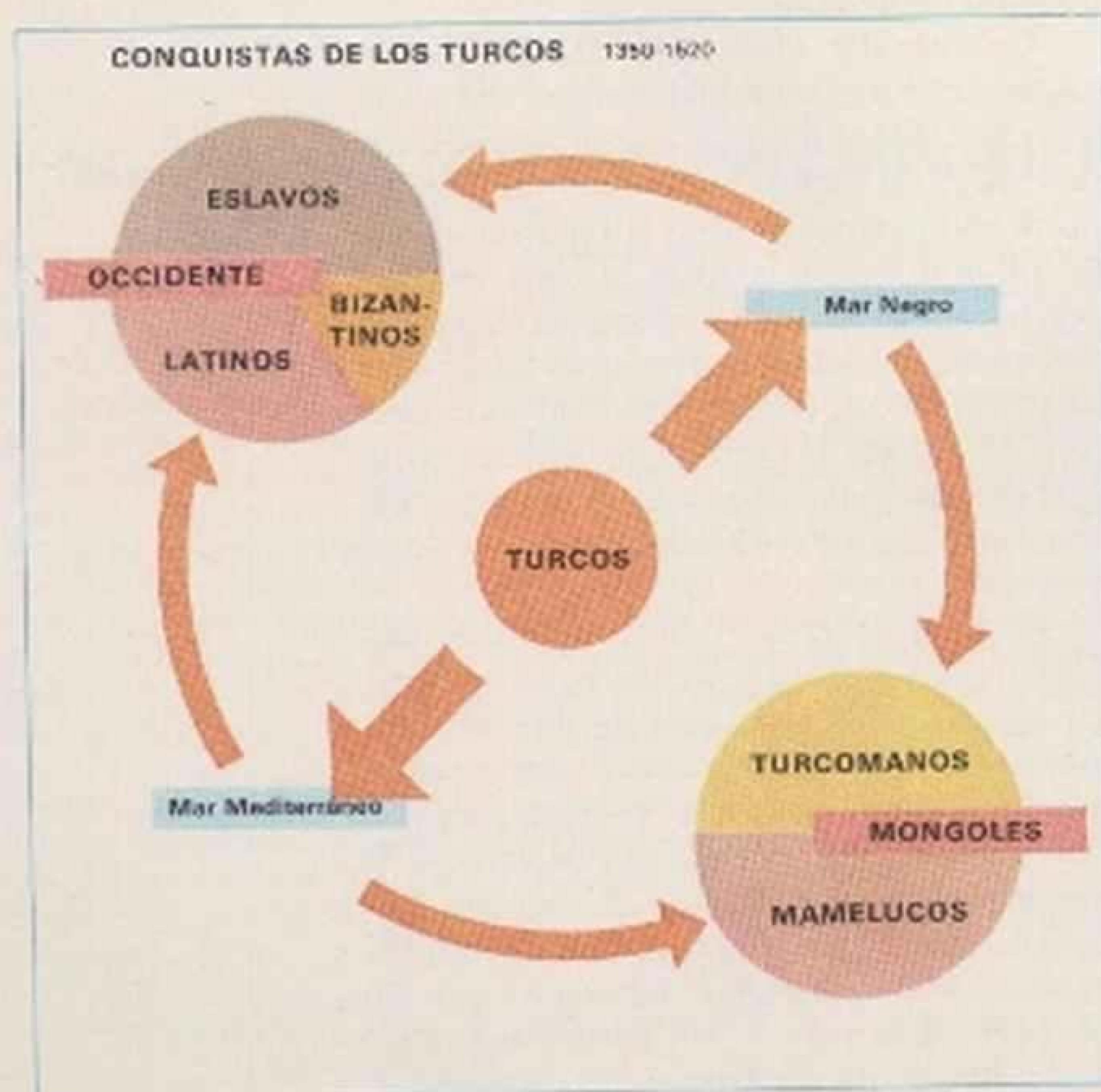
Al alborear el fatal 29 de mayo, Mohamed II, con una maza de hierro en la mano, y rodeado de una guardia de diez mil jenízaros, emprendió el asalto. A su espalda, una hilera de verdugos se hallaban preparados para decapitar a los que huyesen o se portaran cobardemente en el combate. Los turcos, victoriosos al fin, penetraron en la brecha de las murallas, defendida por un puñado de héroes, y el joven emperador cayó rodeado de sus dignatarios y servidores.



Medalla de Mohamed II, acuñada por Gentile Bellini (Kunsthistorisches Museum, Viena).



Tiempo después de la conquista, los turcos elevaron esta tribuna en Santa Sofía para que los sultanes pudieran asistir, separados del pueblo, a la oración.



Una vez dentro de la ciudad, los turcos no encontraron resistencia. Prelados, senadores y religiosos quedaron convertidos en esclavos del primero que pudo echarles mano. Se ha calculado que el botín, en joyas y dinero solamente, alcanzó a cuatro millones de ducados. Al mediodía, Mohamed II hizo su entrada en la ciudad por la puerta de San Román. Atravesó el hipódromo y entró en Santa Sofía. Al día siguiente, que era viernes, el almuédano subió a hacer su pregón desde una de las torres, y el propio sultán recitó sus plegarias a Alá en el presbiterio del antiguo templo de Justiniano.

Aprovechándose del terror que produjo la caída de Constantinopla, Mohamed II acabó la conquista de Grecia, Servia y Valaquia. Pensaba seriamente en invadir a Italia y tenía ya un punto de desembarco en Otranto, que conquistó sin dificultades en el año 1480. Pero como preliminar de la campaña de Italia era preciso limpiar de gentes latinas el Mediterráneo oriental y ganar sobre todo la isla de Rodas, defendida por

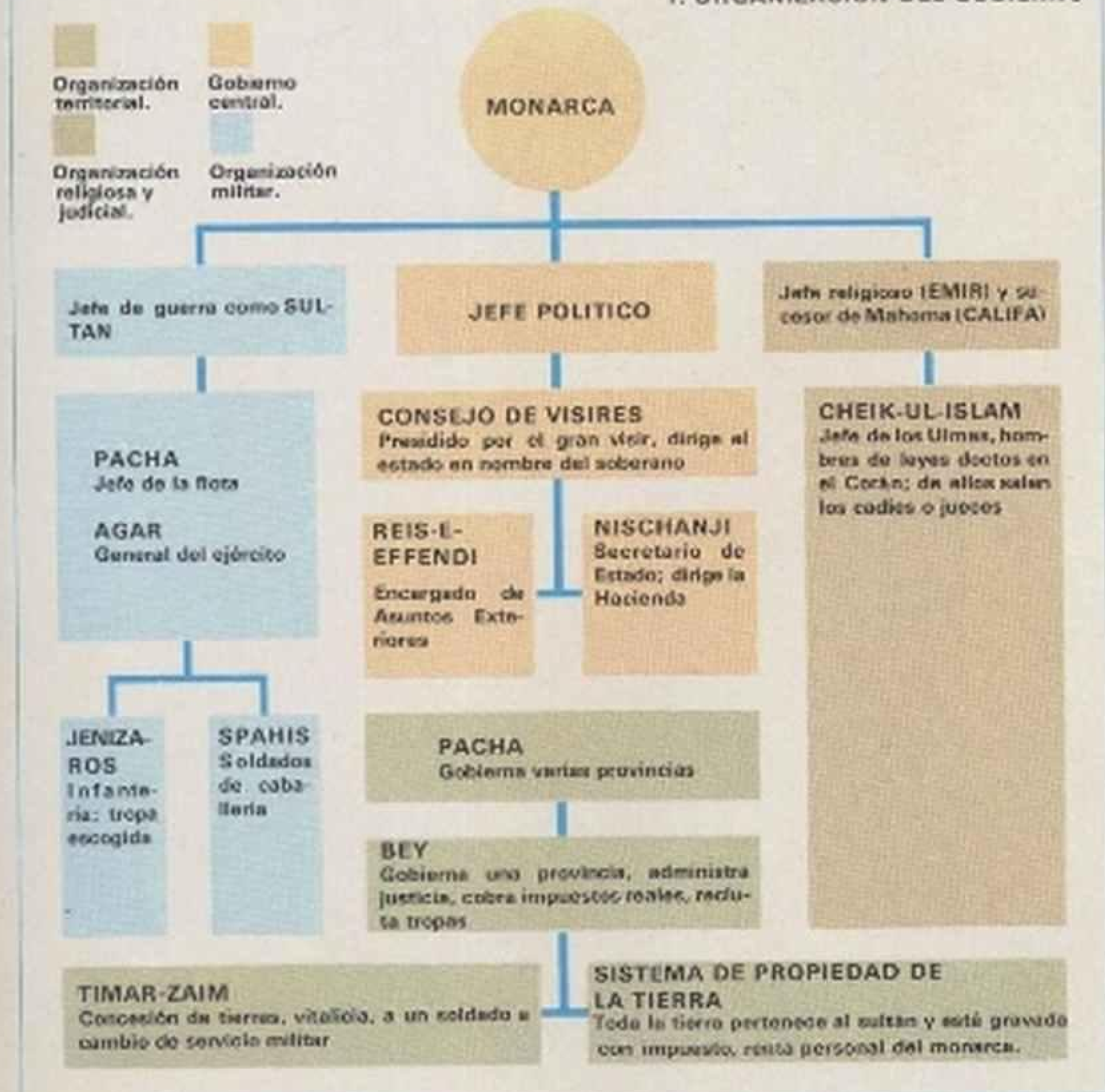


Santa Sofía, la iglesia de Justiniano, fue convertida en mezquita el mismo día, o todo lo más el siguiente, en que los turcos entraron en Constantinopla. Este templo dio la pauta para las mezquitas construidas por los turcos.

los caballeros de la Orden militar hospitalaria de San Juan de Jerusalén. Previniendo el ataque, el gran maestre Pierre d'Aubusson había llamado a todos los miembros de la Orden y éstos habían acudido, juramentándose para morir antes que rendirse. Los turcos llegaron con ciento sesenta galeras delante de Rodas, en mayo de 1481. Dos meses después tenían que reembarcarse, habiendo experimentado grandes pérdidas: nueve mil muertos y quince mil heridos. El sitio de Rodas probó a la cristiandad que los turcos no eran invencibles. Mohamed II debió de sufrir también el efecto moral de su fracaso; por lo menos, así lo hace pensar el hecho de que muriera poco después del regreso de su armada.

Durante el largo reinado de Mohamed II, Turquía regularizó sus instituciones. Las leyes que se atribuyen a la inspiración personal del sultán forman una constitución que es además un código religioso. Se llama el *Kanun-Namé*, canon o ley fundamental, y está dividido en tres partes. Una trata de la jerarquía, o sea el gobierno; otra, de las ceremonias, y la tercera trata de los castigos, multas y precio de los cargos públicos. Sorprende sobre manera esta supervivencia en la Europa del Renacimiento de una concepción oriental del estado, pero aún más sorprende su éxito, su extremada eficacia.

En el *Kanun-Namé* impera el número cuatro, porque cuatro son los ángeles que sostienen el Corán, y cuatro los califas discípulos de Mahoma de los que arranca la tradición, que es un suplemento de la revelación. El estado es comparado a una tienda de campaña, con cuatro lados, y el gobierno lo simboliza el lado donde está la puerta; por esto se llamaba al gobierno turco *la Sublime Puerta*. Los cuatro soportes de la puerta son los cuatro ministros, porque en un estado patriarcal como Turquía debían bastar cuatro ministros. Uno era el gran visir, que decidía los negocios públicos, tanto de gobierno interior como de política internacional. Los otros tres eran el ministro de la guerra, o juez del ejército, el minis-



tro de hacienda y el secretario o archivero. La pirámide del gobierno se ensanchaba por abajo con un número considerable de *beyes*, gobernadores de provincias, y de *bajaes*, que recaudaban los impuestos y reclutaban el ejército. Mohamed II hizo añadir a estos títulos un rudimentario catastro, con el valor relativo de cada fuente de ingresos, riqueza pública y privada que se podía gravar: minas, aduanas y multas.

Pero, sobre todo, la gran sorpresa de la legislación de Mohamed II es la creación del famoso cuerpo de los ulemas. Éstos, en un principio, no formaban una casta sacerdotal, como generalmente se dice, sino que su condición e influencia se parecían más a las de los tradicionales letrados de la China. *Ulema* no es palabra turca, sino árabe, y quiere decir sabio. Los ulemas tenían que saber, por lo pronto, las tres lenguas indispensables para un osmanli u otomano culto: el turco, el árabe y el persa. La educación de los ulemas se completaba con comentarios del Corán y de la tradición, de donde derivan toda la teología, la jurisprudencia y la ciencia islámicas. Los que se dedican al servicio del culto, como predicadores, lectores y pregoneros, no forman parte del cuerpo de los ulemas, y no tuvieron ninguna influencia en Turquía. Pero los ulemas, como los mandarines y los letrados chinos, fueron escuchados y aun temidos por todos los sultanes inteligentes. Los ulemas acabaron siendo como una especie de beneficiados de las mezquitas, aunque en un principio fueran sólo letrados, actuando como consejeros de la administración. En los pequeños lugares ayudaban a los beyes con sus conocimientos jurídicos, que naturalmente eran pura ciencia coránica. En las grandes ciudades ejercían de jueces y profesores, y el jefe de los ulemas debía aconsejar al sultán antes de dar una orden. Los ulemas formaban un cuerpo compacto, fraternidad bien disciplinada, que prestó grandes servicios al Imperio, pero al final, orgullosos y reaccionarios, retrasaron la transformación de Turquía en estado moderno.

Entre las leyes de Mohamed II se encuentra la que justifica el fratricidio real por razón de Estado: "Mis ilustres hijos y mis



Sitio de Rodas por los turcos en 1481: ataque a la torre de San Nicolás (grabado de la época). Tras un sitio de dos meses, los atacantes de Mohamed II hubieron de retirarse sin haber podido eliminar aquel foco occidental junto a su imperio.

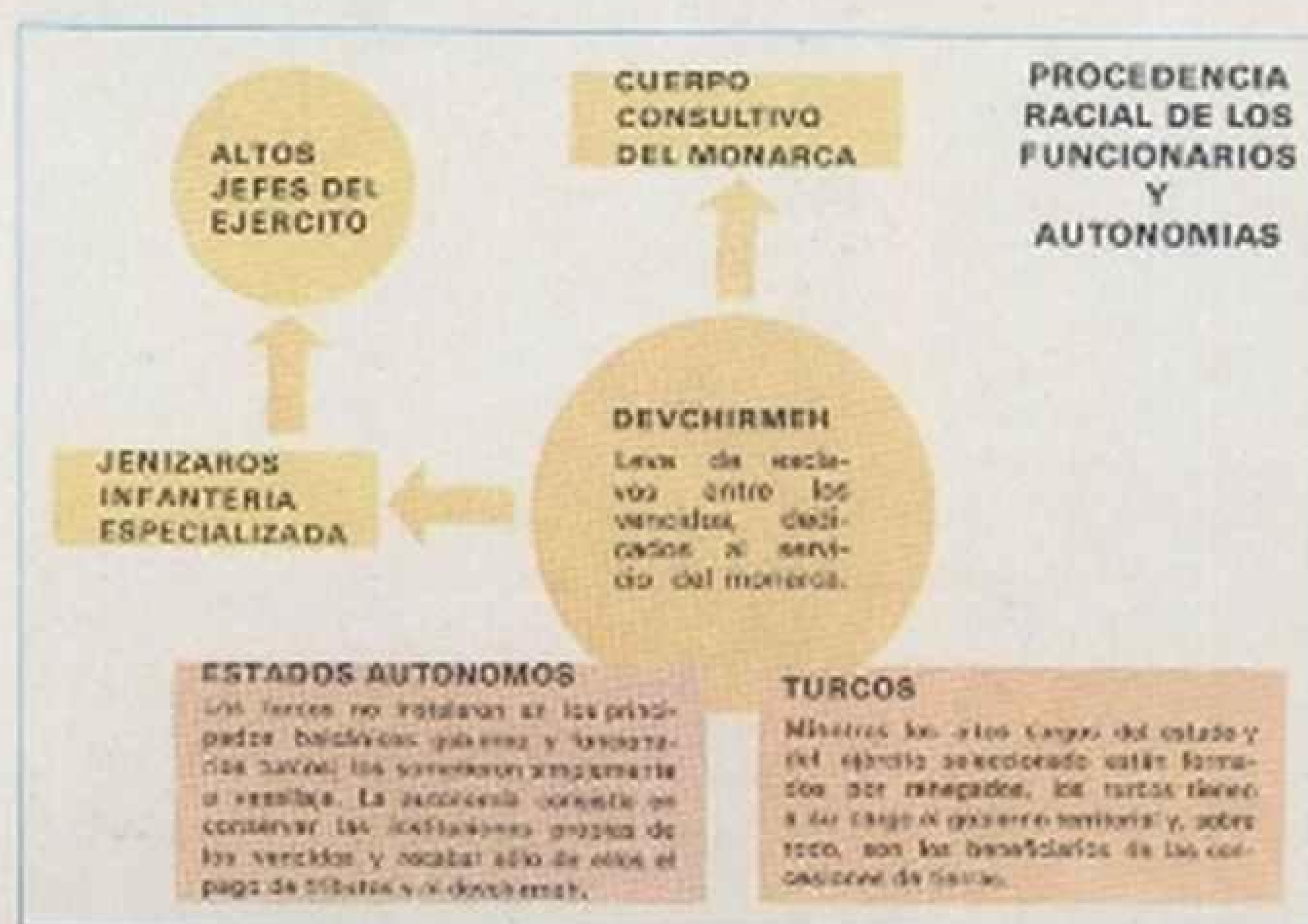
Plano de la ciudad de Constantinopla antes de su ocupación por los turcos.

nietos, al llegar al trono, pueden hacer morir a sus hermanos para asegurar el reposo del mundo".

Para la administración de justicia el testimonio de dos testigos bastaba como prueba, tanto en las causas civiles como en las criminales. No había apelación posible. El código de Mohamed II es terminante por lo que se refiere a este punto: "¿Puede revisarse de nuevo una causa que ha sido examinada jurídicamente, y en la que ya se ha dictado sentencia? –No".

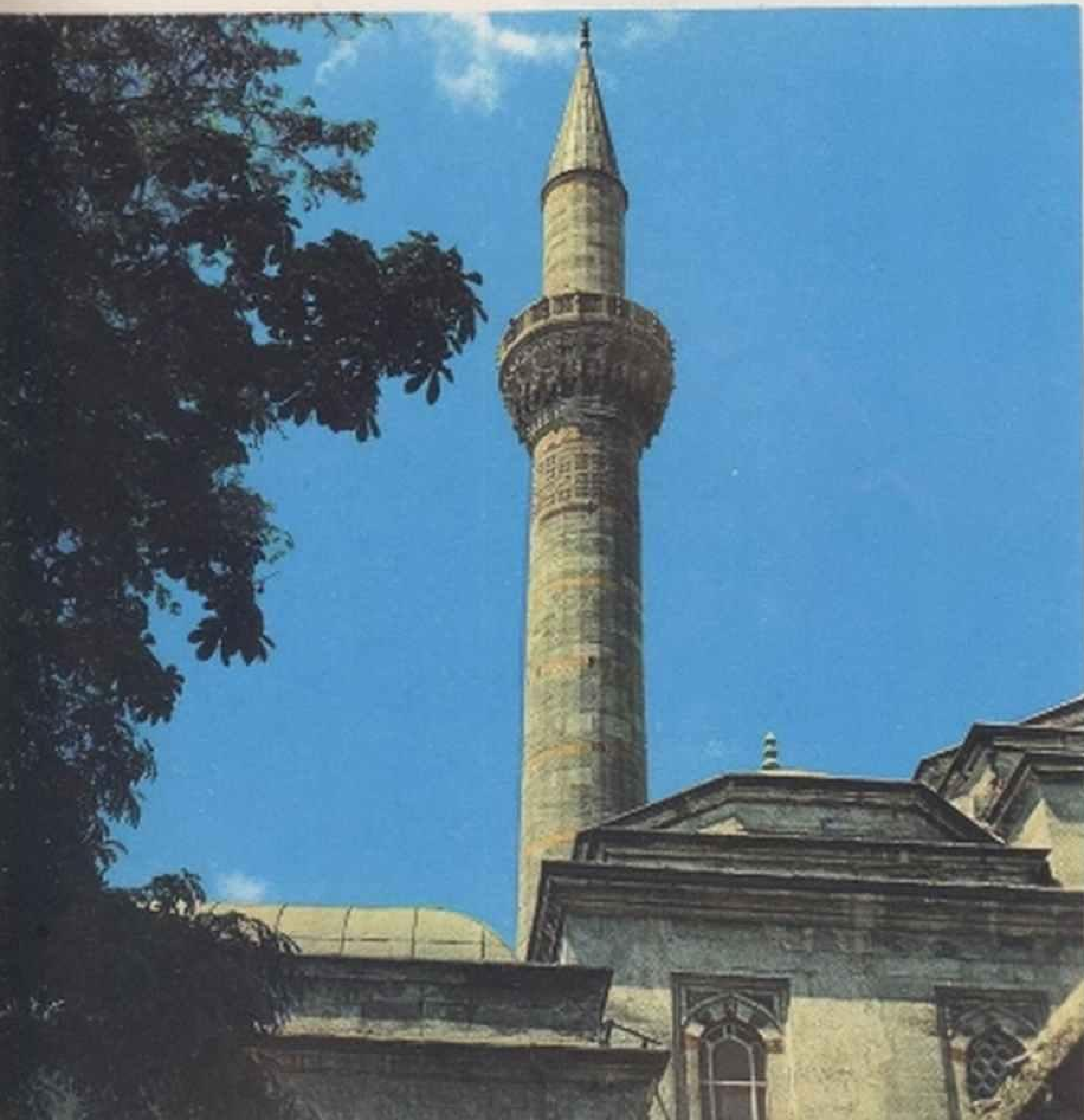
Los castigos son naturalmente de tipo oriental. Un homicidio se paga con tres mil piastras; la pérdida de un ojo, con mil quinientas; una herida en la cabeza, con treinta.

La sucesión de Mohamed II ocasionó



una guerra civil entre sus hermanos; el que triunfó fue Bayaceto II, pero el pretendiente derrotado, Djem, se refugió primero en la isla de Rodas, todavía en poder de los caballeros hospitalarios. Las aventuras del príncipe Djem en tierras de cristianos llenarían por sí solas un volumen como el presente. Los caballeros de Rodas le enviaron a Francia, donde fue encerrado en varios castillos, siempre esperando los cristianos la hora de utilizarlo como pretendiente para la guerra contra Turquía. Por fin, Djem creyó conseguir mejor trato cuando lo entregaron al papa. Bayaceto II pagó entonces al papa una anualidad de cuarenta mil ducados para que retuviera a su hermano, impidiéndole regresar a Oriente. Djem, durante tres años, vivió tranquilo en Roma, hasta que el nuevo pontífice, Alejandro Borgia, cambió el contrato con el sultán: los cuarenta mil ducados aumentarían hasta trescientos mil si Djem moría envenenado. Se supone que Alejandro VI prefirió los trescientos mil, de una vez, a los cuarenta mil anuales; el final misterioso de Djem en Nápoles, en 1495, hizo sospechar que su muerte había sido acelerada. Mientras Bayaceto II se libraba así de su hermano Djem, su hijo Selim se hacía popular entre los jenízaros. La rebelión franca o solapada del príncipe Selim duró varios años y por fin Bayaceto tuvo que abdicar. Con Selim llegó Turquía a su apogeo; conquistó a Persia, Palestina y Egipto, del que dependía la Arabia, con sus ciudades santas, La Meca y Medina. Las campañas de Selim han sido comparadas con las de Napoleón y Alejandro. Tenía, como ellos, poca afición a la vida del harén; prefería la caza y las batallas. Era alto, de larguísimos brazos, con la barba afeitada y poblados bigotes.

Alminar de la mezquita de Bayaceto, en Istambul (Constantinopla). Este sultán fue hombre muy piadoso y aficionado a la cultura. Abdicó en su hijo Selim.



La conquista de Persia estuvo justificada por la idea religiosa de combatir la secta de los chiítas, que empezaba a hacer prosélitos entre los osmanlíes. Selim persiguió primero a los chiítas que había en sus estados, pero como Persia era el lugar de donde los chiítas recibían auxilios, se hizo imprescindible una expedición armada. El documento por el que Selim, el sultán turco, declaró la guerra al sha de Persia, Ismael, contiene párrafos que no podemos dejar de copiar: "Yo, el jefe soberano de los osmanlíes, héroe de los héroes, con la fuerza y el poder de Feridún, la majestad de Alejandro el Grande y la justicia y la clemencia de Cosroes. Yo, el exterminador de los idólatras, el destructor de los herejes, el terror de los tiranos y de los faraones. Yo, Selim, graciosamente me dirijo a ti, Ismael, jefe de los persas, tirano como Zoak y Afrasiaf, destinado a perecer como Darío, etc.". Esta tirada de libro de caballería va seguida de largos párrafos en los que Selim cita a menudo el Corán. Así, por ejemplo, el sultán añade: "Dios mismo ha dicho en su libro: –No hemos creado los Cielos y la Tierra para que sirvan de diversión". Hay que proceder rectamente, y como el sha de los persas era un hereje para Selim, esto bastaba para justificar *la intervención*. Es interesante ver aparecer en este sector de la humanidad que es el Islam aspectos del Renacimiento occidental: el cesarismo, impuesto como principio religioso, y el humanismo, que representan los nombres clásicos de Alejandro, Faraón, Darío y Cosroes junto a héroes mitológicos coránicos.

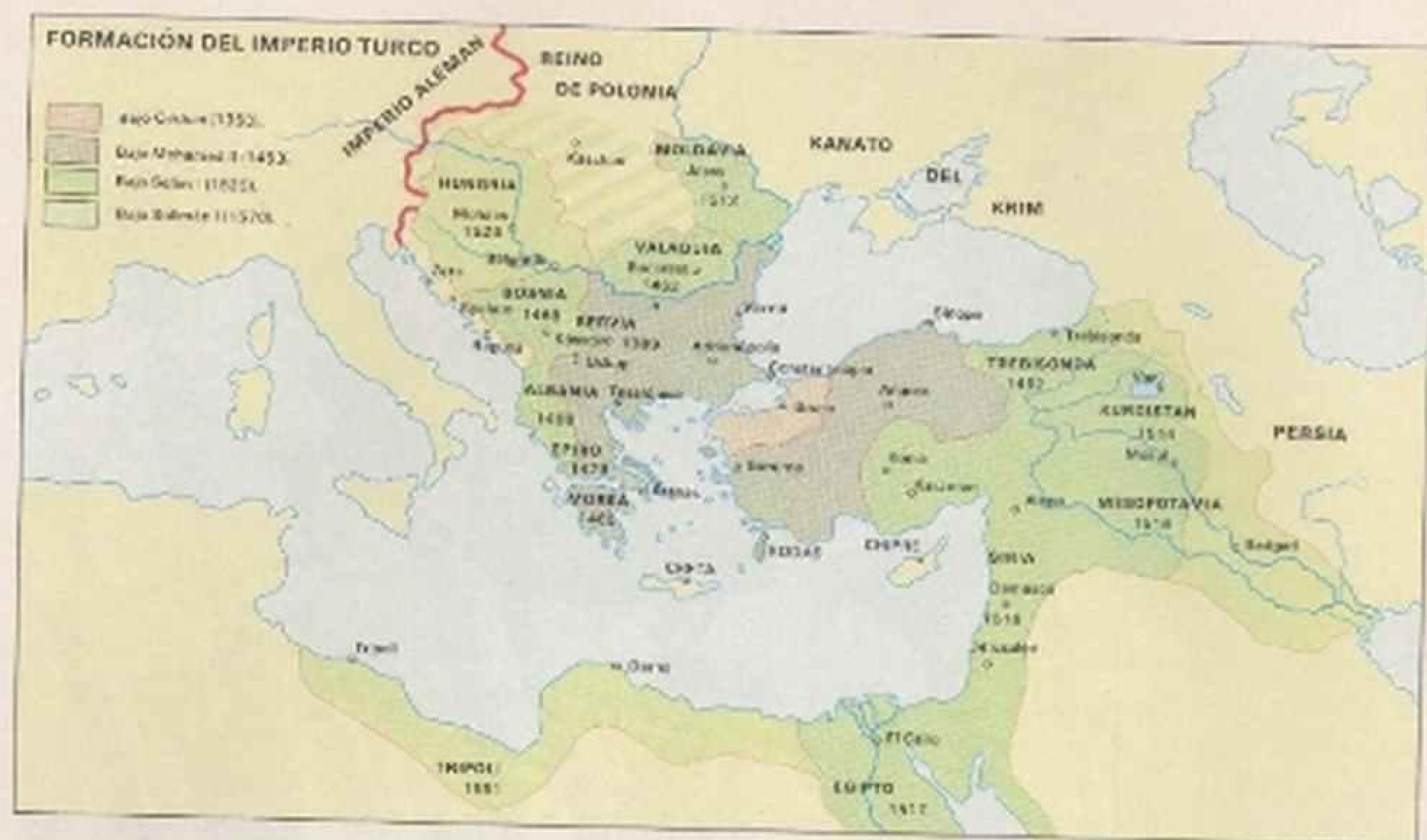
La conquista de Persia no fue muy fácil. Hasta los jenízaros se cansaron de perseguir al sha, que iba siempre retirándose hacia el interior. Se repetía la fatiga de los mercenarios que paralizó la marcha de Alejandro en el confín del mundo. Pero Selim no quiso retroceder. Por fin, el 23 de agosto de 1514, el sha de Persia se decidió a presentar batalla, porque suponía que los turcos habían llegado al mayor extremo de la fatiga. Sin embargo, la suerte de las armas deparó a Selim una gran victoria, y no hay duda que le favoreció mucho el disponer de artillería, de la que carecían los persas. El botín logrado en Persia fue enorme y se repitió el fenómeno de la conquista de Alejandro, po-



Antigua representación de los jenízaros extrañamente tocados (Nationalbibliothek, Viena). En este cuerpo escogido de tropas se apoyó Selim para luchar contra su padre, Bayaceto II.

niendo en circulación los tesoros del Asia. Además, Selim hizo trasladar mil artesanos de Persia a Constantinopla, por lo que los turcos miran todavía a los persas como sus maestros en las técnicas artísticas.

Dos años más tarde Selim se ponía otra vez en marcha contra Palestina y Egipto. Estas regiones estaban entonces gobernadas por la aristocracia feudal de los famosos *mamelucos*. El nombre de mameluco quiere decir *esclavo*, y reclama una explicación. A principios del siglo XIII un sultán de Egipto formó una milicia análoga a la de los jenízaros, importando mil doscientos esclavos circasianos que fueron su guardia personal. Éstos se rebelaron en 1252, matando a su amo e imponiéndose ellos como gobernantes. Bien unidos en una confederación militar, los mil doscientos mamelucos y sus descendientes dominaron a Egipto por más de dos siglos y aun conquistaron la Siria y Palestina. Se habían hecho mahometanos, pero no sentían gran entusiasmo religioso, y esto bastaba para incitar a Selim a acometerles. La campaña de Egipto fue aún más difícil que la de Siria; Selim obtenía siempre victorias imperfectas, porque dos o tres jefes que lograban escaparse renovaban la lucha. Vencidos en una primera batalla, los que escaparon con vida resis-



En menos de dos siglos, los turcos lograron apoderarse de los territorios balcánicos y del Asia Menor. Su tarea se vio facilitada porque sus enemigos no acertaron a coordinar su resistencia. No hubo alianza entre los eslavos y Bizancio, pero además, cuando Bizancio, en 1369 y 1440, solicitó ayuda occidental, no la obtuvo, y a su vez las cruzadas occidentales (Nicópolis, 1396; Varna, 1444) se vieron aplastadas, sin que los bizantinos hicieran nada por apoyarlas.

tieron todavía más de un año. Sólo en abril de 1517 pudo decir el vencedor: "Alabado sea Alá, el Egipto ha sido conquistado". Selim no se interesó por los monumentos de los faraones, que en otro tiempo ya habían despertado la curiosidad de Alejandro y que más tarde despertarían también la de Napoleón. Ni tan sólo quiso admirar las pirámides. Visitó, eso sí, las mezquitas, y quiso orar postrado sobre las losas del pavimento, sin los tapices que le habían preparado.

En Egipto encontró Selim un supuesto descendiente de los abasidas que llevaba aún el título de califa. Se llamaba Mahomed, y pretendía descender de Abbás, el tío del profeta, pero no tenía sino una sombra de autoridad religiosa, que servía para justificar el poder de los sultanes mamelucos. No fue difícil convencerle de que debía traspasar sus títulos de califa al conquistador osmanlí; más difícil ha sido desde entonces justificar esta usurpación de los sultanes turcos, porque ellos no eran coraichitas, es decir, de la

IDEAS DE LOS ESPAÑOLES ACERCA DE LOS TURCOS EN EL SIGLO XVI

El choque entre los intereses españoles y turcos se dirimió en aguas del Mediterráneo a todo lo largo del siglo XVI y quedó protagonizado por dos soberanos de gran talla: Carlos V, el Emperador, y Solimán el Magnífico (1520-1566). En grandes líneas, los turcos hicieron una guerra marítima sin cuartel y vieron aumentar la cifra de cautivos cristianos, muy en especial españoles, en todos sus dominios. Entre estos cautivos sabemos, por ejemplo, que se encontraba un marino que había acompañado a Cristóbal Colón en sus tres primeros viajes a América, quien les facilitó la primera carta náutica de las tierras recién descubiertas y que tal vez fuera la carta de Colón que hoy se da por perdida. De ser así, el mapa de Piri Reis, el almirante turco que había apresado al marino aludido, conservaría para las regiones occidentales del mundo el primitivo mapa colombino. Y a esos mismos cautivos se deben ideas que iban a influir en la posterior política internacional española y a aportar innovaciones técnicas de importancia en el material de guerra de la Sublime Puerta. Desde el primer punto de vista, los cautivos se extrañaban de que estando aliada Turquía a Francia, España no auxiliara a los persas, enemigos y vecinos de los turcos por su frontera oriental, enviándoles instructores que les enseñaran el manejo de la artillería, de la que carecían, y creando así un segundo frente capaz de aligerar la presión turca en la Europa central y en el mismo Mediterráneo. En el *Viaje de Turquía*, por ejemplo, se inserta este diálogo: "Pedro: ... Si tuviese este Sofí [el soberano persa] arcabucería, sin duda ninguna podría conquistarle [al turco], cuanta tierra tiene, y si nuestros príncipes cristianos fuesen contra el turco, había de ser cuando tuviese guerra con éste, que entonces no tiene fortaleza ninguna". –Mata: Mejor sería hacer el ojo al Sofí, como quien dice: dad vos por allá y yo por acá; tomarle hemos en medio; mas poco veo que ganamos con todas sus discordias, como ellos han hecho con las nuestras".

La política así propugnada se llevó a la práctica mucho después, cuando Felipe III envió en 1618 la embajada de don García de Silva al chah Abbas I de Persia (1587-1628), que a su regreso por las estepas rusas trajo las noticias de la lucha entre el falso Dimitri y Boris Godunov que se insertaron en la comedia *El Gran Duque de Moscovia*, de Lope.

J. V.

tribu o familia del profeta, y ni tan siquiera árabes. No tenían otro derecho al califato que el haber conseguido Selim que sus legítimos poseedores le entregaran las sagradas insignias: el estandarte, el manto y la espada de Mahoma.

Selim reinó del año 1512 al 1520. Imagínese, después de este glorioso reinado, otro de su hijo Solimán, casi tan capaz como Selim y que reinó del 1520 al 1566. Cuarenta y seis años de política expansiva, avanzando más lentamente, pero también sin interrupción. En su tiempo cayeron Belgrado y Rodas, las dos plazas fuertes de la cristiandad en Oriente, y por fin los turcos llegaron delante de Viena, que se salvó por milagro. Un ataque a Malta también fracasó; en cambio, Solimán extendió sus fronteras hacia Oriente. El reinado de Solimán es también la época de la gran preponderancia naval de los osmanlíes, no sólo por sus formidables armadas, sino también por sus corsarios, que, hostigando siempre a los estados de Occidente, hacían casi imposible el comercio en el Mediterráneo. Solimán, anticipándose a Napoleón, llevó a cabo la creación de un cuerpo de inválidos para atender a los jenízaros imposibilitados por heridas o vejez. Se alistó él mismo en el primer batallón, e iba al cuartel, cuando podía, para recibir la paga que le correspondía como simple soldado.

La reputación de Solimán fue tan grande, que Francisco I de Francia, preso en Madrid,



Selim, el sultán turco que dedicó sus esfuerzos a la conquista de Asia y Egipto y recibió el título de "califa" (grabado de Gaspar Bouttats; Museo de Arte Moderno, Barcelona).



Detalle de las fortificaciones de la isla de Rodas, que si bien pudo oponerse a los turcos de Mohamed II, no pudo hacer lo mismo con Solimán el Magnífico, quien la expugnó. Con este sultán, el Imperio turco adquiere su máximo esplendor.

le escribió pidiéndole auxilio contra su enemigo Carlos V. Conservamos la contestación de Solimán. Con la elocuencia pomposa, desenfrenada, de los documentos turcos, le dice al rey de Francia que es propio de soberanos el ser hoy ricos y poderosos y mañana hallarse en cautiverio. Para el déspota de Constantinopla, Francisco I era un pequeño sultán cristiano a quien no valía la pena de prestar mucha atención. ¡Quién hubiera podido prever en aquellos momentos que las relaciones cordiales entre Francia y Turquía iban a tener su principio en las misivas del rey prisionero en Madrid a Solimán!

Los occidentales se han acostumbrado a llamarle Solimán el Grande y el Magnífico, aunque los turcos prefieren llamarle Solimán *Kanuni*, o sea el de los cánones, que querrá decir *el Legislador*. Es imposible describir en un libro como el nuestro las grandes reformas que representa la legislación de Solimán. El Imperio quedó dividido en veintiún gobiernos, casi autónomos, y éstos, a su vez, subdivididos en 250 *sanjaks* o provincias. Incluía dentro de sus fronteras por lo menos veinte razas, con una historia muy antigua, pero que no manifestaron deseos de emanciparse hasta el siglo pasado. En algo contribuía a esta disciplina la idea del califato, asociado bien o mal a la persona del sultán; pero, además, la distribución de tierras resultaba favorable a un equilibrio de poderes. Las tierras de dominio público de los países conquistados habían sido divididas en feu-

BREVE CRONOLOGIA DE LA FORMACION DEL IMPERIO TURCO

	Monarca		Occidente		Asia Menor
1326	Orkhan	1354	Las tropas otomanas cruzan los Dardanelos y toman Gallipoli.		
1359	Murad I	1366	El sultán traslada la capital a Adrianópolis, en territorio griego; principio de la conquista de los Balcanes.		
		1389	El avance turco en los Balcanes prosigue; en la batalla de Kosovo es aniquilada la resistencia servia.		
1389	Bayaceto I	1396	La cruzada cristiana dirigida por el emperador Segismundo fracasa en Nicópolis al intentar oponerse a los turcos.		Expansión de los turcos por Asia Menor sin que los principados turcos acierten a coordinar su defensa.
		1399	Penetración progresiva en Valaquia.	1402	Tamerlán, aliado a los turcomanos, aplasta a los turcos en Angora.
1403	Solimán I Muza				
1413	Mahomed I				
1421	Murad II	1422	Sitio de Constantinopla por los turcos.		
		1430	Los turcos toman Tesalónica.		
		1444	Húngaros, polacos y rumanos intentan detener a los turcos y son derrotados en Varna.		
1451	Mahomed II	1453	Caída de Constantinopla.		
		1460	Ocupan el Epiro y Tesalónica.	1461	Conquista del principado autónomo de Trebisonda.
		1462-63	Valaquia queda sujeta al vasallaje de Constantinopla. Ocupación de Bosnia.	1466	Conquista del principado de Karaman.
		1468	Albania es totalmente conquistada por los turcos.		
1481	Bayaceto II				
1512	Selim I			1514	Conquista de Kurdistán y Armenia.
				1516	Conquista de la Alta Mesopotamia y Siria.
				1517	Conquista de Egipto.
1520	Solimán el Magnífico	1521	Conquista de Belgrado.		
		1522	Conquista de Rodas.		
		1526	Los húngaros, derrotados en Mohács.		
		1532	Sitio de Viena.	1534	Llegada a Bagdad.

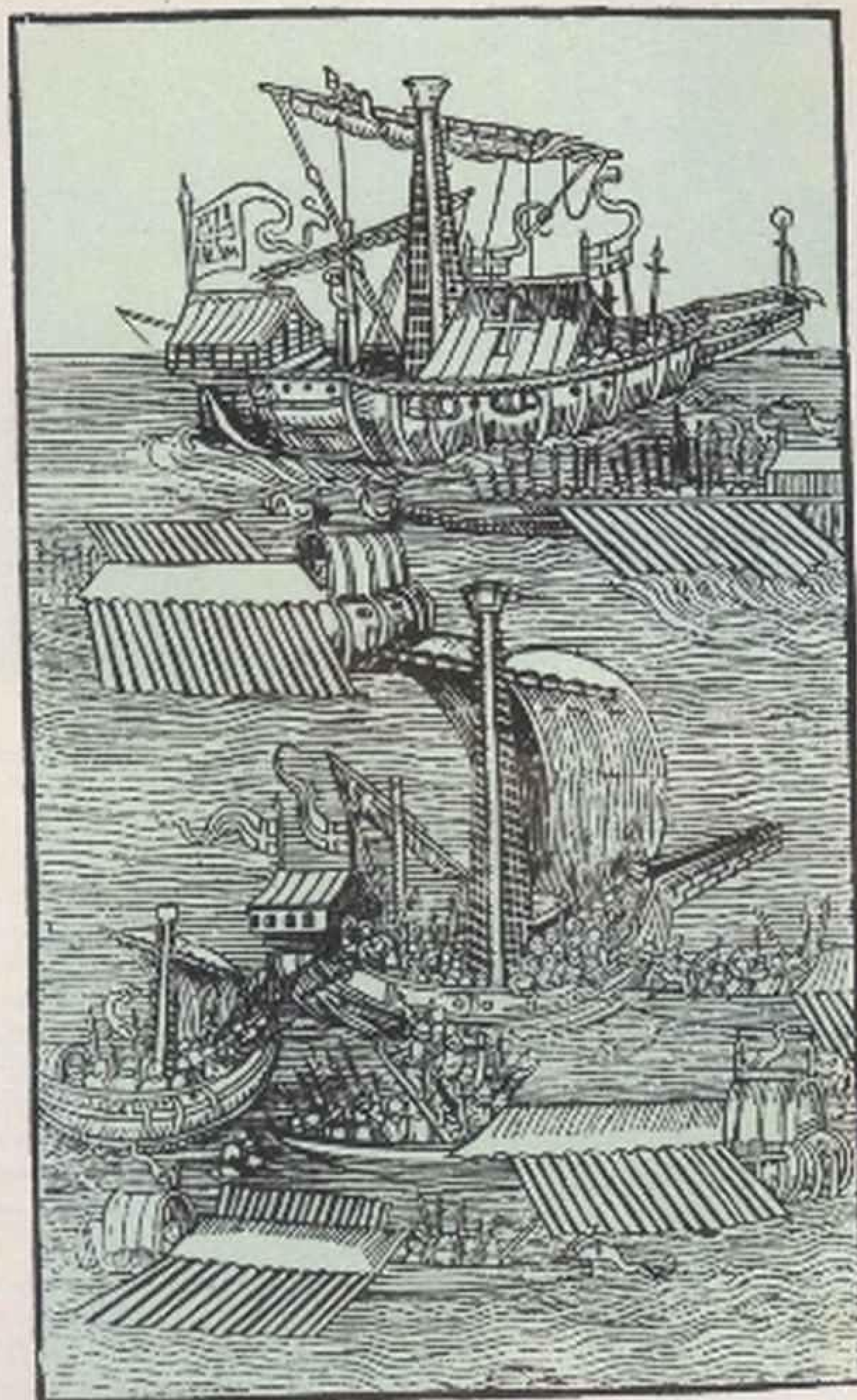
dos, llamados *timars* y *ziamets*; estos últimos eran mucho mayores y sus propietarios tenían también mayores obligaciones con el estado. No sería una novedad encontrar aquí a los osmanlíes reincidiendo en un feudalismo poco favorable a la agricultura; pero la singularidad de la subdivisión del dominio público entre los osmanlíes proviene de que las hembras no podían heredar, y en caso de faltarle descendencia masculina a un gran feudatario, el estado heredaba los feudos y el sultán los concedía a *hombres nuevos* que se habían distinguido recientemente. Turquía careció, pues, de esas familias anquilosadas de la vieja aristocracia europea que resisten con todas sus fuerzas a cualquier idea de transformación.



Solimán el Magnífico, según un grabado contemporáneo de Hopfer. Aunque extendió el Imperio por Asia, no dejó de ampliarlo por Europa: así, se apoderó de Belgrado, derrotó a los húngaros en Mohács, ocupó a Buda y sitió a Viena, en acción combinada con las fuerzas de la Reforma en Alemania y del rey de Francia, en guerra contra el emperador Carlos V.

BIBLIOGRAFIA

Babinger, F.	*Mehmed der Eroberer und seine Zeit*, Munich, 1953.
Ertaylon, I. H.	*Sultan Cem*, Istambul, 1951.
Gibbons, H. A.	*The foundation of the Ottoman empire*, Oxford, 1916.
Hammer-Purgstall, J. von	*Geschichte des osmanischen Reiches*, Pest, 1827-1835.
Köprülü, M. F.	*Les origines de l'Empire Ottoman*, Paris, 1935.
Lybier, A. H.	*The government of the Ottoman Empire in the time of Sulayman the Magnificent*, Cambridge (Mass.), 1913.
Merriman, R. B.	*Suleyman the Magnificent*, Cambridge (Mass.), 1944.
Ranke, L. von	*Die Osmanen und die spanische Monarchie im 16. u. 17.Jhdt.*, Hamburgo, 1928.
Wittek, P.	*The Rise of the Ottoman empire*, Londres, 1938.



Combate entre naves cristianas y turcas, según un grabado del siglo XVI. La alianza de Solimán con el rey de Francia y con el bey de Argel llevó la intranquilidad, en forma de ataques piráticos, a las costas del Mediterráneo occidental.



Caravana en viaje hacia Catay (detalle del atlas catalán atribuido a Cresques y llamado de Carlos V; Bibliothèque Nationale, París). La necesidad de especias y telas finas, tanto para conservar, unas, las carnes como, otras, saciar el afán de lujo producido por el primer capitalismo, serían el móvil inicial de la búsqueda de nuevos caminos para conseguirlas.

Los descubrimientos geográficos de los portugueses en los siglos XV y XVI

por JOSE FLORIT

Multitud de fenómenos históricos habían preparado a la humanidad para lanzarse a completar la exploración del mundo. En primer lugar, el Islam había establecido una fraternidad internacional de creyentes que les permitía viajar sin el impedimento de conflictos de raza o religión. El Islam tenía también una gran fuerza de proselitismo y los misioneros mahometanos partían a predicar el Corán a las gentes del Extremo Oriente o del interior del Africa. A éstos seguían los mercaderes y letrados, que iban a lejanos paises por negocios o por pura curiosidad científica. Una época favorable para los viajes del comercio o estudio fue también la de Gengis-Khan y sus sucesores. El Asia estuvo entonces casi unificada y los extranjeros eran recibidos con simpatía en los gobiernos de los mongoles, desde el mar Caspio hasta el Pacífico. Las experiencias de Marco Polo demostraron que era fácil en esta época viajar por los lejanos *Catay* y *Cipango*, o sean la China y el Japón, y encontrar allí menos peligros que en la patria mis-



Los hermanos Polo abandonan Constantinopla (miniatura del "Libro de las Maravillas"; Bibliothèque Nationale, París). Desde el siglo XIII, la humanidad sentía un deseo grande de ampliar sus conocimientos geográficos. De aquí que libros como el de las "Maravillas" tuvieran inmensa difusión.



ma. El libro de Marco Polo y sus análogos, como el de fray Oderico de Pordenone, fueron el gran estimulante de la exploración de Oriente.

Los resultados de los viajes de los árabes en Africa aparecen en sus libros de geografía, pero sólo en parte. Mucho debió de trasmitirse por tradición oral, mucho quedaría entre navegantes, que se confirmaban sus conocimientos del mar Rojo o del Atlántico en el puente de sus veleros. Así, por ejemplo, hacia el año 1150, señalaron ya la Tierra de los Tesoros, que llamaron *Bilad-Ghaana*, y que después fue buscada por los cristianos con el nombre de Guinea. Al Atlántico los árabes lo llamaban *mar Tenebroso* y no daban de él noticias muy atrayentes.

Sin embargo, los vagos nombres del Africa interior y occidental que los árabes enseñaron a las gentes cristianas fueron ya incentivos para viajes; pero sospechamos que ellos debían de conocer mucho más, sobre todo los mercaderes y navegantes. Pronto se habló del Río del Oro, del Nilo occidental, que nace del mismo lago que el Nilo de Egipto; pronto empezaron a circular leyendas que revelan algo de la verdadera geografía del continente africano. Recordemos también que los árabes tradujeron y comentaron la *Geografía de Tolomeo*, y en el mapa de Tolomeo aparece ya bastante bien dibujada la mitad superior del Africa.

La fundación de las Ordenes mendicantes ayudó también no poco, proporcionando voluntarios para las misiones cristianas. Los monjes basilios y benedictinos eran sedentarios, su celda tenía que ser un retiro tan solitario como el yermo de los anacoretas. En cambio, los mendicantes, especialmente

los franciscanos, no tenían en su regla ninguna restricción que les impidiese viajar; más bien, como los sufíes árabes, a los que inconscientemente imitaban, era preferible que salieran del convento para predicar el Evangelio. Los espíritus inquietos de las Órdenes mendicantes se aprovechaban de esta libertad; tenían en su apoyo los ejemplos de santo Domingo, yendo a predicar a los infieles de España, y de san Francisco, quien personalmente marchó a Egipto como misionero. Cuando el Gran Khan pidió misiones al papa, no se pensó más que en franciscanos; el ya citado Oderico de Pordenone era franciscano también, y el espíritu franciscano influyó en Raimundo Lulio para animarle a pasar a Tartaria y a Túnez. Por fin, en los mapas catalanes del siglo XIV se hace mención de un anónimo fraile franciscano que fue al Río del Oro y debió de escribir un extenso y detallado relato que desgraciadamente se ha perdido.

Ambas remotas regiones, el Oriente con sus sedas y especias, y el Africa con sus tierras de tesoros y sus ríos de oro, fueron, sin duda alguna, los principales estímulos de los grandes viajes del siglo XV, pero no hay que olvidar que el Atlántico podía ser tenebroso, pero no era desierto. Estaba salpicado de islas legendarias, que debían también atraer a los espíritus aventureros. Las Canarias fueron llamadas ya por los griegos y romanos "las Islas Bienaventuradas" y nunca se olvidó su ubicación. Más difícil es dilucidar cuándo fueron descubiertas las islas del grupo de Madera y las Azores, porque aparecen con los mismos nombres que llevan hoy en mapas genoveses y catalanes del siglo XIV. Pero queda aún la duda de si fueron en realidad conocidas, o si, al descubrirlas después, se las identificó con las islas que se creía que existían en el océano. Otras islas que hay en aquellos mapas nunca se identificaron.

Tal es, por ejemplo, la isla de San Balandrán, isla fantástica que aparece sólo en los mapas. La leyenda supone que allí fue a refugiarse un santo bretón del tiempo de las persecuciones. Había islas flotantes; entre ellas la isla del Brasil, que pensaron descubrir los que dieron nombre a aquella parte de América; había, sobre todo, la gran isla de Antilia o Antilla, con las siete ciudades de Cíbola, adonde se retiraron –según la leyenda– muchos visigodos, magnates y obispos, escapando de los árabes en el siglo VIII. Todavía a mediados del siglo XVI los españoles creían encontrar en el norte de México rastros que los conducirían a las siete famosas ciudades.

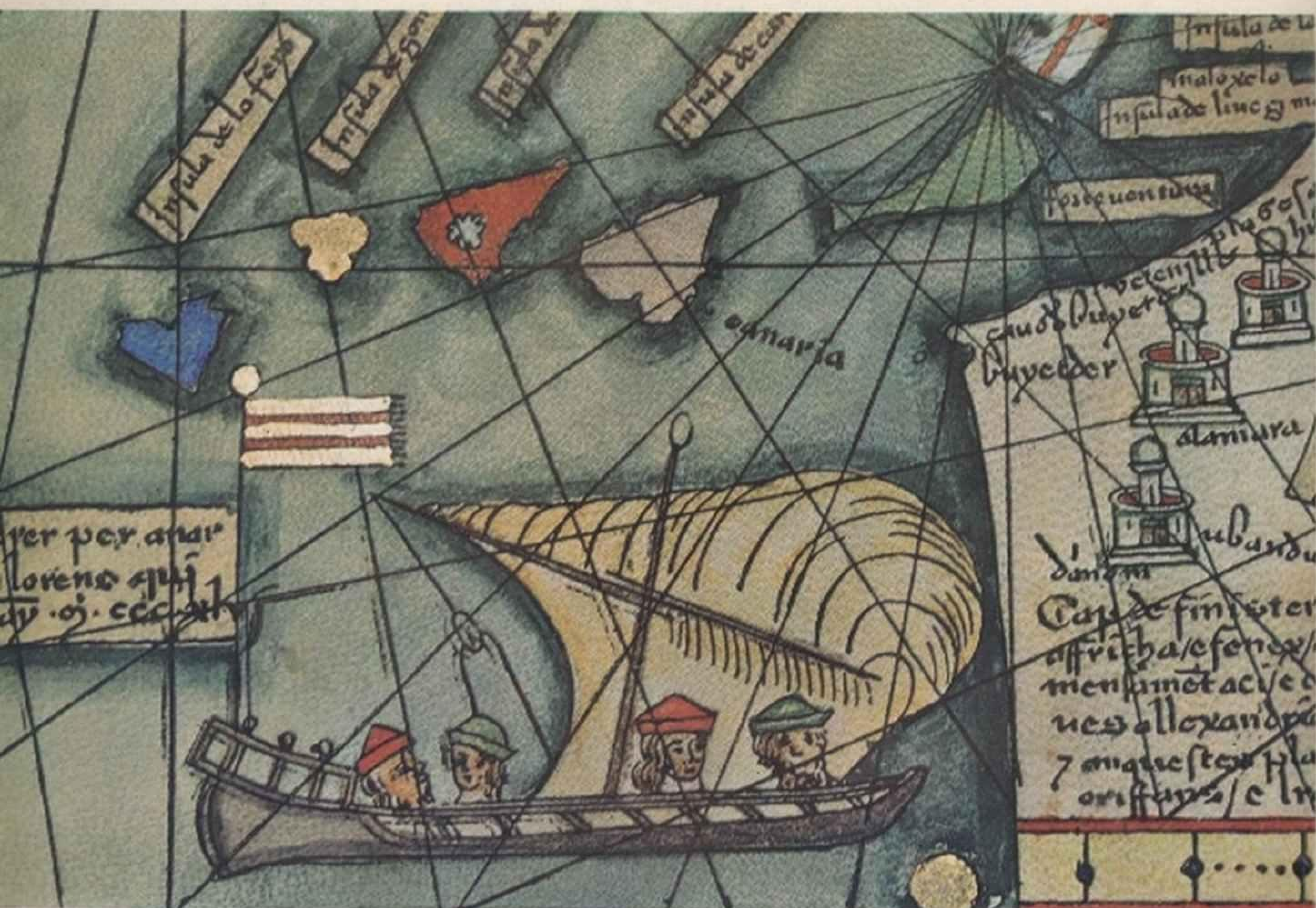
De resultados mucho más positivos fueron desde el siglo X los viajes de los escandinavos a Groenlandia. En el año 981 un príncipe noruego, Erik el Rojo, atravesó el Atlántico, parándose en el viaje de ida algunos días en Islandia. A su regreso fue directamente de Groenlandia a Noruega, e hizo, sin ningún género de duda, la primera travesía transatlántica sin escala. Los sucesivos viajes de los escandinavos a Groenlandia están perfectamente documentados. A mediados del siglo XI había en Groenlandia ciento noventa granjas, dos monasterios y doce iglesias. Los habitantes blancos serían unos dos mil, pero había muchos mestizos originados por el cruzamiento con los esquimales.

La impresión que producía entonces Groenlandia aparece en un párrafo de una crónica danesa del 1520, donde se dice textualmente:

"Unos van a Groenlandia por la fama que consiguen exponiéndose a los peligros

Enrique el Navegante (detalle de la "Veneración de san Vicente", por Nuno Gonçalves; Museo de Lisboa). Don Enrique era hijo de Juan I de Portugal; se estableció en el promontorio de Sagres y allí reunió una serie de marinos y cartógrafos que propugnaban la navegación por el Atlántico. A su impulso se debió el impetuoso desarrollo de las empresas portuguesas a lo largo de las costas de Africa.





Las islas Canarias representadas en el atlas catalán atribuido a Cresques y uno de los buques en que se hacían las navegaciones por el Atlántico en el siglo XIV. El conocimiento y conquista de islas como las Canarias, Azores y Madera contribuyeron ampliamente a la búsqueda de la ruta de las Indias por Occidente.

del viaje, otros para satisfacer su curiosidad, y otros para hacer negocio. Los groenlandeses tienen que importar casi todas las cosas que necesitan para la vida, hierro, granos, maderas, pero venden pieles, cueros de focas y colmillos de elefante marino."

Groenlandia es una corrupción de la palabra teutónica *Grüunland*, que quiere decir Tierra Verde, porque en el verano la costa, libre del hielo, se cubre de prados de verdor intenso. El interior está siempre helado, y en el mar quedan flotando, durante el estío, grandes témpanos entre las olas. No había, pues, otro motivo de permanencia allí sino que el país estaba casi desierto. En cambio, ya el hijo de Erik el Rojo exploró la costa del Labrador, que llamó *Marklandia*, y la de América, que llamó *Vinelandia*. Allí encontró la vid silvestre, árboles corpulentos y un clima tan suave, comparado con el de Groenlandia, que creyó no haría falta almacenar el heno para alimentar el ganado durante el invierno. Observó también que en Vinelandia la diferencia entre los días y las noches no era tan extremada como en Groenlandia. Es, pues, de toda evidencia que los escandinavos consiguieron llegar a las costas de Nueva Escocia, o del Maine, ya a principios del siglo XI. Las interesantes noticias que daban de Vinelandia los escandinavos resultaron oscurecidas por la penosa impresión que comunicaban de sus habitantes; éstos eran de naturaleza más belicosa que los esquimales, y alguna tentativa de colonización que se hizo allí acabó con una forzosa retirada. Los escandinavos del siglo XI no tenían armas de fuego, como los puritanos, y su número era inferior a las multitudes de las *naciones* indias.

Groenlandia formó un obispado desde el año 1110, pero el primer prelado no fue ordenado en Lund hasta el año 1124. El último obispo que residió en Groenlandia murió el año 1385. Es curioso hacer notar que el papa Alejandro VI Borgia, en 1492, el mismo año que Colón atravesó el océa

no, se lamentaba en una bula de que, por espacio de ochenta años, no había gobernado la Iglesia de Groenlandia ni obispo ni capellán alguno con residencia fija. "El resultado es que muchos habitantes han apostatado y caído en la más baja superstición."

Vemos, pues, que durante la Edad Media el océano Atlántico fue cruzado por los escandinavos casi cada año, o cada dos años, con los convoyes que organizaban para ir a Groenlandia. Por aquellas regiones viajó también Colón antes de proponerse su travesía más hacia el Sur; por lo menos, se precia de ello –de haber viajado por los mares septentrionales– en la carta en que se ofrece a descubrir nuevas tierras.

Sin embargo, los que debían acabar por conquistar el océano, que fueron los pueblos hispánicos, pensaban más en Cipango y Catay que en el confín del mundo, o *última Tule*. Fue sobre todo la devoción y el ahínco del infante don Enrique de Portugal, llamado el Navegante, lo que precipitó los descubrimientos.

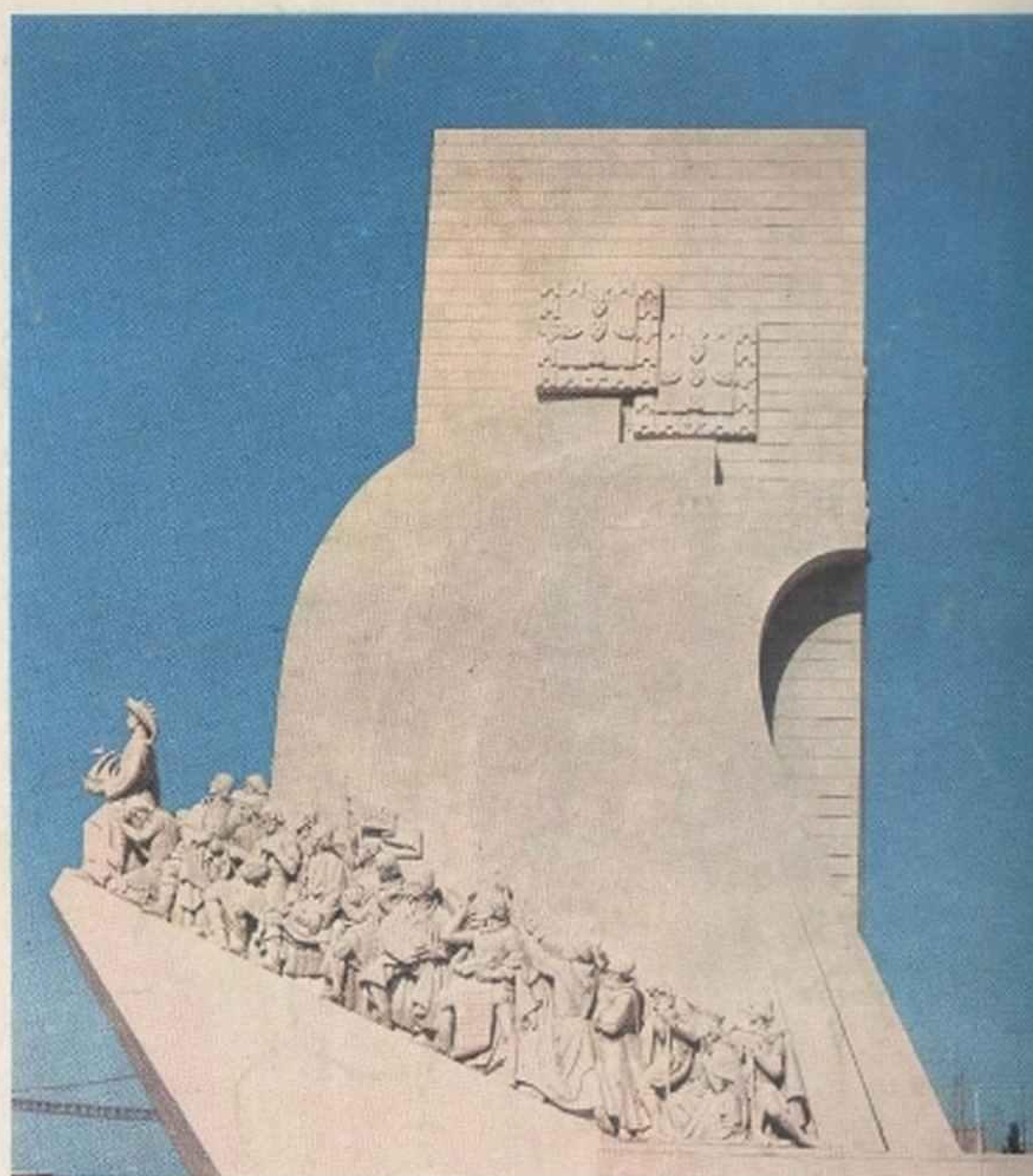
Portugal, país fundamentalmente agrícola y ganadero durante la Edad Media, desarrolló una intensa actividad mercantil a partir del siglo XIII. Estas actividades fueron el origen de la aparición de una clase social nueva –formada por comerciantes y armadores– cuyos intereses económicos exigían la expansión del país hacia el Sur, hacia el océano. Por otra parte, la secular lucha mantenida contra los musulmanes tenía la prolongación de sus objetivos naturales en el norte de Africa. Además, el afán de aventura y el interés por los nuevos descubrimientos, propios del mundo renacentista, habían calado hondo en Portugal. Vemos, pues, que los intereses mercantiles y el espíritu del Renacimiento coincidían con la tradición político-religiosa heredada de la reconquista portuguesa.

A partir del siglo XIV este equilibrio entre lo antiguo y lo nuevo se rompe, resolviéndose a favor de un nuevo modo de vivir y de pensar característico del "otoño de la Edad Media" europea. Las gentes comienzan a aspirar a una serie de ventajas materiales, a un nivel de vida superior al de sus antepasados. La alimentación cárnica de Europa procedía en esta época de ganados trashumantes. La escasez de pastos obligaba a sacrificar cada año, en octubre, a las reses para las que no habría forraje durante el invierno. Era necesario conservar estas reservas alimenticias.

De esta necesidad se deriva la gran demanda de sustancias capaces de transformar la carne fresca en conservas. Algunas se encuentran en Europa, como la sal, pero la mayoría proceden de Oriente. Son las famosas especias: la pimienta, la canela, la nuez moscada, el clavo y el jengibre.

Otros productos, también de origen oriental, se cotizan en Europa cada vez más. Los tejidos hechos en Occidente no pueden competir en fastuosidad y finura con las sedas de China o los algodones de la India. El alto precio que alcanzan éstos hace que se transformen en un objeto de comercio altamente productivo. Las piedras preciosas de la India, de Ceilán y del Tíbet son también apreciadas entre las clases altas europeas. La farmacopea utiliza asimismo cada vez más productos orientales, como el ruibarbo. En resumen, el comercio con Oriente constituye, a finales de la Edad Media, la actividad comercial más remuneradora de Europa.

Mientras fue posible, para este comercio se utilizó la ruta que desde el Mediterráneo conducía a Oriente, bien a través del istmo de Suez y del mar Rojo, bien a través de las



Monumento elevado en Lisboa en conmemoración de los descubrimientos portugueses. Los portugueses, en una lucha terrible contra el tiempo y contra Castilla, se lanzarán a la conquista de las islas de las Especias dando la vuelta al Africa; los castellanos encontrarán un mundo nuevo en su camino.



Guerreros portugueses de la época de Alfonso V (detalle del tapiz de la toma de Arzila; colegiata de Pastrana, Guadalajara). Soldados como éstos fueron extendiendo el poderío portugués por las costas de Africa y abrieron el camino de la India.

estepas del Asia central. El punto de arribada de ambas rutas lo constituyó Constantinopla. Desde esta ciudad, los mercaderes italianos, auténticos monopolizadores del gran comercio con Oriente, canalizaban hacia toda Europa los productos exóticos.

La reactivación económica que supuso la difusión de las actividades comerciales y el afán por adquirir los nuevos productos originó en Occidente una auténtica sed de oro. El dinero pasó a ser el mágico talismán capaz de transformar en realidad todos los sueños de Oriente.

A causa de esto, las clases sociales dominantes se vieron incitadas a aumentar sus fuentes de ingresos. En las costas de Andalucía y del sur de Portugal, reyes y nobles organizaron la lucha contra los musulmanes como empresas de carácter mixto bélico-comercial. Las ciudades musulmanas de la costa de Granada y del norte de Africa fueron objeto de los ataques cristianos, en donde aparecían mezclados los objetivos político-religiosos más desinteresados con la piratería pura y simple. La continuidad de tales empresas familiarizó a los andaluces y portugueses de la costa con la navegación oceánica. La pesca costera había sido ya, desde la antigüedad, escuela de navegantes y las nuevas actividades ampliaron considerablemente el campo de acción de estos marinos. Pronto se supo que las costas de Africa, al Sur, podían ofrecer beneficios superiores a los que proporcionaban la pesca o las expediciones piráticas contra los musulmanes. Oro, pimienta y esclavos negros podían obtenerse por canje o por la fuerza. Además, la navegación oceánica podía, a largo plazo, convertirse en la ruta comercial del futuro, podía ser el camino nuevo que condujera a los países de las especias, evitando el Mediterráneo monopolizado por los italianos y amenazado, cada vez más, por los turcos.

La corte portuguesa se dio cuenta de los beneficios que el desarrollo de la navegación atlántica podía reportar y, en consecuencia, inició sistemáticamente las expediciones a lo largo de la costa de Africa. En la empresa se aliaban estrechamente la tradicional lucha contra los musulmanes y las nuevas inquietudes propias del espíritu renacentista. El hombre que dirigió estas expediciones, el príncipe don Enrique el Navegante, resume en su persona esta doble vertiente. El apodo de Navegante que se le da no es completamente apropiado: él nunca navegó; sólo fletó y armó las naves y preparó a su gente con una escuela práctica de náuticos. Se aprovechó de los conocimientos de los navegantes anteriores, recogió toda la experiencia de los pilotos del Mediterráneo, que se venía transmitiendo de generación en generación desde los tiempos prehistóricos. El Mediterráneo, con su dificilísima navegación por tantos vientos encontrados, había sido laboratorio del arte de navegar desde los tiempos de Ulises. Las costumbres marítimas de los navegantes del *Mar Interior*, empezadas a recopilar por los armadores de la isla de Rodas, se fueron escribiendo y coleccionando hasta formar el cuerpo jurídico de Barcelona llamado el *Consolat de Mar*. Más aún, el tradicional libro *El Piloto del Mediterráneo* sirvió hasta el fin de la navegación con buque de vela, y contiene avisos y consejos que reflejan el folklore marítimo de la *Odisea*.

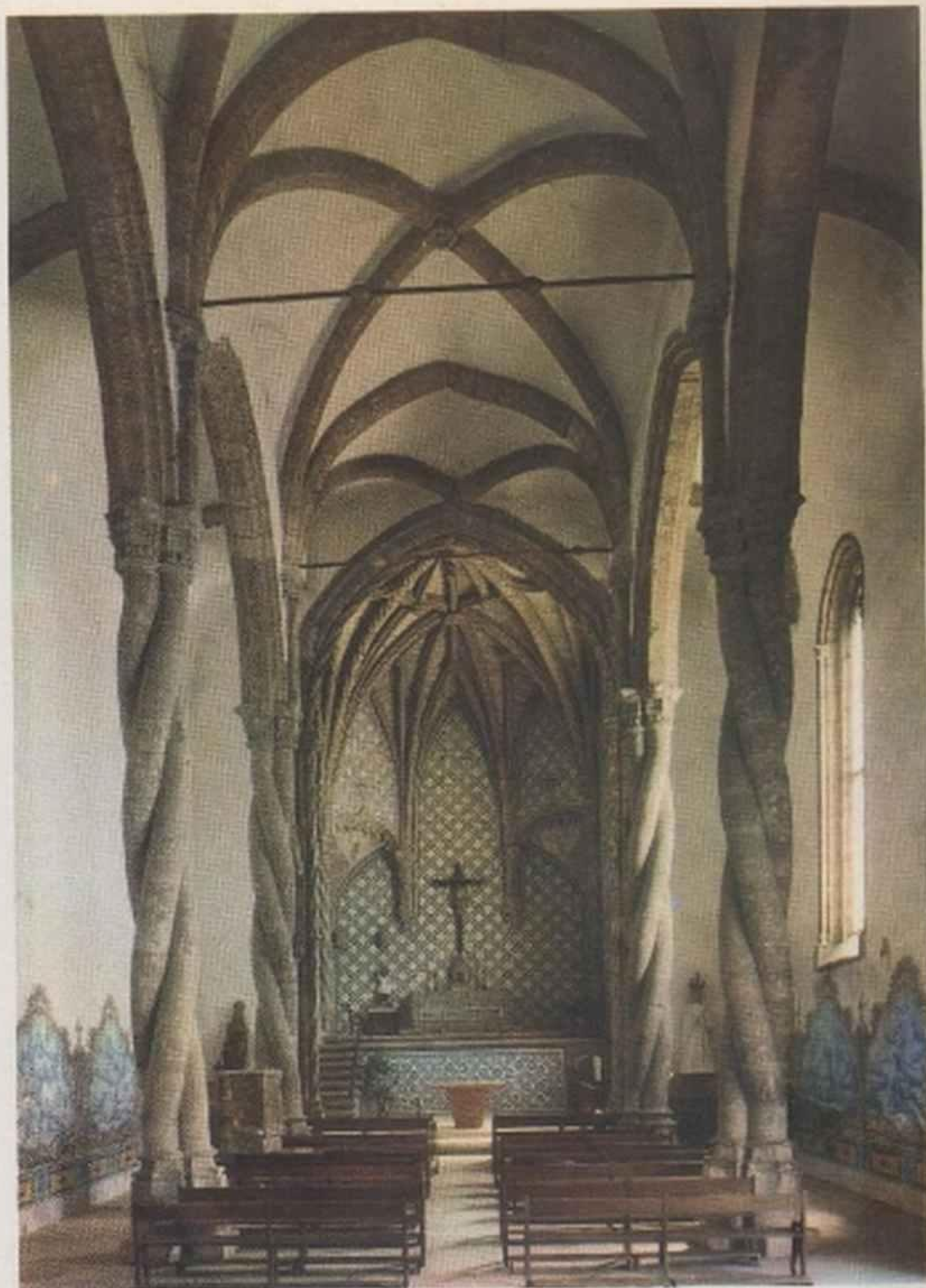
La perspicacia de don Enrique se manifestó también llamando a Sagres a un piloto

mallorquín, Jaume Ferrer, y utilizando los servicios de varios pilotos genoveses y venecianos.

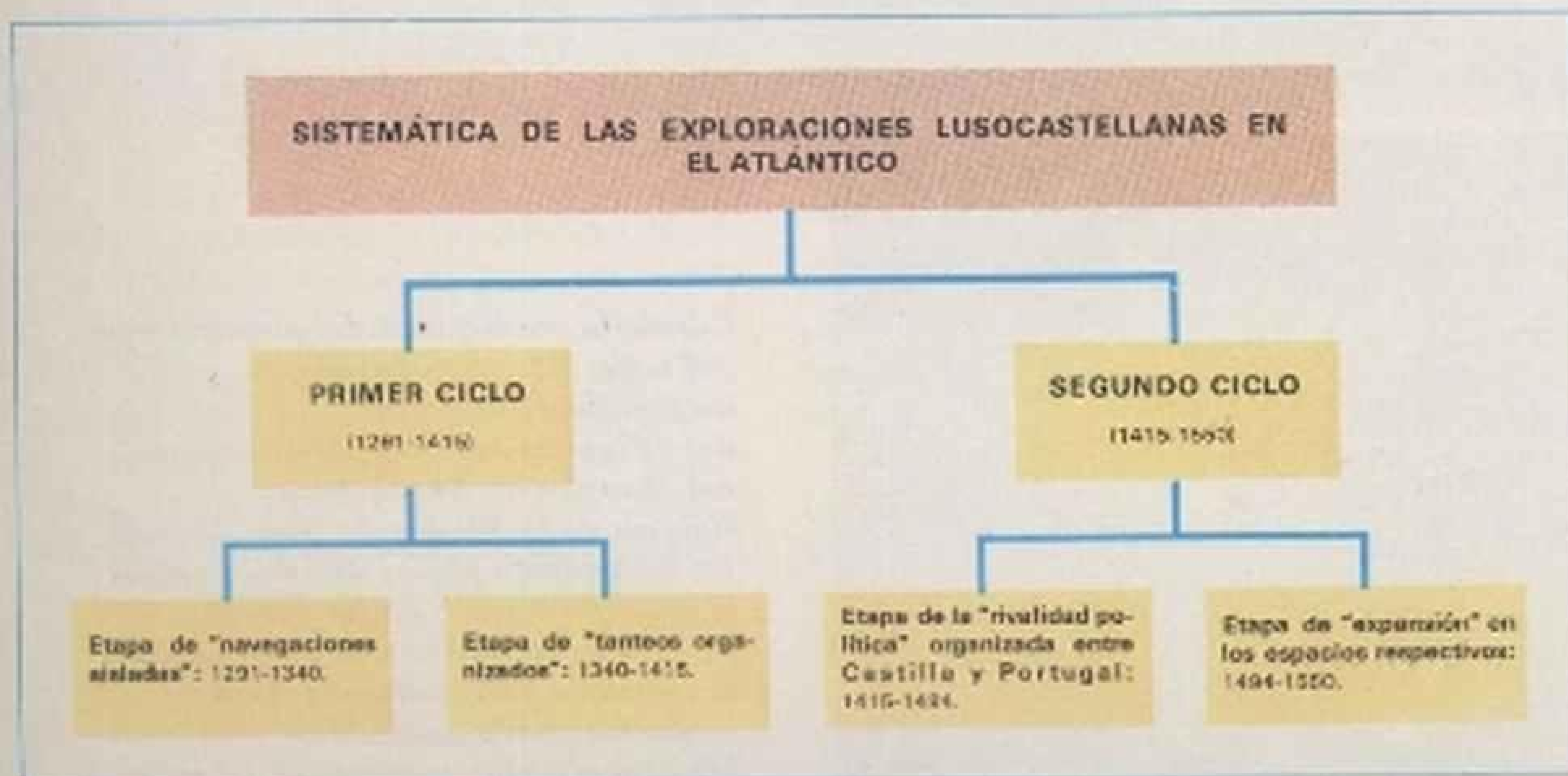
Tenemos varios retratos, del todo auténticos, del infante Enrique; era de facciones algo fuertes, labios gruesos, cara tostada por el sol y arrugada por la brisa marina. Vestido con una ropilla negra, llevaba una gorra de fieltro sin adornos. En los retratos aparece algo serio, taciturno, preocupado, como si acabase de escuchar el secreto de un piloto genovés, o de otro mallorquín, que lo sabía de un árabe, que lo oyó de un sirio, quien lo contaba sin saber que repetía una tradición de sus abuelos fenicios. Don Enrique iba raramente a la corte, vivía soltero, en un círculo de amigos, marinos y pescadores de Sagres, preparando siempre la expedición del próximo verano. El mote de su escudo era: *Talent de bien faire* (deseo de hacerlo bien).

Era el tercer hijo del rey Juan y de la reina Felipa de Lancaster. Su título de gran maestre de la orden de Avis, junto con el apoyo de la corte, le proporcionaban los medios necesarios para financiar sus empresas descubridoras. Su compleja personalidad encaja perfectamente en el tiempo que le tocó vivir. La Edad Media y el Renacimiento parecen efectuar el relevo en su persona. El hombre medieval se refleja en cuanto hay todavía de cruzado en él; el hombre moderno, en la preocupación por desvelar los misterios de la naturaleza oscurecidos por la tradición y la leyenda.

Tradición y leyenda influyeron notablemente en los proyectos del infante portugués. Numerosos relatos europeos, de origen medieval, afirmaban la existencia de un reino cristiano en África, el reino del preste Juan. Este reino debía hallarse situado al sur de las tierras dominadas por los mu-



Interior de la iglesia "manuelina" de Jesús, en Setúbal. El "manuelino" constituyó el último fulgor del gótico en Portugal. Si bien sus construcciones se vieron favorecidas por las enormes ganancias producidas por las expediciones africanas e índicas, lo costosas que resultaban comprometieron las finanzas portuguesas.



LAS EMBARCACIONES OCEANICAS

La nao y la carabela, principalmente la segunda, fueron los instrumentos materiales de los grandes descubrimientos. Las carabelas, ideadas y perfeccionadas en las costas atlánticas de la península ibérica, sobre todo en Portugal, constituyen la embarcación más marinera de que dispuso Occidente a lo largo del siglo XV. Perfeccionada gracias a las experiencias de las exploraciones portuguesas, llegó a ser la síntesis de las cualidades navales que hicieron posible los descubrimientos. Comparada con la galera mediterránea, contrasta por su aparente pesadez. La eslora de las galeras, alargada para conseguir mayor velocidad, daba a estas naves una esbeltez muy superior a la de las carabelas. En cambio, éstas eran mucho más robustas, capaces de resistir los embates del océano, que hubieran quebrado a las ágiles galeras mediterráneas. Para compensar la pesadez del casco, las carabelas debían arbolar una gran superficie de tela. Velamen desarrollado y casco muy reforzado, he aquí las características más sobresalientes de este tipo de naves. Las dimensiones de las carabelas fueron muy variadas. Su capacidad de carga oscila entre las 55 y las 100 toneladas castellanas. Una carabela de 60 toneladas, el tipo más difundido, medía unos 21 metros de eslora, 15 de largo de quilla y 7 de manga. Esta proporción, 3-2-1, característica de estas naves, será la que determine el tipo de *barco* redondo de casco corto y resistente. El calado era de 2 metros y la altura máxima útil de la bodega, de 2,75 metros.

La diferencia principal entre la nao y la carabela estaba en las superestructuras. Mientras la primera poseía dos cubiertas, la segunda sólo tenía una. En la nao, la segunda cubierta se extendía desde el palo mayor, en el centro de la nave, hasta la popa. Bajo ella existía una cámara para la tripulación. Los dos tipos de embarcaciones estaban dotados de un pequeño castillo de proa y de la toldilla, situada a popa, donde se encontraba la cámara del capitán y del contramaestre.

La arboladura se componía de tres palos, mesana, mayor y trinquete, situados en este orden de popa a proa. Las velas típicas del Atlántico eran de forma rectangular, de gran superficie de tela, capaces de mover las recias embarcaciones que surcaban estas aguas. Pero tenían el inconveniente de ser poco maniobreras. Sólo con vientos de popa podían funcionar satisfactoriamente. Las velas latinas, usadas sobre todo por los árabes pese a su nombre, eran más aptas para navegar con vientos de costado. Las carabelas acostumbraban llevar un aparejo mixto. En los palos mayor y trinquete se izaban velas cuadrangulares; en el de mesana, velas latinas, de forma triangular, y en el botalón de proa, caso de existir, otra vela rectangular, la cebadera. De esta forma se aliaban las cualidades del aparejo latino a la posibilidad de navegar aprovechando al máximo las empopadas.

La máxima velocidad la alcanzaban las carabelas navegando con vientos sobre la cuarta de popa. Cuando soplaban vientos contrarios, había que ceñir, navegando entonces de bolina, esto es, en zigzag, dando bordadas.

Los materiales empleados para la construcción naval eran muy diversos. Los cascos eran de roble y para la carpintería interior se utilizaban maderas menos resistentes, pero más ligeras. Para las partes metálicas, llamadas clavazón, se empleaba el hierro, y en menor escala el cobre. El lino y el cáñamo se utilizaban como elementos textiles, en las cuerdas y velas. Por último, el alquitrán servía para impermeabilizar los cascos.

Las bodegas de las carabelas, antes de partir para una empresa oceánica, se llenaban casi por completo con los víveres que debían garantizar la subsistencia de la tripulación durante muchos meses. Aunque se preveía hacer escalas para reponer agua dulce, leña, carne y alimentos frescos, la base de la alimentación, trigo, vino y aceite, se almacenaba a bordo para toda la travesía. La carga de víveres se completaba con salazón de carne y de pescado, legumbres secas, miel, frutas secas y quesos. La humedad y los parásitos destruían buena parte de estas provisiones. Un problema mayor lo constituía el desequilibrio dietético —faltaban alimentos frescos y vitamina C—, causa del escorbuto, enfermedad habitual en las travesías de larga duración.

Otro tipo de carga estaba compuesto por los materiales destinados a servir para reparar los desperfectos que pudieran surgir durante la travesía. Alquitrán, clavos, herrajes, cuerdas, planchas de madera, sebo, pez, amén de piezas enteras de repuesto, como un timón y varias áncoras, eran imprescindibles.

La carga se completaba con diversos objetos destinados a servir de moneda de cambio en los posibles contactos con los indígenas. En su mayor parte eran baratijas de escaso valor: bonetes de colores brillantes, espejos, cuentas de vidrio, peines. Otros revestían carácter utilitario: hachas, cuchillos, tijeras, anzuelos. Algunos, los menos, eran regalos de valor, destinados a los reyes o príncipes más importantes que los expedicionarios pudieran hallar. A cambio obtenían víveres frescos y, si la suerte les era propicia, especias, esclavos y piedras y metales preciosos.

Hasta los viajes de Vasco de Gama las naves no fueron especialmente preparadas para la guerra. Pero la seguridad de los tripulantes siempre estuvo garantizada por una amplia gama de armas. Sobre cubierta se montaban piezas de artillería ligera, culebrinas y falconetes, que disparaban metralla de hierro. Bajo cubierta, por agujeros practicados en el casco, las bombardas podían arrojar proyectiles de piedra o hierro. La tripulación también estaba armada. Espingardas, lanzas, picas, espadas, armas arrojadizas, rodelas e incluso armaduras completas integraban el arsenal. Los portugueses solían hacer una exhibición de su poder militar cuando recibían a bordo la visita de algún cacique indígena. Primero le mostraban todas sus armas, después disparaban una salva de cañonazos y, por último, hacían gala de las cualidades defensivas de una armadura, recubriendo con ella a uno de los tripulantes, que era golpeado, sin consecuencias, por los miembros de la comitiva del cacique.

J. F.



Carabela portuguesa del primer tercio del siglo XVI, reproducida en un detalle de la tabla del "Viaje de las Once Mil Vírgenes", del Maestro de Santa Auta (iglesia de la Madre de Dios, Lisboa). La navegación por el Atlántico exigió la transformación de los buques de tipo mediterráneo en otros nuevos; la carabela y después el galeón serán las consecuencias de las experiencias marineras del siglo XV.

sulmanes. Esta situación le daba una importancia estratégica extraordinaria. Una alianza entre el preste Juan y un monarca occidental cristiano permitiría organizar la cruzada definitiva. Los musulmanes, atacados simultáneamente en dos frentes, serían barridos de África. La posibilidad de tal empresa fue uno de los acicates del infante don Enrique.

Las posibilidades de llevar a cabo la circunnavegación de África se apoyaban en fuentes más antiguas. El infante conocía el relato de Heródoto, según el cual navegantes fenicios habían realizado el periplo africano, al servicio del faraón egipcio Necao, allá por el siglo VI a. de J.C. Sobre el interior de África circulaban las más fantásticas noticias. Existían ríos de oro y quizá fuera posible localizar el paraíso terrenal entre Asia y el continente africano. Los habitantes de estas tierras eran tenidos por extraordinarios y el conocerlos, pese a los peligros que tal coyuntura podía acarrear, debía constituir la más maravillosa de las experiencias.

A estas motivaciones, semilegendarias solamente, pues el reino de Etiopía está en la base de las leyendas en torno al preste Juan y el periplo africano relatado por Heródoto podemos considerarlo históricamente fundado, se sumaban realidades concretas, ya mencionadas antes. Las navegaciones a lo largo de la costa africana podían llegar a ser un nuevo camino que condujese a la especiería y, de un modo más inmediato, proporcionaban objetos de comercio importantes: oro, marfil, pimienta y, sobre todo, esclavos.

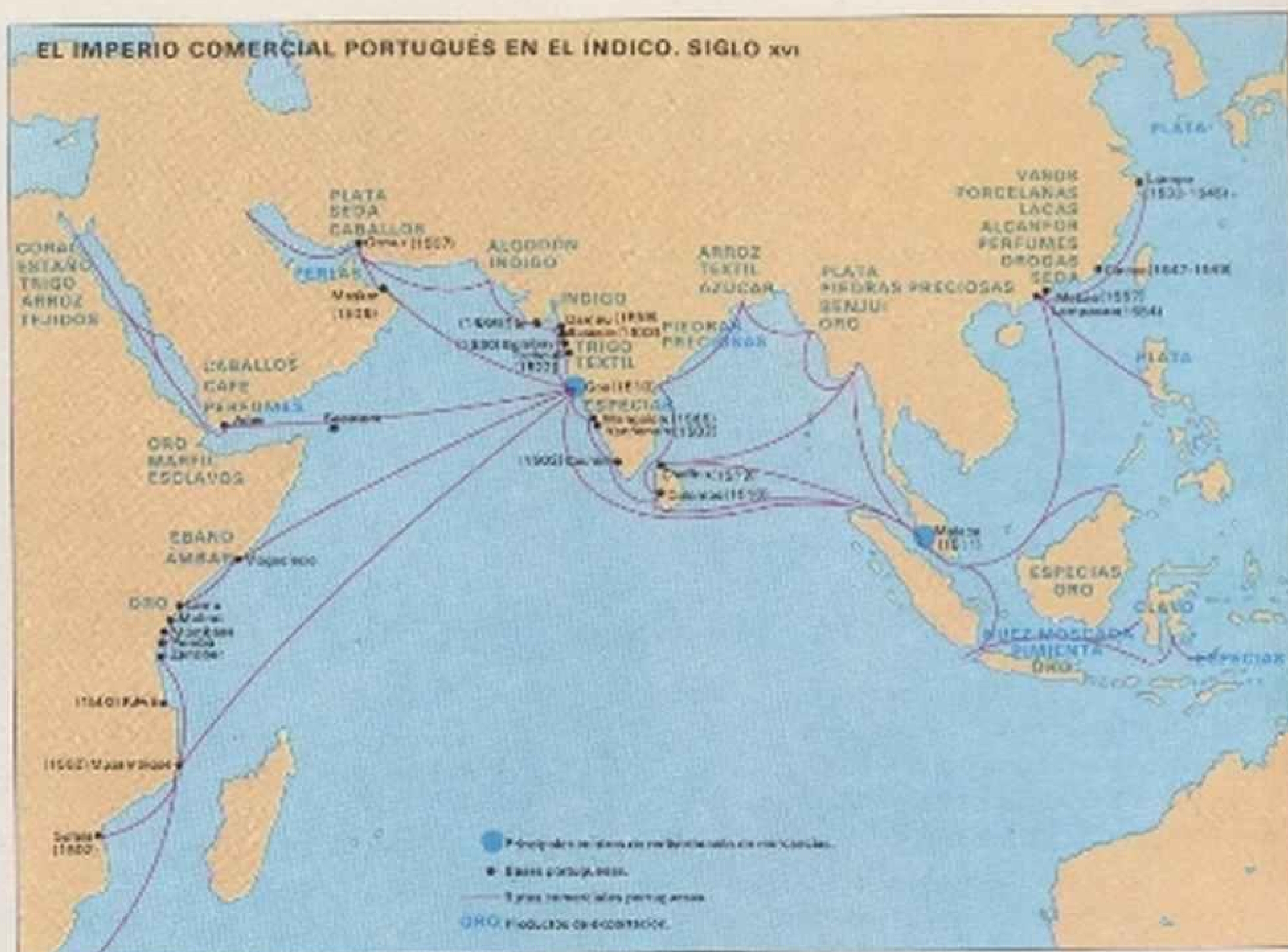
La importancia de estos objetivos económicos fue muy grande desde las primeras expediciones. Muestra de ello es el interés con que la monarquía portuguesa intentó asegurarse la exclusividad de los posibles beneficios comerciales.

Durante la primera etapa de las navegaciones, los esfuerzos de los portugueses estuvieron encaminados a asegurarse la posesión de todas las islas atlánticas. Casi lo consiguieron. Porto Santo, Madera y las Azores fueron ocupadas ya en 1418-1419 y 1427 con el propósito de "cerrar el océano a posibles competidores y convertir el Atlántico en el Mare Nostrum de Portugal". Las islas Canarias, posesión castellana, constituían la única excepción. No por falta de empeño: en 1424 fracasó un intento de conquista armada y las negociaciones de 1433 con Juan II de Castilla no dieron mejores resultados. Ante la esterilidad de los esfuerzos bélicos y de las relaciones diplomáticas directas, Portugal recurrió al sumo pontífice. El recurso al papa, como suprema autoridad entre los países cristianos, muestra reiteradamente otra característica medieval de las magnas empresas descubridoras, que, por contraste, constituyen el factor más espectacular en el orto de los tiempos modernos.

El recurso al papado tampoco resolvió la cuestión de las Canarias, que siguieron siendo castellanas. Pero, en cambio, garantizó la exclusividad portuguesa en las navegaciones a lo largo de la costa africana por las bulas *Romanus Pontifex* (1454) e *Inter Caetera* (1456). En ellas, el papado concedía a Portugal el dominio de toda la costa africa-



Monumento a don Enrique el Navegante en la plaza del mismo nombre en Oporto.





Astrolabio marino del siglo XVI (Museo Marítimo, Barcelona). Este instrumento, que medía la altura de los astros, fue aplicado a la navegación en el reinado de Juan II de Portugal.

na desde Nun y el cabo Bojador en adelante. Con esta apelación al papado y el consiguiente dictamen, acordando tierras que pueden ser objeto de descubrimiento y conquista en el futuro, queda sentado un precedente de la mediación que el sumo pontífice realizará cuando el descubrimiento de América plantee de nuevo un problema similar.

Mientras se debatía la cuestión de las Canarias y el papado garantizaba el monopolio de las navegaciones africanas a los portugueses, el infante don Enrique desarrollaba la segunda parte de la empresa que a largo plazo había de abrir la ruta de la India. Ya queda dicho que don Enrique el Navegante no navegó jamás, por lo menos por las costas de África. En cambio, organizó las expediciones, preparó los hombres y armó las naves que debían realizarlas. Los jalones más importantes de la lenta marcha hacia el Sur, a lo largo de la costa africana, son el paso del cabo Bojador en 1434 por Gil Eneas, el descubrimiento de Río de Oro por Alfonso Gonçalves en 1436, el paso de cabo Blanco y de la costa de Senegal por Nuño Tristão en 1441, y la arribada a cabo Verde, en 1444, realizada por Dionis Dias.

Las actividades navales portuguesas a partir de 1448 quedaron centralizadas en Sagres. Don Enrique estableció allí, en la punta más meridional de los Algarbes, su residencia y además un centro náutico que



El cabo de las Tormentas, luego llamado de Buena Esperanza. En la carrera hacia las islas de las Especias, doblar este cabo constituyó una meta importantísima para los navegantes portugueses.

era, a la vez, casa de contratación y escuela de pilotos. Muchos de los problemas que planteaba la navegación oceánica se resolvieron allí, en parte gracias a la colaboración de los técnicos y expertos pilotos mediterráneos que el infante agrupó en torno suyo. Pero el Atlántico planteaba problemas nuevos, que exigían soluciones nuevas. Las experiencias adquiridas en el Mediterráneo eran, a veces, insuficientes. Así surge un tipo nuevo de embarcación, más apropiada a las condiciones marinas del océano, la carabela. Del mismo modo se desarrollan los estudios astronómicos, aplicados a la navegación de altura, y se difunde el uso del astrolabio y el cuadrante, "aparelhos ja usados em terra anteriormente, mas que os tecnicos do Infante souberam simplificar para uso do mar", según Damião Peres, especialista en la historia de los descubrimientos portugueses.

Paralelamente a estos avances técnicos y a los descubrimientos geográficos se inició la explotación colonial de las nuevas tierras. El aumento del tráfico comercial tiene como contrapartida la disminución del interés por efectuar nuevos descubrimientos. La tentación de obtener rendimientos económicos importantes en las tierras ya conocidas se impone al afán de avanzar en busca de hipotéticos beneficios entre peligros seguros. La progresión hacia el camino de las especias se hace cada vez más lenta. En los quince años que separan el descubrimiento del



El infante Juan, el futuro Juan II de Portugal, por Nuno Gonçalves (detalle del panel del rey en la "Veneración de san Vicente"; Museo de Lisboa). Muerto Enrique el Navegante, las empresas marineras recayeron en su sobrino Juan, que les daría notable impulso y conseguiría grandes logros.



Medalla de Vasco de Gama, acuñada con motivo del cuarto centenario de su gesta (Museo Marítimo, Barcelona).

cabo Verde de la muerte del infante don Enrique, los avances hacia el Sur no van más allá del cabo las Palmas o, a lo sumo, de la costa norte del golfo de Guinea.

La colonización de las islas Madera y Azores se lleva a cabo por esta época. En 1433, Madera cuenta con 800 habitantes y la cosecha anual de caña de azúcar se cifra alrededor de los 500 quintales. Esta planta va a ser muy importante en la historia de la primera expansión colonial atlántica. Trasladada desde Sicilia a las islas portuguesas, el clima tropical favorecerá el crecimiento de la caña, pudiéndose así recoger grandes cosechas. El mayor inconveniente con que su cultivo tropieza es la necesidad de una mano de obra abundante. Los portugueses la resolvieron importando esclavos negros de la cercana costa de Africa. Caña de azúcar y mano de obra africana sometida a la esclavitud: estamos ante un claro precedente de una de las bases económicas de la colonización del Caribe.

El tráfico de esclavos constituye el principal objetivo comercial de las factorías sitas en el continente. Se complementa con el marfil y el oro. El aumento del tráfico comercial queda de manifiesto en la creación de una compañía que centralizará las operaciones mercantiles: la *Compañía de Argim.*

Tras la muerte del infante don Enrique, en 1460, el monarca portugués Alfonso V dejará de intervenir directamente en la empresa descubridora. A partir de 1469 arrendará a Fernão Gomes el monopolio del comercio con Guinea. Una de las cláusulas de la concesión del arrendamiento obligaba a Fernão Gomes a explorar cien leguas de costa cada año. De esta manera se completa el reconocimiento del golfo de Guinea. En 1474, Lopo Gonçalves dobla el cabo López. El ciclo se cierra con una desilusión. La larga inflexión hacia el Este de la costa de Guinea hacía suponer que el camino hacia el reino del preste Juan y hacia las tierras de las especias iba a ser corto. Las expe-



Tras doblar el cabo de Buena Esperanza, quedaba lo desconocido. Las noticias que se tenían en Europa no eran muy claras. Se hablaba, como en este fragmento del mapa de Cresques, de buques que surcaban el Indico y cuyas velas eran de palma.



Escudo de armas de Vasco de Gama, el portugués que descubrió la ruta de las especias y unió las costas europeas con las del océano Indico.

diciones sucesivas demostrarán que la tierra africana sigue más adelante, extendiéndose de nuevo hacia el Sur. El paso que conduce a la India está todavía lejos.

En la misma época en que Lopo Gonçalves llegaba al cabo que recibe su nombre se iniciaba el reinado de Isabel I en Castilla y, con él, la reanudación de la rivalidad luso-castellana en el Atlántico. Las concesiones papales habían significado exclusivizar para Portugal los beneficios de la navegación atlántica. Castilla, regida entonces por un monarca débil e inmersa en conflictos de orden interno, se había resignado por el momento, incapaz de romper el monopolio portugués. Por otra parte, la cuestión de las Canarias no se había solucionado según los deseos de Portugal. El equilibrio entre las dos potencias ibéricas era, pues, sumamente inestable. Cuando estalló el conflicto para dirimir la sucesión de Enrique IV entre Isabel y Juana la Beltraneja, la guerra civil castellana se vio doblada por una lucha internacional a causa de la intervención portuguesa. Esta coyuntura permitirá a Isabel atacar el monopolio atlántico portugués. La guerra se desarrolla en dos frentes. El más conocido es el peninsular, pero el que más interesó a Portugal fue, sin duda, el atlántico. En la península, el triunfo fue para las armas castellanas. Pero en el mar los intentos de acabar con el comercio portugués con Guinea serán enérgicamente rechazados por las flotas de Portugal. Esta situación se refleja en el tratado que pone fin a la guerra, el tratado de Alcaçovas-Toledo. Isabel asegura su primacía al trono frente a Juana la Beltraneja, cuya candidatura había recibido el apoyo luso. Pero, en cambio, Castilla renunciaba expresamente al comercio y la navegación al sur del cabo Bojador. Las Canarias siguen siendo posesión castellana, pero Portugal ya no tiene ningún inconveniente en reconocerlo así, una vez asegurado el monopolio africano.

A partir del tratado de Alcaçovas-Toledo, Portugal queda, pues, libre de competidores en la ruta del Atlántico. El alcance del tratado ha sido objeto de múltiples discusiones. La interpretación más favorable a los intereses de Portugal suponía que la navegación al sur de las Canarias quedaba reser-

Francisco de Almeida, primer virrey portugués de la India, quien tuvo a su cargo asentar el dominio en aquellas regiones abiertas tras el viaje de Vasco de Gama.





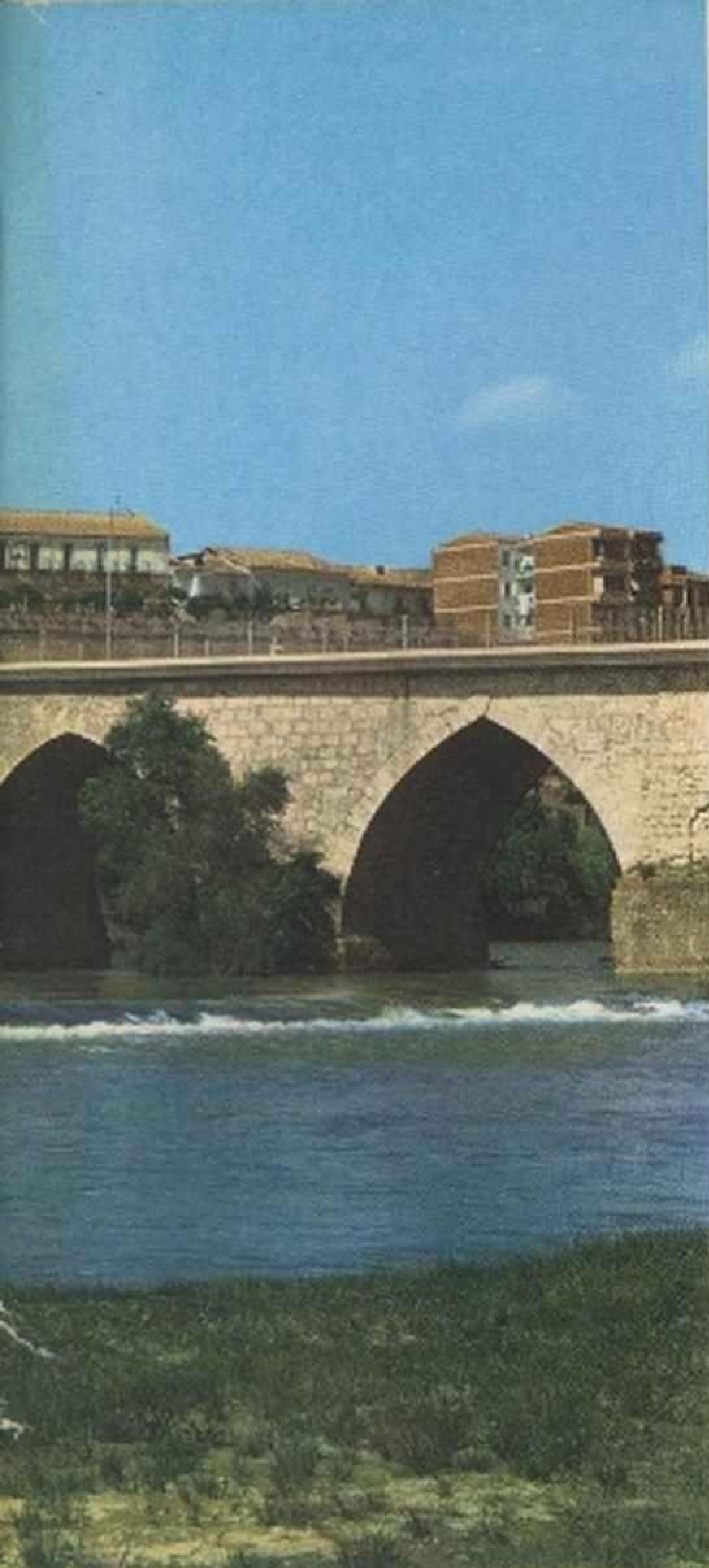
Vista de Tordesillas, donde se firmó el tratado que repartía la Tierra en dos hemisferios basándose en la bula "Inter caetera", pero alejando la línea de demarcación de 100 leguas al oeste de cabo Verde a 370.

vada a los portugueses, siendo el paralelo de las islas la línea que separaba las dos zonas de influencia: al Norte quedaba la de Castilla, y al Sur, la portuguesa. Según esta interpretación, la posesión de América del Sur quedaba reservada a Portugal aun antes de su descubrimiento. La interpretación más limitada, que es la que hoy cuenta con mayor número de adeptos entre los especialistas, supone que la prohibición de navegar de las Canarias para abajo, *contra la costa*, hecha a las naves castellanas, no implica en modo alguno que se fijase el paralelo de las islas como límite de las respectivas zonas de influencia.

Desde 1474, todo lo relacionado con las navegaciones africanas quedó a cargo del príncipe don Juan, el futuro Juan II, digno continuador del infante don Enrique, al que quizá superó en visión política. De hecho, las cláusulas del tratado de Alcaçovas-Toledo relativas a Guinea se deben a la habilidad de este gran estadista. Cuando suba al trono, en 1481, procurará respaldar con los hechos las ventajas que estaban en la letra del tratado. El castillo de San Jorge de la Mina, situado al norte del golfo, atestigua esta voluntad de asegurar la ocupación de Guinea.

Resuelto el pleito por la exclusividad de las navegaciones africanas en el terreno de la diplomacia y garantizado militarmente sobre el terreno, don Juan puede continuar la empresa descubridora. El profesor Seco sistematiza así los proyectos de Juan II:

"1. En primer término, buscar sin vacilaciones la extremidad meridional de Africa, el paso hacia la India. Un avance considerable en este sentido lo realiza Diego Cao en dos viajes sucesivos, en el primero de los cuales (1482-1484) alcanzará el río Congo,



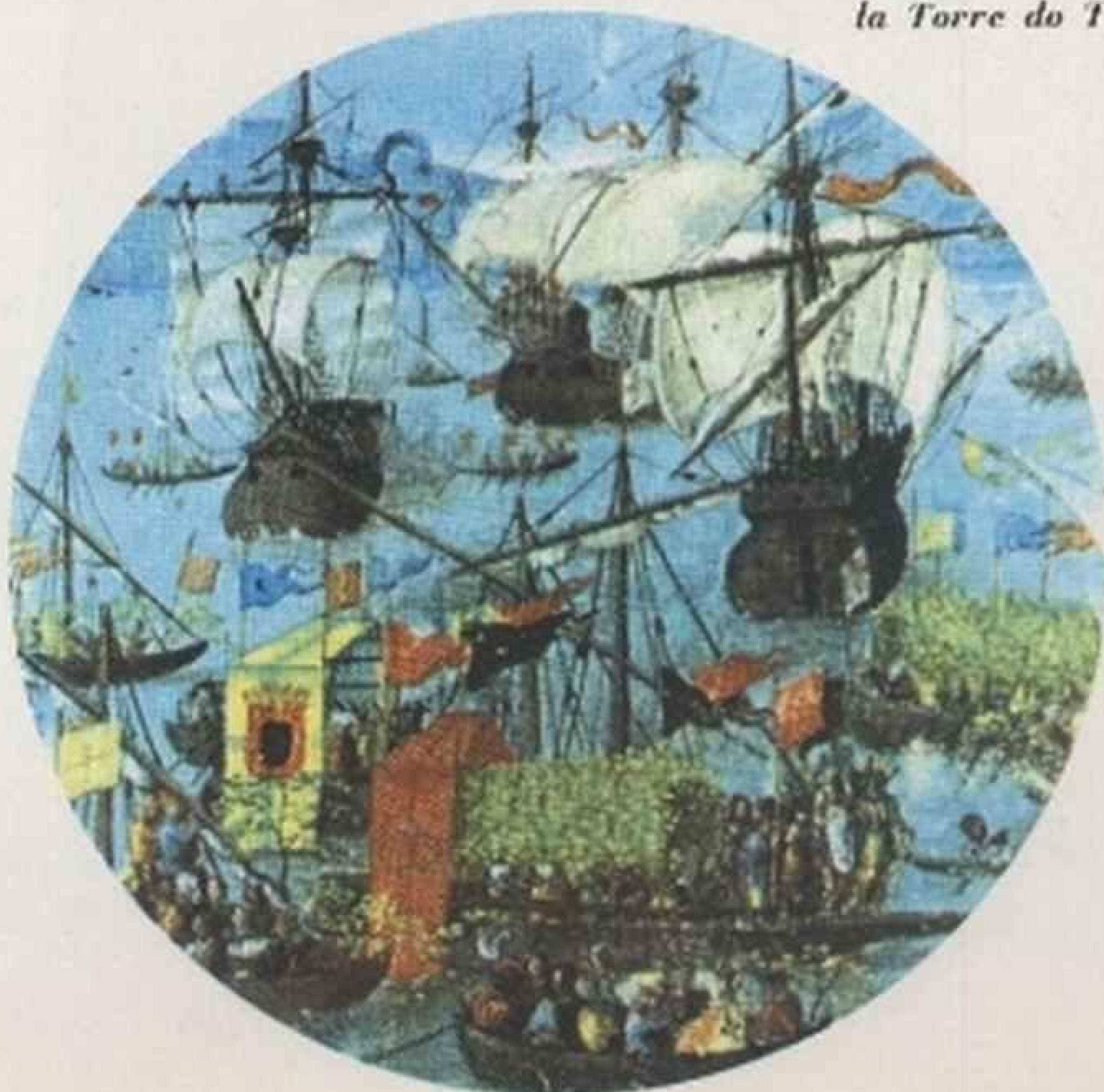
continuando luego por la costa hasta el cabo Santa Maria (13° 27' S.), y en el segundo (en 1485) llegará a Sierra Parda a Punta *dos Farillares* (22° 10' S.). Dos años después, Bartolomé Dias alcanza la extremidad sur del continente: el camino de la India está abierto.

"2. En segundo lugar, un metódico reconocimiento de las condiciones de la navegación del Indico, de sus emporios comerciales, de la ruta de las especias y sus principales jalones en Oriente, al mismo tiempo que una directa toma de contacto con el famoso preste Juan, esto es, con el soberano etiópico. Misión encomendada a Alfonso de Paiva y Pedro de Covilhã, y coronada por este último, en todos sus extremos, con brillante éxito.

"3. Descubierto el cabo de Buena Esperanza, asegurado el camino por los acuerdos internacionales y conocida en sus aspectos más interesantes la ruta del Indico y su tráfico, el paso inmediato debía constituirlo un viaje que fuera consecuencia de todas las expediciones y tanteos precedentes. Pero la memorable navegación de Vasco de Gama había de retrasarse aún tres largos años."

La puesta en práctica de los proyectos del monarca portugués fue lenta y estuvo llena de dificultades. El momento culminante de esta serie de navegaciones lo constituye la expedición de Bartolomé Dias. Las corrientes adversas dificultaban la navegación a lo largo de la costa sudafricana. La expedición de Bartolomé Dias se desvió unos 30 grados hacia el Sur, internándose así en el océano. Para encontrar tierra de nuevo, Dias prefirió no virar en redondo, sino dirigirse hacia el Noreste. A consecuencia de este rumbo tocó tierra en el golfo de Mossebaai, situado al este del extremo meridional de Africa. Intentó continuar hacia el Norte, por la fachada índica del continente africano, pero la oposición de sus tripulantes le obligó a retroceder. Rumbo a Portugal dobló la punta meridional de Africa. El paso lo realizó en unas condiciones atmosféricas dificilísimas. Por esto bautizó al cabo sur de Africa como cabo de las Tormentas. Cuando Bartolomé Dias regresó a Portugal y comunicó su descubrimiento, se hizo patente que el camino de la India estaba expedito para los portugueses. A causa de esto, el cabo de las Tormentas cambió su nombre, apenas estrenado, por otro: cabo de Buena Esperanza.

La expedición de Bartolomé Dias había mostrado la posibilidad de alcanzar el extremo sur de Africa. Desde el cabo de Buena



Buques portugueses de principios del siglo XVI (miniatura de una página del códice "Leitura Nova": Archivo de la Torre do Tombo, Lisboa).

Esperanza hasta las especias quedaba lo desconocido. ¿Cuál era el camino que unía las islas de Oriente con los recientes descubrimientos portugueses? ¿Existían intermediarios entre los países de origen de las especias, las sedas y las piedras preciosas y los venecianos que las distribuían por Europa? Caso de ser afirmativa la respuesta a esta última pregunta, los portugueses necesitaban saber hasta qué grado eran capaces de ofrecer resistencia estos hipotéticos competidores.

La contestación a todas estas cuestiones exigía un conocimiento exacto de la situación en los países situados entre Asia y África, así como de la organización del comercio de las especias en Oriente. En Europa se tenían bastantes noticias relativas a estos países. En el mapa compuesto por fray Mauro en 1460 aparece representada la región etiópica con bastante exactitud y la toponimia es fácilmente identificable. El papado envió, en 1482, embajadores al rey de Etiopía. Estos tomaron contacto con europeos que vivían en diversos territorios del rey de reyes. Pero las noticias ciertas que por estos conductos llegaron a Occidente estaban envueltas en multitud de historias

LOS DESCUBRIMIENTOS PORTUGUESES DESDE LA MUERTE DE ENRIQUE EL NAVEGANTE (1460)

AMERICA	AFRICA	ASIA
	1462 Pedro de Sintra alcanza las costas de la actual Liberia.	
	1470 Navegantes portugueses penetran en el golfo de Guinea hasta el cabo de Santa Catalina: Fernando Poo descubre la isla que lleva su nombre.	
	1482 Fundación del punto de apoyo fortificado comercial de San Jorge de la Mina, en Costa de Oro.	
	1482-1485 Diogo Cao descubre la desembocadura del Congo y la bahía de la Ballena.	
	1487-1488 Juan Pérez de Covilhao entra en relaciones con Etiopía. Llega a la India, de aquí a Sofala (Mozambique). Regresado a Egipto, llega a Ormuz y vuelve a Etiopía, donde muere. Bartolomeu Dias alcanza el cabo de las Tormentas (Buena Esperanza) y llega hasta el "Río do Infante" (Great Fish River).	1487-1488 Juan Pérez de Covilhao llega a la India desde Etiopía.
		1488 Covilhao llega a Ormuz procedente de Egipto.
	1490 Una expedición portuguesa remonta el Congo y funda el establecimiento comercial de San Salvador.	1497-1499 Vasco de Gama llega a la India con la ayuda de un piloto árabe.
1501 Pedro Alvarez Cabral, rumbo a la India, es desviado por una tormenta y descubre Brasil, al que toma por una isla, llamándola Tierra de la Santa Cruz.		
1501-1502 Al servicio de Portugal, Américo Vespucio alcanza Brasil, cerca del cabo de San Roque, y llega hasta el Río de la Plata.	1506 Tristan da Cunha descubre la isla de su nombre.	1507 Pedro de Mascarenhas descubre las islas Mauricio y Reunión.
		1509 Diogo Lopes de Sequeiza en Ceilán, Malasia y Sumatra.
		1510-1511 Afonso de Albuquerque ocupa Ormuz, Goa y Malaca.
		1512 Antonio de Abreu y Francisco Serrano llegan a las pequeñas islas de la Sonda, las de la Banda y las Molucas.
		1516-1517 Fernando Pérez de Andrade reconoce las costas de Siam, Cochinchina y llega a las islas Ryu-kyu.
1524-1525 Esteban Gómez reconoce la costa americana entre los paralelos 45º y 53º lat. Norte.	1520-1526 Francisco Alvares en Etiopía como misionero.	
	1531 Fundación de los establecimientos de Sena y Tete sobre el Zambeze.	



Vista de Goa poco después de su conquista por el virrey Albuquerque (grabado de "Civitates orbis terrarum", de Braun; Biblioteca del monasterio de El Escorial).

fantásticas y, además, sólo en mínima parte respondían a la cuestión fundamental para los portugueses: cuál era la organización del comercio de las especias en Oriente. Se imponía, pues, una toma de contacto directa con estos países, para recoger informaciones concretas. Los encargados de realizar esta misión fueron Pedro de Covilhã y Alfonso de Paiva.

Para el buen éxito de esta empresa, Covilhã y Paiva tenían que pasar inadvertidos a musulmanes y venecianos, que no dudarían en acabar con ellos si conocían el objeto de su misión. La suya fue una auténtica aventura de espionaje. Buenos conocedores del árabe, lengua clave en los países dominados por el Islam, los dos portugueses partieron hacia Oriente fingiendo ser comerciantes en miel. De acuerdo con esta cobertura siguieron la ruta habitual que desde Barcelona les condujo al Cairo, vía Rodas. En la ciudad del Nilo se unieron a unos comerciantes árabes y de esta suerte alcanzaron el extremo del mar Rojo, en el golfo de Adén. A partir de aquí se separaron. Paiva se dirigió hacia el Sur, en busca de Axum. No le acompañó la suerte y pereció en la empresa. Covilhã fue más afortunado. En dirección al Este alcanzó la costa malabar y recorrió los principales puertos del occidente de la India: Cananor, Calicut y Goa. Desde allí retrocedió hasta alcanzar de nuevo la costa de Africa. Se dirigió hacia el Sur hasta llegar a Sofala, frente a la isla de Madagascar. De allí regresó al Cairo, donde entró en contacto con dos enlaces a los que comunicó el resultado de la misión. Después se embarcó de nuevo, visitó Ormuz y se dirigió después hacia Abisinia. Allí había de permanecer hasta su muerte. Los informes que Covilhã había proporcionado a la corte portuguesa fueron importantísimos para las futuras expediciones.

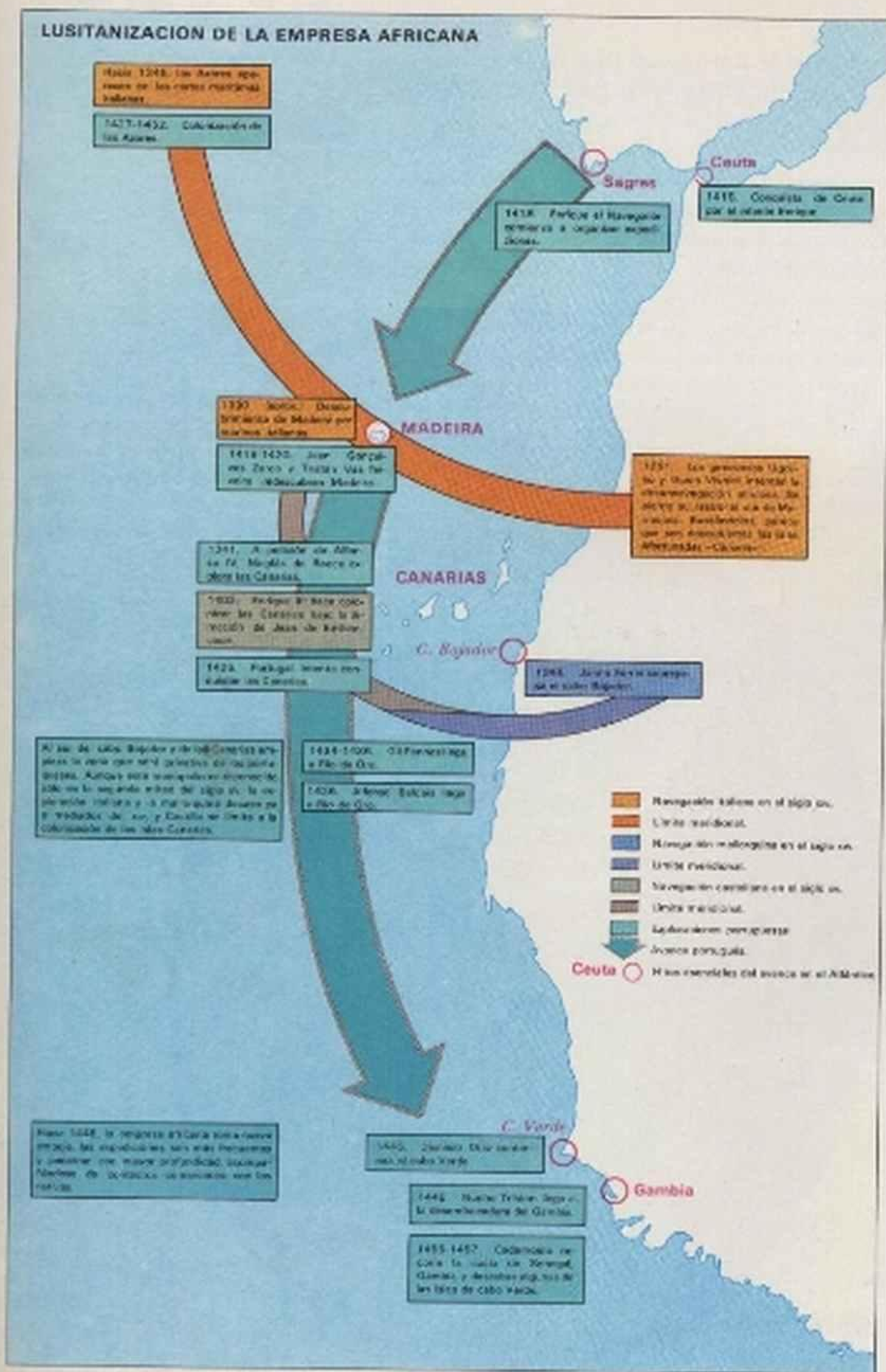
El camino de la India estaba abierto, pero, no obstante, diez años separan la expedición de Bartolomé Dias de la definitiva empresa de Vasco de Gama. Diez años de retraso motivados por querellas políticas de orden interno, que van a ser de gran importancia, porque en el interín tendrá lugar la empresa colombiana. En los proyectos de Colón no se planteaba la posibilidad de descubrir un mundo nuevo, sino de hallar un camino que condujese a Oriente por Occidente. Una nueva ruta que llevase a las Indias. Cuando se supo en Portugal que las naves de Colón habían hallado tierra más allá de las Canarias y de las Azores, se creyó



Afonso de Albuquerque, segundo virrey portugués de la India. Extendió su dominio hacia el Este, hacia las Molucas, y después luchó contra los musulmanes de Egipto.

que habían alcanzado el extremo oriente de Asia. El monopolio portugués de la navegación hacia Oriente no sólo se había roto, sino que además cabía la posibilidad de que Castilla, el contumaz rival, se adelantara en la carrera en pos de las especias.

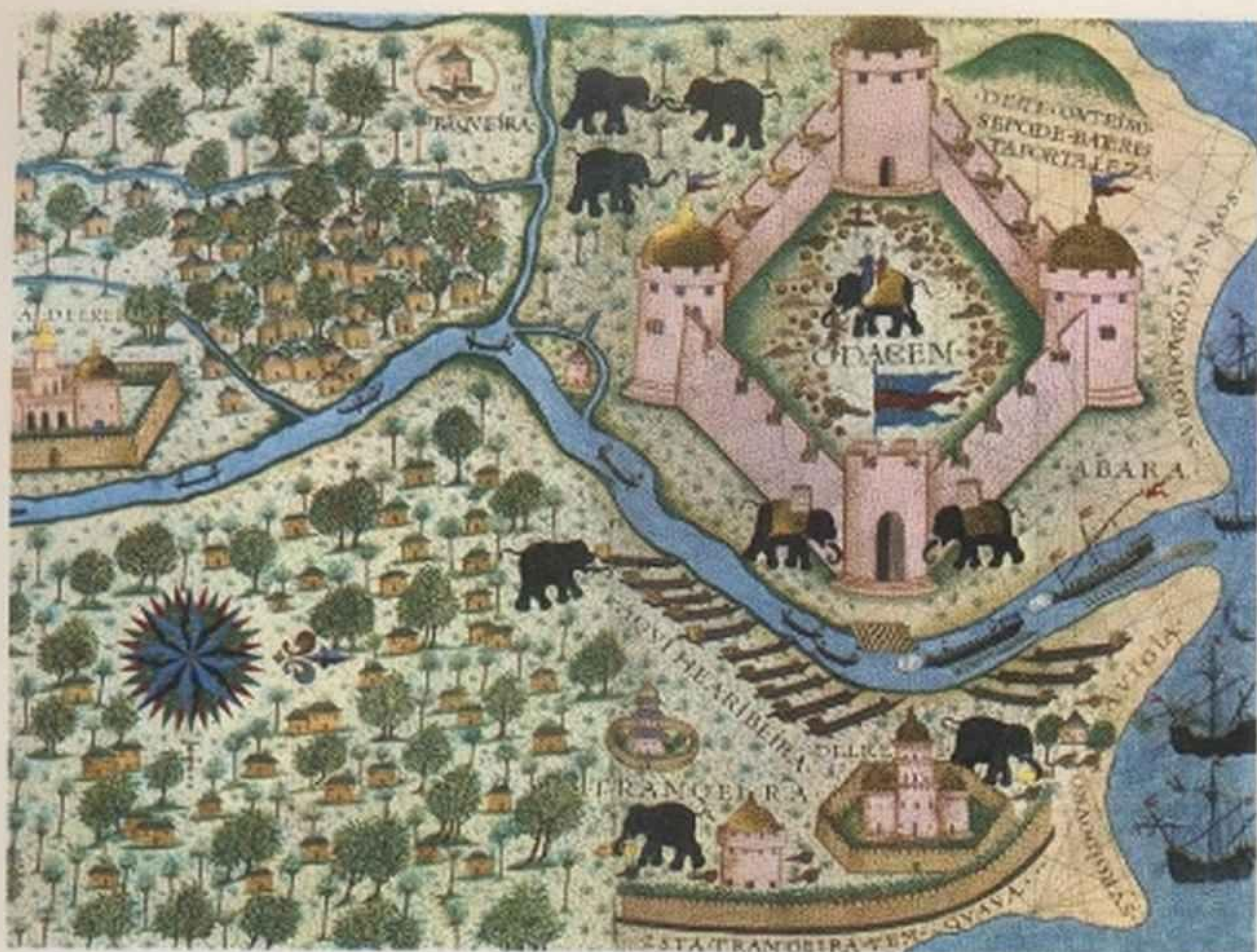
El tratado de Alcaçovas-Toledo, garantía del monopolio portugués, había sido firmado por Castilla. Pero Fernando el Católico consideraba que este tratado sólo garantizaba a Portugal la exclusividad de la navegación hacia Oriente por la ruta africana. En consecuencia, solicitó y obtuvo del papado la concesión de una bula que garantizase a Castilla la posesión de todas las tierras que pudieran descubrirse siguiendo la ruta propuesta por Colón. El monarca portugués se opuso a esto, alegando que Colón había llegado a Oriente, esto es, a tierras reservadas a Portugal por anteriores tratados y concesiones papales. Inicialmente los puntos de vista de ambos monarcas eran irreconciliables. De acuerdo con los anteriores precedentes se recurrió al arbitraje del papa. En 1493, Alejandro VI, por la bula *Inter Caetera,* dividía las dos zonas de influencia por una línea meridiana situada 100 leguas al oeste de las Azores y cabo Verde. Al este de tal demarcación quedaba la zona reservada a Portugal y al oeste la zona de Castilla. Esta solución no fue definitiva. En primer lugar, cabo Verde y las Azores se hallan en meridianos distintos, lo que hacía imprecisa la divisoria entre ambas zonas. En segundo lugar, ya hemos visto que la navegación a lo largo de la costa africana exigía desviaciones profundas hacia alta mar, lo cual movió al monarca portugués a solicitar una ampliación de su zona, en dirección al Oeste.



Tras una serie de negociaciones se llegó a un acuerdo en 1495: el tratado de Tordesillas. En él se estipulaba que la partición se realizaría mediante *un meridiano* situado unas 370 leguas al oeste de la más occidental de las islas de cabo Verde. Con ello se ampliaba la zona portuguesa en el hemisferio occidental. El Brasil, todavía por descubrir, quedaba incluido en la zona lusa. La contrapartida se daba en Oriente. Las Filipinas, igualmente desconocidas para los europeos, quedaban en la zona castellana. Más dificultades presentará la adjudicación de las Molucas cuando la expedición de Magallanes plantee esta cuestión.

La posibilidad de una competencia castellana, utilizando las facilidades que el tratado de Tordesillas le concedía, aceleró la carrera de los portugueses hacia la India. Juan II no pudo, a pesar de todo, ver la culminación de sus proyectos. Murió dos años antes de la partida de la expedición que, siguiendo la ruta de Bartolomé Dias, debía alcanzar la India. En 1497, reinando Manuel I, conocido como el Afortunado por los éxitos alcanzados durante su reinado, partió la expedición de Vasco de Gama, que había sido elegido por el monarca para coronar la difícil empresa.

La derrota seguida por Vasco fue la habitual en las navegaciones anteriores hasta llegar a cabo Verde. A partir de aquí, de acuerdo con la experiencia de Bartolomé Dias, se alejó de la costa africana, internán-



Región de la India portuguesa, según el mapamundi de Fernando Vaz Durado, hecho en Goa en 1568 (Palacio de los duques de Alba, Madrid).

Claustro del monasterio de Belem, una de las maravillas del estilo "manuelino".

dose en alta mar. Durante más de dos meses navegaron sin avistar el continente. A principios de noviembre, la flota arribó a la costa africana. Todavía se encontraban en la fachada atlántica de Africa. Doblar el cabo de Buena Esperanza fue una empresa llena de dificultades. El nombre con que Dias había bautizado este lugar, cabo de las Tormentas, debió de parecer a los navegantes más apropiado que la denominación triunfalista preferida por la corte portuguesa.

A partir de este momento, Vasco de Gama se enfrenta con lo desconocido. Antes que él, ninguna nave cristiana había surcado estos mares. Para repostarse de agua dulce hizo escala en las desembocaduras de los ríos Cobre y Zambeze. Más adelante se detuvo en Mozambique y Mombasa, donde las relaciones con los indígenas fueron poco cordiales. En Malindi cambió el panorama. El rey de esta localidad recibió con gran cordialidad a los portugueses, realizó intercambios con ellos y, lo que es más importante, les proporcionó un piloto. Este, conocedor del régimen de los monzones, facilitó enormemente la travesía hasta Asia. La navegación a través del Indico duró tres semanas. En mayo de 1498, la costa de la India estaba a la vista de los portugueses. La flota tocó tierra en Calicut, en la costa malabar. Esta ciudad era un importante centro comercial, punto de contacto entre la India y los mer-



LUIS VAZ DE CAMOENS, EL POETA EPICO DE LOS DESCUBRIMIENTOS PORTUGUESES

Durante el reinado de Juan III se impusieron totalmente en Portugal las corrientes renacentistas. En la universidad de Coimbra enseñaron profesores extranjeros, influidos por las nuevas tendencias. Becarios portugueses estudiaron en las mejores universidades europeas. De esta manera, el espíritu del Renacimiento informó la cultura lusa, al igual que la del resto de Europa. Se difundieron por Portugal las obras de los antiguos clásicos y las de sus renovadores, los renacentistas italianos. Junto a las influencias literarias, la ética renacentista se difundió también por el país. El afán de ampliar horizontes y la importancia de la experiencia vivida como fuente de nuevos conocimientos se contraponen a la cultura dogmático-libresca propia del Medievo. Los descubrimientos geográficos dieron un campo amplísimo a estas nuevas aspiraciones.

Las influencias clásico-renacentistas, el impulso renovador y una actitud vital estrechamente ligada al momento histórico portugués se reúnen en una sola persona: Luis Vaz de Camoens.

Camoens nació en Lisboa en 1524. Era de origen noble, aunque su familia carecía de recursos económicos cuando él vino al mundo. Posiblemente estudió en la universidad de Coimbra. Allí recibió las influencias culturales que condicionan toda su obra. En lo literario, Virgilio fue su modelo. Petrarca y, sobre todo, Platón, a través de la versión de León Hebreo, completan la trilogía que más había de influir en el poeta portugués. Hacia 1542 frecuentó la corte de Manuel el Afortunado. Uno de sus primeros escarceos literarios fue causa de su desgracia. El rey creyó ver, con razón probablemente, una alusión a su tardío matrimonio con la ex prometida del príncipe Juan en un poema de Camoens. Esto le costó el destierro.

Camoens se vio obligado a partir, dejando a su amor cortesano, Catarina de Ataíde, la Natercia de sus composiciones poéticas. Combinando la espada y la pluma, de acuerdo con el arquetipo ideal del hombre renacentista, se alistó en 1547 en el ejército que combatía a los musulmanes en Africa. Dos años duró su aventura bélica, que le costó un ojo, perdido en la batalla de Ceuta. No debieron de quedar colmadas sus ansias guerreras, porque en Corpus de 1552 intervino en una riña durante la cual hirió de cierta gravedad a Gonzalo Borges, un mozo de la corte. Este nuevo percance le costó nueve meses de cárcel. Cuando salió de la prisión, embarcó en Lisboa con destino a la India. Sus correrías por el Imperio portugués se prolongaron hasta 1570, fecha de su regreso a Portugal.

Durante su primer año de estancia en Oriente recorrió el mar Rojo, navegando a bordo de una nave armada en corso contra los musulmanes. Después vivió durante algún tiempo en Goa, donde consiguió un cargo administrativo. Para desempeñarlo se trasladó a Macau. Pero su destino parecía estar reñido con la tranquilidad de una vida de funcionario. Acusado de irregularidades en el desempeño de su empleo, fue privado de su libertad y conducido a Goa para responder de los cargos que se le imputaban. El barco que lo llevaba naufragó frente a la desembocadura del Mekong. Tras ser recogido por otra embarcación, permaneció algún tiempo en Malaca hasta que se trasladó a Goa. Allí recobró su libertad tras un proceso cuyas vicisitudes ignoramos. A pesar de encontrarse en Oriente, jamás renunció a los fastos literarios propios de la refinada sociedad europea, italiana especialmente. En una ocasión organizó un banquete literario en el que sirvió a los convidados poemas en lugar de comida. Al margen de estas fantasías, su segunda estancia en Goa fue provechosa. Se cree que la mayor parte de *Os Lusiadas*, su obra capital, fue escrita durante este período. En 1567 inició su regreso a Lisboa. El viaje fue interrumpido por una larga escala en Mozambique. Por fin, en 1570, llegó a Portugal.

Dos años después aparecía la primera edición de *Os Lusiadas*. En 1580, un año antes de que Portugal quedase unido a los estados de Felipe II, moría el máximo poeta portugués.

Su obra más importante, *Os Lusiadas*, es la pieza maestra de la literatura portuguesa. Concebida como un grandioso poema épico a la manera clásica, narra las aventuras de Vasco de Gama, el genial descubridor de la India. Pero más que un personaje individual, el auténtico protagonista de la obra son todos los navegantes portugueses que abrieron la ruta de las especias. Mejor aún, el auténtico protagonista es el pueblo de Portugal, los portugueses, "os lusiadas", como indica el propio título del poema.

Os Lusiadas es un poema épico cuyo argumento está inspirado en las crónicas de los descubrimientos portugueses. La composición está influida por el gusto renacentista por los clásicos griegos y latinos. Homero y, sobre todo, Virgilio influyeron directamente en Camoens. Las experiencias en los mares de Oriente del autor son el tercer elemento que interviene en la composición del poema.

Quizás el cronista que proporcionó más material a Camoens fue Juan de Barros. Siguiendo a Tito Livio en la estructura y el título, escribió una monumental historia, las *Décadas*, dividida en cuatro partes, a saber Europa, Asia, Africa y Veracruz, que reflejaban el establecimiento de Portugal y su expansión por el mundo. Era una obra teñida por ardiente nacionalismo, muy acorde con los sentimientos de Camoens, quien la utilizó frecuentemente como fuente de inspiración.

La influencia de los clásicos en el poema de Camoens es evidente. Desde su arranque: "Voy a cantar los combates y a aquellos hombres valerosos que, desde la ribera occidental de la Lusitania, llevados por mares aún no surcados por ninguna proa..., fundaron con tanta gloria un nuevo imperio", que es una clara transposición del *arma virumque cano* de Virgilio, hasta las fantásticas bodas de Vasco de Gama con Tetis, la diosa del mar, que cierran la obra, todo acusa las influencias de la literatura épica grecolatina.

Las experiencias personales del autor en los mares de Oriente quedan también reflejadas en el poema. Las observaciones de carácter geográfico, astrológico, botánico, naturalista, etc., que se intercalan entre las aventuras y las apariciones mitológicas sólo pueden ser fruto de la observación directa en muchas ocasiones.

Os Lusiadas, obra cumbre de la literatura portuguesa, constituye una realización en el campo de las letras a la altura de la mayor hazaña histórica de Portugal, el descubrimiento y conquista de la especiería, que precisamente proporciona el tema de este poema épico.

J. F.

caderes árabes, que pronto se convertirían en un serio problema para los portugueses.

En principio, las relaciones entre Vasco de Gama y el príncipe indio que gobernaba la ciudad se limitaron a un intento mutuo de causar una impresión de poderío. El príncipe de Calicut, el samorim, recibió a los portugueses rodeado de todo el fasto oriental de que disponía. Vasco de Gama, por su parte, exaltó el poderío militar del monarca portugués, a quien representaba, y manifestó los deseos de establecer relaciones comerciales con los magnates indios. Los resultados prácticos no fueron muy grandes. De todas maneras quedaba abierta la posibilidad de futuras relaciones más satisfac-

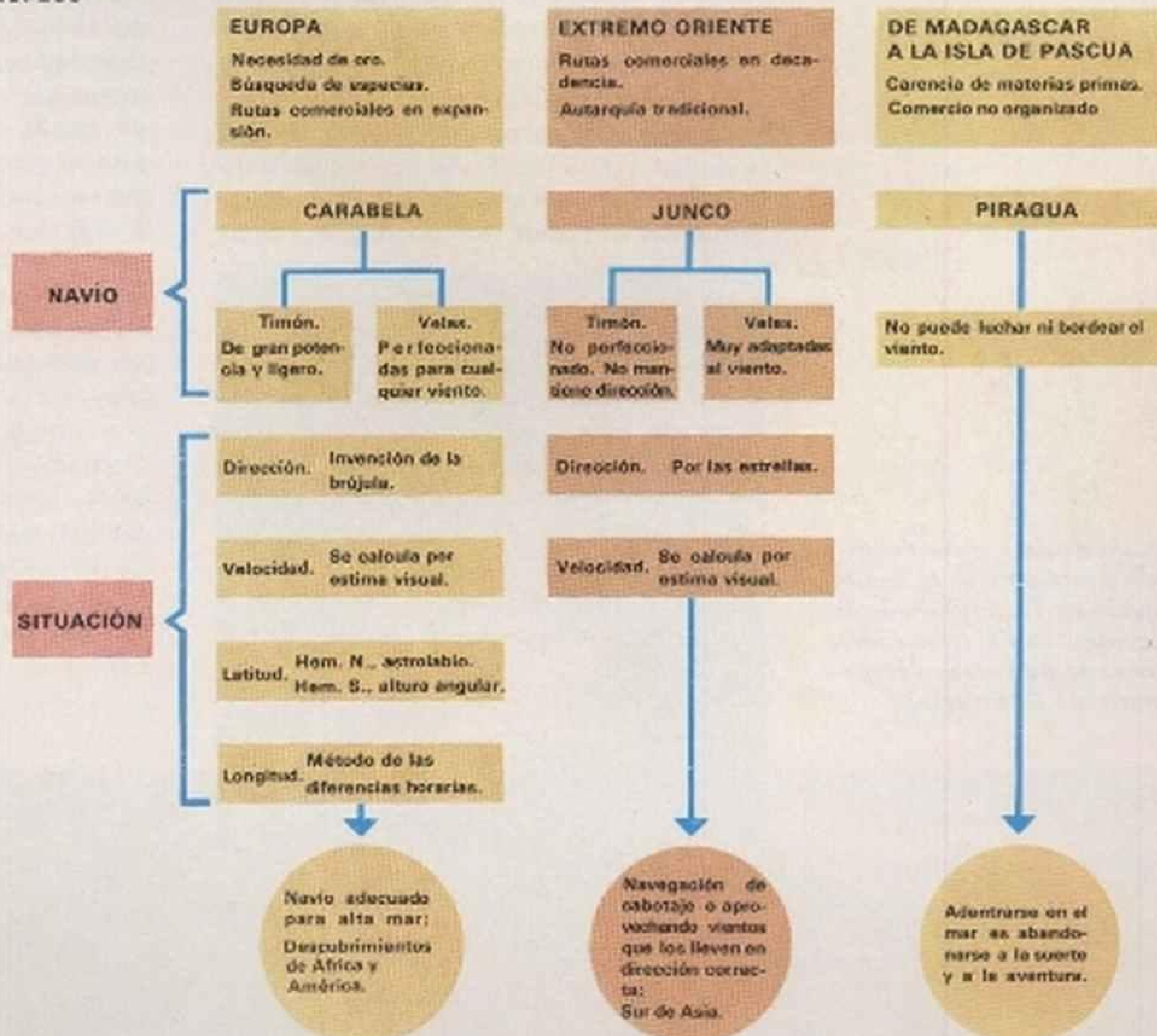
torias. "Vasco de Gama, noble de vuestra corte, ha visitado mis estados, lo que ha sido muy de mi agrado. En mi país hay canela, pimienta, jengibre y piedras preciosas, todo en grandes cantidades. Deseo a cambio oro, plata, cuentas de vidrio y escarlata." Así rezaba el mensaje que entregó el príncipe de Calicut a Vasco de Gama para que éste lo transmitiera a Manuel II.

El viaje de regreso duró un año. En agosto de 1499, la flota que había abierto la ruta de la India llegaba a Lisboa. La *vía portuguesa* que unía Oriente con Occidente era una realidad. Una costa de 20.000 km y casi un continente entero ante Portugal era el resultado de las empresas marítimas que iniciara el infante don Enrique, desde el promontorio de Sagres, setenta años atrás.

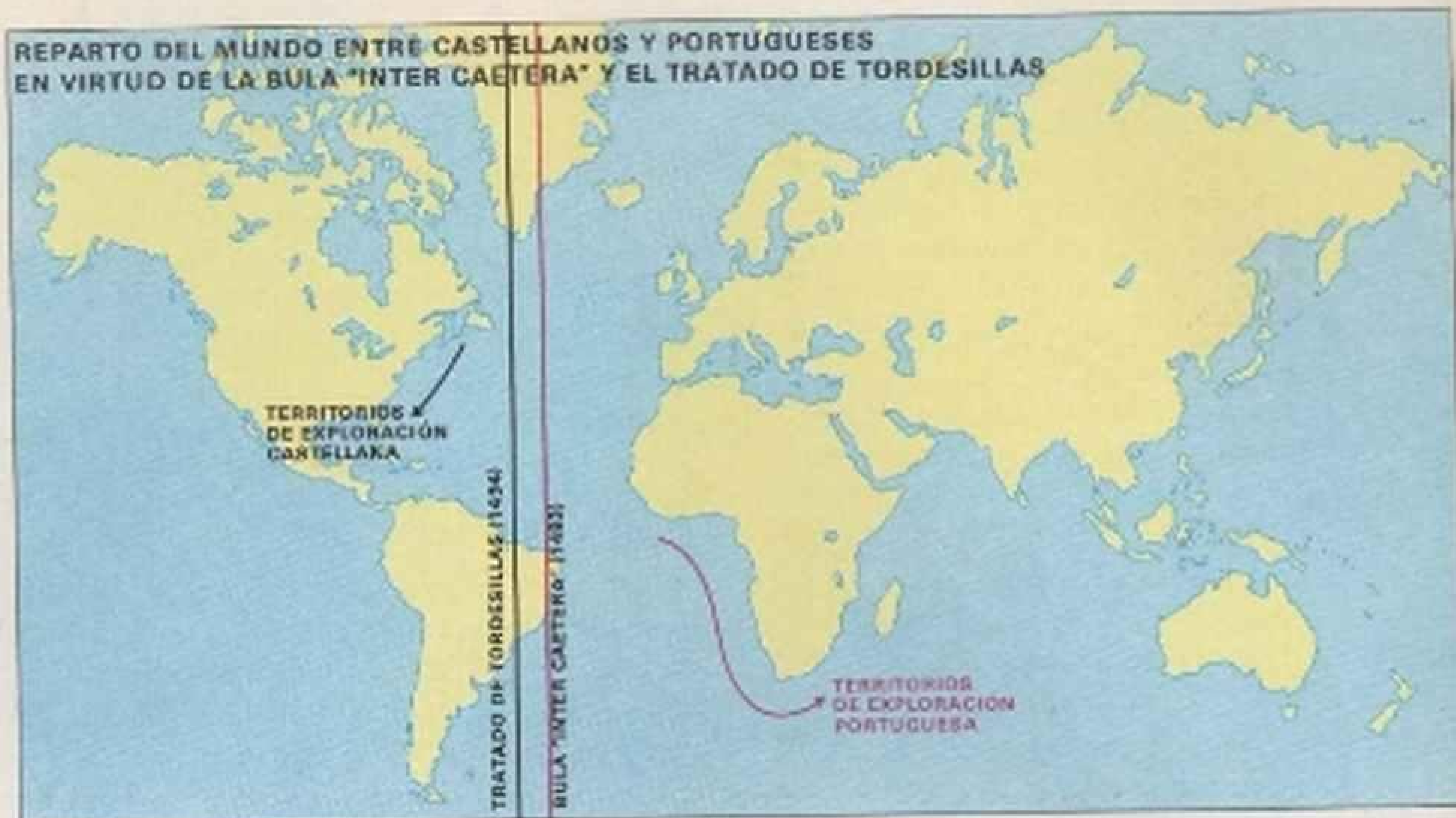
Las posibilidades que el viaje de Vasco de Gama ofrecía no fueron desaprovechadas por los portugueses. A partir de 1500 cimentaron las bases del que había de ser el gran imperio colonial luso. En esta empresa, la astucia y el valor desempeñaron un papel tan importante como la brutalidad y la fuerza. La primera expedición en tomar la ruta de Vasco de Gama la dirigió Alvares Cabral. Intencionalmente o desviado por una tempestad derivó tanto hacia el Oeste, que alcanzó el Brasil. Tras tomar posesión de estas tierras en nombre del monarca portugués, reanudó el viaje hacia África y la India. En Calicut, las relaciones entre portugueses y el samorim fueron derivando hacia la hostilidad abierta, a causa tanto de la intervención de los comerciantes árabes como de la falta de tacto de Cabral. Este, resuelto a recurrir a la fuerza, entró en contacto con el rajá de Conchin, enemigo del de Calicut. Cabral regresó a Lisboa con la promesa de esta alianza, además de un valioso cargamento de especias. Así se inicia uno de los métodos que utilizará Portugal para introducirse en los mercados de la India: la intervención en las luchas que continuamente enfrentaban a los príncipes locales.

En 1502, Vasco de Gama realizó su segundo viaje. Además de los objetivos comerciales, tenía una misión militar muy concreta: atacar el poderío naval musulmán en

LOS DESCUBRIMIENTOS SON EUROPEOS



De los tres tradicionales centros náuticos: Europa, Extremo Oriente, Índico-Pacífico Sur, sólo los estados europeos disponían en el siglo XV de un navío capaz de surcar los mares y de los instrumentos necesarios para hacerle seguir una ruta más o menos precisa.



aguas orientales. Cerca de Calicut inició esta labor. Tenemos el relato de un testigo de este encuentro: "Interceptamos un barco que venía de la Meca con 380 hombres a bordo y muchas mujeres y niños. Aprehendimos 12.000 ducados y además nos hicimos con mercaderías valoradas en más de 10.000 ducados. Incendiamos después el buque con los que a bordo estaban".

Al llegar a Calicut, Vasco de Gama exigió la expulsión de todos los musulmanes de la ciudad, como condición previa para entablar negociaciones comerciales. Ante la negativa del samorim, los portugueses cañonearon la ciudad y bloquearon su puerto. Después se dirigió a Cochin, donde impuso las condiciones comerciales que más le favorecían y obligó al príncipe de esta población a conceder autorización a los portugueses para edificar factorías y fortificaciones militares. Posteriormente, ante la amenaza que representaba el samorim de Calicut, que había conseguido reunir una poderosa flota, optó por regresar a Portugal.

La segunda expedición de Vasco de Gama mostró a los portugueses las dificultades con que se encontraba su intento de monopolizar el comercio de las especias. Ante la amenaza que representaban los musulmanes, resultaba insuficiente la simple organización de una expedición anual. Dos objetivos previos debían cubrirse para poder sustituir la antigua ruta del Mediterráneo por la del Cabo. En primer lugar, destruir la flota musulmana, dueña del Indico hasta aquel momento. En segundo lugar, establecerse de forma permanente en los principales puntos estratégicos que dominan la ruta de las especias. Si en Oriente los enemigos de Portugal son los musulmanes, en Europa una potencia marítima se enfrentará también a la política lusitana. Venecia, afectada en sus intereses económicos por los proyectos portugueses, hará cuanto pueda para enfrentarse a ellos. Planeará incluso la construcción de un canal a través del istmo de Suez y, abandonado este proyecto, financiará la alianza de los sultanatos de Bidjapur y Gudjerat, coligados contra Portugal.

Para enfrentarse a tales enemigos y para llevar a cabo la instalación de colonias permanentes en los mares de Oriente, Portugal

Diu, otro punto clave del dominio portugués en la India, ocupado en 1535 (grabado de "Civitates orbis terrarum", de Braun: Biblioteca del monasterio de El Escorial).





Vista de Macao en un grabado del siglo XVIII. Esta posesión portuguesa, ya en China, fue adquirida en 1557.

envió a la India flotas poderosamente armadas al mando de los virreyes Almeida y Albuquerque.

Almeida partió hacia la India en 1505. Estaba encargado de establecer una serie de fortificaciones, con guarnición portuguesa permanente, en los lugares estratégicos más convenientes. Debía también enfrentarse al samorim de Calicut y al sultán mameluco de Egipto, que se habían coligado contra los portugueses. Para asegurar el cumplimiento de su misión, Almeida cuando llegó a la costa malabar fomentó una revuelta en el principado de Cochin que dio el poder a un monarca favorable a los portugueses, ya que a ellos debía el trono. Afirmada su posición en Cochin, estado prácticamente vasallo de Portugal desde aquel momento, Almeida se enfrentó al soberano de Calicut. Frente a la costa malabar, la escuadra lusa infligió una seria derrota a la flota asiática. El enfrentamiento con el sultán de Egipto no tuvo unos resultados tan favorables para el virrey portugués. En un combate, trabado al sur de Bombay, entre la flota egipcia y una fracción de la escuadra portuguesa mandada por el propio hijo de Almeida, éste perdió la vida y los europeos sufrieron una dura derrota.

En un encuentro posterior, Almeida vengó la muerte de su hijo y derrotó a los musulmanes, causándoles grandes pérdidas. Cuando el primero de los virreyes portugueses regresaba a Lisboa, pereció en una escaramuza con los indígenas, cerca del cabo de Buena Esperanza. Almeida dejaba firmemente asentados los primeros jalones del gran imperio colonial portugués.

Albuquerque fue el virrey que continuó la obra de Almeida. Sus primeros esfuerzos se encaminaron a conseguir la conquista de Goa. En febrero de 1510 tomó esta ciudad al asalto, pero no pudo hacerse fuerte en ella y hubo de abandonarla. A fines del mismo año realizó el asalto definitivo. Participaron en la toma de la ciudad 35 navíos y 1.500 hombres. El siguiente objetivo de Albuquerque lo constituyó Malaca. Un intento anterior de ocuparla, realizado en 1509, había fracasado, dejando en manos del sultán



Vasco de Gama (Museo Nacional de Arte Antiguo, en Lisboa).

PRODUCTOS OCCIDENTALES

PERSIA: oro, plata, perlas, caballos, seda cruda.
ARABIA: oro, plata, caballos, café, perfumes.
AFRICA: marfil, coral, esclavos, ámbar.
EUROPA: cobre, estaño, cinc, plomo, seda, mercurio, terciopelos, brocados.
INDIA: piedras preciosas, arroz, textiles, azúcar.

PRODUCTOS ORIENTALES

CHINA: porcelanas, lacas, alcanfor, perfumes, vasos, drogas, productos manufacturados de lujo.
INSULINDIA: clavo, pimienta, nuez moscada, oro, especias diversas.

MALACA centro de intercambios

El comercio entre Oriente y Occidente cambió poco en cuanto a productos con la llegada de los portugueses al Índico. El papel que en el siglo XVI jugaron los lusitanos lo habían desarrollado anteriormente los árabes y los persas, de quienes Portugal heredó sus bases: Malaca, Calicut, que fue sustituida por Goa. Unicamente la ruta árabe, ahora cerrada por los otomanos, fue sustituida por la de circunnavegación africana.

Mahmud Sha numerosos prisioneros portugueses. Al conocer la caída de Goa, el sultán liberó a los prisioneros, intentando congraciarse con Albuquerque. No tuvo éxito. En dos asaltos sucesivos, separados por un mes, la ciudad fue tomada por los portugueses. Durante tres días de pillaje en la ciudad conquistada, los asaltantes obtuvieron más de un millón de ducados de botín.

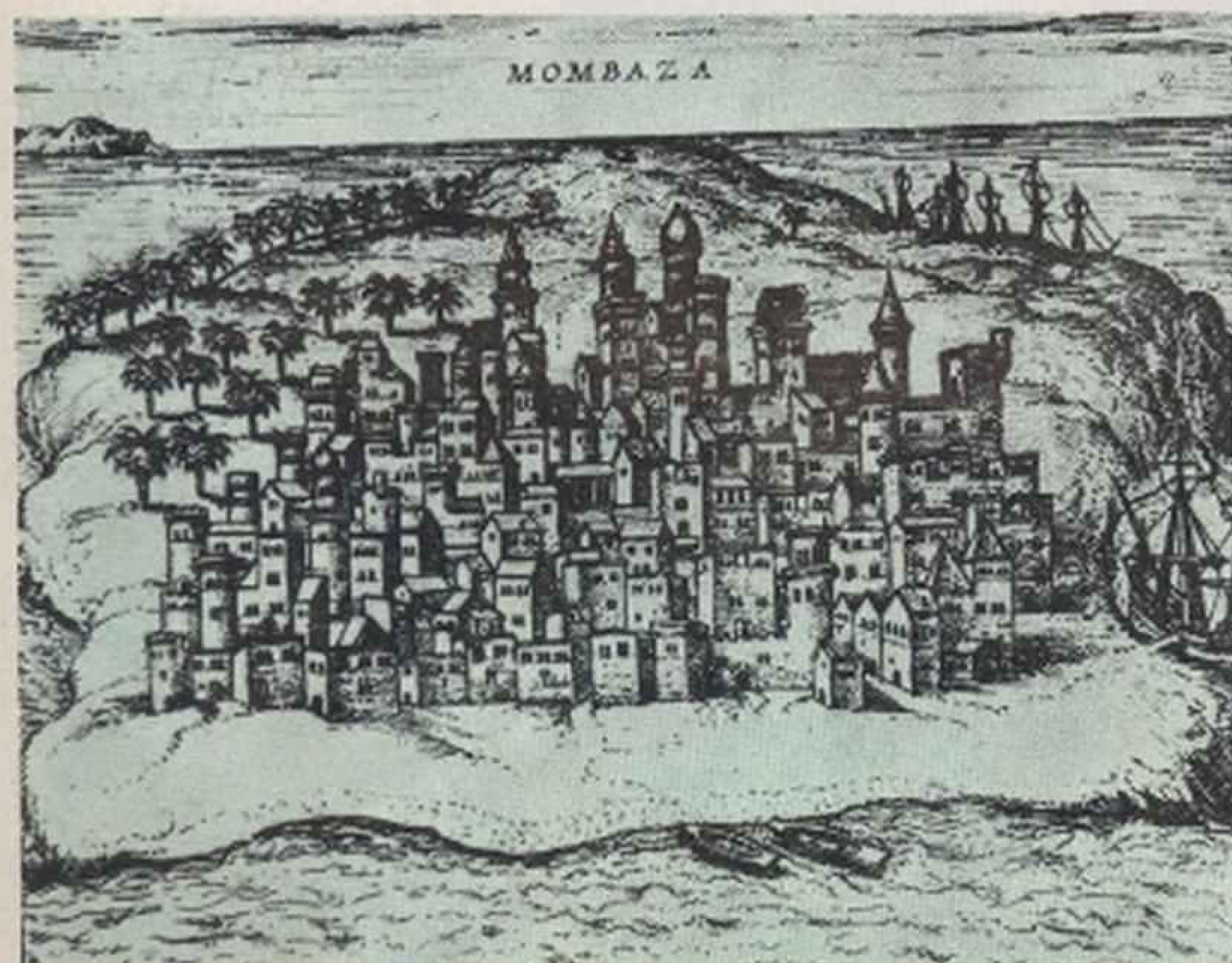
Desde Malaca se inició el camino hacia el Este, en busca de las Molucas, tierra de origen de las especias. En Ternate, centro principal de la obtención de la preciada mercancía, se estableció Francisco Serrão, cuya correspondencia con Magallanes iba a ser decisiva en los proyectos del gran descubridor.

Asegurada la ruta hacia el Este, Albuquerque decidió acabar con la amenaza que representaban los musulmanes de Egipto. En 1513 atacó Adén, donde fue rechazado por los egipcios. Pese a este fracaso inicial, el virrey siguió soñando con la conquista de Egipto. Como a través de un enfrentamiento directo esto no era posible, concibió el quimérico plan de reducirlo por hambre, desviando el Nilo Azul. En la práctica se limitó a piratear por el mar Rojo, obteniendo algún resultado positivo, como la toma de Ormuz, llave del golfo Pérsico.

Con la toma de Ormuz concluye la primera fase del establecimiento colonial de los portugueses en Asia. Desde la arribada de Vasco de Gama a Calicut, en 1498, hasta la toma de Ormuz han transcurrido poco más de quince años. Contrasta este corto lapso de tiempo con los setenta años gastados en conseguir realizar el periplo africano y alcanzar la India. Parece como si, a partir del viaje de Vasco, Portugal hubiera sufrido un brusco ataque de dinamismo, se hubiera lanzado a una frenética carrera para conseguir establecerse sólidamente en el océano Indico. Existen dos razones fundamentales para explicar esta aceleración en el proceso colonial portugués. Por una parte, la tradicional rivalidad con Castilla se ve acrecentada por las nuevas posibilidades que para ésta se derivan del descubrimiento de América. La empresa de Magallanes pondrá de relieve la sagacidad portuguesa al intentar alcanzar las Molucas lo antes posible. El destino de las islas de las especias hubiera podido ser otro si los españoles, utilizando la ruta del Oeste, se hubiesen adelantado a los lusos.

El afán por instalarse lo más rápidamente posible en el Indico obedece también a la necesidad de adelantarse a la ocupación de Egipto por los turcos otomanos. La carrera fue ganada por los portugueses *in extremis*. Dos años separan la toma de Ormuz de la instalación de los otomanos en Egipto (en 1517).

Un siglo después de que don Enrique el Navegante organizara la expansión lusitana hacia el mar, Portugal contaba con una serie de dominios capaces de garantizar su supremacía desde Lisboa hasta el lejano Oriente. Frente a la costa occidental de Africa, además de las antiguas bases situadas en las Azores y cabo Verde, las islas del Atlántico central y meridional proporcionaban escalas en la ruta de las especias. A estas islas se sumaban los establecimientos en tierra firme, en Guinea y Río de Oro. La fachada oriental de Africa estaba también jalonada



Mombasa, capital de la isla del mismo nombre, descubierta y conquistada por Vasco de Gama, que constituyó uno de los puntos clave para el dominio portugués de aquellas zonas.

por fundaciones portuguesas: Sofala, Mozambique, Quiloa, Mombasa y Melinde.

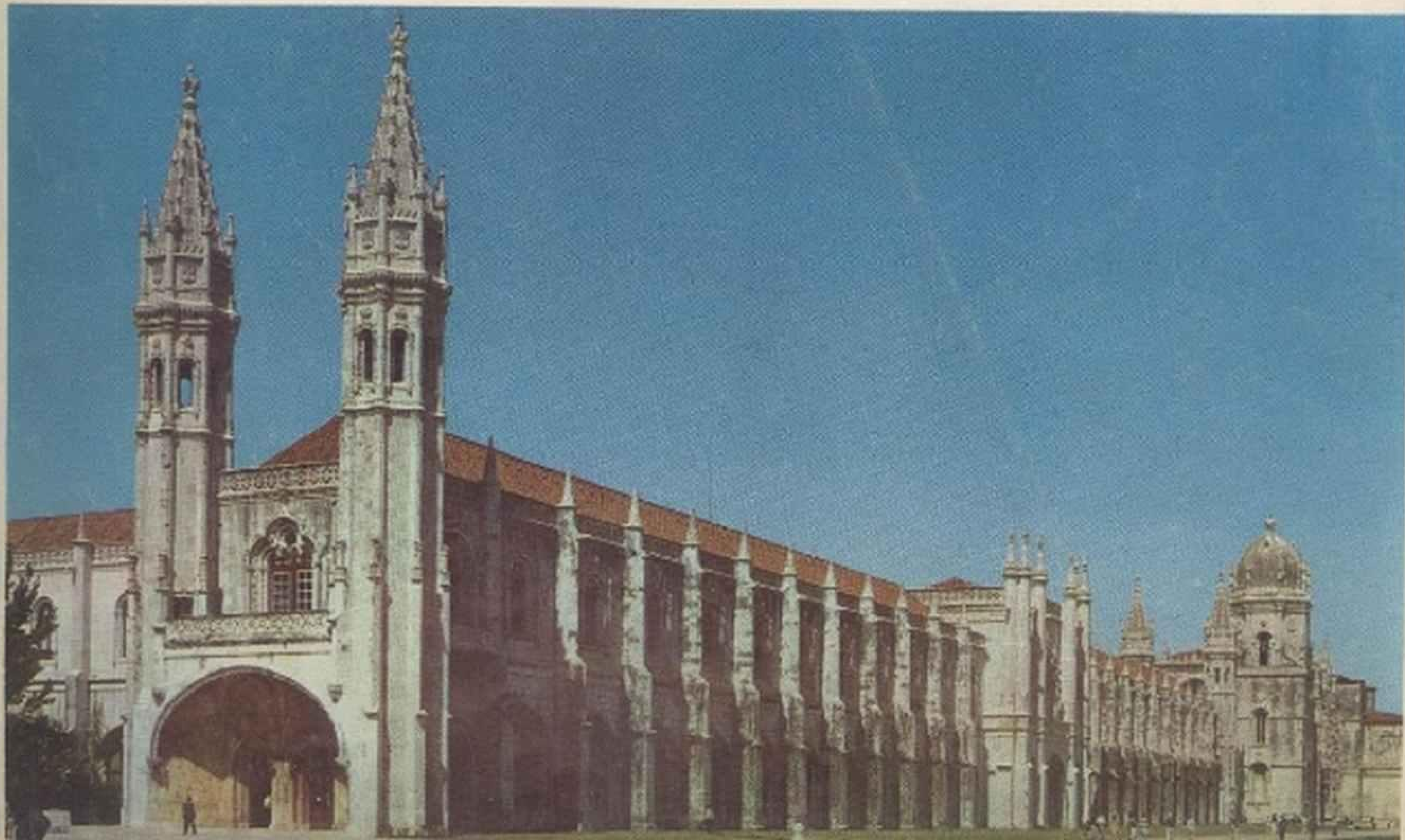
En Asia, Ormuz era la llave del golfo Pérsico y Diu, Goa, Cananor y Cochin se extendían a lo largo de dos mil kilómetros por la orilla oeste del Decán. Más allá, Malaca y los establecimientos de las Molucas completaban las bases de la talasocracia portuguesa.

Cien años habían bastado para que un país con sólo un millón de habitantes descubriese medio mundo y se hiciese con un imperio que se extendía a lo largo de las costas de Africa y del Asia meridional.

La explotación colonial de tal imperio presentó serias dificultades y dio origen a una serie de instituciones en las que la participación prioritaria de la monarquía permite hablar de un auténtico capitalismo de estado. Ya se ha dicho que los intereses económicos fueron importantes desde las primeras expediciones. Ya en la época del infante don Enrique funcionaba en Lagos un almacén comercial al que se denominaba Casa de Guinea. Este fue el origen de la Casa de la India, verdadero ministerio de asuntos coloniales. Las cortes no tenían jurisdicción sobre la Casa de la India. A consecuencia de esto, los recursos coloniales constituyeron un recurso financiero, libre de toda fiscalización, para la monarquía, que hizo de ellos un instrumento de carácter absolutista. Los beneficios que producían las importaciones eran considerables. En la Casa de la India se distribuían las mercancías en diversas mesas u oficinas. La importación de marfil era un monopolio de la casa real. Esta recibía también una parte de todas las mercancías importadas. Esta tasa real variaba según los productos, pudiendo llegar a alcanzar los cinco octavos.

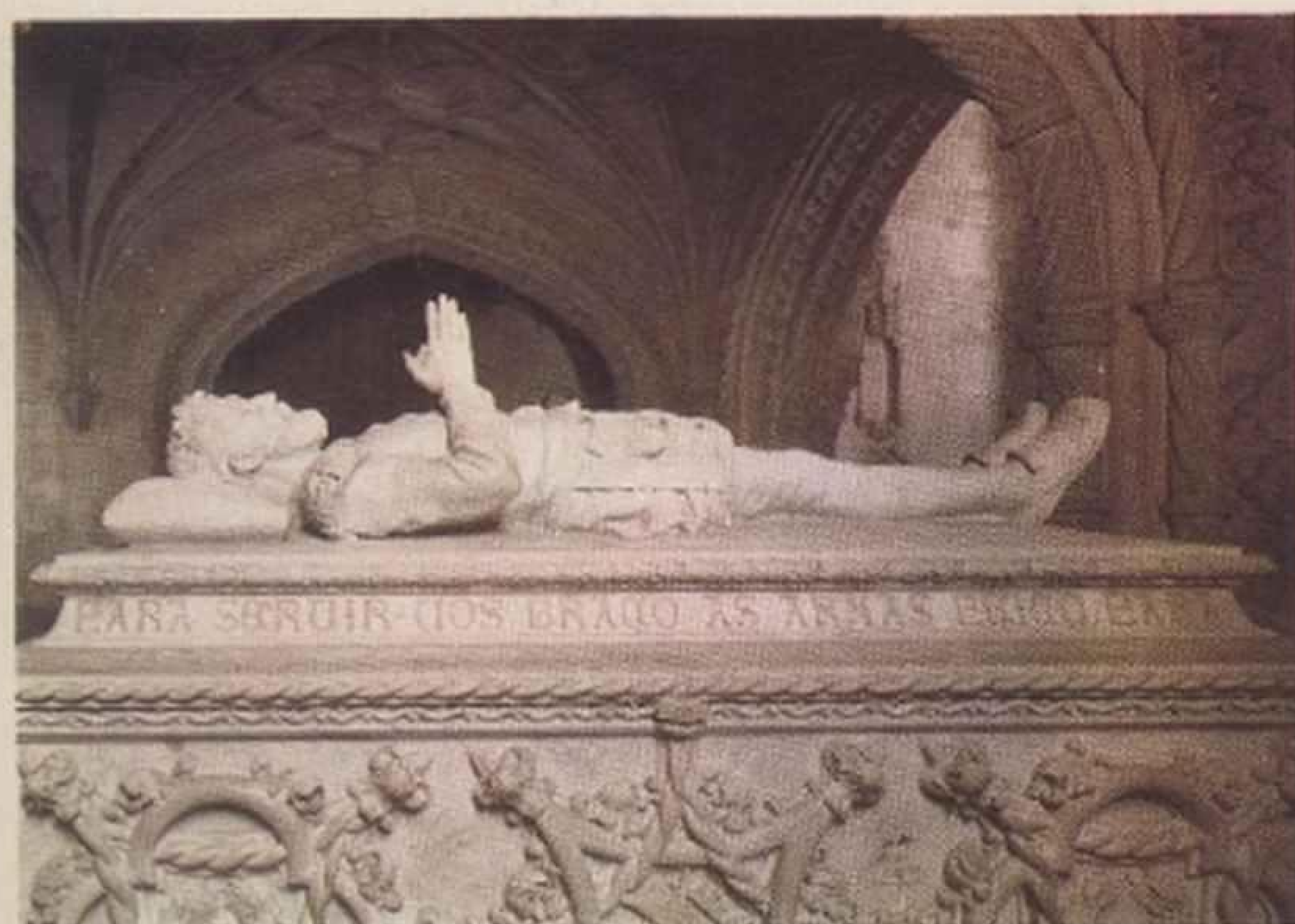
La contrapartida de estos beneficios era asimismo importante. Los gastos necesarios para organizar anualmente la flota que partía hacia la India eran muy grandes. Las pesadas naves de carga, las carracas, necesitaban escolta militar. Las soldadas de las tripulaciones alcanzaban cifras muy altas. El mantenimiento de las plazas fuertes y de las flotas de guerra de Oriente se sumaban al capítulo de gastos. El equilibrio económico del imperio era, pues, precario. La política de la monarquía portuguesa no hizo nada para favorecerlo. La activa política exterior en el norte de Africa y el gusto por la magnificencia de las construcciones, típicas del *manuelino* como el claustro de Belem, comprometieron la salud de las finanzas portuguesas. La unión con España en 1580 no hizo sino acelerar este proceso. Los portugueses no pudieron mantener su monopolio imperial en las tierras de las especias. Pronto, franceses, holandeses e ingleses consiguieron arrebatar la primacía a los comerciantes portugueses de Oriente. Pero esto no empaña en lo más mínimo el brillo del genio lusitano, capaz de incorporar a la civilización occidental un continente entero.

Monasterio de los Jerónimos (Lisboa), donde está enterrado Camoens, el cantor de las gestas portuguesas en los mares de la India.

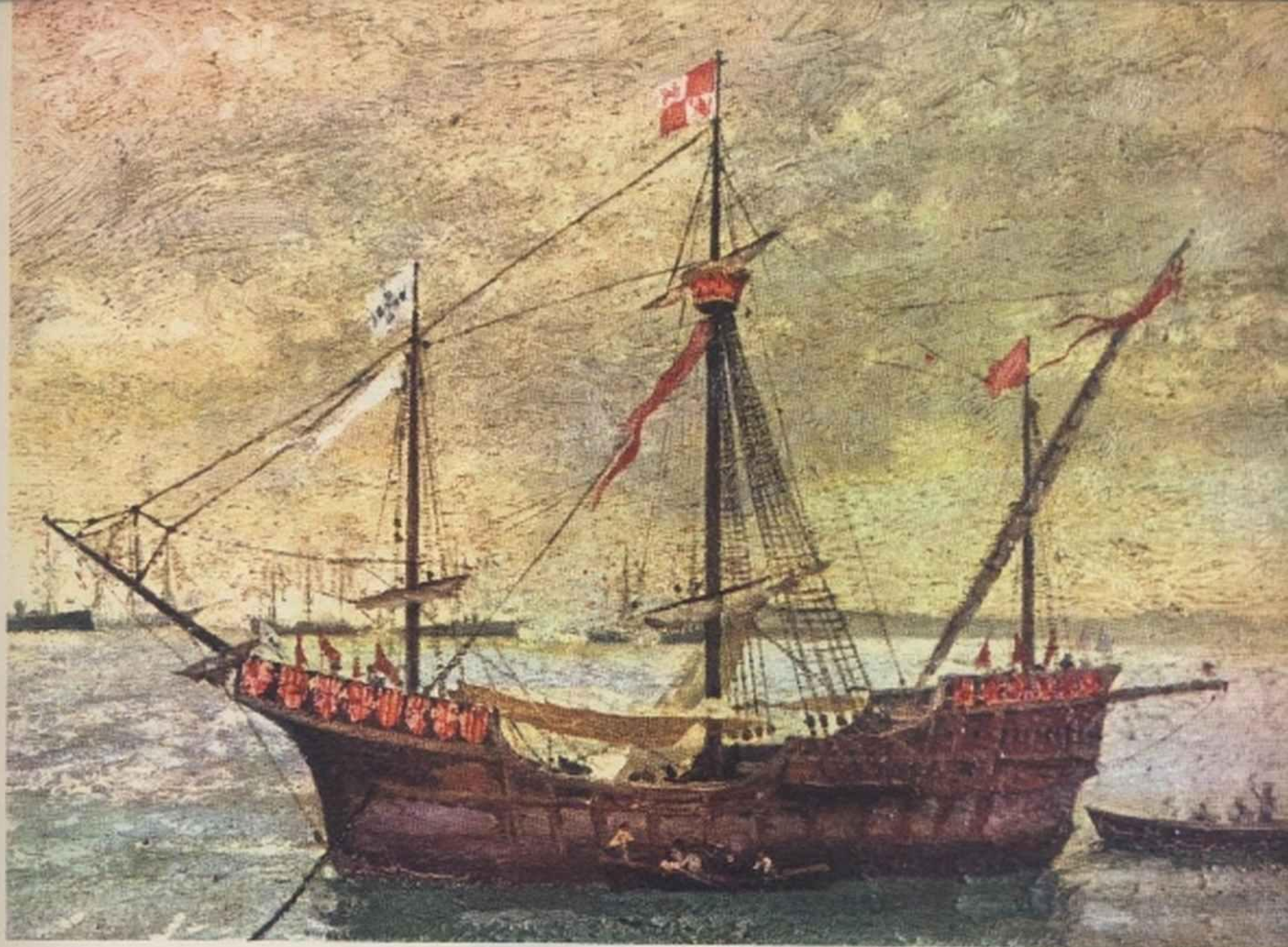


BIBLIOGRAFIA

Amsler, J.	*El Renacimiento,* tomo II de "Historia universal de las exploraciones", Madrid, 1968.
Cortesao, J.	*Los portugueses,* tomo III de la "Historia de América" dirigida por A. Ballesteros, Barcelona, 1947.
Coutinho, G.	*A nautica dos descobrimentos,* Lisboa, 1951.
Fontoureda Costa, A.	*A ciencia nautica dos portugueses na epoca dos descobrimentos,* Lisboa, 1958.
Grimberg, C.	*Descubrimientos y Reformas,* tomo IV de la "Historia Universal Daimon", Barcelona, 1967.
Peres, D.	*A History of the portuguese discoveries,* Lisboa, 1960.
Pérez Embid, F.	*Los descubrimientos en el Atlántico y la rivalidad castellano portuguesa hasta el tratado de Tordesillas,* Sevilla, 1948.
Seco Serrano, C.	*El siglo de los grandes descubrimientos geográficos,* "Cuadernos de Historia Mundial", Neuchatel, 1958.



Sepulcro de Camoens, en el monasterio de los Jerónimos de Lisboa.



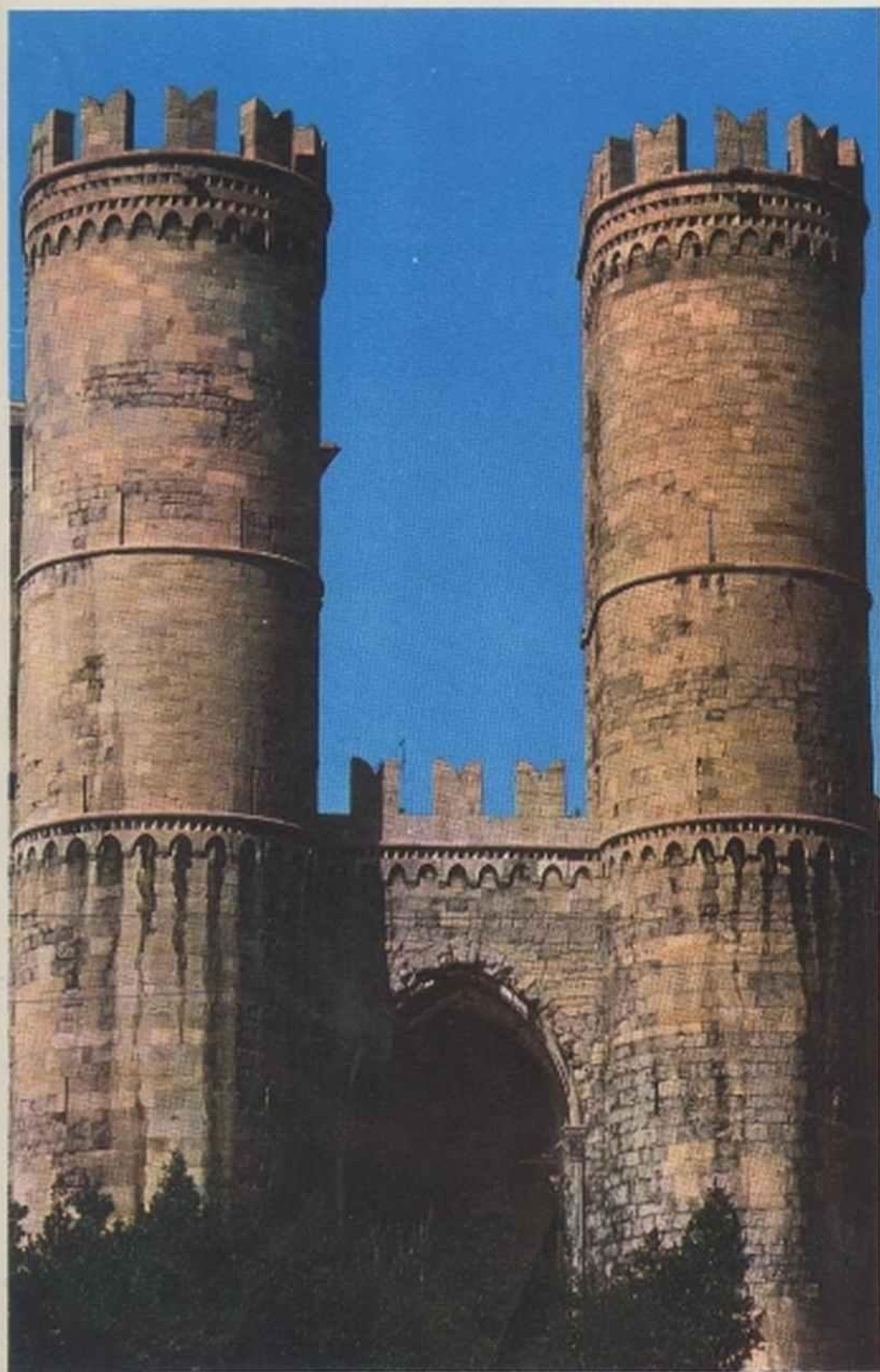
La "Santa María" en el puerto de Cádiz. Oleo de J. Rejos (Museo Marítimo, Barcelona) que perpetúa la primera reconstrucción que de la misma se hizo en el año 1892 y estuvo expuesta en la Exposición de Chicago.

Cristóbal Colón. Magallanes y la vuelta al mundo

por J. FLORIT

Hacer un relato detallado de la vida de Cristóbal Colón –especialmente de sus primeros años– constituye una difícil empresa a pesar de (o quizás a causa de) los miles de libros dedicados a estudiar la figura del genial navegante. En cambio, la trayectoria histórica del descubridor y de sus empresas, en sus aspectos fundamentales, aparecen hoy bastante claros y sólo un afán polémico, fruto de nacionalismos ya trasnochados, explica la pervivencia, cada vez más débil, de la llamada problemática colombina.

Parece seguro que Cristóbal Colón nació en Génova, entre el 25 de agosto y el 31 de octubre de 1451. Su padre había sido tejedor de lana y se dedicó, más tarde, al comercio de quesos, paños y vinos. Durante sus primeros años vivió en su ciudad de origen. En 1470 se trasladó, junto con su familia, a Savona. Cinco años después es posible que navegara a la isla de Chios al servicio de los Spinola y los di Negro, ricos mercaderes genoveses. En el verano de 1476, un convoy que se dirigía a Flandes fue atacado por una escuadra fran-



Puerta de San Andrés, o Soprana, de Génova. Aunque el lugar del nacimiento de Colón ha dado lugar a multitud de controversias, la historiografía actual se inclina cada vez más a dar como auténticas las noticias que le hacen oriundo de esta ciudad ligur.

co-portuguesa a la altura del cabo San Vicente. Colón, que se hallaba a bordo, fue herido, pero, a pesar de ello, consiguió ganar a nado la costa portuguesa. Su estancia en tierras de Portugal se prolongará hasta el 1485, interrumpida sólo por un viaje a Inglaterra, Irlanda e Islandia. Así pues, durante casi diez años, el genovés vivirá en el extremo occidente de Europa, inmerso en el ambiente de los navegantes que mejor conocían el océano. Parece fundado suponer que la maduración de los proyectos colombinos tuvo lugar durante esta época.

Mientras los turcos cerraban paulatinamente la ruta mediterránea de las especias a venecianos y genoveses, las naves lusitanas estaban poniendo los jalones de una nueva ruta oceánica. Las navegaciones a lo largo de la costa de África obligaban a los marinos a seguir rumbos cada vez más alejados de tierra, con objeto de aprovechar los vientos y corrientes marinas favorables. Estas incursiones en alta mar debieron de confirmar, a través de indicios un tanto vagos, lo que era creencia común entre las gentes de la costa: la existencia de islas al occidente de las Canarias y las Azores. Si se aceptaba la esfericidad de la Tierra y la existencia de alguna isla que pudiera servir de escala, era teóricamente posible alcanzar la India por una tercera ruta, la occidental, que evitaría, a la vez, el peligro que los turcos suponían para la vía mediterránea y las morosidades de la ruta africana que los portugueses estaban abriendo.

Estas fueron las bases firmes del gran proyecto colombino: ir a Oriente por Occidente, alcanzar el reino del Gran Kan que había visitado Marco Polo, atravesando el *Mare Ignotus*. Los errores del proyecto comenzaron tan pronto como Colón trató de evaluar las distancias que separan las costas europeas de las asiáticas.

Esencialmente las causas del error son dos. En primer lugar, Colón creía que los continentes cubrían una parte del globo mayor que la extensión de los mares en sentido longitudinal. En segundo lugar, daba al ecuador unas dimensiones muy inferiores a las reales. La primera de estas dos ideas la había tomado del geógrafo Toscanelli, quien antes que el genovés ya había admitido la posibilidad de alcanzar Asia partiendo de los archipiélagos de la costa africana (cabo Verde, Canarias), tras recalar en alguna de las islas legendarias y en el Cipango, el Japón, que los europeos conocían a través de los relatos de Marco Polo. La viabilidad de esta empresa la fundaba Toscanelli en las ideas geográficas de Marino de Tiro, quien daba al continente euroasiático una amplitud de Este a Oeste muy superior a la real.

Colón conoció estos proyectos a través de una carta que Toscanelli había escrito al confesor del rey de Portugal, el canónigo Francisco Martins, gracias a la influencia que su enlace con Felipa Moniz de Perestrello, hija de Bartolomé Perestrello, capitán donatario de la isla de Porto Santo, en las Madera, le había proporcionado en la corte portuguesa.

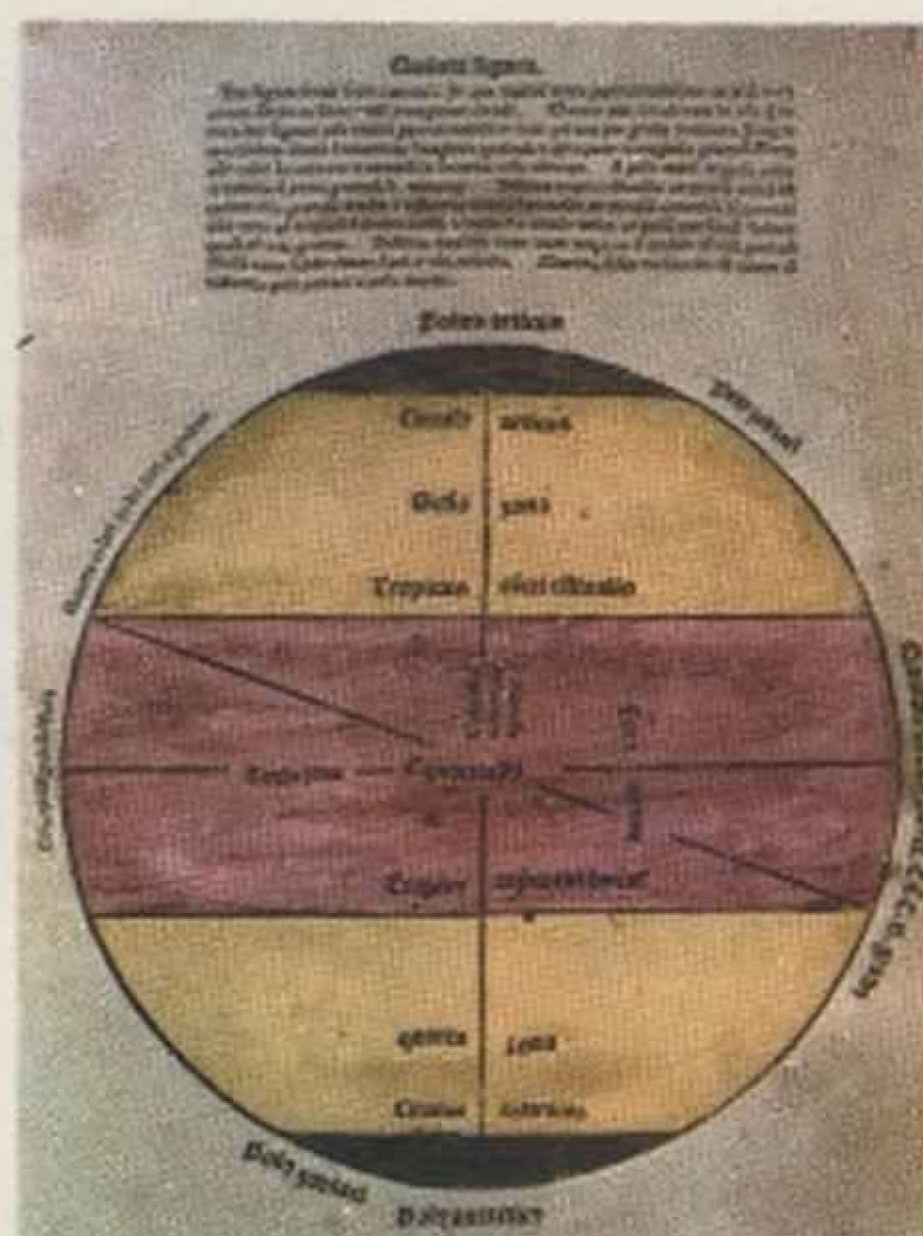
Toscanelli creía, erróneamente, que la distancia que separaba cabo Verde de las tierras del Gran Kan era, aproximadamente, un tercio de la esfera terrestre. Colón en sus apre-

ciaciones redujo todavía más esta distancia (a un séptimo) siguiendo las mediciones del humanista Pedro de Ailly.

El error se verá aumentado por la medición del círculo terrestre, que Colón tomó también de la misma fuente. Tolomeo había calculado el grado en 62,5 millas. Pedro de Ailly –y con él Colón– prefiere la medición de Alfragano, que estima el grado en 56 millas 2/3. Pero no tienen en cuenta que Alfragano no utilizaba millas itálicas (de 4.000 codos), sino millas árabes (5.000 codos). La suma de todos estos errores reducía el ecuador a una circunferencia de 20.400 millas, unos 30.000 kilómetros. Como la distancia de las tierras occidentales de Europa a la costa de Asia era, según los cálculos de Colón, un séptimo del círculo ecuatorial, el océano tendría una anchura de unos 4.500 km.

Así pues, Colón, convencido de que la travesía oceánica era no sólo posible, sino relativamente sencilla, usó de su influencia en la corte para solicitar al rey de Portugal, Juan II, que le facilitase los medios para llegar al Cipango, navegando hacia el Oeste. El monarca portugués remitió los proyectos colombinos a la *Junta dos Matemáticos*, suerte de academia de cosmografía recientemente constituida en Portugal. Los especialistas de la *Junta dos Matemáticos* no eran capaces de evaluar las medidas verdaderas del globo terrestre, pero, en cambio, sus conocimientos eran suficientes para comprender que los cálculos de Colón eran erróneos. El dictamen de la junta fue, pues, negativo.

Tras el fracaso ante la corte portuguesa, Colón intentó interesar en sus proyectos a los reyes de España. A mediados de 1485 se instaló en Palos, una pequeña villa situada cerca de la desembocadura del río Tinto. Protegido por los franciscanos del cercano convento de la Rábida consiguió, en enero de 1486, una entrevista con los Reyes Católicos. Como había sucedido en Portugal, los reyes sometieron los proyectos del genovés a una junta de expertos, compuesta por "sabios e letrados e marineros". Como en Portugal, el dictamen fue negativo, pero, no obstante, continuaron las negociaciones entre Colón y la corte. Los Reyes Católicos estaban en esa época empeñados en la guerra de Granada, última etapa de la Reconquista, y los proyectos de Colón quedaron postergados. Debido a esta demora el genovés inten-



Página de la "Imago mundi" de Pierre d'Ailly (Biblioteca Colombina, Sevilla). La participación de Pierre d'Ailly en las teorías colombinas fue muy considerable, pues, al error que contenían las teorías de Toscanelli, Colón añadió las de aquel humanista, con lo que la longitud del ecuador terrestre se reducía a unos 30.000 km. A consecuencia de ello, el océano no tendría más de unos 4.500 km de anchura.



Vista de Lisboa (grabado de "Civitates orbis terrarum", de Braun; ejemplar de la Biblioteca Nacional, Madrid). La estancia de Colón en Portugal, en contacto directo con marinos que estaban viviendo la gran aventura de la navegación por el Atlántico, debió de permitirle la maduración de sus proyectos náuticos.

tó interesar en su empresa a cuantos pudieran facilitarle los medios necesarios para llevarla a cabo.

Entre los años 1488 y 1491 realizó nuevas gestiones ante la corte portuguesa, recabó la ayuda del duque de Medinasidonia y, simultáneamente, envió a su hermano Bartolomé ante los reyes de Inglaterra y Francia, sin conseguir ningún resultado práctico. Desalentado por esta serie de fracasos se disponía a abandonar Palos cuando le fue concedida una nueva audiencia ante los reyes. Estos le recibieron en el campamento de Santa Fe, edificado frente a Granada, cuya caída en manos de los cristianos se preveía inminente.

Reunida una nueva junta para estudiar las propuestas de Colón, ésta se declaró favorable a sus proyectos. Esta vez los obstáculos técnicos que se oponían a la empresa se allanaron con relativa facilidad. Por el contrario, los aspectos legales que planteaba la empresa colombina presentaban espinosos problemas. Colón pretendía que los reyes le reconocieran unos títulos y derechos de carácter totalmente feudal, además de una serie de concesiones de orden económico sobre todos los territorios que descubriese. Estas pretensiones chocaban con la política interior que los reyes habían desplegado hasta aquel momento en Castilla, encaminada precisamente a recuperar la autoridad y los poderes que la realeza había alienado a los nobles durante la Edad Media.

Las negociaciones fueron muy difíciles y en varias ocasiones se llegó al borde de la ruptura. Por fin se obtuvo un acuerdo, fijado en las Capitulaciones de Santa Fe. En este documento, los reyes aceptaban las pretensiones de Colón y arbitraban las medidas necesarias para proporcionarle naves para el viaje. Los reyes reconocían a Colón y a sus herederos como almirante de la Mar Océana y de todas las islas y tierras firmes que descubriese. El cargo de almirante, de tradición medieval, implicaba que todos los hechos y contratos relativos al mar y a los puertos eran de jurisdicción y señorío de quien ostentaba el título. Colón era, además, reconocido como virrey y gobernador de las tierras que descubriera, con derecho a elevar a los reyes una propuesta en terna para cubrir todos los cargos y oficios de los nuevos territorios. Tenía también derecho al diezmo de todos los productos obtenidos en las nuevas tierras y participaba en la octava parte de gastos y beneficios.

La cesión de derechos y poderes hecha a favor del genovés era tan grande, que suponía una vuelta a los usos feudales de la Edad Media. Puede afirmarse que, desde el mismo momento de su concesión, las Capitulaciones de Santa Fe dejaban planteadas las bases de futuros conflictos entre los reyes y los virreyes-gobernadores. Suponían, además, la transculturalización de un sistema social, el señorío, desde Europa a las tierras que se descubriesen, la transformación del derecho feudal en derecho colonial.

De acuerdo con lo estipulado en las negociaciones, los reyes proporcionaron a Colón los medios necesarios para realizar su empresa. La villa de Palos armó dos carabelas que debían participar en el viaje, la "Niña", aparejada con velas latinas, y la "Pin-

CRONOLOGIA DE LA VIDA DE CRISTOBAL COLON

1451	Nace en Génova.
1476	Llega a Lisboa.
1479	Boda con Felipa Moniz de Perestrello.
	Va a Madera, donde nace su hijo Diego.
	Breve retorno a Génova y regreso definitivo a Lisboa —no volverá a Italia—.
	Desarrollo de su gran idea de navegación.
1482-84?	Posibles viajes por Irlanda e Islandia y quizás a Guinea.
1484-85	Propone a Juan II de Portugal la realización de su proyecto, que fue recusado por una comisión de expertos geógrafos.
1485-90	Estudios varios de cosmografía.
1485	Sale de Portugal. Llega a Palos de la Frontera.
	Dentro del triángulo geográfico formado por Huelva, La Rábida y Palos de la Frontera estaban los personajes que harían realidad sus sueños.
	Va a ver al duque de Medinasidonia.
	Se dirige a Sevilla y después a Córdoba.
1486	En Alcalá de Henares: primera entrevista con los soberanos.
	Los reyes, favorablemente impresionados, ordenan a fray Hernando de Talavera que organice una junta científica para examinar lo propuesto por el genovés.
	La junta se reúne en Salamanca y Córdoba.
1487-90	Años de espera.
1491	Santa Fe: enfrentamiento con una nueva comisión. No sólo expone sus ideas, sino que hace exorbitantes demandas.
1492	17 de abril. En Santa Fe: "Las Capitulaciones".
	22 de mayo. Llega a Palos. Preparativos de la expedición.
	Conoce a los Pinzón y a los Niño.
	3 de agosto. Rumbo al Nuevo Mundo. En el archipiélago canario se demoran un mes.
	16 de septiembre. Entran en el mar de los Sargazos: calmas tropicales.
	12 de octubre. Tocan tierra: San Salvador. Llegan a Cuba (Juana) y arriban a Haití (Española).
1493	16 de enero. Regreso.
	4 a 11 de marzo. Llega a la costa portuguesa. Mientras, Martín Alonso lo hace en Bayona de Galicia.
	Entre el 15 y 20 de abril debió de efectuar su entrada en Barcelona (entrevista con los reyes).
	25 de septiembre. Segundo viaje: rumbo a Canarias.
	Tocan: Dominica, Guadalupe, sur de Puerto Rico (San Juan), Cuba (Juana) y de ahí a Jamaica.
1494	Regreso a la Española.
1495	Empieza la campaña adversa de la extremada dureza de Colón.
1496	10 de mayo. Regresa a Castilla.
1497	Se le confirman todos sus privilegios y mercedes.
1498	Tercer viaje: la recalada se hizo en la isla de Trinidad.
1500	Es enviado Bobadilla.
1502	Cuarto viaje: postrera expedición, considerada como un "viaje menor" más: Santo Domingo, Veragua, Cuba y Jamaica.
1504	Noviembre: arriba a las costas españolas.
1506	20 de mayo: muere.



Vista general de Palos de la Frontera, la villa onubense adonde se trasladó Colón cuando sus proyectos fueron rechazados por los portugueses.

ta", dotadas de velas cuadras, más aptas para la navegación oceánica. La tercera embarcación que debía componer la escuadra era una nao, la "Santa María", construida en unos astilleros cantábricos. Era la de mayor envergadura, pues desplazaba cerca de 100 toneladas. La tripulaban unos cuarenta hombres y Colón la eligió como navío almirante. La "Pinta" estaba mandada por Martín Alonso Pinzón y un hermano suyo, Vicente Yáñez Pinzón, mandaba la "Niña". Las tripulaciones de las dos carabelas estaban compuestas por unos 25 hombres para cada una de ellas. Del casi centenar de hombres que componían la expedición, la mayoría eran originarios de la costa andaluza, excepto tres italianos, un portugués y unos diez vascos y gallegos, posiblemente llegados del Cantábrico con la "Santa María".

Tras diez semanas de preparación, el 3 de agosto de 1492, la pequeña armada abandonaba el puerto de Palos. La próxima escala debían ser las Canarias, que, según los cálculos de Colón, se encontraban en la misma latitud que el Japón. La travesía entre Palos y las Canarias duró seis días. En estas islas se reparó el timón de la "Pinta", averiado durante la travesía, y se sustituyó el aparejo latino de la "Niña" por velamen cuadrado. El 9 de septiembre, después de tres días de vientos desfavorables, la Gomera, la más occidental de las islas Canarias, quedó atrás.

A partir de este momento, el almirante fijaba la derrota en un mapa que crecía en la misma medida en que las naves se internaban en el mar desconocido. Para determinar la latitud se usaba el cuadrante, con el que se medía el ángulo formado por la altura de un astro de referencia y la vertical señalada por una plomada. La exactitud de tales mediciones, tomadas en una nave balanceada por el mar, era tan precaria como puede suponerse. Para determinar la longitud, las dificultades eran todavía mayores. Se medía mediante un reloj de arena el tiempo que la nave seguía cada uno de los rumbos, fijados mediante el compás. Conocidos el rumbo y el tiempo que se había mantenido, se evaluaba a ojo, "a la estima", la velocidad de la nave y así se fijaba en el mapa el camino recorrido cada día. La precisión de tales anotaciones era, pues, aleatoria.

Colón comenzó a fijar la posición hipotética que ocupaba la flota la noche del 7 al 8 de septiembre, sobre un mapa que carecía de latitudes y longitudes. Su tarea se vio

Supuesto retrato de Cristóbal Colón (Galleria degli Uffizi, Florencia).





Exterior del monasterio de la Rábida (Huelva), donde se instaló Colón y desde donde realizó varias gestiones para que Inglaterra y Francia acogieran sus proyectos.

facilitada por la uniformidad del rumbo seguido, constantemente hacia el Oeste. Para tranquilizar a la tripulación anotó distancias inferiores a las que él creía que en realidad habían recorrido. En su diario personal anotó las estimaciones que tenía por ciertas. Paradójicamente, las apreciaciones "oficiales", voluntariamente falseadas por Colón, resultaron más acordes con la realidad que los cálculos que el almirante creía correctos. Como ocurrió con las ideas geográficas generales del almirante, incluso los errores teóricos resultaban éxitos en la práctica. Las condiciones atmosféricas facilitaron también el viaje. La continuidad de los vientos favorables y la ausencia de tempestades permitieron realizar la travesía sin contratiempos.

Los problemas fueron de otra índole. A finales de septiembre, la desesperanza hizo mella en las tripulaciones. Los vientos eran más flojos y las naves avanzaban con más lentitud. A duras penas pudo el almirante convencer a sus hombres para que no desistieran de la empresa.

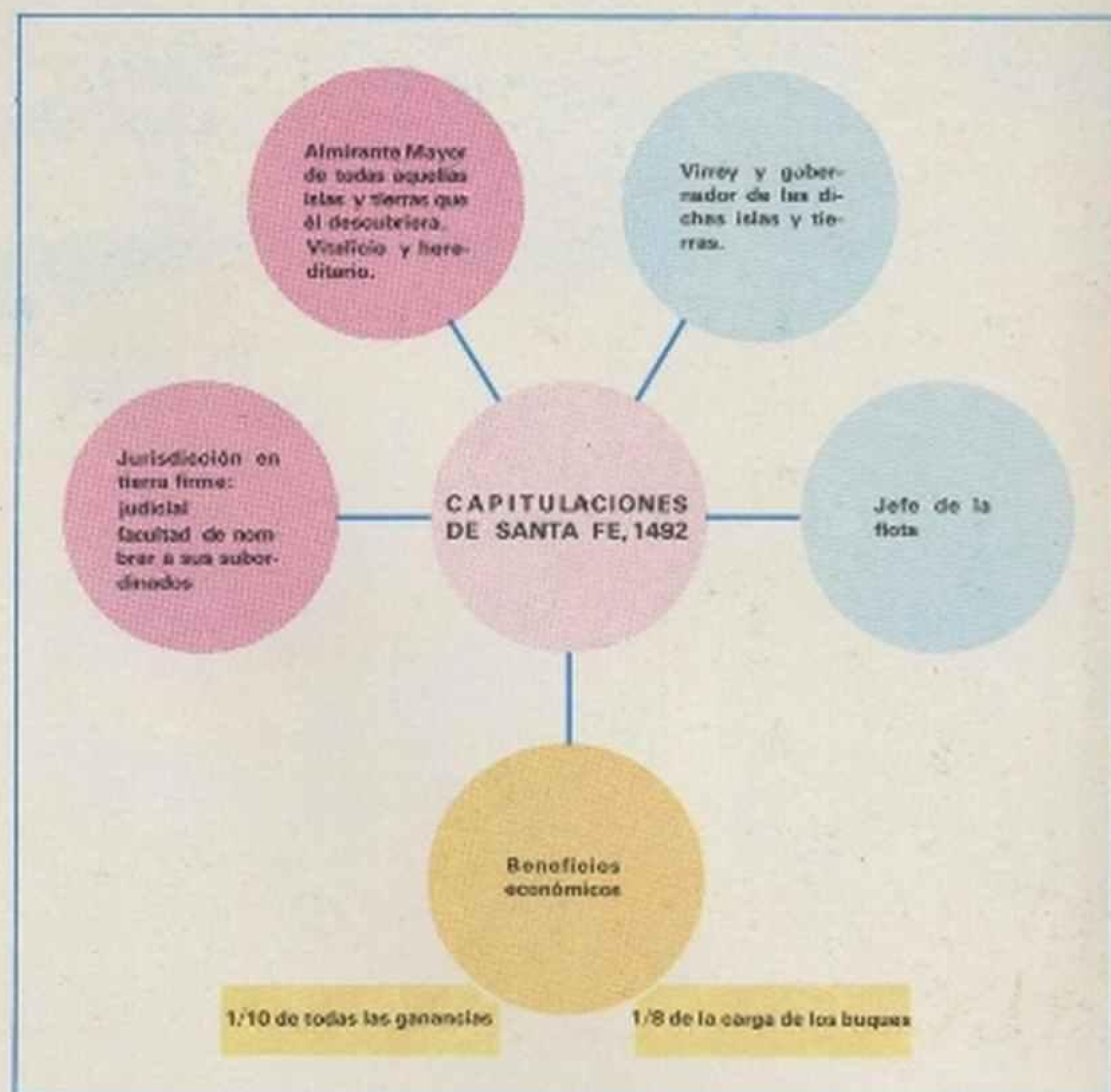
A primeros de octubre desde las naves se avistaron bandadas de pájaros que, en esta época, realizan la travesía desde América del Norte a las Bermudas. Colón decidió modificar su rumbo, siguiendo el vuelo de las aves. De esta forma evitó, sin saberlo, adentrarse en el "Gulf Stream", que lo hubiera arrastrado hacia las costas de Norteamérica y después hacia alta mar, hacia Europa de nuevo, sin haber tocado tierra. El 11 de octubre los indicios de proximidad de tierra se multiplicaron. Además de las aves, cada vez más numerosas, pudieron recogerse ramas verdes, una tabla y un bastoncillo labrado que flotaba sobre el mar.

En la madrugada del 12, el serviola de la "Niña", Juan Rodríguez Bermejo, Rodrigo de Triana según la tradición, avistó tierra a unas seis millas de distancia. Colón, temiendo los posibles arrecifes, se colocó al pairo y esperó que levantara el día. Por la mañana, las tres embarcaciones tocaban tierra. Se trataba de una pequeña isla del archipiélago de las Lucayas, Guanahaní para los indígenas, el Salvador según la bautizó Colón.

Firma autógrafa de Cristóbal Colón.

El contacto inicial entre los descubridores y los pobladores de la isla no pudo ser más cordial. Tras desembarcar, Colón tomó posesión de la isla en nombre de los reyes. Ante los indígenas que habían acudido al encuentro de los navegantes, el escribano de la expedición, Rodrigo de Escobedo, y el veedor real, Sánchez de Segovia, dieron fe del acto jurídico. Después, todos los que habían desembarcado saludaron a Colón como almirante de la Mar Océana y virrey-gobernador de las Indias. A continuación, Rodrigo de Escobedo notificó a los indígenas presentes que acababan de convertirse en súbditos de sus majestades los Reyes Católicos. Como tal declaración fue hecha en castellano, los indios no debieron enterarse de su nueva condición.

Colón estaba convencido de que había alcanzado la primera de las islas de Asia. El Cipango no podía estar muy lejos. Dos días después, tras repostarse de víveres y agua dulce en Guanahaní, las naves se hicieron a la mar. En busca del Japón recorrieron las islas más inmediatas, Fernandina e Isabela en primer lugar y después Cuba y Haití, a las que se bautizó con los nombres de Juana y la Española respectivamente. En Haití creyó el almirante haber hallado el Japón, porque los indígenas denominaban al interior de la isla Cibao: estaban, pues, en el Cipango, el Japón de Marco Polo. Si esta nueva ilusión tendría que desvanecerse, pronto se hizo patente una realidad muy concreta. Haití quizá no era el Japón, pero, en cambio, en la isla había oro. Los indígenas eran pacíficos y no era difícil convencerlos para que cambiasen el precioso metal por las baratijas que les ofrecían los españoles. La búsqueda del reino del Gran Kan continuó. El 22 de noviembre, la "Pinta" se separó de las otras dos naves. Durante un mes, la "Santa María" y la "Niña" continuaron recorriendo las islas. En la noche del 24 de diciembre, la "Santa María" encalló en un arrecife cerca del cabo Haití. Ante la imposibilidad de poner a flote la nao, la tripulación de la "Santa María" se trasladó a la "Niña". Con los restos de la nao capitana, el almirante decidió construir un fuerte, el fuerte Navidad, la primera y efímera fundación española en América. En Haití quedaron 39 hombres, mientras la "Niña", convertida en el nuevo navío almirante, inició el regreso a España, llevan-



Una primera visión de las Capitulaciones de Santa Fe puede hacer que éstas nos parezcan muy beneficiosas para Colón. Y lo eran. No obstante, los reyes se reservaron aspectos esenciales de este contrato. Bajo la ampulosidad de los títulos se esconde una merma importante de las atribuciones que dichos cargos tenían. Por ejemplo, el almirante era el organizador de las flotas, facultad que Colón ostentó sólo en el primer viaje. Los beneficios económicos tradicionales se redujeron, ya que un almirante cargaba en cada navío 1/3 y recibía en consecuencia 1/3 de la ganancia y 1/10 de las ganancias totales de la empresa que comandara. Como virrey, Colón no nombraba directamente a sus subordinados, sino que proponía una terna a los reyes.
Los acontecimientos, por otra parte, fueron adversos a Colón: cierto que encontró América, pero no lo que buscaba. Tuvo, pues, que improvisar una política ante las nuevas condiciones. Esta política le enfrentó a los reyes y a los españoles que llevaba consigo. La inmensidad de lo descubierto desbordó pronto al almirante. Desde España se empezaron a enviar flotas y exploradores. El poder organizar la "marcha a la India" fue cada vez más esencial, pero este "poder" lo tenía Fonseca, un obispo a las órdenes directas de los reyes. Con cada nuevo descubridor los reyes firmaban una capitulación, por lo que, cuando llegaba a América, su dependencia de Colón era más bien teórica. Las Indias se le escapaban de las manos al almirante.

Fragmento de las Capitulaciones de Santa Fe (Archivo de la Corona de Aragón, Barcelona), por las que la corona y el futuro descubridor pactaban las condiciones y establecían relaciones entre ambos.



Despedida de las naves descubridoras. Fresco de Vázquez Díaz en el monasterio de la Rábida (Huelva).

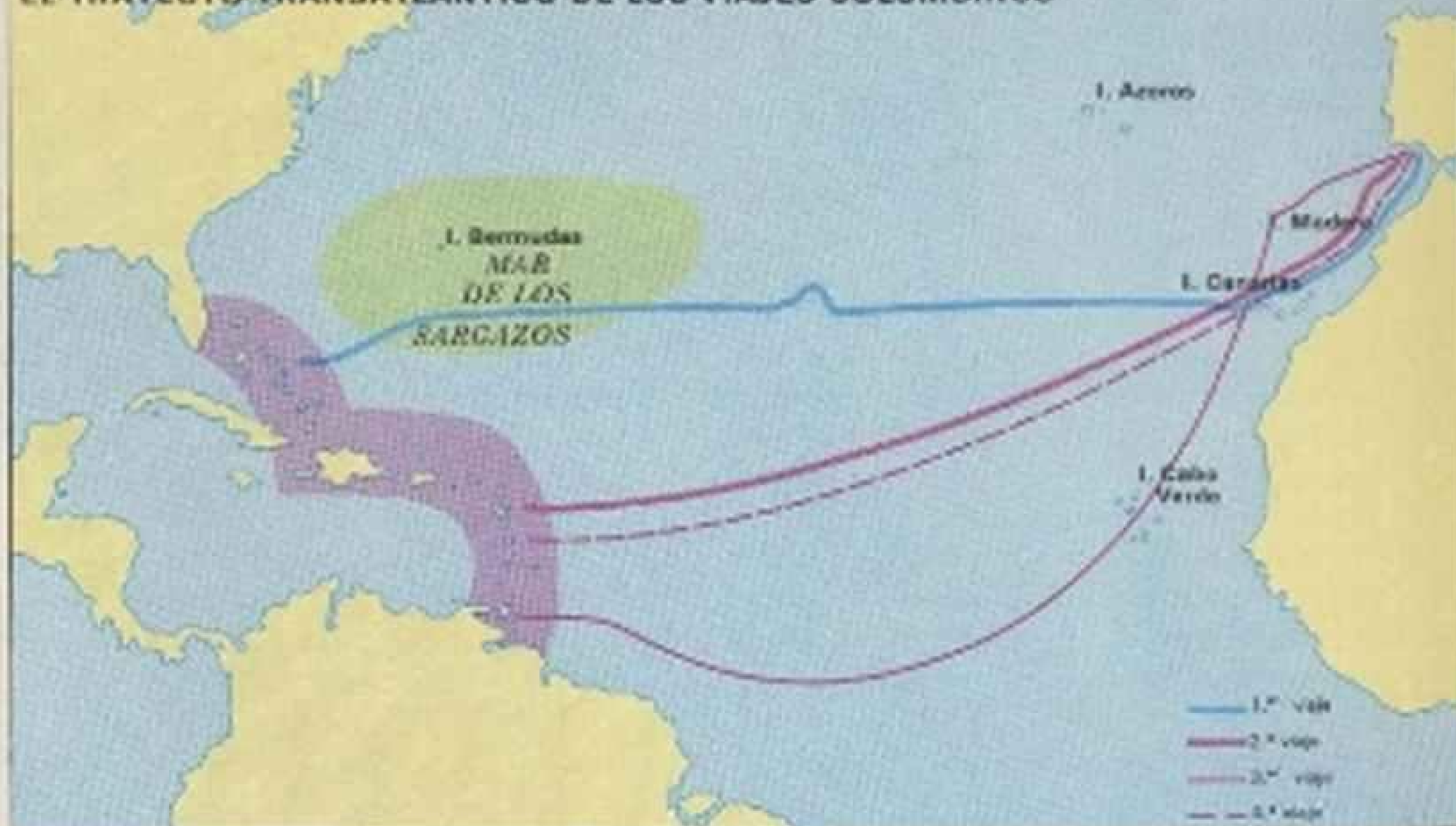
do a bordo varios indígenas. El 6 de enero, cerca de la isla de Cabra, se reunió con la otra carabela.

Al principio, la navegación se desarrolló sin problemas. Colón se equivocó, una vez más, al calcular la latitud en que se hallaba. A causa de este error, tomó el rumbo NNE, lo que le situó fuera de la zona de los alisios, que hubieran impedido su regreso. El 13 de febrero, una tempestad separó las dos naves. La "Niña" pudo ganar las Azores con grandes dificultades y, desde allí, llegó a Lisboa. Mientras en la desembocadura del Tajo la tripulación reparaba los desperfectos, Colón se entrevistó con el monarca portugués, Juan II. Este, tras oír una relación del viaje, reclamó para sí, en virtud del tratado de Alcaçovas-Toledo, las islas descubiertas por Colón. En el capítulo anterior se han seguido las vicisitudes de esta disputa por la soberanía de las nuevas tierras.

El 15 de marzo, la "Niña" abandonaba Lisboa y se dirigía a Palos. Desde allí, Colón, acompañado por seis indios, partió hacia Barcelona, donde, a la sazón, se encontraban los reyes. Tras su apoteósico recibimiento en la corte, se iniciaron los planes para llevar a cabo un segundo viaje. La ruta de la India estaba abierta y el almirante estaba seguro de que en esta segunda expedición entraría en contacto con el Gran Kan, convertiría a miles de paganos y, por añadidura, se haría con riquezas sin cuento. Colón seguía, pues, creyendo que había llegado a tierras asiáticas; el descubrimiento intelectual del Nuevo Mundo estaba todavía por realizarse.

Para el segundo viaje se organizó una auténtica armada, compuesta por 17 barcos, tripulados por cerca de 1.500 hombres. Una expedición tan numerosa no podía tener por objeto exclusivo el descubrimiento de nue-





vos horizontes. El objetivo declarado era la conversión de los indígenas. De hecho, las ventajas comerciales y la posibilidad de hallar oro en abundancia no eran los últimos incentivos del viaje. Con todo, el carácter científico de la expedición no quedaba postergado ni mucho menos.

Formaban parte de la armada varias carabelas de poco calado –de las llamadas cantábricas–, aptas para la exploración de costas y ríos. Entre los expedicionarios se hallaban cartógrafos como Juan de la Cosa y futuros descubridores como Alonso de Ojeda y Ponce de León. Además de las tripulaciones, compuestas como en el primer viaje por una mayoría de andaluces de la costa, esta vez tomaban parte en la expedición unos doscientos nobles que iban a las Indias en busca de fortuna.

La flota partió de Cádiz a finales de septiembre de 1493. A mediados de octubre dejaba atrás las Canarias. La travesía se realizó sin dificultad y fue de menor duración que el primer viaje.

Las naves recorrieron el arco de las Pequeñas Antillas, a las que el almirante fue bautizando: Dominica, María Galante, Guadalupe, etc.

Recorriendo estas islas, los españoles trabaron conocimiento con indígenas muy distintos de los que habían conocido en el primer viaje. En Santa Cruz, una chalupa que se había dirigido a tierra en busca de agua se vio atacada por indios de raza distinta y de costumbres belicosas. Eran *caribes*, con los que los expedicionarios del primer viaje apenas habían tenido contacto. Por primera vez se producía un enfrentamiento serio entre



Representación idealizada del marino andaluz Martín Alonso Pinzón (Museo Naval, Madrid), cuya ayuda fue de trascendental importancia para Colón.

LAS TRIPULACIONES Y LA VIDA A BORDO DE LAS NAVES DESCUBRIDORAS

El escaso tonelaje de las carabelas hacía que las dotaciones fuesen muy limitadas en número. Por esto las misiones que cada tripulante tenía que cumplir estaban rigurosamente determinadas y la disciplina era férrea. El mando correspondía al *capitán*, autoridad suprema a bordo y responsable del éxito de la expedición. Como su misión fundamental era mandar hombres, podía no ser un marino. De hecho, durante el período de los descubrimientos casi siempre fueron gentes avezadas en la navegación. Las expediciones las realizaban varias naves. El capitán de la más importante era a la vez jefe de la flota. Recibía el título de *capitán general* o *capitán mayor*.

La segunda autoridad a bordo es el *maestre*. Como se encarga del mando directo de la tripulación y dirige las maniobras del buque en el mar, y al atracar y desatracar en los puertos, debe ser un navegante experimentado. Cuida también de la carga y descarga de la nave y de las cuestiones de orden administrativo. Su situación es difícil, pues se encuentra entre el capitán, autoridad suprema, y la tripulación, a la que deberá tratar directamente.

El *piloto* es el tercer oficial sobre la nave. Es el técnico en navegación, el que maneja los instrumentos para tomar el punto, y tiene a su cuidado las cartas marinas.

Por debajo de estos tres oficiales está el *contramaestre*, el primero de los suboficiales. Toda la nave depende de él. Está encargado de servir de enlace entre los oficiales y la tripulación, con la que convive. Ante el capitán y ante el maestre, es el responsable de cuanto ocurre a bordo.

Son también suboficiales el *despensero* y el *alguacil*. El primero vigila y distribuye las provisiones. El alguacil es una especie de asistente del contramaestre y además el verdugo que ejecuta los castigos corporales que impone a veces el capitán.

Entre la tripulación existen, además de los marinos y grumetes, una serie de hombres especializados. *Carpinteros, toneleros, calafates*, cada uno de ellos capacitado en los oficios que su nombre indica. Algunos ejercen actividades curiosas. El *cirujano* es a la vez curandero y barbero. A veces viaja un intérprete, ducho en lenguas. La efectividad de esta medida puede no ser muy grande. El intérprete que acompañó a Colón en el primer viaje conocía, como lengua de enlace, el árabe. Le sirvió con los indios del Caribe tanto como le hubiera servido de alcanzar el Catay o el Cipango, los objetivos colombinos.

En las armadas importantes viajaba también un jefe de artillería: el *condestable*. Los *veedores* eran unos funcionarios reales encargados de velar por los intereses económicos de la corona. El *escribano* estaba encargado de llevar el diario de a bordo y de consignar las tomas de posesión de las nuevas tierras.

En total, el número de tripulantes oscilaba entre 25 y 60, según el tamaño de las embarcaciones. En las flotas se aprovechaba la movilidad de las carabelas menores para misiones de reconocimiento y descubierta, mientras las naos y carabelas de mayor tonelaje tenían la ventaja de poder transportar una carga mayor.

La vida a bordo estaba sujeta a los servicios y guardias. Como el cómputo de tiempo era absolutamente necesario para calcular la longitud a que se hallaba la nave, el reloj de arena señalaba todos los relevos. Había un grumete encargado de dar la vuelta al reloj tan pronto como el último grano de arena caía desde la ampolleta superior a la inferior. Una ampolleta tardaba en vaciarse media hora. Cada ocho ampolletas, esto es, cada cuatro horas, cambiaba la guardia. Los tres oficiales se turnaban, dos veces al día cada uno, en el mando de la fracción de tripulantes que estaba de guardia y que atendía al timón, a la brújula, al reloj, a la sonda y al servicio de servidales. Las horas de relevo más corrientes eran las 3, 7, 11, 15, 19 y 23. Las comidas se realizaban a las horas de relevo, en dos turnos, uno para la guardia entrante y otro para la saliente.

La monotonía debía de ser la nota dominante en la vida marinera mientras reinaba el buen tiempo y los víveres no escaseaban. Por el contrario, cuando los elementos se mostraban desfavorables sólo el mantenerse a flote debía costar un esfuerzo sobrehumano. Las compensaciones económicas podían ser muy variables, según la duración, la peligrosidad y el éxito de la expedición. El sistema de retribución más común fue el de participación en los beneficios. A la vuelta de una expedición, tras haber cubierto gastos y pagado las primas por servicios distinguidos, se repartían los beneficios entre quienes habían financiado la empresa y la tripulación. Los tripulantes se repartían su parte de manera proporcional a los cargos que habían desempeñado. En ciertas ocasiones se pagaban sueldos fijos, que eran relativamente elevados. Por término medio un grumete cobraba unos 700 maravedís mensuales; un marino, 1.000; un piloto o contramaestre, 2.000, y 3.000 los capitanes. Además, en los viajes con sueldo fijo, los tripulantes estaban autorizados a comerciar con cierta pequeña cantidad de mercancías por su cuenta (pacotilla).

J. F.



La carabela "Niña", según maqueta realizada en el Museo Marítimo de Barcelona.

descubridores e indios. Por lo menos esto es lo que debieron de creer los españoles hasta que llegaron a Haití. Allí pudieron comprobar que el fuerte Navidad había sido arrasado y que ninguno de sus pobladores conservaba la vida. Probablemente la codicia desmesurada de los españoles había encontrado una réplica paralela en la ferocidad de los caribes.

Tras fundar un nuevo establecimiento, la Isabela, en el NE de la isla, el almirante envió doce barcos a España, cargados con oro, falsas especias, pájaros exóticos y veintiséis indios.

En la Isabela, Colón realizó su primera experiencia colonial, que resultó muy poco afortunada. El trabajo, realizado bajo un

clima y con una alimentación tropicales, se hizo insoportable para los españoles. Las relaciones con los indígenas se tornaron cada vez más difíciles. Además, el contacto entre los dos grupos tuvo algunas consecuencias de orden patológico desastrosas. Los españoles sufrieron una enfermedad que tuvo para ellos consecuencias funestas, aunque afectaba poco a los indígenas: la sífilis. La otra cara de la moneda la sufrieron los indios, que se vieron afectados por una enfermedad "europea" nueva para ellos: la viruela. La rapacidad de los españoles y los malos tratos a que sometieron a los indios hizo que éstos llevaran la peor parte en la confrontación. Las cifras son tristemente elocuentes a este respecto. De una población de cerca de 60.000 indios en 1493, no quedaban más de 500 en 1548, aunque hay que tener en cuenta los efectos del mestizaje.

Por otra parte, las cosas tampoco marcharon bien entre los colonos. Estallaron disensiones entre los españoles, que estuvieron a punto de convertirse en una auténtica guerra civil.

Las quejas por el desgobierno llegaron a los Reyes Católicos, quienes enviaron a las Indias un juez pesquisidor para que les informase. Enterado de esta medida, Colón regresó a España para defenderse. Llegó a Cádiz en junio de 1495 y, a pesar de los informes recibidos de las Antillas, obtuvo de los reyes la confirmación de todos sus privilegios. Colón, una vez asegurada su situación ante la corte, inició la preparación de su tercer viaje.

Por las fechas en que el almirante se preparaba para cruzar una vez más el océano ya se habían difundido por Europa las noticias de sus descubrimientos. Las posibilidades de las nuevas tierras tentaron a varios príncipes de Occidente. Un navegante italiano al servicio de Inglaterra –potencia al margen del tratado de Tordesillas– realizó la exploración de las costas del nordeste de América. Juan Cabot, que tal era su nombre, era originario de la península italiana, como Colón. Vivió en Valencia entre 1490 y 1493. Se encontraba en Barcelona cuando el almirante fue recibido por los Reyes Católicos, a la vuelta del primer viaje.

El éxito de la empresa colombina y el conocimiento que Cabot tenía de la ruta de las especias, debido a un viaje que anteriormente había realizado a Arabia, debieron de ser las bases de un proyecto de exploración oceánica hacia el Oeste. Cabot propuso sus planes a Enrique VII, rey de Inglaterra, quien le concedió una patente de navegación en 1496. Un año después la nave de Cabot, la "Matthews", regresaba a Inglaterra tras haber recorrido las costas de cabo Bretón y Terranova. En 1498, Cabot volvía a América del Norte al mando de una escuadra de seis naves. Esta vez recorrió las costas del sur de Groenlandia, el Labrador, Terranova y quizá llegó a rebasar la desembocadura del Delaware. La expedición no ofreció ventajas inmediatas. Los indígenas eran belicosos, la ruta de las Indias no aparecía y tampoco se hallaba oro ni otras



Maqueta de la carabela "Pinta", en el Museo Marítimo de Barcelona.



Marineros de la "Santa María" en actitud de izar. Boceto en gres de las figuras de tripulantes de la nao descubridora expuesto en la Feria Mundial de Nueva York (1964-1965), obra de I. S. Montagut (Museo Marítimo, Barcelona).



Falconete de que iban provistas las naves como la "Santa María", según la reproducción existente en el puerto de Barcelona.

materias preciosas. En consecuencia, los ingleses, de momento, abandonaron la exploración de las costas de América del Norte.

Ni Colón ni Cabot tuvieron conciencia de haber llegado a tierras completamente distintas del continente asiático. Colón, en su tercer viaje, en 1498, alcanzó el continente sudamericano. La evidencia de este hecho quedó recogida en el diario de a bordo: "Yo creo –escribe Colón– que éste es un gran continente, desconocido hasta hoy, pues de él desemboca una gran cantidad de agua dulce, y, por otra parte, Esdras dice en su libro que sobre la tierra hay seis partes de tierra firme por una de agua". Pero estas afirmaciones no suponen que Colón crea estar en unas tierras distintas a Asia. Por el contrario, cree haber hallado el paraíso terrenal, que, según sus lecturas medievales, se encuentra en Asia, en "la extremidad de Oriente". Diversos argumentos le sirven para justificar tan curiosa teoría. La Biblia describe el Edén como un lugar de clima templado en el que desembocaban cuatro ríos. Colón había llegado a alcanzar la costa de la actual Venezuela, frente a la isla de Trinidad. En este lugar, en el golfo y la península de Paria, el clima no era demasiado caluroso, según el almirante, y allí desembocaban cuatro ríos.

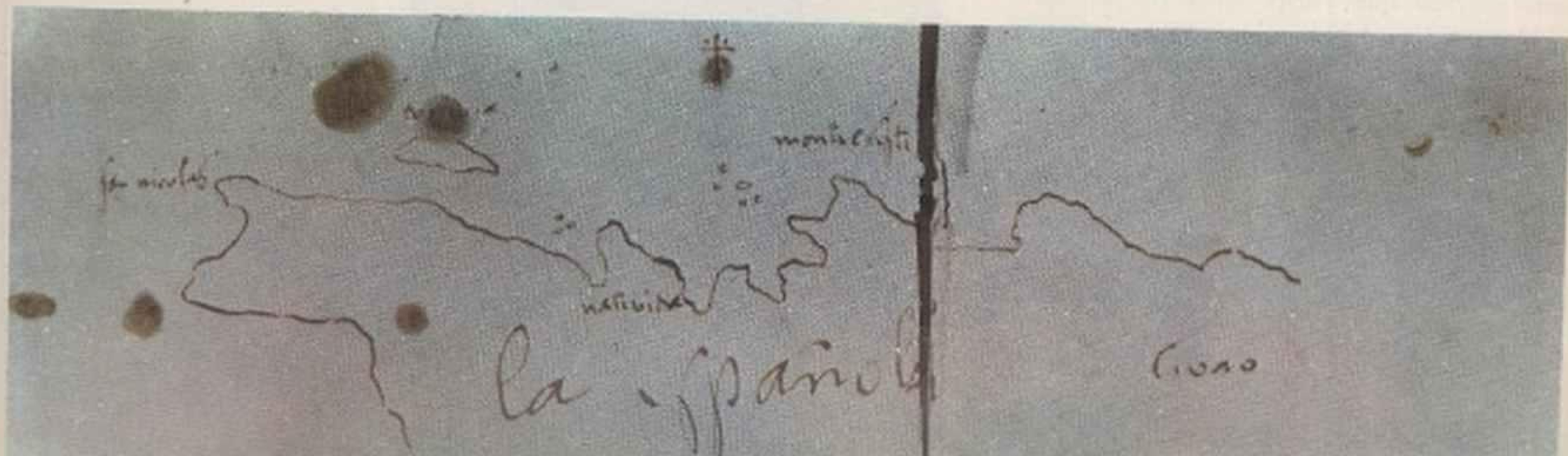
Desde el golfo de Paria, Colón se dirigió hacia la Española, donde reinaba el caos. Una parte de los colonos se habían sublevado contra la disciplina del adelantado Bartolomé, el hermano de Colón. La llegada del almirante no sirvió para solucionar el conflicto. Colón solicitó ayuda de la corte para acabar con la rebelión. Los reyes, en lugar de apoyar la petición del almirante, mandaron a las Antillas a Francisco de Bobadilla, juez-pesquisidor, encargado de determinar las responsabilidades y hallar a los culpables de los desórdenes.

Las relaciones entre el descubridor y Bobadilla fueron malas desde el primer momento. A comienzos de octubre del año 1500, el juez-pesquisidor hizo prisionero a Colón y lo envió a España para que fuera juzgado allí. La postura que adoptaron los reyes ante las acusaciones de que era objeto su almirante fue ecléctica. Colón fue respetado en su cargo de almirante de la Mar Océana, pero desposeído de los títulos de virrey y gobernador. Los reyes reconocían así sus cualidades como navegante y mantenían alguno de los privilegios económicos de las Capitulaciones de Santa Fe, pero, en cambio, le quitaban todo poder jurisdiccional sobre las Indias.

Colón persistió hasta su muerte en creer que las tierras por él halladas formaban parte de Asia. El cuarto y último viaje, el de 1502, tenía por objeto encontrar el paso que conducía desde Cuba, una provincia de China según pensaba el almirante, hasta la India. Colón no dudaba de que esta vez coronaría con éxito la empresa y, por añadidura, regresaría a España por el Oeste, esto es, dando la vuelta al mundo. En realidad, lo que hizo fue recorrer las costas de Centroamérica entre Honduras y Panamá buscando el estrecho que debía conducirle a las islas de las Especias. No lo halló y tuvo que regresar a España, donde murió, en Valladolid, el 19 de mayo de 1506.

La figura del almirante, que ya en vida levantó controversias enormes, ha suscitado

Mapa de la parte norte de la isla de Haití (Española), realizado por Colón (Palacio de los duques de Alba, Madrid).



EL DIARIO DE A BORDO DE CRISTOBAL COLON

Es posiblemente el más importante de los documentos relativos a la historia de los descubrimientos geográficos. Diario de navegación oficial de la "Santa María", recoge todas las vicisitudes del primer viaje y contiene el relato del primer encuentro con las nuevas tierras y con sus habitantes.

El texto íntegro de este diario se ha perdido. Afortunadamente conservamos una versión de él, resumida y comentada por fray Bartolomé de las Casas, quien algunas veces respeta el texto original, reproduciendo íntegramente algunos pasajes. Este es el caso del fragmento que sigue, primera descripción etnológica de los "indios", realizada por el propio almirante:

"Ellos andan todos desnudos como su madre los parió, y también las mujeres, aunque no vide más de una harto moza. Y todos los que yo vide eran todos mancebos, que ninguno vide de edad de más de treinta años: muy bien hechos, de muy fermosos cuerpos y muy buenas caras. Los cabellos gruesos cuasi como sedas de cola de caballo, e cortos. Los cabellos traen por encima de las cejas, salvo unos pocos detrás, que traen largos, que jamás se cortan. Dellos se pintan de prieto y dellos son de la color de los canarios, ni negros ni blancos y dellos se pintan de blanco, dellos de colorado y dellos de lo que hallan y dellos se pintan las caras y dellos todo el cuerpo y dellos sólo los ojos y dellos sólo la nariz. Ellos no traen armas ni las conocen, porque les mostré espadas y las tomaban por el filo y se cortaban por ignorancia. No tienen ningún hierro. Sus azagayas son unas varas sin hierro y algunas de ellas tienen en la punta un diente de pez, y otras de otras cosas. Ellos todos suelen ser de buena estatura, de grandeza y buenos gestos bien hechos. Yo vi algunos que tenían señales de heridas en sus cuerpos y les pregunté por señas qué era aquello, y ellos me mostraron como allí venía gente de otras islas que estaban cerca y les querían tomar y se defendían. Y yo creí y creo que aquí vienen de tierra firme a tomarlos por cautivos. Ellos deben ser buenos servidores y de buen ingenio, pues pronto repiten todo lo que les enseño a decir y creo que fácilmente se harían cristianos, pues me pareció que ninguna secta tenían. Yo, placiendo a Nuestro Señor, llevaré de aquí al tiempo de mi partida seis a Vuestra Alteza para que aprendan a hablar. No vi ninguna clase de animal, salvo papagayos, en esta isla.

"*Sábado, 13 de octubre.* Luego que amaneció vinieron a la playa muchos de estos hombres, todos mancebos como dicho tengo y todos de buena estatura, gente muy fermosa, los cabellos no crespos, salvo corredios y gruesos, como sedas de caballo, y todos de la frente y cabeza muy ancha, más que otra generación que fasta aquí haya visto, y los ojos muy fermosos y no pequeños y dellos ninguno prieto, salvo de la color de los canarios, ni se debe esperar otra cosa, pues esta Lestegueste (en la latitud) con la isla de Hierro, en Canaria, bajo una línea. Las piernas muy derechas, todas a una mano y no barriga, salvo muy bien hecha.

"Ellos vinieron a la nao con almadías que son hechas del pie de un árbol, como un barco luengo y todo de un pedazo y labrado muy a maravilla según la tierra, y grandes, pues en algunas de ellas venían cuarenta o cuarenta y cinco hombres, y otras más pequeñas, hasta haber algunas en que venía un solo hombre. Remaban con una pala como de hornero y anda a maravilla y si se les trastorna, luego se echan todos a nadar y la enderezan y vacían con calabazas que traen ellos. Traían ovillos de algodón filado y papagayos y azagayas y otras cositas que sería tardío de escribir y todo daban por cualquier cosa que se les diese. Y yo estaba atento y trabajaba de saber si había oro y vi que algunos de ellos traían un pedazuelo colgado en un agujero que tienen a la nariz, y por señas pude entender que yendo al Sur o volviendo la isla por el Sur que estaba un gran rey que tenía grandes vasos de ello, y tenía muy mucho. Trabajé que fuesen allá y después vide que no entendían la idea. Determiné de aguardar fasta mañana en la tarde y después partir para el Sudeste, que según muchos de ellos me enseñaron decían que había tierra al Sur y al Sudueste y al Norueste, y que estas gentes del Noruestе les venían a combatir muchas veces, y así ir al Sudueste a buscar el oro y las piedras preciosas.

"Esta isla es muy grande y muy llana y de árboles muy verdes y muchas aguas y una laguna en medio muy grande sin ninguna montaña y toda ella verde que es placer de mirarla; y esta gente harto mansa y por la gana de haber nuestras cosas y temiendo que no se les ha de dar sin que den algo, y no lo tienen, toman lo que pueden y se echan luego a nadar; mas todo lo que tienen lo dan por cualquier cosa que les den, que hasta los pedazos de las escudillas y de las tazas de vidrio rotas rescataban, hasta que vi dar diez y seis ovillos de algodón por tres ceotis de Portugal, que es una blanca de Castilla, y en ellos habría más de una arroba de algodón filado. Esto defendiera y no dejara tomar a nadie, salvo que yo lo mandara tomar todo para Vuestra Alteza si hubiera en cantidad. Aquí nace en esta isla, mas por el poco tiempo no pude dar así del todo fe, y también aquí nace el oro que traen colgando de la nariz; mas por no perder tiempo quiero ver si puedo ir a topar a la isla de Cipango. Agora como fue noche todos se fueron a tierra con sus almadías.

"*Domingo, 14 de octubre.* En amaneciendo mandé aderezar el batel de la nao y las barcas de las carabelas y fui al luengo de la isla, en el camino del Nordeste, para ver la otra parte, qué era de la otra parte del Este, qué había y también para ver las poblaciones, y vide luego dos o tres y la gente que venían todos a la playa llenándonos y dando gracias a Dios. Los unos nos traían agua, otros cosas que comer; otros, cuando veían que yo no curaba de ir a tierra, se echaban a la mar nadando y venían y entendíamos que nos preguntaban si éramos venidos del cielo. Y vino uno viejo en el batel dentro y otros a voces grandes llamaban todos hombres y mujeres: "Venid a ver a los hombres que vinieron del cielo, traedles de comer y beber".

"Vinieron muchos y muchas mujeres, cada uno con algo, dando gracias a Dios, echándose al suelo y levantando las manos al cielo y después a voces nos llamaban que fuésemos a tierra".

(Del *Diario de Colón*, días 12, 13 y 14 de octubre de 1492.)

J. F.



Representación del momento de tomar posesión de la tierra americana por Cristóbal Colón. Plafón escultórico de la base del monumento erigido en Barcelona a la memoria del descubridor.



Una vez encallada la "Santa María", y ante la imposibilidad de volver a ponerla a flote, Colón decidió construir un fuerte, que llamó de Navidad y fue la primera fundación española en América. Ingenua representación de la despedida del almirante y el rey indígena que figura en la portada de las "Décadas" de Antonio de Herrera (Biblioteca Nacional, Madrid).

Epistola Christofori Colom: cui etas nostra multũ debet: de
Insulis Indie supra Gangem nuper inventis. Ad quas perquiren-
das octavo antea mense auspiciis et ere invictissimorũ Fernãdi et
Helisabet Hispaniarũ Regũ missus fuerat: ad magnificum dñm
Gabrielem Sanchis eorundẽ serenissimorũ Regum Tesaurariũ
missa: quã nobilis ac litteratus vir Leander de Cosco ab Hispa-
no idiomate in latinum cõvertit tertio kl's Maii. M.cccc.xciii.
Pontificatus Alexandri Sexti Anno primo.

Quoniam suscepte provintie rem perfectam me consecutum
fuisse gratum tibi fore scio: has constitui exarare: que te
uniuscuiusque rei in hoc nostro itinere geste inventeque ad-
moneant: Tricesimotertio die postquã Gadibus discessi in mare
Indicũ perveni: ubi plurimas insulas innumeris habitatas ho-
minibus repperi: quarum omnium pro felicissimo Rege nostro
preconio celebrato et vexillis extensis contradicente nemine pos-
sessionem accepi: primeque earum divi Salvatoris nomen impo-
sui: cuius fretus auxilio tam ad hanc quã ad ceteras alias perve-
nimus. Eam vero Indi Guanahanin vocant. Aliarũ etiam unam-
quamque novo nomine nuncupavi: quippe aliã insulam Sancte
Marie Conceptionis. aliam Fernandinam. aliam Hysabellam.
aliam Joanam. et sic de reliquis appellari iussi. Cum primum in
eam insulam quam dudum Joanam vocari diximus appulimus: iu-
xta eius litus occidentem versus aliquantulum processi: tamque
eam magnam nullo reperto fine inveni: ut non insulam: sed conti-
nentem Chatai provinciam esse crediderim: nulla tñ videns op-
pida municipiave in maritimis sita confinibus preter aliquos vi-
cos et predia rustica: cum quorum incolis loqui nequibam. quare si-
mul ac nos videbant surripiebant fugam. Progrediebar ultra
existimans aliquã me urbem villasve inventurũ. Denique videns
quod longe admodum progressis nihil novi emergebat: et hmõi via
nos ad Septentrionem deferebat: quod ipse fugere exoptabam: terris
etenim regnabat bruma: ad Austrumque erat in voto contendere:

Primera página de la edición latina, realizada en Roma por el impresor Planneck, de la carta que Colón dirigió a Gabriel Sánchez para comunicarle el feliz resultado de su viaje y descubrimiento (Biblioteca Central, Barcelona).

multitud de polémicas históricas. Hoy creemos que lo mejor es valorarle por sus obras. Como escribe Charles Verlinden, "partiendo de un error, obstinadamente aferrado a este error, Colón hizo el más grande descubrimiento de todos los tiempos. Como consecuencia de aquel error inicial, él se equivocó acerca del alcance de su descubrimiento. Pero el error aquel ha sido fecundo. A partir de él se creó el mundo occidental moderno. A pesar de los abusos e incluso de las culpas que acompañaron a la conquista colonial, tal error estableció la base de la civilización atlántica, cuyo destino –a pesar de lo que puedan decir a veces algunos espíritus mal inspirados– coincide con el de la civilización del mundo".

Colón y Cabot compartieron el mismo error: creer que las tierras recién descubiertas pertenecían al continente asiático. Lo mismo creyeron los navegantes que, todavía en vida del primero, recorrieron el litoral del este de Sudamérica, en la serie de expediciones que se han denominado *viajes menores*. Entre los años 1499 y 1501, Alonso de Ojeda, Vicente Yáñez Pinzón, Pedro Alonso Niño, Diego Lepe y Rodrigo de Bastidas mandaron las expediciones que descubrieron las costas situadas entre el Darién y el cabo San Agustín, la punta oriental del Brasil, mientras los portugueses recorrían las costas que se extienden al Sur, hacia el Río de la Plata.

De los *viajes menores*, las dos expediciones más importantes, porque constituyen el descubrimiento del perfil oriental de Sudamérica, fueron las de Ojeda y Yáñez. Ojeda fue el primero que, tras Colón, inició las exploraciones del continente. Yáñez se adelantó por unos meses a la expedición portuguesa de Cabral, al sur del ecuador, y fue el primero que navegó por la *Mar Dulce*, la desembocadura del Amazonas.

El viaje de Alonso de Ojeda se inició en mayo de 1499, cuando en España ya se conocían los resultados del tercer viaje colombino. Tomaron parte en él Juan de la Cosa, como piloto, y Américo Vespucio, un florentino afincado en Sevilla a causa de sus actividades comerciales, cuya participación en la empresa iba a ser fundamental para el nombre de las nuevas tierras. El rumbo seguido parece que fue el mismo del empleado por el tercer viaje de Colón, aunque la zona de costa recorrida fue mayor, llegando hasta el cabo Vela.

La expedición de Vicente Yáñez fue posterior en unos meses al viaje de Ojeda. Salió de España a finales de 1499. El territorio descubierto comprende toda la costa ameri-

LA DIVERGENCIA COLÓN-REYES CATÓLICOS

REYES CATÓLICOS

Han firmado un contrato comercial con Colón, pero no aceptan su segunda idea.

COLÓN

en ruta a las Indias, espera encontrar especias y oro. Piensa en

ORGANIZACIÓN COMERCIAL

factorías: centros de intercambio con los indígenas.

escalas: centros de aprovisionamiento para los navíos y de refugio en caso necesario.

En América, debe improvisar una

EXPLOTACIÓN RÁPIDA

reducción a la esclavitud de los indígenas y exigencia de fuertes tributos.

COLONIZACIÓN

Exportación masiva a América de "colonizadores", hombres dispuestos a establecerse y a importar la agricultura y la ganadería europea como medios de vida. Problemas:

trabajo indígena.

reparto de tierras.

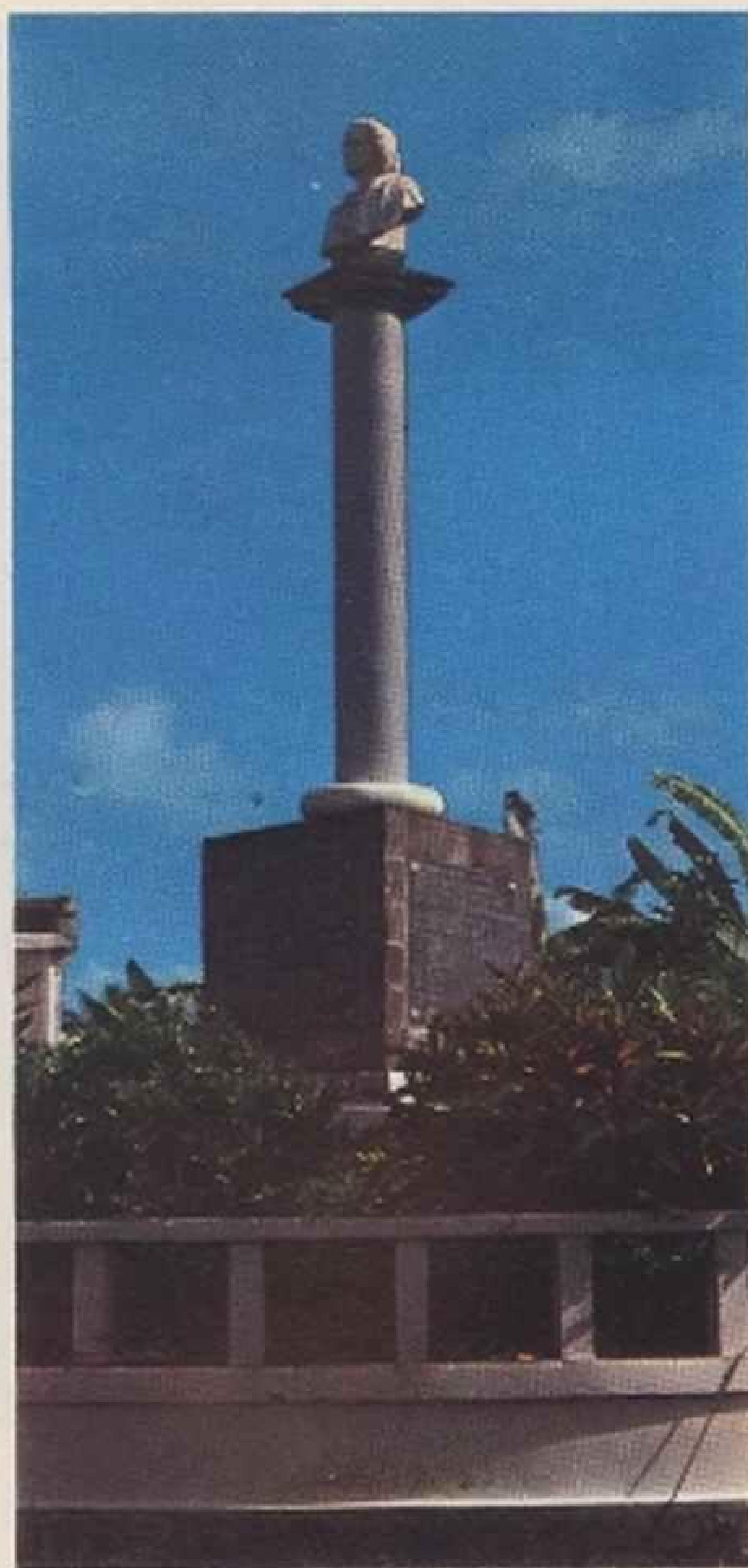
cana desde el cabo San Agustín hasta la isla de Trinidad.

Más adelante, las costas del Brasil fueron recorridas por los portugueses. A fines de abril de 1500, una expedición portuguesa que, al mando de Pedro Alvares Cabral, había salido en dirección a la India, por la ruta de Vasco de Gama, se desvió tanto hacia el Suroeste que alcanzó la costa brasileña, en la bahía llamada desde entonces Cabralia, en la costa del actual estado de Bahía. El carácter fortuito o la intencionalidad de la desviación que condujo a Cabral al Nuevo Mundo no están muy claros. Lo cierto es que el portugués tomó posesión de las tierras nuevas en nombre del monarca luso, a quien pertenecían según el tratado de Tordesillas. Un año después de la arribada de Cabral al Brasil, una nueva expedición portuguesa, en la que tomó parte Vespucio, recorrió casi toda la costa de Sudamérica que se extiende al sur del cabo San Agustín, sobrepasando el Río de la Plata y alcanzando los 46 grados de latitud Sur.

Así pues, hacia 1502, cuando regresó la expedición portuguesa de Vespucio, sumando los datos aportados por los descubridores que habían navegado bajo pabellón español

Cádiz, según grabado de "Civitates orbis terrarum", de Braun (Biblioteca Nacional, Madrid). De esta ciudad atlántica partió la flota que componía el segundo viaje de Colón.





Monumento elevado a Cristóbal Colón en la región de Basse Terre, en la isla de Guadalupe, que descubrió en su segundo viaje.



Sebastián Caboto (detalle de una pintura del siglo XVI, restaurada en el XVIII, del Palacio Ducal de Venecia). Puesto en contacto en España con el descubrimiento de Colón, Caboto recabó y obtuvo el apoyo de Enrique VII de Inglaterra para realizar un viaje de descubrimiento, pero sus éxitos fueron insignificantes.

y lusitano, podía obtenerse un concepto bastante claro de la extensión de las costas orientales de Sudamérica, y, por lo tanto, era difícil mantener el esquema cartográfico colombino. De hecho, el viaje de Vespucio rompió los moldes en que se habían desarrollado las navegaciones del almirante y los *viajes menores*. Significó el salto desde el Caribe a las rutas del Sur.

El nuevo continente recibió el nombre de Américo Vespucio. Este hecho ha contribuido a dar a su figura una notoriedad excepcional. Pero, como ocurre con Colón, su fama está unida a las controversias que suscitaron la valoración histórica de sus empresas y la justicia de que sea su nombre el que denomine un continente.

De todas las versiones, muchas veces contradictorias, que los historiadores han dado de su vida y de sus viajes, interesa destacar dos puntos, que además presentan la ventaja de ser incontrovertibles:

1.º Américo visitó el Nuevo Mundo después de Colón, en primer lugar formando parte de la expedición de Ojeda de 1499 y después, bajo pabellón portugués, recorriendo prácticamente casi todo el perfil sudoriental de la costa de América.

2.º Fue el primero en concebir y en difundir sin reservas la idea de que existía un continente interpuesto entre las costas de Europa-África y el Extremo Oriente, a saber, las nuevas tierras que él mismo había recorrido.

El profesor Carlos Seco sintetiza así la trascendencia de estos hechos:

"De este modo, si por una parte la auténtica importancia de lo descubierto en navegaciones de que él (Vespucio) formara parte no justifica el nombre dado a esta tierra nueva, por otra, la intención con que el florentino supo desgajarla del viejo mundo, ampliando de manera gigantesca los conceptos geográficos y sirviendo de pauta a un ciclo posterior de viajes –el que se bosqueja en las Juntas de Toro y Burgos y tiene su última consecuencia en el periplo magallánico– es un argumento en apoyo de la denominación dada a la cuarta parte de la esfera.

"En todo caso, creemos que no deja de ser un maravilloso juego del destino que Florencia –patria máxima del Renacimiento– diese nombre, a través de uno de sus hijos, al mundo descubierto en la gran gesta que inaugura la Edad Moderna; y que fuesen la palabra y la idea, más que la acción práctica, los pedestales de esta nueva gloria de la ciudad preclara."

Américo Vespucio realizó un segundo viaje al servicio de la corte portuguesa. Después, a partir de 1505, volvió a España, donde quedó vinculado a las empresas descubri-

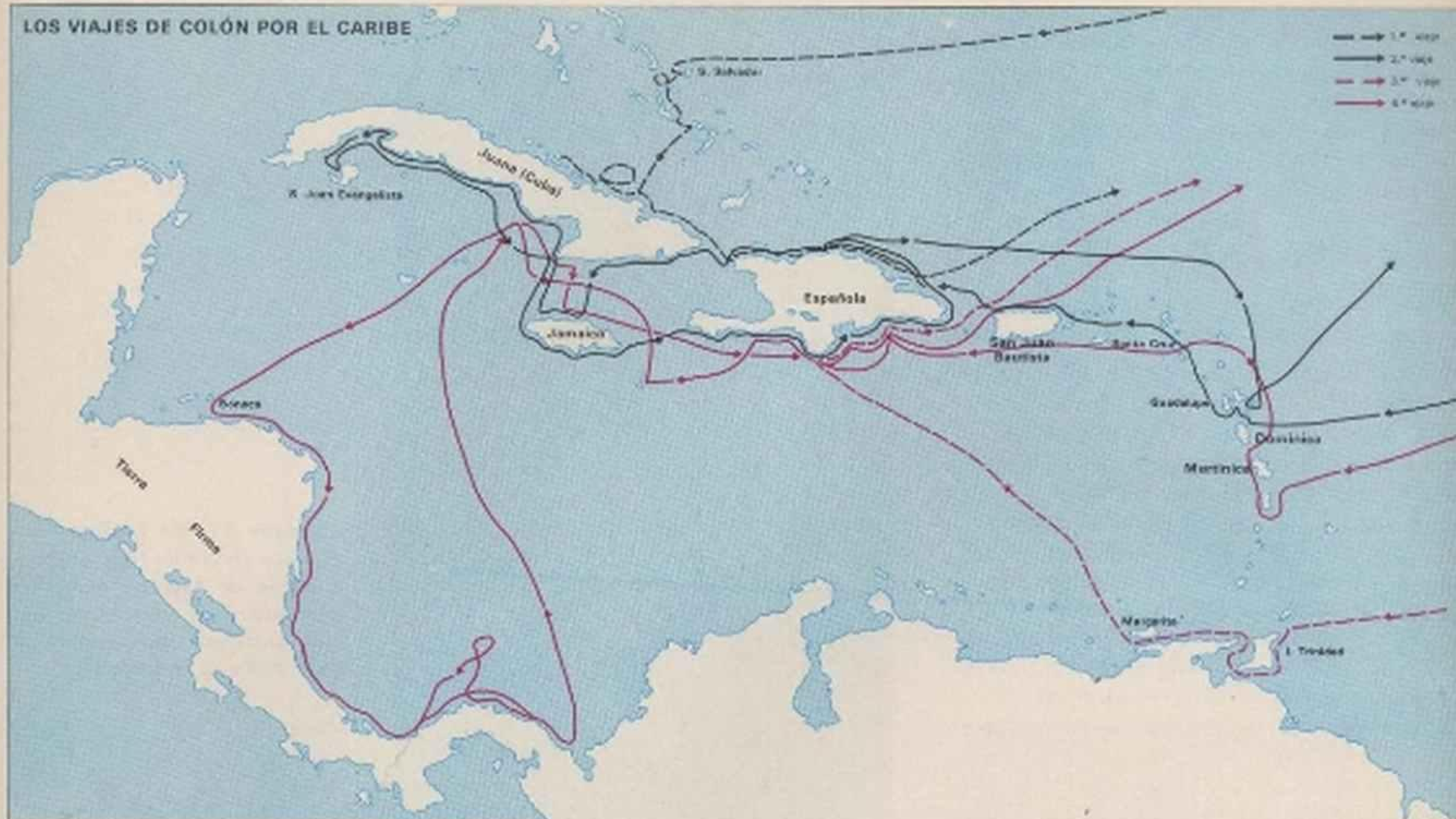
doras. Estas reciben una orientación nueva desde el momento en que se difunde la idea de que el Atlántico está cerrado al Oeste por un continente nuevo. Si esto es así, debe existir un mar que separe las Indias de Colón de las Indias asiáticas. La comunicación entre este mar, descubierto antes intelectualmente que en la práctica, y el Atlántico es indispensable para hallar la nueva ruta de las especias.

Esta es la cuestión más importante –hallar un paso que comunique el océano conocido con el que se presiente más allá– que se planteó en la Junta de Toro, convocada por el rey Fernando el Católico, a la que acudieron Vicente Yáñez Pinzón y Américo Vespucio. Ambos deben realizar un viaje que los conduzca a las islas de las Especias. Los rumbos que proponen son distintos. Yáñez prefiere la ruta del Norte, hacia Honduras, hasta donde Colón ha llegado en su cuarto viaje. Américo se inclina por la ruta del Sur, siguiendo la inflexión hacia el SO de la costa americana del mediodía del Brasil, que él conoce bien.

Parece que este último criterio fue el que se impuso, pero cuestiones políticas de orden interno, surgidas entre las dos regencias de Fernando el Católico, impidieron la realización del proyecto. A comienzos de 1508 vuelve a replantearse la cuestión, esta vez en la llamada Junta de Burgos. Asisten Pinzón, Solís, Vespucio y Juan de la Cosa. Las decisiones que en ella se toman son múltiples. Se proyecta otra vez un viaje hacia las islas de las Especias siguiendo el criterio de Pinzón: "al oeste de las Antillas y al norte del ecuador". Los encargados de realizarlo serán Pinzón y Solís. Américo recibe el título, creado expresamente en este momento, de *piloto*

Enrique VII de Inglaterra y Caboto (serie de tapices de la historia de Inglaterra confeccionados con motivo del noningentésimo aniversario de la batalla de Hastings).





mayor de la Casa de Contratación. Se tomaron, además, otras medidas de orden colonial.

El proyectado viaje de Pinzón y Solís se llevó a cabo dentro del mismo año y recorrió las costas de Centroamérica hasta alcanzar la costa norte de la península de Yucatán. Pero el fin principal de la expedición, hallar el paso hacia la especiería, quedó sin cumplir. Antes debía tener lugar la empresa de Vasco Núñez de Balboa, el descubridor del Mar del Sur.

El descubrimiento del Mar del Sur está íntimamente ligado a la creación de dos fundaciones coloniales en Tierra Firme, la de Nueva Andalucía, al sur del Darién, y la de Castilla del Oro, al Norte. Los beneficiarios de estas dos fundaciones fueron Ojeda y Nicuesa, respectivamente. Desde el principio, las dificultades que tuvieron que afrontar ambas colonias fueron superiores a sus posibilidades.

Uno de los colonos, Vasco Núñez de Balboa, desprovisto de los prejuicios de casta propios de un Ojeda, en parte causa del desastre colonial, supo salvar ambas fundaciones, ya prácticamente perdidas, reuniéndolas en una sola, asentada en la costa occidental del golfo: Santa María del Darién. Balboa necesitó justificar su jefatura, adquirida gracias al prestigio de que gozaba entre los colonos, pero no por una concesión de la corte. El deseo de obtener el reconocimiento de su supremacía por parte del monarca gracias a una gran empresa es el motor de la expedición que daría cima al descubrimiento del Mar del Sur, del océano Pacífico.

Las relaciones amistosas, e incluso familiares, pues estaba casado con la hija de uno de los caciques, que Balboa estableció con los indígenas del istmo le permitieron recoger noticias de la existencia de un mar al otro lado y, a la vez, los primeros barruntos del oro del Perú. Acompañado de otros colonos (uno de ellos será pronto famoso,



Bartolomé Colón, hermano del descubridor, adelantado en la Española y suscitador de la rebelión de los colonos españoles contra él (detalle de la portada de las "Décadas" de Antonio de Herrera; Biblioteca Nacional, Madrid).

Pizarro], realizó la travesía del istmo luchando con una naturaleza hostil, venciendo la selva, la montaña y las condiciones climáticas tropicales.

El 25 de septiembre de 1513 tomó posesión, en nombre de los Reyes Católicos, del nuevo océano. El escribano de la expedición dio así fe del hecho, tras nombrar a sus protagonistas: "Estos veintidós y el escribano Andrés de Valderrábano fueron los primeros cristianos que los pies pusieron en el Mar del Sur y con sus manos todos ellos probaron el agua, que metieron en sus bocas para ver si era salada, como la de la otra mar; y viendo que lo era, dieron gracias a Dios".

Américo Vespucio había muerto un año antes. No pudo, pues, conocer la confirmación que los hechos daban a sus teorías. La reacción inmediata de la corte, lógicamente, estuvo de acuerdo con las circunstancias. No sólo se reemprendió la búsqueda del paso que uniría los dos océanos, según había predicho Vespucio, sino que se siguió el primitivo proyecto que éste había presentado años atrás en la Junta de Toro. En 1514 partió la expedición de Díaz de Solís en busca del paso que se suponía al sur de América. Un nuevo y trágico fracaso saldó esta expedición. Solís confundió la desembocadura del Río de la Plata con el estrecho que buscaba y murió en sus orillas a manos de los indígenas.

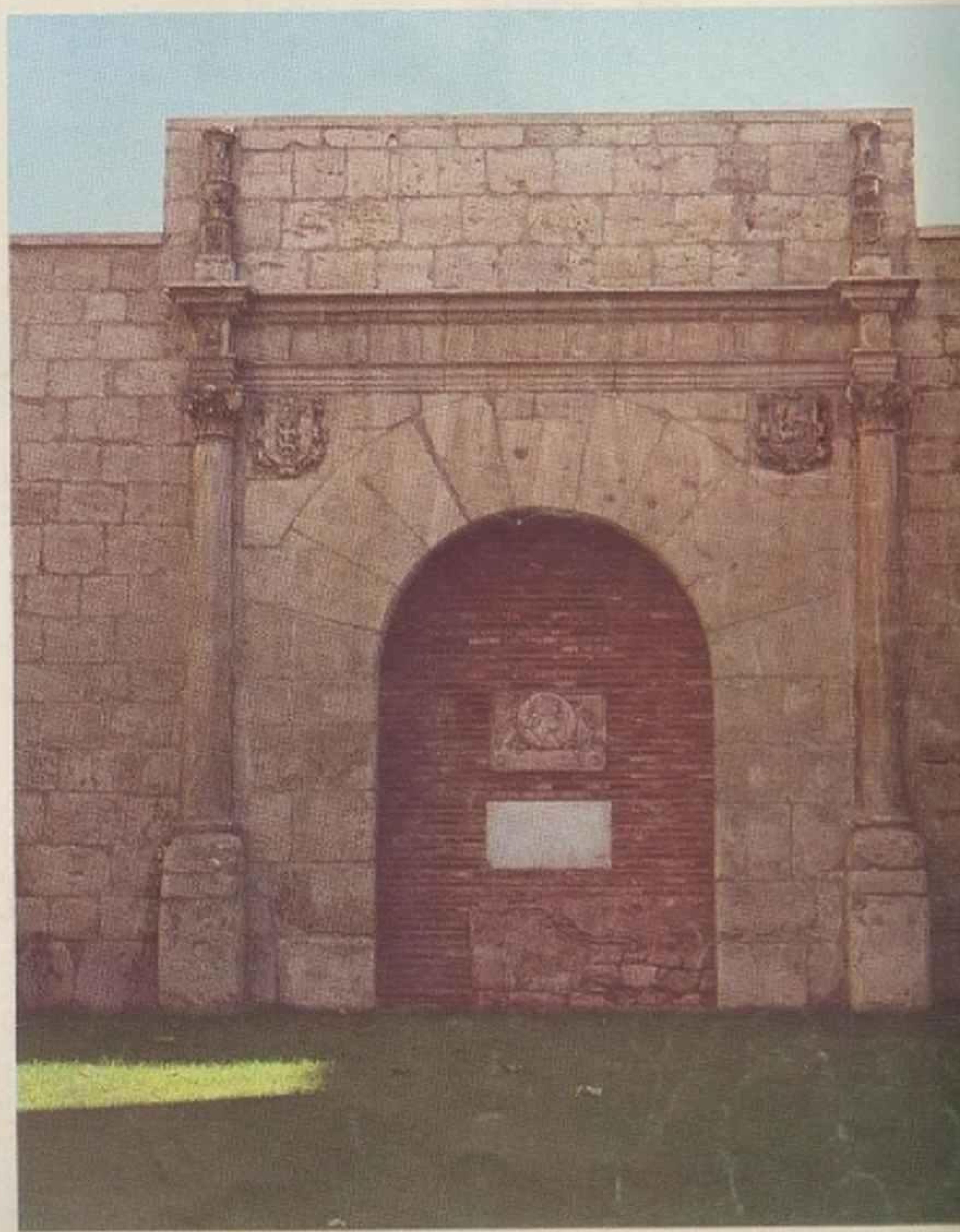
El reinado de Carlos V se abre con la organización de la empresa que debía coronar esta porfiada serie de intentos, la expedición de Fernando de Magallanes.

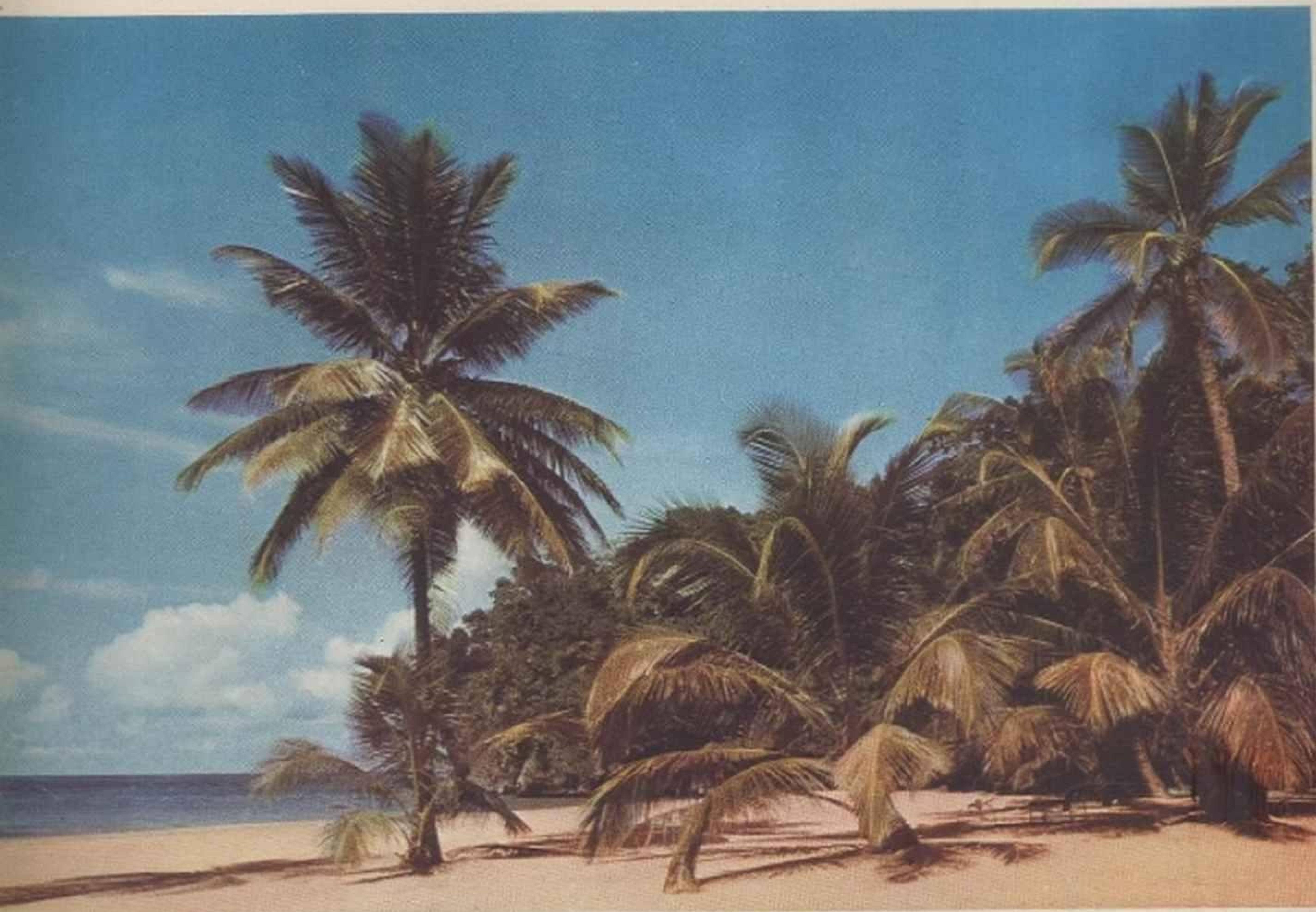
Existe cierto paralelismo entre el orto de los proyectos de Magallanes y los de Colón. En ambos casos las ideas acertadas y erróneas aparecen mezcladas en fecunda amalgama. La verdad en los proyectos de Magallanes estriba en la seguridad de la existencia de un paso al sur del Nuevo Mundo. Los errores son varios. Magallanes repetía la equivocación de Solís al creer que el Río de la Plata era el estrecho que conducía a Oriente. Otra de sus concepciones erróneas consistía en suponer el océano Pacífico menos amplio de lo que en realidad era. Esto no sólo simplificaba su travesía, sino que, además, situaba las Molucas en la zona española según la delimitación hecha en Tordesillas.

La génesis de los proyectos de Magallanes hay que buscarla en dos vivencias del gran navegante, según el profesor Seco: las experiencias de Magallanes en Oriente durante las expediciones de Almeida y Albuquerque y los estudios cosmográficos que realizó en Portugal a la vuelta de los viajes por las islas de las Especias.

"A las órdenes de Almeida y Albuquerque, los dos grandes virreyes portugueses, Magallanes había tomado parte en las campañas del Índico, distinguiéndose muy especialmente en la expedición a Malaca de 1509. Su gran amigo, Francisco Serrao, salvado por él de la muerte en esta coyuntura, formó parte luego de la primera expedición que franqueando el estrecho alcanzó las Molucas. Pero se quedó en Ternate al servicio del reyezuelo de aquella isla, sin perder por eso el contacto con sus compatriotas y especialmente con Magallanes. La interesante y espaciada correspondencia entre ambos había de constituir uno de los grandes estímulos que impulsarían a aquél hacia la gran aventura. Porque Serrao estaba convencido de que alcanzar el archipiélago en que se en-

Placa que conmemora en Valladolid la muerte de Colón en la ciudad.





Detalle de la fachada atlántica de Costa Rica. En el cuarto viaje, Cristóbal Colón recorrió las tierras de Centroamérica comprendidas entre Honduras y Panamá en busca del estrecho que le había de permitir alcanzar las islas de las Especias.

contraba por el camino de Occidente era más sencillo que llegar a él por la ruta portuguesa.

"En segundo lugar, los estudios cartográficos emprendidos por el gran navegante, una vez en Portugal, que afirmaron su erróneo concepto de la situación, en longitud, de las Molucas, convenciéndole al mismo tiempo de la existencia de un paso al sur del continente americano. Pigafetta refiere que la idea de Magallanes derivaba de haber visto, en el archivo del rey de Portugal, un mapa de Martín Behaim en que estaba indicado el estrecho meridional; y aunque no ha llegado hasta nosotros este documento cartográfico, lo conocemos a través del globo de Juan Schoner, que registra efectivamente el paso entre ambos mares, pero en lugar erróneo. Lo cual es muy lógico, pues no habiendo visitado Behaim personalmente la costa oriental americana, los datos por él recogidos debían de proceder sin duda de la expedición Coelho-Vespucio, que sobrepasó unos grados el Río de la Plata. En cuanto a sus cálculos de longitud, Magallanes contó con un asesor más o menos estrambótico, pero respetado por su saber: Ruy Faleiro. Y hoy sabemos que las determinaciones geodésicas de Faleiro eran –afortunadamente– tan equivocadas como las de Toscanelli cuarenta años atrás.

"Con esta carga de fecundos errores, Magallanes no hubiera cumplido, a pesar de todo, la misión que le estaba reservada, de no producirse el rompimiento con el rey portugués que le echaría en brazos de Carlos V. Porque para Castilla el proyecto magallánico tenía mucho mayor interés que para Portugal. Es más, si Portugal hubiera aceptado la idea de Magallanes llevándola a cabo, en último término sus consecuencias habrían sido mucho más útiles para España, porque el camino de Occidente era, de un modo u otro, el suyo."

El paralelismo entre los proyectos de Colón y de Magallanes continúa cuando éste

intenta poner en práctica el suyo. Como Colón había hecho, Magallanes recaba el apoyo de la monarquía portuguesa; tras la negativa de ésta, prueba suerte ante la corte española. Carlos V apoyó desde el primer momento el proyecto del portugués. El 28 de marzo de 1518 se firmaron las capitulaciones. El 20 de septiembre del año siguiente partía la flota de Sanlúcar de Barrameda. Estaba formada por cinco embarcaciones, "Trinidad", "San Antonio", "Victoria", "Concepción" y "Santiago", tripuladas por 241 hombres.

Como Magallanes estaba convencido de que el Río de la Plata era el paso que conducía al Mar del Sur, la expedición siguió la misma ruta del último viaje de Solís. En noviembre de 1519 alcanzaron la costa brasileña a la altura del cabo San Agustín. Desde allí se dirigieron hacia el Sur. En enero del



Monumento elevado en Buenos Aires a la gloria del descubridor de América.



Medallones con las efigies de Cristóbal Colón y Américo Vespucio (Palacio Comunal, Génova). Por obra del geógrafo y cartógrafo Waldseemüller, el nombre de Américo tendrá precedencia sobre el del descubridor.

siguiente año se encontraban en la desembocadura del Río de la Plata. Emplearon casi un mes en recorrer el estuario hasta convencerse de que no era el ansiado paso.

A partir de este momento, en que los cálculos de Magallanes se muestran fallidos, comienza la aventura casi a ciegas. Tras la larga invernada en el golfo de San Julián, prosigue la marcha hacia el Sur. En octubre doblaron el cabo de las Once Mil Vírgenes, que resultó ser el comienzo del estrecho tan deseado. Sólo tres naves alcanzaron el Mar del Sur; la "Santiago" se había perdido en la costa americana y la "San Antonio" desertó al comienzo del estrecho. El aspecto con que el nuevo océano se presentó a los navegantes era tan tranquilo que lo bautizaron con el nombre de Mar de las Damas. ¡Manos femeninas hubieran sido suficiente para dirigir la navegación en tan calmosas aguas! El nombre que ha prosperado, océano Pacífico, está tan acorde con esta primera denominación como alejado de la auténtica realidad.

La travesía del Pacífico duró tres meses. Los problemas principales derivaron de la escasez de provisiones. Las naves no se hallaban preparadas para una travesía oceánica de tanta duración, por otra parte imprevista en los cálculos de Magallanes. A pesar de todo, el 6 de marzo de 1521 las naves alcanzaron la isla de Guam, en el archipiélago de las Marianas.

Portulano del Mediterráneo, original de Gabriel de Vallseca, y que perteneció a Américo Vespucio (Museo Marítimo, Barcelona).

El estado de agotamiento de las tripulaciones era tan grande, que no pudieron evitar que los indígenas de la isla subieran a bordo y se llevaran cuanto quisieran, incluida una canoa. Al día siguiente, tras una noche de reposo, Magallanes tomará represalias y conseguirá hacerse con alimentos frescos, el mejor botín que podían apetecer los españoles en este momento. Después abandonará la isla, a la que antes bautizó con un nombre acorde con las peripecias allí acontecidas: isla de los Ladrones. A mediados de marzo arribarán a un nuevo archipiélago. Las relaciones con los nativos son amistosas. En estas islas, las tripulaciones pudieron recuperarse. Pero el descanso no duró mucho. Las noticias que sobre la proximidad de las especias proporcionan los habitantes de las islas son un acicate para continuar la travesía. El nombre que Magallanes dio a este archipiélago refleja la recuperación, resurrección casi, operada entre los expedicionarios durante su estancia allí: islas de San Lázaro, que más adelante, durante la conquista, sería cambiado por el de islas Filipinas.

Las islas de los malayos se alcanzaron pronto. El 28 de marzo de 1521 tomaron contacto con Mazagua, una isla próxima a Mindanao. Las relaciones con los malayos fueron buenas. En Cebú, una de las islas más importantes, Magallanes se alió con el cacique local. El temor a los portugueses, que no podían hallarse muy lejos, le impulsó a obrar así. La alianza quedó sellada con el hermanamiento entre Magallanes y el reyezuelo malayo. Además, se concertó una paz eterna entre Cebú y España y se reservó a los españoles el derecho exclusivo de comerciar con la isla. El cacique fue bautizado, precisamente con el nombre de Carlos, como el rey de España.

Pero no todo eran ventajas. Los españoles se comprometían a ayudar militarmente al cacique de Cebú contra cualquiera de los príncipes de las islas vecinas que no aceptara su autoridad. En cumplimiento de este compromiso se enfrentaron a un vasallo rebelde, en la isla de Mactán. El encuentro fue fatal para los españoles. Tuvieron que retirarse sin poder tomar la isla y, en esta acción, Magallanes perdió la vida. Esta escaramuza no sólo costará la desaparición del jefe de los expedicionarios, sino que acabará con la alianza entre españoles y el flamante rey Carlos de Cebú. Una emboscada en la que perecerán la mayor parte de los oficiales pondrá fin al período de relaciones amistosas. Casi sin cuadros de mando, sin piloto y sin astrólogo, la flota se vio obligada a hacerse a la mar. Como sólo quedaban 108 supervivientes, decidieron sacrificar una embarcación. La "Concepción", la que se hallaba en peor estado, fue incendiada. La carga útil y la tripulación se habían repartido anteriormente entre las dos naves restantes.

Desde la partida de Cebú se había encargado del mando de la flota un oficial oscuro llamado Carvalho. Su incompetencia, puesta de manifiesto en repetidas ocasiones, provocó su destitución. En su lugar tomó el mando como jefe de la flota Espinosa, mien-



Vasco Núñez de Balboa, representado en la acuñación de un décimo de balboa emitido en Panamá en 1930 (Museo Marítimo, Barcelona). El descubrimiento del Mar del Sur se realizó por tierra. Núñez de Balboa, sabedor por los indios de la existencia de un gran mar al otro lado de las montañas y necesitando justificar su jefatura en Santa María del Darién por un gran éxito, organizó una expedición que le llevó hasta las aguas del Pacífico.



Carta de Juan de la Cosa (1500) en que ya aparecen las Antillas y Cuba despegada de la costa del continente (Museo Naval, Madrid).



Colegiata de Toro. En esta ciudad se reunió, convocada por Fernando el Católico, la Junta que había de dictaminar acerca del mejor camino a seguir para hallar las islas de las Especias. A ella acudieron Vespucio y Pinzón. Sus resoluciones no se llevaron a cabo, y tiempo después, en 1508, se reunió otra Junta en Burgos y en ella triunfó la tesis de buscar el paso al este de las Antillas y al norte del ecuador.

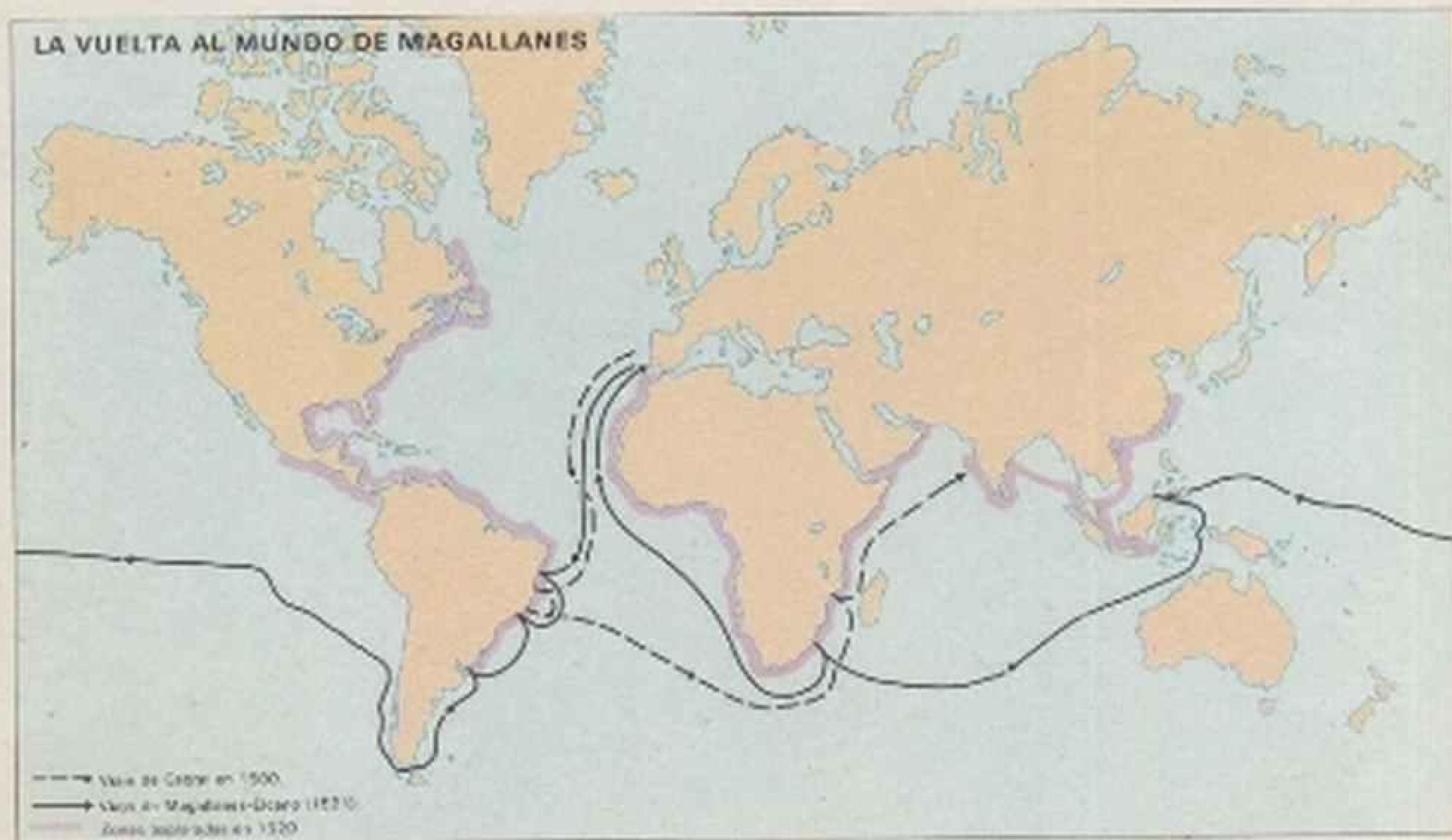
tras Elcano era el comandante de la nave "Victoria".

Juan Sebastián Elcano había tomado parte en la expedición de Magallanes por la fuerza. Antiguo marino, se hallaba encarcelado cuando Magallanes organizó su viaje, por haber vendido a otro país el navío que mandaba. Las dificultades que suponía reunir una tripulación tan numerosa para una empresa tan arriesgada obligaron a Magallanes a recurrir a la recluta de marinos que se hallaban encarcelados. Así es como Elcano, entre otros, se vio enrolado en esta aventura.

El 8 de noviembre, por fin, las naves arribaron a las Molucas. La presencia de los españoles en estas latitudes complicaba todavía más el complejo panorama en el que la piratería y el comercio estaban íntimamente ligados a la política de los pequeños sultanatos y a los designios imperialistas de los portugueses. Estos constituían el principal peli-



Medalla de Juan Sebastián Elcano acuñada en 1922 (Museo Marítimo, Barcelona).





Fernando de Magallanes (Museo Naval, Madrid), el portugués que al servicio de España iba a hacer posible la demostración de la esfericidad de la Tierra.

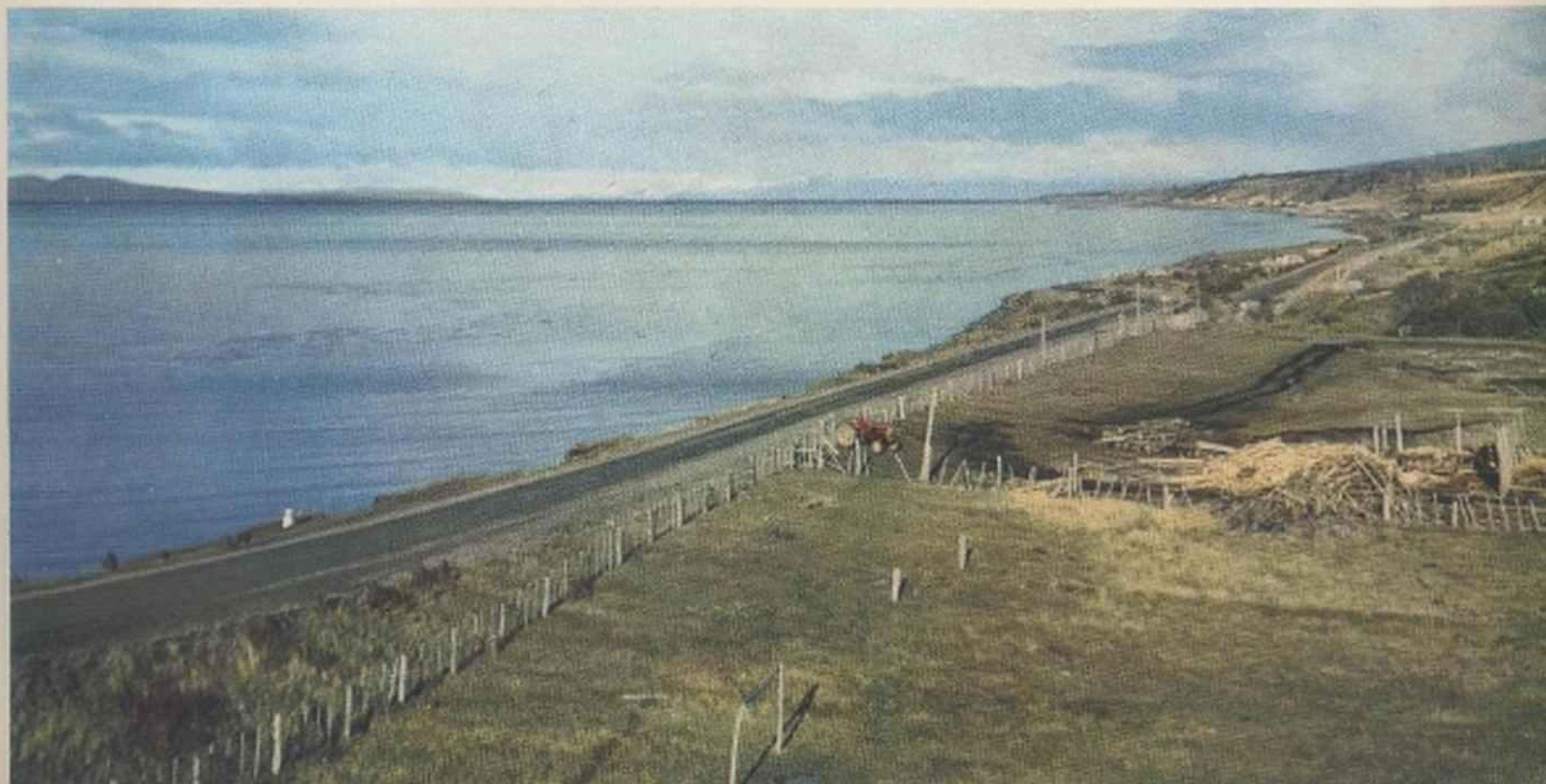
gro para las naves españolas. Portugal no hubiera estado dispuesto a tolerar su presencia en aquellas aguas. De haber sido descubiertas, su destino sin duda habría sido trágico. Afortunadamente, la flota portuguesa, establecida en Malaca, no podía aproximarse a los españoles mientras durase el monzón de invierno.

Aprovechando esta circunstancia, los españoles llenaron sus bodegas con un cargamento de especias y emprendieron el regreso. La "Trinidad", la nave de Espinosa, estaba en muy mal estado. El regreso a España por la ruta del cabo de Buena Esperanza estaba plagado de peligros y un encuentro con los portugueses era más de lo que la nave podría resistir. Por esto, pareció mejor que la "Trinidad" efectuase el viaje de vuelta por el Pacífico, navegando hacia el Norte, en busca de las colonias españolas de Panamá, mientras la "Victoria" intentaría ganar la costa española siguiendo la ruta africana, a través de las aguas dominadas por los portugueses.

La "Trinidad" consiguió llegar hasta el grado 42 de latitud Norte, pero, desmantelada por una tempestad, tuvo que volver a las Molucas. Allí la situación ha cambiado. Una escuadra portuguesa, compuesta por siete navíos, se ha adueñado de la situación. La "Trinidad" es apresada y no tarda en hundirse. Para la tripulación, encarcelada por los portugueses, empieza un largo calvario. De los cuarenta y ocho hombres apresados en las Molucas, sólo cuatro conseguirán sobrevivir. El resto perecerá confinado en los calabozos de las naves portuguesas.

Por su parte, Elcano había partido de las Molucas el 21 de diciembre de 1521. La "Victoria", tripulada por 47 marinos, algunos indígenas, embarcados como pilotos, llevaba un cargamento de setecientos quintales de clavo, la más preciada de las especias.

El estrecho de Magallanes entre Punta Arenas y Fuerte Bulnes (Chile). La búsqueda del paso al mar de las islas de las Especias se había hecho imprescindible desde el momento en que se comprendió que entre ellas y Europa se interponía un continente nuevo.





Estatua broncínea de Juan Sebastián Elcano.

Para evitar los peligros que entrañaba un encuentro con los portugueses, Elcano navegó hacia el interior del océano Indico, alejándose de la costa de Malabar. En una singladura directa desde Timor, Elcano intentó ganar el cabo de Buena Esperanza. No lo consiguió. El estado de la tripulación, minada por el hambre y el escorbuto, le obligaron a tocar tierra africana todavía al este de la punta meridional del continente negro. Desde allí intentó el salto definitivo. Pero el cabo justificó bien su nombre original: *cabo de las Tormentas*. En veinte ocasiones los vientos contrarios y las perturbaciones atmosféricas hicieron vanos los esfuerzos de los navegantes por alcanzar el Atlántico.

Por fin, el 18 de mayo, a ras de la costa, la "Victoria" dobló el cabo e inició la larga ascensión hacia Europa. Quedaba todavía mucho camino y un obstáculo imposible de evitar. En cabo Verde, nuevamente están los portugueses. Elcano debe realizar una escala allí. La escasez de víveres y el estado de su embarcación no admiten dilaciones. El 9 de julio entró en la rada de Santiago. Va a intentar engañar a los portugueses. La versión que les dará no tendrá nada que ver con la realidad de su viaje. Según Elcano, la "Victoria" ha sido alcanzada por una tempestad al regreso de la ruta de las Antillas. A consecuencia de ello se ha visto obligada a penetrar en aguas portuguesas y a tocar tierra en las islas de cabo Verde. El aspecto de la nave española es tan lastimoso, que los portugueses creen la versión de Elcano. Pero la situación es precaria. Cualquier investigación a bordo puede descubrir a los malayos o la carga de especias, y con ello el origen de la nave. De momento, la situación se mantiene. Una chalupa de la "Victoria" realiza por tres veces la travesía hasta el puerto y regresa cargada con agua dulce y provisiones. En el cuarto viaje se han agotado las reservas monetarias de los españoles.

Para pagar las vituallas que todavía le son imprescindibles, Elcano entrega un saco de especias a los que deben ir a tierra a comprar. Será una decisión equivocada. En lugar de la chalupa, pronto se dirige a la "Victoria" una barca repleta de hombres armados. Los portugueses, alertados por las especias, *que no podían proceder de las Antillas*, han salido de su error. Elcano, con sólo 18 hombres a bordo, decide cortar amarras y huir.

Aspecto accidentado de la costa del archipiélago de las Marianas, la primera tierra que tocaban los hombres de Magallanes desde que dejaron atrás el estrecho que comunicaba el océano Atlántico con el Pacífico.



La maniobra, pese a la escasa tripulación, da resultado. La "Victoria" abandona el puerto. Pronto cuatro navíos portugueses salen en su persecución. A favor de la noche, y tras haber aligerado su nave desprendiéndose de parte de la preciosa mercancía, Elcano consiguió burlar a sus perseguidores.

La navegación hasta alcanzar España fue dificilísima. La tripulación, de por sí insuficiente, debía cuidar de las maniobras del aparejo y, a la vez, achicar el agua que, de forma cada vez mayor, se introducía en las bodegas. Con todo, el 4 de septiembre avistan el cabo San Vicente. Dos días después entran en Sanlúcar. Hace casi tres años que, con Magallanes y 241 marinos, embarcados en cinco naves, salieron de este mismo puerto. Sólo regresan 18 y su nave está tan dañada, que no pueden realizar por sus medios el trayecto hasta Sevilla y ha de ser remolcada. Así lo expone Elcano en la carta que dirige a Carlos V para darle cuenta de su misión:

"Dígnese saber Vuesa Magestad que hemos regresado 18 hombres con uno solo de los barcos que Vuesa Magestad envió bajo el mando del capitán general don Hernando de Magallanes, de gloriosa memoria. Sepa Vuesa Magestad que hemos encontrado alcanfor, canela y perlas. Que ella se digne estimar en su valor el hecho de que hemos dado la vuelta al mundo, que partidos por el Oeste hemos vuelto por el Este".

La empresa ha costado un puñado de vidas humanas. En contraste, a pesar de la pérdida de tres navíos, económicamente la expedición no ha sido un fracaso. Las especias que desembarcó la "Victoria" cubrieron los gastos y todavía permitieron un beneficio de un cuatro por ciento.

Pero las cuestiones económicas y las mismas vidas humanas quedan eclipsadas por la magnitud de la hazaña. Los motes heráldicos lo reflejarán. Ennoblecido por Carlos V, Elcano tomó por divisa una cita latina relativa a la empresa: *Tu primus circumdedisti me*. El propio emperador modificó su divisa. Al dinamismo del *Plus Ultra* le sustituyó el *Non Plus Ultra*, símbolo de un destino ya cumplido.

Pero la aparatosidad de los motes heráldicos no debe ocultarnos la trascendencia histórica de tan gran empresa. Por encima de cualquier otra consideración, la expedición de Magallanes, felizmente concluida por Elcano, supone el enlace entre los esfuerzos rivales de Portugal y España en el gran siglo de los descubrimientos. Las exploraciones en la costa de Africa, en el Indico y en las tierras de las especias de los portugueses quedan unidas a las del Nuevo Mundo, realizadas por los españoles, por la travesía del Pacífico. Resulta altamente simbólico que fuera una flota española, mandada por un portugués, quien realizara la empresa que enlaza los logros conseguidos por las dos potencias.

Pero, en contraste, la hazaña de la "Victoria" abrirá de nuevo el problema diplomático entre España y Portugal que se creía zanjado en 1495 por el tratado de Tordesillas. La dificultad que suponía fijar en Extremo Oriente una demarcación que adjudicase las Molucas a una u otra nación se tradujo en unas largas negociaciones dobladas de una guerra abierta en los mares de Asia. La cuestión se zanjó por el tratado de Zaragoza. Las Molucas pasaban a poder de Portugal, quien compensaba económicamente a España con 350.000 ducados.

De esta manera se cierra la serie de descubrimientos producidos por la rivalidad más gloriosa que encierra la historia. Para superar las hazañas de los navegantes de los siglos XV y XVI, de los que la empresa magallánica constituye el ápice, la tierra es demasiado pequeña. Para emularlas, el hombre necesita abandonar su planeta de origen.



Panoplia de armas filipinas (Museo Arqueológico de Olot, Gerona). Aunque al principio las relaciones entre Magallanes y los habitantes de las Filipinas fueron buenas, la alianza con el rey de Cebú le obligó a tomar parte en una guerra contra otro reyezuelo, en la que el portugués fue derrotado y muerto. Poco después, los demás jefes hispano-portugueses cayeron en una emboscada. Como consecuencia de ello, Elcano acabaría tomando el mando de la única de las naves que regresó a España.

CRONOLOGIA SUCINTA DE VESPUCIO

1451 ó 53	Nace en Florencia.
1480	Pasa a Francia.
	Entra en contacto con España al servicio de los comerciantes Lorenzo y Juan de Médicis.
	Se radica en Sevilla.
1499-1500	Participa con Ojeda y La Cosa en el "Primer viaje andaluz" que recorrió la costa norte de Sudamérica.
1501	Segundo viaje, en el que rompe con el error colombino, bajo el pabellón portugués.
	Pasa frente a las Canarias sin detenerse. A principios de agosto da con Tierra Firme (zona entre Ceará y Río Grande del Norte).
	Este periplo llega más al sur del Río de la Plata, posiblemente hasta San Julián.
	Tal vez en abril se inicia el retorno.
	Regresa a España, a Sevilla, donde hace amistad con Colón.
1505	Comparece en la Junta de Toro.
1509	Es nombrado piloto mayor.
1512	22 de febrero: fallece.

BIBLIOGRAFIA

Ballesteros, A.	*Cristóbal Colón y el descubrimiento de América,* Barcelona, 1945.
Colón, Cristóbal	*Diario del primer viaje;* edición a cargo de Carlos Sanz, Madrid, 1962.
Leviller, R. A.	*América la bien llamada,* Buenos Aires, 1948. —*Américo Vespucio,* Madrid, 1966.
Madariaga, S.	*Vida del muy magnífico señor Don Cristóbal Colón,* Buenos Aires, 1944.
Magnaghi, A.	*Amerigo Vespucci; estudio crítico,* Roma, 1926.
Manzano, S.	*Cristóbal Colón. Siete años decisivos de su vida,* Madrid, 1964.
Morales Padrón, F.	*Historia del descubrimiento y conquista de América,* Madrid, 1963.
Morison, S. E.	*El Almirante de la Mar Océana,* Buenos Aires, 1945.
Verlinden, Ch., y Pérez Embid, F.	*Cristóbal Colón y el descubrimiento de América,* Madrid, 1967.



La nao "Victoria", la primera embarcación que dio la vuelta al mundo.



El puente Sixto, en Roma, que fue mandado construir en 1474 por el papa Sixto IV.

El absolutismo pontificio. Los Borgias. Savonarola. Maquiavelo

Las ideas de tiranía, de poder personal, de la época tenían que influir necesariamente en el pontificado. A papas eruditos, humanistas, sucedieron papas autoritarios. Teniendo el pontificado dominios políticos, no podía evitar las corrientes políticas de la época.

Durante la Edad Media los papas hicieron valer principalmente su autoridad como cabezas de la Iglesia militante; sus ejércitos fueron las Ordenes religiosas y su arma principal la excomunión. Pero ya en 1471, al ser elegido pontífice el cardenal Francesco della Rovere, que tomó el nombre de Sixto IV, el papado se encontraba en medio de una Italia dominada por una clase de tiranos en quienes las excomuniones pontificias solamente alcanzaban a producirles irónico desdén.

Desde su elevación al solio pontificio, Sixto IV decidió poner en juego todos los recursos y la autoridad del pontificado para defender y aumentar sus dominios temporales. Para esto tenía necesidad de colaboradores, y como los pontífices, a diferencia de los monarcas hereditarios, no contaban con

CRONOLOGIA DEL PAPADO (DESDE MARTIN V HASTA CLEMENTE VII)

1414	Concilio de Constanza. Fin del cisma de Occidente.
1417	11 de noviembre: elección de **Martín V** (Otón Colonna).
1431-47	Papa **Eugenio IV** (Gabriel Condulmer).
1431-49	Concilio de Basilea.
1436	Paz con los husitas.
1437	18 de septiembre: Eugenio IV traslada el concilio de Basilea a Ferrara.
1438	Concilio de Ferrara, traslado a Florencia (1439) y a Roma (1443).
1439	16 de mayo: el concilio de Basilea eleva a dogma la autoridad del concilio y declara (25 junio) depuesto a Eugenio IV. 6 julio: bula *Laetentur coeli,* sobre la unión con la Iglesia griega. 4 septiembre: bula *Moisés,* en que se condenan los decretos de reforma y excomunión de los participantes en el concilio por Eugenio IV. 22 noviembre: bula *Exultate Deo,* sobre la unión con la Iglesia armenia. Fijación de los siete sacramentos.
1443	28 septiembre: Eugenio IV regresa a Roma.
1447-55	Papa **Nicolás V** (Tomás Parentucelli).
1448	Fracaso definitivo del movimiento conciliar.
1449	Disolución del concilio.
1450	Fundación de la Biblioteca Vaticana.
1455-58	Papa **Calixto III** (Alfonso Borgia).
1455	Bula de cruzada contra los turcos.
1458-64	Papa **Pío II** (Eneas Silvio Piccolomini).
1462	Prohibición de la comunión con el cáliz.
1464-71	Papa **Pablo II** (Pedro Barbo).
1471-84	Papa **Sixto IV** (Francisco della Rovere).
1480	Aprobación de la Inquisición española.
1484	Papa **Inocencio VIII** (Juan Bautista Cibo).
1490	Congreso en Roma para una cruzada contra los turcos.
1503	Papa **Pío III.**
1503-13	Papa **Julio II.**
1507	Promulga una bula de indulgencias para la reconstrucción de la iglesia de San Pedro.
1509	Nace Calvino en Noyon (Picardía).
1512-17	V Concilio Lateranense.
1517	31 octubre: Lutero fija sus 95 tesis contra las bulas en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg.
1520	El papa declara a Lutero hereje.
1522-23	**Adriano VI**, último papa no italiano.
1522	Comienza la actividad reformadora de Zuinglio en Zurich.
1523-34	Papa **Clemente VII.**
1526	Dieta de Espira: bases jurídicas de la Iglesia territorial evangélica.
1527	"Saco de Roma".

un núcleo de personas adictas a la familia reinante, Sixto IV hubo de crearselo artificialmente, repartiendo entre sus parientes los altos cargos de la curia. He aquí, pues, ya el nepotismo (o favoritismo de los sobrinos, *nipotes*) elevado a una norma política casi inevitable para el pontificado. Cada papa, al ser elegido, se encontraba rodeado de funcionarios que le miraban como a un usurpador recién llegado, pues resultaba harto frecuente que fueran parientes del papa difunto.

Por esto, Sixto IV, apenas sentado en el trono pontificio, nombró cardenales a sus sobrinos Giuliano della Rovere y Pietro Riario, hijos de una hermana, de veintiocho y veinticinco años respectivamente. Ante las inútiles protestas del colegio de cardenales, el papa fue aumentando los beneficios de sus sobrinos. El cardenal Riario acumuló, en poco tiempo, los obispados de Treviso, Sinigaglia, Spalato, Mende y Florencia, la abadía de San Ambrosio de Milán y hasta el patriarcado, puramente honorario, de la turca Constantinopla. Con estos honores y sinecuras, las rentas del cardenal Riario eran de 60.000 ducados al año; vivía en un palacio grandioso, rodeado de un lujo que deslumbraba hasta a los mismos romanos.

Sixto IV empezó también la política de matrimonios entre sus parientes y miembros de las familias reinantes. Así creía formar lazos de amistad y alianzas políticas que protegieran al pontífice y a sus estados. Naturalmente, estas actividades *mundanas* de Sixto IV pronto levantaron un diluvio de protestas. Se empezó a hablar de un nuevo concilio para reformar la Iglesia; al papa se le llamó "vicario del demonio", "ministro de adulterio", "piloto que lleva la barca de la Iglesia a la isla de Circe", etc. Pero el pontífice continuó su política de agresión, apoyado en caudillos de fortuna y en sus parientes. Sixto IV murió en 1484, tras un pontificado de trece años, y pasó a la posteridad con este elogio de Maquiavelo: "Fue el primer pontífice que demostró la fuerza del papado, y cosas que antes llamábamos errores fueron convertidas en virtudes por aquel papa".



Palacio del cardenal Riario, hoy Palacio de la Cancillería, en Roma. Sixto IV fue el primero de los papas en practicar el nepotismo, o ayuda desmesurada a sus familiares. Uno de sus sobrinos (nipotes) fue Pietro Riario, que en poco tiempo acumuló grandes honores y beneficios, cuyas rentas le permitieron vivir en este palacio grandioso, rodeado de extraordinario lujo.



En septiembre de 1515, tras la batalla de Marignano, Francia recuperaba el Milanesado. El nuevo rey, Francisco I, recogía el fruto del esfuerzo de Luis XII por hacerse una posición en Italia y a la vez el cansancio de tantas guerras (ininterrumpidas desde 1493). Cierto equilibrio parecía instaurarse en la península italiana: Francia en el Norte, España en el Sur; dos potencias italianas, Venecia y los Estados pontificios, dominando la política de las restantes. La firma de la paz de Noyon, en 1516, entre España y Francia da cierta viabilidad a este "statu quo". Pero muy pronto, con Carlos I, crece la importancia estratégica del Milanesado, que es entonces el paso entre el Imperio alemán y el reino de España: las guerras de Italia vuelven a empezar.

Durante el pontificado de Sixto IV el colegio de cardenales perdió su carácter de asamblea consultiva y el papa ejerció un poder absoluto. Los cardenales, príncipes de la Iglesia, se contentaron con el lujo y las distracciones propias de una pequeña corte de favoritos. El largo pontificado de Sixto IV le permitió crear treinta y cinco cardenales a su gusto y al ocurrir su muerte sólo quedaban cinco de los elegidos por sus predecesores. Naturalmente, los escogidos por Sixto IV eran personas que debían conformarse en un todo con sus nuevos procedimientos; muy pocos merecían respeto por su piedad o cultura. De todos modos, en mayo de 1473, al querer el papa legitimar a uno de sus bastardos, halló resistencia en el colegio cardenalicio. El cardenal Ammannati escribió al cardenal Borgia, después Alejandro VI, que era de los *antiguos*: "No hemos podido conseguir que desistiera de su propósito, pero lo ha demorado. Tal es la fuerza de carácter del papa, que será maravilla que escapemos a su venganza". Roma, durante el pontificado de Sixto IV, empezó a ser la ciudad de los venenos y del asesinato misterioso. En cambio, el papa despótico, con recursos ilimitados, acometió obras públicas importantes. La vía Sixtina y el puente Sixto llevan aún el nombre del pontífice que los construyó. Sin ser personalmente aficionado a la literatura, Sixto IV continuó el engrandecimiento de la Biblioteca del Vaticano, que a su muerte contaba con unos 2.500 manuscritos. Igualmente patrocinó las otras artes; era acaso el primer deber cívico a que se sentía obligado, como buen magnate del Renacimiento.



La política de Sixto IV fue continuada por Inocencio VIII, sucesor suyo, aunque con menor acometividad; pero no porque quisiese espiritualizarla, sino porque el nuevo pontífice no tenía la fuerza de carácter de su antecesor. Inocencio VIII continuó, en cambio, las liberalidades de Sixto IV, protegiendo a su familia. Como el papa había tenido hijos antes de recibir órdenes, el Vaticano empezó a presentar el extraño espectáculo de un pontífice rodeado de bastardos legitimados. *"Primus pontificum filios filiasque palam ostentavit; primus eorum apertas fecit nuptias; primus domesticos hymenaeos celebravit"*, dice Egidio de Viterbo.

Con estos antecedentes, ya no parecerá tan escandalosa la historia del pontificado del segundo papa de la familia Borgia, Alejandro VI. Los Borgias (o Borjas) eran de origen valenciano, de la ciudad de Játiva, pero habían pasado a Italia cuando la conquista de Nápoles por Alfonso V. El primer papa Borgia, el ya citado Calixto III, fue un pontífice de la vieja escuela, de moralidad irreprochable. Era un legista, y poco aficionado al género de vida nueva que veía por doquier en Italia. Su pontificado fue corto, y casi no sería recordado por la historia si no hubiera hecho cardenal a su sobrino Rodrigo, quien, al subir al solio pontificio años más tarde, tomó el nombre de Alejandro VI y extremó aún más el despotismo y el libertinaje que habían iniciado Sixto IV e Inocencio VIII.

Al ser elegido papa Alejandro VI, el año 1492, hacía mas de treinta y cinco años que era cardenal y había servido en la curia durante cinco pontificados. Pasaba ya de los sesenta, pero era todavía excesivamente robusto, "de buen parecer y habla encantadora". Comía mucho, pero le bastaba un solo plato, bien abundante, en cada comida. Desde joven su debilidad había sido su naturaleza, demasiado afectuosa, que le había hecho caer en graves desórdenes. Ya en Valencia, siendo un muchacho, había tenido hijos; en Roma, siendo ya cardenal, había reconocido como hijos suyos a Juan, Cesar, Lucrecia y Jofré, cuya madre se llamaba Vannozza Catanei. Esta mujer no fue admitida nunca en el Vaticano, por lo que hubo de presenciar desde lejos las andanzas y grandezas de los suyos, sin hacer manifesta-

Alejandro VI, por Pinturicchio (Estancias de los Borgias, Vaticano). Era sobrino de Calixto III, quien le encumbró a elevados puestos eclesiásticos. Papa en 1492, extremó aún más el nepotismo en favor de sus hijos.



Vista de Játiva, la patria de origen de los papas Calixto III y Alejandro VI.

ciones que pudieran perjudicarles. Sin embargo, en una carta a Lucrecia se firma así: "Tu feliz e infeliz madre, Vannozza Borgia". El apellido Borgia, que usa la Vannozza en este documento privado, suena más extraño porque entonces ya se le había procurado, como marido acomodaticio, un escribiente de la Penitenciaría.

Los cuatro hijos romanos de Rodrigo Borgia y la Vannozza eran ya crecidos cuando fue elegido papa. El menor, Jofré, tenía doce años; César, el mediano, destinado por su padre a la carrera eclesiástica, pronto fue elegido cardenal; tenía entonces dieciocho años. El mayor, Juan, segundo duque de Gandía, casó con una prima de los Reyes Católicos que había sido mujer de su hermanastro Pedro Luis, primer duque de Gandía. Lucrecia se educaba bajo la dirección de Giulia Farnesio, dama de aristocrática alcurnia, pero arruinada. Se murmuraba en Roma que Alejandro VI mantenía una amistad íntima con la que podríamos llamar institutriz de su hija. Lo cierto es que Alessandro, el hermano de Giulia, fue creado cardenal y que desde este momento empezó la fortuna de los Farnesios.

Estos son, pues, los personajes del drama de los Borgias, que, con su escándalo, acelera la Reforma. Pero, como ya hemos dicho, ninguna de las acusaciones formuladas contra Alejandro VI eran completamente nuevas en Roma. Procedía como un tirano italiano y se preocupaba por engrandecer a sus hijos, como lo habían hecho sus antecesores. En junio de 1492 se efectúa el primer casamiento de Lucrecia con Giovanni Sforza, señor de Pésaro, y con este casamiento se iniciaban las alianzas de la familia Borgia con otras familias poderosas. La boda fue celebrada en el Vaticano y hubo entonces regocijos que algunos encontraron poco apropiados para aquel lugar. Este primer matrimonio de Lucrecia hubo de ser el principio de su leyenda. Giovanni Sforza abandonó Roma en secreto, según él dijo atemorizado por César, al que tachaba de incestuoso. Este es uno de los supuestos crímenes de los Borgias, pero Sforza no dio ninguna prueba de sus acusaciones contra César, y el papa declaró nula la unión basándose en la incapacidad del marido. Además, para explicar la intervención de César en este negocio no hace falta aceptar los infames motivos

MAQUIAVELO Y "EL PRINCIPE"

Maquiavelo es una gran figura italiana no sólo por sus obras, fundamentales incluso hoy, sino por toda su vida; de todos los italianos de su tiempo, él es quien mejor traduce el deseo de ver nacer un estado italiano unitario y quien, mejor que nadie, con gran clarividencia y obstinación señala el mayor obstáculo para ello: el estado pontificio. De todos los florentinos de su época, es quizás el único para quien es válida la frase que él mismo repite en una carta a su amigo Vettori: que amaba más a su patria que a su alma.

En su finca "L'Albergaccio", en los alrededores de Florencia, después de la caída de la República florentina y del retorno de los Médicis, privado del ejercicio de su cargo de segundo canciller, se dedica de lleno a la observación lúcida de todos los acontecimientos, lo que le permite centrar el aspecto esencial y determinante de un fenómeno, interesarse y "transferirse por entero" en él, establecer con las cosas una relación directa, mezcla de lucidez y pasión, a la que no sabe ni puede renunciar.

Los rumores de que el papa León X (Juan de Médicis, hijo del Magnífico) proyectaba crear un estado para sus sobrinos Giuliano y Lorenzo impulsó a Maquiavelo a interrumpir la redacción de sus comentarios sobre Tito Livio y a empezar rápidamente un nuevo tratado, del que en una famosa carta a Francesco Vettori, fechada el 10 de diciembre de 1513, habla en estos términos: "...He compuesto un opúsculo, *De Principatibus...*, en el que expongo qué es el principado, de cuántas clases puede ser, cómo se adquieren, cómo se mantienen, por qué se pierden...".

Este tratado, que quiere ser al mismo tiempo razonamiento y acción, diagnóstico y profecía, fruto del pensamiento y expresión política militante, recoge y da forma sistemática a los resultados esenciales de la especulación teórica del secretario florentino, pero no pierde nunca de vista la situación histórica de la Italia de principios del siglo XVI, culminando con una exhortación a coligar las fuerzas aún vivas de la nación para liberar de los bárbaros la península: Italia, "más esclava que los hebreos, más sujeta que los persas y más dispersa que el pueblo ateniense, sin jefe, sin orden, vencida, despojada, desgarrada y asolada", es un terreno propicio para que surja un intelecto animoso que asuma la tarea de sanar sus heridas "y ponga fin a los saqueos de Lombardía, a las matanzas de Reggio y de Toscana, y sane aquellas llagas que la infectan desde hace tiempo". Venga, pues, el nuevo redentor y se verá como en los italianos viven aún intactas las virtudes militares, la destreza, el ingenio natural, y cuán grande es su sed de venganza contra la crueldad y violencia del invasor.

Lorenzo, hijo de Pedro de Médicis, nieto del Magnífico, a quien Maquiavelo dedica su tratado, no era la persona más idónea para encarnar el ideal de príncipe descrito por el secretario florentino; pero tampoco las circunstancias eran demasiado propicias a la realización de su magnífica utopía.

La dedicatoria dice así: "Quienes desean adquirir los favores de un príncipe suelen presentarle aquellas cosas que más estiman o en cuya posesión saben que más se deleita... Deseando yo obsequiar a vuestra Magnificencia con una prenda de mi sumisión, no hallé en mi caudal cosa más querida, o que yo tenga en mayor estima, que el conocimiento de los grandes estadistas, adquirido por mí a costa de una dilatada experiencia de los hechos modernos y mediante la continua lectura de los antiguos..." El texto empieza por analizar los distintos procesos de constitución de los principados, su capacidad de lucha, los problemas generales de la vida interna de un estado, y al llegar al capítulo XV, cuando comienza el análisis de la persona misma del príncipe, Maquiavelo tiene plena conciencia de decir cosas que nadie se ha atrevido antes a decir: polemizando contra filósofos y escritores que han escrito sobre política imaginando "repúblicas y principados jamás vistos y que nunca existieron", afirma que pretende "escribir cosas útiles a quien las lea", "ir directamente a la verdad efectiva de las cosas" y no "a lo que se puede imaginar de ellas", y así recuerda que es mejor ser tenido por avaro que por liberal y tener luego que gravar a los súbditos con impuestos; mejor ser cruel a tiempo que inútilmente piadoso; mejor ser temido y respetado, que amado y no suficientemente respetado; "los hombres tienen menos reparos en ofender al que se hace amar que al que se hace temer, porque el amor se conserva por el solo vínculo de la obligación, la cual, debido a la perversidad humana, rompe toda ocasión de interés personal; pero el temor se conserva por miedo al castigo, que no te abandona jamás". Llegan así los preceptos del famoso capítulo XVIII, el más discutido y criticado: el príncipe ha de saber ser zorro y león a un mismo tiempo y no debe cumplir la palabra dada "cuando tal cumplimiento puede redundar en su perjuicio y no existen ya las razones que se la hicieron empeñar"; ha de parecer "piadoso, fiel, humano, íntegro, religioso", pero debe también saber no serlo; en conclusión, predica la necesidad de "no apartarse del bien mientras sea posible, pero saber entrar en el mal cuando sea necesario", y esto porque en las acciones de los hombres se "considera sólo su fin. Procure, por lo tanto, el príncipe vencer los obstáculos y conservar el estado, porque sus medios se tendrán siempre por hermosos y merecerá la alabanza general". Más adelante, el carácter teórico general se ejemplifica con el estudio de la situación italiana del momento, mediante el examen de las causas por las cuales los príncipes italianos han perdido sus estados, seguido de un análisis de la fortuna y de si la energía y capacidad del hombre pueden o no resistir a ella. Comparando la fortuna con un impetuoso río, dice: "Ejerce su poder donde no existe precaución para resistirla, dirigiendo su violencia hacia el lugar en que sabe que no hay espigones, diques ni reparos que la contengan". Y la conclusión, que en Italia le será posible a un príncipe prudente y "virtuoso", es decir, capaz, crear un nuevo y fuerte estado que pueda proteger a Italia contra la invasión de los "bárbaros".

El tratado, que hasta aquí había sido frío, lúcido e implacable, se cierra con un grito apasionado, los versos de Petrarca: "Virtud contra Furor / Tomará las armas; y el combate será breve, / Que el antiguo valor / No ha muerto aún en los itálicos corazones".

El Príncipe es una clara expresión de pensamiento político; toda consideración moral o religiosa queda aparte; lo que "debería ser" cede ante lo que "es", ante la consideración de la realidad tal cual es, sin preocupaciones de reforma, "porque hay tanto trecho de cómo se vive a cómo se debería vivir, que quien renuncie a lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende más bien lo que le arruinará que lo que le preservará". La única voz que se oye es la del interés del estado, representado en la persona del príncipe, con lo que las normas teóricas encuentran ejemplarización en algunas figuras de grandes príncipes como César Borgia o Fernando el Católico, del que, por ejemplo, dice: "No predica más que paz y buena fe, siendo muy enemigo de ambas; pero si hubiese observado una y otra, hubiera perdido en muchas ocasiones la reputación o el Estado".

Maquiavelo no crea nada nuevo en política; como él mismo dice, se atiene únicamente a la "verdad efectiva de las cosas", a lo que la observación de la realidad que le circunda y la historia de los grandes hombres le han enseñado.

El único valor teórico de Maquiavelo es su realismo político, el escándalo que suscitan sus juicios sobre la naturaleza humana; es el hombre que ha afirmado tajantemente la incompatibilidad entre política y moral.

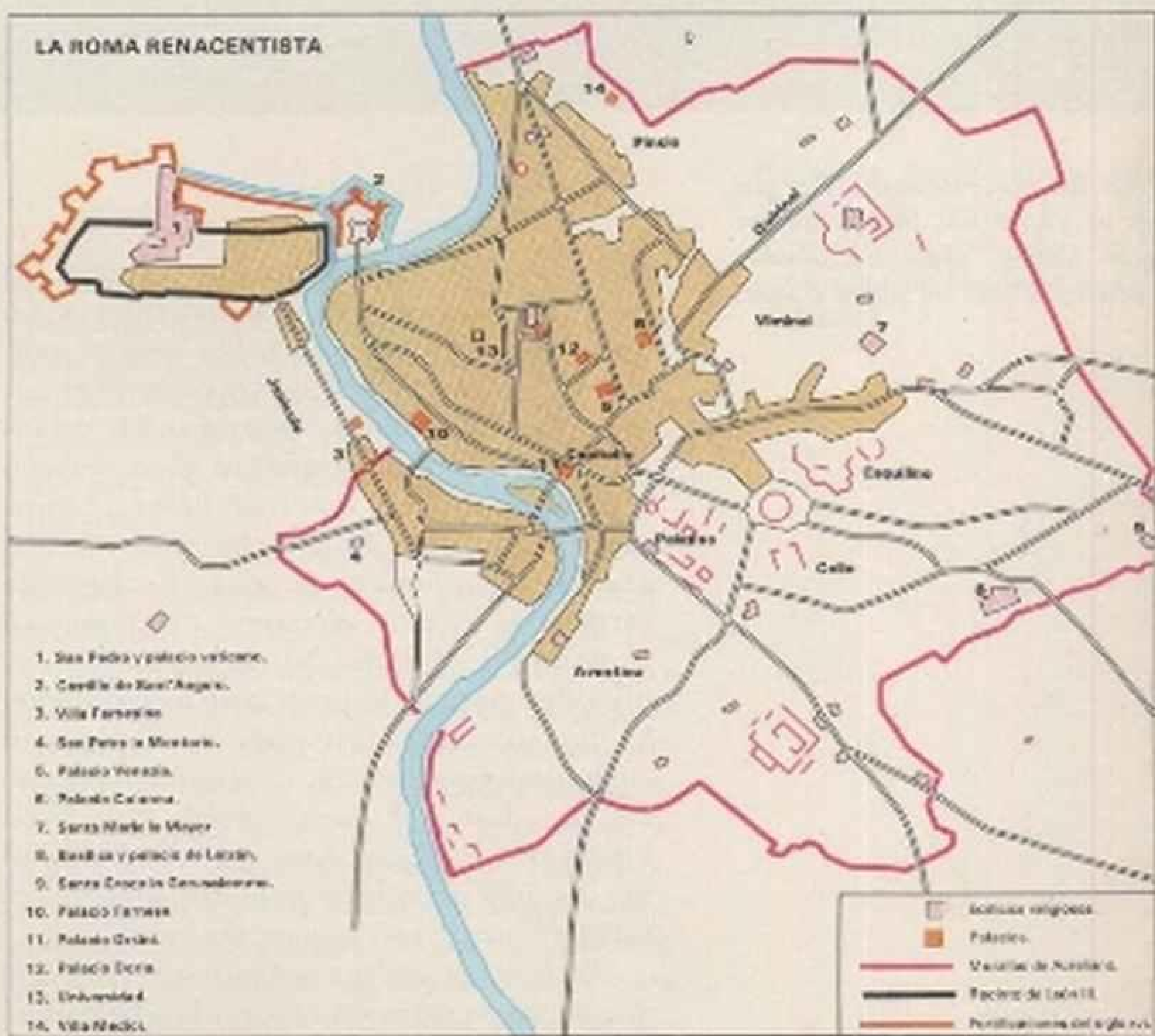
H. P



Plano de Roma a mediados del siglo XVI (Biblioteca del monasterio de El Escorial).

que propaló Giovanni Sforza. Con los años que llevaba Alejandro VI de pontificado, los Borgias habían ido creciendo en ambición, y el señor de Pésaro era ya un pobre marido para la hija del papa. Pronto se le encontró partido mucho mejor, nada menos que el duque de Bisceglia, hijo natural del difunto rey de Nápoles. Este segundo casamiento de Lucrecia se celebró también en el Vaticano, pero la boda no pasó de ser una fiesta de familia.

Acaso la razón fue que poco antes había ocurrido el asesinato del duque de Gandía, el segundo de los hijos del papa, lo que había sumido a éste en profunda consternación. Una noche de junio del año 1497, Juan, duque de Gandía, había ido a cenar a casa de su madre, la Vannozza, y al regresar al Vaticano despidió a sus compañeros para ir al encuentro de una persona enmascarada que le esperaba cerca del río. Lo que ocurrió después nunca se ha puesto en claro. Se acusó también a César del asesinato, acaso porque así desaparecía un obstáculo a sus ambiciones. El cadáver del duque de Gandía fue extraído del fondo del Tíber, degollado y con graves heridas por todo el cuerpo. Su





Una de las estancias Borgia en el Vaticano, llamadas así por haber sido mandadas construir por el papa Borja.

bolsa, con treinta ducados, se encontró intacta: ciertamente, el criminal no era un asesino vulgar; pero no había ningún indicio de que fuese César quien cometió el crimen. En esta ocasión Alejandro VI, dejándose llevar de su afectividad desordenada, dio muestras de un dolor sin límites. Estuvo tres días llorando y sin querer tomar ningún alimento. Comunicó su pena al colegio de cardenales en estos términos: "Han muerto al duque de Gandía. Nuestro dolor es explicable, porque le queríamos tiernamente. Ya no apreciamos en nada el ser papa, ni cualquiera otra cosa. Si tuviéramos siete tiaras, las daríamos para volverle a la vida. Puede que el Señor haya querido castigarme por mis pecados, puesto que él no merecía ciertamente una muerte tan cruel".

Pero la naturaleza sanguínea de Alejandro VI no le permitió caer en lo que llamaríamos enfermedad de la melancolía. El embajador veneciano describía en estos términos a Alejandro VI: "El papa, aunque ya tiene setenta años, parece cada día más joven. Las preocupaciones no le duran más que una noche; le gusta la alegría del vivir y de todo saca partido en su provecho". Con semejante temperamento, no es de extrañar que Alejandro VI olvidara luego la muerte de su hijo mayor y empezara a trabajar por el engrandecimiento de los que le quedaban. Pronto Lucrecia, acaso inocentemente, dio ocasión a otro escándalo. Vivía ella y su marido, el duque de Biseglia, en el Vaticano, y esta vez es positivo que César hubo de reñir con su cuñado. La audacia, el ímpetu, la resolución de César debieron de enojar al esposo de Lucrecia, y César quizá trataba con poco respeto al duque, que no tenía más mérito que el de su sangre real. Un día

de julio de 1500 el duque de Biseglia fue acometido por unos asesinos, que lo dejaron malherido en las gradas de San Pedro.

El marido de Lucrecia escapó de la muerte, pero acusó del crimen a César, su cuñado. Poseído de indignación y rabioso por vengarse, el duque de Biseglia, todavía convaleciente del atentado, disparó una flecha contra César en ocasión de que éste paseaba descuidado por los jardines del Vaticano. Esto fue bastante para que César ordenara su muerte; sus criados entraron en las habitaciones del duque y lo degollaron allí mismo. La rapidez con que obró César en esta ocasión hubo de aumentar sus méritos como hombre de estado. El embajador veneciano, que observaba los sucesos desapasionadamente, hace este comentario, refiriéndose a César: "Si no le matan antes, será uno de los primeros capitanes que tendrá Italia".

La robustez de César era proverbial. Escapó de un ataque de sífilis con tanta facilidad, en 1497, que su médico Gaspare Torelle le dedicó su tratado sobre la *Pudendagra*, diciendo que César podía ser considerado como bienhechor de la humanidad: su caso había arrojado mucha luz para la cura del morbo gálico.

Lucrecia no estuvo viuda más que un año, residiendo durante este tiempo decorosamente en el Vaticano. Hasta en una ocasión en que el papa fue a visitar unas tierras que había arrebatado a la familia Colonna, Lucrecia quedó autorizada para abrir y despachar la correspondencia del pontífice; en casos graves, debía consultar a un cardenal. Lucrecia tenía entonces veintidós años. Aunque había perdido ya dos maridos, era muy jovial y aficionada a la danza. Al hacerse público sus desposorios con Alfonso de Este, duque de Ferrara, que fue su tercer esposo, hubo en Roma bailes y banquetes, con las corridas de toros indispensables en todas las fiestas de los Borgias. Lucrecia acabó sus días en Ferrara, muy estimada por su marido y sin haber dado motivo a ninguna murmuración.

Estos son los crímenes de los Borgias, que sorprenden no poco por una falta de hipocresía y un talento para la acción que en aquella época hubieran sido cualidades recomendables para otros que no hubiesen pertenecido a la familia del pontífice. En cuanto al famoso veneno de los Borgias, es muy dudoso que tuvieran éstos una receta tan eficaz como se murmuró en su tiempo. La charlatanería del siglo XV privaba tanto para el arte de curar como para el de matar con magia o envenenamiento. Las recetas de venenos que usaba la República de Venecia no contienen más que antimonio, opio, arsénico y acónito, que sólo en grandes dosis podrían acabar con una persona. Pero tal fue el pánico que en Roma infundieron César y su padre, que bastaba que un cadáver presentara manchas o se descompusiera pronto para atribuirlo al fulminante veneno, del que nadie se escapaba si era enemigo de los Borgias.

Más grave es la acusación de que Alejandro VI trató de crear un estado independiente para César y de que, con este objeto, empleó sin consideración el dinero de la Iglesia. Ya en 1498, esto es, cinco años después de haber sido creado cardenal, César renunció a sus dignidades eclesiásticas y recobró su independencia como príncipe laico. La deposición fue completamente legal; César pidió al colegio cardenalicio que le relevara de sus obligaciones, ya que su carácter no era adecuado para servir a Dios como ordenado; era sólo diá-



Lucrecia Borgia a los diecisiete años, según fresco del Pinturicchio en una de las estancias de los Borgias en el Vaticano.



Supuesta representación de César Borgia, en uno de los frescos del Pinturicchio que decoran las estancias Borgia del Vaticano.

cono, pero los cardenales, excusándose, acordaron que el papa resolviera el asunto. Alejandro VI consintió en lo que pedía su hijo, teniendo en cuenta las necesidades espirituales del postulante.

César inmediatamente pasó a Francia para casarse con una princesa real, Carlota de Albret, hermana del rey de Navarra. Desde entonces César llevó el título de duque de Valentinois, como muestra de sus nuevas inclinaciones políticas. Asegurada así la neutralidad, y hasta el apoyo de Francia, César empezó a formarse un estado en Italia, empresa entonces relativamente fácil. Ya hemos visto en un capítulo anterior cómo varios aventureros de fortuna habían conseguido desposeer a antiguos señores, sin disponer de tantos recursos como los que podía emplear el hijo del papa. Además, César, personalmente, era capaz de todo, y se alababan mucho "su modestia, prudencia, destreza y excelencia de cuerpo y de alma". Para la primera campaña de César contra Imola y Forlí, el papa pidió prestados a Milán 45.000 ducados. Además de los mercenarios que César reclutó con esta suma, disponía de 4.000 gascones que le facilitó su cuñado el rey de Navarra. Después de su primera conquista, César entró triunfante en Roma, siendo recibido por su viejo padre, que reía y lloraba de júbilo. *Lacrymavit et risit*... César contó sus hazañas al papa, en valenciano, y

éste le respondió en la misma lengua. Después, para festejarlo debidamente, se dispuso una mascarada en la que se representó un triunfo de Julio César.

Al año siguiente César conquistó a Faenza, Rimini y Pésaro. Este territorio, agregado al del año anterior, justificaba ya que el papa concediera a su hijo el título de duque de la Romagna. En 1502 se apoderó de Urbino y empezó a negociar una alianza con Florencia, que lindaba ya con sus estados. Los florentinos enviaron, para concertar su amistad con el nuevo señor italiano, al obispo de Volterra, acompañado de un letrado llamado Nicolás Maquiavelo, de quien tendremos que hablar más adelante. Maquiavelo pudo advertir luego la falta de escrúpulos de César Borgia, pero también diose cuenta de su gran talento.

Las conquistas de César en Romagna no sólo coligaron contra él a los antiguos señores, desposeídos de sus ciudades, sino a otros que preveían que la ambición de los Borgias no se satisfaría con un sector de la península italiana. Para hacer frente a la coalición hacían falta recursos; pero entonces, muy afortunadamente, falleció el cardenal Ferrari, que era excesivamente avaro y había acopiado una gran fortuna. El papa confiscó su hacienda, que pasaba de cincuenta mil ducados, y también en este caso se habló de veneno. Tal era el poco afecto que merecía el cardenal difunto, que el comentario de las gentes de Roma fue a decir que "la tierra tenía su cuerpo y el papa sus dineros, pero el infierno poseía su alma".

La población de Roma ha sido siempre muy aficionada a epigramas de esta clase, y aunque en esta época fueron siempre desfavorables a los Borgias, el pontífice, que mostró siempre gran jovialidad en sus intemperancias, también permitía que todo el mundo dijera lo que quisiese. A nadie castigó por haber publicado libelos injuriosos; no parece sino que el asesinato oficial fuese un régimen de gobierno, pero no se mencionan nunca, en la leyenda de los Borgias, prisiones horrendas, como los Plomos de Venecia.



San Bernardino de Siena y san Antonio Abad, en pintura del siglo XV conservada en el museo del monasterio de Santa María de Montserrat (Barcelona). Los males de la Iglesia de los siglos XV y XVI produjeron casos de profetismo y misticismo. Las predicaciones de san Bernardino de Siena daban origen a excitaciones piadosas entre los oyentes, pero no sublevaban sus ánimos, como las de Savonarola.

Medalla con la efigie de Savonarola, grabada en Italia en el siglo XV (Museo Lázaro Galdiano, Madrid). Las predicaciones de Savonarola fustigaban las conquistas del Renacimiento y acabaron atacando a Alejandro VI.



Al que abusaba de la libertad, se le concedía una muerte sin torturas.

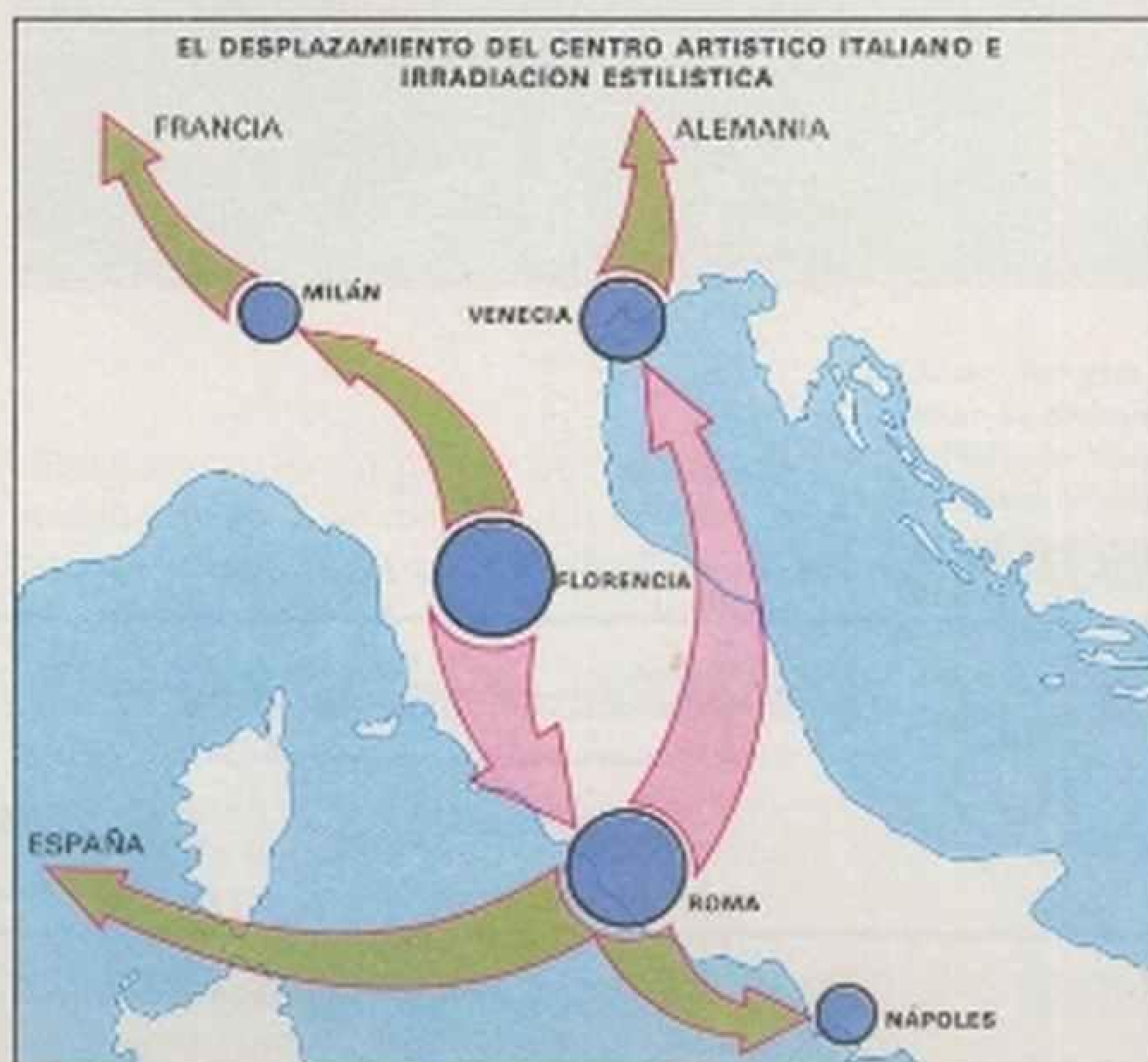
El papa consideraba consecuencia natural del éxito el ser atacado por los celosos que envidiaban sus triunfos. César no tenía tanta paciencia; su mismo padre lo reconocía: "César es de buen corazón, pero no puede sufrir que le insulten –decía al embajador de Ferrara–; yo le repito a menudo que Roma debe ser una tierra donde todo el mundo tenga libertad para decir o escribir lo que quiera. A pesar de cuanto se llega a decir de mí, yo no persigo a nadie". Sin duda esta libertad para calumniar contribuía a crear la leyenda de los Borgias. Al papa se le llamaba el Anticristo, un segundo Mahoma, y se le culpaba de simonía para comprar las joyas de Lucrecia; pero él nunca se enfadaba. Cuéntase que tenía la costumbre de hacerse leer todos estos documentos calumniosos, comentándolos con jovialidad.

No hubo tampoco, en tiempo de Alejandro VI, persecuciones disciplinarias, por herejías u otros desórdenes teológicos. Ya se comprende que los males de la Iglesia debían producir, como reacción, casos de profetismo y misticismo. En el siglo XV predicadores como san Bernardino de Siena, san Antonino, Savonarola, produjeron una excitación piadosa en las multitudes que podía resultar extremada. Sin embargo, Savonarola fue el único a quien el papa tuvo empeño en reducir, porque mantenía en Florencia una agitación poco favorable a su política. Savonarola no era florentino, no había participado en el generoso esfuerzo del Renacimiento; había llegado del norte de Italia y todo en Florencia le parecía mal. Logró cambiar el régimen de gobierno y por su

EL RENACIMIENTO PICTORICO EN ITALIA Y PAISES TRASALPINOS

	Italia	Alemania	Francia	Países Bajos
Prerrenacimiento	P. della Francesca (1416-1492) B. Gozzoli (1420-1497) G. Bellini (1428-1516) A. Pollaiolo (1429-1498) A. Mantegna (1431-1506) A. Verrocchio (1435-1488) L. Signorelli (1441-1523) S. Botticelli (1444-1510) P. Perugino (1450-1523) V. Carpaccio (1455-1526) F. Lippi (1457-1504)	M. Schongauer (1430-1491) M. Wolgenut (1434-1519) M. Pacher (1435-1498)	N. Froment (1435?-1484) H. Bellechose (1450) Maestro de Moulins (segunda mitad s. XV)	J. Memling (1434-1494) G. David (1460?-1523) H. Bosch (m. 1516)
Pleno Renacimiento	L. da Vinci (1459-1519) Fra Bartolomeo (1472-1517) Tiziano (1477-1576) Giorgione (1478-1510) Rafael (1483-1520) A. del Sarto (1486-1530)	Holbein el Viejo (1465-1524) M. Grünewald (1470-1528) A. Dürer (1471-1528) L. Cranach (1472-1530) A. Altdorfer (1480-1538) H. Baldung (1483-1545)		Q. Metsys (1465-1530) J. Patinir (1480?-1524)
Manierismo	Miguel Angel (1475-1564) A. Correggio (1494-1534) I. Pontormo (1494-1555) A. Bronzino (1503-1572) G. Vasari (1511-1572) Tintoretto (1518-1594) P. Veronese (1528-1588)	Holbein el Joven (1497-1541)	F. Clouet (1522-1572) Escuela de Fontainebleau Pintores italianos en Francia	L. de Leyden (m. 1533) J. de Cleves (m. 1540) H. Kerk (1498-1576) P. Brueghel (1525-1569)

Suplicio de Savonarola y sus compañeros en la plaza de la Señoría de Florencia (Museo de San Marcos, Florencia). La disputa entre Savonarola y Alejandro VI se agrió hasta el punto de que el papa consiguió que Savonarola fuera juzgado y ejecutado.



Dos acontecimientos políticos –la crisis florentina a la muerte de Lorenzo el Magnífico (1492), con la predicación de Savonarola; el saco de Roma (1527)– hacen desplazar el centro vital del arte italiano, en el primer caso, de Florencia a Roma; en el segundo, de Roma a Venecia. Así, mientras la capital indiscutible del Quattrocento es Florencia, de 1498 a 1527 los grandes artistas –Bramante, Miguel Angel, Rafael– trabajan preferentemente en Roma. Después del saco de Roma, Venecia se convierte en la capital del bajo Renacimiento –Sansovino, Palladio, Tiziano, Veronés, Tintoretto–. El apogeo político del estado pontificio corresponde a su apogeo artístico.

POLITICA ITALIANA DE LUIS XII DE FRANCIA

1498 7 de abril: el duque Luis de Orleáns sucede a su primo Carlos VIII.

1499 Luis XII emprende una campaña contra el duque de Milán.

1501 En junio, Luis avanza de Milán a Nápoles: los franceses ocupan Roma y Nápoles.

1503 Los españoles en Nápoles; en abril derrotan al ejército de Aubigny en Seminara.

1504 Armisticio franco-español.
Nápoles cae en poder de España.
Por el tratado de Blois, el 22 de septiembre, Luis se alía con el emperador Maximiliano y su hijo Felipe el Hermoso.
Después de la muerte de Isabel de Castilla, Luis se aproxima a Fernando II de Aragón.

1507 En junio, acuerdo de Savona con Fernando.

1508 Campaña de Maximiliano en Italia: el emperador acuerda un armisticio con Francia y Venecia. En diciembre, tratado de Cambray contra Venecia; el papa excomulga a la República.

1509 Derrota de Venecia cerca de Agnadello. El papa negocia con Venecia.

1510 En Tours, el clero francés se declara contra el papa.

1511 4 de octubre: constitución de una Santa Liga contra Francia, formada por España, Inglaterra y Venecia.

1512 El 11 de abril, victoria de Gastón de Foix en Ravena; los suizos intervienen en el conflicto italiano.

1513 Luis concluye un armisticio con Fernando y se alía con Venecia.
El 6 de junio, derrota de Novara; Luis tiene que salir de Milán.
Los ingleses desembarcan cerca de Calais; los franceses son derrotados en Guinegate.
Los suizos penetran en Borgoña. Tratado de Dijon: renuncia a Milán y Asti.

1514 Muerte de la reina Ana de Bretaña. Luis se casa ahora con María, hija de Enrique VII de Inglaterra, de 17 años de edad.
Se rompen las buenas relaciones con Enrique VIII.

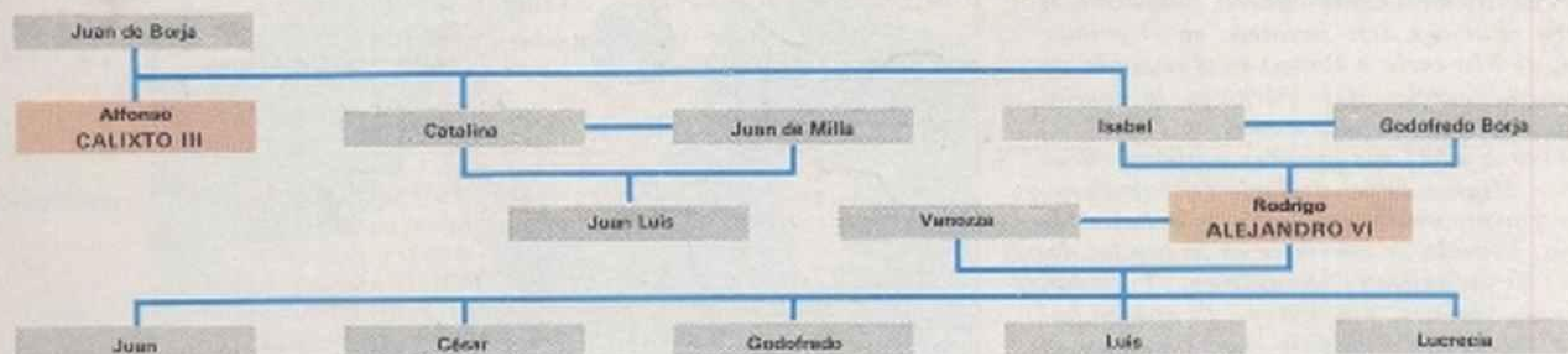
1515 1 de enero: Luis XII muere en París.

consejo se adoptó un tipo de democracia parecida a la de Venecia.

Savonarola era dominico y, como tal, no podía ejercer influencia en el pueblo sino por medio de sus sermones. Pero en éstos se presentaba como el enviado de Dios y comunicaba sus visiones desde el púlpito. Veía el infierno; veía al Señor, que le decía lo que había de hacer; profetizaba el futuro, y a veces lo adivinaba. Los florentinos, que estaban enervados por el esfuerzo de un siglo de alta tensión espiritual, lloraban arrepentidos al escuchar al rudo predicador que les reprochaba iracundo sus pecados. A instancias de Savonarola, quemaban *vanidades*, que no eran sino cuadros, libros, objetos de arte, todo lo frívolo y lascivo que había sido el ideal del Renacimiento por varias generaciones.

Tal era la intemperancia de aquel dominico, que el papa le llamó a Roma, para que explicara allí sus profecías. Savonarola no obedeció; se limitó a enviarle un *Compendio de revelaciones*. Este título no era para tranquilizar a nadie, y menos a un pontífice como Alejandro VI. El papa no comprendía cómo Florencia podía tomar en serio a aquel fraile charlatán, a quien él llamaba *el parabolano*, que quiere decir el que habla por parábolas.

Sin embargo, con su sentido práctico, el papa trató de conquistar a Savonarola ofreciéndole el cardenalato. El fraile profeta rehusó, pidiendo, en cambio, el martirio: "No quiero un capelo rojo, quiero sangre roja", contestó en un sermón. El papa excomulgó a Savonarola, y éste protestó publicando un voluminoso libro de teología llamado *El triunfo de la Cruz*. Continuó celebrando misa y predicando, y lo hizo ya en términos tales que los hubiera podido aprobar el mismo Lutero: "Dios gobierna al mundo por medio de agentes que pueden equivocarse. Para conocer si los ministros



de Dios se equivocan, observemos cómo viven. Si no practican la caridad y las buenas obras, no estamos obligados a obedecerles". La doctrina de decidir los excomulgados si eran injustas las excomuniones, sobre todo las que venían de un papa de vida nada ejemplar, como Alejandro VI, está llena de graves peligros. Savonarola, por otra parte, no tenía un programa bien definido de reformas; pedía un concilio, pero también comprendía que un concilio con los representantes de una Iglesia corrompida no podía ser de grandes consecuencias. Quería también el restablecimiento de la dignidad eclesiástica y que se devolvieran al colegio de cardenales sus facultades de senado de Dios en la curia romana; pero ya hemos visto que todo esto era contrario a las corrientes de la época. El era el primero en no cumplir todo lo que predicaba.

El mismo Savonarola facilitó la solución del problema insoluble que presentaba al papado con su rebeldía. Hasta un pontífice inmoral, como Alejandro VI, tenía que acabar con el excomulgado si éste se resistía a retractarse. Por fortuna, de la profecía al don de hacer milagros hay un paso, y Savonarola se alabó de poder confirmar con la prueba del fuego que Dios estaba de su parte. Esto lo dijo Savonarola en un sermón; pero como era dominico, en seguida hubo un franciscano que recogió el reto y se comprometió a probar lo contrario con igual ordalía. La antigua forma de juicio de Dios por la prueba del fuego estaba condenada por la Iglesia; tenía que ser un fraile del norte de Italia, como Savonarola, el que resucitara así una idea de origen bárbaro. El papa envióles un rescripto oponiéndose a semejante prueba, pero los florentinos no quisieron perder un espectáculo tan sensacional y se preparó el catafalco, sobre el que se amontonaron los troncos que habían de arder, untados de aceite y betún.

Los dos contrincantes, acompañados de muchos frailes, marcharon en procesión hasta el lugar de la prueba. Savonarola llevaba una capa blanca y avanzaba con la hostia en la mano. Su contrincante objetó que la capa podía estar embrujada y que debía cambiársela por otra, a lo que accedió el dominico. Después quiso que dejara la hostia, y tuvo que discutirse si, en caso de quemarse el sacramento, se quemaban los accidentes o la sustancia de Jesús sacramentado. Cuando esto fue solventado, empezó a llover y tuvo que suspenderse el espectáculo. Pero como las disputas y conferencias tuvieron efecto sin que la multitud, que esperaba milagros, se diera cuenta del porqué de las demoras, el desencanto fue inmenso. La popularidad de Savonarola amenguóse hasta tal punto, que el papa se atrevió a pedir a los magistrados florentinos que se lo entregaran para juzgarle. Para acabar de convencerlos, ofreció condonar el diez por ciento de las rentas de la Iglesia en todo su territorio. El asunto fue resuelto con gran rapidez, como todos los negocios de los Borgias, pero el papa tuvo que aumentar su oferta hasta tres veces el diez por ciento, o sea el treinta, fatídico número que recordaba el de las treinta monedas de plata. Ablandados con esta dádiva, los magistrados florentinos consintieron en que su profeta-



César Borgia, según tabla de autor anónimo conservada en el Palacio Venecia, de Roma. La muerte de Alejandro VI significó el eclipse de la fortuna de César, que acabaría muriendo oscuramente en una escaramuza en las montañas del Pirineo navarro.



Portada de "Orlando furioso", obra de Ludovico Ariosto (Biblioteca Central de Barcelona).

ESQUEMA DE LA LITERATURA HUMANÍSTICA ITALIANA

POESÍA PETRARQUISTA

POESÍA PERSONAL

LUDOVICO ARIOSTO

Orlando furioso

POEMAS CABALLERESCOS

TORCUATO TASSO

TEATRO MEDIEVAL

COMEDIA BURLESCA

TRAGEDIA

TEATRO HUMANISTA

COMEDIA

COMEDIA LATINA DE ASUNTO ITALIANO

La mandrágora de Maquiavelo

IL CORTEGIANO

TRATADISTAS HUMANISTAS

GUICCIARDINI

NOVELA

AUTOBIOGRAFÍA

Benvenuto Cellini

Vita

siglo XV

siglo XVI

Pietro Aretino, por Tiziano (Galería Pitti, Florencia).



predicador fuese juzgado sumariamente por unos comisarios enviados desde Roma. El resultado fue el auto de fe en la plaza de Florencia. Es interesante consignar que, a pesar de estar excomulgado, se permitió a Savonarola, antes de morir, comulgar por su propia mano, y ante la hostia consagrada pidió perdón a Dios y a los hombres de los escándalos que hubiere dado y de todas las faltas que había cometido.

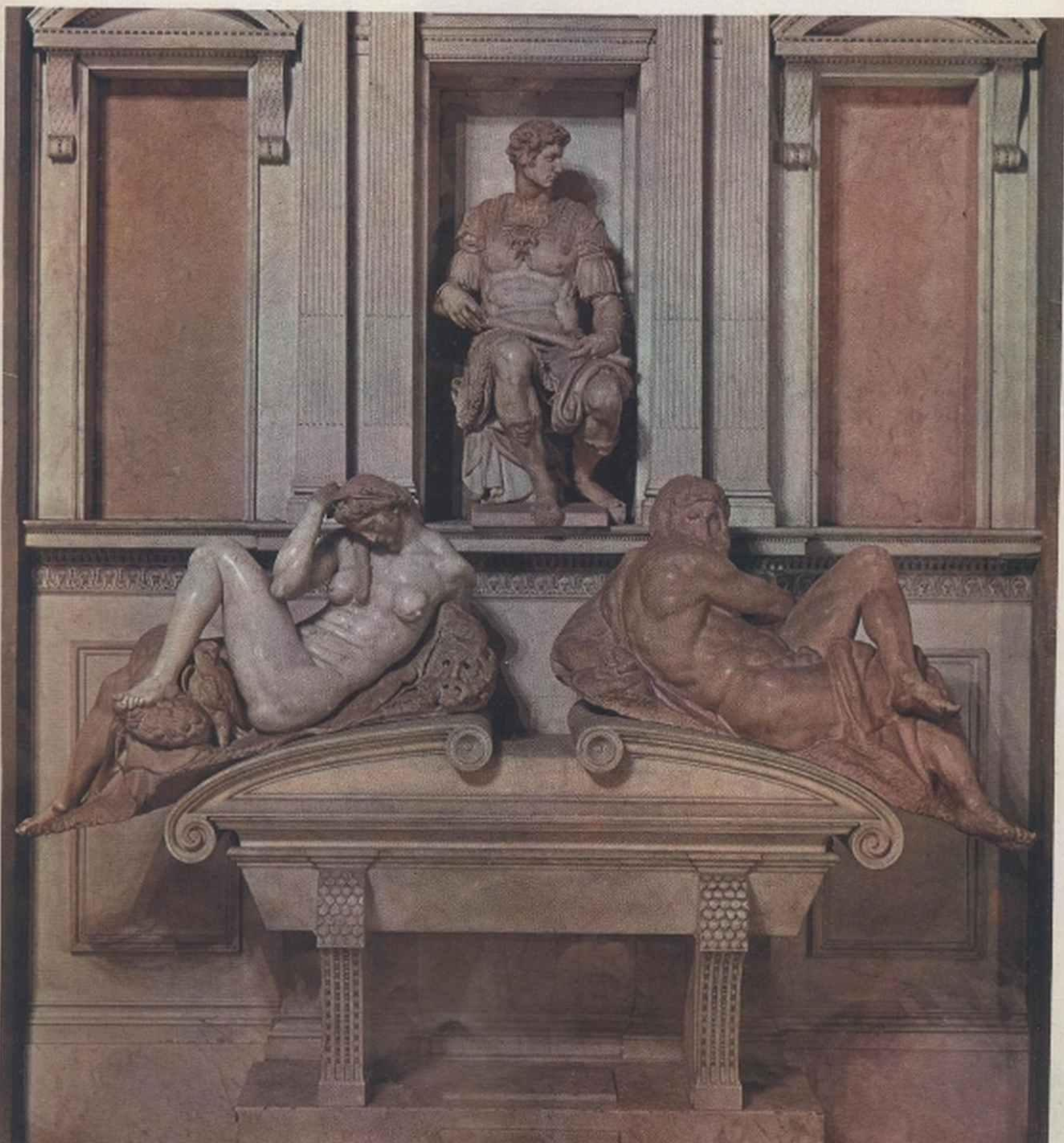
Desembarazado de Savonarola, Alejandro VI atendió a su magna obra de engrandecer el poder temporal del papado atacando a los barones romanos que se mantenían todavía independientes en los territorios pontificios. Para esto se nombró a César

Borgia abanderado de la Iglesia, amenazándole aun con la excomunión si no realizaba sus designios. César tuvo que desatender sus estados de la Romagna y presentarse en el Lacio para combatir a los rebeldes del papa. No hay duda de que ésta fue la causa de la ruina final de César, porque al morir su padre Alejandro VI no había habido entre él y sus nuevos súbditos tiempo bastante para conocerse y estimarse.

El papa murió, probablemente de apoplejía, el 18 de agosto de 1503, pero también se habló de veneno. Se dijo que él y César habían tomado por equivocación la pócima que destinaban al cardenal Corneto, porque los tres enfermaron después de una cena, aunque sólo el papa murió del supuesto accidente.

Queda sólo por mencionar el final que tuvo César. Los pontífices sucesivos no podían sentir gran simpatía por el hijo de Alejandro VI. Mientras tuvo estados y ejército, le trataron con cierto miramiento: pero César fue perdiendo su posición de árbitro de los desti-

Sepulcro de Juliano de Médicis, por Miguel Angel, en la Capilla Medicea de Florencia. Miguel Angel es la figura máxima del renacimiento italiano. Arquitecto, escultor y pintor, dio a sus obras una monumentalidad y una grandiosidad tales, que ha podido ser considerado como el primer artista barroco.



"LA MANDRAGORA"

La mandrágora es una de las mejores comedias no sólo del siglo XVI, sino de todo el teatro italiano. Escrita por Maquiavelo hacia 1518, refleja el ambiente florentino de los primeros años del siglo.

Calímaco, joven de unos treinta años, ha vivido siempre en París, "distribuyendo su tiempo entre los estudios, los placeres y los negocios", ya que en Italia, arruinada por las guerras, no se sentía seguro; pero de improviso, "sin pensar si en Italia había guerra o paz", vuelve a Florencia únicamente para ver a una mujer.

He aquí el preludio fabuloso de esta comedia. En una discusión sobre la belleza de las mujeres italianas y francesas, un florentino había exaltado sobre todas a Lucrecia, mujer de Nicias Calfucci; Calímaco decide ir a Florencia, y una vez allí encuentra que la belleza de Lucrecia es incluso superior a las alabanzas que de ella se hacían y a partir de entonces pierde todo sosiego.

La mujer es honestísima y a causa de la vida retirada que lleva y del respeto que le tienen sus criados, que no se dejan sobornar, es imposible llegar a ella. Pero no todo está perdido, ya que, por un lado, el marido, Nicias, a pesar de ser doctor, "es el hombre más necio y simplón de Florencia", y por otro, a Lucrecia y a su esposo, no teniendo hijos a pesar de llevar seis años de casados, les consume el deseo de tenerlos y por ello están pendientes del consejo de los médicos.

Sobre estas premisas, Calímaco y sobre todo Ligurio, un parásito vividor, con la complicidad deshonesta de fray Timoteo, tejen una intriga que permitirá a Calímaco conseguir sus propósitos. El hecho tiene algo de dramático, aunque sólo sea un delito de intención, porque llegado cierto punto, el simple Nicias (que recuerda mucho al Calandrino de Boccaccio) acepta colaborar en el envenenamiento de un joven con tal de tener un hijo, y la honestísima Lucrecia, "sabia, de buenas costumbres y apta para gobernar un reino", no sabe rebelarse contra los consejos avisos del confesor, secundado por su propia madre. La sentencia de que el fin justifica los medios ha sido convertida por el autor en risueña ironía.

Ya que Nicias quiere que se consulten distintos maestros para curar la esterilidad de su mujer, pues, según él, "no existe en toda Florencia hombre más rijoso ni más viril", Ligurio hace que Calímaco se presente como médico famoso, que recomienda una poción de mandrágora, experimentada por él como infalible en Francia: "Si no fuera por eso, la reina de Francia sería estéril, e igualmente otras princesas de aquel estado". La deberá tomar aquella misma noche, pero el primer hombre que tenga contacto carnal con ella, morirá al cabo de ocho días. Nicias queda aterrado. ¿Qué solución hay para no morir? Poner en su lugar al primer mozancón que encuentre aquella misma noche paseando por el Mercado Nuevo o Viejo; "le amordazaremos y le conduciremos al son de los palos y a favor de la oscuridad a vuestra casa y a vuestra alcoba", le dice Ligurio.

Falta convencer a Lucrecia. Será difícil, pero podrá conseguirse con la preciosa ayuda del confesor y de Sostrata, la madre. A Lucrecia, que se rebela ("Esto me parece la cosa más singular del mundo"), fray Timoteo le replica: "Muchos hechos aparentan de lejos ser terribles, insoportables e inauditos y cuando te acercas a mirarlos se hacen soportables y vulgares; por eso se dice que son mayores los sustos que los males, y en este caso estamos". Luego le va mostrando con razonamientos lógicos que ella no peca en modo alguno, mientras Sostrata anima a su hija: "Déjate persuadir. ¿No comprendes que la mujer sin hijos carece de casa? Muere el marido y queda como un animal, al albedrío de todos". Desconsolada, la mujer consiente, aunque "no creo llegar viva a mañana".

Por la noche se encuentra fácilmente al mozo, que, sin que Nicias se dé cuenta, no es otro que el mismo Calímaco, quien al día siguiente puede contar su gran aventura. Se ha dado a conocer a Lucrecia, le ha revelado el engaño y el amor que por ella siente, a lo que la mujer ha respondido: "Ya que tu astucia, la estupidez de mi esposo, la simpleza de mi madre y la perversidad de mi confesor me obligaron a hacer lo que por mí misma jamás hubiera realizado, juzgo, pues, que todo se debe a un decreto celestial y no puedo rechazar lo que el cielo quiere que acepte. Te tomo por señor, amo y guía; eres mi padre y mi defensor, y deseo que seas todo mi bien, ya que te amo, y lo que mi marido dispuso para una noche, se prolongue para siempre".

Maquiavelo ha mantenido hasta el final la verosimilitud de una intriga tan difícil de sostener, y lo mismo ha hecho con los caracteres, lo cual no era fácil.

La materia es en apariencia alegre y lasciva, pero en el fondo existe la misma concepción pesimista que fue raíz de *El Príncipe*. Toda la comedia deja traslucir los esquemas del pensador político, que ha exaltado el valor de la "virtud", del ingenio. Calímaco, como Maquiavelo en *El Príncipe*, dice: "No hay que desesperar en las dificultades, porque todas tienen alguna solución, y aunque ésta fuese débil e inconsistente, la voluntad y el afán del hombre por lograr su propósito la muda y la hace parecer distinta".

Todos los personajes de *La mandrágora* actúan según la lógica de su propio beneficio y placer, cada uno va derecho por su camino hacia el fin que persigue. Calímaco, en su astucia, es un virtuoso del mundo maquiavélico, es una especie de príncipe que no trata de conseguir un estado, sino una mujer. Una mujer que se transforma revistiéndose de enérgico furor y, si antes ha sido perfectamente buena, sabe luego llegar al fondo del papel que entre todos le han otorgado y llega a ser honorablemente mala.

Maquiavelo no se escandaliza. Como ya hizo en sus obras "serias", sólo quiere hablar de la "verdad efectiva de las cosas". Pone en evidencia, sí, la corrupción de la Iglesia de entonces al presentarnos la figura de fray Timoteo, con su piedad formal y toda la descarada inmoralidad que le circunda; pero no lo juzga, como no juzga a ninguno de sus personajes: los sigue con mirada impasible y los pinta de manera lúcida, fría, casi implacable, con su resignada clarividencia, con su contenida amargura. Porque el mundo es como es y no hay modo de cambiarlo.

H. P.

nos de la Italia central y acabó por entregarse a Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán, que estaba en Nápoles luchando por el Rey Católico. Gonzalo envióle a España, y por espacio de dos años estuvo encarcelado, hasta que en noviembre de 1506 pudo escapar y refugiarse en los estados de su cuñado Juan de Albret, rey de Navarra. Pensó éste aprovecharse de la pericia militar de César para reducir a un feudatario rebelde, y en una simple escaramuza perdió la vida el que había sido duque de la Romagna y modelo de tiranos, el prototipo de *príncipe*.

Y aquí volvemos a encontrar a aquel secretario llamado Maquiavelo que se entrevistó con César Borgia cuando estaba al servicio del embajador florentino. Su carrera había sido poco brillante; pudo desempeñar cargos oficiales de alguna importancia, pero nunca llegó a tener una posición que le per-

mitiera obrar por su cuenta en negocios de cuantía. Sin embargo, había podido viajar mucho; en todos los países procuró observar a los hombres públicos, tratando de adivinar los móviles de sus acciones y la razón del secreto de su fortuna. Pero, de todos los personajes de su tiempo, ninguno le había impresionado tanto como César Borgia, a quien menciona siempre por su título de duque de Valentinois.

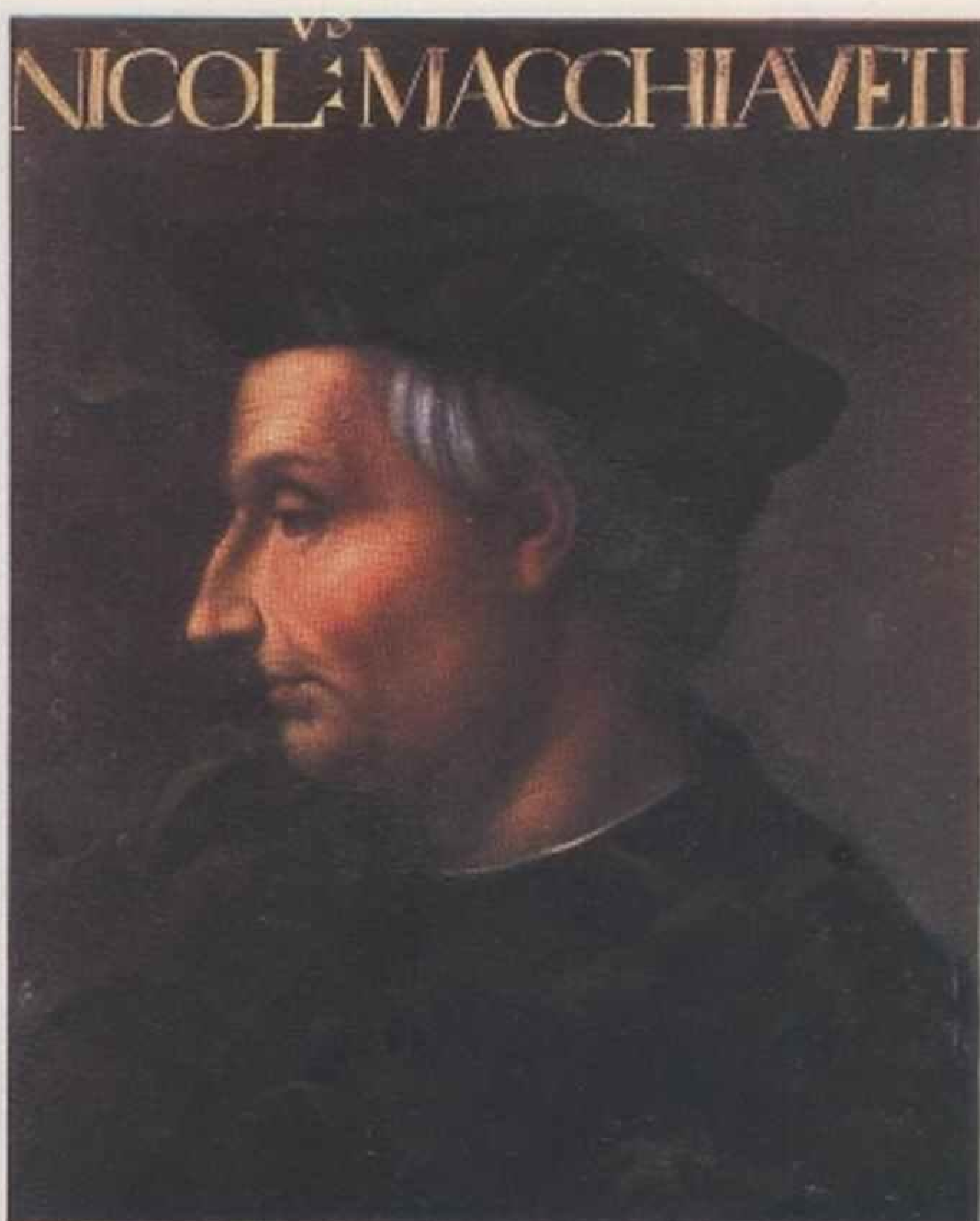
Maquiavelo pertenecía a una antigua familia florentina, aunque no muy rica. Nació el año 1469 y murió en 1527. Poco después de la caída de César Borgia, retirado en una pequeña hacienda de San Castano, cerca de Florencia, empezó a compilar los escritos que le han hecho famoso. Todos los hombres, según él, son naturalmente propensos al mal. Es sorprendente cómo por otros caminos, y sin conocerle, llegó al mismo resultado que su contemporáneo Lutero respecto de la doctrina del pecado natural, innato en el hombre. Pero mientras Lutero se preocupa por explicarse teológicamente esta mancha original del hombre y la manera de lavarla, a Maquiavelo le preocupaba la gloria y prefería ser recordado con horror a ser olvidado de las gentes. La supervivencia por la fama valía, para Maquiavelo, más que la vida eterna en el paraíso, preferida por Lutero.

Siendo, pues, la humanidad perversa por naturaleza, sólo se regirá virtuosamente si se la obliga a ello, y para esto hace falta un tirano. El príncipe, o tirano, establecerá su dominio valiéndose de todos los medios. Rómulo hizo bien en asesinar a su hermano, porque sólo así consiguió la unidad que es indispensable para consolidar un gobierno. Por la misma razón, Cleomenes obró cuerdamente mandando asesinar a todo el senado de Esparta, pues sólo así podía hacer cumplir las antiguas leyes de Licurgo. Hacía falta un dictador para legislar de nuevo sabiamente; después de restablecido el orden, Esparta pudo continuar viviendo según los principios republicanos.

Vamos a copiar algunos párrafos de Maquiavelo: "Por regla general, para fundar y reorganizar un estado es necesario ser uno solo. Todo debe ser obra y creación de una mente ordenadora, sin la cual no habrá verdadera unidad ni se fundará nada estable..." "Una vez fundado el estado, debe confiarse a la custodia de muchos, porque si bien es necesario que sea uno solo para fundarlo, conviene que se mantenga por el interés de todos." He aquí una extraña complicación de tiranía y republicanismo que era natural experimentase Maquiavelo. Había servido a la República florentina y había visto cuán ventajoso era el gobierno republicano; sin embargo, comprendía que el régimen estaba en crisis y que en muchas partes de Italia hacía falta el despotismo para lograr su modernización.

Según Maquiavelo, hasta la República mejor organizada requiere a intervalos la tiranía, para restablecerla en su pureza. La República acaba por caer en una oligarquía y se impone entonces el príncipe o tirano que la haga otra vez democrática. Los medios de que se valdrá el tirano para imponer su autoridad no tienen otra limitación que el éxito. Lo que triunfa es lo único que debe tenerse en cuenta para Maquiavelo. Excusa y casi exige el asesinato y el fratricidio por razones de estado. "Yo imitaría siempre al duque de Valentinois."

Al explicar los *maquiavelismos* de César para deshacerse de sus enemigos, Maquiavelo añade: "He explicado estas acciones del duque de Valentinois porque yo no podría reprenderle; todo lo contrario. Ya he dicho que quisiera sirviese de modelo a todos los que, por su fortuna o por las armas ajenas, han ganado un reino; porque teniendo como tenía César Borgia un grande ánimo y elevadas intenciones, no podía gobernar de otra manera".



Nicolás Maquiavelo (retrato anónimo de los Uffizi, Florencia).

BIBLIOGRAFIA

Almela, F.	*Lucrecia Borja y su familia*, Barcelona, 1962.
Burckhardt, J.	*La cultura italiana del Renacimiento*, Madrid, 1946.
Fusero, C.	*César Borgia*, Barcelona, 1967.
Mounin, G.	*Savonarole*, París, 1960. – *Machiavel*, París, 1966.
Onieva, A.	*Lucrecia Borgia*, Barcelona, 1957.
Pastor, L.	*Historia de los Papas*, Barcelona, 1959.
Prezzolini, G.	*Maquiavelo*, Barcelona, 1967.
Ranke, L. von	*Historia de los Papas*, México, 1951.
Villari, P.	*Maquiavelo*, Barcelona, 1965.



Savonarola en un detalle del monumento elevado a Lutero en Worms.



Interior de un taller de imprimir estampas en el siglo XVI.

Orígenes de la imprenta

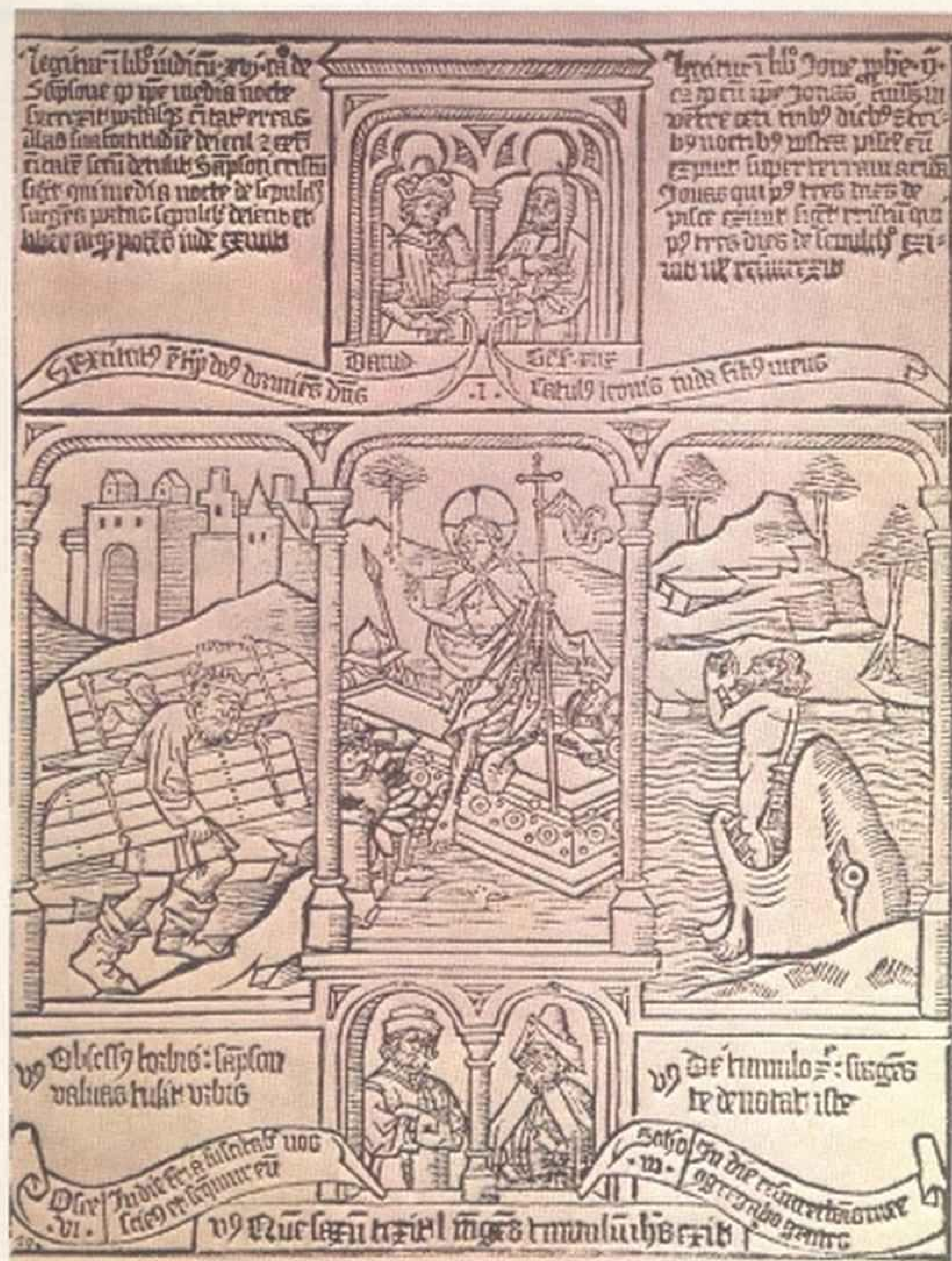
Mientras en Italia los humanistas intentaban una restauración de la antigüedad clásica, en el centro de Europa se inventaba el arte de imprimir, que permitiría divulgar los textos en todos los pueblos y países.

Hacia la mitad del siglo XV fue cuando ocurrió el gran acontecimiento de la invención de la imprenta. Le llamamos acontecimiento, sin atrevernos a calificarlo de descubrimiento, porque ya se verá que fueron muchos los que hubieron de participar en el proceso de su invención, y es probable que ésta se verificara simultáneamente por diferentes personas, sin relación entre sí.

Los orígenes de la imprenta han sido muy discutidos, y todavía lo son, por tres razones. La primera, porque se mezcla en ello vanidad nacional. La segunda, porque, como todos los grandes descubrimientos, fue realizado por espíritus sencillos que se dieron cuenta de la trascendencia de su invención, pero sin saber valorarla. Y, por último, porque al hablar de la imprenta nos confundimos todavía hoy en la apreciación de lo que verdaderamente fue original e importante en aquel descubrimiento.

A menudo caemos en el error de suponer que tal invención consistió en estampar grabados con textos, y aun en imprimir con tipos movibles tallados en madera, cuando, en realidad, consistió en fundir tipos de metal con ayuda de matrices de acero, que permitían hacer muchas letras iguales.

Vamos a poner, ante todo, bien en claro este tercer punto. Si la invención de la imprenta hubiese consistido en estampar gra-



Página de una "Biblia pauperum", impresa en bloques de madera hacia el año 1450. La técnica de imprimir estampas y libros con bloques de madera parece que se inició en China por lo menos en el siglo IX. En Europa fue uno de los precedentes de la imprenta.

bados de página entera con textos, formando un libro, entonces, sin discusión posible, la imprenta habría sido descubierta en China casi mil años antes que en Europa. El libro más antiguo que se conoce, estampado con grabados de madera, es un libro chino hallado hace años en la provincia de Kansú. Lleva un colofón que, adaptado a nuestra cronología, dice: "Impreso el 11 de mayo del año 868 por Wang-Chieh para ser distribuido en memoria de sus padres". Este libro de Wang-Chieh, como hemos dicho, es un libro de estampas; solamente que tiene textos en lugar de imágenes. Más aun: a mediados del siglo XI Pi-Sheng publicó el primer libro chino ya con caracteres de madera movibles. Y a pesar de estos datos, perfectamente auténticos, no nos sentimos inclinados a conceder a China la gloria de aquel descubrimiento. Veamos, por el contrario, lo que hubiera sido la impresión sin los caracteres metálicos fundidos; los libros impresos chinos no lograron gran difusión y son casi tan escasos como nuestros manuscritos medievales.

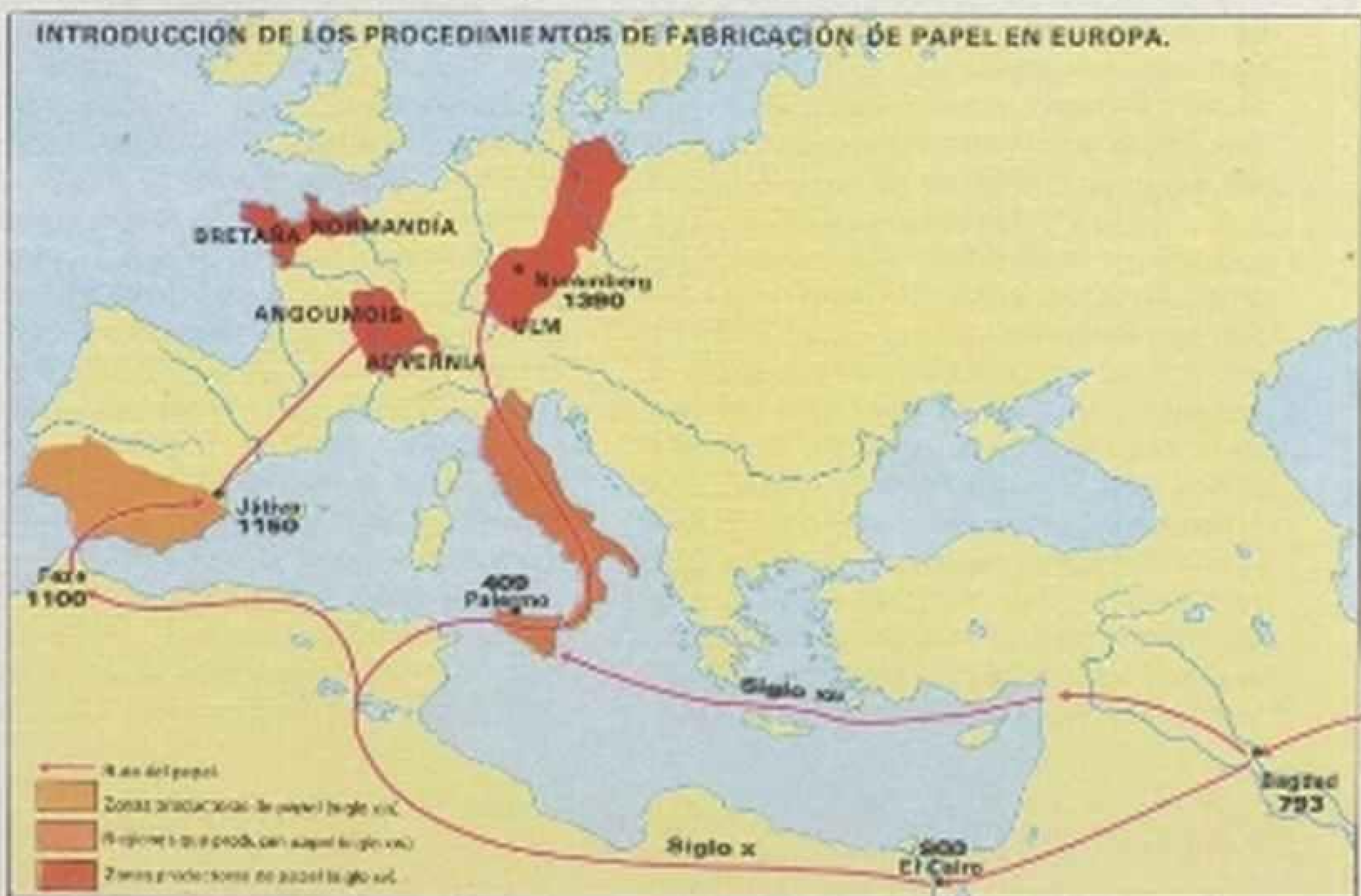
El porqué es evidente. Los bloques de madera para estampar grabados, aunque sean de los leños más duros, se rajan, cuartean o apolillan, cuando no llegan a desdibujarse por aplastamiento al cabo de muchas impresiones; esto sucedía sobre todo con las prensas de mano, cuya presión es muy difícil de regular exactamente; por esto no se podía confiar el trabajo a un aprendiz; debía tirar las estampas el mismo maestro. Además, siendo la superficie del grabado necesariamente algo irregular, la presión tenía que ser fuerte, dejando en el reverso de la hoja impresa un relieve que, en términos técnicos, se llama *pisada*. Especialmente cuando la impresión se hacía sin prensa, golpeando con una muñeca de trapo el papel aplicado sobre el grabado, la pisada se marcaba tanto que casi era imposible imprimir en las dos caras de un mismo papel. Los libros chinos, y algunas impresiones análogas en Europa, llevan las páginas impresas solo por una cara; a veces, el *librarius* ha pegado una hoja con otra para que no queden páginas blancas.

De todos modos, es evidente que los libros hechos con grabados en madera fueron uno de los adelantos preliminares que prepararon la invención de la imprenta, de que estamos hablando. Estimularon a pensar, impusieron algo mejor. Además, facilitaron a los impresores los elementos indispensables: la prensa, la tinta grasa y un papel apropiado para las impresiones.

La prensa de mano, que hemos visto funcionar todavía, comprimía el papel sobre el grabado por medio de una platina, que se hacía bajar moviendo un tornillo. Era el antiquísimo aparato para prensar orujo o aceitunas, contribución milenaria, prehistórica, al nuevo invento que se preparaba para mediados del siglo XV. La tinta para imprimir grabados al boj tenía que ser diferente de la que usaban los calígrafos o escribas que copiaban manuscritos; éstos necesitaban una tinta fluida, que se deslizara fácilmente de la pluma; en cambio, para la estampación de grabados se requería una tinta algo grasa, que no se corriera de los bordes del grabado. Raramente era del todo negra, sino más bien gris o amoratada, y se hacía con hollín, aceite y almidón. La tinta de imprimir es la principal contribución que los grabadores en boj y los estampadores de imágenes dieron a Gutenberg y sus contemporáneos para llegar al momento trascendental de la invención de la imprenta.

Monumento a Gutenberg, Fust y Schoeffer en la ciudad de Francfort.

Antes se había conseguido el papel: sin éste, la imprenta no hubiera podido hacer más que un número limitado de ejemplares; comercialmente, no hubiera convenido grabar letras y componer el texto si tenía que imprimirse en pergamino. Y en esto sí que está probada nuestra deuda a China; el papel es un invento oriental, cuya introducción y perfeccionamiento en Europa conocemos perfectamente. Cuando la conquista de Persia, los árabes hicieron prisioneros, en la batalla de Samarkanda, a varios chinos que les enseñaron la elaboración del papel. Las primeras fábricas de papel árabe se establecieron en Alepo, y su importancia creció al ordenar el califa Harún al-Raschid que el texto del Corán no se copiara ya en pergamino, sino en papel. La escritura santa en pergamino podía ser borrada o enmenda-



ORIGENES DE LA IMPRENTA

por PERE BOHIGAS

La investigación histórica, en su avance sin pausa, ha profundizado en algunos puntos que aparecen algo difusos en los orígenes de la imprenta. Nos fijaremos solamente en dos de ellos que consideramos principales: en la personalidad de Gutenberg y en su actividad tipográfica, y en la introducción de la imprenta en España.

Es cierto que los intentos de escritura artificial, como se decía entonces, fueron varios y que tenemos documentados otros ensayos de esta naturaleza por los mismos años en que Gutenberg hacía sus experimentos en Estrasburgo o Maguncia. También es cierto que las técnicas de la tipografía no eran absolutamente nuevas, pues los punzones para abrir matrices eran semejantes a los usados para grabar letras en las medallas; la tinta grasa tipográfica, distinta de la usada en los libros xilográficos, no era una novedad profunda cuando ya se fabricaban barnices para la pintura, y la prensa empleada por los impresores era adaptación de la que usaban para el aceite y el vino. Pero Gutenberg resolvió un problema importantísimo que sin duda exigió de él largos y dispendiosos ensayos, como fue el invento de las matrices metálicas, y Gutenberg fue el primero en fabricar libros tipográficos. En favor de esta afirmación hay sólidas pruebas documentales y una tradición casi coetánea de Gutenberg.

Vamos a recordar y a precisar algunas fechas de la vida de Gutenberg. Este residió en Estrasburgo desde 1436 a 1444. Nos faltan datos de su vida entre 1444 y 1448. En octubre de este año se le encuentra otra vez en Maguncia, en donde murió a principios de 1468. Recordemos también que Gutenberg abandonó esta ciudad por motivos políticos y que de profesión era orfebre.

En Estrasburgo constituyó una sociedad con Andrés Dritzehn, Hans Riffe y Andrés Heilmann. La muerte de uno de los socios, Andrés Dritzehn, ocasionó un pleito, pues Gutenberg se opuso a que entraran en la sociedad los hermanos del difunto, Jorge y Klaus, y a reembolsarles 500 florines que éstos reclamaban. Se conocen las actas del pleito, que se sustanció en 1439, en las cuales consta que la sociedad se dedicaba a la fabricación de espejos y al pulimento de piedras finas para la feria de Aquisgrán. El proceso habla de un arte nuevo para el cual la Sociedad había comprado plomo y utilizaba una prensa, piezas (*Stücke*) "que se separaban o se fundían", formas de plomo y cosas relativas a la acción de prensar. Las declaraciones de algunos testigos dejan pensar que Gutenberg practicaba estos ensayos en el mayor secreto y que al ser descubierto por sus socios tuvo que dárselos a conocer. Sabiendo como sabemos que Gutenberg imprimió en Maguncia entre 1550 y 1555 y que con anterioridad no se tiene noticia de ningún otro tipógrafo, no cabe duda de que el arte que se practicaba en Maguncia antes de 1439, con piezas que se separaban, formas de plomo y prensa, era el de la tipografía.

La actividad de Gutenberg a su regreso a Maguncia la conocemos por otro proceso que fue sentenciado en 6 de noviembre de 1455, por el cual venimos en conocimiento de que un rico burgués de Maguncia, Juan Fust, prestó a Gutenberg, en 1450, la considerable cantidad de 800 florines para fabricar algunos instrumentos, y que el mismo, en 1452, le prestó otros 300 florines para comprar pergamino, papel y tinta *para la obra de los libros*. Esta vez Gutenberg perdió el pleito. Su socio le acusaba de no haber cumplido las cláusulas de los contratos y Gutenberg fue condenado a devolver el dinero no gastado y a satisfacer los intereses. Siguen unos años oscuros en la vida de Gutenberg, pues no se sabe a ciencia cierta qué hizo después de la quiebra. En 1465 fue ennoblecido por el arzobispo-elector de Maguncia, Adolfo II de Nassau, y en 26 de febrero de 1468, el arzobispo hizo entrega al síndico de Maguncia, Conrad Humery, de los útiles para imprimir que Gutenberg había dejado al morir, lo cual demuestra que éste continuó imprimiendo después de los contratiempos pasados.

Ante esta documentación nadie puede poner en duda que Gutenberg es el primer impresor de que se tiene noticia. ¿A partir de qué momento comenzó la venta de impresos tipográficos? No lo sabemos con exactitud; pero se ha creído durante años que el llamado *Calendario astronómico* –en realidad un *Planetario* en forma de hoja mural– era de 1448. Sus tipos se encuentran en un grupo de impresos, entre los cuales los hay muy arcaicos y uno monumental, la *Biblia* de 36 líneas, con toda seguridad anterior a 1461. Le es anterior la *Biblia* de 42 líneas, que sería de antes de 1456, obra maestra de la prototipografía, cuyos tipos aparecen también en otro grupo de impresos. Asimismo se conservan dos bulas de indulgencias a las que concedemos gran importancia por ser impresos de datación segura. De ambas se conocen varias ediciones, con variantes tipográficas, y ejemplares con la fecha de 1454 y otros con la de 1455. El texto de estas bulas está compuesto con letra gótica redonda, semejante a la *littera textualis* de la época, muy parecida en las dos, pero no de igual tamaño. Una de las bulas consta de 30 líneas y tiene las principales fórmulas compuestas con tipos de la *Biblia* de 42 líneas; la otra tiene 31 líneas, su letra es algo mayor y tiene las mismas fórmulas de la primera compuestas con tipos mayores, en este caso de la *Biblia* de 36 líneas. El hecho es muy importante, porque demuestra que, antes de disolverse la sociedad Gutenberg-Fust, la empresa contaba ya con varias letrerías que reaparecieron en otros talleres durante el siglo XV. Estos alfabetos son excelentes. Por esto se ha dicho con justicia que la tipografía nació perfecta. Además, este primer taller maguntino hubo de contar con un utillaje abundante, pues para imprimir la *Biblia* de 42 líneas, una de las obras que con mayor probabilidad es de Gutenberg, tuvieron que fundirse 290 caracteres, y si, como se supone, trabajaron en ella seis cajistas, siendo la media de tipos que entran en cada página de 2.600, para que los seis cajistas pudieran trabajar juntos se necesitaban 46.000 tipos.

¿Con qué personal contó la imprenta de Gutenberg mientras éste estuvo asociado con Fust? ¿Qué hizo este personal cuando la sociedad fue disuelta? Imposible es contestar estas preguntas; pero parece fuera de duda que alguno de los primeros tipógrafos que se establecieron en Alemania debió aprender el oficio a su lado. Sin duda uno de estos oficiales aventajados sería Peter Schoeffer, que se asoció con Fust después de la ruptura con Gutenberg, y en 1457, en unión con aquél, publicó, como ya se ha dicho, el *Salterio litúrgico*, obra maestra que representa un progreso sobre las *Biblias*, pues está compuesto con letras de dos cuerpos, y lleva impresas por primera vez rúbricas en rojo e iniciales en azul y rojo con rasgueos también en color. Este es el primer impreso con colofón, a semejanza de los libros manuscritos, en el que consta el nombre de los tipógrafos y la fecha, y se manifiesta que todo, rúbricas y capitales incluidas, se ha hecho con "el invento artificioso de estampar y de componer", sin ninguna intervención de la pluma.

En años inmediatos vemos aparecer la imprenta en otras ciudades próximas al Rin. Entre 1458 y 1460, Juan Mentelin debió de establecerse en Estrasburgo; en 1460 ó 1461 lo hizo Pfister en Bamberg; en 1466, Ulric Zell, en Colonia; en 1468, Günter Zeiner en Augsburgo y por la misma época Bertold Rupel de Hanau en Basilea. En Italia dos alemanes de Praga, Schweinheim y Pannartz, trabajaban en 1465 en la abadía de Subiaco, cercana a Roma. En 1467 se establecieron en esta ciudad. En 1469 se fundó la

primera imprenta en Venecia; en 1470, en Nápoles, y en 1471, en Florencia y Milán. En Francia —como ya se ha dicho— la primera imprenta se instaló en la Sorbona, en 1470, a requerimientos del prior Juan Heynlin, y entre esta fecha y 1480 ó 1485 son numerosas las ciudades europeas donde se instala esta industria. Algunos de aquellos pioneros de la tipografía que pudieron haber trabajado con Gutenberg, haberle conocido u obtener referencias suyas muy exactas de personas que le habían tratado, son quienes propagaron por el mundo la noticia de que él era el inventor de la imprenta.

Quedan expuestas en el texto algunas de estas noticias. Nosotros sólo nos fijaremos en dos de particular interés. La más antigua es del bibliotecario del Colegio de Sorbonne, Guillaume Fichet, que en carta al cronista Robert Gaguin, de 1 de enero de 1471, dice que Juan Gutenberg *(Bonemontanus)*, que habitaba en los alrededores de Maguncia, fue "el primero en inventar el arte de la imprenta, gracias al cual, sin uso de caña ni de pluma, *sino mediante caracteres metálicos*, los libros son fabricados rápida y correctamente y con elegancia". Estas palabras fueron escritas escasamente tres años después de la muerte de Gutenberg. Pasaremos por alto otras noticias parecidas y nos detendremos en la de la Segunda Crónica de Colonia, de 1499, por las controversias a que ha dado lugar. Dicha crónica, basándose en el testimonio de Ulric Zell, introductor de la imprenta en Colonia y antiguo aprendiz de Gutenberg, dice: "El arte admirable de la imprenta se inventó en Maguncia sobre el Rin... Esto sucedió hacia 1440 y desde entonces hasta 1450 este arte y todo lo que a él se refiere se perfeccionó. Aunque este arte se haya descubierto en Maguncia, como hemos dicho, *su primer esbozo, no obstante, se realizó en Holanda, en los Donatos que se imprimieron allí antes de este tiempo*. De estos libros data, pues, el comienzo de dicho arte; pero el actual es mucho más magistral y más sutil que no era esta primera manera y con el tiempo se ha perfeccionado más".

Sobre estas últimas palabras un cronista holandés, Adrián Junius, en su crónica *Batavia*, de 1568, inventó la leyenda de Lorenzo Janszoon, conocido por Coster, vecino de Harlem, inventor de la imprenta antes de 1441, de cuyo secreto se apropió Gutenberg, que trabajaba en su taller. Pero este relato es a todas luces falso, como se ve por la documentación de que se ha dado cuenta más arriba, y lo único que merece examen serio son las palabras de la Crónica de Colonia subrayadas, cuyo alcance ha sido desorbitado por bibliógrafos serios, como Zedler y Mortet. Sin duda, el antecedente a que se refiere la Crónica de Colonia son los libros xilográficos, o sea libros grabados en bloques de madera, al modo de las estampas, cuyo texto no era compuesto con tipos móviles de madera, sino que era grabado en la plancha al igual que las ilustraciones que lo acompañaban. En confirmación de esta interpretación hay un pasaje de la Crónica de la abadía de Hirschau, del monje Juan de Trittenheim o Trithemius, de hacia 1514, a quien unos treinta años antes había referido Peter Schoeffer, el socio de Fust e impresor del Salterio de 1457, que Gutenberg, cansado por las dificultades que encontraba, hubiera renunciado a su empresa a no haber sobrevenido el concurso de Fust, y añade que *los primeros impresores se servían de planchas de madera, grabadas en relieve*, antes de que se fundieran matrices metálicas y caracteres de cobre o de estaño. Un hecho debe ser señalado: que la primera imprenta de Holanda, en Utrecht, data de 1470, a pesar de cuanto se ha venido diciendo sobre la supuesta imprenta de Harlem, y que Aviñón, en donde con toda certeza Procopio Waldfoghel enseñaba un arte de escritura artificial a unos habitantes de la ciudad entre 1444 y 1446, no tuvo imprenta hasta 1497.

Ahora unas pocas palabras sobre la fecha de introducción de la tipografía en España. Desde que en 1930 fue descubierto en Segovia un Sinodal impreso de esta diócesis con las actas de un sínodo tenido en junio de 1472, compuesto con tipos de Juan Párix, que en 1477 imprimía en Toulouse, se cree que este Sinodal puede ser el primer libro conocido impreso en España y que es posible que haya habido una imprenta castellana que tal vez trabajara ya en 1472 en lugar indeterminado, pero probablemente en las proximidades de Segovia. La existencia de esta imprenta queda envuelta en la mayor oscuridad. Se conserva una bula española impresa del año 1473, que parece hecha para el reino de Aragón, pero que Haebler supone impresa en Castilla, que tal vez tenga algo que ver con aquella primitiva imprenta. Antes de este descubrimiento la primacía de la imprenta española era disputada por Barcelona, Zaragoza y Valencia. Barcelona alegaba la existencia de la Gramática de Bartomeu Mates, cuyo colofón está fechado en 7 de octubre de 1468. Esta fecha ha quedado definitivamente descartada desde que, por documentación publicada por Jorge Rubió y José M.ª Madurell, se ha venido en conocimiento de que el corrector de dicha Gramática, el presbítero Pedro Juan Matoses, no recibió la orden del presbiterado hasta diciembre de 1483. La verdadera fecha de la Gramática ha de ser, pues, 1488. Por otra parte, se sabía ya que Juan Gherlinc, su impresor, no se estableció en Barcelona hasta 1486.

La supuesta prioridad de Zaragoza se basaba en la existencia de una escritura, en que no consta el lugar de redacción, fechada en 5 de enero de 1473, por la cual Enrique Botel de Sajonia, Jorge von Holtz y Juan Plannc se asociaban para imprimir libros. Esta escritura fue incorporada a un protocolo del notario Pedro La Lueza en 14 de enero de 1477, al renovar Botel y Plannc el anterior contrato ante dicho notario. Las objeciones hechas al documento de 1473 se fundaron en la ignorancia del lugar donde se redactó; pero desde que Jorge Rubió demostró documentalmente la presencia de Botel en Barcelona en 1474 y la de Plannc en Barcelona y Zaragoza por los años 1477 y 1478, se ha afianzado considerablemente la creencia en la imprenta de 1473, que, según G. Painter, no fue establecida en Zaragoza, sino en Barcelona. De esta imprenta procedería el *Aristóteles* que se suponía de Zaragoza, hacia 1477-78, que Witten y Painter fechan hacia 1473.

En Valencia el pleito ventilado entre Felipe Vitzlant y Miguel Berniço, fallado en 23 de enero de 1476, nos informa de que Jacobo, hermano del primero, tuvo que cerrar el taller y despedir a los maestros y a otras personas que con él trabajaban, *por falta de papel*. Negocio de esta naturaleza sólo podía ser el de la imprenta. Por otra parte, se conservan nueve impresos compuestos con los tipos de las *Obres e trobes en laors de la Verge Maria*, libro valenciano que se supone de 1474, de los cuales cinco deben ser anteriores a éste. De dichos impresos, el que presenta caracteres más arcaicos es también un Aristóteles, que se remonta a 1473.

El primitivo libro impreso —los incunables— y los libros de comienzos del siglo XVI, que todavía siguen sus huellas, tienen gran semejanza con el libro manuscrito. La primitiva imprenta hizo por medios mecánicos lo que los copistas hacían a mano. El libro impreso adquirió la fisonomía actual durante el primer tercio del siglo XVI en Italia y en Francia, con la adopción definitiva de las escrituras romana e itálica y el abandono de la gótica. En esta época la arquitectura del libro adoptó la disposición del libro actual. Aldo Manuzio el Viejo, célebre tipógrafo-editor y humanista, establecido en Venecia, es el punto de partida de esta renovación.

da, sin que se conocieran los raspados, mientras que sobre el papel de hilo, por su transparencia, las enmiendas quedaban visibles, y resultaban comprometedoras. Los árabes importaron a España la industria del papel, y en el siglo X tenemos referencias literarias de fábricas en el litoral del Mediterráneo. Los primeros documentos españoles escritos en papel son del siglo XI; pero, así y todo, se anticipan de dos centurias a la difusión del papel por el resto de Europa. Desde mediados del siglo XIII se usaba ya por toda Europa, casi exclusivamente, el papel para la escritura; el pergamino se reservaba para documentos de importancia y para aquellos que convenía especialmente conservar.

El papel del siglo XIII era, sin embargo, todavía desigual, grueso, recio y poco flexible, de suerte que se hubiera prestado muy poco para imprimir grabados o textos. La gran demanda de papel en los siglos que precedieron al descubrimiento de la imprenta obligó a perfeccionar su fabricación, haciéndolo más fino y verjurado. El papel verjurado se fabrica en cubetas que tienen una trama de metal en el fondo que deja líneas en el papel que se ven por transparencia. Esto fue una invención europea, pues los papeles chinos y árabes no tienen marcas ni verjurado. En un principio, la trama de hilos en el fondo de la cubeta se puso para que el papel no se pegara y se pudiera quitar del molde antes de secarse; el verjurado fue, pues, en su origen, un perfeccionamiento debido a una necesidad industrial, pero que, al hacer más económico el papel, lo hizo también flexible y elástico. El papel del siglo XIII, sin verjurar, venía a ser casi tan grueso como el pergamino y se quebraba fácilmente al plegarlo.

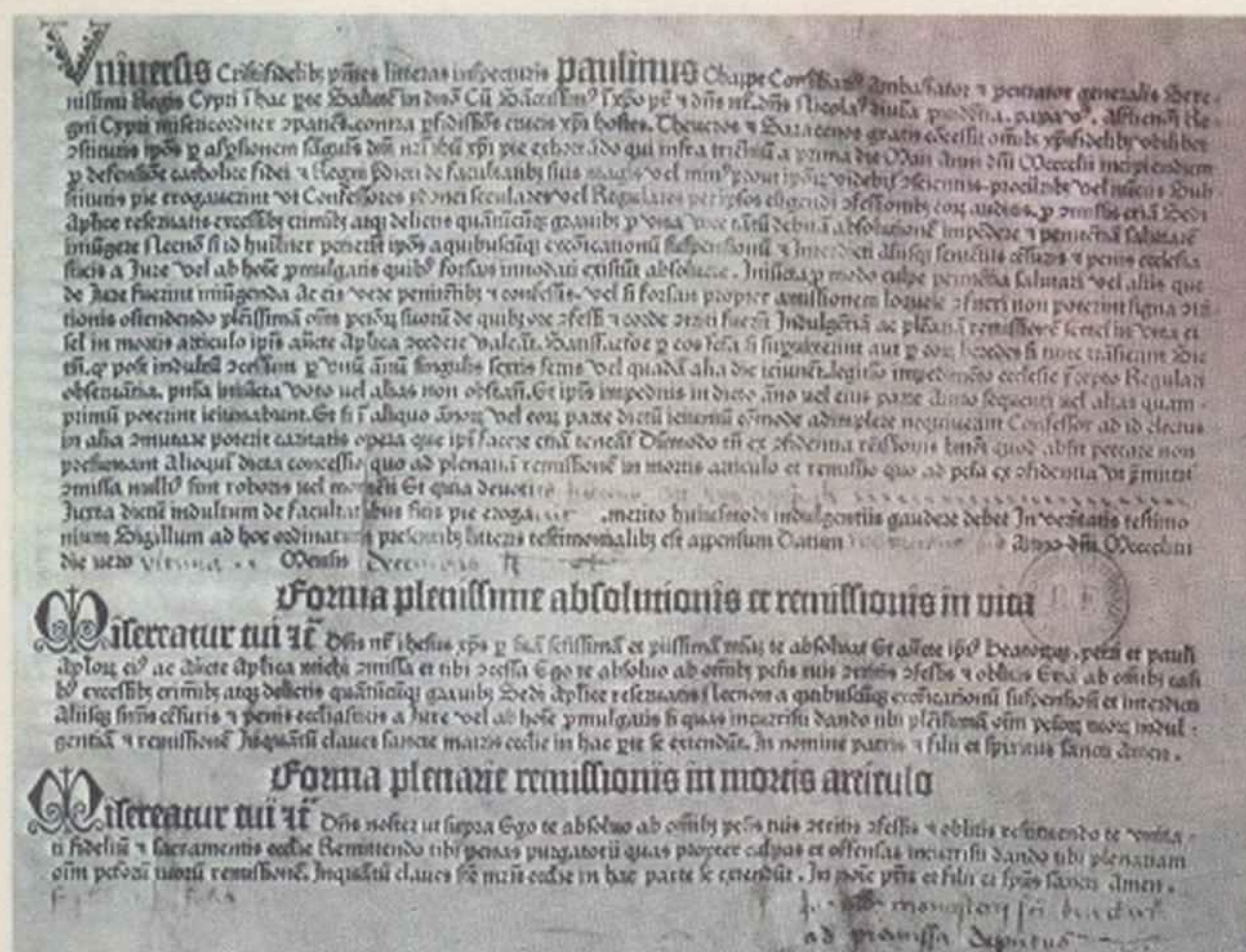
Prensa de imprimir que se supone del siglo XVI (Museo Arqueológico, Gerona). Los precedentes de la prensa de imprimir hay que buscarlos en las prensas de orujo o aceitunas.



Con estos elementos, la invención de la imprenta era casi previsible. No sabemos cuándo se empezaron a estampar grabados al boj; pero a mediados del siglo XV hacía ya casi un siglo que se manejaba la prensa y se imprimían hojas con estampas. En ocasiones, las estampas se hacían con varios bloques de madera combinados; a alguien entonces debiósele ocurrir el hacer letras de madera y estampar con ellas textos cortos, como la *Gramática* de Donato, y libros de rezo para estudiantes y clérigos que no podían pagar los manuscritos. El más típico de estos libros impresos con tipos de madera es la famosa *Biblia pauperum* o "Biblia de los pobres", en la que hay estampas rodeadas de abundante texto.

Es probable que muchos de los libros impresos con grabados en madera sean anteriores a lo que nosotros consideramos como la verdadera invención de la imprenta, o sea de los impresos estampados con una composición hecha de letras sueltas fundidas en metal. Pero lo singular es que no tenemos certeza documental de esta precedencia; la "Biblia de los pobres", ya citada, es del año 1470, posterior al primer libro datado e impreso con tipos movibles de metal. Además, insistimos, las letras talladas en madera no facilitaban mucho las impresiones, pues había que hacerlas de una en una, se estropeaban fácilmente y no tenían uniformidad. Por esto el método de imprimir libros con bloques de madera no causó ningún asombro; no se oye, en el acto de su invención, clamor de entusiasmo. En cambio, hacia la mitad del siglo XV se percibe una voz sutil, que sale de los mismos libros, y que califica de prodigio la invención de la imprenta.

En el primer libro datado, el de los *Sal-*


Forma plenissime absolutionis et remissionis in vita

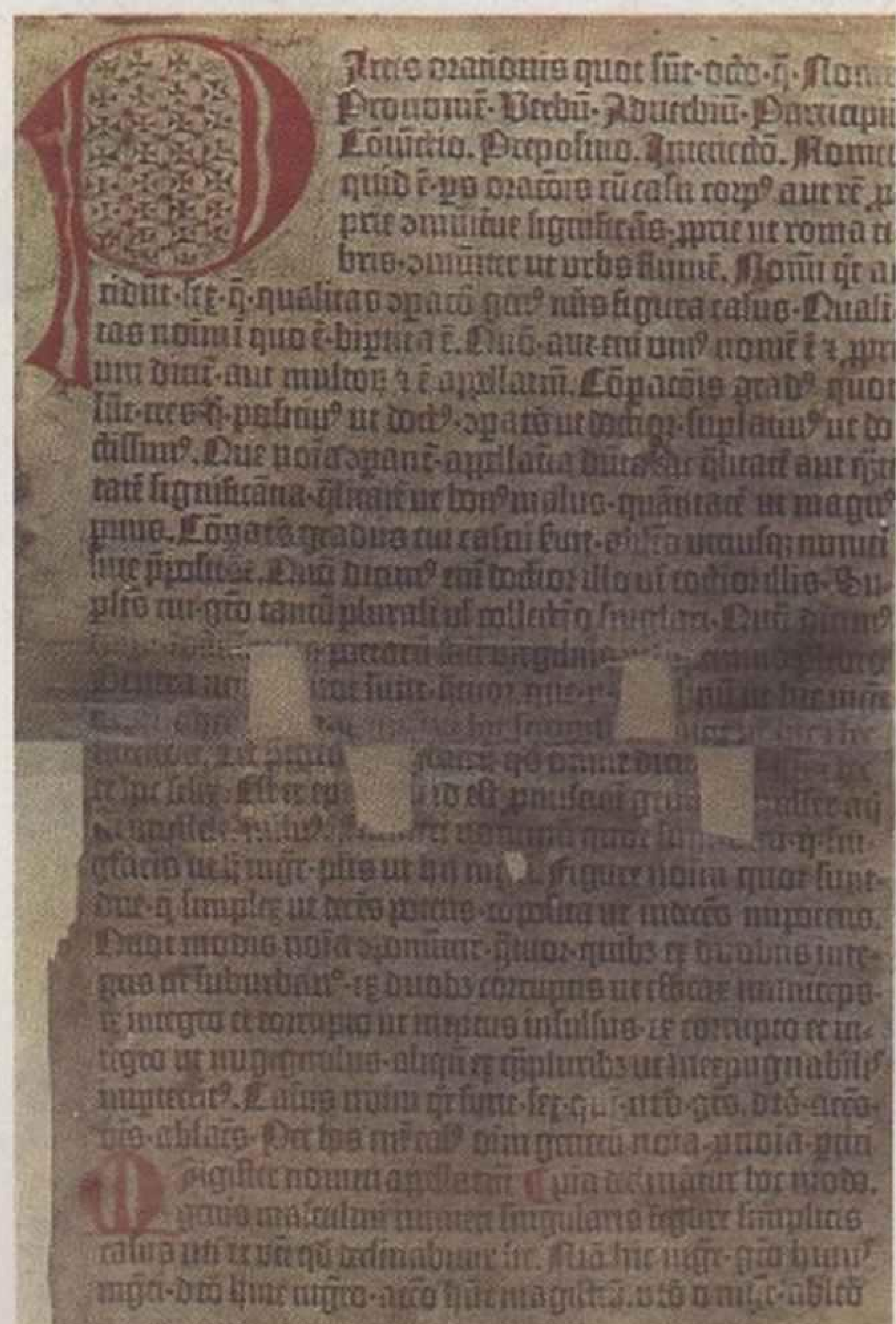
Forma plenarie remissionis in mortis articulo

Bula de indulgencias que se cree impresa en Maguncia en 1454 (Bibliothèque Nationale, París).

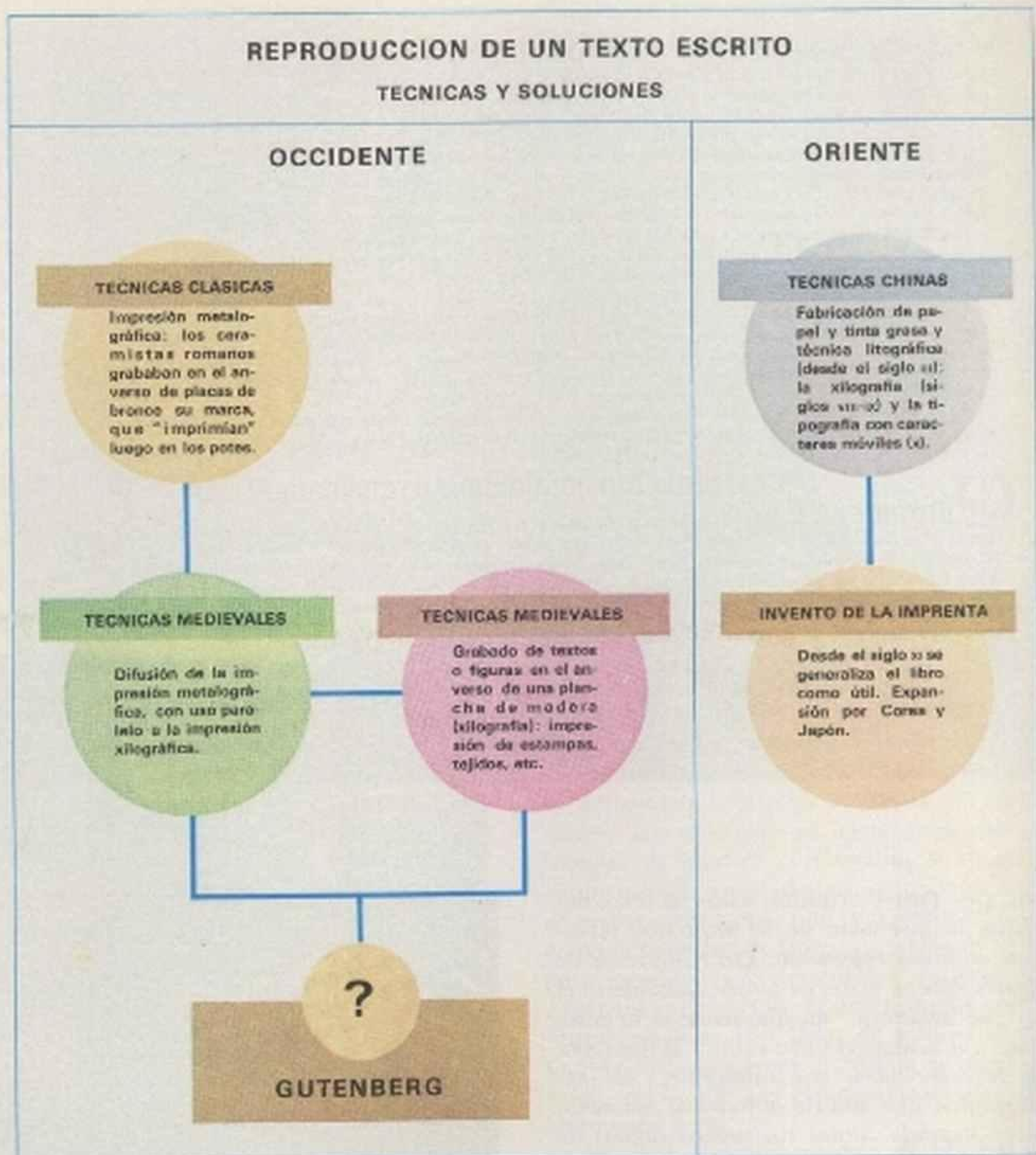
Página de la "Gramática" de Donato, uno de los primeros impresos atribuidos a Gutenberg (Bibliothèque Nationale, París).

mus, por Fust y Schöffer, éstos, al final, declaran la invención de la imprenta: *inventione artificiosa imprimendi*. Otro impresor de Brujas, que se alaba de haber descubierto el arte de imprimir "sin que nadie se lo enseñase", al acabar el libro califica la imprenta de *artem mirandam* (arte admirable) y los instrumentos que usa de *instrumenta non minus laude stupenda* (útiles no menos dignos de estupenda alabanza).

Y, sin embargo, del verdadero descubridor de la imprenta, de Juan Gutenberg, no tenemos un solo libro con su sello, firma, colofón o pie de imprenta. Toda la gloria le ha sido adjudicada por la posteridad, sin que él la solicitara. No hay ninguna duda de su intervención en el descubrimiento, pues consta por documentos notariales y contratos, y por referencias de sus contemporáneos, que nos dan completa seguridad de que fue él quien dio el paso definitivo en el arte de imprimir. El nombre de Gutenberg significa *montaña buena*, y en las crónicas latinas de su tiempo se le tradujo a veces por *Mons bonus*. Parece que nació en Maguncia en 1400, de familia acomodada, pero los documentos nos lo revelan falto de dinero, y hasta al final de su vida seguía sin poder pagar los intereses de los anticipos recibidos de sus protectores. Todo lo que de él sabemos refleja claramente el tipo eterno del inventor.



La invención de la imprenta por Gutenberg en el siglo XV ha sido muy discutida. Dos cuestiones parecen oponerse a la gloria del impresor alemán: una primera invención de la imprenta en el siglo XI por los chinos, que no se difundió por Occidente, y la existencia en Europa, desde el siglo XIV, de procedimientos de impresión muy semejantes a la tipografía. ¿Deriva la tipografía de la xilografía? Hasta hace muy poco se hubiera dicho que sí; hoy los investigadores señalan que es difícil que a un técnico en xilografía se le ocurriera fraccionar su tablilla de madera en pequeños tipos: dificultad en tallarlos y en la composición, extrema fragilidad, etc. El hecho de que Gutenberg proceda de un ambiente de grabadores y metalógrafos subraya lo acertado de estas observaciones.



INICIOS DE LA IMPRENTA EN EUROPA

h. 1440	En Estrasburgo, Gutenberg empieza a hacer experimentos sobre el arte de imprimir.
h. 1445	Gutenberg vuelve a Maguncia.
1450	Gutenberg empieza a explotar comercialmente su invento.
1452	Gutenberg empieza a imprimir la *Biblia de Maguncia.*
1455	El material de Gutenberg pasa a ser propiedad de su socio capitalista Johannes Fust y del yerno de éste, Peter Schoeffer.
1460	Gutenberg abandona definitivamente sus actividades como impresor. Se imprime ya en Estrasburgo.
1461	La imprenta, en Bamberg.
1462	Saqueo de Maguncia por el conde de Nassau. Algunos impresores emprenden el camino del destierro. Entre ellos se cuenta Schoeffer, que se establece en Francfort.
1466	La imprenta, en Colonia.
1467	En Roma.
1468	Muerte de Gutenberg. La imprenta, en Augsburgo y Basilea.
1469	En Venecia.
1470	En Paris, Utrecht y Nápoles.
1471	En Milán y Florencia.
1473	La imprenta, en Lyon, Budapest, Barcelona (?) y Zaragoza (?).
1474	En Valencia, Brujas y Cracovia.
1475	En Breslau y Lübeck.
1476	En Rostock y Westminster.
1477	En Sevilla.
1478	En Ginebra, Palermo y Mesina.
1480	En Londres.

La biografía documental de Gutenberg se reduce a dificultades económicas; no encontramos en ella ni contratos matrimoniales, ni venta o compra de propiedades, ni título de ciudadanía, ni cargos públicos... El año 1434 ya estaba preso por deudas; en 1438 había tenido que abandonar a Maguncia y formaba sociedad con dos burgueses de Estrasburgo para un negocio que suponemos relacionado con la imprenta. Como todos los inventores, Gutenberg no se contentaba con un solo invento: la sociedad que formó en Estrasburgo era para pulimentar piedras, hacer espejos y un tercer negocio que no está especificado; sólo sabemos que requería una prensa y unas matrices, o *formen*, como dicen en alemán los documentos... Por lo visto, en esta época (1438) Gutenberg no tenía aún bien decidida su voca-

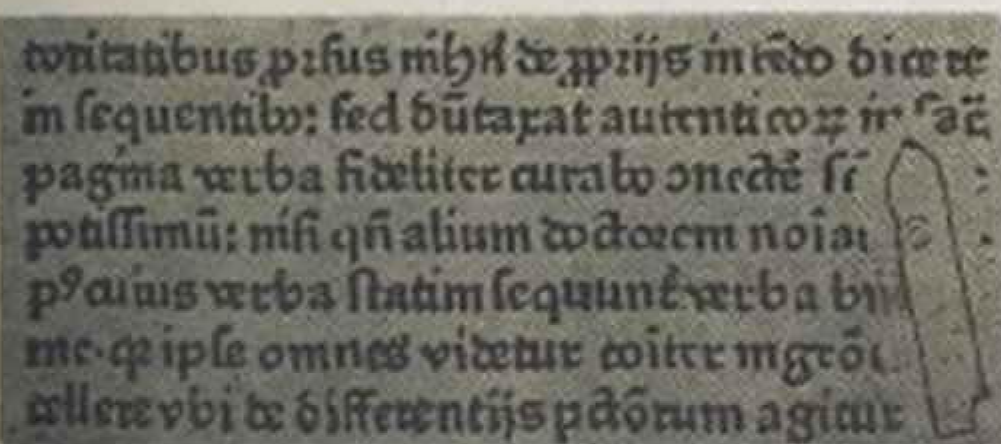
ción: hubiera podido acabar siendo lapidario o haciendo espejos, en vez de impresor. Hasta el año 1450 no poseemos un dato seguro sobre su vocación definitiva. Un tal Johann Fust, o *Fausto,* anticipó la importante cantidad de 800 florines para que con ellos Gutenberg hiciera útiles, que indudablemente son las matrices de fundir tipos metálicos. El anticipo de Fust era, en el fondo, una participación en la empresa, aunque los útiles que se iban a fabricar podían ser rescatados por Gutenberg devolviendo aquellos 800 florines. La compañía de Gutenberg y Fust duró cinco años, durante los cuales debieron de imprimir algo de gran importancia, acaso la famosa Biblia llamada de *42 líneas,* que es ciertamente anterior al año 1456, aunque no lleve ningún pie de imprenta que lo asegure. Pero el lector comprenderá en seguida la dificultad de atribuir estas y otras Biblias impresas en las prensas de Estrasburgo a Gutenberg y Fust en compañía. El negocio no era provechoso, y en 1452 Fust tuvo que anticipar otros 800 florines. Tres años después, exasperado, entabló un pleito contra Gutenberg, y parece casi seguro que Fust debió de recibir en pago los útiles empeñados. Con ellos, y con su futuro yerno, tal vez adiestrado por el mismo Gutenberg, continuó Fust la industria imprimiendo grandes obras. Una de ellas es el *Salterio,* que firman *Johannem Fust, civem Maguntium, et Petrum Schöffer, anno Domini MCCCCLVII.*

De lo dicho comprenderá el lector que Fust y su nuevo socio Schöffer debieron de valerse, al principio, de los tipos y útiles que confiscaron a Gutenberg, y como los libros anteriores al *Salterio* de 1457 no llevan ninguna referencia, se hace casi imposible determinar, por los caracteres, cuáles son las impresiones de Gutenberg solo, de Gutenberg y Fust, y de Fust y Schöffer, y hasta podríamos decir de Gutenberg otra vez solo, después de separarse de Fust, porque se cree que continuaría usando los mismos tipos de letra y persistiría en el mismo estilo de composición.

La vida de Gutenberg, después de su ruptura con Fust, no fue mucho más placentera. Una tradición supone que tuvo que emigrar de Maguncia y que vivió y ejerció su industria como huésped del obispo en su residencia de verano, etc. Pero, en cambio, los registros de la iglesia de Santo Tomás, de Estrasburgo, nos informan que Gutenberg, por el año 1442, venía pagando intereses por una suma de ochenta libras que había recibido de aquella iglesia, y que esta deuda seguía sin liquidar al ocurrir su muerte. En 1467 un industrial de Maguncia, Conrad Humery, reclamó y obtuvo del obispado "cierto número de matrices *(formen),* letras *(buchstaben)* e instrumentos *(instrumenten)*", que él, Humery, había prestado

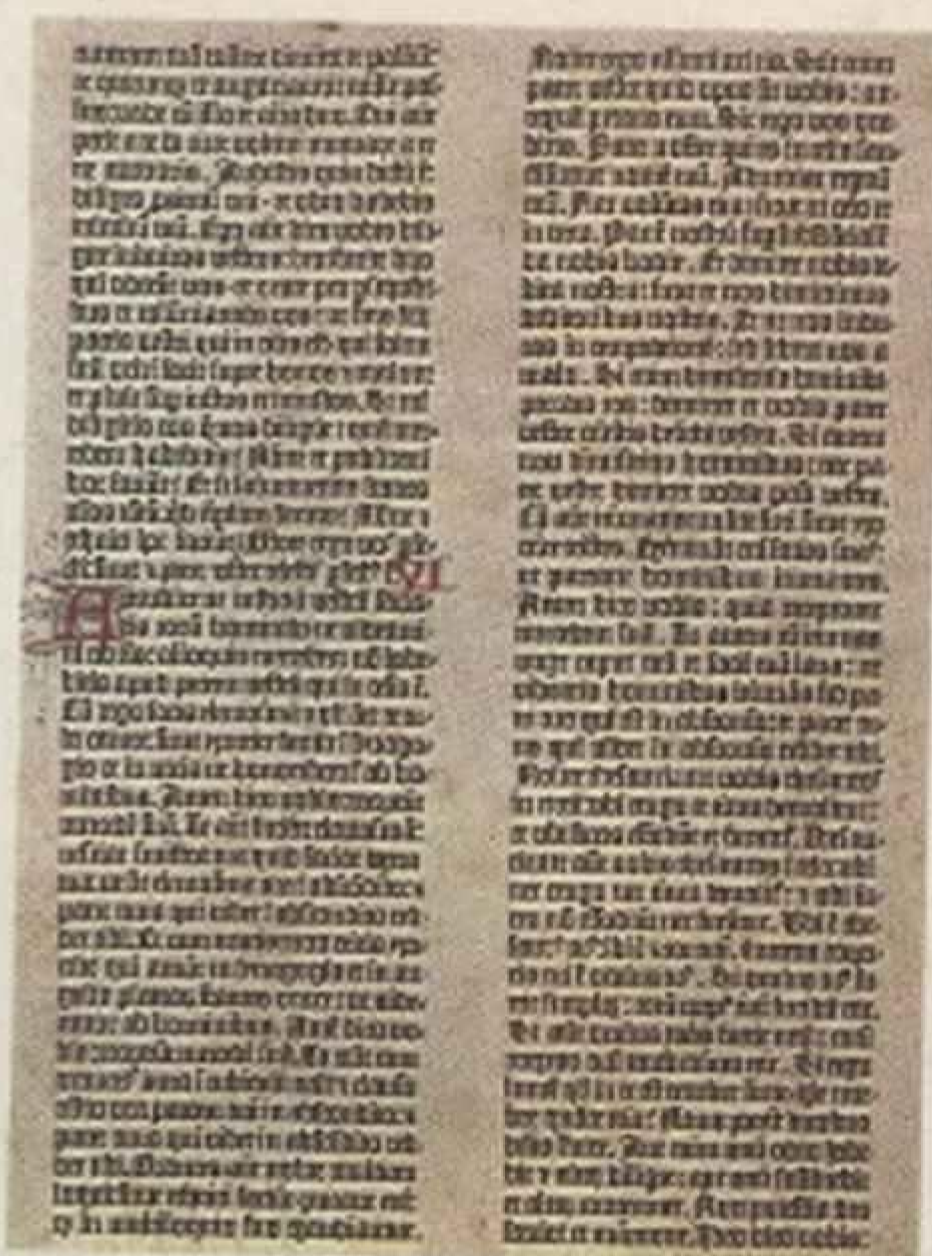


Antigua prensa de imprimir procedente de la región de Olot, Gerona (Museo Arqueológico, Olot).



toritatibus p:fus mihi de ppriis in textu dicere
in sequentibus: sed dūtaxat autenticoꝝ in fac
pagina verba fideliter curabo oncede sc
potissimū: nisi qn̄ alium doctorem noiā
p9 cuius verba statim sequunt verba bi
me· qz ipse omnes videtur dicere ingro
allere vbi de differentiis pctōrum agitur

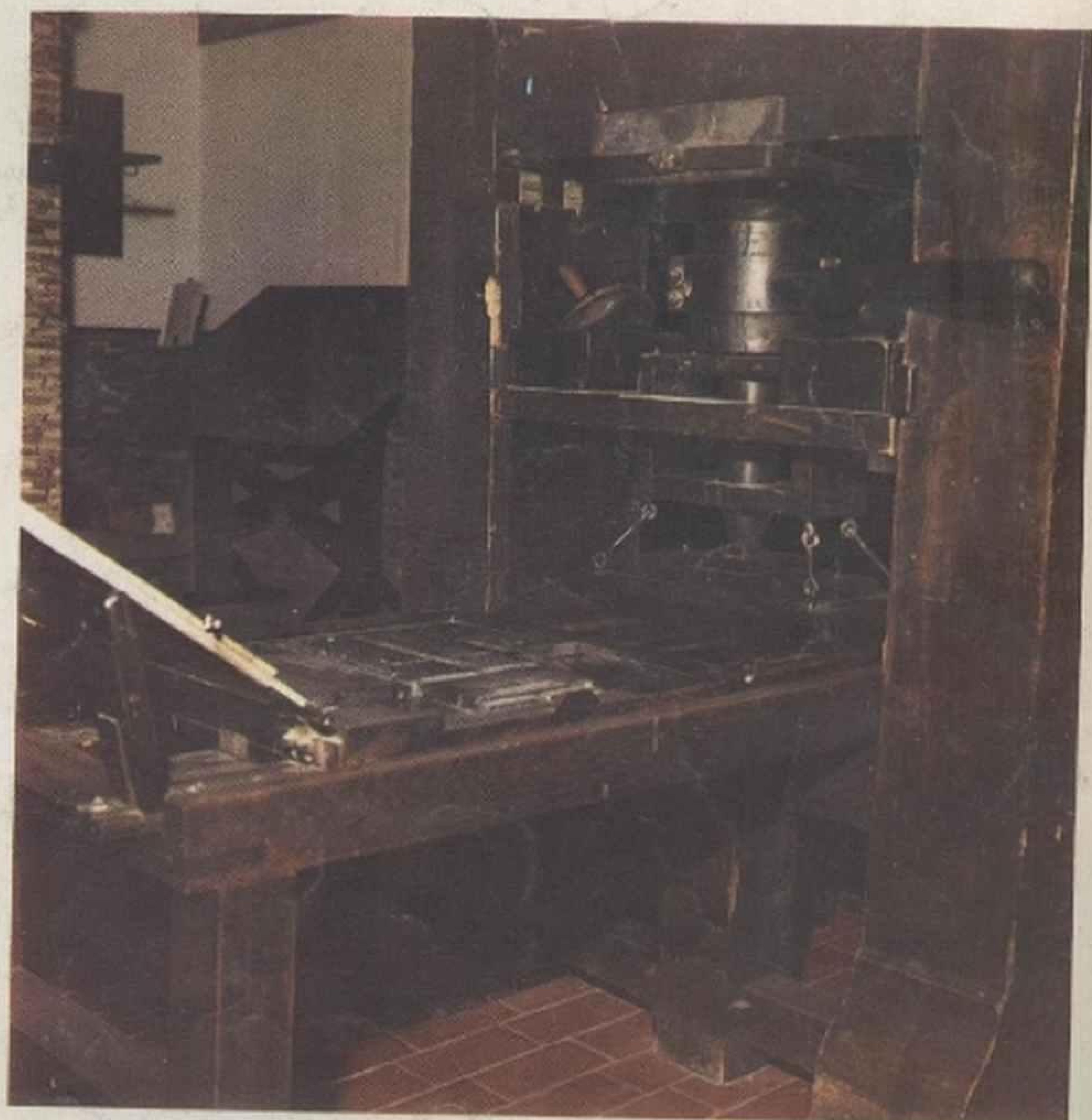
Fragmento de un impreso del año 1476 mostrando una letra caída, vista de perfil, en un ángulo de la página.



Página de la Biblia de 42 líneas, impresa probablemente por Gutenberg antes de 1456 (Biblioteca Vaticana).

a Gutenberg, recientemente fallecido. Así, pues, al morir *el padre de la imprenta* trabajaba todavía con útiles prestados y sin tener familia ni discípulos que pudieran aliviar su situación. (Una tradición tardía supone a Gutenberg casado con una mujer llamada Ana de la Puerta-de-Hierro, pero hasta la fecha no parece haberse conservado ningún documento que lo acredite.)

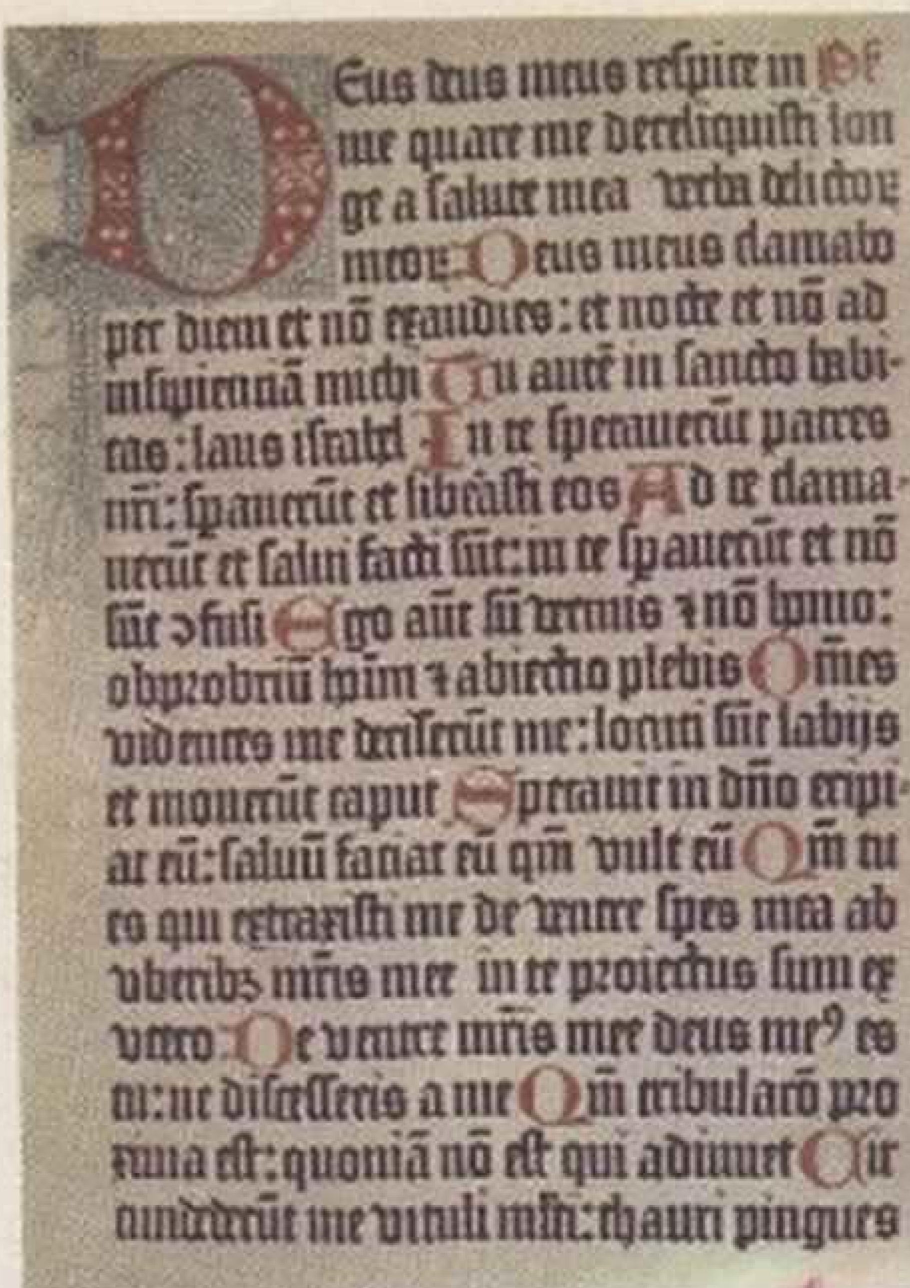
A pesar de su fracaso como hombre práctico, sus contemporáneos le reconocieron el mérito de la invención de la imprenta. He aquí algunas pruebas de la reputación de Gutenberg en el siglo XV: la crónica maguntina correspondiente al 1462 declara que Juan Gutenberg ha sido el primer impresor de Maguncia. En 1472 un maestro de París escribe que la imprenta había sido inventada en la ciudad de Maguncia por Juan *Bonemontano*, o sea Gutenberg, y añade que para esta arte nueva, *divina*, Gutenberg *esculpió* las letras sueltas, preciosa referencia a su movilidad, que ya hemos dicho era par-



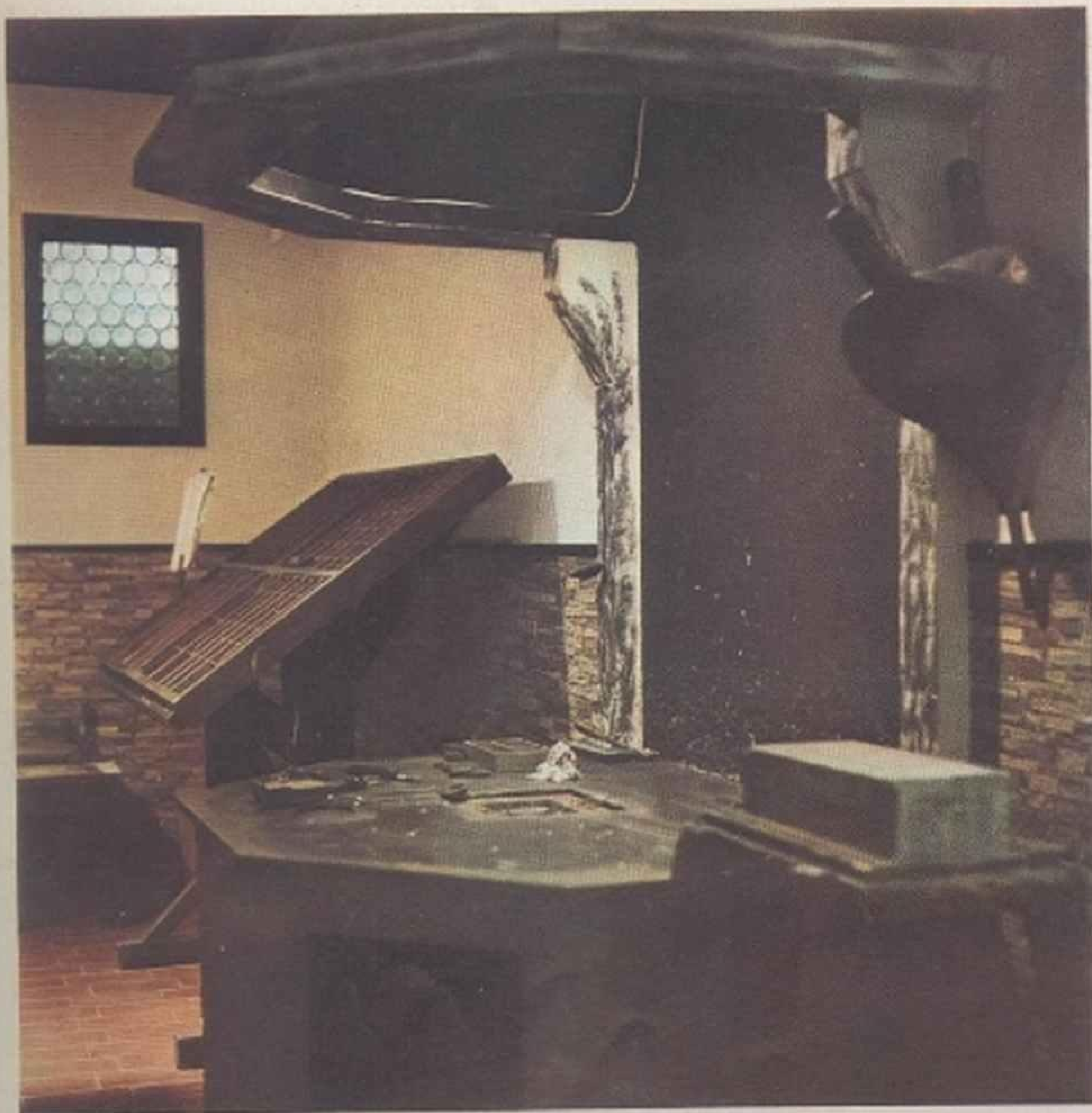
Prensa de imprimir conservada en el Museo Gutenberg de Maguncia.

te capitalísima de la invención. En el 1488 un impresor italiano, discípulo de los primeros alemanes que fueron a Italia, dice que Juan Gutenberg, *solerti ingenio*, inventó el arte de imprimir hacia el año 1440. Por fin, en la *Crónica de Colonia* del año 1449 hay el siguiente párrafo: "El arte admirable de imprimir fue inventado en Maguncia el año 1440 y desde esta fecha hasta el 1450 fue perfeccionándose. El año 1450, que fue de jubileo, se imprimió la Biblia, en latín, con letras grandes que sirven hoy para hacer misales. El inventor de la tipografía fue un burgués de Maguncia llamado Juan *Gudenburch*".

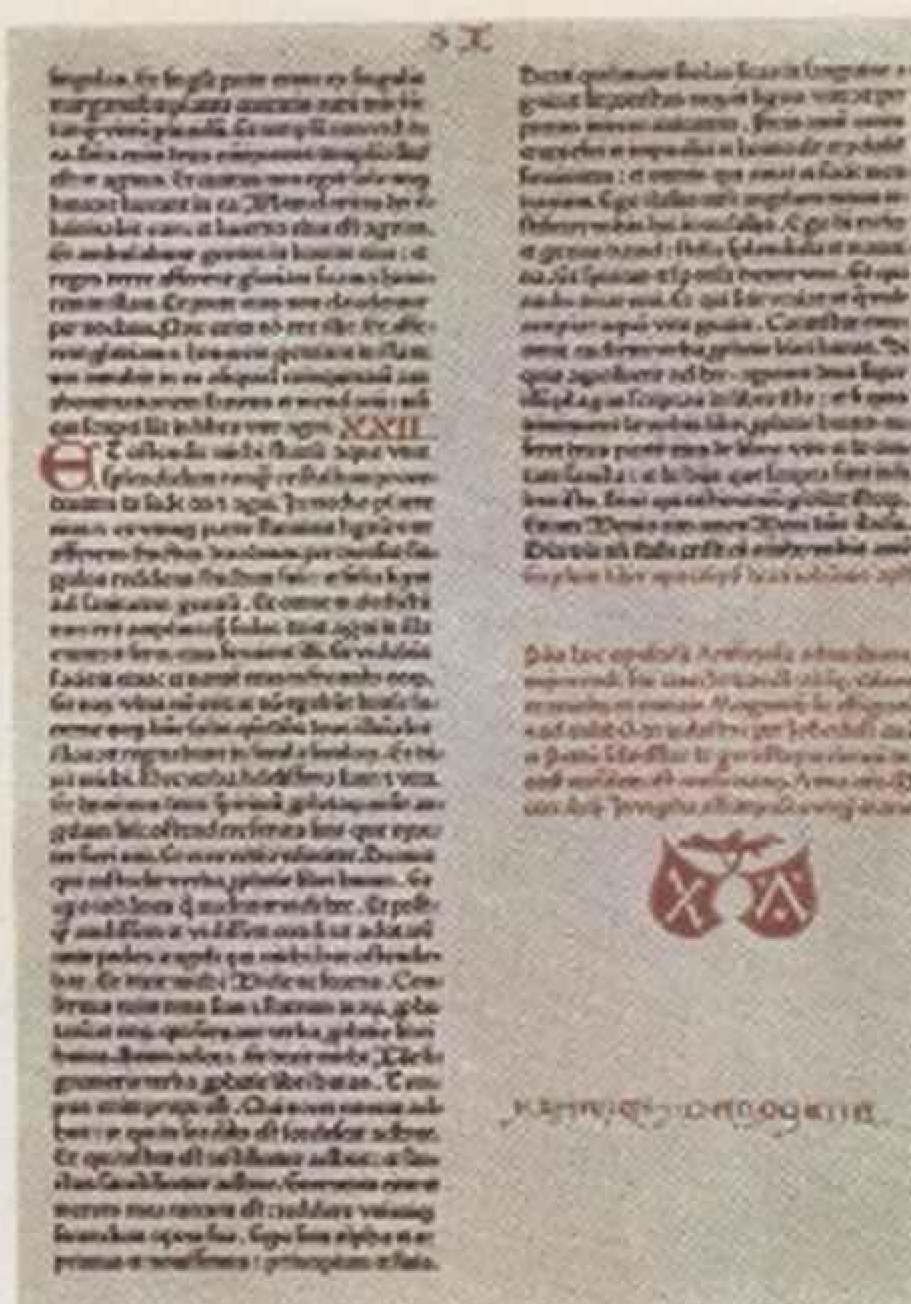
Estos cuatro testimonios formales del siglo XV prueban que, por lo menos en aquella fecha, la mayoría consideraba a Gutenberg como el inventor del arte de imprimir. No se menciona a nadie más, nadie habla entonces de Fust y Schöffer, que firman los libros, ni de los que recientemente, en nuestros días, se han propuesto como competidores del honor de la invención.


DEus deus meus respice in me quare me dereliquisti lon
ge a salute mea verba delictor
meor: Deus meus clamabo
per diem et nõ exaudies: et nocte et nõ ad
insipientiã michi Tu autẽ in sancto habi
tas: laus israhel In te speraverũt patres
nri: speraverũt et liberasti eos Ad te clama
verũt et salvi facti sũt: in te speraverũt et nõ
sũt cõfusi Ego autẽ sũ vermis et nõ homo:
obprobriũ hoim et abiectio plebis Omes
videntes me deriserũt me: locuti sũt labijs
et moverũt caput Speravit in dño eripi
at eũ: salvũ faciat eũ qm vult eũ Qm tu
es qui extraxisti me de ventre spes mea ab
uberibus mris mee in te proiectus sum ex
utero De ventre mris mee deus meus es
tu: ne discesseris a me Qm tribulacio pro
xima est: quoniã nõ est qui adiuvet Cir
cũdederũt me vituli multi: thauri pingues

Salterio litúrgico, impreso en Maguncia en 1457 por Fust y Schoeffer. Fue el primer libro con rúbricas y capitales compuestas a varias tintas.



Reconstrucción de un horno empleado en la época de Gutenberg para fundir la aleación tipográfica (Museo Gutenberg, Maguncia).

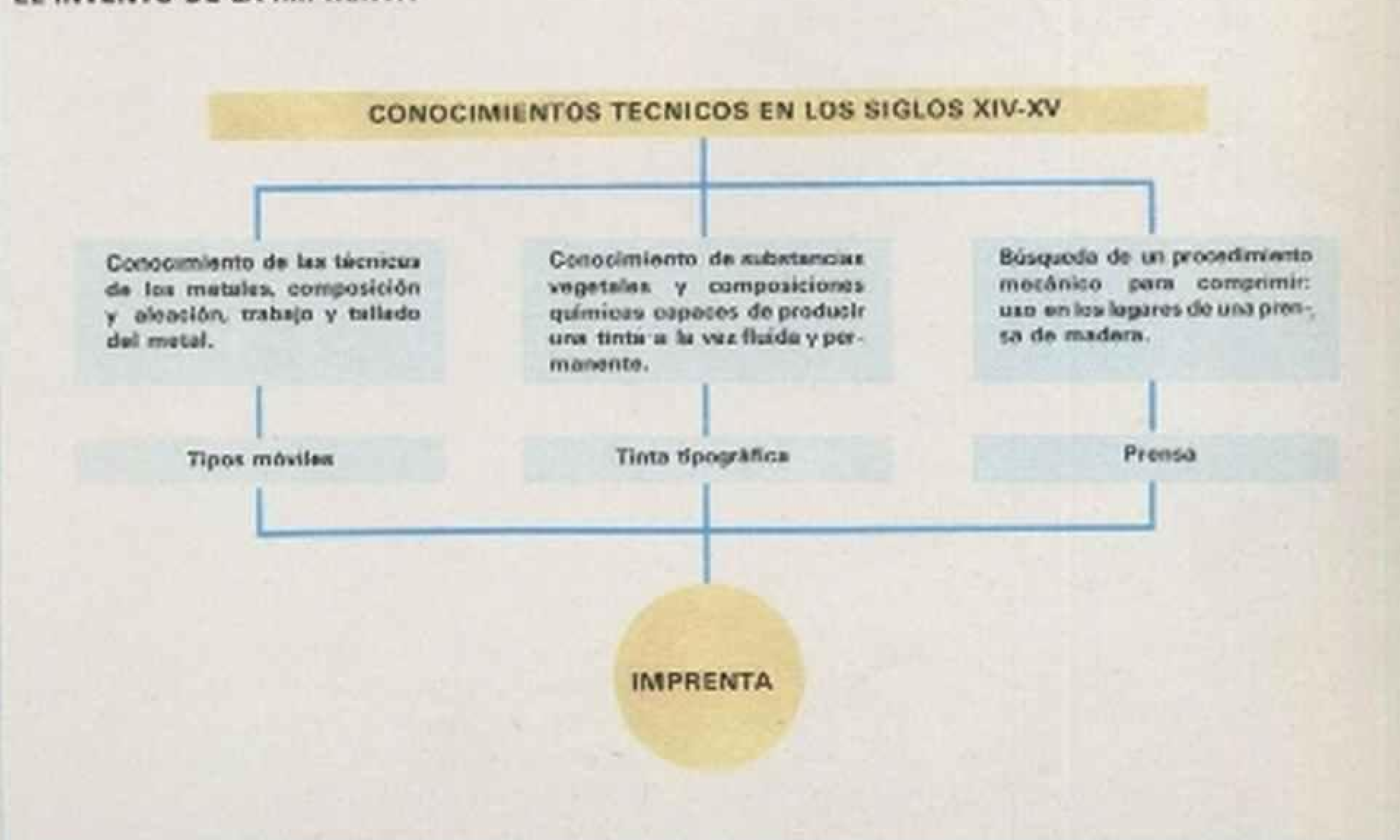


Última página de la Biblia impresa en Maguncia en el año 1462 por Fust y Schoeffer. Se trata del primer libro con marca tipográfica.



Detalle de la marca tipográfica del impreso anterior.

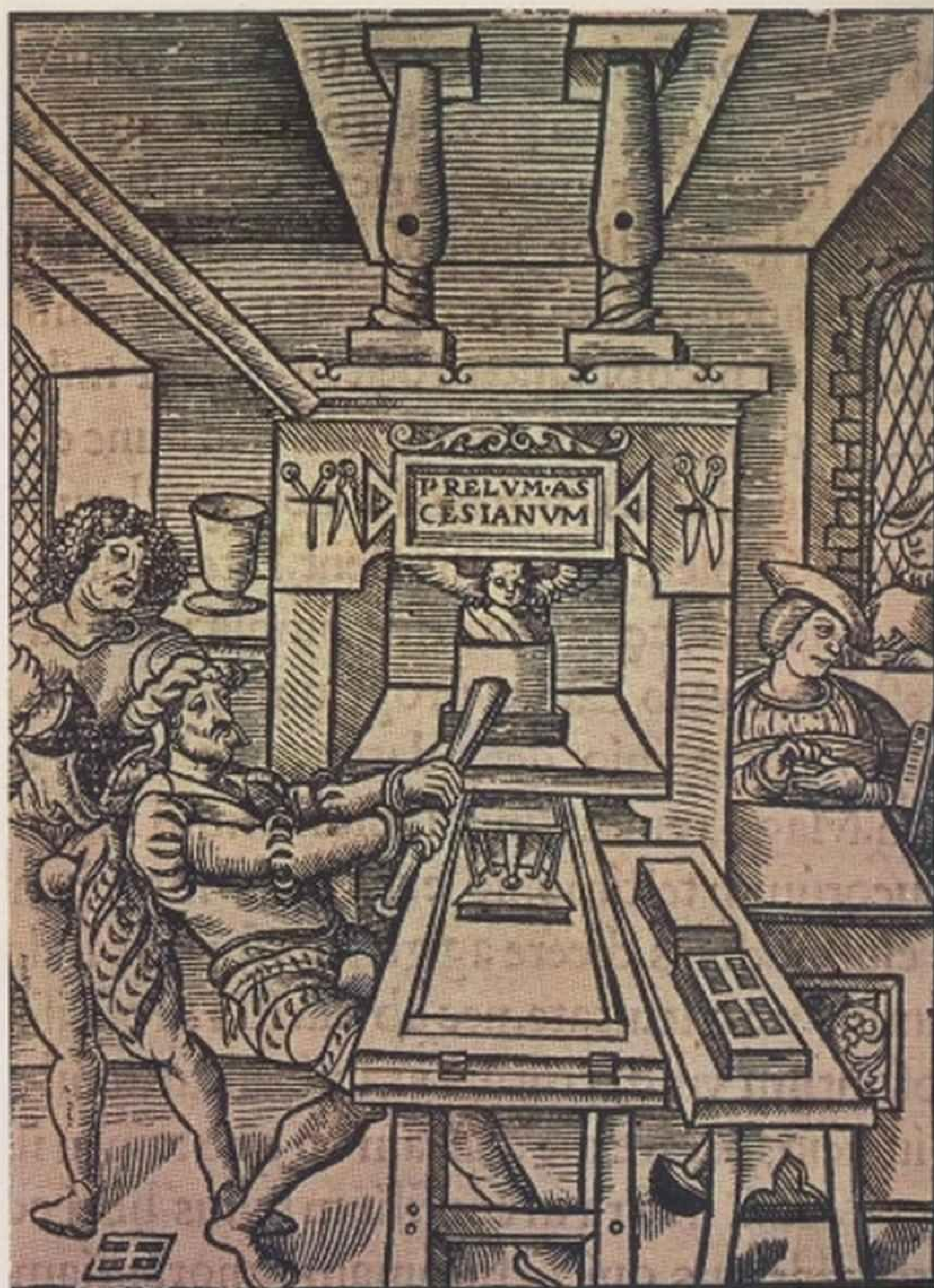
Con los datos precedentes, el lector habrá podido reconstruir una vida y, si tiene imaginación, adivinar el carácter de Gutenberg. A los treinta y ocho años piensa vagamente en imprimir; pero inventa técnicas para oficios nuevos y viejos. El año 1440, acercándose él también a los cuarenta, consiguió resultados prácticos y debió de imprimir algo, solo y sin recursos, hasta que en el 1450 logró interesar a Fust en sus ensayos. Lleno de esperanza, éste le sirve de socio y de banquero. Pero un hombre como Fust, que tenía 1.600 florines para perder, no podía congeniar con Gutenberg y comprendiendo el porvenir del negocio si caía en buenas manos, se apartó del inventor y se unió a su futuro yerno, Peter Schöffer. De éste sabemos que había estudiado en París, pues el año 1449 estaba matriculado en la Sorbona. Debía de ser más joven que Gutenberg, más práctico, más tratable... Schöffer, como buen bachiller alemán, en el proceso entre Fust y Gutenberg se firma *clericus*, lo que no quiere decir *ordenado*. Era lo que hoy llamamos *un hombre culto*, con todo lo bueno y todo lo malo que comprende esta palabra. En París, Schöffer copiaba libros; por consiguiente, es fácil que a él debamos el dibujo de los bellos tipos góticos con que están impresas las biblias de Maguncia, atribuidas a Gutenberg, y que esta aportación sea francesa, pues en ningún lugar podía aprender Schöffer el arte caligráfico mejor que en París. Fust impuso como condición de su segundo anticipo que Schöffer entrara en el taller, pero esto no quiere decir que confiara en él como impresor. Mientras los antece-



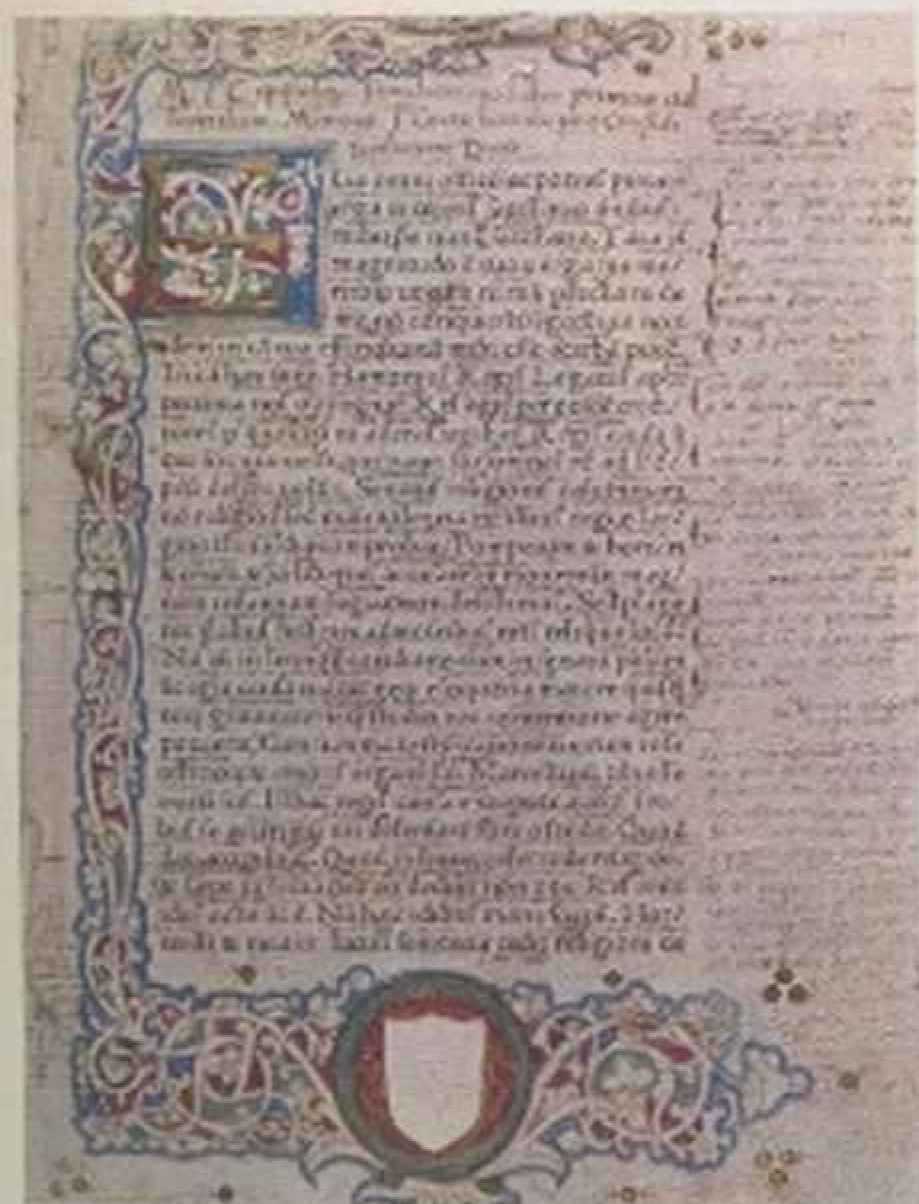
dentes que tenemos de Gutenberg son de que fue platero y mecánico, antes de ser impresor, los de Schöffer prueban que antes de trabajar al lado de Gutenberg y Fust era sólo un calígrafo erudito.

Peter Schöffer, sin embargo, no olvidó lo que debía a Gutenberg. En un libro estampado por su hijo, Johann Schöffer, en el año 1502, todavía se lee esta rúbrica final: "Este libro fue impreso en Maguncia, la ciudad donde se inventó el arte de la imprenta el año 1450 por *el ingenioso* Juan Gutenberg, y se perfeccionó por los esfuerzos y dispendios de Johann Fust y Peter Schöffer". No hay duda, pues, que los hijos de Schöffer debieron de oír a su padre hablar con admiración del fantástico inventor al que ellos llaman *ingenioso*.

Y vamos ahora a precisar en qué consistía la invención. Hemos visto que, al morir, Gutenberg se valía de formas (o sea, moldes), *matrices* y letras para practicar su arte. Estaba inscrito en el gremio de plateros de Maguncia; era, pues, un obrero de metales más que un grabador. Por lo tanto, no hay duda de que desde muy joven Gutenberg tuvo *la idea* de hacer letras de metal, fundiéndolas en un molde. Los moldes los acuñaba con unas matrices o punzones grabados al acero; debía, pues, empezarse por éstos, grabando como troqueles punzones del metal más duro; éstos tenían una letra en un extremo. Golpeando con ellos una plancha de cobre, quedaba acuñada la letra matriz que servía de molde, donde se fundían los tipos; éstos, las letras movibles, debían ser de un metal fácil de fundir, ni demasiado duro, para que no rompiera el papel, ni demasiado blando, para que no se aplastara. No sabemos de qué metales se valía Gutenberg para sus punzones, moldes y letras. Debió de ser su gran invento, como los artificios para la similitud de las letras. Hoy la imprenta emplea una mezcla de plomo, antimonio y estaño que parece insustituible; en los documentos del siglo XV encon-



Funcionamiento de una prensa de imprimir del siglo XVI (de la portada de un libro de ese siglo).



Primera página de las "Epístolas familiares", de Cicerón, obra impresa por Schweinheim y Panmartz, los alemanes que llevaron la imprenta a Subiaco y de allí a Roma (Biblioteca de la universidad de Valencia).



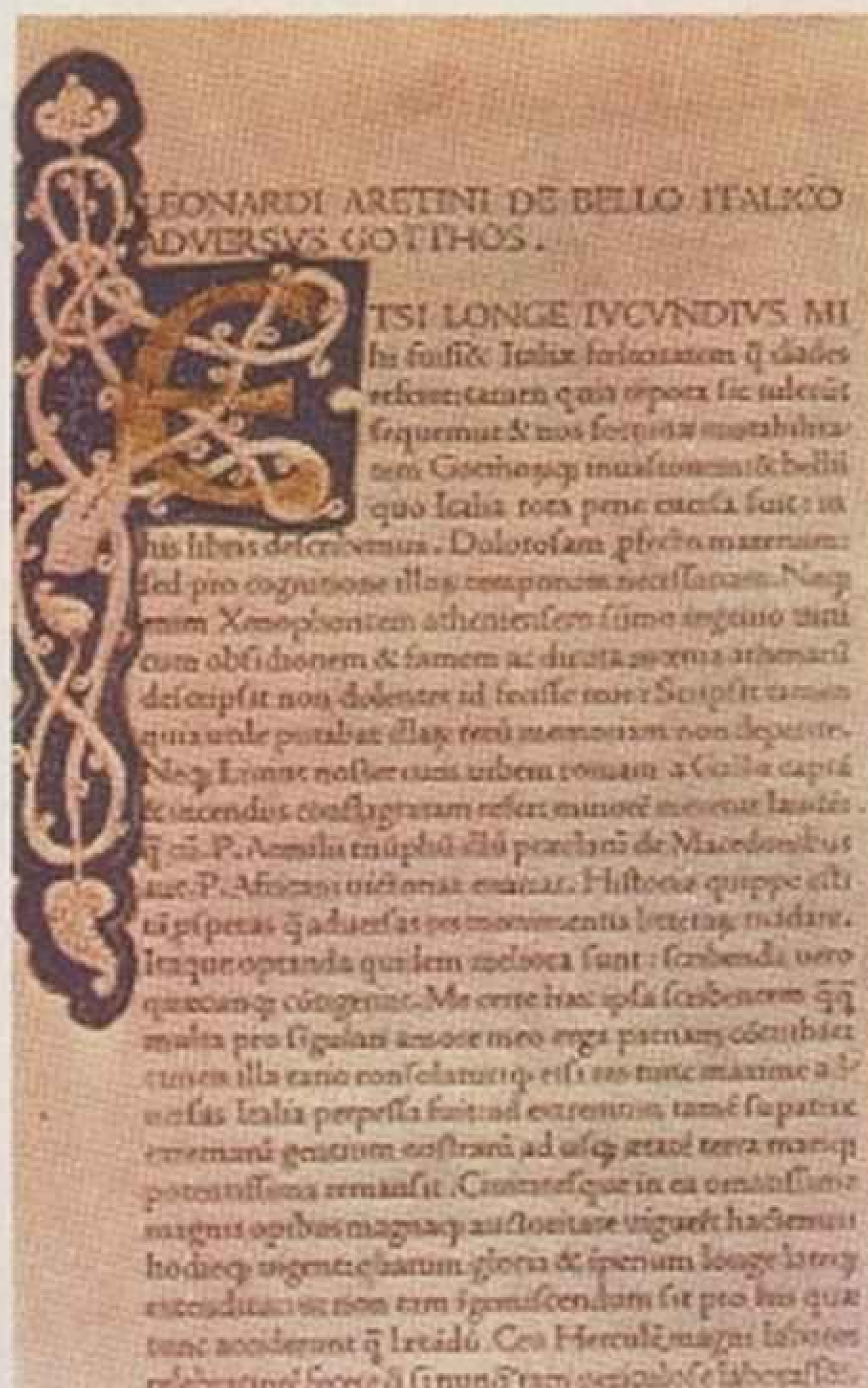
Incipit lucii annei Senecae cordubensis liber de moribus in quo notabiliter
& eleganter uitae mores enarrat:

Omne peccatum actio est. actio autem omnis uoluntaria est
tam honesta q̃ turpis: ergo uoluntarium est omne peccatũ.
Tolle excusationẽ nemo peccat inuitus. Educatio & disci
plina mores faciunt: & id unusquisq; sapit quod didicit. Itaq;
bona consuetudo excutere debet quod mala instruxit. Nihil
interest quo animo facias quod fecisse uiciosum est: quia facta
cernuntur animus uero non uidet. Nulla autem lex est: nõ
facere quod facere nõ possis. Quid homini est inimicissimũ
homo. libenter feras quod necesse est. Dolor patiẽtia uinci
tur. Expecta quod nunq̃ peniteas nonq̃ multis placeas: sed
qualibus studeas. In hoc tantũ incumbe: ut licencius audias q̃ loquaris. Multis uitia disse
rentes mores iuncta praesentia: Itaq; omnes dies uelut ultimus intuear. Tristiciã si potes
non admiseris: si minus non ostenderis. Amicos secreto admone: palam autem lauda.
Verba rebus non personis extimanda sunt. Oratorem te putasti tibi ante omnes quod
oportet persuaseris: ut licenciosa mancipia animi: cohibere linguam ucentem & libidin em:
Quod tacitum esse uelis nemini dixeris: si tibi nõ imperasti quomodo ab alio silentium
speras? Ridiculum est aliquẽ odio nocentis innocentiã perdere. Monstro simile est. Aua
ricia sedus. Quid enim stulcius est quod dici solet quã uia deficiente uiaticũ querere uel
augere? Omnes infantes terra nudos excipit. Nõ pudeat te fortius nasci q̃ uiuere. Quid
dulcius quã habere amicum cum quo audeas: ut tecum omnia loqui? Magnaeque uirtũ est
negligere ledentem. Quid interest q̃ non habeas: non enim es felix si te turba non deri
serit: Si uis beatus esse: cogita hoc primũ contendere noli: Priusq̃ promittas delibera
& cum promiseris facias: Id agas ne quis merito tuo oderit: & si nullos inimicos tibi fa
ciet iniuria multos facit: Solitudinem querat: qui uult cũ innocentibus uiuere: Optimus
ergo animus & pulcerrimus cultor dei est. Abstinebis ab alieno matrimonio. Praestabis
parentibus pietatem: cognatis indulgentiã: omnibus aequitatem. deuitabis crudelitatem
& ministram crudelitatis iram. Non aliter uiuas in solitudine: aliter in foro. Nihil petas
quod negaturus fuisti: nihil negabis quod petiturus fuisti. Pacẽ cũ hominibus habebis:
cum uitiis bellũ. Hoc habet omnis affectus: ut in id quod ipse insanit: in id putet et iam
ceteros furere. Maximũ in eo uiciũ est: qui nõ melioribus sed plerisque placere: sed pluribus. Vis
omnibus esse notus prius effice ut nemine noueris. Bonum est non laudari: & esse lauda
bilem: Stultũ est timere quod uitare non poteris. Male obtuent de te homines: sed mali
Malis displicere est laudari: Male de te loquuntur homines. Bene autem loqui nesciunt.
non q̃ merentur: sed q̃ solent ipsi homines de te mala loquuntur molestum est: sed nõ q̃
merentur. Si autem immerito innocentiae meae: nũc maxime gaudeo. Apparet enim illos
uera obiecturos si possent. Non es in patria tua. Patria tua est ubicũq; bene es: illud enĩ
per quod bene est non est in loco sed in homine. Nihil magnũ nisi magno animo despi
cias. Quae sunt maxime diuitiae: non desiderare diuitias. Quis plurimũ habet: is qui mi
nimũ cupit. Quid est dare beneficium: deũ imitari: Honestius ẽ cum iudicaueris amare
q̃ cum amaueris iudicare: Dissentio ab alio incipiat a te autẽ reconciliatio: Succurre pau
pertati amicorum: ymmo occurre. Amico secundae res parant: aduersae certissime probant.
Peiora sunt tecta odia q̃ aperta. itaq; te minus loquax inimicus offendit q̃ tacitus. Mira
ratio ẽ quae nõ uult praedicari q̃ gaudet intelligi. Agnosci amat qui quod agit ostendit.
Elemosina nõ tam accipientibus q̃ dantibus prodest. & spes premii solacium sit laboris

La imprenta se introdujo en Nápoles en 1475. "Opera philosophica", de Lucio Anneo Séneca, impresa por Mathias Moravus en ese año en Nápoles (Biblioteca Central, Barcelona).



Aldo Manuzio (grabado del siglo XVI), el erudito impresor veneciano que, junto a grandes obras infolio, creó el tipo de libro de bolsillo.



LEONARDI ARETINI DE BELLO ITALICO
ADVERSVS GOTTHOS.

ETSI LONGE IVCVNDIVS MI
hi fuisset Italiae felicitatem q̃ clades
referre: tamen quia tempora sic tulerũt
sequemur & nos fortunae mutabilita
tem Gotthorumq; inuasionem & belli
quo Italia tota pene euersa fuit: in
his libris describemus. Dolorosam profecto materiam:
sed pro cognitione illorum temporum necessariam. Neq;
enim Xenophontem atheniensem summo ingenio uirũ
cum obsidionem & famem ac direptionem athenarũ
describit non dolenter id fecisse rear: Scripsit tamen
quia utile putabat illarum rerũ memoriam non deperire.
Neq; Liuius noster cum urbem romanam a Gallis captã
& incendiis conflagratam refert minore meroris lacrimis
q̃ cũ P. Aemilii triũphũ illũ praeclarũ de Macedonibus
aut P. Africani uictorias enarrat. Historiae quippe ille
ũ prosperas q̃ aduersas res monumentis litterarum mãdare.
Itaque optanda quidem mediocra sunt: scribenda uero
quaecumq; contigerint. Me certe haec ipsa scribentem q̃q̃
multa pro singulari amore meo erga patriam cõturbat:
[illegible]
[illegible]
[illegible]
potentissima remansit. [illegible]
magnis opibus magnaq; auctoritate uiguerit hactenus
hodieq; ingenio clarorum gloria & operum longe lateq;
[illegible]
tunc acciderunt q̃ [illegible]
[illegible]

Ejemplar de "De bello italico adversus gothos gesto", de Leonardo Bruno Aretino, impreso por Nicolaus Jenson en Venecia en 1471 (Biblioteca Central, Barcelona). Jenson fue el tipógrafo francés enviado a Maguncia por Carlos VII para que aprendiera el arte de la imprenta.

tramos la palabra *estaño* para referirse a las letras, porque éste debía de ser el metal que mayormente entraba en su composición.

Sea cual fuere la aleación de los tipos de Gutenberg, nos consta que éstos eran poco más o menos los que usamos todavía. Cada letra va grabada al extremo de un prisma metálico que se ajusta exactamente con las demás letras. En una impresión del 1476, una letra que saltó de su lugar fue impresa de lado, y se nota que el prisma que forma tiene ya igual longitud que las letras que se han usado hasta hoy en la imprenta. Es indudable, pues, que Gutenberg fue un excelente mecánico que llevó su invento a perfección. Es muy posible que esto último le haya valido el título de inventor de la imprenta. Es casi seguro que otros tendrían la misma idea, pero no llegaron a realizar plenamente sus propósitos. Han aparecido en documentos de archivo otros casos de *inventores* que hacían punzones y letras casi al mismo tiempo que Gutenberg. El lector curioso habrá leído algo acerca de cierto Waldfoger, orífice de Praga, que estuvo en Aviñón en 1446 con troqueles para hacer letras, o de otro llamado Coster que en Holanda fundía letras el año 1441. Los italianos también han imaginado tener derechos a la invención de la imprenta... Pero no vale la pena entretenerse en estas discusiones; ya lo hemos dicho al empezar: si el inventor no



Paolo Manuzio, el hijo de Aldo, que continuó la tradición paterna de editar libros con el mayor celo y pulcritud posibles.

hubiera sido Gutenberg, hubiese sido otro, pues hacia el 1440 la invención de la imprenta era inminente; pero esto no le quita mérito a la constancia, paciencia e ingenio del pobre inventor de Maguncia, que llevó a buen término el descubrimiento del *divino arte* de imprimir sin que lograra ningún provecho para sí.

Como todos los grandes inventos, el arte de imprimir se difundió por el mundo entero con maravillosa rapidez. Se ha supuesto que contribuyó a la dispersión del enjambre de impresores maguntinos una guerra que desoló a Maguncia el año 1462. Lo positivo es que ya en 1465 dos impresores ambulantes alemanes, Conrado y Arnoldo, se establecieron en el monasterio benedictino de Subiaco, cerca de Roma. Los trabajos de las prensas de Subiaco son los primeros libros impresos en Italia. Empezaron con los textos de Donato y Lactancio; tres años más tarde, en el mismo monasterio, y por los mismos impresores, se publicó *La Ciudad de Dios*, de san Agustín. Pero los dos impresores andariegos alemanes fueron llamados a Roma por una noble familia, que les facilitó local y recursos para seguir imprimiendo. Su primer trabajo en Roma fueron las *Cartas* de Cicerón. En una rúbrica al final del libro los impresores se llaman todavía a sí mismos "de nación teutónica".

Página del "Museus", obra editada por Manuzio (Bibliothèque Nationale, París).

Iniciales ornamentales venecianas del tipo de los Manuzios.





Una página de las "Epístolas de san Jerónimo", edición incunable enriquecida con orlas y viñetas miniadas.

Ya en Roma la imprenta, el papa Sixto IV se interesó por ella, y en una bula en que anima a los alemanes a continuar haciendo libros, quiere darles a entender cuánto aprecia la invención y consigna el número de ejemplares que hicieron los primeros impresores alemanes establecidos en Italia. Del ya citado libro de Donato, el de 1465, imprimieron 300 ejemplares; de las *Cartas* de Cicerón, del 1467, imprimieron 550; de *La Ciudad de Dios*, 325; las *Cartas* de san Jerónimo, en dos ediciones, llegaron a alcanzar la cifra de 1.100. Cifras formidables para la época, asombrada de que se pudiera reproducir un texto centenares de veces. Este asombro explica la leyenda que se formó más tarde, diciendo que Fust había sido amigo del diablo, porque, de otro modo, no se comprendería que sus Biblias fuesen idénticas, sin ninguna variación entre ellas.

El ejemplo de los impresores alemanes trashumantes de Subiaco, acabando por establecerse definitivamente en un centro tan favorable para sus trabajos como era Roma, se repitió en otras regiones de Italia y aun de Francia, Suiza y España. El impresor, hacia el año 1470, sería un artista vagabundo que viajaba llevando en un carrito sus matrices, sus cajas con letras y su prensa de mano. La sombra de Gutenberg, casi siempre empujada por la fortuna adversa, acompañaba en sus viajes al humilde impresor teutón. Pero a fines del siglo XV el impresor se convierte en un industrial, un editor, con carácter erudito.

El mejor ejemplo de esta transformación lo encontramos en Venecia, al establecerse allí la casa editorial de los Manuzios, que por más de un siglo estuvo produciendo verdaderas maravillas tipográficas. Aldo Manuzio no fue el primer impresor de Venecia; habíanle precedido un alemán, Johann von Spira, que llegó ya el año 1469, y un francés, Nicolás Jenson, a quien Carlos VII de Francia había enviado a Maguncia para desentrañar los secretos del arte de imprimir. Pero tanto Spira como Jenson no hicieron en Venecia sino lo que ya habían hecho tantos impresores en otros lugares del continente: simplemente imprimir libros.

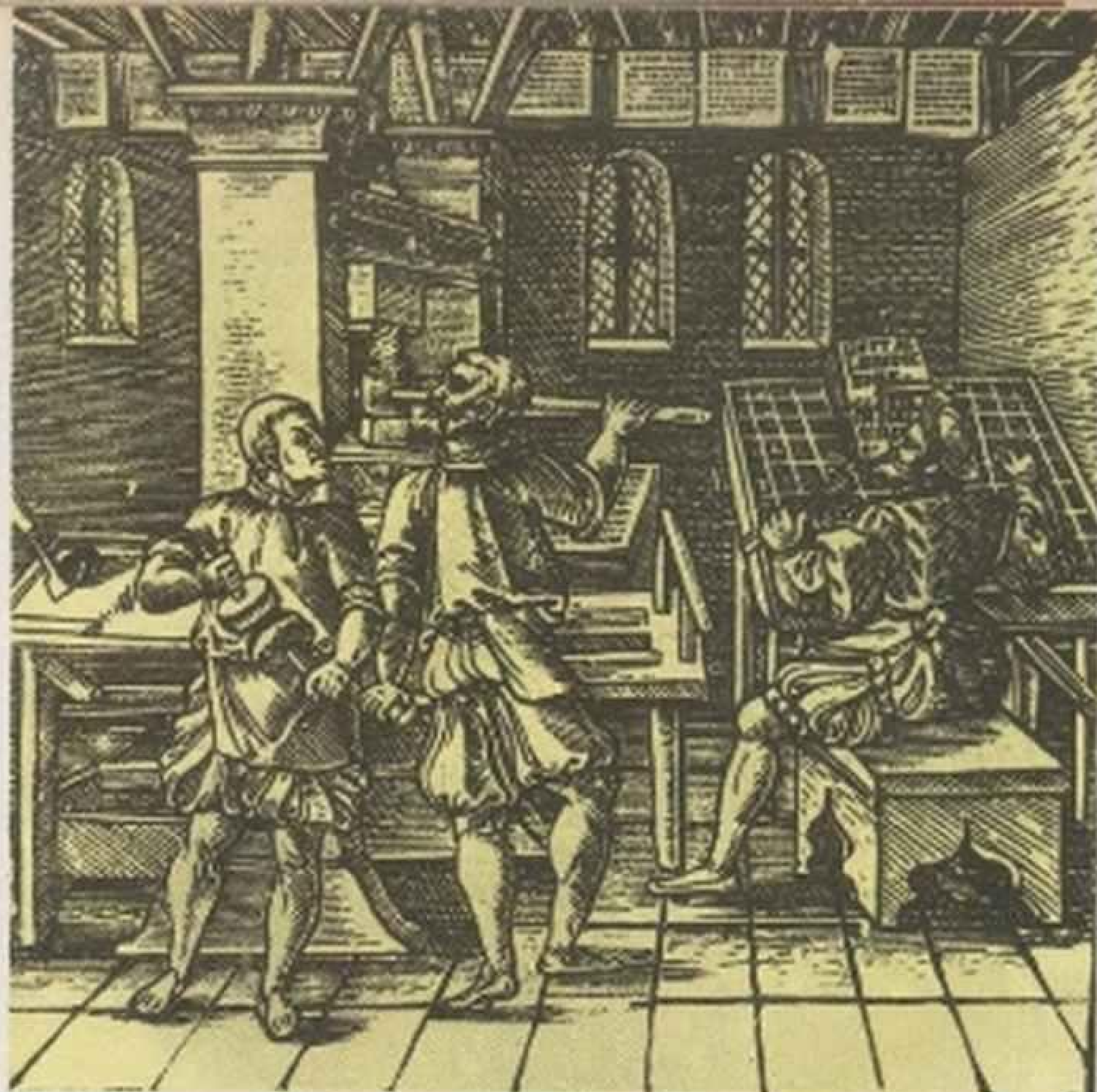
Aldo Manuzio es un tipo de hombre distinto: es esencialmente el editor que escoge los textos, los estudia, los depura y los reproduce tan perfectos como puede, pensando hacer un buen servicio a los estudiosos. Aldo era hombre serio, devoto consciente; en una ocasión en que cayó enfermo de la peste, hizo voto de hacerse religioso, pero después pidió dispensa al papa, que se la concedió, creyendo ambos, editor y pontífice, que se servía mejor a Dios y a la humanidad imprimiendo libros como los de Aldo, que encerrándose en un convento.

El carácter de Aldo Manuzio se refleja en todos sus prólogos: "Quiero consagrarme al bien público –dice en uno de ellos–; pongo a Dios por testigo de que no tengo otro deseo. Dejemos para las bestias los placeres indignos de una existencia perezosa. Catón nos lo ha enseñado: la vida del hombre es comparable al hierro; brilla si se le emplea constantemente, se enmohece y estropea si no se usa".

Aldo estaba admirablemente preparado para su labor editorial; oriundo de la Italia central, habíase educado en Roma y en Ferrara. Fue por varios años preceptor de los hijos de Pico della Mirandola; como el papa Nicolás V y tantos otros personajes del Renacimiento, había completado su educación

enseñando. Aldo nos dice que aprendió el griego cuando enseñaba latín; el método puede parecer algo raro, pero lo cierto es que llegó a ser un gran helenista. En 1494, Aldo Manuzio, probablemente protegido por Pico della Mirandola, aparece ya establecido en Venecia e imprimiendo su primer libro, la gramática griega de Láscaris. Durante varios años prosiguió editando libros infolio, y entre ellos las obras completas de Aristóteles, que se componían de cinco grandes volúmenes.

Pero esta tarea de editar para eruditos no podía satisfacer a un espíritu generoso como el suyo, y en 1500 Aldo cambió de rumbo, empezando a publicar libros pequeños, baratos, que hoy llamaríamos ediciones de bolsillo. El primer libro de esta serie fue un Virgilio, siguiéndole Horacio, Juvenal, Persio, Marcial, Lucano, Ovidio, Tibulo, Pro-



Un taller de imprimir en el siglo XV. A la derecha, un cajista componiendo.

TRANSFORMACION DEL CONCEPTO DE LIBRO

Del libro-joya (Edad Media)		al libro-útil (Edad Moderna)
El material básico es el pergamino, escaso y de elevado coste.	**El material**	Material barato y abundante, de fácil fabricación: el papel.
La reproducción del texto escrito es *muy lenta*. Cada ejemplar se copia e ilustra a mano con gran riqueza.	**La técnica**	Difusión de la imprenta; reproducción de muchos ejemplares de una sola vez.
Pequeños talleres "scriptoria", en los que se concibe su labor como un arte. Cada libro es una pieza única; cada copista, un artista.	**Organización del trabajo**	La edición se presenta como una empresa capitalista: división y especialización del trabajo, producción en serie, útiles mecánicos.
LIBRO-JOYA		**LIBRO-UTIL**
Muy caro por su coste, por el tiempo empleado, por su valor artístico. Difusión limitada a centros culturales: monasterios, universidades. No llega al público.		De poco coste, existencia de muchos ejemplares. Difusión rápida entre el gran público: se fundan bibliotecas privados.



Marca tipográfica con el áncora y el delfín empleada por los Manuzios.



William Caxton representado en un tapiz confeccionado con motivo del noningentésimo aniversario de la batalla de Hastings. Este impresor y editor inglés fue a Alemania y Holanda a aprender el oficio; vuelto a Inglaterra, instaló sus prensas en Westminster.

percio y, sobre todo, las *Rimas* del Petrarca en lengua italiana (el *Petrarquano*). En el mismo formato pequeño, en octavo, Aldo imprimió a Sófocles, Homero, Demóstenes y la antología griega. ¡Qué enorme sorpresa, sobre todo si se tiene en cuenta que Aldo no sólo imprimía los textos, sino que escogía los manuscritos y los depuraba de errores de copistas! Se alababa de que no se imprimía una letra en sus prensas que él no la hubiese visto y aprobado. A veces se queja en sus prólogos de que no puede contestar a todas las cartas, de que va siempre corto de tiempo y dinero. No resistimos la tentación de copiar el siguiente párrafo, que revela el temperamento de Aldo:

"Unos vienen para saludarme, otros sin más excusa que la de curiosear. Me dicen: –¿Qué estás preparando, Aldo?– y se sientan... y empiezan a bostezar. Ya no hablo de los que vienen a leerme poemas o discursos en prosa. Les contesto distraído, porque no puedo concederles el tiempo que necesito para mis libros. Ahora he impreso este cartel, que tengo bien visible sobre mi mesa: –Quienquiera que seas, Aldo te suplica y vuelve a suplicar que despaches pronto, y que, al estar listo, te marches, a menos que no quieras hacer como Hércules, que acudía a sostener el peso de Atlas cuando éste se cansaba".

Aldo Manuzio murió dejando sólo un hijo menor de edad y, por algunos años, la imprenta fue regida por los hermanos de la viuda, que no tenían los mismos escrúpulos editoriales que el fundador de la casa. Pero al crecer el muchacho, llamado Paolo, comprendió que su interés era conservar la reputación de sus talleres, y volvió a imprimir libros con todo el celo y la pulcritud posibles. La *firma* continuó con el nieto, que se llamaba Aldo Manuzio como el abuelo. Los Manuzios usaron siempre la famosa marca del áncora y el delfín, gracioso emblema no sólo de Venecia, sino del Mediterráneo y de la cultura clásica.

En Francia la imprenta, ¡cosa admirable!, fue importada por la universidad. El prior de la Sorbona, que era un alemán, en el año 1470 mandó llamar a tres impresores, compatriotas suyos, para que vinieran a ejercer el nuevo arte dentro del recinto mismo de las escuelas. El primer libro de estos tres extranjeros, convertidos en impresores universitarios, fue el texto de las *Epístolas* de Gasparin de Bérgamo y, orgullosos de su industria, consignan al final del texto que es el primer libro impreso en tierra francesa por la *divinam artem scribendi... quam Germania movit*. Los tres alemanes de la imprenta universitaria de la Sorbona continuaron trabajando asociados hasta el año 1478, en que dos de ellos regresaron a su patria. Uno solo, Gering, continuó imprimiendo en París hasta mucho más tarde y a él se considera como el verdadero introductor del arte de imprimir en Francia. Pero el que puede considerarse el primer editor francés es Henri Estienne. Los tiempos heroicos de tanteo y de invención ya han pasado: cuando empieza Estienne, la gloria estriba en editar textos, no en multiplicar copias. Estienne pertenecía a una antigua familia, mas para hacerse impresor y editor no tuvo reparos en cambiar su vida por completo. Nos ha dejado 121 libros, todos de ejecución meticulosa, papel excelente, texto claro y depurado a más no poder. Era, además, un gran helenista: su *Thesaurus Graecae Linguae* (en cinco volúmenes, 1572) se consulta todavía.

De la misma categoría moral que Aldo

LOS PRIMEROS BEST-SELLER

Tratándose del período anterior a la invención de la imprenta, para tener una idea aproximada de la difusión de una obra hay que averiguar el número de manuscritos de la misma que se han conservado y hacer conjeturas sobre los que debieron de existir; así, por ejemplo, sabemos que las *Etimologías* de san Isidoro fue uno de los libros más divulgados de la Edad Media porque de él se conservan más de mil manuscritos, lo cual permite suponer que existirían más de diez mil. A partir de la época de Gutenberg, basta conocer el número de ediciones y la tirada de cada una de ellas para tener una noción mucho más exacta de los ejemplares de un libro determinado que llegaron a circular; pero no siempre estos datos son tan fáciles de averiguar, ni son tan reveladores como podría suponerse a simple vista: de una parte, porque a menudo se ignoran las cifras de tirada (todavía hoy, grandes editoriales se niegan sistemáticamente a facilitar información a este respecto), y de otra, porque en determinados casos estas cifras no reflejan el entusiasmo de muchos lectores por una obra, sino la necesidad de ésta —debido a su carácter de libro de consulta o de texto escolar— para algunos sectores especializados de público. Sería, pues, abusivo considerar como *best-seller* las citadas *Etimologías* para la Edad Media o, en los primeros años de la imprenta, ciertos manuales como las gramáticas latinas, de las que un impresor de Colonia llegó a publicar veinte ediciones en sólo cuatro años.

En la segunda mitad del siglo XV, la tirada de un libro solía ser de unos doscientos ejemplares como término medio, y el veneciano Aldo Manuzio fue el primero en hacer ediciones mayores con regularidad, aproximadamente del orden del millar de ejemplares. Estas cifras fueron aumentando progresivamente, y en el siglo pasado se consideraba como un gran *best-seller* el libro que tenía una venta de unos cincuenta mil ejemplares en un año, y hoy día los *best-seller* de alcance universal sobrepasan holgadamente el medio millón de ejemplares anuales y a veces incluso el millón.

El primer *best-seller* de la historia de la imprenta fue un libro de devoción, la *Imitación de Cristo*, atribuido a Tomás de Kempis; la edición príncipe de esta obra está fechada en 1473, dos años después de la muerte de su autor, y antes de terminar el siglo XV se habían hecho de ella noventa y nueve ediciones, aproximadamente una trigésima parte de las efectuadas hasta hoy. A comienzos del siglo XVI es Erasmo de Rotterdam quien bate todos los récords de edición: sus *Adagia* conocen treinta y cuatro ediciones de mil ejemplares cada una entre 1500 y 1520, y los *Coloquios familiares*, veinticinco ediciones entre 1518 y 1522. El *Elogio de la locura* supera aún estas cifras, enormes para la época.

A medida que avanza el siglo XVI hay otras obras que gozan de una inmensa popularidad entre el público lector y que van desplazando a los libros de Erasmo: entre las obras propiamente literarias o de imaginación, cabe citar el modelo de todos los libros de caballerías, el *Amadís de Gaula*, con más de treinta ediciones españolas en el curso del siglo, y el poema de Ariosto *Orlando furioso*, que en los diez años siguientes a su versión final (1532) fue objeto nada menos que de treinta y seis reimpresiones.

Pero, sin duda alguna, los libros que tuvieron más difusión en esta época no fueron novelas ni poemas, sino obras de carácter estrictamente religioso, y en este género Lutero se convirtió en el autor más vendido de su siglo. Ya en 1517 sus 95 tesis aseguraron la prosperidad de la pequeña imprenta que Hans Lufft poseía en Wittenberg, y sus obras posteriores tuvieron un éxito sin precedentes: del *Sermón sobre las indulgencias* se hicieron treinta ediciones y, en 1520, de su exhortación *A la nobleza cristiana* sólo en cinco días se vendieron cuatro mil ejemplares. Pero el gran *best-seller* de Lutero fue su traducción de la Biblia: del Nuevo Testamento se sabe que se vendieron cinco mil ejemplares en pocas semanas, y en los dos años siguientes se hicieron ochenta ediciones más, la inmensa mayoría de ellas piratas. El Antiguo Testamento tuvo también mucho éxito, pero no se conocen las cifras de ventas. En conjunto, de toda la versión luterana de la Biblia, solamente en vida del reformador se hicieron cuatrocientas treinta ediciones.

C. P.

Manuzio y Estienne es el gran impresor de Basilea Johann Amerbach. También en Suiza habíanle precedido los alemanes trashumantes, pero Amerbach acometió la impresión de obras de gran vuelo: la edición completa de los escritos de san Agustín y de san Jerónimo. Murió joven, sin poder ver terminada su labor, pero había preparado a sus hijos, dándoles una educación apropiada y, sobre todo, había sido maestro de su sucesor Froben, que acabó el san Jerónimo. Al morir Amerbach, Erasmo y Estienne escribieron sus pésames en verso; existía una solidaridad internacional entre los intelectuales de aquella *nueva Europa*, que reaparece y reaparecerá siempre que se manifieste el poder del espíritu.



El jurisconsulto Bonifatius Amerbach, por Holbein (Kunstmuseum, Basilea). Hijo del famoso impresor de Basilea Johannes, trabajó en la edición de las obras de san Jerónimo.

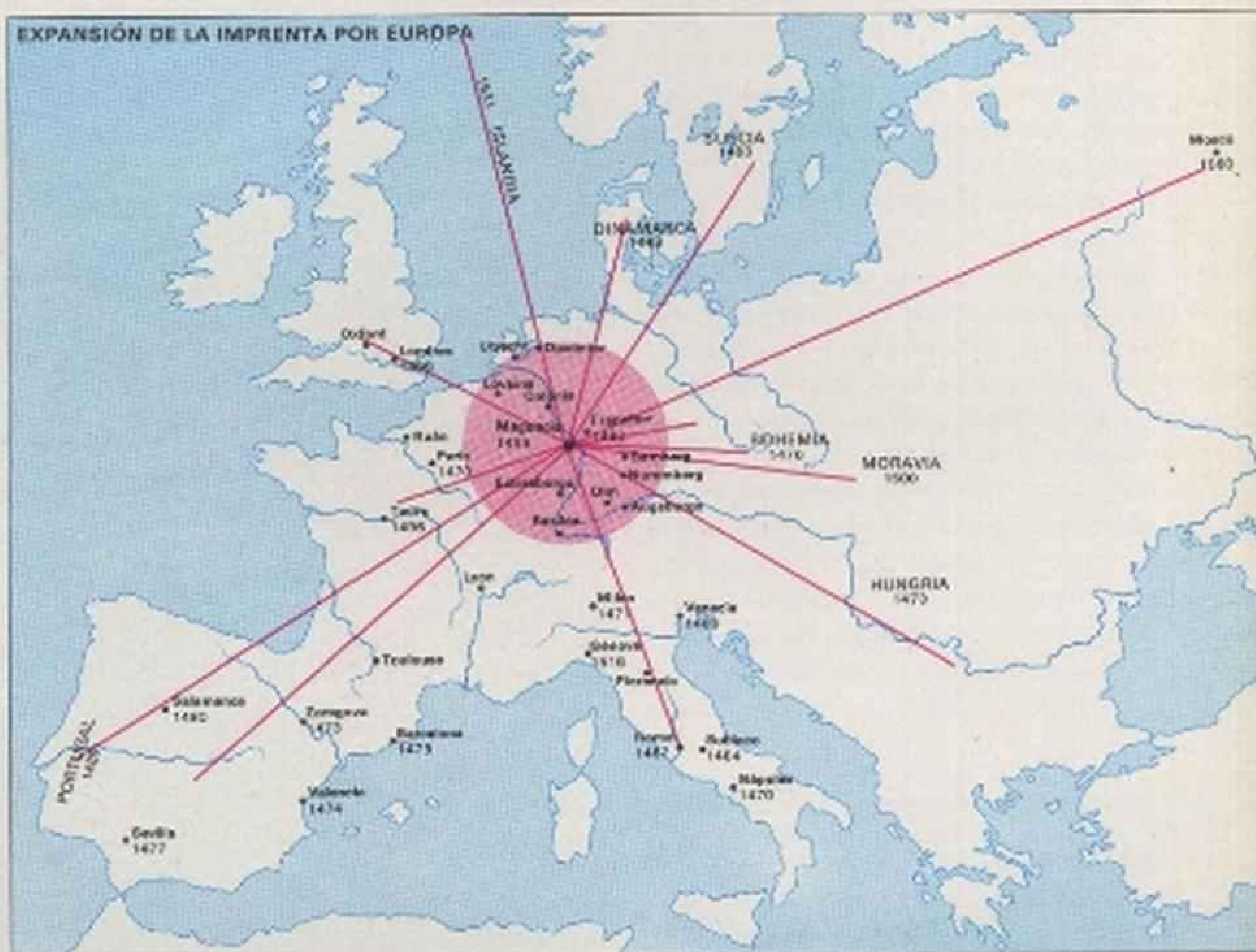


IN DEY NOMINE AMEN.
En la Villa de aguila fuente logar de
los venerables señores dean ⁊ cabil
do dela igl'ia cathedral dela muy no
ble ⁊ leal çibdat de segouia. lunes pri
mero dia del mes de Junio anno del
nasçimiẽto de nro saluador ihu xpo
de mill ⁊ quatroçientos ⁊ setenta ⁊ dos años. Estando
dentro enla igl'ia de señora santa maria dela dicha villa
el muy Reuerendo in xpo padre ⁊ señor don iohan por
la gra de dios ⁊ dela santa igl'ia de Roma obpo de sego
uia oydor dela audiencia del Rey nro señor ⁊ del su cõ
sejo çelebrado signodo y estando y presentes muchos
Señores ⁊ psonas asi dela igl'ia cathedral dela dicha çib
dat como del estado eclastico dela dicha çibdat ⁊ de to
do su obpado. E asi mesmo del estado seglar dela dicha
çibdat de segouia ⁊ delas villas E logares de todo su
obpado. E en presençia de mi anton de villa castin nota
rio publico apostolico ⁊ secretario del dicho señor obpo
E de mi pero garçia dela torre escriuano publico dela
dicha çibdat de segouia ⁊ su tierra ala merçed de nro
Señor el Rey ⁊ su notario publico enla su corte ⁊ en to
dos los sus Regnos y señorios ⁊ escriuano delos fechos
del cõçejo ⁊ pueblos dela dicha çibdat ⁊ su tierra ⁊ ante
los testigos de yuso escriptos. Luego el dicho señor
obpo dixo que por quãto el por sus cartas de llamamien
tos E çitaçiones ouiera mandado llamar alos venerables
Señores dean ⁊ cabildo ⁊ personas dela su igl'ia cathe

Sinodal de Segovia, que se supone el primer libro español, impreso en esa ciudad hacia 1472-1473.

Froben trabajó con Erasmo, quien se instaló en su propia casa para imprimir los Evangelios en el texto griego. Erasmo se alaba, al final del libro, de que él ha vigilado la impresión; sin embargo, no escasearon las erratas, y algunas bien comprometedoras. Las erratas han sido siempre la calamidad de la imprenta; el divino arte es inferior en esto al de los antiguos amanuenses, quienes no repetían los errores, aunque cada manuscrito tenía sus erratas; en cambio, en los impresos, un error se repite centenares de veces. Ya el primer libro datado, el *Salterio* de 1457, de Fust y Schöffer, lleva en el epílogo, o colofón, la errata de *spalmorum* por *psalmorum*. En una edición de Erasmo se le escapó *amore* en lugar de *more*, lo que hacía el texto condenable por la Inquisición.

En Inglaterra, la imprenta y también el oficio de editor fueron introducidos por William Caxton; éste había ido a aprenderlo a Alemania y Holanda, y antes de regresar a su país ya había impreso un libro inglés en Brujas. Tenía, pues, vocación bien profunda y era perfecto conocedor del arte cuando en 1467 se repatrió, instalando sus prensas en Westminster. Allí publicó el primer libro impreso en Inglaterra: *The dictes and sayings of philosophers*, terminado el 18 de noviembre de 1478. Los impresos de Caxton son algo rudos, como ruda era Inglaterra por aquella época; los caracteres son góticos, bastos y



Página de las "Trobes de la Verge María", libro impreso en Valencia en 1474.

Les obres o trobes dauall serites les quals tracten de labors dela sacratissima verge Maria foren fetes e ordenades p los trobadors dejus e en cascuna deles dites obres serites rsponents a una sentecia o seria ðl mes prop insertal libel o cartell ordenat p lo uenerable moss Bernat fenollar preuere e domer dela Seu ðla insigne Ciutat de Valentia de manament e ordinatio del Spectable senyor frare Luis despuig Mestre de Muntesa e Visrey en toc lo Regne de Valencia Lo qual senyor com adeuot dela verge Maria posa en la dita Ciutat de Valencia una Ioya a tots los trobadors a onze dies del mes de Febr Any ðla natiuitat ð nre senyor Mil. CCCC. Lxxiiii. ço es hun troç ð drap de uellut negre apte o bastant p hun gipo qui mils lobara la uerge Maria en qual seuol lengua la qual Ioya per adir en aquella fonch lo dit dia posada en la casa ðla cofraria de sant Iordi dela dita Ciutat e Iutgada a. xxv. del mes de Mars del dit any Lo tenor o seria del dit Cartell es lo mes prop seguent.

Página del libro "Ars musicorum", de Guillem de Puig, impreso en Valencia en 1495 (Biblioteca Central, Barcelona). Obsérvese que los ejemplos musicales están escritos a mano. En cambio (a la derecha), una página del "Missale secundum consuetudinem sedis Valentie", impreso en Venecia en 1492, por Joannes Hertzog, ya tiene las notas en caracteres tipográficos (Biblioteca de la universidad de Valencia).

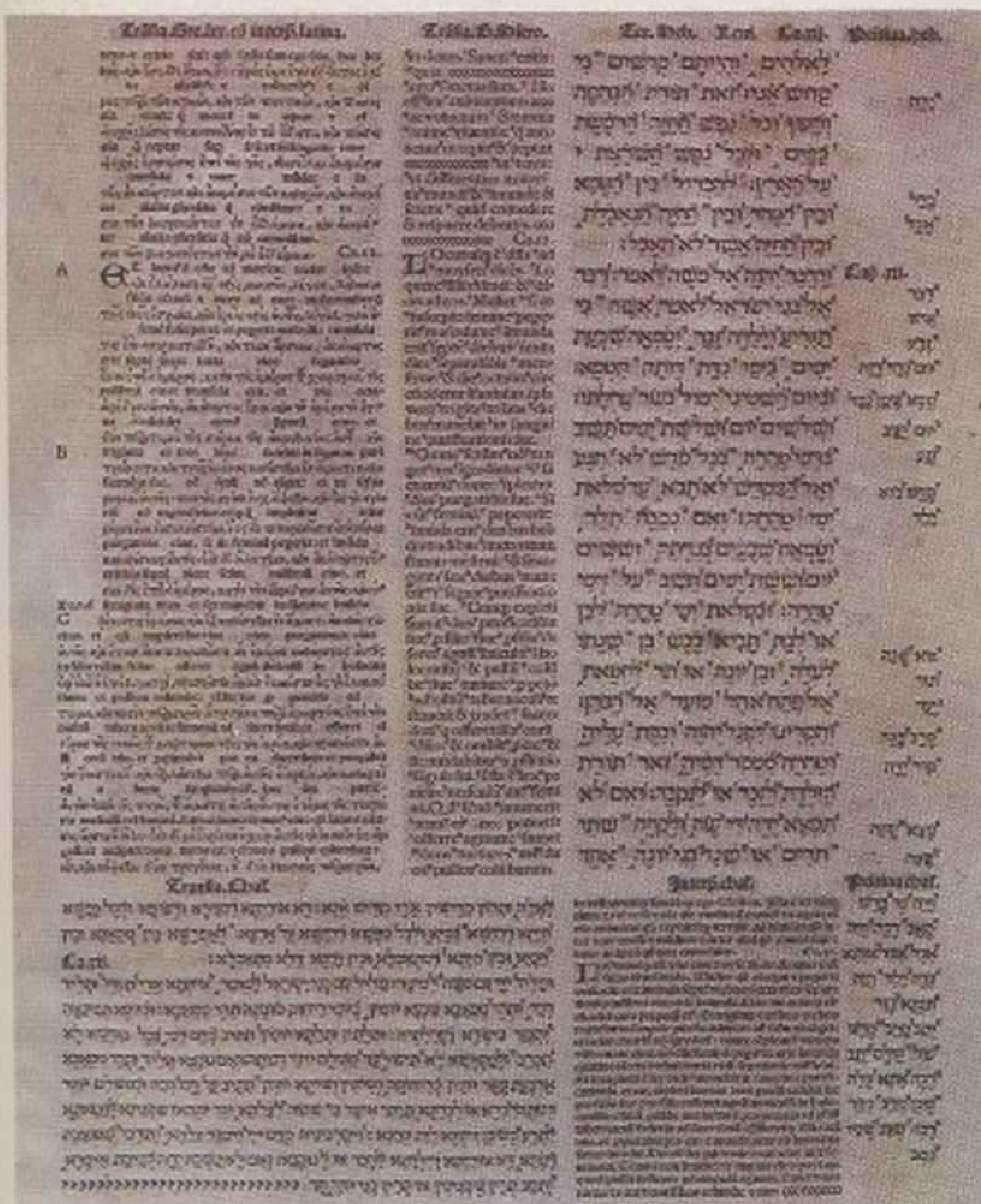
mal compuestos. De todos modos, la contribución de Caxton a la cultura inglesa es formidable; editó 96 títulos, sin cooperación ni asistencia de ningún protector.

Se ha discutido mucho acerca del primer libro impreso en España, que se creía que era un método para aprender el latín destinado a los catalanes. No lleva título y se conoce por las palabras iniciales del texto: *Pro condendis orationibus*. El texto es del profesor Bartolomé Matas y la estampación, debida al alemán Johann Gherling, terminó en octubre de 1468, pero recientemente se ha demostrado que dicha fecha está equivocada. El que se considera más antiguo es de Valencia, las *Trobes de la Verge María*, que se refiere a un certamen celebrado en 1474. Una de las casas editoriales españolas más importantes es la del alemán Cronberger, establecido en Sevilla, por haber salido de su taller los primeros impresores de América, que trabajaron en México a nombre de su patrono, aunque sin hacerle mucho honor. En cambio, en España se produjo la primera gran obra internacional de la imprenta. Se habían hecho impresos bilingües en Italia, pero la *Biblia Poliglota*, de Cisneros, es más que eso: es un trabajo de cooperación intelectual que recuerda los esfuerzos de Alfonso el Sabio, con su *scriptorium*, donde trabajaban eruditos de todas las naciones. A la formidable empresa de Cisneros contribuyó el papa León X, prestando manuscritos de la Biblioteca Vaticana. Los colaboradores fueron pagados con largueza; los trabajos preparatorios empezaron en el año 1502 y el texto no se acabó de imprimir hasta el 1520. Costó la obra cincuenta mil coronas de oro. El papa León X (un Médicis) recomendó la publicación de la *Biblia Poliglota* el 22 de marzo de 1520. Cisneros ya había muerto, y al faltar su impulso emprendedor, la obra quedó sin ver la luz hasta el año 1522, en que se distribuyó a los suscriptores.

"Comprehensorium Joannes", primer libro con fecha completa (25 de febrero de 1475) impreso en España (en Valencia, por Lamberto Palmart).

BIBLIOGRAFIA

Armstrong, E.	*Robert Estienne, royal printer*, Cambridge, 1954.
Bohigas, P.	*El libro español. Ensayo histórico*, Barcelona, 1962.
Mortet, Ch.	*Les origines et les débuts de l'imprimerie*, París, 1922.
Norton, F. J.	*Italian Printers, 1501-1520*, Cambridge, 1958.
Rubió i Balaguer, J., y Madurell, J.	*Documentos para la historia de la imprenta y de la librería en Barcelona: 1474-1553*, Barcelona, 1955.
Ruppel, A.	*Johan Gutenberg, sein Leben und Werk*, Berlín, 1947 (2.ª ed.).
Torre Revello, J.	*Orígenes de la imprenta en España y su desarrollo en América española*, Buenos Aires, 1940.
Updike, D. B.	*Printing types, their history, forms and use. A study in survivals*, Oxford, 1952.
Vindel, F.	*El arte tipográfico en España durante el siglo* XV, Madrid, 1945-1951 (9 vols.).



Página de la Biblia Políglota Complutense, alarde tipográfico de principios del siglo XVI *impreso por A. G. Brocar e iniciada bajo los auspicios del cardenal Cisneros.*



El castillo de Coburgo, donde residió Martín Lutero en 1530.

La Reforma. Erasmo y Lutero

A últimos del siglo XV era inevitable una reforma de la Iglesia. Pero el egoísmo de muchos de sus altos dignatarios y la convicción que éstos tenían de ser invulnerables les hacía demorar la reforma para los que vendrían después. Nadie discutía el hecho de que la avaricia de los eclesiásticos, su corrupción y su ignorancia habían llegado hasta más allá de lo increíble; pero el trabajo de expurgar la Iglesia de Cristo de las ramas estériles y ponzoñosas se dejaba para mejor ocasión. Al fin y al cabo, la monarquía pontificia había sido el único remedio para poner fin a los desórdenes de la época del Gran Cisma, y los concilios que se reunieron a lo largo del siglo XV y hasta principios del XVI no sólo fracasaron totalmente en sus intentos de reforma, sino que pusieron de nuevo a la Iglesia al borde de la desunión.

Los escritos de los humanistas laicos, y aun eclesiásticos, de la segunda mitad del siglo XV están llenos de las más severas diatribas contra los clérigos, las Ordenes religiosas y aun la curia romana. No tenemos ningún empeño en escandalizar a los lectores; creemos que lo que es de Dios no necesita defensa, y lo que es contra Dios se deshace por sí mismo; pero es indispen-

sable consignar aquí algunos datos para que se vea hasta qué punto llegó la inmoralidad de los clérigos de aquella época. Como quiera que se sentían impunes, podían cometer los mayores desmanes: en la coronación del papa Alejandro VI (el famoso Borgia), para adularle, el pueblo romano levantó un arco de triunfo en el que se leía esta inscripción: "La Roma de los Césares fue grande, ésta de los papas lo es más; aquéllos eran emperadores, éstos son dioses".

No haremos responsable al pontificado de esta poesía callejera; pero que los papas se sentían omnipotentes, y con derecho sobre los reyes, está plenamente confirmado por el lenguaje empleado en sus bulas y excomuniones. Paulo II destituyó al rey de Hungría y puso en su lugar a Matías Corvino; Julio II excomulgó al rey de Navarra Juan de Albret y a su esposa Catalina para que Fernando el Católico pudiese ocupar sus estados.

Otro ejemplo de la seguridad que tenía el papa de ser árbitro del mundo es el reparto que hizo Alejandro VI de las tierras de ultramar entre castellanos y portugueses.

Julio II, por Rafael (Galería Pitti, Florencia). Este papa, como otros del Renacimiento, empleó la renta de cargos (simonía) para obtener dinero con que hacer frente a los cuantiosos gastos del pontificado.



Si este poder hubiese sido siempre legítimamente obtenido, y ejercitado por pontífices piadosos y capaces, la protesta que originó la Reforma se hubiera reducido a una reacción de carácter político, como la que había motivado el conflicto entre el pontificado y el Imperio en tiempos de Gregorio VII. Pero era notorio (y aunque no fuese cierto lo creía todo el mundo) que algunos papas habían logrado la elección distribuyendo sumas importantes entre el colegio cardenalicio, y era bien sabido que muchos de los cardenales habían comprado su cargo. Para procurarse dinero con que ayudar a las conquistas de César Borgia, su padre Alejandro VI en 1500 creó doce cardenales, que pagaron 120.000 ducados por los capelos. En 1503, necesitando todavía recursos para las guerras de Romagna, el papa nombró otros nueve cardenales, que aportaron la suma de 150.000 ducados.

Altos cargos de la curia se vendían igualmente al mejor postor. Un temperamento tan calmoso y de tanta sangre fría como Burckhardt, el autor de la crónica pontificia de la época, nos cuenta que él obtuvo su empleo de maestro de ceremonias pagando 450 ducados, *incluidos todos los gastos*, lo que quiere decir propinas. El mismo Burckhardt ofreció en vano al papa Julio II la suma de 2.000 ducados por una plaza de escribiente; pero, en cambio, logró otra colocación de corrector de escrituras por 2.040. Y como quiera que su cargo de maestro de ceremonias y su título de obispo de Orta debían darle ocupación más que sobrada, resulta claro que las dignidades accesorias que compró Burckhardt eran *sinecuras* y que empleaba en ellas sus ahorros para que proporcionaran un saneado interés a su dinero.

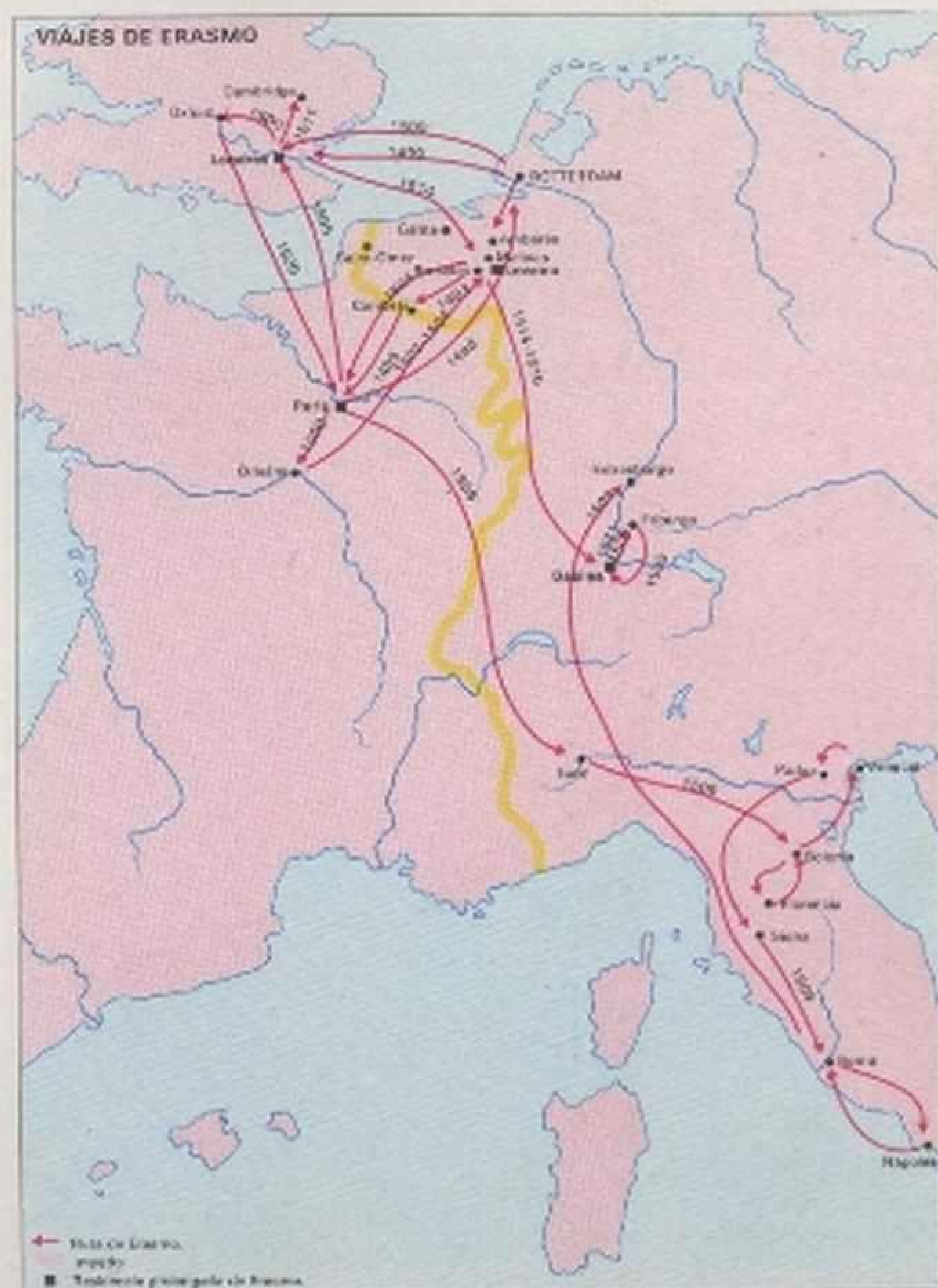
Julio II creó un *colegio* de cien escribientes, a los que hizo pagar 14.000 ducados por su empleo. León X nombró sesenta chambelanes y ciento cuarenta escuderos, que le pagaron, todos juntos, 90.000 y 112.000 ducados, respectivamente. Estos puestos, obtenidos por dinero, eran considerados inamovibles y algunos de ellos podían ser traspasados por su poseedores a otros que los compraban pagándolos con sobreprecio. Así se creaba un círculo vicioso: para pagar los sueldos de los simoníacos había que procurarse más dinero, y los fondos, en muchos casos, tenían que obtenerse creando otros empleos para venderlos a nuevos simoníacos. A veces se temía que un papa reformador llegaría a cortar por lo sano, dejando sin empleo y sueldo a las sanguijuelas de la curia romana... Pero, desgraciadamente, los papas reformistas duraban poco, pues morían prematuramente o cambiaban de parecer, como León X, que, a pesar de ser un

Erasmo de Rotterdam, por Holbein.



Médicis, decía: "Gocemos del pontificado, ya que Dios nos lo ha concedido". Otros, no obstante sus buenas intenciones, dejaban en sus empleos por compasión a tantos que los habían comprado creyendo haber hecho un buen negocio. Adriano VI, el preceptor del emperador Carlos V, que precisamente había sido elegido papa para acabar con los despilfarros de León X, se reconoció incapaz de terminar con tantos abusos. Cuéntase que, a su llegada a Roma, los palafreneros del difunto papa le recibieron de rodillas, pidiéndole que les conservara en su empleo. León X necesitaba sesenta palafreneros; Adriano VI dijo que le bastarían cuatro, pero, así y todo, no se atrevió a despedirlos. Tantos empleados sin prestar servicio, y tantos postulantes a nuevos empleos, llenaban a Roma de gente vagabunda y maleante. El cardenal Silíceo escribía a Carlos V que había en Roma 6.000 españoles intrigando para conseguir beneficios. "Estos se venden a venteros y mercantes que no saben leer el libro de rezos." Roma se había convertido en un lugar malsano, sentina de vicios, como la llamaba Erasmo. Con una población de 100.000 almas, a principios del siglo XVI, Roma contaba 6.000 prostitutas, más, en proporción, que las que atribuye el censo oficial a las ciudades de la Europa moderna más corrompidas por este comercio. Sólo la peste, diezmando la población, podía con la muerte abrir claros en el tropel insaciable de los empleados pontificios.

La corrupción romana se contagiaba a toda la cristiandad. La curia no sólo vendía los cargos de sus oficiales, sino que daba en encomienda obispados y abadías del mundo entero. Sixto IV, de cuyo nepotismo hemos tenido que hablar en capítulos anteriores, propuso como obispo de Cuenca a un sobrino suyo que habitaba en Génova. Los Reyes Católicos se resistieron a aceptar semejante



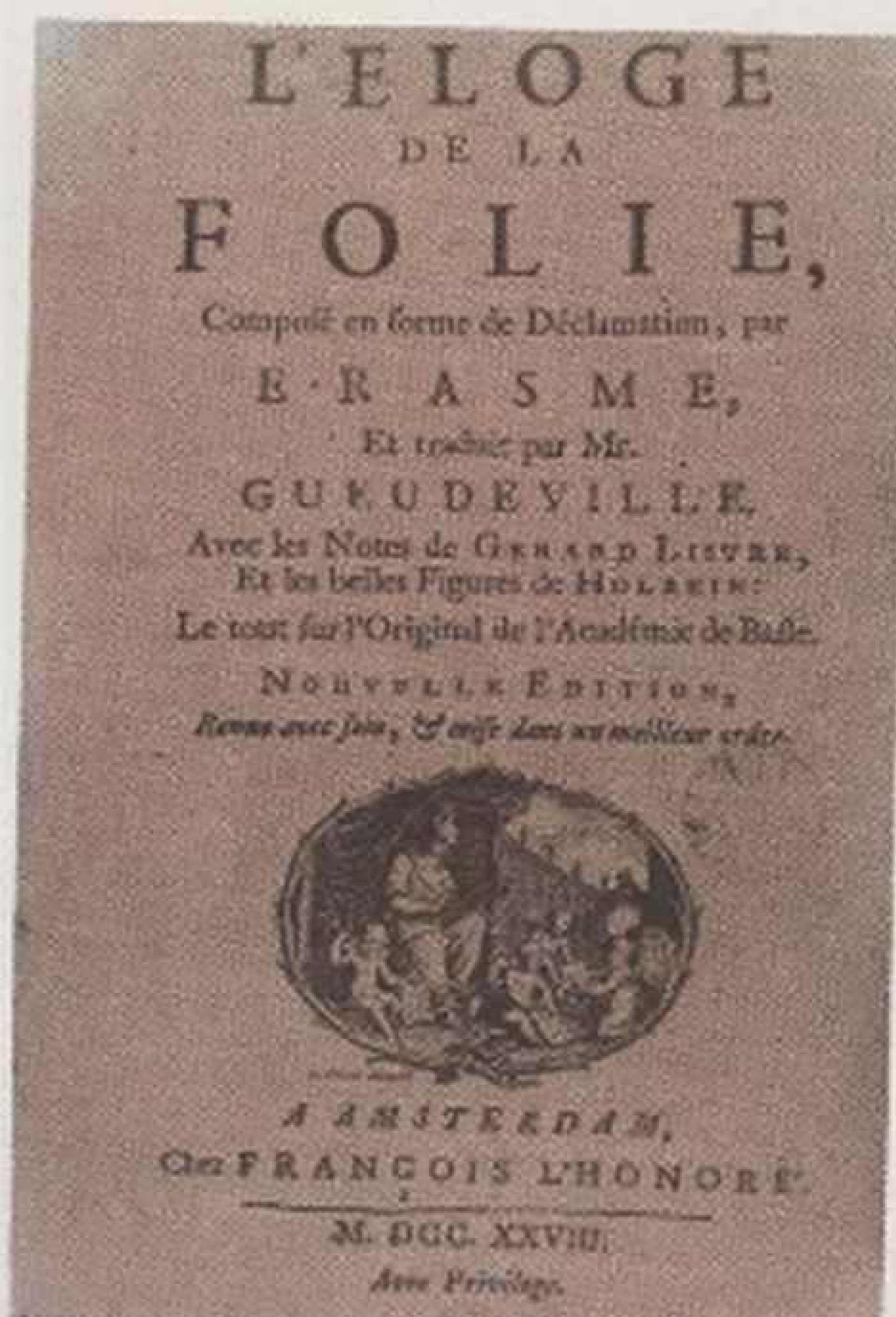
Erasmo, como típico representante del humanismo, es cosmopolita, universal, ha de cultivarse; reclama de él mismo un esfuerzo constante para realizar la más alta perfección de las relaciones humanas. De ahí su constante deseo de ponerse en contacto con los diversos focos de cultura (universidades, etc.) y las más altas personalidades de su época (príncipes, impresores, profesores, historiadores, etc.).

Vista de Londres desde el puente del Támesis, en tiempo de Erasmo. Llegado Erasmo a esta ciudad en 1497, y en estrecha amistad con Tomás Moro, se relacionó con la intelectualidad inglesa, la cual le estimuló a que compusiera su primer libro.

candidatura y retiraron su embajador en Roma. Ante la amenaza de Fernando e Isabel de pedir la convocación de un concilio, y ayudando como pacificador el cardenal Mendoza, Sixto IV capituló y no se habló más de su sobrino. Pero no todos los soberanos tenían el mismo tesón y fuerza moral de los Reyes Católicos; a menudo transigían, a cambio de otros favores que esperaban llegar a conseguir del pontífice, y el ventero y arriero que, según el cardenal Siliceo, intrigaban en Roma, obtenían el beneficio y se marchaban a gozarlo, o cobraban sólo sus rentas, autorizados por una dispensa, también pagada si era preciso.

En estas condiciones, la reforma, que ya hemos dicho que era inevitable, se hubiera impuesto sin necesidad del cisma luterano, aunque tal vez tardara mucho más. Todos los que lamentaban los abusos de la época proponían como remedio un concilio; pero es evidente que, a fines del siglo XV, un concilio ecuménico no hubiera llevado a cabo fácilmente la reforma que más tarde cristalizó en el concilio de Trento. La Iglesia romana tenía que padecer la prueba del ataque de los protestantes para poder enmendarse y restablecer la disciplina.

Sin embargo, tan extendido estaba el mal y tan necesaria era la corrección, que por algún tiempo la Iglesia no sólo no persiguió a los que la enjuiciaban con sus críticas y sátiras, sino que hasta los protegió; creía tal vez que, exponiendo el mal, la ayudarían a corregir los escándalos. Esta es la primera fase de la Reforma, representada por Erasmo y hasta cierto punto por Lutero; la segunda fase es la radicalización y fijación de la teología protestante con Calvino, Zuinglio y Knox, y la tercera fase es ya la que se llamó Contrarreforma, cuyos factores más importantes son san Ignacio –o mejor, la Compañía de Jesús– y el concilio tridentino. A cada uno de estos tres momentos de la lucha religiosa dedicaremos uno de nuestros capítulos.



L'ELOGE
DE LA
FOLIE,
Composé en forme de Déclamation, par
E·RASME,
Et traduit par Mr.
GUEUDEVILLE,
Avec les Notes de GERARD LISTRE,
Et les belles Figures de HOLBEIN:
Le tout sur l'Original de l'Académie de Basle.
NOUVELLE EDITION,
Revue avec soin, & mise dans un meilleur ordre.

A AMSTERDAM,
Chez FRANÇOIS L'HONORÉ.
M. DCC. XXVIII.
Avec Privilege.

Portada de la traducción francesa del "Elogio de la locura", de Erasmo de Rotterdam (Biblioteca Central, Barcelona).

Para empezar, ya hemos dicho que los primeros ataques contra la Iglesia, acusándola de ignorancia y de desmoralización, fueron soportados con singular benevolencia. La literatura anticlerical de principios del siglo XVI es abundantísima y los clérigos eran los primeros en aplaudirla. Mientras no se incurriese en error teológico, la Inquisición no se entremetía. Los humanistas conocían este peligro y se detenían en el justo límite hasta donde el Santo Oficio permitía llegar.

Es imposible en un libro como el nuestro enumerar el alud de tratados cortos y opúsculos, la mayor parte en latín, que aparecieron entre los años 1490 y 1530, presentando a la Iglesia como una organización de gente maleante. Es el tema de moda; hasta en España está la novela picaresca llena de ejemplos de inmoralidad que ofrecen los eclesiásticos; son, sin embargo, ataques mezquinos, de soslayo, sin trascendencia, porque parecen errores y abusos individuales; no se percibe en ellos la gangrena del cuerpo entero de la Iglesia.

Erasmo es el genio que se consagra a esta labor fiscalizadora; sus obras toman a veces el tono de burla, pero no dejan nunca de proponer una corrección. Erasmo ha sido severamente criticado hasta nuestros días; católicos y protestantes le acusan de haber desencadenado la tempestad para acogerse después, en medio del temporal, al seguro refugio de una posición de erudito espectador que no está obligado a participar en la contienda.

El papa Adriano VI, que era casi su compatriota, le llamó a Roma y le ofreció un capelo, para que fuese a ayudarle en su labor

EL ERASMISMO EN ESPAÑA

Excepto en Italia, donde la existencia de una larga tradición humanística les movía a desdeñar orgullosamente las enseñanzas de aquel "bárbaro" del Norte, el pensamiento de Erasmo influyó mucho en toda la Europa occidental, pero en ningún país tuvo repercusiones tan importantes como en España; ello se debió en buena parte a que en los primeros lustros del siglo XVI varios factores prepararon el terreno para la recepción del erasmismo: los *alumbrados* predispusieron a acoger favorablemente las teorías acerca de la religiosidad interior, la Biblia Políglota de Alcalá sentó las bases de un replanteamiento de los estudios bíblicos y el incipiente humanismo hispánico empezó a orientarse en un sentido de entusiasmo por la cultura clásica. Pero el elemento decisivo, en íntima conexión con todos estos fenómenos, era el clima de inquietud y de rebeldía que existía en muchos ambientes minoritarios de toda Europa. Era patente la necesidad y la urgencia de un gran cambio en la Iglesia, y antes de que surgiese Lutero, el erasmismo proporcionó a multitud de espíritus inquietos un vasto repertorio de ideas y de actitudes que significaban una crítica desde dentro que apuntaba a una gran reforma, todavía dentro de los límites de la ortodoxia.

Las primeras muestras de la influencia de Erasmo en España datan de poco antes de 1520, y a lo largo de diez años el pensamiento erasmiano va a tener una difusión extraordinaria en el país, contando con el apoyo de los más altos personajes del reino, desde el propio emperador Carlos V hasta el inquisidor general, pasando por el arzobispo de Toledo y el gran canciller. Pese a las violentas campañas antierasmistas, casi siempre conducidas por las órdenes mendicantes, los libros del humanista neerlandés se traducían, conocían numerosas reimpresiones (así, por ejemplo, el *Enquiridión o Manual del caballero cristiano*, que tradujo hacia 1526 el Arcediano de Alcor) y penetraban en ambientes universitarios, burgueses y conventuales: Alcalá (con el impresor Miguel de Eguía y el Colegio Trilingüe, en el que no faltaba una cátedra de estudios bíblicos desempeñada por un agustino erasmista, fray Dionisio Vázquez) era el centro principal de este movimiento, cuyas ramificaciones abarcaban desde las altas esferas de la corte hasta muchos ambientes de intachable ortodoxia (hay indicios que permiten aventurar la hipótesis de que en su juventud santa Teresa de Jesús y san Ignacio de Loyola estuvieron influidos por la lectura de Erasmo).

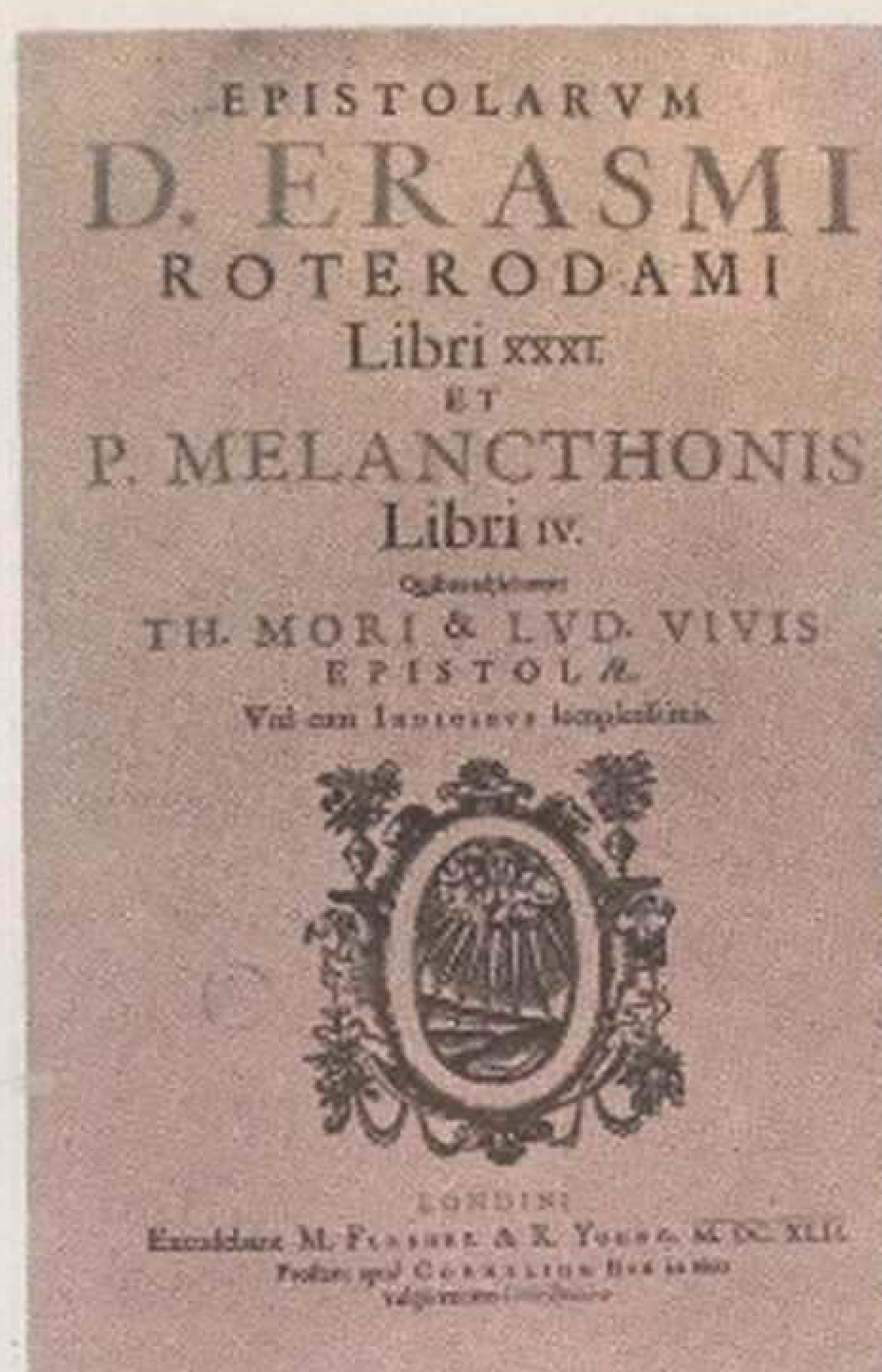
El punto culminante de la influencia erasmista en España debe situarse hacia 1529, el año en que aparecen dos libros capitales que, pese a su gran audacia y a la polémica que suscitaron, no incurrieron en sentencias condenatorias graves por parte de la Inquisición: se trata del *Diálogo de la doctrina cristiana*, de Juan de Valdés, en el terreno de la religiosidad interiorizada, y el *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma*, de su hermano Alfonso, obra radicalmente antirromana, que efectuaba cierta asimilación entre el erasmismo y la política imperial y justificaba el saqueo de Roma por las tropas de Carlos V.

La consolidación de la Reforma y la progresiva rigidez adoptada por los teólogos de Trento trajo consigo inevitablemente el fin de las esperanzas de los erasmistas, quienes propugnaban una vía media entre la ortodoxia intransigente y los afanes de un gran cambio en el seno de la Iglesia. Poco después de 1530, tras la muerte de Alfonso de Valdés, el más activo de los erasmistas españoles, se inicia la reacción y se multiplican los procesos inquisitoriales contra "alumbrados" y "luteranos", que en muchas ocasiones no eran más que simples erasmistas o simpatizantes suyos; cuando muere Erasmo en 1536, sus discípulos españoles han sido ya diezmados (procesos de Miguel de Eguía, fray Alonso de Virués, Alfonso de Valdés y el obispo Cazalla) y el grupo de Alcalá se ha dispersado. La influencia erasmista pervive en algunos discípulos refugiados en el extranjero (el valenciano Luis Vives en Brujas, Juan de Valdés en Nápoles) y se manifiesta de un modo más o menos soterrado en diversas obras religiosas o profanas, como los escritos devotos de Jorge de Montemayor, el *Crotalón* de Cristóbal de Villalón y quizás en el anónimo *Lazarillo de Tormes*.

A partir de 1557, la represión dirigida por el inquisidor general Fernando de Valdés se hace más dura que nunca y termina de matar los últimos brotes erasmistas a costa de enviar a la hoguera a una serie de acusados de herejía (1558), de prohibir obras nada menos que de fray Luis de Granada y de san Francisco de Borja y de resonantes e inhumanos procesos, como el del arzobispo de Toledo fray Bartolomé Carranza, quien sufrió prisión durante dieciséis años. Todavía en el último tercio del siglo XVI pueden apreciarse algunos ecos de carácter erasmista, pero son también sañudamente perseguidos: denuncia a la Inquisición del escriturista Benito Arias Montano, proceso de fray José de Sigüenza, etc. Más prudente debió de ser Juan López de Hoyos, maestro de Cervantes, en quien Bataillon cree ver un último "heredero de las lecciones del humanismo erasmizante".

C.P.

Portada del "Epistolario" de Erasmo de Rotterdam-Melanchthon y Tomás Moro-Luis Vives (Biblioteca Central, Barcelona).



EPISTOLARVM
D. ERASMI
ROTERODAMI
Libri XXXI.
ET
P. MELANCTHONIS
Libri IV.
TH. MORI & LVD. VIVIS
EPISTOLÆ.
Vna cum Indicibus locupletissimis.

LONDINI
Excudebant M. Flesher & R. Young. M.DC.XLII.

de reformar la Iglesia desde dentro. Lutero le escribió también excitándole a que tomase el partido de la Reforma desde fuera... Erasmo contestó al papa rehusando el capelo y a Lutero le escribió diciéndole que, deliberadamente, no había leído sus escritos. Continuar sus trabajos doctrinales era lo único que preocupó a Erasmo hasta el final de su vida. Una vez le dijeron que él, Erasmo, y Lutero habían puesto el huevo del que había salido la Reforma, y Erasmo contestó que de su huevo había salido una gallina ponedora, mientras que del de Lutero había salido un gallo de combate. Esto es verdad, pero habría que ver si de los huevos que puso la gallina de Erasmo no habían salido también luteranos. Por esta razón, y no por sus escritos, Erasmo es todavía mucho más apreciado de los protestantes que de los católicos.

A pesar de su falta de decisión, no se puede acusar a Erasmo de egoísta ni cobarde. Fue acaso un temperamento enfermizo, que, careciendo de la brutal acometividad de Lutero, tuvo que resignarse a lo que convenía a su naturaleza delicada. Los retratos de Holbein nos lo presentan pálido, demacra-

IDEAS RELIGIOSAS DEL SIGLO XVI.
I: LOS HUMANISTAS

LOS HUMANISTAS

Son intelectuales estudiosos; el acento de su personalidad los sitúan en lo que es razonable. Desde este punto, su posición es crítica: critica a lo establecido porque no es racional, pero critica inmediata a los revolucionarios porque se extralimitan. Su escepticismo y relativismo los obligan a ser conservadores, a pesar suyo.

CONCEPCIONES RELIGIOSAS

El hombre está inclinado por naturaleza al bien y busca a Dios con el esfuerzo de su razón: concepción optimista de la humanidad.

El pecado original, la angustia del hombre por su salvación pasan a segundo plano: la fe no es la virtud redentora por excelencia: el hombre se basta a sí mismo.

Insisten en la moral, es decir, en el perfeccionamiento constante del hombre, que es el verdadero camino hacia Dios.

RELIGION INTERIOR

Coinciden con la Devotio moderna, misticismo religioso de tipo práctico: leer el Evangelio, imitar a Cristo, amar a los demás, ser paciente, generoso, esto es lo necesario para salvarse.

CIENCIA FILOLOGICA

Estudiosos del griego, latín, hebreo. Descubren que la traducción de la Biblia de san Jerónimo —la Vulgata— no es exacta. La Iglesia se equivoca al sostener una versión de la palabra de Dios. Los humanistas reconstruirán con su ciencia la verdadera versión de las Escrituras.

CRITICA A LA IGLESIA

Lo mismo que la Vulgata es una deformación de la Biblia, la cristiandad medieval ha deformado las costumbres de los primeros cristianos: hay que volver al Evangelio. Niegan la tradición y la autoridad religiosa.

La norma de vida se deduce del Evangelio; los sacramentos, el culto, tienen un valor relativo.

La Iglesia como institución no es necesaria al cristianismo para salvarse: sus preceptos no tienen un valor divino.

CONTACTOS CON LA REFORMA

Porque el hombre se salva solo, por su concepción de la Iglesia y exaltación de la Biblia, los humanistas son precedentes de la Reforma protestante.

IGLESIA CATOLICA

La concepción optimista del hombre, su talante personal, opuesto a la ruptura, hacen que los humanistas no se separen de la Iglesia.

En 1525, Erasmo escribe De libero arbitrio: el hombre no está predestinado a salvarse o condenarse. Los humanistas se pronunciaban así contra Lutero.

Son adogmáticos, la teología no les interesa: tolerantes, ecumenistas. Una religión razonable, sin misterios, deístas. Partidarios de la moral natural, individualistas. Pacíficos, exaltan las virtudes de convivencia; no aprueban la excomunión, el cisma.

DESARROLLO DE LA "RELIGION HUMANISTA" EN EL SIGLO XVIII



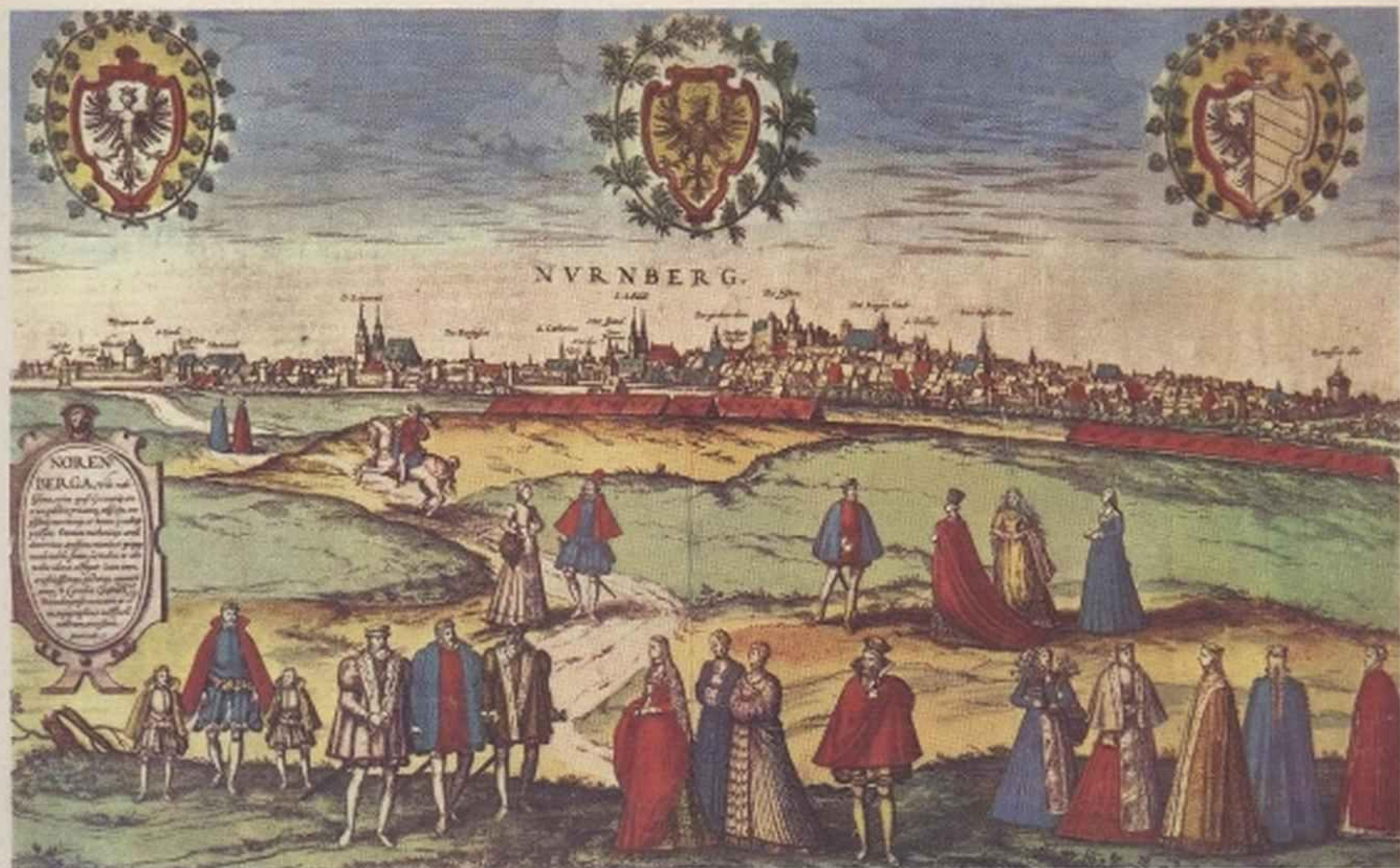


Martín Lutero y su esposa Catalina Bora, por Lucas Cranach (Galería de los Uffizi, Florencia). Catalina Bora había sido religiosa en el convento de Nimbschen y se exclaustró en 1523 al aceptar la Reforma luterana. En el 1525 casó con Lutero y del matrimonio nacieron tres hijos y tres hijas.

do, con su birrete cubriendo la cabellera de cáñamo, y envuelto en un sayal negro. Los contemporáneos hablan de las manos finas, transparentes, delicadas, de Erasmo. Según él mismo cuenta en sus cartas, sufría no poco con el ruido y el contacto de las gentes que encontraba en los mesones cuando viajaba. No obstante, nunca tuvo domicilio fijo y se pasó la vida, siempre pobre, viajando por Francia, Inglaterra, Flandes y Suiza.

Nacido en Rotterdam de un connubio irregular, el año 1467, su padre le había destinado desde muy joven a la vida conventual. Erasmo, casi a la fuerza, viose obligado a tomar órdenes en un convento de agustinos, con los que vivió varios años. Cuando critica a los religiosos de su época, lo hace, pues, con entero conocimiento. No les perdona los años de juventud que perdió entre ellos y, acaso exagerando, dice que los monasterios de su tiempo eran peores que *lupanaria*. Sin embargo, el obispo de la diócesis, probablemente informado por el abad, se percató de los talentos de Erasmo y consiguió en Roma una dispensa para que el agustino descontento pudiera pasar a París, a fin de perfeccionar sus estudios.

En París hizo amigos que le invitaron a pasar a Inglaterra, y así hacia el 1497 encontramos a Erasmo por primera vez en Londres, ya en estrecha amistad con Tomás Moro. En Londres y Oxford, Erasmo se relacionó con eruditos que le estimularon a componer su primer libro, *Adagios*. Es una colección de sátiras cortas, escritas con un desenfado que las hacía extraordinariamente propensas a ser recordadas sin esfuerzo. Están escritas en latín, pero, así y todo, lanzan pullas como éstas: "Los griegos decían que Andóclides fue grande porque en su



Nuremberg en el siglo XVI y personajes vestidos a la moda de la época de Lutero (Bibliothèque Nationale, París, colección Allamant de Betz).

tiempo había confusión. Los teólogos producen la confusión para hacerse ellos grandes". "El Evangelio dice que los sacerdotes devoran los dineros que ha conseguido reunir el pueblo con su trabajo, pero los hallan tan difíciles de digerir que tienen que hacerlos pasar con vino bueno." Hay algo ya de Brueghel y Hyeronimus Bosch en los escritos mordaces que salían de la pluma de Erasmo.

En Inglaterra encontró Erasmo una protectora en la viuda de cierto lord Vere. Con una modesta pensión, Erasmo regresó a París y desde allí realizó su primer viaje a Italia. En 1504 vio a Roma de cerca. La gran ciudad debía de causar una impresión extraña en aquella época: las obras edilicias de Sixto IV apenas terminadas, la gigantesca construcción de San Pedro sin cúpula todavía, las ruinas de la Roma imperial surgiendo por doquiera; los cardenales corrompidos, hechura del segundo Borgia, y el terrible papa Julio II, que le decía a Miguel Angel: "Retrátame con una espada, yo no soy hombre de libros". Por aquellas fechas, Lutero estaba también en Roma, enviado por los agustinos, y el efecto que le causó fue tan deplorable como el que debió de experimentar Erasmo, aunque se manifestó de diversa manera.

Es muy posible que fuese en la misma Roma, y hasta animado por el cardenal Médicis –el que después quiso protegerle siendo papa–, donde Erasmo planeó y empezó la publicación de los Evangelios en latín, con terribles comentarios. Uno de ellos, al versículo 23 del capítulo XXV de san Mateo, dice así: "Yo, Erasmo, vi con mis propios ojos al papa cabalgando a la cabeza de un ejército, como si fuese César o Pompeyo. En cambio, san Pedro conquistó el mundo sin armas ni ejércitos".

Esto tiene poca malicia, pero otros comentarios son tan duros que nos resistimos a copiarlos. Imagínese lo que pondrá Erasmo al pie del texto de Mateo de que unos nacen eunucos y otros se hacen eunucos para servir a Dios. Imagínense sus comentarios sobre las reliquias de la leche de la Madre de Dios, los pedazos de la Vera-Cruz, cuyo número es tan grande que con ellos se podría cargar un buque, las enaguas de la Virgen o el peine de santa Ana.

Con malicioso ingenio Erasmo toma pie de una palabra de la Escritura para enzarzarse en las más violentas divagaciones. El texto de la epístola a los corintios, aconsejando no empeñarse en el don de lenguas, sino hablar razonablemente la que uno sabe, sacó a Erasmo de sus casillas y vapuleó a los

CRONOLOGIA DE LA VIDA DE LUTERO

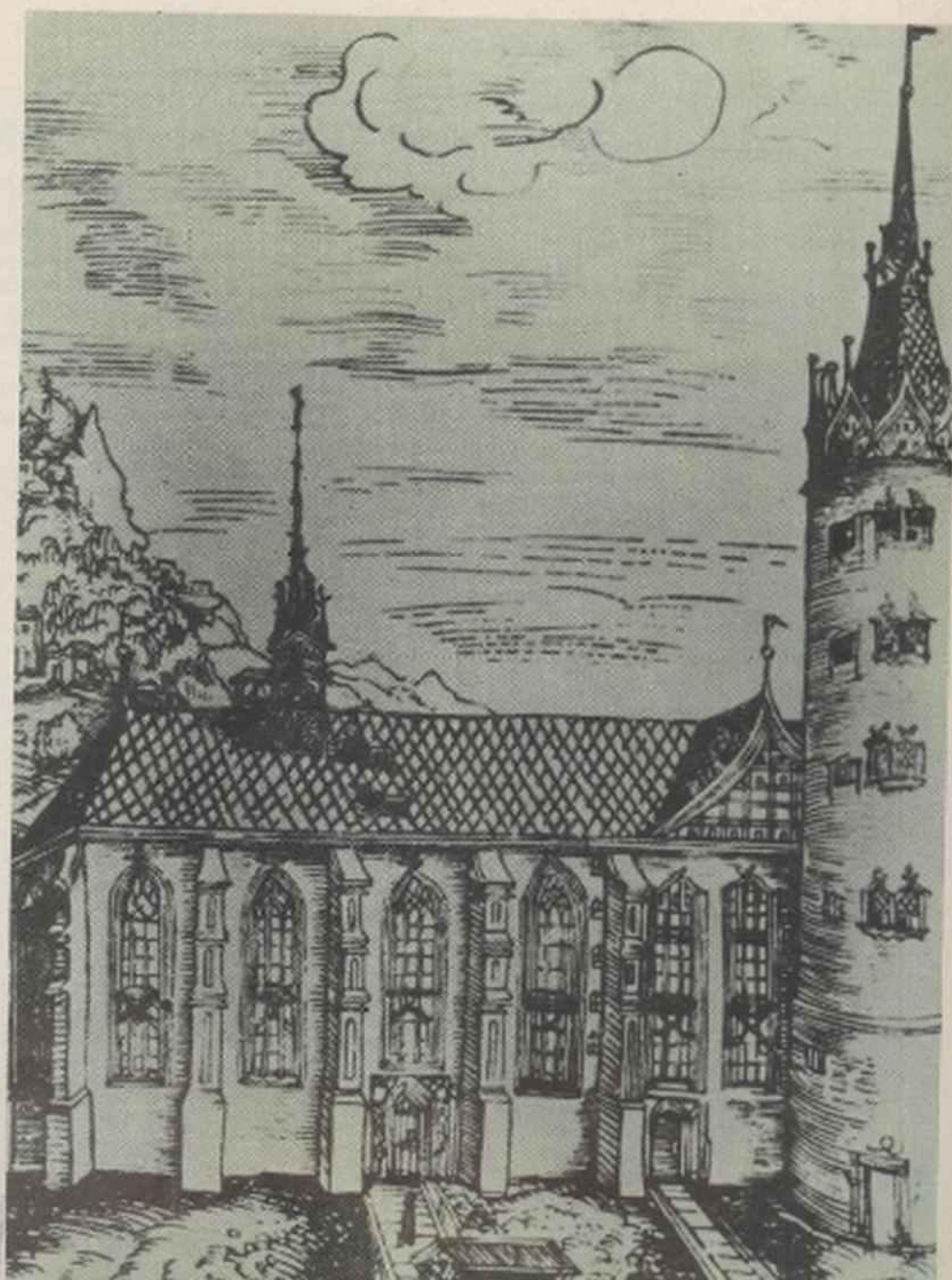
1483	Nace Lutero (11 noviembre) en Eisleben (Turingia), en una familia de campesinos pobres.
1501	Estudia filosofía en la universidad de Erfurt.
1505	Ingresa en el convento de agustinos de Erfurt después de haber obtenido el grado de maestro en filosofía.
1508	Es nombrado profesor de teología en Wittenberg, tras haber sido ordenado sacerdote.
1510	Viaja a Roma.
1512	Lecciones sobre la Epístola a los romanos y a los gálatas.
1517	Lutero clava sus 95 tesis contra las indulgencias en la puerta de la iglesia del castillo de Wittenberg.
1518	Aparece en Augsburgo ante Cayetano, cardenal legado, y se niega a retractarse. Apela al concilio y huye.
1520	Lutero niega la infalibilidad del concilio y del legado papal.
1521	El papa declara hereje a Lutero (bula *Exsurge*); éste la quema y publica **A la nobleza cristiana, De la cautividad babilónica de la Iglesia** y **De la libertad del cristiano.**
	Dieta de Worms: se niega a retractarse ante el emperador.
1521-1522	Primera edición de la traducción del Nuevo Testamento (Biblia de Septiembre).
1522-1525	Rebelión política de los protestantes en la Dieta de Nuremberg.
	Desviación violenta de la Reforma: Tomás Muntzer y los anabaptistas.
	Lutero se pronuncia contra los campesinos.
	Erasmo se declara contra Lutero: **Sobre la libertad de la voluntad.**
1530	Dieta de Augsburgo e intento de conciliar a los protestantes y a los católicos. **Confessio Augustana.**
1536	Concordia de Wittenberg: reconciliación de Zuinglio y Lutero.
1546	Muere en Eisleben (18 febrero).

que cantan en el coro sin entender lo que dicen.

El versículo de la epístola a Timoteo que precave vanas disputas en la Iglesia da pie a Erasmo para repetir su ataque a los teólogos: "No se cansan –dice– de disputar acerca de las clases de pecado, como si no fuera mejor detestar los pecados. Disputan de si la gracia que nos hace amar a Dios es la misma con la que Dios nos ama. Disputan acerca de la naturaleza del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; disputan acerca del fuego que tiene que abrasar una sustancia que no es material. Vidas enteras se consumen en estas vanas especulaciones; se pelean y vienen a las manos por cuestiones de bautismo, sinaxis, penitencia, etc. Lo mismo que sobre el poder de Dios y el poder del papa...".

"Como en tiempo de san Pablo –dice Erasmo– había pocos sacerdotes, el apóstol no prohibió que se casaran ni obispos ni clérigos ni diáconos. Pero ahora se prohibe el casamiento de los ordenados y se les permiten homicidios, parricidios, incestos, piraterías y sacrilegios. En los innumerables rebaños de clérigos, pocos son castos...", etc.

Así despotrica Erasmo en sus comentarios; por esto hemos dicho que podrá acusársele de indeciso ante la Reforma, pero no de cobarde. El libro tuvo un éxito feno-



La iglesia de Wittenberg, en la puerta de la cual Lutero fijó sus 95 tesis.

Modas masculina y femenina de la época de la Reforma de Lutero (detalle de un grabado de Hoefnagel) (Biblioteca Nacional, Madrid).



UN ERASMISTA ESPAÑOL: ALFONSO DE VALDES

"Aquel vender de oficios, de beneficios, de bulas, de indulgencias, de dispensas, tan sin vergüenza, que verdaderamente parecía una irrisión de la fe cristiana, y que los ministros de la Iglesia no tenían cuidado sino de inventar maneras para sacar dineros.

"Veo por una parte que Cristo loa la pobreza y nos convida, con perfectísimo ejemplo, a que la sigamos, y por otra veo que de la mayor parte de sus ministros ninguna cosa santa ni profana podemos alcanzar sino por dineros. Al bautismo, dineros; a la confirmación, dineros; al matrimonio, dineros; a las sacras órdenes, dineros; para confesar, dineros; para comulgar, dineros. No os darán la extremaunción sino por dineros, no tañerán las campanas sino por dineros, no os enterrarán en la iglesia sino por dineros; de manera que parece estar el paraíso cerrado a los que no tienen dineros. ¿Qué es esto, que el rico se entierra en la iglesia y el pobre en el cementerio? ¿Que por los ricos hagan oraciones públicas y por los pobres ni por pensamiento? ¿Jesucristo quiso que su Iglesia fuese más parcial a los ricos que no a los pobres? ¿Por qué nos aconsejó que siguiésemos la pobreza? Pues allende de esto, el rico se casa con su prima o parienta, y el pobre no, aunque le vaya la vida en ello; el rico come carne en cuaresma, y el pobre no, aunque le cueste el pescado los ojos de la cara; el rico alcanza ocho carretadas de indulgencias, y el pobre no, porque no tiene con qué pagarlas, y de esta manera hallaréis otras infinitas cosas.

"Mirad que no sin causa Dios ha permitido esto por los engaños que se hacen con estas reliquias por sacar dinero de los simples, porque hallaréis muchas reliquias que os las mostrarán en dos o tres lugares. Si vais a Dura, en Alemania, os mostrarán la cabeza de santa Ana, madre de Nuestra Señora, y lo mismo os mostrarán en León de Francia. Claro está que lo uno o lo otro es mentira, si no quieren decir que Nuestra Señora tuvo dos madres o santa Ana dos cabezas... De palo de la cruz dígoos de verdad que si todo lo que dicen que hay de ella en la cristiandad se juntase, bastaría para cargar una carreta. Dientes que mudaba Nuestro Señor cuando era niño pasan de quinientos los que hoy se muestran solamente en Francia. Pues leche de Nuestra Señora, cabellos de la Magdalena, muelas de san Cristóbal, no tienen cuento... Si os quisiese decir otras cosas más ridículas e impías que suelen decir que tienen, como del ala del ángel san Gabriel, como de la penitencia de la Magdalena, huelgo de la mula y del buey, de la sombra del bordón del señor Santiago, de las plumas del Espíritu Santo, del jubón de la Trinidad y otras infinitas cosas a éstas semejantes, sería para haceros morir de risa.

"No sé dónde nos ha venido tanta ceguedad en la cristiandad que casi hemos caído en una manera de gentilidad... Mirad cómo hemos repartido entre nuestros santos los oficios que tenían los dioses de los gentiles. En lugar del dios Marte, han sucedido Santiago y san Jorge; en lugar de Neptuno, san Telmo; en lugar de Baco, san Martín; en lugar de Eolo, santa Bárbara; en lugar de Venus, la Magdalena. El cargo de Esculapio lo hemos repartido entre muchos: san Cosme y san Damián tienen cargo de las enfermedades comunes; san Roque y san Sebastián, de la pestilencia; santa Lucía, de los ojos; santa Polonia, de los dientes; santa Águeda, de las tetas; y por otra parte, san Antonio y san Eloy, de las bestias; san Simón y Judas, de los falsos testimonios; san Blas, de los que estornudan. No sé yo de qué sirven estas invenciones y este repartir de oficios sino para que del todo parezcamos gentiles y quitemos a Jesucristo el amor que en El solo deberíamos tener, acostumbrándonos a pedir a otros lo que a la verdad El solo nos puede dar. Y de aquí viene que piensan otros, porque rezan un montón de salmos o manadas de rosarios, otros porque traen un hábito de la Merced, otros porque no comen carne los miércoles, otros porque se visten de azul o naranjado, que ya no les falta nada para ser muy buenos cristianos, teniendo por otra parte su envidia y su rencor y su avaricia y su ambición y otros vicios semejantes, tan enteros como si nunca hubiesen oído decir qué cosa es ser cristiano."

(Alfonso de Valdés, *Diálogo de las cosas ocurridas en Roma.*)

menal, y, en cada edición sucesiva, Erasmo añadía nuevos comentarios, o hacía todavía un poco más agrios los que habían aparecido ya en las anteriores. Los clérigos sonreían, y el papa León X solía decir: "Aquí está nuestro amigo Erasmo".

Los ataques esparcidos, fragmentarios, de los *Adagios* y los *Comentarios* tomaron cuerpo de doctrina en el *Elogio de la Locura (Encomium Moriae)*. Es la Locura misma la que habla en todo el libro: nació de Plutón y se crió en las islas Afortunadas; sus compañeros eran Egoísmo, Indolencia y Placer. Todo el mundo, sin distinción de clases ni categorías, rinde culto a la Locura; nadie, sin algo de Locura, pensaría jamás en casarse... Pero no vaya a creer el lector que Erasmo se entretenga demasiado en esta farsa inocente; muy pronto empieza, por boca de la Locura, a disparar bala rasa contra teólogos y clérigos:

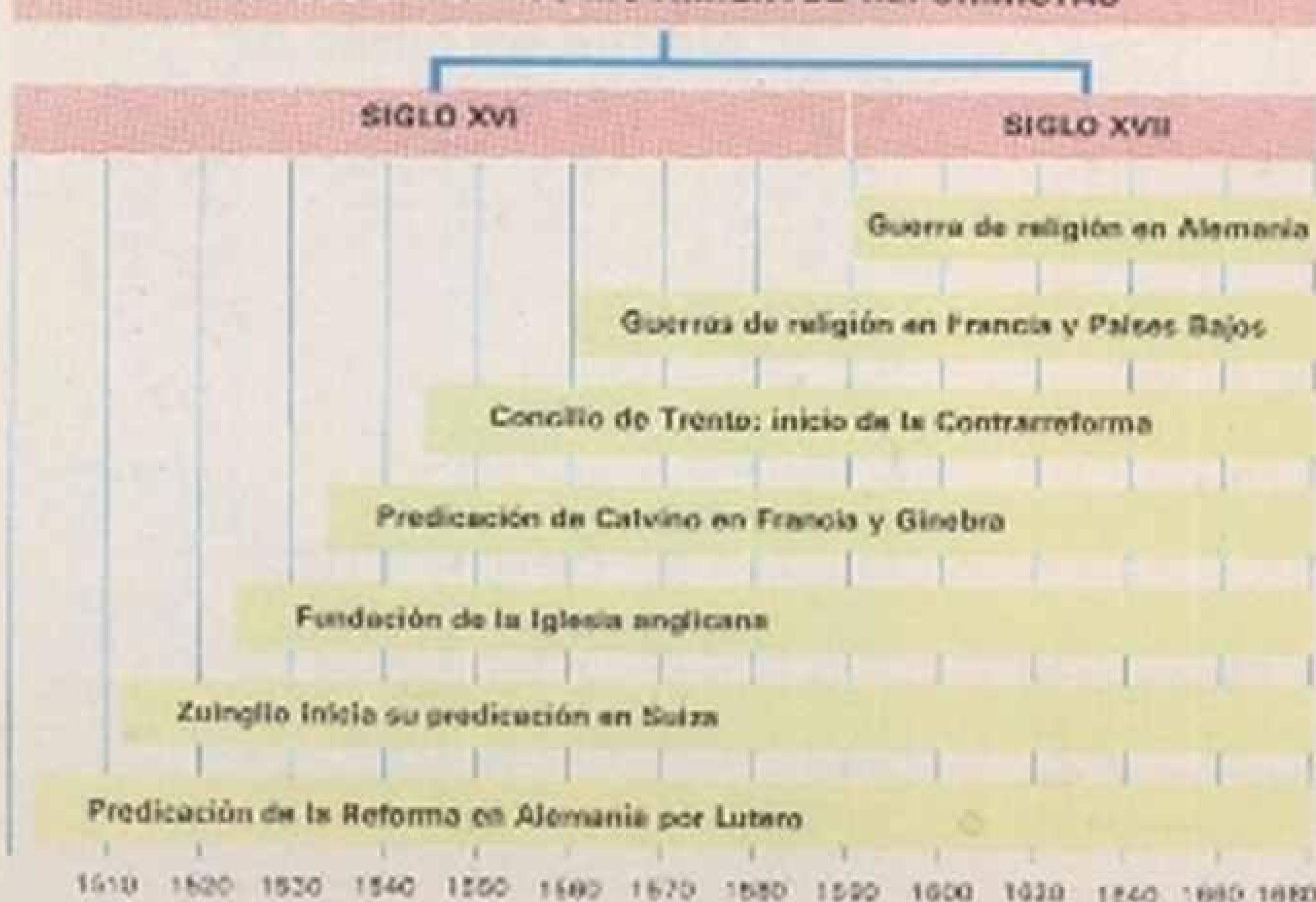
"Debería evitar a los teólogos –dice la Locura–, que forman una casta orgullosa y susceptible. Tratarán de aplastarme debajo de seiscientos dogmas; me llamarán hereje y sacarán de los arsenales los rayos que guardan para sus peores enemigos. Sin embargo, son siervos de la Locura aunque reniegueen de ella..." Lo que seguirá, llenando páginas y páginas, puede imaginarlo el lector. Los clérigos, naturalmente, acusaron de hereje a Erasmo, intentaron hacer intervenir a la curia romana, y esperaban que fuera condenado a las más duras penas. Pero no había herejía en denunciar locuras, extravagancias, supersticiones y desórdenes. La Iglesia podía considerar imprudente, impropio, inadecuado, el escándalo producido por el libro de Erasmo; podía advertirle que no era él quien debía corregir los abusos, ni aquél el sistema más conveniente; podía imponerle castigos disciplinarios, más aún, siendo religioso, pero no podía quemarle como hereje si no había herejía en sus escritos. Los obispos y las universidades prohibieron la lectura de las obras de Erasmo, pero el Santo Oficio no se movió... Las obras de Erasmo no fueron incluidas en el índice de libros prohibidos hasta mucho después de su muerte.

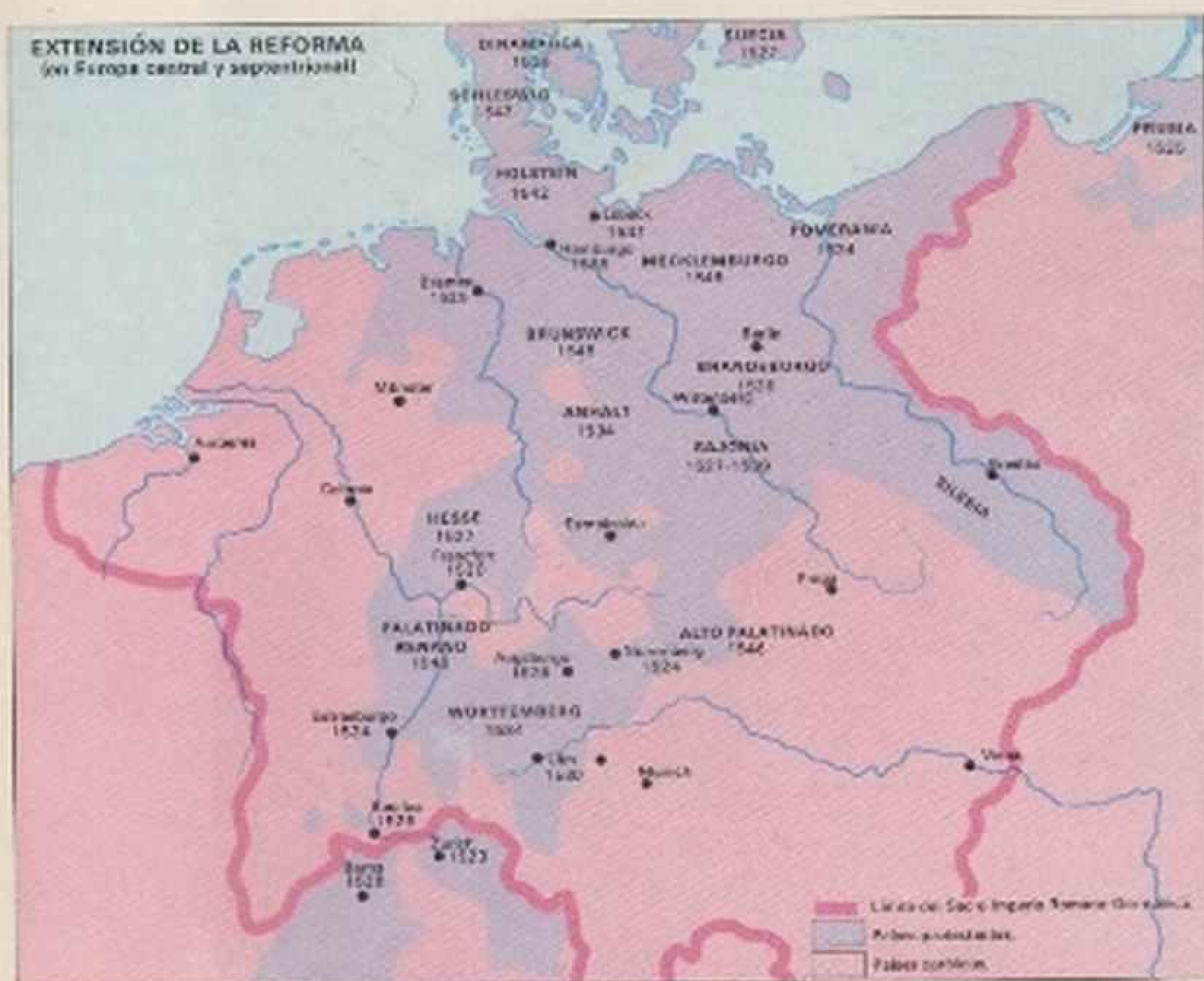
Por otra parte, Erasmo se escudaba dedicando su edición de las cartas de san Jerónimo al propio León X, y éste aceptaba la dedicatoria de Erasmo. Las cartas de san Jerónimo, salpicadas de citas en griego y en hebreo, habían llegado, a través de los manuscritos de la Edad Media, tan corrompidas, que para adivinar su sentido se necesitaba la formidable erudición que poseía Erasmo. La corte romana, por aquel entonces, lo perdonaba todo a condición de que viniera de un helenista; el humanismo de Erasmo hacía olvidar sus intemperancias. Murió católico, haciendo continuas protestas de su adhesión a la Iglesia romana. Inconsciente del efecto de su obra, no se dio cuenta de que había sido un factor importantísimo de la protesta de la mitad de la cristiandad y de la corrección de la otra mitad, que trató de enmendarse con la llamada Contrarreforma.



León X y los cardenales Julio de Médicis y Luis de Rossi, por Rafael (Galería de los Uffizi, Florencia). Este papa, hijo de Lorenzo el Magnífico, tuvo que oponerse al cisma desencadenado por Lutero y sus teorías.

El carácter y la conducta de Erasmo contrastan con el temperamento apasionado de Lutero. El uno parece a veces el Voltaire, y el otro el Rousseau de la Reforma; el uno es el aristócrata mordaz y el otro el plebeyo romántico de esta primera revolución europea. Lutero era dieciséis años más joven que





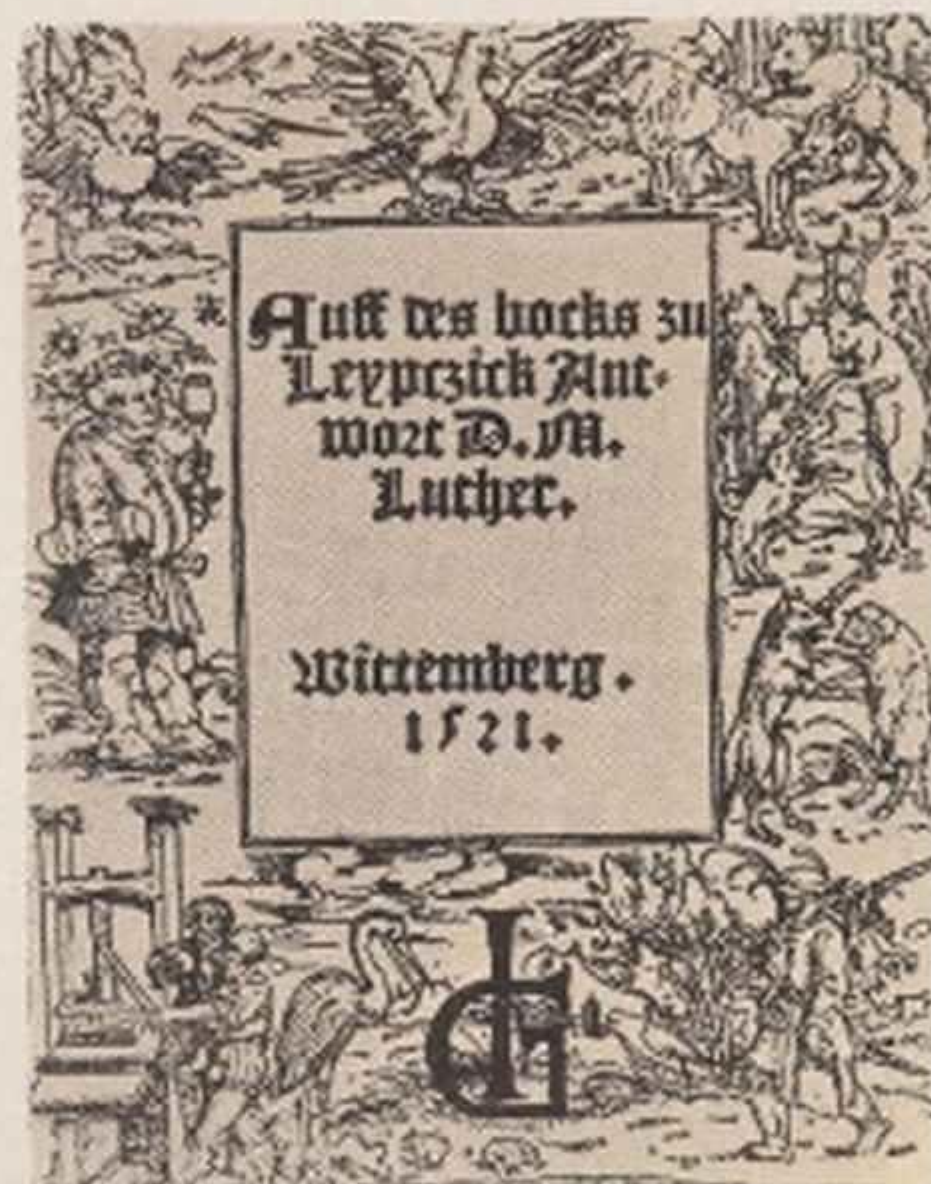
Erasmo; hijo de un minero sajón, había nacido en 1483 y creció en medio de rústicos campesinos que creían con la simple fe católica de la Edad Media. Su padre pudo enviarle a la escuela, y aun a la universidad de Erfurt. Allí Lutero se graduó en el año 1505. Sus compañeros le llamaban *el filósofo*, acaso porque no tenía afición a la literatura. Poseía, en cambio, un gran sentido musical y tocaba el laúd. Los himnos religiosos que compuso después prueban que era más poeta que los estudiantes que hacían versos, juvenil pasatiempo de todas las generaciones. Sólo el que, como Lutero, hace himnos a los cuarenta años, puede admitirse que sea verdadero poeta.

Poco después de graduado, Lutero entró en un convento de agustinos. No conocemos la causa que le impulsó a profesar; es raro que, siendo tan locuaz en lo que le concierne, no nos haya explicado por qué se hizo fraile. Sólo nos dice que dudó de salvarse si no se apartaba del mundo, y recuerda a este efecto un proverbio alemán: "La duda hace el monje".

Los protestantes han querido descubrir una conversión o *salvación* de Lutero cuando éste entró en el convento; creen que Lutero *nació por segunda vez* leyendo un día, en su celda, la *Epístola a los romanos*. Según dicen, desde aquel momento empieza su vida nueva; sin embargo, no aparecieron signos manifiestos del cambio hasta mucho más tarde.

En 1508, Lutero, todavía un oscuro fraile agustino, fue enviado a la recién creada universidad de Wittenberg para enseñar teología. Se han conservado algunos recuerdos de sus lecciones, sobre todo en la gran Biblia anotada donde señalaba, entre líneas, los asuntos que deseaba tratar en el aula. Año por año se ve crecer su mal humor para contemporizar con la teología escolástica; pero en lugar de inclinarse hacia una fórmula más moderna del pensamiento europeo, como Erasmo, se ve a Lutero retroceder hacia la teología de san Agustín, declarando que la escolástica era una recaída en el pelagianismo. Muchos lectores habrán ya olvidado quién era Pelagio y cuál era su herejía, pero aquí hace falta recordarles que, lo que se llama *pelagianismo* en la Iglesia protestante, era creer que la salvación eterna se debe exclusivamente a nuestras buenas obras, sin que para ello se necesite de la gracia divina.

Con esta idea en la mente, puede decirse que Lutero empezó en Wittenberg la que hoy llamamos teología protestante. Es de notar que ya en 1516 empleaba la frase *nuestra teología* para distinguirla de la escolástica que aprendiera en las aulas de Erfurt. Pero una teología enseñada en una universidad insignificante, por un fraile desconocido, no hubiese tenido ninguna consecuencia sin la aplicación que de ella hubo de hacer Lutero al caso práctico de las indulgencias. En esta cuestión de las indulgencias iban envueltas necesariamente la cuestión del dinero y la de la salvación del alma. El poder temporal de los grandes de la tierra y el bolsillo del humilde campesino que compraba una bula estaban interesados por igual en lo que pudiera decir aquel fraile agustino, profesor de teología.


Auff des bocks zu
Leypczick Antwort D. M.
Luther.

Wittemberg.
1521.

Portada de un libelo escrito por Lutero contra Johann Eck tras la discusión de las tesis del primero, sostenida en Leipzig.

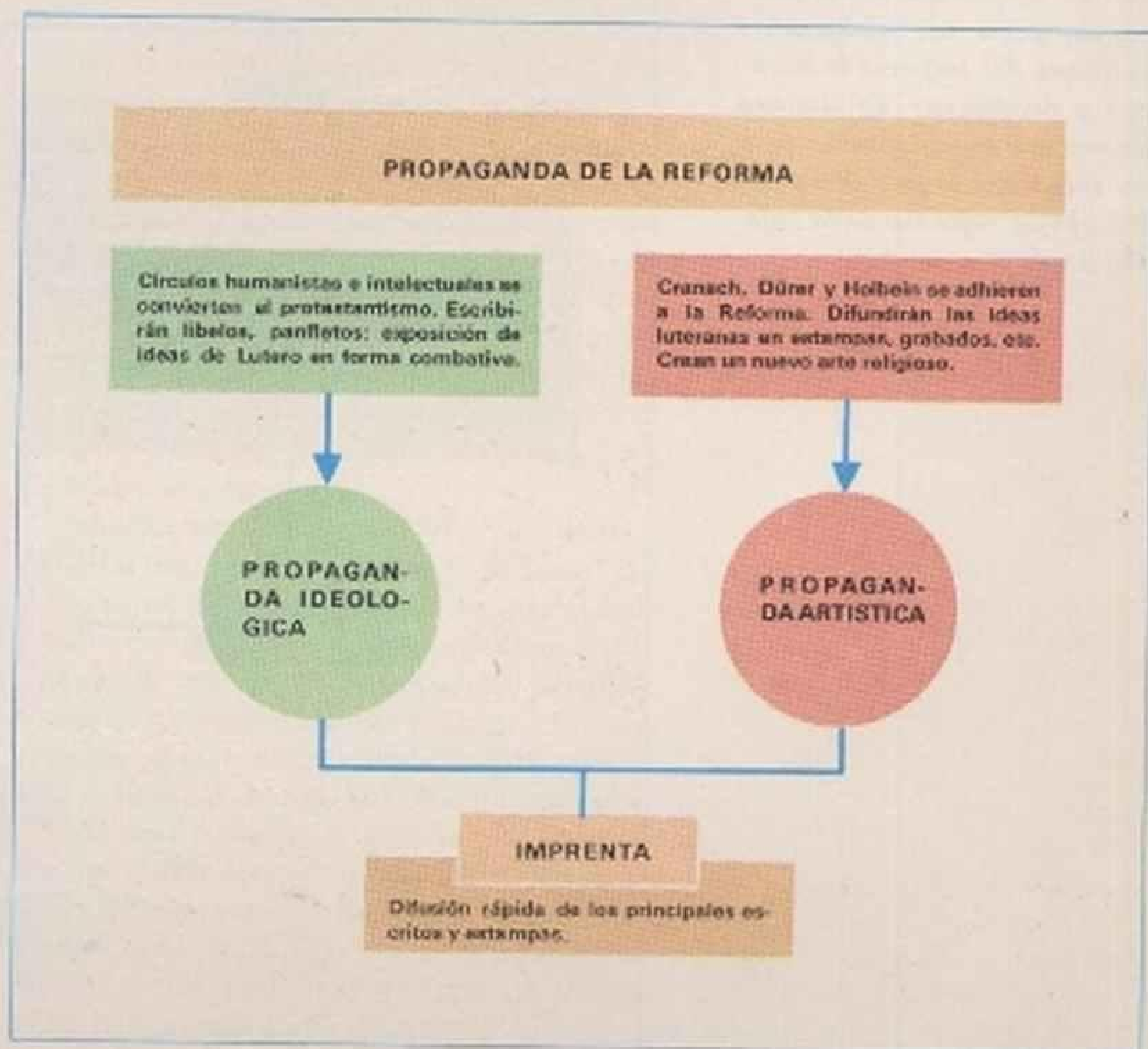
El príncipe elector Federico el Sabio, por Dürer (Museo de Berlín), protector de Lutero.



Hoy nos parece risible que pudiera desencadenarse una ruptura como la reforma protestante, por una insignificancia como el pleito de las indulgencias. La Iglesia romana, en nuestros días, hace otro uso de esta prerrogativa; pero en tiempo de Erasmo y de Lutero la construcción de la gran basílica de San Pedro y el sostenimiento de la fastuosa corte de los pontífices humanistas obligaban a procurarse recursos; hiciéronse concesiones extraordinarias de indulgencias y muchos llegaron a traficar con ellas, poniéndoles precio y pregonándolas como mercaderes. Naturalmente que siempre había algún pretexto para hacer estas concesiones extraordinarias: ora se proyectaba una cruzada contra el turco, ora se recordaba la necesidad de llevar a término la obra de San Pedro. Entonces el papa encargaba en cada país la predicación de las indulgencias a un obispo, y éste, a su vez, la encomendaba a comisarios especiales, que iban de pueblo en pueblo difundiendo la bula papal. Huelga decir que estos predicadores de las bulas eran a menudo personas poco escrupulosas, que convertían tales favores espirituales en tráfico indigno de dinero, mirando más al producto de las limosnas que a los efectos de la penitencia y al lucro espiritual. En la Alemania de la época corría este dicho: "Trinca la moneda en el cofre del bulero y sube el alma del purgatorio al cielo".

La venta de indulgencias, a los ojos de las autoridades civiles, era una nueva contribución que gravaba a la Iglesia de Alemania. Los campesinos, tras las indulgencias, carecían luego de recursos para pagar lo que debían a la administración civil. Además, recordemos que Roma ya cobraba diezmos y derechos de los obispados, que en ocasiones ascendían a la mitad de las rentas de la mitra. Así es que este exceso de indulgencias que ofreció la Iglesia a principios del siglo XVI fue la gota de agua que hizo desbordar el vaso, ya repleto de rencor, contra Roma y el pontificado.

Lutero, inconsciente, como Erasmo, de la trascendencia de su obra, fue instrumento extraño del destino. Un día, sin haberlo meditado mucho, clavó en las puertas de la iglesia del castillo de Wittenberg un escrito con 95 *Tesis*, o proposiciones, que él, Lutero, se aprestaba a defender, como un caballero teutónico, en singular combate teológico. La universidad donde enseñaba Lutero se hallaba frente al castillo de la pequeña ciu-





dad de Wittenberg; si la tempestad no hubiera estado acumulada en el ambiente, el desafío del fraile rebelde no habría pasado de ser una singularidad académica.

Pero en medio de aquel fárrago de 95 puntos teológicos, repetidos, algunos absurdos o infantiles, Lutero venía a decir:

I. Que la Iglesia sólo puede remitir las penas que ella impone y no las que ha impuesto Dios en su juicio.

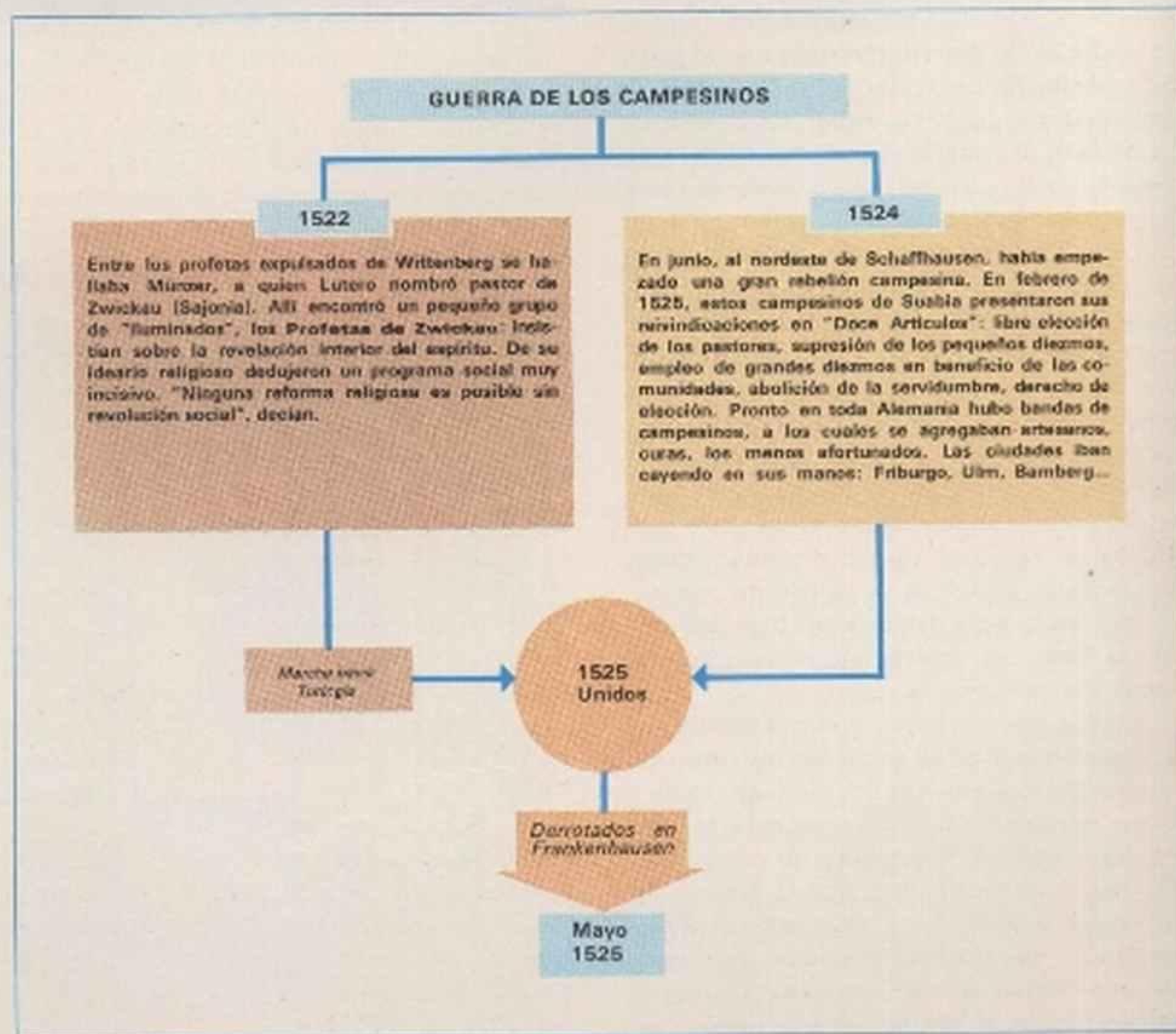
II. Que la Iglesia sólo puede disminuir la penitencia y la pena de los vivos; los muertos sólo pueden ser auxiliados con plegarias para mover la bondad divina a compasión.

III. Que para obtener el perdón de los pecados es preciso un sincero arrepentimiento, y no hace falta nada más.

Las noventa y cinco *Tesis* de Lutero tuvieron una circulación asombrosa: a los quince días habían llegado al último rincón de Alemania, y cuatro semanas después habían sido leídas por toda Europa, *como llevadas por ángeles,* dice Myconius, naturalmente luterano.

No creemos que el lector se moleste porque no detallemos el pro y el contra de las indulgencias en un libro como el nuestro. De defender la posición católica se encargó ya en el año 1518 un profesor de la universidad

Carlos V, por Jan Vermeyen (colección Robert Fink, Bruselas). El nuevo emperador de Alemania y rey de España, admirador de Erasmo, no aceptó las ideas luteranas, pero las exigencias políticas del Imperio le llevaron a propugnar un sistema de mutuas transigencias (que no solucionó el problema político) y la reforma de la Iglesia desde dentro.





Vista de Heidelberg, ciudad donde, en 1518, se reunió la Orden agustina. Allí Lutero tuvo que defender sus 95 tesis en un ambiente de extrema frialdad.

de Ingolstadt llamado Johann Eck. Su réplica a las 95 *Tesis* se llamaba *Obeliscos*, y la contrarréplica de Lutero, *Asteriscos*. ¡Qué títulos! El humanismo había emponzoñado hasta a las gentes teológicas, como Johann Eck y Martín Lutero.

El primer tropiezo serio lo tuvo Lutero con sus colegas los agustinos. En el mismo año 1518 se reunió el capítulo de la Orden, como de costumbre, en Heidelberg, y Lutero tuvo que explicar allí sus 95 tesis. El capítulo escuchóle con no poca paciencia e imparcialidad, dándole a entender su disgusto, aunque sin atreverse a condenarle; pero la frialdad de los agustinos hizo reflexionar a Lutero y, como resultado, publicó una explicación detallada, bastante más metódica y razonada que las *Tesis*, que llamó *Resoluciones*,

De momento, se pensó en llamar a Lutero a Roma para convencerle o condenarle; pero los príncipes alemanes, sobre todo el elector de Sajonia, soberano natural del fraile, suplicaron que el asunto se discutiese en la propia Alemania. El papa consintió, y Eck y Lutero se encaminaron a Leipzig para discutir allí las *Tesis* cara a cara.

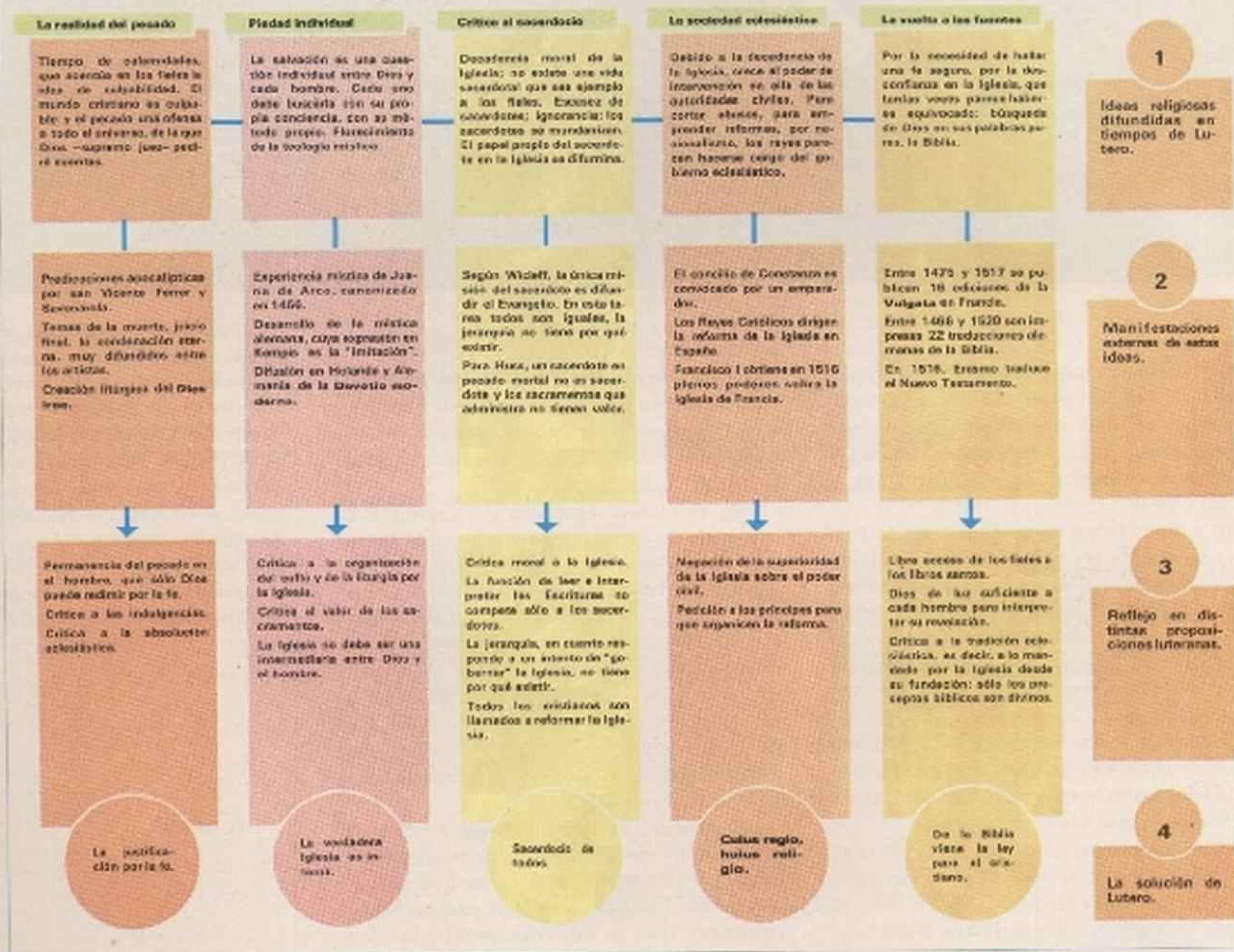
Llegó acompañado de otros profesores de Wittenberg, en dos coches escoltados por doscientos estudiantes, armados con yelmos y lanzas. Eck tenía un cuerpo macizo y la voz estentórea, mientras que Lutero, todavía joven, era delgado y su voz débil, pero clara. Llevaba en la mano un ramito de flores y, en lo más recio de la disputa, tomaba aliento oliéndolas. No parecía tomarse muy en serio la disputa.

En el torneo dialéctico de Leipzig, Eck consiguió la victoria; parece ser que logró desviar la cuestión del punto de las indulgencias y arrastró a Lutero a declarar que no reconocía la autoridad del papa. Es más, le hizo confesar que creía que había algo de verdad en las doctrinas de Juan Hus, quemado el siglo antes por hereje. Al llegar a este punto, hasta el rector de la universidad de Wittenberg (quien, como es natural, era amigo de Lutero) exclamó: "¡Dios nos libre de Hus y su pestilencia!...".

El proceso de Leipzig obligó a Lutero a penetrar en este otro punto de la autoridad del obispo de Roma. A pesar de que su erudición era insuficiente, quiso probar históricamente que la supremacía del pontífice romano sobre los demás obispos era cosa reciente y que nunca había sido aceptada por la Iglesia oriental. Tal ha sido, por espacio de cuatro siglos, la posición de los protestantes; hoy están convencidos de que tendrían que apoyarse en otros argumentos más sólidos, porque la hegemonía del obispo de Roma es bastante más antigua de lo que ellos habían calculado en aquella época.

Pero estas cuestiones doctrinales no hubieran hecho caer a la mayor parte del pueblo alemán del lado de Lutero. En el año 1520 volvió a la carga con la publicación de los tres famosos tratados que se consideran como la piedra fundamental del protestantismo. Sus títulos son: *De la libertad del cristianismo, La cautividad de la Iglesia en Babilonia* y *Manifiesto a la nobleza cristiana de la nación alemana*. El primero lleva todavía una carta-prólogo, dirigida al papa León X. El *Manifiesto* fue naturalmente el más leído; las prensas no podían dar abasto a la demanda de las gentes: era un toque vibrante de llamada para unir a toda la nación contra el poder de Roma.

Los argumentos que esgrimía Lutero eran éstos: había que desvanecer el error de creer que el papa, los obispos y los eclesiásticos formaban un imperio espiritual opuesto al temporal de los estados. El verdadero estado espiritual es la Iglesia, formado por el cuerpo de todos los creyentes. Un remendón, decía Lutero, forma parte del cuerpo espiritual de la Iglesia lo mismo que un obis-



El gráfico adjunto puede dividirse con facilidad en dos partes: la mitad superior reflejaría sumariamente algunas de las ideas religiosas corrientes en los siglos XIV y XV; la mitad inferior, las proposiciones fundamentales de Lutero. Nótese que éstas emanan de aquéllas, ya que Lutero era un hombre rigurosamente conectado con las necesidades y problemas de su época. Mientras la Iglesia católica —salvo esfuerzos individuales— se halla alejada de sus fieles y desde el siglo XIV busca una nueva forma de "comunicación religiosa", Lutero acierta a formular la religión de su tiempo. Su éxito fue, como sabemos, fulgurante y amplio; en cambio, la capacidad de la institución eclesiástica para reaccionar sería nula. Sólo cuarenta años más tarde, cuando más de media Europa era protestante, se convocó un concilio. La Iglesia actuaba con lentitud.

po. El papa no tiene derecho exclusivo a convocar un concilio; los emperadores convocaron los concilios en el pasado, etc.

A esto contestó Roma con la bula *Exsurge Domine*, condenando a Lutero. En ella se ordenaba que todos los que tuvieren escritos de Lutero los quemaran al punto; pero el fraile rebelde contestó quemando las Decretales, y la bula papal que le condenaba, en el lugar mismo donde se acostumbraba a quemar a los herejes en Wittenberg.

Así estaban las cosas cuando fue elegido emperador Carlos V. Su abuelo Maximiliano había muerto repentinamente en el año 1519, y Carlos, que ya era rey de España por incapacidad de su madre, no fue elegido hasta obtener la eficaz intervención del elector de Sajonia, protector entusiasta de Lutero desde un principio.

Carlos V se encontró, pues, en Alemania en la misma situación que Constantino cuando la disputa arriana. Así como Constantino convocó el concilio de Nicea para acabar con Arrio y sus secuaces, Carlos V creyó acabar con Lutero obligándole a comparecer ante la Dieta de Worms. Esta asamblea se convocaba para tratar toda clase de asuntos del Imperio, y la rebeldía de Lutero se creyó que no pasaría de ser un episodio secundario; sin embargo, hoy nadie recuerda la Dieta de Worms sino por la presencia y las declaraciones de Lutero. Este llegó a Worms con un salvoconducto que duraba veinte días; no corría peligro alguno, porque, aun en el caso de que el emperador hubiese querido desdecirse de su promesa, los electores alemanes no lo habrían consentido, ofendidos gravemente por aquella felonía. No obstante, Lutero, al partir para Worms, creyó que allí iba a morir. Llegó la vigilia de la sesión en que tenía que comparecer ante el emperador y le dieron alojamiento en el *Mesón del Cisne*. Como la ciudad estaba llena de diputados, tuvo que dormir en el mismo cuarto con dos caballeros sajones.

En la tarde del siguiente día, 4 de abril de 1521, la Dieta trató del asunto de Lutero estando él presente. El nuncio del papa, que hacía de fiscal, ha descrito en sus memorias la entrada del fraile en estos términos: "El infeliz entró sonriendo, miró a su alrededor y bajó la cabeza. Al verse frente a frente del emperador (Carlos V), no pudo mantenerse quieto y se movía tembloroso". Un espectador español describe a Lutero en la Dieta de Worms, diciendo: "Era de estatura mediana, cara fuerte y bien conformado. Sus ojos brillantes miraban fijamente. Iba vestido con el hábito agustino, con un cinturón de cuero, gran tonsura, recientemente afeitada, y poco cabello alrededor". Lutero, en cambio, nos cuenta que, al contemplar aquella reunión



Philipp Melanchthon, amigo inseparable de Lutero, por Cranach (Galería de los Uffizi, Florencia).

MELANCHTHON

Entre los amigos íntimos y colaboradores de Lutero, una de las personalidades más interesantes es la de Felipe Melanchthon (1497-1560). Teólogo pero también humanista, luterano pero también discípulo y admirador de Erasmo, su carácter flexible y conciliador contrasta vivamente con la brutal energía que caracteriza a Lutero, muchas de cuyas opiniones matiza en un sentido que le acercaba a la ortodoxia católica; pese a ello y al hecho de mantener correspondencia con el cardenal Sadolet, no sólo no volvió nunca al catolicismo, sino que a la muerte de Lutero fue designado como su sucesor, poniéndose entonces a prueba todas sus dotes diplomáticas al tener que frenar tanto a los extremistas ultraluteranos, como Matthias Flacius, como a los partidarios de una teología filocatólica (Osiander).

En 1530, en la dieta de Augsburgo, cuando va a intentarse una conciliación entre Roma y los luteranos, la tarea de redactar una profesión de fe se confía a Melanchthon, quien se esfuerza por todos los medios en limar asperezas y acortar distancias entre los dos antagonistas; y en la segunda quincena del mes de junio sostiene una serie de conversaciones con Alfonso de Valdés, secretario del emperador, como él humanista, amigo de Erasmo y partidario de hacer todas las concesiones posibles. Aún después de haberse frustrado este intento, Melanchthon no desaprovecharía ninguna ocasión de buscar nuevamente los caminos de la concordia (aunque Lutero desaconsejaba a su "querido Felipe" tales gestiones), y en la dieta de Ratisbona de 1541 estuvo a punto de llegar a un acuerdo con el legado pontificio.

Al morir Lutero, se dice que Melanchthon citó no sin malicia una frase de Erasmo: "Dios ha dado al mundo un médico muy tosco", indudablemente eco de las fricciones personales que habían existido entre los dos amigos. Pero este "dulce Felipe", tan culto y tan suave de maneras, tan bondadoso y tan inclinado a la comprensión y al eclecticismo, fue el mismo que aprobó la feroz represión de las revueltas campesinas de 1525 y que en 1553 escribió a Calvino felicitándole por haber hecho morir en la hoguera a Miguel Servet.

C.P.

Catedral de Worms, la ciudad donde se reunió la Dieta imperial ante la que Lutero debía retractarse o, por el contrario, reafirmarse en su posición.

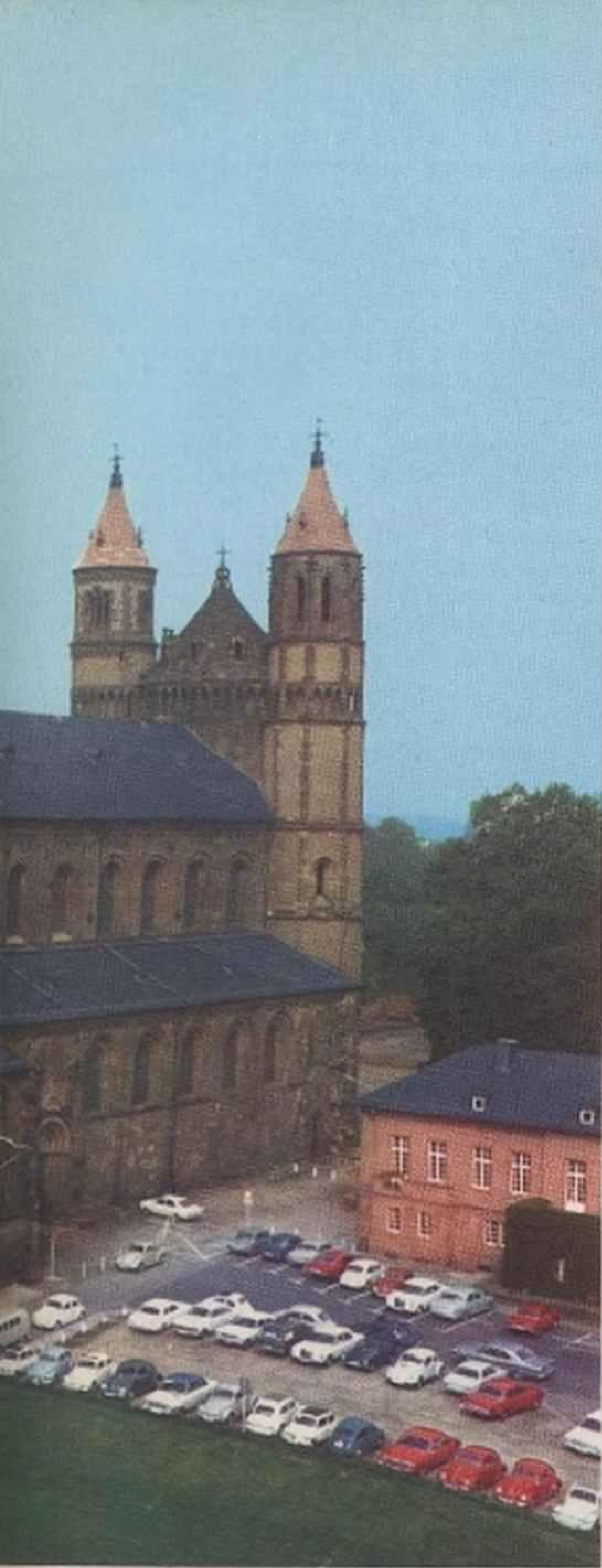
Martín Bucer, por G. Bouttats (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona), dominico alemán que predicó la Reforma en Estrasburgo y el sudoeste de Alemania. Fue excomulgado y acabó su vida en Inglaterra.



de príncipes y dignatarios, hubo de decirse: "Así mirarían los judíos a Cristo".

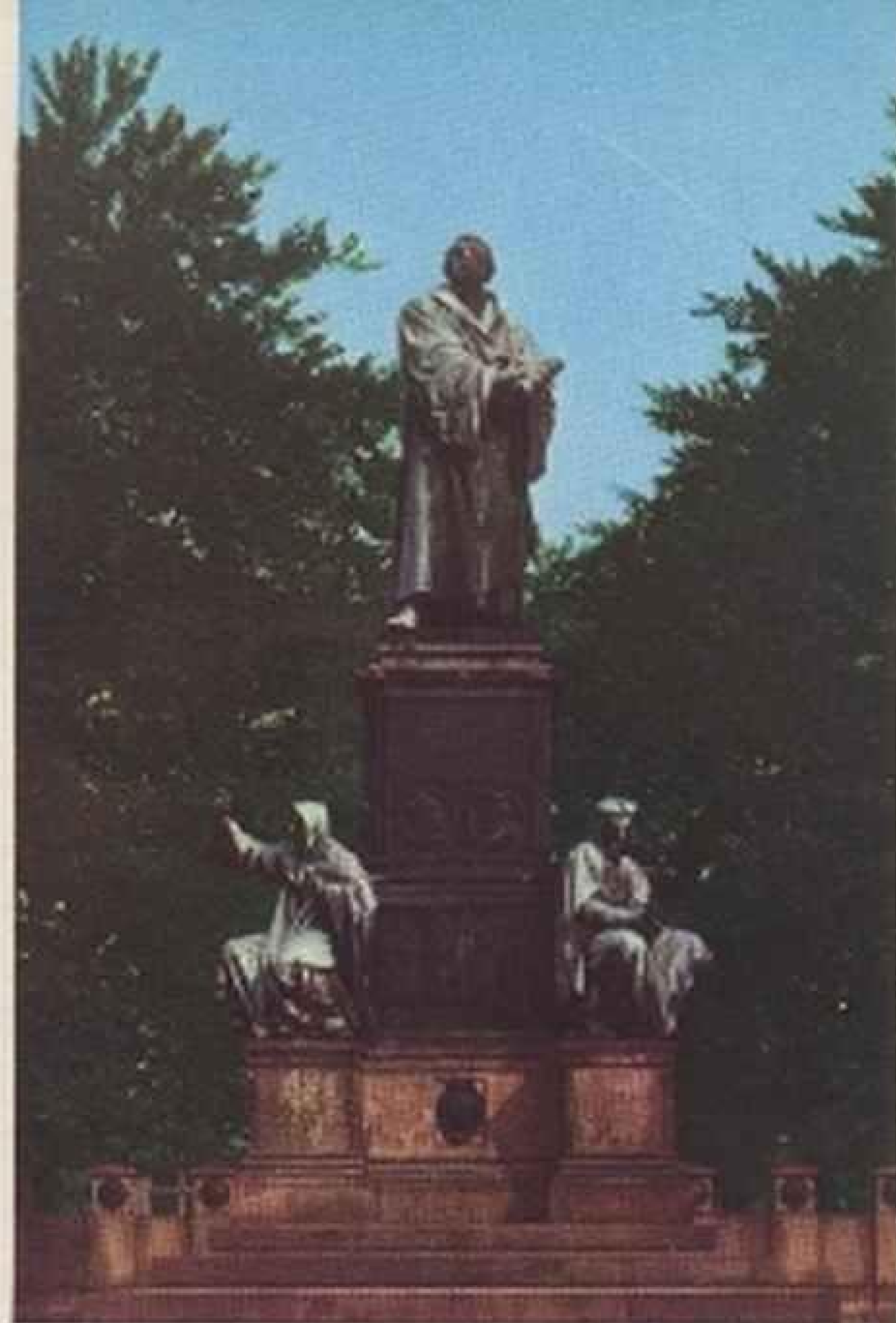
Lutero fue requerido este primer día para que se reconociera como autor de sus escritos y se retractara o insistiera en su contenido. Sobrecogido por la pregunta, Lutero habló entonces con voz apagada y pidiendo solamente permiso para considerar el asunto de manera que pudiese contestar sin inferir agravio a su alma. Esta petición pareció impertinente al emperador, puesto que había tenido tiempo bastante para prepararse; pero se le concedió de término hasta el día siguiente, a la misma hora, para contestar a la Dieta. En este segundo día, Lutero, animado por sus amigos, habló ya con palabras muy claras, no exentas de modestia, manifestándose dispuesto a corregir lo que pudiera haber de exagerado en la exposición de sus textos, pero manteniéndose firme en todo lo que considerara fundamental.

La sala estaba llena; los cirios que la alumbraban aumentaban el calor que originaba la congestión de la multitud. Lutero estaba pálido; grandes gotas de sudor corríanle por la cara. Como había hablado en latín,



varios príncipes le pidieron que repitiera su discurso en alemán; pero el elector de Sajonia, al verle tan cansado, le gritó, sin preocuparse para nada de la etiqueta: "Si no puedes más, retírate; ya has hablado bastante, *Herr* doctor...". Sin embargo, Lutero, algo repuesto, repitió su oración, acabando con las palabras alemanas: *Hier bin ich* (¡aquí estoy!).

Después comenzó el interrogatorio: "¿Mantenéis o retractáis vuestras opiniones? El emperador quiere una respuesta sin ambages *(non cornutum)*...". Lutero contestó:

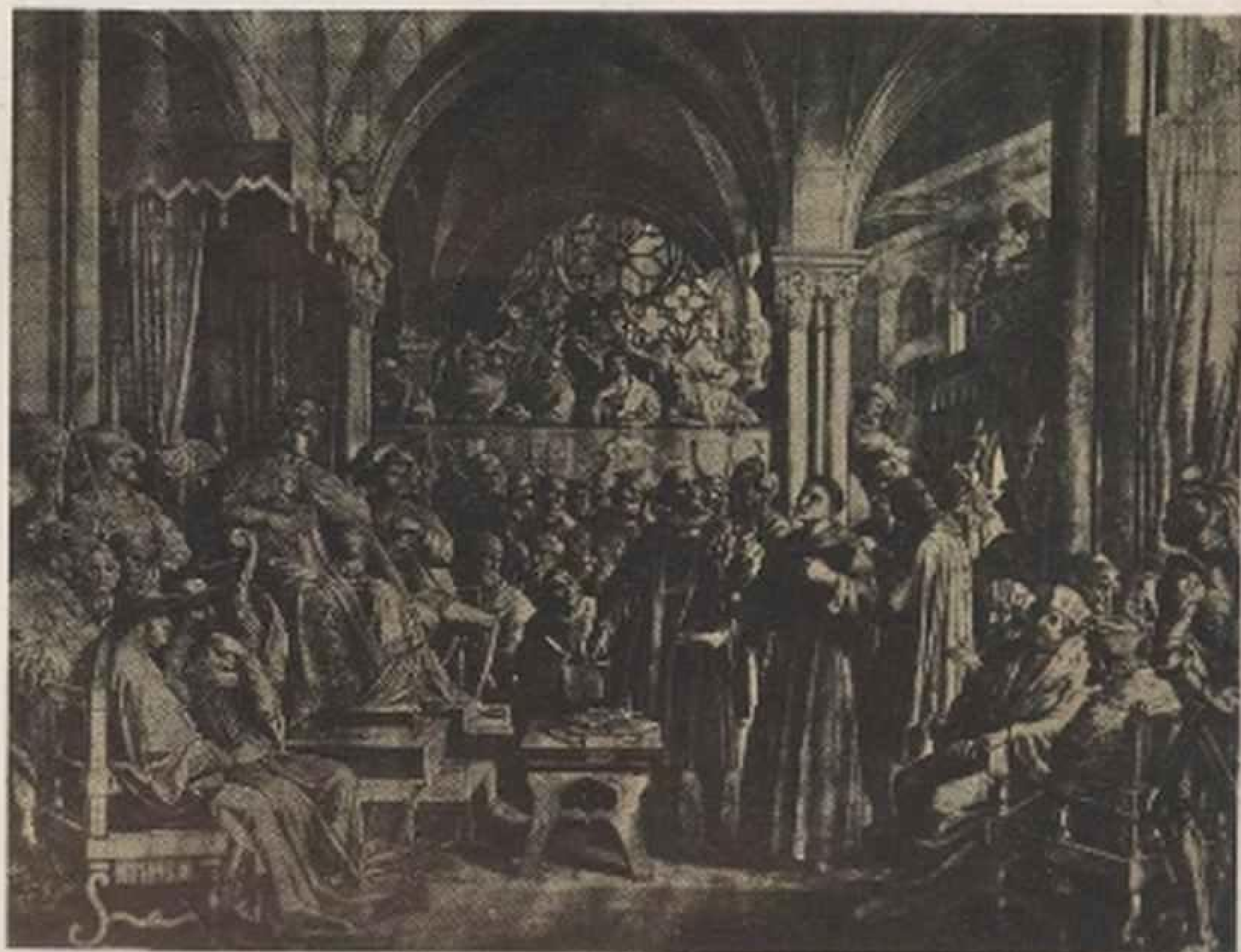


Monumento a Lutero en Worms

"Yo daré la respuesta sin cuernos ni dientes *(non cornutum neque dentatum)*; no me retractaré más que con argumentos de las Sagradas Escrituras. ¡Que Dios me ayude! Amén".

Después se le preguntó si creía que un concilio ecuménico podía errar, y a esto Lutero contestó que algunos concilios ciertamente habían errado porque en los siguientes se había rectificado. El emperador hizo entonces una señal, cortando la discusión; los grandes cirios habían llegado a consumirse y la sala estaba casi sumida en la oscuridad.

Lutero ante Carlos V en la Dieta de Worms (cuadro de J. Schnorr de Carosfeld). Quizás afectado por la presencia del emperador, Lutero estuvo vacilante en su primer día ante la Dieta, pero al día siguiente, ya bastante repuesto, sostuvo sus tesis con firmeza.

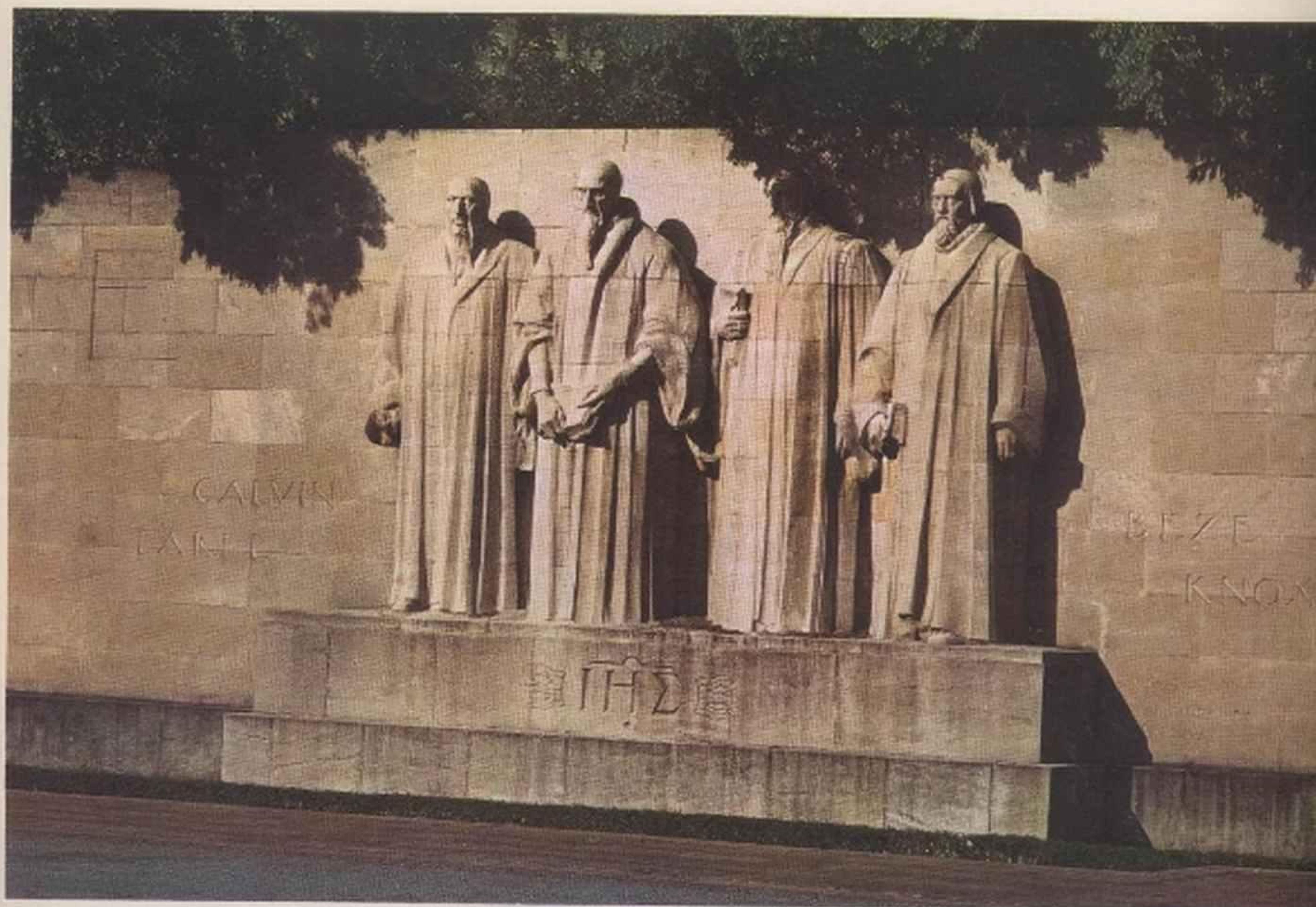


BIBLIOGRAFIA

Bataillon, M.	*Erasmo en España,* México, 1965.
Casalis, G.	*Luther et l'église confessante,* París, 1966.
Cristiani, Monseñor	*La rebelión protestante,* Andorra, 1962.
Febvre, L.	*Un destin. Martin Luther,* París, 1966.
Greiner, A.	*Lutero,* Barcelona, 1968.
Huizinga, J.	*Erasmo,* Barcelona, 1946.
Margolin, J. C.	*Erasme par lui-même,* París, 1965.
Ritter, G.	*Lutero,* México, 1963.
Strohl, H.	*Luther, sa vie et sa pensée,* París, 1933.
Vilanova, A.	*Erasmo y Cervantes,* Barcelona, 1949.



Lutero traduciendo a lengua vulgar el Nuevo Testamento.



Monumento elevado en Ginebra a la Reforma. Detalle del grupo central, donde están figurados Farel, Calvino, Bèze y Knox.

Difusión del protestantismo. Zuinglio, Calvino y Knox

Aquella noche, después de la sesión de la Dieta, Lutero, en el *Mesón del Cisne*, exclamaba, moviendo nerviosamente los brazos: "¡Ya estoy listo, ya está hecho!". Los príncipes alemanes, favorables a la Reforma, le rodeaban como a un héroe. Uno de ellos escribía: "No sólo Anás y Caifás, sino también Herodes y Pilatos han conspirado hoy contra Lutero".

Mientras tanto, Carlos V en sus habitaciones meditaba la trascendencia del *éxito* del reformador, y Alfonso de Valdés, su secretario, escribía a un amigo suyo español: "Me temo que éste no sea el final de la tragedia, porque veo a los príncipes alemanes exasperados contra la Santa Sede y sin prestar gran atención a los edictos del emperador...". Alfonso de Valdés era, por lo menos, un admirador de Erasmo, y puede que esperara del joven emperador más simpatía de la que demostró por Lutero. Pero se ha dicho que la Dieta de Worms transformó a Carlos V de niño en hombre, y la perspicacia que supone el caer del lado de Roma, en aquella oca-

LUTERO COMO ESCRITOR

Desde el punto de vista literario, las obras de Lutero son la realización más importante de la literatura alemana de su siglo y aportan la creación de un instrumento expresivo que ha perdurado prácticamente hasta hoy. Ya los grandes tratados de 1520 (*Sobre la libertad cristiana* y *A la nobleza cristiana de la nación alemana*) habían mostrado la energía y la eficacia que sabía dar a la prosa polémica en lengua vernácula, lo cual constituía una gran renovación, ya que este tipo de temas solían debatirse en latín; pero un planteamiento general del problema idiomático sólo se dio cuando Lutero emprendió la gigantesca tarea de traducir la Biblia en lengua vulgar.

No era la primera vez que se acometía tal empresa: desde 1466 se habían impreso catorce traducciones bíblicas en alto alemán y tres en bajo alemán; pero Lutero se proponía objetivos más ambiciosos: quería que su versión llegara al mayor número posible de personas, y para ello era imprescindible rehuir los extremismos dialectales y forjar una nueva lengua común impregnada de sabor popular. Y así, basándose en su sajón nativo y en la morfología de la lengua de la cancillería sajona, dio forma a un lenguaje "puro y claro", como él decía, que ha sido la base del moderno alemán literario. A fines de 1521 empezaba a trabajar en el *Nuevo Testamento*, que se imprimiría en septiembre de 1522, y en 1534 terminaba la traducción del *Antiguo Testamento*. En tan pocos años y en un país disgregado en dialectos, Lutero llevó a cabo la gran hazaña de traducir una obra de dificultades tan inmensas en una lengua popular y al mismo tiempo llena de dignidad poética, a la vez viva y correcta, tan alejada de los empobrecidos dialectos populares como de la lengua fría y artificial de la cancillería sajona. "La mujer en su casa, los niños en sus juegos, los hombres en las plazas públicas, éstos han sido mis maestros", afirmó.

Otro importantísimo aspecto de su producción literaria es el de la hímnica eclesiástica. Los 41 himnos que compuso, a menudo con el deliberado objeto de inculcar nociones teológicas protestantes de un modo mucho más eficaz que por medio del escrito o del sermón, tuvieron una extraordinaria difusión, hasta el punto de que muchos de ellos acabaron convirtiéndose en canciones populares e incorporándose en cierto modo al patrimonio folklórico del país. Aunque en su mayoría proceden de los salmos y de los himnos latinos, Lutero les dio un carácter de expresividad muy peculiar. Recordemos, entre las piezas más características y famosas, *Ein' feste Burg ist unser Gott* (Nuestro Dios es nuestra fortaleza), inspirada en el salmo 46.

C.P.



sión, es la mejor prueba de su talento político. Después se vio claro que no era posible un emperador sin un papa, pero por aquel entonces hasta se creía que el papa no sería posible sin la existencia de un emperador.

Al día siguiente, Carlos V llamó a su cámara a los príncipes alemanes y les leyó su confesión de fe. El nuncio papal, que estaba presente, dijo que los príncipes, al oírla, *rimasero più pallidi che se fossero stati morti* (palidecieron como muertos). El emperador, que raramente hablaba en público, pues eran sus secretarios los que lo hacían por él, apenas dijo palabra en la sesión del juicio de Lutero. Le gustaba oír al acusador y al acusado expresarse personalmente, y no quería que se leyeran papeles en estas sesiones; prefería persuadirse por el efecto que le producía la exposición de los hechos. Pero en su cámara, aquel día, habló lo suficiente para dar a entender a los príncipes que él nunca sería protestante. Su mal humor contra Lutero provenía de no haber cogido el reformador el cabo que se le echó de convocar un concilio ecuménico; Carlos V esperaba resolver el conflicto de Lutero como Constantino pensó haber acabado la rebeldía de Arrio con el concilio de Nicea.

Lutero todavía anduvo algunos días por la Dieta, recibiendo y rehusando proposicio-

Una ala del castillo de Wartburgo, donde Lutero permaneció después de la Dieta de Worms. Aquí tradujo al alemán el Nuevo Testamento.

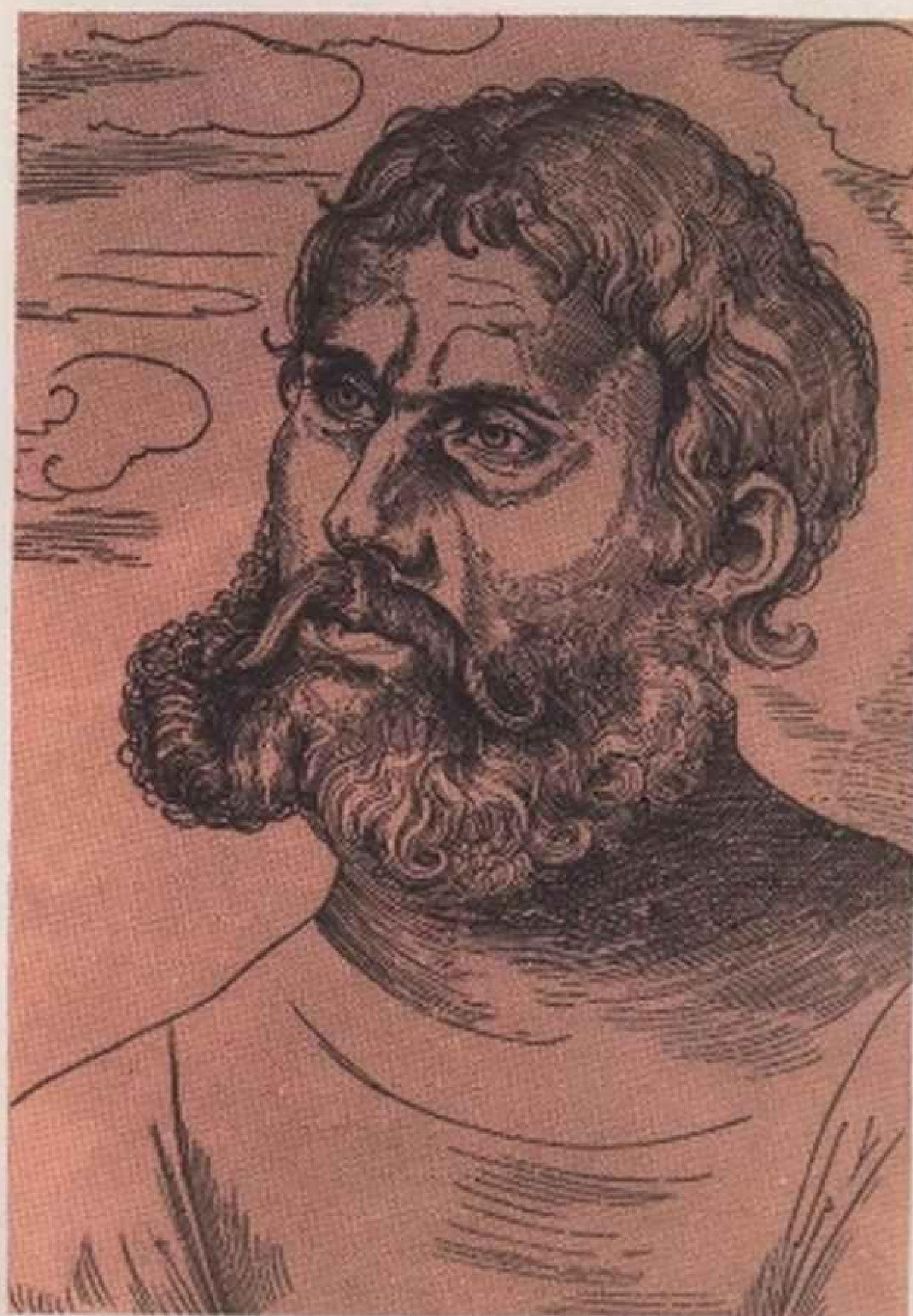
nes de arreglo; pero viendo que el tiempo que le concedía su salvoconducto iba a expirar, salió de Worms para regresar a Wittenberg. Por el camino le ocurrió un teatral accidente, que impresionó de un modo extraordinario la imaginación románticamente acalorada de los alemanes. El coche en que viajaba Lutero fue detenido y el reformador secuestrado por unos desconocidos. Durante algún tiempo se creyó que los raptores habían sido los católicos, que querían deshacerse de Lutero. Una alma noble y cándida, Albrecht Durero, escribía, desconsolado, en su libro de memorias: "Lutero, el hombre inspirado por Dios, ha sido asesinado por el papa, y los sacerdotes le han muerto, lo mismo que nuestro Señor fue muerto por los sacerdotes del templo de Jerusalén".

Mientras tanto, Lutero estaba cómodamente instalado en el castillo de Wartburg. El que había realizado el secuestro era el propio elector de Sajonia, con la idea de que allí, escondido, el reformador estaría más seguro. En Wartburg se despojó Lutero, definitivamente, de sus hábitos de fraile, se dejó crecer el cabello y la barba y hasta ciñó una espada, para pasear por los alrededores; se hacía llamar *el señor Jorge*. Lutero decía más tarde que Wartburg había sido su isla de Patmos, porque allí escribió, como san Juan, en aislamiento absoluto. La traducción de la Biblia en un maravilloso dialecto popular, del que nació el alemán moderno, fue hecha en Wartburg por Lutero. Allí también compuso inspirados cánticos religiosos que son aún himnos nacionales, así en la paz como en la guerra, para todos los alemanes.

A su salida de Wartburg, Lutero se encontró convertido en el personaje principal de Alemania. Las Ordenes religiosas, excesivamente corrompidas en aquel país, se habían pasado casi en masa a la Reforma, y con la libertad que obtenían sus individuos haciéndose protestantes, abandonaban sus conventos; éstos eran presa fácil de los grandes, que los incorporaban sin resistencia a sus posesiones. La Reforma resultaba, pues, un buen negocio para los príncipes; era una confiscación deseada por los mismos expropiados; en cambio, estos religiosos, libres de sus votos, aumentaban el número de la población y los humildes empezaron a agitarse, pidiendo su parte en la distribución de tierras. Como consecuencia de la Reforma, los príncipes protestantes viéronse amenazados de una revolución agraria y social, simultánea de la protesta religiosa. Pero, en esta ocasión, Lutero faltó a lo que de él podía esperarse: salido del pueblo, puesto que era hijo de un minero, se puso de parte de los príncipes y en términos vio-


Biblia/ das ist/ die
gantze Heilige Schrifft Deudsch.
Mart. Luth.
Wittemberg.
Begnadet mit Kürfurstlicher zu Sachsen
freiheit.
Gedruckt durch Hans Lufft.
M. D. XXXIIII.

Portada, dibujada por Cranach, de la traducción de la Biblia al alemán realizada por Lutero.



Lutero según un grabado de Lucas Cranach el Viejo.



El ardor reformista de Lutero le llevó a componer música, inspirados cantos religiosos de los que son muestra estos salmos (Lutherhalle, Reformationsgeschichtliches Museum, Wittenberg).

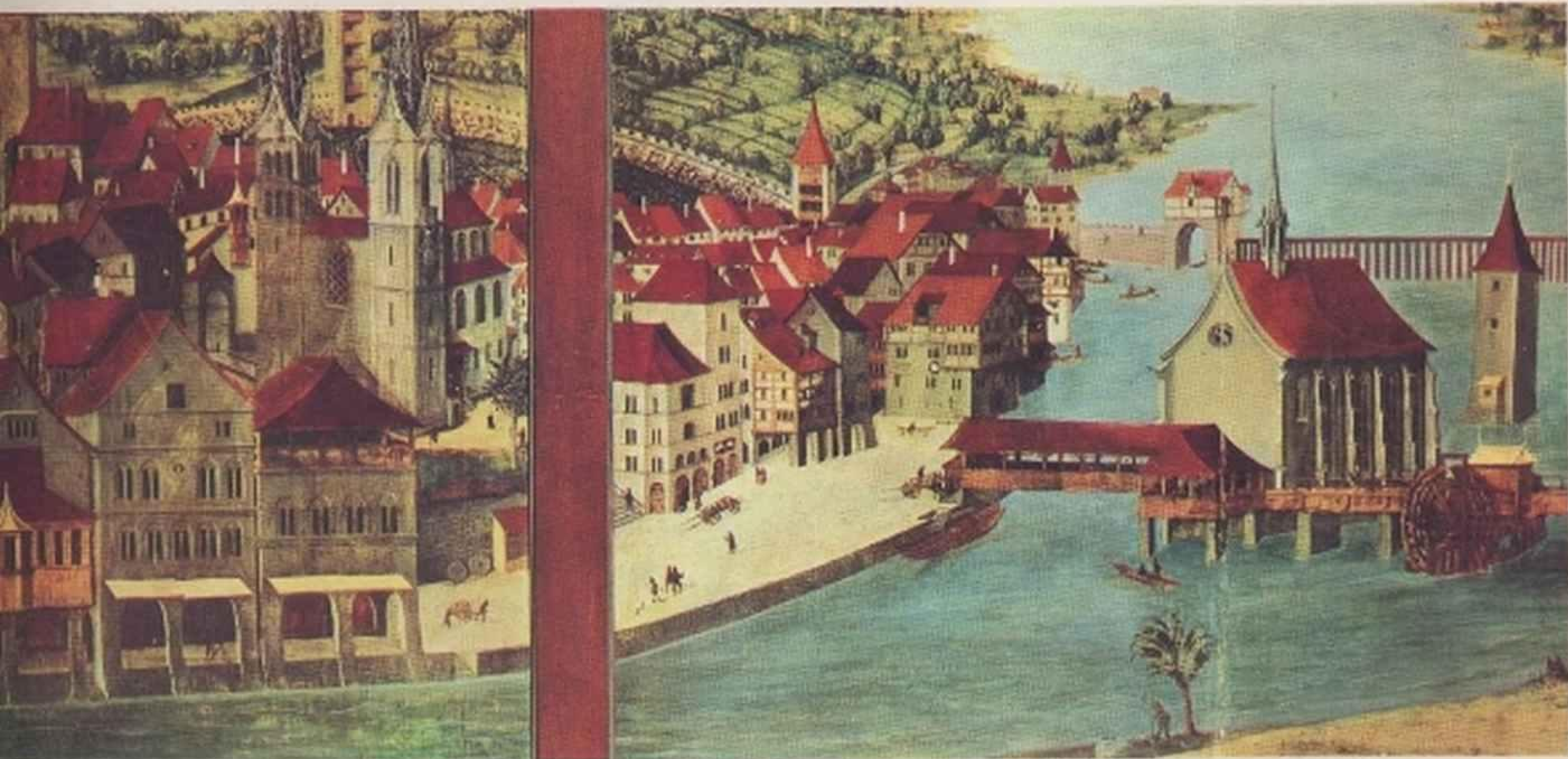
lentos recomendó la obediencia a los poderes civiles.

El carácter esencialmente conservador de Lutero se manifestó también en su querella con Zuinglio. Este era agustino, como Lutero, y como él había colgado los hábitos para seguir la causa de la Reforma. Era suizo, del cantón de Zurich, vecino de Basilea, donde había residido Erasmo por largo tiempo. Podríamos decir que Zuinglio era más bien un discípulo de Erasmo que de Lutero; se había educado en el estudio de los clásicos, incluyendo entre ellos, como buen *erasmista*, a los Padres de la Iglesia. Pero no era una alma combatida por las dudas de la fe, como Lutero, y si se había decantado a la causa protestante era porque le parecía más racional que la de la Iglesia romana.

Zuinglio empezó a predicar el año 1522, encontrando al Consejo de Zurich bien dispuesto para escucharle; éste organizó un debate público que duró dos días. Asistieron 800 personas, y de ellas 300 eran eclesiásticos, lo que parece algo excesivo para una población como Zurich. El primer día se discutió el asunto del culto de las imágenes; el Consejo pareció convencido por sus razones y ordenó que las pinturas y estatuas se quitasen de las iglesias, sin hacer manifestación que pudiera interpretarse como sacrilegio. El segundo día, Zuinglio atacó su tema favorito, la eucaristía. Para Zuinglio la misa no era sacrificio, sino simple conmemoración de la muerte del Señor.

El Consejo de Zurich, ante semejante afirmación, ya no se sintió inclinado a decidir sobre este punto esencialmente teológico, pero consintió que Zuinglio diera ins-

Vista parcial de Zurich en el siglo XVI (óleo sobre tabla de Hans Leu el Viejo; Museo Nacional Suizo, Zurich). Zurich fue el centro de las predicaciones de Zuinglio y en esta ciudad estableció su régimen teocrático.



trucciones en su nombre a los clérigos de la ciudad, que era tanto como abolir la misa. Además, Zuinglio mostraba simpatías por los descontentos más humildes, y había empezado a preparar alianzas entre Zurich y varias ciudades de la Alemania del Sur, pensando en una confederación democrática para oponerse al emperador lo mismo que al papa. Ciudadano de una república independiente como era Zurich, e impregnado como se hallaba del espíritu humanista de Erasmo, Zuinglio parecía destinado a ser el campeón de la extrema izquierda protestante.

Lutero y Melanchthon, sobre todo este último, se dieron cuenta en seguida de que la posición de Zuinglio entrañaba dos peligros, uno religioso y otro temporal. En el terreno religioso, amenazaba convertir la Reforma en una sublevación política, y Lutero y Melanchthon siempre insistieron en predicar que hay que dar al césar lo que es del césar, y para ellos el césar era el emperador, y lo que era del césar era toda Alemania. En el terreno temporal, la política de Zuinglio provocaría descontento entre los príncipes alemanes, y éstos, por el momento, eran necesarios para sostener la Reforma. Sin los príncipes protestantes, el emperador habría hecho una buena hoguera con todos los herejes. En sus últimos días de Yuste, todavía Carlos V se lamentaba de haber dejado escapar a Lutero cuando lo tuvo en Worms.

Pero, por desligado que se sintiera Lutero de Zuinglio, no quería producir una ruptura en la Iglesia protestante y consintió en acudir a un *coloquio*, o conferencia, que convocó el landgrave de Hesse en Marburgo. Zuinglio acudió también; hoy en el castillo de Marburgo se enseña todavía el lugar donde estuvo la mesa que separaba a los caudillos. Ambos habían llegado acompañados de algunos de sus amigos y partidarios; el presidente era el propio landgrave de Hesse, un protestante de buena fe que con toda franqueza le había dicho al emperador que él se dejaría quitar vida y hacienda antes que claudicar de sus ideas religiosas.

La conferencia o coloquio de Marburgo tiene una importancia capital en la historia de la Reforma: los reunidos convinieron en todos los puntos, menos en el del sacramento de la eucaristía. Ya en el primer día, Lutero escribió con tiza, sobre la mesa, el texto evangélico: *Este es mi cuerpo*. Zuinglio decía que estas palabras de Jesús significaban: *Este pan representa mi cuerpo*, pero sin querer expresar que era el mismo cuerpo. Jesús había dicho también: "Yo soy la puerta, yo soy la vid, yo soy el pastor", sin hacerse puerta, vid ni pastor. No había, pues, presencia real ni transubstanciación en la eucaristía. Pero Zuinglio afirmaba que la fe del creyente y el agradecimiento que éste siente hacia su Redentor producen una verdadera presencia de Cristo en el momento de la comunión. *No hay verdadera fe sin actual contacto del alma con Cristo*, decía Zuinglio; así, pues, si creemos que la muerte del Señor es el origen de nuestra redención, Cristo estará presente en el acto de la Santa Cena. Las especies de pan y vino *representaban* el cuerpo y la sangre de Cristo, eran símbolos,

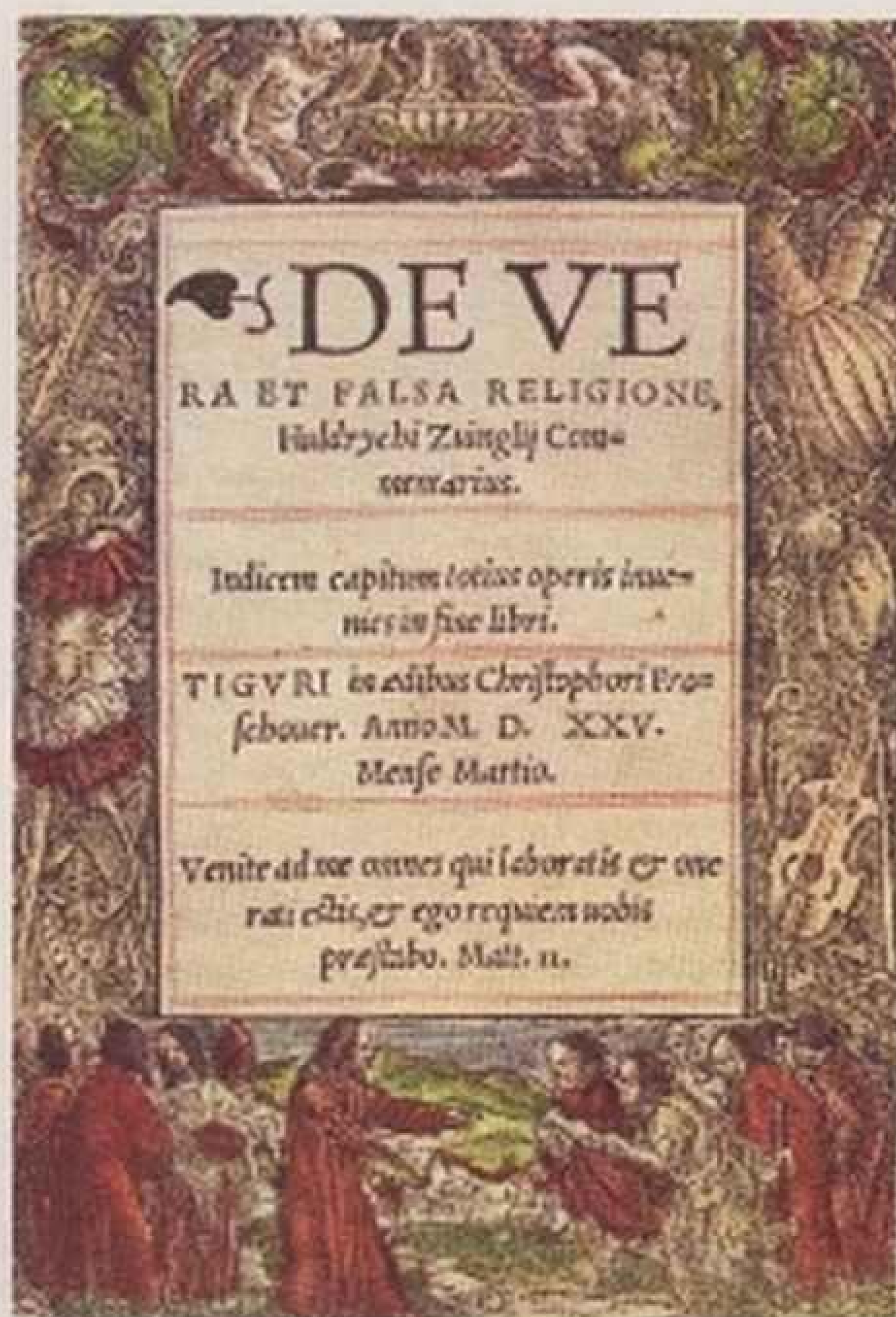
CRONOLOGIA DE ULRICO ZUINGLIO

1484	Nace en Wildhaus (1 de enero).
1501	Estudia filosofía y humanidades en Berna y Viena.
1502	Estudia teología en Basilea.
1506-1516	Pastor en Glarus. Predica contra el reclutamiento de mercenarios.
1520-1525	Predicador en la catedral de Zurich. Se inclina por la Reforma. Escribe **De la justicia divina y la justicia humana** y **Comentario sobre la verdadera y la falsa religión.**
1529	Debate religioso en Marburgo entre Lutero y Zuinglio: fracasa la propuesta unión en el tema de la comunión.
1529-1531	Organiza dos campañas contra los católicos. Es el inspirador de la política de Zurich.
1531	Muere en la batalla de Kappel (11 de octubre).
1536	Aparece su obra póstuma **Clara y breve exposición de la fe cristiana.**



Ulrich Zuinglio, por H. Asper (Zentralbibliothek, Zurich).

El castillo de Marburgo, donde se celebró la controversia o coloquio entre Lutero y Zuinglio, que terminó con la firma de catorce proposiciones de las quince que se discutían. Sobre la transubstanciación no llegaron a ponerse de acuerdo.



DE VERA ET FALSA RELIGIONE, Huldrychi Zuinglij Commentarius.

Indicem capitum totius operis inuenies in fine libri.

TIGURI in ædibus Christophori Froschouer. Anno M. D. XXV. Mense Martio.

Venite ad me omnes qui laboratis & onerati estis, & ego requiem uobis præstabo. Matt. 11.

Portada de "De vera et falsa religione", de Zuinglio (Zentralbibliothek, Zurich).

y la presencia en ellas del Señor se debía en realidad a la fe del creyente, no al sacramento del ordenado.

Lutero convenía con Zuinglio en que no hacía falta el rito sacramental del clérigo ordenado para que se verificara la transubstanciación, pero le aterraba la idea de que el cristiano no pudiera tener el mismo contacto y comunión personal con Jesús que tuvieron los discípulos y los santos, que le vieron y hablaron cuando estuvo presente aquí en la tierra. Como el fuerte de Lutero no era la teología, quería explicarle a Zuinglio la presencia del cuerpo de Cristo en la eucaristía con el siguiente argumento: "Cristo está en todas partes; está en esta mesa, estará mucho más en las especies de la eucaristía", etc.

Naturalmente que tal prueba no era suficiente ni mucho menos para convencer a un erasmista como Zuinglio; además, Lutero, torturado siempre, con miedo del diablo, se preocupaba por saber quién era, si él o Zuinglio, el que estaba influido por el maligno. Sin el diablo de por medio, habrían coincidido en un punto tan impor-

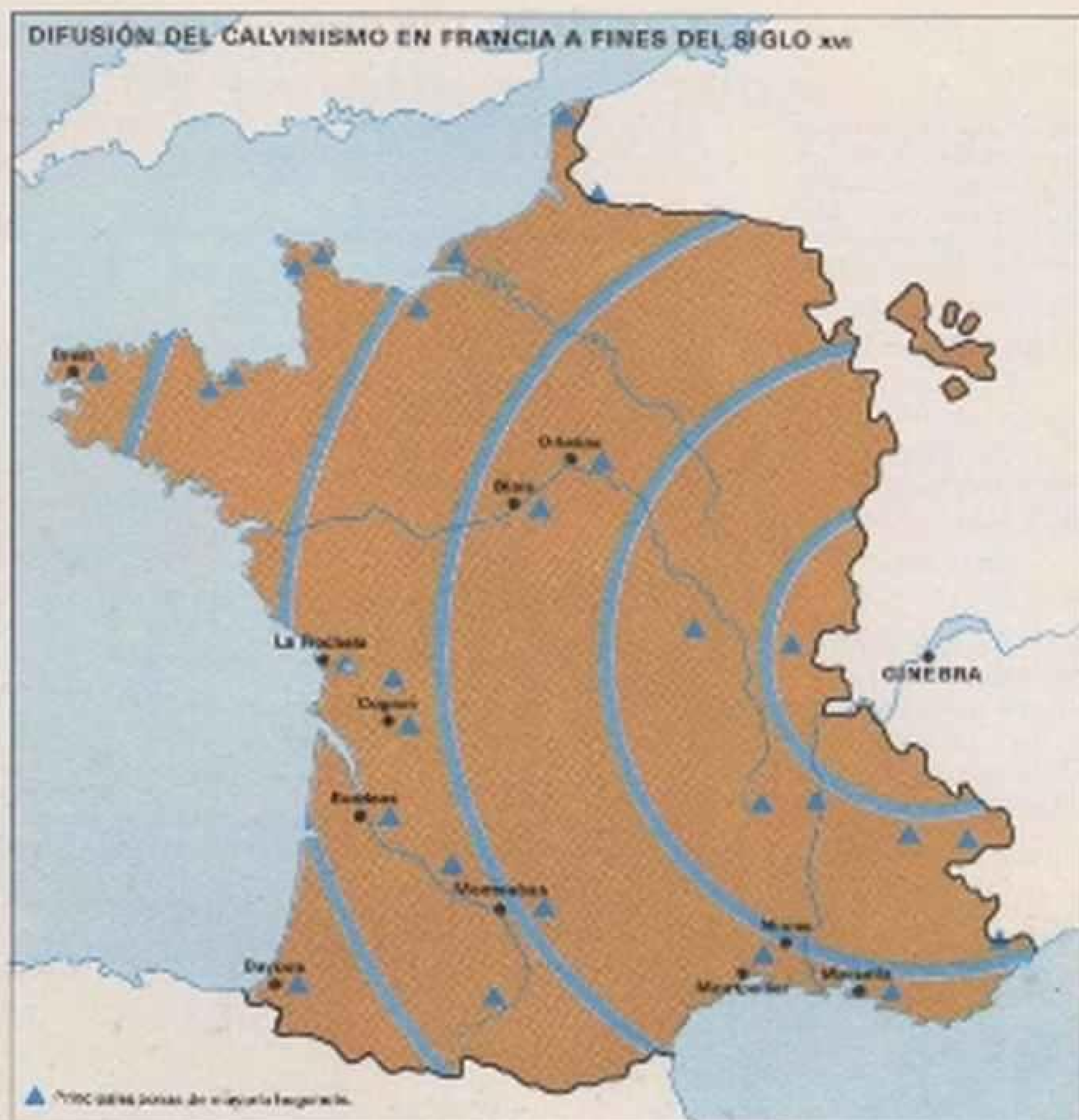
tante como el de la eucaristía; no podía ser de otro modo, según Lutero.

El coloquio de Marburgo acabó firmando los reunidos su conformidad en catorce puntos, de los quince debatidos; el único en que disintieron fue el de la transubstanciación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo. Los demás incluyen, en términos generales, todo el contenido de la teología protestante; ésta, que todavía es la fe de una parte de la cristiandad, puede resumirse como sigue:

El cristiano nace con la mancha del pecado de Adán y, así manchado como se halla, no es digno de la gloria del Cielo. Para hacerlo limpio, pues, Jesús hubo de morir en la cruz y con su sangre lo dejó *más blanco que un cordero*. Por su parte, el cristiano no tiene más que creer en este misterio (creer que la sangre de Jesús es la única cosa que puede redimirle). Las buenas obras (como, por ejemplo, la caridad, la mortificación, la penitencia, el ayuno, etc.) son un resultado de la fe, pero no pueden ayudarnos en modo alguno a conseguir la gracia de la limpieza del alma. Para los protestantes de todos los matices, la salvación es *gratuita*; tal es la palabra que usan a cada momento.

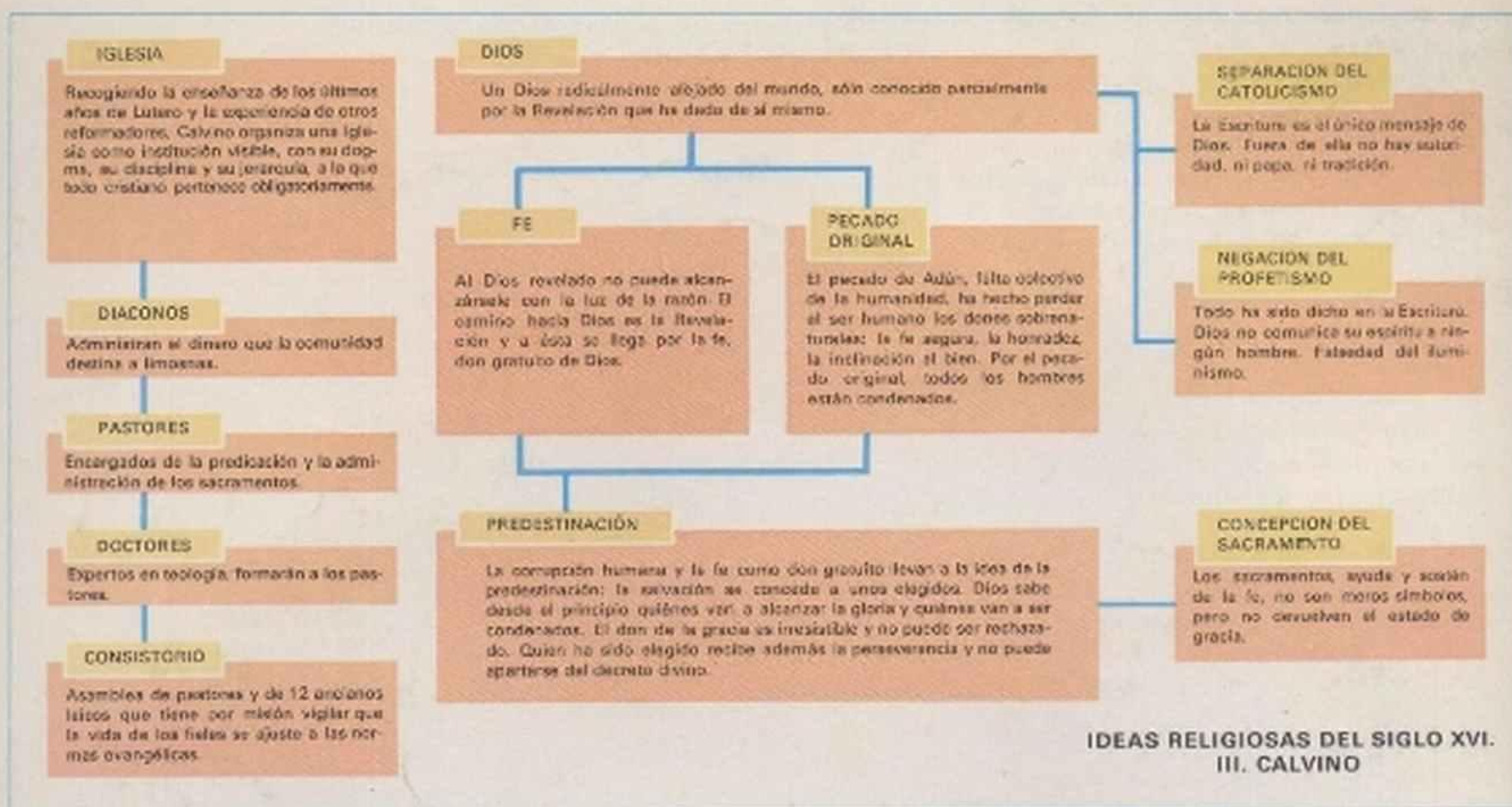
Además, Lutero y todos los protestantes insisten en que, tanto la fe como la gracia, son dones que obtiene el creyente directamente de su Salvador, sin intermediarios de tipo sacerdotal. Las jerarquías eclesiásticas, los pastores, los diáconos y hasta los obispos —que muchas sectas protestantes han conservado— son necesarias para el servicio disciplinario de la Iglesia, pero en modo alguno para conducir las almas ante el trono de Dios.

Siendo la Iglesia el cuerpo de Cristo, como dijo san Pablo, cuerpo formado por la agregación de todos los fieles, valdrá tanto, en cosas de fe, un remendón como el papa, según la opinión de Lutero. Este remendón, lo mismo que el papa, recibiría inspiración directamente de Dios y, a lo más, de la Sagrada Escritura. Y aquí está probablemente la capital diferencia entre protestantes y católicos. Lutero simplificó el problema de la revelación reduciéndola a la Biblia. La palabra de Dios, para los protestantes, se reduce al Antiguo y al Nuevo Testamento. Para el Antiguo Testamento los protestantes aceptan sólo como canónicos, esto es, libros santos, aquellos de la Biblia que estaban incluidos en la traducción griega llamada *de los Setenta*, aunque no sepamos quiénes fueron estos setenta ni por qué escogieron tales libros. En cuanto a la revelación posterior, o sea el Nuevo Testamento, los protestantes aceptaron sólo los escritos de los discípulos que vieron u oyeron a Jesús



CRONOLOGIA DE JUAN CALVINO

1509	Nace en Noyon (Picardía), el 10 de julio. Es hijo de Charles de Huguest, procurador del Capítulo de la catedral.
1523	Destinado a la carrera eclesiástica, estudia teología en el colegio La Marche de París. Formación escolástica.
1529	Estudia derecho en Orleáns y Bourges. Aprende griego con Melchor Wolmar, luterano convencido.
1531	Su padre, acusado de malversación de fondos por el obispo de Noyon, muere excomulgado.
1532	Primera obra: un comentario del "De clementia", de Séneca, tratado humanista.
1533	Primeras actividades como **convertido:** prefacio a la traducción francesa de la Biblia, hecha por su primo Robert Olivier, protestante.
1534	Huye de París a causa de sus ideas. Viaja por Francia.
1535-1536	Se exilia de su patria y se instala en Basilea. Primera versión de la **Institutio religionis cristianae** o sistema de dogmática de Calvino.
1536-1537	Instalado en Ginebra, organiza con Farel la Iglesia local. Su poder es indiscutible.
1538-1541	Desterrado de Ginebra por un cambio político, vive en Estrasburgo dedicado a la predicación y la enseñanza.
1539-1541	Asiste, con Bucero y Melanchthon, a los coloquios organizados por Carlos V en Ratisbona para acabar con el cisma. Postura escéptica.
1541	Comienza en Ginebra la organización de la Iglesia. **Ordenanzas eclesiásticas,** código legal y moral que hace aceptar por el Consejo ginebrino.
1549	Unión entre Calvino y los partidarios de Zuinglio sobre la doctrina de la comunión: **Consensus Tigurinus.**
1559	Sínodo general de los calvinistas franceses en París. Constitución del calvinismo francés. **Confessio gallicana,** según el modelo ginebrino.
1561	El **Catecismo de Heidelberg** extiende la confesión calvinista al Palatinado.
1564	Muere en Ginebra (27 de mayo).



IDEAS RELIGIOSAS DEL SIGLO XVI.
III. CALVINO

en persona; esto es, los cuatro Evangelios, las Epístolas, incluyendo las de san Pablo (quien vagamente dice que conoció a Jesús antes de su visión en el camino de Damasco), y el Apocalipsis, atribuido a san Juan, el discípulo amado.

Es sorprendente que Lutero y todos los demás protestantes, que tanta importancia dan al *cuerpo de Cristo*, o sea la Iglesia, sostengan que este cuerpo es mudo y que la Iglesia no ha podido desarrollar esta revelación después de la muerte del autor del Apocalipsis. Algunos concilios erraron –Lutero lo afirmó bien categóricamente en Worms–, los Santos Padres se contradicen y se combaten unos a otros. Según los protestantes, su lectura puede ser edificante, mas no pueden tenerse por testimonio de la tra-



Johannes Ecolampadius, según grabado de Gaspar Bouttats (Museo de Arte Moderno, sección de grabados, Barcelona). Este reformista suizo, considerado como el Melanchthon de la Confederación, tomó parte en el coloquio de Marburgo. Publicó, sobre la Eucaristía, "De genuina verborum Domini: Hoc est corpus meum, juxta vetustissimos auctores, expositione liber" (1525) y dejó sin terminar unos comentarios sobre la Biblia.

dición como fuente de la revelación divina, porque de ésta es fuente única la Escritura.

Como consecuencia de estos puntos capitales, se desprenden varios corolarios: 1.º Si la salvación proviene únicamente de la gracia de Dios, éste debe predestinar de antemano cada alma al cielo o al infierno. Es casi inútil luchar con la mortificación y las buenas obras contra el mal que está dentro de nosotros. 2.º La voluntad y los designios de Dios se hallan de manifiesto en la Biblia, libro santo sin error ni omisión, el mejor don que ha hecho Dios al hombre, con la excepción de su Hijo amado. Sin embargo, los protestantes no han llegado al punto de creer que el texto de la Biblia sea eterno e increado, como han hecho los mahometanos con el Corán. 3.º Las verdades de la revelación, o sean las contenidas en la Biblia, pueden ser comprendidas e interpre-

LUTERO Y LA GUERRA DE LOS CAMPESINOS

La actitud de Lutero ante las revueltas campesinas de 1525 es uno de los episodios más controvertidos de su vida y que le han valido ataques más duros por parte de sus enemigos. "Debemos condenar la represión feudal de 1525 sin abrumar por ello con nuestros reproches a Lutero", ha dicho uno de los apologistas modernos del reformador, pero dadas las circunstancias es inevitable implicarle directamente en el gran drama que tuvo lugar en este año.

En 1524, *der arm Mann*, "el pobre hombre", como solía llamarse en Alemania a los campesinos, se levanta una vez más en armas en un intento desesperado para sacudirse la opresión de los señores feudales, ahora con una serie de reivindicaciones de justicia canalizadas por exaltados pastores como Tomás Müntzer; Müntzer y el pequeño grupo de iluminados que le seguían predicaban una doctrina mística, de revelación interior por el Espíritu, que iba mucho más lejos que la reforma introducida por Lutero, y unían a estas ideas religiosas unas revolucionarias concepciones sociales: como condición previa para el triunfo del Evangelio se daba la liberación de todas las cargas (impuestos, diezmos, prestaciones personales, etc.) que pesaban sobre el miserable y exasperado campesinado alemán. Este principio de libertad cristiana aplicado a unas situaciones sociales concretas suscita un gran entusiasmo entre las masas, y tras el fracaso de la revuelta de 1524, a comienzos del año siguiente las bandas armadas crecen en número, se les unen artesanos de las ciudades, monjes exclaustrados, clérigos, y la rebelión y el pillaje se propagan por varias regiones de Alemania.

En febrero de 1525 los campesinos de Suabia se justifican en un escrito titulado *Quejas y agravios de los campesinos redactados en doce artículos;* afirman que se rebelan no contra el Evangelio, sino contra la tiranía de los señores feudales, reclaman la abolición de los siervos, la moderación de las prestaciones personales, la libre elección de sus pastores, mejoras en la administración de la justicia, etc., en un programa, en fin de cuentas, considerablemente moderado. Los rebeldes piden la ayuda de Lutero y, por su parte, los grandes señores le acusan de ser el responsable de la sublevación, y el reformador se verá obligado a pronunciarse mientras la revuelta crece en amplitud y se hace cada vez más sangrienta.

En abril de 1525 publica su *Exhortación a la paz acerca de los doce artículos de los campesinos de Suabia,* cuyo propósito es calmar los ánimos sin dar la razón a ninguna de las dos partes. Empieza atacando duramente a los señores: "Sólo vosotros, príncipes y señores, sois los culpables de estas sublevaciones y estas calamidades... En vuestros dominios no hacéis más que exprimir y despellejar para saciar vuestro orgullo y vuestro lujo, hasta tal punto que el pobre pueblo ya no puede seguir soportándoos... Dios ha permitido que las cosas llegaran a un punto tal que nadie quiere ni puede seguir soportando vuestra tiranía. Cambiad, pues, de proceder y ceded a su Palabra. Si no lo hacéis de buen grado, os obligarán a ello por la violencia. Si no son los campesinos los que os fuercen a cambiar, otros lo harán. Aunque los exterminarais a todos, apenas hubieran muerto, Dios os suscitaría otros enemigos... Porque no son los campesinos los que se rebelan contra vosotros; es Dios mismo quien se levanta contra vuestra crueldad...".

A los sublevados les recomienda docilidad y resignación: "No queréis soportar que os maltraten y que abusen de vosotros; reclamáis la libertad, la justicia, los bienes; pero Cristo ordena no resistir al que nos causa un mal, ceder siempre, sufrir, dejar que nos lo arrebaten todo. Si no queréis este derecho, no adoptéis tampoco el título de cristianos. Honraos con el recuerdo de otro maestro que os convenga más, de lo contrario el propio Jesucristo os arrancará este nombre que es demasiado pesado para vuestros hombros".

A unos y a otros les recomienda que traten de llegar a un acuerdo cediendo cada cual por su parte: "Señores, humillad un poco vuestro orgullo, suavizad vuestra tiranía, a fin de que las pobres gentes tengan un poco de aire y de espacio para vivir. Campesinos, dejaos aconsejar, abandonad algunos de vuestros artículos que van demasiado lejos, que exigen demasiado... Y si os negáis a seguir mis consejos, ¡que se haga la voluntad de Dios! Soy inocente de vuestros bienes perdidos, de vuestra sangre derramada, de la pérdida de vuestras almas".

Estas recomendaciones caen en el vacío, los señores no le hacen el menor caso y, mientras, las cuadrillas de campesinos saquean regiones enteras y en alguna ocasión llegan incluso a poner en peligro la propia vida de Lutero, quien es objeto de burlas y escarnios por parte de las turbas sublevadas. A medida que el conflicto se agrava, Lutero cree ver en un futuro próximo a Europa entera sumida en una anarquía en la que va a desaparecer toda la obra de la Reforma. Y por fin se decide a tomar partido en la contienda, redactando el violentísimo texto *Contra los campesinos criminales y ladrones,* que abunda en frases de una inusitada ferocidad: "Al perro rabioso se le persigue y se le da muerte; de lo contrario, es él el que os mata y a todo el país con vosotros. ¡Qué horror! ¡Amparan sus crímenes bajo el manto del Evangelio! Que la autoridad cumpla con su deber. Allí donde el campesino no quiera atenerse a razones, que desenvaine la espada y que le dé muerte. Todo príncipe será el servidor de Dios. El tiempo de la misericordia ha pasado, ahora es el tiempo de la espada y de la cólera. ¡Qué tiempos más extraños éstos en los que un príncipe puede ganarse el cielo derramando sangre, como otros lo ganan con sus plegarias!".

El ejército rebelde no tardó en ser derrotado y Müntzer fue hecho prisionero y murió ajusticiado; luego, la represión fue durísima, y el número de sus víctimas se ha estimado aproximadamente en cien mil muertos. Lutero, horrorizado, interviene de nuevo para pedir que "la misericordia triunfe sobre la justicia": "recordad que no ha sido la sabiduría de los hombres, sino la gracia de Dios la que ha sofocado esta sedición. Seamos, pues, misericordiosos para con estas pobres gentes. Hay señores que se comportan con ellos con una crueldad tal que diríase que sólo piensan en provocar la cólera de Dios y en suscitar nuevas revueltas".

C. P.





Juan Calvino, por un pintor anónimo del siglo XVI (Musée Historique de la Réformation, Ginebra).

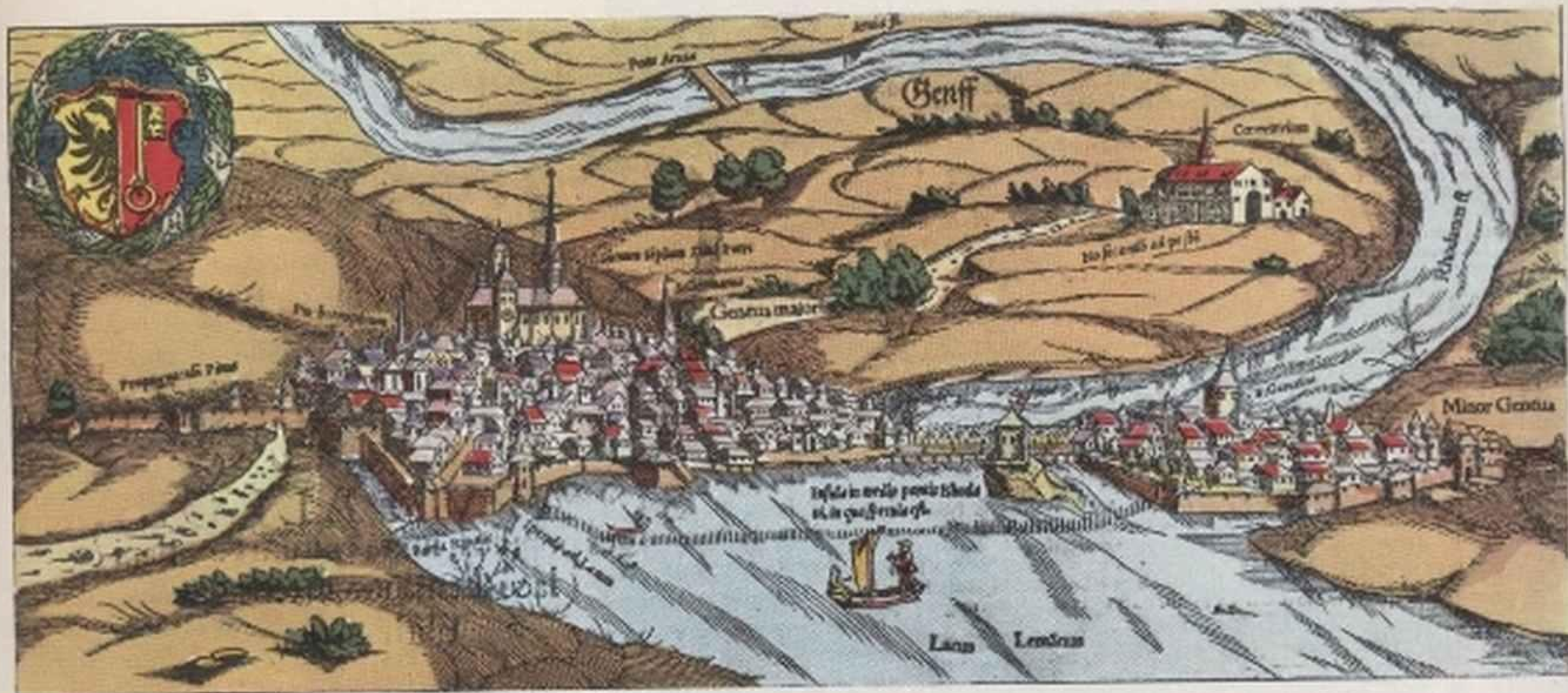
tadas, sin auxilio ninguno, por cualquier cristiano, inspirado por Dios. No se requieren concilios, ni pontífices, ni Iglesia. 4.º Una vez *salvado*, esto es, redimido por su fe en el poder de la sangre de Cristo, el cristiano casi no puede perderse, y no hay necesidad de purgatorio.

Esta es, en sustancia, la teología protestante; el lector creerá que es impropio de un libro como el nuestro dedicar varias páginas a exponer otra vez el misterio del pecado y la redención, pero estas *pequeñeces teológicas* hicieron correr ríos de sangre. Europa se vio devastada por interminables guerras de religión, en las que lucharon los protestantes por mantener su libertad de conciencia, y los católicos en defensa de la ortodoxia y de la autoridad eclesiástica.

También algunos protestantes creyeron que su deber era imponer *su verdad* a la fuerza, y esta fase de la Reforma está representada por Calvino y el grupo de Ginebra. Calvino era francés y pertenecía ya a la segunda generación de la Reforma. Había nacido el año 1509 en Noyon, de Picardía, de una familia acomodada y muy religiosa. Relacionado con las mejores familias de su país, el padre de Calvino procuró darle una educación muy esmerada y buenos modales, que contrastaban grandemente con las rudas maneras de Lutero.

En París, el joven Calvino tuvo su primer contacto con las ideas de la Reforma, que empezaban a infiltrarse en las aulas de la Sorbona. Calvino estuvo en París desde los catorce a los diecinueve años; de allí su padre hubo de enviarle a Orleáns para que estudiara derecho. La muerte de su padre, en 1531, dejó a Calvino en libertad para regresar a París y continuar su estudio favorito, que no era otro que la teología. Allí publicó su primer libro, un comentario, erudito sí, pero nada más, sobre el tratado de Séneca *De Clementia*.

Parece que fue por aquella época, esto es, durante la segunda estancia de Calvino en París, cuando se verificó su conversión, o *salvación*. Ya hemos visto cuán importante es esta crisis para el alma cristiana según la teología protestante. La sacudida espiritual que produce en nuestra alma el reconocimiento del pecado original y la fe que nos alienta de habernos limpiado de él la sangre del Señor son como el bautismo para el católico, indispensable para la salvación. Calvino habló siempre de sí mismo con una reserva



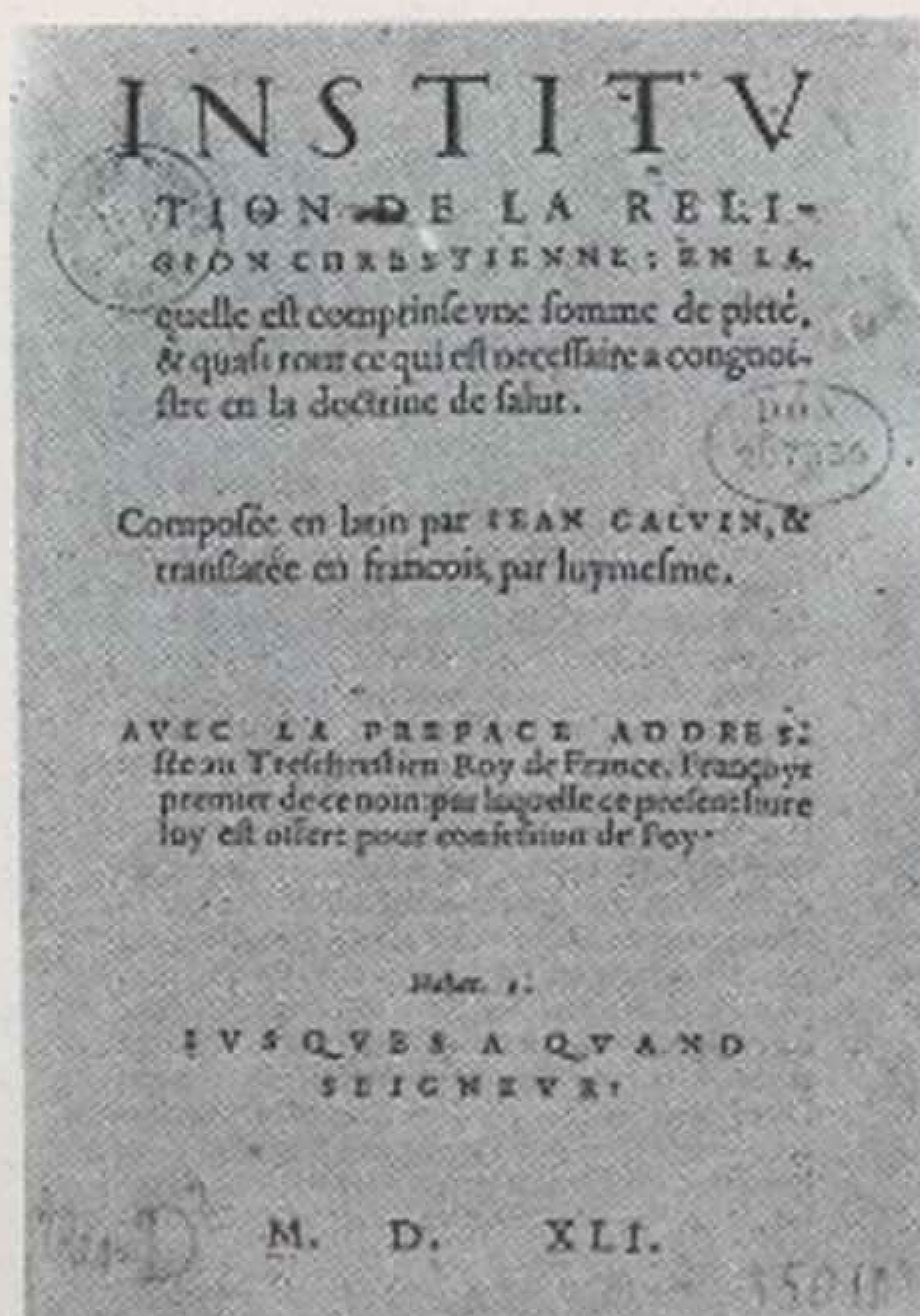
Ginebra en el siglo XV *(grabado conservado en la Biblioteca Pública de Ginebra). Calvino, al tener que emigrar de Francia, halló refugio en esta ciudad y allí inició sus predicaciones.*

aristocrática; no nos ha explicado los detalles de esta metamorfosis del pecador en cristiano; pero en el prólogo de su *Comentario a los Salmos*, publicado mucho después, habla de *una conversión repentina* y dice que ésta se produjo después de haber estudiado derecho para satisfacer los deseos de su padre.

Ciertamente fue en París, y ya por esta época, cuando Calvino compuso y publicó su obra magna: *Institución de la Religión Cristiana*, primer tratado sistemático de teología protestante. Apenas tenía veintiséis años. El libro lleva esta dedicatoria: *A Su Graciosa Majestad el Rey de Francia, su soberano, Juan Calvino desea paz y salvación en Cristo*. Extraña dedicatoria, puesto que Francisco I no era amigo de los protestantes. Por eso el autor dice que "este tratado contiene un sumario de la verdadera doctrina, que, según algunos, merece ser castigada con prisión, destierro y hoguera y ser exterminada de la faz de la tierra".

La *Institución de la Religión Cristiana*, de Calvino, es, en realidad, un comentario protestante del credo de los apóstoles. Hállase dividida en cuatro partes: una está dedicada al "Dios Padre Todopoderoso, creador de cielos y tierra"; otra al Hijo y a la Redención; otra al Espíritu Santo y la Revelación, y otra, la cuarta, a la Iglesia universal y su organización. La *Institución* fue publicada en 1536 en latín, pero el mismo Calvino la tradujo más tarde en un admirable estilo francés, para "beneficio de sus compatriotas".

La *Institución* obligó a su autor a emigrar de Francia y entonces hubo de encontrar refugio en Ginebra. Allí había cundido ya la rebeldía protestante; otro francés, Guillaume Farel, empezaba a predicar la causa de la Reforma. Todo lo que significaba rebeldía contra los poderes eclesiásticos debía encontrar en Ginebra buena acogida, puesto que era una ciudad episcopal y el obispo su príncipe o soberano. Sus atribuciones estaban sólo fiscalizadas por un gobernador de la fortaleza, que la retenía en nombre del duque de Saboya, y por un consejo de burgueses, celosos de sus fueros. Las libertades



INSTITV
TION DE LA RELI-
GION CHRESTIENNE: EN LA-
quelle est comprinse vne somme de pieté,
& quasi tout ce qui est necessaire a congnoi-
stre en la doctrine de salut.

Composée en latin par IEAN CALVIN, &
translatée en francois, par luymesme.

AVEC LA PREFACE ADDRES-
see au Treschrestien Roy de France, Francoys
premier de ce nom: par laquelle ce present liure
luy est offert pour confession de Foy.

Habac. 1.
IVSQVES A QVAND
SEIGNEVR?

M. D. XLI.

Portada de la "Institución de la religión cristiana", la fundamental obra de Calvino, escrita primero en latín y después traducida al francés por él mismo (Biblioteca Nacional, París).



Interior de la catedral de Ginebra, despojada de imágenes, altares y muebles litúrgicos después de las predicaciones de Calvino.

municipales se habían conseguido gracias a las diferencias entre los obispos y los duques de Saboya, pero esto había también dividido a los ciudadanos en partidarios del obispo y partidarios del Consejo municipal. Al predicarse la Reforma, la división se hizo más profunda; a los del obispo se les llamaba *mametucos*, o esclavos, y los que se habían juramentado para defender las libertades municipales eran los *eidgenossen*. Esta palabra tiene larga tradición en la Suiza alemana: Guillermo Tell y sus amigos eran también *eidgenossen*, o juramentados. Como en Ginebra se hablaba francés, se pronunció *eidguenots*, y de aquí parece que proviene el nombre de *huguenots* (hugonotes) que se dio a los protestantes franceses.

Resumiendo nuestro relato, diremos que Calvino comenzó a predicar en Ginebra como un desconocido. Farel le protegía, y en los anuncios de los sermones que se predicaron en la catedral por el año 1536 aparecen *Magister Gulielmus Farellus* y otro, que es Calvino, pero al que se llama sólo *ille Gallus*, o *aquel francés*. Pronto aprendieron a conocerle. Las imágenes de la catedral fueron destruidas y la misa abolida, aunque Calvino insistió en que debía celebrarse la Santa Cena por lo menos una vez a la semana. ¿No había dicho el Señor: "Haced esto en memoria mía"? ¿No lo había repetido san Pablo? Partiendo en común el pan y bebiendo el vino, los fieles se hacían partícipes no sólo del cuerpo y la sangre del Cristo, sino también de su muerte, de su espíritu, de sus enseñanzas y de sus benefi-

PROBLEMAS COMUNES A LAS DISTINTAS CONFESIONES RELIGIOSAS DEL SIGLO XVI

RESTAURACION DE LA TEOLOGIA

Para evitar disensiones cismáticas y aclarar la posición "ortodoxa", las Iglesias se entregan a la formulación de sus dogmas.

Concilio de Trento (1563)

Libro de la Concordia (1580)

Credo Anglicano (1553)

Sínodo de Dordrecht (1619)

SACERDOCIO

Aunque parten de concepciones distintas del papel del sacerdote en la Iglesia, todas las confesiones acometen idénticos problemas: formación del sacerdote, disciplina, etc.

Institución de seminarios, celibato sacerdotal, organización de la jerarquía (Trento). "Academia" de Ginebra para pastores calvinistas. Consistorio y Ordenanzas legales.

RELACIONES IGLESIA-ESTADO

Frente a la solución de Lutero (sometimiento de la Iglesia al Estado), los calvinistas, los presbiterianos y los católicos tratan de recobrar la autonomía religiosa.

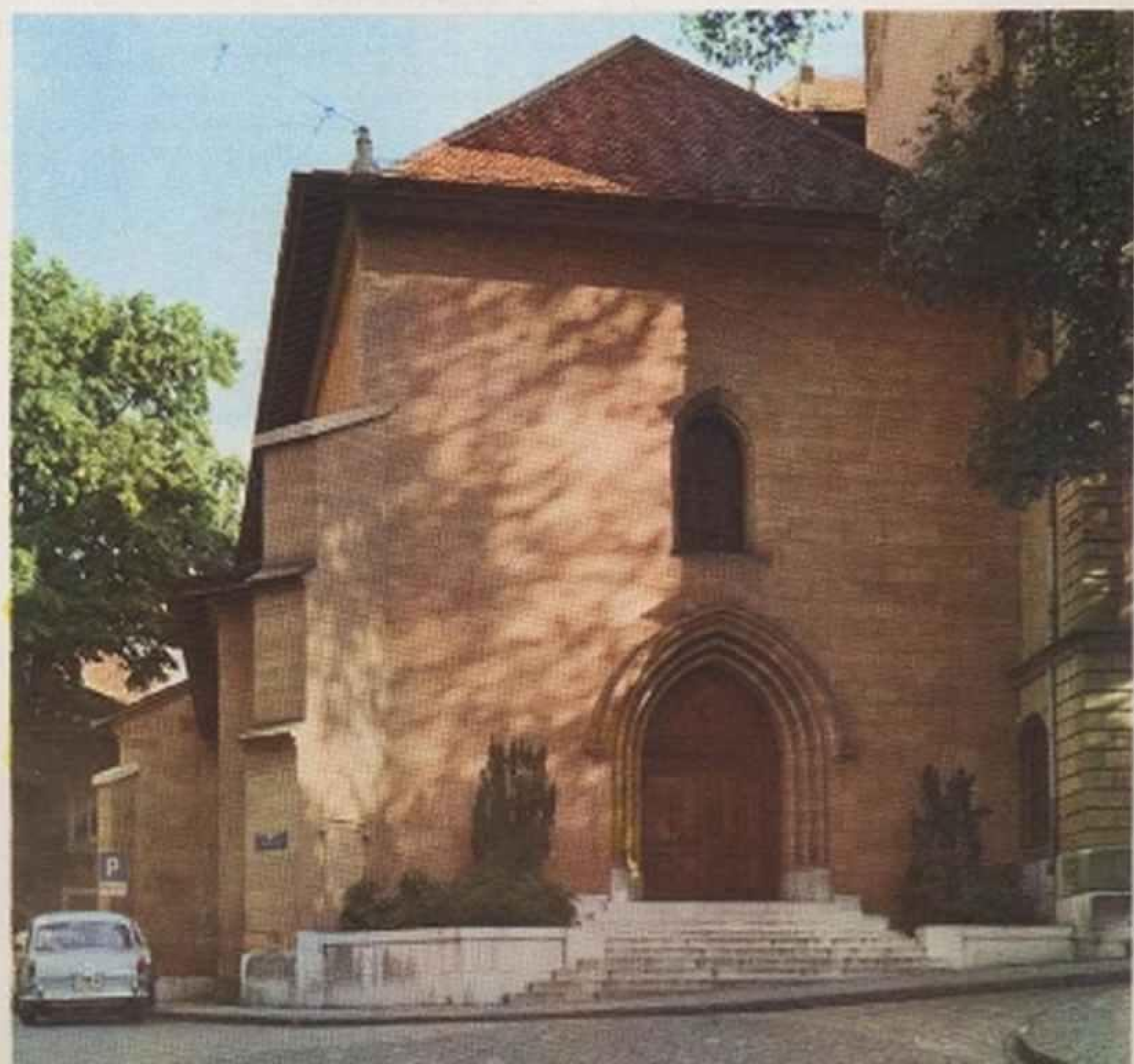
Derecho de excomunión reservado al Consistorio (calvinistas).
Estructura democrática y antiestatal de la Iglesia (Knox).
Partido ultramontano (católicos).

Juan de Leiden, por Gaspar Bouttats (Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Poco después del rompimiento de Lutero con la Iglesia apareció una secta en Suiza que, por creer que el bautismo no debería administrarse antes de que los niños llegaran al uso de razón, recibió el nombre de anabaptista. Su jefe fue Thomas Munzer, que acaudilló una verdadera revolución social, pero fue vencido y decapitado (1525). Años más tarde (1532), el movimiento rebrotó y sus componentes, mandados por Juan de Leiden, ocuparon Münster, donde implantaron la comunidad de bienes y la poligamia. Un ejército imperial sometió a la ciudad y acabó con los anabaptistas.



cios. Pero, por lo que hemos explicado anteriormente, según los principios de la teología protestante, esta participación no podía ocurrir si el comunicante no sentía una fe viva en el acto de la comunión y llevaba una vida desordenada. Calvino insistió, pues, en la necesidad de negar la comunión a los indignos de acercarse a la *Mesa del Señor*, y proponía que, en cada barrio de la ciudad, hubiera una comisión de personas de intachable moralidad que dieran aviso a los pastores de aquellos que vivían en pecado. Todos los habitantes de Ginebra viéronse obligados a jurar en las iglesias un credo apostólico redactado por Calvino. Un sujeto al que se encontró jugando a las cartas fue puesto en la picota; por vestir con lujo extremado se encarceló a varias mujeres; se exponía a los adúlteros a la vergüenza pública y después se los desterraba.

Zuinglio protestó de este proceder de Farel y Calvino, *optimos fratres Galios*, sobre todo de la excomunión. Dio razones teológicas; además, ¿quién debía excomulgar, y a quién podía excomulgar una Iglesia protestante? Los habitantes de Ginebra también disintieron en este punto de sus pastores, y Farel y Calvino fueron desterrados. No por ello se volvió al catolicismo: por espacio de tres años, del 1538 al 1541, Ginebra creyó subsistir con un protestantismo moderado. Pero los que han sentido la embriaguez del *furor religioso*, aunque sea extraviado o desordenado, ya nó pueden contentarse con una vida de simple piedad. Y ésta es la gran gloria de Ginebra, lo que la hace ciudad santa para los protestantes, porque, en lugar de



Exterior del llamado Auditorio de Calvino, en Ginebra.

Théodore de Bèze (cuadro anónimo conservado en el Museo Histórico de Ginebra), el protestante francés que actuó como secretario de Calvino, intervino en el proceso contra Servet y fue director de la Academia fundada en Ginebra por Calvino, a quien sucedió como jefe de la secta.



abandonar su fe reformada, llamó otra vez al reformador, aunque fuera éste un caudillo severo y extremado. Calvino regresó a Ginebra, no ya como había llegado antes a ella, a modo de aventurero protestante, sino para ser el director espiritual de una república cristiana. A su regreso, en 1541, Calvino no tenía más que treinta y dos años; pero ¡qué riqueza de experiencias acumuladas! Durante su destierro de Ginebra había viajado por Alemania y había conocido a Lutero, quien comprendió todo el valer de Calvino, a pesar de sus diferencias acerca de la eucaristía.

Se ha descrito la entrada de Calvino en Ginebra, después del destierro, como un triunfo en el que participaron todos los ciudadanos. No se encuentra rastro de la ceremonia en las crónicas contemporáneas; no se aviene al carácter seco, poco ruidoso, del reformador. En cambio, Calvino compuso unas ordenanzas municipales para Ginebra en las que introdujo algunas de las ideas,

LAS ESCISIONES PROTESTANTES

LUTERO

ILUMINADOS

1525

Lutero: Contra las bandas saqueadoras de los campesinos; ruptura con Münzer; los profetas de Zwickau; anabaptistas; desviaciones socializantes del luteranismo.

ZUINGLIO

1529

Coloquio de Marburgo. Lutero no puede admitir la teoría sacramental de Zuinglio.

CALVINO

1536

MELANCHTHON

1521

Loci communes theologici, exposición sistemática de la teología luterana.

1540

Confessio de Augsburgo. Melanchthon se separa de Lutero en la concepción de la Eucaristía y del valor de la libertad humana.

LUTERANOS PUROS

Seguidores estrictos de Lutero. Universidad de Jena.

FILIPISTAS

Partidarios del humanismo de Melanchthon. Universidad de Wittenberg.

1580 LIBRO DE CONCORDIA

Exposición de la doctrina luterana ortodoxa: condena de Zuinglio, Calvino, anabaptistas y filipistas.

HUMANISTAS CATOLICOS

1525

Lutero: **De servo arbitrio**, ruptura con el humanismo.

1530

Melanchthon **presenta** en la Dieta de Augsburgo la "Confessio". En 18 artículos se subraya lo que une a católicos y protestantes y se silencian las divergencias.

1539-1541

Coloquio católico-protestante de Ratisbona. Acuerdo entre Contarini, legado papal, y Melanchthon, rechazado por Lutero, Calvino y el papa.

Grupo católico **reformista** de raíz erasmiana patrocinado por Carlos V, partidario de la reconciliación.

TRENTO

CALVINO Y SERVET

El "caso Servet" ha sido la cuestión que ha valido más reproches al reformador de Ginebra, y en la historia de Calvino es un episodio tan polémico y controvertido como el de la actitud de Lutero ante las revueltas campesinas de 1525. ¿Se trató de un acto justo según la escala de valores de la época, de un verdadero crimen legal o simplemente de una consecuencia de las luchas interiores que agitaban a la Ginebra de estos tiempos?

El español Miguel Servet, de origen aragonés, nacido hacia el 1511, tuvo una personalidad tan original y curiosa que el mismísimo Menéndez y Pelayo, implacable debelador de herejes, apenas puede disimular la admiración que le inspira "tan singular personaje", como él dice. "Teólogo reformista, predecesor de la moderna exégesis racionalista, filósofo panteísta, médico, descubridor de la circulación de la sangre, geógrafo, editor de Tolomeo, astrólogo perseguido por la universidad de París, hebraizante y helenista, estudiante vagabundo, controversista incansable, a la vez que soñador místico, la historia de su vida y opiniones excede a la más complicada novela" *(Historia de los heterodoxos españoles)*. Después de un período de formación en España y el sur de Francia, viajó por Italia y Alemania en calidad de secretario del confesor de Carlos V, fray Juan de Quintana, y asistió a la dieta de Augsburgo, donde conoció a Melanchthon. Al parecer, por esta época sus ideas religiosas distaban tanto de los católicos como de los protestantes *(nec cum istis, nec cum illis;* "ni con éstos, ni con aquéllos"), y en 1530 se instaló en la protestante Basilea y se dispuso a poner por escrito sus opiniones.

Inmediatamente chocó con el jefe de la iglesia de esta ciudad, Ecolampadio, quien en una carta a Zuinglio dice del español que es "altanero, orgulloso y disputador": pero desoyendo todos los consejos de los calvinistas, Servet siguió adelante con su propósito y en 1531 publicaba en la ciudad de Haguenau, en Alsacia, el libro *De Trinitatis Erroribus*, en el que negaba el dogma trinitario. La gran indignación que produjo entre católicos y reformados semejante libro no fue obstáculo para que al año siguiente Servet insistiera en sus tesis con dos diálogos sobre la Trinidad, después de lo cual se vio obligado a abandonar aquellas tierras.

En 1534 se encontraba en París y conocía a Calvino, de allí pasó a Lyon, donde al año siguiente publicaba una erudita edición de Tolomeo, y en 1536 volvía de nuevo a París para seguir estudios de medicina; posteriormente ejerció esta profesión, se ocupó de astrología (por lo cual fue denunciado al Parlamento de París), escribió un tratado de terapéutica, trabajó en las materias más diversas, hasta que en 1540 pasó a ser médico del arzobispado de Vienne, en el Delfinado, donde gozaba de gran prestigio.

Cediendo nuevamente a sus preocupaciones teológicas, Servet inició en 1546 una dura polémica epistolar con Calvino, y en enero de 1553 se atrevía a publicar clandestinamente en la misma Vienne el *Christianismi restitutio*, firmado tan sólo con sus iniciales. La obra (uno de cuyos borradores había enviado Servet a Calvino años atrás) atacaba por igual a católicos y reformados y en ella se decía que tanto unos como otros habían falseado la doctrina del cristianismo primitivo. En Ginebra se identificó inmediatamente al autor del libro y Calvino le denunció al arzobispo de Vienne, quien hizo encarcelar al español. Poco después Servet lograba huir de la prisión y cuando se dirigía a Italia para embarcar allí rumbo a España, cometió la imprudencia de pasar por Ginebra, donde fue reconocido y detenido el 13 de agosto de 1553.

En el proceso que se le formó por hereje y blasfemo influyó la pugna interna que oponía los partidarios de Calvino a los del grupo capitaneado por Ami Perrin, síndico de la ciudad, quien representaba la oposición a las pretensiones de poder absoluto y a la intransigente rigidez de los calvinistas. Posiblemente Perrin y los suyos tenían interés en demostrar que Calvino no era el único defensor de la ortodoxia y ello les movió a rivalizar en celo acusando a Servet, pero en todo caso la situación del español no podía ser peor dada la mentalidad de la época, que consideraba al hereje como al más nefando y peligroso de los criminales.

Servet se negó repetidamente a retractarse y en sus discusiones con Calvino puso a éste fuera de sí, sin dejar por ello de despertar cierta simpatía en la ciudad por la entereza de su actitud y el brío de su argumentación. Las restantes iglesias suizas fueron consultadas acerca de la cuestión y el 19 de octubre llegó su respuesta, plenamente favorable a las decisiones de Calvino; no obstante, la discusión acerca de la sentencia duró aún tres días más, constituyendo una nueva batalla entre el partido de los "libertinos" –el de Perrin, que ahora defendía a Servet– y el de los "clericales". Finalmente estos últimos impusieron su parecer el día 26 de octubre, y el español fue condenado a morir en la hoguera. La sentencia se ejecutó al día siguiente y Miguel Servet fue quemado junto con un ejemplar del *Christianismi restitutio*.

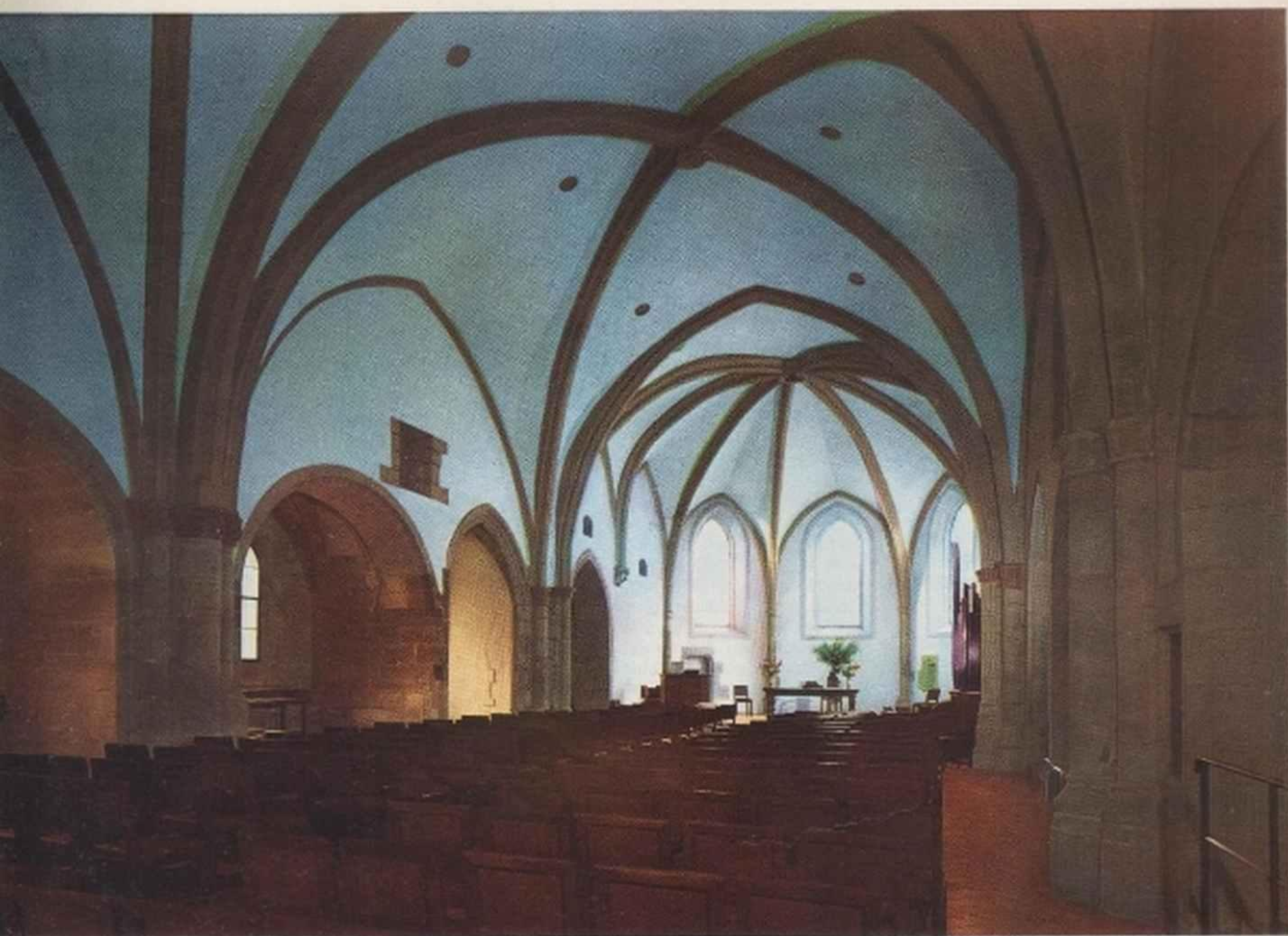
Un año más tarde, en 1554, Calvino creyó necesario justificarse escribiendo un tratado que publicó simultáneamente en francés y en latín, *Declaración para el mantenimiento de la verdadera fe*, donde refuta el antitrinitarismo de Servet y se declara decidido partidario de la tesis de que los herejes merecen la pena capital. Parece indudable que el reformador ginebrino había obrado de acuerdo con su conciencia, pero las consecuencias políticas de tan resonante proceso fueron muy favorables para él: cuando su posición en la ciudad se veía seriamente amenazada por los "libertinos", el caso Servet le dio prestigio y le permitió ganar las elecciones de 1554; un año después fracasaba un golpe de fuerza de los "libertinos", que tenían que huir de la ciudad, y Calvino de este modo se veía libre de sus principales adversarios.

C.P.

no todas, de la *Institución de la Religión Cristiana*. Persistente en sus ideas de disciplina teológica, Calvino llegó al extremo de condenar a Servet a la hoguera. Es ésta, en realidad, una mancha que oscurece todo lo bueno que pudiera haber hecho Calvino. Los protestantes, en un monumento expiatorio que han levantado a Servet en Ginebra, dicen que condenan aquel error de Calvino, *aunque fue el error de su siglo*. Pero ni Lutero ni Zuinglio habían incurrido en tales errores. El proceso de Servet es monstruoso: fue cogido prisionero a pesar de un salvoconducto; Calvino estuvo presente en



Miguel Servet, el español que negaba la Trinidad y había intuido la circulación de la sangre, fue condenado a la hoguera por discrepar en aquel punto de la teoría de Calvino.



Interior del Auditorio de Calvino, en Ginebra.

el juicio; el único crimen de Servet era negar la Trinidad. Servet era español, probablemente aragonés, y se ha hecho famoso por haber sido el primero en aludir a la circulación de la sangre en uno de sus escritos teológicos. Pero nadie se dio cuenta de aquella novedad fisiológica en su tiempo.

Tal vez Miguel Servet hubiera sido también quemado por los católicos. Eran los años en que arreciaban las persecuciones en Francia, y Ginebra era la ciudad de refugio por lo menos para los hugonotes. Vamos a copiar un texto del año 1557; es el relato de un francés escapado de las galeras, a las que había sido condenado sólo por ser protestante: "El domingo inmediato llegamos a la vista de Ginebra y la contemplamos de lejos como los israelitas debieron de mirar la Tierra Prometida. Tanta era nuestra impaciencia para llegar a nuestra Jerusalén que ni aun queríamos detenernos para almorzar; pero el guía nos dijo que los domingos las puertas de Ginebra no se abrían hasta las cuatro de la tarde, cuando terminaban los oficios divinos". No podemos seguir copiando los detalles del relato: los magistrados de la ciudad salieron a recibir a los fugitivos hugonotes en varios coches, y los burgueses se disputaron el honor de aceptarlos en su casa para darles albergue.

Deseoso de uniformidad y disciplina, Calvino estableció en Ginebra un colegio que vino a ser el primer seminario protestante. De allí salieron pastores de un tipo más intelectual que los reclutados hasta entonces entre frailes exclaustrados y gentes diversas que sentían los efluvios de la revelación.

La empresa de Calvino en Ginebra tuvo una extraña repercusión en Escocia por obra de John Knox; era éste seis años más joven que Calvino, y debía de ofrecer, por sus ma-

neras y educación, un contraste perfecto con el reformador ginebrino. Sin embargo, las almas grandes son todas hermanas, podrán disentir en las cosas pequeñas, pero en el reino del espíritu sienten igualmente. Conocemos poquísimo de los primeros años de Knox. Parece que llegó a recibir órdenes, como clérigo católico, pero en el año 1547, cuando tenía ya treinta y dos años, Knox fue hecho prisionero, en un castillo, con un primer grupo de protestantes escoceses. Los que velaban por el orden, en Escocia, eran entonces los franceses, porque la joven reina era María Estuardo, que vivía en París, por estar casada con el heredero de la corona de Francia.

Los protestantes escoceses fueron enviados a galeras, pese a una capitulación en que se les prometía la libertad. Knox remó como galeote por espacio de diecinueve meses en las galeras de Francia, y sólo fue libertado por la intervención del gobierno inglés, que había comenzado a favorecer a los protestantes de Escocia. Knox predicó cinco años en Inglaterra, hasta que en 1554 marchó a Ginebra para ayudar a Calvino en el gobierno de la república. Knox estuvo hasta 1558 en el continente, quiso ver la obra de Zuinglio –que ya había muerto– en Zurich y viajó por Alemania. Debió de pensar constantemente en su Escocia, pero lo que más impresión le hizo fueron las enseñanzas de Calvino en Ginebra. "Durante el tiempo que fui galeote, lo único que me consolaba era la confianza de que podría predicar el Evangelio en Edimburgo antes de acabar esta vida." Sin embargo, tuvo que esperar bastante tiempo. La reina madre, que actuaba de regente, no se decidió resueltamente ni a favorecer ni a perseguir a los protestantes. En Inglaterra, la reina María perseguía, en cambio, a los reformadores. En estos momentos de espera y de luchas, Knox escribió un muy violento tratado cuyo título rezaba: *Primer trompetazo contra el monstruoso gobierno de las mujeres*.

Por fin, Knox pudo regresar a Escocia y su éxito como predicador fue fulminante. El escribía que la resistencia había sido nula, que su triunfo había sido un milagro, como las murallas de Jericó cayendo al sonido de la trompeta. El bravo escocés se hallaba siempre en acción, predicando o viajando. "De las veinticuatro horas del día no doy más que cuatro a este corpazo mío para que descanse." Un poco por convicción, otro

CRONOLOGIA DE JOHN KNOX

1505	Nace en Giffordgate (Escocia).
1516-1540	Estudia en la universidad de Glasgow. Se ordena sacerdote, pero pronto abandona su ministerio y se dedica a la enseñanza.
1541	Empieza a predicar la Reforma en Escocia.
1547	Detenido por la regente y los franceses, es conducido a Francia, donde permanece dos años. Regreso a Iglaterra.
1554	Como consecuencia de empezar a reinar María Tudor, emigró a Ginebra, donde fue presentado a Calvino. Estancia en Francfort como pastor, llamado por los refugiados ingleses, pero debido a su exagerado puritanismo disgustó a la mayoría de ellos y fue expulsado.
1555,1556	Vuelve a Inglaterra, pero a consecuencia de reanudarse las persecuciones a los reformados, regresa a Ginebra, donde se encarga de la dirección de la congregación inglesa.
1555-1560	En Escocia, regencia de María de Guisa. La nobleza escocesa sediciosa impide la puesta en marcha de una política católica en el país.
1559	La lucha religiosa se acentúa después de la vuelta de Knox. Predica en Perth. Sublevación popular contra la regente.
1560	Obliga al Parlamento a adoptar la confesión de fe que había preparado.
1561	**Libro de la Disciplina**, primera constitución de la Iglesia escocesa por Knox, según modelo calvinista.
1572	Muerte.



John Knox, el reformador escocés que llevó el calvinismo a Gran Bretaña y combatió rudamente a la reina María Estuardo.

poco para oponerse a la influencia francesa, lo positivo es que, hacia el año 1559, la mayoria del pueblo de Escocia se alineaba con los protestantes.

Knox empezó su obra de reformador en Escocia poco antes del regreso de Maria Estuardo. Esta, joven aún, llegó viuda y sin hijos, y empezó a hacer imprudencias. Como católica francesa, sentia horror por la Reforma. Entonces empezó el duelo a muerte entre estas dos personalidades tan extrañas, la reina y el predicador. Knox se reconocia a si mismo como intemperante, agresivo, medio salvaje. "Mi ruda vehemencia a algunos parecerá más cólera que celo." El embajador de Inglaterra, que era protestante, escribia a lord Cecil, su primer ministro: "Ya sabéis que no es posible poner freno a la vehemencia de Knox; yo desearia que procediera más gentilmente con la reina, que es una joven sin malicia *(unpersuaded)*". Pero la opinión de Knox acerca de Maria Estuardo era muy distinta: "Quisiera equivocarme –decia–, pero en todas mis conversaciones con ella, *he espiado* una intención y malicia del todo impropias de su edad". La joven reina se habia educado para ser una flor refinada; de muy niña la habian enviado a Paris y alli aprendió galanterias pecaminosas, vanidades carnales, según decian los protestantes. Knox explicaba de la manera siguiente una de sus entrevistas con Maria Estuardo: "Ella me dijo: – ¿Y qué tenéis que ver vos con mi segundo casamiento? ¿Quién sois vos en este reino? –Yo, señora –le respondi–, soy un hombre que ha nacido en esta tierra, y por más abyecto que os parezca a vos, y aunque no sea conde, ni lord, ni barón, Dios me ha hecho un miembro importante del estado".

Estampa popular del siglo XVI que representa a los prohombres de la Reforma, cuya luz no puede apagar la Iglesia (Biblioteca Nacional, París).



No es éste el lugar de explicar los episodios de la tragedia personal de la joven reina. Pero podemos añadir que María Estuardo, además de víctima de la Reforma, fue también víctima de lo que Knox llamaba el *monstruoso* régimen de las mujeres: en Inglaterra gobernaba su prima Isabel, y en Francia, la regente Catalina de Médicis. Los protestantes añaden que más suspicaz y felino aún que estas tres mujeres era el rey de España, Felipe II. Y acaso esto diera mayor ventaja al canciller inglés y al reformador de Escocia, que eran a la vez tenaces y hábiles. Por lo menos, Knox pudo organizar sin oposición la Iglesia en Escocia según el modelo calvinista. Los proyectos de la *Confesión de fe*, del Libro de la Disciplina y otros estatutos de la Iglesia reformada se traducían al latín en Escocia y se enviaban a Ginebra para que Calvino pasara sus ojos por el texto antes de ser aprobado. El catecismo de Calvino se tradujo sin variaciones y hubo de servir para instrucción de los nuevos catecúmenos escoceses. Un tercer libro de Calvino, que regulaba el culto y los servicios de la Iglesia de Escocia, llegó a conocerse luego como el *Libro de la Orden de Ginebra*.

Lo más extraordinario todavía es que, cuando en el siglo XIX los anglosajones se repartieron por los cuatro ámbitos de la tierra para establecer las colonias que formaron el Imperio británico, el elemento más influyente en el Canadá, en Australia, en la Nueva Zelanda y hasta en la India fue, con mucho, el escocés. Y así la *Institución de la Religión Cristiana*, de Calvino, que parecía un libro teológico sin trascendencia práctica, gracias al vehemente Knox ha servido para la constitución religiosa de uno de los grupos más importantes de la humanidad.



Anverso de una moneda napolitana acuñada por Carlos V (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

EUROPA OCCIDENTAL DESPUÉS DE LA REFORMA

BIBLIOGRAFIA

Benoit, J. D.	*Jean Calvin, la vie, l'homme, la pensée,* Neuilly, 1933.
Bieler, A.	*La pensée économique et sociale de Calvin,* Ginebra, 1959.
Boisset, J.	*Calvin,* París, 1964.
Borgeaud, Ch.	*L'adoption de la Réforme par le peuple de Genève,* Ginebra, 1923.
Bowen, M.	*The life of John Knox,* Londres, 1949.
Courvoisier, J.	*Zwingli,* Ginebra, 1948.
Delumeau, J.	*La Reforma,* Barcelona, 1967.
Rilliet, J.	*Zwingle, le troisième homme de la Réforme,* París, 1959.
Schmidt, A. M.	*Jean Calvin et la tradition calvinienne,* París, 1957.
Walker, R. S.	*John Knox, the history of the Reformation of Religion within the realm of Scotland,* Londres, 1940.



Monolito expiatorio elevado por los calvinistas de Ginebra en el sitio donde fue quemado Miguel Servet.



Tercios españoles en lucha contra los holandeses (tapiz con una de las campañas del archiduque Alberto; Palacio Real, Madrid). En las guerras desencadenadas en los Países Bajos, en las que se entremezclaron motivos religiosos, políticos y económicos, la lucha, librada entre canales, marismas y terrenos anegados, fue durísima para ambas partes.

Las guerras de religión

Las consecuencias inmediatas del cisma protestante tenían que ser necesariamente las guerras de religión. Los protestantes no podían admitir como inspirados por el Espíritu Santo los cánones o decretos del concilio de Trento, al que ellos no habían asistido; y los soberanos católicos, una vez afirmado el dogma y fijado el ritual por la Iglesia reunida en concilio reputado por ellos como universal o ecuménico, tenían que imponerlos a la fuerza para la salvación de sus almas y las de sus súbditos.

Alemania, cuna de la Reforma, fue, de todos los países protestantes, el que sufrió menos estas primeras violencias. Ya hemos dicho que Lutero se mantuvo ortodoxo en el punto más espinoso, o sea el de la transubstanciación del pan y el vino en cuerpo y en sangre de Cristo. En extremos que creían de pura disciplina, como el matrimonio de los eclesiásticos, la comunión de los laicos en las dos especies y hasta la obediencia debida a la cabeza de la Iglesia, que era el papa, Lutero y, sobre todo, Melanchthon tuvieron siempre esperanzas de llegar a un acuerdo con los católicos.

Por otra parte, el carácter imperial de la soberanía de Carlos V le obligaba a reconstruir la unidad religiosa de Alemania, mientras los príncipes protestantes reclamaban el privilegio de proceder libremente en sus dominios, y si algunos mostraban empeño en convertir a los demás, era para tener mayoría en la Dieta y en el cuerpo de electores que elegía al emperador. Las querellas entre protestantes y católicos en Alemania, después de la muerte de Lutero, casi no pueden calificarse de guerras de religión; fueron una serie de



Dieta de Augsburgo de 1530 (según grabado del siglo XVII conservado en la Biblioteca Nacional de París). Carlos V, que acababa de vencer a Francia, creyó poder reprimir el proceso reformista reuniendo en una Dieta a católicos y protestantes. Melanchthon redactó para ella la "Confessio Augustana". No fue posible llegar a ningún acuerdo y la Dieta decretó la puesta en vigor de los decretos aprobados en la de Worms.

penosas jugadas de política local en las que se sacrificaron, sin saber por qué, las vidas de algunos centenares de vasallos.

Las míseras alternativas de pujanza y decaimiento de los protestantes en Alemania contrastaban con los proyectos fantásticos del emperador. El sueño de Carlos V, durante los años que van del 1545 al 1552, fue que convencería a los luteranos de que debían reintegrarse al catolicismo, y convencería también al papa de la necesidad de reformar la Iglesia. Después de haber purificado y vuelto a unir la cristiandad, reconquistaría a Bizancio y todo el Oriente y se haría coronar otra vez emperador por el sumo pontífice en Jerusalén. Estos proyectos caballerescos eran contrariados por la rebeldía contumaz de los protestantes alemanes y por la mezquindad del papado, que protestaba en cuanto se le hablaba de corregirse.

Reduciendo a un esquema muy simple la lucha entre Carlos V y los reformados alemanes, podemos establecer el siguiente proceso, para el que hay que tener en cuenta que el emperador sólo pudo dedicar a Alemania los breves respiros que le dejaban sus guerras en Europa:

Primera Dieta de Espira (1526), en la que el emperador quiso que se aplicaran las conclusiones de la de Worms. El resultado fue que se acordó que cada estado, para aplicarlas, sólo debería atenerse a su responsabilidad ante Dios y el emperador.

Segunda Dieta de Espira (1529). En ella se aprobó, con mayoría católica, que no se introducirían innovaciones en los estados que hubieran aplicado los edictos de Worms y que el culto católico debería mantenerse en los estados evangélicos. Estos *protestaron* de tal acuerdo, y de ahí recibieron el nombre de *protestantes*.

Primera Dieta de Augsburgo (1530), en la que Carlos V, en el punto culminante de su poderío creyó estar en disposición de reinstaurar la unidad religiosa alemana con un sentido erasmista de la transigencia. Se invitó a los protestantes, y Melanchthon redactó para esta Dieta la *Confessio Augustana*, en la que "disimulaba" las diferencias entre el luteranismo y el catolicismo. No hubo avenencia y el emperador restableció los edictos de Worms.

Liga de Esmalcalda (1531-1547), formada por los protestantes que se sintieron amenazados, capitaneada por Juan Federico de Sajonia y el landgrave de Hesse. Estableció alianzas con los enemigos del emperador y consiguió que otros estados del Imperio se adhirieran a ella. Su crédito disminuyó mucho a partir de 1540.

Batalla de Mühlberg (1547), en la que Carlos V deshizo la liga de Esmalcalda y cogió prisionero a Juan Federico de Sajonia; el landgrave de Hesse se entregó poco después.

Segunda Dieta de Augsburgo (1547-1548). En ella el emperador pudo imponer a protestantes y católicos una transacción que se llamó el *Interim*.

El *Interim* permitía el matrimonio de los clérigos, la comunión con pan y vino por los laicos y una interpretación amplia de la doctrina de la salvación por la fe y no por las obras. En cambio, conservaba los siete sacra-



mentos, el culto de la Virgen y los santos, las procesiones y la práctica de ayunos y, sobre todo, el espinoso dogma de la transubstanciación. De momento, este acuerdo provisional no contentó a nadie.

– *Tratado de Passau* (1552). Los protestantes, inducidos, después del *Interim*, por Mauricio de Sajonia, se aliaron con Enrique II de Francia, a quien entregaban Cambray, Toul, Verdún y Metz. El emperador, ante el ataque de Mauricio de Sajonia, tuvo que huir velozmente de Innsbrück y firmar el tratado de Passau, por el que los protestantes obtenían la libertad del landgrave de Hesse, amnistía para los adheridos a la liga de Esmalcalda, el usufructo de los bienes secularizados, etcétera, y la seguridad de obtener una paz religiosa sin esperar la decisión de un concilio ecuménico.

Tercera Dieta de Augsburgo (1555). En ella se firmó la *paz religiosa de Augsburgo*, que concedió a los luteranos casi todo aquello por lo que estaban luchando ya hacía tantos años. A partir de ella, los habitantes de un territorio deberían adoptar la religión de su príncipe o emigrar *(cujus regio, ejus religio)*.

En realidad, esto era el reconocimiento del fracaso de la política de Carlos V.

Pronto el emperador, sifilítico y gotoso, traspasó de hecho los asuntos alemanes a su hermano Fernando y se preparó para retirarse a acabar sus días al monasterio de Yuste.



Juan Federico, duque y elector de Sajonia (grabado de G. Bouttats: Museo de Arte Moderno, sección grabados, Barcelona). Los príncipes reformados, sintiéndose amenazados por los resultados de la Dieta de Augsburgo, se unieron en la Liga de Esmalcalda, capitaneada por Juan Federico y el landgrave de Hesse.

El nuevo emperador Fernando y su hijo y sucesor Maximiliano II tenían más paciencia para tratar con los protestantes. Hubo otra vez ligas y movilización por ambas partes. Los nobles alemanes pudieron preparar sus maniobras y vestir sus arreos militares, pero no llegaron a combatirse seriamente. En realidad, en Alemania la gente se sentía fatigada por tantas disputas teológicas, que eran comprendidas sólo a medias, y hasta

Lectura, ante Carlos V, de la Confesión de Augsburgo, presentada ante la Dieta reunida en esta ciudad en 1530. Es el símbolo de la fe luterana y fue redactada por Melanchthon. No tuvo fuerza legal hasta la paz de Augsburgo, firmada entre Fernando I y los príncipes alemanes protestantes. (Grabado de la Biblioteca Nacional de París.)

Carlos V en la batalla de Mühlberg, por Tiziano (Museo del Prado, Madrid). En paz con Francia y tras haber rechazado a los turcos en Viena, Carlos V se aprestó a luchar contra los miembros de la Liga de Esmalcalda, a los que derrotó en Mühlberg; en esta acción hizo prisionero al elector de Sajonia, Juan Federico.

Rendición del landgrave de Hesse, según detalle de un grabado de M. van Heemskerck (Biblioteca Nacional, Madrid). Poco después de la batalla de Mühlberg, el landgrave de Hesse, otro de los principales caudillos de la Liga de Esmalcalda, se entregó al emperador, quien le retuvo prisionero hasta el tratado de Passau.



veía con cierta satisfacción que habían cesado los abusos en la percepción de diezmos y la predicación de indulgencias.

Del mismo modo que había renunciado Carlos V a su categoría imperial en Alemania, se despojó en Bruselas de sus títulos del ducado de Borgoña y territorios agregados. La ceremonia se celebró en el gran salón del palacio de Bruselas, el viernes 25 de octubre de 1555. Carlos, que al dejar el Imperio lo había hecho solemnemente en una ceremonia llena de majestad y decoro, en Bruselas, donde se sentía en su propia casa, perdió la serenidad y habló con lágrimas en los ojos. La voz se le apagó antes de que pudiera terminar la lectura de una especie de justificación de sus actos que traía preparada. La emoción del poderoso monarca que desaparecía de la escena del mundo contrastó con la flema y silencio de su hijo. Felipe II había venido de Londres, donde era príncipe consorte de la reina María. Al discurso solemne de su padre, en flamenco, contestó con cuatro

palabras en francés, y el obispo de Arrás tuvo que acabar de hablar en nombre de su señor. Felipe II permaneció cuatro años en los Países Bajos, durante los cuales otra persona hubiera acaso aprendido que la clase de súbditos que tenía en aquellas tierras requería un gobierno muy especial. Al partir dejó como regente a su hermana Margarita de Parma, hija natural de Carlos V, que había nacido en Flandes y hablaba la lengua del país. Era de temperamento más bien masculino. La habían casado a los doce años con un Médicis, que murió en seguida, y después de permanecer viuda ocho años, contrajo matrimonio con Octavio Farnesio, casi un niño, que era sobrino del papa. Margarita, al empezar su regencia en los Países Bajos, se había separado de su marido, y a los treinta y siete años de edad era una mujer de gran experiencia.

Felipe II, durante los años que permaneció en Flandes, había continuado la política de su padre, tratando de ahogar al protestantismo con medidas represivas; éstas se publicaban por medio de hojas impresas, que, fijadas en las esquinas, hicieron fatídico el nombre de *placards*. He aquí algunos de los edictos que los habitantes de los Países Bajos pudieron leer en los *placards* redactados con la intención de extinguir "la peste luterana". Se castigaba con pena de muerte por la espada, fuego o enterramiento en vida a los que vendieran, leyeran, copiaran o recitaran libros protestantes. Iguales castigos sufrirían los que profanaran o destruyeran imágenes de la Virgen y los santos, los que se reunieran en conventículos secretos o discutieran sobre textos de las Sagradas Escrituras. Los bienes que poseían los acusados generalmente se confiscaban y la mitad de ellos era para los delatores. Los que intercedían en favor de los condenados se presumía que eran culpables de los mismos delitos y sufrían algunas veces igual suerte que aquéllos.

Algunas de estas disposiciones se remontaban ya al tiempo de Carlos V; pero los protestantes han hecho notar que, mientras el emperador perseguía a los herejes impulsado por una idea política, casi patriótica, de unificar el estado, su hijo Felipe II lo hacía por pura fidelidad a la Iglesia de Roma. Además, en el año 1550 el emperador había introducido la Inquisición, y aunque en principio era para que los herejes no sufrieran atropellos de las autoridades civiles demasiado celosas, al empezar a funcionar, ya en tiempo de Felipe, se observó que la Inquisición era un instrumento servil de la Iglesia. Pero tampoco puede olvidarse que en su alocución de despedida, en Bruselas, el emperador había aconsejado a su hijo que no cesara en las medidas represivas. Ambos fueron, pues, responsables de la política de la regente en los Países Bajos.

Felipe II nombró un consejo de estado para que ayudase a la regente en el gobierno. Estaba formado de cinco miembros, todos católicos, pero dos eran por naturaleza tolerantes y enemigos de los *placards*, el conde de Egmont y el príncipe de Orange. Los otros

Armadura del emperador Carlos V (Armería Real, Madrid).



Sala de las Batallas en el monasterio de San Lorenzo de El Escorial, donde están representadas acciones del emperador contra los protestantes alemanes.

tres eran decididos partidarios de la represión. No había, pues, manera de entenderse, hasta que los que estaban en minoría dejaron de asistir a las sesiones del consejo. Los irreconciliables eran el tesorero, barón de Barleymont; el presidente Aytta, abogado malicioso, pequeñito, de ojos verdes vidriosos y cara redonda, con barba dorada, y, por fin, el obispo de Arrás, más conocido con el nombre de cardenal Granvela, que se creía que era el inspirador de los excesos a que se entregó el gobierno durante la regencia de Margarita de Parma. Recientemente se ha disculpado al cardenal Granvela. Los documentos del archivo de Simancas y la correspondencia personal de Granvela con Felipe II prueban que el verdadero director y responsable de la política de represión era el propio rey de España.

Pero, en fin, rey, regente y consejo continuaron la política de los *placards,* y para aplicarlos hacían falta tropas, cuya paga pesaba sobre el fisco. Las gentes estaban indignadas por tener que alojar a los soldados de Italia y Alemania, gente de baja extracción que cometía toda clase de desmanes. Imagínese la intolerable carga que debían de ser las guarniciones de los tercios en un país tan pacífico por naturaleza como Flandes y Holanda. Los pescadores de Zelanda rehusaron reparar los diques, diciendo que preferían morir ahogados a soportar por más tiempo los ultrajes de los mercenarios.

Poco a poco, los dos miembros del consejo que eran opuestos a la represión se encontraron, sin quererlo, jefes de un partido antagónico al de Granvela. La impopularidad del cardenal llegó a ser tan enojosa, que hasta Felipe II consintió en pedir a Granvela que abandonara su cargo; pero las gentes de Flandes pronto se dieron cuenta de que sus males no venían de Granvela únicamente, porque la renuncia de éste fue seguida de un despacho de Felipe en que ordenaba sin ambages la proclamación de los decretos del concilio de Trento. Los nobles, aun los que no eran luteranos ni calvinistas, protestaron enérgicamente, por cuanto tales decretos



Margarita de Parma (por Antonio Moro; Galería Dahlen, Berlín), la hija natural de Carlos V a quien Felipe II dejó como regente de los Países Bajos.

venían a restringir sobre manera sus libertades tradicionales. El príncipe de Orange, que más que católico era indiferente, escribía a la regente que lo que más lamentaba era *"l'entretènement du Concile de Trentè, favoriser les inquisiteurs et exécuter sans nulle dissimulation les placards"*. En una sesión del consejo, Guillermo de Orange pronunció unas palabras que son el resumen de la idea moderna de soberanía. Dijo que él, Orange, aunque pertenecía a la religión católica, no podía aceptar que los príncipes gobernaran las almas de los hombres y privasen a éstos de su libertad en materias de fe y religión. Esto es, que, según Guillermo de Orange, la soberanía de los monarcas estaba restringida a las cosas temporales y carnales; el alma de un miserable pescador holandés era tan libre y dueña de sí misma como la de los grandes de la tierra. Este concepto, hoy corriente, era una gran novedad a mediados del siglo XVI. En Alemania se decía: *religión del rey, religión del reino*, y Felipe II escribía al papa: "Preferiría perder todos mis es-



Soldados imperiales representados en un medallón, realizado por Juan de Orea, sobre traza de Pedro Machuca, en el palacio de Carlos V en la Alhambra de Granada.

Fernando I de Habsburgo, hermano de Carlos V, a quien éste traspasó los asuntos de Alemania después de la paz de Augsburgo. Este príncipe demostró mayor habilidad para tratar con los protestantes, y durante su reinado se evitó el derramamiento de sangre. (Miniatura del "Libro de Horas", de Fernando I; Biblioteca Nacional de Viena.)



Felipe II, anciano, por Juan Pantoja de la Cruz (Monasterio de El Escorial). El alto sentido que tuvo este rey de la monarquía autoritaria le llevó a chocar con las libertades flamencas, que pronto se doblaron de intransigencia religiosa. Su oponente, Guillermo el Taciturno, lucharía con tanto tesón como él.

tados, y mil vidas si las tuviera, a reinar sobre herejes". Ya se comprende que estos dos conceptos de imposición y tolerancia tenían que entablar una guerra a muerte, y el campo escogido para aquel duelo del espíritu fueron las tierras bajas de Flandes y Holanda, cuyos moradores parecían exentos de pasión y de todo espíritu de rebeldía.

En 1565 el conde de Egmont partió para Madrid, llevando una petición del consejo pidiendo tolerancia. El mensajero regresó con promesas, encantado de la acogida que le dispensaron así el rey como toda la corte. Pero traía una carta cerrada que, al abrirla él mismo en el consejo, le hizo palidecer, viendo que otra vez se ordenaba la proclamación de los decretos del concilio de Trento en los pueblos y ciudades de los Países Bajos. La única concesión que hacía Felipe II era la de que se proclamasen en su nombre y no en el del papa. Al leer aquel mensaje, el príncipe de Orange hubo de exclamar que era el comienzo de la tragedia. Por algún tiempo los insurgentes –*confederados* como se llamaban– pusieron empeño en hacer constar su fidelidad al monarca que les gobernaba desde España. Al juramentarse hacían voto de ser fieles al rey, aunque resistiendo a la Inquisición. Ya puede imaginarse los desórdenes que resultaban de estas salvedades. Tantas fueron las reuniones secretas para confederarse, tantos fueron los motines y matanzas, tantas las quejas, que el 31 de julio de 1566 Felipe II envió a la regente un despacho diciéndole que estaba dispuesto a suprimir la Inquisición en los Países Bajos y que iba a proponer las medidas necesarias para la pacificación de aquellos estados. La noticia de estas intenciones del monarca no apaciguó las iras del populacho, y en los días del 14 al 17 de agosto las turbas penetraron en las iglesias, destruyeron las imágenes, quemaron los altares... Fue la inevitable "quema" después de un período de reacción. Hasta hace poco se creía que estos desmanes fueron la causa del cambio de las intenciones reales y originaron la represión que ordenó inmediatamente Felipe II. Pero, por desgracia, se ha descubierto en el archivo de Simancas una acta firmada por el rey, el 9 de agosto, en Segovia (antes de los sucesos), en presencia del duque de Alba y de dos notarios, en la que declara Felipe II que el despacho que notificaba intenciones de suprimir la Inquisición en los Países Bajos le había sido arrancado en un momento de debilidad y no se creía obligado a mantener lo que allí ofrecía... Y para continuar la política de represión, Felipe mandó alistar un nuevo ejército en Italia. Esta milicia iría a Flandes con el duque de Alba, primero como capitán general asociado a la regente, y después como regente, con plenos poderes reales.

Al principio nadie adivinó los verdaderos proyectos de Alba y de Felipe II; pero Guillermo de Orange, que tenía espías bien pagados por toda Europa, se enteró del destino que iba a darse al ejército de Italia, y se retiró a Alemania, para poner tierra de por medio. Pronto vio que no se equivocaba. Uno de los primeros actos del duque de Alba fue encarcelar a los condes de Egmont y de Horn, que, junto con Orange, habían mani-

festado simpatías por los revoltosos. Para juzgar a todos los que habían participado en los crímenes de agosto y a los señalados en los *placards*, el duque instituyó en Bruselas un tribunal que se llamó *Consejo de los Tumultos*. Lo formaban doce jueces; pero los que decidían las sentencias eran los dos jueces españoles, los únicos que de hecho votaban: Del Río y Juan de Vargas. Del Río era un infeliz, pero Vargas trataba de justificar su crueldad con silogismos. He aquí una muestra de sus latines: *"Haeretici fraxerunt templa, boni nihil fecerunt contra; ergo debent omnes patibulari"* (los herejes destruyeron los templos, los católicos no lo impidieron; deben todos ir al patíbulo). Con esta doctrina, aplicada al pie de la letra, no se hubiera dejado de colgar a nadie en los Países Bajos. Alba parecía de la misma opinión; al observarle que a veces pagaba el justo por el pecador, respondía: "Tanto mejor; si ha muerto por equivocación, será un mártir e irá directamente a la gloria". Escribiendo al rey, le decía que él no quería hacer como los jueces y los fiscales, que sólo condenan a aquellos cuyos crímenes han sido probados. "El terror es a veces una buena política, pero no hay terror si se puede evadir la pena con la justicia." Alba decía también a Felipe II que si había logrado acabar con hombres de acero, no le sería, ciertamente, difícil acabar con hombres de mantequilla, como eran los flamencos.

Para doblegarlos, el Consejo de los Tumultos, o Tribunal de la Sangre, definió otra vez los crímenes que eran reputados de traición y merecían pena capital. Según el Consejo, bastaba haber tolerado sin resistencia las faltas ajenas para ser tan culpable como los mismos criminales. El discutir tan sólo la legalidad del Tribunal de la Sangre era ya traición... Una delación razonable no necesitaba pruebas. Los acusados eran juzgados en grupos. Las actas del tribunal dan cuenta de juicios contra 95 personas a la vez, 46, 35... Alba escribió a Felipe II que el miércoles de ceniza de 1567 hizo una redada, por la mañana, de mil quinientos, y poco después otra de ochocientos. Todos fueron ahorcados. El hijo del príncipe de Orange, que estudiaba en la universidad de Lovaina, muchacho de trece años que no había podido participar en ningún tumulto, fue secuestrado y enviado a España. Al protestar los profesores de la universidad de la violación de sus privilegios, el juez español Juan de Vargas replicó con otro de sus latines que le han hecho tan famoso como sus sentencias: *"Non curamus privilegios vestros"*. La gobernación de Alba en los Países Bajos se ha mencionado siempre entre las manchas de la leyenda negra española. En los capítulos anteriores hemos tratado de hacer justicia a católicos y a protes-



Trompeta del ejército imperial, según acuarela de Vallkenborch (Museo Albertina, Viena).



Guillermo de Orange, el Taciturno, por A. T. Key (Real Museo de Pinturas, La Haya). Calvinista y opuesto a la represión religiosa, el príncipe de Orange capitaneó la oposición al rey de España y luchó por la independencia de su país y la libertad religiosa hasta su muerte.

Mauricio de Nassau, hijo segundo y heredero de Guillermo de Orange, por Michiel Jansz van Miereveld (Rijksmuseum, Amsterdam).

Reverso de un escudo de Borgoña acuñado por Felipe II para su Señorío de Overyssel (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).



tantes. Pero ahora, en descargo del duque de Alba, sólo puede decirse que obraba con sinceridad y creyendo seguir la que creía mejor política para el servicio de Dios y de su rey. Hay en él aquella energía y honradez que hizo grandes a otros virreyes españoles. Alba, por su fidelidad, devoción y desinterés, no es inferior a Antonio de Mendoza, el primer virrey de México, ni a La Gasca, el pacificador del Perú. Sólo que éstos actuaban sobre salvajes, mientras que el inflexible duque de Alba quería imponer la salvación eterna a gentes que se creían ya salvadas.

Además, la casualidad le deparó un contrincante formidable en la persona de Guillermo de Nassau, príncipe de Orange. Granvela le había motejado con el apodo de *Taciturno*, porque Guillermo de Orange apenas hablaba en el Consejo. Pero cuando convenía para defenderse él o su país, Guillermo era más locuaz que taciturno. Mientras el duque de Alba secuestraba a su hijo, un niño indefenso, y mientras encarcelaba a los condes de Egmont y de Horn, que habían de morir protestando fidelidad al rey de España, el Taciturno redactaba en el

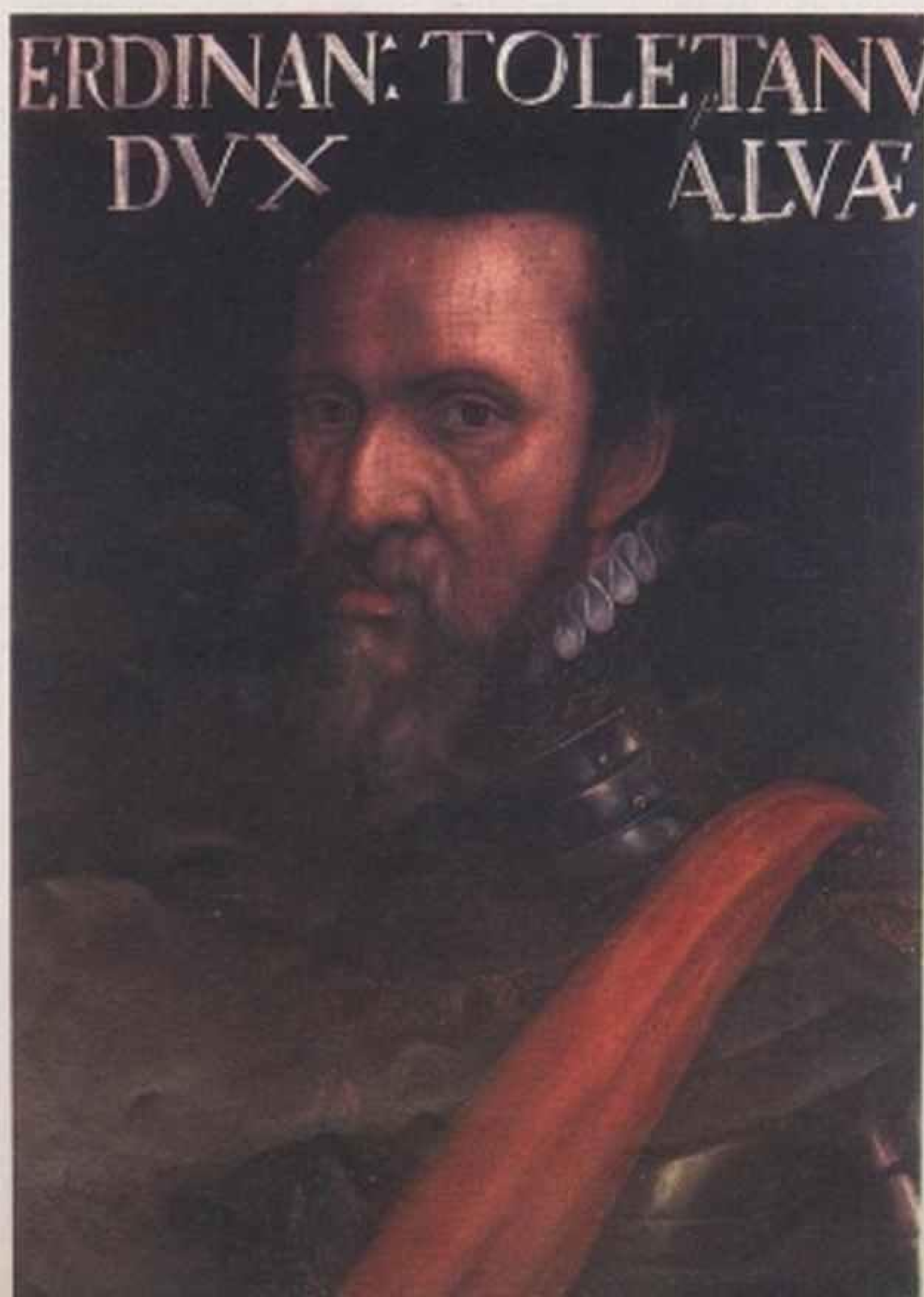
destierro su manifiesto, titulado *Justificación del Príncipe de Orange contra sus calumniadores.* La *Justificación* se publicó en 1568 en diferentes idiomas y circuló profusamente. Pero si bien Guillermo de Orange se mostraba en ella respetuoso con su rey Felipe II y atribuía todos los errores de la gobernación a los consejos de Granvela, simultáneamente se preparaba para la guerra, reclutando un ejército en Alemania.

La primera invasión del Taciturno fue en la primavera del año 1568 y, como no podía menos de suceder, acabó desastrosamente. Los voluntarios y mercenarios de un magnate no podían hacer frente a las tropas de Alba, que tenía a su mando 30.000 infantes y 7.000 soldados de caballería. Pero se ha dicho que el Taciturno nunca era más temible que después de una derrota; esta campaña hizo comprender a amigos y enemigos que estaba decidido a perder vida y hacienda, si era necesario, para conseguir la libertad de su patria. Como prenda de tan noble compromiso, murió entonces peleando Adolfo de Nassau, el más joven y acaso el más querido de los hermanos de Guillermo. Desde aquel momento, éste adoptó su famosa divisa: *"Je maintiendrai"* (yo no cejaré), con que firmaba sus cartas y declaraciones.

En cambio, el duque de Alba escribía en el año 1569 al rey que el príncipe de Orange era hombre perdido, sin influencia ni dinero. Pero él tampoco tenía dinero, pues los ingleses interceptaban los convoyes de oro que se le enviaban de España. Alba no tenía más remedio que procurarse fondos con exorbitantes impuestos, y esto le quitaba la poca popularidad que le dejaba el Tribunal de la Sangre. Hacia el 1570, el Taciturno hacía buenas sus palabras del *Je maintiendrai.* Estaba dispuesto a entrar de nuevo en campaña. Esta vez contaba con un cuerpo auxiliar de guerrilleros de un tipo nuevo: eran los marinos y pescadores de la costa de Holanda, que se habían lanzado a la vida de corsarios. Les llamaban los *pordioseros del mar*, y su grito de guerra era: "Antes turcos que papistas". Este grito recuerda dolorosamente el de los bizantinos: "Antes el turbante del turco que el capelo del cardenal".

En la tierra baja y llena de canales de las





Fernando Álvarez de Toledo, duque de Alba, por un pintor anónimo (Galería de los Uffizi, Florencia). Máximo representante de la política de mano dura, creyó poder terminar la lucha en los Países Bajos mediante el empleo a ultranza de la fuerza.

CRONOLOGIA DE LAS GUERRAS DE RELIGION EN LOS PAISES BAJOS

1558-1565	Felipe II reorganiza política y religiosamente los Países Bajos: supresión del papel político de la nobleza, edictos contra los calvinistas.
1566	La nobleza y los calvinistas firman el Compromiso de Breda, por el que se oponen al establecimiento del Tribunal de la Inquisición en su país: sublevación popular y saqueo de 400 iglesias en los Países Bajos.
1567	El duque de Alba llega a los Países Bajos. Principio de la represión sumarísima e imposición de nuevas contribuciones que arruinan el comercio.
1568	Guillermo de Orange, virtual jefe de la rebelión desde 1566, organiza los "Wassergeussen", pescadores calvinistas de Holanda y Frisia, para el saqueo sistemático de los puertos leales a Felipe II.
1572	Sublevación de Holanda, Zelanda, Gueldres, Utrecht y Frisia. Fracasa una ofensiva del duque de Alba para dominarla.
1573-1576	Luis de Requesens, nuevo gobernador español, intenta una política de amnistía y reconciliación. La rebelión del norte del país se consolida.
1576	"Pacificación de Gante" (noviembre). Tras el saqueo de Amberes por los tercios españoles, los católicos del Sur acuerdan, con los rebeldes calvinistas, exigir de Felipe II la retirada de las tropas extranjeras y la unidad de los Países Bajos bajo la autoridad de Guillermo de Orange, el Taciturno.
1576-1578	Juan de Austria, primero, y Alejandro Farnesio, después, mediante una política a la vez militar y conciliadora, intentan atraerse al Sur, todavía católico.
1579	Unión de Arrás: las provincias de lengua francesa (Artois, Henao, Douai) se comprometen a mantener el catolicismo y la lealtad a Felipe II.
1580	Unión de Utrecht: las provincias del Norte (Holanda, Zelanda, Gueldres, Utrecht, Overisel, Frisie y Groningal se confederan, bajo la dirección del Taciturno, para defender el protestantismo y luchar contra el rey español.
1580-1581	El duque de Anjou acaudilla una rebelión en Flandes y Brabante contra Felipe II, paralela al movimiento holandés.
1585	Farnesio, en una serie de brillantes campañas, reconquista Flandes y Brabante: se dispone a emprender una ofensiva decisiva contra el Norte, apoyado ahora por Inglaterra.
1588	Desastre de la Armada Invencible.
1598	Felipe II entrega el gobierno de los Países Bajos, con las plazas de Amberes, Gante, Cambray y Maestricht, a su hija Isabel Clara Eugenia con un régimen de virtual independencia.

costas holandesas, los *pordioseros del mar* eran enemigos temibles. Como bandada de aves de rapiña caían sobre un galeón español y lo desvalijaban antes de que pudiera apuntar sus cañones. Entraban por los canales y, navegando a través de los pantanos, sorprendían a las guarniciones españolas. Una vez consumado el ataque, desaparecían en los bajos de las lagunas sin dejar rastro. En las llanuras de Flandes y Holanda resultaba poco eficaz la táctica de las partidas de guerrilleros, que han acabado siempre con los grandes ejércitos. En los Países Bajos no había manigua, ni monte, ni barrancas por donde pudieran dispersarse aquéllas. Estas rápidas concentraciones y dispersiones, que eran imposibles por tierra, las realizaron en Holanda los *pordioseros del mar*. Podían reaparecer después de un golpe como pacíficos y honrados pescadores de la costa. Nadie era capaz de identificar su embarcación con la de un corsario.

Con estos extraños aliados luchó el Taciturno contra Alba. Las oportunidades que le daban al de Orange los guerrilleros corsarios obligáronle a concentrar toda su atención en las provincias del Norte que después fueron Holanda. Allí tenía posibilidades de triunfar, allí había conseguido ponerse casi al abrigo de los ejércitos de Alba; desde allí podía asimismo recibir auxilio de los protestantes alemanes y de Inglaterra. En cambio, en las provincias del Sur que después formaron lo que es hoy Bélgica, las *partidas* de Guillermo de Orange tenían que luchar solas contra los formidables *tercios* españoles. Cuando Francia estaba en guerra con España, Guillermo podía hostigar a los españoles por la frontera del Sur y hasta entrar en la lucha como aliado de los franceses. Pero la política francesa era demasiado compleja y tortuosa en tiempo de los últimos Valois. En ciertos momentos, los católicos franceses se acercaron a España para intentar destruir con su ayuda a sus enemigos y entonces el de Orange corrió peligro de ser traicionado y tuvo que refugiarse otra vez en Holanda.

Poco a poco, Guillermo de Orange acabó por afianzarse en Delft y sostener desde allí una guerra más bien defensiva, que acabó con los recursos y paciencia de Alba y de los regentes que le sucedieron. Fue una estrategia del *Je maintiendrai*, más que del *yo venceré*. ¡Qué grandeza! ¡Un hombre solo



Los tercios españoles hubieron de batirse contra un pueblo –el holandés– convencido de la justicia de su causa (tapiz de las campañas del archiduque Alberto: Palacio Real, Madrid).



Ejecución de los condes de Egmont y de Horn (grabado de la Biblioteca Nacional de París).

contra un Imperio en el que no se ponía el sol! Hay que reconocer que el Taciturno acaso estaba equivocado, pero creía poder contar con un aliado invencible: "Cuando tomé por mi cuenta la defensa de estos cristianos oprimidos –había dicho–, hice alianza con el más poderoso de los potentados, el Señor Dios de los Ejércitos, que puede salvarnos si le place". Por su parte, Alba daba cuenta al rey Felipe II de la ejecución de todos los habitantes de una población tomada por asalto, diciendo que Dios les había cegado, induciéndoles a resistir, para que así encontraran la muerte. ¡Qué grandeza también en la fe de Alba!

La guerra tuvo episodios gloriosos por ambas partes y también crueldades vergonzosas para las dos. En una ciudad sitiada, las horcas de los sitiadores se levantaban frente a las horcas de los sitiados, y hombre cogido era hombre colgado, y esto rezaba tanto para los de dentro como para los de fuera.

De esta guerra se menciona siempre como detalle pintoresco el sitio de Leyden. Hacía varios meses que duraba el cerco y los de la plaza habían ya llegado al último extremo. El Taciturno aconsejó romper los diques, para que las aguas de la marea alta invadieran el llano y se encargaran de dispersar a los españoles. El proyecto no fue aceptado sin protestas; inundar la tierra equivalía a arruinar campos y granjas, lo que representaba siglos de labor. Pero el de Orange tuvo entonces uno de esos *argumentos* que no son más que *una frase* (o una paradoja), pero que cambian por completo el curso de la Historia. Dijo que valía más una tierra arruinada que una tierra perdida.

Las aguas llegaron hasta los muros de Leyden, y con ellas llegaron también los corsarios holandeses. Los españoles tuvieron que levantar el campo y por la tarde del mismo día entraba Guillermo de Orange, con la fiebre de unas calenturas que había cogido, como tantos otros, al inundarse las

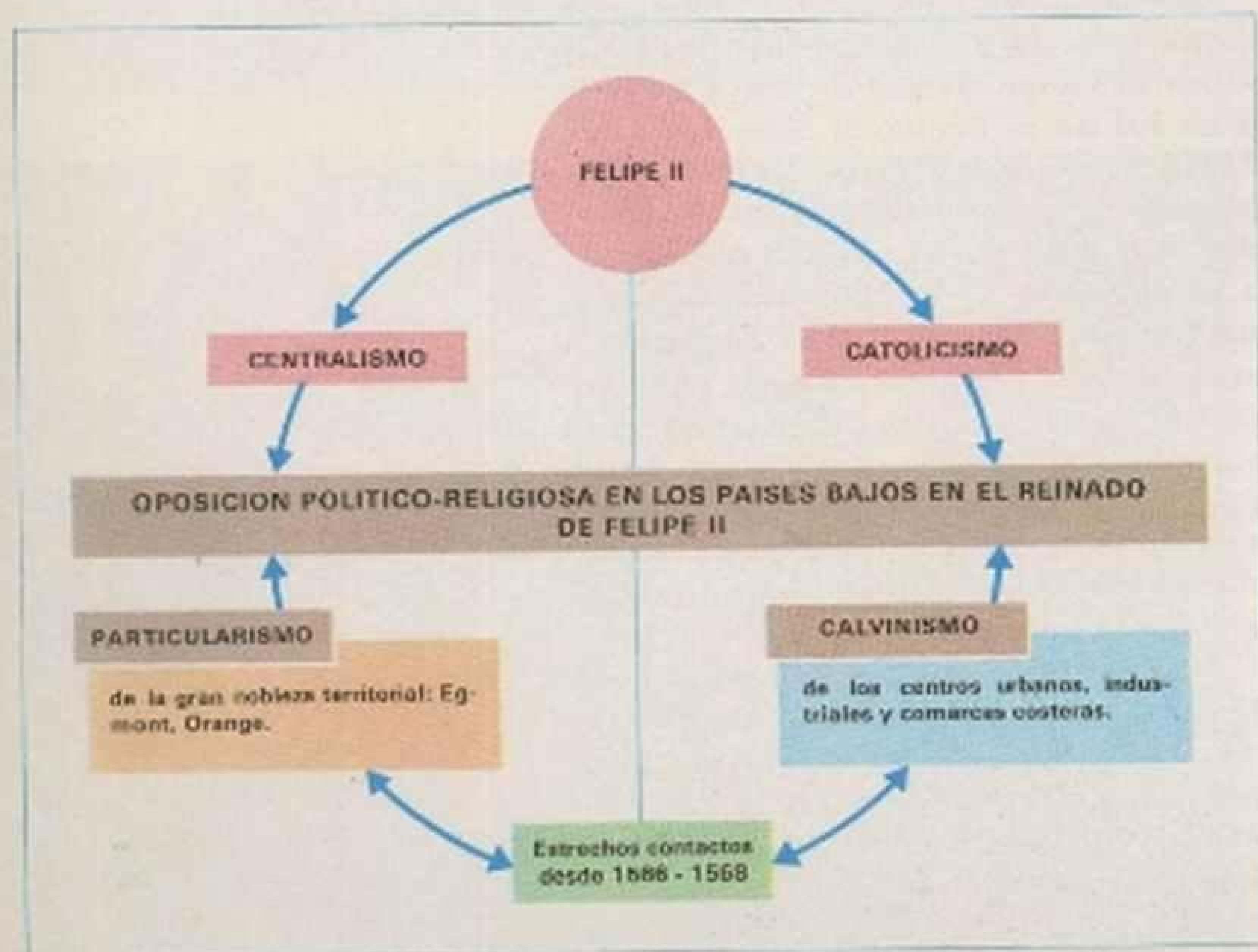
Últimos honores rendidos a los condes de Egmont y de Horn, por L. Gallait (Museo de Bellas Artes, Tournai). Partidarios de la transigencia, hicieron cuanto estuvo en su mano (Egmont incluso se trasladó a España) para resolver los problemas de los Países Bajos. El duque de Alba los encarceló y fueron ejecutados poco después entre vivas protestas de fidelidad al rey de España.



tierras. Típico de aquellos tiempos es el detalle de que aquella misma tarde el Taciturno fundó en Leyden la universidad, que debía ser uno de los grandes centros de cultura de la nueva Europa.

Duele dejar la recia figura del Taciturno sin dar al lector algunos detalles de su vida. El principado de Orange radicaba en el sur de Francia y era sólo el título preferido de la casa de Nassau, porque allí, en los tiempos feudales, habían sido señores independientes; pero, por sucesivos enlaces, los Orange-Nassau habían conseguido condados y propiedades en Flandes y en el Rin que valían mucho más que la vieja ciudad de Orange. El Taciturno no era un misántropo, como hace creer su nombre. Cortejando a la dama que tenía que ser su primera mujer, decíale que le haría leer el *Amadís de Gaula* además de la Sagrada Escritura. Casó cuatro veces, lo que prueba que era un temperamento afectuoso; sus cuatro esposas representaban cuatro aspectos de la nobleza de su tiempo. La primera era una Egmont, y su hijo es el que fue secuestrado en Lovaina. La segunda era hija del elector de Sajonia, algo loca, que escapó con el padre del pintor Rubens y murió, encerrada por su familia, en Alemania. De ella tuvo Guillermo un hijo, Mauricio, el que le sucedió en sus estados. Casó después con una princesa de Borbón, hija del duque de Montpensier, que había tomado el velo de religiosa. Había sido abadesa del monasterio benedictino de Jouarre y se exclaustró cuando llegaron a Francia los vientos de la Reforma. La vida del Taciturno, llena de peligros y sinsabores, debió de ser sin duda régimen demasiado fuerte para la ex monja, la cual murió de fatiga cuidando a Guillermo de sus heridas. La cuarta, que sobrevivió a su marido más de cuarenta años, era hija del almirante hugonote Coligny, el que murió en París en la matanza conocida con el nombre de Noche de San Bartolomé.

Guillermo de Orange, el Taciturno, pere-



ció asesinado en su propia casa, el 9 de julio de 1584. Luis de Requesens, el regente que había sucedido al duque de Alba en el gobierno de los Países Bajos, había puesto su cabeza a precio por 50.000 florines. Varios intentaron ganar esta suma; el asesino fue un francés, católico exaltado, que creyó hacer un bien a la Iglesia librándola del Taciturno.

Políticamente, el resultado del *Je maintiendrai* fue la creación de los estados de Holanda y Zelanda. España no tuvo otro remedio que transigir en el Norte a fin de conservar las provincias del Sur que forman en nuestros días Bélgica. En Holanda, por algún tiempo, se toleró la soberanía nominal del rey de España, y los descendientes de Guillermo llevaron únicamente el título de *Staathouder* o lugarteniente.

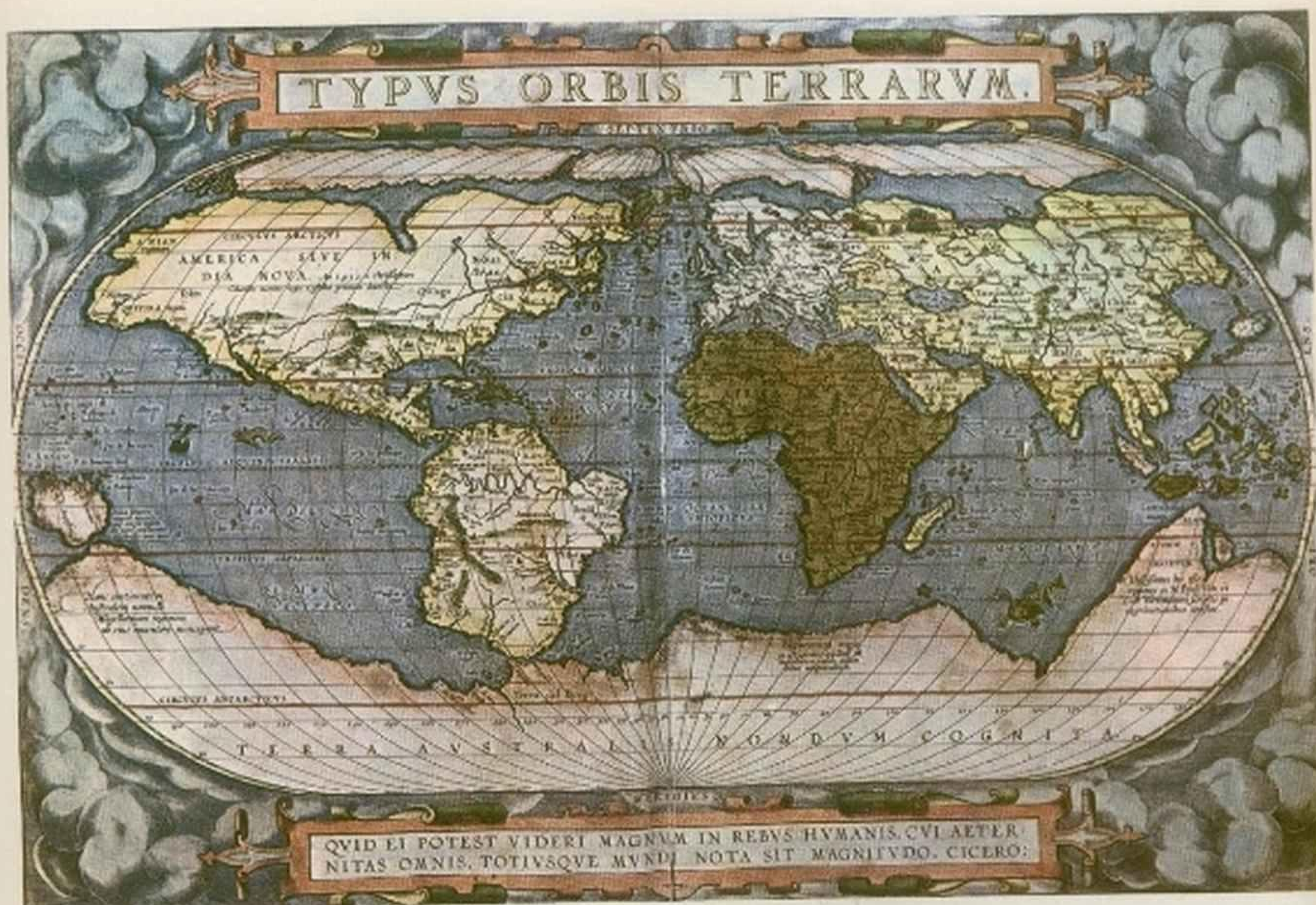
Espiritualmente, el *Je maintiendrai* representa el triunfo de la libertad de conciencia sobre la intolerancia de la fuerza. Hasta en las provincias que continuaron sujetas al gobierno de los virreyes (como Flandes y


BENEDICTI
ARIAE MONTANI
HISPALENSIS
COMMENTARIA
IN ISAIÆ PROPHETÆ
SERMONES.

ANTVERPIÆ,
EX OFFICINA PLANTINIANA,
Apud Ioannem Moretum.
M. D. XCIX.

"Comentarios al profeta Isaías", de Benito Arias Montano (Biblioteca Central, Barcelona). Arias Montano fue el teólogo y políglota enviado por Felipe II a Amberes para que cuidara de la impresión, por Plantin, de una Biblia Políglota superior a la Complutense.

Estudiantes de la universidad de Leyden en el primer tercio del siglo XVII, por H. van der Burgh (Rijksmuseum, Amsterdam). El mismo día en que Guillermo de Orange y sus "pordioseros" del mar hicieron levantar el sitio a que la tenían sometida los tercios españoles, se fundó esta universidad, que había de ser uno de los centros principales de la cultura de la nueva Europa.



Planisferio de "Theatrum orbis terrarum", del geógrafo flamenco Abraham Ortelius, obra surgida de las prensas de Plantin en Amberes.

Hainaut), España se vio precisada a conceder una libertad que nunca hubieran otorgado Alba y Felipe II. La contienda religiosa entablada en tierras de Flandes obligó a ambas partes a mejorarse con objeto de probar a los contrarios la superioridad de sus doctrinas. En el campo católico, flamencos y españoles hicieron grandes servicios a la cultura. Las prensas de Flandes no cesaron de imprimir textos que aún hoy nos causan asombro. El impresor Plantin, protegido por Felipe II, acometió la gigantesca empresa de una Biblia Poliglota que debía dejar muy atrás a la de Cisneros. Para esta obra, Felipe II envió a Amberes al gran teólogo y poligloto Arias Montano. Plantin, después de la partida de Montano, continuó imprimiendo obras de piedad y de ciencia. En las prensas de Amberes se publicó el tratado de anatomía de Vesalio y la *Geografía* de Ortelius. Pero hasta Plantin estaba contaminado de protestantismo y acabó por trasladarse a Leyden, dejando entonces la imprenta de Amberes a su yerno, mucho más acomodaticio.

Pasemos ahora al más penoso sector de las guerras de religión, que fue Francia. Desde el año 1525 Francia empezó a interesarse por la Reforma, y una década después parecía que los franceses iban a quedar definitivamente divididos, como los alemanes, en dos Iglesias, con iguales derechos y poderes. Pero dábanse en Francia varias circunstancias que dificultarían este equilibrio religioso, *interim* más o menos provisional, entre católicos y protestantes. En primer lugar, Francia era un estado monárquico unificado, donde los nobles no tenían la independencia de los príncipes soberanos del Imperio alemán. No cabía en Francia que toda una región en masa se hiciera protestante para seguir la fe del príncipe reformador. La segunda dificultad para la conversión de Francia al protestantismo era que, caso de adoptar la religión reformada, había de ser de la secta calvinista de Ginebra, mucho más radical e intolerante que el luteranismo alemán, que consentía un culto análogo al de los católicos. Los protestantes franceses dependían de Ginebra en cuanto a su doctrina y sus ministros. Consta que desde el año 1555 hasta el 1567 habían salido de la escuela de Calvino, en Ginebra, ciento veinte pastores para ir a predicar en

Francia. Ya hemos dicho que hasta el nombre de hugonotes, que llevaron los protestantes franceses, era probablemente una mala pronunciación del vocablo suizo *eidgenossen*, que significa cofrades, juramentados.

Además, recordemos que en Francia existía una tradición católica nunca interrumpida. La Sorbona era el baluarte irreducible del papado; a los reaccionarios todavía hoy se les llama *ultramontanos*, que era la palabra usada en las universidades italianas para designar a los educados en la universidad de París, para ellos al otro lado de los montes.

En fin, los jefes hugonotes eran aristócratas de la antigua nobleza, que, acaso inconscientemente, encontraban en el protestantismo una manera de recobrar sus antiguas prerrogativas feudales. Veían al rey entremeterse hasta en sus conciencias, y esto los irritaba tanto como el hecho de imponerles la Inquisición o los decretos del concilio. Por otra parte, las ciudades, sobre todo París, estaban del lado del poder real y como éste, por política y orgullo municipal, eran católicas. La persecución de los protestantes en Francia comenzó ya en tiempo de Francisco I y Enrique II, que eran resueltamente católicos. Pero la represión no fue llevada a extremos de violencia. En 1559 pudo reunirse, nada menos que en París, un sínodo de la *Iglesia nacional francesa*, al que concurrieron representantes de todas las agrupaciones protestantes de Francia. Allí se discutieron y votaron los artículos de una *Confesión de Fe*, imitada de la de Calvino, y un *Libro de Disciplina*, análogo al de la Iglesia presbiteriana escocesa.

A pesar de sus edictos, hasta el mismo Enrique II y toda la corte manifestaban una peligrosa afición al canto de los salmos, lo cual ponía de manifiesto que las costumbres protestantes estaban invadiendo inconscientemente hasta los más firmes reductos católicos. Mientras tanto, Agrippa d'Aubigné,



Un canal de Brujas. Tras el gobierno de los Países Bajos por Luis de Requesens y Juan de Austria, el de Alejandro Farnesio, más afortunado que sus predecesores, consiguió agrupar alrededor del rey de España las provincias de Artois, Hainaut, Luxemburgo y Namur, y ciudades tan importantes como Lovaina, Malinas y Brujas.



Agrippa d'Aubigné, protestante francés y cantor de las gestas de la Reforma (Museo de Basilea).

que se encontraba refugiado en Ginebra, publicaba la epopeya de la Reforma.

La represión se formalizó a la muerte de Enrique II, por el carácter débil y enfermizo de los últimos Valois. Enrique II había dejado a su viuda italiana, Catalina de Médicis, cuatro hijos degenerados, tres de los cuales reinaron sucesivamente, y murieron todos ellos sin sucesión legítima. Hasta físicamente resultaban anormales; estaban enfermos de cuerpo, y eran de espíritu vano y traicionero. Durante sus reinados, la corte fue el campo de batalla de dos fuerzas encontradas: de una parte, el duque de Guisa y su hermano el cardenal de Lorena, emparentados con los reyes y partidarios incondicionales de la

EL POETA DE LAS GUERRAS DE RELIGION

Aun haciendo abstracción del nombre ilustre de Clément Marot en la primera mitad del siglo XVI (todavía hay dudas acerca de cuáles fueron realmente sus verdaderas convicciones religiosas), son varios los poetas protestantes de importancia que en la época de las guerras de religión, bien se limitan a reflejar la mentalidad de los hombres de la Reforma francesa, bien ponen su pluma al servicio de la causa hugonote. Entre ellos figura Guillaume de Salluste du Bartas (1544-1590), autor de un largo poema sobre la creación del mundo, *La Semana* (primera parte publicada en 1578), que fue uno de los libros más leídos y admirados de la época, lo que hoy llamaríamos un *best-seller*, ya que conoció más de treinta ediciones en seis años. Otro protestante meridional, vinculado también como Du Bartas a la corte de Juana de Albret, reina de Navarra, fue Jean de Sponde (1557-1595), que representa tendencias más meditativas, íntimamente desgarrado por las trágicas circunstancias de aquellos años, lo que le llevó a abrazar el catolicismo poco antes de su muerte. Pero ninguno de estos poetas puede compararse ni en genio ni en representatividad a Théodore Agrippa d'Aubigné.

D'Aubigné había nacido en Saint-Maury, cerca de Pons-en-Saintonge, en 1552, de una noble familia hugonote, piadosa y culta; el nombre de Agrippa se le impuso como recuerdo del hecho de que al nacer costó la vida a su madre. Recibió una esmerada educación humanística y, según la tradición, a los seis años leía ya en "las cuatro lenguas" (francés, latín, griego y hebreo), pero los tiempos eran poco propicios para el cultivo de las humanidades y las guerras de religión no tardaron en torcer su destino: en 1560, en Amboise, su padre le hizo jurar que vengaría a los condenados a muerte por la conjura de esta ciudad, y en 1562 tenía que huir a Orleáns junto con su preceptor, temiendo ser quemado vivo como protestante. En 1566, a la muerte de su padre se trasladó a Ginebra para completar sus estudios y dos años más tarde se enrolaba en el ejército protestante y tomaba parte en varias batallas (Jarnac, Roche-Abeilles, Pons).

Tras un intermedio sentimental que se sitúa hacia 1570 (amores con Diana Salviati, una joven católica para la que escribirá un volumen de versos, *La primavera*, que permanecería inédito hasta el siglo XIX), en 1572 asistía en París a la matanza de San Bartolomé, a la que escapó milagrosamente, y al año siguiente se unía a Enrique de Navarra, a quien debía acompañar en todas sus empresas a lo largo de quince años. En 1577 fue herido gravemente en un combate y durante su convalecencia empezó a escribir un largo poema sobre las guerras de religión: *Las trágicas*; poco después contraía matrimonio, pero en seguida la guerra le reclama de nuevo: toma parte en la batalla de Coutras y, tras la muerte de Enrique III, que prácticamente elevó al trono de Francia a su amigo Enrique de Navarra, participa en las batallas de Arques y de Ivry y en el sitio de París.

Pero cuando en 1593 ve como Enrique IV, estimando que "París bien vale una misa", abjura del protestantismo, D'Aubigné se retira indignado a sus tierras y rompe definitivamente con el monarca, a quien considera un traidor. Renuncia por el momento a su existencia errante y guerrera y se dedica a pulir su poema, alimentando la esperanza de que la traición de su antiguo amigo no ponga fin a una guerra que para él es sagrada; se opone con todas sus fuerzas a la aplicación del Edicto de Nantes y en 1598 se niega a reconocer el fin de la contienda. Y cuando en 1610 Enrique IV es asesinado, vuelve a la vida activa para defender a sus correligionarios: toma parte en asambleas de la Iglesia reformada, predica el retorno a la violencia y la continuación de la guerra, dando muestras de una fanática intransigencia, y en 1615 acepta ser mariscal de campo del sublevado príncipe de Condé. Pero, en 1616, el tratado de Loudun, entre la regente María de Médicis y los jefes protestantes, asegura la paz religiosa. En este mismo año D'Aubigné publica en Saintonge, sin nombre de autor, *Las trágicas*, el poema que ha ido componiendo en el curso de estos años y que ahora tiene por objetivo directo reanimar el fuego de la guerra.

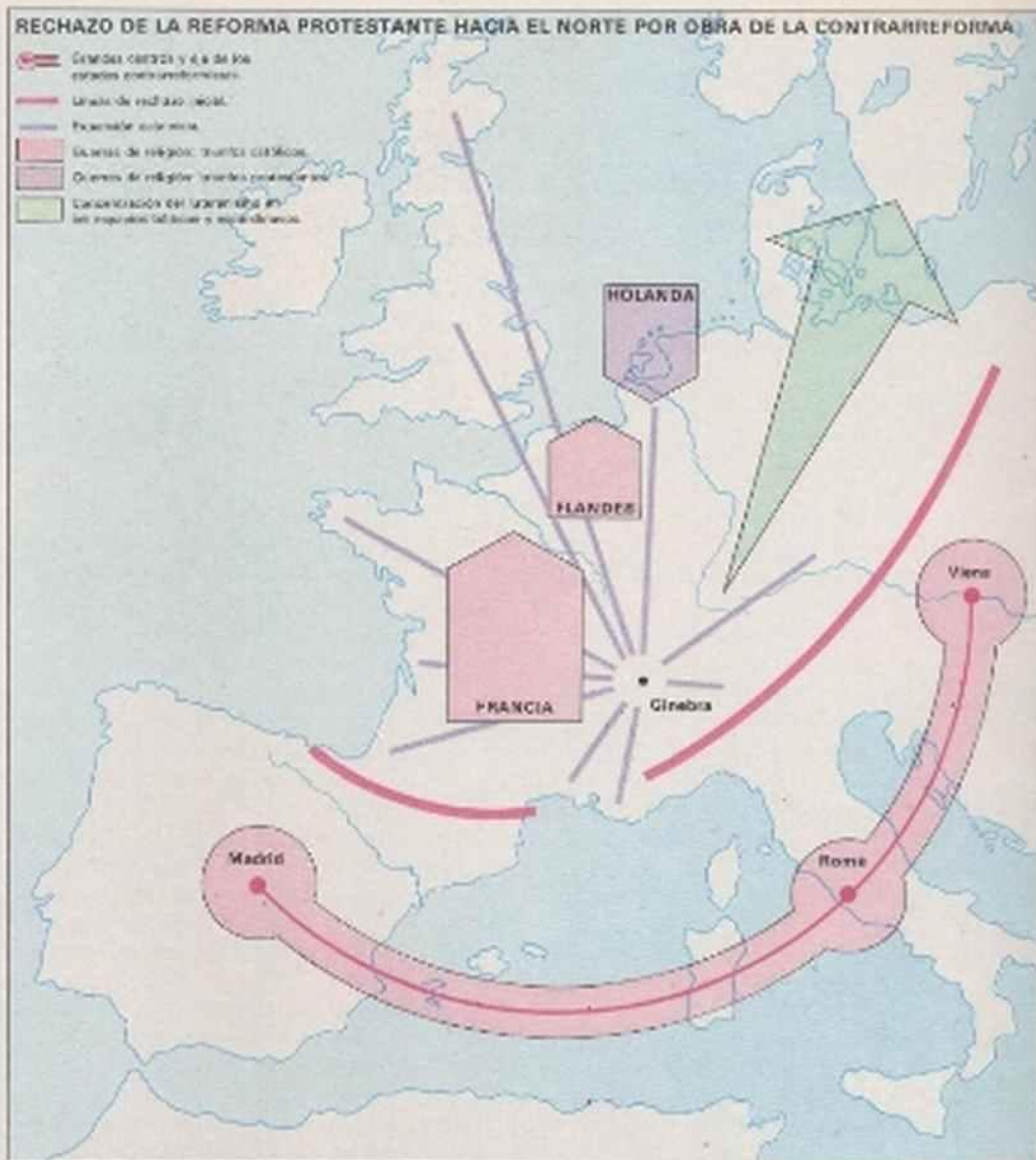
Entre 1616 y 1620 publica su *Historia universal desde 1550 a 1601*, obra de una virulencia que motiva que sea quemada públicamente: D'Aubigné, temiendo represalias, huye a Ginebra (1620); allí es muy bien acogido y se le nombra consejero militar de los cantones suizos. Tras haber contraído un nuevo matrimonio —a los setenta y un años—, muere en Ginebra el 29 de abril de 1630. La descendencia de este férreo hugonote iba a dar grandes sorpresas: su hijo Constant se convertiría al catolicismo, y la hija de Constant, Françoise d'Aubigné, quien aplicaría a la causa católica un fanático entusiasmo semejante al de su abuelo por la causa protestante, debía influir decisivamente en lo que fue el golpe de gracia para la Reforma en Francia: tras haber enviudado del poeta Scarron, Françoise d'Aubigné, con el nombre de Madame de Maintenon, contraería matrimonio morganático con Luis XIV e influiría en el monarca para que revocara el Edicto de Nantes, ocasionando con ello numerosas muertes y vejaciones y la dispersión de los hugonotes por toda Europa.

Las trágicas, verdadera epopeya del calvinismo, es una de las cumbres de la poesía francesa de esta época por su enorme fuerza expresiva, que todavía nos impresiona y nos conmueve al cabo de tantos siglos; es una obra áspera y cruel, donde se dan cita lo épico y lo satírico y que representa admirablemente toda una mentalidad forjada al calor de los convulsos tiempos de las guerras de religión francesas.

C. P.

Iglesia romana; de otra, dos príncipes de la casa real francesa, Antonio de Borbón, rey de Navarra por su matrimonio, y su hermano el príncipe de Condé, los cuales, junto con el almirante Coligny, decididamente hugonote, favorecían a los protestantes. Entre los dos partidos, Catalina de Médicis intentó seguir una política de equilibrio, que ella creyó hábil, pero que acabó arrastrando al país a una terrible guerra civil.

Durante el reinado de Francisco II predominaron los Guisas, que eran tíos de la esposa del rey, María Estuardo, y en 1560 consiguieron la prisión del rey de Navarra y de su hermano, y de no morir de súbito el rey, probablemente hubieran sido ajusticiados. Al comenzar el reinado de Carlos IX, la regente Catalina consideró prudente no extremar las persecuciones, y Borbón y Condé fueron libertados. Convocó los Estados Generales, y allí se pudo apreciar la fuerza de cada bando. El representante de la universidad de París protestó contra las medidas adoptadas para disminuir las rentas de los eclesiásticos y condenó la tolerancia y libertad de cultos. En cambio, los representantes de la nobleza hablaron contra los abusos de los tribunales eclesiásticos y la ava-





Enrique II de Francia, por François Clouet (Galería Pitti, Florencia). Durante su reinado, la Reforma en Francia realizó algunos avances, como fue la reunión del "Sínodo de la Iglesia nacional francesa", donde se votó una "Confesión de fe" y aceptóse un "Libro de Disciplina". Al mismo tiempo, la política exterior se dirigió contra la casa de Austria, para lo cual se alió con príncipes protestantes alemanes.

CRONOLOGIA DEL PROTESTANTISMO FRANCES EN EL SIGLO XVI

1520	Gran éxito de los libros de Lutero en Francia.
1523	El luteranismo penetra en Burdeos gracias a Farel.
1524	El luteranismo se propaga en Lyon.
1525	Medidas antiluteranas del Parlamento de París.
1526	Penetración del luteranismo en Montpellier.
	El poeta Clément Marot es encarcelado, acusado de herejía.
1527	Margarita de Angulema, hermana del rey Francisco I, pasa a ser reina de Navarra y convierte su corte en lugar de refugio para sospechosos de herejía (Marot, Calvino, Lefèvre d'Etaples, etc.).
1528	Calvino, en Orleáns.
	En París se mutilan varias imágenes.
1529	Ejecución del consejero real Louis de Berquin, traductor de tratados luteranos.
	Calvino, en Bourges.
1531	*El espejo del alma pecadora*, de Margarita de Navarra, despierta sospechas de herejía.
1533	Conversión de Calvino.
1534	Pasquines contra la misa en París y Amboise.
1535	Calvino, en Basilea.
1536	Calvino, en Ginebra: *Institución de la religión cristiana*.
1538	Calvino, en Estrasburgo.
1541	Marot traduce *Treinta salmos*.
	Calvino, de nuevo en Ginebra.
1546	La persecución diezma la Iglesia de Meaux.
1547-1550	En París, una "cámara ardiente" dicta más de quinientas sentencias contra los herejes.
1548	Conversión al calvinismo de Teodoro de Bèze.
1555	Calvino empieza a ocuparse activamente de las comunidades reformadas de Francia.
1559	En París, primer sínodo nacional de las Iglesias reformadas francesas.
	En el edicto de Écouen se ordena ejecutar sin juicio previo a los protestantes rebeldes o prófugos
1560	Conjuración de Amboise.
1561	Coloquio de Poissy y exposición de la fe reformada por Teodoro de Bèze.
1562	Se autoriza por vez primera la celebración del culto protestante fuera de las ciudades.
	Incidente de Vassy y comienzo de la primera guerra de religión.
	Agrippa d'Aubigné tiene que huir de París.
	Según datos de Coligny, hay ya unas 2.500 comunidades reformadas en Francia.
1562-1563	Obras polémicas de Ronsard contra los calvinistas.
1563	Asesinato del duque de Guisa. Paz de Amboise y fin de la primera guerra de religión.
1564	Muerte de Calvino.
1567	Comienzo de la segunda guerra de religión.
1568	Paz de Longjumeau y fin de la segunda guerra de religión.
	Comienzo de la tercera guerra de religión.
1569	Asesinato de Condé.
1570	Paz de San Germán y fin de la tercera guerra de religión.
1572	Noche de San Bartolomé y comienzo de la cuarta guerra de religión.
1573	Edicto de Boulogne y fin de la cuarta guerra de religión.
1574	Comienzo de la quinta guerra de religión.
1576	Paz de Beaulieu y fin de la quinta guerra de religión.
1577	Sexta guerra de religión, paz de Bergerac y edicto de Poitiers.
1579	Comienzo de la séptima guerra de religión.
1580	Paz de Fleix y fin de la séptima guerra.
1581	En la asamblea de Montauban, Enrique de Navarra es nombrado "protector" de todos los reformados franceses.
1585	Comienzo de la octava guerra de religión.
1587	Batalla de Coutras.
1588	Asesinatos de Enrique el Acuchillado y del cardenal de Guisa.
1589	Asesinato del rey Enrique III. Enrique de Navarra se convierte en Enrique IV de Francia.
1590	Batalla de Ivry.
1591	Enrique IV promulga el edicto de Nantes, que concedía la libertad al ejercicio público del culto reformado.
1593	Enrique IV abjura del protestantismo y entra en París.
1594	Se escribe la *Sátira Menipea*, libelo que representa la actitud de los "políticos", o conciliadores de tendencia burguesa, frente al extremismo de los católicos de la Liga y de los protestantes.
1598	Fin de la octava guerra de religión y pacificación del reino.

ricia e ignorancia de los ordenados. Tras el fracaso del coloquio de Poissy (1561), Carlos IX ordenó que cesaran las persecuciones religiosas, aunque amonestó a sus súbditos a vivir *de una manera católica* (edicto de San Germán).

En la corte se continuó cantando salmos y reuniéndose en asambleas de culto calvinista. Coligny llegó a tener, en lugar de un capellán, un pastor protestante, Jean Raymond Merlin, venido de Ginebra. A sus sermones, los palaciegos eran no sólo admitidos, sino hasta invitados.

Los católicos no podían ver estos escarceos religiosos sin irritarse, y empezaron a tomar decididamente el asunto por su cuenta. El 1 de marzo de 1562, el duque de Guisa y su hermano el cardenal, viajando de Joinville a París, hicieron alto, para tomar des-

Las Tres Gracias en el monumento funerario del corazón del rey francés Enrique II, por Germain Pilon (Museo del Louvre, París). Este rey, que comenzó la persecución de los protestantes franceses, pero sin llegar a extremos violentos, experimentó cierto influjo de la Reforma, como se demuestra por permitir el canto de los salmos en su corte. A su muerte, y durante el reinado sucesivo de sus tres hijos, Francisco II, Carlos IX y Enrique III, las guerras de religión en Francia alcanzaron la máxima virulencia.



Estampa francesa del siglo XVI que representa las crueldades que, según los católicos, los hugonotes cometían con ellos (Biblioteca Nacional, París).

canso, en Vassy. Era domingo, y cabalmente en aquel pueblo los protestantes celebraban su culto en un establo. El duque les ordenó que salieran de allí para acudir a la iglesia a oír misa. Los hugonotes le contestaron con gritos de papista e idólatra; la respuesta de los Guisa fue arcabucear a los reunidos, matando a setenta y tres e hiriendo a un centenar. Esta *massacre* de Vassy es el comienzo de las guerras de religión en Francia.

Dada la señal de las violencias, los hugonotes empezaron a quemar iglesias y derribar imágenes de los altares. Es otra vez la *quema* inevitable, con destrucción y escándalo. Calvino, desde Ginebra, acogía a los emigrados y escribía con toda energía para impedir violencias: "Dejad que las reliquias y las imágenes se desacrediten por sí mismas; practicad vosotros la vida evangélica y el verdadero culto cristiano". ¿Pero quién



El almirante Gaspard de Coligny, jefe de los hugonotes franceses (cuadro de J. A. van Ravesteyn; Rijksmuseum, Amsterdam).



"Massacre de Vassy", según grabado de la Biblioteca Nacional de París, primera de las matanzas de hugonotes llevadas a cabo por la Liga Católica.

BREVE CRONOLOGIA DE LA POLITICA FRANCESA DE 1547 A 1562

1547 Se inicia el reinado de Enrique II.

1550 Enrique interviene en Escocia en favor de María Estuardo.

1552 Tratado de Chambord: alianza con los príncipes alemanes protestantes, que ceden Metz, Toul y Verdún a Enrique.
Entrada de Montmorency en Metz.

1552-1553 Francisco de Guisa defiende a Metz victoriosamente contra Carlos V.

1554 Liberación de Siena por las tropas francesas. Enrique II derrota a Carlos V en Renty.

1556 La tregua de Vaucelles pone fin a la guerra de Italia.

1559 El tratado de Cateau-Cambrésis pone fin a la guerra con España.
Los hugonotes abrazan la confesión calvinista.
Muerte de Enrique II.

1559-1560 Francisco II, a la edad de 15 años, sube al trono.

1560 Conjuración de Amboise: fracasa la tentativa hugonote de capturar al rey.
Muerte de Francisco II.

1560-1574 Carlos IX y su madre Catalina de Médicis asumen la regencia.

1561 El coloquio de Poissy entre católicos y hugonotes no conduce a nada.

1562 El edicto de Saint-Germain concede a los hugonotes la libertad de culto fuera de las ciudades.

puede convencer al pueblo soliviantado? Se cuenta que, en Orleáns, el príncipe de Condé vio a un hugonote, en lo alto de una iglesia, esforzándose por derribar la estatua de un santo. Condé, apuntando con un arcabuz, amenazó al iconoclasta con disparar si no dejaba en paz al santo de piedra. "Señor, tened paciencia –gritó el hugonote–; dejadme destruir este ídolo y después tirad, si queréis."

Las campañas, como siempre en guerras de religión, fueron cruentas y los asesinatos innumerables. El duque de Guisa fue herido por la espalda por un hugonote el 18 de febrero de 1563 y murió a los pocos días. Su hijo heredó sus cargos y su furor religioso. Las guerras, que mejor podrían calificarse de desórdenes, tumultos y atropellos, continuaron sin piedad por ambas partes. Por fin, en agosto de 1572, el día de san Bartolomé, ocurrió la degollina general de los protestantes en París, que ha quedado como

ejemplo de brutalidad sin paralelo en la historia.

París estaba lleno de hugonotes y católicos que habían asistido al casamiento de Enrique de Borbón, rey de Navarra, con la hija de Catalina y hermana del débil monarca francés. La degollina de la *San Bartolomé* se preparó en la cámara regia y asistieron a la reunión la reina madre y su hijo menor –no el rey– y seis magnates de la corte. Se ha hecho notar, sin embargo, que cuatro de ellos eran italianos, y otro, el duque de Nemours, era el padrastro de los Guisas. Por la noche, a una señal de las campanas de las iglesias, el duque de Guisa penetró en el aposento de Coligny, que estaba herido en cama, le traspasó el cuerpo con una pica y lo tiró por la ventana. Los demás nobles hugonotes que se hallaban alojados en el Louvre fueron también asesinados. A la mañana siguiente, la sangre manchaba las escaleras, los corredores y salones del palacio real.

En el resto de la ciudad, los esbirros de



Pierre Viret (grabado de G. Bouttats. Museo de Arte Moderno, sección de grabados, Barcelona), protestante suizo que predicó con éxito en Francia; fue expulsado de allí y se refugió en la corte de Navarra, donde explicó teología hasta su muerte.

El cardenal de Lorena, Catalina de Médicis y el duque de Guisa, los jefes del partido católico francés (grabado de la Biblioteca Nacional de París).



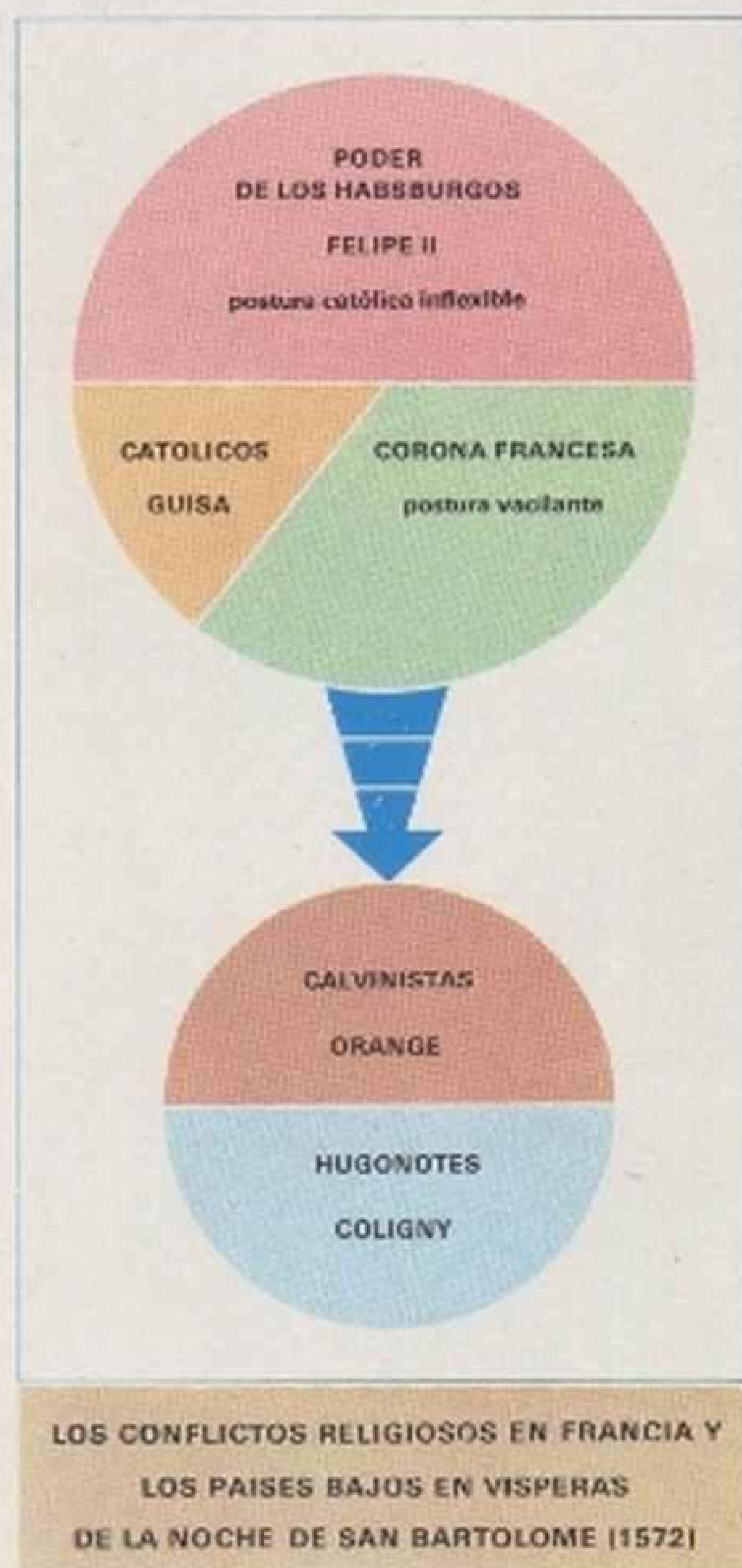
Matanza de protestantes franceses en la noche de San Bartolomé, por F. Dubois (Museo de Bellas Artes, Lausana).

los Guisas, desmandados, continuaron la matanza. No ha sido posible calcular cuántos hugonotes perecieron aquella noche en París, pero Sully, que fue después ministro de Enrique IV, dice que murieron setenta mil en toda Francia. La degollina se repitió en Orleáns, Troyes, Ruán, Burdeos, Tolosa... La noticia de la *San Bartolomé* no fue recibida con unánime aplauso por los católicos. En Alemania, tanto el emperador como los príncipes católicos dieron muestras de su disgusto. En cambio, en Roma se celebraron festejos populares al tener noticia de la degollina; la curia envió a Francia al cardenal Orsini para felicitar al rey y a Catalina de Médicis. Se acuñaron medallas conmemorativas, una en Roma y dos en Francia. Felipe II escribió a Catalina felicitándola por tener tal hijo y al rey por tener tal madre.

En cambio, Guillermo el Taciturno, que contaba con la ayuda de Coligny y los hugonotes, comunicó la noticia a su hermano diciéndole: "¡Qué golpe de maza ha sido esto para nosotros!".

Después de esta hazaña, los Guisas se creyeron dueños de la situación y formaron una liga para la defensa de la religión católica, pero que tendía a su propio encumbramiento. Como el rey no tenía sucesión, la corona debía recaer necesariamente en su cuñado Enrique de Borbón, rey de Navarra, o tal vez en Enrique de Guisa. El rey, ya valetudinario a pesar de no tener más que treinta y siete años, se llamaba entonces también Enrique; por esto se ha dicho que esta fase de las guerras de religión en Francia fue la guerra de los tres Enriques. El de Guisa se creía tan seguro de la sucesión, que llegó a irritar al rey y sacarle de sus vacilaciones. El último Valois tuvo fuerzas todavía para tramar un complot. Llamó a los Guisas a Blois para celebrar consejo, y allí acudieron el cardenal y su sobrino, que podían imaginarlo todo, menos que Enrique III tuviese energías suficientes para mandarlos matar. Enrique de Guisa fue asesinado en la cámara regia y el cardenal de Lorena, detenido, en la cárcel; sus cadáveres fueron quemados y las cenizas echadas a la corriente del Loira para que no quedase el menor rastro de ellos. Hay que convenir que, en punto a venganzas y homicidios, los últimos Valois no necesitaban maestro. Pero el que a hierro mata, muere de lo mismo: el asesinato de los Guisas ocurrió a últimos de 1588, y poco más tarde, en agosto de 1589, Enrique III de Valois, el último de su raza, moría también asesinado, él a su vez, por un monje que le asestó una puñalada en el bajo vientre.

Muerto ya Enrique de Guisa, no había contrincante para Enrique de Borbón, rey de



LOS CONFLICTOS RELIGIOSOS EN FRANCIA Y LOS PAISES BAJOS EN VISPERAS DE LA NOCHE DE SAN BARTOLOME (1572)

Los contactos entre Coligny y Guillermo de Orange hallan su contrapartida en el acercamiento triple entre el partido católico francés, la corona de Francia y Felipe II.

Navarra. Había sido educado por una madre calvinista; su padre tuvo simpatías por los hugonotes, pero sin hacerse matar por ellos como Coligny. Era todavía joven, de buena presencia y hacía gala del humor gascón, cualidad que han estimado siempre los franceses. No era, pues, Enrique IV hombre que pensara en darse de cabezadas por intrincadas cuestiones teológicas. Y como la ciudad de París exigía que el rey de Francia fuese católico, Enrique no quiso crear dificultades por escrúpulos religiosos y decidió volver a la obediencia del papa, porque, según la frase famosa, París bien valía una misa. Pero probó su carácter tolerante firmando el edicto de Nantes, en el que concedía la libertad de conciencia a los hugonotes. Este famosísimo edicto disponía además que los protestantes pudieran ejercer cargos públicos. El Parlamento de París debía admitir seis consejeros protestantes. Los predicadores protestantes gozarían de franquicias y estarían exentos del servicio militar, como los clérigos de la Iglesia romana. Se establecieron escuelas de teología protestantes en Saumur, Sedán, Montaubán, etcétera. La fecha del edicto de Nantes es la del 2 de mayo de 1598. Derogado más tarde y vuelto a poner en vigor, el edicto de Nantes es la verdadera *Carta Magna* del liberalismo moderno. Más que tolerarse, se reconocía en él el derecho y casi el deber de que los cultos disidentes tuvieran sus escuelas y participaran con sus divergencias, respetuosa pero dignamente, en los negocios del estado.



Enrique III de Francia preside una ceremonia de la Orden del Espíritu Santo (Biblioteca Nacional, París).



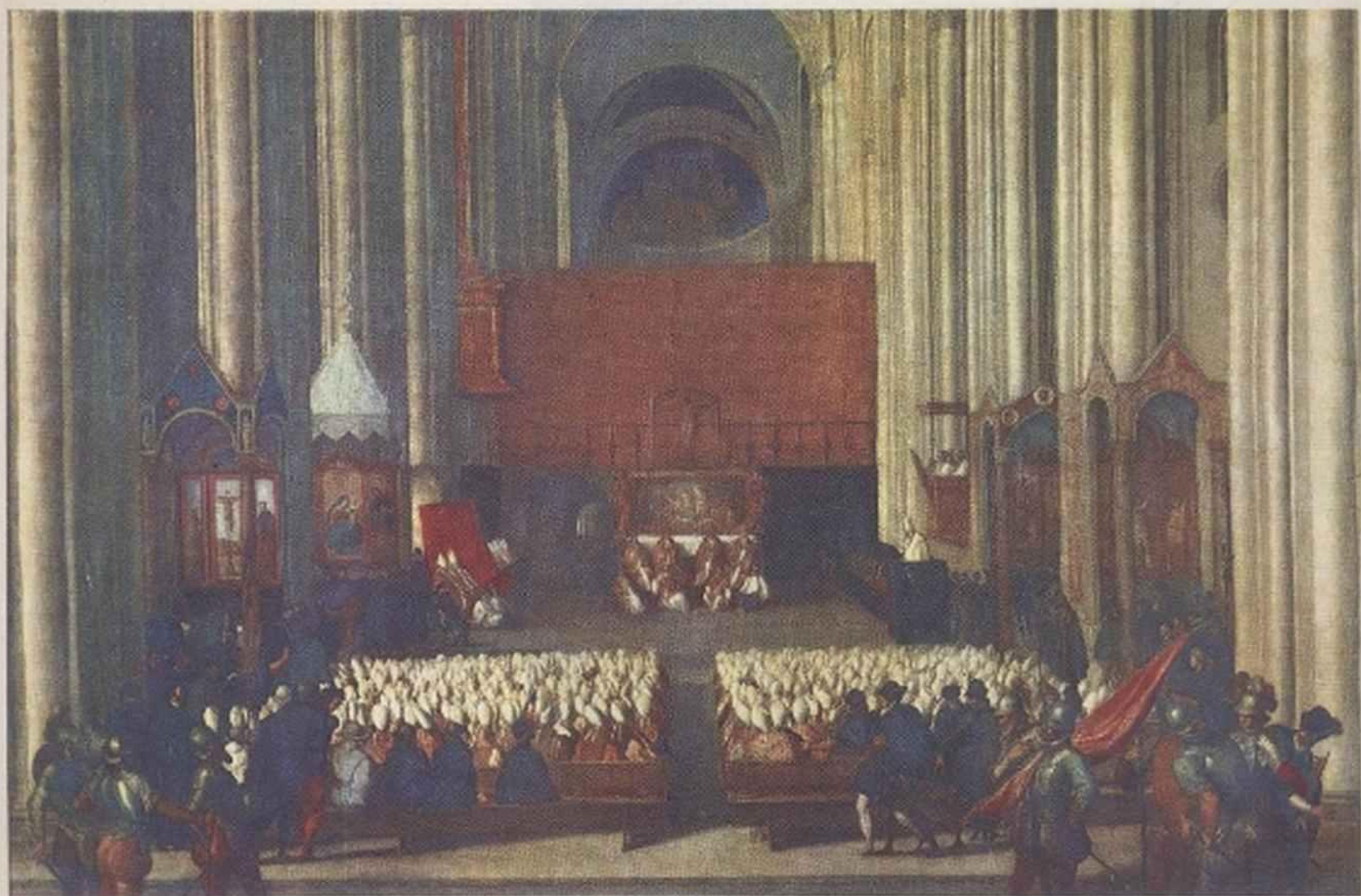
Efectos de la Liga Católica en Francia, según grabado satírico hugonote (Biblioteca Nacional, París).

BIBLIOGRAFIA

Autin, A.	*L'échec de la Réforme en France au xvie siècle*, París, 1917.
Berrueta, M. D.	*El gran duque de Alba*, Madrid, 1944.
Bost, Ch.	*Histoire des protestants de France*, Neuilly, 1926.
Collinet, R.	*La Réformation en Belgique au xvie siècle*, Verviers, 1947.
Geyl, P.	*The revolt of the Netherlands, 1555-1609*, Nueva York, 1958.
Halkin, L. E.	*La Réforme en Belgique sous Charles Quint*, París, 1957.
Livet, G.	*Les guerres de réligion*, París, 1962.
Van Durme	*El cardenal Granvele. Imperio y revolución bajo Carlos V y Felipe II*, Barcelona, 1957.
Viènot, J.	*Histoire de la Réforme française des origines à l'Edit de Nantes*, París, 1926.



Asesinato del duque de Guisa (grabado de la época conservado en la Biblioteca Nacional de París). Sus actos como jefe de la Liga Católica llegaron a incomodar a Enrique III de Francia, que ordenó su asesinato, así como el de su tío, el cardenal de Lorena. El camino quedaba así despejado para que, a la muerte del rey, pudiera sucederle en Francia Enrique IV.



Una sesión del concilio de Trento, por un pintor anónimo de la escuela veneciana (Museo del Louvre, París). Tras muchas dilaciones, la Iglesia, debido a las presiones de Carlos V, se reunió en concilio bajo el pontificado de Paulo III.

Contrarreforma, fundación de la Compañía de Jesús y concilio de Trento

Los focos de infiltración del protestantismo en España no son tan interesantes como lo es la reacción que provocaron. En la historia de la Reforma aparecen algunos nombres españoles, pero no hicieron prosélitos en su país. Juan de Valdés –hermano de Alfonso de Valdés, secretario de Carlos V– acabó presidiendo un cenáculo en Nápoles. Servet, acaso el más grande de todos los protestantes hispánicos, actuó en Francia y fue quemado en Ginebra. De los dos hermanos Encinas, uno fue quemado en Roma, y el otro, después de haber vivido en Wittenberg en casa de Melanchthon, imprimió una traducción castellana del Nuevo Testamento en Amberes; pero viendo que las cosas iban por mal camino, se retiró a Cambridge para enseñar griego, y murió en Estrasburgo. Otro español, Juan Díaz, formaba parte del grupo de Ginebra, pero fue asesinado por un hermano suyo, que se avergonzaba de tener a un calvinista en la familia. Cierto Pedro Núñez de Avila enseñaba griego



Auto de fe presidido por santo Domingo de Guzmán, por Berruguete (Museo del Prado, Madrid). La Inquisición, institución establecida de antiguo para corregir y juzgar a los herejes, adquirió actualidad cuando se desarrolló la herejía de los albigenses. A mediados del siglo XIII se confió la Inquisición a la Orden dominicana, fundada por el santo español Domingo de Guzmán para lograr la conversión de aquéllos. A fines del siglo XV esta institución estaba casi abolida, pero los Reyes Católicos la resucitaron para combatir las herejías judaizantes. Poco después se empleaba para luchar contra luteranos y calvinistas. La pena máxima que el Tribunal imponía era la de muerte por el fuego.

en Lausana, lo que significa que era protestante. En Sevilla hubo dos grupos peligrosos: uno se reunía en casa de doña Isabel de Baena, llamada el "Templo de la Nueva Luz"; otro en el convento de los Jerónimos, que abolieron ayunos y mortificaciones y sustituyeron las horas de rezo por lecturas de la Biblia. Pero "el mal" fue extirpado en Sevilla con dos autos de fe, y en el del 24 de septiembre de 1559 fueron quemadas catorce personas, de ellas cuatro frailes y tres mujeres. El "Templo de la Nueva Luz" fue arrasado y en su lugar se levantó "un pilar de infamia". Entre los jerónimos de Sevilla estaba el cultísimo Cipriano de Valera, cuya traducción de la Biblia es la que prefieren todavía los protestantes de habla española. Aún hoy los protestantes forman en España una pequeña minoría.

Las causas del fracaso del protestantismo en España son tres: la primera es la fidelidad del temperamento español a lo que estima como bueno. En algunas ocasiones, los extranjeros consideran como "pereza" esta resistencia a cambiar de postura espiritual. La segunda es que el español no razona, ni quiere razonar en modo alguno, en materias confesionales; es caritativo o, con preferencia, místico. La tercera es que tampoco tuvo nunca ocasión de escoger libremente su fe, porque las persecuciones ejercieron una notable presión sobre los espíritus.

Empecemos por este último "argumento". Se ha dicho y repetido que la Inquisición es un invento español. Se ha formado sobre él la *Leyenda Negra*. Y la verdad es que la Inquisición era una institución eclesiástica establecida en el siglo XII por el papa Lucio III para corregir y juzgar a los herejes *(inquisición episcopal)*. Es, por lo tanto, muy anterior a la Reforma y, en su origen, completamente ajena a España. Es más, mientras la Inquisición fue introducida en Aragón ya en el siglo XIV, en Castilla no se sintió la necesidad de esta jurisdicción especial durante toda la Edad Media.

Pero también es verdad que a fines del siglo XV la Inquisición estaba casi abolida: la Iglesia no le concedía ninguna facultad, y fue en España donde se empezaron a reconocer los servicios que podía prestar todavía. En el año 1482 el papa autorizó a los Reyes Católicos para establecer un Consejo Supremo de la Inquisición en España, con el principal objeto de limpiar el país de herejías judaizantes. Pero, aun entonces, el pontífice se reservó el derecho de dictar su fallo en última instancia. Finalmente, Alejandro VI, el Borgia, abandonó esta prerrogativa de la Santa Sede, y la Inquisición en España procedió entonces sin ninguna traba. Torquemada, el primer inquisidor, se hizo famoso por su crueldad. Sucedióle Cisneros y por algún tiempo disminuyó el rigor inquisitorial, pero después recrudeció, sobre todo durante el reinado de Felipe II. En sus días de retiro en Yuste, Carlos V aconsejaba a su hijo y sucesor que no cesara de castigar a los protestantes con autos de fe, y en el mensaje de respuesta Felipe II asegura que puede estar tranquilo el emperador, porque si él creyera que su propio hijo era luterano, él sería el primero en llevar leña a la hoguera. Por fin, en el año 1542, centralizando los diversos tribunales particulares de inquisición episcopal y monástica, que funcionaban desde el siglo XIII, Paulo III estableció un tribunal supremo de inquisición, que convirtió en una congregación pontificia con el título de Santo Oficio de la Iglesia Universal. En un principio se componía de seis cardenales; después fueron doce, con un cuerpo consultivo. El bien y el mal que la Inquisición haya podido acarrear a la Iglesia ha sido discutido aun por los más fervientes católicos.

CONCLUSIONES DEL CONCILIO DE TRENTO

Sobre la interpretación de las Sagradas Escrituras:

"Para detener y contener a los espíritus inquietos y osados, se ordena que en lo tocante a la fe y a las costumbres, como perteneciente al edificio de la doctrina cristiana, nadie, fiando en su propio juicio, tenga la audacia de dar a las Escrituras un sentido particular, desviándose del sentido que ha dado y da la Santa Madre Iglesia, la única a quien corresponde juzgar acerca del verdadero sentido y de la interpretación de las Sagradas Escrituras."

Sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía:

"El santo Concilio enseña y reconoce abierta y totalmente que en el augusto sacramento de la Eucaristía, después de la consagración del pan y del vino, Nuestro Señor Jesucristo, verdadero Dios y hombre, está contenido verdadera, real y sustancialmente bajo las especies de estos elementos sensibles."

Sobre las obras:

"A los hombres que están justificados, sea porque siempre hayan conservado la gracia recibida, sea porque la han recobrado tras haberla perdido por medio de la penitencia, hay que recordar las palabras del apóstol: 'Perseverad en toda buena obra, sabiendo que vuestro esfuerzo no es vano ante el Señor, pues Dios no es injusto y no olvidará vuestras obras y la caridad que habéis ejercido en su nombre'."

Sobre las ceremonias:

"Dado que la naturaleza del hombre es tal que no puede fácilmente, sin ayuda exterior, elevarse a la meditación de las cosas divinas, la Iglesia, como madre compasiva, ha establecido determinados usos... Ha establecido así ceremonias como las bendiciones, las luces, la incensación, los adornos y otras diversas cosas semejantes, que proceden de la enseñanza y de la tradición de los apóstoles, y que tienen por objeto realzar la majestad del gran sacrificio de la misa y estimular los espíritus de los fieles, con estos signos visibles de piedad y de religión, a la contemplación de los sublimes misterios que se ocultan en este sacrificio."

Sobre las indulgencias:

"Como el poder de conceder indulgencias fue otorgado por Jesucristo a la Iglesia, el santo Concilio enseña y ordena que el uso de las indulgencias, práctica tan saludable para el pueblo cristiano, debe ser mantenido. Y declara que sean anatematizados todos aquellos que afirmen que las indulgencias son inútiles o aquellos que nieguen que la Iglesia tenga poder para concederlas... Sin embargo, habida cuenta de los abusos que se han producido, y con motivo de los cuales el hermoso nombre de las indulgencias ha sido profanado por los herejes, el santo Concilio, deseando vivamente que sean reformados y corregidos, ordena en general por el presente decreto que queden completamente abolidos todos los deplorables tráficos monetarios que, con objeto de ganar indulgencias, han sido causa de numerosos abusos en el seno del pueblo cristiano."

* * *

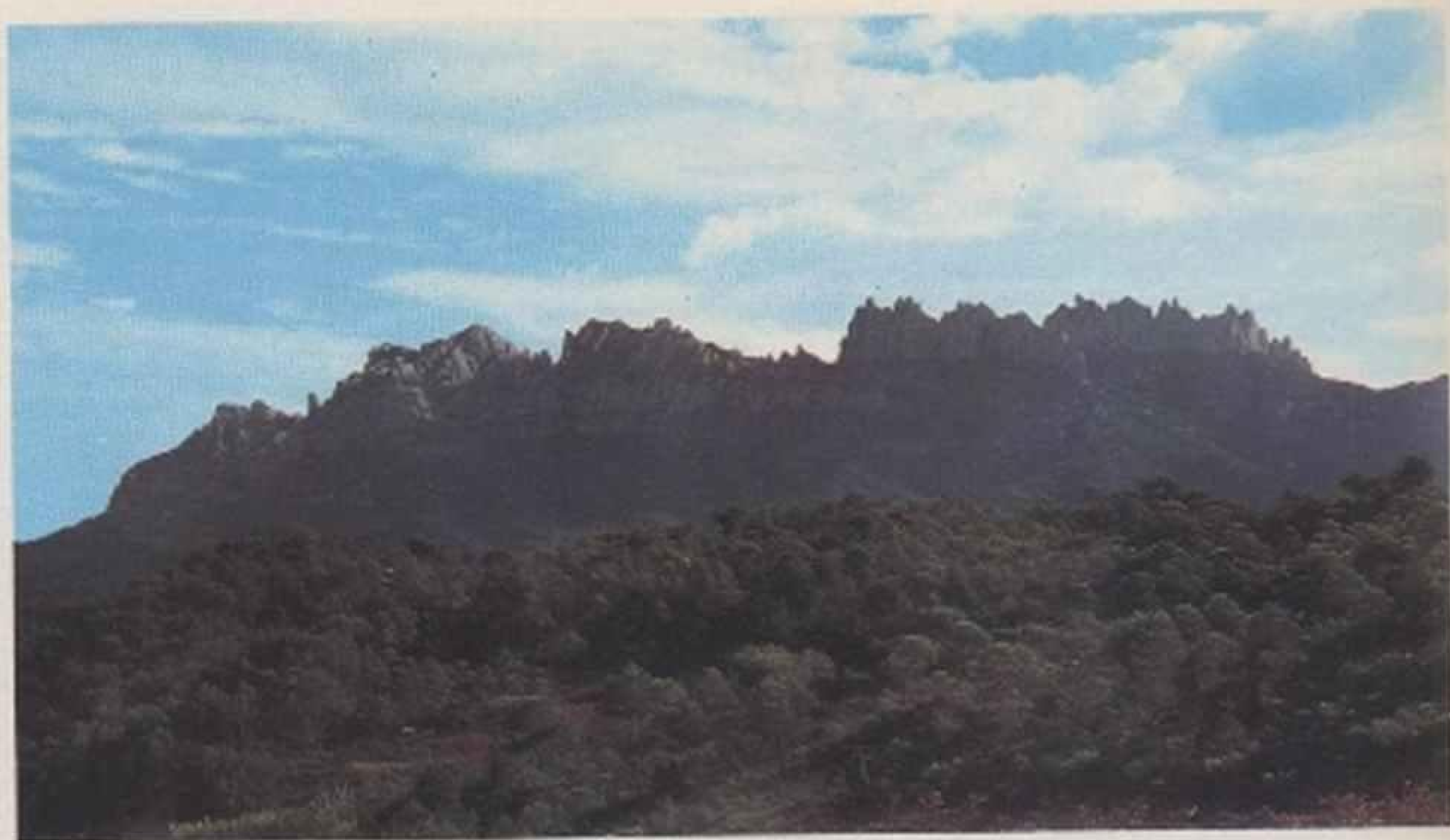
"Se ha convertido en un lugar común hablar del carácter negativo de las definiciones doctrinales del Concilio de Trento, en el sentido de que, redactadas para responder a unas negaciones, se esfuerzan por defender la doctrina tradicional en los puntos controvertidos, más que por dar una verdadera síntesis dogmática, en la cual hace pensar inevitablemente el número poco frecuente de temas discutidos. Es indudable que esta preocupación exclusiva, a la que hay que agregar las polémicas ulteriores, iba a dar a la teología llamada 'especulativa', durante más de tres siglos, no su método característico, que se remontaba a la Edad Media, y que el Concilio siguió naturalmente, sino un estado de ánimo muy peculiar que podría compararse al de los habitantes de una ciudad sitiada: como si la verdad necesitara de la herejía para definirse a sí misma y como si el estudio directo de las riquezas del pasado no bastara para alimentar fecundas reflexiones" (J. M. A. Salles-Dabadie, *Les conciles oecuméniques dans l'histoire*).

C. P.



Palacio del Santo Oficio o de la Inquisición, en Roma.

El macizo de Montserrat (Barcelona), la santa montaña de Cataluña dedicada a la Virgen cuyo santuario quiso visitar san Ignacio, ya repuesto de las heridas que recibiera en Pamplona, en su peregrinación a Tierra Santa.



Ludwig von Pastor, el historiador católico austriaco, autor de la historia de los papas del Renacimiento, deploraba que ni aun a él se le permitiera el acceso al archivo del Santo Oficio. "Es la única institución del mundo –decía Pastor– donde todavía se considera sospechoso estudiar documentos que se refieren a cosas ocurridas hace más de trescientos años. Su carácter secretísimo la perjudica, porque perpetúa la creencia de que abusó de su poder."

La segunda causa que hemos señalado para explicar el poco éxito de la Reforma en España, esto es, una propensión al misticismo que hacía repeler el humanismo, en muchas ocasiones dio trabajo a la Inquisición. Hasta un arzobispo de Toledo, el virtuoso dominico Bartolomé Carranza, fue perseguido y encarcelado. Había sido elegido por unanimidad primado de España; pero el inquisidor general y el gran teólogo Melchor Cano lograron un breve de Roma para proceder con-

Santuario de Loyola, construido en el valle donde nació Iñigo López de Recalde, quien andando el tiempo sería san Ignacio de Loyola.

tra Carranza, y Felipe II consintió que atormentaran al arzobispo durante dieciséis años. En cambio, fray Luis de León estuvo "sólo" cinco años en sus cárceles, y santa Teresa y san Juan de la Cruz, aunque fueron acusados, libráronse de sus iras por la protección que les dispensó Felipe II.

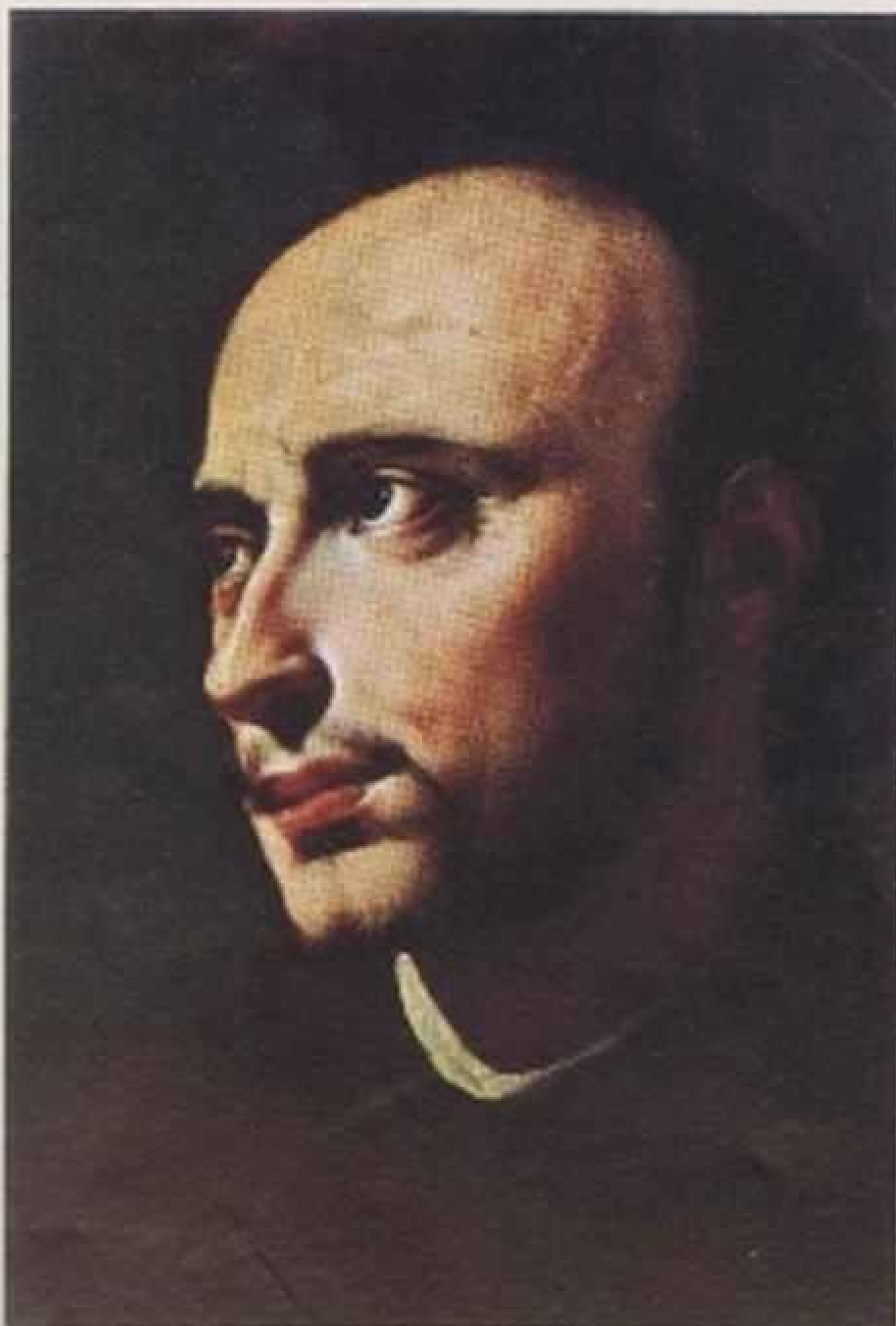
Sin embargo, la represión no ahoga nunca un movimiento como la Reforma; hay que proponer algo positivo, superior al espíritu que mueve a los contrarios. De esto se habían ya dado cuenta en Italia varias personas piadosas, algunas relacionadas con la curia romana. Algunos prepósitos de Ordenes religiosas intentaron restablecer la pureza primitiva de sus reglas con intención de hacer vida santa dentro del sacerdocio. Por ejemplo, varios clérigos italianos se asociaron y fundaron la nueva Orden de los teatinos.

Pero fue en España donde nació el fundador de la Compañía de Jesús, que iba a ofrecer a la Iglesia una milicia de religiosos disciplinados. San Ignacio era vasco, de familia acomodada. Su verdadero nombre era Iñigo López de Recalde. Pero su padre era un Beltrán de Oñaz, y su madre una Araoz. El nombre de Oñaz reaparece en sus sobrinos. No está claro si nació en 1491 o en 1495. En el 1521 lo hallamos ya, al frente de unos soldados, defendiendo la fortaleza de Pamplona contra un ataque de las tropas francesas. Allí fue herido en una pierna y tuvieron que llevarle a su casa de Loyola. Durante el tiempo que duró la convalecencia de la herida recibida, Iñigo quiso leer libros de caballerías, pero no los había en la casa, y tuvo que contentarse con unas *Vidas de Santos* y una *Vida de Cristo*, de Ludolfo de Sajonia, más conocido por el sobrenombre de "el Cartujo". Estas lecturas despertaron en él vivo deseo de servir a una gran señora y de realizar por ella singulares proezas. "Pero –se decía a sí mismo– ¿no sería mejor acaso hacer lo que hicieron san Francisco o santo Domingo?"

Todavía indeciso entre ser un caballero o un santo, Iñigo abandonó su casa de Loyola y marchó como peregrino al santuario de Montserrat, en Cataluña, como una primera etapa para ir a Tierra Santa. A pesar del maravilloso paisaje de la montaña, Iñigo prefirió retirarse al hospital de la vecina ciudad de Manresa y hacer penitencia en una cueva cerca del río. Fue en Manresa donde Dios comunicóse con Iñigo "como un maestro enseña a su discípulo". Sentado en las márgenes del río Cardoner, tuvo la premonición de lo que le habría de pasar más tarde; recordaba después que, en sus visiones, había anticipado escenas y acontecimientos que le fueron ocurriendo en el transcurso de su vida. El padre Ribadeneyra describe así la visión del Cardoner: "Entendió muy perfectamente muchas cosas, así de las que pertenecen a los misterios de la fe como de las que tocan al conocimiento de las ciencias; y esto con una lumbre tan grande y tan soberana que, después que la recibió, las mismas cosas que había visto parecíanle otras". Los protestantes se han esforzado en identificar estas experiencias espirituales de Iñigo con lo que llaman ellos salvación o conversión. Iñigo llegaba a decir que tenía el convencimiento de que, aunque las Sagradas Escrituras no nos hubie-

EL PAPADO DESDE EL PLANTEAMIENTO DE LA CRISIS LUTERANA HASTA EL TRIUNFO DE LA CONTRARREFORMA

Nombre	Años de pontificado
León X (Médicis)	1513-1521
Adriano VI (Floriszoon)	1522-1523
Clemente VII (Médicis)	1523-1534
Paulo III (Farnesio)	1534-1550
Julio III (Ciochi del Monte)	1550-1555
Marcelo II (Cervini)	1555
Paulo IV (Carafa)	1555-1559
Pío IV (Médicis)	1559-1565
Pío V (Ghislieri)	1566-1572
Gregorio XIII (Boncompagni)	1572-1585
Sixto V (Peretti)	1585-1590
Urbano VII (Castagna)	1590
Gregorio XIV (Sfondrati)	1590-1591

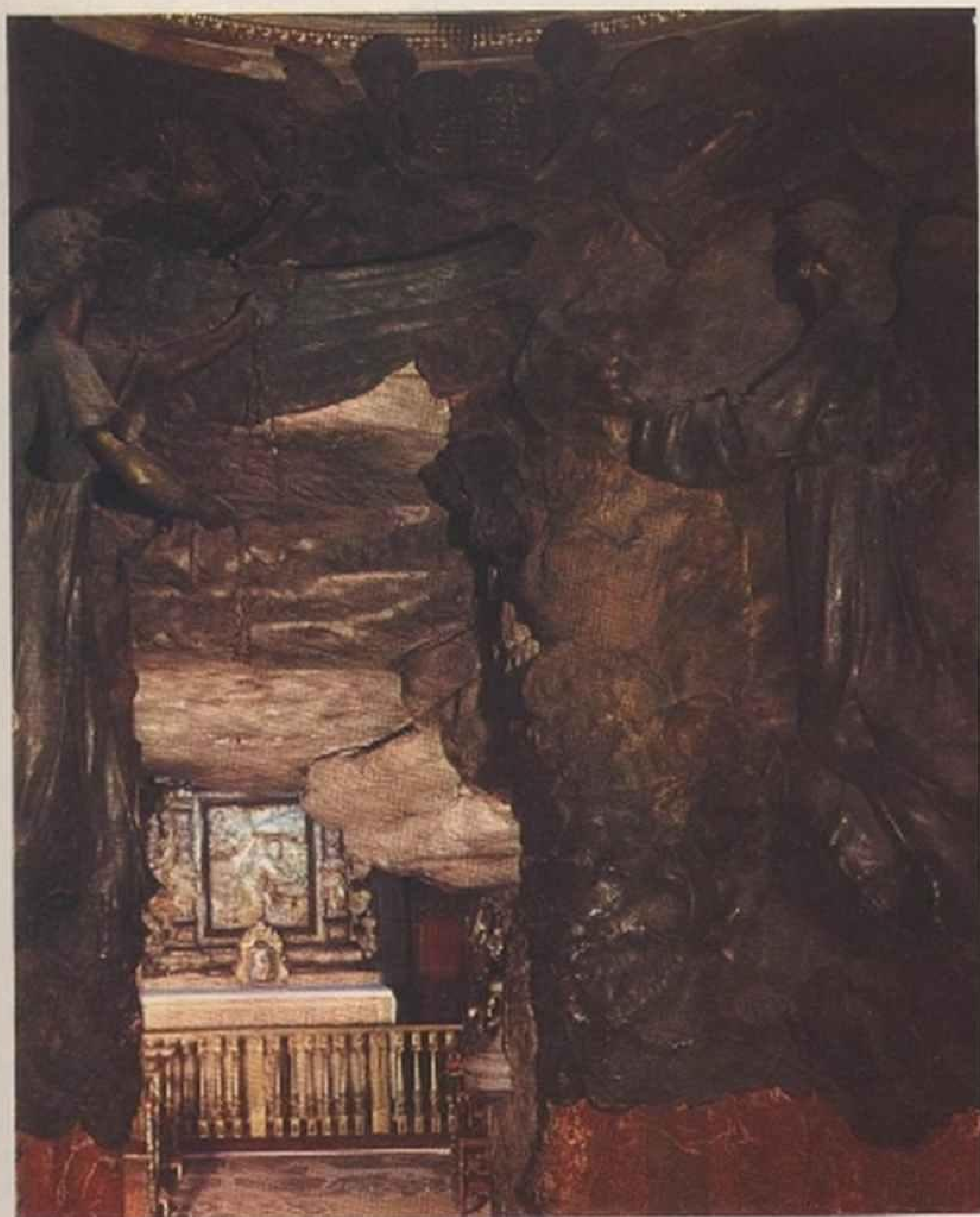


San Ignacio de Loyola, por J. J. Rodríguez de Espinosa (detalle del cuadro "Extasis de san Ignacio de Loyola"; Museo de Bellas Artes, Valencia).

sen enseñado lo que debemos hacer, él lo hubiera hecho por lo que había visto con los ojos del alma.

Iñigo permaneció un año en Manresa y allí compuso sus *Ejercicios*. El origen de este extraordinario librito es todavía algo oscuro. En el vecino monasterio de Montserrat había la costumbre de preparar a los que deseaban comulgar haciéndoles realizar unos ejercicios según el plan del abad García de Cisneros. Parece que en Manresa el santo había despertado cierta curiosidad y que algunos ciudadanos se honraban proveyéndole de lo necesario. Iñigo, por su parte, deseaba ayudarles espiritualmente, y para dirigirles en sus devociones redactó los *Ejercicios*. Estos son uno de los jalones más importantes de la historia de la vida religiosa de la humanidad entera. Y ¡qué humilde origen! Escritos por un iletrado, debían servir para dirigir a unos humildes menestrales catalanes que apenas entendían el castellano en que estaban redactados. Hoy la Iglesia católica entera se vale de los *Ejercicios* que compuso el vasco para sus oscuros devotos de Manresa. ¡Qué lección para los que buscan glorias literarias y triunfos de la fama, sin una fe que les aliente desde lo más hondo del alma!

No sólo los jesuitas, sino la mayoría de las Ordenes religiosas, acostumbraban practicar la devoción de los *Ejercicios* por lo menos una vez al año. Los protestantes explican su eficacia diciendo que producen una especie de hipnotismo, trance en el cual el que lo experimenta está dispuesto a aceptar las proposiciones del que le da los *Ejercicios*. Pero a esto contestan los católicos diciendo que una



La cueva a la que se retiró san Ignacio, junto al río Cardoner, en Manresa, en su estado actual.



Manresa, la ciudad que escogió san Ignacio para retirarse a meditar y donde compuso sus "Ejercicios".

SOBRE LA CONTRARREFORMA

"La crisis de la primacía espiritual de Roma' del Dios universal y católico comienza con las grandes herejías o disolvencias del Renacimiento. Y esa crisis es la que repercute inmediatamente sobre el brazo diestro de aquella primacía: el cesarismo de España. La estrella luciente de España comienza a nublarse cuando el sol de Roma se nubla. Por eso acude España –ante todo– a Roma para salvarla, porque salvando la luz de Roma salva su propia luz, su destino. Y ése es exacto el origen de la Contrarreforma española. El origen de la lucha española contra las disolvencias que amenazaban a Roma y, por consecuencia, a ella misma... El Concilio de Trento es el primer remedio heroico para cortar la gangrena comenzada. Ignacio y Teresa luchan porque la ironía de Cervantes no degenere en sarcasmo. Porque la sátira de Quevedo no se corrompa en volterianismo. Porque la tristeza de Fray Luis no derive a pesimismo. Porque la prudencia de Fajardo no pare en derrotismo... Es decir: porque el último 98 se retrase en tres siglos. Porque la disolución o destrucción de España se demore en trescientos años" (E. Giménez Caballero, *Genio de España*, Madrid, 1939).

"También el hombre español de la Contrarreforma, grave, reservado, solemne, enlutado, ha mudado con respecto al anterior, todavía el de la corte de Carlos V. Felipe II es quien impone el nuevo estilo de vida... El abrumador ceremonial de su corte, la gravedad impresionante de Su Majestad, la misión religiosa concebida como la dura tarea y el penoso *quehacer* de reprimir herejías, van privando paulatinamente al español del gozo antiguo, de la *euthimia* y *athambia* católico-clásicas. En otros países católicos, el barroco propenderá en seguida a la *morbidezza*, a la molicie y a una concepción sensual –o rococó– de la existencia. En España, co. Antonio Marichalar... denunciaba en dos libros alemanes sobre sendos aspectos del barroco español, *El barroco, arte de la Contrarreforma*, de Weisbach, y el *Felipe II*, de Ludwig Pfandl, la infiltración de ideas y sentimientos protestantes, inadecuados, por tanto, para el recto entendimiento de realidades españolas. El recensor tenía indudable razón. Pero, ¿no habrá en la trama misma de la Contrarreforma algo que dé lugar y, hasta cierto punto, excuse a esta inducción de categorías religiosas protestantes? Creo que sí. El contrarreformador lucha con el alma y la vida contra el protestante. Pero en la pelea, y en la medida en que lo permite la oposición dogmática, se contamina de su estilo" (J. L. L. Aranguren, *Catolicismo y Protestantismo como formas de existencia*, Madrid, 1957).

"En otros países, las dinastías cooperaban con sus pueblos. Los Habsburgos creían que sus pueblos sólo cooperarían contra la dinastía. Buscaron un aliado contra sus propios súbditos, y por fin encontraron este aliado en la Contrarreforma. La alianza de la dinastía y de los jesuitas salvó a los Habsburgos y derrotó al Protestantismo en la Europa central; también dio a la cultura 'austríaca' un sello peculiar que conservó hasta el fin. La civilización barroca, como los edificios que levantó, fue grandiosa, llena de vida superficial pero interiormente estéril: fue teatro, no realidad... Los Habsburgos aprendieron de los jesuitas la paciencia, la sutileza y la espectacularidad... Y, así, las tierras germánicas fueron recuperadas pacíficamente por la Contrarreforma a fines del siglo XVI" (A. J. P. Taylor, *The Habsburg Monarchy*, Londres, 1967).

"En el mundo católico se impuso también una reforma, aunque acabase por ser llamada 'Contrarreforma'..., que estalló en el Concilio de Trento... Por un lado, esta Contrarreforma combatía el derecho a la interpretación individual que, por el camino de la generalización del libre examen, había de conducir a la irreligiosidad; por otro lado, al cargar el acento en las cuestiones morales y prácticas sobre las dogmáticas y litúrgicas (a pesar de contarse en ella figuras como la de Suárez, la más alta después de Tomás de Aquino en la formulación de un pensamiento filosófico sujeto a la teología) con lo que se llama primacía del *ethos* sobre el *logos*, continuaba una inspiración antitradicional, vernacular y democrática, cuya traducción política había de verse en ciertos ensayos de república jesuítica, como los del Canadá y el Paraguay" (E. D'Ors, *La civilización en la historia*, Madrid, s. d.).

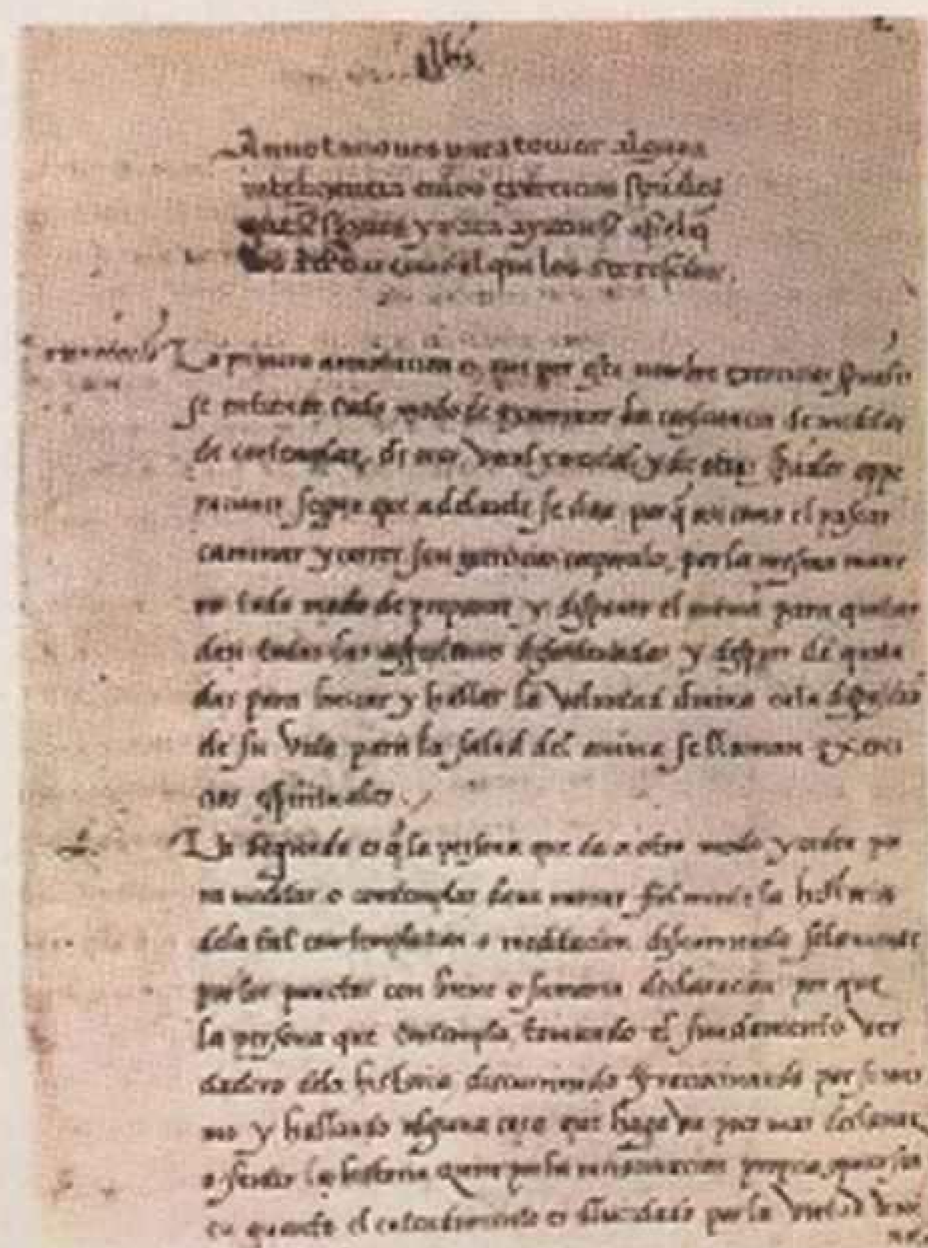
"El movimiento de renovación católica recibe a veces el nombre de Contrarreforma, que no es un término muy afortunado. En principio, la Iglesia no estaba *contra* nada, sino que se esforzaba por renovarse a sí misma. Pero de hecho se produjo una fuerte reacción defensiva a modo de subproducto. Muchas cosas de gran valor fueron consideradas con recelo en la Iglesia porque su importancia era también subrayada por los reformadores, que habían dejado ya de ser católicos" (*Catecismo holandés*, 1966).

C. P.

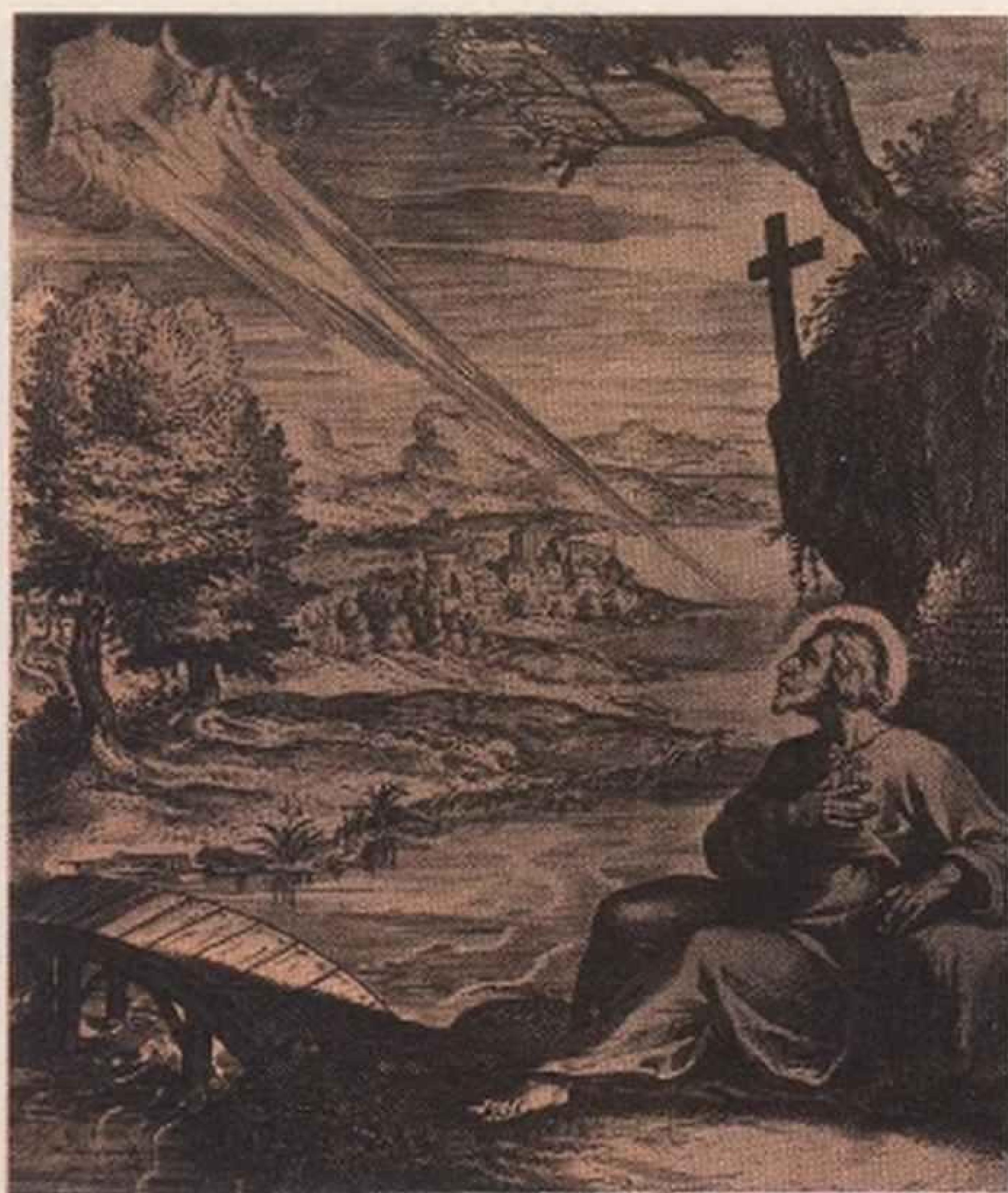
persona hipnotizada comparte su voluntad con la del que le hipnotiza, mientras que Ignacio recomienda precisamente al que "da" los *Ejercicios* que deje al Creador comunicarse directamente con el alma del que "los recibe".

El título ya es una explicación del contenido: *Ejercicios espirituales para vencerse a sí mismo y ordenar su vida sin determinarse por afección alguna que sea desordenada*. El primer párrafo sirve para facilitar una tolerancia preliminar entre "el que da los *Ejercicios* y el que los recibe". Ignacio dice que "todo buen cristiano ha de ser más *promptó* a salvar (por excusar) la proposición del prójimo que a condenarla... Corríjale con amor", añade Ignacio.

En seguida explica "que así como el pasear, caminar y correr son exercicios corporales", sus *Ejercicios* son para la salud del alma. Empiezan con unas "anotaciones" para el que da los *Ejercicios*; cómo ha de proceder durante las cuatro semanas, aunque este plazo puede alargarse o acortarse según las circunstancias. El que da los *Ejercicios* no debe plati-



Página de los "Ejercicios" redactados por san Ignacio de Loyola. Los historiadores de la Orden dan a esta copia la denominación de autógrafa.





La visión de san Ignacio junto a las márgenes del Cardoner, según un grabado de la época y una estampa popular del siglo XIX.

car, en la primera semana, sobre "las reglas de los espíritus de la segunda semana... por ser materia más sutil y más subida de lo que podrá entender", etc. Después de estas "anotaciones", o recomendaciones, comienza el texto del librito. Ignacio no hace en él más que indicar lo que debe meditar el que practica las devociones. Así, por ejemplo, el texto del ejercicio quinto de la primera semana es puntualmente como sigue:

"*Quinto exercicio* es meditación del infierno: contiene en sí, después de la oración preparatoria y dos preámbulos, cinco puntos y un coloquio.

"La oración preparatoria sea la *sólita* (la de costumbre).

"El primer preámbulo, composición, que es ver con la vista de la imaginación la longura, anchura y profundidad del infierno.

"El segundo *(preámbulo)* será demandar lo que quiero; será aquí pedir interno sentimiento de la pena que padecen los dañados, para que, si del amor del Señor eterno me olvidara por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude para no venir en pecado.

"El primer punto será ver, con la vista de la imaginación, los grandes fuegos y las almas como en cuerpos ígneos.

"El segundo *(punto)*, oír con las orejas llantos, alaridos, voces, blasfemias contra Christo Nuestro Señor y contra todos los santos.

"El tercer punto será oler con el olfato humano, piedra-azufre, sentina y cosas pútridas.

"El cuarto, gustar con el gusto cosas amargas, así como lágrimas, tristeza y el verme *(gusano)* de la consciencia.

"El quinto, tocar con el tacto, es a saber, como los fuegos tocan y abrasan las ánimas.

"Haciendo un coloquio a Christo Nuestro Señor, traer a la memoria las ánimas que están en el infierno, unas porque no creyeron en el Advenimiento; otras, creyendo, no obraron según sus mandamientos: haciendo tres partes, la 1.ª antes del Advenimiento, la 2.ª en su vida, y la 3.ª después de su vida en este mundo; y con esto, darle gracias porque no me he dexado caer en ninguna de éstas, acabando de mi vida. Asimismo, como hasta agora ha tenido de mi tanta piedad y misericordia, acabando con un *Pater-Noster*.

"El Exercicio 1.º se hará a la medianoche; el 2.º, en levantándose a la mañana; el 3.º, antes o después de la Misa; el 4.º, a la hora de vísperas; el 5.º, una hora antes de cenar. Esta repetición de horas, más o

EL ARTE Y LA CONTRARREFORMA

En el terreno artístico, la Contrarreforma tuvo como consecuencia la limitación de la libertad del pintor, obligándole a evitar toda imprecisión teológica y a eliminar todo aquello que tuviera resonancias de pagano y secular. Numerosas fueron las condenas inquisitoriales a obras artísticas del pasado o del presente, a veces por motivos triviales. El ejemplo más famoso de choque entre la concepción renacentista –y moderna– y la concepción tridentina lo constituye el proceso inquisitorial dirigido contra Paolo Cagliari, el Veronés, por su pintura de la "Cena en casa de Leví"; reproducimos los pasajes más importantes del interrogatorio transmitidos a la historia desde las actas:

Inquisidor: ¿Qué significa en la Cena del convento de los Santos Juan y Pablo aquella figura que le mana sangre de la nariz?

Paolo: No es más que un criado que, por algún accidente, ha tenido aquella hemorragia.

Inquisidor: Y aquellos soldados alemanes con alabardas, ¿qué tienen que ver con la Cena?

Paolo: Nosotros, pintores, nos tomamos la licencia que se toman los poetas y los locos, y yo he puesto aquellos alabarderos para dar a entender que el patrón de la casa era hombre rico y grande y podía tener tales servidores.

Inquisidor: Y aquel bufón con un papagayo, ¿por qué lo habéis puesto en la escena?

Paolo: Está para adorno, como es costumbre...

Inquisidor: ¿Quiénes creéis que se encontraban en el acto de las Bodas?

Paolo: Creo que se encontraban el Cristo y los apóstoles; pero si queda espacio en el cuadro, yo lo adorno con figuras de mi invención.

Inquisidor: ¿Es que os han pedido que pintaseis en aquel cuadro soldados alemanes, bufones y otras cosas por el estilo?

Paolo: No, señor. Pero me dejaron en libertad de adornar el cuadro como me pareciese, y como era grande y cabían muchas figuras, puse allí las que me gustaban.

Inquisidor: ¿Es que el pintor no debe atenerse a lo que es más conveniente y proporcionado a los asuntos, o puede poner todo lo que le pasa por la cabeza sin discreción?

Paolo: Yo hago mis pinturas teniendo en consideración lo que es más conveniente, según puedo comprender con mi intelecto.

Inquisidor: ¿Pero no sabéis que en Alemania y otros lugares infestados de herejía acostumbran vituperar y mofarse de las cosas de la Santa Iglesia Católica a causa de estas pinturas llenas de frivolidad y sensualidad?

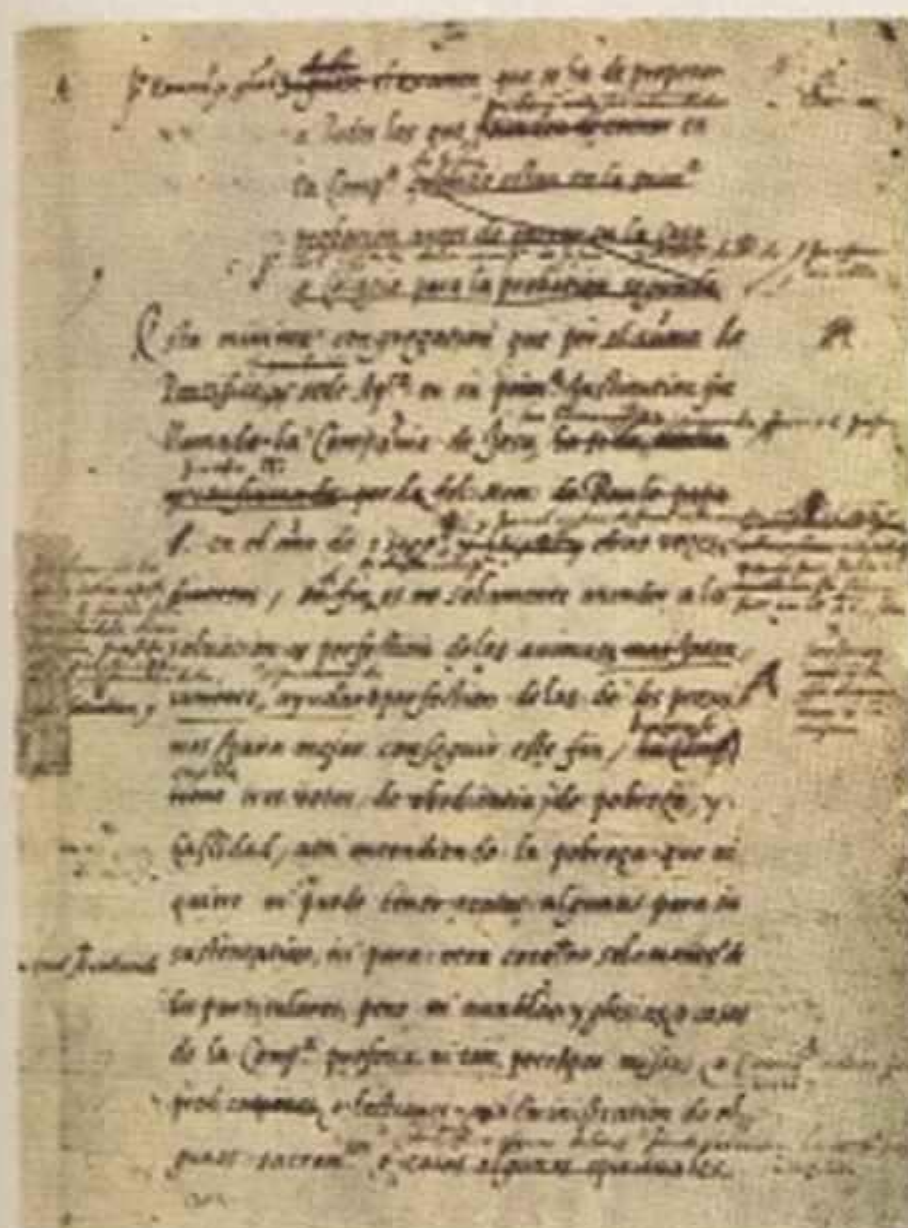
Paolo: Si esto es así, habré hecho mal; pero en este caso no he hecho más que repetir lo que han hecho otros mayores.

. . . .

El artista fue condenado a quitar algunas figuras.

Pero independientemente de la presión eclesiástica, la mentalidad del tipo renacentista iba ya decayendo, por la misma fuerza de la evolución estética y social; una vez llegados al clasicismo –objetivo perseguido por los Cuatrocentistas–, con Leonardo, Rafael y Miguel Angel en los primeros decenios del siglo XVI, empiezan a aparecer las primeras formas de manierismo y barroco.

M. L.



Página de las "Constituciones de la Compañía de Jesús", con rectificaciones del padre Polanco. Este ejemplar es el que usaba san Ignacio y se le da también el nombre de autógrafo.

menos, según la edad, disposición y temperatura de la persona que se exercita para hacer los cinco Exercicios".

Este es el texto de Ignacio. Al lector le sorprenderá su candor, y más le sorprenderían las "adiciones" que añade a continuación. Aconseja privarse de toda claridad, "cerrando todas las ventanas y puertas el tiempo que estuviera en la cámara, si no fuere para rezar, leer y comer".

"La octava *(adición)*, no reír ni decir cosa que motive la risa." Los consejos que da para conseguir los efectos de la contemplación previenen los menores detalles. Si se obtiene un buen resultado de rodillas, no cambiar de posición, y "cuando supino rostro arriba... si hallo lo que quiero, no pasaré adelante". En cuanto a penitencias y castigos de la carne, "trayendo barras de hierro, flagelándose o llagándose", Ignacio trata de ser lo más humano posible: "Parece que es más conveniente –dice– lastimarse con cuerdas delgadas, que da dolor de fuera, que no de otra manera que cause dentro enfermedad que sea notable".

Las cuatro semanas de los *Ejercicios* se emplean en meditar la vida, pasión y resurrección de Cristo, y acaban con unas reglas que dan a entender los resultados obtenidos;

ESQUEMA BASICO DE LA ELABORACION DE DECRETOS EN EL CONCILIO TRIDENTINO

LEGADOS PONTIFICIOS

cardenales Giovanni del Monte, Marcello Cervini y Reginaldo Pole: derecho exclusivo de proposición.

Lista de errores protestantes en torno a un argumento de la doctrina católica.

↓

CONGREGACION DE LOS TEOLOGOS

formada por los llamados "theologi minores"

Tratado el tema, es presentado a la Congregación general.

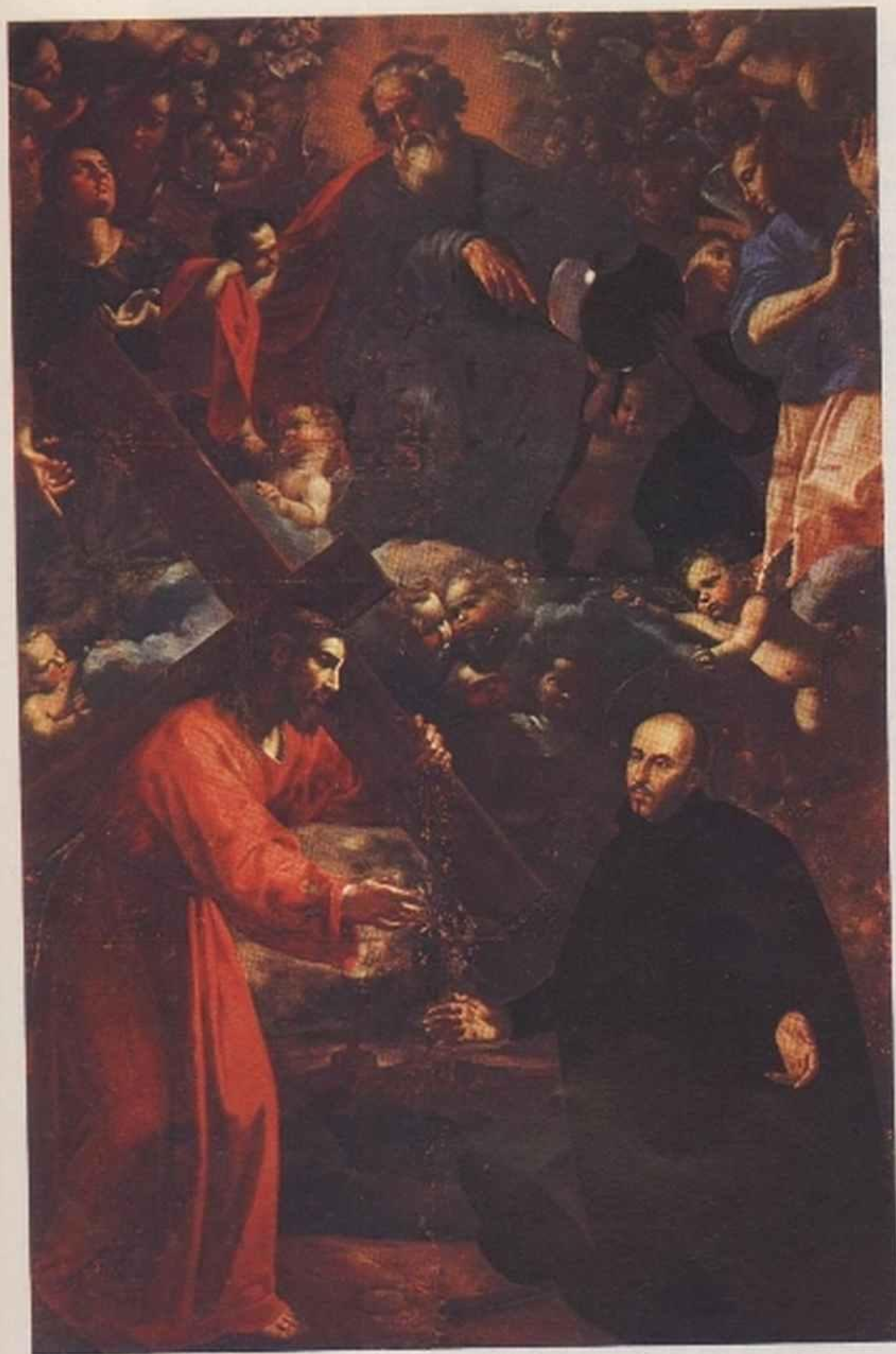
↓

CONGREGACION GENERAL

formada también por los prelados. Los artículos son discutidos hasta obtener la aprobación por mayoría.

↓

DECRETO



Extasis de san Ignacio de Loyola, por Rodríguez de Espinosa (Museo de Bellas Artes, Valencia).

éstas son dieciocho, y no podemos copiarlas todas; solamente transcribiremos las que tienen una trascendencia histórica, casi política, y son textualmente las siguientes:

"1.ª Debemos tener ánimo aparejado para obedecer en todo a la vera Esposa de Christo Nuestro Señor, que es la nuestra Santa Madre Iglesia hierárquica. – 4.ª Alabar mucho religiones, virginidad y continencia, y no tanto el matrimonio como ninguna de éstas. – 6.ª Alabar reliquias de santos, haciendo veneración a ellas y oración a ellos; alabando estaciones, peregrinaciones, indúlgencias, perdonanzas, cruzadas y candelas encendidas en las iglesias. – 8.ª Alabar ornamentos y edificios de iglesias, asimismo imágenes, y venerarlas según que representan. – 13.ª Debemos siempre tener, para en todo acertar, que lo que yo veo blanco, creer que es negro si la Iglesia hierárquica así lo determina, creyendo que entre Christo Nuestro Señor, esposo, y la Iglesia, su esposa, es el mismo Espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras ánimas..."

Esta regla 13.ª es, naturalmente, la que ha dado más que hablar, pero obsérvese que Ignacio se refiere a cosas determinadas por la *Iglesia hierárquica*, y ésta no dogmatiza en cuestiones de color. Pero hay que confesar que el texto es un poco alarmante para un *erasmista* del siglo XVI o un *pragmatista* moderno. Estas últimas dieciocho reglas de los *Ejercicios* muy posiblemente fueron añadidas al final de la vida del santo, pero no agregan nada nuevo; el espíritu de disciplina sin discusión y obediencia ciega está ya en las meditaciones de las cuatro semanas. Podemos, por lo tanto, decir que el texto de los *Ejercicios* es ya un resultado de la visión del río Cardoner. Y por ello los jesuitas anglosajones llaman a los *Ejercicios* simplemente *Manresa*. Pero, pese a su práctica diaria por multitudes católicas, los *Ejercicios* no atraen a Manresa peregrinos agradecidos, como los que van a Asís, o los que allá en la India visitan el templo de Buda-Gaya, o el árbol del Bo de Ceilán. Las revelaciones del Cardoner habrán podido ser provechosas o nocivas a la humanidad, pero, con la excepción de los adeptos a los jesuitas, para la gente Manresa es una ciudad como muchas otras.

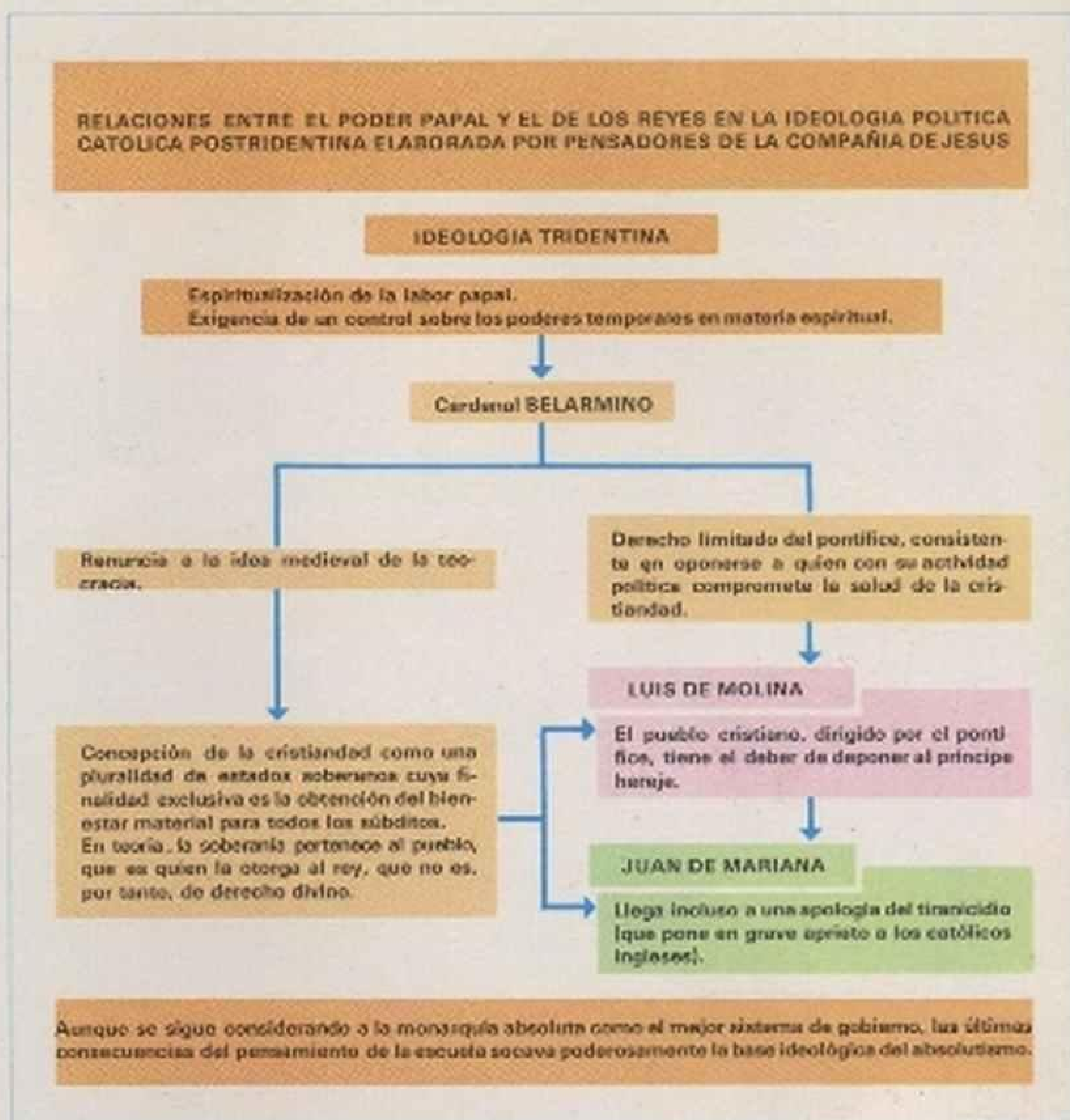
Y, sin embargo, la revelación que tuvo san Ignacio en Manresa debía conducirle, paso por paso, a la fundación de la Compañía de Jesús. Es interesante observar con qué cautela procedió y con qué pruebas atrisolaba su vocación. En vez de permanecer en su cueva, haciendo vida de ermitaño, marchóse a Tierra Santa. Este viaje le hizo comprender que el mundo se perdía por ignorancia: unos, oían predicar herejías y no tenían instrucción suficiente para descubrir la falacia de sus argumentos; otros, allá en Oriente, se perdían creyendo aberraciones. Había, pues, que estudiar; no bastaban los *Ejercicios*, había que saber más para confundir a herejes e idólatras. Es la antigua tesis de Lulio, que Ignacio hacía suya sin darse cuenta. En Tierra Santa tuvo Ignacio dificultades con las autoridades eclesiásticas, y regresó a Barcelona, donde se propuso aprender lo que hoy llamaríamos enseñanza elemental. Tenía por lo menos treinta años.

Dando entonces prueba de profunda humildad, ingresó en una escuela de niños para

aprender los rudimentos del latín. Ignacio escogió Barcelona para esta penosa preparación escolar porque allí tenía amigos que podían sostenerle. Uno de ellos era una viuda, llamada Pasqual, a la que había conocido en Montserrat y con quien probablemente hablaría en catalán. De otra barcelonesa, Isabel Rossell, tendremos que hablar más adelante.

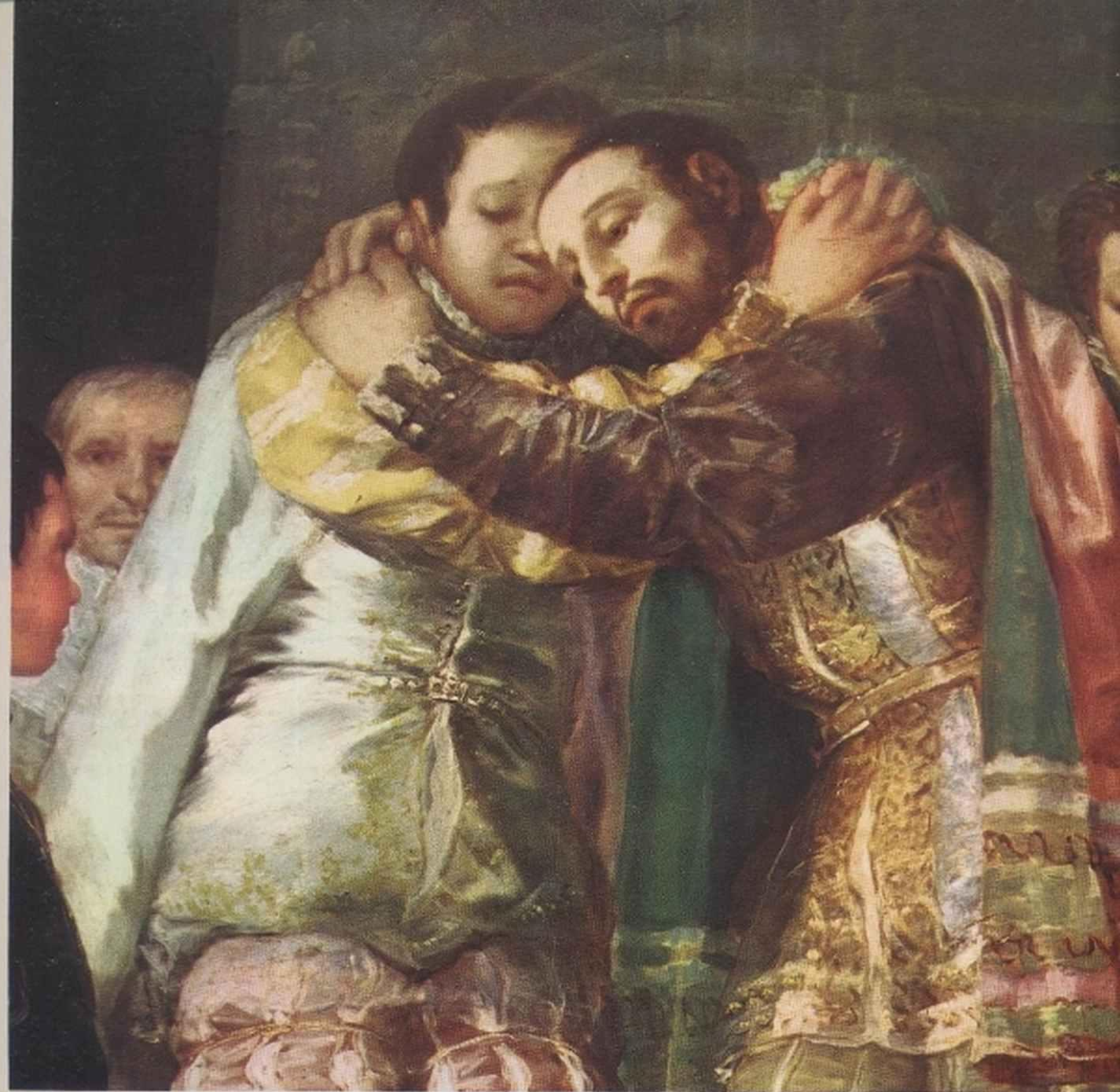
Con la ayuda de estas mujeres, Ignacio pasó a estudiar teología en Alcalá y Salamanca. Sus devociones, su pobre ropilla, su deseo de hacer prosélitos, alarmaron a los agentes de la Inquisición en las universidades, y creyéndole un místico o alumbrado, por dos veces lo encarcelaron. Después de seis años de preparación en España, en 1528, cuando iba a cumplir los treinta y cinco, un santo, que ya había realizado milagros, que ya había tenido las más altas revelaciones, marchó a París, todavía como estudiante. Ignacio se matriculó en el colegio de Santa Bárbara el mismo año en que en él acababa Calvino sus estudios. Es fácil que allí se vieran y hablaran los dos reformadores; de todos modos, Ignacio pudo acaso oír a sus compañeros de escuela, católicos, que cantaban: "Roguemos al Rey de la Gloria – que confunda al luterano, – que no quede de él memoria, – busquen sus huesos en vano"; mientras que los protestantes respondían: "Prediquemos la Escritura – con pureza y claridad, – y toda doctrina impura – de los hombres, olvidad". Ignacio, desde París, marchó a Inglaterra y Holanda. ¡Cómo observaría los errores de las gentes, él, que tenía un don extraordinario para penetrar en el alma de los demás, y que había desarrollado no poco con sus hábitos de autoinspección! Hablaba poco, pero se fijaba en todo; más tarde, refiriéndose a los jesuitas que habían ido al Extremo Oriente, decía que desearía saber, si ello fuese posible, hasta cuántas pulgas les habían picado cada noche. Pero, en cambio, Ignacio abría los secretos de su alma a los que quería atraerse. Tardó, sin embargo, casi seis años en poder contar con nueve amigos que pensaran como él. El día de la fiesta de la Asunción de la Virgen del año 1534 juraron los votos de la nueva Orden en la cripta de la pequeña iglesia de Montmartre. Sólo uno, Fabro, era sacerdote, y dijo la misa en aquella ocasión; los otros eran doctores en teología y estaban preparándose para el apostolado intelectual.

No describiremos los episodios de los años sucesivos; aquella pequeña banda de diez teólogos de París marchó a Italia para predicar y hacer obras de misericordia. Pronto llamó la atención de la curia romana. Aunque entonces no se creía conveniente la fundación de nuevas Ordenes religiosas, uno





Paulo III confirma las Constituciones de la Compañía de Jesús en 1540. Grabado de la época.



Despedida de san Francisco de Borja, por Goya (capilla de san Francisco de Borja en la catedral de Valencia). Fue el tercero de los generales de la Orden, cuyo desarrollo impulsó de manera extraordinaria. Había sido duque de Gandía y virrey de Cataluña.

tras otro los papas aprobaron las constituciones de la Compañía, con las reformas que Ignacio fue introduciendo en ellas. El santo procedía, como siempre, con gran cautela; para redactar las constituciones se ayudaba del consejo de cuatro de sus compañeros.

El resultado fue la creación de una milicia puesta al servicio del pontificado. La Compañía de Jesús no tiene nada secreto; ha publicado las cartas de Ignacio, las constituciones preliminares y la definitiva. No tiene reglas ni recomendaciones para el exclusivo uso de sus adictos.

Es una autocracia; el general casi tiene poder ilimitado. En asuntos de gran importancia tiene que asesorarse de un consejo formado por los que "han profesado los cuatro votos", que son una minoría. Forma una especie de senado consultivo, que elige al general, pero que es elegido por el general, quien dispone los que deben profesar el cuarto voto. Ya veremos luego lo que es el cuarto voto. Los otros tres son temperancia (no dice castidad), pobreza y obediencia, sobre todo esta última.

Inmediatos en categoría a los que han



profesado el cuarto voto están los "coadjutores", que dirigen ya servicios importantes: misiones y colegios. La tercera categoría es la de los "escolásticos", maestros y servidores, que han pasado cinco años estudiando y cinco enseñando. Y, por fin, la cuarta es la de los "novicios", quienes, después de examinados, deben pasar al seminario, o se reintegran al mundo, para ayudar en él a la Compañía. Pero, tal como en un ejército los subalternos deben obediencia ciega a los superiores, así entre los jesuitas, los novicios a los escolásticos, éstos a los coadjutores y a



San Pedro Canisio, según pintura anónima conservada en el Rijksmuseum de Amsterdam. Este teólogo holandés fue el primer jesuita germánico, propagó activamente la Compañía por Alemania e intervino de manera destacada en el concilio de Trento.



VIDA
DEL PADRE
S. Ignacio de Loyola, fundador
dela religion de la Compañia
de IESVS.
ESCRIPTA EN LATIN Y TRADVzida en Castellano, y aora mas acrecentada en esta tercera impression por el P. Pedro de Ribadeneyra de la misma Cōpañia.
Dirigida al Illustriss. y R. señor don Gaspar de Quiroga, Cardenal y Arçobispo de Toledo, Inquisidor general, &c.
IHS
Con privilegio de Castilla y Aragon.
EN MADRID.
Por la viuda de Alonso Gomez Impressor de la C.R.M.
Año. M. D. LXXXVI.

Portada de la tercera edición, impresa en Madrid en 1586, de la "Vida del padre San Ignacio de Loyola", por el padre Pedro de Ribadeneyra (Biblioteca Central, Barcelona).

Vista del castillo de Javier, en Navarra, donde nació san Francisco Javier.

los que han profesado el cuarto voto. Y he aquí, por fin, el contenido del cuarto voto de los jesuitas, sin ambages: obediencia ciega y disciplinada al sumo pontífice.

La Compañía de Jesús no tiene una Orden gemela de mujeres. En el año 1546 tres catalanas, que habían ayudado a Ignacio durante sus estudios en París con envíos de dinero, fueron a Roma y consiguieron que el papa les aprobara sus planes de formar otra milicia femenina. Pero, como dice el padre Ribadeneyra, "es cosa de espanto recordar, en aquellos pocos días que duró, cuánta fue la ocupación y molestia que le dio *(a Ignacio)* el gobierno de solas tres mujeres. Y así dio luego cuenta al Sumo Pontífice del grande estorbo que sería esta carga para la Compañía". El papa, pues, abolió la milicia de mujeres, pero las catalanas apelaron a la curia romana para recuperar, por lo menos, los dineros que habían dado en caridad. El pleito fue fallado en contra, y la principal, Isabel Rossell, acabó tomando el velo de clarisa en Barcelona.

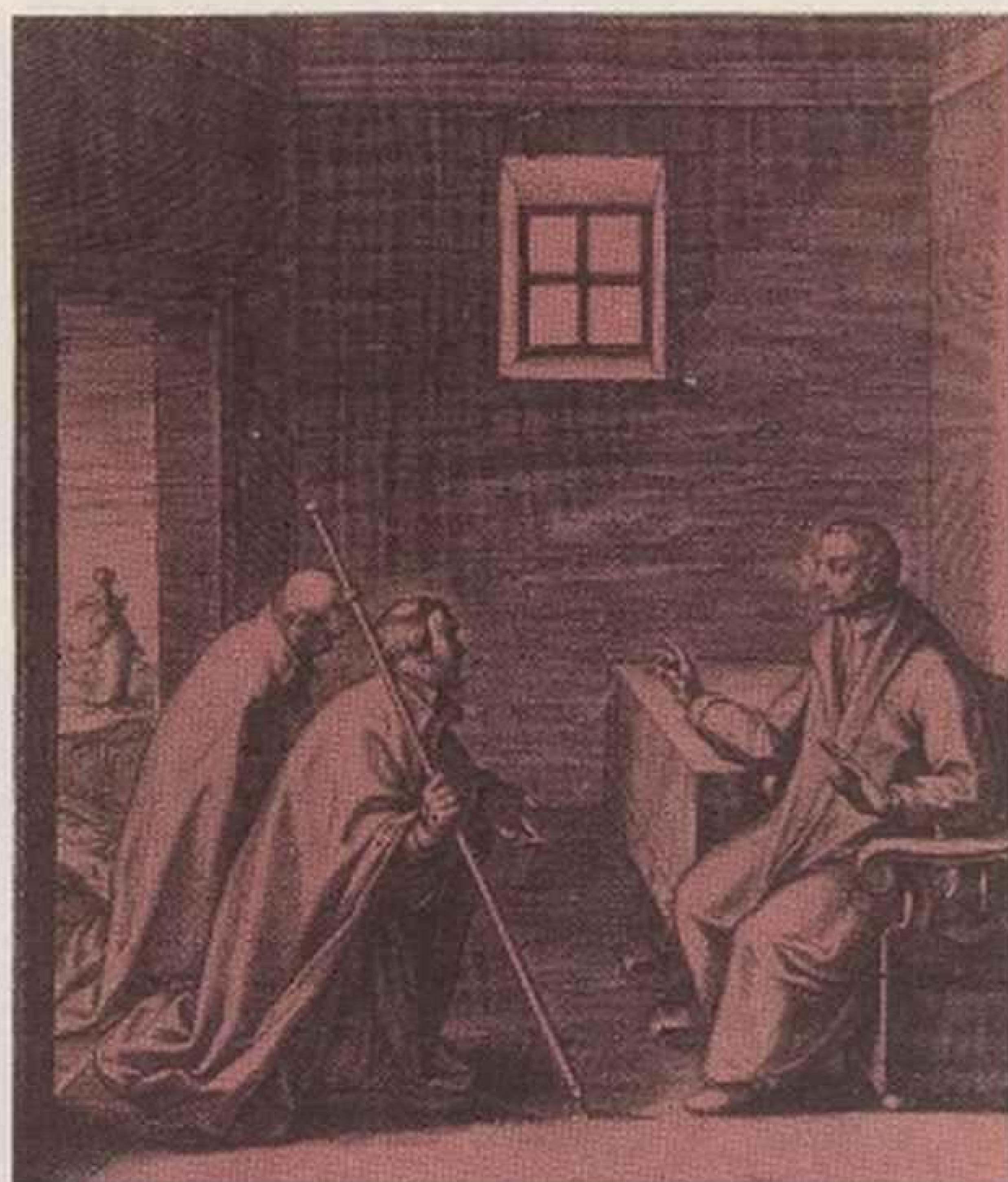
La Compañía, con verdadero carácter católico, internacional y pontificio, se extendió inmediatamente por todo el mundo. Laínez pasó a Venecia para reducir los últimos focos de protestantismo que sobrevivían a las persecuciones en el norte de Italia. Le Jay fue a Ferrara y Salmerón a Sicilia. Javier y Rodríguez pasaron a Portugal, donde el monarca les confió la nueva universidad de Coimbra. España, mística por naturaleza, no parecía el país más a propósito para la disciplina práctica de los jesuitas; al emperador no podía serle simpática una congregación juramentada a obedecer ciegamente las órdenes del Vaticano. Pero Ignacio consiguió convencer al duque de Gandía Francisco de Borja, y éste desvaneció los escrúpulos de Carlos V. En Francia la victoria de los jesuitas no fue cosa fácil. La Sorbona condenó su doctrina, pero lograron fundar colegios en Saint-Omer, Douai y Reims. Por fin, la gloria innegable de la Compañía de Jesús fueron sus misiones de apostolado en Oriente, anticipándose con ellas, en más de tres siglos, a las misiones enviadas a aquellas tierras por los protestantes.



LAS GRANDES UNIDADES GEOHISTORICAS DE LA EUROPA OCCIDENTAL Y SU DECISIVA DEFINICION CONFESIONAL A PRINCIPIOS DEL SIGLO XVII

La Compañía tuvo también ocasión de prestar servicios en seguida en materias teológicas, porque por aquellas fechas empezaron las reuniones del concilio de Trento. Ignacio fue elegido primer general de la Compañía el 4 de abril de 1541, y en diciembre de 1545 los legados del papa inauguraban las sesiones del concilio. Dos de los compañeros de Ignacio en París, los padres Salmerón y Laínez, fueron a Trento para desempeñar la muy delicada misión de asesores técnicos del concilio en materias teológicas.

Por fin, el emperador Carlos V había logrado su propósito. Era una idea fija que tenía en la mente desde las escenas de la Dieta de Worms: según él, había que reunir la cristiandad convocando un concilio ecumé-



San Francisco Javier despidiéndose de san Ignacio al partir para la India. El afán misional de los jesuitas halló su máximo exponente en la figura de san Francisco Javier.

EL BARROCO AL SERVICIO DE LA CONTRARREFORMA

"La Compañía de Jesús se alió estrechamente con el estilo barroco, tanto por sus numerosos encargos de obras y pintura como por sus relaciones amistosas con muchos grandes maestros; y puso el estilo barroco en todas partes al servicio de la Contrarreforma. Según su idea, a la humanidad había que arrancarla constantemente de la esfera de los intereses cotidianos y encaminarla a lo divino por medio de iglesias suntuosas, altares inundados de luz, imágenes de santos dorados, estatuas, confesonarios y techos con perspectivas que señalaran al cielo" (René Fülöp Miller, *El poder y los secretos de los jesuitas*, Madrid, 1963).

"En cuanto a la decoración, acumulan oro, plata, metal, piedra tallada con tal magnificencia y riqueza, que ciega a los mendigos de todas las clases. Tampoco falta de vez en cuando mal gusto con que reconciliarse con la humanidad y atraérsela. Está por entero dentro del genio del servicio divino externo católico; pero jamás lo había visto realizado con tanta razón, habilidad y consecuencia como por los jesuitas. Todo en ellos muestra que no se obstinaban como otros sacerdotes de la Orden en una piedad vieja y estrecha, sino que, siguiendo al espíritu del tiempo, la rehacían con pompa y magnificencia" (J. W. Goethe, *Italienische Reise*, 1816-1817).

"El barroco fue la arquitectura de la Contrarreforma. Se extendió por toda Europa junto con la Compañía de Jesús. Al principio era algo cauteloso y contenido, el estilo adecuado para las avanzadas de un ejército que trataba de reconquistar el terreno perdido. Pero era evidente que estaban seguros de su triunfo. Sólo se necesitaba el impulso del éxito para elevarse en las formas más elaboradas del barroco a un resonante coro triunfal. El estilo fue así el equivalente en piedra y estuco de la Contrarreforma; representó a la Iglesia militante" (G. R. Cragg, *The Church and the age of reason*, Londres, 1960).

"Con la convocatoria del Concilio de Trento cesó también el liberalismo de la Iglesia respecto del arte. La producción artística de la Iglesia fue puesta bajo la vigilancia de teólogos, y los pintores habían de atenerse, especialmente en las empresas mayores, estrictamente a las indicaciones de sus consejeros espirituales. Giovanni Paolo Lomazzo, la mayor autoridad de la época en cuestiones teórico-artísticas, pide expresamente que el pintor, al representar temas religiosos, se haga aconsejar por teólogos. Taddeo Zuccari se atiene en Caprarola a las prescripciones recibidas, hasta en la elección de los colores, y Vasari no sólo no tiene nada que decir contra las direcciones que durante su trabajo en la Cappella Paolina recibe del erudito dominico Vincenzo Borghini, sino que se siente incómodo cuando Borghini no está cerca de él... La Contrarreforma, que aseguró al arte en el culto la parte mayor que se pueda imaginar, no quería sólo seguir fiel a la tradición cristiana de la Edad Media y del Renacimiento, para acentuar con ello su oposición al Protestantismo, siendo amiga del arte cuando los herejes eran enemigos de él, sino que quería servirse del arte ante todo como arma contra las doctrinas de la herejía. El arte, gracias a la cultura estética del Renacimiento, había ganado muchísimo también como medio de propaganda; se hizo mucho más dúctil, soberano y útil para la finalidad de la propaganda indirecta, de manera que la Contrarreforma poseía en él un instrumento de influencia desconocido para la Edad Media con tales efectos" (A. Hauser, *Historia social de la literatura y del arte*, vol. II, Madrid, 1957).

"El arte barroco no fue un himno de alegría en los labios de los santos reformadores; incluso en sus momentos más religiosos, fue un panteón erigido por una época posterior para conmemorar a unos héroes muertos, cuya vida interior no era suficientemente recordada" (A. G. Dickens, *The Counter Reformation*, Londres, 1969).

C. P.



Panorámica de Trento, de la que destaca el castillo de los Buonconsiglio. Una vez de acuerdo Carlos V y la Iglesia para la convocación de un concilio, se eligió para reunirse la ciudad de Trento.

nico. Sería impropio de un libro como el nuestro intentar resumir siquiera las discusiones del concilio, que con largas interrupciones no terminó hasta diciembre de 1563. Dieciocho años en total, aunque las sesiones –en tres etapas– duraran sólo siete.

Los propósitos de reconciliación entre protestantes y católicos, que eran los que movían al emperador, fueron inútiles ante la obstrucción de los italianos. Se decidió que, en lugar de votar por naciones, se votaría individualmente, y como a los obispos italianos les era más fácil el viaje a Trento, estarían casi siempre en mayoría. El papa, para mayor seguridad, intentó trasladar el concilio a Bolonia, pero Carlos V ordenó a los obispos españoles que no obedecieran y permaneciesen en Trento.

El emperador y algunos de los prelados, como el propio obispo de Trento, deseaban empezar la discusión por la reforma de la Iglesia, asunto que hubiera animado a los protestantes a acercarse. Pero dominaba el criterio de que se tratasen primero las materias dogmáticas controvertidas por los herejes, y lo único que pudieron lograr los imperiales fue que ambas materias se debatieran alternativamente. Característico también del espíritu del concilio es que, al debatir su título, algunos querían que se llamase *Sínodo que representa a la Iglesia Universal*, pero parecióles a los legados de la Santa Sede que podía hacer suponer que el concilio se hallaba por encima de ésta. El título al que se llegó definitivamente fue: *Sacrosanto Sínodo Tridentino, inspirado por el Espíritu Santo, presidido por tres Legados de la Sede Apostólica*.

El primer asunto fue la reafirmación del credo aprobado por el concilio de Nicea. Como fuentes de la revelación divina se señalaron la Sagrada Escritura y la tradición. Esto significaba la condenación de uno de los puntos capitales de la doctrina de Lutero.

La tradición fue definida como *Traditio Christi* y *Traditio apostolorum (Spiritu Sancto dictante)*. Por lo tanto, sólo los apóstoles, representados por la jerarquía eclesiástica, tenían autoridad para interpretar el sentido de las Sagradas Escrituras; tácitamente se condenaba la lectura de la Biblia con libre criterio personal, o sea sin notas explicativas autorizadas, y por fin se preparaba la definición del Concilio Vaticano (celebrado tres siglos más tarde) de que el papa, como cabeza visible de la Iglesia, era infalible.

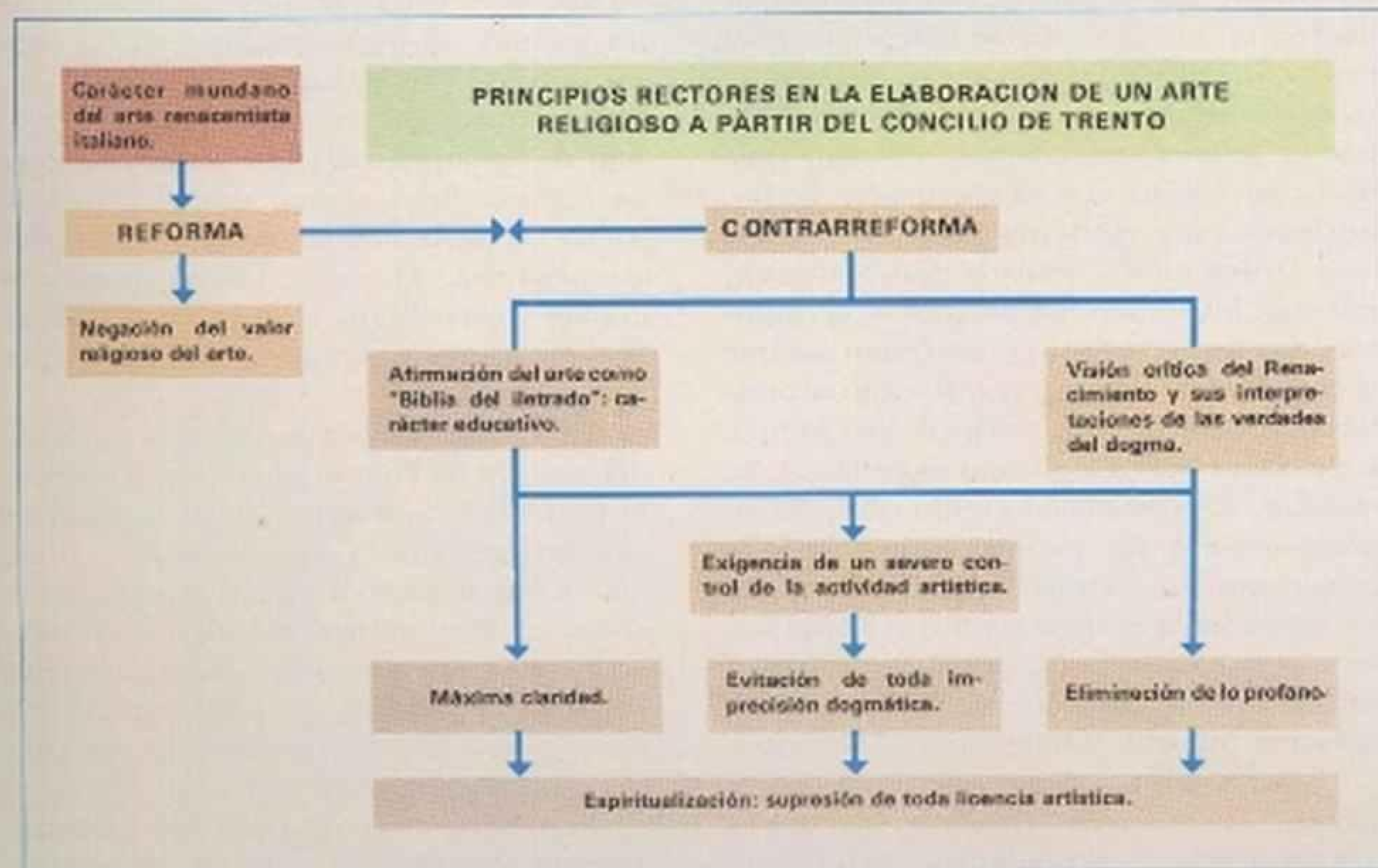
Las definiciones del concilio de Trento no se admitieron sin dificultad. El obispo de Chioggia y seis obispos más, opuestos a lo que significaba la *Traditio apostolorum*, sostuvieron que la fuente de la revelación eran sólo las Sagradas Escrituras, pero fueron derrotados.

Como texto de la Biblia se declaró auténtica la llamada *Vulgata*, o traducción latina de san Jerónimo, sin que esto implicara negación de autenticidad para los textos primitivos y otras versiones antiguas, y se ordenó que se publicara en edición corregidísima, a fin de subsanar las deficiencias accidentales que existieran en su texto a través de las copias medievales.

Establecidas las fuentes de la revelación, se procedió a discutir el punto más espinoso, esto es, el pecado original y la justificación por la fe. Hubo también partidarios del punto de vista protestante, o sea que la fe, y sólo la fe, otorga a los hombres la salvación. Pero a pesar de que los partidarios de la fe sin obras, capitaneados por el obispo de la Cava, llegaron, "con obras", a pegarse con los que



Diego Hurtado de Mendoza, primer representante de Carlos V en el concilio de Trento (Museo del Prado, Madrid).



VICISITUDES RELIGIOSAS DE UN ESTADO ALEMAN DESDE LA APARICION DEL LUTERANISMO HASTA FINALES DEL SIGLO XVII: EL PALATINADO RENANO

Evolución religiosa popular	Evolución política
	LUIS EL PACIFICO (1508-1544)
Penetración luterana.	no opone resistencia al luteranismo, pero personalmente no lo adopta.
	FEDERICO II (1544-1556)
	el "Interim" de Augsburgo impide el desarrollo de la Reforma en el territorio.
	OTON ENRIQUE (1556-1559)
	introduce la Reforma.
Desarrollo luterano y penetración calvinista.	FEDERICO III (1559-1576)
	se convierte del luteranismo al calvinismo.
Desarrollo predominante del calvinismo (último cuarto del siglo XVI).	
	GUERRA DE LOS TREINTA AÑOS
	Después de la Montaña Blanca (1620), los imperiales ocupan el Palatinado.
	PAZ DE WESTFALIA (1648)
Reinstauración del calvinismo.	El hijo de Federico V, CARLOS LUIS, recupera el Palatinado.
	Extinción de la rama calvinista de Simmern (1685); advenimiento de la rama católica de Neoburgo.
	FELIPE GUILLERMO (1685-1690)
Convivencia de las tres confesiones.	Edicto de tolerancia.
	Anexiones de Luis XIV: intento de restaurar el exclusivismo católico.

sostenían que la fe sin obras es muerta, prevaleció la tesis tradicional y no se habló más del asunto. En lo de la predestinación y libre albedrío, los jesuitas Salmerón y Laínez prestaron gran utilidad. Su influencia en esta discusión les hizo indispensables para lo sucesivo. Tenemos la carta de san Ignacio dándoles instrucciones, que es una maravilla de discreción. Les dice cuándo tienen que callar y cómo deben hablar, aunque el callar tendrá en ocasiones más eficacia que el hablar. Los padres Salmerón y Laínez discutían cada noche en Trento, con su compañero Le Jay, los temas para el día siguiente. Los jesuitas (una Orden nueva, fundada cuatro años antes) eran los únicos exceptuados de la prohibición general de predicar en Trento durante el concilio. A los obispos que a ello se prestaban, les sugerían la práctica de los *Ejercicios*, y esto contribuía a aumentar su prestigio. En realidad, los jesuitas de Trento eran, por su preparación y sus virtudes, superiores a la mayoría de los obispos. Su familiaridad con los textos de la Escritura y de los Santos Padres les hacía inexpugnables. Laínez y Salmerón daban a los reunidos en Trento no sólo informes técnicos, sino lecciones de teología.

Cuando hubo de tratarse de los sacramentos, el emperador consiguió que fueran a Trento algunos protestantes; pero pronto desertaron, pues no hubo manera de conciliar los dos espíritus. Sin embargo, una vez libre de la pretensión de conseguir concesiones para los súbditos del emperador que eran luteranos, el concilio continuó sus sesiones, proponiendo medidas para corregir abusos en todas las disciplinas de la Iglesia. La independencia, el internacionalismo de los jesuitas, se hizo también sentir en estas discusiones; por ejemplo, unos obispos españoles pusieron en tela de juicio la cuestión de la supremacía del papa. El obispo de Segovia llegó a decir que el obispo de Roma no había sido reconocido por la Iglesia primitiva. El padre Laínez abogó con grande y elevadísima elocuencia en favor de la prerrogativa pontificia contra los obispos sus compatriotas.

La Iglesia católica actual es el resultado del concilio de Trento. Los espíritus liberales le reprocharán su poco deseo de transigir con los luteranos y los calvinistas... Dirán que la Iglesia católica dista mucho de representar el ideal evangélico; pero los protestantes no están tampoco más cerca de Jesús el Salvador. Tienen otra teología y otra moral, pero los Evangelios sólo son para ellos "un libro" de edificación.

El concilio de Trento estabilizó definitivamente el dogma católico frente a las contro-

Medallón con la efigie de Carlos V en el patio del castillo de los Buonconsiglio de Trento.



versias protestantes. Desde aquel momento, la Iglesia toda supo lo que debía enseñar, pero fueron principalmente los jesuitas quienes se dedicaron a tal enseñanza. Se han publicado las cartas de san Ignacio en que da instrucciones a los que iban a fundar colegios; son documentos interesantísimos: en una el santo aconseja enseñar "la Esfera" (geografía) sólo a aquellos a quienes no pueda dañar. Hoy ya ni los jesuitas creen que "la Esfera" pueda dañar a nadie. Los jesuitas representan, sin saberlo, el espíritu del Renacimiento dentro de la Iglesia. Enfrente del fraile medieval que quemaba a los herejes aparecía el gentilhombre, el "caballero" jesuita, limpio, insinuante, pretendiendo dirigir más que salvar a la fuerza. Hasta los crímenes de que se acusó a los jesuitas, como el emplear el confesionario para fines políticos, y hasta el uso de la daga y el veneno, en lugar de excomuniones y autos de fe, son de tipo humanista, de hombres del Renacimiento, no de apologética medieval. Para los protestantes, el salvarse era casi un milagro de la gracia. Ya Ignacio había recomendado no asustar al pecador con una impresión desconsoladora. El jesuita, enseñando, escribiendo, confesando o visitando, con sus maneras cultas y finas, conducía a los hombres a creer y obedecer lo que les proponía la Iglesia romana. Podrá el hombre moderno discutir acerca del catolicismo, pero la actitud de los jesuitas era su inevitable consecuencia en el siglo XVI.



Iglesia de Santa María la Mayor, donde se celebraron las sesiones del concilio de Trento.

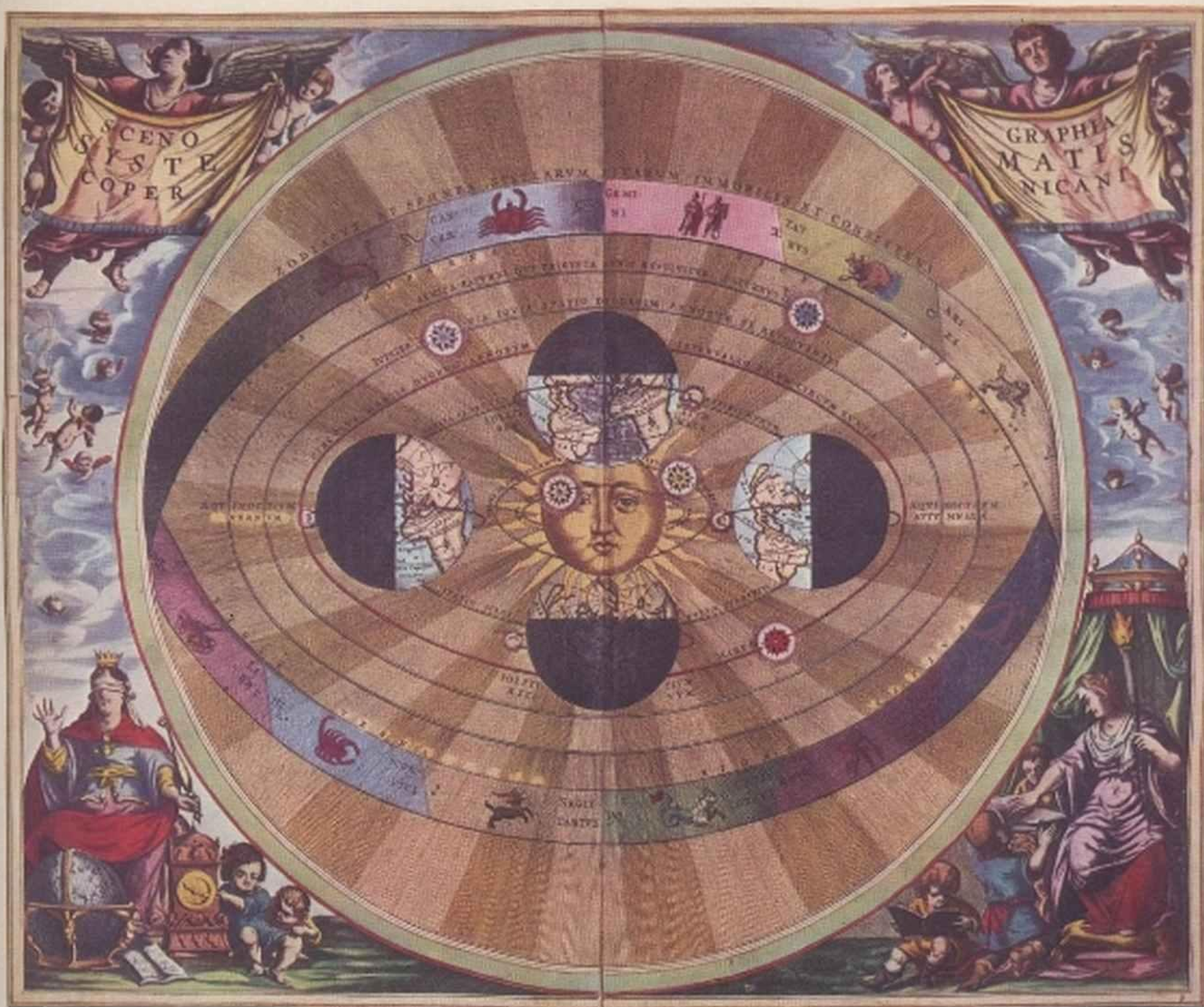


BIBLIOGRAFIA

Brodrick, J.	*San Ignacio de Loyola, años de peregrinación*, Madrid, 1956.
Dickens, A. G.	*The Counter Reformation*, Londres, 1969.
Guillermou, A.	*La vie de saint Ignace de Loyola*, Paris, 1956.
Rivadeneyra, P. de	*Historias de la Contrarreforma*, Madrid, 1945.
Rops, D.	*La Iglesia del Renacimiento y de la Reforma*, Barcelona, 1955.
Salles-Dabadie, J. M. A.	*Les conciles oecuméniques dans l'histoire*, Paris, 1962.
Tüchle, H.	*Reforma y Contrarreforma*, Madrid, 1964.
Weisbach, W.	*El barroco, arte de la Contrarreforma*, Madrid, 1942.



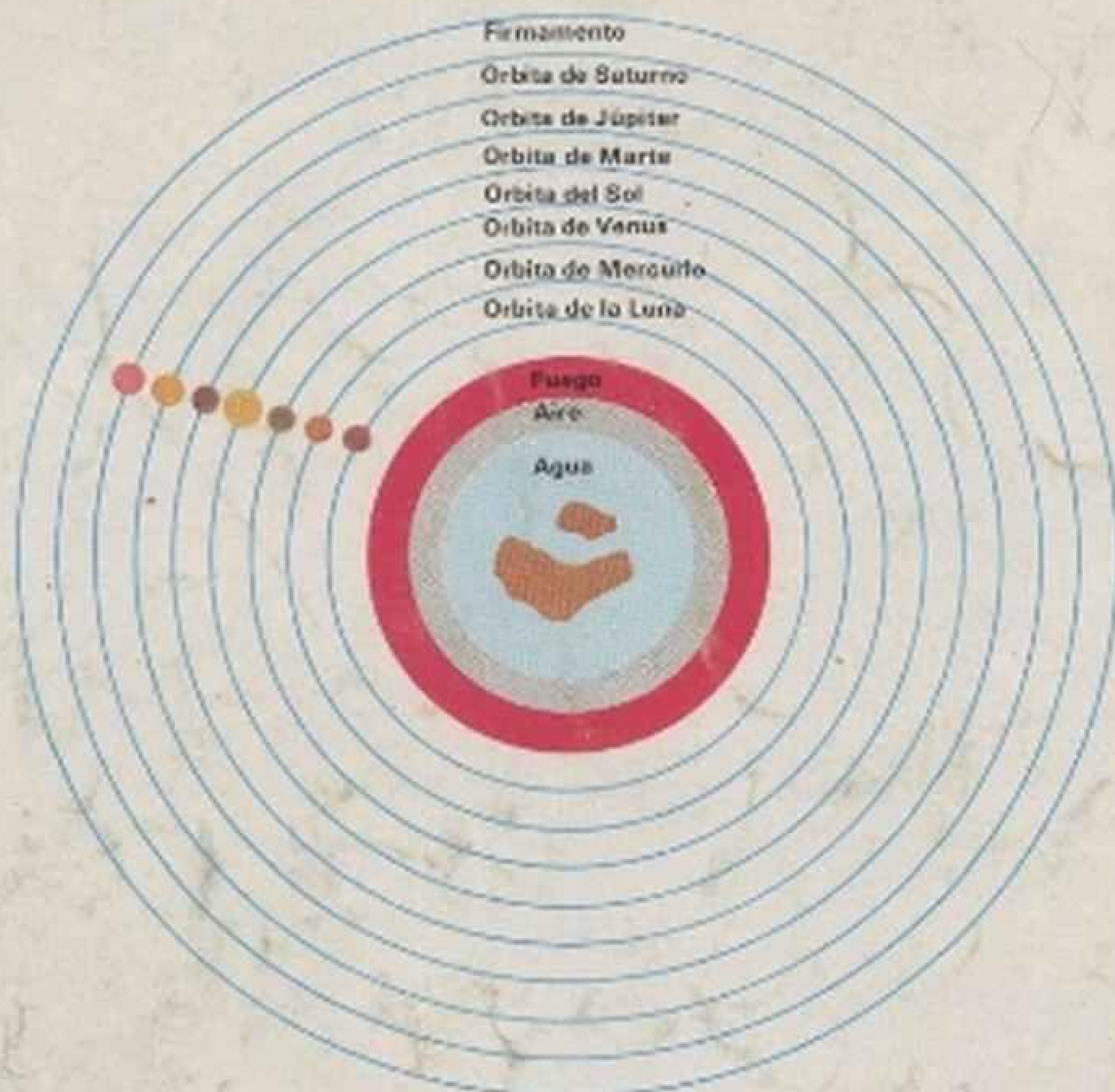
Carlos V en la época del concilio de Trento, por Tiziano (Alte Pinakothek, Munich).



Representación de las posiciones relativas de la Tierra y el Sol, según el sistema de Copérnico, en "Harmonia Macrocosmica", de Cellari (Amsterdam, 1661).

Copérnico, Kepler y Galileo

De todas las ciencias de la antigüedad, la astronomía fue la única que durante la Edad Media se conservó y aun perfeccionó, porque la cultivaron por necesidad nautas y peregrinos. Las *Tablas* de Tolomeo, síntesis de la ciencia antigua en astronomía, fueron aumentadas por los árabes y "reeditadas" por Alfonso el Sabio. Eran listas de posiciones de estrellas que servían para ubicar los lugares donde se encontraban los viajeros. En cuanto a estrellas fijas, poco había que añadir a la compilación de Tolomeo; pero los planetas, con sus movimientos erráticos en la inmensidad del espacio, fueron un enigma para los astrónomos antiguos y continuaban siéndolo al terminar la Edad Media. El haberlos hecho dioses, el haberles dado a cada uno un cielo aparte y bien destacado de la gran bóveda esférica donde estaban todos los demás astros, no explicaba los capricho-



Para Tolomeo y la ciencia astronómica griega en general, el Universo es limitado y esférico. Su centro es la Tierra, plana e inmóvil, alrededor de la cual giran los planetas. Es un Universo dividido en dos grandes zonas: el mundo supralunar y el mundo sublunar. En el supralunar, dominio de los astros, la materia fundamental es el éter y no está sometida a ninguna alteración; estos astros se mueven por sí mismos con movimiento regular, perfecto, esférico. El mundo sublunar es todo lo contrario; aquí reina el cambio, la imperfección, la muerte. Los elementos que lo forman, variables y no eternos, son: el fuego, el aire, la tierra y el agua, dispuestos de arriba abajo según su pesadez; la tierra, lo más pesado, se halla en lo bajo.

El movimiento de los planetas, según Tolomeo, alrededor de la Tierra y, al mismo tiempo, alrededor de un punto C de su órbita.



MOVIMIENTOS DE LOS PLANETAS, SEGUN TOLOMEO

sos desplazamientos de los planetas. A veces parecían retroceder, nunca seguían con uniformidad el giro regular y eterno de las estrellas fijas.

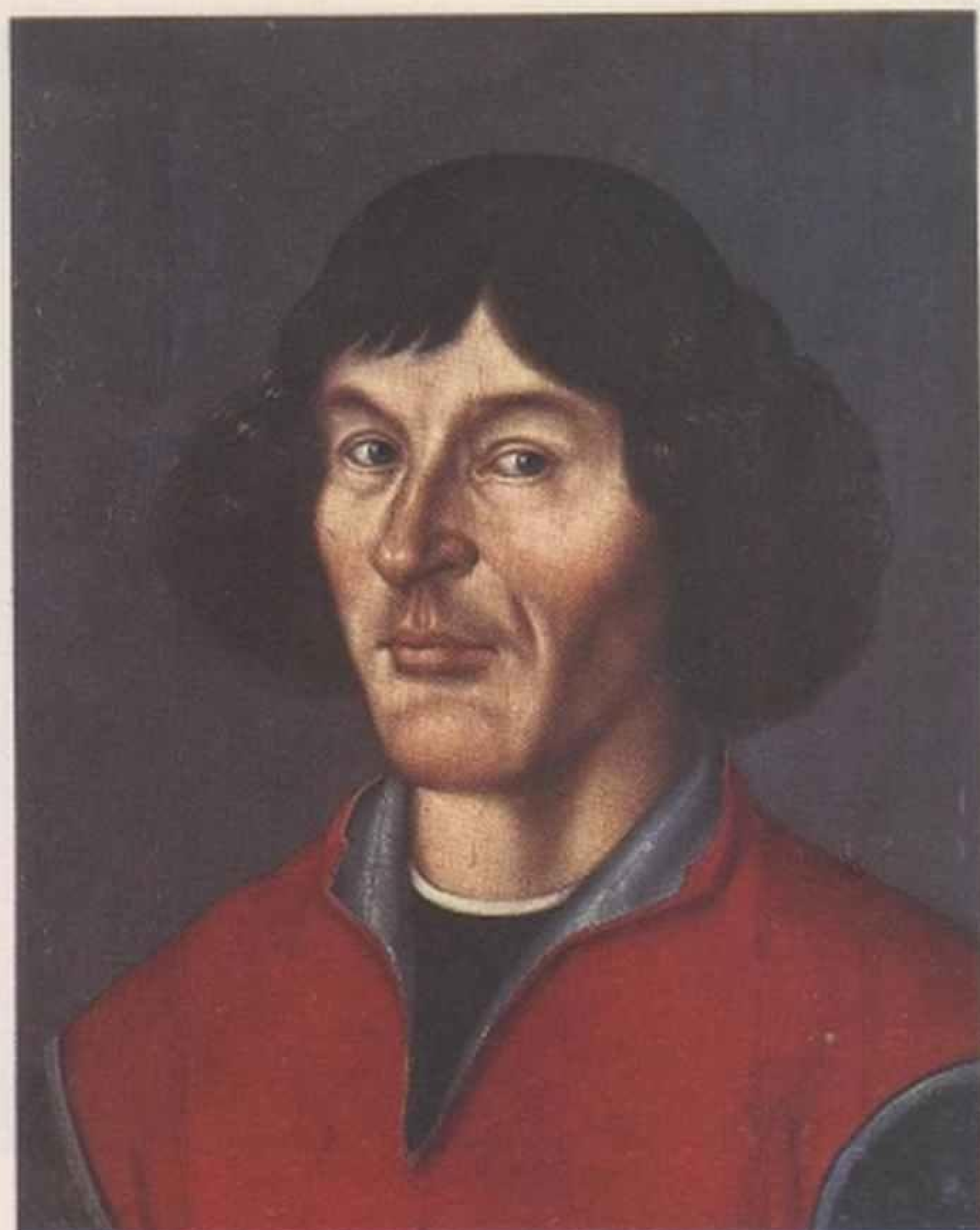
Convencido Tolomeo de que la Tierra era el centro del sistema planetario, trató de explicar la aparente retrogradación de los planetas suponiendo que no sólo se movían regularmente alrededor de la Tierra, sino que además iban girando alrededor de cada punto de su órbita, a la que llamó "deferente". Todos los planetas, según él, además del de rotación alrededor de la Tierra, tenían un movimiento secundario alrededor de un punto *C* de su órbita. Al espectador desde la Tierra el continuo bailar de los planetas hacíale la ilusión de que iban retrocediendo en su camino, porque el movimiento alrededor del punto *C* era más rápido que el del planeta alrededor de la Tierra. Esta explicación tenía sólo el inconveniente de que no se conformaba con la realidad.

La solución no podía venir mientras se persistiera en creer al sistema planetario geocéntrico, es decir, con la Tierra en el centro; en cambio, el vagar de los planetas quedaba explicado con sólo hacer el mismo sistema planetario heliocéntrico, esto es, con el Sol en el centro. Tal simple enunciación es la gloria de Copérnico. Este, además, es digno de la gloria asociada a su descubrimiento por la gran convicción con que lo expuso. Recientemente se ha comprobado que ya en la antigüedad Aristarco de Samos y Arquímedes sospecharon que el Sol era el centro del sistema planetario, y hasta se atrevieron a anticipar esta teoría. Pero ninguno de los dos persistió eficazmente en el sistema heliocéntrico. Los escritos que se han conservado de Aristarco de Samos son geocéntricos, y Arquímedes, que es quien nos transmite la inclinación de Aristarco por el sistema heliocéntrico, no parece tampoco muy entusiasta de aquella hipótesis de su predecesor. En cambio, Copérnico fue un verdadero convencido de su sistema, en el cual figuraba el Sol en el centro del universo en lugar de la Tierra, que quedaba como un planeta.

Nicolás Copérnico nació en el año 1473 en Thorn, pequeña ciudad de la Polonia septentrional. Era hijo de un mercader acomodado, que pudo darle una excelente y esmerada educación. Estudió primero en la universidad de Cracovia; después pasó a Bolonia, con intención de especializarse en derecho canónico. Pero en la universidad de Bolonia entonces enseñaba matemáticas Domenico María Novara, quien tenía un interés poco común por la astronomía. Copérnico, animado por Novara, se sintió más dispuesto a estudiar las *Tablas* de Tolomeo que las *Decretales* de Penyafort. El año 1500, Copérnico pasó a Roma por la conveniencia de celebrar el jubileo y asistir a las lecciones de un astrónomo de Königsberg, Johann Müller. Como Königsberg quiere decir *montaña real*, Müller se hacía llamar simplemente Juan Regiomontanus, y así su nombre no parecía tan exótico a las gentes de Italia. Müller se tomó gran interés por Copérnico, que era casi su compatriota, y con su ayuda fue nombrado Copérnico profesor de matemáticas en la Sapienza o universidad romana.

La noticia de esta honra concedida a Copérnico en Roma hizo que el obispo de Ermeland invitara a Copérnico a regresar a su patria, ofreciéndole una canonjía en la catedral de Frauenburg. Hay que añadir que el obispo era hermano de la madre de Copérnico y, por lo tanto, el futuro canónigo podía esperar otras ventajas aceptando la invitación de su tío. Con todo, Copérnico, acaso

Nicolás Copérnico, según retrato de un maestro pomerano desconocido (Museo de Torún).



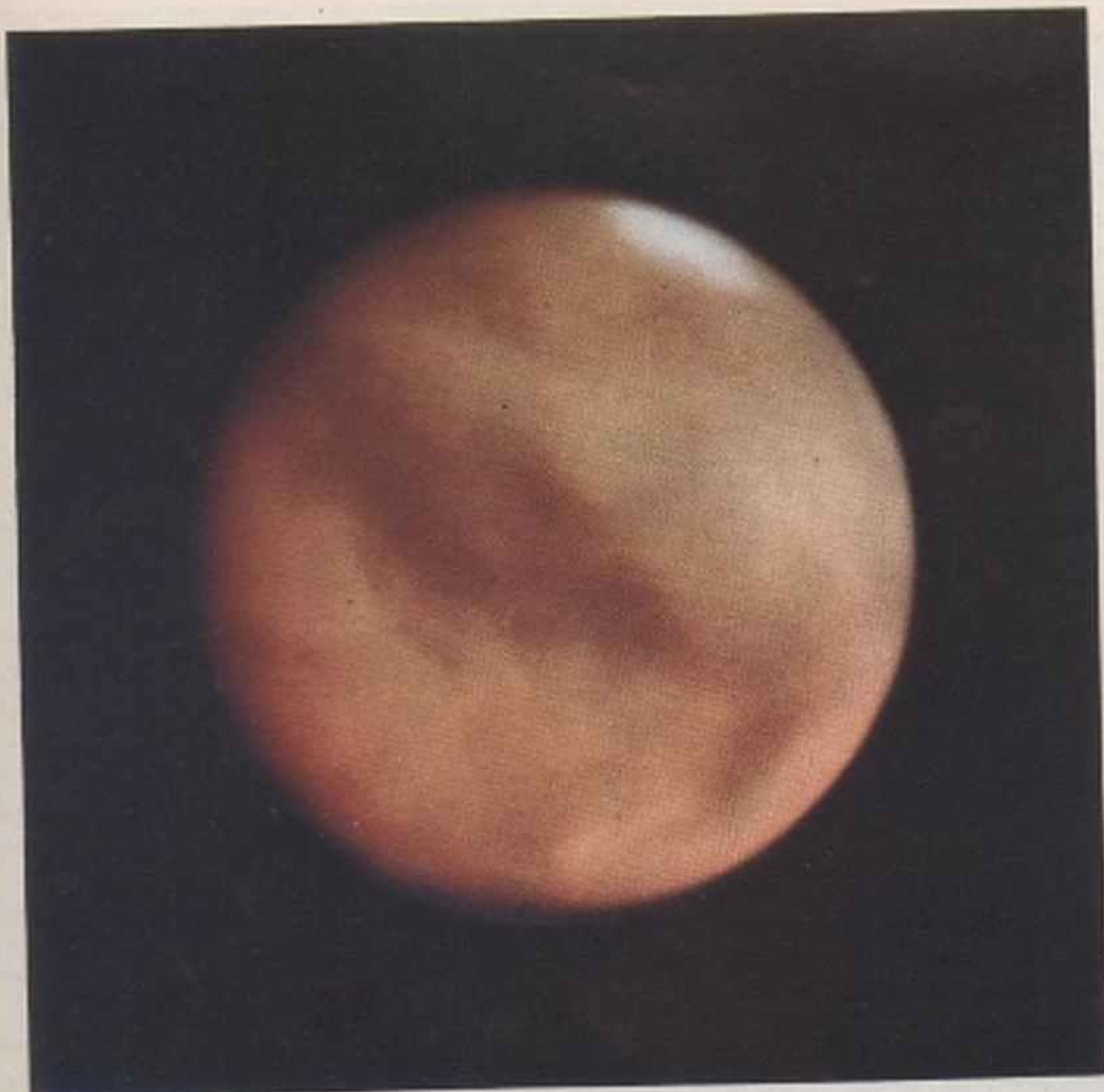
temiendo que, una vez de regreso en su país, le sería difícil volver a Italia, donde estaban los maestros de su ramo, se quedó aún en Padua otro par de años con la excusa de estudiar la medicina en aquella escuela.

Por fin, el año 1505, entró decididamente al servicio del obispo, su tío, no como astrónomo, sino como médico de cámara. Esta posición le atrajo envidias, y los primeros años que pasó en el palacio episcopal no fueron tan felices como pudiera esperar. Los detalles de la vida de Copérnico se nos han conservado en una sola biografía que escribió su discípulo Rheticus, y éste asegura que, no obstante los celos de otros domésticos, Copérnico consiguió hacerse respetar y aun estimar en el palacio episcopal por su pacífica modestia y evidente superioridad como hombre de estudios.

En su tranquila existencia de canónigo continuaba incesantemente sus estudios astronómicos. Como no se habían inventado todavía los telescopios, observaba las estrellas a través de unas rendijas practicadas en las paredes de su casa. Convenientemente



Las nuevas enseñanzas científicas no se iban a desarrollar en las universidades. Las universidades europeas se dedicaban preferentemente al cultivo del humanismo literario y artístico, y, además, en el terreno científico dominaban en ellas, de forma casi absoluta, las teorías aristotélico-tomistas. En el siglo XVI, no obstante, algunas universidades italianas, Nuremberg en Alemania, Basilea, etc., acogieron en sus cátedras a algunos científicos importantes: Galileo, Regiomontano. Muy pronto, sin embargo, las universidades se escindieron en protestantes y reformadas y católicas y contrarreformistas y se entabló entre ellas una lucha ideológico-política que alejó definitivamente de sus aulas la preocupación por la ciencia.



El planeta Marte, cuya observación dio a Copérnico los primeros atisbos de que el Sol ocupaba el centro de nuestro sistema planetario y sirvió a Kepler para que enunciara dos de sus célebres leyes.

colocado dentro de la habitación, espiaba el "tránsito" o paso de cada estrella por el meridiano, al divisarla por la rendija. La "altura" o ángulo sobre el horizonte la media con un simple cuadrante. Con estos primitivos y deficientes métodos de observación, invirtió Copérnico casi cuarenta años para observar lo que un astrónomo moderno provisto de un telescopio ecuatorial puede observar en una noche.

A pesar de su laboriosidad, no hubiera pasado de comprobar y perfeccionar, con mejores observaciones, los tránsitos y alturas de las *Tablas* de Tolomeo y de Alfonso el Sabio. La gloria de Copérnico fue el resultado de su impaciencia por los movimientos erráticos de los planetas de que hemos hablado antes. Estudió detenidamente el curso de Marte, con sus variaciones en magnitud y brillo, y se convenció de que no podían provenir de un movimiento alrededor de la Tierra, aunque fuese del tipo irregular propuesto por Tolomeo. Recordaba, por otra parte, la olvidada y al parecer fantástica doctrina heliocéntrica de Aristarco de Samos y, recapacitando sobre el problema que le ofrecían los cambios de brillo y magnitud de Marte, pudo comprender que no había otro remedio que aceptar aquella al parecer disparatada y peligrosa solución. La convicción de Copérnico de que el Sol, y no la Tierra, era el centro del sistema planetario y, por tanto, del universo, estaba en contradicción con Aristóteles, parecía predecir un conflicto con los que tomarían a la letra las Sagradas Escrituras, y, sobre todo, era opuesta a la sempiterna experiencia diaria de ver al Sol moverse por la bóveda de los cielos mientras la Tierra parecía inmóvil.

Sin embargo, sometió otros planetas a la misma prueba que Marte, y viendo que sus movimientos aparentes se explicaban con el sistema heliocéntrico, sin más tardanza compiló sus observaciones y teorías en un libro que tituló *De Revolutionibus Orbium coelestium.* Es un libro de ciencia, en el que se contienen no sólo teorías, sino también pruebas.

Tal era la seguridad y confianza con que Copérnico lanzaba la nueva doctrina, que la carta dedicatoria de su libro al papa Paulo III acaba con este arriesgadísimo párrafo: "Si algún ignorante de las ciencias matemáticas se atreve a reprobar este libro porque contradice algún pasaje de la Sagrada Escritura, que ha miserablemente interpretado en contra nuestra, le desprecio y ni tan sólo paro atención a su juicio. Lo que he escrito aquí, lo someto principalmente a Vuestra Santi-

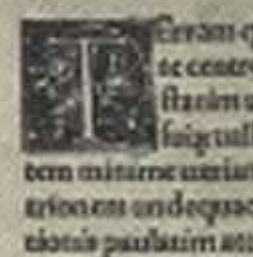
NICOLAI COPER
NICI REVOLVTIONVM
LIBER PRIMVS.

Quód mundus sit sphæricus. Cap. I.



RINCIPIO aduertendum nobis est, globosum esse mundum, siue quód ipsa forma perfectissima sit omnium, nulla indigens compagine, tota integra: siue quód ipsa capacissima sit figurarum, quæ comprehensurū omnia, & conseruaturū maxime decet: siue etiam quód absolutissimæ quæq; mundi partes, Solem dico, Lunam & stellas, tali forma conspiciantur: siue quód hac uniuersa appetāt terminari, quod in aquæ guttis cæterisq; liquidis corporibus apparet, dum per se terminari cupiunt. Quo minus talem formam cælestibus corporibus attribuendam quisquam dubitauerit.

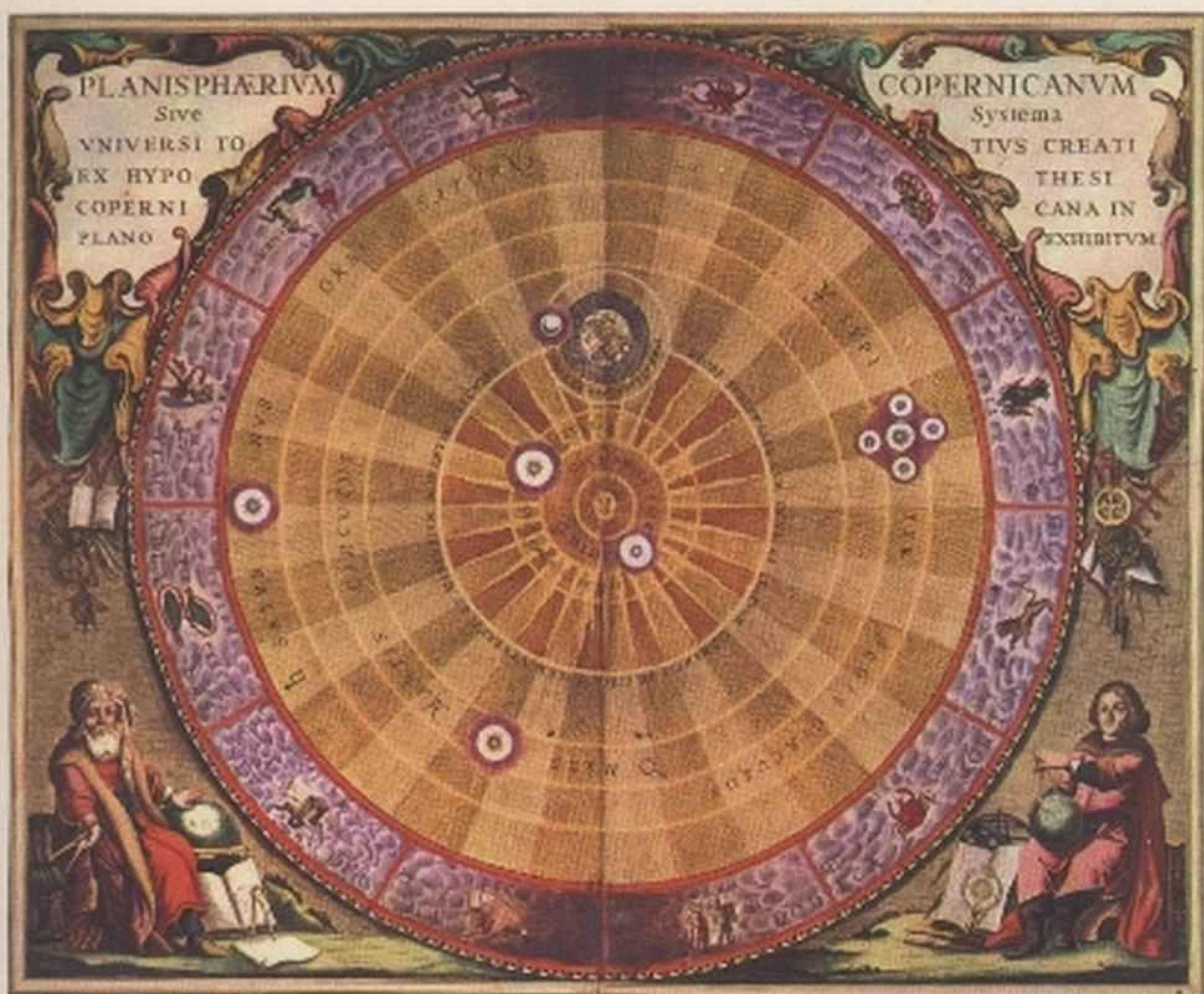
Quód terra quoq; sphærica sit. Cap. II.



Erram quoq; globosam esse, quoniam ab omni parte centro suo innititur. Tametsi absolutus orbis non statim uideatur, in tanta montiū excelsitate, descensuq; uallium, quæ tamen uniuersam terræ rotunditatem minime uariant. Quod ita manifestū est. Nam ad Septentrionem undequaq; commeantibus, uertex ille diurnæ reuolutionis paulatim attollitur, altero tantundem ex aduerso subeunte, pluresq; stellæ circum Septentriones uidentur nō occidere, & in Austro quædam amplius non oriri. Ita Canopum non cernit Italia, Ægypto patentem. Et Italia postremam fluuij stellam uidet, quam regio nostra plagæ rigentioris ignorat. E contrario in Austrum transeuntibus attolluntur illa, residentibus ijs, quæ nobis excelsa sunt. Interea & ipsę polorum inclinationes ad emensa terrarum spacia eandem ubiq; rationem habent, quod

a in

Primera página de la obra de Copérnico "De revolutionibus...", impresa en Nuremberg en 1543.



Planisferio con la exposición gráfica de la teoría de Copérnico. Ilustración de la "Harmonia Macrocosmica" de Cellari.

dad y después al juicio de los entendidos en matemáticas... Y paso en seguida a la materia de mi estudio".

Este párrafo no hubiera podido escribirse medio siglo más tarde sin desencadenar las iras del Santo Oficio. Pero hasta en aquel momento era peligroso. Por fortuna, Copérnico en Polonia estaba algo protegido por la distancia; además, cuando se imprimió su libro había llegado a las postrimerías. Rheticus, que se había encargado de cuidar de la impresión del manuscrito en Nuremberg, al regresar con el tratado impreso encontró a Copérnico agonizando.

En contraste con la vida sin azares ni privaciones de Copérnico puede ponerse la de su continuador Johannes Kepler. Era alemán, nacido en Weil, Württemberg, en el año 1571, veinticinco después de la muerte de Copérnico. Tanto su padre como su madre, los dos de buena familia, eran neuróticos y manirrotos. Para mayor desgracia, Kepler, a la edad de cuatro años, sufrió un grave acceso de viruelas que le dañaron en gran manera los ojos. Parece que lo último en que hubiera debido pensar Kepler era en dedicarse a la astronomía. Y, sin embargo, acaso esas mismas dificultades fueron un estímulo para él; sin duda alguna, la pobreza de visión le facilitó el concentrarse para imaginar soluciones geométricas.

Toda la vida de Kepler fue una continuada tragedia. Sus primeros estudios fueron posibles sólo porque en la joven Alemania protestante había un gran entusiasmo por la educación y abundaban las becas para muchachos algo excepcionales como aparentaba ser Kepler. El mismo nos comunica que, siendo estudiante, sentía grandes deseos "de examinar la naturaleza de los cielos, de las almas, de los genios; la esencia del fuego, el origen de las fuentes, el ascenso y descenso de las mareas, la forma de los continentes y de los mares". Así que se hubo graduado en la universidad de Tubinga, fue nombrado profesor de matemáticas y astronomía en Gratz. Estaba dotada esta plaza con un sueldo mezquino; pero, además de dar lecciones, Kepler tenía que preparar cada año un almanaque y en él incluía predicciones que a veces resultaban acertadas. Esto le dio ocasión de ganar dinero, redactando horóscopos de magnates que fiaban en él como astrólogo. La poca fe que ponía el propio Kepler en sus horóscopos se refleja en algunos dichos suyos que se han conservado: "Madre Astronomía moriría de hambre si hermana Astrología no ganara el pan...", pero, al mis-

Copérnico no es un científico moderno, pues no basó su teoría en observaciones propias ni se apoyó en hechos demostrables. No cree, como los modernos, en un Universo infinito, sino que acepta el Cosmos limitado y esférico de los griegos. Cree, como ellos, que las órbitas de los planetas son sólidas y que el movimiento esférico es el del Universo, "porque es el movimiento más perfecto". Tiene intuiciones geniales, que no demuestra, como que la Tierra gira sobre sí misma "porque el cuerpo redondo engendra naturalmente el movimiento" o que no hay diferencia esencial entre Tierra y astros "porque no hay seres viles en el Universo". Pero tiene sobre todo una idea que enuncia con convicción: la organización del Universo responde a un orden matemático.



LEONARDO DE VINCI Y LA CIENCIA EXPERIMENTAL

Leonardo de Vinci ha pasado a la historia como prototipo del humanista de vocación universal por su dedicación a empresas aparentemente tan diversas como el arte y la ciencia. Sus logros artísticos han asegurado el interés de la posteridad por todo lo relativo al gran pintor. El primer contacto con sus manuscritos, unido a una visión muy convencional y escasamente informada tanto de los progresos del saber científico como de la especulación teórica del Renacimiento, había inducido a acentuar el carácter del pintor italiano como "precursor" de la técnica y de la ciencia modernas. En efecto, los cuadernos encierran ideas y proyectos que sólo se han confirmado y realizado posteriormente, y esto ha bastado para atribuirlos enteramente al genio de Leonardo, sin preguntarse acerca de las fuentes de su pensamiento. El "mito" leonardesco ha sido estudiado por Duhem, quien ha descubierto que no se trata de un milagro al poner de relieve la existencia de numerosísimas discusiones sobre la física aristotélica y sobre las teorías acerca del cielo en las universidades europeas desde el siglo XIV. No por ello se debe creer que el nacimiento de la ciencia moderna ha de colocarse en el marco de las universidades del 1300, pues los límites de tales discusiones son bien claros: como pertenecientes a la última escolástica medieval, su carácter es excesivamente abstracto y apartado de la realidad y se revela incapaz para generar una nueva ciencia. Esta nacerá no de un conflicto entre teorías elaboradas al margen de la experiencia o confiando en la experiencia de los griegos, sino de la pugna entre teorías y experiencia.

En este terreno se halla Leonardo más ligado a la nueva ciencia: la base de las observaciones científicas –dejando aparte las "teorías" que reflejan las discusiones de la época–, que se extienden a todas las ramas del estudio de los fenómenos naturales, tanto a la anatomía, a la zoología, a la botánica y a la geología, como a los problemas matemáticos o de mecánica, es una creencia profunda en el valor de la experiencia y de la observación directa. Si Leonardo es superior a la mayoría de sus contemporáneos es precisamente porque él "ha visto" realmente el cuerpo humano, los animales, las rocas. Ahora bien, no debe pensarse que ha sido el único hombre del siglo XV que ha llegado a esa fase; en todo caso, no es más que el exponente de una nueva posición intelectual.

En cuanto a la doble vocación, científica y artística, del personaje, no lo es si pensamos en lo que para él era la pintura. Para Leonardo de Vinci, la pintura es una ciencia, ya que está basada sobre la perspectiva matemática y el estudio de la naturaleza; la pintura de Leonardo no pretende ser subjetiva, sino una reproducción objetiva de la naturaleza. Es decir, el experimento científico de Leonardo no es sino el camino para edificar una ciencia llamada pintura.

De hecho, todo ello se halla en relación con la lucha mantenida por los artistas del Renacimiento para elevarse en la escala social. Antes de Leonardo, la pintura era considerada labor artesana –trabajo inferior en la estructura mental del feudalismo, que se intentaba superar–; Leonardo pretende, no tanto la valorización de la experiencia y del trabajo artesano en general, como la promoción individual de la pintura al nivel de las artes liberales.

R. G.



Anverso de una moneda de plata del papa Paulo III, a quien Copérnico dedicó su obra "De revolutionibus orbis coelestium" (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

mo tiempo, deja comprender con tales sentencias que necesitaba de la astrología para poder vivir.

Kepler unía a su agudeza para el cálculo una imaginación desbocada. Ya hemos expuesto ideas de su adolescencia que demuestran su carácter. Pero en 1596, cuando todavía no era más que un maestro en Gratz y no había cumplido los veinticinco años, se lanzó a publicar un libro con el ambicioso y descomunal título de *Prodromus dissertationum cosmographicarum continens mysterium cosmographicum de admirabili proportione coelestium orbium*, etc. Este primer libro de Kepler es copernicano; el Sol está en el centro del sistema planetario. En él el autor añade que va a hablar de tres cosas que ha investigado detenidamente con el mayor celo y cuidado, a saber: el número, las distancias y los movimientos de los cuerpos celestes. Pero pronto recae en su incorregible fantasía y observa que los planetas eran sólo cinco, y como había sólo cinco cuerpos geométricos regulares, era indudable que debía de haber una razón divina, causa de esta igualdad o concordancia. Y sin otro fundamento que el del "debe de haber" se lanza Kepler a formular una teoría para explicar la relación entre los cuerpos geométricos y los astros. "La Tierra es la esfera –dice–; circunscribiendo a esta esfera un dodecaedro, la órbita de Marte estará en otra esfera que inscriba a aquél. A su vez, sobre la esfera de Marte inscribiremos un tetraedro, y la esfera que incluye a éste contendrá la órbita de Júpiter. A éste seguirá un cubo, y por la esfera que lo incluye viajará Saturno..." ¡Qué disparate!... Con todo, Kepler dice que gozó con "su descubrimiento": "No me dolió el tiempo empleado en mis trabajos, ni los días y las noches pasados haciendo cálculos", etc.

He aquí, pues, al hombre: un fantástico, un imaginativo; parecía destinado a ser un incurable formulador de hipótesis, de horóscopos sobre el curso de los astros, más arriesgados que los de las vidas de los hombres. Pero el mismo año en que Kepler publicaba su *Prodromus*, entraba en relaciones con un observador meticuloso, quien pronto debía enseñarle que hay más posibilidades de acierto interpretando razonablemente los fenómenos que lanzándose a fantasear sobre los principios metafísicos. Este ordenador juicioso de la imaginación de Kepler fue el astrónomo danés Tycho Brahe. "No construyáis una Cosmografía fundada en abstractas especulaciones –le decía–; basadla en los sólidos cimientos de la observación y desde allí ascended gradualmente para averiguar las causas."

De familia ilustrísima y educación esmerada, Tycho Brahe había sido protegido por

Federico II de Dinamarca, aficionado a la astronomía. El rey había cedido a Tycho Brahe una pequeña isla en el Báltico, donde, alejado del bullicio, pudiera entregarse por completo a sus observaciones estelares. La munificencia real proveyó también a Tycho Brahe de recursos para construir en la isla una torre-observatorio, que llamó pomposamente *Uraniborg*, o castillo de los cielos. Allí, en Uraniborg, desde el año de 1576 hasta el de 1596, Tycho Brahe no cejó de ir compilando observaciones astronómicas. Al revés de Kepler, el imaginativo, Tycho Brahe, el sensato, no pretendió descubrir el misterio del cosmos y hasta dejó pasar el sistema de Copérnico sin prestarle gran atención. Tycho Brahe se había hecho para su uso particular una mezcla de las teorías de Tolomeo y de Copérnico que no merece que nos detengamos a explicarla. En cambio, durante varios años, valiéndose de los instrumentos de la época, y con su terquedad para repetir las observaciones, Tycho Brahe compiló en Uraniborg millares de datos que después sirvieron a Kepler para formular sus famosas leyes. Por esto es tan importante la fecha del año 1599, en la que aquellos dos genios, que se completaban mutuamente, comenzaron a trabajar asociados. Al querellarse Tycho Brahe con el hijo de Federico II, abandonó Uraniborg y se fue a instalar en Praga, porque había encontrado en el emperador Rodolfo otro protector que le ayudara a continuar sus observaciones astronómicas. Tycho Brahe llamó a Kepler a Praga, procurándole un sueldo como matemático imperial. Ambos, Tycho Brahe y Kepler, llevarían a término la compilación de observaciones estelares de Uraniborg que se llamarían *Tablas Rudolfinas*.

La asociación de Tycho Brahe y Kepler duró poco más de un año. En 1601, Tycho



Johannes Kepler, según un grabado de la época.

Panorámica de Praga, adonde acudió Kepler llamado por Tycho Brahe y donde compilaron sus "Tablas Rudolfinas".



Tycho Brahe según grabado de la Biblioteca Nacional de París.

Brahe moría casi de repente. Corto fue, en verdad, el tiempo que Tycho Brahe pudo influir personalmente sobre el espíritu de Kepler, pero le había dado un ejemplo de perseverancia no desprovista de ingenio y le dejó, sobre todo, el tesoro de sus notas, acumuladas año tras año en Uraniborg. Con ellas trabajó Kepler, sin negar su procedencia, y hasta cumpliendo fielmente el encargo de Tycho Brahe, publicó sus *Tablas Rudolfinas*. ¡Qué devoción de amigo y de discípulo! Cuando Kepler se lanzó a la costosísima empresa de editar las *Tablas* de Tycho Brahe, volvía a encontrarse en la mayor miseria. Su sueldo de matemático imperial no lo había percibido hacía algunos años; se le debían 8.000 coronas, que nunca cobró. Kepler se había casado, tenía varios hijos; tuvo, pues, que aceptar un cargo de profesor en la insignificante universidad de Linz. Se ha supuesto que el dinero para pagar la edición de las *Tablas* hubo de ganarlo Kepler haciendo horóscopos. El resultado fue la aparición de las *Tablas Rudolfinas* en el año 1627. Kepler moría de fatiga, angustia y

LA ASTRONOMIA RENACENTISTA

El progreso de la astronomía renacentista es sorprendente por lo complejo. No se trata de una evolución continua y que progresa de modo sistemático en busca de la nueva ciencia. Es un avance sensacional y por saltos bruscos, cuya lógica interna se nos escapa casi siempre. En todo caso, en el fondo de los astrónomos alienta un movimiento de rebeldía antiaristotélico y el prurito de escapar al "magister dixit" apoyándose, muchas veces, en autoridades de la antigüedad o del medievo cuyas doctrinas contradecían a Aristóteles. Este, por ejemplo, opinaba que los cometas pertenecían al mundo sublunar y corruptible. En cambio, Tycho Brahe –y exactamente al mismo tiempo, si no antes, el catedrático de astronomía de Valencia Jerónimo Muñoz–, estudiando la nova de 1572 (que en algunos textos se cree que es cometa, dado que no está situada en el plano de la eclíptica), llega a la conclusión de que se encuentra más allá de la Luna, dado lo ínfimo de la paralaje.

Pero esta comprobación científica tiene unas bases ideológicas remotas que en modo alguno se intenta disimular: Séneca, quien había ya predicho que nacería algún hombre capaz de explicar las trayectorias de los cometas, tan distintas a las de los planetas; Albumazar, autor árabe del siglo IX y famosísimo en el XVI como astrólogo, de quien se dice que observó un cometa situado más allá de Venus y, por tanto, en el mundo celeste. En los libros de Albumazar es donde Jerónimo Muñoz (traducido inmediatamente al francés y resumido al latín fuera de España) busca la explicación del fenómeno cósmico y la encuentra. "Hecho estudio en Albumazar de *Magnis coniunctionibus*, hallé que dice que la conjunción de Marte y Saturno en sus exaltaciones causan muchas estrellas: no sólo la corporal, pero aun la conjunción de los rayos dellos. Y había sido la conjunción corporal dellos a 7 días de agosto y habiendo aspecto sextil dellos a los 11 días 22 horas de noviembre, estando Saturno en Escorpión, casa de Marte, y Marte estando en Capricornio, casa de Saturno y exaltación de Marte, me pareció que este cometa comenzó a hacerse a los 11 días 22 horas de noviembre", fecha que, casualmente, es la que nos indica Tycho Brahe como la de la primera observación. Claro que las conclusiones que los autores extraen de los hechos observados no son las mismas. Jerónimo Muñoz, en la dedicatoria de su libro a Felipe II y en el cuerpo del mismo, reiterará con machaconería que el "cometa" (o sea la *nova*) está en el cielo, más allá del Sol y, por consiguiente, que en el mundo translunar existe corrupción y alteración, lo mismo que en el mundo sublunar; que los movimientos de los astros no son inalterables desde el momento en que la longitud del año disminuye paulatinamente. Es un ataque en regla al Estagirita. En cambio, Tycho Brahe, tomando pie en sus observaciones del cometa de 1577, pensará en la posibilidad de que el nuevo cuerpo celeste recorra una órbita elíptica y sea, en consecuencia, uno de los primeros astrónomos que abandonó la explicación de los movimientos celestes mediante círculos o combinaciones de círculos.

Esta imbricación de lo viejo con lo nuevo se encuentra en casi todos los científicos: Copérnico no sabe deshacerse de la vetusta teoría de la trepidación y Galileo escribe, antes de la utilización del anteojo, una cosmografía que en nada desmerece de las de tipo más tradicional.

J. V.

miseria en noviembre de 1630. Había ido a Praga, inútilmente, para tratar de cobrar sus 8.000 coronas y regresó con un resfriado que acabó con su vida. Sus restos mortales fueron enterrados en la iglesia de San Pedro de Ratisbona.

Sería impropio de este libro referir los esfuerzos gigantescos de Kepler para explicar las perturbaciones en el movimiento de los planetas. Kepler publicó muchísimo: la edición de sus obras completas, impresas como homenaje nacional por los alemanes en el año 1883, consta de nueve volúmenes infolio. Debemos limitarnos a citar aquellas en que aparecían por primera vez enunciadas las leyes de nuestro sistema planetario. Dos de las tres leyes que han dado fama inmortal a Kepler aparecieron en un *Tratado de movimientos del planeta Marte*, publicado en Heidelberg en el año 1609. El título exacto de esta obra capital para la ciencia es el de *Astronomia Nova, seu Physica coelestis tradita commentaris de motibu stellae Martis*. La tercera ley no la reveló hasta nueve años más tarde; aparece en un volumen hoy rarísimo que se publicó en Linz con el título de *Harmonices Mundi*.

La imaginación de Kepler no le fue por completo perjudicial, pues le sirvió para generalizar lo que había probado que ocurría con Marte. Kepler conocía sólo cinco planetas y no tenía observaciones suficientes sino para Marte. Con todo, se lanzó a formular leyes generales que no se pudieron confirmar hasta mucho más tarde. Y he aquí las famosas leyes de Kepler:

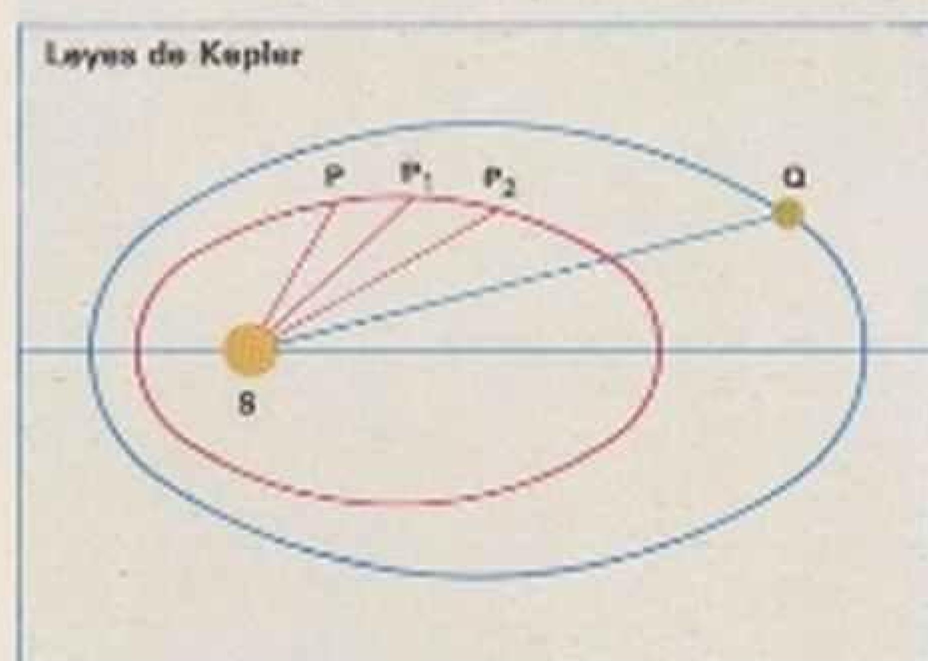
1.ª Los planetas describen órbitas elípticas alrededor del Sol y éste se halla en un foco de las elipses.

2.ª Las líneas imaginarias *SP*, *SQ* que van del Sol a cada planeta recorren espacios iguales en el mismo tiempo.

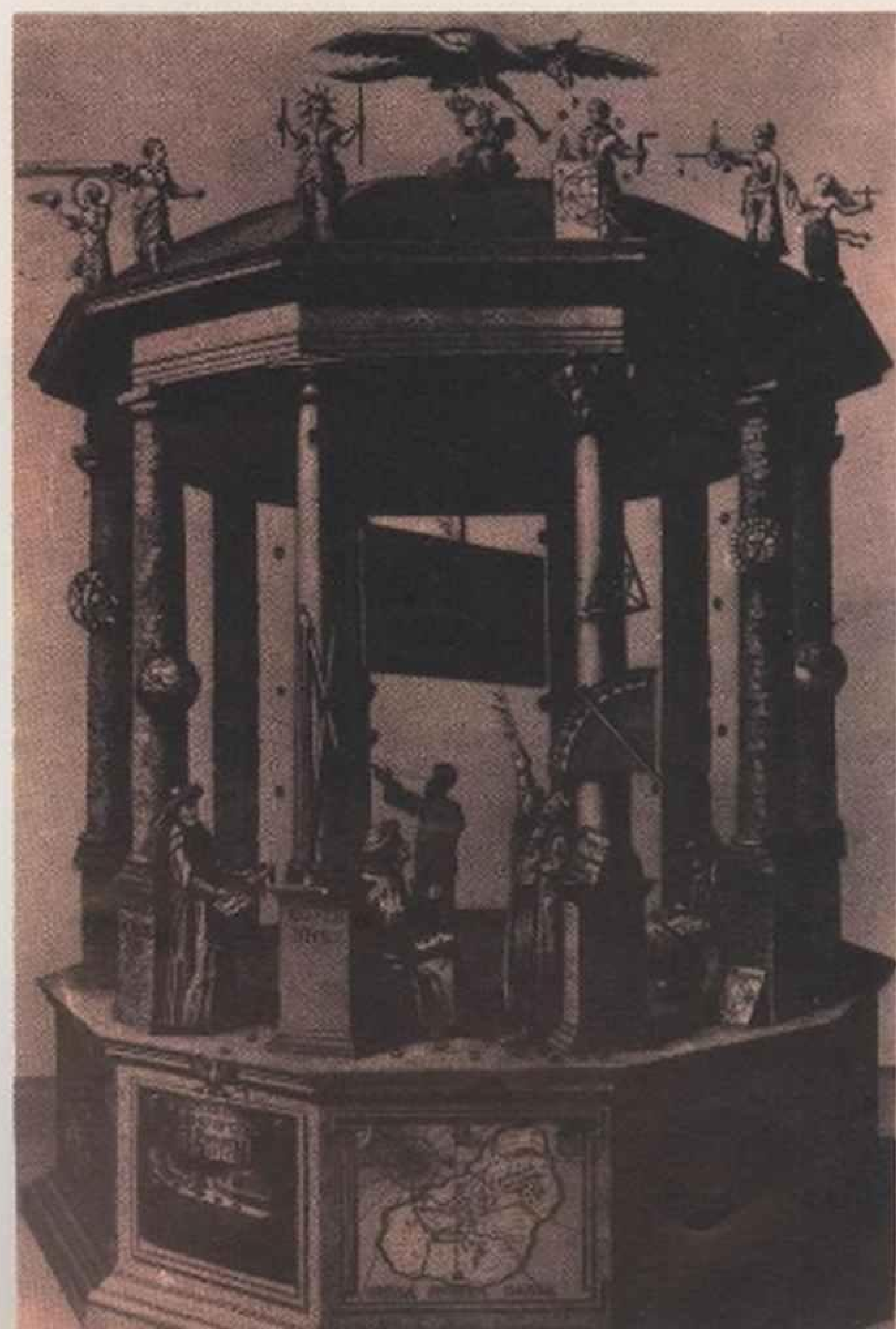
3.ª El cuadrado del tiempo que emplea un planeta en girar alrededor del Sol es proporcional al cubo de su distancia media al Sol.

Supongamos que *P* y *Q* son dos planetas y *S* es el Sol. Primera ley: *S*, el Sol, está en un punto que es foco de las órbitas y éstas son elipses. Segunda ley: los triángulos PSP_1 y P_1SP_2 son iguales si el tiempo que ha empleado el planeta para pasar de *P* a P_1 es igual al tiempo que ha empleado para pasar de P_1 a P_2. Tercera ley: los cuadrados de los tiempos que emplean *P* y *Q* en recorrer sus órbitas son proporcionales a los cubos de las distancias medias de estos planetas al Sol. El extraordinario estilo literario de Kepler, que ya hemos admirado en su primer libro, reaparece en sus últimos escritos.

Lea el lector y admire estos párrafos del *Harmonices Mundi*: "Lo que profeticé hace veintidós años, cuando descubrí las relaciones de los cinco cuerpos geométricos regulares y los cuerpos celestes, por fin lo he conseguido. Para lograrlo fui a reunirme con Tycho Brahe, en Praga, y he dedicado la mayor parte de mi vida a las observaciones astronómicas. Pero hace sólo dieciocho meses que el primer rayo de luz iluminó mi mente; fue sólo hace tres meses cuando empecé a verlo claro, y sólo hace pocos días que la verdad entera brilla para mí. Nadie puede ya detenerme. He triunfado, llevando



Las leyes de Kepler: 1. El Sol está en un foco de las elipses de las órbitas. – 2. El radio S P recorre espacios iguales en tiempos iguales, esto es, $PSP_1 = P_1SP_2$. Los cuadrados del tiempo que emplean P y Q en girar alrededor de S son proporcionales a los cubos de las distancias medias de PS y QS.



Portada de la primera edición de las "Tablas Rudolfinas", compiladas por Tycho Brahe y publicadas por Kepler. El templete con la bóveda de los cielos está sostenido por columnas cada vez más perfectas. Las del fondo están construidas con simples bloques escuadrados; las de delante, ya labradas, representan a Arato, Hiparco, Copérnico y Tycho Brahe. En el pedestal hay un relieve representando la isla danesa donde estaba Uraniborg.



Astrónomos haciendo mediciones con el astrolabio y la ballestilla (detalle de una lámina de "Harmonia Macrocosmica" de Cellari).

los vasos de oro de los egipcios al tabernáculo que he erigido para mi Dios. Si me perdonáis, me alegraré; si me condenáis, no me importa. La suerte está echada, el libro está escrito. ¿Qué diferencia puede haber entre que se lea ahora o que lo lean las generaciones futuras? Acaso tendré que esperar un siglo para conseguir un lector; Dios ha tenido que esperar seis mil años para que un hombre llegara a comprender sus leyes".

Todavía Kepler estaba creído que era profecía de sus leyes la fantástica relación entre los planetas y los cuerpos geométricos del *Mysterium Cosmographicum*. Disparata también comparando su descubrimiento con los vasos de los egipcios. Otra reminiscencia bíblica traída poco a propósito es la de decir que el mundo, en su tiempo, tenía sólo seis mil años. Pero el final es magnífico: de lo sublime a lo ridículo hay sólo un paso; Kepler va con un paso de lo ridículo a lo sublime, sus leyes son una intuición genial.

"Y si queréis saber el preciso momento... –dice Kepler, admirado de la sacudida con que le llegó la intuición–, si queréis saber el preciso momento en que la idea me pasó por la mente, os diré que fue el 8 de marzo de este año 1618. Primero la rechacé como falsa, porque había cometido un error en el cálculo, pero me volvió de nuevo con más fuerza el 15 de mayo, y disipé las tinieblas que oscurecían mi cerebro, hallando una exacta correspondencia entre mis leyes y los años de labor con las *Observaciones* de Brahe. Creí por algún tiempo que daba como cierto lo que no eran sino suposiciones... Pero no, el hecho es cierto...", y aquí sigue la enunciación de la tercera ley de Kepler.

El detalle de querer consignar el día y el año de la "revelación" es muy propio de un temperamento místico como el de Kepler. Los profetas hebreos ponían gran cuidado en señalar la topografía y la fecha de sus visiones. Todos los iluminados consideran sagrados el lugar y la hora en que han sentido dentro de sí la sacudida mística. Kepler quiere recordar el día en que descubrió sus leyes. Es el grito de una alma grande que ha visto por vez primera la obra de Dios en el mecanismo de los cielos. De un modo semejante recibía Pascal sus inspiraciones. El mundo parecía entrar en una época de "revelación científica". Un año más tarde que Kepler, la noche del 10 de noviembre del año 1619, Descartes, encerrado en su alcoba, tuvo una inspiración análoga a la de Kepler, la de resolver el problema del mundo con matemática universal: "Pareció que del cielo descendía el espíritu de la Verdad para enajenarme...".

La doctrina heliocéntrica de Copérnico y Kepler no triunfó sin hacer mártires. En Alemania y Polonia, donde las escuelas carecían de tradición clásica, no hubo gran oposición. Pero en Italia, donde existía ya la soberbia del conocer, porque desde hacía un siglo se leían textos griegos y latinos, y donde la Iglesia no tenía oposición organizada, tanto filósofos como teólogos se esforzaron en ahogar la nueva astronomía. El sistema de Copérnico contradecía lo que había afirmado Aristóteles y estaba en oposición con lo que se desprendía de textos del *Antiguo Testamen-*

EL CONCEPTO Y EL EXPERIMENTO COMO BASES PARA DOS CONCEPCIONES DISTINTAS DE LA CIENCIA Y LOS PASOS DE LA REIVINDICACIÓN DE LA EXPERIENCIA

CIENCIA ANTIGUA
ESPECULATIVA
Aparición del concepto

RENACIMIENTO
Aparición del experimento

CIENCIA MODERNA
EXPERIMENTAL

en los artistas
LEONARDO
(1452-1519)

en los científicos
GALILEO
(1564-1642)

Elevación a teoría
BACON
(1561-1626)

to, como el que dice que Josué detuvo el curso del Sol.

El primero en sufrir martirio por sus exageraciones panteístas y por propagar la verdad del sistema heliocéntrico fue Giordano Bruno; este, en realidad, hombre eminente fue juzgado y condenado a morir en la hoguera, en Roma, el año 1600. "Vosotros que me condenáis –dijo Bruno a sus jueces– estáis más asustados que yo, que voy a morir." Las últimas palabras de la víctima fueron un canto de victoria: "Las edades futuras no me negarán que he vencido, porque no he tenido miedo de morir... Prefiero una muerte honrosa a una vida de cobarde".

El segundo mártir, Galileo, ya no llegó a este extremo. Se retractó, aunque para él la retractación debía de ser tan penosa como la muerte. La posteridad ha perdonado a Galileo su debilidad, aunque acaso hubo más grandeza en sobreponerse a la tentativa de vanagloria que en el deseo de martirio que había empujado a Bruno al poste de la hoguera. Pero Bruno, muriendo por principios filosóficos y matemáticos, y Galileo, viviendo para descubrirlos, son igualmente grandes.

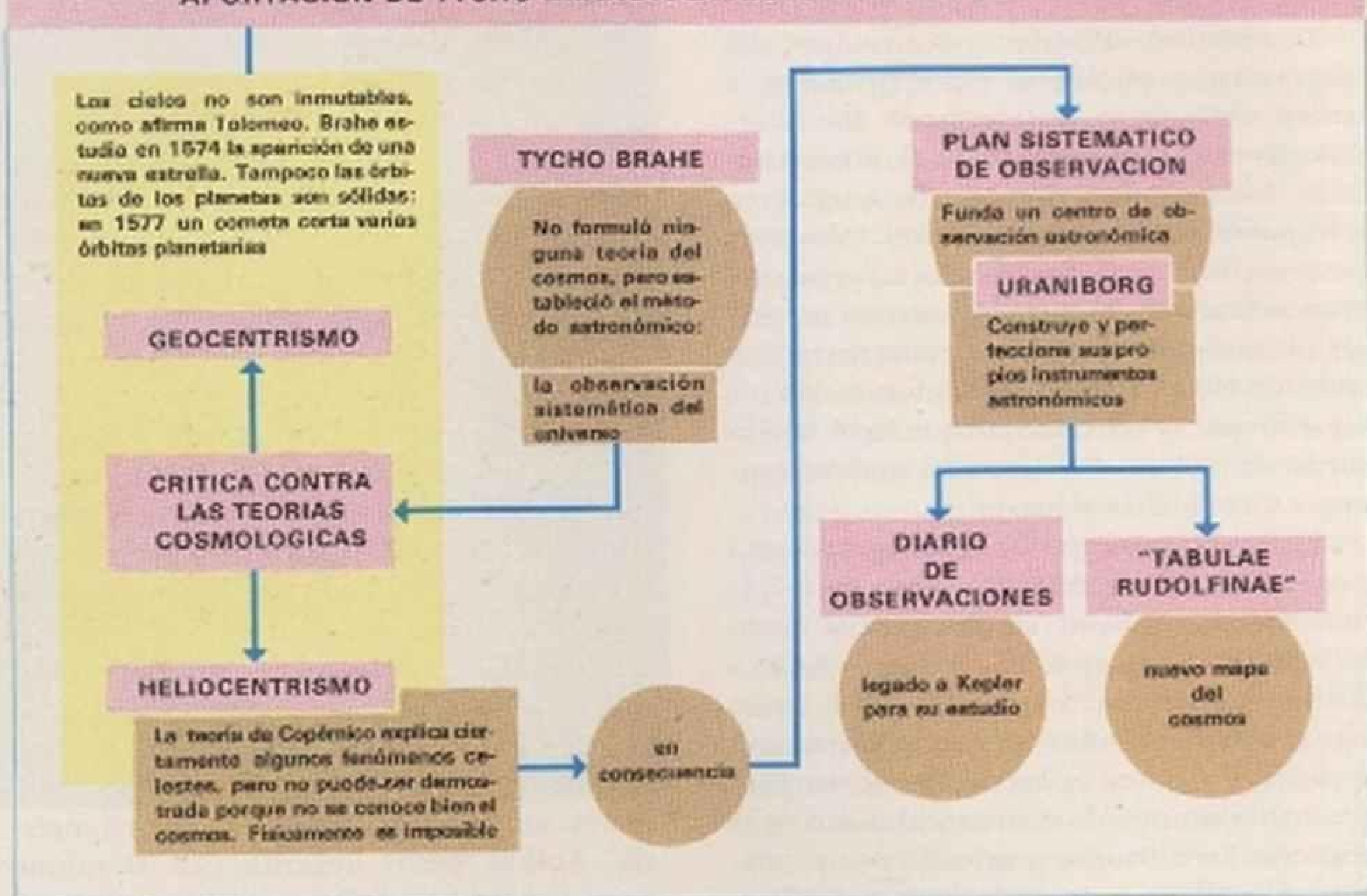
Galileo nació en Pisa el año 1564. Empezó estudiando para médico en la universidad pisana, pero pronto su vocación por las matemáticas y la física le desvió de la medicina. Su primer descubrimiento –la ley del péndulo– lo realizó cuando sólo tenía diecisiete años. Estaba en la catedral de Pisa cuando vio que, para encender una lámpara, la retiraban hacia un lado. Al dejar de retenerla, una vez encendida, la lámpara oscilaba como un péndulo, con movimientos que eran cada vez menores, pero de igual duración. A falta de cronómetro, Galileo midió el compás regular de las oscilaciones de la lámpara valiéndose de los latidos de su propio pulso.

El año 1586 realizó interesantes descubrimientos de hidrostática, que le dieron celebridad, y pronto fue nombrado profesor de matemáticas en la universidad de Pisa. No tenía sino veinticinco años, pero tampoco su sueldo llegaba a cien pesos al año. En Pisa continuó Galileo sus estudios sobre la caída de los cuerpos. Aristóteles había afirmado que un objeto grande cae con mayor velocidad que otro pequeño, aun siendo de la misma naturaleza. Galileo probó que este principio aristotélico era de todo punto inexacto; para ello valióse de la circunstancia de que la torre campanario de la catedral de Pisa era un cilindro enteramente vacío en su interior, e hizo caer por él dos pesos diferentes, aunque formados de la misma materia. Ambos pesos llegaron casi al mismo tiempo al fondo del pozo que formaba la torre.

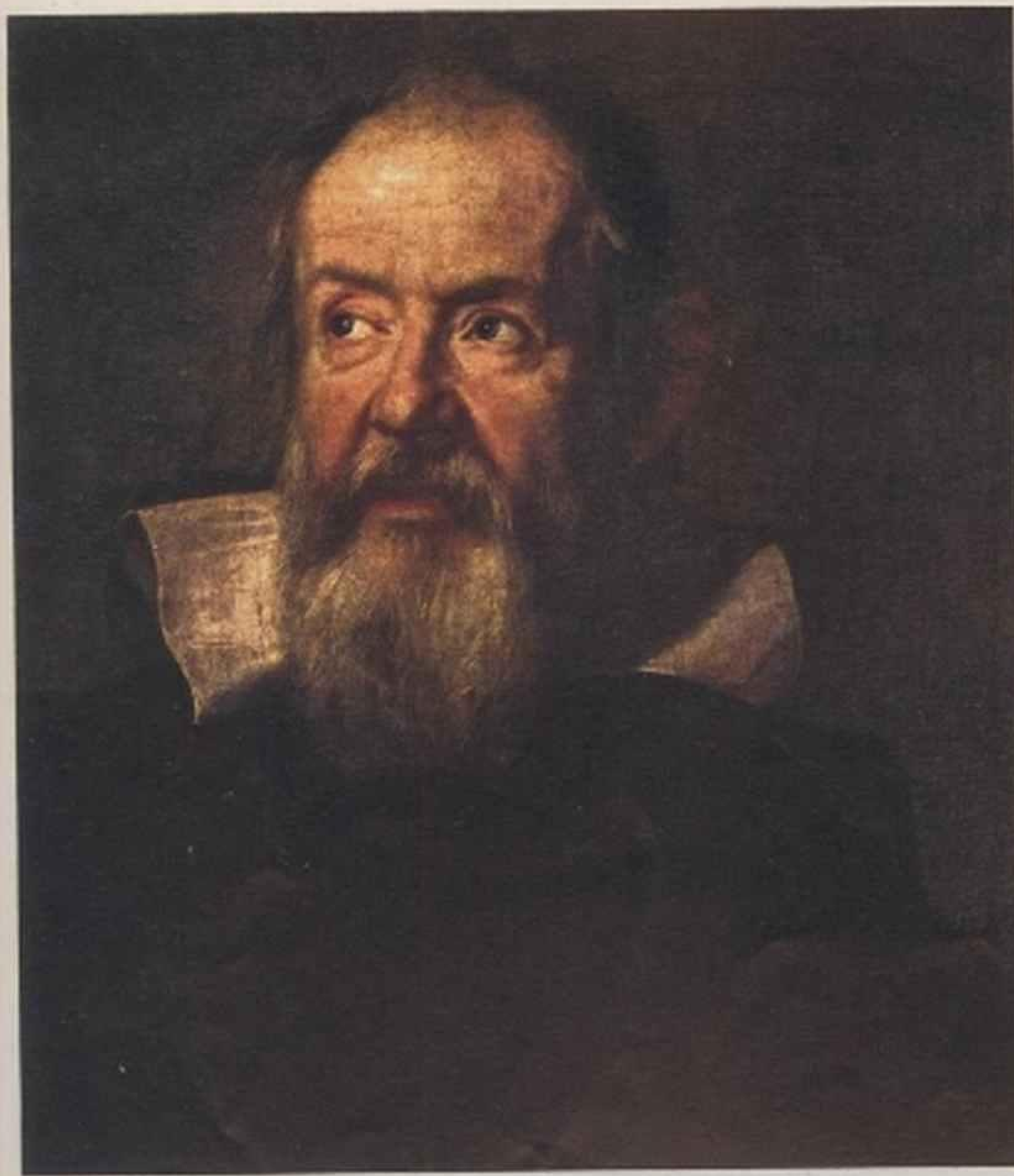
Sin embargo, no bastaba con desautorizar a Aristóteles; un espíritu como Galileo debía continuar observando la caída de los cuerpos hasta formular todas o algunas de sus leyes. Para sus observaciones se valió de una tabla inclinada en la que había dispuesto una ranura por la que descendía una bola de bronce. En ciertos sitios de la ranura Galileo había practicado agujeros por los que podía detener la bola. El tiempo empleado para llegar a estos agujeros lo medía

Escena del juicio de Giordano Bruno en el basamento del monumento elevado en Roma a su memoria.





Retrato de Galileo Galilei, iniciador y creador de la ciencia moderna (Galería de los Uffizi, Florencia).



(a falta de cronómetro) con un reloj de agua. Así pudo Galileo llegar a afirmar, primero, que la velocidad de un cuerpo al caer depende del tiempo que ha estado cayendo, esto es, que al empezar va despacio y aumenta su velocidad a cada unidad de tiempo. Y, segundo, que los espacios recorridos al caer son proporcionales a los cuadrados de los periodos de tiempo durante los cuales el cuerpo ha estado cayendo. Como se ve de estos principios, Galileo podía formular la ley de la gravedad, aunque sin darle el carácter de ley del universo, que es lo que da toda su trascendencia a la ley de la gravitación universal de Newton.

En 1592, Galileo ascendió a profesor de matemáticas de la universidad de Padua, entonces el centro científico más importante de Italia. Padua estaba dentro del territorio de la República veneciana y gozaba de una independencia ilimitada; la Inquisición nunca pudo llegar a imponerse en Venecia. Los dieciocho años que Galileo pasó en Padua, de 1592 al 1610, fueron los más felices de su vida. Explicaba sólo sesenta clases de media hora al año; todo lo demás del tiempo lo tenía libre para dedicarse a sus estudios.

En Padua, Galileo inventó o reformó el telescopio y, sobre todo, lo aplicó a observaciones estelares. En realidad, los verdaderos inventores del telescopio fueron fabricantes de lentes holandeses, pero cuando llegaron los primeros telescopios a Venecia, Galileo estaba ya construyendo el suyo, que

era más perfeccionado. El primer telescopio construido por Galileo (1609) era monocular; consistía en un tubo de 70 centímetros de longitud y 45 milímetros de diámetro. Con él se podían distinguir, desde el Campanile de Venecia, las torres de Padua, que estaban a una distancia de 35 kilómetros. Los venecianos no cesaban de maravillarse cuando descubrían los buques en el horizonte con el telescopio de su profesor de matemáticas.

Esto ocurría de día; por la noche, Galileo exploraba la bóveda celeste con su tubo milagroso y gozaba descubriendo astros que habrían escapado a la observación a simple vista. Galileo fue el primero en descubrir cuatro satélites de Júpiter que giran alrededor del planeta formando un sistema planetario en miniatura. Esto ya le pareció una confirmación del sistema de Copérnico; pero, además, con el telescopio observó las fases del planeta Venus, que tenía, como la Luna, crecientes y menguantes; al mismo tiempo vio los cráteres lunares, el anillo de Saturno y, sobre todo, las manchas del Sol.



Plano inclinado como el empleado por Galileo para experimentar la caída de los cuerpos, que mandó construir la Real Academia de Ciencias de Barcelona a finales del siglo XVIII (Observatorio Fabra, Barcelona).

La torre inclinada de Pisa, de la que se sirvió Galileo para sus experimentos sobre la caída de los cuerpos graves.



Fachada de la universidad de Padua, donde fue profesor Galileo e inventó o reformó el telescopio.

Muchos de aquellos descubrimientos venían a contradecir a maestros y escuelas que enseñaban todo lo contrario bajo la autoridad indiscutible de Aristóteles. Galileo no vacilaba en desafiarlos. "Sospecho –escribía en mayo de 1612– que este nuevo descubrimiento (las manchas solares) es el toque de campana para el entierro, o mejor dicho, para el juicio final de la seudofilosofía. El entierro ya lo hicimos con las manchas de la Luna, los satélites de Júpiter, de Saturno y Venus. Espero, sin embargo, ver a los peripatéticos (aristotélicos) hacer un último esfuerzo para mantener la inmutabilidad de los cielos."

De este último esfuerzo él mismo tenía que ser la víctima; los peripatéticos no lograron detener a los cielos, pero sí detuvieron a Galileo. El episodio del juicio, condena y retractación de Galileo es tan apasionante que merece que nos detengamos algo en su relato. Galileo, que había ido a Roma por unos días, en el año 1616, fue

LOS PRIMEROS ANTEOJOS ASTRONOMICOS

Uno de los descubrimientos de mayor interés para la evolución de la ciencia, el anteojo, debió de realizarse casualmente. Los conocimientos técnicos para la construcción del mismo se conocían desde la antigüedad, pero la idea de que sólo era realidad aquello que podía ser confirmado por el sentido del tacto impidió su desarrollo. "Si no viere en sus manos la señal de los clavos y metiere mi mano en su costado, no creeré", había exclamado santo Tomás cuando le hablaron de Jesús resucitado (San Juan, 20, 25). Es decir, para autentificar el contenido de una observación visual era necesario que ésta fuera acompañada del testimonio prestado por otro sentido, como el tacto, menos susceptible de engaño. Por consiguiente, la invención del anteojo astronómico, las más de las veces llamado "telescopio", debió de ocurrir un poco por azar. El único punto de referencia seguro radica en la afirmación de Galileo en *El mensajero de los astros* (Venecia, 1610) cuando afirma: "Hace aproximadamente diez meses llegó a mis oídos la noticia de que cierto belga había construido un anteojo mediante el cual los objetos visibles, aunque distaran mucho del observador, se distinguían claramente como si estuvieran cerca; y se hablaba de ciertas experiencias que se lograron con ese admirable efecto, creídas por unos, negadas por otros. Pocos días después, un ilustre francés, Jacques Badouvère, me confirmó lo mismo desde París por carta, lo cual fue motivo de que me consagrara íntegramente a investigar las razones y a descubrir los medios a través de los cuales llegaría a inventar un instrumento similar, lo que logré poco después basándome en la doctrina de la refracción. Primeramente preparé un tubo de plomo en cuyos extremos apliqué dos lentes, ambas planas en una de sus caras, mientras que la otra, una de las lentes era convexa y la restante cóncava. Al aplicar el ojo a la cara cóncava vi los objetos muy grandes y cercanos: aparecían tres veces más cerca y nueve veces más grandes de lo que se verían con el sentido natural de la vista...".

Galileo mejoró rápidamente este primer aparato y lo dirigió al cielo: a pesar de que era sumamente imperfecto, le permitió descubrir un mundo insospechado: las manchas de la Luna se resolvieron en montañas y mares; los cuatro primeros satélites de Júpiter, a los que llamó Mediceos, mostraron que la Tierra con la Luna no eran un caso único en el cosmos; la Vía Láctea le mostró sus millares de estrellas, confirmando las teorías expuestas por algunos astrónomos perspicaces algunos siglos antes.

La sensación de triunfo que experimentó Galileo rezuma en sus propias palabras: "Sin embargo, lo que supera en mucho toda admiración, y primeramente me movió a censurar a todos los astrónomos y filósofos, es haber descubierto cuatro estrellas errantes, por nadie observadas y conocidas antes que por mí, las cuales, a semejanza de Venus y Mercurio alrededor del Sol, cumplen sus revoluciones en torno de un astro insigne entre los conocidos, al que a veces preceden y otras veces siguen, sin apartarse de él más allá de ciertos límites. Todo esto ha sido descubierto y observado con auxilio de un anteojo inventado por mí hace pocos días, con la luz de la gracia divina".

Y este descubrimiento, del que tan orgulloso está, fue una de las razones que le llevaron a impugnar el sistema tolemaico: "Tenemos un excelente y clarísimo argumento para librar de escrúpulos a quienes, con aceptar ecuánimemente según el sistema de Copérnico la revolución de los planetas en torno del Sol, se ven tan perturbados por la traslación de la única Luna alrededor de la Tierra...". Evidentemente, los satélites de Júpiter probaban que la Tierra no era un caso único, sino un planeta como los demás y que, por consiguiente, nada forzaba a considerar que estaba en el centro del universo.

J. V.

recibido con gran consideración. Nadie negaba que era el hombre de ciencia más notable de la época. El astrónomo toscano, por su parte, se creía merecedor de este triunfo, especialmente por su último libro sobre las manchas solares. Pero examinado este libro por los censores inquisitoriales, se advirtió que defendía que el Sol era el centro del universo y que, en cambio, la Tierra se movía y no era ella el centro de todo lo creado. Estas dos proposiciones fueron declaradas por la curia romana "falsas, absurdas y en parte heréticas, contradiciendo pasajes de la Escritura y las interpretaciones de los Santos Padres y teólogos".

En su virtud, Galileo fue amonestado formalmente y además, con fecha 3 de marzo del año 1616, se publicó un edicto papal anunciando *urbi et orbi* que Galileo Galilei, matemático, había sido advertido que tenía que abandonar las opiniones por él sostenidas hasta entonces, y de paso se prohibían y suspendían los escritos de Nicolás Copérnico, *Las Revoluciones del Orbe celestial*, y de Diego de Zúñiga, *Sobre el Libro de Job*... Es sumamente interesante para la gente hispánica encontrar al lado de Copérnico, y en el documento inicial del proceso contra Galileo, el nombre del ilustre profesor de Salamanca Diego de Zúñiga, *copernicano*.

Galileo, después de este accidentado viaje a Roma en 1616, regresó a Florencia y allí continuó sus investigaciones, disfrutando de una espléndida pensión del duque de Toscana. Nadie le hubiera molestado si no se hubiese lanzado, en 1632, a publicar unos *Diálogos del sistema del Mundo*, en que de nuevo discutía los méritos relativos del sistema de Tolomeo, geocéntrico, y del sistema de Copérnico, heliocéntrico. Los interlocutores son tres: Salviati, un amigo florentino de Galileo, el más copernicano de ellos; Sagredo, otro amigo de Galileo, veneciano, que pretende demostrar los puntos flacos de cada sistema, y, por fin, un personaje imaginario llamado Simplicio, francamente aristotélico y defensor de Tolomeo. Es probable que, malicioso como buen florentino, Galileo se regocijara con que el aristotélico fuese Simplicio, pero esta malicia se disfrazaba porque hubo un comentarista de este nombre, en el siglo VI, cuyo libro se "leía" todavía en las aulas.

Los tres personajes aparecen retratados en la portada y Simplicio semeja un testarudo vejestorio que se pensó era caricatura del papa. Galileo pretendió en el prólogo que la intención de sus *Diálogos* estaba en armonía con el decreto de 1616, que quería evitar "el peligroso escándalo de la edad presente con la opinión *pitagórica* del movimiento de la Tierra, etc.". El libro, escrito en italiano y

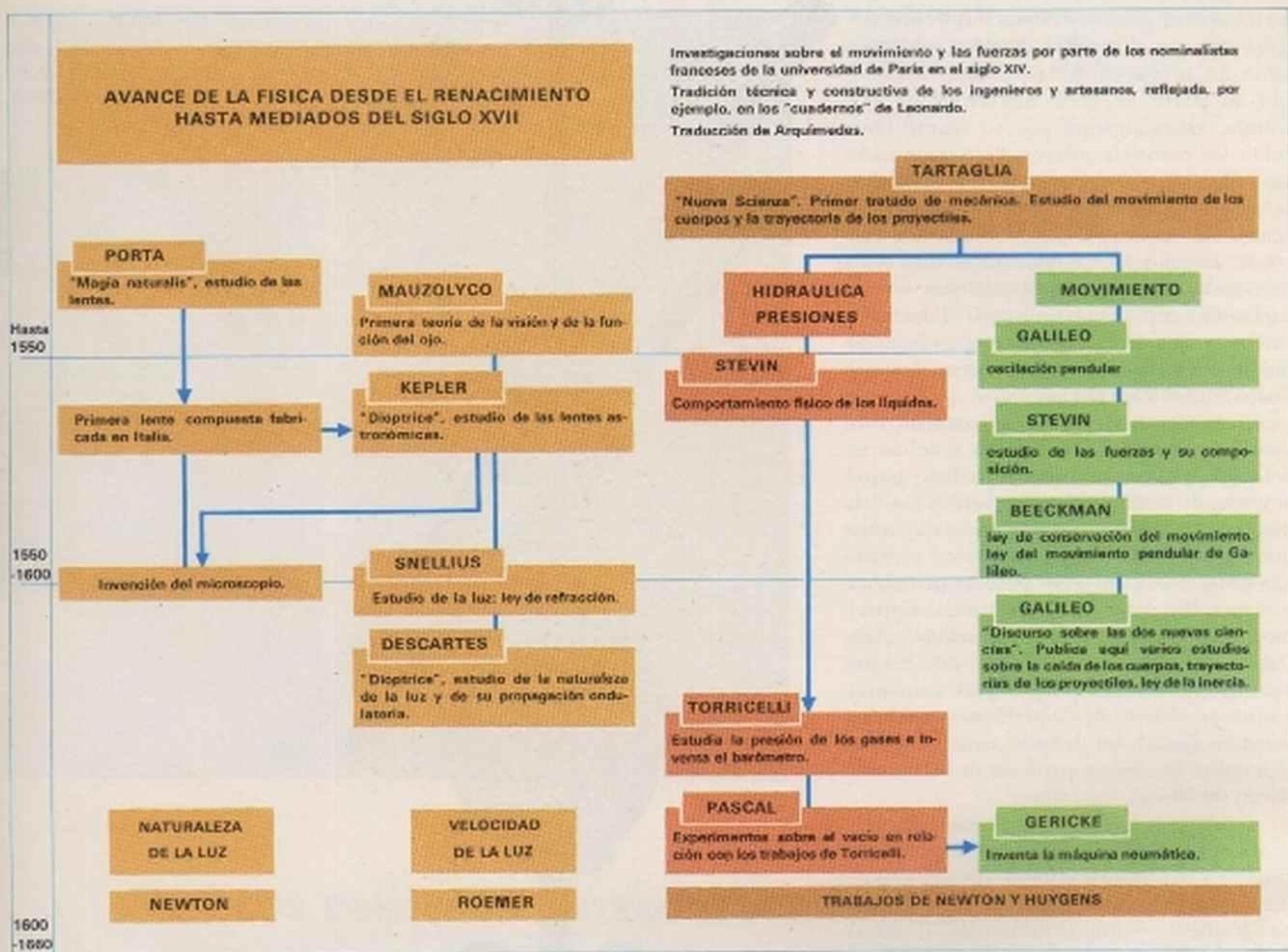


Anteojo de Galileo, con el que efectuó sus descubrimientos astronómicos, y detalle de su parte central (Museo de Ciencia y Técnica de Florencia).





Portada de la primera edición de los "Diálogos" de Galileo, con las figuras de Salviati, Sagredo y Simplicio.



lleno de amenidad, se leyó con furor. Un censor incauto había sido lo bastante inocente para conceder el *Imprimatur*, y Galileo se creía al abrigo de toda persecución. Era no sólo admirado, sino muy querido por la corte de Toscana.

Sin embargo, la Inquisición le llamó a Roma y no valieron excusas, protección, vejez ni enfermedades; Galileo tuvo que comparecer en persona delante del terrible tribunal. Se le trató con humanidad; durante su detención residió en la embajada florentina de Roma, y luego en las estancias más confortables del palacio del Santo Oficio. La sentencia, con fecha de 22 de junio del año 1633, firmada por diez cardenales, está redactada en los siguientes términos:

"Considerando que vos, Galileo Galilei, de setenta años de edad, habíais sido denunciado a este Santo Oficio por defender como verdadera una doctrina falsa, a saber, que el Sol está quieto en el centro del mundo, y la Tierra se mueve..., etc. Considerando que ya habíais sido amonestado y advertido el mes de febrero de 1616, etc. Considerando que se ha publicado un libro, en Florencia, del que sois autor, cuyo título es: *Diálogo de Galileo Galilei sobre los dos Sistemas principales del Mundo, el Tolemaico y el Copernicano...*, donde tratáis con circunloquios de hacer entender que vos creéis probable lo que es contrario a las Sagradas Escrituras *(el sistema de Copérnico)*, etc.

"... Pronunciamos, juzgamos y declaramos que vos, el susodicho Galileo, os habéis hecho sospechoso de herejía creyendo y manteniendo la doctrina falsa y contraria a las Santas Escrituras que el Sol es el centro del mundo, que no se mueve de Este a Oeste, que la Tierra se mueve y que no es el centro del mundo... Es nuestro deseo el absolveros si, con corazón contrito y sin reservas, en nuestra presencia abjuráis los antedichos errores y herejías, y todos los otros errores y herejías contrarios a la Católica y Apostólica Iglesia Romana en la forma que se os dirá...".

El texto de la retractación de Galileo dice: "Yo, Galileo Galilei, florentino, de



Vista de Florencia atravesada por el río Arno, donde Galileo continuó sus investigaciones pensionado por el gran duque de Toscana.

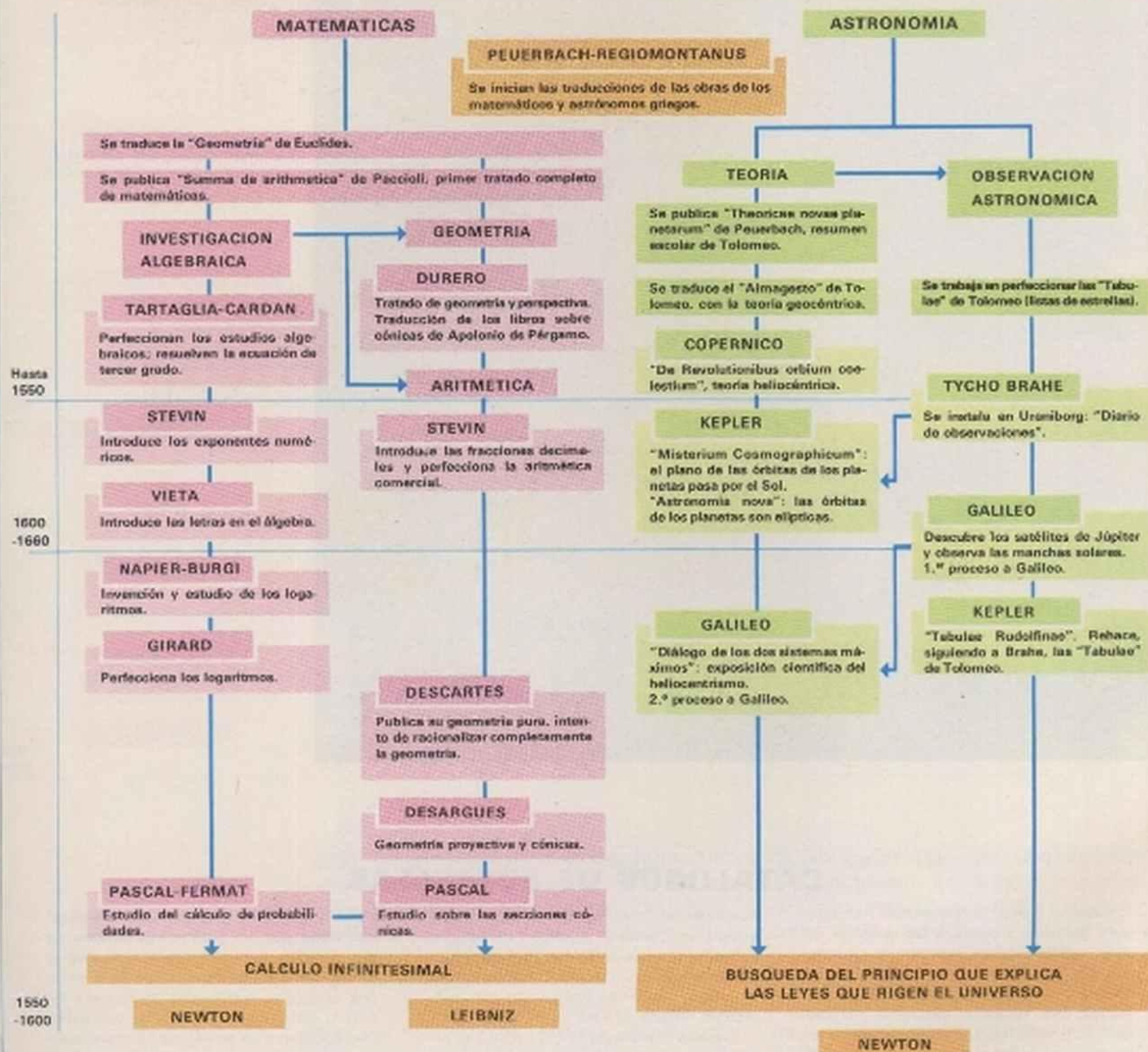
CATALOGOS DE ESTRELLAS

Durante siglos, la humanidad había estado reducida a conocer las estrellas del cielo a través de un inventario o catálogo único: el de Tolomeo. Este, que había recogido y ampliado las observaciones realizadas por Hiparco, describió un total de 1.028 estrellas. La nomenclatura de las mismas era sumamente gráfica, indicando su localización dentro de la figura ideal de la respectiva constelación. Así, por ejemplo, "la que está en la cola de la Osa Mayor" o "la del extremo del ala derecha del Aguila", etc. Una sucinta indicación de la magnitud (con frecuencia no muy exacta), así como las coordenadas, terminaban por individualizar el astro, que sólo en casos muy contados recibía un nombre propio. El catálogo tolemaico no contenía, evidentemente, todas las estrellas observables a simple vista, y los medievales, basados en él, no lo ampliaron. Fue el uso del anteojo el que forzó a estudiar, si más no, nuevos sistemas de nomenclatura. En este aspecto, Bayer, a principios del siglo XVII, designó las estrellas más importantes de cada constelación con las letras del alfabeto griego, indicando la sucesión de éstas el orden relativo de brillo dentro de la misma constelación de un modo sólo aproximado. Y cuando las letras griegas no eran suficientes, seguía con las del alfabeto latino.

Cuando Flamsteed (1712) utilizó el anteojo con el mismo fin, el número de estrellas aumentó vertiginosamente. Y su catálogo, con 2.866, abrió nuevos derroteros en este campo y pronto el número de astros inventariados alcanzó cifras del orden de varios centenares de miles (Lalande, 47.390; Argelander, 324.000) y dio origen al descubrimiento de "nuevos" objetos, hasta entonces insospechados, que obligaron a componer catálogos especializados como son los de las estrellas variables, estrellas dobles, nebulosas, etc.

Estos últimos objetos habían sido más o menos conocidos en la antigüedad —por ejemplo, la nebulosa de Andrómeda está en los límites del campo visual de una persona con vista normal— y en los textos de aquel entonces aparecen unas cuantas menciones muy pocas de "estrellas" nebulosas que en algún caso pueden ser identificadas hoy con objetos realmente existentes. Es más, las citas de determinados catálogos medievales de lugares del octavo cielo, en los que no se ven estrellas, apuntan a un conocimiento muy exacto del cielo observable a simple vista. Pero en este caso, como en el de las estrellas propiamente dichas, es el anteojo el que trastrueca las concepciones tradicionales: tras las nebulosas de Orión y Andrómeda se descubren (descritas con cierto detalle en 1610 y 1612 por Peiresc y Simon Marius, respectivamente) otras muchas, que ya en 1771 permiten al astrónomo francés Carlos Messier establecer un primer catálogo de 103 objetos (conglomerados estelares y nebulosas) que aun hoy es de uso frecuente, a pesar del inmenso avance experimentado por estos estudios tras las observaciones realizadas por Herschel.

J. V.



setenta años de edad, arrodillado delante de vosotros, Muy Eminentes y Reverentes Cardenales Inquisidores de la Universal República Cristiana, teniendo delante de mis ojos los Evangelios, que toco con mis manos, juro que siempre he creído, y con la ayuda de Dios creeré siempre, todo lo que la Santa Iglesia Católica, Apostólica, Romana, sostiene, enseña y predica. Pero como este Santo Oficio ha recomendado que abandone la falsa opinión de que el Sol está en el centro e inmóvil..., abjuro, maldigo y detesto los tales errores y herejías, y juro que nunca, en el futuro, diré ni escribiré nada de ellos, y que si conozco algún hereje le denunciaré a este Santo Oficio", etc.

¡Pobre Galileo!... Tenía setenta años y era florentino, no de la madera nórdica de que estaba hecho un Giordano Bruno.

Se cuenta (aunque es seguramente una leyenda) que la retractación de Galileo fue desmentida por él mismo en el acto, con re-

serva mental, y que dando con el pie un golpe en el suelo, exclamó en voz baja: *"Eppur si muove"* (no obstante, se mueve).

El proceso y la retractación de Galileo han sido un apasionante asunto de discusión entre eclesiásticos y seglares. La Iglesia ha pretendido defenderse permitiendo la publicidad de las cartas del tribunal, que en este caso no revelan extrema crueldad. Además se ha recordado que no fue la Iglesia quien erró al combatir el sistema copernicano, sino uno de sus órganos de gobierno –la Inquisición–, y que ésta puede errar y de hecho erró en otras ocasiones. Pero el proceso de Galileo manifiesta por lo menos la resistencia romana a aceptar lo que no es avalado por una tradición secular. Galileo, regresado a Toscana, fue mantenido bajo estricta vigilancia, primero en Siena, después en una residencia que le procuró el gran duque en Torre di Gallo. Allí todavía escribió su último tratado sobre la resistencia de los sólidos. Fatigado y enfermo, continuó trabajando en sus tablas de los satélites de Júpiter hasta que perdió la vista a los setenta y cuatro años. Ocurrió su fallecimiento poco después, en 1642, el mismo año en que nacía Isaac Newton.

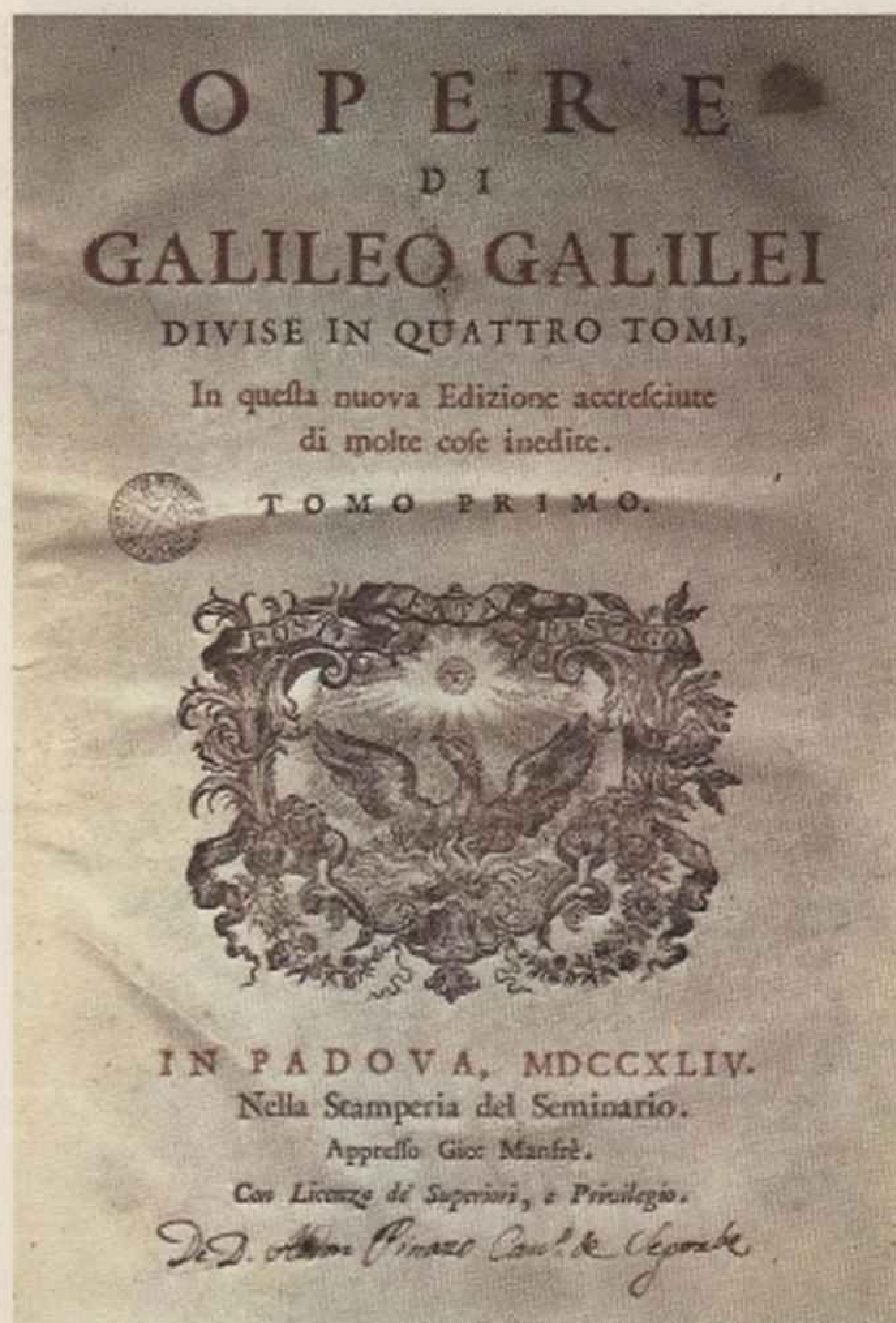


Imanes con los que trabajó Galileo (Museo de Ciencia y Técnica de Florencia).

La Torre di Gallo, posesión del gran duque de Toscana en donde vivió Galileo después de su proceso por la Inquisición.

BIBLIOGRAFIA

Bigourdan, G.	*L'astronomie, évolution des idées et des méthodes*, Paris, 1911.
Caspar, Max	*J. Keppler*, Stuttgart, 1948.
Duhem, P.	*Le système du monde*, Paris, 1956.
Gad, John A.	*The life and times of Tycho-Brahé*, Nueva York, 1947.
Koyré, A.	*Études galiléennes*, Paris, 1939. – *La révolution astronomique. Copernic, Kepler, Borelli*, Paris, 1961.
Sayili, A.	*The observatory in Islam and its place in the general history of the observatory*, Ankara, 1960.



OPERE
DI
GALILEO GALILEI
DIVISE IN QUATTRO TOMI,
In questa nuova Edizione accresciute
di molte cose inedite.
TOMO PRIMO.

IN PADOVA, MDCCXLIV.
Nella Stamperia del Seminario.
Appresso Gio: Manfrè.
Con Licenze de' Superiori, e Privilegio.

Portada del tomo primero de la edición de 1744 de las "Obras" de Galileo (Biblioteca Central, Barcelona).



Moctezuma sale a recibir a Hernán Cortés (detalle de uno de los cuadros de Miguel González; Museo de América, Madrid). La actuación del emperador azteca en relación con los españoles se vio mediatizada siempre por el temor supersticioso que éstos le inspiraban, temor que llegó a sumirle en profunda apatía.

La conquista de América

por JOSE FLORIT

A partir de 1500 se hace evidente a los europeos la inmensidad de los territorios descubiertos por Colón y los viajes menores. El potencial humano de estas nuevas tierras es difícil de evaluar: entre 40 y 80 millones de hombres, el doble de la población de la cristiandad occidental, distribuidos de forma muy desigual a lo largo del continente americano. La velocidad con que se produjo la conquista española de estos territorios escapa a toda comprensión cuando se consideran sin más las cifras enfrentadas: un puñado de europeos, situados en ambientes desconocidos cuando no abiertamente hostiles, frente a la inmensidad de un continente que albergaba diversas culturas, estructuradas en formas políticas y apoyadas en una masa ingente de población. Hay que analizar los factores que modifican el puro desequilibrio numérico a favor de los españoles y aun así resulta difícil comprender cómo fue posible tan gigantesca empresa.

Evidentemente el superior nivel técnico

de los europeos en cuestiones bélicas –se emplearon armas de fuego contra armas que en muchas ocasiones no habían superado el nivel tecnológico del neolítico– fue una de las causas que posibilitaron la conquista en la forma en que se llevó a cabo. Esta superioridad militar y el simple aspecto físico de los hombres blancos encajaron perfectamente en una serie de creencias mitológicas, extendidas por casi todo el ámbito americano, que profetizaban el retorno de unos rubios dioses ante los que las colectividades indias no podrían ofrecer resistencia. Estas creencias, causa de sentimientos de impotencia colectiva, hábilmente fomentadas por los conquistadores, explican en parte la relativa facilidad de la implantación de los españoles en América. Pero el factor más importante hay que buscarlo en la fragilidad de la estructura demográfica de las poblaciones indias, en su organización política y en su reparto a lo largo del territorio americano.

Más del 40 por 100 de la población americana vivía concentrada en las altiplanicies de México (menos del 2 por 100 de la superficie de América). Esta superpoblación, que en vísperas del ataque de Cortés determinó numerosas tensiones entre los diversos grupos étnicos que poblaban México, facilitó enormemente la penetración española, que supo aprovechar las disensiones entre los diversos grupos. La situación política de los pueblos indios de México también favoreció la empresa de Cortés. Desde doscientos años antes de la llegada de los españoles, una minoría belicosa, los aztecas, estaba intentando unificar a las diversas tribus de México. Cortés supo aprovechar las resistencias opuestas a este proceso unificador, enfrentándose a los aztecas primero, para llegar a sustituirlos más adelante como dominador de todo México.



Hernán Cortés en la época de la conquista de México (detalle de una miniatura del manuscrito H. A. 33.942 de la Biblioteca Nacional de Madrid).



Vasos de oro de la época precolombina. La incautación del oro recogido por generaciones de habitantes de las islas del Caribe y su agotamiento obligó a los conquistadores a proseguir los descubrimientos en busca del preciado metal.

La situación de América del Sur difería del panorama político que presentaban las altiplanicies mexicanas. Iniciado en el siglo XI el imperialismo inca, había conseguido crear un estado centralizado que agrupaba a unos 10 millones de súbditos bajo el poder del Inca. Aquí, pues, los españoles no podrán utilizar las ventajas que ofrecían en México las disensiones propias de un estado en formación. El Imperio inca era una realidad ya conseguida. Sus fronteras llegaban hasta las zonas pobladas por nómadas, de manera que toda la civilización urbana de la región andina estaba integrada en él. La red de caminos enlosados facilitaba las comunicaciones y, por lo tanto, la efectividad del poder central. La economía del Imperio estaba basada en el trabajo forzoso de los mitayos, suerte de esclavitud establecida a mediados del siglo XIII.

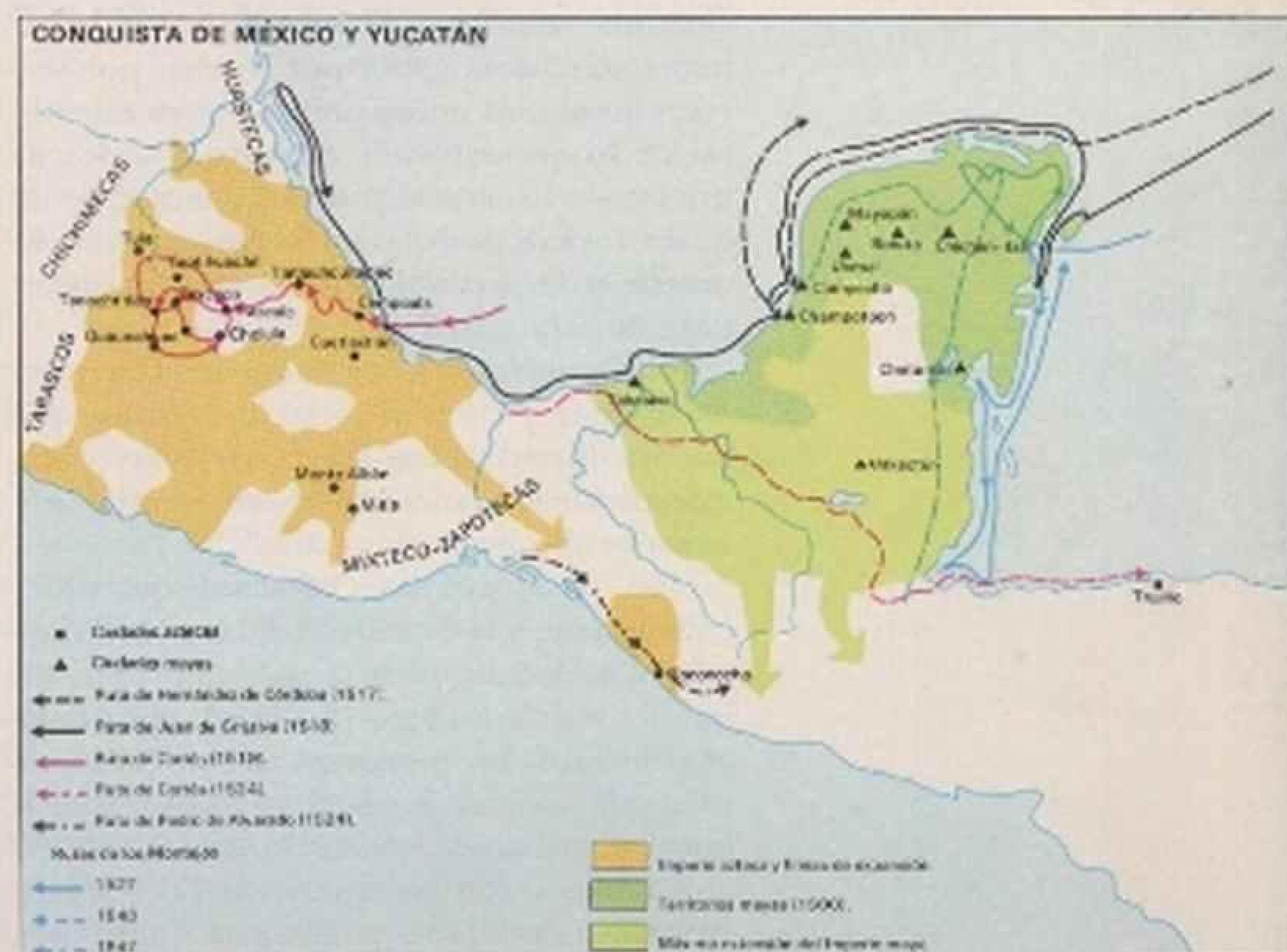
La fragilidad del Imperio inca no procede de la base, como en el mundo azteca, sino de la misma cima. En 1528, en vísperas de la aparición de Pizarro, la muerte de Huayana Cápac abre una guerra civil por la sucesión

Los buques de Cortés en el puerto de Veracruz (detalle de un cuadro de Miguel González; Museo de América, Madrid). La fundación de la Villa Rica de la Vera Cruz significó para Cortés el rompimiento con los lazos que le unían al gobernador de Cuba.

del trono entre sus dos hijos, Huáscar y Atahualpa. La victoria sangrienta de este último no significará el fin total del partido legitimista de Huáscar. Pizarro encontrará una ayuda preciosa en los intentos revanchistas de los enemigos de Atahualpa. El profesor Pierre Chaunu resume así la situación de los dos grandes imperios americanos inmediatamente antes de la conquista: "Un mundo lo suficientemente organizado para poder recibir un ataque en la cima y para que pueda funcionar el sencillo mecanismo, sea de la sustitución (en México), sea de la superposición (en el Perú) de las autoridades. Un mundo en proceso de unificación demasiado reciente para que puedan jugar a su favor la multiplicidad cultural y la acumulación técnica de las grandes civilizaciones abiertas del hemisferio continental".

Es notable que, si por sus grandes preocupaciones en Europa, los reyes de España, mejor dicho, de Castilla, no pudieron prestar atención personal a las costas de América, conservaron celosos sus derechos de soberanía. Por ningún concepto consintieron que se vendieran o arrendaran tales derechos, pagando los conquistadores un canon anual. Las *ventas* de territorios de ultramar puede decirse que no se han verificado hasta nuestros días. Francia vendió Luisiana, Rusia vendió Alaska, España las Marianas y Carolinas, y Dinamarca, más recientemente, vendió sus Antillas. Los reyes de Castilla, al otorgar la concesión de un *descubrimiento o población de tierras*, como se decía en el siglo XVI, se reservaban intactos sus títulos de propiedad, como reyes absolutos de los territorios *concedidos*. El rey concedía la gobernación, no el usufructo ni la posesión. Tanto los conquistadores como la corona sabían que era necesario pactar unas capitulaciones antes de que nadie se lanzara a descubrir y *granjear* (por aprovechar) los vastos territorios del continente americano.

Del año 1563 son las *Ordenanzas sobre des-*





Cortés y la india Marina, en representación del códice de Diego Durán (Biblioteca Nacional, Madrid). Tras el primer enfrentamiento con los autóctonos, Cortés recibió como presente unos cuantos indios, entre los que se encontraba la que después fue doña Marina, que por su conocimiento de los idiomas y las costumbres de los naturales prestó grandísimos servicios en la conquista.

cubrimiento nuevo y población, dictadas por Felipe II. Establecen la posición legal de las partes contratantes, monarcas y descubridores. Fijan todos los detalles de convenios futuros para proteger los intereses de la corona. Los descubridores debían saber de memoria tales *Ordenanzas,* puesto que su sentido reaparece en el libro de Vargas Machuca *Milicia indiana.* Es un completo tratado de colonización de principios del siglo XVII que refleja el espíritu de los que, de acuerdo con las *Ordenanzas,* marcharon a descubrir, poblar o granjear. Las *Ordenanzas* del año 1563 empiezan con un párrafo que dice así: "Ninguna persona, de cualquier estado y condición que sea, haga de su propia autoridad nuevo descubrimiento, por mar ni por tierra, entrada, ni nueva población, ni ranchería en lo que estuviere cubierto o se descubriere, sin licencia o previsión nuestra, o de quien tuviere poder para la dar, so pena de muerte y de perdimiento de todos sus bienes para nuestra cámara.

"Y mandamos a los nuestros Visorreyes, Audiencias y otras justicias de Indias, que no den licencia para hacer nuevo descubrimiento sin enviárnoslo primero a consultar y tener de ello licencia nuestra."

Así pues, por las *Ordenanzas* quedaban enteramente a la discreción del rey y sus consejeros el decidir sobre la oportunidad de un nuevo descubrimiento. A veces, sobre todo al principio, los monarcas no podían hacer más que aceptar los hechos consumados y aprobar iniciativas que no lo habían sido de antemano, como en el caso de Cortés y de Balboa, o de Pizarro y Almagro. Tanto Carlos V como Felipe II siempre se mostraron benévolos con los aventureros afortunados y aun con aquellos que habían actuado en abierta oposición con los representantes de la autoridad real en el Nuevo Mundo.

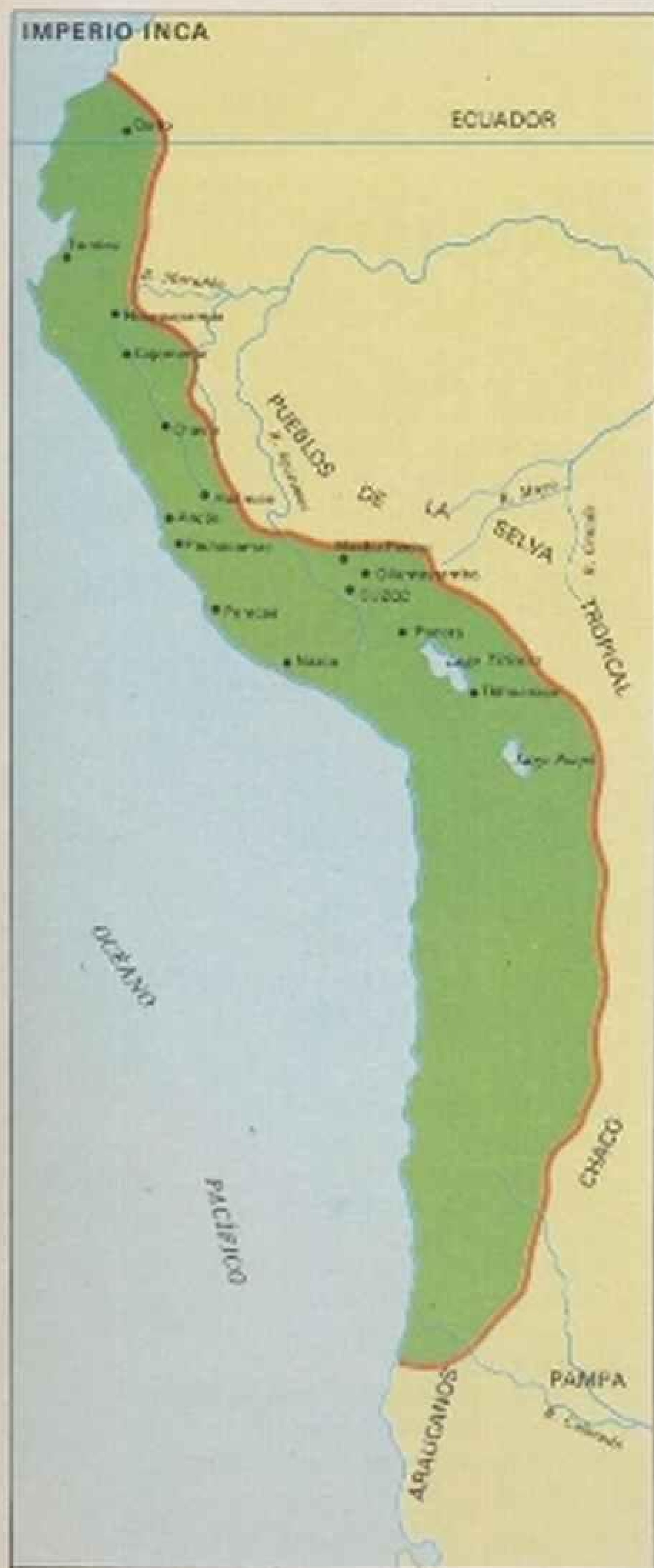
Pero pronto los conquistadores indocumentados trataron de legalizar su situación, obteniendo una cédula real que excusase sus extralimitaciones y les asegurase un título de gobernador de la tierra conquistada. El siglo XVI, siglo de absolutismo y tiranía, era también una época de superstición por la jurisprudencia. Todo lo que se hacía, aun por parte del césar, tenía que justificarse por un precepto legal. Por esto, porque muchas veces se decidía un asunto arbitrariamente, se insistía en cubrir la situación con una fórmula de derecho que justificase el atropello. Lo que contaba era el éxito; pero éste tenía que explicarse precisamente con el tecnicismo de justicia reconocido como prueba por un tribunal. No bastaba la razón de estado; claro está que la voluntad del césar lo resolvía todo en última instancia; sin embargo, era necesario revestirla de cláusulas legales como si hubiera trascendido aquella decisión del derecho público.

He aquí, como ejemplo, el caso de Colón. Las Capitulaciones de Santa Fe, que establecían los derechos del almirante y de sus descendientes a la gobernación de los países que iba a descubrir, eran exorbitantes. De haberse mantenido, hubiera sido imposible continuar el descubrimiento de América, porque Colón y su familia tenían derecho a todo. Era inevitable cancelar aquellas Capitulaciones por razón de estado y convenien-

cia general de la humanidad. Parece que un césar como Felipe II podía anular aquellos privilegios de una plumada, y, sin embargo, se recurrió al expediente de un largo y costoso pleito para dar a la sentencia aspecto de legalidad. Las Capitulaciones concedían títulos y derechos a Colón y sus descendientes sobre las islas y tierras que descubrieran del mar Océano. Parecían intachables, a menos que se probara que Colón no descubrió las tales islas y tierras, puesto que ya habían sido descubiertas por otros con anterioridad. Esta fue la tecnología legal de que se valió la corona... Se quiso probar que otros habían ido antes a América. Por lo menos, había ido el apóstol santo Tomás, de quien se decía que fue a predicar el Evangelio a la India... ¡y ay del que se atreviera a negarlo! Sería como decir que Santiago no estuvo en España ni Lázaro en la Galia. Colón no descubrió tierras, porque las Indias ya estaban descubiertas, si no por otro, por santo Tomás... Colón, pues, no tenía derechos sobre ellas. *Ergo*, el césar podía cancelar su contrato con el audaz navegante. Algo parecido tuvo que hacerse con Cortés: los privilegios del conquistador de la Nueva España no eran tan grandes como los que arrancó Colón de la reina Isabel; en cambio, México era una tierra de más calibre que las Antillas. Hubo también que rebajar las concesiones y Cortés tuvo que resignarse con un marquesado.



Hernán Cortés inutiliza sus naves para impedir que nadie se vuelva atrás. Pintura sobre cobre del siglo XIX (Museo de América, Madrid).



Así, mientras se valía de la iniciativa particular, la corona no tenía intención premeditada de defraudar a los conquistadores, pero estaba resuelta a defraudarlos si así convenía. Aprovechándose de la fortuna de unos, de los errores, de la temeridad y las ambiciones de otros, la corona de Castilla iba ensanchando su imperio de ultramar sin exponer ni ejércitos ni capitales. Es una equivocación muy común la de suponer que los castellanos monopolizaron el descubrimiento de América. Carlos V concedió *derecho de descubrir* hasta a unos banqueros ale-



En su camino hacia México, Cortés tropezó con la resistencia de Cholula; después de vencida, destruyó sus templos. Representación de esta lucha en el manuscrito 33.942 de la Biblioteca Nacional de Madrid.

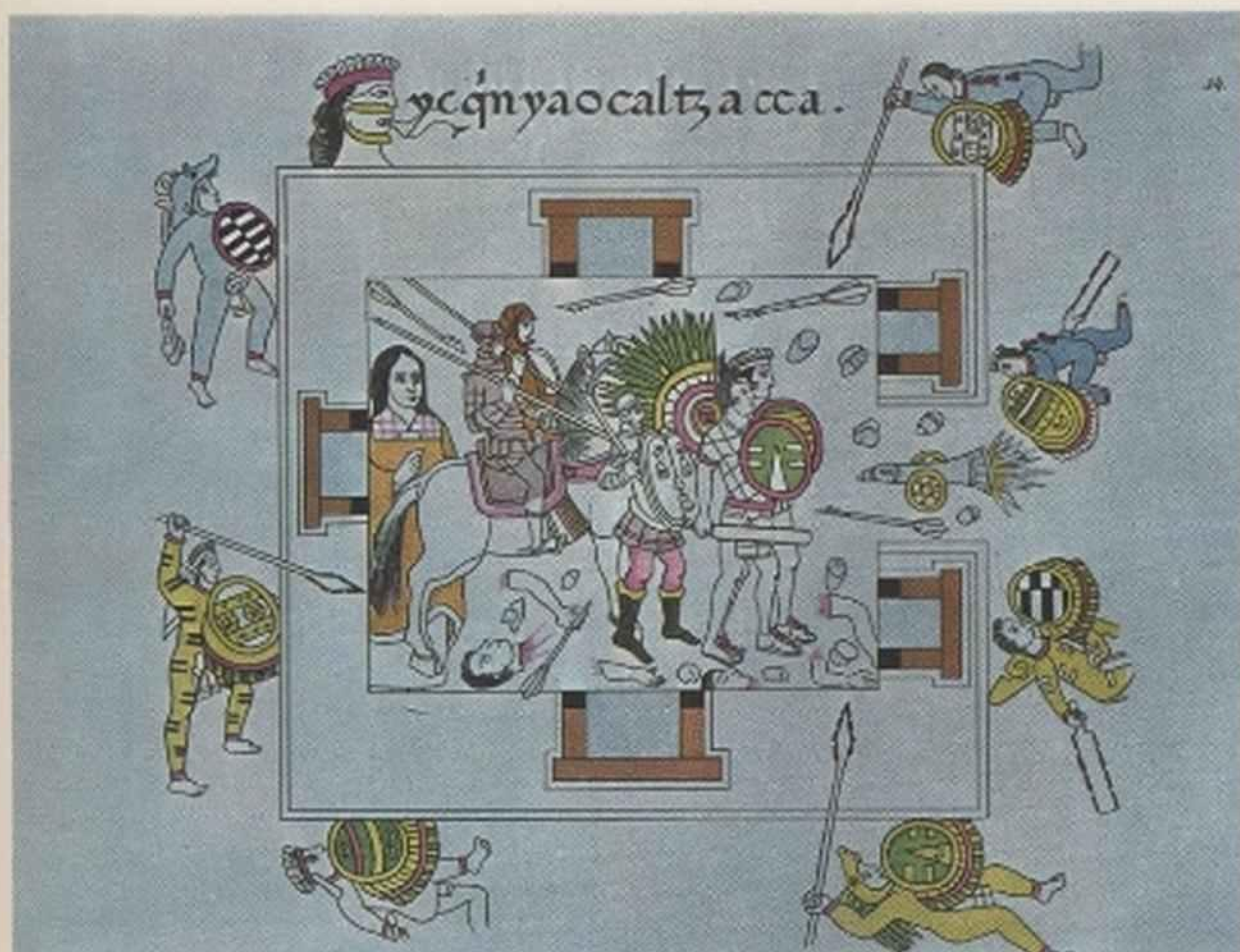
manes. A veces, la corona participaba en los gastos con algunos buques, armas y bastimentos, pero los conquistadores tenían que alistar sus compañías, dándoles algún viático antes de ponerse en camino, pagando sus deudas, puesto que no se permitía embarcar a quien no tuviera saldadas sus cuentas en España. Esto les obligaba a procurarse un capital crecido, que raramente podían devolver a los prestamistas. Los descubrimientos resultaban a menudo mal negocio; los caudillos se lanzaban a *poblar* tierras que conocían sólo por haberlas visto de paso. Muchas veces los pactos entre la corona y los conquistadores eran documentos que no va-

UNA REACCION AZTECA ANTE LA "CONQUISTA ESPIRITUAL DE MEXICO"

En 1524 llegaron a Nueva España un grupo de franciscanos encargados de adoctrinar a los aztecas. En los *Coloquios de los Doce* se recogen las discusiones entre los misioneros y los sacerdotes aztecas supervivientes. Es un documento muy curioso, con texto bilingüe, cuyo título completo es *Cholloquios y Doctrina Christiana con que los doze frayles de San Francisco embiados por el Papa Adriano Sesto y por el Emperador Carlos Quinto convertieron a los indios de la Nueva Espanya, en Lengua Mexicana y Española.* He aquí los argumentos que utilizan los sacerdotes aztecas en defensa de sus creencias:

"Señores nuestros, muy estimados
señores:
Habéis padecido trabajos para llegar a
esta tierra.
Aquí, ante vosotros,
os contemplamos nosotros, gente
ignorante...
Somos gente vulgar,
somos perecederos, somos mortales:
déjennos, pues, ya morir,
déjennos ya perecer,
puesto que ya nuestros dioses han
muerto.
Tranquilícese vuestro corazón y vuestra
carne,
¡señores nuestros!,
porque romperemos un poco;
ahora un poquito abriremos
el arca del Señor nuestro.
Vosotros dijisteis
que nosotros no conocemos
al Señor del cerca y del junto,
a aquel de quien son los cielos y la tierra.
Dijisteis
que no eran verdaderos nuestros dioses.
Nueva palabra es ésta,
la que habláis;
por ella estamos perturbados,
por ella estamos molestos.
Porque nuestros progenitores,
los que han sido, los que han vivido sobre
la tierra,
no solían hablar así.
Ellos nos dieron sus normas de vida,
ellos tenían por verdaderos,
daban culto,
honraban a los dioses.
Ellos nos estuvieron enseñando
todas sus formas de culto,
todos sus modos de honrar (a los dioses).
Así ante Ellos acercamos la tierra a
la boca,
nos sangramos,
cumplimos las promesas,
quemamos copal
y ofrecimos sacrificios.
Era doctrina de nuestros mayores,
que son los dioses por quien se vive...
Era su doctrina
que Ellos nos dan nuestro sustento,
todo cuanto se bebe y se come,
lo que conserva la vida: el maíz, el frijol,
los bledos, la chía.
Ellos son a quienes pedimos
agua, lluvia
por las que se producen las cosas de
la tierra.
Ellos mismos son ricos,
son felices,
poseen las cosas,
de manera que siempre y por siempre
las cosas están germinando y verdean
en su casa...
Nunca hay allí hambre,
no hay enfermedad,
no hay pobreza.
Ellos dan a la gente
el valor y el mando...
Ellos dieron
el mando, el poder,
la gloria, la fama.
Y ahora nosotros
¿destruiremos
la antigua norma de vida?...
Nosotros sabemos
a quién se debe la vida,
a quién se debe el nacer,
a quién se debe el ser engendrado,
a quién se debe el crecer,
cómo hay que invocar,
cómo hay que rogar.
Oíd, señores nuestros,
no hagáis algo
a vuestro pueblo
que le acarree la desgracia,
que lo haga perecer...
Es ya bastante que hayamos perdido,
que se nos haya quitado,
que se nos haya impedido
nuestro gobierno.
Si en el mismo lugar permanecemos
sólo seremos prisioneros.
Haced con nosotros lo que queráis".

J. F.



Escena de combate entre aztecas y españoles (éstos ayudados por indios auxiliares) en que puede apreciarse la diferencia enorme que mediaba entre los armamentos de unos y otros (miniatura del manuscrito H. A. 33.942 de la Biblioteca Nacional de Madrid).

Supuesta representación huasteca de Quetzalcoatl, el dios que había predicho su retorno y con quien las mentes aztecas identificaron a los españoles (Museo Nacional de Antropología, México).



lían el papel en que estaban escritos: o no se habían fijado bien los límites de la concesión, o eran territorios insalubres, o lugares desiertos.

La instalación de los españoles en los territorios americanos se realizó de forma muy rápida a partir de los primeros descubrimientos. En capítulos anteriores hemos analizado los establecimientos coloniales de fundación colombina y la ocupación de América central. Los precedentes de estas actividades, que proporcionaron buena parte de las formas jurídicas y de los medios técnicos empleados en la conquista, hay que buscarlos en la larga lucha contra los musulmanes, la reconquista y, de forma más inmediata, la incorporación de las Canarias a la corona de Castilla. Quizás el contraste mayor entre estos precedentes y la propia empresa colonial americana esté en el brusco cambio de ritmo, en la brutal aceleración que se produce a partir del descubrimiento del Nuevo Mundo. La ocupación de las Canarias (8.000 km²) costó un siglo. La de Santo Domingo (casi 80.000 km²) se completó en sólo diez años. Pero la conquista propiamente dicha no comenzó hasta 1519, fecha en la que se inició desde Cuba la empresa mexicana.

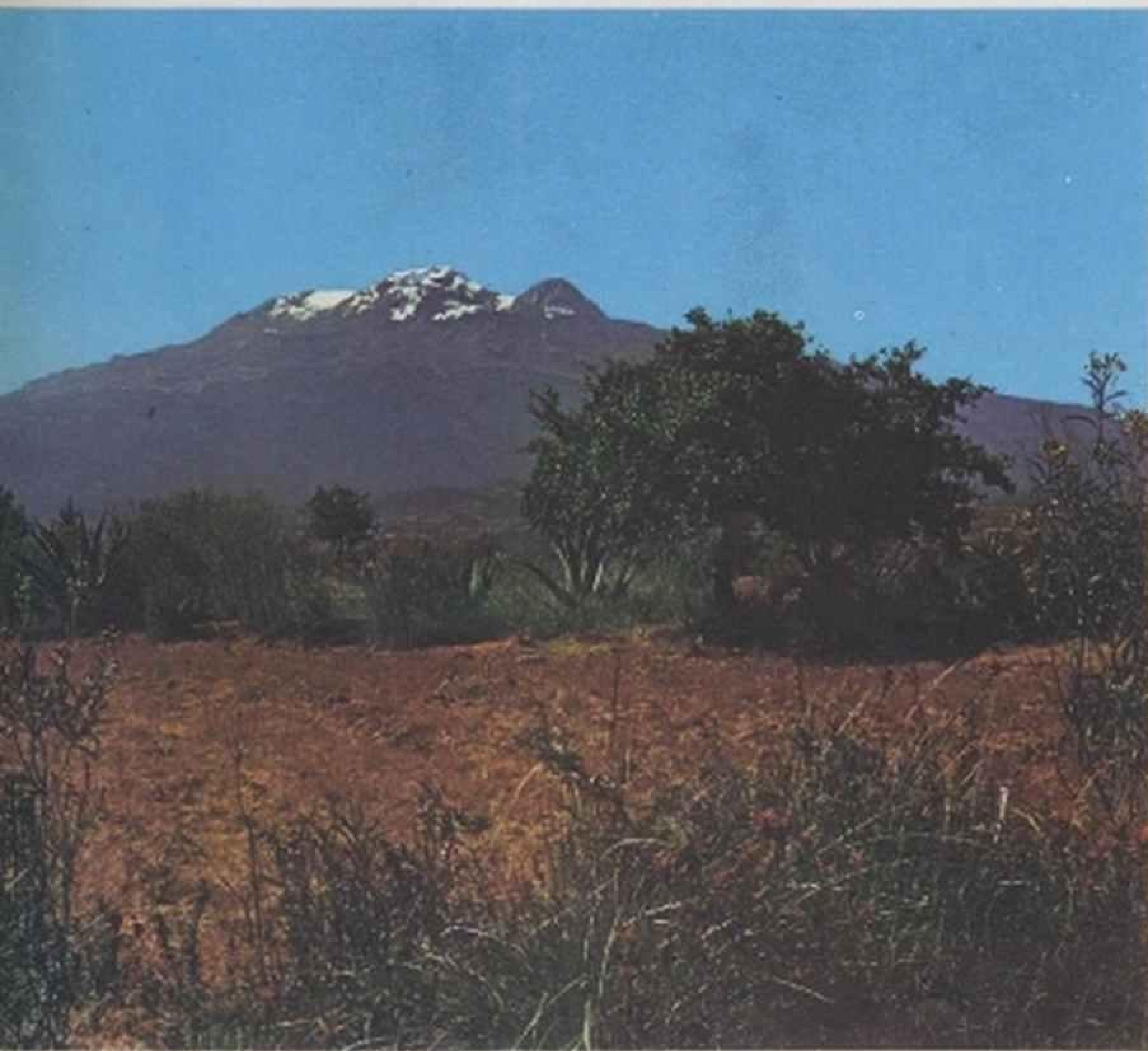
Hasta este momento, más que a conquista hay que referirse a colonización; la mínima resistencia y el bajo nivel cultural de los indios de las Antillas no pudieron presentar una oposición a los españoles que justifique el término "conquista". El salto desde las Antillas hacia el continente –la creación de Castilla del Oro en América central es su primer paso– fue debido al agotamiento económico de las islas mucho antes de que la ambición de los colonos hubiera conseguido saciarse. La arribada de oro a Sevilla muestra claramente la amplitud de la crisis económica de las islas del Caribe. Hasta 1508 aumentan los envíos del precioso metal de forma progresiva, pero a partir de esta fecha se produce un estancamiento que se convertirá en retroceso a partir de 1513. Las causas hay que buscarlas en el agotamiento de las reservas de oro y en la desaparición de la población indígena como consecuencia del choque con la colonización, que produce un enrarecimiento de la mano de obra autóctona.

Las consecuencias de la nueva situación son inmediatas en la metrópoli: al entusiasmo de los primeros años sigue un retraimiento muy acusado de la emigración hacia las nuevas tierras. En las islas, el agotamiento económico tiene también consecuencias importantes. Los españoles de las Antillas, en su mayor parte ya incapaces de readaptarse a la vida de la metrópoli, a menos de regresar como los conquistadores del fabuloso Eldorado, ven cada día más difícil la

Sacrificio realizado por los aztecas, consistente en ofrecer a los dioses el corazón palpitante de una víctima humana (miniatura de la "Historia de las Indias" de Diego Durán; Biblioteca Nacional, Madrid). La práctica de estos crueles sacrificios fue quizás una de las causas que hicieron imposible el buen entendimiento entre españoles y aztecas .



Cuando Cortés se dirigió a Tenochtitlán, hubo de atravesar la imponente cordillera en que se eleva el Popocatépetl, uno de los volcanes más elevados del mundo. Desde su cima, los asombrados ojos de los españoles pudieron contemplar la amplia meseta del Anáhuac.



subsistencia en las primeras colonias. No pueden volver atrás ni permanecer en las islas; sólo les queda un camino: continuar hacia las tierras todavía no ocupadas. La conquista del continente no es, pues, una empresa realizada desde la península ibérica, sino desde las islas americanas. Y esto es así, además de por los motivos ya expuestos, por la imposibilidad de que la España del emperador Carlos, inmersa de lleno en el juego político europeo, pueda distraer recursos importantes para utilizarlos en el lejano ámbito del Nuevo Mundo. No es la menor de las paradojas del reinado de Carlos V el que sea América, la olvidada, la que proporcione las mayores ampliaciones territoriales al Imperio, compensando así la esterilidad de los esfuerzos de la política europea.

En 1519, las posesiones españolas en América abarcaban las islas del Caribe y, además, los territorios de Centroamérica que se extienden entre Belén y la desembocadura del río Magdalena. Desde estos dos puntos se desarrollará la conquista del continente. Desde Cuba, a partir de la fecha citada, se llevará a cabo la conquista de México. Las causas que determinaron esta empresa están expuestas ya. La escasez de mano de obra indígena produjo una crisis econó-

mica que abocó a los españoles a una nueva aventura. Cuba no era Eldorado; quizás hubiera que buscarlo en México.

La serie de expediciones realizadas en los años 1516, 1517 y 1518 aportan noticias de la existencia de un imperio, la confederación dominada por los aztecas, en el que las disensiones internas abundan tanto como los metales preciosos. Ante estas nuevas, Diego Velázquez, el gobernador de la isla de Cuba, decidió iniciar la conquista de estos territorios. Para mandar la expedición designó a un hidalgo extremeño, Hernán Cortés, ya veterano en las empresas americanas, tras catorce años de vida en las colonias. Diego Velázquez y Cortés no estaban hechos para entenderse. Ante las vacilaciones del gobernador, Cortés decidió forzar la partida de la expedición, aun a riesgo de enfrentarse con Velázquez.

El 10 de febrero de 1519 partió hacia el Yucatán con una armada compuesta por once navíos. Junto a la desembocadura del río Tabasco se enfrentó por primera vez a los indígenas. Tras una batalla victoriosa, consiguió hacerse con una veintena de indios, entre los que se encuentra una muchacha, la futura doña Marina, que habrá de desempeñar un importante papel en la conquista del Imperio azteca. A fines de abril llegó la expedición al continente mexicano, a la altura de Veracruz. Durante cuatro meses,



Azteca del tiempo de la conquista, provisto de escudo y espada y adornado con los emblemas de su cofradía (miniatura del códice de fray Bernardino de Sahagún; Real Academia de la Historia, Madrid).

LAS GRANDES EXPEDICIONES DE DESCUBRIMIENTO Y CONQUISTA EN AMERICA DURANTE LA PRIMERA MITAD DEL SIGLO XVI

AMÉRICA CENTRAL Y SEPTENTRIONAL		AMÉRICA MERIDIONAL	
1508	Circunnavegación de Cuba por Sebastián de Ocampo.		
1509	Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón, en la costa de Honduras y Yucatán. Ojeda y La Cosa, en el golfo de Darién.		
1513	Vasco Núñez de Balboa descubre el Pacífico.		
1517-1518	Hernández de Córdoba y Juan de Grijalva recorren la costa atlántica de México.	1515-1516	Juan Díaz de Solís llega al Río de la Plata.
1519-1521	Cortés conquista México.		
1521-1522	Gil González Dávila reconoce la costa de Nicaragua y Panamá.	1520	Fernando de Magallanes explora la costa de la Patagonia y descubre el estrecho que lleva su nombre.
		1524-1539	Conquista de Perú y Chile por Pizarro y Almagro.
		1525-1526	García de Loaysa, Sebastián de Elcano y Guevara exploran el estrecho de Magallanes; Guevara reconoce la costa occidental de América hasta el istmo de Tehuantepec.
1528-1539	Cortés envía expediciones de exploración a territorios de México y países vecinos; Cabeza de Vaca atraviesa el sur de los actuales Estados Unidos.	1526-1530	Sebastián Caboto alcanza el Río de la Plata y remonta el Paraná hasta su confluencia con el Paraguay.
		1535-1528	Fundación de Buenos Aires por Pedro de Mendoza. Ayolas remonta el Paraná: establecimiento en el Río de la Plata.
		1535-1538	Benalcázar explora Ecuador y Colombia. Desde el Caribe, Gonzalo Jiménez de Quesada remonta el Magdalena y llega a la meseta de Bogotá.
1539	Marcos de Niza explora Nuevo México.		
1540-1543	Hernando de Soto explora la Florida y el curso inferior del Mississippi y Río Grande. Desde el Atlántico, Alvarado alcanza las Montañas Rocosas y por el Mississippi vuelve al golfo de México. Vázquez de Coronado explora Nuevo México, el Colorado y el valle del Missouri.	1540-1541	Desde Quito, Gonzalo Pizarro alcanza el Napo; el oficial Francisco de Orellana descubre el Amazonas, que sigue hasta el océano Atlántico.
1542-1543	Juan Rodríguez Cabrillo reconoce la costa de California hasta el cabo Mendocino.	1540-1554	Pedro de Valdivia explora el sur de Chile.
		1557-1558	Juan de Ladrilleros reconoce la costa oriental de la Patagonia.



Entrada de Hernán Cortés en México, por Miguel González (Museo de América, Madrid).

Cortés permaneció allí. Las relaciones con Cuba, cada vez más agrias, llegaron a romperse. Para legalizar su situación, Cortés renunció a todos los poderes que había obtenido de Velázquez y, tras haber creado el municipio de Veracruz, se hizo nombrar por él capitán general y justicia mayor. Para legalizar su situación y escapar a la autoridad de Velázquez, envió un navío a España, portador de las noticias de la fundación de la nueva colonia y de las primicias de las riquezas obtenidas.

Los territorios que rodeaban a Veracruz estaban poblados por indios hostiles a los aztecas, cuya supremacía sólo era tolerada por la fuerza. En estas circunstancias le fue fácil a Cortés atraerse al cacique de Cempoala prometiéndole apoyo contra los aztecas. A mediados del mes de agosto, con unos efectivos de 300 hombres, 16 de a caballo y 6 bombardas, se inició la marcha hacia la capital del imperio del azteca Moctezuma. La desproporción entre los efectivos enfrentados es tan grande, que, a pesar de los factores que favorecen a Cortés –identificación de los españoles con los mitos que profetizaban la vuelta de Quetzalcoatl, dios vengador; la disparidad técnica entre el mundo europeo y el americano; las querellas intestinas de los indios–, la empresa es imposible sin el apoyo de aliados indígenas. Utilizando la fuerza y la diplomacia, Cortés se aseguró la alianza del cacique de Tlascala.

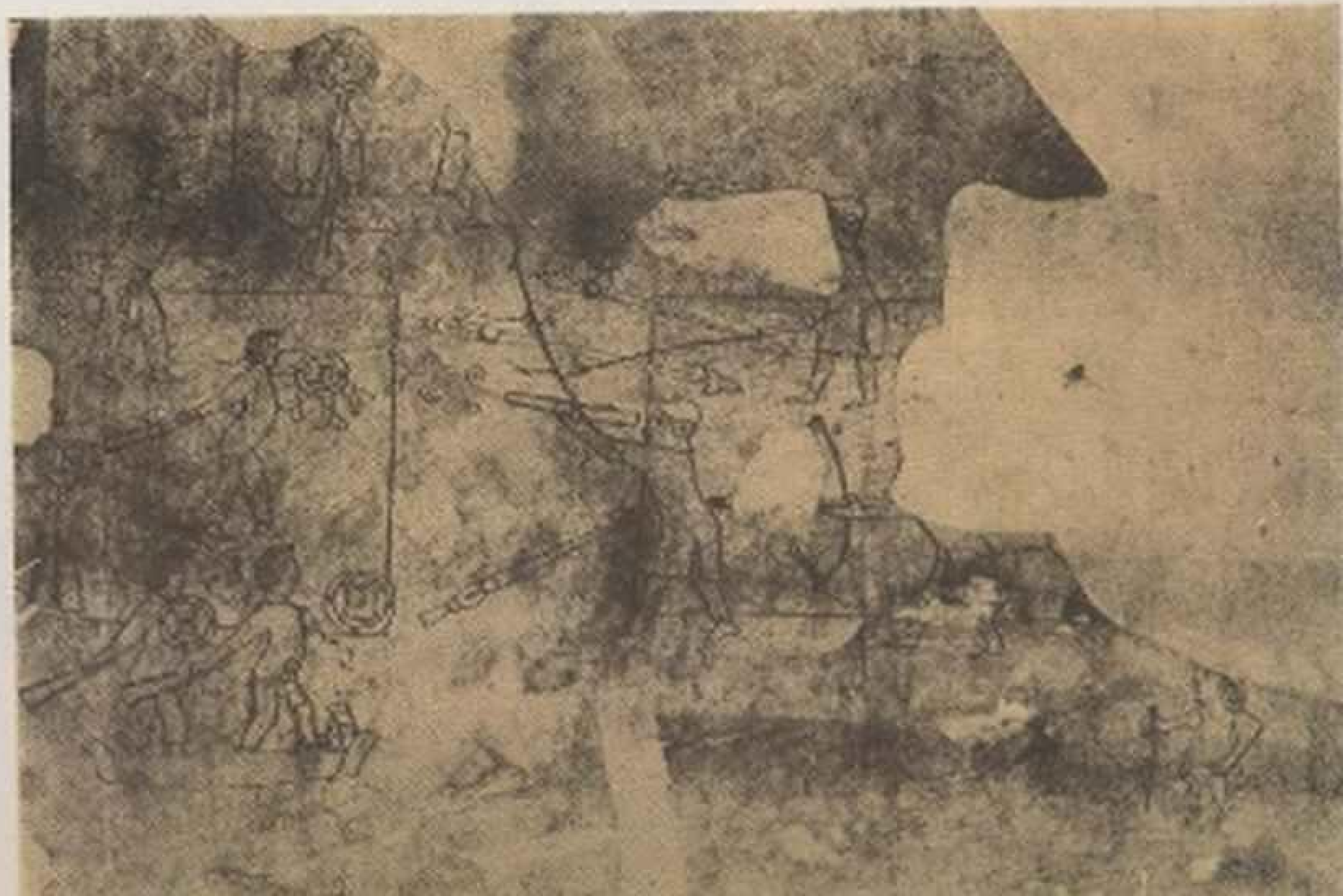
Establecidos allí los españoles, reciben enviados de Moctezuma, con la oferta de vasallaje al rey de España si Cortés renunciaba a sus propósitos de conquista y la invitación de visitar México. El 8 de noviembre, tras haber rechazado un ataque en Cholula, los españoles llegan ante México, donde son recibidos por Moctezuma. Las relaciones entre los aztecas y las tropas de Cortés están presididas por la desconfianza y la hostilidad encubierta. La aceptación de los españoles por Moctezuma sólo se debe al temor que éstos le inspiran. Cortés, perdido en la inmensidad de la enorme confederación regida por los aztecas, sólo cuenta con un puñado de hombres para defenderse si cambia la situación. La actuación de los españoles en el terreno religioso contribuyó a empeorar las cosas. La oposición decidida de Cortés a las creencias de los indios transformó a los sacerdotes aztecas en los principales enemigos de los españoles. Solamente la presencia de Moctezuma entre los españoles, donde era retenido como rehén, impedía el rompimiento definitivo.

Mientras, Velázquez no podía admitir la desobediencia de Cortés. Una expedición al mando de Pánfilo de Narváez desembarcó en San Juan de Ulúa para castigar a Cortés y colocar Veracruz bajo la autoridad del gobernador de Cuba. A pesar de su comprometida situación en México, Cortés decide enfrentarse a los hombres de Narváez. Con una tropa de 80 hombres, consigue, en un audaz golpe de mano, hacer prisionero al enviado de Velázquez y, mediante las promesas de incontables riquezas que proporcionará la conquista del Imperio azteca, atrae a su bando a los 900 hombres que constituían las fuerzas de Narváez.

De regreso en México se encuentra con una situación crítica. Los españoles que han permanecido allí, al mando de Pedro de

Prisión de Moctezama, según una pintura del siglo XIX *(Museo de América, Madrid). Cortés tuvo que hacerse con la persona de Moctezama para servirse de él como rehén. El descrédito del emperador será tal que, cuando la sublevación contra los españoles, el pueblo azteca contestará a su discurso pacificador con pedradas y flechas.*

Alvarado, están sitiados por los aztecas. La aparición de Cortés con los nuevos refuerzos que, paradójicamente, le ha proporcionado su enemigo Velázquez, restablece momentáneamente la situación, y el contingente español puede entrar en la ciudad sin encontrar resistencia. El respiro es sólo momentáneo. Ante la tensión cada vez mayor, que degenera en lucha abierta, Cortés decide retirarse. En la noche del 30 de junio, por la calzada de Tacuba y en lucha con los aztecas, los españoles abandonan México. En esta *Noche Triste* perecerán más de la mitad de los españoles.



Representación de una batalla entre aztecas y españoles que se interpreta como la única auténtica de la "Noche triste" (dibujo de la "Crónica de Yanhuitlán").



La ciudad de México, en el centro de la laguna. Si los canales habían sido un terrible obstáculo para la evacuación durante la "Noche triste", el sitio y la posterior ocupación de la azteca Tenochtitlán –como demuestra este grabado, de principios del siglo XVIII– eran imposibles sin naves.

La alianza de los tlaxcaltecas va a ser preciosa para los conquistadores. Cortés se establece en Tlaxcala y reorganiza allí sus fuerzas. A finales de diciembre –tras incorporar a sus tropas nuevos hombres procedentes de dos navíos que Velázquez había enviado para reforzar a Narváez– se considera lo suficientemente rehecho como para poner sitio a México. Cuenta con 818 hombres, 87 caballos y numerosas tropas auxiliares que le han proporcionado sus aliados tlaxcaltecas. El ataque a México se ve dificultado por la situación de la ciudad en el centro de una laguna. Para superar este inconveniente, Cortés fleta una escuadra de bergantines. El 12 de agosto de 1521 se rinde la capital del Imperio azteca a los españoles.

De esta manera, al vencer a los aztecas, Cortés y sus compañeros se hacen con los territorios que se extienden a lo largo de 300.000 km². La sustitución en el poder de los antiguos señores va muy pronto acompañada de una ampliación de los dominios del Imperio. Desde doscientos años atrás, los aztecas intentaban dominar las zonas limítrofes de la altiplanicie mexicana. Michoacán, Jalisco, Colima, Oaxaca son integrados antes de que termine 1522. Sólo el océano Pacífico detendrá esta expansión.

El Sur será el próximo objetivo. Alvarado funda Guatemala en 1524, y Cristóbal de Olid y el propio Cortés inician la exploración de Honduras. En 1526 se consigue la unión entre Honduras, la tierra extrema al sur de México, y Nicaragua, la marca al norte de Castilla del Oro. Ciertamente esto no supone que se haya conseguido una colonización total de los territorios que se extienden desde Tampico hasta Sudamérica. El profesor Pierre Chaunu resume así el carácter de estos primeros años: "La conexión (entre México y Castilla del Oro) se ha conseguido, a condición de entender que se trata de una ocupación tan poco profunda como la de Africa en el siglo XIX por los europeos... La conquista se produce a saltos, por avances a lo largo de pistas que son abandonadas a medida que se hace camino. Se resigna a aceptar semiindependencias, a no hacerse con las vastas regiones del interior, entre las mallas que ha tejido. En la práctica, el método se mostró eficaz. Siempre, salvo en raras sublevaciones –cuya violencia no compensó la falta de espíritu de continuidad–, el mundo indígena, inorgánico o demasiado organizado, no aspiró más que a entregarse a un vencedor, aureolado de un prestigio demasiado grande para llegar a odiarlo".

Así pues, en 1526, desde la frontera norte de México hasta la Margarita, la estructura colonial española cubre, teóricamente, más de

un millón y medio de kilómetros cuadrados. En realidad, subsisten grandes claros, decenas de miles de kilómetros cuadrados, que constituyen las grandes reservas territoriales de los próximos siglos.

La conquista del Perú, realizada diez años más tarde, repite con pocas variantes el proceso desarrollado a lo largo de la conquista de México. En ésta se había producido el paso desde una colonia agotada, Santo Domingo, a Cuba y desde allí el asalto al continente. En la conquista del Perú, Castilla del Oro, la fundación de Balboa, desempeñará el papel de Santo Domingo, y Panamá el de Cuba. Los tanteos iniciados a partir del istmo hacia el Sur culminarán con el viaje de Andagoya, que alcanzó el mediodía de la actual Colombia. Allá recogió noticias del reino de *Pirú*, del Perú, que, una vez más, reanimarán las fantasías de Eldorado, de las fabulosas tierras de riquezas sin cuento. En realidad, lo que ocultaba el *Pirú* era la segunda concentración humana del Nuevo Mundo, el otro único imperio comparable al de los aztecas.

Los contactos que se establecen desde Panamá con los nuevos territorios ponen pronto de manifiesto la riqueza del Imperio inca y despiertan el interés de los españoles. Durante los años 1524 y 1526, las expediciones de Almagro y Pizarro, carentes de apoyo desde Panamá, deben desistir. Pizarro intentó obtener el apoyo directo de la corona y se trasladó a España. En 1529 obtiene de Carlos V las capitulaciones que le otorgan 200 leguas de tierras al sur del golfo de Guayaquil. La empresa de conquis-



Pedro de Alvarado al frente de los soldados españoles (detalle de una miniatura del códice Durán; Biblioteca Nacional, Madrid). El lugarteniente de Cortés en la conquista de México obtuvo el nombramiento de capitán general de Guatemala y conquistó la América Central con sólo 300 hombres y 160 caballos.



Construcción de los bergantines con que Cortés pudo bloquear y ocupar la capital del Imperio azteca (códice Durán, Biblioteca Nacional, Madrid).



Monumento a Francisco Pizarro, el conquistador del Perú, en Trujillo (Cáceres), su patria chica.

ta deben realizarla Pizarro, Almagro y Luque, un eclesiástico que era el financiero de los asociados. Los títulos concedidos en las capitulaciones muestran la influencia del negociador directo, Pizarro, y la desigualdad de trato que en ellas está de manifiesto será germen de las futuras disensiones entre los tres asociados. Según las capitulaciones, Pizarro recibía los títulos de gobernador, capitán general, adelantado y alguacil mayor de los territorios otorgados; Almagro era nombrado alcalde de Tumbez, y Luque, arzobispo mayor y protector de los indios.

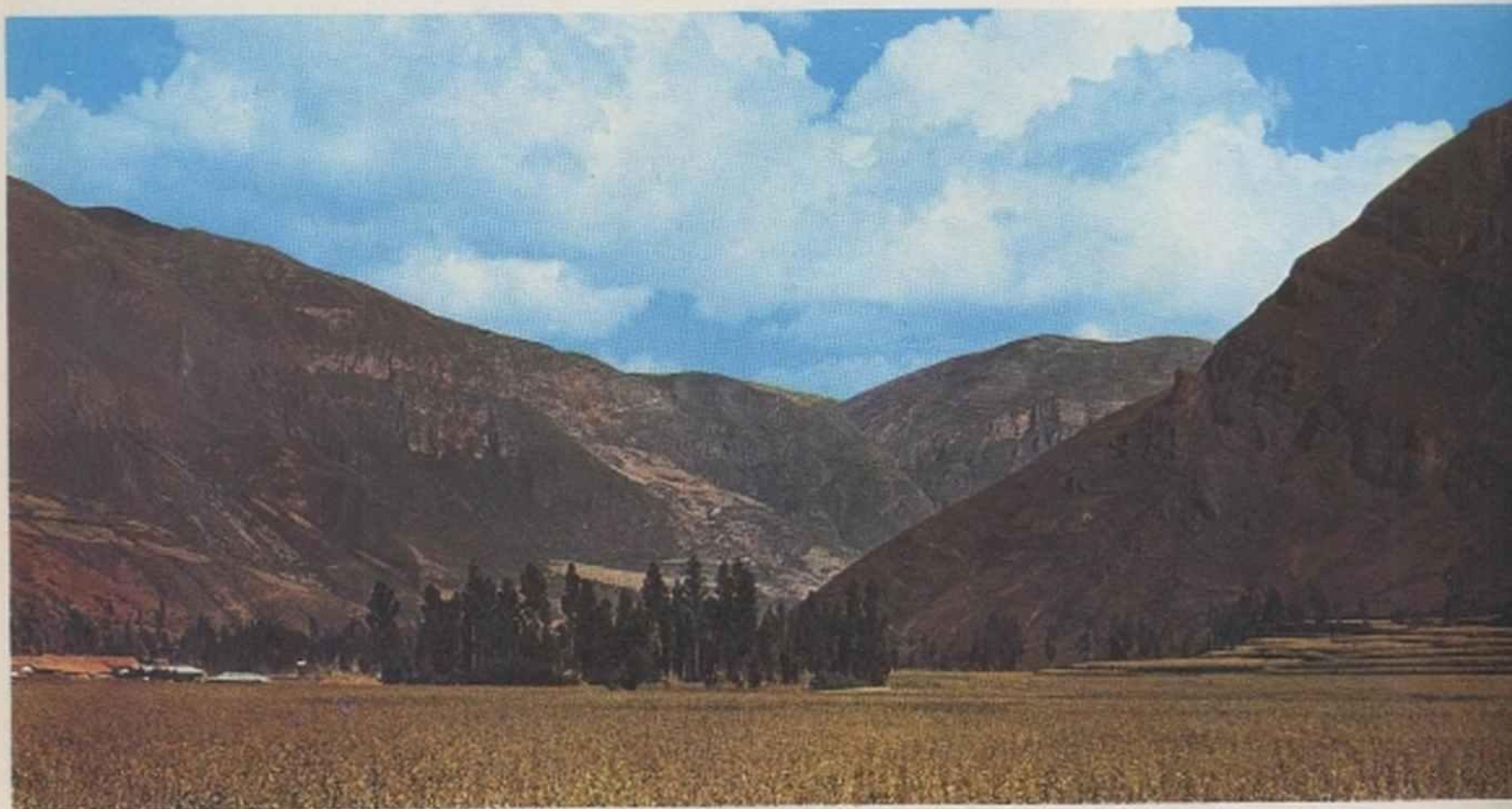
A principios de 1531, con 180 hombres y 27 caballos, Pizarro parte de Panamá con destino a Guayaquil y desde allí a Tumbez, donde fundó la villa de San Miguel, primera colonia en territorio de los incas. Pizarro entró en contacto con los enviados de Atahualpa, Inca a la sazón, y concertó una entrevista con el monarca indio. Para llevarla a término, Pizarro, acompañado de un centenar de hombres y algo más de cincuenta de a caballo, cruzó los Andes en otoño de 1532. En la altiplanicie de Cajamarca se encontró con Atahualpa y el ejército inca, compuesto por más de 30.000 hombres.

En una llanura cuyas salidas pueden ser con facilidad cerradas por muy pocos guerreros, las posibilidades de recurrir a la fuerza parecen nulas para los españoles, en inferioridad numérica aplastante. Sólo un golpe de mano audaz, en el que únicamente la situación angustiosa puede justificar la falta de escrúpulos, permitió a Pizarro hacer prisionero a Atahualpa y erigirse en árbitro de la querella que enfrentaba al Inca y a Huáscar, el hermano del soberano indio.

De momento, Pizarro exigió un rescate fabuloso por la libertad de Atahualpa. Una habitación de unos 250 metros cúbicos llena de oro. Más de la producción europea del precioso metal durante medio siglo. En dos meses, los incas completarán el rescate. Pero, mientras, la guerra civil ha seguido su curso.

Huáscar, derrotado y hecho prisionero por los partidarios de Atahualpa, fue ejecutado por mandato de éste, que continuaba en poder de los españoles. La muerte de Huáscar inclinó a sus partidarios a buscar el apoyo de Pizarro. Este mandó dar muerte a Atahualpa y, manteniendo la ficción de la autoridad del inca, colocó en su lugar a Manco, hermano de Huáscar. En noviembre de 1533, en Cuzco, la ciudad sagrada de los incas, es coronado, con el beneplácito de los españoles, Manco Cápac. Parece que la autoridad de los monarcas del Imperio inca va a servir para establecer el dominio español. Pero pronto estalló una rebelión que encabezó el propio Manco.

La guerra será difícil para los españoles, sitiados en Cuzco durante algunas semanas, y no finalizará hasta 1544. Al principio, la



Aspecto de los Andes. Una vez desembarcados, entre los españoles y el inca Atahualpa se interponía la soberbia cordillera de los Andes. La ascensión fue muy penosa para hombres y caballos. Sólo la audacia de Pizarro al apresar al inca podía salvar la precaria situación de los españoles.

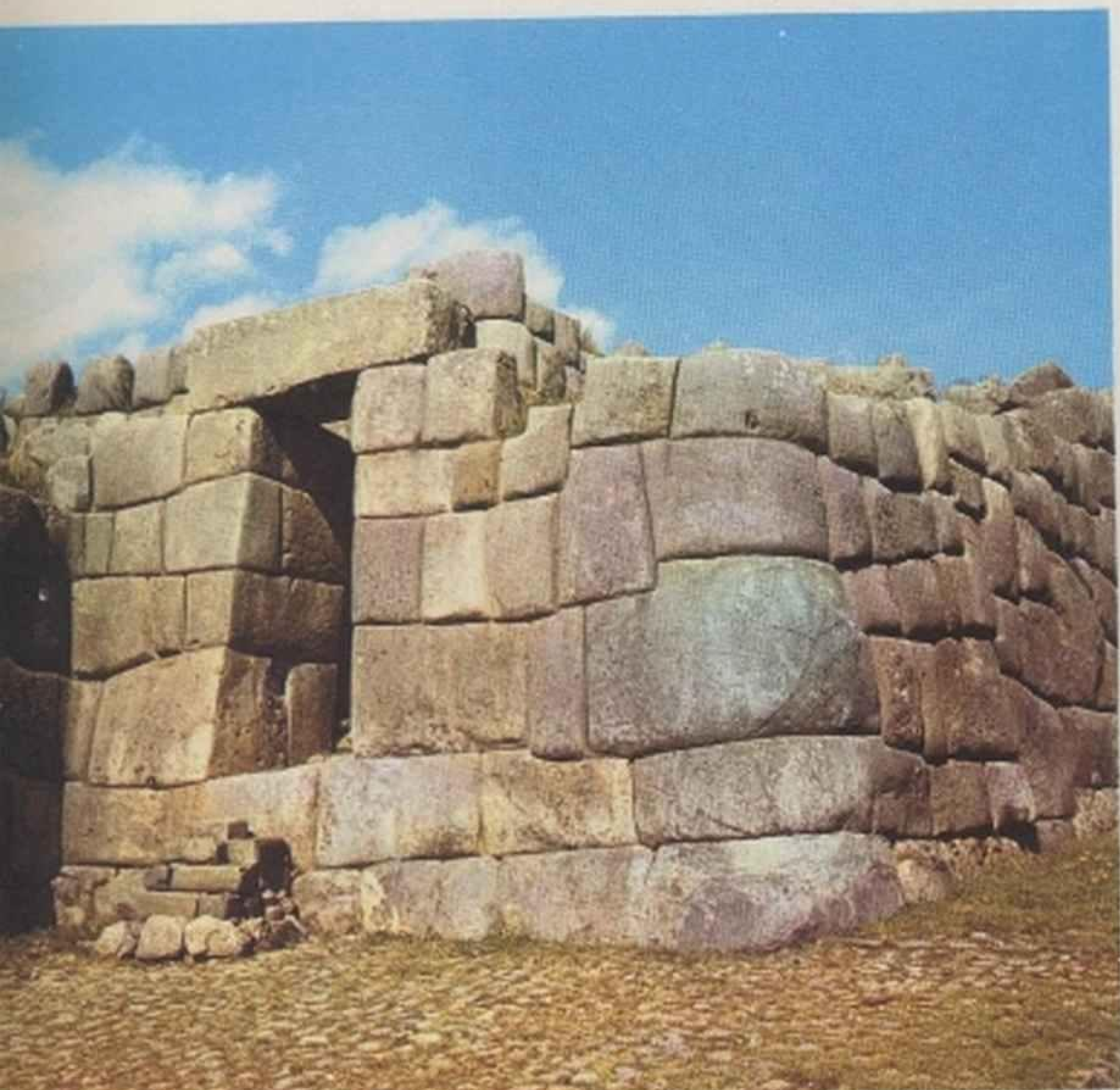
revuelta inca se vio favorecida por la fundación de Lima, en la costa, más apta que el Cuzco, situado en el interior, para ser la capital de los nuevos territorios. La expedición de Almagro hacia Chile dejó desguarnecidas las altas tierras quechuas, ya despobladas de españoles, desplazados hacia Lima, y, por consiguiente, fue el segundo factor favorable a la rebelión de Manco. Cuando se produjo la vuelta de la expedición de Almagro se utilizaron sus tropas para sofocar la revuelta, condenada al fracaso desde este mismo momento.

La vuelta de Almagro al Perú contribuyó a sofocar la rebelión inca, pero, como contrapartida, abrió la guerra civil entre los conquistadores. Las diferencias entre Pizarro y Almagro, originadas desde las mismas capitulaciones, habían sido sofocadas por la amenaza india y, en segundo lugar, por las perspectivas de que existiera al sur del Perú una tierra lo suficientemente rica como para saciar la ambición de Almagro. Cuando la expedición a Chile muestra la pobreza de aquellos territorios, se abre la guerra civil. El Cuzco constituye el objeto principal de la disputa entre los partidos de Pizarro y Almagro. La batalla de Salinas, en 1538, dio ventaja a los pizarristas. El Cuzco cayó en su poder y Almagro pereció ejecutado. La lucha continuó. Tres años después de la muerte de Almagro fue asesinado Pizarro



Atahualpa, preso (detalle de uno de los dibujos que ilustran la crónica de Huamán Poma de Ayala; Biblioteca Nacional, Madrid). La prisión del inca y su posterior ejecución permitieron a Pizarro salvarse, primero, y dominar después a la segunda concentración humana de América.

Tres episodios señalan la ocupación de los territorios del noreste del Perú. En 1539, Orellana había partido desde el Perú, siguiendo la cuenca del Amazonas hasta alcanzar la desembocadura, dos años más tarde. Al norte de la zona cubierta por esta expedición se encontraban los dominios de los chibchas. En 1539, según los partidarios de una cronología corta, se reunieron en las altiplanicies de Bogotá tres expediciones distintas, dando así origen a la futura Nueva Granada. Jiménez de Quesada había partido de Santa Marta, en el Caribe. El alemán Federmann procedía de la zona occidental de Venezuela, y Belalcázar de Quito. El encuentro de las tres expediciones fue casual y pronto se planteó la cuestión de los derechos de colonización que cabía atribuir a cada una de ellas. Tras un intento fallido de que la corona arbitrara las diferencias entre los tres conquistadores, Nueva Granada atravesó un periodo de disturbios, comparable a lo sucedido en Perú. Sólo con la creación de la audiencia de Bogotá, la implantación de las Leyes Nuevas y el nombra-

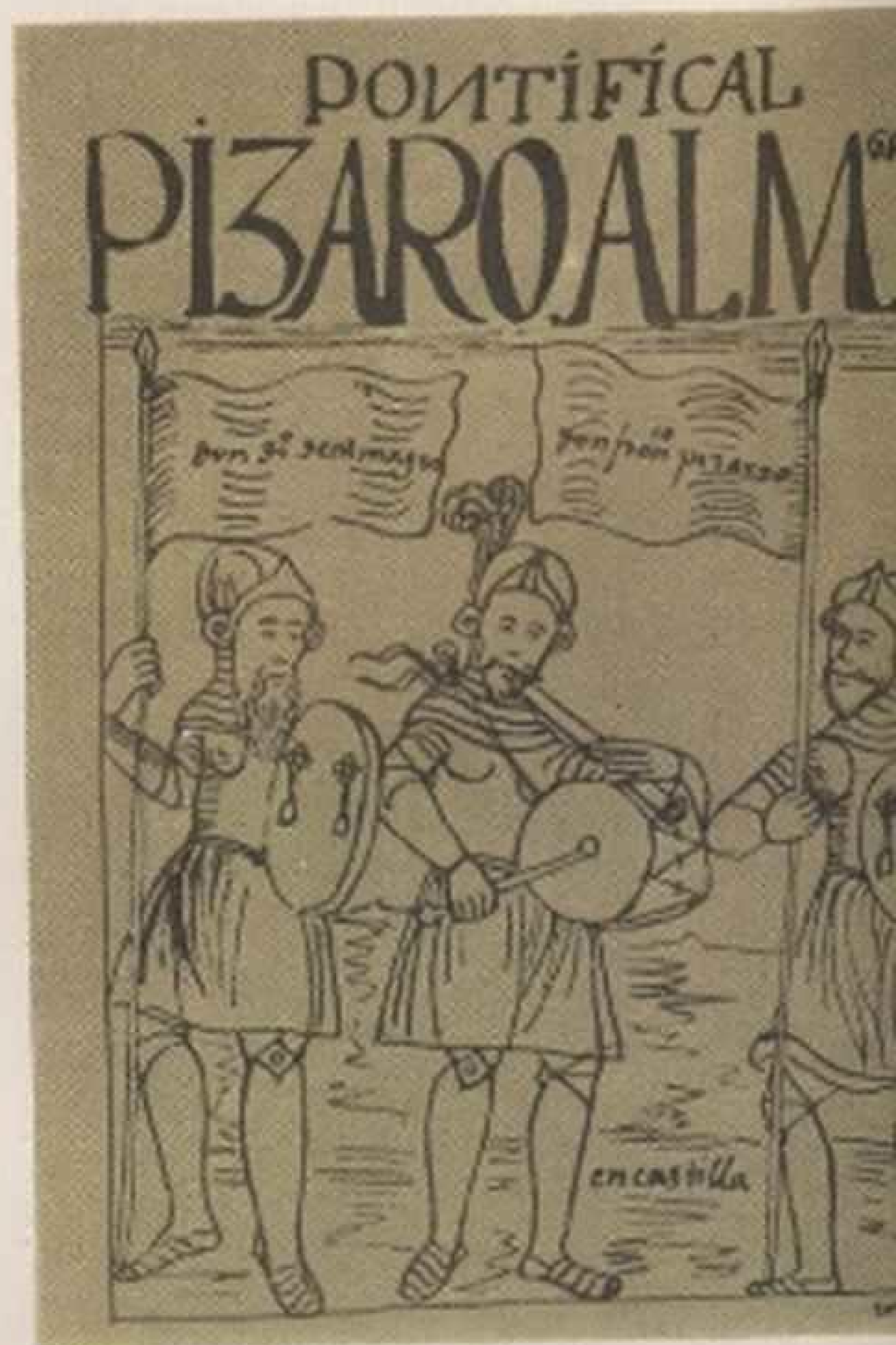


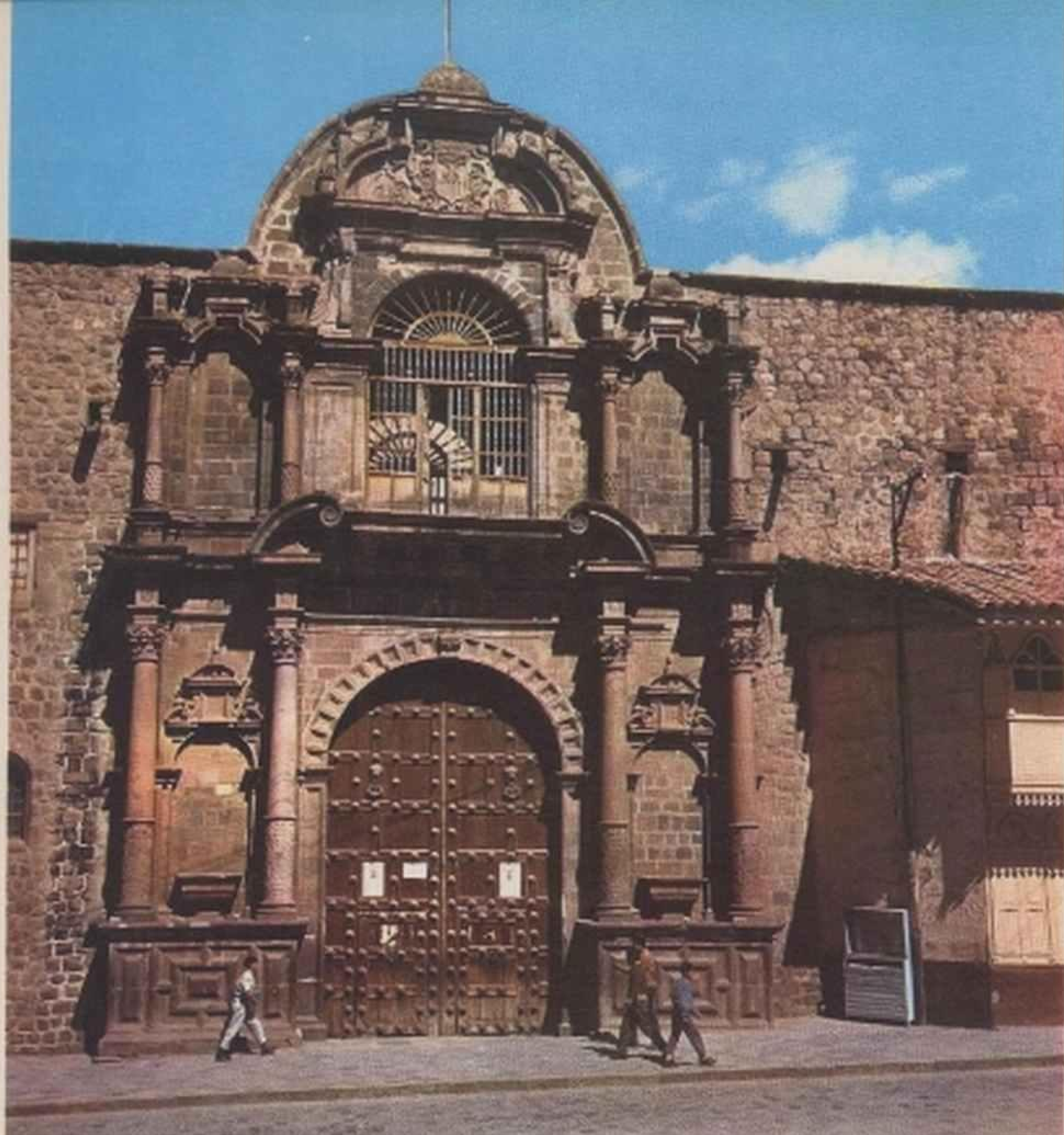
Restos de la fortaleza de Sacsahuamán, en las inmediaciones de Cuzco, a la que defendía. El inca Manco, de quien Pizarro se había valido para establecer una ficción de Imperio autóctono, acabó sublevándose y sitiando al Cuzco. El regreso de Almagro desde Chile permitió dominar la rebelión inca.

(26 junio de 1541). La corona intervino directamente en la disputa y se enfrentó a los almagristas (Chupas, 1542) y a los pizarristas (Anaquita, 1543, y Xacquixaguana, 1548). La lucha ha cambiado de signo. Ya no se trata de una guerra entre dos facciones de colonos, sino de la resistencia de éstos a aceptar los mandatos de la corona, especialmente las *Leyes Nuevas*, que protegían a los indios del sistema de encomiendas. La pacificación del país corrió a cargo de Pedro de Lagasca, quien restableció la autoridad de la corona frente a los colonos, cerrando así el turbulento periodo de la conquista del Perú.

Al margen de las altiplanicies del Perú quedaban territorios donde la menor densidad de población, el carácter nómada de ésta, en su mayoría, y las dificultades de orden geográfico hacían más difícil y a la vez menos interesante una colonización en profundidad. Tres son las grandes zonas naturales donde continuó la expansión española: la tierra de los chibchas, la futura Nueva Granada; el Río de la Plata y la tierra de los araucanos, Chile, al sur del Perú.

Representación de Francisco Pizarro y Diego de Almagro, los conquistadores españoles que desencadenaron con sus rencillas las guerras civiles del Perú. Ilustración de la obra "Nueva crónica y buen gobierno", de Felipe Huamán Poma de Ayala (edición facsímil; Biblioteca Nacional, Madrid).





Fachada de la iglesia de la Merced, en el Cuzco. Terminada la sangrienta guerra civil del Perú, aquí recibieron sepultura Diego de Almagro y Gonzalo Pizarro.

miento de Jiménez de Quesada como jefe militar se restableció el orden.

La conquista del Río de la Plata difiere de las reseñadas anteriormente porque fue realizada directamente desde España. La primera expedición, la de Solís, se realizó en 1515. El mito de la Sierra de la Plata, otra de las encarnaciones de Eldorado, movió a uno de los miembros de la expedición, Alejo García, a recorrer las regiones del Paraná y del Pilcomayo. La inmensidad del Chaco pudo con él. Vestigios de esta aventura quedaron reflejados en las leyendas del "rey blanco" y de la tierra de riquezas sin cuento que existía más allá de la llanura.

El viaje de Sebastián Caboto, sin grandes resultados prácticos, contribuyó a afirmar la posibilidad de alcanzar un país riquísimo desde el Atlántico sur.

Siguiendo estos precedentes, se organizó desde Sevilla una gran expedición, mandada por don Pedro de Mendoza, que en 1535 se encaminó hacia el Río de la Plata.

Los primeros pasos de esta expedición fueron difíciles. Mendoza fundó la ciudad de Santa María del Buen Aire, en un lugar estratégicamente bien situado, con indudables ventajas como nudo de comunicaciones, pero incapaz de subsistir por sus propios recursos. Desde la nueva fundación se inició la penetración hacia el interior, siguiendo las vías fluviales.

Ayolas remontó el río Paraguay hasta el Chaco, que una vez más se mostró infranqueable. A lo largo del curso del río Uruguay

LA URBANIZACION DE AMERICA POR OBRA DE LOS CONQUISTADORES ESPAÑOLES

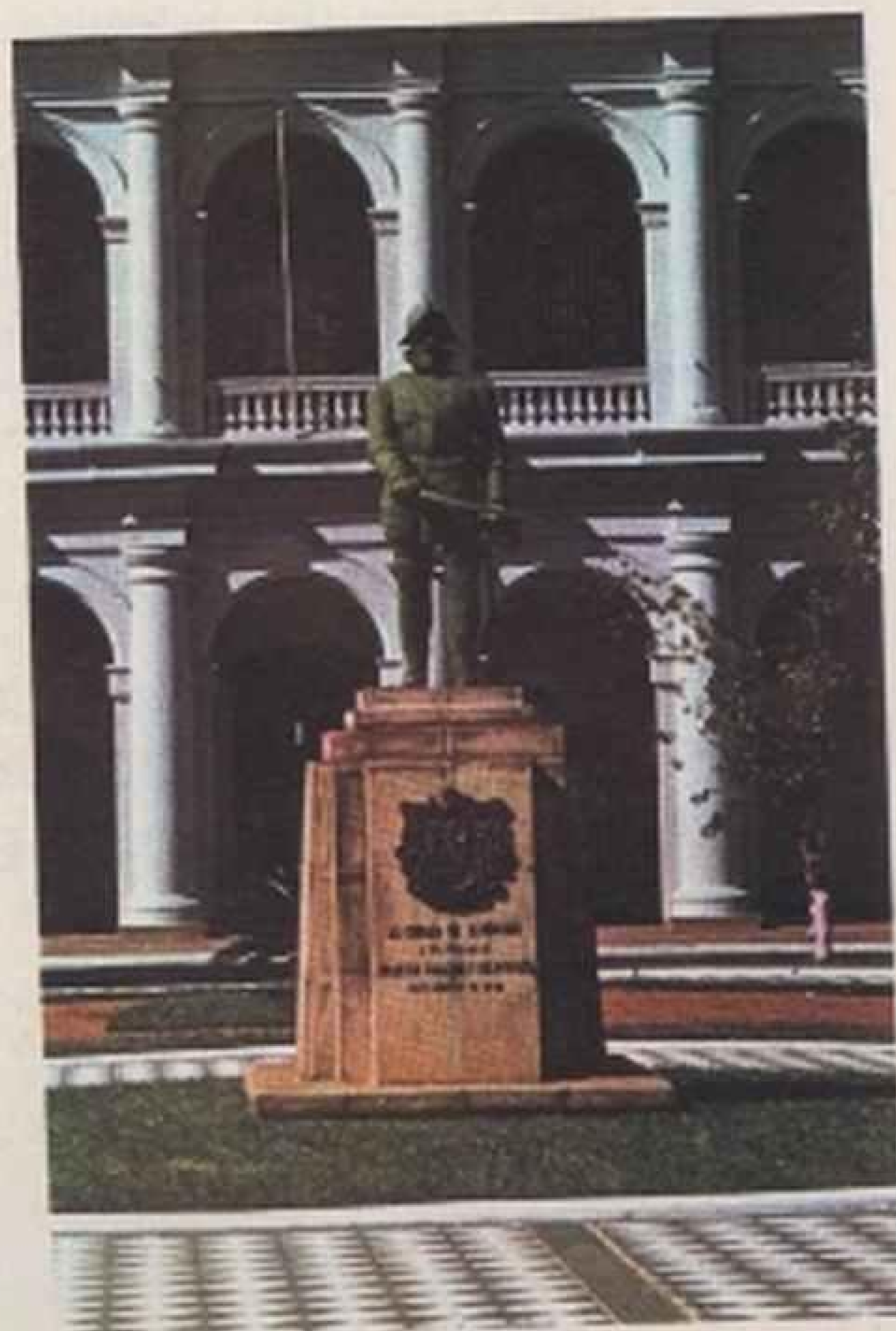
1496	Santo Domingo	1535	Lima
1511	La Habana		Buenos Aires
1518	Panamá	1536	Asunción
1519	Veracruz	1538	Bogotá
1524	Guatemala	1541	Santiago de Chile
1526	Túmbez	1565	San Agustín de Florida
1531	Cartagena		San Miguel de Tucumán
	Maracaibo	1573	Santa Fe (La Plata)
	Piura (Perú)		Córdoba
1534	Quito	1580	Buenos Aires (segunda fundación)

Mapa de América del Sur (atlas portulano de Joan Martines; Biblioteca Nacional, Madrid). Una vez conquistado el Perú, desde el Río de la Plata se realizaron grandes esfuerzos para unir el Atlántico con aquel virreinato.

se fundaron las ciudades de Candelaria y Asunción. El objetivo principal seguía siendo alcanzar las montañas del Oeste, donde se creía que abundaban los metales preciosos. Esto explica la decisión de Irala, sucesor de Mendoza en el mando de los nuevos territorios, de abandonar Buenos Aires y establecerse en el interior, en Asunción, fundada por Juan de Salazar y Espinosa.

La marcha hacia el Oeste prosigue y, por fin, tras un nuevo intento fallido de Cabeza de Vaca, una expedición mandada por Nuflo de Chaves consigue cruzar el Chaco y alcanzar Santa Cruz de la Sierra. La tierra de los metales preciosos está a su alcance. Pero inútilmente. La colonización emprendida desde el Norte, desde Panamá, se ha adelantado, garantizando para Pizarro y Almagro la conquista de estos territorios.

A los españoles de Asunción no les queda ya la esperanza de conseguir rápidamente riquezas en plata y oro. Desaparece así el principal acicate de la conquista. Irala, ante esta nueva situación, inicia una larga empresa colonizadora que, en el futuro, dará origen al virreinato de Buenos Aires. De momento



Monumento elevado en Asunción a Juan de Salazar y Espinosa, fundador de la ciudad. La capital del moderno Paraguay desempeñó un papel de primordial importancia en los primeros tiempos de la colonización española del Río de la Plata.

se inician una serie de relaciones amistosas con los guaraníes y la roturación de las tierras del interior. La posibilidad de comunicar el Potosí con el Atlántico por Asunción y el Río de la Plata dará, a mediados del siglo XVI, origen a un proyecto para crear una unidad territorial que comprenda Potosí, Tucumán y Uruguay. Pero la dificultad que supone el paso de los Andes y del Chaco postergarán su realización. La ruta del Pacífico será la que, vía Panamá, una el Perú a España. El futuro de las tierras del Plata estará en la colonización que los hispanoparaguayos realicen desde el interior hacia el mar, desde Asunción a Buenos Aires, nuevamente fundada por Juan de Garay en 1580.

La conquista de Chile está íntimamente relacionada con la historia del Perú colonial de los primeros años. Las querellas entre los primeros conquistadores buscan en ocasiones solución en los territorios todavía inexplorados. El primero en adentrarse en Chile fue Almagro, en 1535. Desde Cuzco inició la marcha, acompañado de 1.500 españoles y de gran número de porteadores indígenas. Siguiendo la ruta de los incas, atravesó los Andes hasta alcanzar la vertiente oriental, llegando hasta Jujuy, para volver de nuevo a la ladera del Pacífico. El frío y los cambios de altitud diezmaron la expedición, causando estragos especialmente entre los indios. Un grupo muy reducido de españoles alcanzó el paso de Copiapó.



Combate de Irala contra los indios. Domingo Martínez de Irala fue el sucesor de Pedro de Mendoza en la región del Río de la Plata.

Las tribus nómadas que poblaban Chile se repartían en tres grandes grupos. Al Norte estaban los *picunches*, en el centro los *puelches* y al Sur los *huiliches*. El estadio cultural de todas estas tribus era muy primitivo; ninguna de ellas conocía la escritura y todas eran, en mayor o menor grado, adeptas al nomadeo. Uno de los grupos integrados en la tribu puelche, los araucanos, había detenido ya la penetración inca y presentará la resistencia más enconada a la conquista española de toda la epopeya americana. Así pues, en Chile la conquista española encontró su límite por el Sur. De hecho, ya había asimila-

Segunda fundación de Buenos Aires por Juan de Garay (cuadro de Moreno Carbonero en el Palacio de la Municipalidad de Buenos Aires).



Aspecto de la región de Sumapaz, en Cundinamarca. En los altos valles y altiplanicies de la actual Colombia coincidieron tres expediciones que habían partido de tres puntos distintos para colonizar las tierras de los chibchas.



LA AVENTURA DE ALVAR NUÑEZ CABEZA DE VACA POR TIERRAS DE NORTEAMERICA

En 1527, Alvar Núñez tomó parte como tesorero y alguacil mayor en la expedición que al mando de Pánfilo de Narváez recorrió las costas de la Florida. Desviados por las corrientes, los expedicionarios recorrieron las playas arenosas desde la bahía de Tampa hasta sobrepasar las desembocaduras de Alabama y del Mississippi. En la isla de Malhado se produjo, como consecuencia de desafortunados avatares, la dispersión de los expedicionarios. Tres españoles, entre los que se contaba Cabeza de Vaca, y un negro "alarabe, natural de Azamor", consiguieron atravesar las regiones de Texas, Sonora y Chihuahua hasta el Petetlán, donde entraron en contacto con unos españoles que les condujeron hasta San Miguel de Culiacán, en Sinaloa. La travesía había durado diez años. "Lo que Núñez Cabeza de Vaca vio y vivió a través de diez años entre 1527 y 1537 —náufrago o prisionero, esclavo de los indios o médico y taumaturgo— lo relata sencillamente en sus *Naufragios*, redactados en España de vuelta de su viaje a la Florida y publicados por primera vez en 1542. No hay que buscar en ellos precisiones geográficas, pero sí un intenso vigor de realidad: lo que Núñez Cabeza de Vaca cuenta indudablemente lo ha vivido, y no hay novela imaginada de aventuras que pueda superar en cualidades propias de la imaginación a este trozo de historia arrancado a la vida" (F. Esteve Barba).

Véase, como muestra, un fragmento de los *Naufragios:*

(Núñez Cabeza de Vaca y sus compañeros han encontrado un grupo de indios amistosos.) "Dimos muchas gracias a Dios porque cada día iba creciendo su misericordia y mercedes; y después que se acabaron las curas comenzaron a bailar y a hacer sus areitos y fiestas, hasta otro día que el sol salió, y duró la fiesta tres días por haber nosotros venido, y al cabo de ellos les preguntamos por la tierra de adelante y por la gente que en ella hallaríamos y los mantenimientos que en ella había. Respondiéronnos que por toda aquella tierra había muchas tunas, mas que ya eran acabadas, y que ninguna gente había porque todos eran ya idos a sus casas, con haber ya cogido las tunas; y que la tierra era muy agria y en ella había muy pocos cuerdos. Nosotros, viendo esto, que ya el invierno y tiempo frío entraba, acordamos de pasarlo con éstos. Al cabo de cinco días que allí habíamos llegado, se partieron a buscar otras tunas, adonde había otra gente de otras naciones y lenguas y andando cinco jornadas, con muy grande hambre porque en el camino no había tunas ni otra fruta ninguna, allegamos a un río donde asentamos nuestras casas y después de asentadas fuimos a buscar una fruta de unos árboles que es como hieros, y como por toda esta tierra no hay caminos yo me detuve más en buscarla; la gente se volvió y yo me quedé solo y viniendo a buscarlos aquella noche me perdí y plugo a Dios que hallé un árbol ardiendo y al fuego de él pasé aquel frío aquella noche, y a la mañana yo me cargué de leña y tomé dos tizones y volví a buscarlos y anduve de esta manera cinco días, siempre con mi lumbre y carga de leña, porque si el fuego se me matase en parte donde no tuviese leña, como en muchas partes no había, tuviese de qué hacer otros tizones y no me quedase sin lumbre, porque para el frío yo no tenía otro remedio, por andar desnudo como nascí; y por las noches yo tenía este remedio que me iba a las matas del monte que estaba cerca de los ríos y en la tierra hacía un hoyo y en él echaba mucha leña que se cría en muchos árboles que de por allí hay muy gran cantidad y juntaba mucha leña de la que por allí estaba caída y seca de los árboles y al derredor de aquel hoyo hacía cuatro fuegos en cruz y yo tenía cargo y cuidado de rehacer el fuego de rato en rato y hacía unas gavillas de paja larga que por allí hay con que me cubría en aquel hoyo y de esta manera me amparaba del frío de las noches; y una de ellas el fuego cayó en la paja con que yo estaba cubierto, y estando yo durmiendo en el hoyo comenzó a arder muy recio, y por mucha priesa que me di en salir todavía saqué señal en los cabellos del peligro en que había estado.

"En todo este tiempo no comí bocado ni hallé cosa alguna que pudiese comer, y como traía los pies descalzos corrióme de ellos mucha sangre y Dios usó conmigo de misericordia, que en todo este tiempo no ventó norte, porque de otra manera ningún remedio había yo de vivir y al cabo de cinco días llegué yo a la ribera de un río, donde hallé a mis indios, que ellos y los cristianos me contaban ya por muerto y siempre creían que alguna víbora me había mordido. Todos tuvieron gran placer en verme, principalmente los cristianos, y me dijeron que hasta entonces habían caminado con mucha hambre y que ésta era la causa que no me habían buscado; y aquella noche me dieron de las tunas que tenían y otro día partimos de allí y fuimos donde hallamos muchas tunas, con que todos satisficieron su gran hambre y nosotros dimos muchas gracias a Nuestro Señor porque nunca nos faltaba su remedio...

. . . .

"Toda esta gente no conocían los tiempos ni por el sol ni por la luna, ni tienen cuenta del mes y año y más entienden y saben las diferencias de los tiempos, cuando las frutas vienen a madurar, y el tiempo en que muere el pescado, y el aparescer de las estrellas en que son muy diestros y ejercitados.

"Con éstos siempre fuimos bien tratados, aunque lo que habíamos de comer lo cavábamos y traíamos nuestras cargas de agua y leña. Sus casas y mantenimientos son como las de los pasados, aunque tienen muy mayor hambre porque no alcanzan maíz, ni bellotas, ni nueces.

"Anduvimos siempre en cueros, como ellos, y de noche nos cubrimos con cueros de venado.

"De ocho meses que con ellos estuvimos, los seis padescimos mucha hambre, que tampoco alcanzan pescado. Y al cabo de este tiempo ya las tunas comenzaban a madurar, y sin que de ellos fuésemos sentidos nos fuimos a otros que adelante estaban, llamados maliacones; éstos estaban una jornada de allí, donde el negro y yo llegamos. A cabo de tres días mandé que trajese a Castillo y Dorantes, y, venidos, nos partimos todos juntos con los indios que iban a comer frutilla de los árboles, de que se mantienen diez o doce días en tanto que las tunas vienen; y allí se juntaron con éstos otros indios que se llaman arbados".

J. F.

do las grandes concentraciones humanas de población india. La expedición de Almagro se saldó con un fracaso, al que, además de los factores enunciados, contribuyó la sublevación inca del Perú.

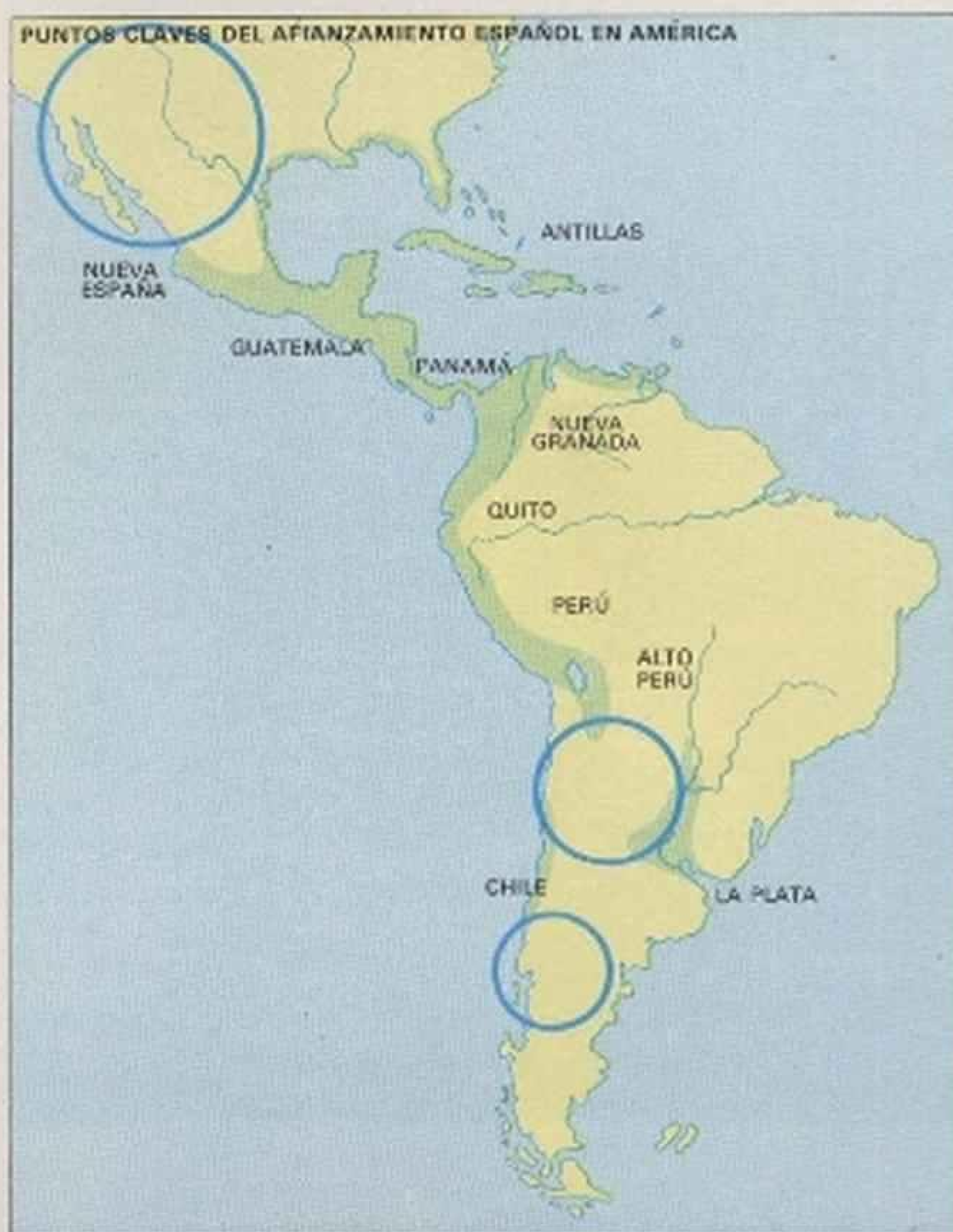
La primera guerra civil peruana proporcionó hombres, reclutados entre los vencidos, para un nuevo intento de expansión hacia al Sur. Valdivia los mandó y, con la aportación progresiva de refuerzos, todos procedentes del Perú, consiguió llegar al sur del Bío-Bío, ya en territorio araucano. En la Navidad de 1553, los españoles fueron atacados por los guerreros de Lautaro, un caudillo araucano, y Valdivia, con cincuenta de sus hombres, pereció en la batalla. La victoria que cinco años después obtuvo Alonso Reinoso en Cañete fue la primera de una serie de batallas ganadas, sin que esto permitiese desarrollar una auténtica colonización. La implantación de los blancos en Chile no podrá realizarse de forma total siguiendo los esquemas de *conquista*, propios del siglo XVI, sino que será el resultado de una *colonización de frontera*. Por esto no terminará hasta el siglo XIX, gracias a la inmigración masiva de europeos apoyada en nuevos medios técnicos: las armas de ánima rayada, los navíos de casco metálico y los grandes carros de llanta de acero.

La conquista del Brasil, aunque cronológicamente está próxima a la de México y el Perú, difiere en su desarrollo de éstas. Realmente es mucho más parecida a la colonización de las Antillas.

Brasil, descubierto en 1500 por los portugueses, presentaba un interés económico mediocre en comparación con las posesiones españolas. No obstante, la existencia de un tinte, el palo brasil, que había de dar nombre al país, fue causa de una guerra intermitente entre portugueses y franceses, terminada en el 1563 con la victoria de los lusos. Desde entonces hasta el final del siglo XVII, el Brasil será una colonia portuguesa, con una economía basada en la explotación del tinte antes mencionado y de la caña de azúcar, importada desde las Madera y las Azores. Desde principios del siglo XVIII se iniciará la explotación del oro y los diamantes del interior, ampliando la primitiva zona costera.



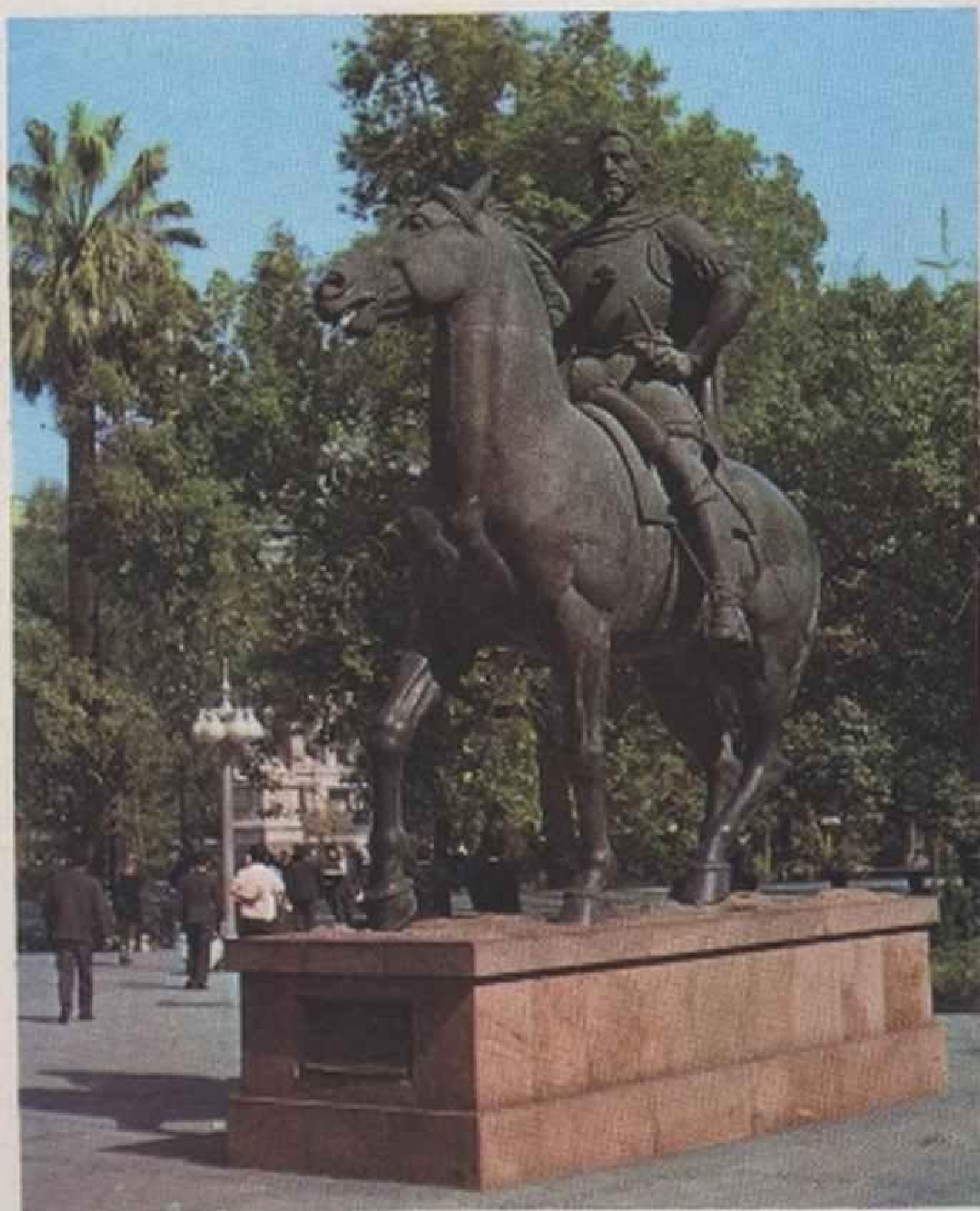
Cercanías de San Pedro de Atacama, en Chile, con el volcán Licancábur al fondo. Desde San Pedro de Atacama parte el llamado "Camino del Inca", calzada construida por los antiguos peruanos y que llega a Copiapó. Según los términos de la capitulación con la corona, a Almagro, el compañero de Pizarro, correspondía conquistar el territorio del actual Chile. Su expedición fue un fracaso y hubo de regresar al Perú, donde con su llegada se inició la guerra civil.



Al finalizar la época de las grandes conquistas (México, Perú, La Plata), coincidente a grandes rasgos con el reinado de Carlos I, la colonización española, aun ocupando puntos claves a lo largo de todo el continente, no ha llegado aún a dar forma definitiva y coherente al Imperio. Para ello son capitales: el avance por el Norte, hacia California y por la costa septentrional del golfo de México —empresa iniciada tempranamente, pero que se prolongará por siglos—; la comunicación entre los tres núcleos meridionales del Imperio, el Alto Perú, La Plata y Chile, esencial para la consolidación española frente a los indígenas y las apetencias extranjeras y para el drenaje de los grandes recursos minerales del Alto Perú —empresa realizada sobre todo en la segunda mitad del siglo XVI—; y por último el duro y prolongado enfrentamiento con los araucanos —épica lucha que contó con extraordinarios caudillos indígenas—, que amenazaban la vida del núcleo chileno.

BIBLIOGRAFIA

Altolaguirre, A. de	*Descubrimiento y conquista de México*, Barcelona, 1954.
Ballesteros, M.	*Descubrimiento y conquista del Perú*, Barcelona, 1963.
Collier, J.	*Los indios de las Américas*, México, 1960.
Chaunu, P.	*L'Amérique et les Amériques*, París, 1964.
Esteve, F.	*Descubrimiento y conquista de Chile*, Barcelona, 1946.
Giménez, M.	*Hernán Cortés y su revolución comunera en la Nueva España*, Sevilla, 1948.
León-Portilla, M.	*El reverso de la conquista*, México, 1964.
Mason, A.	*Las antiguas culturas del Perú*, Lima, 1962.
Morley, S. G.	*La civilización maya*, México, 1961.
Rubio, J. M.	*Exploración y conquista del Río de la Plata. Siglos XVI y XVII*, Barcelona, 1942.
Von Hagen, V. W.	*Los aztecas*, México, 1964.
Zavala, S.	*Las instituciones jurídicas en la conquista de México*, Madrid, 1935.



Monumento a Valdivia en Santiago de Chile (obra del escultor español Pérez-Comendador). Pedro de Valdivia capitaneó el segundo intento español de colonizar a Chile. Si bien pereció en la empresa, su obra sentaría las bases para operaciones futuras.



Catedral de México y capilla del Sagrario. Este extraordinario templo, construido en diversas épocas, se terminó en el siglo XIX por obra del arquitecto-escultor Manuel Tolsá, quien tuvo la virtud de unificar y concertar, dentro del más riguroso neoclasicismo, las diferentes partes del edificio. A su lado, el Sagrario Metropolitano quizá sea la obra más conseguida y delicada del barroco mexicano.

El Imperio español en América

por JOSE FLORIT

Por lo que se refiere a la evolución histórico-política, el establecimiento del Imperio español en América se desarrolló a lo largo de tres periodos claramente diferenciados. El primero, que abarca los años entre 1493 a 1518, dominados por la fiebre de los descubrimientos, se caracteriza por una serie de intentos, fracasados en su mayoría, que constituyen los precedentes de la auténtica colonización. Precedentes fructíferos, a pesar de los escasos resultados prácticos, ya que durante ellos se llevó a término la adaptación de los españoles a las nuevas realidades que el medio ambiente americano imponía. "Se aclimataron a la vida en las regiones tropicales; se familiarizaron con la geografía y peculiaridades del Nuevo Mundo; crearon modestas pero sólidas bases de partida para ulteriores empresas expansivas; y, sobre todo, adquirieron una sólida experiencia, inédita hasta entonces en la historia de España: el contacto dominador con pueblos de nivel cultural tan alejado y distinto al suyo que hacía inaplicables los sistemas empleados durante siglos de reconquista y expansión por el Mediterráneo, basados principalmente en aceptar costumbres y culturas de otros pueblos con un mínimo de cambios" (G. Céspedes).

La segunda etapa del proceso colonial español abarca los años 1519-1573. Durante ella se llevan a cabo las grandes conquistas



La primera época del establecimiento de los españoles en América se caracterizó por sus reducidos resultados prácticos, si bien durante ella se produjo la adaptación a la ingente geografía americana, con sus altísimas montañas, sus enormes ríos y sus inmensas regiones climáticas. Sierra de Ambato, en la provincia argentina de Catamarca.

(México, Perú) y en poquísimo tiempo los conquistadores se mudan en colonos. Hasta mediados de siglo coexisten, estrechamente unidas, incluso en las mismas personas, colonización y conquista. Esta doble actividad desembocó en la fundación de las Indias españolas, nacidas de la destrucción casi total de las formas de vida indígenas, de la desaparición de las culturas precolombinas.

El resultado fue una sociedad en muchos aspectos distinta de la europea, con características económicas, sociales y religiosas que le eran propias. Estas diferencias cristalizaron en una serie de aspiraciones e instituciones prácticas que muchas veces estaban en abierta oposición con las directrices políticas de la monarquía española. La pugna entre los colonos-conquistadores y el poder central, representado en América por los funcionarios reales, se resolverá al final en un cierto equilibrio. La integración de las tierras americanas en la complicada mecánica del Imperio de los Austrias se conseguirá a costa de una serie de renuncias mutuas, en la que la corona llevó la mejor parte. En los últimos veinte años del período que estamos considerando, el personaje más representativo de la América colonial es precisamente el funcionario del rey, que ha sustituido al conquistador de los primeros tiempos y pugna, con éxito, por imponerse a los encomenderos.

El palacio de Colón en Santo Domingo (República Dominicana). Casi contemporáneamente a la conquista se dio en América la etapa de colonización. Así, por ejemplo, Cortés en Cuernavaca y los descendientes de Colón en Santo Domingo se hicieron construir amplios palacios desde los que dirigían sus posesiones e iniciaban los nuevos cultivos.

En el aspecto político, el período de 1519 a 1575 tiene, como capítulos más importantes, la estructuración definitiva del Consejo de Indias y la consolidación de los dos virreinatos básicos, el del Perú y el de Nueva España.

Jurídicamente destaca la labor de Juan de Ovando, codificador del Derecho indiano. En conexión con éste se desarrolla un esfuerzo para paliar la regresión de la sociedad autóctona: establecimiento de reducciones, fijación de la *mita*, desarrollo de las misiones.

Por último, la economía de este período se caracteriza por el auge del comercio con la metrópoli, acompañado de una regresión en el desarrollo económico de los virreinatos.

La centuria siguiente constituye el tercer período colonial y se extiende desde el año 1574 al 1699. Aparentemente, la característica más acusada de este período es la estabilidad. Las instituciones establecidas desde el período anterior funcionan mecánicamente y, salvo en unos pocos incidentes originados por factores extraños, la política se reduce a conservar y completar un Imperio cuya estructura básica estaba fijada desde mediados del reinado de Felipe II.

Sin embargo, a un nivel inferior, pero más real, que el de las instituciones se producen una serie de cambios que, bajo la estructura oficial inmóvil, modifican la estructura social de los virreinatos. La causa de estos cambios hay que buscarla en los apuros económicos de la monarquía española. La monarquía, que no puede atender directamente a la defensa de todo el Imperio, cede regalías en favor de los prohombres locales que pueden hacerse cargo de esta defensa. Defensa que a veces no fue muy brillante, como en el caso de los holandeses instalados primero en Tierra Firme, en pos de las minas de sal, y después al norte del Brasil.

En la búsqueda de recursos, la monarquía pasó del ahorro a la adquisición de fondos mediante la venta de títulos nobiliarios e incluso de cargos públicos. El sistema de venta de oficios públicos tiene especial significación. Iniciado por Felipe II en circunstancias económicas desesperadas, adquiere importancia y extensión bajo sus sucesores; sólo los puestos políticos y judiciales de mayor relieve llegaron a quedar exceptuados en Indias de tal sistema. Así aumenta el número de funcionarios reales, que proliferan sobre todo en la administración provincial y local; pero al mismo tiempo la corona pierde —en vez de ganar— control sobre la burocracia; ésta es ya en buena parte un negocio, una propiedad patrimonial, una fuente de ingresos, un reducto de privilegios. La administración pública se hace así ineficaz, va quedando anticuada y ofrece síntomas graves de anquilosamiento. Se inserta en ella una vasta red de intereses privados lo bastante tenaces para resistir a cualquier desplazamiento, lo bastante efectivos para absorber la mayor parte de los recursos de la Hacienda, lo bastante fuertes para perdurar hasta las grandes reformas políticas de la segunda mitad del siglo XVIII, resistiendo medio siglo a las exigencias de tiempos nuevos y a la personalidad de los monarcas y estadistas borbónicos.



Galeones empleados en el siglo XVI para efectuar la travesía del Atlántico (detalle de un mapa del "Theatrum orbis terrarum" de A. Ortelius; Biblioteca Central, Barcelona).



La siembra, según un antiguo sistema inca (ilustración de "Nueva crónica y buen gobierno" de Felipe Huamán Poma de Ayala; Biblioteca Nacional, Madrid). La llegada de los españoles anuló las formas de vida indígenas y fueron sustituidas por las europeas.

EL IMPERIO ESPAÑOL EN AMÉRICA HACIA 1650

Caña de azúcar cultivada en el estado de Paraná (Brasil). Oriunda de la India y llevada a Europa por los árabes, donde se aclimató en las zonas calurosas (Andalucía, Sicilia), fue introducida por los españoles en América y se adaptó a las zonas tropicales.



"La posibilidad de comprar cargos, privilegios y nobleza eleva más que nunca el poder del dinero como vehículo de ascensión social. Ello hace perder fe en una jerarquía social estable y siembra no pocos gérmenes disolventes; más numerosos que antes los blasones, pierden, sin embargo, terreno ante los doblones" (G. Céspedes).

El impacto de la crisis económica española del XVII causa también en las Indias modificaciones de otra índole. El progresivo enrarecimiento del comercio con la metrópoli y la prohibición del comercio intercolonial va minando la uniformidad de las diversas zonas del Imperio. De acuerdo con las características geográficas aparecen una serie de comunidades prenacionales lo suficientemente diferenciadas como para resistir al centralismo borbónico del siglo XVIII.

Las consecuencias del cambio de dinastía y del nuevo orden internacional derivado del tratado de Utrecht fueron fundamentales para las posesiones españolas de América. Las teorías políticas de los Borbones modificaron radicalmente –aunque la resistencia de los criollos a aceptar el nuevo orden retrasara su puesta en práctica hasta el reinado de Carlos III– las relaciones entre las colonias y la metrópoli.

Precisamente es a partir de estas fechas cuando puede aplicarse con propiedad jurídico-política el término *colonia* para definir el carácter de las Indias. Según la mentalidad borbónica y los principios del pacto colonial,

el rey de España, soberano absoluto, es el señor, por derecho natural, del Imperio americano, en el que habitan unos españoles de segunda categoría –con relación a los de la península–, que a su vez dominan a las capas de población compuestas por gentes más o menos coloreadas.

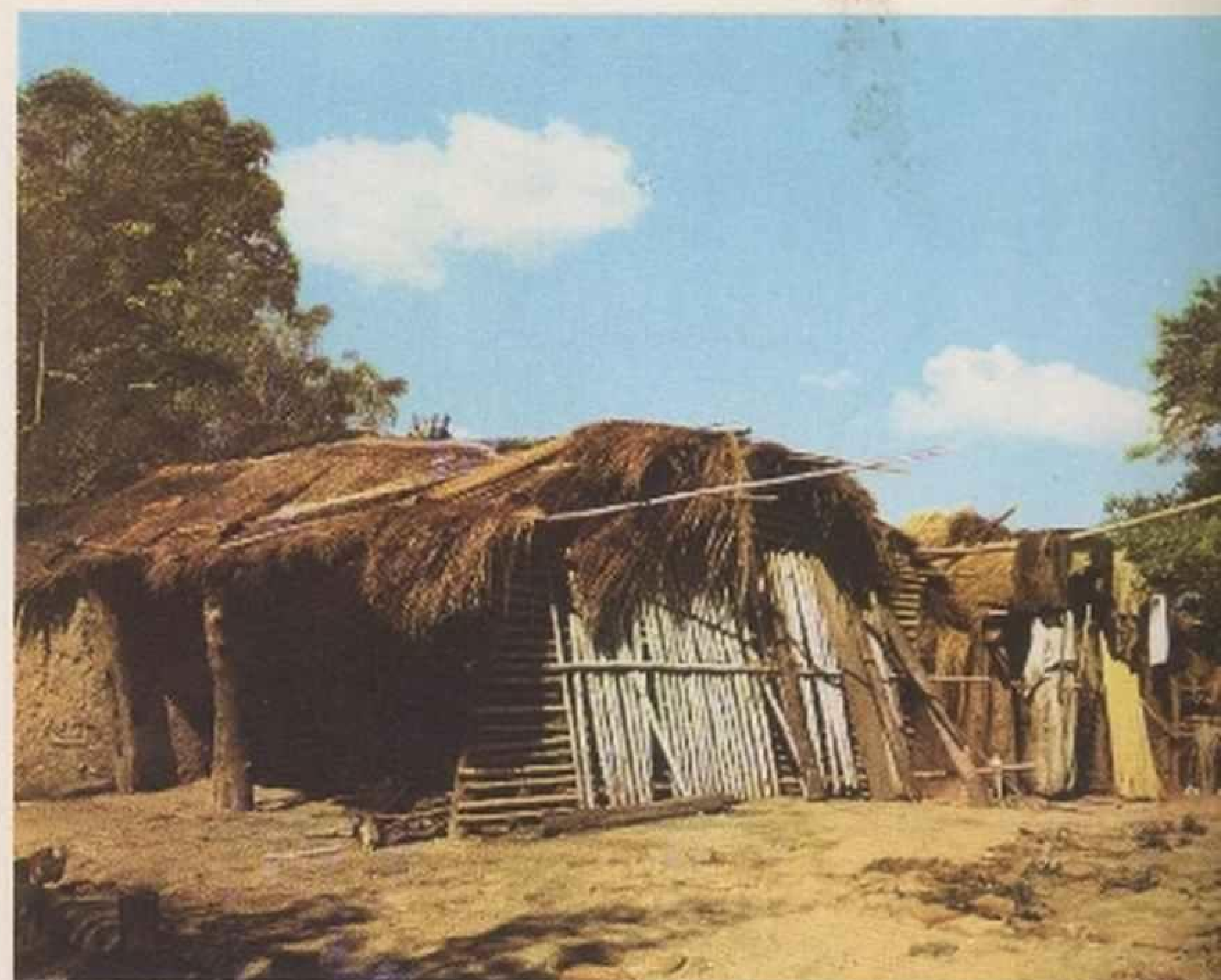
Los intereses de la metrópoli tienen una prioridad absoluta y el papel de las colonias consiste en la explotación que de ellas pueda ejercer el núcleo central de la monarquía. Los medios que se aplican para obtener los rendimientos económicos más inmediatos no sólo crean descontento entre los hispanoamericanos, sino que a la larga tienden a arruinar las fuentes de riqueza.

"Los criollos, los blancos nacidos en América de colonos españoles, se creen sacrificados por España, tanto más cuanto que casi todos los altos cargos públicos están reservados a los españoles nacidos en España, salvo raras excepciones, y además incluso se les escapa el control de los asuntos locales. Pero también los criollos poseen este espíritu de casta que reprochan a la metrópoli. Desprecian a los mestizos, muy numerosos, y procuran mantenerlos al margen. Estos, a su vez, desprecian a los mulatos, quienes por su sangre en parte blanca se creen muy por encima de los indios" (Roland Mousnier). La pirámide social no está aún completa; faltan los dos últimos peldaños, los negros y los zambos, los mestizos de sangre india y africana.

Como resultado de esta situación se desarrolla a lo largo del siglo XVIII una corriente soterrada de doble revuelta: contra la supremacía de la metrópoli, entre las clases elevadas, y de carácter marcadamente social, contra los privilegiados, entre los menos favorecidos de la escala de castas que divide a los americanos. Las reformas de Carlos III modificaron un tanto esta situación. Además de una activa política exterior que consiguió defender y aun ampliar los límites del Imperio, las modificaciones administrativas, la aplicación del régimen de intendentes y la agilización económica –aun dentro del sistema colonialista– provocaron un desarrollo prodigioso de los territorios americanos. En esta época se formaron las grandes fortunas criollas y se aceleró el crecimiento de las ciudades. Se produjo cierta liberalización cultural, se autorizó el establecimiento de la imprenta, se abrieron nuevas universidades y aparecieron los primeros periódicos.

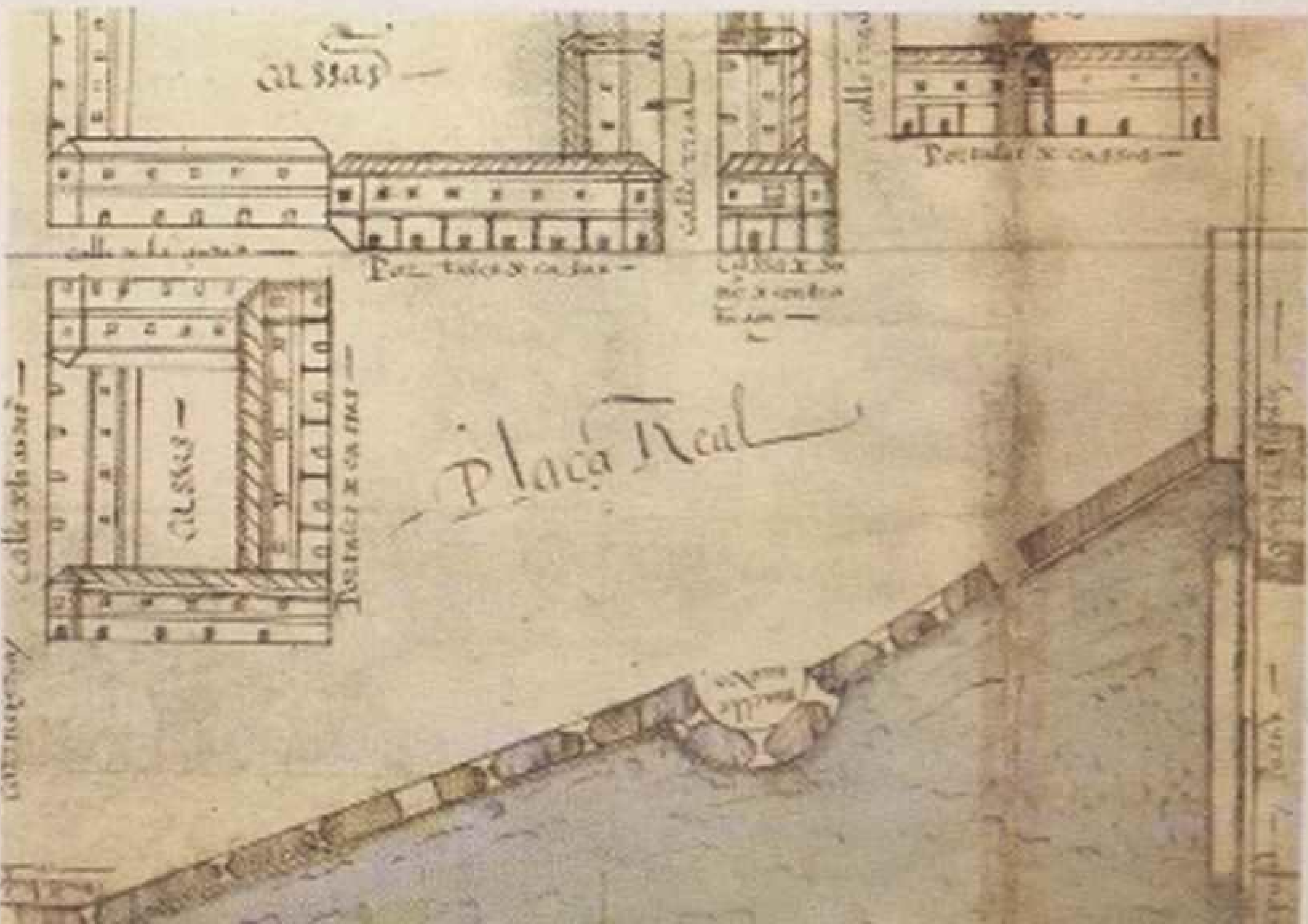
No obstante, las dos cuestiones fundamentales, las ansias independentistas de los criollos, cada vez más poderosos en el terreno económico, y la revuelta social, latente entre las clases bajas, a las que el desarrollo económico de los últimos años en poco o nada había beneficiado, quedaban planteadas. El desequilibrio entre dominadores y dominados era muy grande. Por una parte, entre 16 y 18 millones de americanos se enfrentaban a unos 12 millones de españoles. Por otra, en América, 3 millones de blancos frente a una mayoría que los cuadruplicaba.

Las dificultades que representaba mantener un Imperio semejante fueron claramente previstas por algunos gobernantes españoles. En 1783, el conde de Aranda propuso a Carlos III dividir la mayor parte de los territorios americanos en tres reinos, México, Perú y Tierra Firme, que deberían ser entre-



Cabaña de los indios macá (Paraguay). Muy pronto, las habitaciones propias de los indios americanos serían sustituidas por edificaciones al estilo europeo.

Plano de la Plaza de la Aduana de Cartagena de Indias (Colombia), en 1572 (Archivo General de Indias, Sevilla).





Iglesia de los jesuitas en el Cuzco (Perú). La arquitectura barroca alcanza en América esplendor inusitado al fundirse con temas ornamentales absolutamente autóctonos.

gados a tres infantes de la casa real española, para así mantener, a pesar de la independencia, las tierras de América vinculadas a la corona española. El proyecto fue desoído por el monarca. Quizás hubiera constituido la última baza posible para alargar la presencia española en las Indias. Precisamente en 1783 había nacido Simón Bolívar, cinco años después de San Martín. La generación de los libertadores no tardaría en hacer acto de presencia.

Veamos ahora lo que hace referencia a la población y las clases sociales.

CONSIDERACIONES SOBRE EL IMPERIO ESPAÑOL EN AMERICA

Las grandes conquistas españolas en América se realizaron en la primera mitad del siglo XVI; en la segunda mitad procedióse a la ocupación y pacificación de los inmensos dominios, mientras se llevaba a cabo el descubrimiento y subsiguiente anexión de las Filipinas y otros archipiélagos del Pacífico, esto último facilitado por el hallazgo, en 1565, de la "vuelta de Poniente" por Andrés de Urdaneta. Con la unidad ibérica de 1580, los dominios portugueses en el Extremo Oriente pasaron a depender de la corona de Felipe II: el imperio hispánico alcanzaba así el cenit de su expansión territorial.

Al iniciarse la conquista española, el continente americano estaría poblado por unos doce millones de habitantes, y, a mediados del siglo XVI, el número de españoles allí establecidos no pasaría de cien mil: una pequeña minoría, con el nivel técnico y el valor personal de la Europa del Renacimiento, se impuso claramente a las masas amerindias, en plena prehistoria a pesar de su organización en grandes imperios —azteca, maya, inca—. La tónica general de la emigración española la dieron los segundones de las clases aristocráticas, con el predominio de andaluces y extremeños en el siglo XVI. Los matrimonios mixtos dieron lugar al mestizaje. Hacia 1570, el 96 % de la población de Hispanoamérica era amerindia; los blancos formaban alrededor del 1,25 %, y el resto, los mestizos, mulatos y zambos.

En la estructura social conviven las dos comunidades: la de los españoles —conquistadores, clérigos y funcionarios reales— y la de los indios, adscritos al trabajo mediante los repartimientos, encomiendas y reducciones. Los clérigos se encargaron de la evangelización de los indios con el apoyo del Estado, que muy pronto comprendió que la idea misional constituía la suprema justificación de la conquista. Los frailes, con su mentalidad misional-indigenista, fueron los abogados de los indios y los impulsores de las actividades culturales —universidades de México y Lima, difusión de las artes—.

América fue conquistada, a la vez, por los animales domésticos europeos, que se adaptaron rápidamente —ganado vacuno, sobre todo—. En la agricultura se introdujeron las especies del Viejo Mundo —cereales, leguminosas, vid, caña de azúcar—, mientras se impulsaba el cultivo de las autóctonas —maíz, cacao, patata, alubias—. Las leyes españolas reconocieron diversos tipos de propiedad común entre los indígenas —fundo real o conjunto de solares para habitaciones; el ejido, para pastos y leña; las tierras de común repartimiento; los propios—; el resto de las tierras, propiedad del Estado a raíz de la conquista, se fueron distribuyendo entre los conquistadores y como medio para fomentar la colonización.

Lo decisivo en la economía americana fue la minería. Las grandes masas —el "diluvio", según los tratadistas españoles— de metales preciosos americanos (sobre todo, la plata de Potosí, en la segunda mitad del siglo XVI) provocaron la revolución de los precios y el despliegue del capitalismo moderno, mientras se convertían en el principal soporte de la hegemonía española en el mundo. El esfuerzo internacional desvió hacia las empresas exteriores —la financiación de las guerras de Carlos V y de las de Felipe II contra la Europa protestante— el dinero americano que llegaba a la Casa de Contratación de Sevilla. La consiguiente falta de inversiones en España acabaría por convertir en esterilizantes las inyecciones monetarias, mientras se recurría a onerosos empréstitos con la banca extranjera y al aumento de impuestos, lo que, en definitiva, implicaría la consolidación del *statu quo* social y económico. Por contraste, los rivales de España —Holanda, Inglaterra—, beneficiarios del nuevo orden creado por la conquista española, pudieron adecuar su desarrollo social, mediante las revoluciones burguesas, al crecimiento económico.

Estas repercusiones económicas de la conquista no obstan para que ésta presente aspectos netamente positivos y del mayor interés. Antes hemos aludido al Estado misional como justificación suprema del imperio hispano-americano. Las polémicas entre "indigenistas" —los padres Montesinos, Las Casas y Victoria— y "colonialistas" —Ginés de Sepúlveda— abordaron multitud de cuestiones, entre las cuales la de los "justos títulos" del dominio español en América. Para uno de los mejores especialistas actuales, el hispanista norteamericano Lewis Hanke, tales polémicas iniciaron una discusión que todavía no se ha cerrado, ni en América ni en el mundo. "Los ideales que intentaron poner en práctica algunos españoles en América —escribe Hanke— nunca perderán su brillante fulgor mientras existan hombres que crean que los otros pueblos tienen derecho a la vida, que se pueden hallar métodos justos para dirigir las relaciones entre las naciones y que, esencialmente, todas las gentes del mundo son hombres."

J. R.

Cuando se conocieron en España las dimensiones inmensas de las tierras del Nuevo Mundo se planteó el problema de la incorporación a la corona de estos territorios. Los reyes inicialmente desecharon todo propósito colonial. América debía ser asimilada y constituir una más de las provincias o de los reinos que estaban bajo la potestad de los soberanos. Los indios debían ser totalmente equiparados a los restantes españoles, con los mismos derechos y deberes. Para esto debían adoptar la religión y la cultura, la lengua especialmente, de Castilla el núcleo de los dominios hispánicos. La mezcla de sangres debía contribuir a esta asimilación y por esto los matrimonios mixtos eran apoyados por la corona. Tan generosos principios cristalizaron en diversas colecciones jurídicas, de las que las *Leyes Nuevas* son el máximo exponente.

Desde los primeros años de la conquista la realidad en tierras americanas difirió mucho de las intenciones de la monarquía y de los preceptos codificados en las leyes. El desarrollo de las *encomiendas* y de los *repartimientos*, por motivos fundamentalmente económicos, constituía la más clara manifestación del carácter colonial de los establecimientos españoles y perpetuaba una desigualdad social básica entre los blancos y la población autóctona.

Las encomiendas consistían en una donación de tierras al encomendero, quien además tenía derecho a recibir tributo y ciertas prestaciones en trabajo de los indios que habitaban la zona que le había sido confiada. El encomendero tenía poder judicial sobre los indios de la encomienda, a los que debía proteger y evangelizar. El carácter medieval de tal institución es evidente. El régimen de encomiendas derivaba directamente de usos empleados durante la Reconquista.

Los repartimientos consistían en la adjudicación de un número determinado de indios, libres de encomienda, a los colonos españoles. Los indios de los repartimientos debían trabajar, de forma retribuida pero forzosa, en las explotaciones mineras o agrícolas de los españoles.

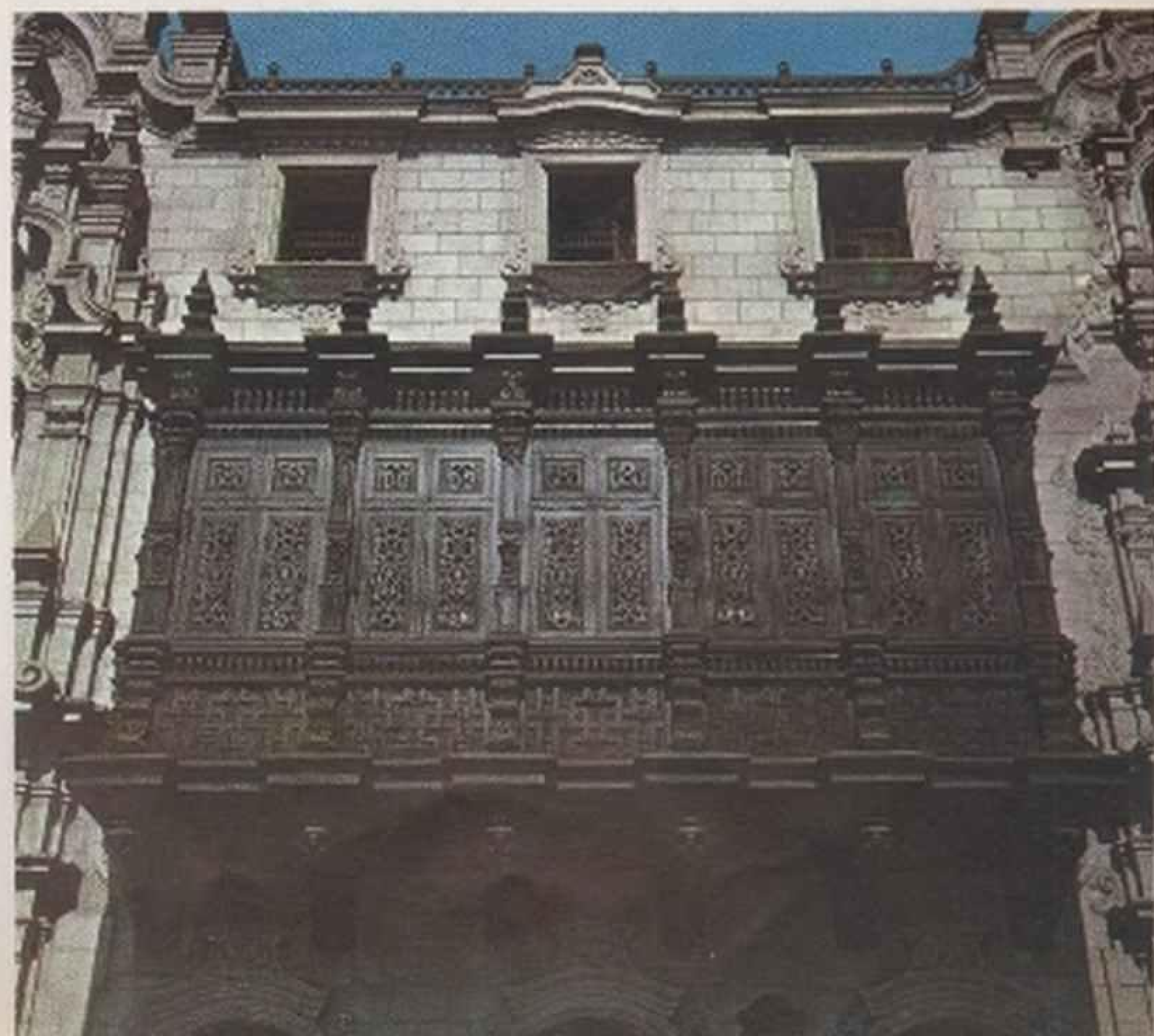
La divergencia entre estas realidades y los propósitos de la administración central era tan acusada, que se hizo inevitable un rompimiento abierto. En 1512, las leyes de Burgos fijaron los límites del régimen de encomiendas y repartimientos. En 1542 se suprimió el carácter hereditario de las encomiendas, lo cual, unido a la prohibición de crear nuevas, tendía a su supresión total en el plazo de una generación. La misma importación de mano de obra esclava negra, además de buscar un rendimiento mayor, debe calificarse como una medida –desde luego, extraña, mirada desde un prisma humanitario– destinada a facilitar la igualdad entre blancos e indios.

Todas estas disposiciones toparon con los intereses de los colonos. Estos sostenían que los indios pertenecían a una raza inferior y que, por consiguiente, debían quedar sometidos a la tutela de los blancos. Los aspectos paternalistas que tenían las encomiendas y los repartimientos justificaban su existencia y, de paso, permitían a los españoles seguir disfrutando de los beneficios económi-



Plano de la ciudad de Cap François, en la isla de Haití (Biblioteca Nacional, París). En este plano –siglo XVIII– se aprecia bien la urbanización cuadriculada de la villa, empleada en numerosas ciudades americanas.

Balcón de la época colonial en un edificio de Lima.



Panorama brasileño, por Frans Post (Rijksmuseum, Amsterdam). Los holandeses, como ampliación de su guerra contra España, se lanzaron, como otros pueblos europeos, sobre el extensísimo Imperio español en América y lograron poner pie en la zona continental del actual Brasil, con centro en Pernambuco. Finalmente, en 1661, los portugueses reconquistaron todo el territorio.



cos que de ellos se derivaban. Por otra parte, el trabajo forzoso no era desconocido entre las civilizaciones precolombinas. Ya la mayor parte de la población sometida al Inca estaba sujeta a la *mita*, prestación laboral obligatoria.

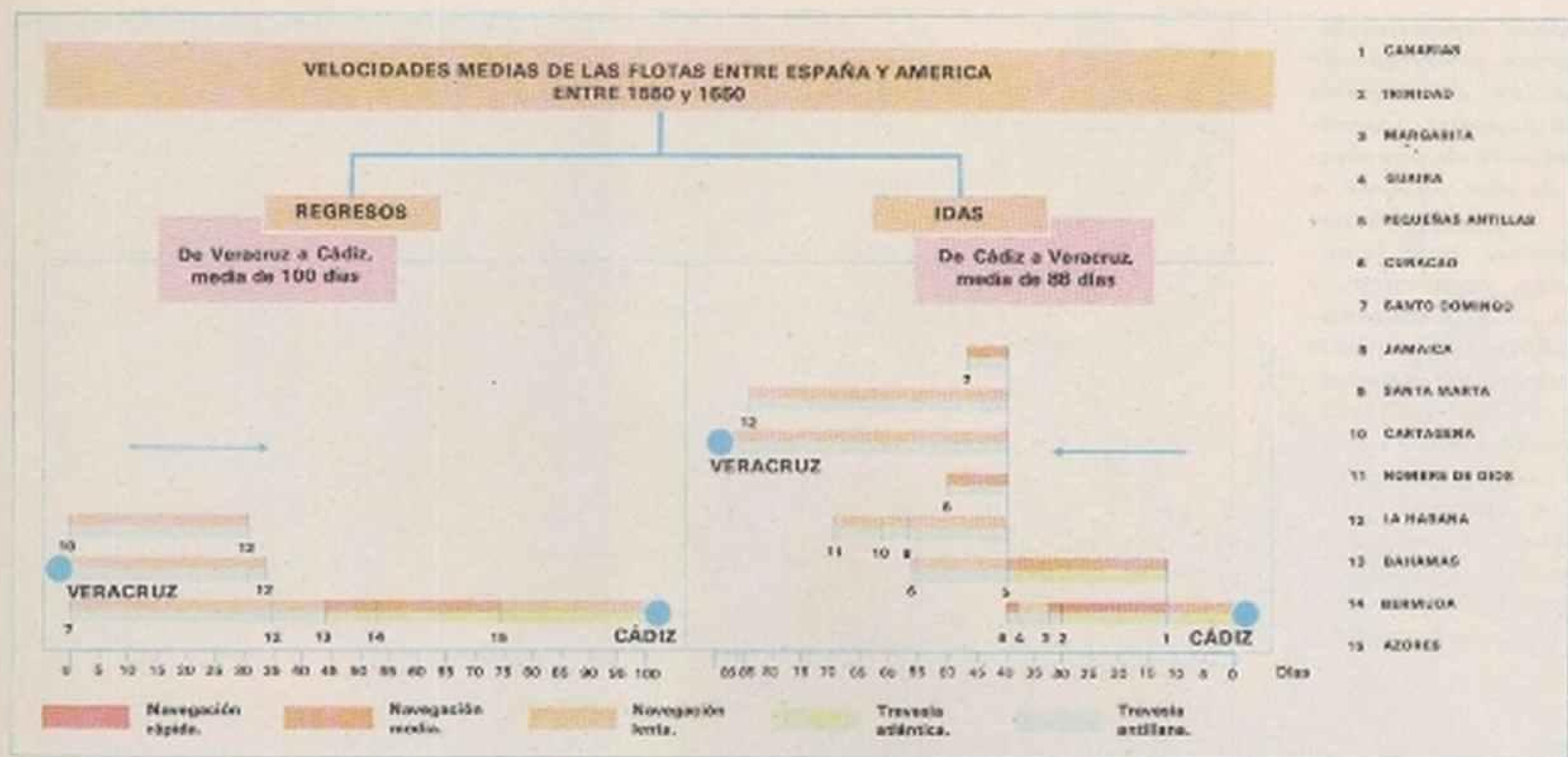
En resumen, a la política americana de la corona, orientada de acuerdo con los defensores de las poblaciones autóctonas, se oponían los conquistadores y los colonos establecidos en el Nuevo Mundo y también ciertas costumbres indígenas. El resultado de esta pugna fue favorable a los encomenderos y las *Leyes Nuevas* quedaron parcialmente sin aplicación a partir de 1545. Los hechos se impusieron a los preceptos legales. Esta situación hizo todavía más flagrante la denuncia de las condiciones de vida de los indios sometidos que realizaron los partidarios de la igualdad de razas, cuyo epígono más sobresaliente fue el padre Las Casas. "Las Casas, apasionado, violento, injusto, a menudo inexacto, hizo de sus memorias y de la *Breve relación de la destrucción de las Indias*, presentada a Carlos V en 1542, argumentos fanáticos" (Roland Mousnier). En todo caso, si Las Casas erró por desmesura, exagerando "la destrucción de las Indias", los errores de sus oponentes, los defensores de la desigualdad racial y de la supremacía natural del blanco (Sepúlveda, Fernández de Oviedo), no son sólo de carácter cuantitativo, sino que son errores de base.

El régimen de encomiendas y repartimientos pronto agotó sus posibilidades, debido al escaso rendimiento del trabajo indígena y a la progresiva desaparición de la población sometida a estos sistemas, a causa de la elevada mortalidad y del mestizaje creciente. Amerindios, mestizos y blancos, tal es el cuadro étnico de la América latina, al que la importación de esclavos africanos, incipiente durante el siglo XVI, pero muy importante durante el XVII, contribuirá a complicar todavía más.

Así pues, la población de la América hispana se polariza en dos grupos netamente

Vista del Cuzco en el siglo XVIII (col. particular, Madrid). Las modificaciones introducidas en la administración por los Borbones aceleraron el desarrollo de la población criolla de América, con el desenvolvimiento consiguiente de las principales ciudades.

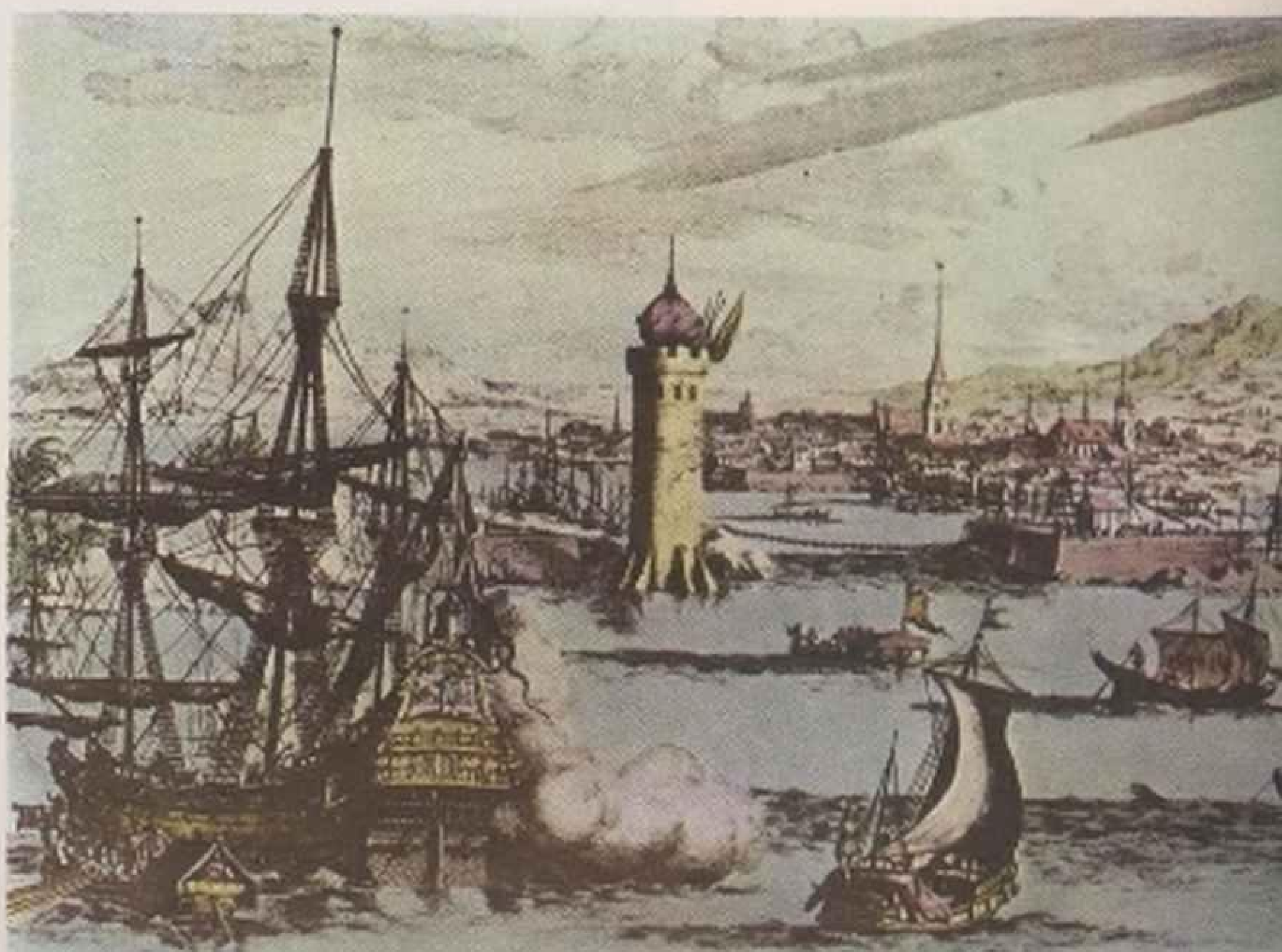




distintos. Por un lado, las razas sometidas a tutela, los indios, o a abierta esclavitud, la población negra. Por otra, la raza blanca, rectora y beneficiaria del trabajo, gratificado o no, de los otros grupos sociales. Este planteamiento, aparentemente racista puro, está modificado por la existencia de una mezcla de razas cada vez más abundante. Ya hemos visto como, desde el principio de la conquista, la mezcla entre indios y españoles fue muy corriente. Factores que obraron en pro de estos cruces fueron, sin duda, la falta de mujeres entre los primeros colonos y la ausencia de prejuicios raciales. Las diferentes formas que abarca la unión entre indias y españoles van desde el concubinato –doblado por la más desenfrenada poligamia en algunas ocasiones– hasta el matrimonio legal. Aunque debido a la situación colonial fueron bastante escasos, se dieron algunos matrimonios entre indios y blancas, sobre todo para apoyar tratados de tipo político. Los mestizos de blanco e indio, como descendientes de dos razas puras, ocuparán, cuando en el siglo XVII se organice en castas la pirámide social, el lugar inmediatamente inferior al de los blancos puros.

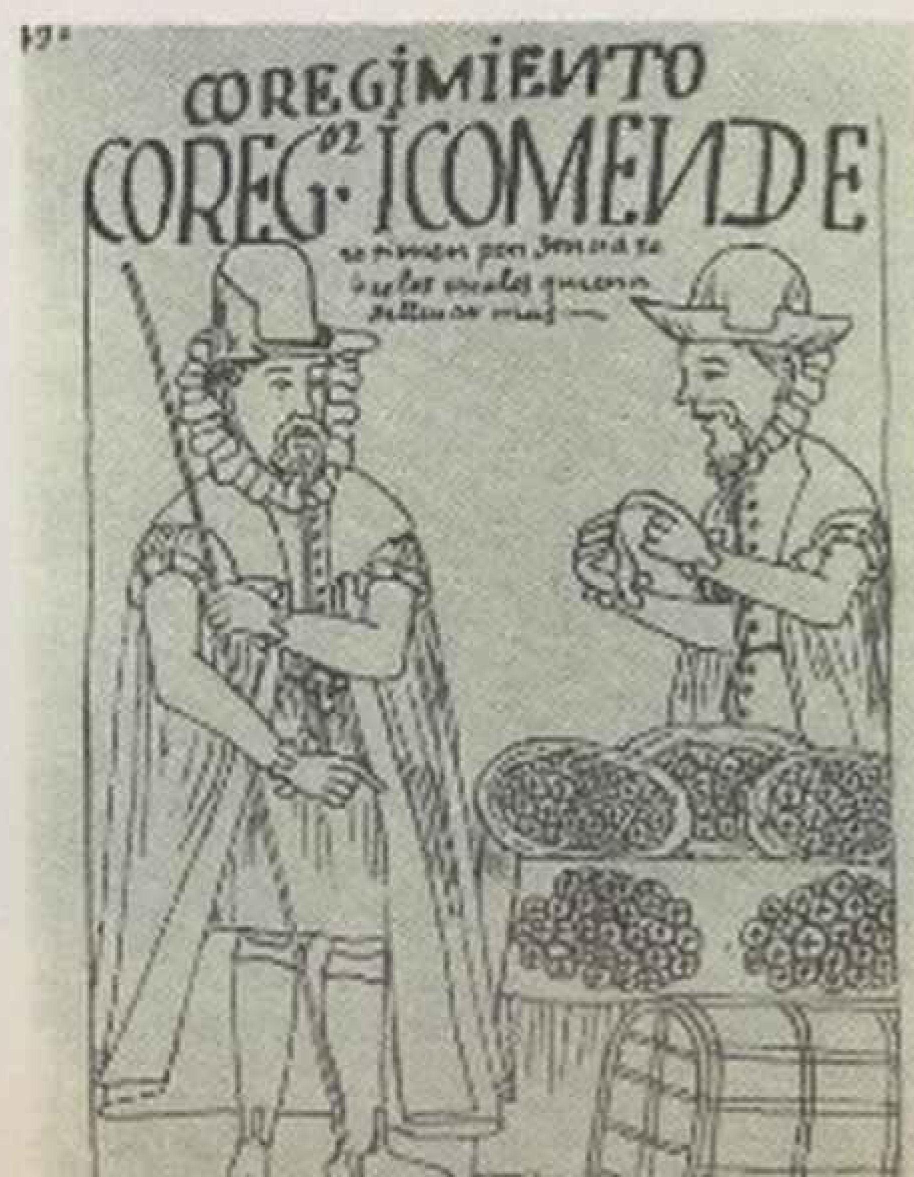
En una situación mucho peor quedarán situados los descendientes de negros y blancos, los mulatos. El estado de esclavitud de la raza negra en América marcaba a todos sus descendientes, incluso a aquellos que sólo en parte lo eran. En el último escalón de los mestizajes estaban los negro-indios, los zambos. Este panorama queda complicado con multitud de casos intermedios. Cuando, durante el siglo XVII, se vaya formando una sociedad de castas que alcanzará su máximo desarrollo en el XVIII, la terminología empleada para designar a los distintos tipos de mestizos mostrará los esfuerzos del idioma para acomodarse a una situación enormemente compleja: *moriscos, albinos, coyotes, chamizos, cambujos, albarazados, torna-atrás, ahí-te-estás, tente-en-el-aire, prietos, pardos, anegrados*, etc., son algunos de los términos empleados en un léxico riquísimo aunque insuficiente.

La Habana a finales del siglo XVII (colección particular, Madrid).



Los Borbones españoles hicieron varios proyectos de reorganización del Imperio español en América. Aumentaron el número de virreinatos, que de dos pasaron a cuatro, y los subdividieron en intendencias, para la administración económica, y audiencias para la administración judicial. Importante innovación fue el establecimiento de comunicaciones directas con el virreinato de La Plata. La penetración extranjera en América prosiguió, aunque la reforma de la marina española por Ensenada hizo más vigorosa la defensa de las costas americanas.

LOS VIRREINATOS AMERICANOS EN EL SIGLO XVIII



Ingenua representación de un corregidor y un encomendero en "Nueva crónica y buen gobierno", de Poma de Ayala. Las encomiendas y los repartimientos fueron los sistemas empleados por los españoles para obtener beneficios de las tierras conquistadas.

A finales del siglo XVIII esta enorme disparidad irá perdiendo carácter social y, por fin, la población mestiza acabará incorporándose a la población de razas sin mezclar. El papel de los mestizos resultará, pues, paradójicamente igualatorio.

Ya hemos adelantado el panorama que presenta la población indígena. Sujeto al trabajo forzoso, adscrito a la encomienda o al repartimiento, obligado a sufrir la mita o su equivalente mexicano el *cuatequil*, el indio queda sometido a la población de colonos, quienes muy a menudo se servirán de la estructura jerárquica indígena de los caciques para apoyar su dominación. La evolución de este grupo sólo podía tener un resultado:



Don Pedro Moya de Contreras, tercer arzobispo de México y sexto virrey de Nueva España (Museo Nacional de Historia, Chapultepec, México). El arzobispo ocupaba a veces transitoriamente el cargo de virrey. Don Pedro Moya fue el primer arzobispo que presidió el primer auto de fe de México.



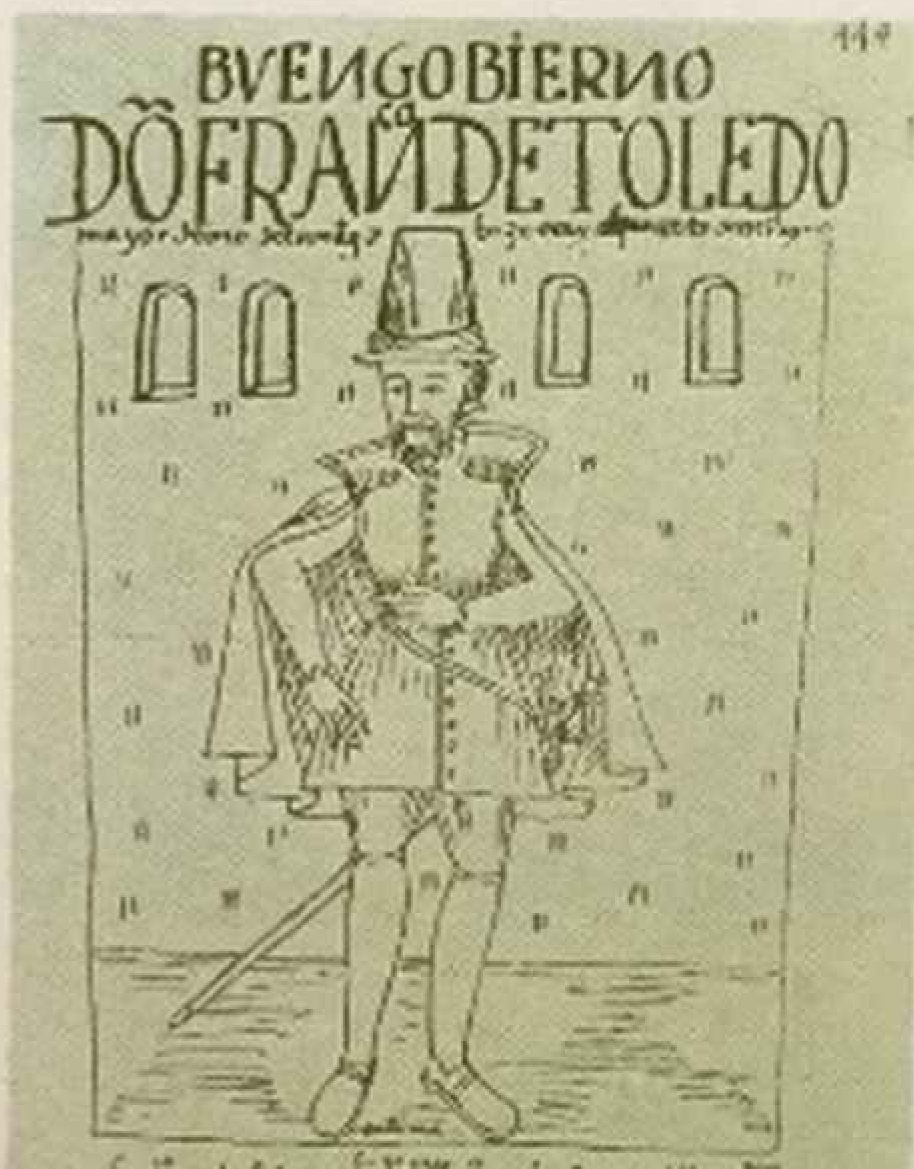
Negros vendedores de carbón y negra vendedora de maíz tostado (Biblioteca Nacional, París). La introducción de negros africanos se debió a la gran disminución de la población amerindia empleada en los trabajos pesados.

la formación de un proletariado indígena. "El trabajo forzoso retribuido, etapa previa del trabajo libre, contribuyó en buena parte a mantener el hermetismo y la pasividad de los indígenas y su progresivo desinterés por el progreso general de la producción y la marcha de la sociedad. El cuatequil, y mucho más la mita, tiende a desarraigar de sus comunidades de procedencia a numerosos indios: el mitayo aprovecha con frecuencia la única posibilidad de mejora económica que se le ofrece a veces y que es, ya cumplido su plazo de trabajo forzoso, convertirse en obrero libre para duplicar o triplicar su jornal; no pocos para eludir la mita huían de sus pueblos de origen, estableciéndose en otros pueblos lejanos, donde, como forasteros, podían librarse de ella. El amparo que contra abusos y extorsiones ofrecían al indio su cacique, los protectores de indios (nuevos funcionarios cuya designación es bien explícita) y los jueces y tribunales de justicia tuvo más de teórico que de real. Y todo ello representa una suma de factores que coadyuvan a reducir las comunidades agrícolas indígenas y a engrosar con rapidez la masa creciente y amorfa de un proletariado que carece de tierras y bienes, que vive al día sin ilusión ni esperanzas de mejora, que se sustenta de modo precario con su trabajo propio y en ocasiones merced a la picaresca o a la caridad ajena" (G. Céspedes).

La minoría blanca, considerada esquemáticamente, presenta tres grupos distintos: conquistadores, clérigos y funcionarios de la corona.

Los conquistadores y después sus descendientes constituyen el grupo socialmente más fuerte durante los primeros años. A través de la conquista y la colonización, tienden a convertirse en una nobleza, una casta superior, cuyos intereses van a chocar muy pronto con los de la monarquía centralizada.

El estamento religioso, cuya presencia en América está basada en el deseo de evange-



Don Francisco de Toledo, virrey del Perú, representado en la obra de Felipe Huamán Poma de Ayala "Nueva crónica y buen gobierno" (Biblioteca Nacional, Madrid). El virrey fue en América un apoderado de la autoridad real. Frente a él se alzaba la Audiencia. Ambas autoridades se auxiliaban, pero a la vez se espiaban para impedir excesos de poder.



Planta de tabaco en flor. Los españoles, a su llegada a América, observaron que los adivinos indígenas aspiraban el humo que exhalaban las hojas de esta planta al quemarse para predecir hechos futuros. Su difusión, aunque se dice que las semillas llegaron a Europa en el segundo viaje de Colón, no se realizó hasta que Nicot, embajador francés en Portugal, lo envió a Francia en 1561.

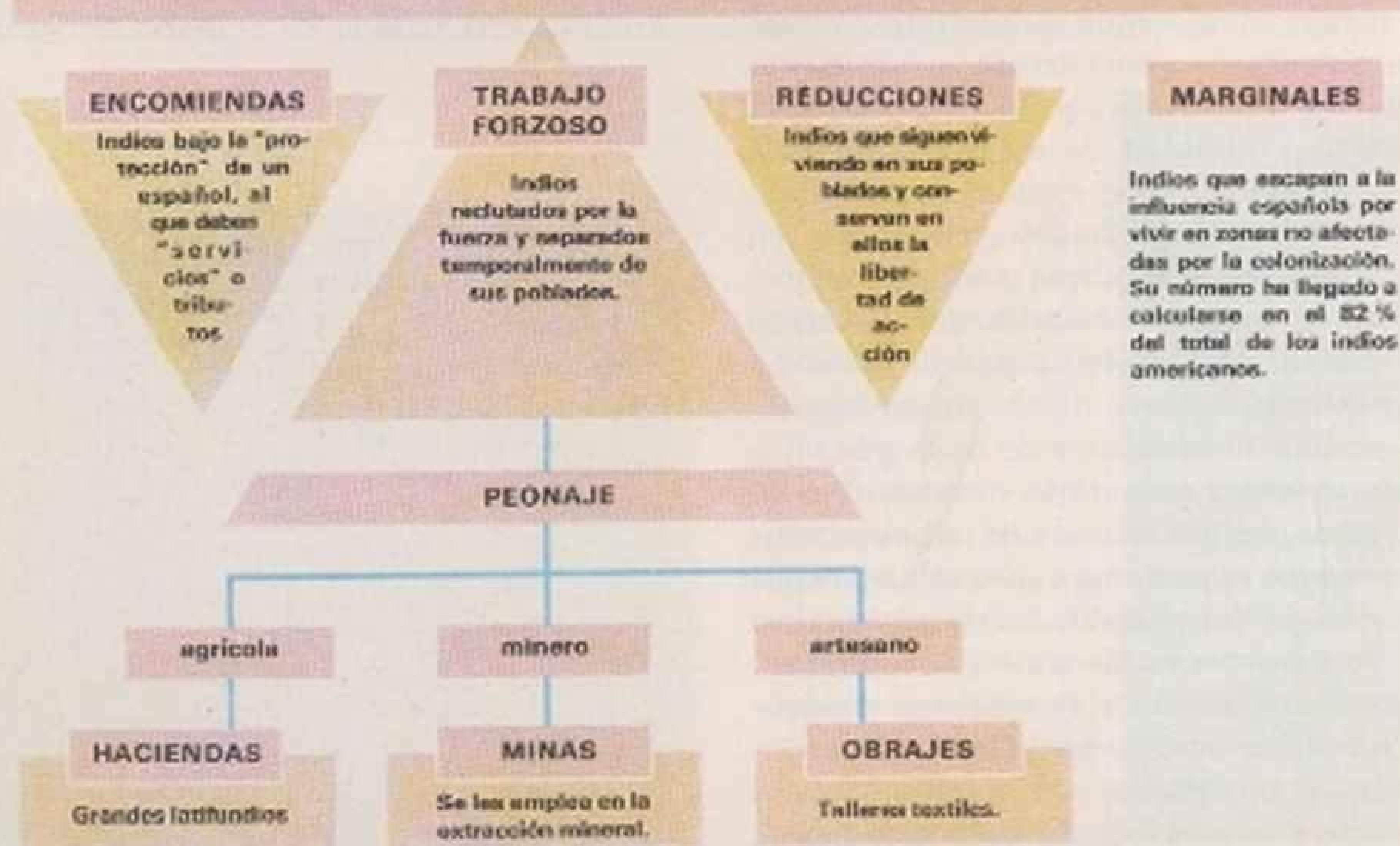


Manuel Amat, virrey del Perú en la segunda mitad del siglo XVIII (Museo de Artes Decorativas, Barcelona). La dinastía borbónica en España significó un cambio de orientación en todos los problemas americanos.

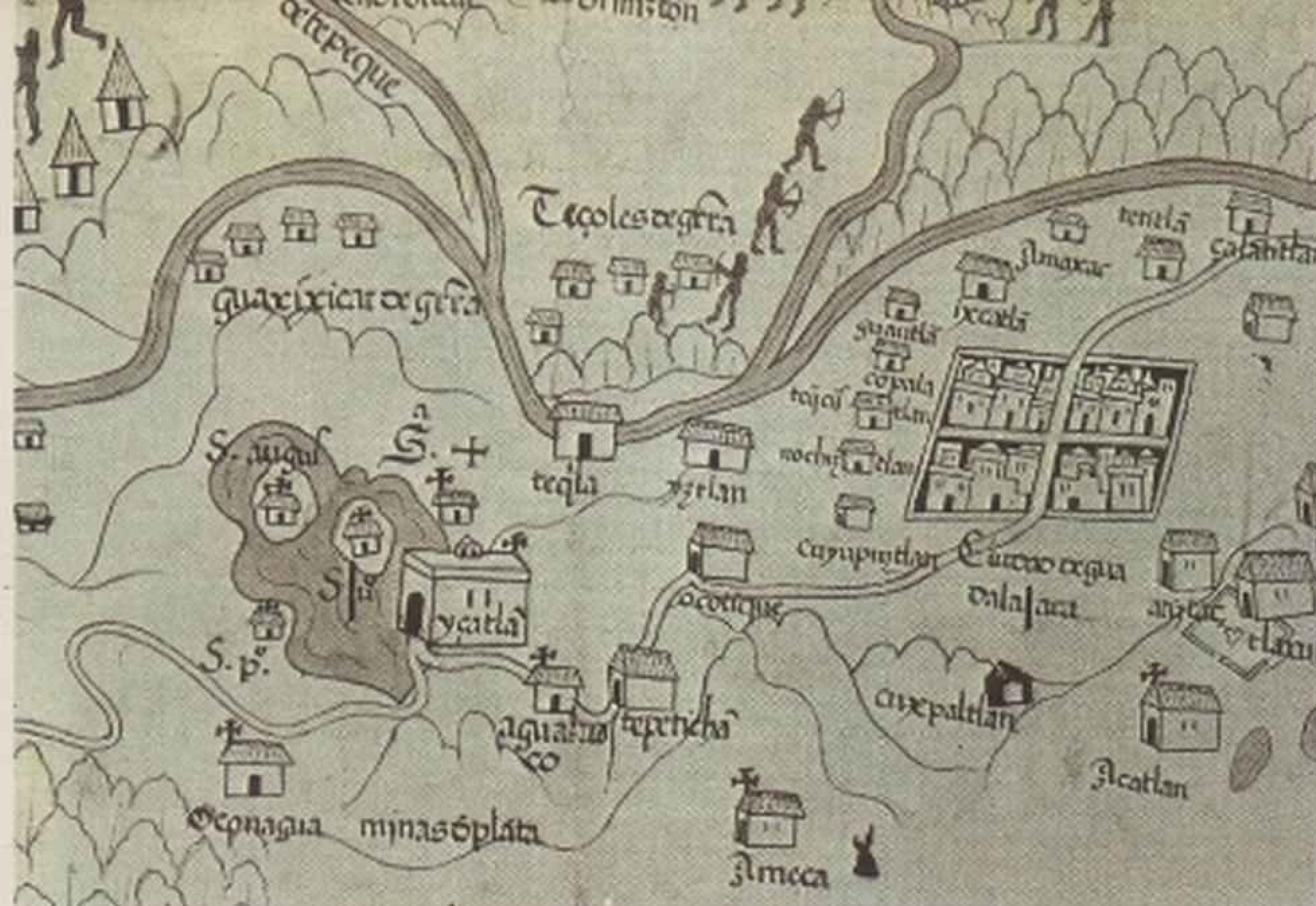
lizar a los indios paganos, sufrirá una curiosa evolución que acabará por dividirlo en dos sectores claramente diferenciados. En los primeros tiempos de la conquista, la política religiosa se basó en la violencia. Las creencias de los indios debían desaparecer, y en consecuencia sus templos fueron destruidos y sus dioses execrados. Apoyados en el éxito bélico, y contando con la ejemplaridad de la conversión de los caciques, los misioneros consiguieron espectaculares conversiones en masa. Las Ordenes religiosas rivalizaban, barajando miles de conversiones. Pero estos triunfos fueron tan aparatosos como pasajeros. Los indios pronto volvían a sus antiguas creencias y costumbres. El cambio de religión implicaba un cambio de cultura que el indio no estaba dispuesto a aceptar.

Se produce entonces una aproximación del clero regular a la cultura indígena. Los frailes mejor dotados aprenden e incluso difunden las lenguas indias más importantes. La intolerancia da paso a la transigencia. Se prefiere el ejemplo a la predicación o la coacción como arma misional. En este nuevo clima, los religiosos se dan cuenta de que el principal enemigo de las conversiones de los indios no es otro que el mismo enemigo de los indios: el colono español.

La defensa de los indios con objetivos evangelizadores, he ahí la gran labor del clero regular en América. Franciscanos, dominicos, agustinos y jesuitas más adelante organizaron células de pervivencia del mundo indígena que, desde las misiones a las reducciones, constituyen uno de los más jus-



Conseguir trabajadores fue el gran problema de los colonizadores españoles. Se necesitaban hombres para cultivar las tierras, para abrir caminos, para trabajar en las minas. Los indios, desacostumbrados al trabajo intensivo, con pocas necesidades que satisfacer, se resistieron a emplearse como obreros. Entre los colonos "propietarios" y los indios "holgazanes" se desarrolló una tensión que, a pesar de la influencia moderadora de la corona y la Iglesia, se resolvió desfavorablemente para los indios con la implantación en América de formas de trabajo semifeudales.



Plano de las reducciones de los indios en las cercanías de Guadalajara (México). La actividad religiosa en la colonización de América se centró no sólo en la conversión de los indígenas, sino en la elevación de su nivel de vida en las reducciones y las misiones (Archivo General de Indias, Sevilla).

tos timbres de gloria de la obra de España en América. Naturalmente esta actividad produjo choques con los colonos, con los encomenderos, a los que se sustraía una mano de obra barata. Por esto los frailes apoyaron a los funcionarios reales cuando éstos se enfrentaron a los criollos. Pero no dudaron en enfrentarse a la propia corona en ocasiones, como en el caso de las reducciones del Paraguay.

Cierto sector del clero se apartó de forma decidida de la línea que acabamos de exponer. El clero secular y algunas Ordenes, como los mercedarios, desarrollaron su labor apostólica exclusivamente entre blancos. De ahí que se identificaran con la situación de privilegio de éstos y, dado que personalmente entraron en el círculo de ventajas socioeconómicas que suponía el pertenecer a la casta dominadora, se convirtieron en ardientes defensores de la desigualdad racial. Sacerdotes seculares y conventos mercedarios hubo que recibieron encomiendas y, en consecuencia, se comportaron como encomenderos. No es de extrañar que fuese precisamente en este sector donde abundaran las conductas más disolutas, las vidas personales más desacordes con los hábitos religiosos.

Los funcionarios reales constituyen el tercer grupo de los españoles establecidos en América. Durante los años de la conquista se dieron muchas veces situaciones en las que la corona, pese a lo celosa que era de las prerrogativas reales, tuvo que nombrar gobernadores o capitanes generales a quienes, adelantándose al nombramiento, detentaban ya de hecho el poder. Pronto varió este estado de cosas: "La rebelión de los Pizarros puso de manifiesto la necesidad de organizar el imperio allende los mares según un régimen que garantizara a la corona de los peligros de una desmembración. De aquí la creación de los famosos virreinatos. Ambas autoridades, virrey y Audiencia, se completaban, auxiliándose para el servicio del gobierno, pero a la vez se espiaban y vigilaban para impedir excesos de poder. En América no se dio nunca el caso de que virrey y Audiencia fueran cómplices en una misma maldad".

El virrey era, como el mismo nombre lo indica, un apoderado de la majestad real.

Cruce de español y albina (pintura de la tipología del mestizaje americano conservada en el Museo Nacional de Historia, Chapultepec, México). El cruzamiento entre los diversos tipos a que dio lugar la convivencia de diferentes razas en la América hispana creó una serie de mestizos extraordinaria, que el idioma recogió en formas curiosas y hasta chuscas.



Ruinas de la fachada de la iglesia de la misión de San Ignacio (República Argentina). Las misiones fundadas por los jesuitas en los territorios de las actuales repúblicas Argentina y del Paraguay fueron uno de los intentos más felices de la conversión y educación de los indios llevados a cabo por los religiosos españoles.



Bautismo de un indio (ilustración de "Nueva crónica y buen gobierno" de Felipe Huamán Poma de Ayala; Biblioteca Nacional, Madrid).



Carlos V creó en 1535 y 1542 los dos virreinatos de México y del Perú, que en el siglo XVIII se aumentaron con los de Santa Fe y Buenos Aires. Las demás provincias quedaron gobernadas por capitanes generales, que tenían en realidad las mismas facultades que los virreyes.

La autoridad de los capitanes generales y virreyes varió mucho según los tiempos. Carlos V, en la cédula del año 1542, dispone "que en todos los casos y negocios que se ofrecieren, hagan (los virreyes) lo que les pareciere y vieran que conviene, y provean todo aquello que Nos podríamos hacer y proveer, de cualquier calidad y condición que sea, si por nuestra persona se gobernaran, en lo que tuviera especial prohibición". Ya hemos visto una de estas prohibiciones: en las Ordenanzas para poblar se prohibe a los virreyes que autoricen descubrimientos sin el acuerdo de la corona. En materias importantes los virreyes debían consultar con los oidores de la Audiencia, pero no estaban obligados a seguir sus opiniones.

La única cortapisa que tenían los virreyes era que, al terminar su mandato, estaban sujetos a lo que se llamaba *juicio de residencia*, o pública investigación de todos sus actos. Ya hemos dicho en otro capítulo que esta fiscalización tenía un posible origen en la

NOTAS SOBRE LA SOCIEDAD COLONIAL AMERICANA

Evidentemente, el fenómeno de colonización de América (como cualquier tipo de colonización, en principio) lleva aparejada una importante dosis de mimetismo: los colonizadores pretendían seguir, mantener, realizar las mismas formas de vida que imperaban en la metrópoli, deseaban vivir el mismo estilo y las mismas fórmulas que regían en su tierra patria. De ahí, por ejemplo, el afán por ennoblecerse, por comprar o conseguir títulos nobiliarios, patente desde los primeros días de la conquista, etc. Sin embargo, desde un principio la vida de la sociedad colonial americana revistió características distintas de las que se producían en España y no digamos de las que se iban desarrollando en los países más adelantados de la Europa occidental.

Para situar la plataforma sobre la cual irá tejiéndose el hilo de evolución de la sociedad colonial de la América hispana es menester tener en cuenta algunos factores elementales. En este sentido, por ejemplo, es preciso recordar la idea de Vicens Vives en torno a la concepción nómada de la vida, impuesta por los castellanos que en las primeras etapas conquistaron y colonizaron las tierras de Indias: "El pastor trashumante, el hidalgo de la Reconquista, el hombre que ansía nuevos horizontes, va a América en una continuación de lo que venía haciendo en su patria: un incesante moverse hacia delante, ir de un lado para otro". Otro factor a considerar, desde un principio, es el derivado de la desmitificación de los supuestos anhelos alimentados por una pura entelequia misional. El mito del oro, el afán de enriquecerse, contó de forma importante en la acción de los primeros hidalgos (valerosos y arruinados por los grandes señores) que se instalaron en América.

Al mismo tiempo es necesario situar también el verdadero marco sociohistórico del espíritu de misión y de justicia que acompañó a la tarea evangelizadora y culturalizadora. En efecto, no puede olvidarse que la Iglesia era extraordinariamente conservadora en el terreno económico, de modo que, con el Evangelio y el espíritu de justicia, estableció en América el mismo sistema o el mismo orden de tipo señorial, la misma visión latifundista y de manos muertas que mantenía en España.

Superadas las primeras etapas de conquista y de colonización, la demografía y la distribución de la propiedad fueron configurando los hitos claves de una trayectoria que inevitablemente debía conducir a la crisis del sistema colonial y a la emancipación americana. Dejando al margen las referencias a la eliminación de los indios (su número disminuye vertiginosamente en todo el continente a lo largo de los siglos XVI y XVII), interesa subrayar el problema derivado de la desproporción entre el número de colonizadores y el de aborígenes. Es posible que a mediados del siglo XVI el número de españoles establecidos en América no rebasara los 120.000, mientras que, en la misma época, el número de indígenas se aproximaría a los 12 millones (aunque en medio siglo descenderían a 9 millones, para seguir después decreciendo). De esta primera relación numérica se deriva una cuestión primordial: la de organizar un mundo tan vasto con tan poca gente hispana y además pudiendo solamente, en principio (después vendrían las oleadas de esclavos negros), utilizar a indígenas de escaso nivel técnico y cultural.

Todo ello ayuda a comprender el carácter que tomó la propiedad en América, que, por un lado, prosiguió el sistema de latifundios castellanos (especialmente en Nueva España) y, por otro, procedió a estructurar la propiedad a través de un sistema apoyado en una fuerte jerarquía social. En relación con tal estructuración debemos considerar el grave problema de la situación de los indios (encomiendas, mitas, etc.) y la ardua cuestión de los esclavos negros (se calcula, por ejemplo, que la población negra, mestiza y mulata en América rebasaba, en 1570, las 230.000 personas). Sobre estos supuestos —en el centro de los cuales debe situarse la compleja y mitologizada cuestión de los mestizos— se edificaría el conjunto social de las colonias americanas, presidido por un hecho clave: el predominio de la minoría blanca, que de 120.000 pasaría a 650.000 entre 1570 y 1650, mientras seguirían existiendo en América más de 8 millones de indios y el número de negros, mulatos y afines pasaría, en las mismas fechas, de 230.000 a 1.300.000.

Efectivamente, ya en la segunda mitad del siglo XVI se dibujaron las denominadas "castas coloniales" en el vocabulario oficial, organizadas en beneficio de la población blanca inmigrada, cuyas bases de poder serían el acaparamiento de la propiedad, la concesión de títulos nobiliarios, el control de la alta burocracia y el derecho a llevar armas. Estos blancos fueron denominados muy pronto "criollos" y constituyeron una verdadera aristocracia de la tierra, con una potencia robustecida por el hecho antes apuntado del control de la administración colonial. Paralelamente, la manía y el negocio (para el Estado) del ennoblecimiento acabó por distanciar al elemento blanco de los indígenas y, al igual que el privilegio exclusivo de llevar armas, etc., una serie de factores aristocratizantes sirvieron para definir el prestigio criollo y para crear una mentalidad típica y diferenciada.

En resumen, a mediados del siglo XVII, latifundistas, burócratas, encomenderos e hidalgos constituían el ápice de la sociedad criolla americana al ocupar el poder político y la riqueza agraria. En segundo término figuraban los mercaderes y artesanos, muy mediatizados tanto por la prohibición absoluta de ejercer cargos públicos como por el control monopolístico que trataba de llevar a cabo la corona desde sus oficinas de Sevilla. Sin embargo, en esta misma etapa, la decadencia de los Habsburgos y los problemas del fisco hispano dieron posibilidades interesantísimas a dichos mercaderes y artesanos, que al socaire de determinadas actividades comerciales, más o menos lícitas, pudieron acumular capital y comprar bienes raíces urbanos y fincas rústicas a través de hipotecas. De este modo, a lo largo del siglo XVII comenzó a configurarse una incipiente burguesía, más o menos capitalista, con negocios en las ciudades portuarias, o propietaria de plantaciones de azúcar y cacao o de estancias de ganado en el interior. Una incipiente burguesía que había de ser el motor informador e impulsor del criollismo típico del siglo XVIII.

La etapa borbónica dibujaría importantísimas modificaciones en el esquema social americano, a partir fundamentalmente de una cuestión elemental (que estaría en la raíz de los futuros nacionalismos americanos) cual es la distinción abierta —y en muchos casos antagónica— entre *criollo* y *español metropolitano*. Existen dos tipos de blancos: el americano y el peninsular. La población, por otra parte, al igual de lo que ocurría en Europa, aumentó de forma considerable, de modo que existían 3 millones de blancos americanos o criollos frente a 150.000 españoles o metropolitanos, ocupando estos últimos los cargos claves de las burocracias civiles, militares y eclesiásticas, creando un clima de creciente descontento que explicaría la radicalización nacionalista criolla opuesta al monopolio de los forasteros peninsulares (gente de paso) que controlaba su vida económica, social y política.

De ahí surgiría el impulso emancipador, arropado además por un mundo intermedio de mestizaje de más de 4.100.000 personas, constitutivo de una realidad socioeconómica innegable, que hacía de puente y de cojín entre los numerosos indios y el crecido número de esclavos negros (más de 1.300.000) que constituían el resto de la población de las colonias americanas a fines del siglo XVIII.

A. J.

LA INTRODUCCION DE LA IMPRENTA EN AMERICA

La primera imprenta del Nuevo Mundo se estableció en el virreinato de México. Sus orígenes son oscuros. José Gil de Pareja y González dio noticia, en 1961, de una edición de la *Escala espiritual para llegar al cielo*, de san Juan Clímaco, de 1532, que, según él, sería el primer libro impreso en tierras americanas. Por fuentes documentales tenemos noticia de una primitiva imprenta mexicana, de la cual no se sabe hasta el presente que nos haya llegado ningún ejemplar. Pero fray Juan de Zumárraga, primer obispo de México, escribió a Carlos V en 1533 para interesarle en la creación de una imprenta y de un molino de papel, y el mismo fray Juan, en 6 de mayo de 1538, volvió a escribir al emperador quejándose de la carestía de papel, que no permitía terminar obras que tenían comenzadas ni emprender otras nuevas. En 5 de septiembre de 1539, Esteban Martín, de oficio "imprimidor", fue inscrito como vecino en el acta del cabildo de México. ¿Sería éste quien regentó esta primitiva imprenta o uno de los que trabajaron en ella? De allí debieron salir obras como la *Escala espiritual para llegar al cielo*, de san Juan Clímaco, de 1535; la *Doctrina*, de fray Toribio de Motolinía, y el *Catecismo Mexicano*, de fray Juan Ribas, ambas de 1537, que fueron vistas por antiguos bibliógrafos, pero de las cuales no se conoce ningún ejemplar.

La primera imprenta estable de México fue una filial de la que Juan Cronberger tenía en Sevilla. En esta ciudad, en 12 de junio de 1539, se hizo un contrato entre Juan Cronberger y Juan Pablos, natural de Lombardía, por el cual éste se comprometió a trasladarse a México con su esposa para regentar una imprenta que había de llevar el nombre de Cronberger. Al cabo de diez años esta imprenta habría de pasar a poder de Pablos, como así ocurrió. El primer impreso que se conoce de esta casa es la *Breve y más compendiosa doctrina christiana en lengua mexicana y castellana*, de Juan de Zumárraga, de 1539, de cuyo único ejemplar conocido hoy se ignora el paradero. Al año siguiente apareció el *Manual de Adultos*, del cual sólo se han salvado dos hojas, y en años sucesivos se publicaron varias obras de doctrina cristiana, de utilidad para la evangelización de los indios, pobres en tipografía, pero de gran interés bibliográfico. Más adelante los libros de este taller mejoraron de presentación y se sirvieron indistintamente de tipos góticos, romanos o itálicos. En algunos de estos libros, Pablos usó orlas que podríamos llamar prebarrocas, análogas a las que en la misma época se empleaban en Basilea, Venecia y Lyon y en algunas ciudades de España. Torres Revello ha señalado analogías entre algunas de estas orlas y el arte azteca.

Antonio de Espinosa trabajó primero con Juan Pablos, como cortador y fundidor de letras, y desde 1559, por su cuenta. El comerciante Pedro Ocharte, natural de Rouen, casó con la hija de Espinosa y continuó su casa hasta 1589. De este taller salieron algunos libros litúrgicos que son notables piezas tipográficas. Pero lo que constituye la verdadera gloria de la tipografía colonial española son los libros de carácter misional y sobre temas indígenas. En este orden ningún otro país ha igualado a España.

La segunda imprenta americana se fundó en el Perú. En 1584, Antonio Ricardo, natural de Turín, después de no pocas dificultades publicó dos opúsculos en Lima: la *Pragmática sobre los diez días del año* y la *Doctrina y catecismo para enseñanza de los indios*. Ricardo murió en 1606.

No se sabe a ciencia cierta si en 1640 Juan Blanco de Alcázar fue el impresor de *Arco triunfal*, en Puebla de los Angeles, obra de la cual no se conoce ejemplar. En 1643, Francisco Robledo imprimió en la misma ciudad la *Historia Real Sagrada*, de Juan de Palafox y Mendoza.

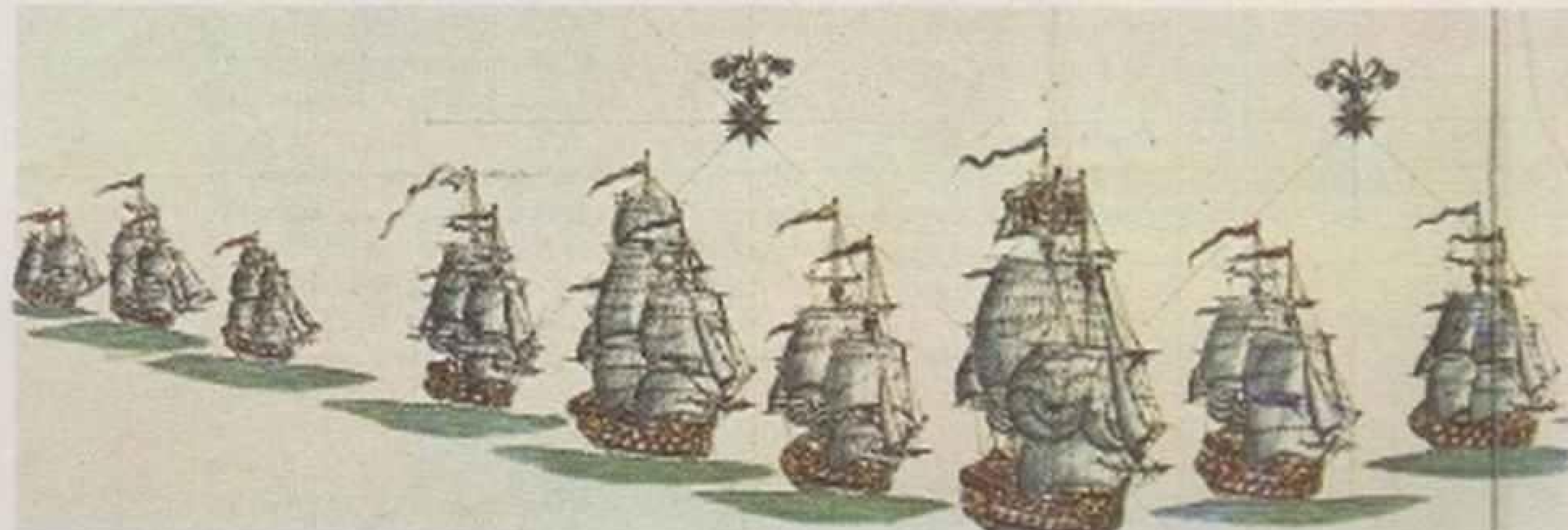
La primera imprenta de Filipinas se estableció en Binondo, en las inmediaciones de Manila, y se remonta al año 1593. Sus primeras actividades permanecen en la oscuridad por el gran número de impresos filipinos perdidos de que dan noticia cronistas y antiguos bibliógrafos. Del citado año es un impreso xilográfico, *Doctrina christiana en lengua española y tagala*, del cual existe un único ejemplar en la Biblioteca del Congreso, de Washington. El primer tipógrafo de las islas fue el chino cristiano Juan de Vera, el cual fundió caracteres tagalos y chinos para poder imprimir libros catequísticos en las lenguas de los habitantes del país. El libro tipográfico filipino más antiguo que conservamos es el *Arte y Reglas de la Lengua tagala*, de fray Francisco de San José, impreso por Tomás Pinpín, tagalo, "en el partido de Batana", en 1610. Esta edición ha sido minuciosamente descrita por W. E. Retana. Según este mismo erudito, en 1662 se fundó la imprenta de los padres dominicos, en el Hospital de San Gabriel de Binondo, la cual fue trasladada en 1625 al Colegio de Santo Tomás de Manila, en donde ha funcionado hasta nuestros días.

En el virreinato del Río de la Plata, los primeros intentos para establecer una imprenta fueron los de las misiones de jesuitas del Paraguay a partir de 1630. Según el padre Furlong, se imprimió en esta región con toda certeza antes de 1705. El libro más antiguo de que se tiene noticia es de este año: es la obra *De la diferencia entre lo temporal y eterno*, de Nieremberg, impresa "en las doctrinas", o sea en las misiones. Esta imprenta jesuítica publicó unos veinte volúmenes antes de 1728, en que cesó. Después pasan años sin que en esta región se impriman libros. En 1780 se estableció un importante taller en la Casa de Niños Expósitos, de Buenos Aires.

En otras tierras americanas la imprenta es introducida en el transcurso del siglo XVIII: en 1738, en Colombia; en 1754, en el Ecuador; en 1764, en Venezuela, y en 1776, en Santiago de Chile. Antonio Isidoro de Fonseca, natural de Lisboa, fundó en 1747 la primera imprenta del Brasil.

El primer taller tipográfico de los Estados Unidos, en la América del Norte, fue fundado en el Colegio de Harvard, en Cambridge, Mass., hacia 1638-1639. En 1674 apareció una primera edición de la Biblia en inglés y en el mismo año se fundó la primera imprenta de Boston. Fue un tipógrafo de esta ciudad, Bartolomé Green, Jr., el primero que se estableció en Halifax. Le sucedió su socio John Burshell, cuyo nombre figura en el pie de imprenta de *The Halifax Gazette*, de marzo de 1752, primer impreso que se conoce del Canadá.

P. B.



Escuadra que partió de La Habana el año 1749 (detalle de un estado de la carga conducida por ella y conservado en el Archivo General de Indias de Sevilla). La conducción de los productos americanos a España y los españoles a América se verificó, debido a los constantes asaltos de piratas y bucaneros, mediante convoyes.

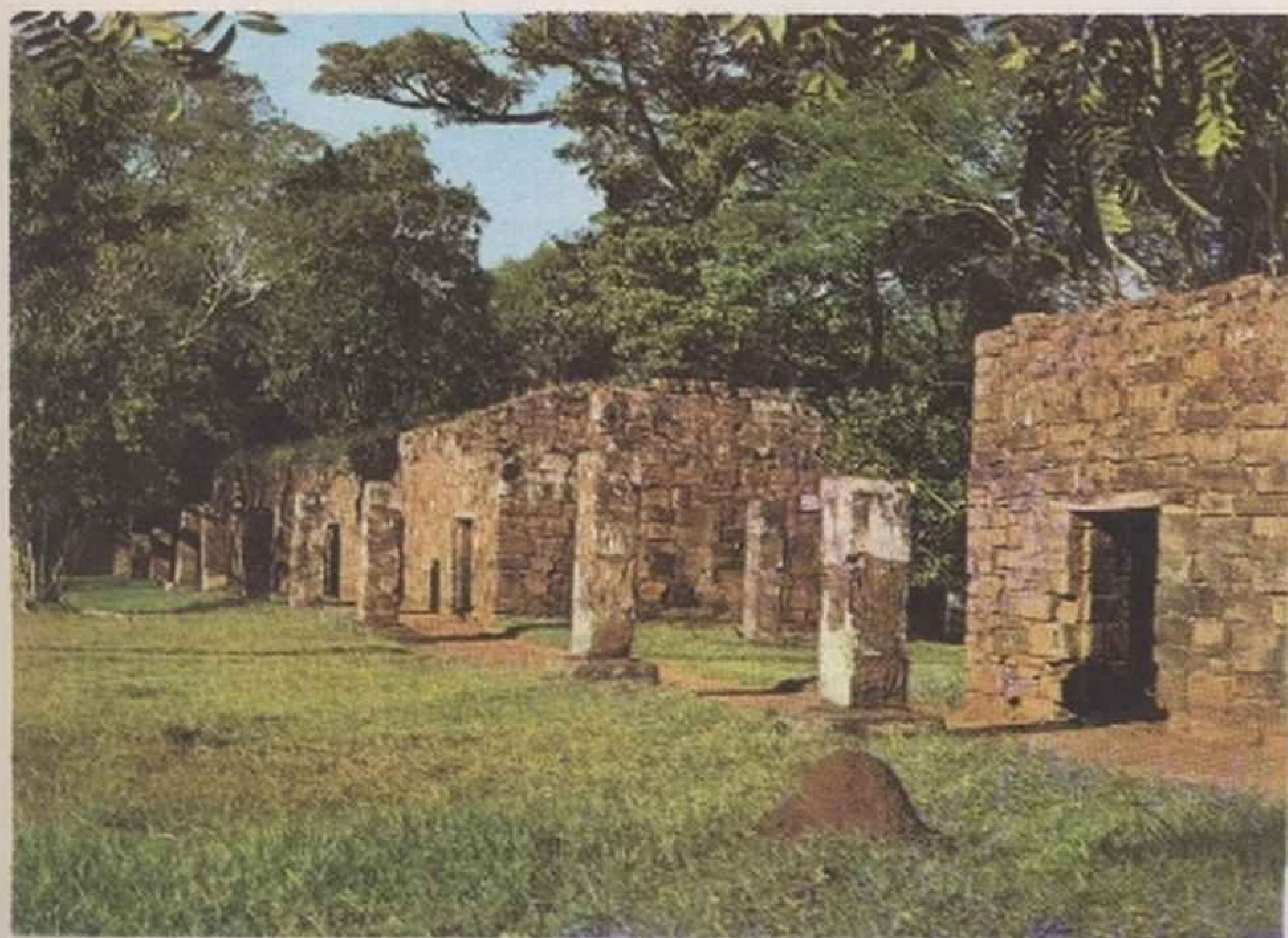
obra del cardenal Albornoz en Italia. Para *tomar la residencia* se nombraba desde España un juez especial, y a él acudían todos los que tenían algún agravio o podían probar alguna injusticia del virrey cesante. Las sentencias de este juez de la *residencia* eran inapelables, excepto recurriendo al Consejo de Indias. Por muy enojosas que fueran *las residencias* de algunos virreyes, los peores escapaban sólo con un poco de mala reputación, pero sin desprenderse del botín conseguido durante su administración. Un virrey, el duque de Linares, decía a su sucesor "que si el que viene a gobernar este reino no se acuerda de que *la residencia* más rigurosa es la que se ha de tomar al virrey, en su juicio particular, por la Majestad Divina, puede ser más soberano que el Gran Turco, por cuanto no discurrirá maldad que no haya quien se la facilite ni practicará tiranía que no se le consienta".

El tiempo que los virreyes debían permanecer en el mando fue al principio indeterminado; más tarde fijóse el periodo de tres años, que se solía duplicar a los que se distinguían por sus servicios. Por último, se estableció para los virreinatos el periodo de cinco años, que duró hasta la independencia de las colonias. El sueldo varió también muchísimo; a mediados del siglo XVIII el virrey de México cobraba setenta mil pesos anuales, a los que se le añadían varias gratificaciones por servicios y cargos secundarios.



Casa de Contratación, en Sevilla, que hoy guarda el Archivo de Indias. La Casa de Contratación fiscalizaba el comercio y la navegación entre España y América. Su creación obedeció a la implantación de un sistema económico monopolístico.

Si el virrey era una imagen del césar o monarca absoluto, la Audiencia venía a ser lo que en Castilla era el Consejo del Reino. El virrey representaba lo que hoy llamaríamos poder ejecutivo, y la Audiencia el judicial. Ambos formaban una magnífica balanza de poderes, enjuiciándose mutuamente con su sola coexistencia. Claro es que el virrey podía lucrarse sirviéndose de su cargo, y los



Ruinas de las habitaciones para indígenas construidas en la misión de San Ignacio (República Argentina).

Puente de cuerdas construido por los indígenas de América, según grabado realizado sobre unos apuntes de Humboldt (Biblioteca Nacional, París). Alexander von Humboldt visitó, en compañía de Aimé Bonpland, casi toda la América hispana, investigando cuestiones de ciencias naturales, geografía, estadística y etnografía. Los resultados de esta expedición los publicó en una obra que consta de 30 volúmenes.

EXPANSIÓN DE LA IMPRENTA EN AMÉRICA

oidores de la Audiencia podían vender sus votos en las causas importantes, pero debía bastar una sola mirada del virrey para hacer comprender a los oidores de la Audiencia el sumo desprecio que le merecían por su peculado. Virrey y oidores tenían que despachar juntos infinidad de negocios; en un principio, el virrey era el presidente nato de la Audiencia, aunque no tenía derecho a voto.

Persuadida la corona de que la prosperidad de la colonia dependía casi más de la honradez de los oidores de la Audiencia que de la inteligencia y honorabilidad de los virreyes, no cejó en dictar disposiciones que tendían a mantener a los oidores ajenos a las pasiones e intereses de la población. Se les obligaba a vestir toga negra, se les prohibía dar ni recibir dinero prestado, poseer granjas, hacer visitas, asistir a desposorios y bautizos, admitir presentes de los negociantes, recibir dádivas de ninguna especie, tomar parte en diversiones y juegos, y estas prohibiciones hacíanse extensivas a sus hijos. Todo un libro (2-16) de la *Recopilación de Leyes de Indias* trata de los presidentes y oidores de Audiencias y cancillerías. Acaso las dos más importantes prohibiciones eran la de poseer bienes y la de casarse con una persona de la colonia. Cuando, por licencia del rey, los oidores conseguían autorización para contraer matrimonio, por lo general se les trasladaba a otra Audiencia. Para que no sufrieran la tentación de dejarse sobornar, los oidores de Audiencia percibían un sueldo que les ponía al abrigo de todas las nece-



Equidos y bóvidos en las praderas americanas. Aunque la atención económica de los españoles se dirigió casi por completo a la minería, la ganadería, por la fácil adaptación de las especies europeas al clima de América, constituyó la segunda fuente de riqueza.



sidades y ascendían por traslado, según sus méritos. De las Audiencias de menor categoría pasaban a las de México, Santa Fe y Lima, acabando por ser especialistas técnicos con gran experiencia. Aquel régimen de un funcionario responsable con autoridad ilimitada y un Consejo fiscalizador, o Audiencia, se aplicó en América no sólo para el gobierno de vastas colonias, como México o el Perú, sino también para determinados territorios incluidos en la colonia. Como el rey delegaba su autoridad en el virrey, este último, a su vez, delegaba su autoridad en un gobernador, asistido también de una Audiencia.

El lector avisado habrá podido observar que, a pesar de la simpatía que reflejan los párrafos anteriores por el régimen colonial español, no hemos podido mencionar un solo instrumento de gobierno que naciera de la colonia misma. Tanto el virrey como los oidores que componían la Audiencia eran enviados desde España. Además, el poder legislativo radicaba en España; los césares (Carlos V y Felipe II) no habían creído prudente desprenderse de esta potestad de dictar ellos mismos las leyes de las Indias.

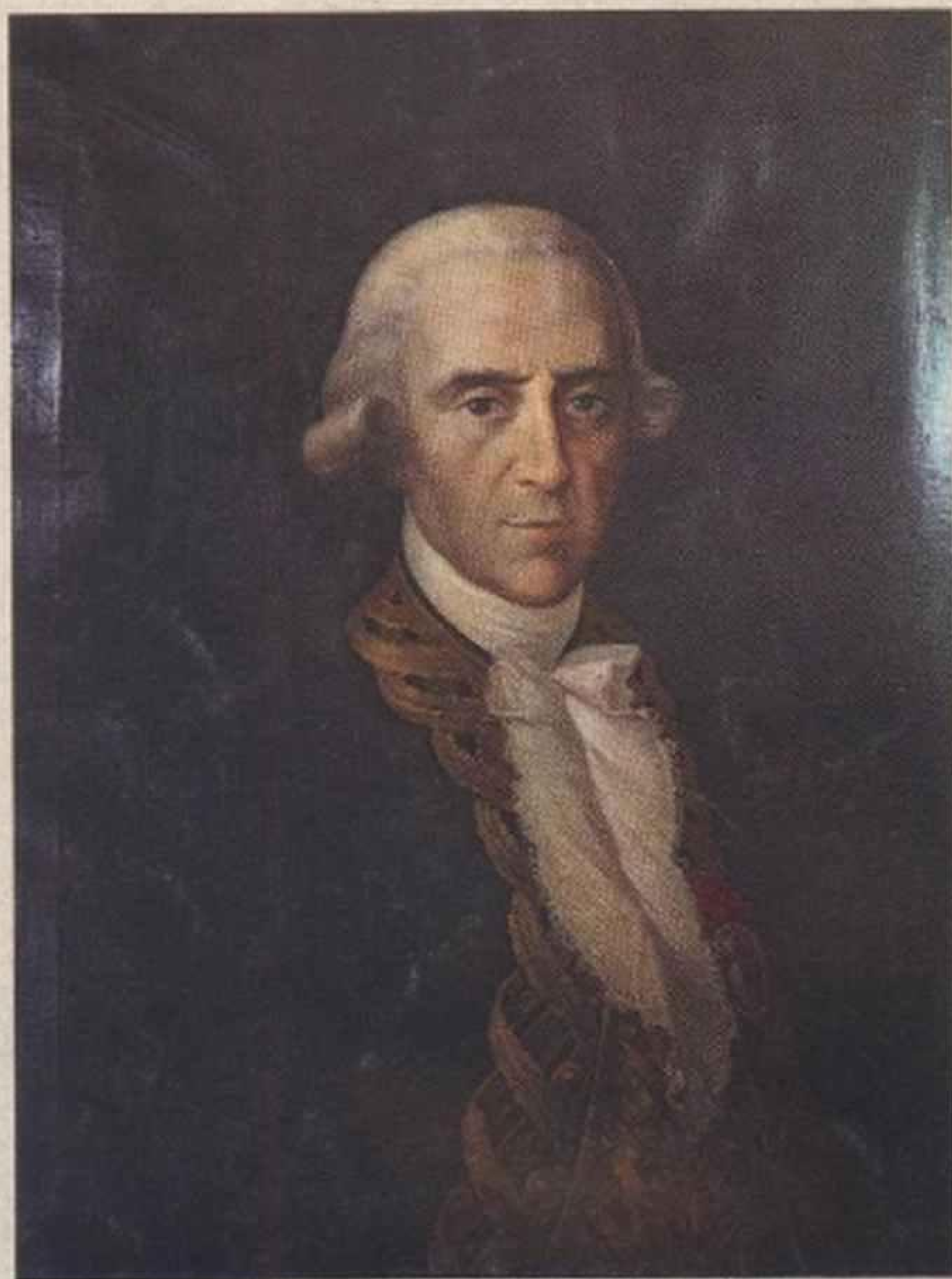
El cuerpo legislador de América fue creado por el emperador en agosto de 1524. Se componía de un presidente, ocho consejeros, un fiscal y dos secretarios. Todos ellos eran nombrados por la corona, que escogía personas capaces: ex virreyes, obispos que habían residido en América y oidores de Audiencia retirados, dignos de este merecimiento por su saber y experiencia. Este cuerpo legislador se llamaba Consejo de Indias y, aunque su residencia oficial era la ciudad de Sevilla, debía hallarse siempre cercano a la majestad real para informarla cumplidamente en casos urgentes. El Consejo de Indias proponía, además de la legislación, los altos funcionarios de las colonias.

En cuanto a las estructuras económicas, en el capítulo anterior vimos como las posesiones españolas alcanzaban prácticamente

toda su extensión en menos de cincuenta años. La magnitud de las distancias es tan grande que toda la estructura económica estará supeditada a las posibilidades de transporte. El único transporte posible, a larga distancia, está representado por las comunicaciones marítimas. Este hecho produce dos condicionamientos inmediatos. En primer lugar, los objetos de comercio deberán ser de un elevado precio en relación a su peso. En caso contrario, el costo del transporte haría antieconómica toda operación. En segundo lugar, la creación de un sistema de comunicaciones a larga distancia exige un desembolso cuantioso, que sólo las explotaciones económicas con beneficios a corto plazo podían proporcionar. Así vemos que las exigencias económicas se reúnen a la ambición de los españoles para polarizar su actividad en una dirección: la explotación de las reservas de minerales preciosos americanos.

Cuando se agotó, por cierto que en poquísimos años, el oro en poder de los indios, fruto de la acumulación de objetos preciosos durante generaciones, y el de procedencia aluvial, se dio paso a las explotaciones mineras.

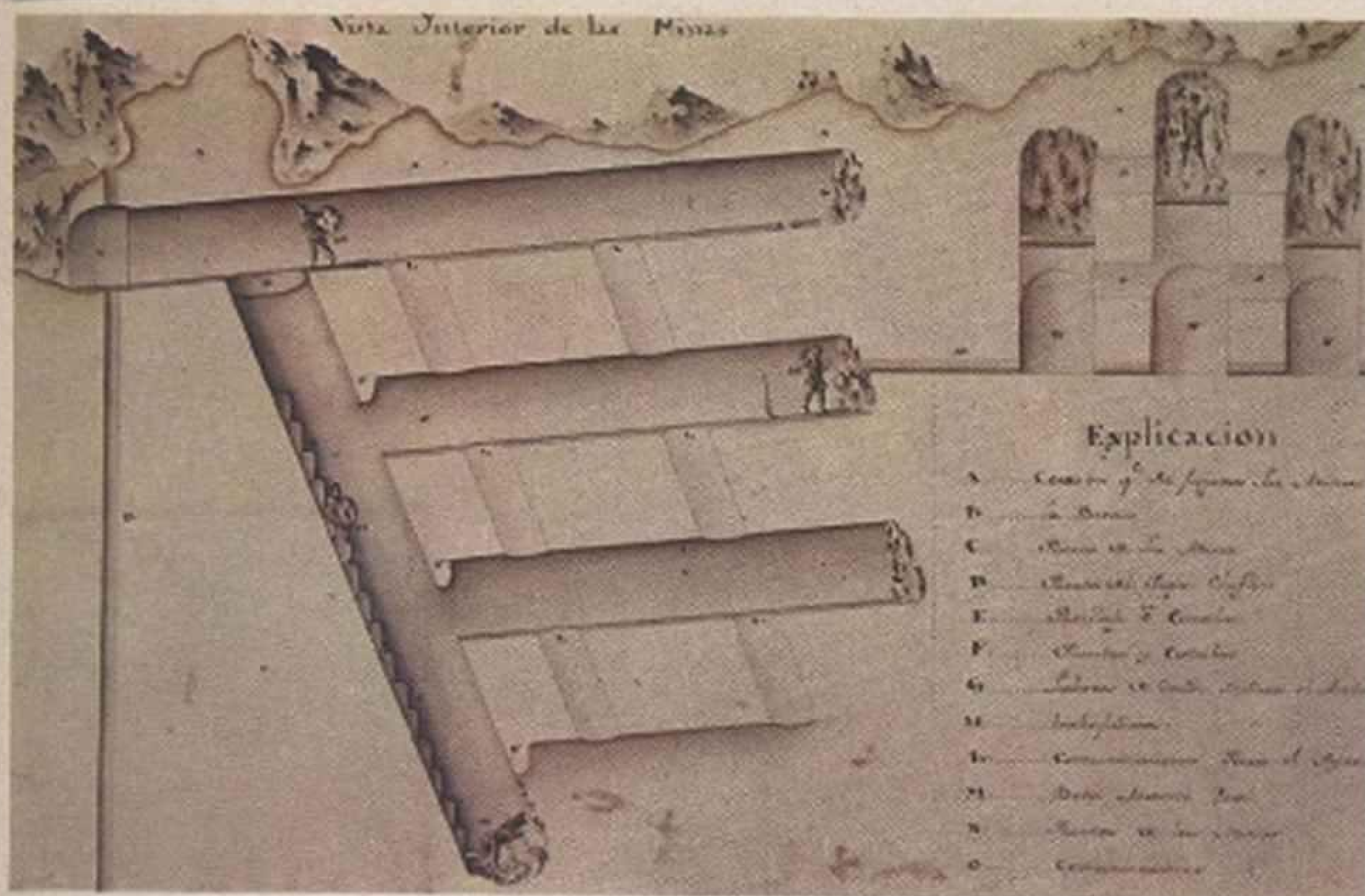
La producción de oro de la América española durante el primer siglo y medio se cifra en unas 300 toneladas. De ellas treinta o cuarenta pertenecen al primer ciclo, provienen de la acumulación realizada por los



Antonio de Ulloa (Archivo de Indias, Sevilla), el marino y geógrafo español que, en unión de Jorge Juan, acompañó a La Condamine en la labor de medir un grado del meridiano. Reconoció también las costas de Chile. Como resultado de estas expediciones publicó "Relación histórica del viaje a la América Meridional".



Caza de la perdiz por gauchos en la Pampa argentina (grabado de la expedición Malaspina; Museo Naval, Madrid). El gaucho fue en un principio un mestizo de español e indio dedicado a la ganadería.



Plano del interior de una mina peruana (documentación del virrey Amat —siglo XVIII—; Biblioteca Central, Barcelona). La economía americana estuvo enfocada principalmente, durante la época colonial, hacia las industrias extractivas, sobre todo de metales preciosos.

indios o son de origen fluvial. Terminada esta primera época por los años 30 del siglo XVI, se pasó a la explotación de minas. Las primeras importantes fueron las de Buritica, en el valle de Cauca. Cartagena de Indias fue su puerto de exportación y el lugar donde descargaban el mercurio, necesario para la metalurgia, importado desde la península o desde más lejos todavía. La crisis de esta explotación, tenazmente mantenida, se producirá a principios del siglo XVII, debido al agotamiento de los filones y a la escasez de la mano de obra.

La explotación de las minas de plata proporcionó beneficios siete u ocho veces superiores al del oro. De aquí que la relación entre el valor de la plata y del oro, que en Europa se había mantenido en la proporción 10/1 durante la Edad Media, alcanzase en España en 1650 la proporción 15/1.

La primera plata americana proviene de México. Pero en el último tercio del siglo XVI será superada por la producción del Perú, hasta fines del siglo XVIII, en que de nuevo las minas de Nueva España superarán a las andinas hasta cuadruplicar su producción.

Las primeras minas explotadas en México por los españoles fueron las de Sinaloa. Se empleaba para la obtención de la plata el procedimiento de la fusión, de escaso rendimiento. La puesta en marcha de las minas de Zacatecas y de San Luis Potosí señala un avance considerable, facilitado por la aplicación de las técnicas de la amalgama, hacia 1560.

Las consecuencias que tuvieron para México la explotación de las minas de plata fueron muy importantes. Los yacimientos estaban situados fuera del México húmedo, fuera del habitat de los aztecas. La marcha hacia los desiertos del Noroeste en busca de la plata producirá, a largo plazo, el encuentro entre los mexicanos y los colonos anglosajones, llegados desde el Este, en tierras de California.

EL GALEON DE MANILA

Anexionadas en 1564 por López de Legazpi, las islas Filipinas, enclavadas en la parte del mundo reservada, según el tratado de Tordesillas, a Portugal y rodeadas por los establecimientos comerciales de esta nación, no tuvieron más comunicación con el resto del Imperio hispánico que la larguísima travesía del Pacífico, hasta México. La expedición de Legazpi había salido de Nueva España y la nueva colonia quedó hasta fines del siglo XVIII vinculada a aquel virreinato.

La única comunicación con América, e indirectamente con la metrópoli, la constituyeron los dos galeones que, con ritmo anual, atravesaban el Pacífico, uno de Acapulco a Manila, siguiendo la ruta de Legazpi (línea de los 10° N), y otro de Manila a Acapulco, siguiendo el camino mucho más largo marcado por los alisios y el Kuro-Shiwo, esto es, bordeando las costas japonesas y atravesando el océano por encima de los 40° N para llegar a las costas de California. Estrangulado por las excesivas medidas restrictivas establecidas por el monopolio español, este difícil comercio se convirtió pronto en uno de los más lucrativos del Imperio, con el desarrollo de un contrabando favorecido por la lejanía de la metrópoli.

La llegada del galeón de Manila a Acapulco señalaba el comienzo de la "feria", el mercado mejor surtido de América, donde tenían entrada los productos de lujo oriental: porcelanas, perfumes, lacas, alcanfor y, sobre todo, seda. A cambio, América aportaba plata.

Las más importantes consecuencias de este tráfico, prohibido reiteradamente sin efecto, fueron: la ruina de la naciente industria sedera mexicana y la desviación de una parte de la producción de las minas americanas.

R. G.

Vista de una Máquina, para cernír Tabáco enla R.l Fabrica de Sigarros

Máquina de cerner tabaco de la fábrica de tabacos de México (Archivo General de Indias, Sevilla).

La explotación de las minas del Perú, en contraste con las mexicanas, cuenta con una mano de obra muy abundante. El Potosí se encuentra en una zona densamente poblada y la aplicación del régimen de trabajo forzoso, de la antigua mita inca, proporciona a los españoles los recursos humanos necesarios. Las condiciones de trabajo eran durísimas. A los inconvenientes debidos a la altitud (3.000 a 4.500 m), se suman los bruscos contrastes de temperatura y la escasa alimentación. En Huancavélica, donde se obtiene mercurio, a los inconvenientes citados se unen las emanaciones venenosas propias de este tipo de explotaciones. La decadencia de las minas está relacionada con la huida de los mitayos, incapaces de resistir estas condiciones. Pero antes, el Potosí pasará por una época de esplendor, llegará a contar, a mediados del siglo XVI, con 160.000 habitantes y a financiar el desarrollo de Lima, la más lujosa de las capitales coloniales.



Cerámica virreinal del estado de Guerrero (México).

La minería constituyó la primera actividad económica colonial, pero no la única. La ganadería y la agricultura, aunque con un ritmo distinto, se desarrollaron también en las Indias. La ganadería en primer lugar, ya que los animales domésticos europeos se adaptaron con gran facilidad y se reprodujeron rápidamente, realizando su "conquista de América".

En cambio, las actividades industriales tuvieron escaso desarrollo, debido a la dis-

tribución de trabajo entre las colonias y la metrópoli, que reservaba a ésta la producción de productos manufacturados.

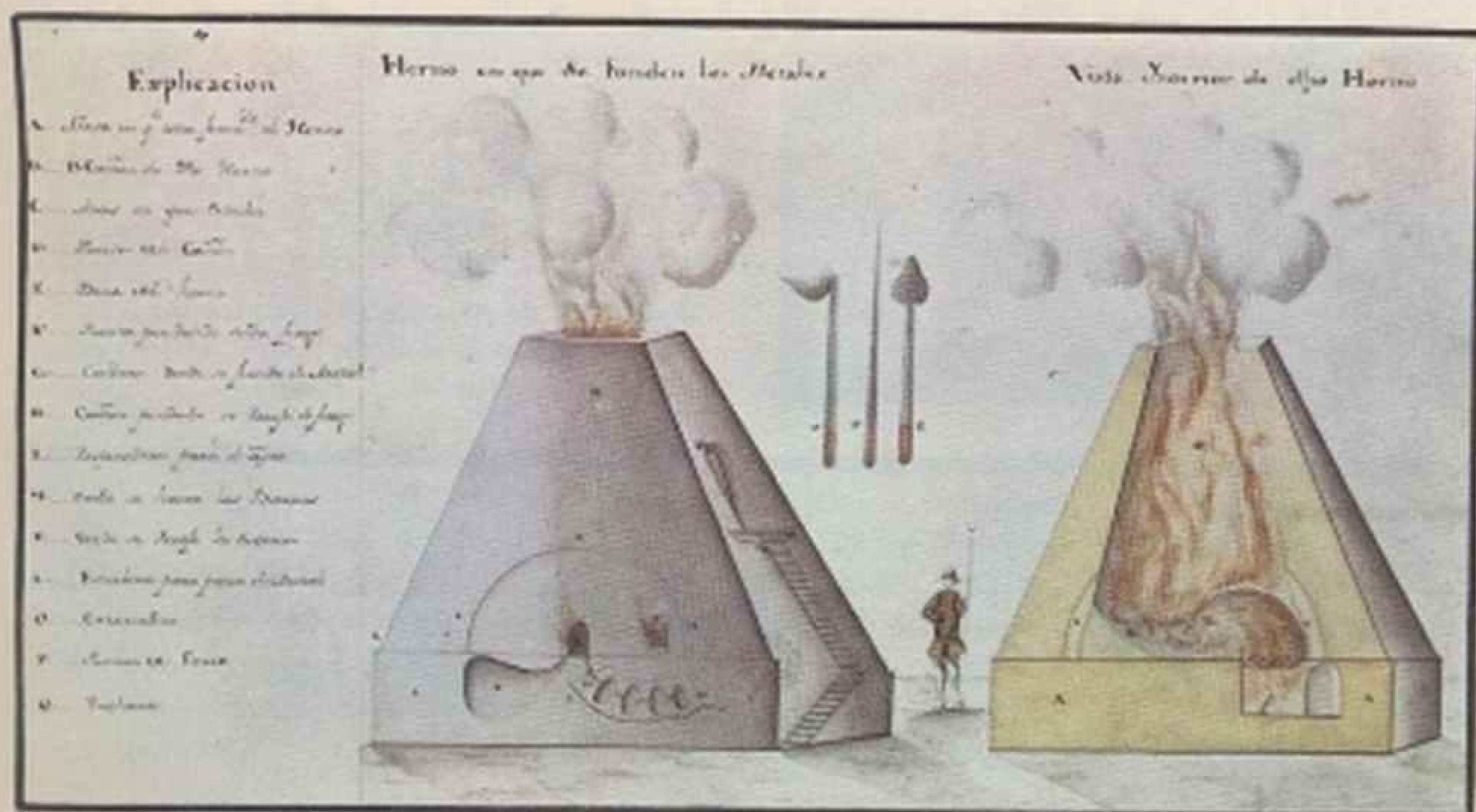
La política económica de la corona obedecía a un criterio monopolístico. Desde los tiempos del descubrimiento, en que las ventajas económicas estaban reservadas a los monarcas y a Colón, este criterio sólo se abandonó por la fuerza de las circunstancias. Durante el siglo XVI se amplió el número de los que podían beneficiarse del comercio americano: "En teoría, el monopolio del rey dio paso al de su reino, es decir, de todos los súbditos de la corona de Castilla, pero en realidad sólo un grupo reducido de ellos –los cargadores de Indias, mercaderes residentes en Sevilla– fue titular único y gran beneficiario de dicho monopolio, a consecuencia del régimen de puerto único, pronto establecido para hacer la totalidad del tráfico ultramarino. La centralización del comercio indiano en Sevilla tuvo motivaciones poderosas..., pero ante todo el puerto único se establece para vigilar las importaciones de metales preciosos y evitar su salida al extranjero" (G. Céspedes).

Este sistema económico se prolongó a lo largo del siglo siguiente, a pesar de que de hecho el monopolio fue roto mediante el contrabando, posible desde el momento en que la península era incapaz de abastecer todo el mercado americano y, desde luego, no podía competir con los precios de las manufacturas extranjeras.

Durante el siglo XVIII se produjo una progresiva liberalización del régimen monopolístico, que tuvo como consecuencia el *boom* económico y la regionalización. En conjunto, pues, puede afirmarse que la economía del Imperio español en América estuvo polarizada por una actividad económica y una aspiración política. La explotación de los metales preciosos y el deseo de garantizar en exclusiva su posesión, y el comercio que de ellos se derivaba a la corona castellana, o a lo sumo a sus súbditos, fueron las características que marcaron no sólo el desarrollo de los países de las Indias, sino también la propia historia de España.



Primer trapiche de azúcar establecido en San Miguel de Tucumán (República Argentina).



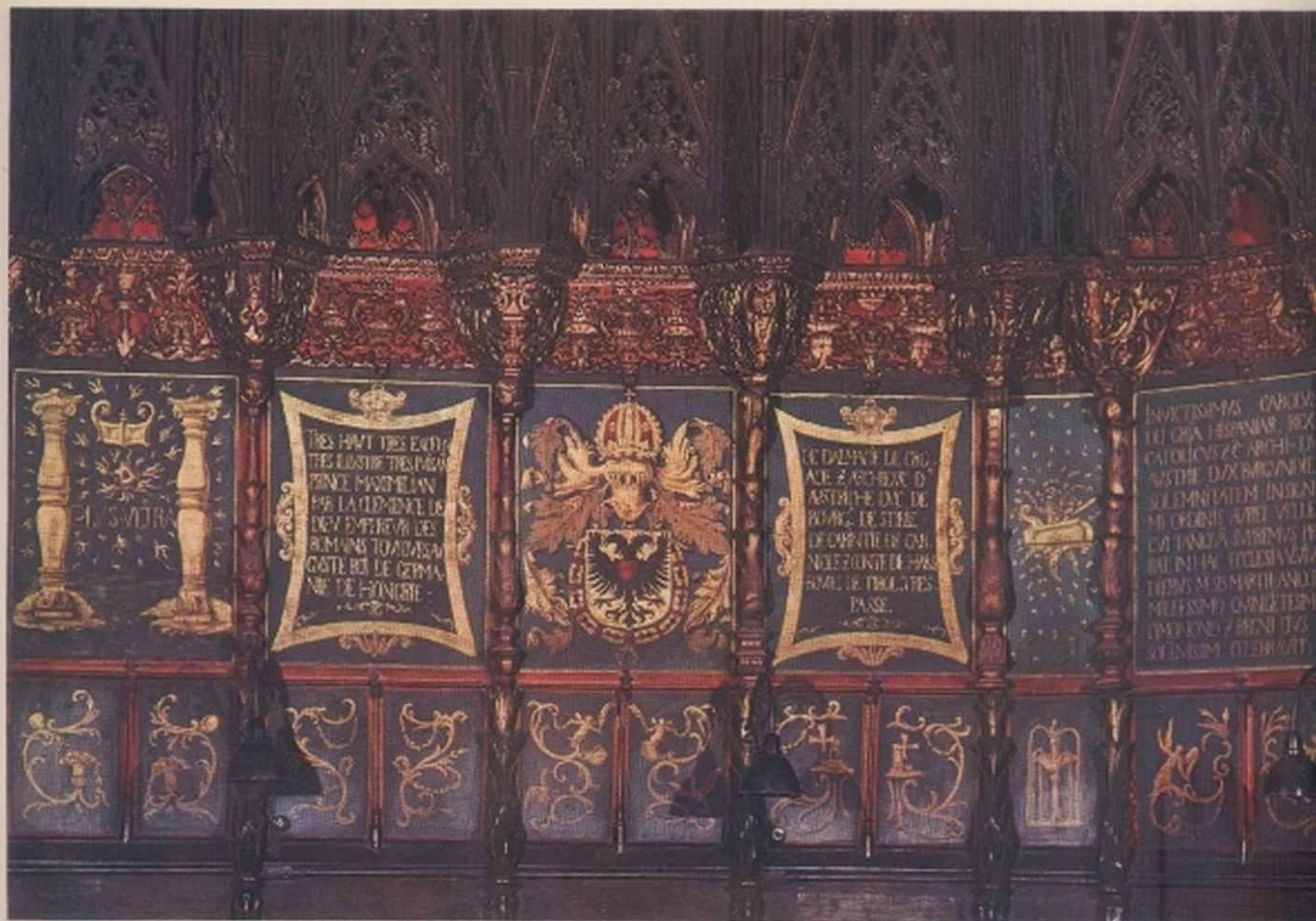
Vista exterior e interior de un horno para fundir metales (documentación del virrey Amat –siglo XVIII–; Biblioteca Central, Barcelona).

BIBLIOGRAFIA

Alcázar, C.	*Los virreinatos en el siglo XVIII*, Barcelona, 1945.
Altamira, R.	*Elementos de la civilización y del carácter españoles*, Buenos Aires, 1950.
Carande, R.	*Carlos V y sus banqueros* (3 vols.), Madrid, 1943-1967.
Céspedes del Castillo, G.	*Las Indias durante los siglos XVI y XVII*, en "Historia social y económica de España y América", dirigida por J. Vicens Vives, III. Barcelona, 1957.
Esteve Barba, F.	*Cultura virreinal*, Barcelona, 1965.
García Gallo, A.	*Los orígenes de la administración territorial de las Indias*, Madrid, 1948.
Hamilton, E.	*El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica*, Madrid, 1948.
Hanke, L.	*La lucha por la justicia en la conquista de América*, Madrid, 1959.
Henríquez Ureña, P.	*Historia de la cultura en la América hispana*, México, 1955.
Ots Capdequí, J. M.	*Instituciones*, Barcelona, 1959.
Pereyra, C.	*Breve historia de América* (4.ª ed.), Madrid, 1948.
Ramos, D.	*Historia de la colonización española en América*, Madrid, 1947.
Zavala, S.	*Programa de Historia de América en la época colonial*, México, 1961.



Embarco de productos americanos en un puerto brasileño –siglo XVIII– (Biblioteca Nacional, París).



Testero del coro de la catedral de Barcelona, donde se celebró el capítulo del Toisón de Oro, la orden de caballería creada por Felipe el Bueno de Borgoña, y que fue presidido por Carlos V.

Las ideas imperiales de Carlos V y de sus sucesores

por J. A. MARAVALL y A. JUTGLAR

Probablemente, nadie dejará de reconocer la importancia de la proyección que sobre la Europa de la primera mitad del siglo XVI tuvo la figura del emperador Carlos y la honda huella de su obra. Tal convencimiento no impide, sin embargo, que ante tantos y tan complejos hechos como los que ocurrieron durante el reinado de Carlos V, sucediéndose con incesante actividad, planteando perspectivas y horizontes nuevos, etc., se llegue a provocar incluso en quien los contempla con cierto detenimiento y objetividad una impresión de enmarañada trama, de complejo mar de actuaciones y de motivaciones, que hacen difícil una interpretación. Ello no deja de ser cierto, pero –al propio tiempo– creemos que todas ellas adquieren un sentido claro e inteligible al articularlas según la línea de un pensamiento político concreto.



El emperador Maximiliano de Austria, su primogénito Felipe el Hermoso y su esposa María de Borgoña (detalle del cuadro de la familia de Maximiliano, por B. Strigel; Galería Imperial, Viena). Carlos de Habsburgo reunió en su persona una doble herencia centroeuropea: por su abuela María de Borgoña, los restos no incorporados a Francia del estado flamenco-borgoñón; por su abuelo paterno, Maximiliano, el archiducado de Austria y sus posesiones en el Imperio, así como una manifiesta tendencia a convertir este último de electivo en hereditario.

Tal articulación lleva a interrogarnos acerca de algunas cuestiones capitales: ¿qué pensó de su obra Carlos V? ¿Cómo proyectó mentalmente la figura de un Imperio? ¿Qué pensaron de la experiencia política en que se vieron comprometidos los españoles de su época? Al respecto es preciso insistir, en primer lugar, en que, a lo largo de la primera mitad del siglo XVI, los hispanos se hallaron colocados en una situación política excepcional. Después de haberse mantenido, durante los típicos siglos medievales, a extramuros de la organización imperial europea, que (de forma más o menos eficaz, o de forma más o menos teórica) dirigía políticamente la Cristiandad; cuando –coincidiendo con el auge renacentista– parecía anunciarse una nueva edad para Europa occidental; cuando la noción del mundo cambiaba radicalmente con el impacto de los grandes descubrimientos geográficos, etc.; cuando, en definitiva, Europa se aprestaba para adentrarse en una nueva etapa histórica, España –y de manera especial Castilla– entra en directísimo contacto con la concepción imperial, medieval y cristiana, del mundo y de la historia. Ello dio lugar, entre otras consecuencias, a que se desplazaran hacia el centro hispánico una serie de empresas y de responsabilidades que, secularmente, habían venido definiéndose como tareas del Imperio centroeuropeo, llegando incluso a incorporarse, como cosa propia, a la misma corona o monarquía española un conjunto de territorios que tradicionalmente se habían encontrado vinculados al cetro imperial y que estaban impregnados de la cultura peculiar desarrollada en el interior de dicho Imperio.

Tal coyuntura y tales circunstancias plantean a España una problemática de profunda repercusión: si algo había que pudiera ser considerado como Edad Media o, por lo menos, en que la Edad Media se conservara como un legado irrenunciable, sería la concepción imperial con que los hispanos estaban entrando en contacto y que, en cierto modo, venían a subrogarse. Ello daría lugar, lógicamente, a que la monarquía española pasara a convertirse en administradora de la herencia medieval en importantes y cruciales aspectos de la vida europea. Al propio tiempo sucedía que en España, sobre un pasado medieval que, por la conocida conservación de elementos antiguos, por su contacto con el mundo islámico y por su condición periférica en el conjunto del Occidente cristiano, había sido menos propiamente "medieval" que en otras partes (recuérdese, por ejemplo, la cuestión del feudalismo en buena parte de los reinos peninsulares, etc.), se producían casi súbitamente una serie de hechos nuevos y trascendentales (descubrimiento y conquista de América, etc.) que cuentan entre los que más claramente muestran el tránsito a otra época, esto es, la introducción plena a la Modernidad. La acción general hispana de los tiempos modernos se apoyará, pues, desde su punto de partida, sobre unos pilares y factores claramente divergentes y, sobre todo, originales respecto a épocas anteriores y al nuevo ritmo que iba a buscar el Occidente europeo.

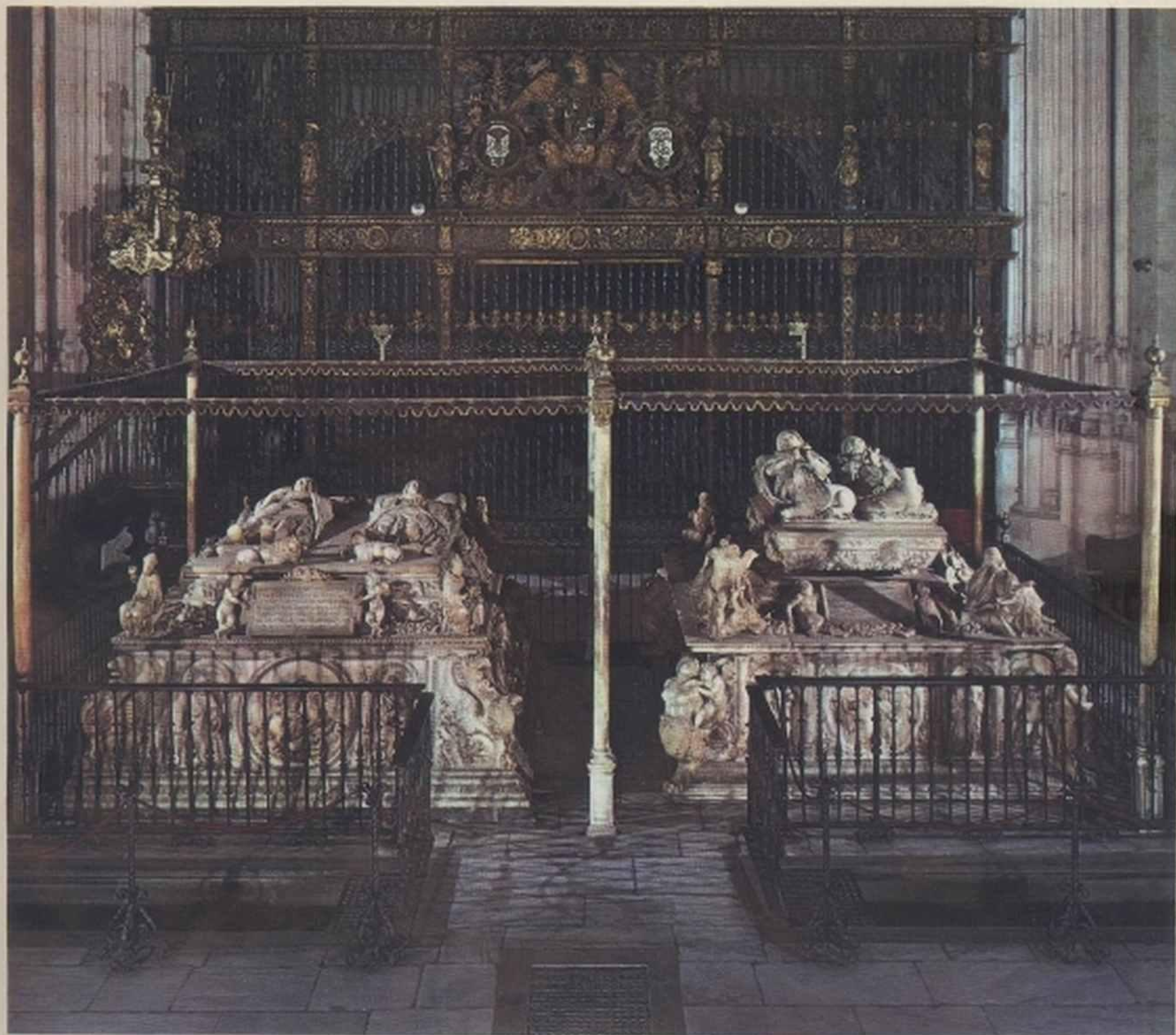
El análisis del pensamiento político de Carlos V y de sus colaboradores debe basarse, precisamente, sobre las premisas anteriormente apuntadas y ello obliga a detenerse, aunque sea brevemente, en el estudio del sentido concreto que revistió el Renacimiento en España, fijando la atención, con preferencia, en la peculiar relación hispana entre Medievalismo y Renacentismo, paralelamente al análisis de cuál fue entre los

hispanos el alcance del cambio histórico de la relación entre hombre y mundo que caracteriza a la Modernidad. Partimos, para ello, de las notas precedentemente apuntadas.

Concretamente, a comienzos del siglo XVI nos hallamos con que los españoles se ven sorprendidos de manera inesperada con la carga –y las inmensas posibilidades paralelas– de un continente nuevo, que de alguna manera deben insertar en el mundo político y cultural al que pertenecen. Esto acentuaría la conciencia amoral y optimista, renaciente, de la época, inclinándola a una temprana opción a favor de los modernos en su parangón con los antiguos. Las Cortes de Valladolid de 1518 hablan al emperador de una nueva edad de oro, en coincidencia con lo que Erasmo escribía en cartas a sus amigos. Pero tal tarea, includible, llevaba aparejada un riesgo fundamental, ya que, para llegar a la articulación de las nuevas tierras con el conjunto político-cultural de Europa, no tendrían más remedio que acabar quebrando el marco tradicional del mundo político cristiano y, con él, la concepción que del mismo se había ido formando, a lo largo de los siglos, el europeo medieval.

El Imperio español, como ha observado Pierre Vilar, fue la última y suprema manifestación de una sociedad que él mismo contribuyó decisivamente a eliminar y a hacer imposible su subsistencia. Por eso, en él se transforman las líneas de una final formu-

Sepulcros de Juana la Loca y Felipe el Hermoso y de Isabel y Fernando, los Reyes Católicos, en la Capilla Real de Granada. Por línea materna incidieron sobre Carlos las herencias de los reinos de Castilla (con las vastedades americanas) y de Aragón (con sus prolongaciones italianas).



EL IMPERIALISMO HISPANICO Y LA EXPANSION Y PROBLEMATICA ECONOMICA DEL SIGLO XVI

Conocidas son las tesis de Hamilton o los estudios de P. Vilar sobre las repercusiones que en el conjunto hispánico y Europa en general tuvo la afluencia masiva de metales preciosos de América, especialmente a partir de 1530. Nadie, por ejemplo, niega (junto a la realidad negativa de la revolución de los precios y sus consecuencias sociales sobre grupos de población muy concretos) que el pleno desarrollo del Renacimiento, la máxima posibilidad de una difusión cultural a gran escala del renacentismo —con sus manifestaciones diversas en palacios, templos, esculturas, pinturas, orfebrería, apoyo a intelectuales y artistas, etc.—, se fundamentó en el fantástico enriquecimiento experimentado por Europa desde la segunda mitad del siglo XV y acrecido, de manera esencial, por la fabulosa aportación de los descubrimientos geográficos y muy concretamente por el impacto de los metales preciosos americanos.

Ahora bien —y ciñéndonos muy concretamente a sus repercusiones sobre el imperialismo hispánico de Carlos V y sus sucesores—, es preciso señalar desde un principio que, además de las ventajas antedichas (y de los resultados negativos apuntados), la afluencia masiva de metales preciosos representó un factor de importancia fabulosa en la vida económica del conjunto europeo, obligando de manera especial a Europa occidental a entrar



en un período de brutal revolución de los precios, constitutivo de una interesante etapa histórica, en la cual, por vez primera (desde la reciente aparición del capitalismo inicial), la humanidad sobrecogida —y los estados hispanos, de manera especial— iba a enfrentarse con uno de los fenómenos más consustanciales a la esencia misma del capitalismo, como es el problema de la inflación. Es innegable que una gran parte de la fenomenología de los tiempos modernos se encuentra estrechamente vinculada (tal como ocurre, por ejemplo, con el imperialismo de los Habsburgos) a la aventura económica que acabamos de apuntar y, por ello, es conveniente que en el análisis histórico propuesto dediquemos cierta atención a tres o cuatro aspectos elementales de la misma, inseparables, por otra parte (y hasta cierto punto), de la misma trayectoria sociopolítica hispana.

En primer lugar, conviene recordar que la expansión económica provocada por la afluencia de metales americanos (así como por el auge del comercio asiático, muy centralizado por Lisboa, capital del Portugal colonialista y mercante que heredará Felipe III duró hasta 1610 aproximadamente. Y que dicha expansión influyó de manera directa, sensible y determinante en las actividades comerciales, marítimas y financieras. En este sentido, por ejemplo, fue preciso construir flotas cada vez más capaces, para ir desde Europa a América y a Asia; fue necesario adelantar importantes sumas de dinero para la financiación de los viajes, adquirir géneros para la ida y comprar mercancías para el regreso, etc. En resumen, la economía capitalista recibió una orientación aún más definitiva y característica, de forma que sólo los grandes "capitalistas", los grandes hombres de negocios, herederos de los capitanes de empresa y negociantes del XV, tenían capacidad para hacer frente a las nuevas inversiones; solamente ellos podían sostener el nuevo choque económico. En dicha coyuntura, por ejemplo, los banqueros alemanes —Fúgger y Welser— y genoveses aseguraron a España y Portugal, hasta mediados del siglo XVI, la financiación de sus empresas coloniales, siendo sustituidos después por los flamencos, que llegaron a crear en la ciudad de Amberes la primera capitalidad financiera del mundo moderno.

Tal fenómeno tiene una importancia capital para comprender la evolución misma del imperialismo hispánico. Como es sabido, en Amberes se constituyó una Bolsa de mercancías y una compleja e importantísima organización financiera que —por otra parte— sostenía una estrecha relación con los poderosos burgueses castellanos establecidos en Medina del Campo y otras ciudades de la antigua corona de Castilla. Por tanto, el eje financiero Amberes-Medina desempeñó un papel básico en la colonización de la América hispánica y en la realidad bélica internacional de la Castilla "extrovertida", de que ha hablado el profesor Jover. Asimismo, el mencionado eje fue fundamental para las nuevas orientaciones que iba tomando el desarrollo mercantil e industrial del centro y norte europeos, hasta los mismos países bálticos. Fácilmente se deduce también que dicho eje —vinculado en demasía a la política imperialista de Felipe II— acabaría quebrándose, tal como ocurrió hacia 1575, dejando paso (y ello es muy significativo en todos los terrenos) a la conformación de la larga etapa de predominio de la ciudad de Amsterdam, en el corazón de las Provincias Unidas, protestantes y abiertamente lanzadas y decididas a librarse de la ocupación y presencia españolas.

Los comentarios precedentes ayudan, pues, a situar un fenómeno complejo, que afecta tanto a la realidad interior como a la exterior de la política de la monarquía hispánica de los Habsburgos, de manera, por ejemplo, que no sólo las riquezas americanas atrajeron, cada vez más, la atención y el interés de las potencias europeas sobre las Indias hispanas, sino que además (lo cual debe ser tenido en cuenta suficientemente) la compleja fenomenología —derivada de la revolución de los precios y la expansión económica paralela— repercutió en el corazón mismo de Castilla. En este sentido, con referencia a las actividades artesanales más o menos industriales, señalaremos que si bien —en un principio— las necesidades derivadas del propio negocio colonial (junto con el impacto de la misma multiplicación de metales preciosos en el mercado peninsular) dieron paso, especialmente al iniciarse la segunda mitad del siglo, a una gran actividad productora y financiera en Castilla (de lo que sería testimonio elocuente, por ejemplo, el caso de un Simón Ruiz), muy pronto se patentizó el peso decisivo de la nueva orientación atlántica y septentrional de los negocios europeos, en un claro signo de cuáles eran las orientaciones de los nuevos tiempos, de manera que, al cabo de relativamente poco tiempo, la actividad castellana (al igual de lo que ocurrió en buena parte de Italia) demostró ser pasajera, mientras que —en contraste—, al finalizar la centuria, Flandes (o sea la parte dominada y controlada militarmente por España), las Provincias Unidas (vulgarmente conocidas como Holanda), Francia e Inglaterra se mantenían a la cabeza del control de las actividades industriales y económicas de Europa occidental.

A. J.

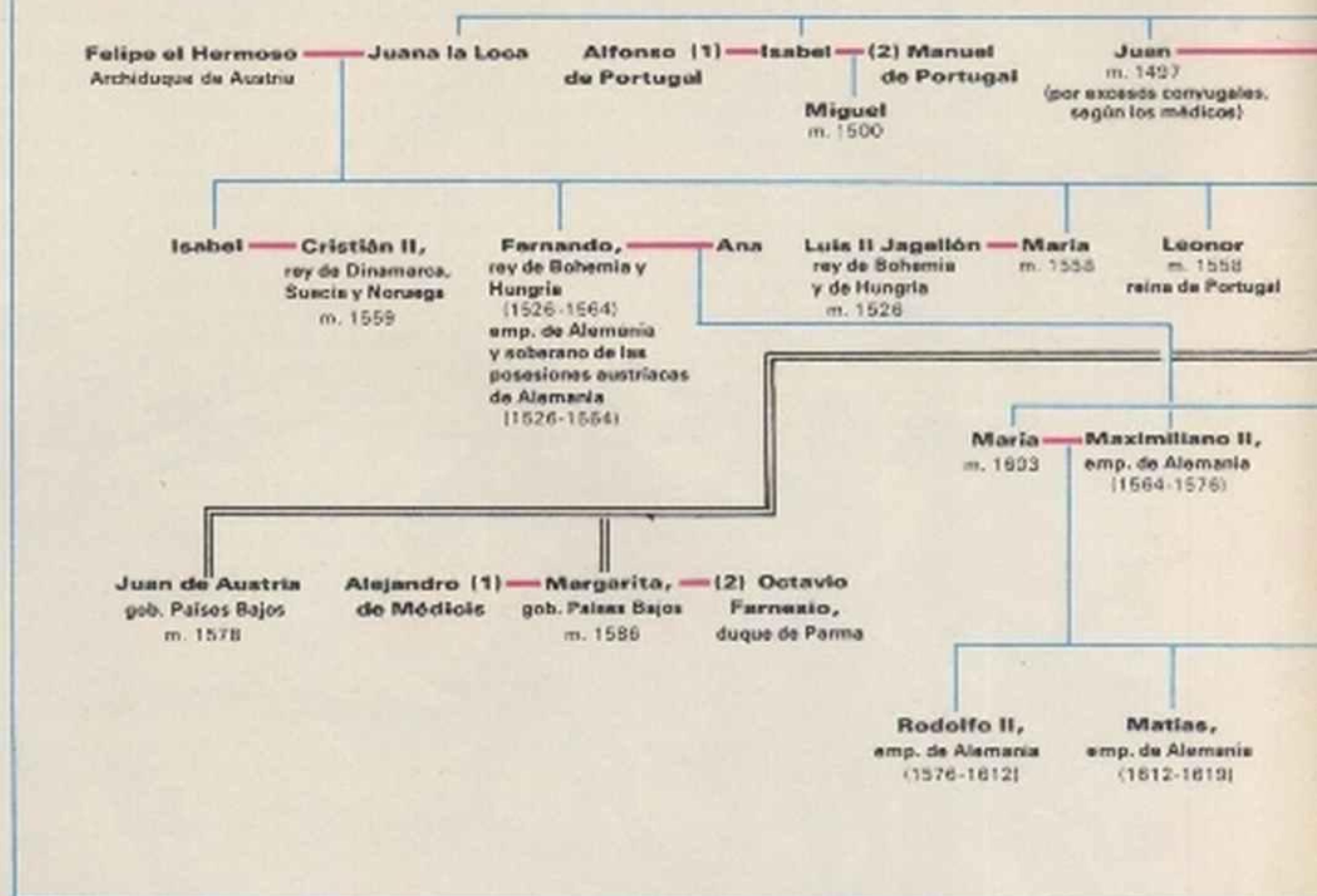


Lansquenetes y músicos alemanes figurados en una miniatura del códice que representa el Triunfo de Maximiliano (Biblioteca Nacional, Madrid).

lación del imperialismo tradicional en el esbozo de un imperialismo de tipo moderno. Ciertamente, en su empresa colonizadora, que, por sus proporciones y sus objetivos, no tenía nada parecido desde la antigüedad y representaba una novedad formidable, la Administración española tuvo que servirse en América de instituciones y medios arcaizantes. Por ejemplo, en un país en el que tanto desarrollo había alcanzado la letra de cambio, en el comercio con América hubo que volver a la forma medieval del *instrumentum ex cambio* por la sencilla razón técnica de que en territorio americano no había Bancos. Pero aun en casos como éste hemos de tener en cuenta la novedad que implican: mediante el uso de ese instrumento notarial anterior a la letra de cambio se incorporaba un continente a las relaciones del comercio exterior y se daba un paso decisivo hacia la economía planetaria. La vida en ambientes coloniales ha impuesto siempre una reviviscencia de formas arcaizantes, aunque sólo sea por razones técnicas. Una suma considerable de éstas, unida a la vigorización de la herencia medieval que trajo la herencia del Imperio, tiñeron de arcaísmo muchos aspectos de la sociedad española, sobre todo cuando a partir de la segunda mitad del XVI fue ya perceptible la quiebra en la evolución del primer capitalismo.

Paralelamente con los grandes descubrimientos, los españoles se encontraron ante un repertorio de novedades sin comparación con las que, en la misma época, se ofrecían a los otros pueblos de Europa: un continente nuevo, unas sociedades nuevas, mares y tierras, hombres y otros seres naturales nuevos y, concretamente, nuevos en cuanto que eran hasta entonces desconocidos para el europeo y que, como consecuencia, no había contado con ellos para organizar su visión del mundo y sus ideas acerca de cómo debía efectuarse el gobierno de los

Este gráfico genealógico recoge las constantes matrimoniales que impusieron los Reyes Católicos: matrimonio con los Habsburgos, con los reyes y príncipes portugueses y con los reyes y príncipes ingleses. La política matrimonial de los Reyes Católicos consiguió la fabulosa herencia de Carlos I. Más tarde, el casamiento de Felipe II con María Tudor estuvo a punto de conseguir la unión de la monarquía inglesa con la española. Por último, el propio Felipe II consiguió unir a sus estados, por derechos de herencia, la corona de Portugal, con lo que logró la unión ibérica y formó el mayor imperio colonial que ha existido.



Castillo de Gérard le Diable y catedral de San Bavón, en Gante, donde nació el futuro Carlos V.



hombres y las sociedades. Todo ello era sumamente revolucionador e innovador. Pero ocurría, además, que los españoles –en su propio territorio peninsular– se descubrían insertos en una concreta forma de organización política de carácter preestatal que suponía también una importante novedad. Una novedad con repercusiones profundas más allá de las fronteras hispanas, bastando para hacernos comprobar tal hecho el interés que la política de Fernando el Católico despertó en Europa, etc.

En resumen, el español con conciencia de su época comprobaba su inserción en una sociedad ampliamente renovada, en la que los individuos sostenían diferentes relaciones con los demás, dado que su plataforma socioeconómica y cultural variaba sustancialmente al permitirle, entre otras cosas, el dinero, las leyes, las armas, etc., desempeñar papeles nuevos en el conjunto de la vida colectiva. Comprobaciones y conciencias nuevas, vivas en autores y personajes muy varios (Gómez Manrique, H. del Pulgar, Hurtado de Mendoza, etc.) y que podrían seguirse con detalle a través del análisis de casos monográficos muy concretos, los cuales nos mostrarían, por ejemplo, cómo se forma en dicha época la conciencia estamental de

Fernando — Isabel

Margarita de Austria (hermana de Felipe el Hermoso)
María — Manuel el Afortunado, rey de Portugal
Arturo, príncipe de Gales (1) — Catalina — (2) Enrique VIII de Inglaterra

Carlos I, rey de España, heredero de los dominios de los Habsburgos y Borgoña; emperador de Alemania — Isabel m. 1530
Catalina m. 1578 — Juan III de Portugal (1521-1559)
Enrique (cardenal), rey de Portugal (1578-1580)
Luis — Violante Gómez, "la Pelicana"
Don Antonio, prior de Crato

Juana m. 1573 — Juan m. 1554
Sebastián I, rey de Portugal (1557-1578)

María (1) — Felipe II de España (1556-1598) rey de Portugal (desde 1580) — (2) María Tudor reina de Inglaterra
Ana (4)
Alberto, Archiduque m. 1621

1.er resultado
2.º resultado
Resultado fallido

Juana de Castilla (col. Duque del Infantado, Madrid), la pobre madre loca de Carlos V que aportó a su hijo unos recursos, los de España y sus Indias, con que sostener las quimeras europeas.

los letrados hispanos. Concretando, pues, puede tal vez decirse que, desde la época de los Reyes Católicos, España estaba viviendo una coyuntura de profundas y sustanciales transformaciones. Como de los otros países del Occidente europeo sería adecuado afirmar, también en España predominaban las condiciones de una sociedad estática; pero también, como en aquéllos, se enunciaba en ese momento un dinamismo social, reflejado en un crecimiento del índice de movilidad, tal vez en España mayor entonces que en otras partes por disponerse del escenario americano.

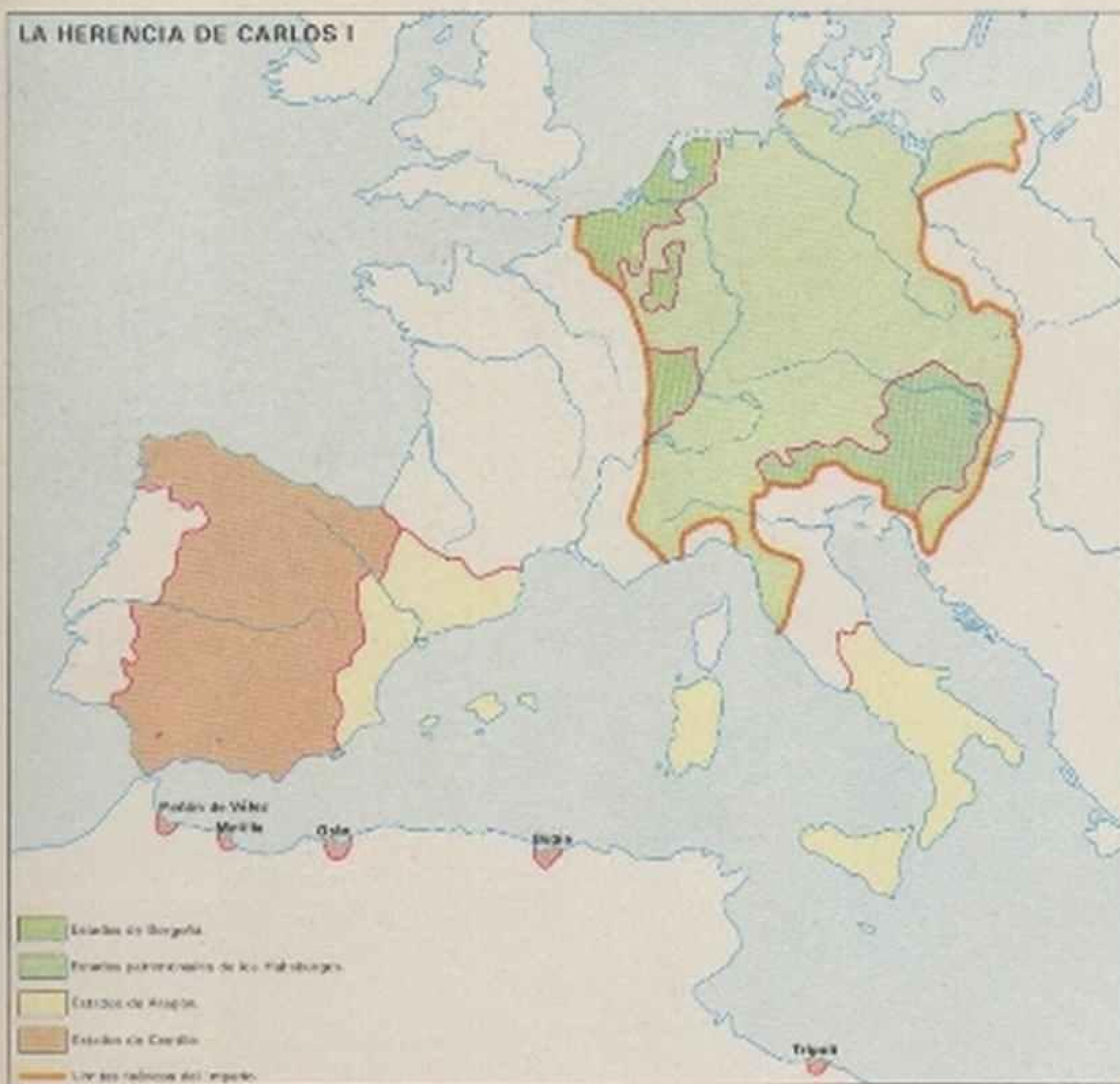
Pues bien, a todo ello debe sumarse el impacto del Imperio centroeuropeo, introducido en el centro de la vida política hispana en momentos tan cruciales y decisivos. En efecto, la disposición misma del repertorio de novedades a que hemos hecho referencia antes, y con ella el posible manejo y aplicación de dichas novedades, quedaron profundamente alteradas cuando a ese conjunto, evidentemente moderno como ningún otro en la Europa de su época, se unió el de las posibilidades, problemas y responsabilidades que traía consigo la conexión hispana con la Europa de tradición imperial a través de Carlos V. Precisamente en el nuevo



Carlos V, niño (detalle de un díptico flamenco con los retratos de los hijos de Felipe el Hermoso y Juana la Loca; Museo de Santa Cruz, Toledo).

y singular perfil que con todo ello adquirió el horizonte de la vida hispana se encuentra el pleno sentido del desarrollo del Renacimiento español.

El hecho de haber recaído en el emperador la corona de los reinos de España (o viceversa, lo mismo da) constituye uno de los factores precisos para comprender la evolución del Renacimiento hispano y su salida hacia una peculiar forma de barroco. En primer lugar, la presencia de Carlos en España trae consigo una acentuación de las relaciones que desde las etapas bajomedievales se sostenían con Flandes y que, por ello, tendrán un notable incremento en todos los campos (político, artístico, económico y cultural). Así, si bien la cultura borgoñona que acompañaba a Carlos V no era nueva en España, la ubicación decisiva del emperador en la corona española renovó dicha relación (impidiendo, además, que fuera eliminada por el italianismo, tan en boga), con profundas repercusiones en los planos político y social. En esta línea debe situarse el hecho de que la aproximación del Imperio a España (en cuanto aquél aparecía como titular de la tradición cristianomedieval de Europa) va acompañada del influjo de la cultura flamenco-borgoñona, con su espiritualidad dramática y sus concepciones respecto a la realidad política del Imperio. Todo ello repercute en el hecho de que la monarquía de España recibe nuevas fuerzas con las que asegurar (o reafirmar) sus lazos con el legado medieval europeo, junto con otras nuevas posibilidades que hoy día podemos apreciar. Nos referimos al acercamiento del conjunto hispano a uno de los ejes del desarrollo cultural moderno, al que también España aportaría elementos decisivos, los cuales van desde los inicios de una concepción moderna del estado a la primera visión existencial del hombre, considerando como tal una visión del hombre entendido como ser existente, concreto y singular, situado en dramática conexión y tensión con el mundo en torno.



Ocurre además que –junto con las conexiones borgoñonas y sin perjuicio de lo que acabamos de señalar– Carlos V, en el siglo XVI español, constituye también un factor decisivo en el contacto con la cultura italiana. Concretamente, la tendencia del emperador a servirse de españoles en su política italiana permitió que los hispanos se extendieran por toda la geografía de Italia, saliendo del marco de Nápoles y situándose en posición activa –y necesariamente asimiladora– en Toscana, Lombardía, Venecia y en los Estados Pontificios, hasta el extremo de que, como ha señalado Croce, ni siquiera en Venecia tenían necesidad de intérpretes para hacerse entender hablando su lengua. Cabría sospechar si ello constituyó un factor psicológico que les ayudara a mantenerse más libres de una sumisión incondicional a los patrones culturales italianos. En cualquier caso, el tipo de espiritualidad y el cristianismo reformista que se daban en el emperador y muchísimos de sus colaboradores les impedía entregarse sin reservas a un renacentismo de tipo arqueoligizante a la italiana. Recuérdese al respecto en lo que es, por ejemplo, Roma para Alfonso de Valdés o para Andrés Laguna, etc.

Por otra parte, es preciso señalar que de todos los renacimientos de Europa, ninguno es más próximo –en sus aspectos fundamentales– al italiano que el español. Cuando apenas comienza el siglo XVI, el Renacimiento español, ya en plena marcha, es el primero que recibe la influencia de Italia y es el primero también en que la absorción de lo italiano da frutos exquisitos y nuevos. Y, asimismo, quizás el que presenta ejemplos en los que con mayor fidelidad –en diversos terrenos, niveles o aspectos– se reproducen modelos o se siguen los cánones italianos en la vida artística y cultural. Esta proximidad respecto al italiano permitió al Renacimiento

español actuar de intermediario respecto a otros movimientos renacentistas de Occidente. La proximidad a lo italiano en formas artísticas, literarias, políticas, de técnica militar, de vida social, etc., jugaría, pues, un papel relevante en la proyección europea de la España de Carlos V, siguiendo además una ruta abierta ya a lo largo del siglo XV, principalmente a través de Cataluña. En este aspecto, Carlos I, en tanto rey de España, sería consecuencia no sólo de una línea política, sino también cultural, propia de ese *Quattrocento* hispánico, cuya tendencia no hacen más que acentuar no sólo el propio monarca, sino la mentalidad que él alienta y que con él se desarrolla en el conjunto hispano.

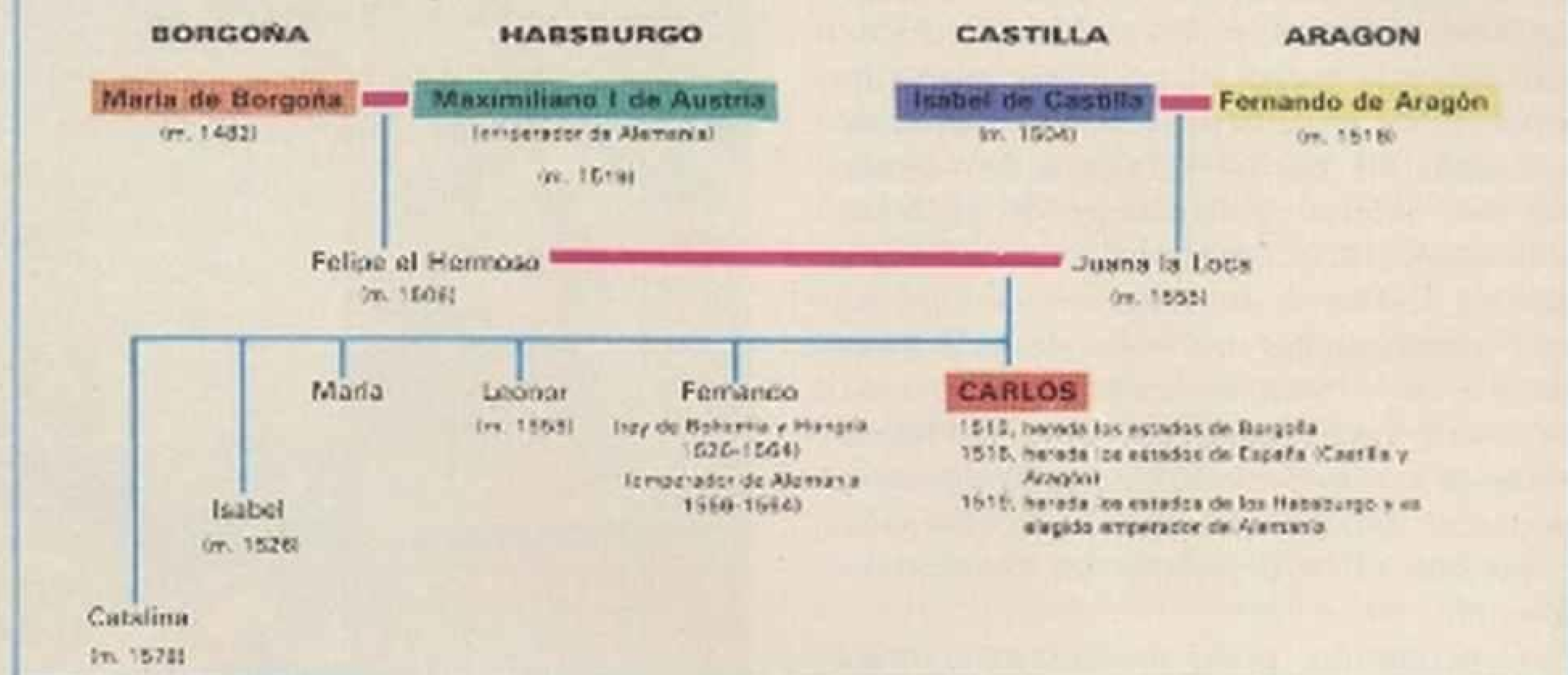
Concretando, pues, nuestras referencias en torno al sentido del Renacimiento español, comprobamos que la presencia de Carlos V entre nosotros permitió que, sin perder (e incluso aumentándolos) los nexos con el Renacimiento italiano, no se perdiera (y más aún, se acentuara) el contacto con el mundo flamenco, de modo que el Renacimiento español –hasta mediados del siglo XVI– fundió las dos líneas que en él convergieron ya en el XV, al propio tiempo que promocionaba la fundamental base constituida por elementos autóctonos. Por todo ello, si en el reinado de Carlos V se observa la presencia de elementos provenientes de la cultura borgoñona medieval, si se encuentra vivo el espíritu caballeresco, si se descubre cierto particularismo (o prenacionalismo) hispano o flamenco o alemán, si se advierte la colosal fuerza de una espiritualidad cristiana heredera de los afanes de reforma de la espiritualidad individualista bajomedieval, etc., no por eso puede decirse que el reinado de Carlos V en España se alejó del Renacimiento. Antes al contrario, descubrimos una riqueza de elementos que nos hablan de la evidente continuidad sociohistórica entre Medievo y Renacimiento, entre Edad Media y Modernidad. De forma que, pese a desarrollarse sobre una tierra rica de medievalismo, hubo, pues, en España Renacimiento, y concretamente un Renacimiento importante.

Evidentemente, en España la continuación con lo medieval ni se había roto ni corría peligro de romperse, pero lo mismo ocurría en el resto de Europa. Por ello, junto con la difusión del erasmismo –tan empapado de ideales y tópicos medievalizantes– se reforzó entre nosotros una línea de continuidad (para Chabod, incluso respecto a Italia, en determinar esa línea se encuentra el problema). De ella sacaría España unas posibilidades históricas especialmente valiosas, hasta tal punto que hoy día un serio análisis histórico comprueba probablemente que, al igual que ocurrió con Erasmo, también Vives, Sepúlveda, Las Casas, Vitoria, etcétera, se encuentran mucho más próximos a una cultura viva y guardan un legado mucho más fecundo que tantos triviales ciceronianos del siglo XVI.

No es fácil reducirse a tratar de la existencia o inexistencia de un Renacimiento a partir del esquema que compusiera Burck-



La Pasión del Señor, miniatura de un Libro de Horas flamenco realizado en Brujas y que perteneció a Juan Rodríguez de Fonseca (Seminario de San Carlos, Zaragoza). La influencia flamenca en España había sido muy intensa durante el siglo XV.



Adoración de los Magos, por un anónimo flamenco (Museo del Prado, Madrid). El gusto hispano por el arte flamenco se prolongó a todo el siglo XVI, como puede apreciarse por esta tabla, que perteneció a Felipe II.



hardt. Sabido es que ni siquiera el caso de Italia se ajusta a esta tesis interpretativa. Tales consideraciones han conducido a un aspecto importante en la rectificación del concepto de las características renacentistas: el de las particularidades nacionales, las cuales abren un amplio campo a consideraciones y reflexiones que no es posible abordar en el estricto marco de estas páginas. Nos limitaremos a señalar que es renacentista el hombre que ve la naturaleza como un campo para su acción autónoma de transformación del mundo, una acción que lleva aparejada consigo la necesidad del conocimiento, del saber. A partir de tal consideración es posible analizar el impacto renacentista, tanto en la España de la época de Carlos V como en la obra del emperador y sus colaboradores.

Las consideraciones anteriores abren no solamente una puerta a las perspectivas políticas de los hombres que vivieron el Renacimiento, sino que además llevan a relacionar una debatida cuestión, que ha quedado apuntada anteriormente, cual es la relación entre la fe y la ciencia, entre el creer y el saber, y que lógicamente debía tener una profunda repercusión en el concepto renacentista de Imperio y de acción política. En este sentido, es preciso insistir que es justamente en aquella de sus obras en que mayor importancia tiene el pensamiento político (en la *Institutio principis christiani*) donde Erasmo plantea la clave de su concepción humanista. Según ella, es preciso tener presente que la revelación cristiana no sólo alcanza y hace referencia al saber de las cosas divinas, sino también al de las cosas humanas y aun de las físicas, porque el hombre renovado por Cristo adquiere por ello un nuevo y ver-

INFLUENCIAS E INTERFERENCIAS DE LAS NUEVAS PERSPECTIVAS MONARQUICAS SOBRE EL IMPERIALISMO DE LOS HABSBURGOS

Así, por ejemplo, el caso inglés (que tiene un momento clave en el reinado de Isabel I) y la evolución de las monarquías de Francia y de España –a lo largo del siglo XVI– son muestras de la realidad de un proceso divergente de configuración de las diferentes fórmulas de monarquías absolutas. Por otra parte, para situar adecuadamente los fenómenos políticos del siglo XVI (y concretamente la orientación de las diversas monarquías y sus fórmulas, más o menos imperialistas) es preciso tener en cuenta la extrema complicación de factores y fenómenos que convulsionaron al conjunto europeo a lo largo de la centuria. No es exagerado, tal como han señalado diversos autores (como, por ejemplo, J. A. Maravall en su estudio de *Antiguos y Modernos*, referido al caso español, etc.), hablar de enfrentamientos radicales entre perspectivas radicales y antagónicas. En resumen, a lo largo del siglo XVI, mientras se iban configurando los tiempos modernos, las sociedades de los diversos países europeos vivieron una época de extraordinario frenesí (revolución de las conciencias, revolución de los precios, apremiantes necesidades económicas de los monarcas, guerras de religión, ruina de diversas capas sociales, levantamientos y rebeliones de carácter social y político, etc.). Un conjunto de fenómenos que al observador medio de la época podía hacerle suponer –y, de hecho, suponía– que toda una sociedad estaba a punto de sucumbir y que solamente era posible resistir el peligro de un hundimiento radical, robusteciendo más y más la autoridad del príncipe y aceptando sin discutir todas las formas imaginables de las atribuciones del soberano.

En este marco, precisamente, debe situarse la compleja fenomenología del crecimiento, auge y declive del Imperio hispánico, junto con la evolución de las ideas imperiales sostenidas por sus monarcas, desde el césar Carlos V y el imponente Felipe II hasta el débil y enfermizo Carlos II, a fines del siglo XVII. Es decir, casi insensiblemente, a lo largo de un proceso en muchas ocasiones imperceptible, fue realizándose en todo el ámbito del Occidente europeo una fenomenología de cambio y de conflicto que iba a influir de manera esencial sobre la monarquía hispana, al condicionar no sólo los factores propios (o internos) de su evolución, sino además los factores externos, representados por el auge de otros poderes, que inevitablemente entrarían en conflicto con los intereses de los Habsburgos. Así surgió, concretamente, la serie de plataformas diversas (y antagónicas en muchos casos) favorables a la creciente transformación de las monarquías autoritarias en verdaderas y plenas monarquías absolutas. O sea, que, en realidad, las monarquías no adquirieron las plenas características absolutas (no adquirieron la plenitud de sus posibilidades de detentar todos los poderes y el paralelo reconocimiento de tales poderes por sus súbditos), en muchos casos, hasta la segunda mitad del siglo XVII. Sin embargo, la concentración del poder monárquico alcanzó, en el propio siglo XVI, cotas y ejemplos tan significativos como los simbolizados por realidades tan distintas como son los de Felipe II de España, Isabel I de Inglaterra o Enrique IV de Francia.

Autores como H. J. Laski han hablado de la complejidad de los fenómenos desencadenados por la aparición de las realidades modernas (realidades a las que no pudieron sustraerse las ideas imperiales de Carlos V y sus sucesores, tanto en la monarquía hispánica como en los estados centroeuropeos). Y en este sentido ha señalado, por ejemplo, que a la evolución de lo que genéricamente entendemos por liberalismo han contribuido "de modo determinante hombres que le eran ajenos y aun hostiles", y cita –en la línea apuntada– la trayectoria que va de Maquiavelo hasta Calvino; la que relaciona, más o menos, a Lutero y Copérnico; la que va de Enrique III a Tomás Moro, en un siglo, y en otro la que relaciona personajes tan diversos como Richelieu, Luis XIV, Hobber, Jurien, Pascal y Bacon, etc. La complejidad apuntada sitúa, pues, el marco diverso de los factores que intervinieron en la realización (y en la explicación) de la política de los Habsburgos, herederos de los Reyes Católicos, de María de Borgoña y de Maximiliano de Austria. Así, los problemas van más allá (sin poder olvidarlos, ni mucho menos) de las relaciones y tensiones de Carlos V y sus banqueros, estudiadas magistralmente por R. Carande, o de la política mediterránea de Felipe, en la línea de los ejemplares estudios de Braudel.

De acuerdo con la trayectoria que acabamos de apuntar podemos coincidir con diversos autores y estudiosos en la afirmación, por ejemplo, de que el imperialismo de los Habsburgos no es un fenómeno simplista vinculado a las manías de grandeza de una dinastía que tenía por *slogan* o lema: *A.E.I.O.U. (Austria est imperare orbe universo)*, sino que se encuentra en estrecha relación con otros problemas y cuestiones de época, de amplia repercusión y trascendencia. Así, concretamente –tal como lo expone, por ejemplo, A. Juglar–, frente a simplismos es muy importante subrayar no sólo la influencia que en dicho imperialismo jugó la orientación de la monarquía absoluta, que se iba gestando en aquellos tiempos, sino que es preciso además poner de relieve que ni la orientación, ni los medios ni los mecanismos que condicionan su evolución fueron análogos en todos los países. Tales referencias pueden ayudar muy provechosamente a situar la realidad de unos imperialismos y de unas ideas imperiales, situadas en el marco de un espacio y un tiempo determinados.

Para comprender tal trayectoria y tales fenómenos es preciso –siguiendo a diversos autores, que van de Brinton a Max Weber, o de Pirenne a G.D.H. Cole, etc.– tener en cuenta el papel jugado, a partir de las primeras fenomenologías renacentistas, por los diversos factores económicos, sociales y culturales aparecidos en unos concretos marcos geográficos, que paulatinamente iban determinando y asegurando el éxito de un nuevo tipo de autoridad y de gobierno, tendentes a realizar los intereses de una monarquía y un estado "nacionales", de acuerdo con la dinámica de determinados intereses y reivindicaciones. Insensiblemente, la idea de "servicios al rey" fue marcando la pauta de una orientación que ayudó a la concentración creciente del poder y la autoridad en manos de un soberano. Una orientación tendente a la proclamación de un principio, para muchos autores, mitológico y asociológico, que efectuaba la confusión del cuerpo (es decir, del conjunto o la totalidad) de la "nación" con las exigencias del estado, encarnado en la persona de un soberano. De un soberano que, al propio tiempo que variaba sus concepciones en torno al papel de la dinastía y sus posesiones, seguía, sin embargo, viviendo una concepción patrimonial y privada de sus dominios, cediendo –siempre con mayores dificultades jurídicas e ideológicas– territorios como quien vende o hipoteca una finca o dividiendo (en herencia) sus posesiones entre sus familiares, como hizo Carlos V con los territorios de los Habsburgos, o Felipe II con la cesión de los Países Bajos a Isabel Clara Eugenia, etc., lo mismo que si se tratara de un patrimonio particular.

A. J.



Carlos I a la edad de veinte años, por B. Strigel (Galería Borghese, Roma). A esta edad, Carlos de Habsburgo reinaba ya sobre flamencos, borgoñones, castellanos y catalanes y se disponía a hacer efectiva su elevación al Imperio.



dadero saber del mundo. Asimismo, para Luis Vives, la *philosophia Christi* constituye la suma de todo saber y, por tanto, es la perfección de la sabiduría, que engendra, ilumina y fortalece. El saber del hombre natural y humano tiende hacia la vida sobrenatural del hombre; en consecuencia, en su vértice se encuentra la máxima ciencia posible.

De esta forma, en el edificio ideológico del más típico Humanismo juega un papel importante la relación entre lo religioso y lo natural. Una conjunción que, evidentemente, debía traslucirse en el terreno de la vida pública y social. Y por eso también el humanista de la época de Carlos V es tan frecuentemente un político, y aunque se encuentre apartado de la corte, como un Vives, tiene una preocupación constante por la vida política. De algún modo, todos son pensadores políticos y por eso cuentan tanto en el reinado del emperador, cuyo sentido, orientación y significado no puede acabarse de entender sin penetrar convenientemente en el mundo de los humanistas. Éstos, por su parte, tratan de dar, sobre todo, una imagen humana completa en la que hay aún mucho de fórmula ideal, junto con un sentimiento concreto de lo humano; un sentimiento nuevo de la vida del hombre y de ello se deriva una consecuencia importante: la política humanista –ya en época de Fernando el Católico y no menos en tiempos de Carlos V– trata de ser una empresa para hombres reales, con ideas, sentimientos y aspiraciones muy concretos y singulares, precisamente porque tratan de abarcar todas las dimensiones de lo humano. Y tratan de abarcarlas, insistimos, a través de una religión, una ciencia y una educación y también a través de una política y una economía que engloben un lema capital: *totus homo*.

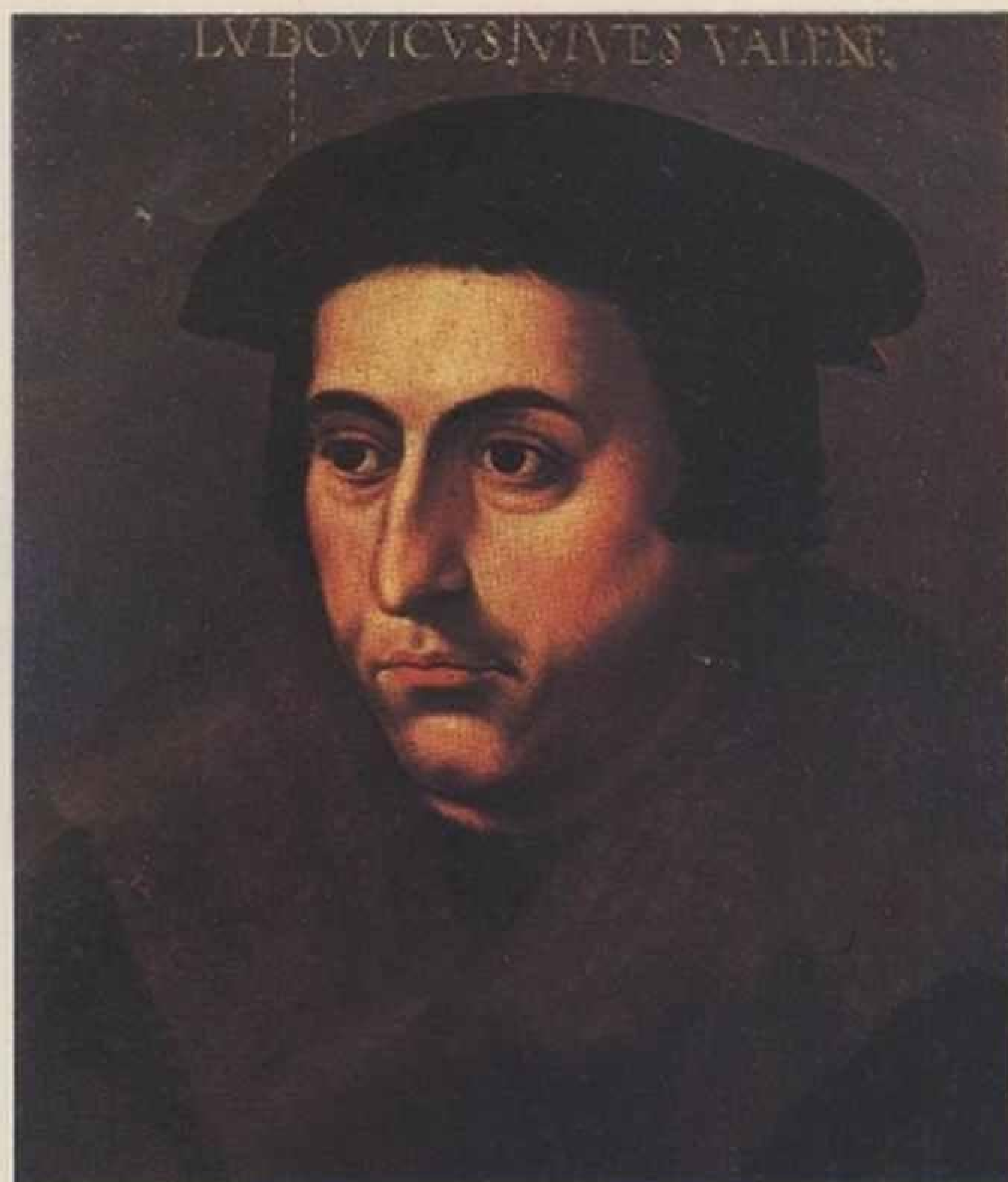
A este propósito, escribiría más tarde uno de los humanistas rezagados, López Pinciano, que para realizar una obra grande –y él se refiere a obras literarias– "menester es el hombre entero". Mención que viene plenamente a cuento para centrar por entero la obra de Carlos V y su idea imperial, y que las empresas políticas de su reinado sólo pueden ser entendidas desde la perspectiva de estas hipotéticas obras de hombres enteros y realizadas, por tanto, por personas que pensaban que el hombre es siempre una totalidad, en su concreta e individual existencia. Todo ello, por otra parte, empalma con la aparición –con toda su incontenible carga de potencia y de ilusiones– de la plena actitud moderna del hombre. Una actitud que tiene en cuenta que el hombre en el mundo es, por de pronto, un mecanismo de resortes psicológicos. Una actitud asimismo inseparable del profundo cambio que, en los orígenes de la Modernidad, se efectúa en la noción y el sentido de la relación entre hombre y mundo.

No es preciso insistir en la importancia de estos factores: desde los sorprendentes hechos personales de la colonización de América hasta las manifestaciones del misticismo (experiencia religiosa vivida por un hombre concreto, etc.), encontramos abundantes facetas de unas actitudes humanas en las que alienta una misma fuerza individual. Con razón Menéndez Pidal veía en los descubridores y conquistadores de América a grandes figuras del Renacimiento. Paralelamente, Américo Castro ha observado que el misticismo (y muy especialmente en santa Teresa) es una tendencia concreta a magnificar la conciencia individual, tan característica del humanismo. En este terreno –a partir de la plataforma común de lo individual– descubrimos, una vez más, el nexo básico de las relaciones entre cristianismo y espíritu humanístico, tan fundamentales para comprender el pensamiento y la acción del emperador Carlos.



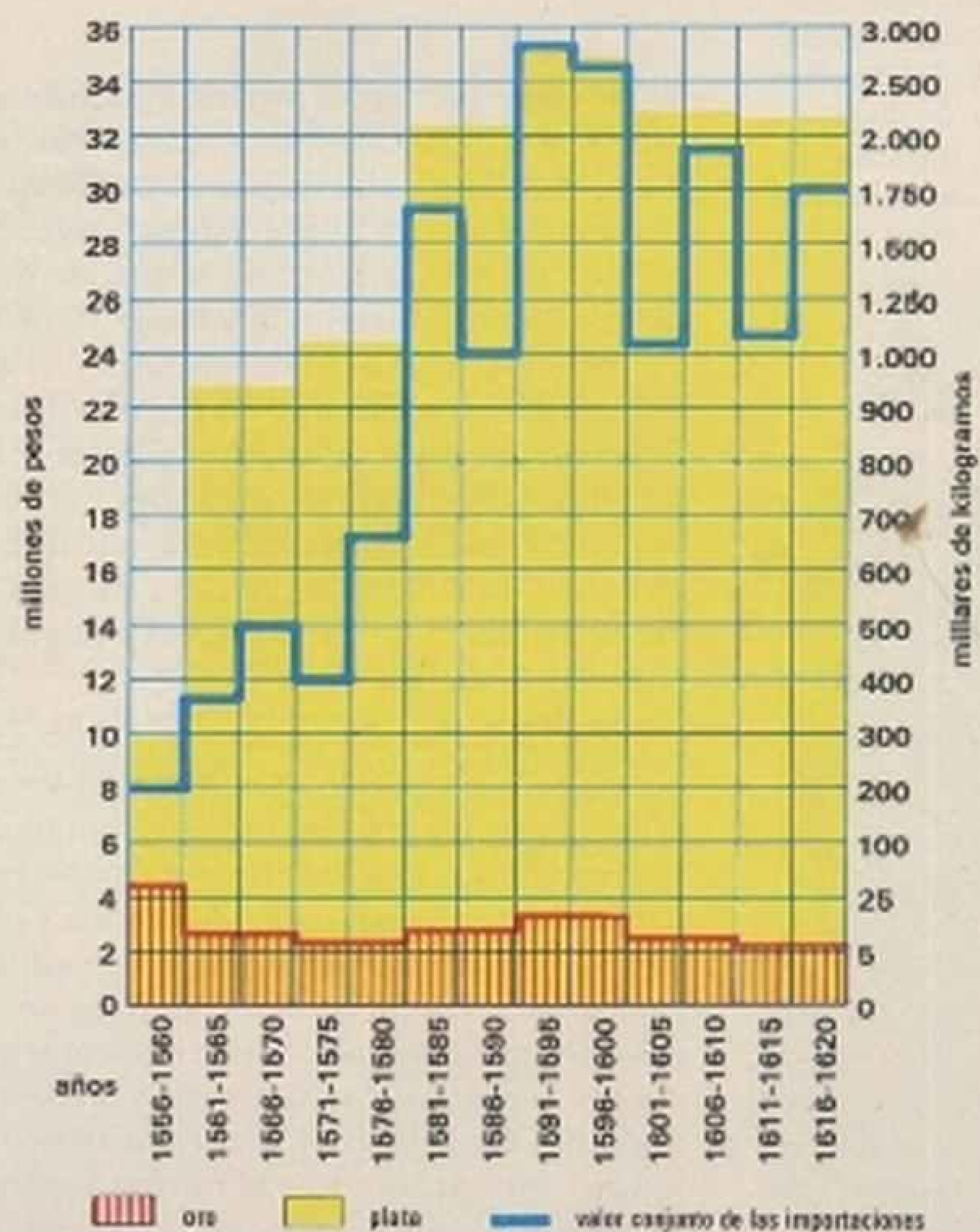
Medalla con la efigie de Carlos V, grabada por León Leoni con motivo del matrimonio de aquél con Isabel de Portugal (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).

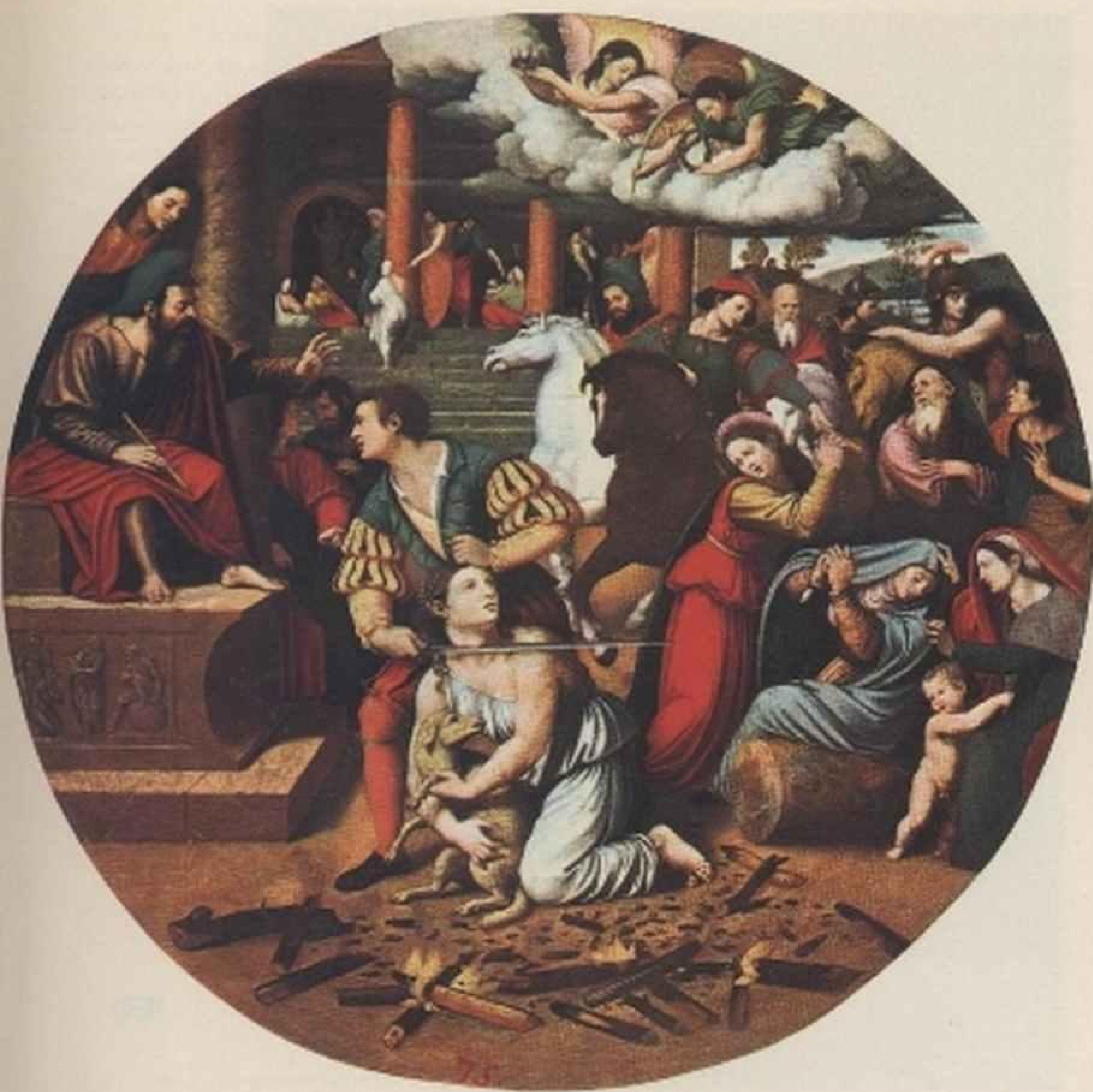
Luis Vives (col. Duque del Infantado, Madrid). Dentro de los personajes influidos por Erasmo, hay que citar al valenciano Juan Luis Vives, quien coloca la teología por encima de cualquier conocimiento humano, como todos los humanistas, que tanto influyeron en la política de Carlos V.



En efecto, Carlos V trató de luchar –no hay inconveniente en reconocerlo así, en alguna medida– por un ideal de república cristiana, tratando al propio tiempo de insertarlo en las líneas que abrían el renacentismo y el humanismo y de defenderlo de las tendencias disgregadoras (autodeterminación, etc.) que comportaba el mismo concepto de modernidad. El emperador trató de efectuar en este sentido su *ordinatio totius mundi*, sobre la base de una articulación flexible y sumamente realista, en la que la unidad esencial de la república cristiana sería perfectamente compatible con diferencias peculiares –o "nacionales", diríamos ahora– que, a través de los tiempos, había ido creando la Historia. No discutiremos aquí de dónde partió la inspiración de la idea imperial carolina. Para Brandi, ésta fue la obra fundamental del canciller Gattinara, piamontés. Para Menéndez Pidal, el pensamiento de Carlos V tendría su raigambre profunda en la misma España. Se ha hablado también de la posibilidad de que la Orden del Toisón de Oro (creada a mediados del siglo XV por Felipe el Bueno de Borgoña, para mantener vivo el fuego de un "patriotismo borgoñón" por encima de la fragmentación de un estado naciente: Borgoña alemana, Borgoña francesa y otra tercera Borgoña independiente) pudiera simbolizar –una vez extendida por Europa– la tentativa de una articulación flexible de pueblos diversos, que hemos apuntado anteriormente, etc.

Creemos más interesante centrar la atención en otras perspectivas y realidades: cuando Carlos acaba de recibir la herencia de los reinos hispánicos, parece que se extiende ante Europa una larga etapa de concordia y paz. Un gran humanista –al que muchos señalan por entonces como el símbolo máximo del espíritu europeo– llegará a escribir cartas llenas de confianza y de ilusión: "Podemos felicitarnos de nuestra edad; será una edad de oro". En el mismo año en que Carlos llega a España, se clausura el V Concilio de Letrán, en el que se había estado hablando de las fórmulas de asegurar la paz entre los príncipes cristianos; de reformar la Iglesia, corrigiendo los abusos que se denunciaban por todas partes; de reducir las herejías que amenazaban la unidad del cristianismo





Martirio de Santa Inés, por Vicente Masip, llamado Juan de Juanes (Museo del Prado, Madrid). Junto a la flamenca, la influencia italiana es decisiva en el Renacimiento español.

e, incluso, de hacer comunitariamente la guerra a los infieles que atacaban sin cesar a los pueblos cristianos y cuyo poder aparecía más fuerte que nunca. Sin embargo, muy pronto sobrevino la crisis, y una crisis, al propio tiempo, profunda y total. ¿Qué fue, en realidad, lo que pudo encrespar al que, con ajustada metáfora, fray Prudencio de Sandoval llamaría, un siglo más tarde, "mar de pensamientos de los príncipes y repúblicas cristianas"? La respuesta a este interrogante nos introduce (y ello es lo que más importa destacar aquí) en la clave de la política imperial de Carlos V.

Tratando de efectuarla es preciso reconocer, por una parte, que hubo motivos de hecho para los enfrentamientos, basados en conveniencias particulares (maquinaciones papales para unirse al rey de Francia y combatir al joven Carlos; fines interesados de éste, que, a través de sus promesas de cruzada, buscaría la manera de comprometer al papa y de que no se opusiera a su elección imperial, etc.). Pero el problema básico era mucho más profundo y el mismo Sandoval, al comenzar su *Historia del Emperador*, no puede menos que apuntarlo al denominar al XVI "inquieto siglo" (es curioso observar que el término coincide casi exactamente con los empleados para enjuiciar esa centuria por A. Weber y H. Hauser).

Situando objetivamente la coyuntura económica, social, política y cultural de las primeras décadas del siglo XVI, difícilmente se encontrará una época (si exceptuamos la presente) que haya vivido una más honda tensión entre lo antiguo y lo nuevo. Una época brutalmente convulsionada por el choque entre la herencia y los intereses medievales, de una parte, y los intereses y anhelo de lo moderno, por otra. Y, evidentemente, crisis de tal magnitud, con ser fundamentalmente crisis espirituales, llevan aparejados siempre consigo grandes trastornos externos. En este sentido, la misma variedad del pensamiento político en este tiempo constituye una prueba fehaciente de la inestabilidad de fondo que existe en la sociedad europea. En menos de quince años, a partir de 1510, aparecieron varias obras decisivas con referencia a la actitud política del hombre de la época. Así, Erasmo publica su *Institutio Principis Christiani*, en donde el particularismo político se muestra pujante, precisamente porque frente a la unidad eclesiástico-imperial de tipo medieval, ese particularismo, unido a la cultura humanista, se ofrecerá como el camino apto para llegar a una nueva universalidad espiri-



Mercurino de Gattinara, político italiano que fue canciller de Carlos V en 1518. Fue el inspirador de la política de lo que se ha llamado primera etapa del gobierno del emperador.





Reverso de una moneda de dos carlinos, acuñada en Nápoles, de Carlos V (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).



Antoine Perrenot de Granvelle, por Antonio Moro (Galería Imperial, Viena), el borgoñón al servicio de Carlos V, cuya política del último período imperial inspiró y sirvió.

tual. Poco después, Maquiavelo redactaría *El Príncipe*, con su concepción de una técnica autónoma de adquisición y conservación de estados. Y en años inmediatos, Moro ofrecerá con su *Utopía* un testimonio de disconformidad y de anhelo de reforma del orden social. Por otra parte –y orientando sus soluciones en dirección muy distinta–, Luis Vives patentizaría la conciencia de universalidad que vive, por encima de tan complejas circunstancias, en los nuevos núcleos de burgueses, que, a un sentimiento social muy fuerte, unen una acentuada necesidad de intimidad y libertad personal.

El horizonte político se iba complicando en sus campos más diversos, y así por primera vez las guerras de la época son también guerras de libelos, en las que cada contendiente quiere definir intelectualmente su posición. Y, al respecto, encontraremos testimonios tanto en la guerra de las Comunidades castellanas o en la de los campesinos alemanes como en los enfrentamientos de Francia con sus enemigos: es buen ejemplo la utilización, por el rey francés, de los exilados, de los disidentes ideológicamente

Jarra de Carlos V (Museo Lázaro Galdiano, Madrid), excepcional marfil alemán en el que bebió Carlos cuando entró en Augsburgo.



Carlos V e Isabel de Portugal, su esposa (copia de Tiziano, col. Duques de Alba, Madrid). Consecuente con el alto concepto que tenía de la dinastía y la tendencia austríaca a establecer alianzas mediante el matrimonio, Carlos no dudó en casarse con una princesa que podía redondear la unidad peninsular (hecho que así sucedió en el reinado del hijo de ambos, Felipe II).



Anverso de un ducado de Carlos I y Juana la Loca (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona).



de otros países, como ocurrió con el caso del español Rincón, principal autor del plan de alianza entre Francisco I y Solimán. Análogamente, la actitud de Carlos V ante algunos escritores de la época, como el Aretino, se explica por razones parecidas. Y por ello, también mantuvo como agente diplomático en Italia a un gran escritor, no sólo poeta, sino tratadista y comentador de Aristóteles, como fue Diego Hurtado de Mendoza, que se relacionó tanto con políticos como con escritores de diversa índole, etc.

A partir de estas condiciones y de esta problemática debe analizarse el pensamiento político de Carlos V y la significación de su obra como estadista. Centrando este análisis, debemos tener en cuenta asimismo la existencia de una serie de circunstancias y valores complementarios. En este sentido, por ejemplo, Jover Zamora ha hablado de la necesidad de distinguir entre las metas históricas de Castilla y la política internacional, imperial, a la que sirve con su hegemonía peninsular y la potencia económica del tesoro americano. Al propio tiempo, desde perspectivas varias –de la ideología y también de la estrategia (que subraya Jover)–, desde la valoración de factores distintos, debe efectuarse una relativa y, en parte, discutible periodificación de la realidad imperial carolina, que se encontraría dividida en tres fases sustanciales y que, en sí mismas, aparecerían condicionadas por el impacto, sobre la realidad del Imperio, de la problemática general europea.

Estas fases de carácter político coinciden, con gran aproximación, con las fases que, en atención a factores económicos y financieros, ha señalado Carande. Es posible reconocer –son los "años de aprendizaje" de que habla Carande– una primera fase de predominio de tendencias borgoñonas, en la cual Carlos, emperador, pretendería la realización de la *universitas christiana*, del imperio universal entendido en el sentido del reformismo humanista. Fase en la que se observa el peso decisivo de los factores "imperiales" típicos, con aceptación de modas más o menos humanistas y que se prolongaría hasta 1530-1532.

Rodeado de consejeros flamencos, italianos y españoles, con predominio, a pesar de lo que él diga, de Gattinara, el emperador permanece sin interrupción en España un número de años mayor que en otros periodos, tal vez porque el universalismo que propugna se puede alcanzar desde cualquier parte y porque en su acción sobre Italia los instrumentos del legado español le son muy útiles. Sin embargo, el cúmulo de experiencias por las que pasa en este tiempo, muchas de ellas sin equivalentes en el gobierno de ningún otro príncipe, le obligan a replantear su posición.

La segunda fase –situada, en principio, entre 1531-1532 y 1547, con un símbolo muy concreto, la coronación imperial en Bolonia– significaría un cierto retorno a la idea imperial más propiamente medieval, es decir, más cercana a como se había entendido

durante mucho tiempo el Sacro Imperio Romano Germánico, preocupándose muy directamente el emperador por resolver, dentro del marco del problema del Imperio y de Alemania, todas aquellas cuestiones que pudiesen afectar de una u otra manera la organización territorial y militar en Europa. Son sus "años culminantes" en sus relaciones con los banqueros, según Carande, cuando el descubrimiento de las minas del Potosí y las primeras llegadas masivas de metales preciosos a la península le permiten disponer de medios con que afrontar su amplio campo de operaciones militares y políticas y tal vez le hacen adquirir la esperanza de que una política universalista y confesional de viejo cuño puede hacerse efectiva.

Aunque sólo sea por lo que representa el caudal de plata que la península le proporciona, se inicia en el emperador una nueva consideración del papel de España. Los consejeros españoles (los cardenales Tavera y Loaysa, el secretario Cobos, elevado a uno de los puestos más decisivos, el mismo príncipe don Felipe) no se sienten demasiado acordes con esa política. Sin embargo, después de Mühlberg, tal vez por haber comprendido lo estéril de este triunfo, Carlos V pretenderá unir el Imperio y la corona de los reinos españoles en su hijo Felipe, a través de negociaciones familiares que Braudel relaciona con las "sacas" de metales preciosos autorizadas desde la península.

En la última etapa, desde 1547, hasta el final, los graves problemas políticos y financieros –terminados con la crisis europea de 1556– llevarán al ánimo del emperador la solución de desmontar la construcción unitaria del Imperio, levantando junto a éste una potencia triangular (España-Milán-Flandes) bajo la hegemonía española. Frente a la fórmula del Imperio universal cristiano, el sistema de un imperialismo hegemónico, con vinculaciones dinásticas y aun patrimoniales.

Tales fases, tal sistema de periodificación, son sumamente discutibles, pero ayudan a situar las oscilaciones de la ideología imperial de Carlos hasta el momento de su abdicación y de su retiro en Yuste. En efecto, Carlos V –y ello es evidentemente moderno– presentó durante mucho tiempo un testimonio de conciencia típicamente renacentista (en el sentido de que el hombre no es una pieza en un orden fijo, preestablecido, sino que lo proyecta y realiza tal y como su pensamiento lo construye). En este sentido, trató de llevar a cabo una empresa imperial, con razón y voluntad y pensando en los obstáculos o problemas que le saldrían al paso, pero tratando de efectuar, a través de la realización de su pensamiento, su figura y su acción de emperador. Por ello mismo también le veremos situado en una plataforma dramática, que no se da en otros príncipes. Así le vemos constantemente enzarzado en las diversas cuestiones particulares en las que se desmenuzan los problemas de la época (Württemberg, Güeldres, Cleves, Saboya, Milán, etc.), al propio tiempo que deseaba liberarse de la maraña (que tales acciones parciales le iban tejiendo y cercando) para poder, en definitiva, acometer de una vez en grande y totalmente sus empresas. Es a partir de esta óptica como puede situarse acertadamente la cuestión del programa imperial de Carlos V y sus realizaciones.

En este sentido, hemos indicado que su obra (y con ella, evidentemente, su pensamiento) se encontró profundamente condicionada por la problemática general europea, que iba caracterizándose (entre otros factores y fenómenos) por el progresivo ensanchamiento del abismo que separaba a católicos y protestantes (haciendo fracasar los intentos de conciliación imaginados), así como por la oposición cerrada que los proyectos de Carlos V suscitaron en el bloque antiimperial (Francia, los turcos y asimismo los príncipes protestantes impregnados del espíritu renacentista de autonomía y autodeterminación). En función de tales condicionamientos es preciso, pues, situar el pensamiento y la acción del emperador, especialmente en su primera fase.

La fase de tendencia más marcadamente



Panorámica de Bolonia, la ciudad de Italia donde se celebró la coronación de Carlos como emperador del Sacro Imperio Romano-Germánico.

mismo en contradicción con ideales de la época, autonomías y definiciones "nacionales") se encaminaban a superponer la *universitas* de los cristianos, como realidad política, al conjunto europeo de la época.

Evidentemente, el cúmulo de dificultades en torno al marco básico de un universalismo político-moral, de base cristiana más o menos abierta, debía influir notablemente en la evolución de las ideas primeras y en la orientación concreta de las restantes fases del reinado, sin olvidar, por otra parte, que, al igual que ocurrió, por ejemplo, con los Reyes Católicos, se manifiesta muy pronto en la acción del emperador una concepción de cálculo dinástico (entendida, por otra parte, como una importante transformación de las tradicionales relaciones de familia en una moderna manera de combinar resortes de poder).

Respecto a dicha concepción, ha señalado Brandi que nadie como Carlos V representó de forma más clara la idea dinástica no sólo como fundamento jurídico de una monarquía hereditaria, sino como principio histórico de solidaridad y responsabilidad entre las generaciones: cabría decir aún que como principio político de ordenación supratemporal del mundo. Su primer testamento al respecto parece una exposición de problemas de ajedrez y en medio de las grandes complicaciones que le acucian vuelve, una y otra vez, a montar y desmontar proyectos matrimoniales, unidos a la entrega de territorios en sucesión hereditaria. Y por ello también en 1548 aconsejará a su hijo que se vuelva a casar y tenga muchos hijos, pues son la mejor manera de conservar los reinos y los vasallos: "Lo mejor es siempre unir los reinos por los propios hijos".

No debe, por tanto, desdeñarse el factor de los intereses dinásticos (tan típico de los Habsburgos), que jugó un importante papel en la primera fase, hasta el extremo de anteponer en sus esquemas de valoración motivos dinásticos a los de otra clase. De ello concretamente tenemos ejemplo en su empeño, como príncipe borgoñón, en considerar a los franceses como *"anciens et ancores naturelz enneraies de nostre Maison de Bourgogne"*. Y, asimismo, no es preciso insistir en el hecho de que el mentado factor dinástico tenía que ocasionarle contrariedades, incluso con los mismos componentes de su familia, además de, paradoja de paradojas, dificultades consigo mismo y con su propia política, en la medida en que en esta última intervino también otro factor de muy diferente condición y orientado hacia intereses que podían llegarle a ser opuestos. En efecto, anteriormente hemos aludido al particularismo poli-



Carlos V, ya emperador, acompañado por el papa Clemente VII, tras su coronación en la ciudad de Bolonia.

borgoñona es la que preside el intento más serio y tenaz, por parte de Carlos V, de realizar la *universitas christiana* en el sentido que hemos apuntado anteriormente. Se trataría de una etapa de confianza, incluso de optimismo, presidida casi –y ello es importante subrayarlo– por el espíritu de un humanismo erasmista. Una etapa a lo largo de la cual trata de encontrar fórmulas a partir de las nociones político-humanistas que manejaba. Una etapa, por otra parte, en que las soluciones generales posibles y las soluciones que intenta presentan diferencias apreciables, considerables, con los primeros elementos constitutivos de su teoría del Imperio; por lo menos, tal como puede combinarlos o colocarlos con los problemas y situaciones nuevas que se van creando. A pesar de todo –y lejos también del "ideal dantesco", de que habla Renaudet–, la fase borgoñona del reinado de Carlos V estuvo presidida por los ideales cosmopolitas y ecuménicos del humanismo, que (en aparente paradoja y así

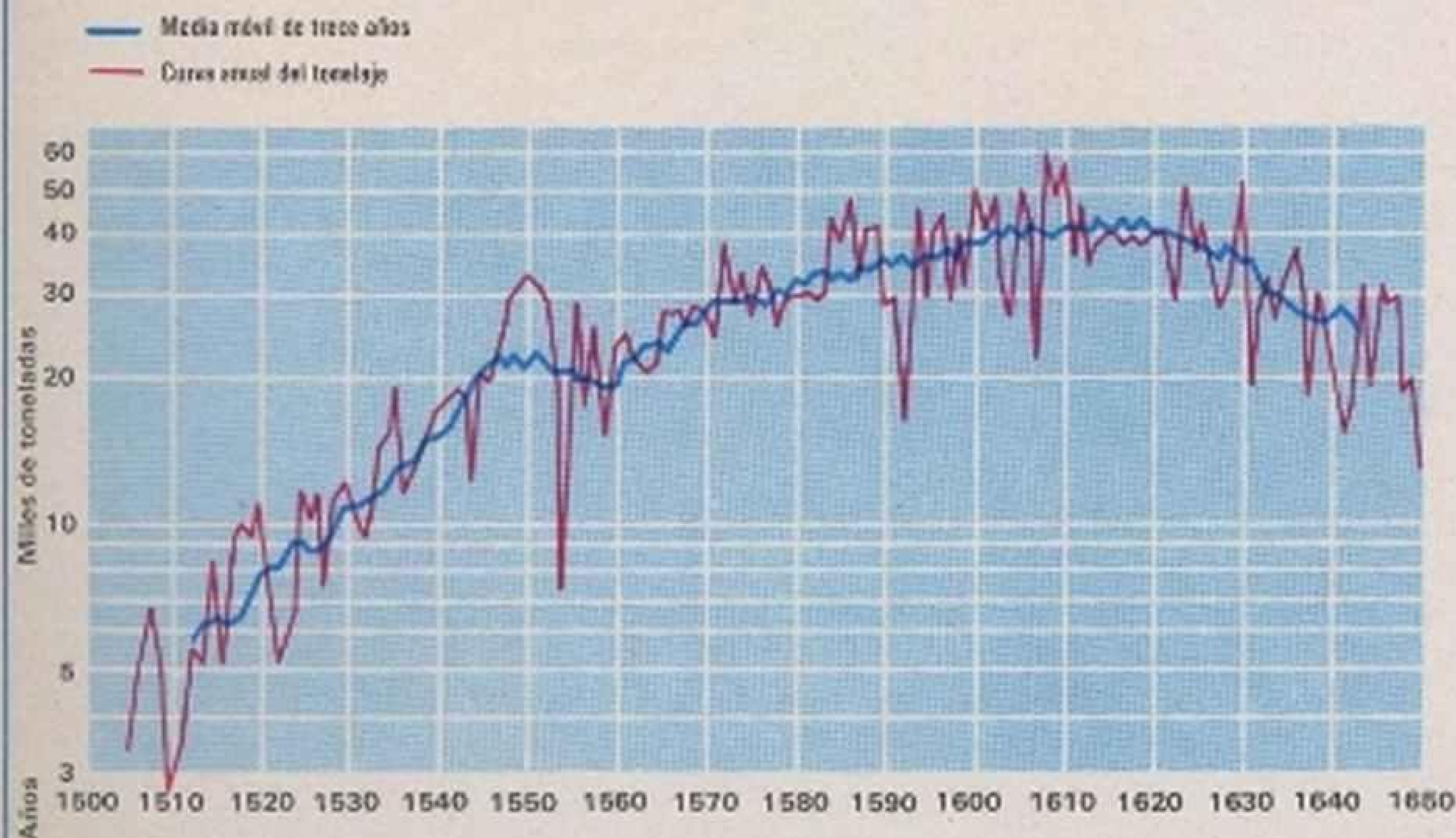
tico de tipo estatal moderno, manifestado de formas muy diversas a través de una serie de reivindicaciones muy concretas: autodeterminación y autonomía de carácter "nacional". La incomprensión primera por parte de Carlos V provocaría, por ejemplo, su ruptura con las Comunidades castellanas y, del mismo modo, veremos que será en este punto donde se producen las mayores dificultades que el emperador encontraría en su política con Alemania, con Francia e incluso con el papado.

De todos modos, paulatinamente este factor particularista fue adquiriendo cierto peso en la política de Carlos V. Así se fue dibujando una cada vez mayor atención a los problemas de la maquinaria estatal en los reinos particulares que constituían su patrimonio dinástico, siendo un ejemplo sumamente significativo de ello el conjunto de instrucciones acerca del funcionamiento de los Consejos que deja cuando, en 1543, se ausenta de la península y encarga a su hijo Felipe el gobierno de los reinos hispánicos.

Vale la pena detenerse en el análisis de las mencionadas instrucciones, en cuanto ayudan a entender la evolución compleja de la idea imperial de los Habsburgos y concretamente de Carlos V. En efecto, mientras se plantean ante él graves problemas externos, el emperador piensa en el orden administrativo que ha de seguirse en la lugartenencia de su hijo, hasta el extremo de tener en cuen-



Carlos V representado en un colgante de cristal de roca (Museo Lázaro Galdiano, Madrid).





Armadura ecuestre que Carlos V llevó en la batalla de Mühlberg (Armería Real, Madrid). Esta batalla, en la que el emperador derrotó a la Liga de Esmalcalda, señala el triunfo máximo de Carlos sobre los protestantes alemanes.

ta y demostrar un minucioso e intimo conocimiento de las facultades e intenciones de cada uno de sus ministros españoles. Asimismo, según la nueva técnica burocrática estatal (y ello es importante subrayarlo), previene, por ejemplo, a su hijo que no dé demasiada entrada en las cosas públicas, salvo en las militares, al duque de Alba, argumentando que ello debe ser asi por tratarse "de cosas de govierno del reyno, donde no es bien que entren grandes"... Alude, entre otras cosas, por ejemplo, a la realidad efectiva de la peculiar condición juridica y politica de algunos de los reinos de la monarquia española, tal como puede comprobarse en esta referencia a Aragón: "Más presto podreydes errar en esta governación que en la de Castilla, asy por los fueros y constituciones tales, como porque sus porçiones no son menores que las de otros, y osan las más mostrar y tiene más disculpas, y asy menos manera de poderlas averyguar y castigar". En las mismas instrucciones se refleja, finalmente, la preocupación por las "fronteras", hecho que constituye evidentemente una manifestación concreta de una actitud politica moderna, poco armonizable con una concepción imperial universal de tipo tradicionalista.

Algo parecido ocurre también, por ejemplo, con la politica desarrollada personalmente por el emperador en Italia y que Della Casa definió a través de la acuñación de la fórmula de la *ragione di Stato*, que es una expresión sumamente caracteristica del moderno particularismo politico. En resumen, las referencias anteriores –junto a la comprobación de oscilaciones y virajes muy concretos e innegables– nos demuestran (y ello es lo que importa subrayar principalmente) que Carlos V superó la concepción, anacrónica ya en su tiempo, de la comunidad internacional, entendida como una universalidad plena, como una perfecta unidad, y la fue concibiendo, cada vez más, como una posible armonia inestable, que únicamente podia alcanzarse a partir de una diversidad de contrastes y oposiciones, en un mundo en el que una pluralidad de principes pugnan entre si y mantienen reciprocas cautelas. Y por tanto, pensará que sólo por encima de dichas tensiones –que equivale, por tanto, a decir que cuenta con ellas– es posible llegar al orden.

Será, pues, un proceso complejo el que del pretendido "optimismo" de la primera fase conduzca al "realismo" de las otras dos restantes; fases que, en conjunto, jalonan el paso del concepto humanista de la república cristiana (entendida como integración supranacional europea) a la realidad de los bloques hegemónicos de la etapa de las guerras de religión. De forma casi insensible, pero a través de mecanismos muy concretos, explicables y conocidos, la utopia, el sueño de lo que hubiera podido ser, se transformó, a lo largo de unos años dramáticos, en la concreta realidad posible. Una concreta realidad que se apoyará en la pretensión de la hegemonia dinástica de los Habsburgos.

No existieron, pues, saltos bruscos, transiciones espectaculares, etc., sino que la misma complicación de los fenómenos europeos y los problemas del mismo pensamiento politico imperial iban creando situaciones nuevas de forma casi impalpable. Así, si durante la primera fase el canciller Gattinara fue una figura principal, aunque fuera perdiendo puntos (paralelamente al proceso de aproximación a colaboradores hispánicos) en favor del secretario español, Cobos, éste –a partir de 1530– tuvo ocasión de tratar de dibujar la primacía de los intereses de una politica exterior propiamente hispana, sin que ello impidiera el auge creciente del borgoñón Granvela, erigido en portavoz de la politica imperial.

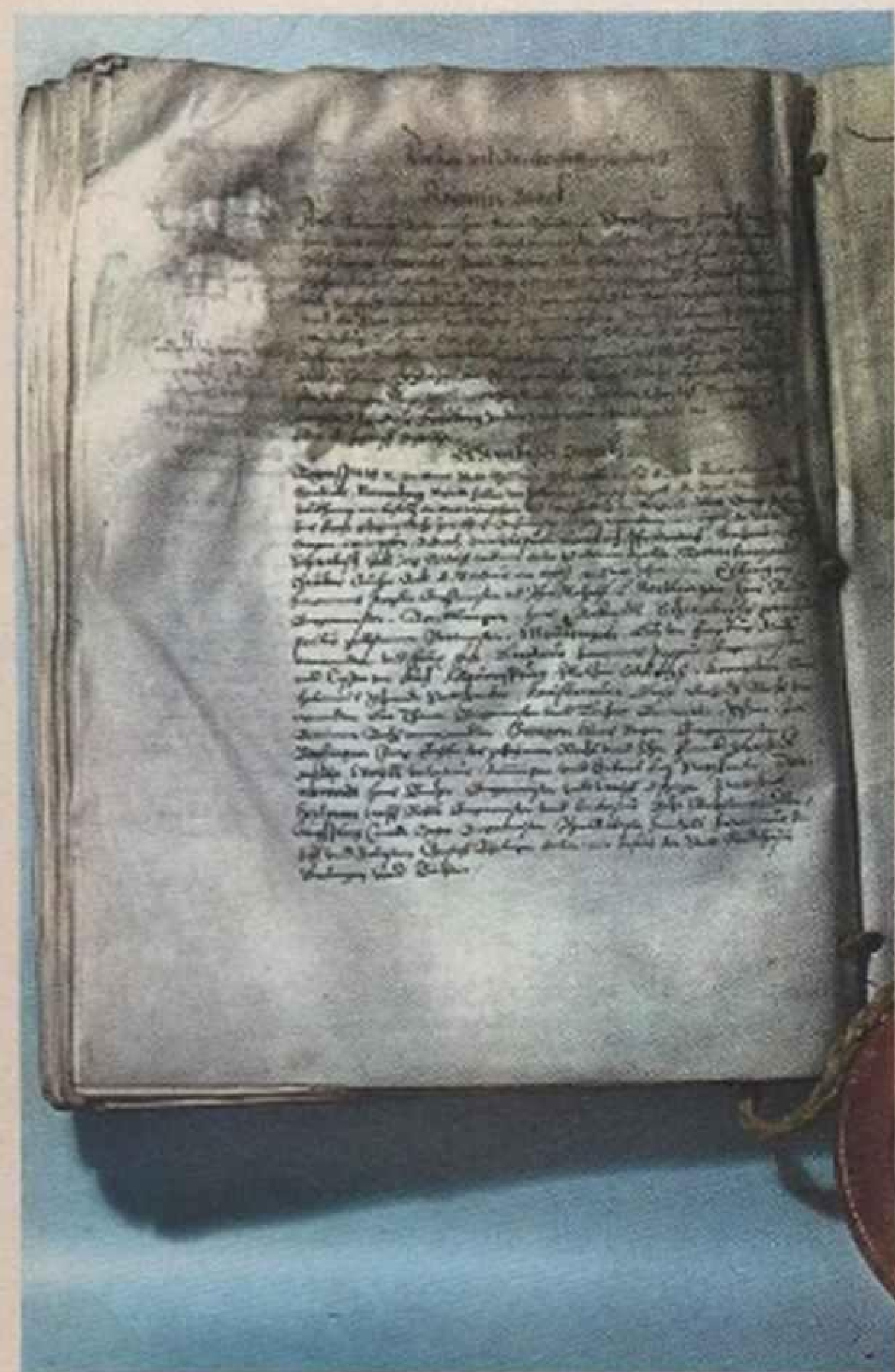
Las interacciones y las complejas influencias de intereses y valores distintos se encuentran en la plataforma básica de la politica de Carlos V, en quien coinciden, como es sabido, tanto la estirpe imperial de los Habsburgos y la herencia borgoñona como los reinos hispanos y las colonias de las In-

días; la herencia, por una parte, de Maximiliano y María y, por otra (y ello no puede olvidarse), de Fernando e Isabel, cuya política europea, tal como ha señalado Braudel, había preparado la "apoteosis" de su nieto. Existía, pues, un triple complejo territorial (Alemania, los Países Bajos y España), constitutivo de una triple herencia, y que proporcionaría los tres elementos básicos de la política internacional del emperador, que –en una primera etapa– quiso superponer a todo ello un concepto renacentista de cristiandad como realidad política. Un concepto que se demostraría impracticable porque, tal como ha escrito, por ejemplo, Reglá, "el reloj de la Historia no marcaba la hora del emperador: la estructura política unitaria, trasunto del viejo Imperio, tuvo que batirse en retirada ante la afirmación de las personalidades nacionales, cuyos intereses pretendiera amalgamar prematuramente Carlos I".

Paulatinamente –de forma casi impalpable–, los hechos y las ideas fueron transformando y dibujando horizontes y perspectivas nuevos. Pero ello no significa que, desde un principio, triunfara una línea de improvisación, un programa de espontaneísmo, sino todo lo contrario. Por ejemplo, al empezar el siglo XVI, los españoles en general, y más concretamente los castellanos, que constituyen uno de los grupos políticos más evolucionados de la Europa de su tiempo, tienen completa noción, pongamos por caso, de la situación de inestabilidad en que se mantiene la vida política, a causa del particularismo de príncipes y reinos, y otros factores. Asimismo, Carlos V, desde los primeros momentos de su gobierno, tenía noción de una serie de temas, cuestiones y problemas fundamentales. Lo que ocurrió es que la coyuntura histórica de la primera mitad del siglo XVI fue de una amplitud tal que desbordó y agotó todos los cauces teóricos imaginados hasta entonces en el terreno de la política. Un desbordamiento y un agotamiento, insistimos, que no impiden el reconocer la profunda vocación de modernidad que animó las empresas políticas de Carlos V.

Así, cuando llegue al cabo de su experiencia, Carlos V dirá a su hijo que no le

Final del texto de la paz religiosa de Augsburgo con la firma y sello de Fernando (Archivo del Estado, Viena). Esta paz, establecida por Fernando en representación de Carlos V y los protestantes vencedores del emperador y con el que habían firmado el tratado de Passau, era, en realidad, el reconocimiento del fracaso de la política de Carlos.





LA DINAMICA EUROPEA DEL SIGLO XVI Y EL AUGE DE LOS HABSBURGOS

Los más diversos autores —Braudel, Maravall, Jover, Reglá, etc.— coinciden en señalar que el gran protagonista político del siglo XVI fue, sin duda alguna, el imperialismo de los Habsburgos españoles, apoyados sobre la acción y el impulso de una monarquía que tenía su plataforma fundamental en una Castilla extravertida. Como es sabido, el punto de partida de dicho imperialismo y de la dinámica de la monarquía hispana radica en las realizaciones de los Reyes Católicos, que establecieron en sus estados los mecanismos de las modernas monarquías autoritarias y practicaron una política de unificación, depuración y discriminación religiosa (especialmente a través de la Inquisición, la expulsión de los judíos y las coacciones a los moriscos, que perdieron su consideración de minoría legal). Dichos monarcas, asimismo, impulsaron las empresas oceánicas, que culminaron con el descubrimiento de América en 1492 y procuraron la unión con Portugal a través de una serie de enlaces matrimoniales. En esta misma línea, fallecida Isabel, Fernando el Católico aprovechó las circunstancias bélicas internacionales para incorporar la Navarra cispirenaica a Castilla (1512), al propio tiempo que afirmaba su política africana, entre 1510 y 1511, con la conquista de Orán, Bugía y Trípoli.

Sin embargo —y ello tiene una particular significación—, donde más claramente se definirá el imperialismo de los Reyes Católicos fue en Italia, región en la que se dibujó el punto de partida de la futura política europea de los Habsburgos españoles. Una definición y una trayectoria que, no obstante, deben estudiarse en función de la evolución y los intereses de la vecina monarquía de Francia. Precisamente el afianzamiento y expansión de la monarquía española, frente a los análogos intereses de la francesa, promoverían una larga serie de conflictos en Italia entre 1496 y 1516. Como es sabido, el problema de la hegemonía en Italia no quedaría resuelto en 1516, ya que Carlos I siguió los pasos de su abuelo Fernando y reivindicó sus intereses italianos, abriéndose una nueva etapa de lucha que, especialmente después de la victoria de Pavía (1525), acabaría resolviendo la cuestión en favor del imperialismo carolino.

Por otra parte, no hace falta subrayar que el emperador Carlos fue el protagonista principal del escenario político europeo en la primera mitad del siglo XVI: rey de España desde 1516, elegido emperador de Alemania en 1519, Carlos V iba a defender complejos ideales imperiales, a la par que —cual esforzado campeón, según la moda de los libros de caballerías— iba a luchar casi al propio tiempo y, de hecho, sin tregua con múltiples y distintos enemigos: Francia (símbolo de la nueva modernidad política monárquica), los turcos (en plena expansión mediterránea y balcánica), la revolución religiosa desencadenada por la Reforma protestante, que, incidiendo en la realidad disgregada de la Alemania imperial, iba a aportar un nuevo factor antiecuménico frente a los ideales carolinos, etc. Sin embargo, Carlos trató de hacer frente a todos los problemas con tesón y entereza.

Una simple ojeada a los dominios directos de Carlos V y de la zona constituida por el Imperio, más o menos teórico, permite, por otra parte, captar la magnitud de poderes y controles que pudo llegar a detentar (y que hubo de defender) el príncipe flamenco. Finalmente, cuando sus últimas ilusiones imperiales se vinieron abajo y abdicó en favor de su hijo y de su hermano, el auge de los Habsburgos no se había venido abajo. Había tan sólo cambiado de signo. Es decir, en la práctica las abdicaciones de Carlos V suponían el abandono del imperialismo universal tradicional de los Habsburgos en favor de los intereses dinásticos de la rama centroeuropea y, especialmente, del auge imperialista de la monarquía hispánica. En efecto, Felipe II heredaba los reinos de España, el magno imperio colonial hispano en América, los territorios de Italia (Milanesado, Nápoles, etc.), las posesiones de Borgoña (Países Bajos, Luxemburgo y Franco Condado), etc., es decir, las zonas más directamente vinculadas al expansionismo monárquico español, que muy pronto iban a complementarse con la suma de la corona portuguesa y su importante secuela de colonias ultramarinas (Brasil, Indonesia, etc.) y nuevos territorios colonizados (Filipinas, etc.), haciendo posible para la monarquía de Felipe II aquel conocido dicho de que "en los dominios de España nunca se ponía el sol".

Felipe II, educado en España y en los míticos ideales castellanos, tipificó en la segunda mitad del siglo XVI la culminación del poder monárquico en Europa, tanto por la extensión de sus posesiones como por la ambición misma de su política. En el marco de esta perspectiva se situará el imperialismo de Felipe II, afanado por definir al máximo el expansionismo de una concreta monarquía, imponiendo su hegemonía a las restantes. Se abandonará el mito del Imperio cristiano, pero perdurará la obsesión imperialista a través de la concepción de la monarquía católica. Apoyado al máximo sobre la acción de Castilla y sus posibilidades de extraversión (al propio tiempo que aprovechaba tanto como podía las posibilidades de las riquezas en metales preciosos procedentes de América), Felipe II consiguió que los nobles y sectores más acomodados de Castilla —que se habían desprendido por completo de los recelos con que habían seguido la actuación primera de Carlos V— secundaran por completo sus ambiciones e intentos, suministrando todo tipo de recursos. Vinculados a unas concretas perspectivas de integrismo y afán de participar, de algún modo, en el poder, aplaudieron entusiasmados un programa que, en última instancia, pretendía convertir la monarquía hispana en el comité de depuración religiosa universal y en el reducto del catolicismo, contra toda clase de herejes y de enemigos de la fe. En este sentido, no hace falta subrayar que fue en esta época cuando (en medio de una resistencia mayor de lo que muchos imaginan, tal como lo demuestran trabajos de Tellechea, Maravall y otros autores) comenzaron a tomar cuerpo más completo y complejo la serie de tópicos en torno a la unión católica e hispana, paralela al auge de una determinada concepción del poder.

En esta misma perspectiva, debemos señalar que el conjunto hispano planteó a Felipe II no pocos problemas (sublevación morisca de las Alpujarras, cuestión Antonio Pérez, conflictos aragoneses, etc.) y que ello permitió su afirmación efectiva como primer monarca absoluto español. Todo ello llevó —en última instancia— a que Felipe II dispusiera de medios y garantías suficientes para lanzarse a una actividad política fabulosa, que, en resumen, se dirigía a la consecución de tres objetivos básicos: la lucha contra el protestantismo en Europa, la reducción del poder de la monarquía de Francia en Occidente y, finalmente, la contención del avance del Imperio turco en el mar Mediterráneo. De todos modos, y a pesar de sus ingentes y agotadores esfuerzos, el severo y frío burócrata del Escorial no pudo evitar el crecimiento de nuevas fuerzas en Europa. Al morir, Felipe II —que había conducido a su monarquía al cenit de su plenitud— dejaba un estado desgastado y anémico, quebrantado y debilitado por una larga y fabulosa lucha en favor de sueños de grandeza. Muy pronto, con los Austrias menores, los síntomas negativos que iban advirtiéndose se transformarían en una evidente e imparable curva de decadencia.

A. J.



basta ocuparse en el gobierno de sus propios reinos y vasallos (quedando, por tanto, muy lejos la imagen tradicional del rey concebido como *judex*), sino que tiene que "atender a las cosas de fuera", concretando que, para un príncipe, la paz no es algo que deriva de una instancia superior y común o que está garantizada por una jurisdicción universal, sino que es el resultado sabiamente calculado de relaciones con otros príncipes iguales, ya que el negocio de la paz entre estados no depende de uno, sino "que esto consiste en la voluntad de los príncipes circunvecinos y otros potentados". Tal es la situación en el sistema político moderno de los estados cuyos príncipes poseen por igual la "soberanía". En Carlos V, la posición "mayestática" del emperador evolucionará hacia la de "soberano", que define al príncipe absoluto en el estado moderno.

En el análisis del pensamiento político (y concretamente de la idea imperial) de Carlos V continuamente tropezamos con una compleja amalgama de factores viejos y nuevos, en la que el juego de los últimos tiene una importancia mucho mayor de la que generalmente se cree. Y en esta misma perspectiva –en el campo de los hechos–, la propia amalgama y complicación de fenómenos viejos y nuevos complicará el horizonte de la teoría y las posibilidades de su aplicación. Tal sucedió, por ejemplo, cuando el emperador pretendió zanjar el problema religioso alemán (suscitado por los progresos del luteranismo) a través de una solución de compromiso en la Dieta de Augsburgo, cosa que no logró, entre otros motivos, debido al hecho (profundamente significativo) del enfrentamiento del ala radical del protestantismo (apoyada por los grandes magnates feudales), que oponían las "libertades germánicas" –es decir, sus "libertades" particulares, en una palabra, sus "privilegios"– a los deseos de Carlos por transformar los estados alemanes en una monarquía más compacta, al estilo de las que iban definiéndose en Europa occidental.

Todo ello explica tanto un intento de relativa vuelta a las "esencias" tradicionales o medievales del Sacro Imperio Romano Germánico como el auge de una política mediterránea de raíz hispana. Como es sabido, dos hechos situarán básicamente el viraje imperial: por una parte, la coronación imperial de Carlos en Bolonia (1530); por otra, la crisis del erasmismo en la política de Carlos V, a causa, evidentemente, de la agravación de las disidencias religiosas. Muchas cosas, en definitiva, estaban cambiando. Si, por un lado, la coronación de Carlos por Clemente VII simbolizaba, de manera muy gráfica, el fin (como realidad política) de la soñada república cristiana y tolerante, defendida por los humanistas, y su sustitución de nuevo (al menos, en ciertos aspectos y sobre el papel) por el concepto del viejo Imperio, por otro lado, y casi súbitamente, España y los tesoros americanos pasarían a constituir el apoyo fundamental de la política carolina. En resumen, una cierta *praxis* de emergencia llevaría a tratar de recomponer el Sacro Imperio con ese apoyo fundamental de la monarquía española y de los metales preciosos que a ella llegaban desde las Indias americanas, como llevamos dicho.

Claro que en todas las fases hay que tomar en consideración un elemento que podemos llamar "la subsistencia del derecho del Imperio" en Carlos V. Para el emperador, ese "derecho del Imperio" fue siempre algo tan manifiesto como, por ejemplo, la ayuda al duque de Saboya le planteara, por ser éste "vasallo del Imperio". Asimismo, en más de una ocasión hablará de ceder Milán, según "natura de feudo y derecho de Imperio", y a sus consejeros les hará actuar en una línea análoga, etc. Evidentemente, los conflictos de Alemania (sobre todo el problema luterano) agudizarán esta actitud y creencia imperial. Así, corrigiendo su posición de 1521 en Worms, pretenderá Carlos V actuar contra la Liga de Esmalcalda como si se tratara de una mera acción de castigo contra los rebeldes a su autoridad imperial, cuyo recto y legal fundamento debe ser acep-



Abdicación de Carlos V en Bruselas (grabado de Gaspar Bouttats; Museo de Arte Moderno, sección de grabados, Barcelona). Cuando Carlos V se convenció de que su última fase política (la llamada germánica) había fracasado por lo irreconciliable de las posiciones religiosas adoptadas y la proyección que sobre la política tenía este estado de cosas, separó la monarquía hispana de la centroeuropea y se retiró al monasterio de Yuste, en España.



Anverso de un sello de cancillería de Fernando I de Alemania, hermano de Carlos V, realizado con motivo de su coronación como Rey de Romanos (Gabinete Numismático de Cataluña, Barcelona). La separación de las coronas del Imperio y de España iba a tener repercusiones trascendentales en la historia posterior de Europa, donde la rama mayor de los Austrias (España) combatiría siempre en defensa de la menor (Alemania).

tado por todos; pretensión que creía podría servir para que muchos se abstuvieran de levantarse en armas contra él, pero que, en cambio (y significativamente), no será tomada en consideración ni por los legados pontificios ni por los ministros y cardenales de la curia de Roma.

En fin, Carlos V para llevar adelante la guerra contra los luteranos tratará de "resucitar" el sistema tradicional, con la imposición –por ejemplo– de la *pax Domini* para asegurar el orden y la avenencia interna, etc. De forma, que por causas múltiples, durante mucho tiempo, para Carlos V el "derecho de Imperio" será aún un sistema actual de vinculación jurídico-política de tierras y personas. Y con ello tratará de articular y afianzar su construcción imperial, entrando en contradicción, en diversas ocasiones, con varios de los términos básicos que caracterizan el pensamiento político de Carlos. Y de toda esa compleja amalgama resultará que, finalmente, su empresa, su obra política, su anhelo de hacer marchar adelante su idea de Imperio (de la que quiso partir para reorganizar políticamente el mundo), acabarán haciéndose definitivamente imposibles.

Paulatinamente, de la abierta y tolerante idea de una *universitas christiana*, de orientación y sentido plenamente renacentistas y humanistas, se iba pasando a una ideología más concreta que, finalmente, se apoyaría sobre las tesis que ayudaran muy concretamente a la hegemonía dinástica de los Habsburgos. Los factores complejos que caracterizaron la primera mitad del siglo XVI fueron condicionando tal trayectoria de cambio. Veamos un caso: la última fase de la política imperial carolina (la denominada fase germánica), situada entre 1544 y 1556, tiene dos referencias claves en su punto de arranque y en su final: la paz de Crépy y las abdicaciones de Bruselas. La problemática religiosa en dicha etapa se ha radicalizado y ha dibujado ya posiciones irreconciliables, que –de algún modo– presagian ya la política de bloques hegemónicos de la época de Felipe II. Y, en medio de tal radicalización, será cuando se va a tratar de poner en marcha el supremo intento de conciliación religiosa, en el que el emperador y el papa no siempre marcharán de acuerdo.

La problemática desatada por dicha tentativa ayuda, precisamente, a situar la importancia de las variaciones que se estaban efectuando en todos los terrenos y niveles, máxime cuando de ella y de la política de bloques, antes mentada, surgen los hechos concretos que van a convertir al sedicente Sacro Imperio (rama centroeuropea de los Habsburgos, con grandes e importantes dominios territoriales en la zona típica del Imperio) y la monarquía de España (con su fabuloso Imperio colonial americano) en los soportes fundamentales de la Iglesia de Roma. Y asimismo en los estira y afloja del trabajoso, largo y complicado concilio de Trento (y de los enfrentamientos entre los sectores Habsburgo y el papado) surgirían una serie de características propias de la última etapa del reinado de Carlos V y del de su hijo Felipe II.

Finalmente, la dinámica general de los acontecimientos otorgaría un papel destacado a los intereses dinásticos de la casa de Austria, patentes en las abdicaciones del emperador, y a la división en las dos ramas: la centroeuropea y la hispánica. De manera especial, esta última –y a través fundamentalmente del pensamiento y la acción de Felipe II– trató de acoplar los grandes intereses dinásticos de los Habsburgos a una nueva perspectiva, a un nuevo sentido o idea de imperio. Del imperio concebido como república o *universitas christiana* se pasaba a la monarquía católica, hegemónica en dos continentes, con una acción imperialista real, que procura mantenerse con eficaz dominación sobre los centros neurálgicos militares y mercantiles –sobre todo, en el comercio del dinero, del trigo y de las especias–.

Es innegable, por otra parte, que del concepto primero, de la primitiva idea imperial de Carlos V (necesariamente cargada de conceptos y formas arcaizantes transmitidos por la herencia borgoñona, pero al propio tiempo animada por unos anhelos de cosmopolitismo, apertura y tolerancia, claramente modernos y de raíz humanista) al Imperio hispánico de Felipe II, defensor de la catolicidad y punto de apoyo de la Contrarreforma, media una distancia considerable. Sin embargo, tal como ha podido ser demostrado por diversos autores (Tellechea, entre otros), en el mismo marco del mundo hispánico siguió viva la llama del espíritu comprensivo, anticoactivo, tolerante y deseoso de libertad que había tratado de desarrollarse a lo largo del reinado de Carlos V, que ya alguna vez se manifestó contra éste, pero que frente a Felipe II llegó en algún momento a tomar aires de franca oposición. Ello se manifestará asimismo en la teoría española del estado a lo largo del siglo XVII. La Historia nunca es tan simple ni primaria para que las ideas y las empresas aparezcan o desaparezcan como hongos. Existe, en efecto, una compleja fenomenología y una constante interacción que en este caso es fundamental para comprender tanto la trayectoria española de la dinastía Habsburgo como la evolución de las ideas imperiales de Carlos V y sus sucesores.

En cierto sentido, si seguimos de algún modo la línea de autores como L. Dehio, que sostienen la tesis de que la historia de Europa (desde el Renacimiento a nuestros días) ha consistido en una serie de manifestaciones de una profunda tensión entre hegemonía y equilibrio, debería fijarse la primera fase de este movimiento europeo en el reinado de Carlos V. Si dicho reinado, según hemos apuntado repetidamente, se produjo en momentos excepcionales de la Historia, que concretamente tendían, por ejemplo, a privilegiar la importancia de los nuevos territorios descubiertos en América y a aumentar, paralelamente, el papel del conjunto de los dominios hispánicos –dibujándose en esta dirección la línea más típica del "imperialismo" de los Austrias–, es en este sentido como debe centrarse el análisis de la evolución de las ideas imperiales de Carlos V y de sus sucesores Habsburgos en España. Es decir, las condiciones de la época ocasionaron grandes cambios en el pensamiento político y en la práctica política de la época de Carlos V.

En función de dichos cambios –y de la particular importancia que en ellos desempeñó el desarrollo de los dominios hispánicos– se fue configurando la idea hegemónica en su sentido moderno y en sus concretas limitaciones y exigencias. Así, la nueva fórmula del sistema de estados (con el *perpetuum mobile* del juego de sus tendencias de equilibrio y hegemonía, tan ligado a nuestra historia moderna) acabaría por perfilar, después de la plenitud carolina y filipista, una



LOS DOMINIOS MUNDIALES DE FELIPE II



Sección de la fachada del monasterio de Yuste (Cáceres), adonde se retiró Carlos una vez hubo abdicado de sus reinos y señoríos.

línea de declive que acabaría, con los Austrias menores, desplazando de hecho a la monarquía hispánica al irse imponiendo un sistema de fuerzas que se desarrolla en otros espacios.

Evidentemente, la trayectoria mencionada, si bien permite a la historia española mantenerse tangencialmente (en cierto modo y medida) respecto a las grandes conflagraciones en los últimos siglos, dificultará las consecuencias de un movimiento renovador y racionalmente planeado. De manera que cada vez más se comprueba que desde la crisis renacentista –tan hondamente iniciada en España– no existe más movimiento histórico que el que denominaríamos de la historia universal y que, paradójicamente, las consecuencias que provocó el magno empeño ecuménico de Carlos V fueron situando a la historia de España en un terreno marginal.

Paulatinamente, se fue dibujando un movimiento de desviación, de separación, entre el "orbe" hispánico –así lo llamó algún autor– y el mundo europeo, que en este sentido se podría ejemplificar en el cada vez más corto empirismo de una "política histórica" que conciben los escritores españoles del siglo XVII, frente a la que se alzaría en los países europeos como una "política natural", con leyes propias, deducidas metódicamente del análisis de la sociedad y de la economía, etc. Esta línea divergente es paralela al proceso que para España va a suponer el tránsito, más o menos difícil y costoso, de la idea de imperio a la construcción de un estado. Proceso complejo, de gran importancia para el conocimiento del siglo XVII hispano, pero cuyo estudio excede de las posibilidades de espacio y de los objetivos propuestos para estas páginas. Al respecto, nos

limitaremos a señalar como conclusión una realidad, casi podríamos decir una dificultad singular, que captaron (y con la que tropezaron) los escritores españoles de la época: la existencia de una extensísima monarquía que domina sobre muchos territorios y grupos étnica, histórica, psicológica y hasta religiosamente distintos. A la península y sus habitantes (a pesar de la existencia por separado de los Consejos de Castilla y Aragón y de que, por consiguiente, exista una distinta situación jurídica y administrativa en un conjunto peninsular) se les considera integrando la cabeza, constituyendo la parte principal, etc., de la monarquía española, que domina, allende los mares, en América y Oceanía. Pero en la teoría no se llega a más.

En fin, a lo largo del siglo XVII, después de la experiencia histórica de dos siglos, quedan en la misma teoría política muchos problemas que resolver, incluso muchos por plantear: no se escudriña, por ejemplo, cuál pueda ser la especial relación de todos los súbditos hispanos con su rey (de un rey que lo es igualmente de otras muchas gentes o naciones) y que precisamente, en virtud de este último hecho, aparecen como constituyendo el grupo o pueblo principal. En definitiva, a fines del siglo XVII, en España el régimen de estado nacional está todavía lejano y, hasta cierto punto, puede afirmarse que no será inaugurado plenamente en la historia de los hechos y las ideas hasta la época de la Revolución francesa.



Arco de Santa María, en Burgos, con la representación, en la hornacina central, del emperador Carlos V.



El caballo y el gran estandarte de Carlos V, que figuraron en las honras fúnebres celebradas en su memoria en Bruselas en 1559 y que estuvieron presididas por Felipe II.

BIBLIOGRAFIA

Basas, J.	*Simón Ruiz burgalés,* Burgos, 1953.
Bataillon, M.	*Erasmo y España. Estudios sobre la historia espiritual del siglo XVI* (2 vols.), México, 1950.
Brandi, K.	*Carlos V. Vida y fortuna de una personalidad y un Imperio mundial,* Madrid, 1943.
Braudel, F.	*El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (2 vols.), México, 1953.
Carande, R.	*Carlos V y sus banqueros* (3 vols.), Madrid, 1949-1967. – *Un banquero de Felipe II en Medina del Campo,* en "Moneda y crédito", n.º 49, Madrid, 1954.
Clavería, C.	*Humanistas creadores,* en "Historia general de las literaturas hispánicas", vol. II, Barcelona, 1951.
Chaunu, H. y P.	*Seville et l'Atlantique (1504-1650),* París, 1955-1962.
Domínguez Ortiz, A.	*La España de los Austrias,* Barcelona, 1969. – *La movilización de la nobleza castellana en 1640,* en "Anuario de Historia del Derecho Español", n.º 25, Madrid, 1955.
Elliott, J.	*La España imperial,* Barcelona, 1967.
Hamilton, E. J.	*The American Treasure and the Prices Revolution in Spain. 1501-1650,* Harvard, 1934. – *War and prices in Spain, 1651-1800,* Cambridge, 1947. – *El florecimiento del capitalismo y otros ensayos de historia económica,* Madrid, 1948.
Jover Zamora, J. M.ª	*Carlos V y los españoles,* Madrid, 1963.
Lapeyre, H., y Carande, R.	*Relaciones comerciales en el Mediterráneo durante el siglo XVI,* Madrid, 1957.
Larraz, J.	*La época del mercantilismo en Castilla,* Madrid, 1943.
Marañón, G.	*Antonio Pérez (El hombre, el drama, la época),* Madrid, 1954 (5.ª ed.).
Maravall, J. A.	*Teoría española del Estado en el siglo XVII,* Madrid, 1944. – *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento,* Madrid, 1960.
Reglá, J., y Céspedes del Castillo, G.	*Imperio, aristocracia, absolutismo,* en "Historia social y económica de España y América", vol. III, Barcelona, 1957.
Vicens Vives, J.	*Historia económica de España,* Barcelona, 1959. – *Aproximación a la historia de España,* Barcelona, 1960 (2.ª edición). – *Estructura administrativa estatal en los siglos XVI y XVII,* en "Coyuntura económica y reformismo burgués", Barcelona, 1968.
Vilar, P.	*Histoire de l'Espagne,* París, 1952. – *Crecimiento y desarrollo,* Barcelona, 1964.



Portada de la casa de Cervantes en Madrid. Miguel de Cervantes es la figura cumbre de la literatura española, que se da en la época de los Austrias. En su obra "Don Quijote de la Mancha" desfilan todos los tipos sociales y todos los representantes de la riquísima variedad ibérica.



La "Armada Invencible" atacada por navíos ingleses y holandeses a la altura de Dover, por Aert van Antum (Rijksmuseum, Amsterdam).

Comienzos de la grandeza británica

La ruptura de la Iglesia de Inglaterra con el pontífice se inició, más que por una conversión nacional al protestantismo, por la conveniencia personal de Enrique VIII. Necesitaba éste una dispensa del papa para divorciarse de su esposa, y además dinero para sus gastos.

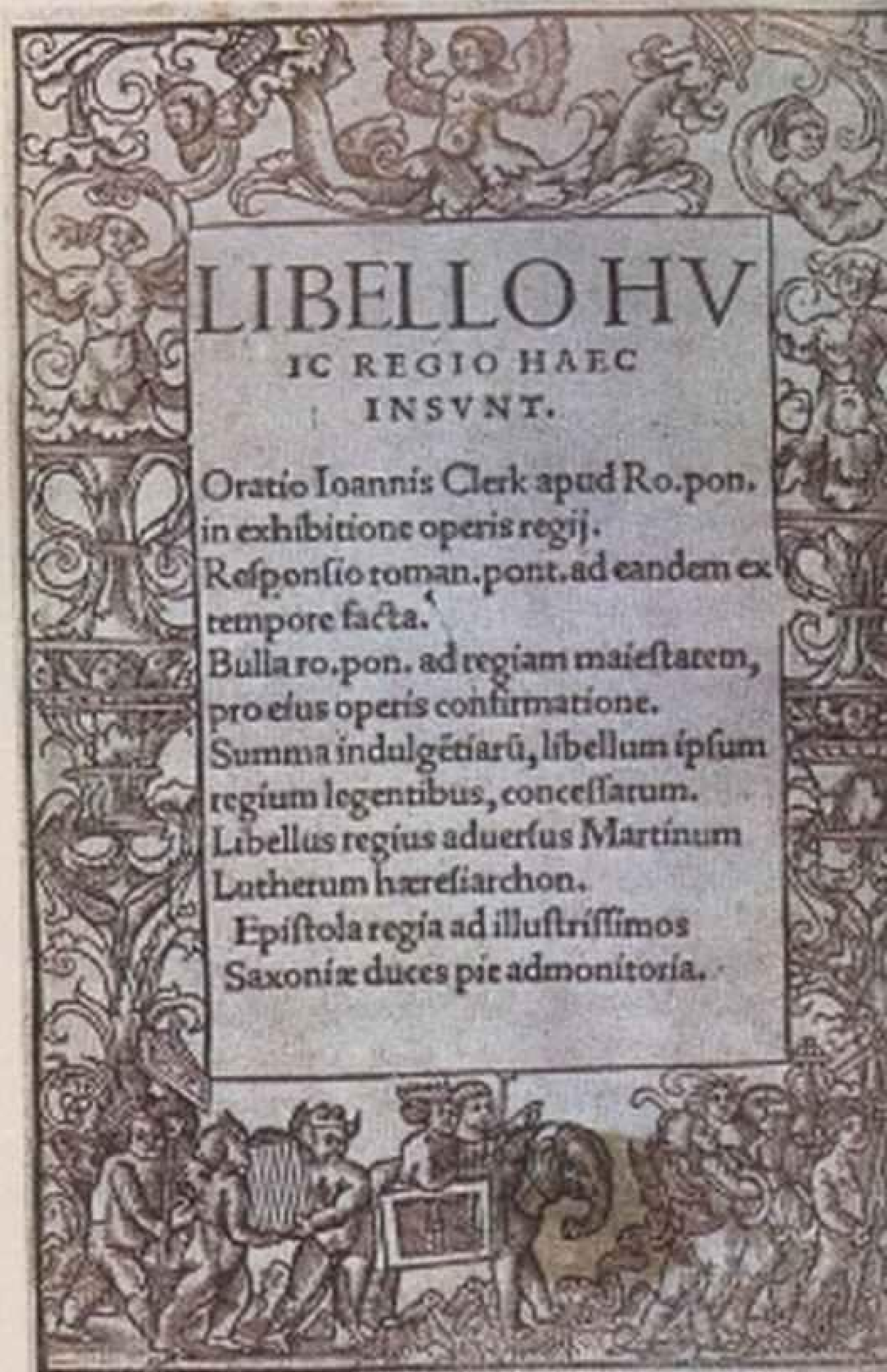
El papa se resistió a satisfacer su capricho matrimonial, y como expediente para procurarse recursos nada había tan rápido y provechoso como la desamortización o confiscación de los bienes eclesiásticos. Enrique VIII logró ambas cosas, licencias y dinero, estableciendo una Iglesia semirreformada, de la que él quedó como jefe espiritual y temporal. No creemos que valga la pena de extendernos en este episodio, ni en los esfuerzos del rey para regular el culto de la Iglesia anglicana, haciendo escribir por satélites y prologando el mismo monarca su texto de doctrina cristiana. Pero algunos incidentes del comienzo de la Reforma inglesa son tan significativos, que no podemos dejar de mencionarlos. En 1530, Enrique VIII se hizo llamar cabeza suprema de la Iglesia de Inglaterra; en 1533, el Consejo real acordó que desde entonces al papa se le llamaría obispo de Roma; en 1535, el Parlamento acordó cerrar las casas de religiosos que tuvieran menos de mil pesos de renta al año; la reducción de los monasterios fue llevada al extremo, y con la excusa de destruir reliquias el rey despojó a las iglesias de sus tesoros, incluso al santuario nacional de Santo Tomás de Canterbury. Enrique VIII fue comparado a Ezequías, que destruyó las reliquias del templo de Jerusalén. El mismo año el papa le excomulgó. El rey, sin preocuparse mucho, hizo aprobar por el Parlamento los llamados *Seis artículos*, que eran tanto como establecer la Inquisición en Inglaterra, pero al servicio del poder real. Los seis artículos referíanse a seis dogmas que los fieles debían aceptar sin discu-



Enrique VIII de Inglaterra, por H. Holbein el Joven (Galería Corsini, Roma), inductor del cisma en su país por motivos personales más que religiosos.

sión, bajo pena de hoguera y confiscación de bienes si disentían. Acaso el lector creerá que los *Seis artículos* impuestos por Enrique VIII eran de tenor protestante. Nada de eso. Enrique VIII imponía pena de muerte a aquel de sus súbditos que dejara de creer en el dogma de la transubstanciación, esto es, que el pan y el vino se transubstancialan en carne y sangre de Cristo. Los fieles tenían que renunciar a comulgar en las dos especies; los eclesiásticos no podían contraer matrimonio, y todo el mundo tenía que admitir que las misas y la confesión auricular eran convenientes. Es decir, que Enrique VIII era en todo papista, menos en permitir que el "obispo de Roma" se entremetiera en su conducta y cobrara beneficios en sus estados.

En 1547 murió Enrique VIII, dejando como sucesor a un muchacho de diez años que hubo de su tercera esposa Juana Seymour. Dejaba también dos hijas, la mayor, María, nacida en 1516 de su primera esposa Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, y otra, Isabel, nacida en 1532 de su segunda esposa Ana Bolena. Un consejo de regencia gobernó durante la menor edad del príncipe, que fue coronado rey con el nombre de Eduardo VI. Durante los seis años de su reinado, el rey, mejor dicho, sus consejeros se esforzaron en espiritualizar la reforma de Enrique VIII. Por de pronto abolieron los llamados *Seis artículos* y se ordenaron unas visitas, a fin de examinar al clero para poder darse cuenta de su capacidad e ilustración. Se han conservado algunos de los resultados, todos en extremo escandalosos. En la diócesis de Gloucester, el año 1551, de 311 sacerdotes que se examinaron, sólo 70 pudieron repetir los diez mandamientos de la ley mosaica, y sólo 34 sabían que estaban en el capítulo XX del *Exodo*. Había diez que no sabían el *Padrenuestro*. Acaso para evitar la continuación de esta ignorancia, los regentes ordenaron compilar un *Libro de rezos*, que fue la pauta del famoso *Prayer Book* de la Iglesia anglicana. El *Libro de rezos* fue enmendado en sentido más luterano o calvinista en el transcurso de este reinado. En la segunda redacción, al altar se le llama ya "mesa", al sacerdote se le llama "ministro", se dispone usar pan ordinario para la comunión en lugar de pan sin levadura, el vino no debe ser aguado, etc. Sobre todo las ideas de transubstanciación han desaparecido de las fórmulas sacramentales: Calvino y hasta Zuinglio las hubieran



LIBELLO HV
IC REGIO HAEC
INSVNT.

Oratio Ioannis Clerk apud Ro. pon. in exhibitione operis regij.
Responsio roman. pont. ad eandem ex tempore facta.
Bulla ro. pon. ad regiam maiestatem, pro eius operis confirmatione.
Summa indulgētiarū, libellum ipsum regium legentibus, concessarum.
Libellus regius aduersus Martinum Lutherum hæresiarchon.
Epistola regia ad illustrissimos Saxoniæ duces pie admonitoria.

Portada de la "Asertio septem Sacramentorum" (Londres, 1521), en donde Enrique VIII, "defensor fidei", se manifestaba como antiluterano (British Museum, Londres).

LA ECONOMIA BRITANICA EN EL SIGLO XVI

PESCA — PESCA DEL ARENQUE — PASTOS — CARBON — BOSQUES — PLOMO — COBRE — HIERRO — CEREALES — ESTAÑO

aprobado. Desde entonces se ha venido corrigiendo este *Libro de rezos* de la Iglesia anglicana, siempre con la aprobación del Parlamento. Todavía en nuestra época, la Cámara de Westminster, llena de socialistas y pragmatistas, tuvo que votar una última redacción del *Prayer Book* de la Iglesia nacional en la que iban correcciones que afectaban todavía a la transubstanciación del pan y el vino en cuerpo y sangre de Cristo. Realmente, nada puede imaginarse más curioso que un debate parlamentario sobre la transubstanciación en el siglo XX.

El joven Eduardo VI murió en 1553, tras seis años de reinado, y le sucedió su hermana mayor María, la hija de Catalina de Aragón, y por lo tanto celosa católica. Tenía ya treinta y siete años, era poco agraciada físicamente y, sobre todo, incapaz. Se coronó en octubre y a los pocos meses se casaba con el príncipe heredero de España, que después fue Felipe II, quien se instaló en Inglaterra como rey consorte. Felipe era bastante más joven que su esposa, pero ejercía sobre ella un ascendiente extraordinario, sobre todo en las alarmas de embarazo, que, dadas la edad y la naturaleza de la reina, no pasaban de ser manifestaciones de coquetería senil.

María y Felipe consiguieron producir

Galeón del siglo XVI.





Thomas Wolsey (National Portrait Gallery, Londres), cardenal y jefe del gobierno inglés bajo Enrique VIII que no se mostró propicio a romper con Roma a cambio de obtener el divorcio del rey y Catalina de Aragón. Opuesto también a que se celebrara el segundo matrimonio sin obtener la anulación del anterior, Enrique VIII le obligó a abandonar sus cargos y después mandó que fuera encerradó en la Torre de Londres. Murió mientras le trasladaban a ella.

una completa reacción católica. El reinado de ambos es uno de los capítulos más sensacionales de la historia de Inglaterra. Aquel mismo Parlamento que en 1552 había aprobado el segundo *Libro de rezos*, digámosle calvinista, dos años después suplicaba a los reyes –María y Felipe– que "procuraran que pudiesen recibir absolución y ser admitidos en el seno de la Santa Iglesia Católica, cuya cabeza era el papa". Este es el texto de la *Súplica*, que fue aprobada por unanimidad en la Cámara de los Lores y con sólo dos votos en contra en la Cámara de los Comunes. De acuerdo con esta *Súplica*, el 30 de noviembre de 1554 el legado del papa pronunció una absolución de carácter nacional delante de la reina María, del rey consorte Felipe y de las dos Cámaras en pleno. No obstante, hubo casos de resistencia; no todos habían seguido la Reforma como un acontecimiento político, y hubo que emplear medidas represivas. Tenemos el catálogo de cierto Strype, cuya veracidad es indiscutible, de las personas que fueron quemadas por herejes durante el reinado de Felipe y María. El catálogo de Strype menciona 288 personas que murieron en la hoguera o el patíbulo, sin contar las que, dice él, perecieron de hambre en las cárceles. El pueblo inglés, hoy paladín de libertades, no se afectó por los autos de fe. El embajador francés dice que se aplaudía a un hereje cuando en la hoguera no desmayaba, "como si se presenciara un casamiento".

Algunas de las víctimas eran obispos de los que aconsejaron las reformas en tiempo de Enrique VIII y Eduardo VI. Para dar al castigo mayor carácter de ejemplaridad, se enviaban los prelados contumaces a sufrir la última pena en sus propias diócesis. Pero a Cranmer, arzobispo primado de Canterbury, se consideró necesario juzgarlo por un tribunal de teólogos reunidos en Oxford, que le obligó a escribir una retractación de sus errores; a pesar de ello, fue degradado y finalmente murió en la hoguera. El relato del embajador veneciano, que presenció el suplicio del arzobispo, es emocionante: "Al llegar al patíbulo, arrojó primero al fuego el malhadado libro de su retractación, que llevaba escondido en el seno, y después, poniendo la mano entre las llamas, dijo: –Tú que has pecado firmando este escrito, debes arder primero.– Después entró él en la hoguera y ardió también".

En el año 1558 murió la reina María, "la más infeliz de las reinas, de las esposas y de las mujeres", como ella misma decía. El pueblo la apodó *la Sanguinaria*, porque murió creyendo que Inglaterra aún no había terminado su penitencia y no había logrado apaciguar la cólera divina por el pecado de su padre y su hermano apartándose de la obediencia al pontífice.

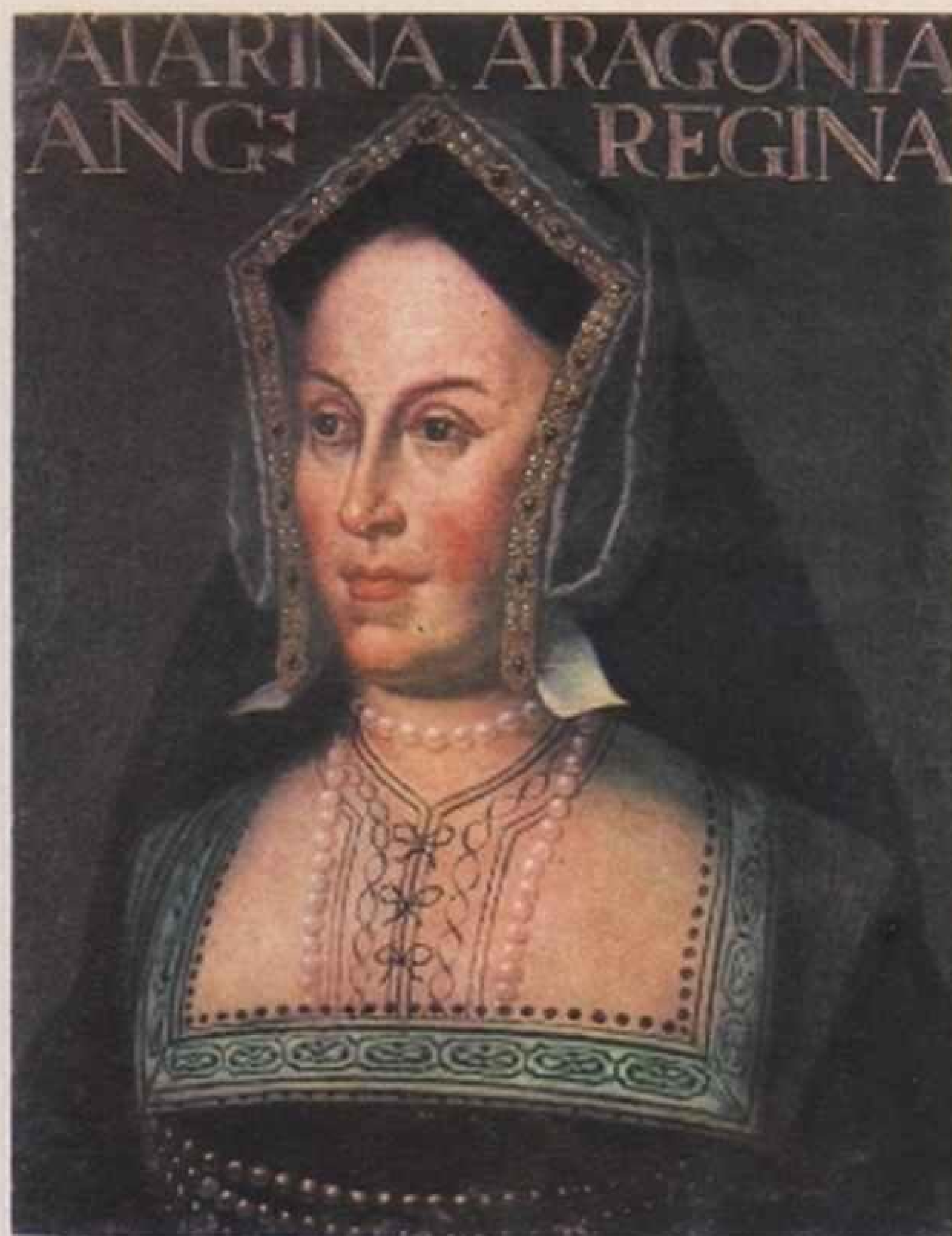
La pariente más próxima de María era su hermanastra Isabel, nacida de Enrique VIII y Ana Bolena. El pueblo y el Parlamento la habían considerado como hija ilegítima de su padre, y éste había hecho decapitar a su madre, Ana Bolena, por supuestas infidelidades antes y después del matrimonio. Isabel conocía, pues, de cerca la desgracia. Durante el reinado de Felipe y María estuvo siempre en peligro de ser ejecutada por razones de Estado. Isabel, en las cortas estancias que le toleraron los reyes a su lado, había hecho claras manifestaciones de repugnancia hacia el culto católico. La reina María con dificultad podía obtener que su hermanastra asistiera a la misa, haciendo las genuflexiones que exige el culto, pero no se podía tampoco decir que fuese protestante. Según Isabel, la diferencia entre las varias ramas de la cristiandad "era una

pura bagatela"; en el francés que entonces hablaba la corte, *n'estoit que bagatelle*. Esta es la frase característica del pensamiento de Isabel, tan demostrativa de su personalidad como la del primer Borbón de Francia cuando decía que París bien valía una misa.

Era, pues, evidente que Isabel no se dejaría llevar ni por los protestantes ni por los católicos. Por razones de política exterior, era también conveniente que Isabel no manifestara en seguida si ella y también Inglaterra habían de ser católicas o protestantes. Las condiciones en que heredó sus reinos la favorecían: había encontrado a Inglaterra sujeta a la obediencia del papa; Felipe y María habían restablecido la amistad con las naciones católicas; le bastaba, pues, a Isabel no continuar la persecución y dejar que el pueblo inglés tomara la postura espiritual que más conviniese a su carácter.

Isabel comprendió desde un principio las grandes ventajas que podría sacar de mantenerse indecisa en tan espinosa situación; podría engrandecerse con los importantes favores que le prodigarían, con objeto de atraérsela, los príncipes católicos y los luteranos. También es seguro que Isabel se mantuvo soltera porque era lo que hoy llamaríamos una persona de sexo poco acentuado; pero, además de coquetear como mujer con su reino, coqueteaba como reina con su mano. Con el precedente de que Felipe había dominado a María, se temía que el marido de Isabel pudiera dominar a ésta. De casarse con un príncipe reformista, tanto los protestantes alemanes y los hugonotes como Guillermo el Taciturno encontrarían en Inglaterra el aliado estable y seguro que necesitaban para su triunfo. De casarse Isabel con un católico, los hugonotes y el Taciturno quedarían cogidos entre dos fuegos. Dentro del campo católico, Isabel podía decidirse por un príncipe español, como don Carlos, o el mismo Felipe II, que hubiera obtenido con facilidad dispensa papal para casarse con ella, o bien un príncipe francés, uno de los Guisas o el delfín.

En tanto Isabel permaneciese soltera, Inglaterra permanecería neutral y no habría manera de terminar con una victoria aplastante las guerras de religión. Como ni uno ni otro bando podían vencer, Europa iba a debilitarse en una sangría feroz por cuestiones de confesión, mientras Inglaterra se iría engrandeciendo paulatinamente merced a su hábil juego de trampolín. Esto lo vio muy claro Isabel al principio de su



Catalina de Aragón, la tía de Carlos V que había sido pieza fundamental en la alianza soñada por los Reyes Católicos para situar un enemigo en la espalda de Francia. (Galería de los Uffizi, Florencia.)

El castillo de Windsor. En el año 1522, cuando las relaciones entre Enrique VIII y España eran buenas, el rey inglés acogió en esta residencia real a Carlos V.



REFORMA RELIGIOSA Y EXPANSIONISMO INGLES

Las líneas definidoras del expansionismo y la grandeza británica, desde las últimas décadas del siglo XVI, pasan por una experiencia que conmocionó profundamente a toda Europa a lo largo de una centuria. Nos referimos, evidentemente, a la Reforma religiosa y a sus consecuencias, múltiples y trascendentales en todos los órdenes. En este sentido, nos limitaremos a señalar, por ejemplo, que el reformismo religioso, tal como muy bien han señalado autores como H. J. Laski, ayudó sobremanera a los "monarcas fuertes y populares" de la casa Tudor a abolir buena parte de las pretensiones feudales, especialmente por lo que hace referencia a las realidades eclesiales. Tal política contribuyó no sólo a incrementar el poder real, sino que además proporcionó una plataforma favorable al desarrollo de muy diversas actividades económicas que, a la larga, acabarían de definir la línea de expansionismo y de imperialismo mundial de Inglaterra.

En esta perspectiva se ha comprobado, por ejemplo, que el proceso de superación feudal antedicho supuso la decadencia de las entidades, instituciones y fórmulas de raíz feudal y, como consecuencia, un importante aumento del papel, prestigio y autoridad de los jueces y tribunales de la monarquía, es decir, de las autoridades "nacionales". A dicho respecto se ha señalado que los principales experimentos, efectuados con éxito en este período de cambio, pueden centrarse en torno al ensayo de unas nuevas formas de legislación, paralelamente al auge de una nueva y poderosa clase de funcionarios, compuesta en buena parte por *new hombres*, que iban a jugar un importante papel en el futuro del reino de Inglaterra. Con esta nueva burocracia se definió, renovándose, la moderna función de las tareas del "juez de paz", vinculado estrechamente a los intereses de la corona por eslabones sólidos e irrompibles.

Todo ello favoreció la rotunda definición de un nacionalismo monárquico centralizador, que efectuaba una tarea deseada, ya que entonces centralizar significa poner orden, pacificar, "normalizar" las formas de violencia y de acción jurídica, apareciendo todo ello como la necesidad más urgente de la época. Paralelamente, el ascenso del nacionalismo monárquico centralizador debe ser considerado en función de sus relaciones con otra institución llamada a jugar un importante papel en el futuro de la historia inglesa: el Parlamento. En efecto, en estas primeras etapas de la era moderna, el Parlamento inglés tenía una significación y jugaba un papel singular y diverso, en calidad y profundidad, al de cualquier otra institución más o menos legislativa de Europa. En efecto, tal como han subrayado muchos autores, desde Pollard al antes mencionado H. J. Laski, uno de los rasgos más interesantes de esta etapa de la historia inglesa es el de la relación entre monarquía y Parlamento.

Para centrar tal relación es preciso situar algunos hechos: indudablemente los monarcas Tudores gobernaban, al estilo de la época, como auténticos déspotas. Pero tal como ha hecho notar, por ejemplo, el profesor Pollard, Enrique VIII, definido como el Príncipe de Maquiavelo en acción, gobernaba al igual que lo haría más tarde Isabel, con el *consensus* de los sectores populares. Más concretamente, fuesen las que fuesen las disensiones, divisiones y enfrentamientos nobiliarios, las clases medias inglesas se agrupaban de forma compacta en torno a sus monarcas. En resumen, a la hora de la verdad, tanto los terratenientes como los comerciantes permitieron a sus soberanos usar el Parlamento como instrumento evidentemente útil a los intereses de la monarquía, pero —y aquí está la importancia y la significación parlamentaria inglesa de esta época— ligado asimismo a la adopción de unos medios políticos favorecedores del bienestar económico de las clases acomodadas del país. En la etapa de innovaciones, derivadas del Renacimiento y del desarrollo del primer capitalismo, los monarcas Tudores hicieron prevalecer en Inglaterra su ley autoritaria, imbuyéndola del espíritu moderno que el nuevo orden precisaba. Ello, como es sabido, tendría favorabilísimas repercusiones en el desarrollo de las nuevas burguesías inglesas, al permitir que en las clases medias isleñas volviera a producirse una nueva toma de conciencia, que cristalizaría en la creación de una nueva confianza en sí mismas, una confianza que fortalecería y que, asimismo, impulsaría su espíritu emprendedor, otorgándole garantías muy concretas y seguridades para el desarrollo de sus actividades económicas.

De esta forma, a lo largo de un período aparentemente contradictorio, desde Enrique VIII a Isabel I (con un momento crucial y grave en la breve etapa del reinado de María Tudor y su esposo Felipe de España), la afirmación reformista ayudó a superar trabas feudales, a consolidar el poder monárquico, a aumentar la autoridad y seguridad públicas, etc., en un proceso de maduración continua que paulatinamente —casi impalpablemente— permitiría a las burguesías emprendedoras no sólo coincidir con las ambiciones de una monarquía en auge creciente, sino que además podrían pasar a la realización de actividades económicas de toda índole que están en la base del desarrollo general de la Inglaterra moderna. De esta forma comenzaría a concretarse —precisamente sobre las ventajas que la Reforma religiosa reportaría al poder real— un movimiento, al propio tiempo político, económico y cultural, de gran importancia en el horizonte total de la moderna historia europea y que preocuparía a autores tan diversos como Troeltsch, Max Weber, Trevelyan y tantos otros. Un movimiento en íntima relación con la tesis en torno, por ejemplo, al papel del protestantismo en la configuración del mundo moderno y, de manera especial, en el desarrollo de la compleja fenomenología capitalista. Un movimiento, en suma, que a lo largo del siglo XVII experimentaría una importante crisis de crecimiento, típica en la historia de la burguesía, simbolizada en las dos revoluciones inglesas de dicha centuria.

A. J.

reinado, con su perspicacia femenina y gracias a los útiles consejos de su secretario William Cecil. Este es, juntamente con Isabel, el verdadero fundador del poder británico; no sabemos qué admirar más de la pareja, si la fidelidad y astucia del secretario o la perfidia graciosa de su señora. La reina y Cecil hablaban largamente de posibilidades matrimoniales, discutían candidatos para jugarlos uno contra otro en el tablero de la política. Después, llegado a su despacho, Cecil cogía la pluma y escribía otra vez la lista de los pretendientes, favoreciéndolos con un adjetivo, o una frase desdeñosa, y rechazándolos uno por uno y todos a la vez en un soliloquio de hombre de Estado. Estos papeles que reflejan las alternativas barométricas de la política de Cecil se han conservado fielmente hasta nuestros días.

Cecil, como Isabel, había consentido en oír misa durante el tiempo de Felipe y María, pero lo mismo que Isabel, Cecil debía de creer que aquello no pasaba de ser una bagatela. Cecil estaba casado con una pro-

testante fervorosa, y las mujeres de los reformados tuvieron gran influencia sobre sus maridos en la vida práctica.

Sin embargo, creemos muy posible que el lector haya formado un concepto equivocado, por lo que hemos dicho, de Isabel de Inglaterra.

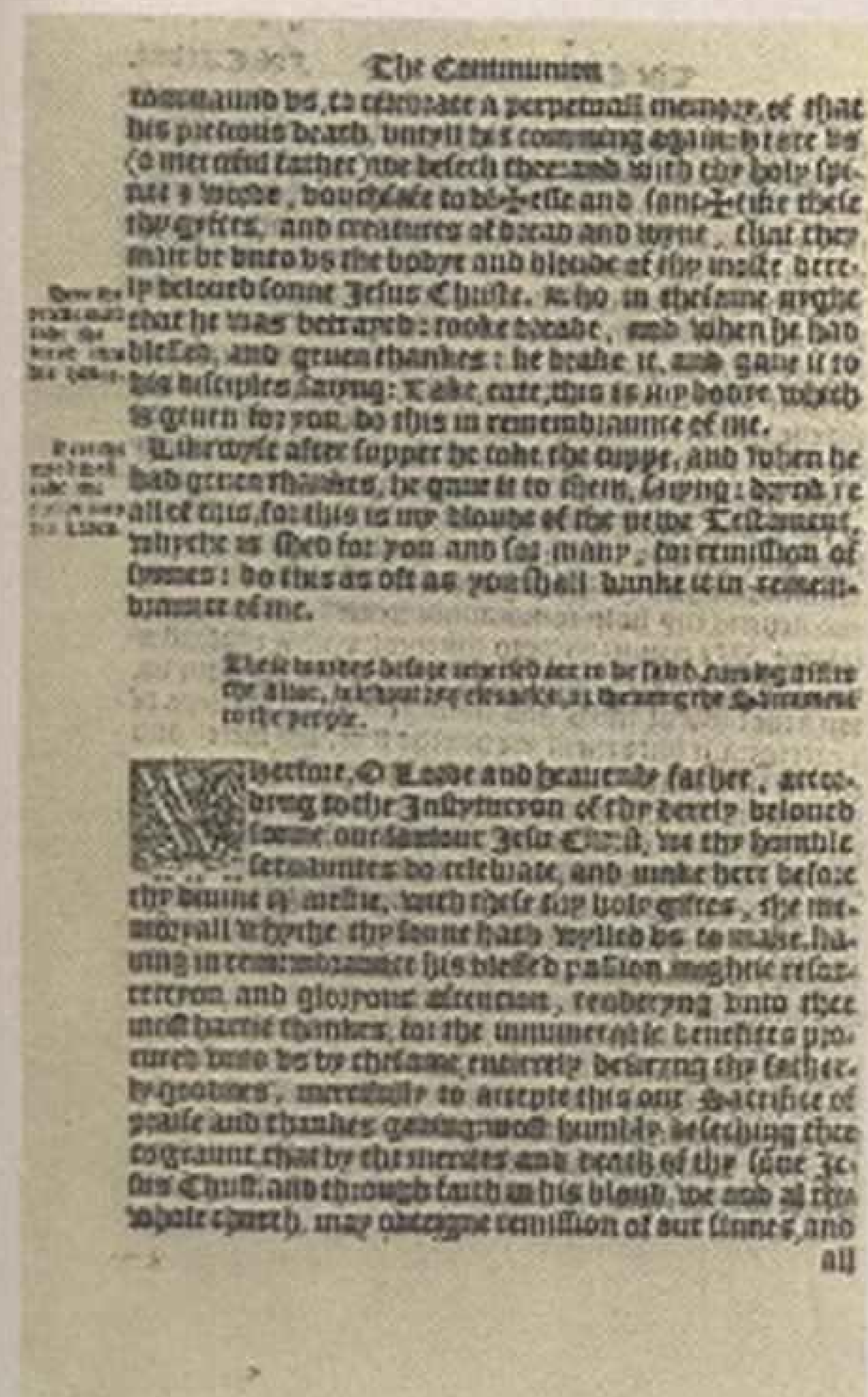
Esta mujer hombruna, nacida de un connubio irregular entre un rey voluntarioso y una mujer apasionada, no podía resignarse al juego defensivo de dejarse cortejar por unos y otros. Le era muy difícil esconder sus sentimientos anticatólicos. Desde que había sido coronada reina, asistía con gran irregularidad a la misa, y con la condición de que el celebrante no elevara la hostia, porque esto la obligaba a arrodillarse. Una vez que el abad de Westminster salió a recibirla en procesión, precedido de cirios y candelas, Isabel gritó enfurecida: "¡Apagad estas luces, que es de día!".

A Isabel le repugnaba que pudiesen hacer de ella una papisa laica. Cuando el Parlamento trató de promulgar una ley que la declaraba *cabeza de la Iglesia*, como su padre y su hermano, la reina rehusó a este título para no ofender a los católicos. El embajador español llegó a creer que Isabel había procedido así porque él se lo había acon-



Eduardo VI, por H. Holbein el Joven (Museo de Basilea). Durante los seis años del reinado del hijo de Enrique VIII se efectuaron serios intentos de espiritualizar la reforma llevada a cabo por aquél.

Página del "Book of Common Prayer", publicado en 1549 e imbuido de un luteranismo muy moderado (British Museum, Londres).



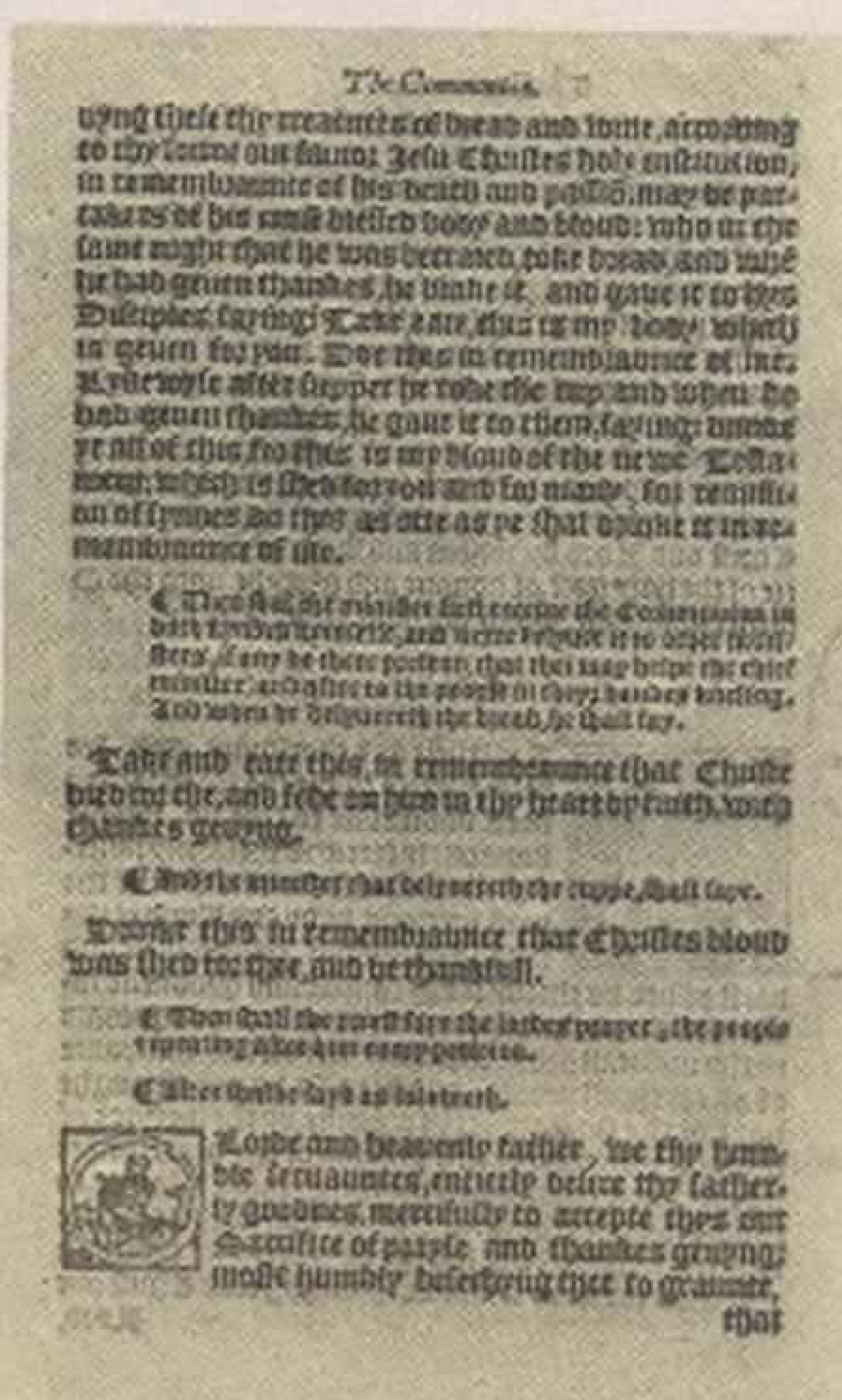
The Communion

commaund vs, to celebrate a perpetuall memorye, of that his precious death, vntyll his comming again: Heare vs (o merciful father) we besech thee: and with thy holy spirite & worde, vouchsafe to bl✠esse and sanc✠tifie these thy gyftes, and creatures of bread and wyne, that they maie be vnto vs the bodye and bloude of thy moste derely beloued sonne Jesus Christe. Who in the same nyght that he was betrayed: toke breade, and when he had blessed, and geuen thankes: he brake it, and gaue it to his disciples, saying: Take, eate, this is my bodye which is geuen for you, do this in remembraunce of me.

Likewyse after supper he toke the cuppe, and when he had geuen thankes, he gaue it to them, saying: drynk ye all of this, for this is my bloude of the newe Testament, whyche is shed for you and for many, for remission of synnes: do this as oft as you shall drinke it in remembraunce of me.

These wordes before rehersed are to be saied, turning still to the Altar, without any eleuacion, or shewing the Sacrament to the people.

Wherfore, O Lorde and heauenly father, according to the Instytucion of thy derely beloued sonne our sauiour Jesu Christ, we thy humble seruauntes do celebrate, and make here before thy diuine Maiestie, with these thy holy giftes, the memoryall whiche thy sonne hath wylled vs to make, hauing in remembraunce his blessed passion, mightie resurreccyon, and gloryous ascencion, renderyng vnto thee most hartie thankes, for the innumerable benefites procured vnto vs by the same, entierely desiryng thy fatherly goodnes, mercifully to accepte this our Sacrifice of praise and thankes geuing: most humbly beseching thee to graunt, that by the merites and death of thy sonne Jesus Christ, and through faith in his bloud, we and al thy whole church, may obteigne remission of our sinnes, and all



The Communion.

vyng these thy creatures of bread and wyne, accordyng to thy sonne our sauior Jesu Christes holy institucion, in remembraunce of his death and passion, may be partakers of his most blessed body and bloud: who in the same night that he was betrayed, toke bread, and when he had geuen thankes, he brake it, and gaue it to his Disciples, saying: Take, eate, this is my body which is geuen for you. Doe this in remembraunce of me. Lykewyse after supper he toke the cup, and when he had geuen thankes, he gaue it to them, saying: drinke ye all of this, for this is my bloud of the newe Testament, which is shed for you and for many, for remission of synnes: do this as oft as ye shal drinke it in remembraunce of me.

¶ Then shal the minister first receyue the Communion in both kyndes hymselfe, and next deliuer it to other ministers, yf any be there present (that they may helpe the chief minister,) and after to the people in their handes kneling. And when he deliuereth the bread, he shall say.

Take and eate this, in remembraunce that Christe dyed for thee, and fede on him in thy heart by faith, with thankes geuyng.

¶ And the minister that deliuereth the cuppe, shall saye.

Drinke this in remembraunce that Christes bloud was shed for thee, and be thankful.

¶ Then shall the priest saye the Lordes prayer, the people repeatyng after him euery peticion.

¶ After shalbe sayd as foloweth.

O Lorde and heauenly father, we thy humble seruauntes, entierly desire thy fatherly goodnes, mercifully to accepte this our Sacrifice of prayse and thankes geuyng: moste humbly besechyng thee to graunte, that

Página del "Book of Common Prayer" publicado por Cranmer en 1552 (British Museum, Londres), en el cual se han eliminado ya los restos de catolicismo. Thomas Cranmer fue el primer arzobispo protestante de Cantorbery y formuló la base dogmática del anglicanismo. Apoyó el divorcio de Enrique VIII y Catalina de Aragón y el matrimonio de aquél con Ana Bolena.

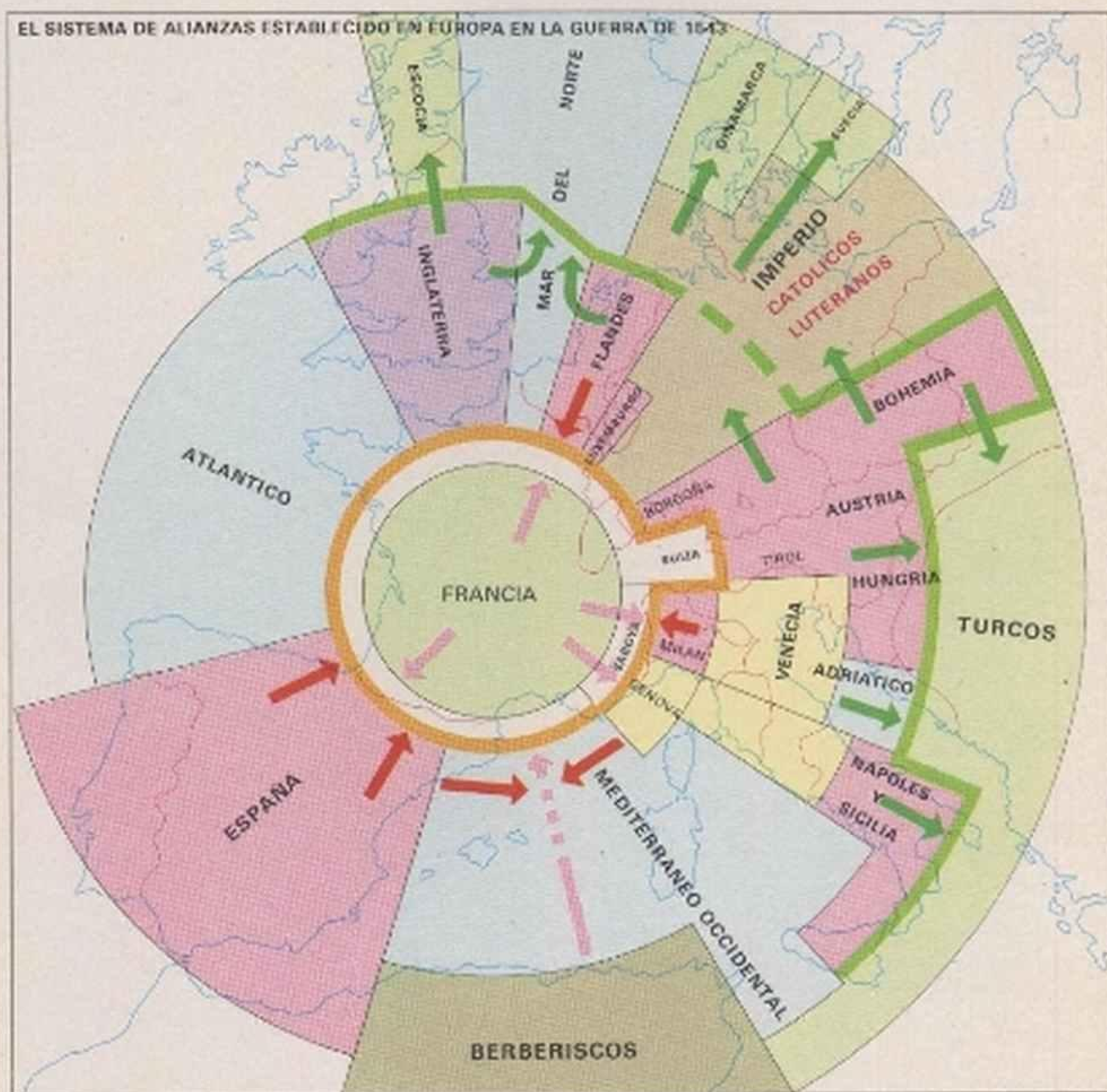
PRINCIPALES LITERATOS INGLESES DEL REINADO DE ISABEL I

Edmund Spenser (1552-1599)
Sir Walter Raleigh (1552-1618)
John Lyly (1554-1606)
Philip Sidney (1554-1586)
Thomas Lodge (1556-1625)
George Peel (1558-1597)
Robert Southwell (1561-1595)
Samuel Daniel (1562-1619)
Michael Drayton (1563-1631)
William Shakespeare (1564-1616)
Christopher Marlowe (1564-1593)
Thomas Nashe (1567-1601)
Thomas Campion (1567-1620)
Sir Henry Wotton (1568-1639)
Ben Jonson (1573-1637)
John Donne (1573-1631)
John Fletcher (1579-1625)
John Webster (1580-1630)
Francis Beaumont (1584-1616)

sejado. Pero también mandó redactar de nuevo el *Prayer Book* y permitió en una "proclamación real, con el consentimiento de Lores y Comunes", comulgar en las dos especies. Ella misma, el día de Pascua del año 1559, oyó misa recitada, no en latín, sino en inglés, y comulgó con pan y vino; el clérigo iba vestido con una simple cota. Esto fue bastante para que corriese por toda Europa la noticia de que la reina Isabel se había hecho protestante.

En Inglaterra a todas estas innovaciones se les daba el suave nombre de *alteración* de religión, que se podía interpretar como medidas disciplinarias. Nadie podía decir concretamente lo que pensaba Isabel en cuestiones tan importantes como las referentes al dogma. Lo más probable es que no pensara nada.

El embajador de España en Inglaterra, el conde de Feria, comunicaba en una carta a Felipe II los detalles de una conversación con la reina, en la que Isabel debió de jugar con él como juega la gata con el ratón. El embajador la quiso atemorizar, recordándole la bula papal que excomulgó a su padre Enrique VIII. Isabel contestó, con simpleza que escondía malicia, que sólo quería llegar a una pacificación de los espíritus. Díjole que bastaría un *interim*, análogo al que regía en Alemania. A esto el embajador hízole observar que el *Interim* alemán tenía bien



En la guerra desencadenada por Francisco I contra Carlos V en 1542, el centro de acción militar se desplaza hacia el Norte, de Italia a Flandes (cambio muy significativo). A pesar de la importancia de la alianza turco-berberisca, que le permite algunos éxitos en el Mediterráneo, Francisco I busca aliados en el Norte: Escocia, Dinamarca, Suecia y algunos príncipes luteranos. Carlos V confirma su alianza con Enrique VIII de Inglaterra y ésta se convierte en pieza fundamental de la pugna, al aislar –por su dominio del Canal– a Francia de sus amigos del Norte, al vencer a Escocia y al completar el cerco de Francia. A fines del reinado de Felipe II, con la rebelión holandesa y el triunfo de Enrique de Navarra en Francia, la alianza de Inglaterra condiciona la ruina definitiva del sistema. En ambas ocasiones, la posición inglesa ha determinado el triunfo.

poco de católico; Isabel contestóle que no sería el mismo, sino algo parecido. Después añadió que ella creía que Dios estaba en el sacramento de la Eucaristía y sólo desaprobaba tres o cuatro cosas de la liturgia de la misa. Es decir, que la reina Isabel, sin estudios ni autoridad, se permitía opinar en tres o cuatro cosas de la misa. Es realmente gracioso, porque el canon de la misa se había establecido después de siglos de controversia en concilios y con doctrina de los Santos Padres. Pero es más gracioso todavía que el embajador español comunicara a Felipe II todas estas rarezas de Isabel, añadiendo en su francés diplomático: *"Cette reine est extrêmement sage, et a des yeux terribles"* (Esta reina es inteligente en extremo y tiene un mirar terrible).

Consiguió Isabel, con sus artimañas, demorar doce años la excomunión papal, es decir, hasta que ella estuviese ya firmemente establecida en el trono. Se había ido olvidando su ilegitimidad y era adorada por el pueblo como la encarnación del genio inglés. Era inglesa de Londres, sin mezcla de sangre extranjera, y los ingleses le agradecían que no se casara, evitándoles un amo molesto como había sido el rey consorte Felipe II.

Cuando se promulgó por fin, en 1570, la excomunión papal, ya no llegó como un fulminante anatema contra la nación, sino como un reproche personal contra la reina, porque ella personalmente aceptaba y practicaba "las impías constituciones y los atroces misterios de Calvino". Pero estas acusaciones poca mella podían hacer en el ánimo de una mujer resuelta como Isabel. Ella podía desafiar el temporal y desplegar ahora sin temor sus cualidades masculinas. Hasta entonces sólo había empleado las artes

María Tudor y su hermana Isabel entran en Londres (detalle de la serie de tapices realizada para celebrar el noningentésimo aniversario de la batalla de Hastings). A la muerte de Eduardo VI, la corona recayó en María Tudor, ferviente católica y dispuesta a restablecer el catolicismo en Inglaterra.



propias de mujer: sentimentalismo, disimulo, gracias y sencillez; ahora iba a manifestar lo que escondía de energía, tenacidad, audacia y ambición para la grandeza de su pueblo. A su lado, fiel y constante, estaba el grave Cecil, más como asociado en la gran empresa que como servidor y criado.

Las circunstancias habían venido a favorecerles con la tragedia inaudita de María Estuardo, reina de Escocia. Caso de morir Isabel sin hijos, María era la heredera natural del trono de Inglaterra. María Estuardo había pasado en Francia su primera juventud, como esposa del príncipe heredero, y hasta fue reina de Francia durante algunos meses. Allí había aprendido dos cosas: un odio fe-

SECULARIZACION, DESARROLLO ECONOMICO Y ORIGENES DEL LIBERALISMO INGLES

Los comienzos de la grandeza de la monarquía de Inglaterra son inseparables de algo fundamental en la historia de los tiempos modernos, el proceso de *secularización*, que a fines del siglo XVIII y a principios del XIX tendría su punto culminante en Europa con el hundimiento del Antiguo Régimen y la desamortización eclesiástica. La importancia de este proceso de secularización en el desarrollo histórico de Occidente ha sido entrevisto y subrayado por autores muy diversos, desde Von Martin a Lucien Febvre. Sin comprender la repercusión del fenómeno de la secularización provocado por la Reforma en Inglaterra, es imposible conocer adecuadamente el expansionismo y el imperialismo británicos a lo largo de varios siglos.

Tratando de centrar esta cuestión capital, un autor tan competente como Laski ha llegado a escribir —refiriéndose especialmente al caso inglés— que "lo que hizo el Estado en favor del liberalismo en el siglo XVI es diferente de lo que consiguió o de lo que en épocas posteriores se le pidió que lograra... Burdamente podemos decir que la aportación del siglo XVI es la destrucción de la autoridad eclesiástica en la esfera económica. Esto permite que las relaciones de propiedad se desarrollen sin el estorbo de consideraciones teológicas". Quizás en otras épocas de menor profundización y de menos cultura científica en los terrenos diversos del conocimiento histórico, sociológico y económico, tales afirmaciones pudieran escandalizar a mentalidades más o menos bienpensantes y, sin embargo, tal planteamiento encierra una gran verdad y aporta perspectivas básicas para la comprensión de una trayectoria histórica de repercusiones trascendentales. Diversos autores, entre ellos Troeltsch y Max Weber, han estudiado el fenómeno de las relaciones entre protestantismo y desarrollo capitalista, mientras que otros, como los Von Martin, Febvre o Laski, anteriormente citados, se han entretenido, como posteriormente lo harán autores positivistas y marxistas, en la profunda repercusión política social de unas medidas, al propio tiempo, económicas y religiosas.

En efecto, la destrucción de la autoridad de la Iglesia (o las Iglesias) permitió —y muy concretamente en Inglaterra— el surgimiento y consolidación de un Estado de carácter cada vez más secular, que buscó y encontró una de sus misiones básicas en el desarrollo de la nueva idea —que podríamos denominar como "liberal"— y que debía remplazar al papel eclesiástico en la tarea de configurar la realidad de un nuevo guardián del bienestar social. El nuevo Estado monárquico inglés, a fin de ayudar y favorecer su nuevo prestigio, construyó su propia moral sociopolítica y económica, basándola en el principio de la "utilidad". Ello no se improvisó y en las primeras etapas —las mismas que debían poner las bases al futuro auge inglés— se notó el peso de las costumbres heredadas de etapas anteriores. En dicho período, no obstante, el papel estatal fue sumamente importante, aumentando el papel del aparato monárquico, definiéndose una *praxis* en la que se da por supuesto que el Estado y no la Iglesia —o las Iglesias— es el que debe fijar las normas de la conducta económica. Ello será importante no sólo para la realización de las pretensiones de expansionismo político de la monarquía, sino para la determinación de la nueva mentalidad socioeconómica que debía definir, particularmente, a las nuevas burguesías emprendedoras británicas.

En estos objetivos, evidentemente, jugaría un papel importante la concepción de que el bien económico individual, si bien se encuadra todavía en el contexto del bien común, cuyo guardián nato es el Estado, irá adquiriendo día a día mayor importancia. De manera que la secularización y el individualismo serán características paralelas y claves del nuevo desarrollo histórico inglés. Por otra parte, es evidente —y tal como subraya, atinadamente, Morazé— que la etapa histórica del siglo XVI no podía saltar una serie de condicionamientos que aún seguían pesando de forma evidente. El poder real seguía siendo el motor de todo tipo de progreso. En otras palabras, el bien económico individual todavía se encuentra encuadrado en el contexto del bien colectivo estatal, de un Estado concebido como vigía del conjunto comunitario, según hemos señalado. Pero al propio tiempo se había producido un fenómeno psicosociológico de profundas repercusiones en el futuro: el "bien común" garantizado por la autoridad del Estado monárquico abría nuevas perspectivas de interpretación y de acción. El bien común de los burgueses, por ejemplo, acrecido por la protección de las medidas estatales, no podía permanecer inmóvil y estático, encerrado en un marco permanente e inmutable, sino que debía ensancharse, expansionarse, en función de los horizontes que constantemente iba abriendo y ampliando el desarrollo del primer capitalismo.

En conjunto, sin embargo, los hombres estaban todavía demasiado acostumbrados a la intervención de la autoridad en la vida económica para dudar de su valor y eficacia. No obstante, una serie de protestas dibujan las líneas de un nuevo humor, de un nuevo comportamiento, tal como ocurre con la actitud del Parlamento inglés frente a los monopolios. Lo importante, en resumen, del siglo XVI en Inglaterra es, empero, el hecho en sí de la aparición de un Estado secular, capaz de abrir nuevos horizontes en torno a la relación entre Estado y vida económica. Este fenómeno es —conviene insistir en ello— capital en la conformación de la moderna mentalidad liberal inglesa. Una nueva mentalidad liberal paralela al desarrollo de unas realidades comerciales y financieras que otorgaban, cada vez más, un valor más destacado al hecho de enriquecerse. En resumidas cuentas, la secularización traerá aparejado, por ejemplo, el triunfo de un código de conducta económica que valora la prosperidad frente a la miseria, el trabajo frente a la indolencia. Y en este primer estadio transformador era aún natural considerar al Estado como el gran regulador de la vida colectiva y de cuya benéfica acción podía brotar la abundancia y las posibilidades de enriquecimiento. Por lo tanto, paralelamente al desarrollo de una mentalidad cada vez más liberal e individualista en Inglaterra, surgía la realidad de un provechoso proteccionismo de sumo interés, en tanto cambia la idea del control social de la Iglesia en la vida económica, pasándolo al Estado. Ello, como es fácil de comprender, tendría repercusiones importantes en todos los ámbitos de la vida social y cultural, ya que suponía un cambio trascendental que señalaba que el fin del Estado no es el de procurar la realización de una vida buena y santa, sino la consecución de fuentes de riqueza a través de medios legislativos que crearan las condiciones favorables para el desarrollo de los buenos negocios.

A. J.

roz a los hugonotes y una libertad de maneras y de costumbres que tenía que chocar con sus súbditos reformados. Ya hemos hablado en otro capítulo de sus querellas con Knox; aquí bastará mencionar los desaciertos de María Estuardo en su vida privada, que la llevaron al patíbulo. Nacida en 1542, regresó de Francia el 1561, ya reina viuda, cuando tenía sólo diecinueve años. En 1564, María, después de haber pensado seriamente en una alianza con España contrayendo matrimonio con el príncipe don Carlos, casó con un noble escocés, vano y vicioso, llamado Darnley, muchacho alto, bien formado, de tez clara, del que María se enamoró locamente.

Pero Darnley, además de disoluto, era celoso. Un día asesinó por celos a un juglar italiano de la reina, y ésta, a su vez, se procuró cómplices y asesinó a Darnley. Las circunstancias de la muerte de éste, que, no lo olvidemos, era el rey consorte, horrorizaron a católicos y protestantes. Darnley estaba enfermo, y en lugar de deshacerse de él con un veneno, nada se les ocurrió mejor, a María Estuardo o a sus cómplices, que poner un barril de pólvora debajo de su cama y hacerlo volar con la explosión. No se sabe cómo pudo escapar, pero lo encontraron estrangulado a alguna distancia de la casa. Después de esta hazaña, la reina se hizo raptar por uno de los asesinos, un aventurero bravucón, y se casó con él al cabo de tres meses.

El escándalo llegó a ser tan enorme, que María y su tercer marido tuvieron que hacer frente a la rebelión de toda la nobleza y el pueblo escocés, coligados contra ellos. En mayo de 1568, perseguida sin cesar por los suyos, estigmatizada como adúltera y asesina, María Estuardo cruzó la frontera para pedir refugio a su prima Isabel. Tenía entonces veintiséis años.

Ya se puede imaginar con qué mezcla de preocupación y de contento Isabel y Cecil



Isabel de Inglaterra ante su hermana María, que la reprende por su tibieza religiosa (grabado de la época).



Suplicio de Thomas Cranmer y sus compañeros, contemplado por la reina María Tudor (detalle de la portada de la "Historia de la Reforma de la Iglesia de Inglaterra"). Cranmer fue condenado a muerte y ejecutado en el reinado de María Tudor.



Entrada triunfal de Isabel I en Londres (grabado de la época).

Isabel I de Inglaterra, según un grabado del siglo XVI conservado en la Biblioteca Nacional de París.

William Cecil, el consejero de Isabel I e inspirador de la política de gran parte de este reinado.



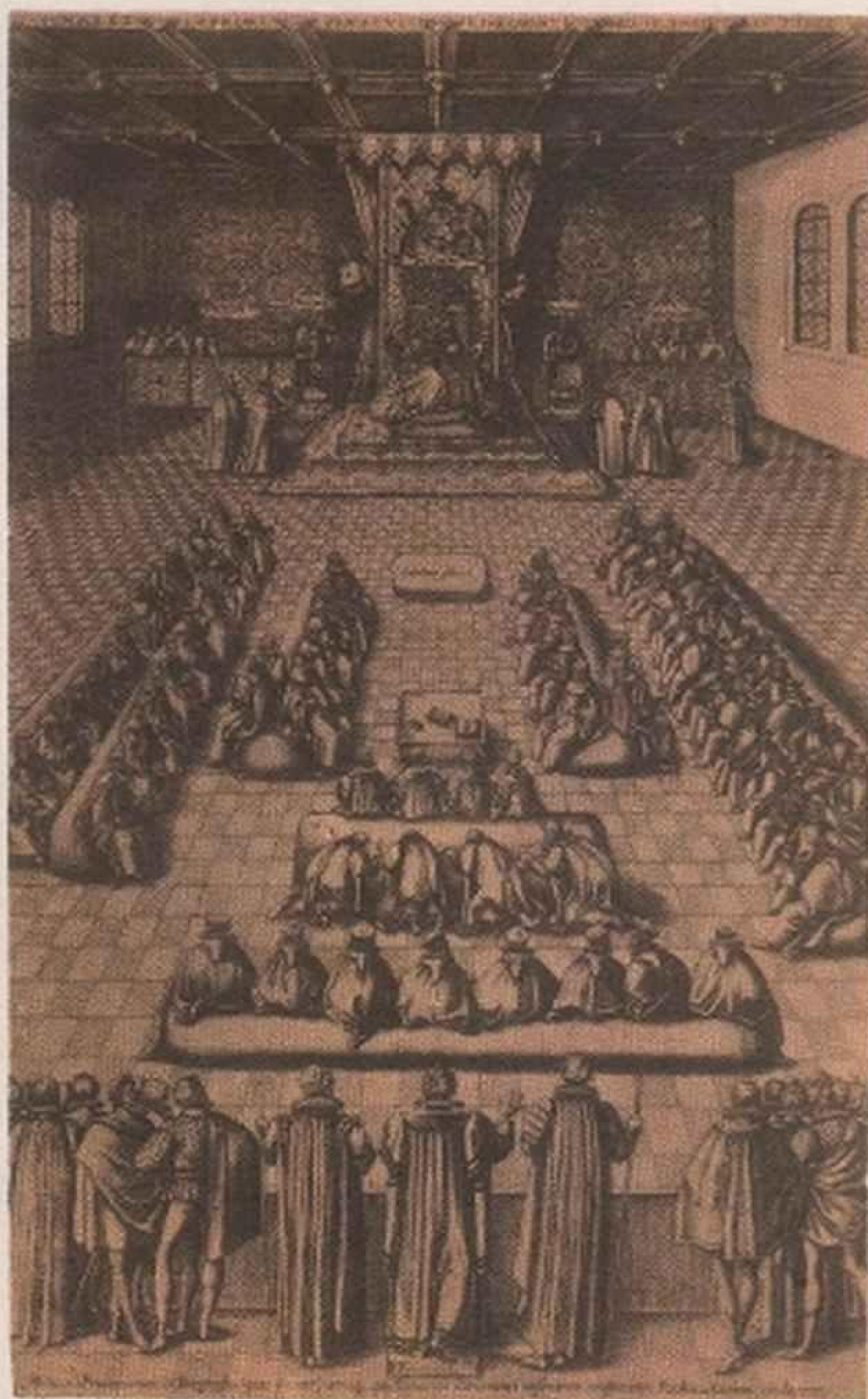
verían llegar a la casquivana reina de Escocia, que les había amenazado con su legitimismo y su catolicismo. Por de pronto, le dieron seguro alojamiento en un castillo: era una pieza más, una reina, para jugarla en el tablero de ajedrez entre blancos y negros, esto es, entre católicos y protestantes. María pidió una entrevista con Isabel, pues creía que hablando personalmente con ella podría sugestionarla para que la ayudase a recobrar la corona de Escocia. Tenía la experiencia del encanto que le daban su juventud y sus maneras, y estaba segura de fascinar a Isabel.

Por esto Isabel creyó conveniente desacreditarla ante sus súbditos, y a la demanda de la entrevista contestó que no podía admitirla a su presencia antes de que se hubiera justificado de las acusaciones. Una conferencia preliminar se celebró en York, y el regente de Escocia llegó con un cofrecillo que, según parece, contenía, entre otros documentos, una carta autógrafa de María a Darnley invitándole a dormir en la cámara que voló con el barril de pólvora, y además el contrato matrimonial entre la reina y el asesino de su segundo marido. Estos papeles después desaparecieron, pero Isabel tuvo buen cuidado de que los vieran los magnates ingleses que podían ser partidarios de María. Su complicidad en el asesinato de Darnley, después de la conferencia de York, ya no fue negada por nadie en Inglaterra. Por lo que toca a Escocia, hasta el

mismo embajador español en Edimburgo, cierto De Silva, escribía a Felipe II que todo el mundo creía allí en la complicidad de María en la trampa del barril de pólvora para matar a Darnley.

Teniendo a María Estuardo a buen recaudo en Inglaterra, Isabel y Cecil advertían que se había evitado un gran peligro. María, como reina de Escocia, podía entrar a formar parte de una confederación católica contra Inglaterra. Los enemigos podían desembarcar en los grandes estuarios de los ríos escoceses con toda comodidad, y desde allí emprender una acción combinada con los descontentos católicos ingleses. En cambio, el Consejo de regencia de Escocia no se atrevería a pactar alianzas mientras la reina estuviese prisionera en Inglaterra.

Cada vez más segura de sí misma, Isabel empezó a lanzarse francamente a nuevas tácticas de agresión y a desafiar el poder de España. Conservando relaciones diplomáticas con este país, empezó, sin embargo, a favorecer a los piratas-pescadores de los Países Bajos, que hemos llamado los *pordioseros del mar*, al servicio del príncipe de Orange. Los corsarios ingleses, obrando aparentemente sin órdenes reales, pero animados por la protección descarada de Isabel y Cecil, empezaron a atacar a los galeones españoles. La simpatía con que la reina y su secretario veían el despojo de los buques de la carrera de las Indias por los corsarios ingleses era tan escandalosa, que el embajador español en Londres recriminaba al duque de Alba porque se tardaba tanto tiem-



Sesión del Parlamento inglés presidida por la reina Isabel en la antigua capilla de Westminster.

LOS CAMBIOS ESTRUCTURALES DEL CAMPO INGLES EN EL SIGLO XVI Y SUS REPERCUSIONES EN EL CRECIMIENTO DE LA TRADICIONAL INDUSTRIA LANERA

MOVIMIENTO DE ENCLOSURES
(cercado de los campos para convertirlos en tierras de pastos) en provecho de los grandes señores rurales –punto culminante, entre 1470 y 1530–.

El paso de la agricultura a la ganadería crea un excedente de mano de obra en el campo.

Aparición de masas de desarraigados que crean inestabilidad social (levantamiento del "Pilgrimage of Grace" 1536).

Intensificación de la economía ganadera y de la producción de lana.

Incremento progresivo de la industria lanera.

Manufactura en centros urbanos especializados.

Industria difusa en las zonas rurales, como complemento de la agricultura.

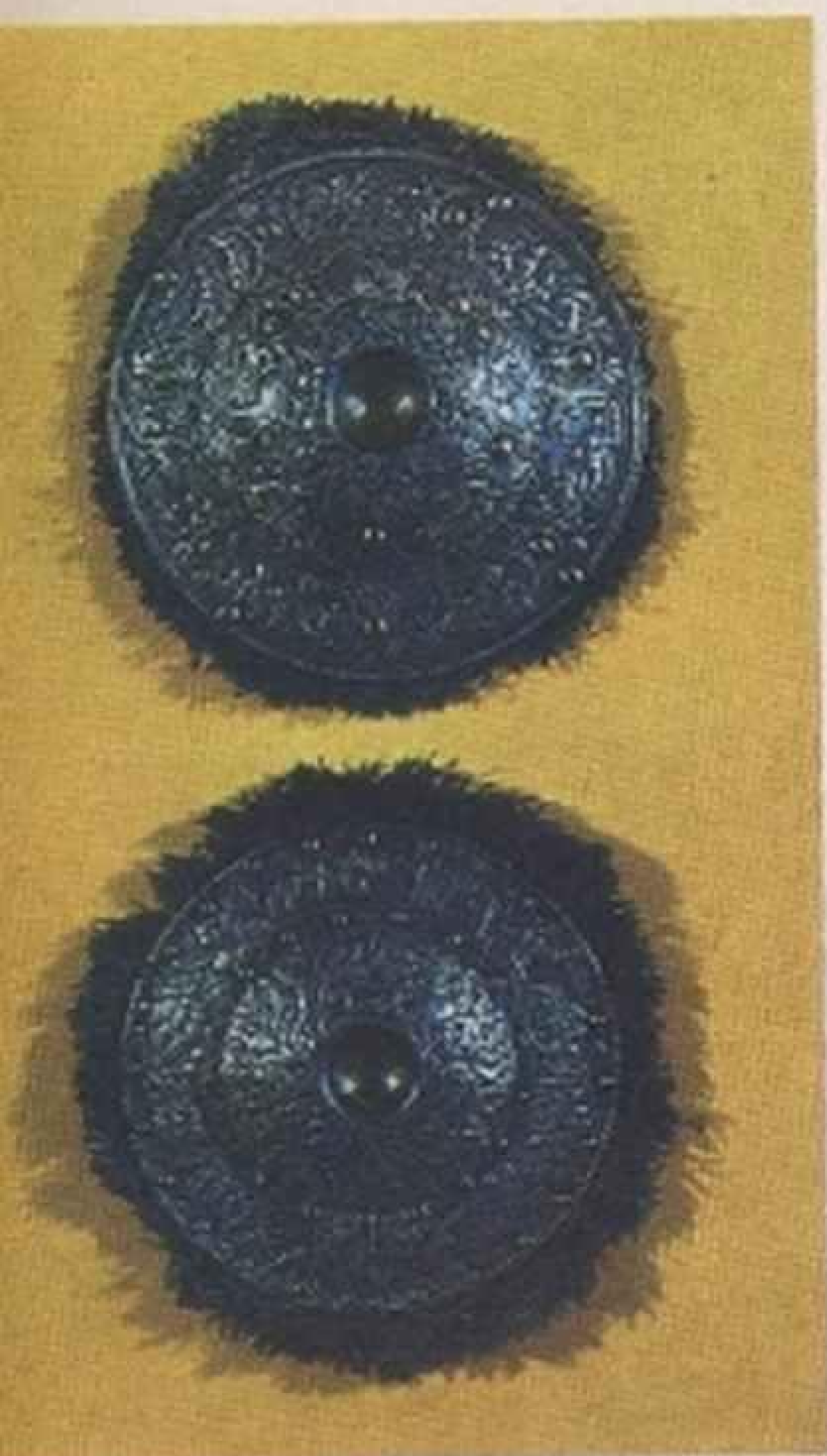
Desarrollo comercial y urbano.

ASIMILACIÓN

Elevación del nivel de vida.

María Estuardo, reina de Escocia, por Serrur (Museo de Versalles). La agitada vida de esta reina terminaría en el castillo de Fotheringhay, donde sería ejecutada casi veinte años después de "acogerse" al reino de su prima Isabel de Inglaterra.

Rodelas del siglo XVII (Armería Real, Madrid).





po en declarar la guerra a Inglaterra. Esto sucedía en el año 1569.

El papa también era partidario de una acción inmediata, pero Felipe II prefería esperar, y preparaba mientras tanto el terreno enviando dinero a los católicos ingleses; éstos debían empezar por libertar a María Estuardo y coronarla reina en lugar de Isabel. Los tercios españoles llegarían en seguida, María casaría con Felipe y se podría restablecer el catolicismo en Inglaterra. Y efectivamente, unos cuantos barones católicos del norte de Inglaterra se rebelaron, y con un ejército de 1.700 hombres de caballería y 4.000 infantes entraron en la ciudad de Durham. Empezaron por oír misa y procedieron inmediatamente a quemar la traducción inglesa de la Biblia y el famoso *Libro de rezos*. Pero no lograron otro triunfo; pocas semanas después, los que no habían conseguido escapar desbandándose, pendían de la horca.

Otra manera de libertar a María era asesinando a Isabel. En aquella época era natural creer que todo dependía de una persona y que, despachado el rey, príncipe o

capitán, los pueblos dóciles seguirían como un rebaño. Ya hemos visto que, en los Países Bajos, España había puesto a precio la cabeza del Taciturno, en Francia los católicos esperaban ahogar la Reforma asesinando a Coligny; en Escocia se acababa de asesinar al regente, que había enseñado las cartas del cofrecillo... En el caso de Isabel, sabemos que el duque de Alba puso como condición preliminar, para cruzar el canal, que Isabel muriese de muerte natural, "o de cualquiera otra muerte". En 1571 el programa español, aceptado por el papa, era que el italiano Ridolfi asesinaría a Isabel y que María Estuardo, saliendo de su prisión, se casaría con el duque de Norfolk, que era católico. Cecil tenía bien montado el servicio de espionaje y consiguió reunir los documentos necesarios para enjuiciar a Norfolk, que fue decapitado. Por el momento se dejó en paz

LOS ORIGENES DE LA EXPANSION MARITIMA Y COLONIAL INGLESA

La observación atenta de la panorámica general de la historia europea, ya en las últimas décadas del siglo XVI (en pleno auge externo de la monarquía hispánica de Felipe II), permite contemplar la clara configuración de varias potencias que –a lo largo del siglo XVII– iban a ocupar un lugar importante en el marco general europeo, frente al antiguo florecimiento de la casa de Habsburgo (escindida ya en dos ramas, la hispana y la centroeuropea). Estas potencias eran las Provincias Unidas (tópica Holanda), en lucha aún con Felipe II; Francia –que acabaría resolviendo su trágica sucesión de guerras civiles y de religión con el triunfo de Enrique de Navarra– e Inglaterra, que encontraría amplios caminos para su desarrollo mercantil, marítimo e incluso colonial, a lo largo del reinado de Isabel I, que supo burlar las presiones y ataques del monarca español y que, más aún, fue capaz de pasar a la ofensiva (tal como lo harían también las Provincias Unidas y Francia), en una ímproba labor que, durante los últimos años del reinado del teóricamente superpoderoso Felipe II, pondría las bases de la inmediata decadencia de los Habsburgos.

La monarquía de Isabel de Inglaterra supo seguir y ampliar los horizontes de consolidación y prestigio abiertos durante el reinado de Enrique VIII, al propio tiempo que manifestaba una gran sensibilidad por los nuevos fenómenos que, a lo largo del siglo XVI, habían desencadenado (en íntima relación) el descubrimiento y colonización de las Américas hispano-lusas y el desarrollo del capitalismo inicial –definido en Europa desde la segunda mitad del siglo XV–. La afirmación monárquica y la sensibilidad económica de la etapa isabelina fueron, indudablemente, piezas clave en el proceso de formación de la plataforma básica sobre la que se apoyaría la futura grandeza del reino de Inglaterra. En este sentido, es importante destacar el apoyo que supo prestar la "Reina Virgen" a las empresas de diverso tipo que debían colocar los cimientos del expansionismo imperialista anglosajón, figurando incluso a título particular como asociada o parte interesada en diversas empresas.

En la línea apuntada no es preciso insistir demasiado en la importancia del desarrollo de las empresas marítimas inglesas, ya sea a través del corso, ya a través del simple desarrollo del comercio naval, etc. En conjunto, Isabel I supo compensar los retrocesos de la época de su antecesora María Tudor (casada con Felipe de España), que perdió la última plaza que Inglaterra conservaba en el continente, Calais. Efectivamente, no sólo superaría la compleja problemática religiosa que había complicado la vida social, política y religiosa en la época de María, sino que además el reinado isabelino (1558-1603) supuso una rentable aglutinación de los intereses de la nobleza y de los sectores burgueses en torno a unos supuestos ideales de expansión nacional, que pusieron la base de la expansión mercantil, colonial y política del país. Así, en el transcurso de este período, Walter Raleigh colonizaría Virginia, en América del Norte, mientras que navegantes y corsarios con John Hawkins y Francis Drake (que dio la segunda vuelta al mundo, después de Magallanes) hostilizaban a las flotas españolas de Indias, repletas de los metales preciosos americanos, y atacaban incluso las plazas hispanas en dichas colonias ultramarinas.

A principios del siglo XVII –viva aún la reina Isabel I– el crecimiento del capitalismo inglés se manifestaba muy concretamente en la formación de sociedades por acciones (de las que sería un ejemplar modelo la definitiva constitución, en 1601, de la *East Indian Company*, Compañía de las Indias Orientales), interesante actividad mercantil y financiera que iría acompañada por la introducción creciente de los métodos de mejora agraria usados por los holandeses, así como por la práctica, en el mundo colonial, de un interesante sistema (concretado en torno al concepto de "plantación").

Demostrando el empuje y la maduración de las mencionadas expansión marítima y colonial y el desarrollo de la actividad capitalista general de los núcleos burgueses ingleses, es significativo el hecho –patentizador de una indudable madurez financiera– de la creación en 1611 del Banco de Londres. Paralelamente, los sectores más dinámicos de la economía inglesa, al propio tiempo que alimentaban y seguían impulsando sus intereses y posibilidades marítimas y coloniales, aprovechaban los beneficios derivados de los mismos para efectuar una serie de importantes inversiones en la vida mercantil e industrial, creando, en este último sector principalmente, una serie de condiciones favorables que crearían paulatinamente el conjunto de condiciones que, a fines del siglo XVIII, haría posible el estallido de la Revolución Industrial, adelantándose a otros países europeos. Concretando, en tiempos de Jacobo I y de Carlos podemos observar, por ejemplo, como las industrias minera, siderúrgica y textil experimentan un auge considerable, acompañado de un proceso notable de concentración, tanto de capitales como de obreros, en una trayectoria sumamente interesante, paralela al empleo creciente de nuevas fórmulas típicas del modelo de empresa capitalista y a la introducción de técnicas progresivas tendentes a variar (y superar) las formas tradicionales de producción, en un proceso que tendría uno de sus puntos culminantes y más significativos incluso a fines del mismo siglo XVII.

Paralelamente es necesario destacar que el auge capitalista y burgués originado por el expansionismo y el desarrollo marítimo y colonial anteriormente apuntados acabarían de dibujar las líneas de un interesante proceso de toma de conciencia, que culminaría en la trayectoria revolucionaria inglesa del siglo XVII y en el triunfo de la política proteccionista e imperialista marítima de Cromwell, en abierta lucha contra la hegemonía naval de Holanda. Triunfo que, concretado en el Acta de Navegación de 1654, daría a Inglaterra una de sus más sólidas bazas para situarse, a fines de la centuria, en el primer plano de la economía occidental.

A. J.



Alejandro Farnesio, por Juan Pantoja de la Cruz (monasterio de El Escorial). En el proyecto de Felipe II, el gobernador de los Países Bajos y jefe de los tercios españoles embarcaría en Flandes con sus tropas para invadir a Inglaterra.

a María, aunque se extremaron los rigores de su prisión y se entregaron los papeles al embajador español para que regresara a su patria. Sin embargo, todavía no se declaró la guerra; Felipe II envió a otro representante y continuaron las maquinaciones con el consiguiente rocío de dinero católico.

Así pasaron dos años de continuos peligros y zozobras, de los que Isabel iba saliendo no sólo incólume, sino engrandecida. Por fin, en el año 1586 los conspiradores consiguieron la complicidad de María Estuardo; ésta, desde su cautiverio, firmó una abdicación de sus derechos a las coronas de Inglaterra y Escocia en favor de Felipe II. Como se creía que era de todo punto indispensable el asesinato preliminar de Isabel, se consultó a María, y la pobre cautiva aprobó enteramente el plan, añadiendo algunos detalles que podían, según ella, asegurar el éxito de tan arriesgada empresa. La nota escrita por su mano acababa con este párrafo: "Prepárese todo así, y cuando sea la hora, empiecen su trabajo los seis caballeros". Los seis *gentlemen* eran los seis asesinos.

Toda esta correspondencia fue interceptada y copiada por los esbirros de Cecil. Un tribunal de cuarenta y seis jueces se constituyó en el castillo-prisión de María Estuardo para oír lo que podía alegar en su



La gran contribución de los navegantes ingleses no está constituida tanto por las incursiones de Hawkins y Drake en la América española y los mares portugueses como por la exploración del Atlántico septentrional y mares circumpolares, en dos direcciones: Oeste, más allá de Groenlandia; Este, por el norte de Escandinavia, hacia Siberia. El objetivo de estas expediciones fue la búsqueda de pasos hacia las islas de las Especias independientes de las rutas utilizadas y monopolizadas por España y Portugal. Sólo a finales de siglo otros europeos (holandeses) navegaron por estas latitudes. Aunque como empresa comercial no tuvieron éxito, los viajes ingleses abrieron el camino para el mejor conocimiento del extremo septentrional de los continentes americano y euroasiático.

Ocupación de la isla y ciudad de Santiago, en Cabo Verde, por las fuerzas de Drake (grabado flamenco anónimo). En el año 1585, este marino inglés realizó un ataque contra las posesiones españolas y portuguesas y se apoderó de Santiago (Cabo Verde), Santo Domingo, Cartagena de Indias y otras ciudades.

favor. Con gran dignidad y energía protestó diciendo que no era súbdita de Isabel ni estaba sujeta a las leyes inglesas. En cuanto a la correspondencia de "los seis caballeros", negó la autenticidad, y como no se tenian sino copias, ha quedado siempre la duda de si pudo ser una estratagema de Cecil para perderla. Pero a Isabel le convenia más tener a Maria encerrada en un castillo que no hacerse impopular firmando su sentencia de muerte, por lo que pidió al Parlamento que es-



Alvaro de Bazán, marqués de Santa Cruz (Museo Naval, Madrid), almirante español que organizó la "Armada Invencible" y cuyo mando no pudo ostentar por haber ocurrido su muerte antes de que aquélla se hiciera a la mar.



Francis Drake es armado caballero a bordo del "Golden Hind", a su regreso a Inglaterra después de dar la vuelta al mundo. Drake, dedicado a la piratería, combatió a los españoles en el Caribe. En 1577 mandó una expedición de cinco pequeñas naves a los mares del Sur, de la que regresó solo tras circunnavegar el planeta. Cuando la "Invencible", fue nombrado vicealmirante y contribuyó activamente a su derrota. Murió frente a Portobelo.

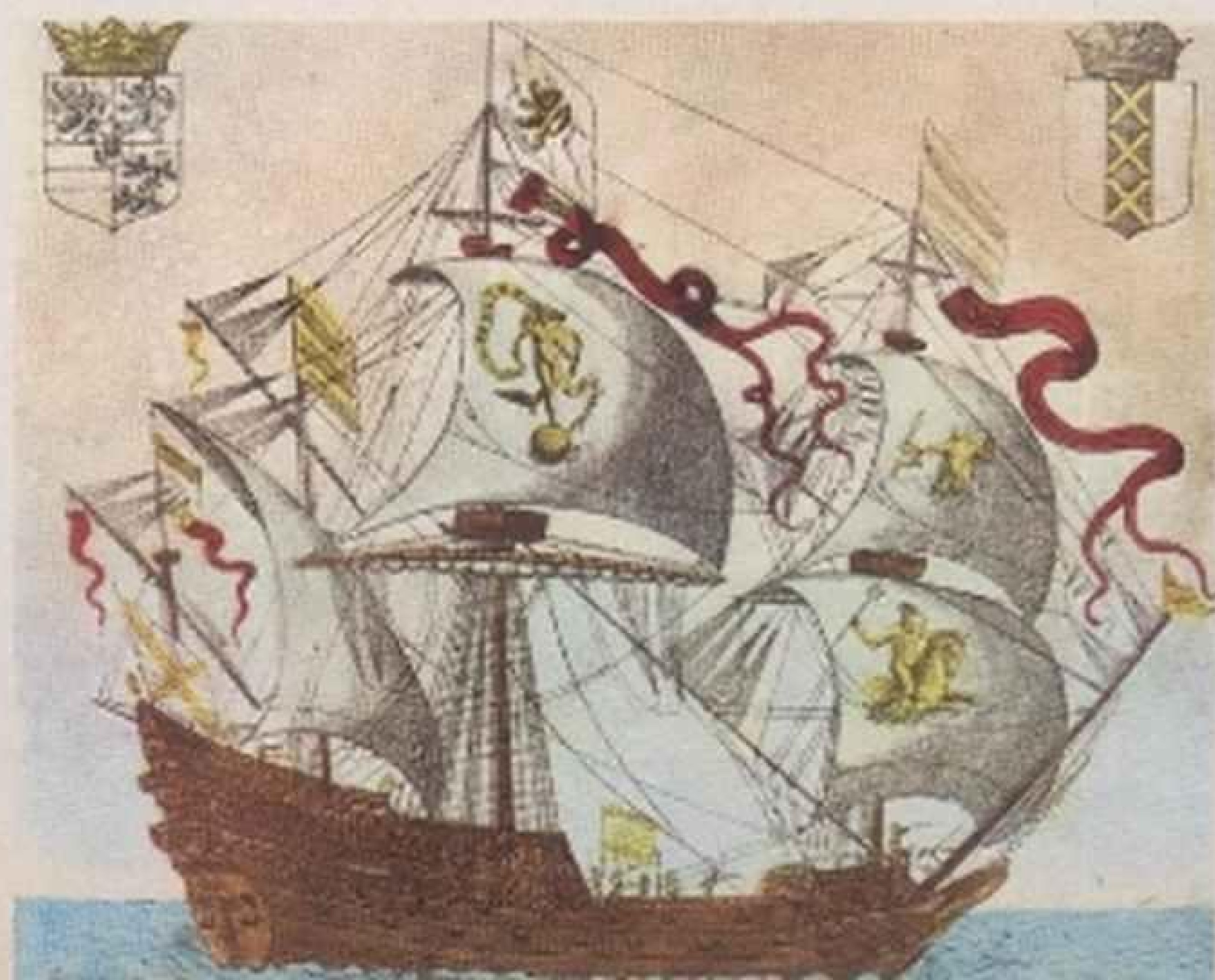
tudiara si podía encontrarse una solución compatible con su seguridad que no implicara la muerte de María. Ambas Cámaras contestaron que no, que no había ninguna.

María Estuardo fue decapitada en su prisión del castillo de Fotheringhay, en febrero de 1587. Había estado en cautiverio cerca de veinte años, casi la mitad de su vida, pero ni aun con tan larga reclusión había perdido el gusto de embellecerse. Después de ajusticiada, quiso el verdugo levantar su cabeza, quedándole sólo entre los dedos una cabellera postiza. La bella María Estuardo de los dramas y novelas, que todavía despierta románticos amores en los lectores de su historia, era calva, secreto que había guardado con femenil coquetería.

La muerte de María Estuardo acabó de decidir a Felipe II para invadir a Inglaterra. Hacía ya cuatro años que Isabel había despachado al último embajador español, Mendoza, por su abierta intervención en un complot católico. De hecho, Inglaterra y España se hacían la guerra desde entonces, pero ni Felipe II ni Isabel habían justificado las hostilidades con una declaración formal. Felipe II no se decidía a declarar la guerra porque temía que hasta su victoria, si la con-

El almirante Howard (Carlos de Effingham Howard, conde de Nottingham), por D. Mytens (National Maritime Museum, Londres). Howard fue el jefe de la armada inglesa que se opuso a la "Invencible" enviada por Felipe II contra Inglaterra.

seguía, aprovecharía más a Francia que a España. Si María Estuardo conseguía la libertad, acaso olvidaría los servicios de Felipe II y resurgiría su simpatía hacia Francia. Isabel tampoco veía ventaja en declarar la guerra a España mientras pudiera aprovecharse de la libertad que tenían sus naves para piratear por los mares. Sus buenos amigos Hawkins y Drake le llevaban un botín espléndido de los buques españoles apresados que venían de las Indias. Isabel les visitaba a su llegada a Plymouth, y allí, en el mismo barco pirata, les condecoraba por los "servicios" prestados a Inglaterra. Aquellos mismos corsarios,



Galeón del siglo XVI, según grabado de la época (Biblioteca Nacional, París).

Panorámica parcial de la rada de Plymouth. Esta ciudad está íntimamente vinculada a la historia marinera de Inglaterra. En efecto, de ella partían los corsarios que atacaban a la flota española de Indias; a ella regresó Drake después de su vuelta al mundo y al norte de la misma empezaron los ingleses sus ataques contra la "Invencible".





Astrolabio náutico de 1588 (National Maritime Museum, Londres).

Hawkins, Drake, Raleigh, no sólo desembarcaban en América para piratear, sino que incluso fundaban colonias en el Nuevo Mundo. El primer establecimiento inglés en América lleva todavía el nombre de Virginia, que se le impuso en honor de Isabel. Felipe II tenía, pues, que acabar con aquella competencia que le hacía la *Reina Virgen*.

Por esto al morir María Estuardo, y precisamente después de haber abdicado sus derechos en favor de Felipe II, la demora en atacar a Inglaterra hubiera traído emparejada ruina y deshonra. Entonces, y sólo entonces, Felipe II dio órdenes de aparejar la *Gran Armada*. Por desgracia, ya era demasiado tarde; los ingleses, haciendo de corsarios, habían aprendido a navegar. Ya no era aquel pueblo de tenderos que Felipe II había conocido como príncipe consorte.

Varios detalles de este apasionante episodio han sido, por lo general, mal interpretados. Se creía que Felipe II tenía razón al decir que la *Gran Armada* era, en realidad, *Invencible*, y que sólo Dios, y no los hombres, pudieron destruirla. La palabra Dios aquí se emplea por *elementos;* es un término de náutica que todavía se usa en los documentos de seguros y consignaciones marítimas inglesas. *Acts of God*, actos de Dios, quiere decir tempestades, ciclones y terremotos. Pero la derrota de la *Gran Armada* no se consumó por actos de Dios, sino por causas

puramente humanas. Los buques españoles eran de tipo mediterráneo y galeones o pinazas inmejorables para la travesía del Atlántico, pero inferiores a los buques ingleses, construidos para el corso, ligeros y de poca altura. Cuando un galeón español, de puente altísimo, se balanceaba sobre las olas, los cañones disparaban sus balas a las nubes o las lanzaban al mar. Además, los ingleses peleaban en sus propios mares y precisamente para la defensa de su patria, mientras que los españoles llegaban hasta allí movidos por una política de reacción católica que empezaba a enfriarse. Se repitieron las dos circunstancias que dieron la victoria a los griegos en Salamina: un tipo más moderno de embarcación y mejor conocimiento de las costas y las corrientes.

Es también inexacto que la *Armada Invencible* estuviera mandada por una persona incapaz y que el almirante improvisado, duque de Medinasidonia, fuese el único culpable del desastre. En los buques españoles iban los marinos más excelentes de aquel tiempo, sobre todo vascos, entrenados en la carrera de las Indias. Será suficiente citar los nombres de los capitanes a las órdenes de Medinasidonia: Juan de Recalde, Alonso de Leyva, Miguel de Oquendo, Martín de Bertendona, etc. Además, Medinasidonia no organizó la armada. Quien organizó la armada, y quien es responsable del tipo de buques que la componían, fue Santa Cruz, que todos están de acuerdo en reconocer como un gran almirante. Los buques sumaban 130, de ellos 80 de más de 300 toneladas; los demás no eran barcos de combate, sino de impedimenta. En conjunto, las 130 embarcaciones de la *Gran Armada* desplazaban 47.868 toneladas, lo que dará idea de cómo han cambiado los tiempos. Además, en la *Gran Armada* iban 8.000 marineros, y hasta 19.000 soldados, mientras que en la marina inglesa todos eran marinos y soldados a la vez... Igual también que en Salamina.

Por fin, el gran rey –Jerjes o Felipe II– había dado, sin moverse de tierra, órdenes concretas. El objetivo de la *Gran Armada* era Flandes y embarcar los tercios de Flandes. Los incidentes del desastre casi no vale la pena de recordarlos. La *Armada Invencible* llegó sin dificultad a la altura de Plymouth. Los ingleses no presentaron una li-

La "Armada Invencible" sale del puerto de Lisboa con dirección al Norte (Museo Marítimo, Barcelona).



nea de batalla; durante cuatro días estuvieron hostigando desde sus puertos con escaramuzas, en las que empezó a flaquear la acometida española. Los buques rezagados, los que habían sufrido quebrantos en combates parciales, los que, por un golpe de mar, quedaban imposibilitados de seguir peleando, eran apresados. Como los ingleses conocían los vientos del canal, enviaban contra la apiñada armada buques ardiendo, inmensas hogueras flotantes cuyas llamas prendían en el velamen de las naves enemigas. Los *actos de Dios* vinieron después: sólo para acabar con los pocos que pudieron salir del canal y entrar en el mar del Norte envió Dios tempestades y ciclones.

La destrucción de la *Armada Invencible* es la primera afirmación del poder británico; puede decirse que la empresa que comenzó en Plymouth acabó dos siglos después en Trafalgar.

El reinado largo y afortunado de Isabel no sólo produjo prosperidad y riqueza; dio a Inglaterra tiempo de reconocer sus posibilidades. Conciencia de su fuerza, derivada de su situación insular, que se tradujo en maravillosa literatura. El primer gran poeta inglés, Edmund Spenser, glorificó a Isabel con un extenso poema, *The Faerie Queene*, la Reina Hada. ¡Poco tenía de hada y de virgen la virago inglesa! Pero los súbditos la adoraban hasta reconocer en ella cualidades femeninas de las que carecía.

En esta época apareció el genio más extraordinario no sólo de la literatura inglesa, sino de toda la humanidad. Es Shakespeare. No creemos exagerar diciendo que si nos dieran a escoger un solo escritor de todas las literaturas antiguas y modernas no titubearíamos en preferir al misterioso, único, profundo gran inglés. No sabemos casi nada de su vida. Hasta se ha dudado de su existencia y se supone que las obras que se atribuyen a un Shakespeare, autor de teatro, son de lord Essex, amigo de Isabel, o de Francis Bacon, filósofo, colaborador de la propia

Representación actual de la obra de Shakespeare "El rey Lear".



William Shakespeare (National Portrait Gallery, Londres), el genio más extraordinario de la literatura inglesa, que vivió en los años del reinado de Isabel I.

reina. La causa de esta vacilación es que, con el mismo nombre que el autor de las piezas de teatro, se publicaron libros de poesía que revelan un temperamento refinado, sutil, que parece incompatible con el carácter trágico, violento, del autor de *Hamlet*, *Macbeth*, *Romeo y Julieta* y de otra docena de grandes obras teatrales. No se concibe tal profusión y ubicuidad de talento en una sola persona. Pasan los años, se publican estudios sobre Shakespeare y cada día conocemos menos de aquel gran astro del ingenio humano que vivió escondido en los años de la *Reina Virgen*.





Anverso y reverso de una medalla inglesa que conmemora la destrucción de la "Armada Invencible".

BIBLIOGRAFIA

Abbot, H.	*The Expansion of Europe*, Londres, 1929.
Allen, J. W.	*English Political Thought, 1603-1660*, Londres, 1908.
Black, J. B.	*The reign of the Queen Elizabeth*, Londres, 1936.
Brinton, C.	*Las ideas y los hombres. Historia del pensamiento de Occidente*, Madrid, 1952. —*Anatomía de la revolución*, Madrid, 1958.
Clark, G. N.	*The Seventeenth Century*, Londres, 1929.
Davies, G.	*The Early Stuarts, 1603-1660*, Oxford-Londres, 1945 (3.ª ed.), en "Oxford History of England".
Evan, J.	*King Charles I*, Londres, 1933.
Gardiner, S. R.	*A History of England. 1603-1642*, Londres, 1883-1885.
Giner, S.	*Historia del pensamiento social*, Barcelona, 1968.
Hauser, J.	*La prépondérance espagnole. 1599-1660*, en "Peuples et Civilisations", vol. IX, París, 1946.
Jutglar, A.	*Historia Moderna. De la Modernidad a la crisis del Antiguo Régimen*, vol. V de "Enciclopedia Temática CIESA", Barcelona, 1968.
Laski, H.-J.	*El liberalismo europeo*, México, 1952 (2.ª ed.).
Pollard, E. H.	*The history of England from the accesion of Edward VI to the death of Elizabeth*, Londres, 1936.
Vicens Vives, J.	*Historia general moderna*, vol. VII de la "Historia general de la Humanidad", Barcelona, 1951.
Willey, B.	*The Seventeenth Century Background*, Londres, 1934.



La armada española sostenía una lucha enconada en todos los frentes. Junto a operaciones de gran envergadura, como el hecho de la "Invencible", estaba sometida a un continuo combate contra piratas turcos y berberiscos.



Ejecución de Carlos I, por Gonzales Cokes (Museo de Amiens). Cuando, perdido su ejército, el rey de Inglaterra se refugió en Escocia y fue entregado por ésta al Parlamento, quizás hubiese podido salvarse aún, pero no se dignó defenderse, pues estaba convencido de que su juicio y sentencia dependían del cielo.

La Revolución inglesa

A la muerte de Isabel, el heredero legítimo, indiscutible, del trono de Inglaterra era Jacobo, el hijo de María Estuardo y de Darnley. Sus derechos derivaban de haberse casado el rey de Escocia, abuelo de María Estuardo, con una princesa inglesa. Con Jacobo I se unieron definitivamente las coronas. Desde entonces, como decía Isabel, ya no habría una Inglaterra y una Escocia, sino una Gran Bretaña. La vida de Jacobo I había empezado con la tragedia de su padre: el asesinato de Darnley coincidió con el bautizo de su hijo. Rey de Escocia desde su infancia, por la abdicación y cautividad de su madre, Jacobo había visto, de los cuatro regentes que administraron el país durante su menor edad, morir dos asesinados y otro en el patíbulo. Las ideas del Humanismo y del Renacimiento acerca del asesinato por razón de Estado, así como del regicidio en pro del bien común, empezaban a ponerse en práctica con una naturalidad alarmante.

Al llegar Jacobo I a Londres, en 1603, su problema primero y más urgente fue el de restablecer la paz con España. De hecho, España e Inglaterra continuaban en estado de guerra desde los días de la Armada. Jacobo I encontró la fórmula para acabar las hostilidades: dijo que él, como rey de Escocia, no estaba en guerra con España, y como no se podía separar al rey de Escocia del rey de Inglaterra (porque eran una misma persona), tampoco el rey de Inglaterra estaba en guerra con España. Esto parecía confirmar el juicio que Enrique IV de Francia había emitido acerca de Jacobo I cuando dijo de él que era "el tonto más ingenioso de la cristiandad".

La paz con España debía sellarse con un matrimonio real. Jacobo tenía para casar al príncipe heredero, y desde 1604 los ministros y embajadores ingleses estuvieron concertando su boda con una infanta. El negocio no era fácil, pues si bien Felipe III dotaba



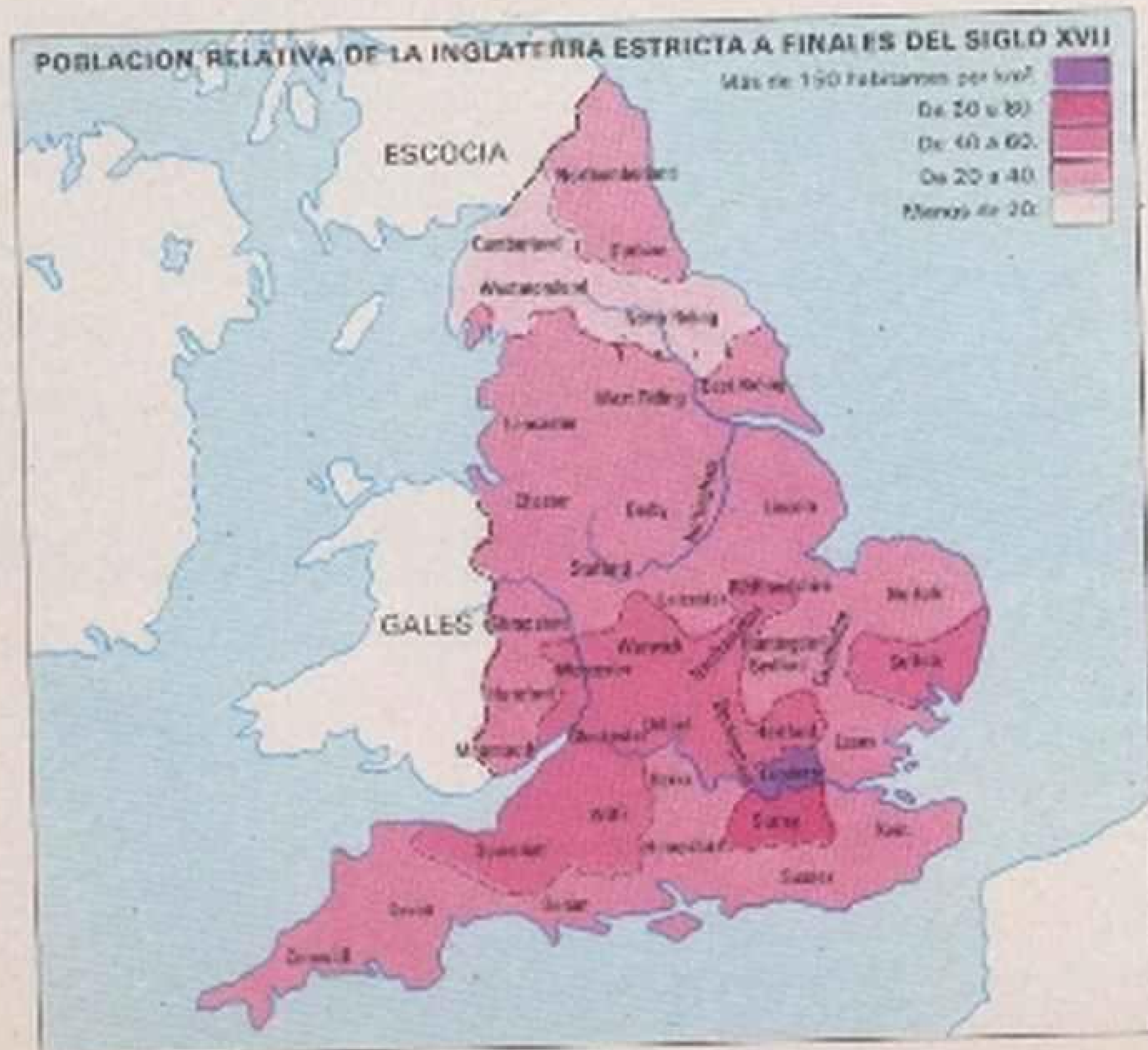
Jacobo I de Inglaterra, según cuadro atribuido a Pablo van Somer (Museo del Prado, Madrid). A la muerte de Isabel I, la corona de Inglaterra recayó en Jacobo, el hijo de María Estuardo. Su principal objetivo en política exterior consistió en llegar a la paz con España, a ser posible mediante una alianza matrimonial.

a su hija con 600.000 libras, que casi hubieran enjugado el déficit inglés, en cambio España, o mejor dicho, Roma, imponía unas condiciones que Jacobo y su hijo no se sentían con ánimo suficiente para aceptar. En el fondo, Roma trataba de obtener la libertad de cultos para los católicos ingleses, y además, que los hijos de los príncipes fuesen educados por su madre, española y católica: que fueran de su misma religión.

Para llegar a un acuerdo, obteniendo, a cambio de estas concesiones religiosas, ventajas políticas, el príncipe de Gales, que después fue Carlos I, con su amigo y favorito Buckingham, fueron a Madrid en 1623. Eran los dos más apuestos mozos del mundo entero, pero no consiguieron vencer a los curiales españoles; éstos escamotearon de los capítulos matrimoniales los artículos referentes a las ventajas políticas que pedían los ingleses, a cambio de la libertad de cultos y otras concesiones que exigían los católicos en materia de religión. Al descubrir el error u omisión, Carlos y Buckingham, indignados, regresaron a Inglaterra. Al fin se había desistido del matrimonio con la infanta española, y dos años después, en 1625, Carlos casaba con una hermana de Luis XIII de Francia. Este enlace traería por lo menos la paz con los franceses, puesto que Jacobo y su hijo Carlos habían heredado también de Isabel su política de ayudar a los hugonotes.

Combinando matrimonios durante veinte años, padre e hijo acabaron, sin embargo, con los peligros de la invasión española y del ataque concertado de Francia y España, que hubiera ahogado a la Gran Bretaña antes de nacer. Esta seguridad exterior que obtuvieron Jacobo I y, sobre todo, su hijo Carlos, permitió que Inglaterra fuese la primera en librar la gran batalla para conseguir las libertades políticas de la democracia que hoy, en mayor o menor grado, todavía disfrutamos.

Se dio primero en Inglaterra; después, con pocas diferencias de detalle, se reprodujo en América y en Francia. Parece como si fuera necesario repetir el experimento en el laboratorio del mundo para que la humanidad acepte definitivamente un cambio razonable.



Vamos a ver en qué consistía la idea revolucionaria en el siglo XVII y en Inglaterra. El concepto de la casi divinidad de la augusta persona imperial o real había llegado como una herencia de Oriente hasta el Imperio romano. El rey lo era por elección divina, o por haber heredado la corona de otro que la había recibido directamente de Dios. La Iglesia aceptó esta idea, ratificando la elección del Todopoderoso. En su nombre ungía o coronaba a los monarcas que se lo permitían. El derecho divino a la corona se transmitía de padres a hijos, y las usurpaciones trataban de justificarse con algún enlace o abdicación. En el caso de un rey inepto, la Iglesia podía aceptar el regicidio. Es rey sólo el que gobierna justamente, y si no lo hace así ya no es rey, decía san Isidoro de Sevilla.

No se concebía, teológicamente, que el rey compartiera su soberanía con otras potestades o autoridades de linaje no divino.

Al final de la Edad Media los nobles y las potestades eclesiásticas, sin discutir este derecho divino de la realeza, fueron obteniendo concesiones de privilegios que en definitiva eran limitaciones del poder real. Pero en los siglos XVII y XVIII apareció una nueva doctrina, de cuyo tremendo radicalismo no nos damos cuenta porque estamos ya familiarizados con ella: es la de la soberanía del pueblo por encima (y hasta con exclusión) del rey. La nación se posee a sí misma, sin limitaciones; el derecho a regir el Estado puede el pueblo delegarlo en un príncipe o en una casta, pero uno y otra deberán dar cuenta de sus actos y, bajo ningún concepto,

Conferencia de Somerset House, en Londres, para establecer la paz entre Jacobo I de Inglaterra y Felipe III de España y los archiduques Alberto e Isabel Clara Eugenia, soberanos de los Países Bajos. Los dos personajes representados en la parte superior izquierda del cuadro son el ministro extraordinario y embajador plenipotenciario español Juan Fernández de Velasco, comendador de Castilla y duque de Frías, y el embajador español Juan de Tassis, conde de Villamediana. El segundo de la parte superior derecha es Carlos de Effingham Howard, conde de Nottingham.





Juego de cañas celebrado en la Plaza Mayor de Madrid en honor del príncipe Carlos de Inglaterra y su favorito Buckingham (col. particular, Madrid). El intento de establecer una alianza con España mediante el casamiento de una infanta con el heredero de Inglaterra terminó en un rotundo fracaso. La diferencia de religión fue un obstáculo completamente insalvable para la corte española.

pueden extralimitarse de las instrucciones que reciben periódicamente del Parlamento.

Esta idea es consecuencia de la Reforma. Si un remendón, según Lutero, puede interpretar las Escrituras gracias a una luz enviada por Dios, si no se requiere ningún intermediario entre Dios y el alma para la revelación, igualmente, mayormente, podrá el remendón opinar en asuntos de política. Así como, según san Pablo, la Iglesia es un cuerpo en el que todos sus miembros son necesarios, así la nación formará otro cuerpo en el que cada ciudadano tiene su función que cumplir y debe participar por necesidad en su gobierno. En esto todo el mundo estará conforme, pero los aristócratas y realistas añadirán que cada ciudadano, según su nacimiento y sus capacidades, debe tener diversos grados de participación. El rey necesita del remendón para remendar sus zapatos, pero se necesita de un rey para gobernar la tierra, la ciudad y hasta la casa del remendón.

Hay que convenir, sin embargo, que cuando el remendón se ha acostumbrado a la idea de que él recibe directamente de Dios revelaciones acerca de las cosas divinas, le será mucho más difícil acostumbrarse a la idea de que tiene que aceptar sin discusión una autoridad terrenal para las cosas mundanales. Además, la lectura de la Biblia no era favorable al desarrollo de un espíritu de disciplina monárquica. Los puritanos ingleses leían, en los libros de los reyes de Israel, ejemplos de escándalo y perversión que les animaban a ser republicanos. Es verdad que los últimos profetas ensalzaron el gobierno monárquico, pero en los primeros siglos del protestantismo los libros de los profetas no se leían con el entusiasmo con que se leen hoy. Actualmente, lo poco que queda de sincero y ferviente en el protestantismo es de tipo profético; se espera con ansia la inminente segunda venida de Cristo. Lo que leían los puritanos en el siglo XVII eran los Salmos y los libros históricos de la Biblia, que eran de tenor republicano. De las profecías (que eran más bien monárquicas) no comprendían gran cosa. Sin vacilar, el Dios del Sinaí y de los Jueces de Israel era resueltamente republicano. ¡Qué tremenda maldición les envía, por boca de Samuel, a los judíos cuando le piden un rey! "Será como la zarza del camino, llena de espinas; os robará vuestras hijas para prostituirlas, vuestros hijos serán sus esclavos."

Enfrente de este espíritu puritano y republicano, resultado del protestantismo, había otro realista, casi tan respetable, resultado del humanismo. Si el genio tiene el deber de intensificar su personalidad para con ella



Carlos I, por H. Pot (Museo del Louvre, Paris).

servir al bien común, ¿dónde mejor que entre la realeza se encontrará el material para formar el verdadero principe? Claro que un principe como el deseado por Maquiavelo puede originarse de una familia humilde y ensalzarse por sus méritos: valor y generosidad..., ¿pero no es más natural que el verdadero príncipe haya nacido de una familia de principes, tenga conciencia de la propia superioridad, esté acostumbrado a la abundancia y desee superar en grandeza a sus ilustres progenitores?

Esta idea, acaso inconscientemente, llevó al absolutismo de los Estuardos y los Borbones. El rey sentía el deber de mostrarse déspota. Para gobernar dependia de un valido, privado o favorito. Ambos, el rey y el privado, decidian en un cubiculo, sin testigos, la marcha de la politica: después el valido, ministro o favorito, con ayuda de secretarios hábiles movia todo el engranaje del Estado. Y si el rey era un monarca inteligente, como Luis XIII, y el privado un espiritu noble, como Richelieu o Colbert, casi no se hubiese podido formular objeción alguna contra

GENEALOGIAS DE LAS DINASTIAS TUDOR Y ESTUARDO

DINASTIA TUDOR

ENRIQUE VII (1485-1509)

DINASTIA ESTUARDO

ENRIQUE VIII (1509-1547)

JACOBO IV — MARGARITA — ARCHIBALDO DOUGLAS

EDUARDO VI (1547-1553)

MARIA I (1553-1558)

ISABEL I (1558-1603)

JACOBO V

MARGARITA

MARIA

ENRIQUE DARNLEY

JACOBO I (VI de Escocia) (1603-1625)

CARLOS I (1625-1649)

CARLOS II (1660-1685)

JACOBO II (1685-1688)

GUILLERMO III (1689-1702) — MARIA II (1689-1694)

ANA (1702-1714)

DESARROLLO CAPITALISTA E IMPULSO BURGUES EN LA FENOMENOLOGIA REVOLUCIONARIA DE INGLATERRA

La dinámica del desarrollo mercantil y financiero del conjunto inglés (con unas minorías decididamente lanzadas a una ambiciosa expansión marítima y colonial, a partir de la época de la gran reina Isabel I) condicionó evidentemente el crecimiento y la maduración de un grupo social burgués, con mentalidad y objetivos nuevos, acordes con los horizontes que iba continuamente abriendo el progreso del primer capitalismo en todo el ámbito de Europa occidental. El desarrollo capitalista, efectivamente –y de forma lógica e inevitable–, debía impulsar un proceso de maduración social y el auge de una toma de conciencia que culminaría en el segundo tercio del siglo XVII con el movimiento que iba a conducir a la primera revolución inglesa, definida precisamente por un intento de superar los obstáculos que la monarquía absoluta presentaba a un complejo núcleo de actividades socioeconómicas y culturales.

Como es sabido, el desencadenamiento de la oleada revolucionaria en Inglaterra estuvo precedido por una compleja serie de fenómenos, que giraron en torno a la problemática de los límites del poder monárquico, desde el acceso al trono de Jacobo I hasta el desencadenamiento de la guerra civil y la revolución. Y hubo guerra civil y revolución porque en los forcejeos anteriores se comprobó que era imposible un acuerdo pacífico entre dos posiciones diametralmente opuestas. Por ello, entre 1642 y 1660 asistimos al desarrollo de una fenomenología revolucionaria, a lo largo de la cual se acabará derrotando –en el campo de batalla– a los partidarios de la causa realista, a los partidarios del absolutismo monárquico. En la lucha se distinguieron varias facciones o tendencias, pero solamente un grupo social –la burguesía– saldría finalmente beneficiado del conflicto. Aunque para ello tuvieron que pasar por el trance de una nueva restauración monárquica y la realización de una segunda revolución –la "gloriosa" de 1688– que acabaría de redondear unos objetivos inseparables de las nuevas necesidades y los nuevos horizontes abiertos por el desarrollo capitalista en el núcleo de burgueses de Inglaterra.

Vale la pena detenerse en el análisis de algunos hechos que pueden ayudar a situar el planteamiento que estamos apuntando. En 1641, por ejemplo, el antagonismo a los Estuardos es fundamentalmente una aversión, una rotunda y clara oposición al funcionamiento de todo tipo de formas de control; de un tipo de control que afectaba a los planos religiosos, económicos, corporativos, etc., creando un evidente malestar entre los súbditos de la corona. En resumidas cuentas, los hombres que hicieron la revolución de 1653 trataban de hallar los medios de limitar las funciones de la autoridad, de modo que tal limitación otorgara seguridad a sus bienes particulares y a sus personas. Desencadenado el movimiento en pro de dichos objetivos –típicamente insertos en la línea de un decidido desarrollo capitalista que, a su vez, acompañaba a un fuerte impulso burgués, según ha quedado apuntado anteriormente–, era difícil establecer el límite o freno del movimiento revolucionario. Por todo ello, la misma guerra civil y la misma trayectoria de la primera revolución debían conducir a la Restauración y, asimismo, a una nueva y relativa acción revolucionaria. En este sentido han señalado atinadamente autores como Laski que no es excesivo afirmar que la Restauración fue una combinación de propietarios de todos tipos que, sensibilizados ante el problema de poner coto a un desbordamiento social, pensaron en aliarse para establecer un sistema que muy pronto hizo comprender, por ejemplo, a Carlos II, que, fuere lo que fuere lo restaurado, el nuevo sistema político no significaba en absoluto el retorno al viejo orden de cosas anterior.

En realidad, se encontraban ante una Inglaterra nueva que se apoyaba en los postulados de Hobbes, de Harrington, de Petty y de la Real Sociedad, una Inglaterra que no dudaba de la "ley natural" de Harrington, conforme a la cual a la fuerza económica sigue el poder político, al propio tiempo que a dicho postulado iba a seguir otro que confirmaría cada vez más que no es posible hablar verdaderamente de ley civil sin que dicha libertad comprenda la religiosa. Resumiendo, es posible afirmar con Brinton que el movimiento revolucionario inglés del siglo XVII, "a pesar de todas sus complejidades", representó una transformación esencial en el sentido, por ejemplo, de que "el Gobierno inglés de 1660 estaba mucho mejor engranado a las necesidades... que la Inglaterra del año 1620, con honorarios de caballeros, dinero abundante, benevolencias, Cámara Estrellada, tribunal de Alta Junta y los demás mecanismos del poco maduro despotismo de los Estuardos. El Parlamento, después de 1660, fue más dueño de Inglaterra que lo habían sido los primeros Estuardos".

Concretando, la dinámica general de la economía y la sociedad inglesas del siglo XVII hizo necesaria la realización de dos revoluciones. La primera tuvo su gran protagonista en la figura de Cromwell y puede calificarse como la auténtica revolución triunfante. Fundada sobre múltiples agravios y reivindicaciones tuvo como preocupación básica establecer un Estado inglés verdaderamente apto para los fines de los propietarios y especialmente de los propietarios burgueses. La que debería haber sido la segunda, en realidad fracasó porque, siendo más clara en los males que pretendía atacar, no supo definir los remedios que pretendía prescribir. Esta segunda intentona debía conducir a la Restauración y, con ella, a la consolidación de los objetivos de los más moderados y a la acción posterior, conocida, asimismo, como segunda revolución, o "gloriosa" revolución de 1688, que acabó redondeando los objetivos del denominado movimiento parlamentario.

En definitiva, de forma más o menos trabajosa –y paralelamente a intentos de amplitud parecida en otros frentes de Europa, tal como ocurrió en Holanda, aunque con un resultado final distinto– el mundo capitalista y burgués británico supo poner en marcha un mecanismo de transformación social y política de la plataforma general de Inglaterra, que a partir de 1688 pondría las bases, estables y maduras, para la puesta en marcha de un complejo proceso de innovaciones técnicas y económicas, que otorgarían a la isla un siglo de ventaja sobre el continente en el terreno de las innovaciones industriales, de modo que, tal como muy bien ha señalado P. Mantoux, Inglaterra pudo iniciar a partir de 1700 su revolución industrial, cuando en el continente tardaría algún tiempo en iniciarse y sería necesario esperar aún al formidable *crack* político de la revolución burguesa de Francia en 1789.

A. J.

este sistema, que tenía la ventaja de hacer recaer todas las faltas y errores sobre el privado, mientras que el rey recogía sólo los laureles y triunfos. El personaje odioso era el favorito; él era quien exigía los nuevos impuestos; el rey sólo hacía que gastarlos, y de su mano pródiga caían sólo beneficios.

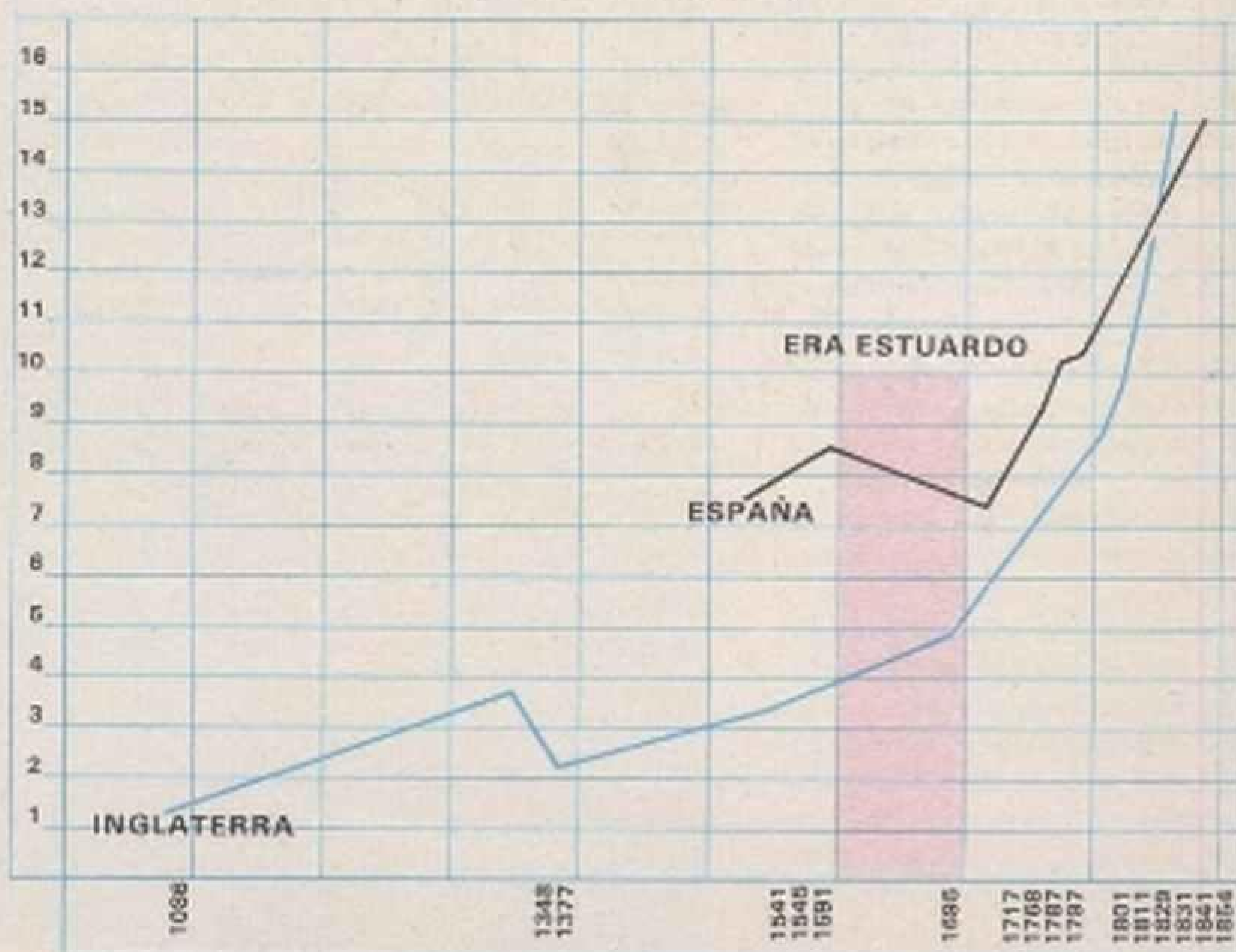
El primer privado de Carlos I de Inglaterra fue aquel mismo Buckingham que ya hemos encontrado en Madrid como camarada de Carlos. Viajando de incógnito, Carlos y Buckingham llegaron una noche a la embajada de Madrid; el primer sorprendido de su llegada fue el conde de Bristol, que no sabía nada de la aventura. Buckingham gustaba de estas empresas arriesgadas, que hacen

*George Villiers,
primer duque de Buckingham,
en la época de su viaje a España
(National Maritime Museum, Londres).
Villiers empezó su carrera
sirviendo a Jacobo I,
que le hizo duque en 1623;
apoyado después en la amistad personal
que le unía a Carlos I,
gobernó con la oposición del Parlamento.
Murió asesinado en 1628,
cuando iba a embarcarse en una expedición
destinada a socorrer
a los hugonotes de La Rochela.*



amable a un individuo cuando no expone más que su vida, pero que son peligrosísimas en negocios de Estado. Buckingham comprometió a su amo y amigo Carlos I en una política exterior descabellada de guerra contra España y Francia. Fue asesinado cuando se preparaba a embarcarse en el puerto de Portsmouth en otra expedición para ayudar a los hugonotes, dejando a su rey una deuda cinco veces mayor que la que dejó Isabel a Jacobo I.

Era costumbre inmemorial de la realeza, sobre todo en Inglaterra, obtener los recursos por medio de un Parlamento. Era lo único que se pedía a esta asamblea de representantes de la nobleza, del clero y de las ciudades. Se convocaba al Parlamento con gran irregularidad y casi exclusivamente para lograr sin violencia el cobro de los impuestos. Los Parlamentos aprovechaban esta ocasión para entregar al rey un memorial proponiendo reformas, que leía después el monarca o su privado, pero sin que la voluntad del Parlamento tuviera carácter imperativo. Sin embargo, esta pequeña limitación del poder real por el Parlamento era suficiente para hacer dudar de la legitimidad de los demás privilegios reales. ¿El rey podía hacer



1. Entre 1348 y 1377, la caída demográfica es debida a la peste negra, que afectó igualmente al resto de Europa.

2. La cifra de población de 1348 no es igualada hasta finales del siglo XVI (era isabelina).

3. Durante el siglo XVII se registra una aceleración del ritmo de crecimiento, en desacuerdo con la evolución española, de signo contrario.

4. Durante el siglo XVIII, el ritmo español es paralelo al inglés.

5. En la época de la revolución industrial, la población inglesa supera definitivamente a la española, no sólo por su ritmo de crecimiento, sino en su volumen total.

DOS TEORICOS DE LA POLITICA INGLESA DEL SIGLO XVII

HOBBES, TEORICO DEL ABSOLUTISMO O DE LA DICTADURA UTIL

ETAPAS DE LA HUMANIDAD

ESTADO NATURAL

Los hombres viven en la anarquía: no existe justicia, ni propiedad, ni sociabilidad: reina el derecho del más fuerte, porque estas hordas humanas sólo tienen instinto de conservación.

SOCIEDAD CIVIL

El instinto de conservación obliga a los individuos a buscar la paz y el bienestar; como esto no es posible en la anarquía, firman entre ellos un contrato por el cual se dan un soberano al que transfieren sus derechos.

ESTADO

Es la suma de todos los derechos de los individuos que lo forman y que han renunciado a ellos para ser protegidos. El estado debe garantizar esa protección. Su poder es absoluto, sin límites: abarca todo lo humano e incluso la Iglesia le está sometida. La obediencia que exige es total.

REY O DICTADOR

Encarna el estado. Su interés y el de su pueblo coinciden.

OBJETIVOS

Exito, orden, paz, prosperidad.

Hobbes introduce dentro del poder absoluto las necesidades de la burguesía naciente: un poder fuerte que proteja y garantice el orden, la estabilidad, la paz.

HOBBES: Teorías expuestas en su obra "Leviathan", cuya primera edición es de 1651.

LOCKE, TEORICO DE LA REVOLUCION DE 1688

ESTADO DE NATURA

Es un estado pacífico y bueno. Existen derechos naturales: el derecho de propiedad y la libertad.

SOCIEDAD CIVIL

Para garantizar la propiedad y la libertad, para aumentar el bienestar, los individuos se asocian.

DERECHOS HUMANOS

Los hombres tienen derechos que el estado ha de respetar.

DERECHOS DE REBELION

PODER LEGISLATIVO

Es el poder esencial; va conformando la sociedad.

ASAMBLEA

PODER EJECUTIVO

Decide en casos no fijados por la ley.

REY

PODER JUDICIAL

Persigue a los individuos disconformes.

JUECES

IGLESIA

Un aspecto de la libertad humana es la libertad de conciencia. La Iglesia depende del estado.

OBJETIVOS

Exito, orden, paz, bienestar.

LOCKE: "Tratado sobre el gobierno civil", cuya primera edición es de 1690

Locke teoriza los intereses de la burguesía enriquecida: el control del poder.

Con frecuencia se han contrapuesto dos figuras: Hobbes, teórico del estuardismo absolutista, y Locke, teórico de la revolución burguesa que acabaría con los Estuardos. Este breve esquema del pensamiento de ambos matiza la contraposición existente entre los dos. No hay ninguna mención al derecho divino de los reyes, al estilo de Jacobo I, ni a los deberes providenciales del soberano cristiano, al estilo de Bossuet. Simplemente el absolutismo = gobierno fuerte es útil. No es una casualidad que los Estuardos obligaran a Hobbes a desterrarse y que el dictador Cromwell lo acogiera benévolamente. Por el análisis utilitarista y pragmático del gobierno, por los objetivos a conseguir, Hobbes se aproxima a su compatriota Locke.

justicia, podía declarar la guerra, y no podía imponer contribuciones? Y todo por una tradición no justificada más que por la costumbre. Un pastor protestante, de nombre Mainwaring, comprendió lo absurdo de tal excepción y publicó un sermón diciendo que el rey tenía derecho a cobrar los impuestos que creyese conveniente. Todo el mundo se escandalizó, menos Carlos I, que le otorgó una pensión.

Los tres primeros Parlamentos de Carlos I, por su carácter díscolo y su resistencia a conceder los recursos que les pedía el monarca, fueron disueltos rápidamente. Dejaron en el rey y los que le rodeaban una impresión desagradable, pues advertían en ellos cierta tendencia a dar consejos sobre política exterior y a entremeterse en los asuntos de gobierno. Clarendon dice que todo el mal que le advino después a Carlos I fue el resultado de la violenta discusión de sus primeros Parlamentos. "Se separaron (el rey y sus Parlamentos) sin respeto ni caridad el uno para el otro, como personas que no deben ya encontrarse sino para atacarse o defenderse."

Los años que van desde el 1629 hasta el 1640 forman el período más largo de la historia de Inglaterra sin Parlamento. El rey procuró cubrir los gastos de su casa y los del Estado con los derechos de aduana y obligando a sus amigos y enemigos a hacerle dádivas. Acaso creía Carlos I que con esta inactividad política se apaciguaría el Estado y que un día más o menos lejano podría disponer de un Parlamento manejable, como los que convocaba en Francia su cuñado Luis XIII. Pero a menudo la falta de expansión, en lugar de calmar los ánimos, los exaspera y provoca todavía mayores excesos.

Algunos de los antiguos miembros del Parlamento continuaban reuniéndose en casas particulares para comentar los acontecimientos, y la imaginación, que debía permanecer inactiva en el terreno político, se explayaba en materias de religión. Se leía más y más el Antiguo Testamento, y de ello resultó que, sin nada práctico en que poder-

se ocupar, en estos once años sin Parlamento los protestantes ingleses se dieron cuenta de la enorme distancia que separaba a su Iglesia reformada de la Iglesia cristiana de las Escrituras.

La Iglesia anglicana, tal como quedó después de los cambios y paliativos de Isabel, tenía todos los defectos de la Iglesia romana sin el prestigio que a ésta le daba la tradición. Era sobre todo un órgano del Estado o, lo que es lo mismo, un instrumento del rey. Los clérigos anglicanos, casados, no parecían más piadosos que los católicos romanos, que permanecían célibes. Los obispos disfrutaban de pingües rentas y se valían de castigos inquisitoriales para imponer su disciplina. El inquisidor, juez sin apelación, era el arzobispo primado de Canterbury, cierto Laud, amigo de Carlos I. He aquí algunas de sus sentencias: en 1640 ordenó cortar las orejas a un sujeto porque había publicado un libro contra el episcopado protestante. Otro puritano, que protestó contra la liviandad del teatro (especialmente por permitirse a las mujeres salir a escena), fue también desorejado. Otro que perdió las orejas por orden del arzobispo fue un médico que compuso una parodia de la letanía con estas palabras: "De plagas, peste, hambre, obispos, clérigos y diáconos, *libera nos, Domine*".

El puritanismo iba a ser un protestantismo dentro del anglicanismo, y un diluvio de impresos cortos, piadosos y políticos, hacían el efecto de una campana tañendo a rebelión. La mayoría sólo tenían el interés de su fanatismo, y por la violencia del lenguaje merecían correctivo, pero entre ellos apare-



Carlos I de Inglaterra, por A. van Dyck (Museo del Louvre, París).



Ejecución de lord Strafford (grabado de la Biblioteca Nacional, París). Carlos I no pudo, a pesar de sus esfuerzos, salvar a su valido del afán vindicativo del Parlamento.

Fairfax, general del ejército parlamentario inglés organizado por Cromwell.



cian el *Lycidas*, de John Milton, uno de los pensadores más profundos de aquel tiempo. El rey, mientras tanto, proseguía su vida pacíficamente. Era un esposo modelo, adoraba a sus hijos, sentía pasión por construir edificios en el nuevo estilo clásico y sobre todo por coleccionar pinturas, pero no podía acusársele de pródigo ni caprichoso. Para gobernar el Estado se valía de lord Strafford, a quien había elevado desde una dorada medianía, y que tampoco era cruel ni perverso. Acaso ese estado de cosas hubiera continuado indefinidamente si no hubiese sido por

TRAYECTORIA DEL MOVIMIENTO BURGUES EN LA REVOLUCION INGLESA

Dibujando los precedentes, más o menos lejanos, que debían conducir a la profunda definición revolucionaria de la época de Cromwell, podemos comprobar cómo muy pronto en Inglaterra se plantó cara al intervencionismo estatal o monárquico, entendido como teoría y *praxis*, casi tan pronto como llegó a convertirse en un principio "normal" de política estatal. En este sentido se ha subrayado, como testimonio incuestionable de tales precedentes, que la expresión más notable de esta actitud antiintervencionista queda patentizada por las protestas de la Cámara de los Comunes en contra de los monopolios del reinado de Isabel I. Quizá sería exagerado decir que un nuevo espíritu económico y político, surgido de la Modernidad y la Reforma, engendraría un nuevo espíritu, centrado en torno al concepto de libertad. Sin embargo, los testimonios británicos nos permiten comprobar que los nuevos sectores socioeconómicos sólo apoyaron la política estatal intervencionista en lo que hiciera referencia al orden internacional y siempre y cuando estuviera en duda la paz y los supremos intereses de los negocios capitalistas.

Paralelamente, una vez que el Estado monárquico hubo aplastado a sus rivales internos (que, a la vez, eran rivales y obstáculos para el desarrollo burgués), su actitud, tendente a reglamentar la vida interior de la monarquía —especialmente en el ámbito económico—, fue rápidamente criticada como impedimento grave a la realización de los intereses individuales. También es necesario añadir en este sentido que la actitud crítica acreció y se fortaleció debido al hecho (nada menospreciable) de que se comprobaba más y más que la aptitud burocrático-administrativa del Estado no era la más eficaz y adecuada para la intervención socioeconómica que pretendía y que, en suma, no ayudaba al enriquecimiento, suficiente y satisfactorio, de aquellos que deseaban atesorar y amasar grandes fortunas de entre el mundo mercantil. Más concretamente aún: se comprobaba la existencia —en el seno de un sistema privilegiado no muy distinto del imperante en la época en toda Europa— de un fenómeno de favoritismo que tendía a beneficiar mayormente a los aristócratas cortesanos a expensas del comerciante y el capitalista. En este sentido, las críticas serían muy explícitas y así la Cámara de los Comunes recordaría al rey Jacobo que "todos los súbditos libres nacen inherentemente para el libre ejercicio de su industria".

En resumidas cuentas, en el proceso definidor de la trayectoria revolucionaria inglesa quedaban claras unas líneas, y con ellas la configuración de unos objetivos y unas exigencias nuevas: la nueva economía capitalista de proteccionismo nacional era sólo un paso en la ruta conducente hacia una economía de signo fuertemente individualista. Los nuevos capitalistas pasaron muy pronto (coincidiendo con los intereses de otros grupos) a reivindicar la formación de un Estado que pudiera ser directamente modelado para la consecución de sus propios fines, de modo que cuanto más completo sea el orden interior conseguido, tanta más seguridad irían adquiriendo de que el camino que debían proseguir era el de la conquista de los mecanismos (el dominio de los resortes) que garantizaban dicho orden. De esta forma, podrían establecer normas para la mejor adquisición de riqueza (de una riqueza de la que ellos son los principales artífices y beneficiarios) y asimismo podrían tener en sus manos el control de los asuntos financieros. Paralelamente, les sería fácil limitar los privilegios de una aristocracia de terratenientes, que tendía a asegurarse un monopolio de los puestos clave de la política y la Administración.

Se había ido produciendo, pues, de forma casi insensible e impalpable, un trascendental proceso de toma de conciencia más o menos burguesa, del que se deducía que el Estado monárquico absolutista impedía la total posibilidad de explotación de los recursos capitalistas. Así, en íntima relación con un movimiento parlamentario de profundas repercusiones sociopolíticas, se irían definiendo una teoría y una *praxis* constitucionales en las que jugaría un papel importante la idea de la necesidad fundamental (e irrenunciable) de sustituir la norma o el capricho de la voluntad del monarca por el libre ejercicio de las actividades económicas, paralelamente a la realidad de una amplia libertad civil. Una definición que iría acreciendo y radicalizándose más y más a medida que el comerciante o el negociante fueran comprobando la ineficacia y el fracaso de la economía mercantilista o intervencionista monárquica en la solución de sus problemas y necesidades.

Por esto fue inevitable el movimiento revolucionario británico, porque se comprobó que el arbitrismo, el proteccionismo y el mercantilismo privilegiado de los monarcas no era capaz de abrir mayores horizontes a una economía en expansión y que incluso no podía resolver problemas muy concretos e inmediatos, mientras que se iba intuyendo y adquiriendo la convicción de que los principios de libertad ofrecían mayores y mejores perspectivas de desarrollo económico y de explotación a unos hombres emprendedores cuyos intereses se encuentran indisolublemente ligados, por otra parte, con las consecuencias de la producción libre. Una nueva fuerza emergía en el mundo social inglés, que encontraría a hombres como Pym, Cromwell y Somers, capaces de darle cauce y movilidad eficaces.

Resumiendo, a través de una compleja trayectoria el movimiento revolucionario parlamentario de la Inglaterra del siglo XVII trataría de completar un proceso iniciado por el Renacimiento y la Reforma en etapas anteriores: conseguir que el burgués, el mercader, el financiero de Inglaterra puedan dormir tranquilos creyendo que su propiedad se encuentra a salvo tanto del asalto de la Iglesia como del Estado, por la sencilla razón de que, igual que antes aconteciera con el señor feudal, tenía entonces (y por fin) las palancas del poder político en sus manos.

A. J.



Las fuerzas parlamentarias, mandadas por Essex y Cromwell, después de la batalla de Marston Moor, por E. Crofts. Esta batalla, dada en un llano cerca de York, significó el golpe de gracia para el ejército realista, que se desbandó.

Oliver Cromwell, por Peter van der Faes (Galería Pitti, Florencia).



los disturbios de Escocia, también de carácter religioso, que exigían una campaña y, por lo tanto, dinero. El rey convocó un Parlamento en 1640, que duró pocos días y acabó votándole un subsidio de 120.000 libras. Más extraordinario todavía para un Parlamento fue que en él se acordó que los clérigos, en sus parroquias, debían predicar cuatro veces al año la doctrina del derecho divino de los reyes; que los que se levantaran en armas contra el rey serían castigados con las penas del infierno y que clérigos y maestros debían jurar que nunca consentirían que se apartara el gobierno de la Iglesia de su presente jerarquía de arzobispos, obispos, sacerdotes, diáconos, etc. A este juramento se le llamaba, en mofa, el del *etcétera*.

Animado por la experiencia del *Parlamento corto*, que así se llamó el primero de 1640, el mismo año, en noviembre, Carlos I convocó un nuevo Parlamento que duró trece años y se llamó el *Parlamento largo*. Es el que se rebeló contra el rey y le condenó a muerte. El Parlamento inglés se componía de dos Cámaras, una para los *lores*, o nobleza y clero, y otra para los *comunes*, o representantes de las ciudades. Se reunía en unos edificios que no tenían ninguna condición para asamblea, restos del palacio real de Westminster, anexo a la abadía. Uno de los locales, el que servía para las reuniones de los Comunes, era la ex capilla de San Esteban, la cual tenía ventanas que daban al río. El monarca habitaba el nuevo palacio de Whitehall, situado a un kilómetro de distancia, sin terminar, como ha quedado hasta ahora, pero construido ya en el estilo grandioso del Renacimiento italiano.

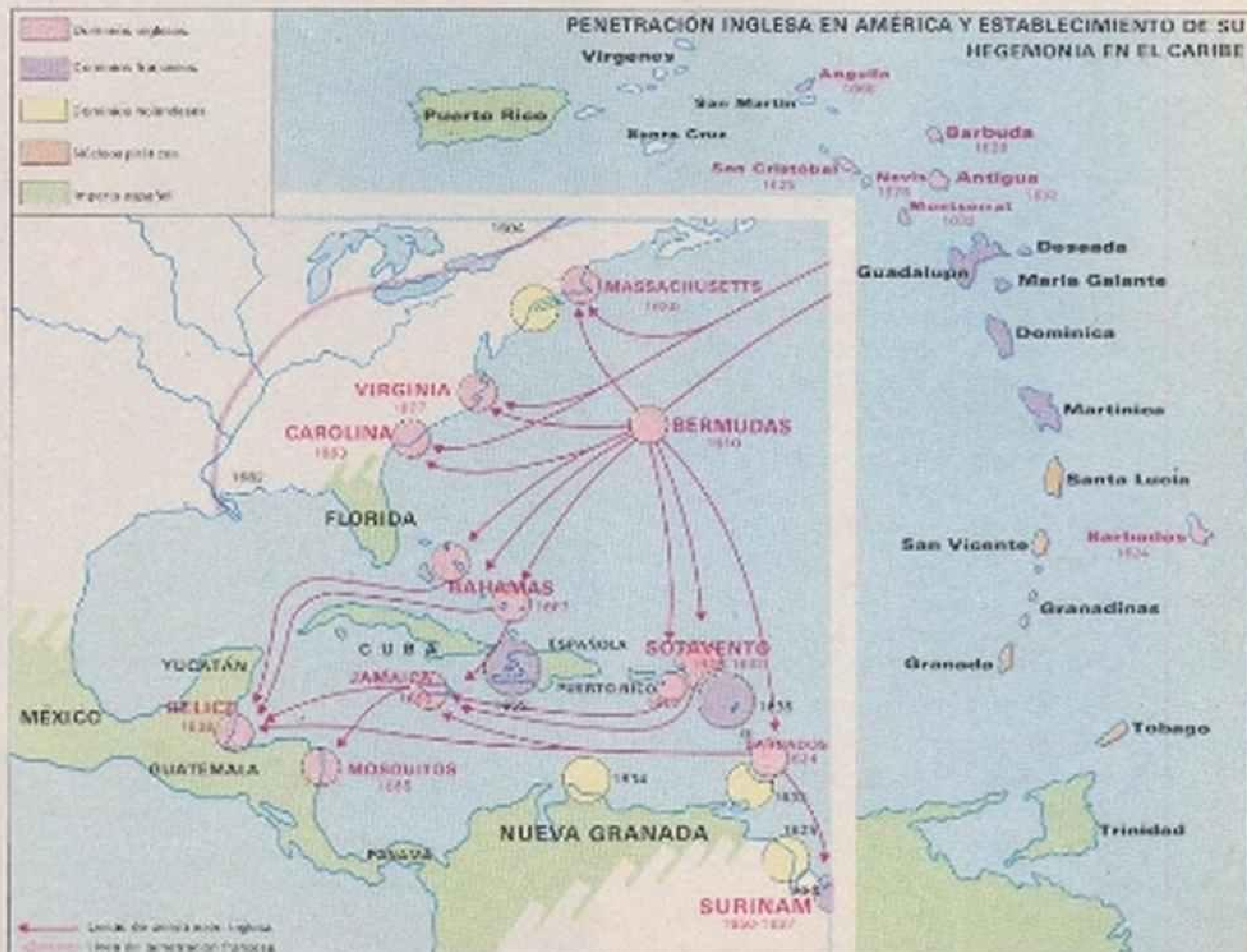
El acto de apertura del *Parlamento largo* no pareció augurar la tragedia que se desen-



Carlos I en manos del ejército del Parlamento (grabado de Holland).

radenó después. El rey llegó sin pompa en la barca real y subió a la sala del Parlamento por las escaleras del muelle. Habló a los reunidos en términos de moderación: "Deseo que éste sea un Parlamento feliz; evitemos todo recelo, tanto por vuestra parte como por la mía". Pero era imposible que la nación pudiese olvidar el abuso de once años de postergación, sin permitírsele ni el desahogo de un Parlamento a la antigua. Por esto, seis días después de la apertura ya le fue posible a un diputado por Londres, llamado Pym, hacer que los Comunes acordaran que fuese acusado de traición lord Strafford, que había dirigido los negocios del Estado como valido y favorito real. Los Comunes aquella misma noche fueron en comitiva –más de trescientos se congregaron– a la sala donde estaban reunidos los Lores y reclamaron la prisión de lord Strafford como traidor. Los Lores, sorprendidos por aquella inusitada manifestación, y por la proposición, más extraña todavía, empezaban a discutir el asunto cuando entró en la sala el propio Strafford. Este, sin más demora, fue detenido y encerrado en la torre de Londres, en calidad de prisionero de los Comunes.

El rey, acaso sorprendido por la rapidez de los acontecimientos, o porque creyera que la falta de jurisprudencia impediría formalizar la acusación, permitió que se encarcelara a Strafford. Pero había una antigua ley en Inglaterra que condenaba a muerte al que hiciese traición al rey, y ésta fue la que se desenterró para procesar a Strafford. El Parlamento se acogió a esta ley y pretendió haber probado que el favorito había hecho traición, y que esta traición había sido traición al rey... Lo primero era posible; gobernar a un país once años; con poder absoluto, implicaba haber hecho cosas que podían parecer abusos, y éstos calificarse de traición. Pero que la traición era contra la persona



Fases esenciales:

1. *Establecimiento en Virginia (1607) y Bermudas (1610), como plataforma de intervención.*
2. *Ocupación de Barbados (1624) como puente hacia América del Sur y de las islas de Sotavento (1625-1632), eslabón septentrional del rosario de las Pequeñas Antillas.*
3. *Dominio de Jamaica (1655), centro del mundo del Caribe.*
4. *Más efímeras bases continentales: Costa de los Mosquitos (1665), Surinam (1650) y Belice (1638), la única que ha perdurado.*



Westminster Hall, donde fue juzgado Carlos I, según grabado de W. Hollar (British Museum, Londres).

EL PROBLEMA DE LOS OBJETIVOS Y LIMITACIONES DE LA REVOLUCION INGLESA

El profesor Crane Brinton exponía hace algunos años –en una obra sumamente sugestiva y polémica, *Anatomía de la Revolución*– una serie de interesantes reflexiones en torno a la fenomenología de la Revolución inglesa. Reflexiones que empalman, por otra parte, con unas atinadísimas observaciones de Trevelyan y unos agudos comentarios de Laski. En esta línea debe señalarse que la experiencia revolucionaria dibujaría, a pesar de todo, una orientación nueva del orden social y político en la trayectoria todavía indefinida del liberalismo, convirtiéndolo cada vez más en un modo de vida, en una teoría del Estado. La Revolución inglesa, en efecto, abrió unos horizontes mayores de los que buscaban sus propios beneficiarios, de modo que en el período de Cromwell el movimiento de la Revolución parecía ir más allá –mucho más lejos– de lo que habían deseado sus propios autores. La práctica, sin embargo, se cuidó de demostrar muy pronto que aún no estaban ni la sociedad inglesa ni el conjunto europeo maduros para pasar a soluciones que variaran demasiado las realidades establecidas.

Fundamentalmente, los promotores de la primera revolución de Inglaterra trataban de limitar la monarquía. Deseaban fijar unos límites a la autoridad monárquica. Pero ello sólo fue posible de establecer después de haber realizado una experiencia republicana. Y por ello también solamente pudieron conseguirse los objetivos que en el siglo XVII se planteaban las burguesías de Inglaterra, a base de vivir –en una misma centuria– dos experiencias revolucionarias. Dadas las limitaciones de la época, la posibilidad de las burguesías pasaba por el terreno de la transacción y la componenda, el mismo que haría compatible la continuidad de un Parlamento con dos Cámaras: una Cámara de los Lores y otra de los Comunes, con el predominio (se sobrentiende) de la última. Es decir, para conseguir sus objetivos revolucionarios, el movimiento de transformación debía construir una solución intermedia, debía encontrar un punto de compromiso en la alianza entre la aristocracia tradicional y una clase media cada vez más potente y emprendedora. Y de dicha alianza saldría la fórmula parlamentaria final que pondría un límite al poder monárquico.

En resumidas cuentas, preocupados por problemas distintos, pero aunados en la tentativa de superar molestas obstrucciones, los terratenientes, por un lado, y los comerciantes y negociantes, por otro, se aliaron en Inglaterra y pusieron en marcha los mecanismos de la Revolución para conseguir un mayor margen de libertad, a fin de que –sin necesidad de contar con el beneplácito real– pudieran explotar una serie de nuevas posibilidades en las que (y ello es importante subrayarlo) se encontraban comprendidos indirectamente –como sujetos pasivos y productores– los intereses de los trabajadores urbanos y campesinos. Sobre esta alianza, sobre tal asociación se edificó el constitucionalismo inglés del siglo XVII. Un constitucionalismo que establecería reglas muy concretas para orientar el papel y la función de la autoridad y que, al propio tiempo, trataría de situar dichas reglas en el marco de una ideología cuya finalidad sería la de definir que el fin de la autoridad y del derecho es, nada más y nada menos, el de la protección del ciudadano contra injerencias extrañas. Para asegurar tal constitucionalismo, buscarán los revolucionarios ingleses (en las dos tandas) la manera de privar al poder monárquico del uso de dos instrumentos importantísimos, que hacen posible la arbitrariedad y el despotismo. Por una parte, sacarle el control de las fuerzas armadas, y por otra, el de las finanzas.

Sólo en 1688 se consiguieron plenamente tales objetivos, cerrando la línea de presiones y la búsqueda de fórmulas que habían hecho necesaria la rebelión de la clase media encabezada por Cromwell. A partir de aquel momento, el burgués de Inglaterra podía descansar sobre una serie de seguridades. Podía apoyarse sobre unas concretas e importantes conquistas, especialmente el *Habeas Corpus;* el sistema trienal parlamentario (con su consecuente juego de partidos políticos, uno de los cuales será constante aliado de los intereses capitalistas y mercantiles); libertad de religión dentro de ciertos límites; supresión del control gubernativo sobre la prensa; funcionamiento de un sistema de magistrados y de una judicatura independientes (en el desempeño de sus funciones legales) del poder legislativo; las finanzas y el ejército bajo el control de un sistema legislativo elegido, etc. Los objetivos, limitados y concretos, de las nuevas burguesías quedaban así cubiertos en Inglaterra (convirtiéndose en el espejo en que se mirarían los ilustrados dieciochescos del continente en el siglo XVIII); estos burgueses, en verdad, tenían a partir de 1688 capacidad de hacer y deshacer gobiernos en todos los sentidos. Y además no sólo contaban con el orden que habían deseado y por el cual habían luchado, sino que además habían decidido a qué tipo de propósitos y finalidades debía amoldarse dicho orden.

Concretando, a partir de 1688 las nuevas burguesías no tenían motivos por los cuales amenazar o luchar, esencialmente, contra las líneas fundamentales del nuevo orden de "compromiso", logrado entonces. En segundo lugar, la "normalización" de la realidad social en beneficio de los acomodados quedaba asegurada, de modo que a lo largo del siglo XVII un ejército de aprendices, oficiales, peones y campesinos lucharía y ganaría una guerra civil en beneficio de la clase media histórica, para acabar dependiendo de dicha clase. En todo caso, como ocurrirá más tarde con la revolución burguesa de la Francia de fines del siglo XVIII, los proletarios no podían llevar la revolución liberal más allá de los límites de la clase que debía beneficiarse de ella. Evidentemente, en la Revolución puritana había una inmensa carga de revolución social, situada más allá de los objetivos burgueses, pero dicha revolución social fracasaría. Los *Levellers* (niveladores) y los comunistas agrarios de aquellas fechas, al igual de lo que acontecía en menor grado con los baptistas y los partidarios de la Quinta Monarquía, evidentemente insinuaban la aparición de una posible ideología proletaria. Pero no hicieron más que insinuar tal aparición y, en todo caso, su lucha y sus esfuerzos sirven tan sólo para testimoniar –para poner de relieve– que la victoria que se alcanzó no era su victoria, sino la de la burguesía prepotente. Sirven, en última instancia, para dar más relieve al hecho de que las libertades constitucionales que se consiguieron con el movimiento revolucionario inglés del siglo XVII eran las que convenían solamente a una clase de propietarios y que, en consecuencia, no llenaban ni los sueños ni las esperanzas de la inmensa mayoría de proletarios, la innumerable legión de proletarios que, excepción hecha de su fuerza de trabajo alquilada, no tenían nada de que vivir ni nada que hacer.

A. J.



Escenas de la guerra civil inglesa representadas en los tapices de la historia de Inglaterra confeccionados con motivo del noningentésimo aniversario de la batalla de Hastings.

real resultaba enteramente imposible probarlo, a menos que se estableciera el hecho jurídico, completamente nuevo, de que el rey y la nación eran una misma cosa. A esto se llegó por declaración del Parlamento, y ya entonces el rey comprendió que peligraba la vida de su favorito. Seguro todavía de sus propios derechos, Carlos I tomó el partido de ir en persona al Parlamento para defender a su valido. Llegó allí, tomó asiento y, con la cabeza cubierta, declaró que Strafford nunca le había aconsejado nada que fuese traición contra él ni contra el reino, "aunque, por haber abusado del poder, era claro que no podía continuar sirviéndole en ningún cargo de confianza"... Acabó suplicando a los reunidos que encontraran un término medio entre la fortuna de que Strafford había gozado hasta entonces y la muerte que significaba la sentencia de traición. En el fondo, era abandonar al amigo.

Esta defensa del rey le fue fatal al favorito. El mismo rey había reconocido abusos; ¿por qué, pues, no se había anticipado él a castigarlos? La declaración real era injusta, porque no se había encontrado más falta grave en Strafford que la de ser valido de un monarca absoluto. Sin embargo, Carlos I firmó la sentencia y Strafford fue decapitado el 12 de mayo de 1641, en la colina delante de la torre de Londres. El hacha del verdugo cortó su cabeza de un solo golpe. La inmensa multitud que había presenciado la ejecución se desparramó por la ciudad gritando alborozada: "¡Justicia! ¡Justicia! ¡Se ha hecho justicia!".

El segundo ataque de los Comunes se dirigió contra los obispos que tenían sus sitiales en la Cámara de los Lores. Era de todo punto evidente que el protestantismo episcopal resultaba tan intolerante como el catolicismo. El rey, que era protestante, defendía ardientemente la autoridad de los obispos en la iglesia, pero al fin tuvo también que transigir, y su otro amigo, el primado de Canterbury, aquel famoso Laud que desorejaba a los que se le insolentaban, fue también encerrado en la torre. Además, los Comunes re-

dactaron un memorial, llamado *el Gran Reproche*, en el que, sin orden ni concierto, casi acusaban al rey de todos los abusos de los obispos, clérigos y consejeros. Este disparatado *Reproche* fue compilado mientras Carlos I estaba ausente. Había ido a Escocia para resolver negocios de estado dificilísimos. Cuando volvió, el pueblo de Londres le recibió con entusiasmo. Animado por esta efímera popularidad, Carlos, en lugar de disolver el Parlamento, concibió la descabellada idea de acudir en persona a Westminster para detener a cinco de los diputados más rebeldes de los Comunes. Era el 4 de enero del año 1642. El rey salió de palacio animado por su joven esposa, que le aconsejaba que no fuera cobarde. Alto, delgado, con su elegante porte realzado por un vestido de terciopelo negro y el collar de la Orden de la Jarretera, Carlos entró en la capilla donde se reunían los Comunes. Entró sin saludar, se sentó en el sillón del presidente y buscó con los ojos a sus enemigos; advertidos éstos, habían escapado por la escalera del río, yendo a refugiarse en el *Guild-Hall*, o palacio municipal de Londres. Al darse cuenta de su huida, el rey murmuró despechado: "¡Los pájaros han escapado!", y salió de la sala acompañado de los gritos del Parlamento: "¡Violación, privilegios, violación!".

Al día siguiente el rey, exasperado, fue al *Guild-Hall*, sin escolta. También el Consejo municipal rehusó la entrega de los cinco diputados. Otra vez tuvo que escuchar los gritos de violación y privilegio. Esto era ya demasiado para un príncipe que estaba bien persuadido de su obligación de gobernar personalmente en virtud de su derecho divino. Sin planes preconcebidos, el 10 de enero salió Carlos de Londres para no volver ya sino vencido y prisionero. En cambio, aquel mismo día los cinco miembros perseguidos de la Cámara de los Comunes regresaban a Westminster en triunfo, escoltados por una multitud que les ovacionaba y vitoreaba.

Pronto empezó la guerra declarada entre el rey y el Parlamento. Para fortalecer su posición jurídica, el Parlamento declaró que no podía ser disuelto sin su propio consentimiento. Pasó a ser una asamblea soberana que podía durar eternamente. Además, reclutó un ejército, en un principio con la sola idea de defender sus privilegios y su mera existencia. El rey estableció su corte en Oxford y allí fueron a acompañarle la mayoría de los lores, que si bien al principio habían consentido y aun fomentado la agitación de los Comunes, al ver el cariz que tomaban los acontecimientos se pusieron al lado del rey; éste pudo llegar a reunir en Oxford ochenta y ocho lores y setenta y cinco miembros de la Cámara de los Comunes, que formaron lo que se llamó *Parlamento mestizo* por los parlamentarios de Westminster.

La mayoría de los Comunes y algunos lores quedaron en Londres. El general en jefe del ejército del Parlamento fue por largo tiempo lord Essex. Las operaciones del ejército absolutista las dirigía el rey en persona, pero se aconsejaba de su sobrino el príncipe Ruperto, que había llegado de los Países Bajos para ayudarle. El príncipe Ruperto es una de las personalidades más interesantes de la época; era filósofo y artista del arte más aristocrático y noble de aquella época, esto es, el arte de la guerra. Cervantes vacila entre la superioridad de las armas o la de las letras. Ser militar entonces, cuando las guerras no representaban hecatombes, era ocupación respetable. El príncipe Ruperto consideraba la guerra como un deporte y una ciencia; era generoso con el enemigo y de valor excepcional, parejo a sus instintos tácticos. Es probable que, de haber sido él solo quien dirigiera las operaciones, hubiera ganado la causa realista; pero era de rigor que, en campaña de esta naturaleza, se prestara atención a las disposiciones del monarca; éste, después de cada derrota, se sentía más absolutista, menos inclinado a pactar y transigir con el Parlamento de Londres. Entre





Medalla acuñada por los emigrados realistas tras la ejecución de Carlos I. Obsérvese que en el reverso se representa la hidra de cien cabezas surgiendo del cadáver del rey.



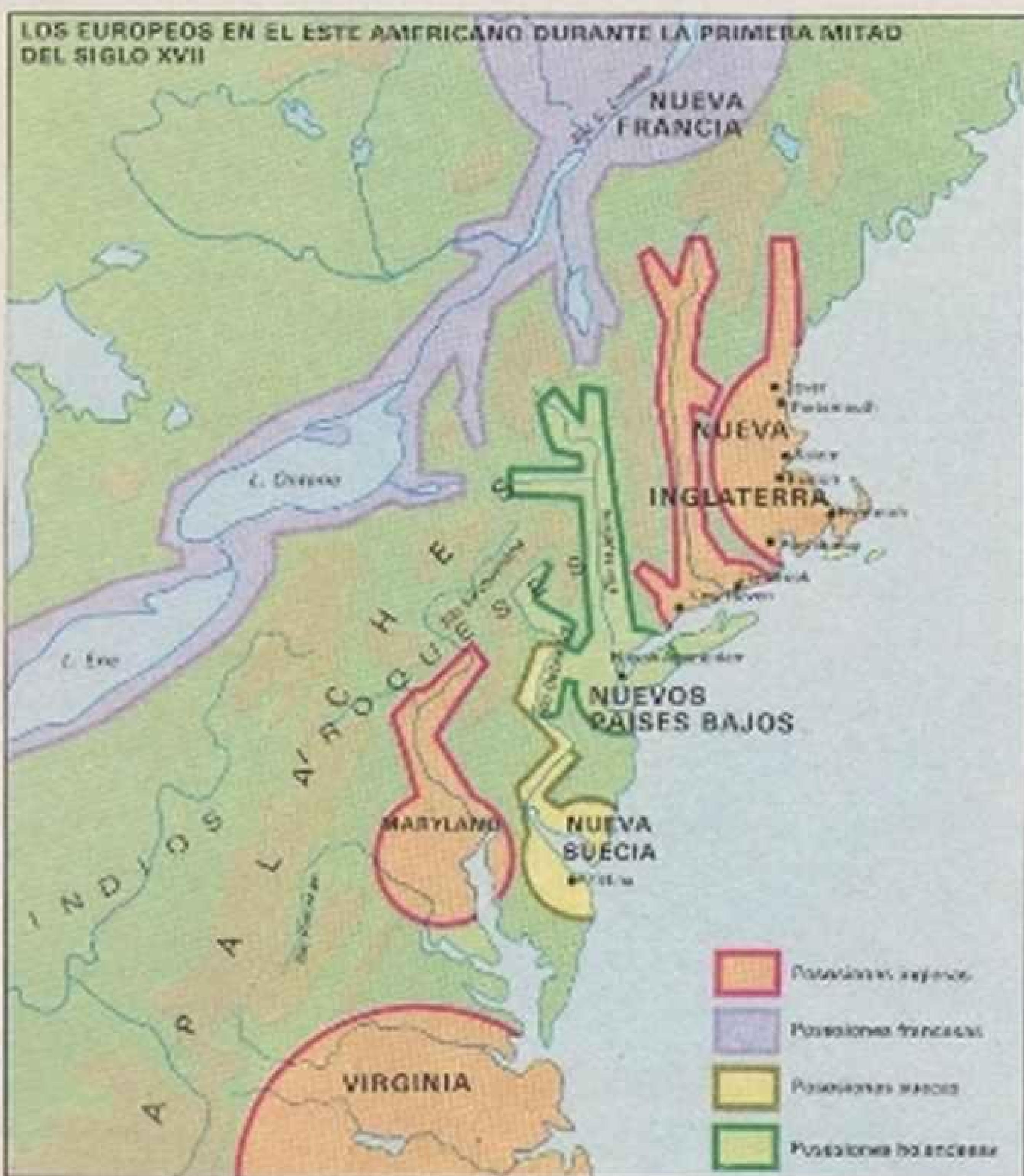
Miembros del ejército de Cromwell que formaban el comité administrativo. Grabado de la época, impreso por sus enemigos con el título "Rebeldes, no santos".



John Milton, el autor del "Paraíso Perdido", única obra de valor espiritual de la época de Cromwell (National Portrait Gallery, Londres).

tanto, la reina estaba en Francia o en Holanda, intrigando con sus parientes. Carlos recibía y escuchaba toda clase de propuestas de auxilio extranjero, sin considerar que, para salvarse él, entregaba Inglaterra al enemigo. Todo menos legalizar una disminución de su poder absoluto. He aquí palabras del rey que se han hecho famosas en la Historia: "Yo no consentiré en entregar ni la Iglesia, ni los amigos, ni mi espada como vencido. No sé de dónde llegarán auxilios, pero estoy dispuesto a vender a Inglaterra y a todos los ingleses al que quiera ayudarme a defender aquellas tres cosas. Y si no llega auxilio, pereceré en la demanda". Por estos conceptos, Carlos I de Inglaterra es una de las grandes figuras de la Historia; no es un infeliz, inconsciente de sus derechos y sus deberes, como Luis XVI de Francia o Nicolás II de Rusia. Carlos I de Inglaterra fue mártir de una idea equivocada o anacrónica, pero mantenida con sinceridad. El reino heredado de sus abuelos era suyo, podía venderlo, enajenarlo. El Estado era él, los súbditos debían obedecerle, sin recibir en compensación ningún derecho.

Es también providencial que delante de la noble figura del rey se destaquen con igual grandeza las nobles figuras de sus enemigos. En julio del año 1645 el ejército absolutista fue deshecho en una batalla cerca de York, en el llano llamado Marston-Moor. El príncipe Ruperto mandaba las tropas reales y Essex las del Parlamento, pero el combate se ganó por el arrojo que demostró Oliver



La preocupación predominante de las naciones europeas en los primeros tiempos de la colonización fue la de controlar los resortes del comercio: Francia, Holanda, Suecia y parte de las colonias inglesas intentaron, desde sus bases de Nueva Francia (Canadá), Nueva Amsterdam, Nueva Suecia y Nueva Inglaterra, cercanas a la costa, penetrar hacia los Apalaches siguiendo los valles fluviales. Así, la ruta del San Lorenzo y Grandes Lagos determinó la expansión francesa hacia el Mississippi; las del Hudson y Delaware —entre colonias inglesas— fueron dominadas por Holanda y por Suecia (pronto eliminada por la primera), para ser finalmente ocupadas por los ingleses. Esta ruta del Hudson determinó el auge de Nueva Amsterdam (luego Nueva York) y fue donde los colonos y comerciantes ingleses lucharon por el monopolio de las rutas.

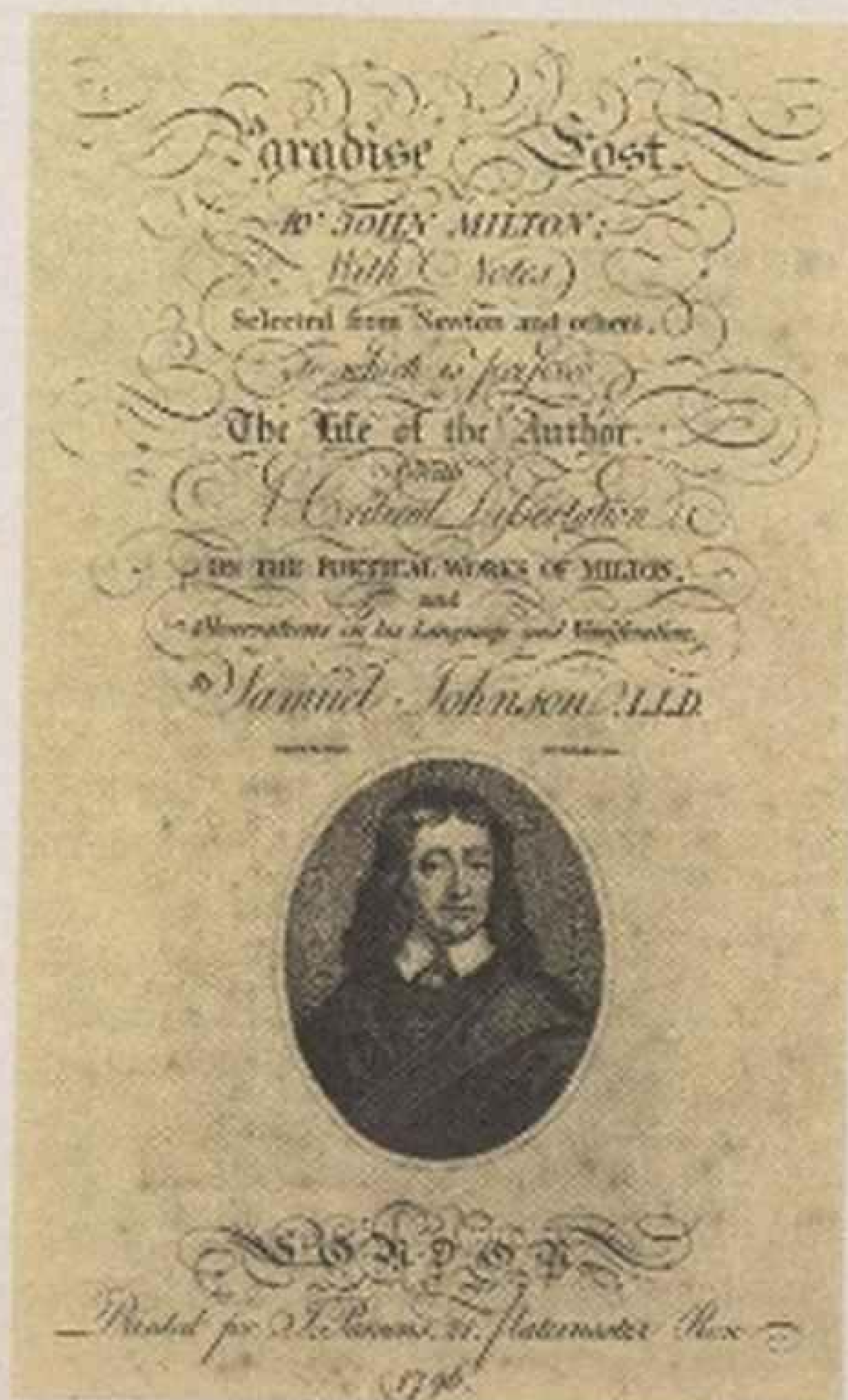


Carlos II llega a Rotterdam en su camino hacia Inglaterra, por L. Verschuier (Rijksmuseum, Amsterdam). Después del golpe de estado del general Monk, Carlos, el hijo de Carlos I, que había vivido en Francia, Alemania y los Países Bajos, se trasladó a Inglaterra atravesando el territorio holandés.

Cromwell, que estaba al mando de la caballería parlamentaria.

Cromwell era hijo de una familia acomodada de Cambridge. Había empezado sus estudios en la universidad, pero al cabo de un año, acaso disgustado por el espíritu aristocrático de aquel centro docente, marchó a Londres para aprender el *oficio* de abogado. Representaba en el Parlamento a la ciudad de Cambridge, no la universidad, que tenía su representante en la Cámara de los Lores. Cromwell era irascible, pero de un celo y piedad sin límites.

Después de la desbandada del ejército real, Essex y Cromwell fueron a Londres y allí, en el Parlamento, Cromwell propuso la creación de un nuevo tipo de milicia. Estaría formada exclusivamente por voluntarios creyentes, puritanos de fe probada, que se alistarían, no por un año o dos, sino hasta el final de la guerra. Los lores (los trece que quedaban en Londres) se opusieron a este nuevo instrumento de combate, pues comprendieron que en aquellos sectarios armados podían despertarse ambiciones de gobernar; pero la idea de Cromwell triunfó y así se formó el famoso *Nuevo Ejército* del Parlamento. Se llamaba de los *cabezas redondas* porque iban rapados del todo, en contraste con el ejército de los caballeros, vestidos a la antigua usanza del ejército real. Los *santos,* devotos, sectarios, puritanos, o lo que fuesen, no sólo querían defender los derechos democráticos del Parlamento, sino, sobre todo, imponer sus ideas religiosas de profetismo y piedad. Lo notable es que el Nuevo Ejército se proveyó de las armas más modernas; se habían hecho grandes progresos en el arte militar de Europa durante el período de las guerras de religión, y muchas de estas nuevas tácticas e inventos no se habían todavía introducido en Inglaterra. Sólo por su mejor armamento la Legión de Santos, que tales eran los soldados del Nuevo Ejército, ya debía haber vencido a los absolutistas, pero además se les impusieron, y los cabezas redondas los aceptaron, los más terribles castigos en casos de indisciplina. Cada soldado iba provisto de su Biblia y de



Paradise Lost.
By JOHN MILTON;
With Notes
Selected from Newton and others.
The Life of the Author.
ON THE POETICAL WORKS OF MILTON,
and
Samuel Johnson LLD.
1796.

Portada de una edición londinense de 1796 del "Paraíso Perdido", de Milton (Biblioteca Central, Barcelona).



Partida de Carlos II de Scheveningen hacia Inglaterra, por J. Lingelbach (Rijksmuseum, Amsterdam).

sus ordenanzas, en las que no se perdonaba ni el más ligero exceso.

Como ya hemos dicho, el Nuevo Ejército fue idea y creación de Cromwell, pero se confió su mando a sir Thomas Fairfax, un noble sinceramente partidario del Parlamento, de gran habilidad, paciencia y moderación. El ejército del Parlamento constaba de 22.000 hombres y su sostenimiento importaba 56.000 libras esterlinas cada mes. Carlyle dice que el Nuevo Ejército es la más extraordinaria milicia que ha existido.

No es éste el lugar de explicar en detalle las intrigas del rey, de la reina emigrada y del

LA RESTAURACION DE LOS ESTUARDOS

Con la muerte de Cromwell comenzó a desintegrarse el instrumento que había hecho posible la instauración de su sistema de gobierno, el ejército que le había dado la victoria en la guerra civil, el *ejército de los santos*. La lucha entre sus lugartenientes, que aspiraban a monopolizar el poder militar, para así mantener la dictadura puritana sobre Inglaterra, permitió la reorganización de los partidarios de los Estuardos. La continuidad del régimen puritano se hizo imposible cuando el general Monk, jefe militar de Cromwell en Escocia, se pasó al bando monárquico. En 1660 disolvió el Parlamento y reunió una Convención Nacional que ofreció el trono a Carlos II, hijo del monarca ejecutado en 1649.

Así pues, en la restauración de los Estuardos desempeñó un papel muy importante una fracción de los antiguos partidarios de Cromwell. La declaración de Breda, por la que Carlos II aceptó la corona, recoge esta situación, al prometer una amplia amnistía para los partidarios del Lord Protector y garantizar una estrecha colaboración entre la monarquía y el Parlamento.

Con la declaración de Breda y la coronación de Carlos II debía, pues, cerrarse el ciclo revolucionario inglés. No fue así. La colaboración entre el monarca y la asamblea parlamentaria tenía que manifestarse principalmente en dos puntos. En primer lugar, los subsidios económicos que el rey solicitase de la nación debían ser votados por el Parlamento. En segundo lugar, las leyes promulgadas por la corona debían contar con la aprobación previa de los parlamentarios.

Carlos II intentó eludir las limitaciones que el Parlamento le imponía aceptando la ayuda económica del soberano absoluto más poderoso de Europa, del rey de Francia, Luis XIV. Como contrapartida, cedió la plaza de Dunkerque al monarca francés y, por el tratado de Dover, a cambio de una pensión anual se comprometió a adoptar el catolicismo.

La trascendencia política de este paso era extraordinaria. En el siglo XVII, los monarcas católicos, de los que Luis XIV es el arquetipo, consideraban la soberanía como un derecho personal irrenunciable, de origen divino. El rey era responsable del ejercicio del poder, pero solamente ante Dios. La tradición parlamentaria inglesa, que defendía la soberanía de la nación, representada por el Parlamento, difícilmente podía aceptar las tendencias absolutistas y procatólicas de Carlos II.

La oposición al rey cristalizó en un grupo político, los *whigs;* que, además de las reivindicaciones antiabsolutistas, representó muy pronto los intereses económicos de la burguesía —poder naval y expansión colonial— desarrollados bajo la dictadura de Cromwell. El peso político de los *whigs* quedó pronto de manifiesto en una serie de imposiciones a Carlos II que éste debió aceptar, pese a ser antiabsolutistas, como la *ley de Habeas Corpus* (garantía personal frente a cualquier detención arbitraria), anticatólicas, como la *ley de Exclusión* (que vedaba la sucesión de la corona a cualquier católico), o contrarias a la alianza francesa, como el matrimonio de María, sobrina del rey, con Guillermo III de Orange, estatúder de Holanda.

Carlos II, para enfrentarse con los *whigs*, contó con el apoyo de los grandes terratenientes, partidarios de una monarquía fuerte y de religión anglicana en su mayoría. Este grupo dio origen al partido *tory*.

Fue precisamente la cuestión religiosa la que rompió el difícil equilibrio establecido entre los *whigs*, los *tories* y la corona. A la muerte de Carlos II subió al trono Jacobo II, de abiertas tendencias favorables al catolicismo. Ante la posibilidad de que se produjese una reacción católica, similar a la que en Francia había acompañado a la revocación del edicto de Nantes, los dos partidos ingleses llegaron a un acuerdo para enfrentarse a la monarquía. Jacobo II sólo pudo reinar tres años. En 1688, *whigs* y *tories* ofrecieron la corona a María y a su esposo, el estatúder Guillermo de Orange. El ejército real que debía proteger a Jacobo no ofreció resistencia cuando Guillermo desembarcó en Inglaterra. La soberanía de la nación pasaba de ser una noción teórica a ser una realidad práctica. La voluntad de los ingleses era la que decidía quién y de qué manera debía ocupar el trono.

J. F.

príncipe Ruperto cerca de Francia, Holanda, Escocia y los católicos de Irlanda, etc., todo para conseguir una intervención de los enemigos de Inglaterra en favor de la causa absolutista, o mejor, del rey. Lo importante para nosotros es que el Nuevo Ejército de los puritanos entraba en acción y pocos meses después, en junio del año 1645, derrotaba definitivamente al ejército real en el llano de Naseby. También en esta ocasión decidió la batalla una carga de caballería que estuvo dirigida por el propio Cromwell.

Carlos I, viendo perdida su causa en Naseby, se refugió en Escocia; pero los escoceses, que tenían una deuda de dinero con el Parlamento inglés, prefirieron saldar esta cantidad de 400.000 libras a guardar como prisionero al monarca. Así, pues, Carlos fue entregado al Parlamento de Londres y pronto empezó su calvario. Se ha recordado, como una prueba del carácter de Cromwell, que había dicho en cierta ocasión que si él se encontraba algún día frente a frente con el rey, en un combate, no tendría escrúpulo en despacharle de un pistoletazo. Sin embargo, cuando el rey cayó en manos del Nuevo Ejército y del Parlamento, no había propósito de decapitarle. Se le hicieron proposiciones para que aceptase un régimen semiconstitucional, pero él rehusó; estaba decidido a morir como mártir.

A últimos del año 1648 ya no se llamaba Majestad, sino simplemente Carlos Estuardo. El 28 de diciembre la Cámara de los Co-

Carlos II es recibido con entusiasmo en Inglaterra (tapiz confeccionado con motivo del noningentésimo aniversario de la batalla de Hastings).





María, hija de Jacobo II, y Guillermo de Orange, por A. van Dyck (Rijksmuseum, Amsterdam). Para mejorar sus relaciones con el Parlamento, Carlos II se avino al casamiento de su sobrina con Guillermo III, estatúder de Holanda, y a reforzar su actitud episcopalista.

munes ordenó que se constituyese "un tribunal de justicia para juzgar al rey por delito de alta traición, levantando un ejército contra el reino y su Parlamento". Los trece miembros que quedaban en Londres de la Cámara de los Lores rechazaron esta proposición con horror, pero la Cámara de los Comunes declaró que no necesitaba en absoluto el consentimiento de los lores para seguir haciendo justicia. El 1648 fue llamado *Primer año del restablecimiento de la Libertad por la gracia de Dios.*

El tribunal que había de juzgar a Carlos Estuardo tenía que componerse de ciento treinta y cinco personas, pero sólo una tercera parte asistió a las sesiones; Fairfax no estuvo presente sino el día en que se constituyó el tribunal. Se eligió presidente, y el rey fue traído a Londres, alojándose en el palacio de la familia Cotton. Carlos se limitó a negar la autoridad del tribunal para juzgarle, diciendo que "soberanos y súbditos son enteramente distintos". No se dignó defenderse; su juicio y su sentencia dependían del cielo. Por fin se le condenó como traidor y como rebelde, pues no quería defenderse.

Parece que costó mucho obtener la firma de los jueces aprobando la sentencia; con trabajo se llegaron a reunir cincuenta y nueve y muchas aparecen raspadas y de difícil lectura en el documento. La serena confianza del rey en su superioridad desconcertó a sus jueces. El 30 de enero de 1649 fue decapitado Carlos I en la plaza delante del palacio de Westminster, precisamente en el mismo lugar donde se levanta hoy día la estatua de Cromwell. La sentencia no se ejecutó hasta las dos de la tarde de aquel día; la cabeza cayó de un solo golpe; el verdugo la levantó para mostrarla al pueblo, mientras gritaba: "¡Esta es la cabeza de un traidor!".

El cadáver, embalsamado, quedó expuesto en Whitehall por espacio de una semana. Cuéntase que Cromwell quiso verlo, y sacando del ataúd la cabeza del ajusticiado, para contemplarla mejor, hizo observar a los que componían su escolta que aquella cabeza era la de un hombre sano, que podía haber vivido largos años. Por fin se le dio a Carlos una sepultura decente en el castillo de Windsor. El mismo día de la muerte del rey se dictó una orden que declaraba traidor a todo el que reconociera como sucesor del difunto en el trono de Inglaterra a su hijo, el príncipe de Gales, o a cualquiera otra persona.

El antiguo régimen se declaraba así caducado; ahora lo que importaba era establecer sobre sus ruinas otro régimen nuevo, constitucional o parlamentario, y sobre todo a gusto de *los Santos* del ejército, que con su espada habían derribado el antiguo. Esta era la grande y difícil empresa. Al Estado se le llamó *Commonwealth*, que quiere decir lo mismo que República. Había ejemplos de repúblicas que se gobernaban sabiamente: Suiza, Venecia, los Países Bajos... Algo análogo tenía que arbitrarse para Inglaterra; pero se hicieron ensayos de comités, de juntas gubernativas, de parlamentos de nuevos elegidos, y ninguno funcionó de modo satisfactorio, acaso porque los cabezas redondas o puritanos se entremetían en todo con su sectarismo. Por fin, Cromwell, el mismo que había hecho triunfar al Parlamento, entró en él con su escolta y echó a la calle a los mismos diputados republicanos. "¡Afuera tú, charlatán! –le gritó a uno–; ¡vete de aquí, hijo del diablo! –así llamó a otro diputado puritano–; ¡sal tú, borracho –le dijo a otro–, que no te vea más, Henry Vane!" (el legislador de Nueva Inglaterra). Así gritaba Cromwell, según se cuenta, mientras echaba con

sus arcabuceros a los parlamentarios fuera de la sala. Cuando todo estuvo en silencio y el local vacío, vio la maza presidencial, que, como si fuera un fetiche, nadie se atrevía a tocar, y exclamó: "¿Qué vamos a hacer ahora de esta vara de bufón?".

Cromwell, devoto a la nación y a su causa, no supo rodearse de gente capaz de colaborar con él y consolidar la República. Encumbrado rápidamente, creía que podía él abarcarlo todo. Sus *ayudantes* eran ya del tipo de ministro-mueble o ministro-pisapapeles, como dicen en Sudamérica; no pareció preocuparse en descubrir los grandes ingenios que podía producir Inglaterra. Sólo queda de esta época de valor literario y moral *El Paraíso Perdido,* de Milton.

La gran epopeya religiosa y moral de Milton es una obra de arte tan importante como los dramas de Shakespeare. Milton a veces eleva a gran altura su asunto. Los gritos de los ángeles malos, las maldiciones de Satanás, el ruido de la caída, los paisajes del Edén, los cielos nublados y las auroras de un empíreo que queda lejos, todo es de una belleza que no se ha superado.

Pero Cromwell desconoció la ley que parece exigir que para que triunfe una revolución se necesitan por lo menos dos generaciones. Hasta que desaparecen, por violencia o por extinción, todos los que han nacido con la idea de que hay sólo un régimen *mejor* –el antiguo–, queda siempre el peligro de una restauración. Por esto los verdaderos revolucionarios, como Augusto, procuran rodearse de ministros capaces como Agripa, Mecenas y Messala.

Creyéndose inspirado de lo alto, Cromwell, con el título de *Protector,* gobernó a Inglaterra durante diez años. Alguna vez le pasó por la cabeza la idea de hacerse coronar rey para legalizar su situación, pero le repugnaba recibir honores de monarca. Sin embargo, todo probaba que los tiempos no estaban todavía en sazón para un gobierno republicano; si el remendón decapitaba al rey, corríase el peligro de que el remendón se hiciera rey... Y como el hijo de Cromwell era ya un *remendón,* un personaje vulgar, fue inevitable la restauración de la dinastía de los Estuardos.

El proceso de la Revolución inglesa se presta a muchos comentarios. No bastan vagas teorías cuando se tiene que reconstruir un Estado. Si la Revolución rusa ha triunfado es porque, además de las doctrinas económicas marxistas, pudo apoyarse en un organismo sólido. Los cabezas redondas no hicieron más que discutir, en el Parlamento, principios teológicos; sin embargo, su fracaso produjo un gran bien: la emigración de los puritanos descontentos a América, los cuales establecieron en Massachusetts una colonia que pretendía ser un modelo de Estado gobernado gracias a la lectura de las Sagradas Escrituras.

Queda por decir cuáles fueron los beneficios que Inglaterra debe a la Revolución. Por de pronto, consolidó el desarrollo nacional que había obtenido durante el reinado de Isabel. Inglaterra, después de Cromwell y los puritanos, fue ya la nación que vemos hoy. Además, conservó su carácter humanista y protestante que dura todavía. Se dio cuenta de su valor y de su fuerza. Apreció lo que podía resultar de un Parlamento que tuviera carácter soberano. El Parlamento inglés, con sus dos Cámaras, ha tenido necesidad de grandes reformas, no es todavía un cuerpo gobernante perfecto, pero en su tiempo era el mejor y es aún el que menos estorba la vida nacional en Europa.

Jacobo II de Inglaterra (National Portrait Gallery, Londres). El mayor inconveniente con que topó Jacobo II, hermano y sucesor de Carlos II, fue su religión católica. Quiso mejorar las condiciones de los católicos de sus reinos, así como las relaciones con Roma. Los partidos políticos ingleses y el Parlamento se opusieron a estos intentos y ofrecieron la corona a Guillermo III de Holanda, yerno del rey. Jacobo II hubo de huir de Inglaterra ayudado por el propio Guillermo.



BIBLIOGRAFIA

Abbot, W. C.	*The Writings and Speches of Oliver Cromwell* (3 vols.), Cambridge (EE.UU.), 1937-1946.
Allen, J. W.	*English Political Thought, 1603-1660*, Londres, 1908.
Brinton, C.	*Las ideas y los hombres. Historia del pensamiento de Occidente*, Madrid, 1952. – *Anatomía de la revolución*, Madrid, 1958.
Clark, G. N.	*The Seventeenth Century*, Londres, 1929.
Davies, G.	*The Early Stuarts. 1603-1660*, Oxford-Londres, 1945 (3.ª ed.), en "Oxford History of England".
Firth, C. H.	*Oliver Cromwell and the Rule of the Puritans in England*, Londres, 1924 (3.ª ed.).
Gardiner, S. R.	*A History of England. 1603-1642*, Londres, 1883-1885. – *A History of the Great Civil War, 1642-1649; A History of the Commonwealth and Protectorate, 1649-1656*, con un total de 17 volúmenes.
Giner, S.	*Historia del pensamiento social*, Barcelona, 1968.
Gooch, G. P.	*English Democratic Ideas in the Seventeenth Century* (con notas y apéndices de H.-J. Laski), Cambridge, 1927 (2.ª ed.).
Jutglar, A.	*Historia Moderna. De la Modernidad a la crisis del Antiguo Régimen*, vol. V de "Enciclopedia Temática CIESA", Barcelona, 1968.
Laski, H.-J.	*El liberalismo europeo*, México, 1952 (2.ª ed.).
Margaret, J.	*Social Problems and Policy during the Puritan Revolution*, Londres, 1930.
Pease, T. C.	*The Leveller Movement*, Washington, 1916.
Ranke, L. von	*A History of England principally in the Seventeenth Century* (6 vols.), Oxford, 1875.
Trevelyan, G. M.	*La revolución inglesa*, México, 1950.
Troeltsch, E.	*El protestantismo y el mondo moderno*, México, 1951.
Vicens Vives, J.	*Historia general moderna*, vol. VII de la "Historia general de la Humanidad", Barcelona, 1951.
Walter, G.	*La révolution anglaise*, París, 1963.
Willey, B.	*The Seventeenth Century Background*, Londres, 1934.



Batalla de Boyne, por Jan van Huchtenburch (Rijksmuseum, Amsterdam). Desde Francia, adonde se había retirado, Jacobo II intentó varias veces recuperar el trono de Inglaterra. En la batalla de Boyne, librada en Irlanda, Guillermo III derrotó a su suegro Jacobo II, el cual hubo de huir de nuevo a Francia. Otras tentativas tuvieron idéntico final.

La ilustración de este tomo se debe a: Anguinelli (Milán), Archivo de Indias (Sevilla), Archivo Edistudio (Barcelona), Bavestrilli (Milán), Bavaria Verlag (Gauting von München), Biblioteca Nacional (París), Biblioteca Nacional (Viena), Boissonnas (Ginebra), Ciccione (París), Ciganovich (Roma), Galería Imperial (Viena), Galería Nacional de Arte (Washington), Galería Nacional de Retratos (Londres), Gil Carles (Valencia), R. Halin (París), IGDA (Milán), Mairani (Milán), A. Martín (Barcelona), J. F. Martín (Madrid), F. A. Mella (Milán), Meyer, Erwin (Kunsthistorisches Museum, Viena), Museo Británico (Londres), Museo del Louvre (París), Museo Histórico de la Ciudad (Barcelona), Museo Marítimo Nacional (Londres), Museo Nacional (Berlín), Olavarrieta (Barcelona), Oronoz (Madrid), Pinacoteca Brera (Milán), Prensalcor-Black-Star (Barcelona), Reales Museos de Bellas Artes (Bruselas), Rijksmuseum (Amsterdam), Salmer (Barcelona), Salmer-Bevilacqua, Scala-Salmer, S.E.F. (Turín), S.E.F.-Salmer, Splendid Color (Bruselas), Titus (Turín), Vendrell (Barcelona), Zardoya (Barcelona).

La reproducción de las fotografías de las páginas 113, 118, 157, 240, 364 y 386 ha sido autorizada por el Patrimonio Nacional.